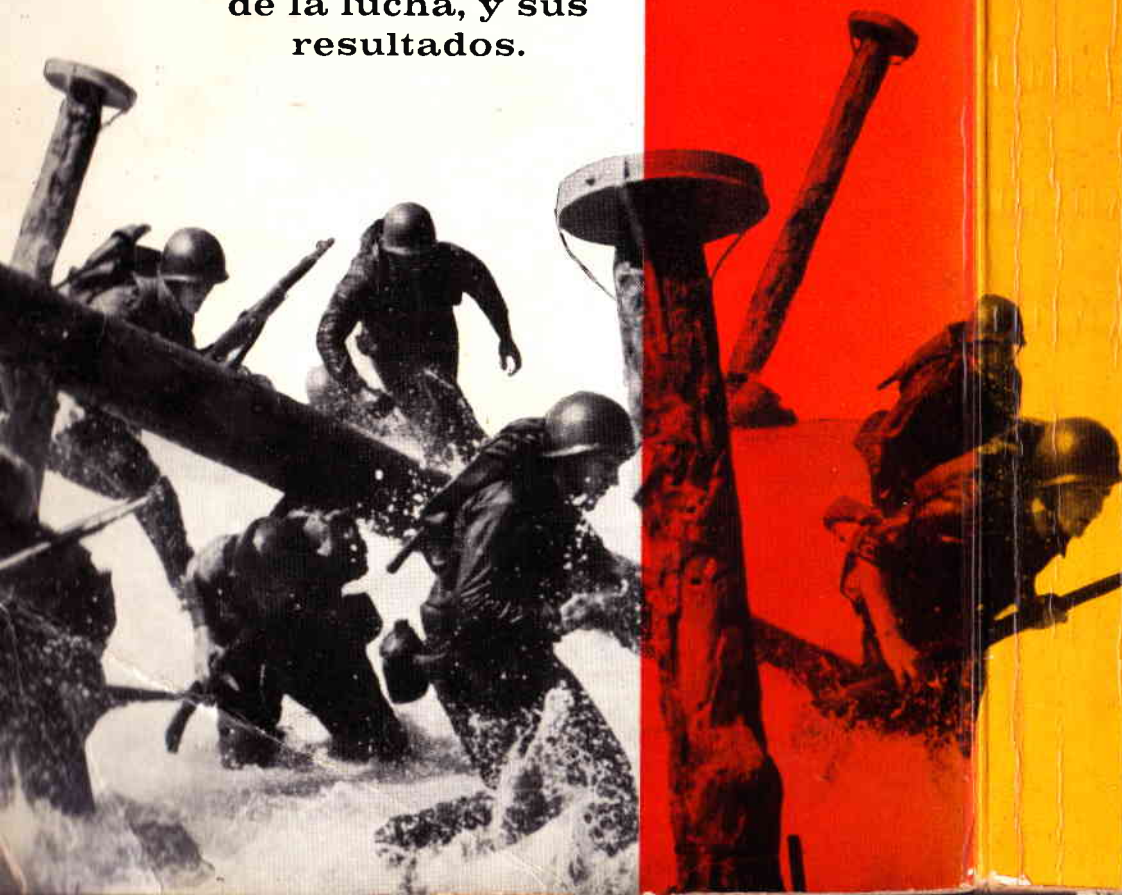


**LA DRAMATICA HISTORIA DE LA  
MAYOR DE TODAS LAS GUERRAS**

**El profesor Louis L. Snyder  
presenta con claridad y concisión  
la confusa imagen de aquellos  
años críticos que se  
extendieron de 1939 a 1945,  
describiendo en términos  
sencillos las causas del  
conflicto, las largas, complicadas  
y terribles incidencias  
de la lucha, y sus  
resultados.**

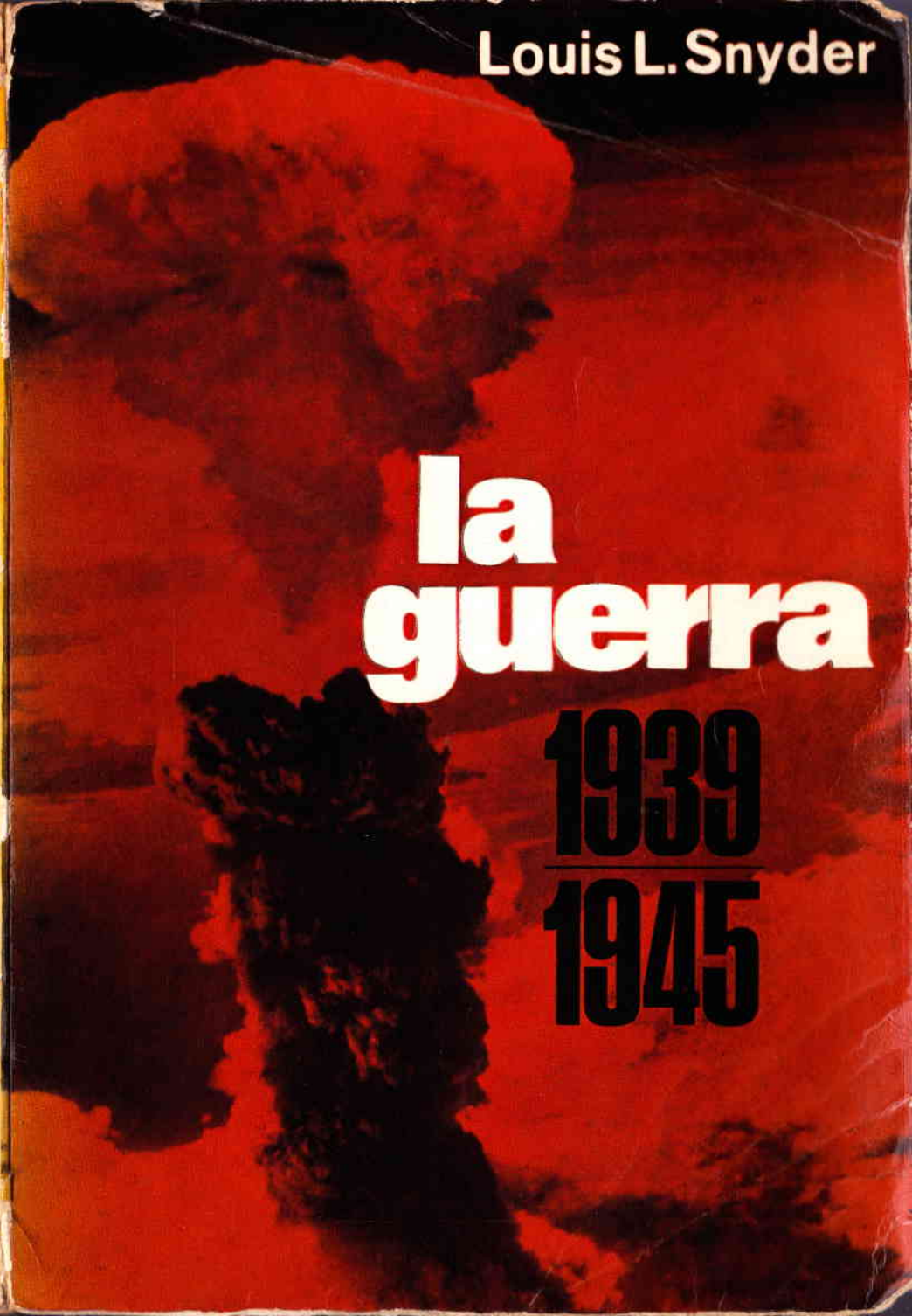


Louis L. Snyder

**la  
guerra  
1939 - 1945**

**Louis L. Snyder**

**la  
guerra  
1939  
1945**





# LA GUERRA

1939 - 1945



LOUIS L. SNYDER

# LA GUERRA

1939-1945

INTRODUCCION POR  
ERIC SEVAREID



PENSAMIENTO E HISTORIA

EDICIONES MARTINEZ ROCA

BARCELONA



Título de la obra en inglés  
THE WAR. A Concise History

Esta traducción ha sido hecha por Antonio Ribera, de  
la quinta edición norteamericana, de Julian Messner,  
Inc., New York, 1962.

© 1960, by Louis L. Snyder  
© 1964 - Ediciones Grijalbo, S. A.

Reservados todos los derechos  
Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte,  
en forma alguna sin permiso

IMPRESO EN ESPAÑA  
PRINTED IN SPAIN

N.º de Registro: 5.768-62

Depósito Legal: B 14156-1967

LITOGRAFIA FISAN, S. L. - STA. JUANA DE ARCO, 46 - BARCELONA 1967

A IDA MAE

*Por aquellas dos docenas de años y con mi  
agradecimiento por su inigualable paciencia  
y fortaleza...*



## INDICE GENERAL

PREFACIO ... ..	1
INTRODUCCIÓN ... ..	3

### Primera Parte

#### PRELUDIO: EL CAMINO HACIA LA GUERRA

I	EL ALTAR DE MARTE ... ..	11
	«Blitzkrieg» en Polonia ... ..	11
	El trágico balance de la primera guerra mundial ... ..	19
	Bombas de relojería en la economía de la segunda guerra mundial ... ..	22
	El papel del nacionalismo ... ..	26
	Anarquía internacional ... ..	29
	La carrera de armamentos ... ..	34
	El clima psicológico ... ..	37
II	DE MANCHURIA AL «ANSCHLUSS»: ETAPAS DE AGRESIÓN	
	DEL EJE ... ..	39
	Prólogo I: La crisis de Manchuria ... ..	40
	Prólogo II: La conquista de Abisinia, 1935-1936 ... ..	43
	Ensayo general: La guerra civil española, 1936-1939 ... ..	49
	El «incidente de China», 1937 ... ..	55
	La anexión de Austria, 1938 ... ..	59
III	LAS CAUSAS INMEDIATAS ... ..	68
	Bombastes furioso: La culpabilidad de Adolfo Hitler en la guerra ... ..	69
	Golpe de efecto: Munich ... ..	75
	Un clínico acuerdo: El pacto germano-soviético ... ..	83



## Segunda Parte

## FUROR TEUTÓNICO:

## LOS DÍAS DE GLORIA DE HITLER

IV	LAS VOLUNTADES UNIDAS: HITLER ATACA ... ..	89
	La Rusia soviética ataca a los «valientes finlandeses» ...	89
	El dios de la guerra ataca Dinamarca ... ..	97
	La conquista de Noruega ... ..	101
	La violación de Holanda ... ..	108
	El colapso de Bélgica ... ..	113
	La caída de Luxemburgo ... ..	116
	¿A qué precio, Churchill? ... ..	117
	Dunquerque, milagro de salvamento ... ..	120
V	DE LA SITZKRIEG A LA BLITZKRIEG: EL COLAPSO DE FRANCIA	127
	La guerra de mentirijillas ... ..	127
	El ataque a Francia ... ..	131
	El chacal ataca: La puñalada por la espalda de Mussolini	133
	Magnífico fracaso: Los ingleses ofrecen unirse con Francia	136
	Compiègne: Una obra maestra de la venganza ... ..	139
	¿Por qué cayó Francia? ... ..	143
VI	SU HORA MEJOR: INGLATERRA RESISTE SOLA... ..	146
	La batalla de Inglaterra ... ..	147
	El fracaso de la operación «León marino» ... ..	158
VII	LA CUERDA SALVAVIDAS DE NEPTUNO: LA GUERRA EN EL MAR	161
	El hundimiento del « <i>Athenia</i> » ... ..	161
	Bloqueo y contrabloqueo ... ..	163
	La guerra submarina ... ..	168
	El teniente Prien hunde el « <i>Royal Oak</i> » ... ..	171
	El hundimiento del « <i>Graf Spee</i> » ... ..	173
	El hundimiento del « <i>Bismarck</i> » ... ..	177
	La carrera para conseguir nuevas armas ... ..	180
	La huida del « <i>Scharnhorst</i> » y el « <i>Gneisenau</i> » ... ..	184
	La muerte del « <i>Scharnhorst</i> » ... ..	185
	El fin del « <i>Tirpitz</i> » ... ..	188
VIII	LA LUCHA POR EL MEDITERRÁNEO... ..	191
	Extensión de la guerra ... ..	191
	La batalla de África: Primer asalto ... ..	194
	Los Balcanes: Primer asalto ... ..	195
	Desastre italiano en Grecia ... ..	197

Los ingleses atacan en África ... ..	200
Los Balcanes: Segundo asalto ... ..	203
El segundo Dunquerque: Grecia ... ..	205
El tercer Dunquerque: Creta ... ..	208
La guerra en el Oriente Medio ... ..	212

IX	UNA GRIETA: ALEMANIA ATACA A RUSIA... ..	214
	Un ícaro fantástico: Rudolf Hess ... ..	214
	Hitler en el papel de Napoleón: Primera etapa-ataque	218
	Hitler explica su intermedio ruso ... ..	223
	La ratonera de Moscú ... ..	226
	Levantamiento en masa en Leningrado ... ..	230
X	LOS ESTADOS UNIDOS, ARSENAL DE LA DEMOCRACIA... ..	233
	Preludio: El gran debate ... ..	233
	El punto N.º 1 del presidente Roosevelt: Reforzar las	
	defensas de los Estados Unidos ... ..	240
	El segundo punto: Preparativos interiores ... ..	243
	Punto tercero: Solidaridad hemisférica ... ..	244
	Punto cuarto: La ley de préstamo y arriendo ... ..	245
	La carta del Atlántico ... ..	248
	Hacia el precipicio ... ..	250

## Tercera Parte

## EL PALADÍN: LOS ALIADOS A LA DEFENSIVA

XI	EL SOL NACIENTE DEL JAPÓN ... ..	255
	Holocausto en Pearl Harbor ... ..	255
	El pulpo extiende los tentáculos ... ..	275
	Hundimiento del « <i>Prince of Wales</i> » y el « <i>Repulse</i> » ...	277
	El cerco en torno a las Filipinas ... ..	281
	Malaca y Singapur ... ..	288
	La retirada de Birmania ... ..	291
	Java y Australia ... ..	294
	El Japón en su apogeo ... ..	297
XII	LOS ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA ... ..	299
	Forjando las armas de la victoria ... ..	299
XIII	EL NUEVO MUNDO DEL EJE VICTORIOSO ... ..	305
	El nuevo orden de Hitler en Europa ... ..	305



Pillos y truhanes: Los colaboracionistas ... ..	311
La Resistencia: La Europa ocupada contraataca ... ..	313
Hebras de esperanza: Los gobiernos en el exilio ... ..	321
Los neutrales ... ..	323
La guerra de palabras ... ..	325
La gran esfera de prosperidad común de la gran Asia Oriental ... ..	331

## Cuarta Parte

## EL FÉNIX: LA SITUACIÓN CAMBIA

XIV	LOS ESTADOS UNIDOS DETIENEN AL JAPÓN ... ..	337
	Desquite — Primer plazo: La incursión de Doolittle ... ..	337
	Sangriento chasco en Midway ... ..	341
	Acción en las Aleutianas ... ..	347
	Retroceso en el Pacífico: Guadalcanal ... ..	349
XV	BURLANDO AL ZORRO DEL DESIERTO ... ..	356
	El desastre del Eje en El Alamein ... ..	357
	Operación «Antorcha»: El desembarco aliado en el Norte de África ... ..	369
	Planes en Casablanca: «Rendición incondicional» ... ..	377
	Derrota del Eje en Túnez ... ..	384
XVI	MOVIMIENTO DE PÉNDULO EN RUSIA ... ..	389
	Hitler como Napoleón: Segunda parte: «Tête de Cochon» ... ..	389
	Sebastopol, Voronez, Rostov ... ..	392
	La epopeya de Stalingrado ... ..	394
	Diversión: El ataque a Dieppe ... ..	400
	De la defensiva a la ofensiva ... ..	401
	Hitler como Napoleón: Tercera etapa: Retirada ignominiosa ... ..	404

## Quinta Parte

## LA CRUZADA PARA APLASTAR AL EJE

XVII	LA COALICIÓN: PREPARATIVOS PARA LA VICTORIA ... ..	411
	La guerra económica dentro de la guerra general: La batalla por el petróleo ... ..	411

Decisiones políticas: De Quebec a Teherán ... ..	417
Dumbarton Oaks ... ..	422

XVIII	LAS CAMPAÑAS DE SICILIA E ITALIA ... ..	423
	Operación «Husky». Los 39 días de Sicilia ... ..	423
	La caída de Mussolini ... ..	432
	Avance lento en Italia ... ..	439

XIX	EL SOL PONIENTE DEL JAPÓN ... ..	450
	Estrategia en el Pacífico ... ..	450
	La extraña muerte de Yamamoto ... ..	453
	El sudoeste del Pacífico: Ascendiendo de las Salomón a Nueva Guinea ... ..	455
	El flanco norte: Las Aleutianas ... ..	458
	El Pacífico central: Tarawa la terrible ... ..	461
	Saltando de isla en isla: Las Marshall y las Carolinas ... ..	464

## Sexta Parte

## «FEU DE JOIE» :

## EL TRIUNFO DE LAS NACIONES UNIDAS

XX	EL ASALTO A LA FORTALEZA EUROPEA ... ..	469
	Preparación: El resorte tenso ... ..	469
	El Día D: La forja de la victoria ... ..	475
	Cabeza de puente en la «Festung» Europa de Hitler ... ..	481
	Entreacto: Las bombas «Robot» ... ..	484
	20 de julio de 1944: La conjura para asesinar a Hitler ... ..	486
	Valor y sangre: La batalla de Normandía ... ..	489
	El suicidio por «honor» del mariscal Rommel ... ..	492
	Operación «Yunque-Dragón» ... ..	496
	La liberación de París ... ..	497
	Avance arrollador hacia Alemania ... ..	498

XXI	LA TRAMPA SE CIERRA EN TORNO A HITLER ... ..	503
	Ofensiva final en Italia ... ..	503
	La contraofensiva y el Saliente ... ..	508
	Condenación aérea para una nación condenada ... ..	513
	La conferencia de Yalta ... ..	518
	La batalla de Alemania ... ..	527
	El puente de Remagen ... ..	531
	Cerrando la trampa del Ruhr ... ..	534



## INDICE DE MAPAS

La partición de Polonia ... ..	18
Rusia contra Finlandia ... ..	94
Escandinavia invadida ... ..	100
La caída de los Países Bajos ... ..	112
La batalla de Francia, 1940 ... ..	130
El bloqueo aliado ... ..	166
El Mediterráneo estratégico ..... ..	192
Guerras relámpago en Los Balcanes ... ..	206
El ataque nazi a Rusia ... ..	217
Cinco meses de guerra en Rusia ... ..	224
El Pacífico, zona de guerra ... ..	276
La batalla por Egipto ... ..	358
Desembarco del Norte de África ... ..	373
Avances rusos, 1943-1944 ... ..	406
Invasión de Italia ... ..	442
Avance en el Pacífico Central ... ..	463
Día-D y después ... ..	474
La batalla de Francia ... ..	495
La batalla del Rin ... ..	506
El colapso de Alemania ... ..	537



## PREFACIO

*El devastador holocausto, hecho por la mano del hombre, de la segunda Guerra Mundial, enfrentó al mayor número de combatientes en la historia de la civilización sobre las regiones más extensas del Globo. Naciones de creencias diferentes unieron sus fuerzas en una época de desesperada angustia para resistir y, finalmente, derrotar unas monstruosas tiranías, que hubieran devuelto al hombre a la selva primitiva. El precio que hubo que pagar en vidas humanas y bienes alcanzó cifras astronómicas, difíciles de creer muchas de ellas.*

*A medida que pasa el tiempo y la perspectiva se aclara, la confusa imagen de aquellos años críticos que se extendieron de 1939 a 1945 empieza a adquirir mayor nitidez. Esta obra se propone presentar de forma concisa la dramática historia de la mayor de todas las guerras, que se extendió de Varsovia a la bahía de Tokio, describiendo en términos sencillos las causas del conflicto, las largas, complicadas y terribles incidencias de la lucha, y sus resultados.*

*Se ha insistido en lo esencial. Se ha realizado un intento por extraer los conocimientos, los incidentes y las tendencias más importantes de la ingente masa de materiales y de la bibliografía más extensa que existe en la historia de todas las guerras. Para ello, se han sacrificado deliberadamente los impedimentos pero no las herramientas del historiador. No existen notas de pie de página que hagan farragoso el texto, pero se ha tenido el mayor cuidado en llegar lo más cerca posible de la verdad acudiendo a beber a las mejores fuentes.*

*Se han suprimido muchos detalles, especialmente el relato minucioso de las operaciones, en favor de una pintura más amplia que abarcase los grandes movimientos militares. Siempre*



*que existen diferencias de opinión o interpretación, la norma es escuchar a ambas partes. Hubo victorias, derrotas y errores de cálculo entre todos los participantes. Nuestro objetivo consiste en alcanzar la concisión en el relato sin apartarnos de un sentido estricto de la historia.*

*Deseo expresar mi profunda gratitud al profesor Wilbur G. Gaffney, de la Universidad de Nebraska, por su inapreciable asistencia en las investigaciones y en la preparación del manuscrito. Doy asimismo mis más sinceras gracias a miss R. E. B. Coombs, Mr. V. Rigby y Mr. J. F. Golding del Museo Imperial de la Guerra, todos los cuales contribuyeron a hacer agradable y provechosa mi estancia en Londres, durante la preparación de este libro. Y por último, mi agradecimiento también hacia la nueva generación académica nacida de la guerra y que actualmente estudia en nuestras universidades, cuyas agudas preguntas durante las clases de The City College de Nueva York me enseñaron el valor que tiene la búsqueda de lo esencial. Y sobre todo, deseo dar las gracias a mi esposa, que colaboró conmigo en esta empresa desde el comienzo hasta el fin, y cuya perspicaz mirada, a la que no se escapaba ningún detalle, me evitó caer en muchos errores de gramática y de hechos.*

Louis L. Snyder

## INTRODUCCION

Las grandes guerras destruyen y crean. Disuelven viejos lazos de amistad mientras refuerzan otros. Hacen a algunos hombres inhumanos y ennoblecen a otros; surgen de ellas grandes dirigentes y son en cambio la ruina de aquellos que se llamaban a sí mismos dirigentes. Rompen la base y el mismo meollo de los sistemas éticos. Envenenan el significado de palabras ya existentes y dan calor a un lenguaje distinto que expresa nuevos conceptos y experiencias. Apresuran el proceso que impulsa un cambio de estilo y manera en las formas de vida y proporcionan al mundo nuevas máquinas, una nueva indumentaria, una arquitectura distinta y una pintura nueva; revolucionan las ciencias e inventan diversas maneras de aniquilar a grandes masas de gente, mientras descubren una nueva fórmula para curar la fiebre de un niño.

No nos es posible medir exactamente la importancia de esta última guerra. Todavía no habíamos terminado de examinar los residuos de la primera Guerra Mundial, cuando, de las brasas que había dejado, surgió la nueva hoguera de la segunda. Este segundo estancamiento de tantas esperanzas humanas causó menos sorpresa que el primero. La primera Guerra Mundial nos enseñó que era posible que una carnicería espantosa surgiera de la estupidez e impericia de los militares. Con ella murieron muchos valores y la creencia en la fuerza inevitable de un progreso humanitario que se había desarrollado y florecido durante más de cien años. Pero fue durante la segunda Guerra Mundial cuando aprendimos a preguntarnos qué había de verdad en la fe en el espíritu humano, sostenida durante más de mil años, y temblamos de nuevo bajo el frío producido por esa nueva corriente de locura medieval que se desprendía de las mismas catacumbas



de aquellos años tenebrosos, pues, en ese momento, la humanidad vio que aquella gran hecatombe humana, debida a la insensatez germánica, obedecía a un propósito deliberado llevado hasta el extremo de confeccionar cuadros médicos que mostraban incluso la resistencia que ofrecía el intestino grueso a una fuerte presión hidráulica.

No cabe en un libro, ni en toda una estantería de ellos, un detalle completo de todo lo que sucedió, de cómo fue posible que acaeciese y de lo que se llegó a hacer para organizar la vida humana sobre la Tierra. Se necesita por lo menos que pase una generación entera para que se pueda escribir la verdadera definición y los términos de referencia capaces de encuadrar toda esta historia en una forma que no sea fragmentaria. Catalogar los hechos, tal como lo ha realizado recientemente el profesor Snyder, indicando sus causas y efectos inmediatos, significa una labor inmensa. Ha ejecutado este trabajo con una paciencia increíble y lo ha hecho en forma narrativa, como sólo lo podía hacer quien, como él, se ha visto involucrado en algunos de estos acontecimientos; yo mismo he encontrado que a través de sus capítulos se me hacían más claros episodios de mi propia vida. Me ha proporcionado un largo hilo en el que ir enhebrando en su justo lugar las cuentas de mi propia experiencia, tanto las más brillantes como las más sangrientas, acumuladas en mi memoria durante estos quince años.

Los hechos que presenta el profesor Snyder hablan por sí solos. Ahí está todo el panorama de las mentes y de los hombres en acción durante esos seis años extraordinariamente complejos. A primera vista parece que la enormidad del esfuerzo que todo ello supone, la enorme escala de la maldad y bondad humanas que lleva en sí, debiera aturdir y cegar a aquellos lectores que no vivieron la guerra debido al tiempo o la distancia. Sin embargo, supongo que no es así. Durante la guerra me pareció que la naturaleza ha provisto la imaginación humana de un autodomínio interior para su propia protección. Estamos hechos de tal modo que nuestros nervios no conservan un recuerdo exacto del dolor ni podemos compartirlo con otros, pues de no ser así la multiplicación de este dolor nos habría sido insoportable. Nuestro sistema emocional sólo especifica nuestro sufrimiento pero no nos permite generalizarlo. Por esto, un GI podía sentirse profundamente conmovido al ver cómo una aldea agonizaba en sus brazos, mientras el clamor de miles de personas moribundas en la plaza de una aldea le dejaba completamente indiferente. Los hombres corren el albur de una guerra, no sólo porque es casi imposible pensar en la propia muerte sino porque el espíritu humano no puede captar la multiplicación del dolor producido por la muerte. Un millón de muer-

tos sólo deja un sitio vacío en una mesa familiar. El lector que no vivió la guerra tiene que saber esto para comprender cómo la integridad de la carne, de la sangre y de la mente, pudo sobrevivir días como los de Stalingrado, Tarawa o el Monte 609.

Pero a pesar de ello, en el más hondo significado de la existencia misma del hombre sobre la Tierra, no hay ningún rostro que pueda ser reemplazado por otro, y en ese mismo sentido la guerra siempre es una sustracción — de malo y bueno, desde luego —, aunque por poca fe que tengamos en el espíritu humano, sólo podemos llegar a la conclusión de que la guerra es una pérdida, una terrible pérdida. Ya que es imposible probar una negación, sólo podemos imaginarnos lo que nuestra cultura en común perdió, para esta generación, con los treinta millones de tumbas de los que perecieron.

Sólo podemos hacer un cálculo aproximado de lo que perdimos; ahora sólo vemos los cambios producidos, pero aún no podemos medirlos de manera precisa. Vemos cómo la segunda Guerra Mundial barajó de nuevo el mundo político de las naciones. Hizo que se aflojaran las riendas de los viejos imperios y provocó el nacimiento de nuevas naciones y de muchas otras que no tardarán en surgir. Ayudó a despertar a muchos cientos de millones de personas amarillas y negras de su prolongado letargo de subordinación. Consiguió que los Estados Unidos y sus múltiples recursos se volvieran hacia Europa y que ya no se separaran de ella. Produjo muchos más nacionalismos que democracias, aunque brindó al pueblo alemán otra oportunidad, quizá la última, para intentar un nuevo esfuerzo democrático. No fue la causa de que surgiera la China comunista porque, según mi opinión, esto se habría producido de todas formas; en cambio, reforzó de una manera extraordinaria el comunismo ruso.

Enseñó a los europeos, tal como ya lo hizo la primera Gran Guerra, que la fragmentación y las viejas disputas regionales debían terminar, pero, en cambio, la segunda guerra, bien al contrario que la primera, hizo que se avanzara realmente en ese sentido. Es poco lo que se ha hecho y todavía es posible que se retroceda en ello, pero es el mayor adelanto logrado durante los últimos quinientos años hacia una unificación del gran complejo económico y cultural europeo, y esto no es poco.

Los dolores de la guerra crucificaron a muchas familias americanas y en cambio sus fáciles recompensas enriquecieron a otras. Ello fue la causa de que algunos de nuestros jóvenes desembocaran en el «gangsterismo» y en la neurosis permanente y en cambio convirtió en concienzudos estudiantes a muchos, que regresaron más maduros y castos, sedientos de encontrar un significado sólido para su vida. Convirtió a Inglaterra en



una sociedad más sana y justa. Puso, después de todo, un punto final a las crueles dictaduras de Alemania, Italia y el Japón, a sus éxitos y sueños imperiales. Desbrozó en una forma peli-grosa el largo camino que el comunismo tenía ante sí para sus planes mundiales, y la tarea por contenerlo será seguramente la señal que caracterizará a la generación actual en los libros de historia; pero aquí, de nuevo, no podemos medir aquello que hubiese podido pasar, y sólo los inconscientes podrían afirmar que nos encontramos con un mundo peor de lo que hu-biese sido bajo una victoria fascista.

La segunda Guerra Mundial hizo que tanto el mundo negro y árabe como el asiático tomaran conciencia de sí mismos, y esto no sólo se debió a que se había relajado el poder imperial. Este poder había sido ejercido casi siempre de manera un poco indiferente, y sin una verdadera dirección, por sólo unos pocos blancos. Lo que realmente pasó en la conciencia del hom-bre árabe de la calle, generalmente analfabeto, y muy especial-mente entre los negros africanos, fue algo muy distinto. La presencia física durante la guerra de verdaderas masas de vul-gares hombres blancos produjo hondos cambios en cientos de comunidades africanas; por primera vez desde que los comer-ciantes y negreros portugueses pisaron su territorio, el hom-bre africano vio al hombre blanco tal como era. Este último invierno, en Lagos, un político de Nigeria de mediana edad me dijo: «A través de los GI aprendimos y vimos cosas comple-tamente distintas de las que nuestros endiosados misioneros y los oficiales coloniales, embutidos en sus blancos uniformes nos habían mostrado. Vimos cómo los GI reían, lloraban, ro-baban, peleaban y deseaban a nuestras mujeres, y empezamos a perder nuestro complejo de inferioridad. Vimos que el hom-bre blanco no era mejor que nosotros.» Los chinos, los indios, los indonesios y muchos otros, también descubrieron esto. Con la labor de sus manos y sus extraordinarias máquinas, la GI cambió la topografía de algunos de estos países; con su pre-sencia real, mostrando a los nativos su verdadera naturaleza, les enseñaron también a conocerse de verdad. Si los resultados son buenos a la larga, ésta será sin duda la labor más eficaz, aunque no haya sido intencionada, que habrá realizado la guerra.

Ya fuesen blancos, negros o amarillos, la guerra alteró la mente y la vida de todos los hombres, mujeres y niños que sin-tieron su impacto en forma directa. Sé de muchas personas que sufrieron tanto que llegaron a perder el juicio; también cono-zco a otras, tan mentalmente enfermas que se encontraban al borde de la locura, y que han salido de los hospitales comple-tamente sanas porque la guerra les sacó de su ensimismamien-

to y dirigió su espíritu hacia metas más tangibles, dándoles la paz interior que produce el saberse útil a los demás. Conozco a otros hombres, entre los cuales se encuentran algunos de mis compañeros corresponsales de prensa, que se empaparon tanto de ese «brillo» que rodea la guerra que tardaron años en po-derse reincorporar realmente a la rutina del trabajo en tiem-po de paz; muchos hombres, incluso de profesión militar, que realmente sólo viven durante una guerra y literalmente la ado-ran y añoran en secreto todas las oportunidades que ésta les brindó. La segunda Guerra Mundial fue una especie de «Sésamo, ábrete», para que se desarrollara todo aquello que contenía el ca-rácter de cada uno. Si era nobleza lo que encerraba, no tarda-ba en mostrarse; pero si lo que encerraba era sólo debilidad o bestialidad éstas surgían también. Recuerdo cómo muchos soldados americanos arriesgaron su vida por sus compañeros y los cuidaron con verdadero afecto. Recuerdo también cómo unos soldados americanos desviaron expresamente su camión para atropellar a un pobre campesino italiano y a su borriqui-llo, haciéndoles caer en una zanja, y luego se marcharon riendo a carcajadas en su camión.

Las guerras tienen muchas caras y enseñan muchas leccio-nes. La última demostró a los gobernantes que sus nociones sobre la capacidad industrial y las finanzas no tenían sentido cuando se ponían a prueba; que las sociedades libres pueden crear una mayor disciplina que las totalitarias; que los hom-bres libres son capaces de construir cualquier cosa y de pagar-la cuando tienen la voluntad de hacerlo así. Mostró a los ob-servadores más cercanos que no existe una «ciencia militar». Llevar el peso de una guerra o dirigir una sola batalla no es ni una ciencia ni un negocio, sino una especie de arte más burdo en el cual tienen menos importancia la inteligencia y el apren-dizaje que la paciencia, el buen temple y la imaginación.

Las grandes guerras son completamente imparciales; sin embargo, no tratan a dos hombres exactamente igual. Los de tierra casi nunca acaban de entender del todo a los del aire, así como estos últimos tampoco acaban de comprender a los pri-meros. Los treinta y tantos kilómetros de distancia que sepa-raban el frente de la retaguardia, significaban una distancia espiritual tan grande como la del frente con la ciudad natal, que se encontraba a más de novecientos kilómetros de distan-cia. Todos los soldados, marinos y aviadores se sentían solos, incluso cuando estaban apretujados codo con codo, y sentían que la distancia que les separaba de su hogar era mucho ma-yor que la que les señalaba el mapa, e incluso la mayoría de los hombres que hacían la guerra nunca llegaron a sentir que eran



«ellos» ese bloque real; todos pensaban en los heridos y los heridos pensaban en los muertos.

Empezó, se sobrellevó de una forma u otra y luego terminó; pero el oleaje que este choque produjo en nuestras sociedades, en nuestras instituciones y en nuestro sistema nervioso, todavía no se ha calmado. Ha dejado una marca permanente en todo el mundo y en todos los habitantes de él que conocieron la guerra.

Es casi imposible que se escriban libros como éste después de una tercera Guerra Mundial. Tampoco es probable que esta guerra consista en una serie de episodios con un principio y un fin, incluyendo el patrón clásico de la victoria y la derrota, y luego un período de estancamiento, y, finalmente, la victoria o la derrota para unos o para otros. Sólo de una manera formal o temporal habrá «bandos». Cuando termine quizá queden algunos hombres vivos aquí o allá con el ánimo de intentar hilvanar la historia y escribirla, pero ya no tendrá mucha importancia que lo hagan o no. La historia como tal ya no contará, porque ella sólo tiene importancia como algo continuado, como un pasado que implica un futuro. La segunda Guerra Mundial quizá tuvo unos orígenes sin sentido, pero su desarrollo y consecuencias han tenido una coherencia. Añadió sus trofeos a las miles de estatuas, monumentos y placas en tantas ciudades que atestiguan el hecho de que los hombres siempre han preferido la victoria a la paz. Sin embargo, la ciencia tiene ahora nuevas noticias para los escultores: nunca jamás volverán a diseñar monumentos recordando victorias nacionales o héroes individuales, por lo menos en las grandes naciones. Tanto si éstas logran mantener la paz como si no.

*Eric Sevareid*

Junio, 1960

## PRIMERA PARTE

### PRELUDIO:

## EL CAMINO HACIA LA GUERRA



## CAPITULO

# I

### El Altar de Marte

*¡Oh, discernimiento!, huiste hacia las bestias salvajes  
Y los hombres han perdido la razón.*

Shakespeare, *Julio César*, acto III, escena 2.<sup>a</sup>

#### «BLITZKRIEG» EN POLONIA

Madrugada del 1 de septiembre de 1939.

No hubo declaración de guerra. A través de la frontera oeste de Polonia empezaron a desparramarse las primeras olas de la poderosa máquina de guerra de Hitler. Al mismo tiempo, desde el este de Prusia, Pomerania, Silesia y Eslovaquia, nueve columnas nazis, marchando a un tremendo compás, convergieron sobre Varsovia. Ésta fue la primera gran campaña de la segunda Guerra Mundial, un presagio de los posteriores ataques sobre los Países Bajos, Francia y Creta.

El tiempo estaba a favor de los batallones más potentes. El claro sol de otoño era ideal para las operaciones aéreas; las reseca llanuras polacas, como hechas adrede para los *panzerwagen* — los tanques alemanes — y los ríos de poco caudal fáciles de atravesar.

Los ejércitos alemanes se movían con una precisión inexo-



able. Tenían algo que nos era familiar. Recordaban las invasiones alemanas de Bélgica en 1914, descritas por Richard Harding Davis: «(La armada) fluía como un río de acero, gris y fantasmagórica... Se movía con el misterio de la niebla y la persistencia de una apisonadora a vapor.»

Pero la versión de 1939 era aerodinámica. La característica principal no la constituían las columnas interminables de soldados en marcha, avanzando unas pocas millas diarias. Estábamos ante la primera demostración de una *Blitzkrieg*, una guerra relámpago, la sorprendente revelación de la adaptabilidad militar a la era de la máquina. Los expertos se sentían confundidos: «La moderna teoría alemana de una victoria mediante la *Blitzkrieg* (guerra relámpago) no ha sido comprobada y en la opinión de muchos expertos es equivocada» (*Times*, 12 de junio de 1939).

En vez de las líneas estáticas de la Guerra Europea, que tuvo su epítome en Verdún, cuando los ejércitos se incrustaron en la tierra como topos, disparando sus morteros, la *Blitzkrieg* se caracterizaba por su movilidad y fluidez. «Todo el campo de batalla», dijo un observador, «se convirtió en una masa amorfa y permeable, como una plaga de insectos en un jardín.» Era una nueva forma de ataque que sumía a los defensores en una lamentable confusión.

La fórmula era devastadoramente simple. Primero: se preparaba el camino mediante la actividad de la quinta columna detrás de las líneas enemigas. Segundo: se asestaba un rápido golpe por sorpresa aniquilando las fuerzas aéreas del enemigo en sus mismas bases, destruyendo así el obstáculo principal para un ataque por tierra. Tercero: Se retrasaba la marcha del enemigo bombardeando desde el aire sus principales vías de comunicación y de transporte. Cuarto: se dejaban caer batallones aéreos para que no pudieran llegarles refuerzos ni retroceder. Quinto: se enviaban fuerzas ligeras — infantería motorizada, tanques y artillería ligera, transportada en camiones — que se introducían rápidamente en territorio enemigo. Sexto: seguían los tanques más pesados para destruir cualquier defensa mecanizada en la retaguardia. Finalmente llegaba la infantería regular, los soldados a pie, protegidos por la artillería, para terminar con la poca resistencia que quedase y unirse a las fuerzas de vanguardia.

El arma base era el tanque militar, un carro blindado que se abría su propio camino y que fue usado por los ingleses por primera vez en la Guerra Europea, en 1916. En 1918, todavía no era sino una especie de escudo para la infantería que atacaba cubriéndose detrás de esos vehículos móviles. Pero ahora los

alemanes usaban los tanques como una verdadera pieza móvil de artillería.

Las operaciones eran dirigidas por los militares más expertos y destacados de Alemania. En el mando supremo estaba el general Walther von Brauchitsch, y su jefe de Estado Mayor era el general Franz Halder. El general Gerd von Rundstedt mandaba un grupo formado por tres ejércitos que atacaban desde el sur, y el general Fedor von Bock un grupo de dos ejércitos que descendían del norte. Un comando militar realmente excepcional.

Los alemanes que atacaban sobrepasaban en mucho a los polacos. La estimación hecha de las fuerzas alemanas varía, así como la distinción entre fuerzas regulares (*Aktiv*), de reserva (*Reservetruppen*) y de ocupación (*Besatzungsheer*). Había por lo menos 75 divisiones alemanas, incluyendo las tropas de reserva y ocupación, en total más de 1.000.000 de hombres. Los alemanes tenían una superioridad de dos a uno en potencia de armamento y veinte veces más tanques que el enemigo.

Teóricamente los polacos poseían un ejército de 2.000.000 de hombres. Pero la movilización general polaca no empezó hasta el 31 de agosto de 1939, un día antes del ataque. Cuando éste sobrevino fueron en total unos 600.000 hombres los que se opusieron a la invasión alemana, distribuidos entre 30 divisiones de infantería, 11 de caballería, una motorizada, una mecanizada y una brigada de caballería.

Contra aquellos monstruos mecanizados de las divisiones *Panzer* de Hitler, los polacos enviaron sus tropas de caballería, enfundadas en sus botas con espuelas. El resultado de la lucha entre el caballo y una máquina de combustión interna era bien fácil de prever.

La primera fase del *Blitz* nazi llegó del aire. La *Luftwaffe*, las fuerzas aéreas alemanas, tenían una ventaja de tres a uno; más de 1.400 aviones de primera línea, incluyendo los bombarderos en picado con base en Königsberg y Viena, contra 450 aviones polacos. Puede decirse que virtualmente no hubo batallas aéreas; los alemanes se ocuparon simplemente de destruir los aviones enemigos en sus bases. Los pilotos de Goering descendieron sobre los campos de aviación polacos y en dos días aniquilaron a casi toda la fuerza aérea del enemigo. Las fuerzas mecanizadas, la *Wehrmacht*, podían entonces avanzar sin peligro de ataques aéreos.

Al mismo tiempo, los aviones en picado alemanes destrozaron todas las vías de comunicación, bombardeando puentes, estaciones y carreteras, dejando así inmovilizados a los polacos. Se produjo un verdadero desbarajuste en la retaguardia polaca y fue imposible organizar una retirada ordenada.



Starzynski, «Stefan el testarudo», seguían resistiendo. Los oficiales polacos, abandonando las tropas regulares que se entregaban al enemigo en el extrarradio de la ciudad, se replegaron hacia Varsovia formando nuevos regimientos constituidos casi enteramente por oficiales. La población civil se lanzó en masa a cavar trincheras y construir fortificaciones; pequeñas excavaciones situadas entre sí a una distancia de poco más de cuatro metros, a cargo de uno o dos hombres provistos de rifles, ametralladoras y granadas de mano. Las trincheras se extendían en forma de zigzag a través de las calles y patios interiores de las casas en tal profusión que era posible salir por los portales de éstas y entrar directamente en las trincheras.

Los alemanes trataron de valerse primero de las armas que les proporcionaba la propaganda. Carteles pegados en los suburbios de la ciudad decían en polaco: «¡Polacos! ¡Venid! No os haremos ningún daño, os daremos pan.» Los aviones lanzaban millones de folletos pidiendo que se rindieran, prometiendo a los soldados enemigos que no se les haría prisioneros e informando a aquellos «valientes oficiales» que podrían seguir luchando sus espadas. Los polacos, orgullosos, rehusaron picar el anzuelo.

Entonces empezó un incesante cañoneo, día y noche, desde el aire y desde tierra. Las estaciones ferroviarias, los depósitos de combustibles y los hoteles fueron minados y reducidos a escombros. El antiguo palacio sajón, en la plaza Pilsudski, el mismo corazón de la ciudad, fue bombardeado y destruido por un incendio. Miles de edificios fueron derribados por las bombas. Por todas partes surgían los incendios. Al cabo de diez días la gran ciudad quedó convertida en humeantes montones de ladrillos, yeso y escombros. Ni un solo edificio quedó intacto.

Apenas había alimentos; el abastecimiento de aguas y el servicio de alcantarillado quedaron destruidos. El 27 de septiembre de 1939, cuando ya no quedaban más municiones, los defensores capitularon. Al día siguiente, la guarnición que defendía la fortaleza próxima de Modlin, se entregó incondicionalmente.

Algunos grupos aislados todavía se mantuvieron firmes en el sur y el este de Polonia hasta octubre. Se realizó un último esfuerzo para establecer una nueva base en el río Dniéster en espera de que llegase ayuda aliada a través de Rumania, pero todo fue en vano. Aún hubo alguna desesperada resistencia el 5 de octubre de 1939 en Lublin y Lwow, en el sudoeste.

El 28 de septiembre de 1939, los ministros de relaciones exteriores, Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Molotov, se reunieron para dividirse el botín de guerra. Un nuevo «Tratado de Amistad y de Fronteras» sustituía algunas de las cláusulas

del anterior Pacto de Moscú. Polonia, una nación de 257.500 kilómetros cuadrados y 35 millones de habitantes, era dividida por quinta vez (las particiones anteriores tuvieron lugar en 1772, 1793, 1795 y 1815), esta vez siguiendo más o menos la vieja Línea Curzon, señalada en diciembre de 1919 por el Consejo Supremo Aliado como la posible frontera este de Polonia.

Los alemanes tomaron bajo su «protección» 121.650 kilómetros cuadrados, que incluían su parte del león en las zonas mineras y manufactureras de Polonia, con una población de 22 millones de personas. De nuevo le fue posible a Hitler demostrar a su pueblo regocijado que él era el *Mehrer*, el engrandecedor y bienhechor del Tercer Reich. A sus laureles políticos añadía una gran victoria militar.

Pero no pagaron tan barata su victoria. A los alemanes les costó 8.082 muertos, 27.278 heridos y 5.029 desaparecidos. Perdieron 217 tanques y 400 aviones. Aunque esto tenía poca importancia para Hitler: sus legiones nazis estaban en marcha.

Los rusos, que presumían de su oposición permanente a las «agresiones capitalistas e imperialistas» se apropiaron de 128.350 kilómetros cuadrados pertenecientes a Polonia, incluyendo sus centros petrolíferos más importantes y 13.000.000 de habitantes.

Antes de la capitulación, los oficiales más destacados de Polonia y sus dirigentes, incluyendo al presidente Ignacio Moscicki, mariscal Eduardo Smigly-Rydz y el ministro de Relaciones Exteriores, coronel José Beck, pudieron huir a Rumania, donde fueron internados. Desde su exilio en Rumania, el presidente Moscicki, de acuerdo con el derecho que le otorgaba la constitución, nombró a Wladislaw Rackziewicz, que entonces se encontraba en París, como sucesor, y este último encargó al general Wladislaw Sikorski la formación de un nuevo gabinete que tendría su sede en Anvers (Francia) y más tarde en Londres. Ese gobierno en el exilio fue reconocido rápidamente por Gran Bretaña y Francia. Más de 70.000 hombres de las fuerzas polacas huyeron a Francia e Inglaterra, y los aviadores polacos rindieron grandes servicios en la batalla de Gran Bretaña.

Los dolores y la agonía del mismo infierno descendieron sobre los desgraciados polacos bajo la bota de sus conquistadores. El doctor Robert Ley, jefe del Frente de Trabajo Alemán, redujo cientos de miles de polacos a trabajos forzados para la máquina de guerra nazi. Decía: «Los alemanes nunca vivirán en las mismas condiciones que los polacos o los judíos.» Las palabras del comisario civil Kiessling de Thorn revelaban la actitud oficial alemana: «La caída de Polonia ahora ocurrida prueba de nuevo la inferioridad de los polacos. No puede haber compasión ninguna. En el futuro no podemos trabajar con este tipo de gente. Polonia era Alemania, es Alemania y sigue siendo





## LA PARTICIÓN DE POLONIA

Alemania. Lo que no hicieron los polacos en veinte años, lo haremos nosotros en tres. Ésta es nuestra tarea.»

Unos 59.400 kilómetros cuadrados del territorio de Polonia fueron incorporados a Alemania; otros 59.400 kilómetros fueron puestos bajo un «Gobierno General» con su capital en Cracovia, siendo nombrado administrador nazi del mismo el sádico Hans Frank. El jefe de la policía nazi, Heinrich Himmler, uno de los más encarnizados asesinos de masas que haya existido, tuvo a su cargo la exterminación sin misericordia de polacos y judíos, que fueron fusilados o asfixiados en cámaras de gas.

Polonia fue totalmente aniquilada en el transcurso de un solo mes, una de las más rápidas campañas en la historia militar. Así empezó el terrible derramamiento de sangre de la segunda Guerra Mundial.

## EL TRÁGICO BALANCE DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

No era la primera vez que ello sucedía. El 11 de noviembre de 1918, estos titulares aparecieron en gruesos caracteres en la primera página del *New York Times*:

**¡ARMISTICIO FIRMADO, LA GUERRA HA TERMINADO!  
LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS SE HAN APODERADO  
DE BERLÍN:**

EL NUEVO CANCELLER LLAMA AL ORDEN;  
EL KAISER, DERROCADO, HUYE A HOLANDA

Ya no se oían los cañones. Durante cuatro años y tres meses, 1.565 días, el conflicto más sangriento y costoso de la historia se había traducido en aquella lucha entre treinta Estados soberanos, incluidos aquellos conocidos con el nombre de grandes potencias. La humanidad entera, aturdida por aquel golpe, se preparaba a conocer el balance de la horrible carnicería.

El costo de vidas humanas en números redondos fue: 10.000.000 de soldados muertos identificados; 3.000.000 de desaparecidos; 13.000.000 de muertos civiles; 20.000.000 de soldados heridos; 3.000.000 de prisioneros; 9.000.000 de huérfanos de guerra; 5.000.000 de viudas de guerra, y 10.000.000 de refugiados.

Unos 65.000.000 de hombres habían sido movilizados en aquella guerra sin cuartel. Los muertos y heridos llegaban a un cuarenta por ciento, casi la mitad de los combatientes. La generación que vivió la primera Guerra Mundial todavía no se había dado cuenta exacta de cuán mortal podía ser la guerra moder-

na. En las guerras europeas del siglo xvi las bajas llegaron aproximadamente a un muerto o herido por cada veinte combatientes. En el siglo xviii, la proporción fue de un muerto o herido por cada siete. La civilización del siglo xx llegó a la proporción de un muerto o herido por cada dos combatientes.

Solamente el número de muertos ya colmaba la imaginación. Hubo dos veces más muertos en la primera Guerra Mundial que en todas las grandes guerras habidas anteriormente desde 1790 a 1913, incluyendo las campañas napoleónicas, las tres guerras de unificación de Alemania (contra Dinamarca, 1864; contra Austria, 1866; contra Francia, 1870-1871), la guerra de Secesión en Estados Unidos, la guerra de los «Boers», la guerra ruso-japonesa y la de los Balcanes de 1912-1913.

Todos los contendientes perdieron muchos hombres, pero dos tercios del total de hombres movilizados y dos tercios de los muertos correspondían al bando aliado. Tomando en cuenta la densidad de población de Francia, éste fue el país que sufrió proporcionalmente el mayor número de bajas — 1.427.000 muertos, 3.044.000 heridos y 453.500 entre prisioneros y desaparecidos —. Una tragedia semejante para Estados Unidos hubiera significado 5.000.000 de muertos y 11.000.000 de heridos.

La población civil muerta en forma directa o indirecta a causa de la Gran Guerra, sobrepasó las pérdidas militares. Desde el mismo comienzo del conflicto hubo hambres, epidemias y enfermedades. Una epidemia de gripe que se originó en los Estados Unidos se agravó con la guerra y dio la vuelta al mundo. Fue una de las tres plagas más terribles ocurridas en la historia, y quizá esta de la gripe haya sido la más fuerte de ellas. Además de todo eso, el grave efecto negativo de la disminución de la natalidad durante los años de guerra es más difícil de calcular.

¿Cómo puede valorarse una vida humana en términos monetarios, en libras, en dólares? ¿Con qué patrón se pueden cortar las vidas truncadas o sus efectos sobre las futuras generaciones? Después de la guerra se hicieron esfuerzos esporádicos para determinar económicamente su coste total. Pero todos se basaron en una elaborada serie de suposiciones; era imposible obtener un cálculo exacto debido a los datos incompletos que existían y a la resistencia de los gobiernos a dar cifras exactas. Pero una cosa se hizo trágicamente evidente: que la guerra del siglo xx costaba diez veces más que las del siglo xix. Europa estaba empobrecida como si hubiese sufrido una total plaga de langosta.

Un historiador, E. L. Bogart, estimó a principios de los años 1930 que el coste total inmediato de la primera Gran Guerra fue de 331.600.000.000 de dólares, incluyendo el costo de

municiones, maquinaria de guerra, pérdidas materiales en mar y tierra y pérdidas de producción. Esta cifra no incluía los subsiguientes millones invertidos en pago de intereses y préstamos, pensiones y cuidado y rehabilitación de los veteranos de guerra.

Pero según el profesor Bogart: «Estas cifras abrumadoras e incomprensibles no tienen en cuenta el efecto producido por la guerra sobre la vida humana, su vitalidad, su economía, su bienestar, la ética y la moral u otras fases de las relaciones humanas que han sido dañadas y desorganizadas.»

Durante esos cuatro años, desde 1914 a 1918, las deudas británicas internas y externas subieron de 3.000.000.000 a 25.000.000.000 de dólares. El término medio diario de gastos de todos los beligerantes durante los primeros tres años de la guerra se elevó en conjunto a 123.000.000 de dólares. Pero en 1918 el coste diario de la lucha era de 10.000.000 de dólares por hora.

¡Trescientos treinta y un mil seiscientos millones de dólares! Esto representa en dólares cinco veces y media más que el número de segundos transcurridos desde el nacimiento de Cristo.

En 1934, el editor del *Scholastic* tradujo esa enorme cifra en términos relativamente comprensibles. Con ese dinero se habría podido obsequiar con lo siguiente:

- 1.º A cada familia de Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Rusia, los Estados Unidos, Canadá y Australia, con una casa por valor de 2.500 dólares situada en un terreno de 40 áreas aproximadamente.
- 2.º Una biblioteca por valor de 5.000.000 de dólares para cada comunidad de 200.000 habitantes en cada uno de esos países.
- 3.º Una Universidad dotada con 10.000.000 de dólares para cada una de esas agrupaciones humanas.
- 4.º Una reserva que, dando un interés del 5 %, rendiría lo suficiente para pagar indefinidamente 1.000 dólares al año a 125.000 profesores y 125.000 enfermeras.
- 5.º Y aún quedaría un remanente que permitiría adquirir todas las propiedades y riquezas existentes en Bélgica y Francia juntas a un precio equitativo.

Se demostró que la destrucción y la carnicería de la primera Guerra Mundial fueron absolutamente antieconómicas. Ya antes de que empezara el conflicto, Norman Angell había escrito en forma evidente en *The Great Illusion (La Gran Ilusión)* que siempre se perdía económicamente con las guerras, y que la destrucción de todas las formas de producción que acarrear es parasitaria y antieconómica. Nadie le hizo caso, tildándole de pacifista y de idealista sin sentido práctico.



## BOMBAS DE RELOJERÍA EN LA ECONOMÍA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Se ha dicho que la guerra está constituida por una serie de incidentes dramáticos entre dos largos períodos de aburrimiento. Pero un pequeño drama muy valioso transcurre en el «fondo» de toda guerra.

El impulso efectivo que motivó la segunda guerra de este siglo XX se debió al choque de intereses políticos y a las reacciones emotivas que desencadenaron. Pero debajo de todo esto se escondían poderosos factores económicos y financieros cuya fuerza ya había contribuido anteriormente a que estallara la Gran Guerra. Este embrollo de problemas contradictorios no fue solucionado por los encargados de firmar la paz de Versalles, con el resultado de que, a pesar de algunos cambios profundos en la vida económica, continuaron su labor destructiva en el subsuelo, lo que condujo a la segunda Guerra Mundial.

La explicación histórica, que nunca es simple, debe buscarse fundamentalmente en los sistemas económicos imperantes en los dos siglos precedentes. La expansión europea se debió en gran parte a una mayor aceleración de su desarrollo económico — competencia desenfrenada en busca de nuevos mercados, de mayores reservas de materias primas, de nuevas empresas donde invertir el capital sobrante y por obtener el control de las comunicaciones marítimas y terrestres —. Las envidias y rivalidades se fueron haciendo cada vez más peligrosas a medida que las naciones, una tras otra, iban trazando sus planes para ocupar un lugar preponderante bajo el sol.

En un mundo de esta naturaleza, donde cada nación buscaba un balance favorable para su comercio y una economía autosuficiente, era lógico que recurrieran a una economía defensiva, valiéndose de armas como las tarifas proteccionistas de sus productos, el control de los cambios, la subvención de industrias y comercios y una competencia desleal. Las teorías del bienestar común no tenían cabida en un mundo así, y los economistas lo consideraban más bien como una especie de jungla económica en la que sólo el más astuto y poderoso obtenía el codiciado premio del éxito material.

Las democracias, que salieron victoriosas de la primera Guerra Mundial, fueron incapaces de lograr una estabilidad económica. La depresión económica y financiera mundial de 1929 hizo cundir el pánico y la desorganización. Tres de las naciones disconformes — Alemania, Italia y el Japón — se quejaron enérgicamente diciendo «que habían sido dejadas a un

lado» y que no se les había dado una participación equitativa de la Tierra ni de los recursos naturales del Globo.

Las democracias, desunidas y débiles militarmente, sólo buscaban mantener su dominación económica frente a estas nuevas amenazas y estaban dispuestas a hacer concesiones esperando que con ello se apaciguarían los ánimos y podría evitarse la guerra.

Así, por un lado, hubo un esfuerzo coordinado para deshacer los cimientos de la sociedad existente y sustituirla por una utopía «racialmente pura» dominada por el Eje y al servicio del Eje, que acabaría con el afán político individual; por el otro, se trataba de una manera poco definida de mantener el «statu quo», o algo parecido.

Desde su balcón abierto sobre Roma, Mussolini gritaba al mundo entero que Italia, empobrecida, había sido tratada injustamente. Con fuertes y desdenosos vocablos italianos execraba a los estadistas de Versalles, acusándoles de privar a Italia de los frutos de la victoria. Aducía que Italia tenía una población excesiva para su territorio, y que las pocas colonias que poseía no le bastaban para cobijar este exceso. ¿A dónde debía dirigirse la nueva y revitalizada Italia para satisfacer sus necesidades vitales? Nada podía esperarse del «cuerpo putrefacto» de las obesas y empachadas democracias, de esa ciudadela de perfidia — Inglaterra —, ni de la cuna del más acérrimo individualismo egoísta — Francia —, ni de ese país hinchado por la prosperidad que eran los Estados Unidos.

Italia, vociferaba el jefe del fascismo, sólo podría obtener el puesto que le correspondía en el concierto de las naciones si se decidía a usar los millones de bayonetas que pondría en manos de sus hijos, que lucharían como tigres.

Japón, la segunda en esa lucha verbal de naciones «despechadas», había aprendido pronto la lección que le enseñara Occidente. Durante la primera Guerra Mundial jugó a la defensiva, rehusando comprometerse demasiado, pero preparándose y estudiando celosamente en espera del gran día. Japón se fabricó una versión propia de *Lebensraum* (espacio vital). Los militaristas o *Gumbatsu*, los ancianos estadistas o *Genro* y los intereses financieros o *Zaibatsu* (este último grupo incluía las poderosas firmas corporativas Mitsui y Mitsubishi). Cada uno de estos grupos estaban de acuerdo en que sólo la obtención de mayores territorios para el Japón podía resolver su problema de superpoblación y falta de materias primas.

¿Si una pequeña isla como Inglaterra pudo expandir su influencia por todo el mundo, por qué razón ellos, los japoneses, el pueblo escogido por el dios Sol, no tenían derecho a una expansión similar en el Extremo Oriente? Se había converti-

do para ellos en cuestión de vida o muerte; tenían que obtener forzosamente más materias primas para la insaciable maquinaria industrial japonesa y nuevas colonias para explotarlas económicamente y para dar cabida a su exceso de población.

Los japoneses, decían, forjarían un inmenso imperio en el este de Asia, que bajo su iniciativa, su inteligencia y la fuerza de las espadas de los *Samurai* llegaría al grado máximo de prosperidad. ¿Quién sino las decadentes democracias negaban el derecho de un mejor nivel de vida al Japón? Y si el pueblo de los Estados Unidos, cuyas leyes de inmigración habían sido tan insultantes para el gran pueblo nipón, se interponía en su camino, su flota sería aniquilada tal como lo había sido la flota rusa durante la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. ¡Muerte al enemigo y *Banzai* («Diez mil años, para siempre») a la futura gloria del Japón!

De la Alemania nazi, la tercera de estas naciones despechadas, seguían llegando persistentes demandas de un sitio más amplio bajo el sol. El progreso económico alemán había sido extraordinario durante los últimos años del siglo diecinueve, en que un país fundamentalmente dedicado a la agricultura se había convertido en un moderno estado industrializado. El comercio y la banca formaban un solo bloque y la libre empresa había sido sustituida por el proteccionismo; las industrias de armamentos tomaron gran auge y se empezó una nueva política colonial. Guillermo II apartó al canciller Bismarck en 1890 e inauguró un Nuevo Plan dirigido a intensificar el colonialismo y a crear una gran flota que consolidara la posición de Alemania como potencia mundial.

Hacia fines del siglo XIX la Gran Bretaña era el fabricante, el transportista, el comerciante y el banquero del mundo. Su imperio colonial era el primero en extensión y su industria gozaba de una reputación universal (*Made in England* era el marchamo de mayor categoría del comercio mundial y el que tenía mayor prestigio), y la *Royal Navy* mandaba en los mares. Las dos terceras partes del tonelaje mundial navegaban bajo pabellón británico.

La expansión económica de Alemania chocó violentamente con el imperialismo británico, de antigua y sólida tradición. Los alemanes empezaron a desafiar a los ingleses en los mercados mundiales. La situación estratégica que ocupaba Alemania en la Europa Central la convertía de manera lógica en la cabeza visible del comercio del Continente; sus grandes ciudades costeras, como Hamburgo y Bremen, eran los centros principales del comercio con los países del Norte. El paternalismo económico germano, combinado con la eficiencia y el genio científico

de aquel pueblo, fueron las causas determinantes de su renacimiento económico. Incluso su tardía industrialización proporcionó a Alemania la ventaja de poseer unas industrias dotadas desde el primer momento de la maquinaria más moderna.

Antes de la guerra de 1914-1918, los alemanes aventajaron a los ingleses en muchos terrenos, especialmente en la manufactura de diversos artículos, en la agricultura, el comercio y la minería. Las estadísticas sobre la producción de mineral de hierro, que son las cifras clave en la economía moderna, revelan el grado alcanzado por el progreso económico germano en su carrera competitiva con la Gran Bretaña:

#### PRODUCCIÓN DE MINERAL DE HIERRO

Años	En Alemania toneladas	En Inglaterra toneladas
1880	7.239.000	18.026.000
1890	11.406.000	13.781.000
1900	18.964.000	14.028.000
1909	25.505.000	14.980.000

Las cifras hablan por sí solas: en 1880 la Gran Bretaña producía unas dos veces y media más de mineral de hierro que Alemania, pero en menos de tres décadas los alemanes casi duplicaron la producción inglesa. Esto demostraba, según afirmaban los alemanes, que la Gran Guerra se produjo principalmente a causa de la envidia sentida por Gran Bretaña.

La derrota de 1918 significó un duro golpe para la economía germana. Los Aliados se apropiaron de todas las colonias alemanas, de los restos de la armada y la marina mercante, del capital alemán e incluso de los animales domésticos. Los valiosos yacimientos de mineral de hierro de Lorena pasaron a Francia. Las reservas de oro alemanas se evaporaron.

La inflación de 1923 produjo un tremendo impacto en la economía germana, deteriorando la maquinaria industrial y empobreciendo la nación al anularse el valor de su moneda. Con su dinero en efectivo y sus pólizas de seguros suprimidas, lo mismo que sus cuentas de ahorro y sus pensiones, la clase media, espina dorsal de la economía, apenas pudo superar la tremenda crisis. De no haber sido por la ayuda prestada por las naciones occidentales a través del Plan Dawes (1924) y el Plan Young (1929), la crisis hubiera significado el total hundimiento de la economía alemana. Se produjo una época de prosperidad transitoria cuando el capital extranjero empezó a



afluir a Alemania, pero la depresión de 1929 puso un brusco fin a la ayuda exterior.

Fue entonces cuando Hitler empezó a preconizar una *Wehrwirtschaft*, o economía «defensiva». El Führer ejerció un rígido control sobre la totalidad de este sistema, distribuyendo las materias primas, fiscalizando las inversiones, imponiendo precios y salarios y destinando los excedentes de capital a la construcción de armamentos. Abandonó deliberadamente la economía del bienestar que preconizaba la República de Weimar, según la cual los artículos debían destinarse al consumo general, sustituyéndola por una economía de guerra. Todo el aparato industrial nazi, del primero al último engranaje, se adaptó para la guerra.

Así surgió, pues, el nuevo desafío económico. Por segunda vez se implantaba un Nuevo Orden en Alemania, en abierto reto contra las democracias. Hitler tenía dos objetivos en perspectiva: evitar una repetición del bloqueo que aplastó a Alemania en 1918, y hacer trizas el Tratado de Versalles mediante el único argumento que no admitiría discusiones: una victoria bélica.

## EL PAPEL DEL NACIONALISMO

Carlos Marx vaticinó, en 1848, que la gradual disminución de los sentimientos nacionalistas, aliada con un correspondiente aumento del internacionalismo, conduciría inevitablemente a la unión de todos los trabajadores del mundo. Muy pocas veces, en el curso de la historia del pensamiento, un profeta social ha cometido un error más craso.

Marx se equivocó de medio a medio. En lugar de perder su fuerza, el nacionalismo se intensificó cada vez más durante el siglo pasado, hasta convertirse en la primera fuerza motriz del siglo xx en el terreno político. Norman Angell escribió esta frase lapidaria: «Para los europeos de nuestra época, el nacionalismo político se ha convertido en la cosa más importante del mundo, más importante que la civilización, la humanidad, la decencia, la bondad y la compasión; más importante incluso que la propia vida.»

Los errores de juicio al considerar el fenómeno nacionalista fueron en gran parte los responsables de las dos guerras mundiales que ha presenciado el siglo xx y de los tratados de paz que las siguieron. El Tratado de Versalles y los tratados paralelos que siguieron a la primera de estas guerras mundiales, se proponían rehacer el mapa de Europa sobre la base de la autodeterminación nacional y la voluntad de los vencedores.

Pero en lugar de zanjar los antagonismos europeos, el nacionalismo no hizo más que agravarlos. Las fronteras de los Estados seguían sin coincidir con las de los pueblos y las lenguas. Las minorías nacionales continuaban protestando y exigiendo que las liberasen de la dominación extranjera. Por doquier resonaban las afirmaciones más enérgicas y significativas del sentimiento nacional.

La proliferación del ultranacionalismo adquiría caracteres particularmente virulentos en la Alemania nazi y la Italia fascista donde, debido a la propia naturaleza de la dictadura totalitaria, podía utilizarse como fuerza impelente para cambiar el mapa de Europa. Los dictadores apelaban cuando convenía a principios dudosos o ilusorios, convencidos de que el fin justificaba los medios. Nada era más importante para los dictadores que la gloria personal, la voluntad de poder y el prestigio de su nación. Los militaristas japoneses comulgaban en los mismos principios. Para ellos, los seres humanos apenas eran poco más que animales en la selva del Globo. Hitler, Mussolini y Tojo pretendían que sus respectivos pueblos representasen el papel de tigres y leones en un mundo poblado principalmente por ovejas y borregos.

En la época del nacionalismo, la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos sólo podían vivir apelando al revulsivo de su propio nacionalismo. El baño de sangre que comenzó en 1939 era, en parte, el resultado lógico del creciente antagonismo entre un orden formado por Estados nacidos de los tratados y otros medios «pacíficos», y la fuerza irresistible del Nuevo Orden.

No hay que dejarse engañar por la aparente sencillez del término *nacionalismo*, que encierra en realidad un fenómeno histórico muy complejo. Es de importancia capital saber qué significa, pero resulta enormemente difícil definirlo. Generaciones enteras de estudiosos se han consagrado a la tarea de aclarar el significado del nacionalismo, pero no ha habido unanimidad en la definición. Una de las causas de ello es que el significado del término varía a compás de los acontecimientos históricos. Y lo que aún es más: la expresión nacionalismo puede tener diferentes significados para distintas personas. Este término, como el de *democracia*, se utiliza a menudo para expresar conceptos totalmente divergentes. Nos enfrentamos con una confusión que los hechos se encargan de aumentar.

Mediante la adición del sufijo «-ismo», la nación adquiere unas nuevas características que hacen de ella algo más que una simple comunidad política o cultural. Todas las definiciones son parciales, pero la que damos a continuación parece ser una de las más objetivas:



te obligadas a respetar, aunque no puedan imponerse mediante una fuerza superior.

Las dos conferencias internacionales de la paz, organizadas por el zar de todas las Rusias, Nicolás II, y celebradas en La Haya en 1899 y 1907, hicieron concebir grandes esperanzas a todos los amantes de la paz. Pero los delegados que asistían a estas dos reuniones se limitaron a aprobar sendas resoluciones en las que preconizaban que se fomentase la paz internacional y se humanizase la guerra, mediante la prohibición de empleo de los gases asfixiantes, las balas «dumdum» o el lanzamiento de proyectiles y explosivos desde globos. Obsérvese la persistencia del concepto «las leyes y costumbres de la guerra». Sin embargo, el problema clave consistía en evitar que los Estados soberanos fuesen a la guerra.

La primera conflagración mundial puso sobre el tapete, con carácter imperativo, la necesidad de que se formase una confederación planetaria o Estado mundial para fomentar los acuerdos internacionales. ¿Pero cómo podía alcanzarse el orden internacional en un mundo que se distinguía por el descontento de las potencias derrotadas, la desilusión de los vencedores y el aislacionismo norteamericano? La Sociedad de las Naciones, vástago surgido del cerebro de Jan Smuts, el dirigente sudafricano, parecía la única solución posible.

Desde sus mismos comienzos, la Sociedad de las Naciones se convirtió en la obsesión del presidente Wilson, quien sacrificó su vida en aras de aquel ideal. «El pacto que ofrecemos», dijo, «debe basarse ante todo en las sanciones morales, apelando a la fuerza únicamente en última instancia.»

Wilson asistió a la Conferencia de la Paz celebrada en Versalles en 1919, siendo el primer presidente norteamericano que abandonó los Estados Unidos durante su mandato. Los pueblos de Europa lo acogieron como si fuese el Mesías, con gritos de entusiasmo que parecían brotar del propio corazón de la humanidad. Pero los estadistas reunidos en Versalles le acusaron de ser un idealista sin sentido práctico, que desconocía en absoluto las realidades de la diplomacia. Georges Clemenceau, *el Tigre*, disgustado por los Catorce Puntos wilsonianos, en los que se exponían los objetivos postbélicos norteamericanos, comentó: «¡Wilson quiere tener Catorce Puntos; en cambio, Dios se contentó con Diez!»

Fueron muy enconadas las batallas que se libraron entre los «Tres Grandes» de la época, a saber, Wilson, Clemenceau y Lloyd George. Se dice que éste manifestó la siguiente queja en un momento de ingeniosa sinceridad: «¿Qué puedo hacer entre un hombre que se cree Jesucristo y otro que se considera Napoleón?»

Wilson, con los nervios deshechos a consecuencia de las interminables negociaciones, estaba seguro de que todos los pueblos del mundo compartían su odio por la guerra, el militarismo y la diplomacia a la antigua, hecha a puerta cerrada. Se esforzó por extirpar la guerra del mundo a través de la Sociedad de las Naciones, que era su instrumento. Muy a pesar suyo, tuvo que aceptar algunos de los términos más duros del Tratado de Versalles, el tratado de paz firmado con Alemania, a cambio de un mayor apoyo para la Sociedad de las Naciones. Pero consiguió que en el Tratado de Versalles figurase toda la carta fundacional de la Sociedad de las Naciones, como la primera de las quince partes de que se componía.

De regreso a su patria, Wilson se encontró enzarzado en una batalla con los senadores republicanos aislacionistas que, entre otras cosas, se mostraban resentidos porque no se les hubiese invitado a la jira de Versalles. Y entonces se ensañaron con la Sociedad de las Naciones, diciendo que los Estados Unidos no debían caer en la trampa representada por los embrollos políticos extranjeros.

El incansable Wilson recorrió toda la nación en ferrocarril suplicando ayuda como si pidiera limosna. Advertía a sus compatriotas que si no ingresaban en la Sociedad de las Naciones podía darse por seguro que habría otra guerra mundial antes de otra generación. Después de pronunciar su cuadragésimo discurso en Pueblo (Colorado), sucumbió a causa de su agotamiento nervioso y físico.

La abstención de los Estados Unidos significó un golpe durísimo para la recién nacida Sociedad de las Naciones. En *Triunfo y Tragedia* (volumen VI de su Historia de la segunda Guerra Mundial), Winston Churchill afirma lisa y llanamente que la Sociedad de las Naciones se hundió porque los Estados Unidos no supieron adoptar un papel activo en ella. Aunque existieron otros factores que contribuyeron a su fracaso, como por ejemplo, la no inclusión de las potencias derrotadas en la primera lista de países miembros, la repugnancia a desarmarse que manifestaron las primeras potencias y la subsistencia de la diplomacia del poder, la verdad es que la Sociedad de las Naciones no podía subsistir sin la participación norteamericana.

La Sociedad de las Naciones pudo zanjar algunas disputas de poca monta, casi todas ellas herencia de la guerra. Por ejemplo, la querella entre Finlandia y Suecia acerca de las islas Aaland, situadas en el golfo de Finlandia.

Pero observe el lector que se trataba de disputas relativamente secundarias. A partir de 1931 empezaron a surgir cuestiones de verdadero alcance internacional. La Sociedad de las



Naciones no consiguió detener la agresión japonesa en China, parar los pies a Italia en Abisinia ni resolver los problemas originados por la guerra civil española.

Sin embargo, y a pesar de su debilidad, la Sociedad de las Naciones era el organismo más prometedor que hasta entonces había sido creado para conseguir el acuerdo internacional. Se había establecido una modesta cabeza de playa en la lucha por crear una sociedad mundial que obedeciese a unas normas de conducta determinadas. A pesar de todas sus limitaciones, se había dado el primer paso importante en este sentido.

Los estadistas de la postguerra habían aprendido muy poco. Caían de nuevo en las inútiles normas antiguas, convencidos de que acabarían por aportarles la seguridad y el desarme. Se volvía a la vieja política de combinaciones, tratados y revanchas.

Alemania y las potencias centrales, derrotadas en los campos de batalla, se hallaban unidas por su común deseo de repudiar el Tratado de Versalles y sus consecuencias. Las potencias occidentales temían la expansión del comunismo, mientras que, por su parte, la Unión Soviética estaba convencida de que el mundo entero ansiaba su destrucción. Los franceses, aunque se contaban en el número de los victoriosos Aliados, se sentían dominados por la inseguridad y el recelo. La Gran Bretaña no cejaba en sus esfuerzos por restablecer el antiguo equilibrio de poder en Europa, lo cual le permitiría mantener una posición dominante sobre el Continente. Los Estados Unidos, disgustados ante las constantes crisis europeas, se encerraban en el aislacionismo.

Este era el panorama que presentaba la inquieta Europa, en cuyo suelo se plantaban los dientes del dragón de la próxima guerra, de los que no tardarían en surgir hordas armadas (1). Muchos vislumbraban ya la nueva guerra. Muy pocos eran los que podían evitarla.

Los miembros más sensatos de la Sociedad de las Naciones, presintiendo el inminente estallido, hicieron los mayores esfuerzos por evitarlo. Si tenía que existir un sistema de seguridad colectiva, la Sociedad de las Naciones haría lo posible por mejorarlo. En septiembre de 1923 aprobó por unanimidad el borrador del Tratado de Asistencia Mutua, el cual requería la ayuda de las naciones miembros a cualquiera de ellas que fuese atacada. Ninguna nación firmó este tratado, so pretexto de que no definía adecuadamente los términos «agresor» y «agre-

(1) Alusión a un personaje de la Mitología griega, Cadmo, quien sembró los dientes de un dragón, que luego brotaron de la tierra convertidos en soldados, siendo vencidos por Jasón y los Argonautas. (N. del T.)

sión». En octubre de 1924, la Asamblea de la Sociedad de las Naciones adoptó el Protocolo de Ginebra para la resolución pacífica de las disputas internacionales, definiendo esta vez claramente a un agresor como «un Estado que apela a la guerra en flagrante violación de los compromisos contenidos en el pacto del presente protocolo». Inglaterra se opuso al protocolo porque éste exigía unos compromisos globales que ella no se hallaba dispuesta a asumir. Nuevo fracaso de la Sociedad de las Naciones.

Entre tanto, las potencias volvían al viejo sistema de las alianzas; esta vez las combinaciones no se mantuvieron en secreto. Las alianzas rivales no habían evitado la Gran Guerra, pero el concepto de las mismas subsistió. Apenas terminada la primera contienda mundial, se establecieron tres sistemas de alianzas centradas en torno a Francia, Rusia e Italia, respectivamente.

Los franceses, con su obsesión constante por la seguridad, solicitaron un tratado de garantía anglo-norteamericano, que protegiese a Francia ante un nuevo y posible ataque alemán. «Nosotros, los franceses», afirmaban, «hemos vivido en la orilla de acá del Rin durante mil años y conocemos mejor a los alemanes que vosotros. Por lo tanto, estamos seguros de que volverán a atacarnos.» Pero ni los ingleses ni los norteamericanos deseaban comprometerse. Los franceses, que no confiaban en una posible ayuda de la Sociedad de las Naciones, concluyeron una serie de alianzas y pactos por su cuenta con Bélgica, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia, la Rusia soviética e Inglaterra. Al propio tiempo, Francia alentó la formación de la Pequeña Entente entre Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania a fin de mantener las cláusulas del Tratado del Trianón, esto es, impedir la restauración de los Habsburgo y oponerse a los movimientos irredentistas húngaros.

La Rusia soviética, temiendo que se formase una coalición internacional dirigida contra ella, también firmó una serie de pactos de no agresión y tratados comerciales con sus países vecinos. Italia, disgustada por las migajas que le habían correspondido en la mesa de Versalles, imitó estos ejemplos.

Los tratados de Locarno aclararon un poco la atmósfera. Gustavo Stresemann por parte de Alemania, Aristides Briand por Francia y Austen Chamberlain por la Gran Bretaña, se reunieron en Locarno del 5 al 16 de octubre de 1925, y en una atmósfera de cordialidad y armonía, firmaron una serie de siete tratados. Alemania reconoció finalmente sus fronteras occidentales, tal como habían sido establecidas en el Tratado de Versalles, y renunció a sus pretensiones sobre Alsacia-Lorena. Francia, a cambio, accedió a interrumpir sus esfuerzos para crear una



república separatista en el Rin. La evacuación de la región renana se prometió para una fecha más temprana que la que se había establecido en Versalles. Alemania fue admitida en la Sociedad de las Naciones con el rango de gran potencia. La Gran Bretaña, Italia y Bélgica garantizaron el mantenimiento de los acuerdos de Locarno. El nombre de Locarno se convirtió en sinónimo de paz y buena voluntad entre las naciones.

Casi tres años después, el 27 de agosto de 1928, quince naciones firmaron en París el Pacto Kellogg-Briand para la paz, por el cual acordaban renunciar a la guerra como instrumento de la política nacional, suscribiendo el principio del arbitraje y la conciliación para dirimir las disputas internacionales. En 1933, sesenta y tres naciones habían firmado el pacto. Pero las enmiendas que se introdujeron en él dieron un carácter equívoco a sus cláusulas... Casi todas las potencias signatarias, incluyendo a los Estados Unidos, se reservaban el derecho de adoptar las medidas que considerasen necesarias para su propia defensa.

Por último parecía, a pesar de todo, que los estadistas de todas las naciones del mundo podrían resolver sus diferencias sentados en torno a la mesa de conferencias.

## LA CARRERA DE ARMAMENTOS

Los ciegos y los inconscientes nunca supieron ver la relación que existe entre las armas y Armagedón (1). Un nuevo factor que se venía a sumar a las causas mediatas e inmediatas de la guerra era la creciente carrera de armamentos. Tras esta carrera se encontraba la gran fuerza política de los años 30: el temor... el miedo a la guerra, a sus consecuencias, a no hallarse preparados para afrontarla. Los hombres íntegros y honrados que aborrecían la guerra y anhelaban la paz, al vivir bajo el temor del posible resultado de una nueva guerra, se veían obligados a prepararse para ella. Las naciones, montando una guardia celosa y vigilante, se acostumbraron a esperar la guerra.

Se realizaron varios intentos para poner fin a la carrera de armamentos, pero todos fueron pusilánimes, faltos de sinceridad e incompletos. Los estadistas, hipócritamente, accedían a reducir los armamentos que ya estaban anticuados, pero observaban con la mayor atención lo que hacían sus enemigos

(1) Armagedón, o Harmagedon (Loma de Megiddo), es el lugar donde se librará la última y decisiva batalla entre el Bien y el Mal, según el Apocalipsis de San Juan. (N. del T.)

potenciales en el terreno de la fabricación de armamentos cada vez más mortíferos.

La Sociedad de las Naciones hizo cuanto pudo. Su carta fundacional contenía varias cláusulas relativas al desarme, pero las naciones hicieron oídos de mercader. El punto núm. 4 de los Catorce Puntos wilsonianos aludía al desarme, pero incluso aquí se encontraba la inevitable ambigüedad: «Adecuadas garantías... de que los armamentos nacionales serán reducidos al grado mínimo indispensable para salvaguardar la seguridad nacional.»

Los intentos por imponer un desarme naval naufragaron en un mar proceloso. En 1921-1922, el presidente Harding convocó la Conferencia Naval de Washington. Se llegó a un acuerdo: durante diez años no se construirían buques de guerra y los acorazados existentes quedarían limitados a las proporciones siguientes: Estados Unidos, 5; Gran Bretaña, 5; Japón, 3; Francia, 1'67, e Italia, 1'67. Para no sobrepasar esta proporción, los Estados Unidos destruyeron parte de su gran armada. Otras naciones se limitaron a rasgar los planos de las unidades que proyectaban añadir a las suyas.

La Conferencia Naval de Ginebra, convocada en 1927 para limitar la construcción de unidades menores, se disolvió sin haber alcanzado ningún resultado. La Conferencia Naval de Londres de 1930 no se propuso reducir los armamentos navales tanto como limitarlos. Los firmantes insistieron en una «cláusula móvil», que permitiese a cada potencia sobrepasar los límites de tonelaje si consideraban que una potencia no signataria amenazaba su propia seguridad.

¿Cómo podían realizarse progresos auténticos mediante esta diplomacia puramente verbal? Estaba reunida la Conferencia Naval de Londres de 1935-1936, cuando de pronto el Japón exigió la igualdad naval con los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Esto era demasiado. Las grandes potencias pusieron fin a la prohibición de construir acorazados y prosiguieron la construcción naval sin restricciones.

Igualmente estéril fue el intento de limitar los armamentos terrestres. ¿Cuál era el común denominador, el rasero por el que todos los países debían medirse para que el desarme se alcanzase sin amenazar la seguridad de ninguna nación? La Sociedad de las Naciones se esforzó en vano por hallar una solución. Durante la Conferencia Mundial del Desarme, que inició sus sesiones en Ginebra en 1932, el presidente norteamericano Hoover aconsejó la reducción de una tercera parte de las fuerzas de tierra y la total abolición de tanques, aviones de bombardeo y grandes piezas de artillería móviles.

Pero los nazis habían de estropear este bello sueño. Hitler



exigió que se permitiese a Alemania armarse en la misma proporción que Francia. La petición fue denegada. Alemania se retiró entonces de la Conferencia del Desarme y en octubre de 1933 se retiró también de la Sociedad de las Naciones. Después de varias reuniones infructuosas, la Conferencia, que se encontraba en un punto muerto del que era imposible salir, fue aplazada indefinidamente.

Esta es la triste historia del desarme de la postguerra, que ocultaba una enorme pugna. Los que tomaban parte en este debate argüían que la única posición juiciosa y civilizada para las naciones consistía en desarmarse, pues sin armamentos ya no habría más guerras. Según demostraba la historia, afirmaban, las carreras de armamentos habían desembocado invariablemente en la guerra. Una vez se iniciaba la carrera de armamentos, ésta avanzaba en progresión geométrica, pues cada bando trataba de sobrepasar al otro. Las armas no tardaban en quedar anticuadas; constituían una falaz inversión, un pozo sin fondo por el que se perdía la riqueza de la humanidad.

En el lado opuesto se alzaban los defensores de la preparación. El único medio de evitar la guerra, afirmaban, consistía en hacerse tan poderosos que ningún agresor se atreviese a atacar. La preparación era la única fórmula que podía evitar la guerra. La victoria sonreiría a la nación que la mereciese por su previsión y preparación. Gastando tan sólo una pequeña fracción del presupuesto nacional, una nación podía ahorrarse el terrible despilfarro de dinero y vidas que costaría la victoria. En último término, la guerra era una actividad natural del hombre, que debía evitarse siempre que fuese posible, pero que había que ganar a toda costa una vez comenzada. Incluso se afirmó que el desarme era un sueño de judíos, socialistas y mujeres histéricas.

Este debate quedó zanjado con la exaltación de Hitler al poder. La evidente amenaza representada por el Eje hizo que se abandonasen los esfuerzos por limitar los armamentos. En 1933, año en que Hitler ocupó el poder, y el último en que funcionó con cierta eficacia el sistema basado en los acuerdos de Versalles y en la Sociedad de Naciones, los ejércitos de todo el mundo ascendían a 7.000.000 de hombres, las flotas de guerra a 3.000.000 de toneladas, existían 14.000 aviones militares y se gastaban 4.000.000.000 de dólares para mantener en funcionamiento todo aquel aparato bélico.

En 1938, el año de Munich, los ejércitos del mundo aumentaron sus efectivos hasta 10.000.000 de hombres, el tonelaje naval ascendió a 8.000.000, los aviones militares a unos 50.000 y se invirtieron 17.000.000.000 de dólares en atenciones militares.

Estas cifras eran aterradoras, pero resultaron insignificantes cuando Polonia fue invadida por los alemanes.

La carrera hacia el abismo era incontenible.

Tal como estaban las cosas en 1939, la coalición europea que se proponía parar los pies a Hitler (Inglaterra, Francia, Rumania, Grecia y Polonia) parecía llevar ventaja al Eje (Alemania, Italia, Hungría y España): 282 divisiones contra 209, respectivamente. En el mar la supremacía correspondía también a los Aliados (la *Royal Navy* sola tenía suficiente poderío para derrotar a cualquier alianza formada por dos de las escuadras europeas). Pero el Eje era superior en lo tocante al arma submarina. En el aire, cada coalición contaba con unos 6.500 aviones militares de primera línea.

Aunque nadie podía medir la fuerza de los imponderables, representados por la dirección política, la estrategia, la técnica, la moral, la buena suerte y la actitud de los países neutrales.

## EL CLIMA PSICOLÓGICO

Muchos supervivientes de los horrores de la primera Guerra Mundial, afirmaban de manera tajante y concluyente: «¡Nunca más!» Pero no tardaron en olvidar aquellos horrores: del mismo modo como se olvidan los dolores de la enfermedad y se arrinconan los pensamientos molestos en lo más profundo del subconsciente.

Uno de los errores fatales se cometió en el terreno pedagógico. Por desgracia, en todas partes sucedió igual. Los jóvenes impresionables escuchaban ávidamente relatos que hablaban de la camaradería en el campo de batalla, del heroísmo bajo el fuego enemigo, de la gloria de la victoria, del carácter inadmisible de la derrota... Los veteranos de la guerra del 14, olvidando el hedor y la miseria de la guerra, se jactaban ante sus hijos de sus hazañas bélicas, mezcladas con misteriosas insinuaciones de lo que sucedió durante aquel inolvidable permiso en París.

Este proceso se repetía en las escuelas, donde se embellecía lo que no era más que nauseabundo. Así las nuevas guerras se gestaban en las aulas de Historia.

¿Cuál era la causa de estos periódicos descensos y recaídas en la barbarie? Para la mayoría, la guerra era un flagelo inevitable e inexplicable de la humanidad. Había mucho que aprender, pero el público demostraba muy poco interés por ello. ¿Un parlamento mundial? ¿Que los corazones llorones y sensibles se quedasen con semejante majadería! Eran mucho más importantes las cuestiones inmediatas, como ganarse la vida,



adquirir un frigorífico, cobrar dividendos de las acciones, afiliarse a un club social. ¡El éxito material era lo que importaba! Que los profesores se preocupasen, si ese era su deseo, de las guerras pasadas.

Varios estudiosos abnegados trabajaron con ahínco por aclarar el «misterio» de la guerra. Según ellos, en otras épocas se propusieron limitaciones espirituales para poner coto a la guerra mediante las doctrinas de Platón, las enseñanzas del cristianismo, que presentaba a la naturaleza como algo corrompido y pecador, y la aplicación de imperativos morales en la educación y la política. Hicieron ver después cómo estas limitaciones no pudieron contener finalmente la presión del progreso material, que corría parejas con la acción solapada de factores que minaban poco a poco la moralidad y la ética. Las nuevas ciencias habían creado una economía de la abundancia y con ella unas armas destructoras de abrumador poder.

Por lo tanto, y en opinión de aquellos estudiosos, la única solución consistía en consagrarse a la eliminación del espíritu bélico como si se tratase de una enfermedad infecciosa, relegando la guerra a la categoría del canibalismo.

Los aludidos estudiosos señalaban que el hombre vivía en una era de ilusión, falta de espíritu racional y agresiva. En las democracias, afirmaban, aquellos que debían velar por el mantenimiento del *statu quo*, dormitaban al borde del abismo. Y en las naciones despechadas, las masas se volvían hacia los demagogos que las invitaban a «pensar con la sangre» y hacerse con el poder mundial. La escena estaba preparada para el conflicto.

La solución no era fácil. Los historiadores no habían dado una respuesta satisfactoria a la pregunta clave de 1939: ¿cómo podía el mundo librarse del hediondo nazismo, sin apelar al uso de la fuerza?

## CAPITULO

## II

### De Manchuria al «Anschluss»: Etapas de la agresión del Eje

*La manera de obtener derechos reales en Manchuria y Mongolia consiste en utilizar la región como base para, bajo el pretexto del comercio y el intercambio, penetrar en el resto de China.*

El Memorial Tanaka, 1927.

*El Estado alemán debería comprender a todos los alemanes, con la misión no sólo de reunir y mantener sus elementos primitivos más valiosos, sino también, de alzarse de modo lento y seguro hasta ocupar una posición dirigente.*

Adolfo Hitler, 1933.

*La guerra es para el varón lo que el parto es para la hembra.*

Benito Mussolini, 1936.



## PRÓLOGO I

## LA CRISIS DE MANCHURIA, 1931

«A causa de su divina ascendencia, el pueblo japonés es inmensamente superior a los nativos de otros países en lo que respecta a valor e inteligencia.»

«Es preciso que el Japón castigue de una vez el descaro y la osadía del hombre blanco.»

«El Japón tiene el deber de arrebatarse la Manchuria a la influencia china y seguir la senda que le marca su Destino Imperial.»

Éste era el desafío que lanzaban al mundo los militaristas japoneses, unos fanáticos que en poco tiempo se hicieron amos del poder ocupando una posición desde la que podían lanzar el país a las más peligrosas aventuras militares. Nadie, afirmaban, podría impedir la expansión de una nación ambiciosa como el Japón. El primer problema consistía en apoderarse de los territorios continentales chinos. Después, el espíritu indomable del Japón se extendería por los siete mares y los cinco continentes, hasta establecer en todo el mundo una *Pax Nipponica*. Todos los que se atreviesen a alzarse a su paso caerían bajo la espada de los *samurai*.

En 1914, el Japón ya había violado la neutralidad china al desembarcar tropas en la región que rodeaba Kiau Chou, que Alemania administraba como territorio arrendado a China en 1898. El 18 de enero de 1915, Tokio presentó al presidente chino Yuan una lista de 21 demandas, que de manera harto significativa estaba escrita en papel oficial del ministerio de la Guerra, que tenía por filigrana ametralladoras y acorazados. La finalidad de esta maniobra era convertir a China en un protectorado japonés. Washington protestó enérgicamente ante esta acción arrogante, y el Japón retiró la mayoría de las demandas. Así, las 21 demandas no pasaron de ser simples «deseos».

Más tarde, Ogden Nash hizo este agudo comentario, expuesto en un irónico pareado:

*¡Qué pueblo tan cortés, los japoneses;  
siempre piden disculpa varias veces!*

En la Conferencia de Washington, celebrada después de la Gran Guerra, desde el mes de noviembre de 1921 a febrero de 1922, el Japón, junto con los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Holanda, Bélgica, Portugal y China, firmó el

Tratado de las Nueve Potencias, por el que se garantizaba la integridad territorial y la independencia de China, estableciéndose una política de puerta abierta por la que todas las naciones podrían comerciar en el antiguo territorio del Celeste Imperio. Todos los signatarios, incluso el Japón, acordaron «no apoyar ningún acuerdo suscrito por súbditos de sus respectivos países, por el que se pudiesen crear esferas de influencia o explotar con carácter de exclusiva cualquier parte del territorio chino».

Para los fogosos militaristas japoneses, las promesas, los tratados o los acuerdos no eran más que papel mojado, la rémora que arrastraban las decadentes democracias liberales del Occidente. A medida que la situación europea se hacía más y más caótica, los belicistas de Tokio veían llegar su ocasión única. Se aprovecharían de la debilidad militar de China e iniciarían una ofensiva para alcanzar el dominio del Globo.

Su primer objetivo era Manchuria..., un millón de kilómetros cuadrados de riqueza potencial. De allí saldrían los abastecimientos y las materias primas que alimentarían la maquinaria bélica nipona: hierro, carbón, cobre, plomo, manganeso, esquisto petrolífero, incluso oro. Desde el punto de vista estratégico, Manchuria proporcionaría al Japón su tan necesitado Estado-tapón frente a la Rusia soviética. Además, Manchuria podría absorber todo el excedente de población del archipiélago japonés.

Los cimientos para su futura expansión ya se habían establecido. En 1919, el *Dai Nippon Kokusuikai* (la Sociedad para la Esencia Nacional del Gran Japón) ya contaba con un millón de afiliados. La *Kokuhonsha* (Sociedad para la Fundación Nacional) ejercía un activo apostolado que se distinguía por su xenofobia y su carácter nacionalista.

La propaganda oral era acompañada por el arma del asesinato político. El 14 de noviembre de 1930, el primer ministro Yuko Hamaguchi fue muerto de un tiro por un joven fanático. En marzo de 1931, la *Sakurakai* (Sociedad Cereza) que reunía a oficiales del Ejército, intentó un pronunciamiento militar bajo la dirección del general Kuniaki Koiso, llamado *el Tigre de Corea*. La conspiración falló por una simple casualidad, al negar los oficiales de alta graduación su apoyo a los conjurados.

A principios de septiembre de 1931 se produjo el primero de los «incidentes» de China. Unos bandidos chinos colocaron una pequeña bomba en la vía del ferrocarril manchuriano del Sur, que se hallaba en manos de los japoneses. Los daños causados por el artefacto fueron insignificantes. Un tren ya pudo circular por el lugar del atentado pocas horas después, y la



encuesta realizada más tarde reveló que la sección destruida del tendido medía exactamente 77'5 cm.

Pero esto era más que suficiente para los fanáticos de Tokio. Había que poner fin por la fuerza a aquellos actos de «bandolerismo». El 18 de septiembre de 1931, sin consultar al Gabinete legalmente constituido de Reijiro Wakasuki, las fuerzas japonesas iniciaron la ofensiva, capturando sin tardanza Mukden con su guarnición de 10.000 soldados chinos.

China apeló inmediatamente a la Sociedad de las Naciones. Ésta organizó al instante la Comisión Lytton, encargada de efectuar una encuesta sobre el terreno, elevar un informe y recomendar la acción adecuada.

Entre tanto, los japoneses proseguían la conquista de toda Manchuria, que terminaron en enero de 1932. Entonces, las tropas niponas descendieron hacia el sur para asestar una puñalada al corazón del dragón chino. Les salió al paso el XIX Ejército chino, que estaba a las órdenes del Gobierno de extrema izquierda instalado en Cantón y no de los nacionalistas de Nankín. Se libró una batalla que duró cinco semanas y costó 23.000 vidas. Los japoneses sólo tuvieron 3.000 bajas.

El suelo de China estaba empapado en sangre. Enfurecidos por la resistencia que encontraban, los japoneses destruían y saqueaban el país, acuchillando a los prisioneros de guerra, violaban a las mujeres y mataban a los niños. Aquellas crueldades horrorizaron al mundo entero. Pero no eran más que el comienzo.

Tokio se hallaba dominado por un júbilo desbordante. ¡Los militaristas habían tenido razón! La canción más popular de aquellos días, titulada «La Bomba Humana», ensalzaba la hazaña de tres soldados nipones que destruyeron un sector de las alambradas arrojándose contra ellas con bombas atadas al cuerpo.

El Japón transformó a Manchuria en la República «independiente» del Manchukuo (Estado de los Manchúes) el 9 de marzo de 1932. El último descendiente de los emperadores manchúes, Henry Pu-yi, fue sacado de su tranquilo y cómodo retiro para gobernar en Manchuria, primero como regente y dos años después con el título de emperador Kang Teh. Los patriotas chinos respondieron organizando un boicot que redujo las exportaciones japonesas a China en un 94 por ciento.

No confiando ya en recibir ninguna ayuda de la Sociedad de las Naciones, el 31 de mayo de 1932 los chinos firmaron un armisticio en Tangku. Los japoneses regresarían al norte de la Gran Muralla y se establecería una zona desmilitarizada entre la muralla y una línea que iría desde Tientsin a Peiping.

El último informe Lytton, publicado el 4 de octubre de 1932, acusaba al Japón de agresor, pero proponía un arreglo mediante

el cual los intereses especiales que serían reconocidos. Poco después la Sociedad de las Naciones.

Durante estas desalentadoras preocupadas por la depresión económica, el apoyo a las sanciones contra el Japón hubo una decidida oposición a la acción. El 7 de enero de 1932, Henry L. Stimson, teamericano, proclamó la que había dicho Stimson: «[Los Estados Unidos no] piensan en un tratado o acuerdo... que pueda menoscabar la independencia o la integridad territorial de la República de China... o la política de puertas abiertas».

Menos de un metro de tendido ferroviario había valido a los militaristas de Tokio el premio. Pero aquél fue el asalto preliminar de la segunda guerra mundial, el principio de una reacción en cadena que culminó con la explosión de la bomba atómica sobre Hiroshima. El sistema laboriosamente edificado en Versalles, en aras del cual se sacrificaron millares de vidas durante la primera guerra mundial, había recibido el primero de la que habría de ser una serie de golpes mortíferos. Pronto seguirían otros.

## PRÓLOGO II

### LA CONQUISTA DE ABISINIA: 1935-1936

Desde un balcón que daba a la Piazza Venezia, en el mismísimo corazón de Roma, se pronunció otra estridente denuncia del *statu quo*, otra aportación a la creciente serie de agresiones que desembocarían en la segunda Guerra Mundial.

Adelantando su enérgico mentón, moviendo vigorosamente los brazos y arrojando llamas por los ojos, Mussolini lanzó su desafío:

«Imitaremos al pie de la letra a los que pretenden sermonearnos. Nos han demostrado que cuando se trata de crear un imperio o de defenderlo no hay que tener nunca en cuenta la opinión del mundo en lo más mínimo.»

El Mediterráneo, prosiguió el Duce con voz atronadora, era el mar de Italia. Él resucitaría la grandeza de la antigua Roma Imperial y «la gloria de las armas italianas». ¡No se dejaría engañar por las débiles y decadentes democracias! ¡El mundo aprendería a respetar las bayonetas italianas!

El Estado totalitario fascista de Mussolini había prosperado a ojos vistas desde la Marcha sobre Roma, realizada en octu-



bre de 1922. Incluso Winston Churchill, que hubiera debido mostrar mayor perspicacia, llegó a ver ciertos aspectos positivos en aquel régimen. El dictador italiano había proscrito a los comunistas de la vida pública, doblegando su resistencia y la de otros miembros de la oposición con tremendas dosis de aceite de ricino. Consiguió eliminar casi por completo el paro obrero mediante el sencillo expediente de hacer ingresar a los parados en el ejército. Realizó mejoras en la industria y en la agricultura, desecó terrenos pantanosos e inauguró centrales hidroeléctricas. Reforzó las fuerzas armadas. Y, milagro de los milagros, ¡incluso se dice que consiguió introducir la puntualidad en el horario de los ferrocarriles italianos!

Pero la depresión mundial alcanzó como un mazazo a un país ya debilitado por la miseria y que aún no había revivido — si es que podía verdaderamente revivir — gracias a los «milagros» del fascismo. Los italianos empezaron a poner en tela de juicio la capacidad de su caudillo. Puesto que era muy poco lo que Mussolini podía hacer para mejorar la economía doméstica, apeló a las aventuras extranjeras para mantener en forma a su régimen fascista. Tenía que hallar alguna válvula de escape que le permitiese demostrar el poder de las armas italianas.

Abisinia, llamada también Etiopía, país semicivilizado, con una superficie de 1.200.000 kms<sup>2</sup>, era una de las más antiguas naciones cristianas del orbe. Situada en el nordeste de África, limitaba con la Eritrea italiana, la Somalia francesa y la Somalia británica por el nordeste, con la Somalia italiana por el sudeste, con el protectorado británico de Kenya por el sur y con el Sudán Angloegipcio por el oeste. Su economía era fundamentalmente agrícola, pero en potencia sus recursos eran muy grandes, pues entre ellos se incluían yacimientos de oro, plata, manganeso, estaño, cobre, asbesto, potasa, azufre, mica e incluso carbón y hierro. Todas estas materias primas eran valiosísimas para la maquinaria bélica italiana.

También se trataba de ajustar antiguas cuentas pendientes. Menelik II, que ascendió al trono en 1889, había unificado toda Abisinia bajo su cetro. Italia ya ambicionaba entonces aquel país. La campaña de cinco años mediante la cual se propuso subyugarlo culminó el 1 de marzo de 1896 con una desastrosa matanza de italianos en Adua. Desde entonces Abisinia se movió en la órbita de la Gran Bretaña y Francia, países que firmaron un tratado en 1906 por el que garantizaban su independencia.

En su filípica, el Duce exigió que se lavase aquella mancha que empañaba el honor de las armas italianas. Los muertos de Adua pedían venganza.

El emperador Hailé Selassié, nacido el 17 de julio de 1891,

era un hombre culto, sensible y digno, que en 1915 recibió el título de regente, el de rey en 1928 y el de emperador o Rey de Reyes en 1930, a la muerte de la emperatriz Zauditu. Se enfrentó con una tarea abrumadora: unificar y modernizar su atrasado país, a pesar de las diferencias étnicas y religiosas, el espíritu de independencia de los jefecillos o *rases* locales, la esclavitud y otras taras que afligían a la población ignorante y supersticiosa. En 1923 Abisinia fue aceptada como país miembro de la Sociedad de las Naciones, al prometer Hailé Selassié suprimir la esclavitud y el tráfico de esclavos en su reino.

Para el ambicioso Mussolini, el problema aún no resuelto de la esclavitud le vino que ni pintado. Así «llevaría la antorcha de la civilización a Etiopía», pondría fin al comercio de esclavos, adquiriría riquezas para su aparato bélico y apartaría la atención de los descontentos italianos de sus problemas domésticos e interiores. Y en cuanto al adversario, ni siquiera sería digno de este nombre.

Además — idea tentadora — Mussolini no se quedaría atrás en la carrera por el poder mundial. Ni siquiera el Führer se oponía a la idea de la expansión italiana en África. La aventura que acariciaba el Duce distraería sus fuerzas de Europa, donde Hitler tenía su propio *Lebensraum*. Por otra parte, Mussolini no tardaría en encontrarse metido en dificultades con Inglaterra y Francia, que habían garantizado la independencia de Abisinia. Esto era lo que los dictadores entendían por lealtad.

La técnica de los incidentes fronterizos amañados ya había sido empleada con éxito por los japoneses en Mukden el año 1931. El 5 de diciembre de 1934, se produjo otro de estos incidentes en África. Esta vez consistió en una escaramuza entre la escolta de una comisión fronteriza anglo-etíope y tropas italianas en el oasis de Walwal, cerca de la frontera que separaba la Somalia británica de la italiana. Un centenar de abisinios y 30 soldados italianos resultaron muertos. Hailé Selassié aseguró que el oasis se encontraba a casi 100 kilómetros dentro de las fronteras de Abisinia y que había sido ocupado ilegalmente por los italianos.

El Duce arrojó rayos y centellas. Exigió excusas, una indemnización por la suma de 200.000 táleros abisinios y el castigo de los oficiales etíopes responsables. Hailé Selassié se negó a aceptar estas condiciones y llevó la cuestión ante la Sociedad de las Naciones. Las negociaciones fueron lentas y laboriosas. Mussolini, entre discurso y discurso cada vez más belicoso, empezó a enviar refuerzos a África. Advirtió a los apaciguadores diciéndoles que no se daría por satisfecho «con la cesión de un par de desiertos, uno de sal y otro de piedras».

La esperada ofensiva se produjo el 3 de octubre de 1935.



Las tropas italianas con base en Eritrea cruzaron las fronteras de Abisinia. Mussolini gritó: «¡Ha sonado una hora solemne para Italia!»

Al ver sus estatutos violados de manera tan flagrante, la Sociedad de las Naciones actuó con una celeridad desacomunada. Una semana después de la invasión, 50 de las 54 naciones que formaban la Asamblea (sólo discreparon Italia, Hungría, Austria y Albania), reunidas en Ginebra, se mostraron de acuerdo con el Consejo, el cual afirmaba que Italia había ido a la guerra haciendo caso omiso de sus obligaciones. Según el artículo 16 de los estatutos, los países miembros de la Sociedad de Naciones recibieron órdenes de no vender artículos a Italia, no permitir que se le hiciesen empréstitos ni adquirir mercancías de procedencia italiana (sanciones económicas).

La acción de Mussolini despertó la indignación mundial y la decisión de la Sociedad de las Naciones fue objeto de unánimes elogios, presentándola como una victoria de la seguridad colectiva.

La clave de la cuestión residía en el petróleo. Pero la Sociedad de las Naciones no lo había incluido entre los artículos a los que debían aplicarse las sanciones económicas. El embargo de este producto vital hubiera doblegado en pocos meses la arrogancia italiana. La Gran Bretaña y Francia no se mostraban muy dispuestas a extender el embargo al petróleo por temor a que la supresión de un artículo tan vital obligase a Italia a lanzarse a la lucha por su propia subsistencia. Incluso la Sociedad de las Naciones se negó a adoptar esta medida capital. Además, cuatro países que no eran miembros de aquel alto areópago internacional —los Estados Unidos, Alemania, el Japón y el Brasil—, no se veían obligados a cumplir el acuerdo sobre las sanciones. La legislación neutralista promulgada por el presidente Franklin D. Roosevelt tampoco cubría aquellas materias primas esenciales para la guerra, como el petróleo, la chatarra de hierro y el acero. Sin duda Mussolini obtendría todo el petróleo y los demás materiales de guerra que necesitase.

En esta coyuntura aparecieron dos «componedores» que se las arreglaron para empeorar aún más una situación ya crítica. Sir Samuel Hoare, que ocupaba en Inglaterra la cartera de Asuntos Exteriores, no tenía la menor duda de que la Gran Bretaña podría derrotar a Italia llegado el caso, pero no se hallaba convencido de que valiese la pena ir a la guerra por Abisinia. El presidente del Consejo de Francia, Pierre Laval, hombre de tendencias fascistas y que veía con simpatía la aventura mussoliniana en África mientras no chocase con los intereses que allí tenía Francia, se mostraba de acuerdo con Hoare.

El conspicuo plan Hoare-Laval nació en diciembre de 1935.

Se concederían a Italia 60.000 millas cuadradas de territorio abisinio junto a las fronteras de la Somalia italiana y de Eritrea, a cambio de un corredor de unas 3.000 millas cuadradas que uniría Abisinia con el puerto eritreo de Assab. Además Italia obtendría 160.000 millas cuadradas como «zona de expansión económica y colonización».

Los dos generosos estadistas, efectivamente, estaban dispuestos a entregar las dos terceras partes del territorio abisinio para apaciguar al ávido Duce.

Hoare y Laval se habían comprometido a guardar el mayor secreto. Pero los astutos franceses se apresuraron a revelar el plan a la prensa. Un clamor de indignación rasgó la niebla inglesa. Dar al Duce en bandeja de plata una victoria que ni siquiera había ganado, era demasiado para la sensibilidad del público, la prensa y el Parlamento británicos.

Asombrado ante la acogida que tuvo su plan, Hoare presentó la dimisión, siendo sucedido como titular del *Foreign Office* por Anthony Eden. Laval consiguió capear el temporal y continuar en su puesto durante unas cuantas semanas.

Mussolini destinó diez divisiones, formadas por 250.000 hombres y reforzadas por 150.000 indígenas africanos, a la campaña de Abisinia, sin contar la enorme masa de material de guerra formado por tanques, unidades motorizadas y aviones, bajo la competente jefatura del comandante supremo, mariscal Pietro Badoglio.

Contra estas tremendas fuerzas se alzaban unos 35.000 abisinios mal armados y unas milicias movilizadas a toda prisa y formadas por hombres que no habían recibido ninguna instrucción militar, armados con viejas espingardas, espadas y lanzas. No contaban con tanques, artillería ni aviación. La defensa de Abisinia fue organizada por elementos incompetentes y mal preparados. En lugar de retirarse a las montañas para hacer una guerra de guerrillas, que hubiese detenido considerables fuerzas enemigas, los *rases* abisinios rivales, que competían entre sí por el honor de ser los primeros en atacar a los italianos, lanzaron masas de hombres al asalto de las divisiones motorizadas, en suicidas embestidas frontales.

La guerra se convirtió en una carnicería.

Por ambos bandos se cometían increíbles actos de barbarie, pues ambos contendientes hacían caso omiso de la Convención de Ginebra. Los abisinios, dominados por una excesiva confianza y seguros de que los italianos sufrirían un nuevo desastre de Adua, torturaban y decapitaban a todos sus prisioneros. Los italianos respondían en la misma moneda, añadiendo el refinamiento «civilizado» de los gases asfixiantes.

He aquí los horribles resultados del gas mostaza expuestos



por un testigo presencial: «Algunos quedaron ciegos. Cuando otros veían extenderse las quemaduras por piernas y brazos y sentían los crecientes dolores, cuyo origen y fin no podían esclarecer y para los que no disponían de remedio, rompían filas y huían. Las fuerzas abisinias emprendieron de pronto la retirada desparramándose horrorizadas.»

Para Vittorio Mussolini, hijo del Duce, era un «maravilloso deporte» bombardear la caballería abisinia desde la seguridad que le ofrecía su avión. Toda la prensa mundial publicó este comentario suyo: «Un grupo de jinetes me causó la impresión de un capullo de rosa que se abría cuando la bomba cayó entre ellos y los lanzó por los aires. Fue extraordinariamente divertido.»

Los italianos asestaron dos macizas puntas de lanza contra Abisinia, una por el norte, desde Eritrea, y la otra desde el frente de Somalia. Las columnas del norte iniciaron el avance siguiendo una región muy escarpada, evitando los barrancos que se extendían a un lado y los desiertos del otro. Tras una rápida ofensiva, ocuparon Adua.

Contrariamente a la voz que presentaba a los italianos como malos combatientes, las legiones de Mussolini avanzaban con celeridad y osadía. La columna del sur, bajo el mando del mariscal Rodolfo Graziani, avanzaba cautelosamente, tratando de captarse a los *rases* etíopes disidentes.

Las fortalezas abisinias fueron cayendo una tras otra en manos de los italianos, durante los primeros meses de 1936. El propio Hailé Selassié fue derrotado en abril en el lago Ashangi. El 2 de mayo huyó de Djibuti, puerto de la Somalia francesa, a bordo de un buque de guerra británico que lo condujo a Europa. Addis Abeba, la capital, cayó tres días después. La campaña terminó cuando las columnas de Graziani, que avanzaban desde el sur, establecieron contacto con el ejército de Badoglio en el norte.

El 9 de mayo, el rey Víctor Manuel III fue proclamado emperador de Abisinia. Antes de un mes Mussolini convirtió a Etiopía, Eritrea y Somalia en el África Oriental Italiana, con el mariscal Pietro Badoglio de virrey. En 1937, el Duce se apropió de la cartera de ministro del África Italiana.

El monarca depuesto, Hailé Selassié, con su figura patética pero que no había perdido su dignidad de Negus o Rey de Reyes, descendiente de la reina de Saba, se presentó en Ginebra para defender su causa. Permaneció pacientemente de pie ante la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, mientras los periodistas italianos prorrumpían en tremendo vocerío para ahogar sus palabras.

### El Negus pronunció un discurso profético:

Yo, Hailé Selassié I, emperador de Abisinia, me presento hoy aquí para exigir justicia para mi pueblo y la ayuda que le fue prometida hace ocho meses por 52 naciones, que afirmaron que se había perpetrado un acto de agresión...

Considero mi deber informar a los gobiernos reunidos en Ginebra... del mortal peligro que les amenaza...

Se trata de la confianza puesta por los Estados en los tratados internacionales y del valor que tienen las promesas hechas a los pequeños Estados, a los que se ha dicho que su integridad y su independencia serán respetadas y aseguradas. En una palabra, lo que está en juego es la moralidad internacional...

Dejando aparte el Reino de Dios, no existe sobre la Tierra ninguna nación superior a las otras...

Dios y la Historia recordarán vuestro fallo.

La Sociedad de las Naciones no hizo nada. Su fallo, ciertamente, fue recordado por la historia. El 16 de julio de 1936, transcurridos 241 días del «primero, gran y noble experimento de las potencias coercitivas», la Sociedad de las Naciones levantó las sanciones contra Italia. Con ello declaró públicamente su impotencia.

Aquello representó otra humillante derrota para la causa de la seguridad colectiva.

En siete meses, el victorioso Mussolini había conquistado Abisinia al precio de 2.813 soldados italianos, 1.593 soldados indígenas y 453 obreros italianos, que pagaron con su vida la aventura.

Italia continuó en la Sociedad de las Naciones durante año y medio hasta que, siguiendo el ejemplo del Japón, se retiró del organismo internacional. El Duce había asestado el golpe de gracia no sólo a la Sociedad de las Naciones sino también a toda la teoría europea del derecho internacional y al principio de la cooperación entre las naciones. Y peor aún, había demostrado con su agresión en Abisinia que, en el período de los años 30, el derecho equivalía a la fuerza. Y proporcionó a Hitler nuevas armas para la denuncia unilateral de los tratados.

Se había dejado atrás un nuevo hito en el camino que conducía a la segunda Guerra Mundial.

### ENSAYO GENERAL.

#### LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, 1936-1939

Desde las enconadas úlceras de Manchuria y Abisinia, el drama en curso de representación de las potencias agresoras se traslada al escenario de la Península Ibérica. La guerra civil



española, que comenzó como un pronunciamiento local, no tardó en transformarse en un ensayo general de la guerra, en el cual habrían de participar todas las potencias.

Sobre la España del siglo xx pesaba la maldición representada por unos gobiernos políticamente inestables, incompetentes, corrompidos e ineficientes. La tierra se hallaba muy mal repartida. Unos cuantos millares de grandes terratenientes poseían más de la mitad de las tierras, un millón y medio de campesinos poseían sólo el dos por ciento de ellas, y dos millones de peones que las trabajaban no poseían tierras en absoluto. El analfabetismo y la miseria eran cosa corriente en este país atrasado, verdadero anacronismo político y cultural.

España gozó de cierta prosperidad durante la Gran Guerra, pero a partir de 1919 el país experimentó un nuevo malestar económico, hundiéndose en el caos político, la inquietud social y el debilitamiento militar. En 1921, España sufrió graves reveses militares en Marruecos, donde un ejército de 20.000 hombres fue diezmado por los guerrilleros del Rif acaudillados por Abd-el-Krim. El 23 de septiembre de 1923, el general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella, asumió el poder y, contando con la aquiescencia de Alfonso XIII, estableció un Directorio o dictadura militar bajo el lema de «Patria, Religión, Monarquía». Cuando la depresión mundial alcanzó a España, ya muy debilitada, Primo de Rivera presentó la dimisión el 28 de enero de 1930, exiliándose voluntariamente a Francia. Alfonso XIII lo siguió al exilio el 14 de abril del año siguiente.

Un desenfrenado regocijo acogió la proclamación de la nueva República burguesa, con su bandera roja, amarilla y morada, y su primer presidente, Niceto Alcalá Zamora. El nuevo gobierno promulgó una serie de leyes muy duras dirigidas contra la Monarquía, el Ejército, la Iglesia y la aristocracia, que eran las columnas que sostenían el antiguo régimen. La Revolución Francesa adoptó medidas similares siglo y medio antes. En la España del siglo xx, estas medidas fueron saludadas con una orgía de turbulencias: huelgas, manifestaciones, asesinatos. Casi todos tenían un agravio u otro contra la nueva República: monárquicos, oficiales del ejército, terratenientes, industriales, sacerdotes.

Las acerbadas críticas provenientes de las derechas corrían parejas con el resentimiento que demostraban las izquierdas. Cuando después de las elecciones de 1933, surgió de las urnas la victoria para los partidos de derecha, la izquierda revolucionaria, formada por anarquistas, sindicalistas y comunistas, todos los cuales creían que el gobierno se mostraba demasiado

benévolo en su trato con los monárquicos, la aristocracia, la Iglesia y el Ejército, no pudo contener su cólera.

Cuando el gobierno, entonces en manos de las derechas, trató de anular las nuevas leyes agrarias y la legislación ant clerical, se produjo otra oleada de turbulencias. En algunos lugares, los campesinos se apoderaron de las tierras, se incendiaron iglesias, se alzaron barricadas en las calles, se produjeron huelgas generales y asesinatos políticos y se implantó la ley marcial.

Entre tanto, el fascismo iba arraigando firmemente en el país. José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador, fundó un grupo que tomó el nombre de Falange. Mussolini e Hitler le prestaron una ayuda inmediata, pues ambos se hallaban interesados en pescar en el río revuelto español. En 1934, Mussolini ya había prometido a los monárquicos españoles el envío de 20.000 rifles, 20.000 bombas de mano, 200 ametralladoras y un millón y medio de pesetas. Los generales españoles hallaban simpatía y comprensión en la embajada alemana de Madrid y en los consulados germanos de toda España.

La «ola del futuro», que había nacido en Roma y Berlín, empezaba a lamer con sus turbias aguas la España republicana.

La reacción ante las crecientes actividades fascistas consistió en la formación de un Frente Popular, formado por liberales de la clase media y elementos izquierdistas compuestos de republicanos radicales, socialistas, sindicalistas y comunistas. A este Frente Popular se oponían los monárquicos, clericales, conservadores y fascistas. En las elecciones generales de 1936, el Frente Popular obtuvo 260 escaños en las Cortes y la oposición 213. De nuevo se desencadenó el terror de derecha e izquierda. Parecía imposible gobernar el país en orden y en paz.

¿Qué hacía entre tanto el Ejército? En esta situación explosiva, la actitud de los militares había de ser decisiva. «La ambición de todos los generales españoles», comentó el publicista español Salvador de Madariaga, «consiste en salvar a su patria convirtiéndose en su dirigente.»

Así llegó el 13 de julio de 1936. La señal del alzamiento fue dada por el asesinato de un dirigente monárquico (1). Los disgustados generales decidieron obrar por su cuenta.

El puesto de generalísimo y dictador debía ser ocupado por el general don José Sanjurjo, el *León del Rif*, antiguo jefe de la Guardia Civil. En agosto de 1932, Sanjurjo ya se había puesto al frente de un fracasado alzamiento contra el gobierno Azaña.

(1) José Calvo Sotelo. (N. del T.)



Fue apresado y condenado a muerte, pero la sentencia le fue conmutada por la prisión perpetua. Desde su exilio en Portugal, país al que había conseguido huir, Sanjurjo tomó un avión en Lisboa para dirigirse a Sevilla, donde tenía que dirigir el pronunciamiento militar que derrocaría la odiada República. Pero el avión se estrelló y en el accidente pereció el hombre que había de dirigir el alzamiento.

Esta misión recayó entonces en un hombre que había conseguido las estrellas de general a los 32 años de edad. Francisco Franco Bahamonde, nacido el 14 de diciembre de 1892, había organizado la Legión en Marruecos y había colaborado con el mariscal de Francia, Henri Pétain, en sofocar un alzamiento de los moros dirigidos por el incansable Abd-el-Krim. En 1934, Franco fue nombrado jefe del Estado Mayor, cargo del que fue depuesto en 1936, cuando el Frente Popular asumió el poder. Fue enviado entonces como gobernador militar a las islas Canarias, puesto que equivalía a un virtual exilio.

Después de la muerte accidental de Sanjurjo, Franco, disfrazado de moro, voló de las islas Canarias a Marruecos en un avión inglés fletado por unos acaudalados españoles. Llegado a su destino, se presentó como el «comandante en jefe de las fuerzas de Marruecos», lanzando una proclama a las tropas de la metrópoli en la que las invitaba a unirse a él. A la sazón el ejército español ascendía a 100.000 hombres, entre los que había 15.000 oficiales. Existía un número sorprendente de generales, de acuerdo con la peculiar costumbre española: 195 generales en activo y 437 en la reserva.

Franco asumió el mando del pronunciamiento el 17 de julio de 1936. La mayoría de generales y sus fuerzas acataron inmediatamente su jefatura. Pero la armada y la aviación permanecieron leales al gobierno republicano. Bien disciplinados y bien armados, los rebeldes capturaron Toledo el 27 de septiembre de 1936.

Así comenzaron tres años de sangrienta guerra civil, en la que la ferocidad, los actos inhumanos y la crueldad no conocieron límites. La divisa de los rebeldes era: «¡Franco sí; comunismo no!» La de los leales: «¡No pasarán!»

Los rebeldes, que disponían de un número diez veces superior de aviones, tanques y artillería pesada que sus adversarios, no tardaron en conquistar la mitad occidental del país. Pusieron sitio a Madrid en 1937. Venciendo una encarnizada resistencia, Franco había conseguido adueñarse de las dos terceras partes de España en mayo de 1938. Sus avanzadillas llegaron al Mediterráneo, en un punto situado entre Barcelona y Valencia, cortando de este modo las fuerzas leales en dos.

El 28 de marzo de 1939, Madrid se rindió, después de 32

meses de sangriento conflicto, dejando a Franco dueño de toda España (1).

Pero esto no era más que la mitad de la historia. La otra comenzó cuando un típico pronunciamiento militar español fue transformado a poco en un conflicto internacional, en el que se enfrentaban por un lado las dictaduras fascistas de Italia y Alemania y por el otro la dictadura comunista de la Rusia soviética. Para Hitler y Mussolini, la guerra civil española representó una oportunidad caída del cielo para extender la zona de influencia fascista, asestar un golpe al comunismo y probar sus tropas y armamentos en verdaderos combates.

El 28 de julio de 1936, al principio del conflicto, cuando parecía que Franco no podría transportar sus moros y legionarios de Marruecos a la Península, Hitler le envió 30 aviones Junker de transporte para cruzar el estrecho. Esta ayuda fue seguida por un río de municiones, cañones, tropas, aviones, pilotos y mecánicos, enviados con el beneplácito de Hitler y Mussolini.

En 1937, Franco tenía bajo su mando a 30.000 soldados italianos y 12.000 alemanes. Llegó a haber hasta 100.000 soldados italianos. El Papa también prestó su ayuda espiritual a Franco, «ese leal hijo de la Iglesia». Las tropas italianas que embarcaban para España recibían la bendición papal antes de abandonar el suelo italiano.

La Unión Soviética también se hallaba complicada en el conflicto. «La liberación de España del yugo de la reacción española», afirmó Stalin, «no es una cuestión de la incumbencia exclusiva de los españoles, sino que interesa a toda la Humanidad avanzada y progresiva.» La «avanzada y progresiva» Rusia empezó a enviar técnicos y material a España en noviembre de 1936, y pronto comenzó a verter más hombres y pertrechos en el desgraciado país, aunque no en la proporción en que lo hacían Alemania e Italia. Varios comunistas adiestrados en Moscú, entre los que se incluían el yugoslavo Tito y el italiano Togliatti, fueron a luchar a España.

En todo el mundo, los simpatizantes de la República Española se alistaron en las brigadas internacionales que iban a luchar a España, entre las que figuraba la brigada «Abraham Lincoln», cuyos efectivos fueron reclutados en los Estados Unidos. Varios liberales del tipo de George Orwell se alistaron en las filas republicanas, convencidos de que había que derrotar a Franco si se quería detener el avance del fascismo. Llegó a decirse que algunos liberales que luchaban contra Franco fueron muertos por la espalda.

(1) La guerra terminó oficialmente el 1.º de abril de 1939. (N. del T.)



¿Y qué hacían Francia, la Gran Bretaña y los Estados Unidos?

Aunque en teoría simpatizaban con la República Española, la condenaron a muerte al propugnar el mantenimiento de una estricta neutralidad. Tan pronto como comenzó la guerra civil española, se creó un Comité de No Intervención en el que participaban Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Los ingleses y los franceses respetaron las cláusulas de la no intervención; Mussolini e Hitler hicieron caso omiso de ellas. De acuerdo con las leyes internacionales, el legítimo gobierno republicano español tenía el perfecto derecho a comprar armas a las democracias occidentales, pero éstas se mostraron remisas en enviarle los pertrechos que necesitaba desesperadamente, so pretexto de que las democracias podían verse envueltas en una guerra que no deseaban. El Führer y el Duce no se andaban con tales reparos.

León Blum, jefe del gobierno frentepopulista francés, procuraba no granjearse la enemistad de los partidos de derecha franceses y por lo tanto se abstenía de ayudar de manera visible a los republicanos españoles. La Gran Bretaña apoyaba el boicot internacional de la España republicana, como medio para permanecer al margen del conflicto. Los Estados Unidos se aferraron a su propia legislación neutralista, aunque en este caso se trataba de una guerra civil, a la que no se aplicaban las leyes norteamericanas sobre la neutralidad. El presidente Roosevelt pidió a los ciudadanos norteamericanos que no vendiesen armas a ninguno de los dos bandos en pugna. Pero los aviones alemanes e italianos que bombardeaban las ciudades españolas, consumían en sus motores enormes cantidades de gasolina norteamericana.

Salvado por la intervención germano-italiana, Franco consolidó su gobierno. Puso fin a la distribución de los latifundios entre los campesinos, devolvió las tierras a los terratenientes, entregó nuevamente a la Iglesia los bienes que anteriormente le habían sido confiscados y volvió a poner la educación en manos religiosas. Disolvió los sindicatos y prohibió las huelgas. Miles de refugiados huyeron a Francia, creando un grave problema a las autoridades francesas, que los tuvieron que confinar en varios campos de concentración, donde sufrieron lo indecible.

El 7 de abril de 1939, Franco anunció que se adhería al Pacto Anti-Komintern, dirigido contra el comunismo, lo cual significaba que Madrid se adhería al Eje Roma-Berlín. En 1936, Hitler y Mussolini habían unido sus fuerzas en un «Eje», así llamado porque se suponía que todos los Estados europeos girarían en torno a las dos grandes potencias que eran Alemania e Italia,

del mismo modo que una rueda gira alrededor de su eje. El 27 de septiembre de 1940, el Japón se adhirió también a esta alianza, que pasó a recibir entonces el nombre de «Pacto de Acero» o Eje Roma-Berlín-Tokio.

Después de ocho años de precaria subsistencia, la República Española había dejado de existir. Aquella lucha fratricida había costado un millón de muertos. En España quedó una herencia de amargura, desilusión y miseria.

Para Hitler y Mussolini, aquello representó otra gran victoria contra las democracias occidentales, un nuevo afianzamiento del poderío del Eje en el Mediterráneo. Para la Gran Bretaña y Francia fue un grave revés, un golpe para su prestigio, un presagio de mal agüero. Para Stalin, lo sucedido en España indicaba que acaso podía servir mejor a sus propios intereses agresivos colaborando, al menos por el momento, con las potencias del Eje en lugar de hacerlo con las débiles democracias occidentales. Para los que aún tenían fe en la Sociedad de las Naciones (su número era cada vez más escaso), aquello fue una nueva demostración de impotencia ante la descarada agresión.

Para millones de hombres fue el presagio funesto de una guerra de proporciones mil veces superiores.

## EL «INCIDENTE DE CHINA», 1937

El general barón Sadao Araki, ministro de la Guerra japonés y jefe del partido belicista, bautizó este partido con el nombre de *Kodo*. La doctrina del *Kodo*, término que significa «Camino del Emperador», era una sustancia esotérica que difundiría el *Shinto*, el «Camino de los Dioses», por todo el mundo.

El significado recóndito de estas doctrinas, a las que se añadían determinados códigos de conducta, consistía en que el Japón era la única nación divina, a la que los dioses habían confiado la misión de gobernar el mundo. La suprema virtud de todos los japoneses consistía en combatir hasta alcanzar la victoria o la muerte. La rendición constituía una deshonra intolerable. Por ejemplo, *Bushido*, el código caballeresco que se remontaba al Japón feudal, castigaba la desobediencia con la muerte.

«Ha sido algo verdaderamente providencial», afirmó Araki en marzo de 1933, «que haya surgido la cuestión de Manchuria. Ha sido una verdadera campanada que despertará al pueblo japonés. Si la nación vuelve a inflamarse del mismo espíritu de grandeza que presidió su fundación, llegará un momento en



que todas las naciones del mundo alzarán los ojos hacia nuestro *Kodo*. Todos los impedimentos que se opongan a él (deben) ser barridos... incluso por la espada.»

Era ya evidente que Manchuria no era más que el primer paso. Hubo pruebas harto reveladoras. El embajador norteamericano en Tokio, Joseph C. Grew, informó al secretario de Estado, Cordell Hull, en diciembre de 1934:

[El objetivo de los militaristas] consiste en obtener el dominio del comercio y eventualmente una influencia predominante en China, las Filipinas, las Colonias de los Estrechos, Siam, las Indias Orientales holandesas, las Provincias Marítimas y Vladivostok... deteniéndose de vez en cuando para consolidar estas conquistas y proseguir luego, tan pronto como puedan vencerse los obstáculos que surjan, por medio de la diplomacia o la fuerza... Deberíamos ser reprendidos por nuestra somnolencia si confiásemos en la seguridad que ofrecen los tratados o los comités internacionales para salvaguardar nuestros propios intereses o nuestros bienes.

Washington empezó a ayudar a los amenazados chinos. A través de la Sociedad Financiera de Reconstrucción, la administración Roosevelt concedió en 1934 un empréstito de 50.000.000 de dólares a China. Fueron vendidos aviones militares norteamericanos a dicho país y un oficial retirado fue contratado para adiestrar a los pilotos de caza.

A pesar de que esto apenas pasaba de ser una ayuda simbólica, despertó profunda indignación entre las filas de los belicistas nipones. Algunos de los más fanáticos pasaron a la acción directa. Los primeros blancos de su ira se encontraban en el propio Japón; eran los *Zaibatsu*, los hombres de negocios que deseaban la expansión sin recurrir a la guerra, los *Genro*, o ancianos estadistas, que también deseaban la expansión, pero a un ritmo moderado.

De nuevo se empleó el asesinato como arma. Los sicarios no sentían ningún odio personal contra sus víctimas que, a fin de cuentas, eran japoneses como ellos. Pero los fanáticos del *Kodo* creían que así libraban al sacrosanto emperador de influencias nefastas, cumpliendo de este modo la sagrada misión de allanar el camino de la futura grandeza nipona. Era una verdadera lástima, decían, pero los tibios tenían que morir. Los asesinos demostraban la pena que sentían quemando incienso junto al cuerpo de las víctimas.

En marzo de 1932, un grupo de cadetes del ejército, oficiales de la armada y paisanos pertenecientes a una sociedad secreta patriótica llamada la Liga de los Hermanos de Sangre, asesinó al barón Dan Takuma, presidente del Consejo de Administración de la gigantesca sociedad Mitsui. El 15 de mayo

del mismo año, los conspiradores dieron muerte al anciano Tsuyoshi Inukai, el último de los presidentes del consejo elegido por vía parlamentaria. Tanto los miembros del *Zaibatsu* como los que pertenecían al *Genro*, se volvieron mucho más comedidos en sus manifestaciones antimilitaristas, lo cual no deja de ser comprensible, después de todo.

Cuando en las elecciones del 20 de febrero de 1936, el electorado japonés colocó de nuevo en el parlamento a una mayoría liberal, los enfurecidos terroristas decidieron asestar sus golpes no sólo a los moderados, sino también a los miembros del propio gabinete imperial. Seis días después, 1.400 oficiales jóvenes y soldados se apoderaron del centro de Tokio. Su intento de asesinar al primer ministro, el almirante Keisuke Okada, fracasó cuando el cuñado de éste consiguió atraer el fuego de los asesinos. Pero éstos consiguieron dar muerte al almirante Makoto Saito, antiguo primer ministro, que a la sazón ocupaba el cargo de señor del Sello Privado adjunto al Emperador; el general Watanabe, inspector general de las academias militares; y el ministro de Finanzas, Korekiyo Takahashi.

Estos asesinatos se distinguieron por su crueldad. Grew, el embajador norteamericano, reveló algunos detalles atroces: «La vizcondesa Saito se colocó frente a su marido (y) dijo que lo matasen a ella y no a su esposo, pues su patria no podía perderlo. Luego cubrió con la mano la boca de la ametralladora, hasta que las balas se la atravesaron, obligándola a apartarse... La señora Watanabe se abrazó con tal fuerza a su esposo que los asesinos tuvieron que introducir el cañón del arma homicida por debajo de su cuerpo.»

Entre tanto, el Japón estaba consolidando sus baluartes exteriores. Firmó el Pacto Anti-Komintern, dirigido contra el comunismo internacional, el 25 de noviembre de 1936. En junio del año siguiente, el general Hideki Tojo, a la sazón jefe de Estado Mayor del ejército de Kuantung, advirtió a Tokio que el Japón debía atacar a China antes de que Chiang Kai-Chek, el dirigente nacionalista, llegase a un acuerdo con los comunistas. Si dejaban transcurrir otra década, China sería demasiado fuerte para ser conquistada.

El 7 de julio de 1937, se alzó de nuevo el telón en China, esta vez en el puente de Marco Polo, cerca de la aldea de Lukuchau, unos 32 kilómetros al oeste de Peiping. El comandante japonés de la zona informó que los chinos habían sido los primeros en atacar a sus tropas. «Hemos venido a dar una lección a esos chinos, que se están volviendo demasiado atrevidos.»

El ministro de la Guerra japonés se mostró de acuerdo: «Hay que castigar a China por su doblez.» El Gabinete del prín-



cipe Fumimaro Konoye, a la sazón presidente del Consejo, recomendaba prudencia. Pero ya era demasiado tarde.

Las tropas japonesas afluyeron al norte de China. Una tras otra fueron cayendo las principales ciudades chinas: Nankín (diciembre de 1937), el gran puerto de Cantón (octubre de 1938) y Hankow (octubre de 1938). Los chinos, capitaneados por Chiang Kai-Chek, oponían una feroz resistencia, pero de nada les sirvió. A fines de 1938, toda la resistencia china organizada había cesado virtualmente.

Aquello era la repetición del incidente de 1931. Volvieron a difundirse las más terribles noticias: los japoneses organizaban una orgía de asesinatos, torturas, violaciones, saqueos y pillaje. La población civil pagó un espantoso tributo en vidas humanas a consecuencia de los bombardeos, el hambre y la peste. Los soldados nipones borrachos ensartaban con sus bayonetas a los infelices chinos. Las madres tenían que ver cómo sus hijos eran decapitados para ser violadas luego por los asesinos.

Sin embargo, los japoneses no consiguieron arrancar el nacionalismo chino. Cuanto más penetraban en el interior del inmenso país, más vulnerables se hacían sus delgadas líneas a los ataques de los guerrilleros. Lo que había comenzado como un paseo militar llevaba trazas de acabar en tablas. Los japoneses perdían cantidades ingentes de hombres y material de guerra. El dragón se resistía a morir. Un general chino resumió la situación con estas palabras: «Si podemos mantenernos así, China podrá exterminar a la población del Japón a costa de 105.000.000 de bajas. Pero aún nos quedarán 300.000.000 de hombres.»

En medio de esta lucha incierta, se produjo una advertencia concreta a los Estados Unidos. El 12 de diciembre de 1937, unos aviones japoneses bombardearon y hundieron la lancha cañonera norteamericana *Panay* en el río Yang-Tsé, más abajo de Nankín, cuando escoltaba a tres petroleros norteamericanos, propiedad de una compañía particular. Tokio, que no olvidaba que casi todo el hierro y el acero que consumía, así como las dos terceras partes de su petróleo, procedían de los Estados Unidos, se apresuró a presentar excusas por la «distracción» de sus pilotos, pagando una indemnización de 2.214.000 dólares.

Los japoneses no detuvieron su ofensiva en China. En febrero de 1939 se apoderaron de la isla de Hainan, obteniendo así una base que les serviría para atacar a la Indochina francesa. En mayo, evitando cuidadosamente todo ataque directo, bloquearon la colonia inglesa de Tientsin. Sabían que cualquier ataque directo a Tientsin, Shanghai o Amoy, puertos en los que

las potencias occidentales poseían importantes concesiones, podía ser considerado como una acción de guerra.

Washington y Londres enviaron sendas notas de protesta a Tokio, por su repudiación unilateral del Tratado de las Nueve Potencias. Pero los japoneses no tenían intención de retroceder en su camino. De nuevo hicieron caso omiso de los tratados que habían firmado con las potencias occidentales. Comprendiendo que ninguna potencia europea ni los Estados Unidos deseaban la guerra en Extremo Oriente, los japoneses llevaron adelante sus planes de conquista.

La guerra chino-japonesa había de enlazarse finalmente con el conflicto de más grandes proporciones representado por la segunda Guerra Mundial.

### LA ANEXIÓN DE AUSTRIA, 1938

En la primera página del *Mein Kampf*, Adolfo Hitler evoca su nacimiento en Braunau am Inn, una aldea austríaca situada cerca de la frontera alemana. «La unión [de Alemania y Austria] nos parecía a nosotros, los jóvenes, la tarea de toda una vida.» Para añadir más adelante: «La misma sangre circula por todo el Reich.»

En 1938, Hitler consiguió su sueño de unir ambos países. Esto significó un paso gigantesco hacia la guerra.

Austria salió de la guerra de 1914-1918 reducida a una pequeña república de 6.500.000 habitantes, un tercio de los cuales vivía en Viena. Lo que antaño fuera un gran imperio se encontraba entonces sin salidas al mar, en plena bancarrota, con su moneda desvalorizada, su comercio hundido y sus habitantes hambrientos. La Sociedad de las Naciones la ayudó en parte al conseguirle un empréstito y estabilizar su moneda. En el terreno político, se hallaba desgarrada en dos facciones opuestas: los rojos, predominantemente socialistas y que representaban a los obreros y los intelectuales; y los negros, representantes de los fascistas, de los grandes terratenientes y del clero. En política exterior, era el peón de una partida de alta diplomacia que jugaban Alemania, Italia y Francia.

El Tratado de Saint Germain, firmado entre los Aliados victoriosos y Austria, prohibía explícitamente el *Anschluss* (unión) entre Austria y Alemania. Al principio Mussolini se opuso a esta unión porque no deseaba tener como vecina a una Alemania poderosa que fomentase el movimiento irredentista entre la minoría de lengua alemana del sur del Tirol. Francia veía con malos ojos el *Anschluss*, que debilitaría la Pequeña Entente francófila formada por Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania.



La aparición del nacionalsocialismo en Alemania fue acompañada por un movimiento similar en Austria. Tan pronto como Hitler ocupó el poder en 1933 (1), empezó a dar alientos a los nazis austriacos, instándoles para que atacasen y socavasen el régimen del canciller Engelberto Dollfuss. Se pusieron en juego todos los elementos del terrorismo nazi: algaradas callejeras, bombas, fusilamiento de paisanos, ataques a funcionarios. Dollfuss, convencido por Mussolini de que sólo siendo fascista podría Austria resistir a Hitler, suspendió la constitución republicana y estableció un estado corporativo, nombrándose a sí mismo dictador.

Esta situación era muy poco del agrado del Führer. A finales de julio de 1934 los nazis austriacos, con la complicidad de sus correligionarios alemanes, realizaron un golpe de Estado en el que Dollfuss resultó herido de gravedad. Al impedir que se le prestase asistencia médica, se le dejó morir desangrado.

Los elementos oficiales de Roma no ocultaron su cólera. Mussolini apostó tropas en la frontera austriaca. Hitler se detuvo y manifestó cortésmente que no tenía intenciones agresivas.

Ablandado, pero aún suspicaz, Mussolini concluyó un pacto con Francia en enero de 1935, por el que ambas partes se comprometían a apoyar la independencia de Austria. Como un *quid pro quo*, Francia acordó secretamente dejar las manos libres al Duce en Abisinia. En la Conferencia de Stresa, celebrada en Italia en 1935 para poner fin a las disensiones entre Italia, Francia e Inglaterra, Mussolini firmó con los delegados francés e inglés esta significativa declaración: «Las tres potencias, cuya política se propone el mantenimiento colectivo de la paz dentro de la estructura de la Sociedad de las Naciones, se hallan completamente de acuerdo en oponerse por todos los medios posibles a cualquier repudiación unilateral de los tratados que pueda poner en peligro la paz de Europa, y actuarán en estrecha y cordial colaboración para este fin.»

Incluso Hitler se mostraba razonable y conciliador en apariencia. En julio de 1936 prometió respetar la soberanía de Austria. Pero el Führer no tenía intención de permitir que el pez austriaco se le escapase del anzuelo. Cosechaba los triunfos diplomáticos por doquier. En enero de 1935, tras un plebiscito estipulado en Versalles, al término de la Gran Guerra, el pueblo del Sarre votó en un 90 por ciento su reincorporación a Alemania. Este plebiscito fue honrado, y fiscalizado por

(1) A consecuencia de unas elecciones legales que, al parecer, representaban la voluntad del pueblo alemán. (N. del T.)

la propia Sociedad de las Naciones. El 15 de marzo del mismo año, Hitler creó la *Luftwaffe*, la aviación alemana, y al día siguiente repudió todas las limitaciones sobre armamentos impuestas por los tratados, estableciendo el servicio militar obligatorio. El Führer se burlaba abiertamente de los vencedores de la última guerra y éstos no se atrevían a replicar.

Un año después, el 7 de marzo de 1936, Hitler ordenó que sus tropas penetrasen en la región renana, que estaba desmilitarizada y cuyo estatuto había sido garantizado por el Tratado de Versalles y el Pacto de Locarno. No hubo reacción por parte de las potencias occidentales. Los generales de Hitler estaban tan inseguros de la posible reacción francesa, que distribuyeron entre las tropas en marcha dos juegos de órdenes, uno de los cuales estaba destinado a emprender la retirada en el caso de que los franceses atacasen.

La verdad sobre esta situación salió a relucir durante el proceso de Nuremberg, cuando el mariscal Keitel exclamó:

«¡Si los franceses nos hubiesen echado de allí, yo no me hubiera sorprendido en lo más mínimo!»

Y Paul Schmidt, un intérprete oficial alemán, informó sobre los preocupados comentarios que hizo Hitler a la sazón:

«Las 48 horas que transcurrieron después de iniciarse la marcha hacia el Rin fueron las más llenas de nerviosismo (*aufregendste*) de toda mi vida. Si los franceses hubiesen penetrado en la región renana, entonces hubiéramos tenido que retirarnos ignominiosamente, pues no disponíamos de los recursos militares para ofrecer siquiera una mínima resistencia.»

Hitler acariciaba planes de agresión, pero antes tenía que ejercer un completo dominio sobre las fuerzas armadas, muchos de cuyos altos oficiales se oponían a cualquier política de aventura. Los generales confiaban en dominar al régimen nazi, pero no tardaron en ser burlados. El 2 de agosto de 1934, Hitler requirió a todos sus oficiales para que pronunciasen el siguiente juramento de fidelidad hacia su persona:

*Juro ante Dios prestar obediencia incondicional a Adolfo Hitler, Führer del Reich del Pueblo Alemán, comandante supremo de la Wehrmacht, y doy mi palabra de valiente soldado de que cumpliré siempre este juramento, incluso con riesgo de mi vida.*

Este fue el juramento inequívoco pronunciado por todos los generales y que éstos hacían pronunciar también a sus subordinados. Constituía un arma psicológica destinada a crear un sentimiento de frustración moral en los altos rangos de la jerarquía militar.

Pero ni siquiera esto bastaba para el desconfiado Führer.



Con el fin de conseguir un dominio ilimitado de los elementos militares, supo sacar partido con la mayor astucia de dos escándalos que se produjeron en el seno del ejército: uno relacionado con la prostitución y el otro con el homosexualismo.

El 11 de enero de 1938, el Führer asistió graciosamente a la boda del mariscal Werner von Blomberg, su ministro de la *Reichswehr*, con una tal Fräulein Erna Gruhn. No tardó en saberse que el ministro de la *Reichswehr* había tomado por esposa a una dama cuya ficha policiaca indicaba que poseía una gran experiencia en una de las más antiguas profesiones de la humanidad. Desde luego, aquello era una mancha para el honor de la orgullosa oficialidad alemana.

El Führer montó en cólera cuando le llegaron estos rumores. Convencido de que había sido objeto de un engaño deliberado, Hitler denunció a Von Blomberg, le prohibió vestir de nuevo el uniforme y le ordenó que no volviese a presentarse en la cancellería. Von Blomberg, que aparentemente no se había inmutado ante este escándalo y que no había repudiado a su esposa, se fue con ella a Capri en viaje de bodas.

El sustituto lógico de Von Blomberg era el coronel general Freiherr Werner von Fritsch, comandante en jefe del ejército. Pero los ataques solapados eran moneda corriente en aquel depravado ambiente hitleriano. Hermann Goering, que ambicionaba el puesto de ministro de la *Reichswehr*, presentó a Hitler algunas «pruebas», facilitadas por Heinrich Himmler, que indicaban que Von Fritsch era un homosexual declarado.

Von Fritsch negó esta acusación y exigió que un tribunal militar abriese una encuesta. Más tarde quedó absuelto de estos cargos, pero no volvió a ocupar su puesto. Cuando estallaron las hostilidades, el calumniado general pidió que lo destinasen al frente polaco, donde, en cumplimiento del código prusiano, afirmó, buscaría la muerte de un soldado en el campo de batalla. Efectivamente, fue muerto en acción de guerra poco antes de que terminase la campaña de Polonia, en la última semana de septiembre de 1939. Según manifestaron los corresponsales de guerra, demostró gran empeño en situarse en los puestos de observación de primera línea, lugares muy poco frecuentados por los generales. En el curso de un tremendo ataque, una bala de ametralladora le alcanzó en un muslo, seccionándole una arteria. Un joven oficial que le acompañaba se esforzó desesperadamente por restañar la hemorragia, pero el general le susurró: «¡No se moleste, por favor!» A los dos minutos, exhaló su último suspiro.

Con escándalos o sin ellos, Hitler obtuvo lo que deseaba. El 3 de febrero de 1938 anunció la supresión de los altos mandos de la *Reichswehr* y asumió personalmente el mando supre-

mo del ejército. Acto seguido estableció una nueva autoridad militar superior, el OKW, *Oberkommando der Wehrmacht*, Alto Mando de las Fuerzas Armadas. Al frente del mismo fueron colocados el coronel general Wilhelm Keitel (pronto bautizado por los irreverentes alemanes con el remoquete de «Lakaitel», del vocablo alemán *Lakai*, lacayo, por su servil obediencia a Hitler), y el entonces coronel general Alfred Jodl. Keitel fue jefe del Alto Mando y Jodl jefe de Operaciones desde 1938 a 1945. Ambos fueron ejecutados como criminales de guerra en Nuremberg en 1946.

Como recompensa por sus falsas acusaciones contra Von Fritsch, el obeso Goering obtuvo, no el cargo de ministro de la *Reichswehr* que ambicionaba, pues Hitler lo reservaba para sí, sino el título altamente satisfactorio de mariscal. Goering pudo añadir un bastón cubierto de pedrería a su colección de condecoraciones, que crecía incesantemente. (Este bastón de mariscal se encuentra en la actualidad en una vitrina del museo militar de West Point, la famosa academia norteamericana.)

Aprovechándose así de dos desagradables incidentes, que en el fondo le fueron muy útiles, Hitler obtuvo por carambola un triple objetivo: el dominio de las fuerzas armadas, la expulsión de los oficiales recalcitrantes que se le oponían y la formación de una camarilla de serviles aduladores que se mostraron dispuestos a seguirlo por la senda de la agresión. Ni siquiera el propio Maquiavelo hubiera podido imaginar una intriga más perfecta.

Mientras tanto, en Austria continuaba fomentándose la agitación. Arturo von Seyss-Inquart, un abogado traidor, jefe de los nazis austríacos, se desvivía por complacer los dictados de Hitler. Varios días después de la purga de los generales, Franz von Papen, embajador alemán en Viena, visitó al Canciller Kurt von Schuschnigg, que había sucedido a Dollfuss e intentaba continuar la política de su predecesor. Von Papen invitó a Von Schuschnigg a visitar Berchtesgaden, donde el Führer, le aseguró Von Papen, quería demostrarle una vez más sus buenas intenciones y suprimir algunos malentendidos y fricciones que enturbiaban las relaciones austro-germanas.

«Puede usted confiar en la inmaculada palabra de honor de Adolfo Hitler», dijo Von Papen. ¡No podía haber mayor embuste en menos palabras!

El confiado Schuschnigg llegó al refugio de montaña de Hitler sin sospechar la recepción que le esperaba. El Führer, mostrándose colérico, se negó a levantarse cuando Schuschnigg entró en la habitación; no quiso estrecharle la mano y, de manera ostensible, evitó dirigirse al canciller austríaco por su título. La entrevista resultó una verdadera agonía para el in-



cauto visitante. Hitler vociferó, dirigiéndose al estupefacto austríaco:

—¿Cómo os habéis atrevido durante tantos años a amordazar y torturar a *mi* pueblo..., a *mi* pueblo alemán de Austria? Ha sonado vuestra hora. Dios me ha hecho Führer y me ha puesto al frente de todos los hombres y mujeres de la Tierra por cuyas venas circula sangre alemana.

La diatriba de Hitler fue una deliberada mezcla de compasión, jactancia, engaño y amenazas. Afirmó que tenía que cumplir una misión histórica y que la realizaría porque la Providencia así lo había decretado. «Creo en esta misión; es mi propia vida. Y creo en Dios; soy un hombre religioso... He conseguido todo cuanto me he propuesto realizar, convirtiéndome acaso en el alemán más grande de la historia.»

Hitler habló a Schuschnigg del Duce sin ambages:

«Sé que está usted pensando en Mussolini. Su persona y su obra me llenan de admiración, y propugno una firme y duradera solidaridad entre el fascismo y el nacionalsocialismo. Pero las dotes militares de los italianos son harina de otro costal. No se haga usted ilusiones al respecto. Si Mussolini deseara ayudar a Austria, lo que, dicho sea de paso, no hará, entonces cien mil soldados bastarán no sólo para expulsar a Italia del paso del Brennero, sino para hacer huir al ejército italiano hasta Nápoles.»

Y el Führer señaló con gesto teatral hacia la mesa. Extendidos sobre ella, se hallaban los planos para la invasión de Austria.

Acto seguido procedió a presentar sus demandas: todos los austríacos tenían que aceptar la doctrina del nacionalsocialismo; los nazis austríacos se podrían dedicar sin impedimento alguno a sus «actividades legales»; todos los nazis encarcelados, incluso los asesinos de Dollfuss, tenían que ser puestos en libertad; había que nombrar a Seyss-Inquart ministro del Interior, y el ejército austríaco tenía que aceptar inmediatamente en su seno a un centenar de oficiales del ejército alemán.

Después de diez horas de este vapuleo verbal, Schuschnigg aceptó la mayoría de las exigencias, añadiendo que deseaba aclarar algunos puntos con el presidente Wilhelm Miklas. Hitler prometió entonces que garantizaría la independencia austríaca en un discurso ante el Reichstag, pero que mantendría al ejército alemán movilizadado en la frontera y en espera de que fuesen aceptadas todas sus demandas antes de tres días.

La prensa alemana publicaba jubilosos artículos. La reunión entre Hitler y Schuschnigg había sido «amistosa». De ella surgiría una «época de paz y prosperidad».

Los acontecimientos empezaron a sucederse entonces con pasmosa rapidez. Hitler pronunció un discurso de tres horas

ante el Reichstag denunciando a la Sociedad de las Naciones, a las democracias en general y a la Gran Bretaña y mister Eden en particular. Los 10.000.000 de alemanes que vivían en las fronteras del Tercer Reich, proclamó con voz airada, «no tenían que continuar viéndose privados del derecho general a la autodeterminación sólo por el hecho de ser alemanes.»

Schuschnigg trató de jugar la última baza. Alentado por las pruebas de una inesperada popularidad entre su propio pueblo, el 9 de marzo de 1938 anunció que celebraría un plebiscito nacional el domingo siguiente para determinar la cuestión de la independencia austríaca. Estaba seguro de que ésta sería la mejor solución en aquellas circunstancias.

Hitler se puso furioso, esta vez de verdad. ¡De modo que aquel mequetrefe austríaco tenía la desfachatez de apelar a la treta favorita del propio Führer! Este lanzó entonces otro ultimátum: Si no se anulaba el plebiscito anunciado, se produciría la invasión inmediata.

El pobre Schuschnigg, con los nervios destrozados, capituló, dirigiendo por radio este mensaje de despedida a la nación: «El presidente Miklas me pide que comunique al pueblo austríaco que hemos tenido que inclinarnos ante la fuerza, pues no estamos dispuestos ni siquiera en esta terrible situación a derramar sangre alemana. Hemos ordenado al ejército austríaco que se retire sin ofrecer resistencia. Me despido del pueblo austríaco con un adiós y una salutación alemanes: "¡Que Dios proteja a Austria!"» La voz de Schuschnigg se quebró a efecto de la emoción y el canciller austríaco interrumpió llorando su mensaje.

El renegado Seyss-Inquart fue nombrado canciller a la medianoche del 11 de marzo de 1938. Las primeras unidades alemanas ya estaban cruzando la frontera. Al mediodía del día siguiente, Viena fue ocupada por las tropas del Reich.

En su obra *Traición en la Europa Central*, G. E. R. Geyde refiere cómo los nazis ocuparon Viena:

El río pardo serpenteaba por las calles. El aquelarre era indescribible... las tropas de asalto avanzaban codo con codo con los traidores de la policía, mientras hombres y mujeres chillaban o vociferaban histéricamente el nombre de su ídolo, abrazando a la policía, que los arrastraba con ellos en aquella riada humana, dominada por los camiones abarrotados de tropas de asalto que empuñaban las armas que habían ocultado por tanto tiempo... entre hombres y mujeres que brincaban, gritaban y bailaban... en medio de un espantoso pandemónium rasgado de vez en cuando por gritos de «¡Mueran los judíos!» *Heil Hitler! Sieg Heil!* ¡Abajo los judíos!... ¡Mueran los católicos! *Ein Volk, ein Reich, ein Führer!* (Un pueblo, un Reich, un Führer)».



Así se produjo el fin de la independencia austríaca. Hitler había aumentado su Gran Alemania en más de 6.500.000 almas. A la sazón tenía acceso al hierro y a la madera de Austria, tan necesarios para su ejército en expansión. En el terreno estratégico había conseguido la llave del sistema de comunicaciones por el Danubio, estableciendo el contacto geográfico con Italia y rodeando Checoslovaquia, el baluarte bohemio. Y sobre todo había demostrado una vez más que podía burlarse impunemente de los acuerdos de Versalles.

Entonces, Hitler anunció al mundo que ya no tenía más ambiciones territoriales en Europa. Esta afirmación había de hacerse cada vez más monótona... y falsa.

El *Anschluss* no produjo oposición seria en el exterior. Mussolini se inclinó ante lo inevitable. Hitler le envió un telegrama consolador: «Duce, nunca olvidaré lo que habéis hecho. ¡Podéis contar con mi gratitud eterna!»

El Duce replicó: «Mi actitud se halla determinada por la amistad existente entre nuestros dos países, que halla su consagración en el Eje.»

En París el curso de los acontecimientos se seguía con estupor y asombro. En aquellos momentos críticos Francia se hallaba de nuevo abocada a una crisis ministerial. El 10 de marzo, víspera de la invasión nazi de Austria, Camille Chautemps, el presidente del Consejo, presentó la dimisión, siendo reemplazado por León Blum al frente de una versión atenuada del Frente Popular.

El *Anschluss*, también produjo una dolorosa sorpresa en Inglaterra. Lord Halifax sólo atinó a decir: «¡Es horrible! ¡Horrible! ¡Nunca creí que lo hiciese!» Winston Churchill no ocultó el desprecio que le causaba el gobierno de Su Majestad y pidió que se crease una gran alianza franco-ruso-británica para pararle los pies a Hitler. Cuando el 18 de marzo la Unión Soviética solicitó que se adoptase una acción colectiva contra aquella evidente agresión, el primer ministro, Neville Chamberlain, replicó tímidamente que él no quería establecer «un grupo exclusivo de naciones que torpedease las perspectivas de paz en Europa». La unión de Alemania y Austria, manifestó ante la Cámara de los Comunes, sólo podía haberse evitado apelando a la guerra, y la Gran Bretaña no estaba preparada para ello. Dio a entender que la mejor manera de resolver las situaciones críticas consistía en celebrar conversaciones con los dictadores.

Las sombras del apaciguamiento empezaron a extenderse sobre Europa.

Entre tanto, Austria estaba ya en las delicadas manos de la Gestapo, la policía secreta nazi. El presidente Miklas dimitió. Schuschnigg fue encarcelado y durante diecisiete meses tuvo

que soportar toda clase de humillaciones. Hitler proclamó a Austria nueva *Land* (provincia) del Tercer Reich, bajo el nombre de Ostmark y con Seyss-Inquart como regente. Ordenó que se celebrasen plebiscitos en Austria (99'75 por ciento de «Ja») y en Alemania (99'08 por ciento de «Ja») para confirmar el *Anschluss*.

El cariz que tomarían las cosas en Austria bajo la bota nazi se puso de manifiesto por la visita protocolaria que realizaron Heinrich Himmler y Rudolf Hess para depositar sendas coronas de flores en la tumba de Otto Planetta, el asesino de Dollfuss. Se practicaron unas 30.000 detenciones en el espacio de pocos días. Judíos, socialistas, católicos y todos los que eran sospechosos de abrigar sentimientos antinazis, fueron a parar a las cámaras de tortura de la Gestapo. Los hogares y los comercios judíos fueron saqueados. Escuadrones de rufianes nazis reunieron a grupos de judíos para hacerles limpiar las calles de rodillas. Miles de personas huyeron a Suiza y Checoslovaquia antes de que se cerrase la frontera. Muchos judíos vieneses se suicidaron.

Así continuó la melancólica cronología de la agresión: de Mukden a Wal-Wal y Madrid, y del puente de Marco Polo a Viena. En la agenda figuraba Munich a continuación y después el salto en el abismo.



## CAPITULO

## III

## Las causas inmediatas

*El Creador nos ha confiado la tarea de realizar una revisión histórica sin precedentes.*

Adolfo Hitler ante el Reichstag, 1939.

*Alemania está aislándose a sí misma, y esto lo conseguirá de la manera más completa y total. Nosotros no nos hemos mostrado remisos en reconocer algunos de los errores del Tratado de Versalles que requerían remedio, pero cada vez que en estos últimos años pareció surgir una oportunidad de efectuar progresos en la comprensión internacional, el Gobierno alemán ha adoptado medidas que han imposibilitado tales progresos.*

Lord Halifax, 1939.

*Los hombres decepcionados, desilusionados, sin arraigo ni equilibrio, impulsados por temores medio inconscientes y arrebatados de pasión, buscan con frenesí un nuevo punto de partida y vínculos nuevos... Cuanto más patológica sea la situación, menos importancia tendrá el valor intrínseco del ídolo. Éste puede tener los pies de arcilla y el rostro en blanco; es el frenesí de los idólatras lo que le comunica su significado y poder.*

Sir Lewis Namier, *Vanished Supremacies*, 1958.

## BOMBASTES FURIOSO: LA CULPABILIDAD DE ADOLFO HITLER EN LA GUERRA

Los comentaristas aliados de la Gran Guerra atribuyeron la responsabilidad de la misma al kaiser Guillermo II, a los militaristas alemanes, a los magnates de la industria germana y al ministro de Asuntos Exteriores austríaco Leopoldo von Berchtold. Unos cuantos hombres arrogantes e irresponsables, aseguraban los citados comentaristas, detentaban tal poder sobre la suerte de millones de seres, que hundieron al mundo en la guerra. Se decía que el gran Cuartel General alemán, el poder más alto en el interior de Alemania, fue preparando cuidadosamente el terreno durante cuarenta años, propugnando constantemente la agresión, hasta empezar las hostilidades en agosto de 1914.

Esta teoría de la conspiración no tardó en quedar desacreditada durante la postguerra. Casi todos los historiadores se mostraban de acuerdo en distribuir por partes iguales la responsabilidad entre todas las grandes potencias. La guerra, afirmaban, era en último término el producto de luchas económicas que no encontraban solución, escarceos diplomáticos e intrigas, rivalidades nacionales, actos de intimidación y un concepto de la seguridad psicológicamente equivocado.

David Lloyd George, que fue primer ministro de la Gran Bretaña entre 1916 y 1922, lo expuso con las siguientes palabras: «Cuanto más se estudian las memorias y los libros que fueron escritos en distintos países sobre los sucesos anteriores al 1.º de agosto de 1914, más nos percatamos de que ningún dirigente deseaba la guerra. Todos resbalaron hacia ella o, más bien, tropezaron y cayeron de cabeza en sus fauces abiertas.»

¿Hasta qué punto la voluntad de un solo hombre o de una camarilla puede influir el curso de la Historia? Al hablar de las dos guerras mundiales, hay que establecer una cuidadosa distinción entre las causas mediatas, representadas por el clima general de la opinión y las causas inmediatas, que determinaron el estallido bélico. Los individuos aislados sólo pueden ejercer una influencia limitada sobre las causas mediatas, pero sus acciones pueden resultar decisivas en el desenlace directo de los hechos.

*Por lo que se refiere al origen inmediato de la segunda Guerra Mundial, la culpa por haberla originado recae por entero sobre Adolfo Hitler y la Alemania nazi.*

Las continuadas agresiones de Hitler fueron la chispa que encendió el polvo mundial. Sus informes secretos captura-



dos durante la guerra demuestran a las claras que su objetivo era conquistar Europa y por último el mundo entero. Obsesionado por la idea de que la «raza» alemana superior estaba destinada a gobernar la Humanidad, se hallaba dispuesto a conseguir el poder mundial por todos los medios a su alcance.

«Por el bien del pueblo alemán», declaró Hitler en sus *Conversaciones Secretas*, «debemos desear que se produzca una guerra cada quince o veinte años. Un ejército cuyo único propósito sea el de mantener la paz, terminaría haciéndonos jugar a los soldados... Véase lo que sucede en Suecia y Suiza.» Al propio tiempo, Hitler, uno de los más consumados embusteros de la historia, informaba al mundo: «No estoy tan loco como para desear una guerra. El pueblo alemán sólo desea una cosa: ser feliz a su manera y que le dejen en paz.»

Adolfo Hitler es la figura histórica central en el período que se extiende de 1933 a 1945. Fue el genio maligno que contribuyó a producir una profunda transformación, no sólo en la historia de Alemania sino de todo el mundo. ¿Qué clase de ser humano era aquel hombrecillo con bigote a lo Charlot?

El personaje parece desafiar cualquier análisis racional. Cada vez está más claro que es imposible comprender la mentalidad de Hitler sin la ayuda del psicólogo, el psiquiatra y el psicoanalista. Los temores, las ansiedades, los odios, las fobias, las neurosis y las psicosis de aquel ser frenético habían de afectar las vidas de todos sus contemporáneos sobre la faz de la Tierra, desde las Hébridas más remotas hasta las islas de los mares del Sur.

H. R. Trevor-Roper, el eminente historiador de Oxford, vio claramente al personaje:

Un terrible fenómeno, de verdad imponente en su dureza gránica pero infinitamente escuálido con su heterogéneo bagaje como un enorme y bárbaro monolito, expresión de fuerza gigantesca y genio salvaje, rodeado de un hediondo montón de basura —latas viejas y alimañas muertas, cenizas, cascarrones y excrementos—, los detritos intelectuales de los siglos.

André François-Poncet, perspicaz embajador francés en Alemania hasta noviembre de 1938, describió a Hitler en su nido de águilas de Berchtesgaden:

Es un hombre tornadizo, hipócrita, lleno de contradicciones e inseguro. El mismo hombre de aspecto afable, auténtico enamorado de las bellezas de la naturaleza, que habla con tono comedido y cortés mientras tomábamos el té, es capaz también de los más terribles frenesíes, de la exaltación más desenfundada y las más delirantes ambiciones.

Hitler podía hacer gala de la más llorona sensiblería ante los niños o los animales, mientras escuchaba la música de Ricardo Wagner, para montar en una cólera espantosa a los pocos momentos, mientras apostrofaba a sus adversarios u ordenaba que sus enemigos imaginarios fuesen condenados a muerte. Era el prototipo clínico del *Teppichfresser*, el hombre que, cuando se le lleva la contraria, vuelve al infantilismo, echa espumarajos por la boca, se tira al suelo y se pone a morder la alfombra de rabia.

Este personaje es un tipo familiar en todas las *Bierstube* o cervecerías de Alemania, aunque no se limita tan sólo a este país. Autodidacta, astuto, arrogante, pontifica sobre todos los temas habidos y por haber, desde la alimentación hasta la política mundial, de la música a la táctica militar. Pomposo y omnisciente se niega a discutir sus ideas pero en cambio da órdenes y ultimátums. Confunde sus intuiciones con hechos científicos. Lo sabe todo, especialmente en el terreno histórico. Vive en un curioso mundo ficticio y considera locos a todos los que disienten de sus opiniones y monólogos inconexos. Es incapaz de comprender los valores morales, pero posee un genio diabólico para entender la psicología de las masas. Es, por encima de todo, un embustero patológico.

Las conversaciones de sobremesa de Adolfo Hitler, que éste pronunciaba en la intimidad y a veces durante toda la noche, fueron tomadas taquígraficamente por sus colaboradores más allegados. El calibre espiritual de este hombre egocéntrico y envenenado por el odio, puede juzgarse perfectamente por estas citas típicas de sus peroratas:

*Monsergas raciales*: «Tenemos el deber de despertar continuamente a las fuerzas que dormitan en la sangre de nuestro pueblo.»

*Autoglorificación*: «Hubo un tiempo en que era posible decir que sólo había un prusiano en Europa y que éste vivía en Roma... Pero ha habido otro prusiano. Vivía en Munich y era yo.»

*Delirio de grandezas*: «El sentimiento que debería embargar a aquellos que entran en la cancillería del Reich, es de que visitan al dueño del mundo.»

*Suspiciencia psicopática*: «Nunca conocí a un inglés que no afirmase que Churchill estaba chiflado.»

*Hostilidad*: «No existe nadie más estúpido que los norteamericanos... Me niego a creer que el soldado norteamericano pueda luchar como un héroe.»

Se encuentran más claves acerca de la mentalidad hitleriana en el *Mein Kampf*, su autobiografía y la exposición de sus planes para el futuro de Alemania. En su estilo ramplón, el autor de esta obra parafrasea alguna de la peor literatura uni-



versal, entre la que se incluyen el *Ensayo sobre la Desigualdad de las Razas Humanas*, del conde de Gobineau; los *Fundamentos del siglo XIX*, de Houston Steward Chamberlain; la obra apócrifa *Protocolos de los Ancianos de Sión*, y una serie mal digerida de lecturas de Nietzsche, Schopenhauer, Haushofer, Federico el Grande y Carlyle. Un batiburrillo de historia y fantasía, escrito en un atroz alemán, una obra francamente maquiavélica («El éxito es el único juez terrenal del bien y del mal»), esto es el *Mein Kampf*, «Mi Lucha», la obra que se convirtió en la Biblia del movimiento nacionalsocialista. Cuando Hitler subió al poder, se publicó en gigantescas ediciones y todos los miembros del Partido y funcionarios del Gobierno fueron obligados a adquirirla. En 1939 se habían vendido más de 5.000.000 de ejemplares de esta obra, lo que la convirtió en uno de los primeros *best sellers* de todos los tiempos.

Una vez en el poder Hitler creó un Estado totalitario. Destruyó todos los partidos políticos de la oposición; disolvió los sindicatos, confiscando sus bienes y propiedades; anuló todos los derechos individuales y coordinó todas las fases de la vida nacional, incluyendo la Iglesia, la prensa, la instrucción pública y el ejército. El mundo, estupefacto, contempló una bárbara campaña destinada «a proteger el honor alemán contra los judíos». Se implantó en los cerebros de los ciudadanos alemanes la idea de la glorificación del Führer, de un culto fanático de la patria, la intolerancia y los prejuicios raciales, una obediencia ciega, el odio a todos los enemigos y el espíritu bélico. La vida económica de la nación tuvo que adaptarse al principio nazi de la autarquía.

Hitler no podía llevar adelante su política exterior sin acudir a la guerra. Sus objetivos eran claros: devolver a Alemania el prestigio de gran potencia mundial, recuperar sus antiguas colonias, fomentar el pangermanismo («Un Reich, un Pueblo, un Führer»), resucitar el *Drang nach Osten* (Ofensiva hacia el Este), y poner fin a la «vergüenza de Versalles». Los políticos de la República de Weimar habían hecho lo imposible por burlar el Tratado de Versalles, pero renunciaron a cualquier intento por modificar sus cláusulas territoriales, pues tenían suficiente juicio para comprender que esto no podía hacerse sin recurrir a la guerra, y no querían correr ese riesgo.

Hitler no tenía tales reparos. En esto tampoco es posible equivocarse. En el curso de una reunión secreta celebrada el 5 de noviembre de 1937, expuso a sus jefes militares los pasos y medidas que había que adoptar para iniciar la agresión contra otros países. Esta reunión, de la que levantó acta el ayudante de Hitler, un tal coronel Hossbach, revela cómo el Führer

se proponía hacer la guerra dos años antes de que comenzasen las hostilidades:

El Führer afirmó entonces: «El objetivo de la política alemana es la seguridad y la conservación y propagación del *Volks*. Por consiguiente, se trata de un problema de espacio... Para Alemania, la cuestión consiste en saber dónde puede realizar las mayores conquistas a un precio más bajo.

»La política alemana debe contar con sus dos cordiales enemigos, Inglaterra y Francia, que no están dispuestas a soportar en modo alguno la presencia de un fuerte coloso alemán en el centro de Europa. Estos dos Estados se opondrán a cualquier fortalecimiento de Alemania, tanto en Europa como en ultramar, y en esta oposición contarán con el apoyo de todos los partidos...»

Si el Führer vive aún, su decisión irrevocable será resolver el problema del espacio vital alemán en 1943-45, a más tardar... En lo que se refiere a mejorar nuestra posición político-militar, nuestro primer objetivo, en caso de que se inicien las hostilidades, será conquistar Checoslovaquia y Austria simultáneamente, a fin de suprimir cualquier amenaza por el flanco en el caso de un posible avance hacia el Oeste... Una vez conquistada Checoslovaquia — y creada una frontera común de Alemania con Hungría —, entonces podrá confiarse más fácilmente en una actitud de neutralidad por parte de Polonia, en el caso de un conflicto franco-alemán. Nuestros acuerdos con Polonia solamente continuarán siendo válidos mientras el poderío alemán permanezca inconvertible...

El Führer está convencido de que muy probablemente Inglaterra, y acaso también Francia, dan ya por perdida a Checoslovaquia, aunque no lo digan... Sin el apoyo de Inglaterra, tampoco será necesario pensar en la posibilidad de una marcha hacia Francia a través de Holanda y Bélgica... Naturalmente, de cualquier modo tendríamos que asegurar nuestras fronteras mientras durasen nuestras operaciones contra Checoslovaquia y Austria...

Hay que contrarrestar la preparación militar rusa con la celeridad de nuestras operaciones; se trata de saber si esto debe tenerse en cuenta, después de todo, en vista de la actitud del Japón...

El mariscal Von Blomberg y el coronel general Von Fritsch, al dar sus impresiones sobre la situación, han señalado repetidamente que no debemos correr el riesgo de convertir a Francia e Inglaterra en enemigos nuestros...

En vista de los informes dados por el Führer, el coronel general Goering consideró absolutamente necesario proceder a una reducción de nuestros efectivos militares en España...

Aún más condenatorias son las observaciones confidenciales que fueron hechas por Hitler a sus generales en una conferencia celebrada el 22 de agosto de 1939, la víspera de la firma del Pacto de Moscú y sólo una semana antes de la invasión de Polonia. Las palabras que el Führer pronunció en esta ocasión fueron reveladas después de la guerra, durante el pro-



ceso de Nuremberg, que juzgó a los principales criminales de guerra nazis:

Nadie volverá a poseer como yo la confianza de todo el pueblo alemán. No volverá a existir nunca, probablemente, un hombre investido con más autoridad. Mi existencia, por lo tanto, es un factor muy valioso...

Nuestros enemigos tienen hombres que están por debajo del promedio; no disponen de personalidades, de amos, de hombres de acción...

Para nosotros resulta fácil adoptar decisiones. No tenemos nada que perder y podemos ganarlo todo...

Todas estas favorables circunstancias ya no existirán dentro de dos o tres años...

Por consiguiente, ahora es el mejor momento para el conflicto. Tengo miedo de que en el último momento algún *Schweinehund* (cochino perro) salga con una propuesta de mediación...

Daré una razón propagandística para empezar la guerra, sea o no sea plausible. Después nadie preguntará al vencedor si dijo la verdad o mintió. Tanto al empezar una guerra como al librarla, no es el derecho lo que importa, sino la victoria.

Ningún sofisma, ninguna argucia dialéctica, ninguna circunstancia atenuante puede escamotear las palabras de Hitler que acabamos de reproducir, extraídas de documentos fehacientes. Se trataba de un descarado plan de agresión. Adolfo Hitler deseaba ardientemente la guerra y trabajó con el mayor celo por conseguirla.

Fue una tragedia para Alemania y para el mundo. Aquel fanático irracional, aquel vándalo vulgar y plebeyo, aquella combinación de mediocridad y brutalidad insensible, pudo hallar suficiente apoyo para convertirse en el dirigente de los alemanes y luego tocar casi con la mano la supremacía sobre toda Europa. Aunque al principio el pueblo alemán se mostraba algo escéptico sobre aquel estafalario austríaco, poco a poco fue convenciéndose de su infalibilidad a medida que asestaba un golpe tras otro al sistema de Versalles, que se desmoronaba bajo sus embestidas. Los alemanes, políticamente analfabetos, no podían comprender lo que estaba sucediendo ante el foro de la Humanidad.

Al seguir libremente a Hitler y su camarilla de rufianes escogidos, el pueblo alemán debe compartir la responsabilidad por el cataclismo de 1939. El argumento de que el nazismo fue un rayo surgido de los cielos, una «catástrofe» que cayó de pronto sobre la cabeza del confiado pueblo alemán, es tan inexacto como insostenible. Gran parte de su carácter era debido a una tradición nacional de disciplina y obediencia inculcada en los alemanes por una combinación del culto del Estado (cuya ins-

piración hay que buscar en la filosofía de Hegel), la intransigencia prusiana y el militarismo. Los alemanes que se sorprendieron y escandalizaron ante los excesos del nazismo, nunca llegaron a comprender que éste era el resultado lógico de una larga y peligrosa tradición histórica. La mezcla de nacionalismo, romanticismo e historicismo (el concepto según el cual la historia sólo es válida cuando se la emplea como arma política), dio por resultado una caída en la vulgaridad y el salvajismo, cuyo igual muy pocas veces ha presenciado el mundo.

La culpa de la carnicería recae también en parte sobre la oficialidad alemana. Se ha tratado de excusar de muy diversas maneras a los generales, pero éstos no pueden librarse de la culpa que les corresponde. Los generales no eran una fría y desalmada camarilla empeñada en la dominación mundial, es cierto, pero, dominados por su gravoso espíritu de cuerpo, que hacía de ellos unos profesionales de la guerra, no consiguieron poner coto a los terribles desmanes de Adolfo Hitler y terminaron por convertirse en sus colaboradores voluntarios. Ocupan un puesto secundario en los crímenes de Hitler. Su única justificación es la de que un soldado tiene que hacer honor a su palabra y cumplir las órdenes recibidas.

¿Pero dónde estaba el tan cacareado sentido prusiano de la disciplina moral? Un jefe alemán, el general Ludwig Beck, que fue jefe del Estado Mayor General de 1935 a 1938, reconoció ya en julio de este último año que aún era tiempo de repeler el nazismo y salvaguardar «las rancias virtudes prusianas»: «La historia señalará con el dedo a los más altos jefes de la *Wehrmacht*, acusándolos de sanguinarios, si no actuaban de acuerdo con el saber y los conocimientos propios de hombres expertos y duchos en las cuestiones de Estado. Su deber de obediencia castrense llega al límite cuando su conocimiento, su conciencia y su sentido de la responsabilidad les prohíben la ejecución de una orden.»

Sabias y juiciosas palabras. Pero la conciencia y el sentido de responsabilidad de los generales germanos se esfumaban en presencia del todopoderoso Führer.

#### GOLPE DE EFECTO: MUNICH

Los checos observaban consternados cómo los nazis se adueñaban de Austria para incorporarla al Tercer Reich. Después de la anexión a Alemania de su vecino del Sur, no había duda de que les tocaba el turno a ellos. Y así fue. En su acción contra Checoslovaquia, el Führer demostró ser un maestro en el arte de calcular, pues apenas dio a sus adversarios la oportunidad de



contraatacar con éxito. Aquello fue una sorprendente demostración en el terreno político del creciente poderío nazi y la debilidad de las democracias.

La República de Checoslovaquia, uno de los más satisfactorios resultados de la Guerra Europea, fue creada en 1919 con las tres antiguas provincias de Bohemia, Moravia y la Silesia austríaca, a la que se añadieron las dos ex provincias húngaras de Eslovaquia y Rutenia. Gobernada por las manos hábiles de Tomás Masaryk y Eduardo Benes, se convirtió en un modelo de disciplina democrática y en el más avanzado Estado liberal que existía entre el Rin y la Unión Soviética. En el Parlamento checo, formado por 300 diputados, sólo había 30 comunistas. En esta nación, que por su economía era el más próspero de los Estados de la sucesión del Imperio Austro-Húngaro, se hallaban situadas casi todas las antiguas industrias austro-húngaras, entre las que se contaba la famosa empresa Skoda, de siderurgia y armamentos. La joven y vigorosa nación firmó muchos tratados comerciales con otros países, de los que sacó grandes beneficios. Parecía tener ante sí una vida larga y próspera.

Pero al encontrarse en la cuenca danubiana, verdadero mosaico de nacionalidades, desde los primeros días de su formación, Checoslovaquia tuvo que hacer frente a las reivindicaciones de diversas minorías. Su población, de 14.000.000 de almas, contaba, además de los checos y los eslovacos, con unos 3.300.000 alemanes, 760.000 magiars, 480.000 rutenos y un número equivalente de polacos y judíos.

La minoría de lengua alemana que residía en la antigua Bohemia, especialmente en el país de los Sudetes, era de las que armaban más ruido. Antes de la Gran Guerra se consideraban como la «raza superior» de la región, mirando a los checos y a los demás eslavos por encima del hombro. Después de la guerra se quejaron de que se ejercían medidas discriminatorias contra ellos, vedándoseles el acceso a los cargos administrativos, señalando que el gobierno subvencionaba especialmente a las regiones de mayoría checa e insistiendo en que su situación económica era muy apurada. Esta última queja, ciertamente, tenía algún fundamento. Los sudetes sufrieron cuantiosas pérdidas suscribiendo los empréstitos de guerra austríacos, especulando con marcos alemanes antes de la inflación de 1923 y a causa de la depresión del principio de los años 30. Más de la mitad de los parados que existían en la pequeña región, cuyo número total se aproximaba al millón, pertenecían a la minoría alemana.

Sin embargo, desde el primer momento, la minoría alemana de Checoslovaquia fue tratada con más generosidad y consideración que cualquier otra minoría del mundo de la postguerra.

El gobierno hizo grandes concesiones para satisfacer a los sudetes. Aceptó los empréstitos austríacos en un 75 por ciento, lo cual no dejó de ser una generosa concesión. Presentó en el Parlamento una ley para garantizar puestos administrativos a los ciudadanos de habla alemana en proporción a su número respecto a la población total. Concedió plena representación parlamentaria a los alemanes e igualdad en lo tocante a la educación; a decir verdad, había más escuelas de segunda enseñanza alemanas en Checoslovaquia proporcionalmente a la población, que escuelas para los propios checos.

Mas los alemanes seguían quejándose. Para la rapacidad de Hitler, la situación no podía presentarse mejor. Una simple mirada al mapa de la Europa Central en 1939 bastará para comprender cuáles eran las causas del entusiasmo de Hitler. Después de absorber a Austria en el Tercer Reich, el aspecto de Alemania sobre el mapa evocaba una gigantesca cabeza de lobo, rodeando con sus fauces abiertas la parte occidental de Checoslovaquia y apuntando con sus caninos superiores a Silesia y con los colmillos inferiores a Austria Septentrional. Si el lobo cerraba la boca, se tragaría Checoslovaquia.

Konrad Henlein, jefe de los nazis sudetes, y su *Sudeten-deutsche Partei*, intransigente y prohitleriano, se apropiaron del 60 por ciento de los votos alemanes en 1935. El partido exigía «plena libertad para que los alemanes proclamen su germanismo y su adhesión a la ideología de los alemanes»...; a saber, el nazismo ario, el odio a las democracias y la obediencia ciega al Führer nacional.

En febrero de 1938 Hitler describió al *Reichstag*, en los términos más patéticos, las «horribles» condiciones en que se hallaban sus hermanos alemanes de Checoslovaquia. El *Trommler* había empezado su redoble. Luego anunció al mundo que los pobres alemanes sudetes podían confiar en la protección de la madre patria alemana ante la opresión de que eran víctimas por parte de los checos. La prensa nazi, servil y obediente, denunció en tonos históricos las «atrocidades» cometidas por los checos con la minoría alemana de Checoslovaquia.

En mayo de 1938, dos alemanes resultaron muertos en un incidente fronterizo. Para Hitler, los cadáveres de aquellos dos desgraciados alemanes valían su peso en diamantes. Representando una de sus clásicas escenas de furor, ordenó que fuesen enviadas inmediatamente tropas a la frontera.

Los checos, que contaban con el mejor ejército de todos los pequeños países europeos (180.000 reclutas sobre las armas, 1.200.000 soldados de reserva perfectamente adiestrados y unidades mecanizadas de primer orden), no se dejaron intimidar,



concentrando al instante 400.000 soldados en la frontera de Alemania. Francia declaró que haría honor a sus compromisos con Checoslovaquia; la Gran Bretaña manifestó que apoyaría a Francia y la Unión Soviética indicó que haría otro tanto. Frente a esta formidable oposición, Hitler entró en razón — momentáneamente — y retiró sus tropas.

Aquel incidente significaba una pérdida de prestigio para el Führer. Pero Hitler no tenía intención de dejar que les desbaratasen sus planes respecto a Checoslovaquia. En una reunión secreta celebrada en la academia de artillería de Jüterbog, el 30 de mayo de 1938, Hitler dijo a sus generales:

«Es mi voluntad inquebrantable aplastar (*zerschlagen*) a Checoslovaquia por la acción de las armas dentro de poco tiempo.»

Acto seguido redactó una orden del día en la que se fijaba el 1.º de octubre de 1938 como la fecha en que se iniciaría la operación «Verde».

Durante todo el verano de 1938, la servil prensa nazi continuó atacando a los checos. Los secuaces de Henlein, el títere de Hitler, empleaban las armas de la agitación, el terrorismo, las amenazas y la provocación dentro del país. Todo esto tenía por fin dar a Hitler motivos «honorables» para precipitarse en ayuda de la minoría alemana. Su objetivo final consistía en obligar a los checos a renunciar a todas sus alianzas militares extranjeras y acceder al establecimiento de un Estado nazi en el interior de Checoslovaquia.

En este intervalo, en las cancillerías occidentales se discutía febrilmente. La debilidad demostrada por Inglaterra y Francia durante estos meses críticos, su arteriosclerosis diplomática, parecía a muchos increíble. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, contando con el consentimiento de Francia, envió a lord Runciman a Praga en calidad de árbitro oficioso. Apremiados por Runciman, los checos ofrecieron generosas concesiones a Henlein. Accedían a dividir Checoslovaquia en cantones, según el modelo helvético. «Todas las nacionalidades participarán de manera proporcional en la totalidad de los cargos y empresas del Estado, monopolios, instituciones y otras organizaciones.» Al propio tiempo prometieron la concesión de un gran empréstito a los sudetes para aliviar su situación económica.

El 12 de septiembre de 1938, en un discurso virulento, Hitler declaró una vez más, que él se proponía prestar su ayuda inmediata a los oprimidos sudetes alemanes. Y dirigiéndose a Inglaterra y Francia, declaró que se trabajaba activamente para terminar las fortificaciones más inexpugnables que había visto

el planeta, las cuales defenderían las fronteras occidentales de Alemania.

Al día siguiente se produjeron nuevos incidentes preparados de antemano y el presidente Benes se vio obligado a proclamar la ley marcial.

Así las cosas, cuando la crisis se agravaba a pasos agigantados, Chamberlain decidió intervenir en el drama. Tomando el avión en Londres, aterrizó en Berchtesgaden, en el primero de los tres humillantes viajes que tuvieron por objeto apaciguar al dictador nazi.

Hitler manifestó sin contemplaciones a Chamberlain que el país de los sudetes tenía que incorporarse inmediatamente al Tercer Reich, o de lo contrario estallaría la guerra general. A lo único que accedió el Führer fue a esperar que Chamberlain consultase con sus ministros. El inglés tomó de nuevo el avión para regresar a Londres, donde conferenció con su gabinete, que se hallaba dividido en sus opiniones, y con el presidente del Consejo francés, Eduardo Daladier, y su ministro de Asuntos Exteriores, George Bonnet.

El 20 de septiembre, sin consultar con Praga, la Gran Bretaña y Francia notificaron a Checoslovaquia que debía «entregar las regiones habitadas principalmente por los alemanes sudetes» a Hitler con el fin de evitar una guerra europea general. Si accedía, garantizarían su futura independencia. El gabinete checo decidió ceder y luego presentó la dimisión.

Chamberlain tomó de nuevo el avión para informar a Hitler de la capitulación y fijar los detalles. Su punto de destino era esta vez Godesberg.

En Godesberg, Chamberlain encontró a Hitler echando espumarajos de rabia. El Führer presentó nuevas demandas, más severas esta vez que las que había formulado en Berchtesgaden. Vociferó que los checos tenían de tiempo hasta el 1.º de octubre para aceptarlas. Después, el ejército alemán iniciaría la ofensiva para apoderarse de lo que pertenecía a Alemania. ¡Nada ni nadie podría impedirselo!

El anonadado Chamberlain casi se quedó sin habla. Hitler le dio un mapa en el que estaban indicadas las partes de Checoslovaquia que pensaba anexionarse inmediatamente. Chamberlain se metió el mapa en el bolsillo, accedió a presentarlo a los checos y tomó el avión de regreso a Londres.

Nuevas conferencias francobritánicas. Indignados, los checos rechazaron el ultimátum de Godesberg.

Fue entonces cuando entró en escena Mussolini, proponiendo una conferencia cuatripartita para salir de aquel callejón sin salida. Chamberlain, en el colmo de la desesperación, se agarró a aquella última esperanza como a un clavo ardiendo.



El 26 de septiembre, tres días antes de la reunión fijada, que debía celebrarse en Munich, Hitler habló en el Palacio de los Deportes berlineses. Aseguró a Chamberlain y al mundo que si el problema de los sudetes se resolvía satisfactoriamente, Alemania ya no presentaría más reivindicaciones territoriales en Europa.

«¡Con esto llegamos al último problema pendiente de resolución y que será resuelto! — gritó Hitler —. Es la última demanda territorial que tengo que hacer en Europa. En 1919, tres millones y medio de alemanes fueron arrancados de su madre patria por una caterva de estadistas locos. El Estado checo nació de una tremenda mentira y el embustero que lo creó se llama Benes.»

Al llegar a este punto de su discurso, según informó el *New York Times*, «la voz de Herr Hitler se convirtió en un estridente chillido al pronunciar el nombre del presidente checo. El público prorrumpió en frenéticos *Heils*».

Chamberlain aceptó la invitación para ir a Munich y, por tercera vez, tomó el avión para Alemania. El espectáculo era en verdad extraordinario: todo un jefe del gobierno de Su Majestad Británica yendo a Alemania para pedir la paz como si de una limosna se tratase. «Aunque mi misión falle», dijo, «yo seguiré insistiendo en que hice bien en intentarla. Pues no hay otra alternativa: o esto, o la guerra.»

Durante las conversaciones de Munich, a las que no fueron invitados los checos, Chamberlain y Daladier aceptaron todas las exigencias de Hitler. Se acordó que el ejército alemán penetraría en Checoslovaquia el 1.º de octubre, que se establecería una comisión internacional encargada de supervisar los plebiscitos que se celebrarían en todas las regiones donde no había mayoría alemana, y que las cuatro potencias — Alemania, Italia, Francia y la Gran Bretaña — garantizarían las fronteras de Checoslovaquia. Se exigió a los checos que abandonasen en las regiones anexionadas por Hitler toda clase de bienes y artículos, en especial las municiones. Al propio tiempo, la Gran Bretaña y Alemania firmaron un tratado de amistad.

De esta manera, Checoslovaquia fue vendida ignominiosamente por las mismas potencias que la habían creado y que tenían la obligación de protegerla.

Chamberlain, con la promesa de Hitler de que ya no exigiría nuevas reivindicaciones territoriales en Europa, tomó el avión para Inglaterra, donde fue recibido con delirantes ovaciones.

—Creo — afirmó — que tendremos la paz.

La palabra de Hitler no tenía ningún valor. Después de adueñarse de la tercera parte del país y de casi un tercio de su po-

blación, presentó nuevas demandas. En primer lugar, los checos tenían que permitir la construcción de una carretera militar a través del país. Luego exigió el derecho de arbitrar la suerte de Eslovaquia y Rutenia, siendo él quien debía fijar la extensión del territorio que debía cederse a Hungría y Polonia.

Emil Hacha, a la sazón presidente de la República Checoslovaca, protestó. Hitler lo convocó a Berlín, donde el Führer sufrió un nuevo berrinche en presencia de su visitante. El presidente checo fue objeto de tal intimidación, que el 15 de marzo de 1939 se vio obligado a firmar el tratado que convertía a su patria en un protectorado alemán. Hitler se proclamó el «Protector de Bohemia y Moravia», «aceptando» también el Protectorado de Eslovaquia. Simultáneamente, las tropas alemanas entraron en Praga. Checoslovaquia había dejado de existir.

De este modo, cuatro hombres reunidos en Munich durante cuatro horas, mantuvieron la paz de Europa, sobre la base de las concesiones. Al principio, la noticia produjo un alivio tremendo en todo el mundo. Todos creían que acababan de librarse de una nueva guerra mundial. Pero luego vino la reflexión y pronto se vio que apaciguar al Führer era un acto tan insensato como entregar furtivamente dinero a un chantajista.

En el vocerío de indignación que entonces se alzó, la figura objeto de todos los ataques fue Neville Chamberlain, que era presentado como un cobarde, un pusilánime que se había dejado burlar por Hitler. John Bull, decía la voz popular, se había convertido en un cuáquero partidario de la no resistencia.

En cambio, había otros que ensalzaban a Chamberlain, presentándolo como un héroe. Un historiador británico, P. K. Kemp, ha tratado recientemente de reivindicar la figura de este hombre, tan criticado hace dos décadas.

El primer ministro, Mr. Neville Chamberlain, solicitó un informe de los jefes de Estado Mayor acerca de la efectividad militar que tendría una alianza con Francia y otros Estados europeos, con objeto de resistir por la fuerza un intento alemán de ataque a Checoslovaquia. La respuesta de los militares fue categórica. Todos afirmaron de forma contundente que el país no se hallaba preparado para la guerra.

Se dice que éste es el verdadero trasfondo de Munich. Chamberlain tenía que evitar la guerra a toda costa hasta que su programa de rearme empezase a dar sus frutos. Se hallaba en una situación de la que no había escapatoria posible. Tenía que ganar tiempo de la manera que fuese..., jugándose el prestigio nacional, el honor de Inglaterra, el desdén de las generaciones futuras. Su deber primordial era ganar tiempo.



Por otra parte, se alzan algunas preguntas embarazosas. ¿Paz a cualquier precio? ¿Paz sobre el cadáver inerme de Checoslovaquia? ¿Paz sin honor? ¿Paz... o sólo el comienzo de una espantosa crisis mundial? ¿Era prudente, justa o lógica la paz a expensas de otros? ¿Y cuánto tiempo duraría aquella precaria paz?

Sólo una cosa parecía cierta después de la caída de Checoslovaquia: si no se detenían las ambiciones territoriales de Hitler, la Europa Oriental no tardaría en caer en manos del hambriento Tercer Reich. Y después... ¿Qué pasaría con Francia, con Inglaterra y las colonias británicas?

Como en otras tantas ocasiones, Winston Churchill se contó entre los primeros que vieron las consecuencias. En las frases que siguen, llegó al mismísimo meollo de la cuestión:

Empezaré diciendo lo que a todos les gustaría ignorar u olvidar pero que sin embargo es preciso exponer: que hemos sufrido una derrota total y sin paliativos, y que Francia aún ha sufrido más que nosotros... Y no supongo que esto sea el final. Esto no es más que el comienzo del ajuste de cuentas. No es más que el primer sorbo, la primera degustación de un amargo cáliz que nos será ofrecido un año tras otro a menos que, mediante un supremo esfuerzo que nos permita recuperar la salud moral y el vigor bélico, volvamos a levantarnos y a salir en defensa de la libertad, como en los tiempos antiguos.

La tensión internacional no hacía más que aumentar. La diplomacia se sentía chasqueada y burlada. Hitler había elegido ya el camino de la conquista, mientras Chamberlain luchaba desesperadamente por reforzar un sistema de alianzas que detuviese al Führer por el Este y el Oeste. El primer ministro británico lanzó una serie de advertencias y firmó compromisos más graves que los que Inglaterra había asumido jamás en época de paz. Pero sin la cooperación de Moscú, el miembro ausente de la coalición y cuya presencia podría haber reprimido a Hitler, lo demás era perder el tiempo.

La caída hacia la guerra se producía con la implacable fatalidad de una tragedia griega que caminase hacia su desenlace. Nadie parecía capaz de hacer nada para evitar la catástrofe inminente.

Munich había demostrado al engallado Hitler que Inglaterra y Francia, naciones decadentes de tenderos democráticos, no lucharían. La etapa siguiente era Varsovia y... «Mañana, el Mundo».

## UN CINICO ACUERDO: EL PACTO GERMANO-SOVIÉTICO

Los acontecimientos que, en 1939, sacudieron al mundo haciéndole comprender la inminencia de la guerra, no fueron nuevos ataques nazis contra naciones pequeñas y débiles. Fue la noticia de la firma, efectuada el 23 de agosto, de un pacto de no agresión entre la Alemania hitleriana y la Rusia de Stalin.

El pacto estipulaba que ambas potencias signatarias no se harían la guerra, no prestarían su apoyo a una tercera potencia que atacase a uno de ambos signatarios, se consultarían acerca de todas las cuestiones de interés mutuo y evitarían coaligarse con cualquier agrupación de potencias dirigida contra una de las dos naciones. Mediante un protocolo secreto (que se hizo público en 1948), la Europa Oriental quedaba dividida en sendas esferas de influencia entre Alemania y la U.R.S.S. y cada nación signataria del pacto obtendría ganancias territoriales en las regiones intermedias.

¡Era asombroso, increíble! Pero allí estaba: la bomba política del siglo, el cínico y frío acuerdo que dejaba las manos libres a Hitler para desencadenar su guerra. Durante años había existido una guerra ideológica entre ambos Estados totalitarios hostiles. Ambos se habían colmado de insultos y denuestos. Hitler había puesto al comunismo en la picota, presentándolo como el archienemigo de la civilización, y Stalin, por su parte, había denunciado a los nazis, calificándolos de bestias fascistas. De la noche a la mañana, aquella guerra de palabras terminaba del modo más sorprendente.

Pero viendo las cosas con la ventaja que representa la perspectiva histórica, el pacto germano-soviético no resulta en absoluto un fenómeno sorprendente. Era una muestra de *Realpolitik*, política realista desprovista de sentimentalismo por ambas partes. Los dictadores nazi y soviético realizaron aquella alianza buscando el mutuo beneficio y con la intención de mantener el pacto en vigor mientras les resultase provechoso.

Para Hitler, el pacto no podía ser más favorable y beneficioso. En primer lugar, lo libraba de correr la suerte del Kaiser, que se vio atrapado entre dos frentes durante la Gran Guerra. El Führer no quería tener que preocuparse por el frente oriental en el caso de que Inglaterra y Francia decidiesen acudir de verdad en ayuda de Polonia. Sin embargo, creía que ni Francia ni la Gran Bretaña combatirían. Bien era cierto que había esgrimido la amenaza comunista mientras Francia y la Gran Bretaña, con su política de apaciguamiento, le permitieron cosechar victorias en Austria y Checoslovaquia. No pudiendo ob-



tener ya más concesiones de las potencias occidentales, que por el contrario sembraban de obstáculos su camino, decidió volverse *temporalmente* hacia la Rusia soviética. No olvidaría la amenaza representada por el comunismo; más adelante, después de aplastar a las democracias, sería cosa fácil forjar acusaciones falsas contra el Kremlin y lanzarse sobre los comunistas para hacerlos trizas igualmente.

Por su parte, Stalin también veía ventajas parecidas en el pacto. Durante años, su temor constante había sido una posible coalición entre la Gran Bretaña, Francia y Alemania, dirigida contra la Unión Soviética. La garantía franco-británica dada a Polonia, comprometiéndose a combatir por ella en el caso de que Alemania violase su independencia, con fecha 31 de marzo de 1939, y que señaló el valeroso cambio de una política tradicional y una línea divisoria de crucial importancia en la historia de Europa, señaló también el fin del apaciguamiento, obligando a Stalin a elegir entre los Aliados occidentales y Alemania. A partir de esta fecha histórica, Stalin jugó astutamente con los Aliados y Alemania, enfrentándolos en su provecho. Si las potencias opuestas al nazismo no querían saber nada con él, buscaría la alianza de Hitler. No estaba dispuesto a permitir que París y Londres canalizasen la expansión fascista hacia Oriente. Además, la Unión Soviética, debilitada por purgas militares e insegura de las intenciones de Inglaterra y Francia, necesitaba tiempo para completar la industrialización militar prevista por el tercer plan quinquenal.

Tanto Hitler como Stalin estaban preparados para firmar el pacto. Así es que se reunieron sus ministros de Asuntos Exteriores y estamparon sus firmas al pie del histórico documento.

He aquí la sucesión de acontecimientos que condujeron a la firma del pacto germano-soviético:

**10 de marzo de 1939:** Stalin pronunció un discurso sobre política exterior durante el XVIII Congreso del Partido Comunista. Manifestó que había decidido «no permitir que nuestra patria sea arrastrada al conflicto por belicistas acostumbrados a hacer que los demás les saquen las castañas del fuego». Reinó un extraordinario interés en Berlín al conocerse estas declaraciones. ¿Se trataba de un globo sonda a favor del *rapprochement* y la reconciliación?

**4 de abril:** Hitler distribuye unas órdenes secretísimas, llamadas Caja Blanca, sobre las inminentes operaciones contra Polonia. Fecha fijada: 1.º de septiembre de 1939. El hecho de que hubiese concluido un pacto de amistad por diez años con Polonia, en enero de 1934, tenía poca importancia para el Führer.

**28 de abril:** Un nuevo indicio. Durante un importantísimo discurso, Hitler omite sus acostumbradas denuncias contra el

«judaísmo marxista» y los «monstruos infrahumanos del Kremlin».

**3 de mayo:** Otro indicio, esta vez de Moscú: Máximo Litvinov, el comisario soviético de Asuntos Exteriores, que se distinguía por su actitud germanófoba, es relevado súbitamente de su puesto, para ser reemplazado por Viacheslav Molotov.

**20 de mayo:** Molotov pide una mejora en las relaciones económicas y políticas con Alemania.

**23 de mayo:** Durante una conferencia con sus jefes militares (Goering, Keitel, Brauchitsch, Raeder, etc.), celebrada en la cancillería berlinesa, Hitler afirmó: «Danzig no es un tema de discusión... sólo nos falta decidir cuál será el mejor momento para atacar a Polonia... No se descarta la posibilidad de que Rusia se lave las manos ante la destrucción de Polonia.»

**3 de agosto:** Hitler informa a Stalin de que Alemania ya se encuentra dispuesta «a dar nueva forma a las relaciones germano-soviéticas.»

**10 de agosto:** Una comisión militar franco-británica llega a Moscú, donde es recibida con grandes muestras de deferencia. Pero pronto tropieza con una serie de misteriosos aplazamientos, inconvenientes e interminables negociaciones. Para Stalin, esto constituye una especie de seguro para el caso de que no se materialice el pacto con Hitler. Además, manteniendo en vigencia las negociaciones con Occidente, Stalin siempre puede obligar a Hitler a pagar un precio más elevado por su colaboración.

**12 de agosto:** Stalin contesta a Hitler que se halla dispuesto a «discutir gradualmente» todas las cuestiones políticas, incluso la de Polonia.

**14 de agosto:** Hitler, que no desea discusiones graduales, pide a Stalin que reciba a su ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop para hablar de «las cuestiones territoriales de la Europa Oriental que interesan a ambas potencias» (partición de Polonia).

**15 de agosto:** El embajador alemán informa al Kremlin de que las «contradicciones ideológicas no deberían impedir una razonable cooperación, de un carácter nuevo y amistoso».

**16 de agosto:** Hitler informa al Gobierno soviético de que Alemania está dispuesta a firmar un pacto de no agresión.

**18 de agosto:** Ribbentrop cablegrafía a Moscú, suplicando a Stalin que lo reciba inmediatamente.

**19 de agosto:** Stalin, comprendiendo que el juego ya ha durado demasiado, decide concluir un pacto con Hitler e informa en consecuencia al Politburó.

**20 de agosto:** Mientras tanto Hitler, disgustado al no recibir aún noticias de Moscú, envía un mensaje personal a Stalin pi-



diéndole que reciba a Ribbentrop inmediatamente. «La tensión entre Alemania y Polonia se ha hecho intolerable.»

*21 de agosto:* Stalin accede. Al recibir la buena noticia, Hitler prorrumpe en histéricas manifestaciones de alegría. Según refiere un testigo presencial, empezó a aporrear las paredes con los puños, pronunciando gritos inarticulados, para exclamar por último, jubiloso: «¡Tengo el mundo en el bolsillo!»

*23 de agosto:* Firma del pacto en Moscú. Stalin brinda con estas palabras: «Sé cuánto debe la nación alemana a su Führer. Deseo brindar por su salud.»

*24 de agosto:* Von Ribbentrop regresa a Berlín. Hitler, eufórico, abandona Berghesgaden para ir a saludarlo como «un segundo Bismarck».

Al parecer, el astuto Hitler había conseguido apuntarse un nuevo triunfo diplomático. Ambos pueblos, el soviético y el alemán, así como sus respectivos simpatizantes de todo el mundo, experimentaron un profundo desconcierto ante aquella cabriola política. Pero esto no importaba en lo más mínimo al jubiloso Führer. Mientras la misión militar franco-británica se consumía en Moscú, Stalin le dio vía libre para que aplastase Polonia a cambio de prometer a Rusia una participación en el botín. Por el momento había eliminado el peligro de una guerra con Rusia.

Una cosa sí era segura: las negociaciones franco-británicas con la URSS habían terminado en agua de borrajas. Al conocerse el cinismo de Hitler y la doblez de Stalin, hubo consternados comentarios en Londres y París. Neville Chamberlain pronunció estas tristes pero firmes palabras: «Sea cual fuere la naturaleza del pacto germano-soviético, no podrá alterar las obligaciones contraídas por la Gran Bretaña.»

El pacto germano-soviético hizo realidad lo que la Gran Bretaña se había esforzado en prevenir. Significó la destrucción de Polonia, que hasta entonces había sido un baluarte protector para Alemania y el resto de Europa contra la expansión del comunismo. Trajo a los ejércitos soviéticos en dirección a Occidente, proceso iniciado por Hitler en 1939 y continuado por él en 1941 en su agresión a Rusia. Como consecuencia de ello, los soldados soviéticos llegaron a orillas del Elba, donde nunca hubieran aparecido probablemente si no hubiesen existido estos antecedentes.

## SEGUNDA PARTE

### FUROR TEUTONICO:

### LOS DIAS DE GLORIA DE HITLER



## CAPITULO

## IV

### Las voluntades unidas: Hitler ataca

*Se ha alegado que si el gobierno de Su Majestad hubiese expuesto más claramente cuál era su posición en 1914, la gran catástrofe se hubiera evitado. Sea o no cierto este alegato, el gobierno de Su Majestad está resuelto a que no se produzca un malentendido de tan trágicas consecuencias en esta ocasión.*

Chamberlain a Hitler, 22 de agosto de 1939.

#### LA RUSIA SOVIETICA ATACA A LOS «VALIENTES FINLANDESES»

El 3 de septiembre de 1939, millones de ingleses escucharon la voz cansada de Neville Chamberlain, que difundía el siguiente mensaje desde Londres:

Esta mañana, el embajador británico en Berlín entregó al gobierno alemán una nota final, en la que se dice que, si a las 11 horas como máximo no nos hace saber que se halla dispuesto a retirar sus tropas de Polonia, existirá el estado de guerra entre Alemania y la Gran Bretaña. Me veo obligado a comunicar a la nación que nuestro embajador no ha recibido las seguridades pedidas y que por consiguiente Inglaterra se encuentra en guerra con Alemania...

Y concluyó con estas palabras: Que Dios os bendiga a todos y



que defienda la causa justa. Luchamos contra el mal, representado por la fuerza bruta, la mala fe, la injusticia, la opresión y la persecución. Y estoy seguro de que la justicia prevalecerá contra las fuerzas del mal.

Aquel mismo día, a regañadientes, Francia declaró también la guerra. Toda la Comunidad Británica de Naciones, con la sola excepción del Eire, manifestó su apoyo al gobierno de Londres.

En los Estados Unidos, el presidente Franklin Delano Roosevelt dirigió la palabra a su pueblo, que disfrutaba un caluroso fin de semana que coincidía con el Día del Trabajo:

No he dicho una, sino muchas veces, que he vivido la guerra y que la detesto. Ahora lo digo y lo repito nuevamente.

Confío en que los Estados Unidos podrán mantenerse al margen de esta guerra. Creo que no participarán en ella. Y os doy mi seguridad reiterada de que vuestro gobierno hará los mayores esfuerzos en este sentido.

Mientras esté en mi poder evitarlo, la guerra no alterará la paz de los Estados Unidos.

Los acontecimientos se produjeron a un ritmo acelerado después del reparto de Polonia. Los dos participantes en la agresión, Hitler y Stalin, iniciaron nuevas jugadas sobre el tablero de la política mundial. Ambos se hallaban unidos por diez años en un pacto de no agresión, pero ambos dictadores se inspiraban muy poca confianza mutua. Cada uno de ellos seguía su camino sin apartar la vista de lo que hacía el otro.

Para Hitler, los auspicios eran favorables. Con Polonia fuera de combate y la amenaza de la Unión Soviética anulada, al menos por el momento, el Führer podía concentrar sus esfuerzos y su poderío contra los aliados de Occidente. De momento no pesaba sobre él la amenaza, verdadera pesadilla de la historia militar germana, de una guerra en dos frentes. Todo marchaba de acuerdo con los planes preestablecidos en el *Mein Kampf*. ¡El primer genio militar del mundo, Adolfo Hitler, no caería en la trampa representada por una guerra en dos frentes!

Para Stalin, el momento de adoptar una decisión había llegado. Era cierto, en efecto, que había frustrado los esfuerzos franco-británicos por envolverlo en una guerra aniquiladora contra el Tercer Reich. Pero la rápida conquista nazi de Polonia le produjo gran inquietud. Aquello era más de lo que esperaba. Siempre existía la posibilidad, por otra parte, de que los alemanes, tan poco de fiar, se lanzasen de pronto sobre él. Como experto ajedrecista, debía adelantarse en varias jugadas

a las que pudiera efectuar su adversario. Ello le obligaba a reforzar sus defensas por el norte.

La clave del problema residía en los Estados del Báltico. En el Pacto de Moscú del 23 de agosto de 1939, Stalin tuvo buen cuidado en insistir que se incluyese una cláusula secreta que calificaba a los Estados del Báltico de zona sometida a la esfera de influencia soviética. La conquista de Polonia le proporcionó entonces la oportunidad, tan anhelada desde hacía tiempo, de cerrar las puertas de acceso a las regiones bálticas, pues no deseaba que en ellas surgiese una nueva cuestión de los sudetes.

Estas medidas afectaban a cuatro Estados bálticos: Estonia, Letonia, Lituania y Finlandia. El 29 de septiembre, el mismo día en que Molotov y Von Ribbentrop firmaban el acuerdo de partición de Polonia, la Unión Soviética, en flagrante violación de sus anteriores compromisos, obligaba a Estonia a firmar un tratado por el que se permitía a la U. R. S. S. el establecimiento de guarniciones militares y bases aeronavales en territorio estoniano.

Poco después se firmaron sendos tratados similares con Letonia (5 de octubre) y Lituania (10 de octubre). Como indemnización, Lituania recibió Vilna y los territorios adyacentes.

Nadie dudaba de que tales acciones no eran más que las etapas preliminares de la anexión pura y simple.

«Nosotros declaramos — dijo Molotov — que todos esos absurdos rumores acerca de la soviétización de los países bálticos únicamente sirven los intereses de nuestros enemigos comunes, los provocadores antisoviéticos.»

Así hablaba Molotov.

El Kremlin, pues, alcanzó el éxito más rotundo en tres de las cuatro pequeñas repúblicas bálticas. Un férreo cinturón empezaba a forjarse alrededor de la extremidad oriental del Báltico.

¿Pero, qué ocurría con Finlandia? Aunque era el más septentrional de los Estados bálticos, Finlandia gozaba de una importante posición estratégica junto a la Unión Soviética, y si se hallase dominada por una potencia hostil, representaría una enorme amenaza para la seguridad de la U. R. S. S. Leningrado, con su población de 3.200.000 habitantes, se encontraba solamente a poco más de 30 km de la frontera finlandesa. Y en el istmo de Carelia, desde el que la artillería podía cañonear Leningrado, los finlandeses habían construido la Línea Mannerheim, un gran cinturón fortificado bautizado con el nombre del comandante supremo del ejército finlandés, el mariscal Karl von Mannerheim.

Los rusos empezaron con sus habituales amenazas por vía diplomática. El 5 de octubre, el gobierno soviético invitó a Helsinki a que enviase un negociador al Kremlin para discutir «ciertas cuestiones de naturaleza política concreta». Pronto



estuvo claro lo que deseaban los rusos. Finlandia tenía que ceder una parte del istmo de Carelia para que Leningrado quedase fuera del alcance de las piezas de artillería de grueso calibre. Además, tenía que entregar a Rusia ciertas regiones del extremo norte. La frontera fino-soviética tenía que ser desmilitarizada. Además, Finlandia tenía que conceder a la U. R. S. S., en arriendo durante treinta años, el puerto de Hangö, situado a orillas del golfo de Finlandia, para el establecimiento de una base naval soviética. A cambio, Moscú cedería a Finlandia 5.440 kilómetros cuadrados de territorio soviético, junto a las fronteras del este y centro de aquella república.

Los finlandeses, percatándose plenamente de lo difícil de su situación, respondieron que se hallaban dispuestos a aceptar todas las demandas, excepto una, incompatible con su carácter de nación soberana y neutral. Se refería al establecimiento, mediante arriendo o venta de una parte de su territorio nacional, de una base extranjera de carácter militar.

Inmediatamente, como movida por un resorte, la prensa de la U. R. S. S. y los periódicos comunistas de todo el mundo, que hablaban al dictado del Kremlin, iniciaron una campaña violentísima contra Finlandia. ¿Cómo era posible que los finlandeses mostrasen tal obstinación frente a unas demandas razonables, justas y ecuanímes? ¿No comprendían los finlandeses, apuntó *Pravda*, el órgano oficial del gobierno soviético, que podían correr la misma suerte que Polonia? Los titulares de la prensa rusa anunciaban en todos los tonos que los finlandeses se disponían a atacar la patria del proletariado. El resfriado de Moscú no tardó en contagiarse al *Daily Worker* neoyorquino, que estornudó para demostrar su simpatía.

El paso que daría a continuación la U. R. S. S. ya podía preverse: acusó a los finlandeses de disparar contra las patrullas fronterizas soviéticas. Los finlandeses se negaban a retirar sus tropas de la frontera, si los rusos no hacían lo propio. Las negociaciones quedaron interrumpidas el 13 de noviembre. El 28, el Kremlin denunció el pacto de no agresión con Finlandia de 1932. Dos días después, la aviación rusa empezaba a bombardear Helsinki y Viipuri.

La estrategia soviética había previsto la invasión de Finlandia por cinco puntos en el norte, centro y sur. Una columna avanzó hacia Petsamo, por el norte. Una segunda columna recibió por misión la captura del ferrocarril que unía a Kemijärvi con Torneo, población de la frontera sueca. La tercera tenía que atacar por Suomussalmi, para cortar a Finlandia en dos. La cuarta iniciaría una ofensiva a orillas del lago Ladoga para rebasar la Línea Mannerheim. Y la quinta tenía que atacar de frente esta línea fortificada. Si todo se desarrollaba confor-

me al plan previsto, Finlandia sería una fácil presa y el mundo tendría que aceptar de nuevo un hecho consumado, antes de que se pudiese adoptar ninguna acción para impedirlo.

Pero la Sociedad de las Naciones actuó con sorprendente celeridad. Aunque el Kremlin envió una nota al alto organismo internacional comunicándole que no se hallaba en guerra con Finlandia, el 14 de diciembre la Unión Soviética fue expulsada de la Sociedad de las Naciones por su acto de agresión, siendo el único Estado expulsado de este modo al no considerarlo digno de pertenecer a ella. El secretario de la Sociedad de las Naciones autorizó a todos los países miembros a enviar la ayuda que desearan a los infortunados finlandeses. La expulsión no produjo el menor efecto a los soviéticos.

Mientras tanto, el 1.º de diciembre se constituyó un «Gobierno popular finlandés» cerca de la frontera soviética, bajo la presidencia de Otto Kuusinen, un finlandés que había vivido unos veinte años en el exilio, principalmente en la Unión Soviética. El «gobierno» de Kuusinen proclamó su fidelidad a la U. R. S. S., como era de esperar.

Pero los valerosos finlandeses no se sentían en absoluto obligados a jurar lealtad a Moscú. El mundo entero se quedó pasmado ante la destreza y el heroísmo que desplegaron en su defensa. Nadie había supuesto que sucedería tal cosa. Era la lucha de David contra Goliath. Más de 100.000 rusos irrumpieron en la pequeña nación para verse rechazados por un puñado de heroicos defensores. Los extraordinarios soldados finlandeses aniquilaban divisiones enteras y obligaban a retroceder a las restantes hacia las fronteras que habían cruzado. Lucharon hasta que su resistencia llegó a lindar con la locura y el suicidio. Pocas veces ha registrado la Historia una defensa más enconada y valerosa.

¿Cómo cabe explicar el grave revés sufrido por los rusos? Hay que achacarlo principalmente a su engreimiento e ignorancia. Los primeros soldados soviéticos que cruzaron la frontera en riada, iban cargados de folletos de propaganda, manifestos, pendones y banderas. Otros avanzaban detrás de las bandas militares, convencidos de que serían recibidos como los «liberadores de la opresión capitalista». Muy pocas veces unas fuerzas invasoras se han visto desengañadas con mayor rapidez. Mal adiestrados, inadecuadamente aleccionados, los rusos no se hallaban preparados para una larga campaña invernal en medio de los 65.000 lagos finlandeses y de la furiosa resistencia de los hijos de Suomi. De manera inexplicable, los generales soviéticos no protegieron sus líneas de comunicaciones. Apenas existía coordinación entre los cinco cuerpos de ejército invasores, que de una manera imprudente y temeraria trataban de





RUSIA CONTRA FINLANDIA

realizar una inmensa maniobra envolvente en condiciones meteorológicas altamente desfavorables.

Los finlandeses, por su parte, contaban con la ventaja de sus líneas interiores. Con la mayor astucia, atacaban ora una columna, ora otra. Las patrullas de esquiadores finlandeses, armados hasta los dientes, con uniformes blancos que les permitían confundirse con el paisaje nevado, se infiltraban silenciosamente entre las líneas enemigas. Así tendían emboscadas a los invasores, abrían trampas para los tanques rusos y volaban puentes con dinamita. Centenares de rusos perecieron apuñalados por un silencioso enemigo en medio de las tinieblas árticas.

Cedamos la palabra a un testigo presencial:

El desastre ruso sobrepasó todo lo imaginable. Durante seis kilómetros y medio, la carretera y el bosque estaban sembrados de cadáveres de hombres y caballos, tanques destrozados, cocinas de campaña, camiones, cureñas, mapas, libros y prendas de vestir. Los cadáveres, helados, eran tan duros como madera petrificada y su tez tenía un color caoba. Algunos estaban amontonados sin orden ni concierto, como una pila de basura, cubiertos únicamente por el piadoso manto de la nieve; otros aparecían apoyados en los árboles en actitudes grotescas. Congelados, todos permanecían en la postura en que la muerte les había sorprendido.

A finales de 1939, los ejércitos soviéticos se habían desangrado en una lucha inútil. Ninguna de las cinco ofensivas rojas había alcanzado sus objetivos.

Stalin no había supuesto ni por asomo que sus tropas hallasen tan feroz resistencia. Aquello le planteaba una desagradable cuestión. ¿Cómo podría meter en cintura a aquellos discolos finlandeses, que a fin de cuentas constituían una operación secundaria, sin revelar al mundo las últimas armas e inventos soviéticos?

Pero el zar rojo tenía que arriesgarse. Puso al general Grigori Stern, un enérgico militar, al frente de las operaciones. Envío a Finlandia sus tropas escogidas, su mejor artillería, sus pertrechos más modernos. Hizo cesar los ataques por las nevadas y ariscas regiones del norte, ordenando una ofensiva frontal contra la Línea Mannerheim. Concentraría una abrumadora masa de infantería, artillería y aviación soviéticas para atacar a los finlandeses en su punto más fuerte y aplastarlos con su superioridad.

La atención del mundo se concentró en la tragedia que se desarrollaba en el territorio de la pequeña república del Báltico. Muchos países enviaron víveres, medicamentos e incluso material de guerra para los heroicos finlandeses. Italia envió



aviones, que fueron detenidos al atravesar Alemania. Afluyeron voluntarios de las cinco partes del Globo. En los Estados Unidos los finlandeses eran objeto de grandes muestras de simpatía, pues Finlandia se había hecho acreedora al respeto de los norteamericanos al pagar hasta el último dólar de sus deudas pendientes con los Estados Unidos. El presidente Roosevelt se refirió a Finlandia diciendo que era una nación «tan infinitesimalmente pequeña, que no podía causar ningún daño a la Unión Soviética». La obra teatral de Robert E. Sherwood *No habrá noche*, un retrato lleno de simpatía de los finlandeses que luchaban contra Rusia, obtuvo el Premio Pulitzer en 1941.

La actitud de la Gran Bretaña y Francia no dejaba de tener cierta importancia. En febrero de 1940, ambas naciones estaban a punto de declarar la guerra a la Unión Soviética. Un cuerpo expedicionario franco-británico de 100.000 hombres se hallaba dispuesto a acudir en ayuda de Finlandia, pero Suecia y Noruega, si bien no ocultaban sus simpatías por la pequeña nación, se hallaban intimidadas a causa de las amenazas rusas y negaron el paso por su territorio a las tropas aliadas.

El resultado era previsible e inevitable. El poderío militar soviético se impuso a los finlandeses en la proporción de 50 a 1. A finales de febrero, la artillería soviética lanzó unas 300.000 granadas en un período de 24 horas sobre las fortificaciones de hormigón de la Línea Mannerheim. Fue la mayor concentración artillera desde Verdún en 1916.

El 11 de marzo, las tropas rusas atacaron el puerto de Viipuri. Al día siguiente, mientras la Gran Bretaña y Francia negociaban con Noruega y Suecia el paso de sus tropas con destino a Finlandia, un representante finlandés fue a Moscú para conocer las condiciones de Stalin. Aquel trágico día de marzo fueron muchos los finlandeses que prorrumpieron en amargo e incontinente llanto, abrumados por el dolor.

Una semana después se procedió a la firma del tratado de paz.

La Unión Soviética impuso unas condiciones aún más severas que las anteriores. Finlandia tuvo que ceder a Rusia todo el istmo de Carelia juntamente con Viipuri, la segunda ciudad de Finlandia. Además, tenía que entregar las orillas occidental y septentrional del lago Ladoga, con las ciudades que se asentaban en ellas. Este lago, el mayor de Europa, quedaba así situado en su totalidad dentro de las fronteras de la U. R. S. S. Finlandia aún perdía otras parcelas de su territorio: las islas del golfo de Finlandia, un triángulo de tierras situadas al nordeste de la región de Salla, y parte de la península de Rybachi, suficiente para permitir a Rusia ejercer su dominio sobre el puerto ártico de Petsamo y las minas de níquel adyacentes. Tuvo

que consentir en la cesión de la península de Hangö durante treinta años. Y, finalmente, Rusia obtuvo el derecho de construir un ferrocarril a través de Finlandia hasta la frontera sueca.

A consecuencia de ello, Finlandia se vio obligada a ceder a la Unión Soviética 41.438 km.<sup>2</sup> de su territorio nacional, cuya población se aproximaba al medio millón de almas. Las regiones recién incorporadas a la U. R. S. S. no tardaron en organizarse bajo la fórmula comunista, convirtiéndose en la República Socialista Soviética Fino-Carelia, pasando a ser otra de las repúblicas federadas de la Unión Soviética. Pero más de 400.000 finlandeses de aquellas regiones se negaron a vivir bajo la dominación soviética y, recogiendo sus efectos personales, emprendieron la marcha hacia la nueva frontera para reintegrarse al seno de la madre patria. Molotov anunció que el gobierno títere de Kuusinen «se había disuelto».

Los altivos finlandeses habían pagado un precio muy elevado, pero al menos sentían el orgullo de haber preservado su independencia. Los rusos habían tenido la satisfacción de conseguir sus demandas, pero también habían tenido que pagar por ellas un precio muy alto. Habían muerto unos 25.000 finlandeses, pero 200.000 cadáveres rusos yacerían para siempre en Finlandia.

Los soviets habían sufrido una humillación ante la opinión mundial, pero el silencioso jugador de ajedrez del Kremlin nunca había demostrado que le importase particularmente esta opinión. Se consolaba al pensar que su posición estratégica había salido muy reforzada y que había incrementado sus fuerzas defensivas ante un posible ataque occidental. El istmo de Carelia era, a decir verdad, «un puñal asestado contra Leningrado», y su dominio era de vital importancia, como se demostró cuando Hitler trató de tomar la antigua San Petersburgo.

## EL DIOS DE LA GUERRA ATACA DINAMARCA

La victoria de Polonia entusiasmó por igual a militares y paisanos en el Tercer Reich hitleriano. Las sonrientes legiones regresaron de Varsovia para coronarse con los laureles del vencedor. La población civil estaba delirante de entusiasmo. Cuando Hitler inició las hostilidades, la reacción popular fue más bien fría, sin manifestaciones, sin nada comparable al espontáneo estallido de entusiasmo que sacudió al pueblo alemán en agosto de 1914.

¡Cambio radical! Con aquella guerra relámpago, librada según las mejores reglas del arte militar, el Führer demostró su genio ante todo el mundo. Londres y París, a buen seguro,



lo habrían comprendido así. Ahora sólo quedaba esperar una pronta paz.

Pero no habría pronta paz.

Hitler lo sabía mejor que nadie. El 23 de noviembre de 1939, convocó a sus generales a una conferencia en la cancillería del Reich.

«Mi decisión está tomada — les declaró —. Atacaré a Francia e Inglaterra en el momento más favorable e inmediato... Nadie ha conseguido lo que yo acabo de realizar. Mi vida no tiene importancia en esta empresa... Tengo que elegir entre la victoria y la destrucción... Elijo la victoria... El destino no exige de nosotros más de lo que ha exigido a los grandes hombres de nuestra historia... No me detendré ante nada y aniquilaré a todo el que se me oponga... Destruiré al enemigo... En esta lucha, sobreviviré o caeré. No pienso sobrevivir a la derrota de mi pueblo... Pero no habrá derrota. Saldremos victoriosos de la lucha. Nuestra época será memorable en la historia de nuestro pueblo.»

Con todo, antes de atacar a Francia e Inglaterra, había que atar aún algunos cabos sueltos.

Durante la última semana de marzo de 1940, los corresponsales extranjeros supieron que en el norte de Europa se tramaban importantes acontecimientos. Uno de estos corresponsales, William L. Shirer, enviado especial en Berlín, dijo en una de sus emisiones radiofónicas:

«Hay aquí quien cree que la guerra puede extenderse aún a Escandinavia. Hoy se ha recibido en Berlín la noticia de que la semana pasada una flotilla formada al menos por nueve destructores británicos se concentró frente a la costa noruega y que en varios casos efectuaron disparos de advertencia contra mercantes alemanes, que transportaban mineral de hierro... Desde aquí parece como si los neutrales, especialmente los Países Escandinavos, no vayan a poder librarse de participar en el conflicto.»

Shirer tenía razón. Hasta entonces las conquistas de Hitler habían sido fulminantes y el problema de los abastecimientos aún no se había planteado de manera aguda. Mas para guerrear contra las grandes potencias occidentales, se necesitaban varias fuentes de abastecimiento.

La palabra mágica era «hierro». El mineral de hierro sueco, de elevada calidad, era transportado desde las minas hacia el oeste por un ferrocarril que terminaba en el puerto noruego de Narvik, donde era cargado en mercantes alemanes, que descendían por las aguas territoriales hasta Skagerrak. La armada noruega escoltaba a estos barcos arguyendo que Noruega tenía la obligación de mantener sus aguas jurisdiccionales «abiertas

al tráfico legítimo realizado por barcos pertenecientes a los países beligerantes».

Hitler pensaba que Londres respetaría las leyes de la guerra. De todos modos, creyó preferible no arriesgarse, para el caso de que la Gran Bretaña quisiera extender el bloqueo, a fin de impedir el envío de mineral de hierro sueco a través de las aguas territoriales noruegas hasta el Tercer Reich, tráfico que pasaría también junto a las costas danesas. Por consiguiente, en 1939 el Führer ordenó que se trazasen los planes para la invasión de Dinamarca y Noruega.

Londres informó a Noruega, el 8 de abril de 1940, que había «decidido impedir el libre paso de los buques que transportaban contrabando de guerra por las aguas jurisdiccionales noruegas». Se supo que se habían colocado minas frente a la costa noruega, de manera que no impidiesen «el libre acceso de los ciudadanos o barcos noruegos a sus propios puertos o aldeas». Oslo exigió al instante que se retirasen las minas.

De Berlín llegó esta declaración de mal agüero: «Con la mayor frialdad, Alemania observa el curso de los acontecimientos. Con la mayor frialdad, Alemania vigila el desarrollo del drama. Con la mayor frialdad, Alemania se reserva el derecho de adoptar sus propias decisiones para hacer frente a la situación.»

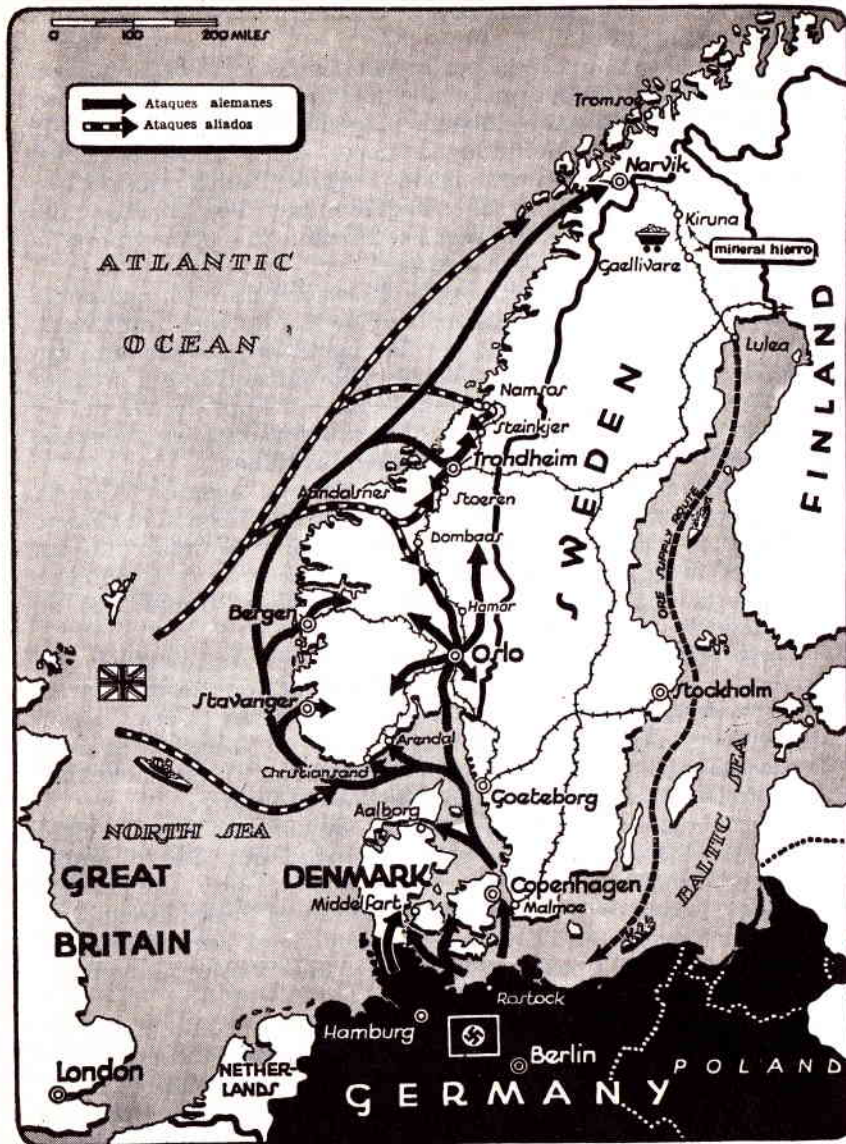
Pero esta frialdad no tenía nada que ver con el ardor que dominaba a Hitler. Antes de pasar a la acción, realizó varias fintas verbales y tácticas. El mariscal Hermann Goering anunció el 8 de abril que «había que asestar un golpe decisivo en Occidente», insinuando que se concentraban tropas alemanas en el frente occidental y junto a la frontera suiza.

A las cinco de la mañana siguiente, el gobierno danés recibió una nota alemana en la que se afirmaba que Berlín poseía «pruebas indudables» de los planes aliados para utilizar Escandinavia como campo de batalla. Como los Países Escandinavos no se hallaban en disposición de defenderse adecuadamente, Hitler los ocuparía para «protegerlos». ¡Hasta este punto llegaba la doblez nazi!

Mientras tanto, los alemanes ya habían cortado todas las comunicaciones de Dinamarca con el mundo exterior, como preliminar de la acostumbrada técnica nazi consistente en arrojar a un país antes de que éste pudiese procurarse ayuda. El gangster Dillinger hizo lo mismo al principio de los años treinta, cuando cortaba todos los hilos telefónicos de las pequeñas poblaciones que asaltaba antes de atracar el banco de la localidad.

Los daneses no tenían la menor posibilidad de resistir. Hitler hizo caso omiso del tratado de no agresión con Dina-





ESCANDINAVIA INVADIDA

marca, que él mismo había solicitado. Las tropas nazis cruzaron las indefensas fronteras sin hallar resistencia digna de este nombre.

A las pocas horas, las legiones hitlerianas ocupaban Copenhague. La guardia real de palacio sólo ofreció una resistencia simbólica. El rey Cristián X y el primer ministro Thorvald Stauning se vieron obligados a aceptar la situación, pese a sus protestas. El soberano difundió una proclama en la que pedía a su pueblo que se inclinase ante el hecho consumado y mantuviese «una actitud tranquila y digna».

Habían transcurrido veinticuatro horas... y la cabellera de otro país pendía del cinto de Hitler.

### LA CONQUISTA DE NORUEGA

A la 1'30 de la madrugada del 9 de abril, el comandante de tres buques de guerra estacionados frente a la costa occidental del fiordo de Oslo, la gran entrada del mar en la tierra que continúa la «V» invertida del Skagerrak y el Kattegat, recibió un telegrama que, al parecer, provenía del doctor Koht, el ministro de Asuntos Exteriores de Noruega. Este mensaje falso, enviado en realidad por los nazis, le ordenaba que no abriese fuego contra los buques de guerra alemanes que penetrasen en el fiordo. Al principio, el marino noruego obedeció sin vacilar.

A las 5 de la mañana, el ministro plenipotenciario alemán en Oslo entregó una nota al doctor Koht en la que se exigía la rendición inmediata de Noruega a los alemanes so pretexto de que los Aliados se disponían a apoderarse de aquella nación. El doctor Koht, indignado, se negó a obedecer.

A las pocas horas, los alemanes atacaban en toda Noruega. Mientras los bombarderos de la *Luftwaffe* arrasaban el campo de Fornebo, principal aeropuerto de Oslo, un enjambre de aviones de transporte se esparcía sobre el país, lanzando paracaidistas en Oslo, Bergen, Trondheim, Stavanger y Narvik. Simultáneamente, los buques de guerra germanos, acompañados por transportes y barcos cargados de pertrechos, penetraban en todos los puertos importantes, desde Oslo, situado en el sudeste del país, hasta Narvik, en el noroeste, para desembarcar sus cargamentos de hombres y máquinas de guerra.

El súbito ataque pilló desprevenidos a los noruegos. Se luchó desesperadamente en algunos puntos, especialmente en Oslo y en torno a Narvik, pero el ejército noruego no podía medirse con la aviación alemana. Las escuadrillas de *Messerschmitts* recorrían en enjambres toda la costa del oeste, mientras otras



formaciones volaban sobre Helgoland para establecer el bloqueo aéreo de la nación «protegida».

A las pocas horas, todos los puertos importantes, aeródromos y cinco de los seis cuarteles generales del ejército noruego, se hallaban en manos alemanas. A las cuatro de la tarde, las tropas alemanas, con uniforme verde de combate y después de realizar una marcha de 56 kilómetros desde la población costera de Moss, recorrían las calles de Oslo para adueñarse de los edificios del gobierno.

Esta acción no constituyó una maniobra decidida de la noche a la mañana a consecuencia de un súbito capricho del Führer. La campaña de Noruega estaba perfectamente preparada y calculada. Los alemanes, que fueron acogidos como niños hambrientos en muchos hogares noruegos durante los terribles años que siguieron a la Gran Guerra, regresaban a la sazón enfundados en uniformes nazis y marcando el paso de la oca de los conquistadores. La *Weltanschauung* (1) nazi hacía caso omiso de los cánones normales de la ética y la moralidad.

Las operaciones por tierra fueron rápidas y fulminantes, pero en el mar los alemanes tuvieron que pagar su victoria a un precio muy elevado. Hitler envió el acorazado de bolsillo *Deutschland* al fiordo de Oslo, junto con el crucero blindado *Blücher*, de 10.000 toneladas, el crucero ligero *Emden*, de 5.600 toneladas, el *Brummer*, un buque de adiestramiento artillero de 2.140 toneladas, escoltados por una pantalla protectora de dragaminas, lanchas torpederas y motoras. Para hacer frente a esta poderosa concentración naval, los noruegos sólo disponían del dragamina *Olav Tryggvason*, amarrado a una boya en la rada de Horten, varias embarcaciones menores atracadas a los muelles y sin presión en las calderas, y cuatro submarinos. Ante la ciudad de Oslo se extendían las fortificaciones de Oscarsborg.

A las 3'30 de la madrugada, los vigías de Oscarsborg divisaron el crucero alemán *Blücher*, que se destacaba entre sus embarcaciones de escolta. Los noruegos dispararon entonces los viejos cañones de 28 cm de la fortaleza, prácticamente a quemarropa. El buque de guerra fue alcanzado por dos andanadas, que lo incendiaron. A continuación, desde las defensas fijas de los estrechos partieron dos torpedos, que hicieron explosión en el flanco del *Blücher*. El crucero alemán se tumbó de costado y se fue a pique, con 800 miembros de la tripulación y 1.500 hombres de las tropas de desembarco, entre los que se incluían unidades de la Gestapo destinadas a imponer el orden en los nuevos territorios.

(1) Concepción del Universo. (N. del T.)

Los cañones de Oscarsborg hundieron también al buque escuela *Brummer*; en cuanto al *Deutschland* y el *Emden*, resultaron alcanzados y sufrieron grandes daños. La principal ofensiva alemana por mar contra Oslo había sido desbaratada. Aquello significó una terrible pérdida para la armada alemana, la primera de las derrotas que había de sufrir la escuadra germana y que la inutilizaría para el resto de la guerra.

Pero este revés no bastó para impedir la conquista de Noruega. El gobierno presidido por Johan Nygaarsvold se retiró a la aldea lacustre de Hamar, situada al norte de Oslo, mientras la mitad de la población de la capital huía también hacia el norte. El rey Haakon VII emprendió la fuga de un lugar a otro. A pesar de que lo perseguían los aviones alemanes, consiguió escapar a Inglaterra, donde estableció un gobierno en el exilio.

La tarde del 9 de abril de 1940, la D. N. B., la agencia oficial de noticias alemana, anunció que el régimen de Nygaarsvold había traspasado sus poderes a un gabinete presidido por el comandante Vidkun Quisling. A las 8'30 de la noche, Quisling difundió una proclama radiofónica en la que ordenaba al pueblo que cesase en su resistencia si quería evitar «una criminal destrucción de bienes», para pedir después al ejército noruego que prestase obediencia a su «gobierno nacional».

La intervención de Quisling contribuyó al éxito de la invasión nazi. La vieja idea de una «quinta columna» había sido utilizada durante la guerra civil española, cuando el general franquista Emilio Mola se aproximó a Madrid al frente de cuatro columnas, afirmando que disponía de una «quinta columna nacional en el interior de la ciudad». Mientras Quisling fue ministro noruego de la Guerra, de 1932 a 1933, colocó a varios simpatizantes de los nazis en puestos importantes del gobierno. Uno de estos simpatizantes era el comandante militar de Narvik, quien «se olvidó» de ordenar la defensa del puerto cuando éste fue atacado por los nazis.

El traidor Quisling enriqueció también el lenguaje moderno con un nuevo término: *quisling* llegó a ser sinónimo de quintacolumnista traidor a su patria en beneficio de países extranjeros. Respaldado por un pequeño grupo de nazis noruegos, Quisling colaboró (el *colaboracionismo* también es una expresión tristemente célebre, hija de la segunda Guerra Mundial) con los invasores germanos, que lo instalaron a la cabeza de la nación noruega. El gobierno en el exilio que se formó en Londres sólo tuvo desprecio y repudio para el traidor. Cuando fracasó en sus intentos para hacer abrazar a sus compatriotas la causa del Nuevo Orden, fue depuesto de su cargo por el comisario alemán Joseph Terboven. Pero en septiembre de 1940,



después de ir a arrastrarse por los pasillos de la cancillería berlinese, Quisling regresó a Noruega para ponerse al frente del *Nasjonal Samling*, el único partido político autorizado en la Noruega nazi. Durante cinco años gobernó a su patria contra la resistencia de su propio pueblo. Murió ante un piquete de ejecución noruego cuando el régimen hitleriano se hundió en 1945.

En su ataque a Noruega, los nazis no sólo utilizaron los servicios de Quisling y sus adláteres, sino que también se valieron de una serie de argucias de guerra inspiradas en el célebre caballo de Troya. El día de la invasión arribaron a muchos puertos noruegos una gran cantidad de barcos carboneros de aspecto inocente. A la hora señalada, las escotillas de estos barcos se abrieron y por ellas empezaron a brotar soldados nazis armados hasta los dientes. Estos hechos se repitieron incluso en Narvik, puerto situado a enorme distancia de Alemania, invalidando con ello el argumento alemán de que era necesario otorgar una «protección» inmediata a Noruega para preservarla de la invasión aliada. Los aludidos barcos tuvieron que zarpar de puertos alemanes con una semana de antelación como mínimo para llegar a tiempo a los lugares designados de antemano.

Se realizaron varias otras estratagemas típicamente nazis. Por ejemplo, algunos barcos de guerra germanos penetraron en el puerto de Kristiansand bajo la protección del pabellón francés y de las falsas órdenes que había recibido el comandante del puerto.

El *Intelligence Service* fue pillado de sorpresa por la rapidez y magnitud de la operación nazi. Arrancados de su marasmo, que ya duraba ocho meses, por la atrevida acción de Hitler, los dirigentes británicos se sintieron obligados a hacer una demostración de fuerza. El 14 de abril enviaron un pequeño cuerpo expedicionario formado por soldados de la metrópoli y otras fuerzas a los puertos de Namsos y Andalsnes, que flanqueaban Trondheim, la llave de la Noruega central. Estas tropas y sus pertrechos tenían por misión desbaratar la invasión alemana de Noruega. La maniobra era muy peligrosa, pues aquella región, situada a más de 800 kilómetros de las bases escocesas de donde había zarpado el cuerpo expedicionario, se hallaba mucho más allá del radio de acción de los cazas ingleses, y además los nazis eran los amos del aire.

La empresa no pudo tener un final más desastroso. La suerte que corrieron aquellas tropas británicas, enviadas contra las fuerzas de choque alemanas, sin cobertura aérea ni apoyo artillero, fue descrita por Leland Stowe en una crónica que envió al *Daily News* de Chicago el 25 de abril de 1940:

*Gäddede, frontera sueco-noruega, 25 de abril.* — Éste es el primero y único relato hecho por un testigo presencial del primer capítulo del avance realizado por el Cuerpo Expedicionario Británico en Noruega, al norte de Trondheim. Lo sucedido no puede ser más amargo y descorazonador; resulta casi increíble.

Las tropas británicas que tenían por misión atacar desde Namsos, consistían en un batallón de Territoriales y otro de Infantería Ligera Real. Estas fuerzas totalizaban menos de 1.500 hombres. Fueron lanzados sobre la campiña noruega, cubierta por una gruesa capa de nieve, ciénagas y lodazales propios del mes de abril, sin disponer de un solo cañón antiaéreo, únicamente con una escuadrilla de aviones de cobertura y sin una sola pieza de artillería de campaña.

Fueron arrojados entre la nieve y el fango de los 63 grados de latitud Norte para luchar contra tropas regulares alemanas de primer orden, formadas en su mayoría por veteranos de la invasión de Polonia, y para enfrentarse con las más terribles armas modernas. La inmensa mayoría de los soldados británicos eran muchachos que apenas tenían un año de servicio militar. Han pagado ya un terrible precio por un error militar mayúsculo del que no hay que hacer responsables a sus jefes inmediatos, sino a Londres.

A menos que reciban grandes cantidades de cañones antiaéreos y adecuados refuerzos dentro de pocos días, los restos de estos dos batallones británicos serán hechos pedazos.

Después de tan sólo cuatro días de lucha, casi la mitad de los efectivos iniciales con que contaba el Cuerpo Expedicionario Británico está fuera de combate..., entre muertos, heridos o prisioneros. El lunes, estas tropas británicas, relativamente inexpertas e increíblemente mal armadas, sufrieron una derrota decisiva. Tuvieron que retroceder a toda prisa y en desorden de Vist, 5 kilómetros al sur de la población de Steinkjer, destruida por las bombas...

Aunque casi no se tienen en pie a causa de la falta de sueño, los oficiales británicos conservan una calma admirable. Pero su pequeño aparato militar está falto de los engranajes más indispensables. Los alemanes bombardean a placer la pequeña fuerza expedicionaria, cuyas vanguardias han sufrido cuantiosas pérdidas durante los primeros cuatro días de combate.

Bastarían probablemente cuarenta aviones de caza británicos para despejar el cielo sobre toda la zona de combate aliada en Noruega y en todos los sectores vitales de su retaguardia, al norte de Trondheim. Las tropas británicas rezan para que estos cazas lleguen antes de que sea demasiado tarde...

Una tremenda iniciativa... es la que se ha ofrecido a los alemanes al norte de Trondheim a consecuencia de uno de los errores militares más costosos e inexplicables de toda la historia moderna inglesa.

Este fácil triunfo ha sido ofrecido a los alemanes por aquellos altos dirigentes británicos que hace diez días arrojaron a 1.500 jóvenes soldados sobre la nieve y el fango que se extienden al sur de Namsos, sin un solo cañón antiaéreo ni una sola pieza de artillería.



En Narvik, el puerto más septentrional de Noruega, los ingleses alcanzaron algunos éxitos. El acorazado *Warspite* consiguió forzar las defensas del fiordo y hundió siete destructores enemigos. Las tropas británicas capturaron Narvik, pero tuvieron que abandonar pronto la ciudad cuando el avance de Hitler por los Países Bajos, a principios de verano, obligó a concentrar todas las tropas en Inglaterra para la defensa de la isla.

El 8 de junio, abrumado por la superioridad numérica enemiga y destrozado en el combate, el Cuerpo Expedicionario Británico se retiró de Noruega. Los buques ingleses enviados para proteger la evacuación fueron atacados por unidades pesadas de la marina alemana. En esta acción fueron hundidos el transporte británico *Glorious* y dos destructores, mientras otros buques recibieron daños.

Cuando estas aciagas noticias llegaron a Londres, causaron una gran impresión.

«La fortuna se ha mostrado muy cruel con nosotros», comentó Winston Churchill, omitiendo acaso mencionar la responsabilidad que le cupiera al Ministerio de la Guerra británico en el desastre. Las mejores tropas de la Gran Bretaña, los guardias escoceses e irlandeses, tuvo que admitir, habían tenido que ceder «ante el vigor, la iniciativa y el adiestramiento de los jóvenes hitlerianos... Nosotros, que dominamos el mar y podemos martillar cualquier costa indefensa, nos hemos visto burlados por un enemigo que ha recorrido grandes distancias por tierra, barriendo todos los obstáculos que se oponían a su paso».

La conquista de Noruega resultó altamente satisfactoria para Hitler. Le permitía disponer de bases estratégicamente situadas, desde las cuales sus aviones podían dominar toda Escandinavia, hostigar la navegación británica y atacar a la propia Inglaterra. Contando con bases navales y submarinas en Noruega, ya no le preocupaba la posibilidad de un ataque contra su flanco norte. Además, había arrebatado a los Aliados artículos importantísimos y muy necesarios, entre los que figuraban productos lácteos, pescados, minerales, metales y maderas. Confiscó asimismo casi todas las reservas oro de Noruega para su propia maquinaria bélica.

«Alemania, con su acción — afirmó el ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop —, ha salvado a las naciones y pueblos de Escandinavia de la aniquilación, y garantizará a partir de ahora la auténtica neutralidad en el norte de Europa, hasta el fin de la guerra.»

«Auténtica neutralidad», en efecto. La guerra no podía ir mejor para el señor de Berchtesgaden. Hitler era el amo abso-

luto de 80.000.000 de alemanes. Unos 14.000.000 de polacos se hallaban bajo su férula; más de 7.000.000 de checos estaban a las órdenes del Protector dependiente del Reich, el barón Konstantin von Neurath; a la sazón hacía extensiva su «protección durante el tiempo que durase la guerra», a 3.000.000 de noruegos y 3.750.000 daneses.

Pero aún no estaba todo perdido para la Gran Bretaña y los Aliados, a pesar del desastre de la primavera. Aquel terrible revés significó una dura lección para ellos. Noruega abrió los ojos a los Aliados, haciéndoles ver hasta qué punto se habían equivocado al juzgar aquella guerra. A partir de entonces, incluso el más obtuso tenía que comprender que la superioridad naval aliada no valía un comino sin contar con adecuada protección aérea, lección que aún no habían aprendido del todo año y medio después, cuando los ingleses perdieron al *Repulse* y al *Prince of Wales* frente a las costas malayas por no contar con una adecuada cobertura aérea. Además, los ingleses descubrieron con asombro que los nazis eran capaces de realizar la *Blitzkrieg*, la guerra relámpago, incluso en terreno montañoso y nevado, como se encargaron de demostrar en Noruega.

Gran parte de la flota mercante noruega, la cuarta del mundo por su tonelaje, consiguió escapar de las garras nazis, yendo a incrementar las reservas navales aliadas. Aquel millar de barcos de altura permitieron que la Gran Bretaña no se quedase sin petróleo ni alimentos, cuya falta no le hubiera permitido resistir mucho tiempo. Y en evitación de que fuesen ocupadas por Hitler, las islas Feroë, Islandia y Groenlandia, antes dependientes de Dinamarca, fueron ocupadas por contingentes de tropas anglocanadienses.

En los últimos años se han arrojado nuevas luces sobre la invasión de Escandinavia, merced a la publicación de las memorias del almirante Raeder y varios estudios de fuente inglesa. Los historiadores alemanes sostuvieron durante mucho tiempo que con su invasión de Noruega, Hitler se adelantó a los planes ingleses. Los Aliados, afirmaban, se proponían la invasión de Noruega y sólo esperaban una excusa legal. Esto es lo único que diferenciaba los planes aliados y alemanes, según los aludidos historiadores. Este punto de vista ha sido sustentado también hasta cierto punto por algunos historiadores oficiales británicos. Después de la caída de Finlandia, los ingleses y los franceses decidieron minar las aguas noruegas, convencidos de que tal acción daría por resultado la invasión alemana de Noruega. En tal caso, los Aliados desembarcarían tropas en Narvik, para ocupar el puerto y el ferrocarril que enlazaba Narvik con Suecia.



## LA VIOLACIÓN DE HOLANDA.

El discurso de Hitler fue napoleónico tanto por su forma como por su contenido:

«Ha sonado la hora de la batalla decisiva para el futuro de la nación alemana. Durante trescientos años, los gobernantes de Inglaterra y Francia se han propuesto evitar la verdadera consolidación de Europa y su principal objetivo ha sido mantener a Alemania débil e indefensa. Pero ha sonado nuestra hora. La lucha que hoy comienza decidirá el destino del pueblo alemán durante mil años. Que todos cumplan ahora con su deber.»

Premisa básica para la conquista de Occidente era la invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Esto permitiría arrojar después Francia, y desde las bases instaladas en territorio francés, los nazis lanzarían el ataque contra Inglaterra. Hitler sabía que un ataque frontal contra la poderosa Línea Maginot sería demasiado costoso, y por lo tanto se propuso rebasarla por el flanco, mediante un avance irresistible de sus divisiones motorizadas a través de los tres pequeños países, en un arco que apuntaría a París. Era la repetición casi exacta del famoso plan Von Schlieffen de 1914, proyectado para librar una guerra en dos frentes contra Francia y Rusia.

Las fuerzas que se enfrentaban estaban muy igualadas en cuanto a sus efectivos. Para la invasión de los antiguos Países Bajos, Hitler disponía de 89 divisiones (entre las que se incluían 10 acorazadas), y una reserva de 47, lo cual totalizaba 136 divisiones. Estas fuerzas se dividían en tres cuerpos de ejército al mando de los generales Fedor von Bock, Gerd von Rundstedt y Ritter Vilhelm von Leeb, respectivamente. Los franceses contaban con 106 divisiones, los belgas con 20, los ingleses con 13 y los holandeses con 10, en total, 149 divisiones aliadas.

Pero este aproximado equilibrio de fuerzas no significaba apenas nada. Las tropas aliadas eran una coalición de ejércitos nacionales bisonños, entre los que apenas existía coordinación y que no poseían una experiencia militar común. El ejército francés se hallaba en decadencia, a pesar de su gran reputación. En cambio la *Wehrmacht*, ya fogueada en las campañas de Polonia y Escandinavia, era superior en coordinación y mandos, se hallaba completamente pertrechada y su preparación militar era soberbia.

El ejército holandés era relativamente modesto y se hallaba formado por 4 cuerpos de ejército constituidos cada uno de ellos por dos divisiones, 24 batallones fronterizos, 24 brigadas,

14 regimientos de artillería, menos de una docena de escuadras de caza y unos cuantos cañones antiaéreos. Con estas débiles fuerzas, los holandeses tuvieron que hacer frente a la tremenda ofensiva alemana.

Los nazis prepararon la campaña con la tradicional eficiencia germana, sin olvidar ni un detalle ni el menor cabo suelto. La quinta columna tuvo también cierta actividad en este caso, aunque debemos tener cuidado en no exagerar su importancia, ni en ésta ni en ulteriores acciones. Por toda Holanda se desparramaron alemanes que, bajo su apariencia de turistas, viajeros de comercio y estudiantes, preparaban cuidadosamente la invasión. Todos ellos habían sido instruidos a conciencia. Otros agentes alemanes robaron uniformes de la policía holandesa, de los carteros, de los empleados ferroviarios y maquinistas pasándolos de contrabando por la frontera. Los elementos fascistas seguidores de Anton Mussert y Rost van Tonnin-gen, holandeses que simpatizaban con el fascismo, prestaron cierta ayuda a los alemanes. En puntos estratégicos como puentes, diques y canales, se apostaron también agentes nazis. Pero en último término, fue el poderío de la *Wehrmacht* y no los quintacolumnistas, lo que permitió el triunfo de la invasión.

Los holandeses, que fueron neutrales durante la Gran Guerra y que permanecían en paz desde hacía cien años, no dejaban de percatarse de los preparativos alemanes. Como los belgas, no quisieron dar a Hitler la excusa que necesitaba para su ataque, y evitaron movilizar su ejército. Comprendían que muy poca ayuda inmediata podían esperar por parte de los franceses, cuyas fuerzas se hallaban esparcidas por la Línea Maginot o guarneciendo la frontera italiana, ni de los ingleses, que se afanaban por recuperar el terreno perdido en el aspecto militar después de dos décadas de falta de preparación y de «hay que seguir como siempre». Lo único que podían hacer los holandeses era frenar el avance enemigo en espera de que les llegase ayuda. A diferencia de la mayoría de países, que dependían de la artillería y las armas de fuego para protegerse contra la invasión, los holandeses confiaban en la posibilidad de inundar extensas regiones de su patria, mediante la destrucción de diques estratégicos, después que el enemigo hubiese cruzado sus fronteras. Además se dedicaron a minar los puentes, a construir blocaos y a colocar barricadas en las carreteras. Cuando el ataque se produjo, todo el mundo acudió a su puesto de combate.

Esto, hasta cierto punto, no sucedió de un modo imprevisto. La noche del 9 de mayo de 1940, varios agentes de los servicios de contraespionaje holandeses, enviaron un mensaje de cinco



palabras a su Gobierno: «Mañana al amanecer. ¡Aguantad firmes!»

Pero el ataque alemán, cuando se produjo, fue tan rápido y tan impetuoso, que la resistencia holandesa resultó inútil casi desde el primer momento. Era otra vez la *Blitzkrieg*, eficaz, poderosa, implacable. La anterior guerra relámpago en Polonia quedó pálida al lado de ésta.

A las 4 de la madrugada del 10 de mayo, esta vez sin la menor advertencia previa, los paracaidistas alemanes, algunos de ellos vistiendo uniformes aliados, armados de ametralladoras y radios, y también con botes de goma para cruzar canales y zonas inundadas, empezaron a caer sobre los aeropuertos y puntos estratégicos de la pequeña nación. Al saltar desde baja altura, muchos se mataron o se ahogaron. Pero siguieron cayendo, como una plaga de langosta.

Al propio tiempo, los cazabombarderos atacaban puentes, estaciones de ferrocarril y fortificaciones. La pequeña aviación holandesa no tardó en ser aniquilada. Los tanques nazis avanzaban rugiendo por aquellas tierras llanas, haciendo pedazos las débiles líneas defensivas. En movimientos perfectamente coordinados, algunas unidades establecían focos de invasión detrás de las líneas holandesas. Luego avanzaron las veloces divisiones de infantería que, uniéndose a los paracaidistas, liquidaron las últimas resistencias.

Dos horas después de iniciada la invasión, el embajador alemán en La Haya ofreció la socorrida «explicación» nazi de los hechos. Habían pruebas irrefutables, dijo con tono comedido y cortés, de que la Gran Bretaña y Francia amenazaban con realizar una invasión inmediata de los Países Bajos, preparada desde hacía mucho tiempo y contando con la complicidad de los gobiernos de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Acto seguido exigió la rendición inmediata de los países invadidos. Había que escoger entre esto y la aniquilación.

Obligados por último a reconocer el fin de su neutralidad, los holandeses y los belgas aceptaron el estado de guerra con Alemania y solicitaron la ayuda franco-británica. Pero ya era demasiado tarde. La *Blitzkrieg* avanzaba con la velocidad de un tren expreso. Los holandeses combatieron desesperadamente. Incluso las mujeres atacaban al invasor con cuchillos, escopetas y todas las armas que podían encontrar. Los enfurecidos holandeses daban muerte a todos los quintacolumnistas que se les ponían a tiro. Pero detener la máquina de guerra alemana era tarea imposible.

Para los alemanes fue un juego de niños cruzar la larga frontera holandesa, que no se hallaba defendida por obstáculo natural alguno. La principal línea de defensa se apoyaba en el

valle del Gelder y la cuenca del Eem y el Grift. Traspuesta esta línea, se encontraba la Fortaleza Holanda, cuya línea oriental se extendía de Muiden a Utrecht y que podía inundarse en toda su longitud. Pero a los pocos días, los alemanes penetraron en las posiciones del Gelder y en la propia Fortaleza Holanda, enlazando con las tropas aerotransportadas que ya habían ocupado La Haya y Rotterdam.

Los holandeses declararon a Rotterdam ciudad abierta. Los alemanes no hicieron el menor caso de la declaración. El comandante holandés de la plaza recibió el ultimátum, dándole tres horas para rendirse. Poco después del término fijado, capituló. Pero los alemanes, temiendo que la ayuda inglesa llegase antes de lo previsto, ya habían ordenado el despegue de los aviones de bombardeo. El 14 de mayo, la gran ciudad portuaria fue sometida a un terrible bombardeo. En siete minutos y medio, los *Stukas*, en vuelo casi rasante sobre la urbe, completaron su mortífera incursión, que produjo de 30.000 a 50.000 víctimas entre la población civil y redujo a escombros 5 km<sup>2</sup> del centro de la ciudad. El transatlántico de 28.000 toneladas *Statendam*, uno de los mayores de la flota civil holandesa, quedó reducido a una pavesa humeante, atracado al muelle.

Fue un ataque insensato, brutal y totalmente innecesario, una de las atrocidades más inexcusables de la guerra. Cuando en años posteriores la población civil alemana protestó contra las «bárbaras» incursiones aéreas que efectuaban los Aliados, se le contestó: «¡Acordaos de Rotterdam!»

Si los afligidos holandeses pudieron hallar algún consuelo en la terrible prueba por que estaban atravesando, consistió en ver cómo los nazis invasores quedaban chasqueados en uno de sus principales objetivos: la captura de la reina Guillermina, los miembros de la familia real y el gobierno holandés, para conservarlos como rehenes con objeto de advertir a las otras naciones la suerte que correrían aquellos que se opusiesen a la voluntad de Hitler. Después de huir ante el avance de las tropas alemanas, la familia real y los miembros del gobierno consiguieron esquivar la persecución y atravesar el Mar del Norte en un destructor británico. Durante la travesía fueron atacados por la aviación alemana, pero consiguieron llegar a Inglaterra sanos y salvos, aunque sólo con la ropa que llevaban puesta.

Los destructores de la *Royal Navy* también consiguieron embarcar un batallón de guardias irlandeses y galeses que, con 200 infantes de Marina, defendían el Hook van Holland. Un funcionario del palacio de Buckingham describió a la reina de Holanda, anonadada después de la terrible prueba que acababa de pasar y de su huida a la Gran Bretaña, «sentada allí





LA CAÍDA DE LOS PAÍSES BAJOS

sin mostrar el menor interés por la vida, contentándose únicamente con subsistir». Pero la reina Guillermina no tardó en recuperar su ánimo y seguir gobernando desde Londres, conjuntamente con sus ministros, las inmensas posesiones coloniales holandesas.

Transcurridos cinco días, o sea el 15 de mayo, todo había terminado. La carnicería era tan terrible que el general Henrik Winkelman, jefe de las fuerzas holandesas, ordenó el alto el fuego. El pequeño ejército holandés había sufrido 100.000 bajas, lo cual equivalía a una cuarta parte de sus efectivos. La resistencia organizada continuó durante unos cuantos días en Zelanda, para ir cesando poco a poco.

Hitler puso a Holanda bajo el mando de Arturo von Seyss-Inquart, un nazi notable por su ferocidad, que dos años antes había contribuido a entregar su Austria natal al Tercer Reich. Los holandeses, férreos e indomables, iniciaron una campaña de resistencia pasiva que convirtió aquel país en una espina clavada en el flanco del imperio nazi. El gauleiter y las demás autoridades alemanas de ocupación se quejaban, manifestando que los holandeses no asimilaban ni comprendían «el verdadero espíritu del Nuevo Orden».

En realidad, lo comprendían demasiado bien.

### EL COLAPSO DE BÉLGICA

Aquel aciago 10 de mayo de 1940, el huracán germánico barrió los Países Bajos en toda la extensión del frente occidental, desde el Mar del Norte al pequeño ducado de Luxemburgo. Los holandeses capitularon en cinco días; los belgas, que gozaban de mejor preparación que la mayoría de los pequeños países, resistieron dieciocho días.

A semejanza de lo que hizo Holanda, Bélgica tuvo buen cuidado de no proporcionar a los alemanes un pretexto para el ataque. En 1936, dos años después de su ascenso al trono, Leopoldo III, rey de los belgas, declaró que su país debía realizar una política «exclusiva y enteramente belga». No pensaba suscribir alianzas con las potencias occidentales que pudieran ser consideradas como una provocación hacia su colosal vecino del Este. Como Suiza y Holanda, Bélgica quería permanecer neutral.

Ingllaterra y Francia se vieron obligadas a acatar esta decisión, liberando a Bélgica de todas las obligaciones que había contraído a consecuencia de los tratados de Locarno. A finales de 1937, Hitler, en una especie de *quid pro quo*, dio su palabra de respetar la integridad e inviolabilidad de Bélgica a condición de que esta nación no participase en acciones militares



dirigidas contra Alemania. El rey Leopoldo no había de tardar en aprender a su costa el valor que tenía la palabra de Hitler.

Se repitió la misma preparación espectacular: quintacolumnistas, ausencia de ultimátum y de pronto la *Blitzkrieg*: un fulminante ataque aéreo, fuerzas blindadas ligeras, 2.800 tanques avanzando a gran velocidad seguidos de la infantería. A las pocas horas, la mitad de la aviación belga había sido destruida en el suelo. Un ejército alemán trituró la cabeza de puente del Maestricht y el fuerte de Eben Emael, que dominaba el canal Alberto, a lo largo del cual se hallaba concentrado el ejército belga. Una segunda punta de lanza avanzó a través de las boscosas montañas de las Ardenas, en el sudoeste de Bélgica, entre los ríos Mosa y Mosela, que muchos expertos militares aliados consideraban infranqueables.

Toda la defensa belga se basaba en las gigantescas fortificaciones de Eben Emael, colgadas sobre la región vecina. Estas fortificaciones, próximas a la frontera, cubrían con sus piezas de artillería los puentes sobre el Mosa y el canal Alberto. Tenían fama de ser las obras de defensa más formidables del mundo; si no inexpugnables, al menos eran lo bastante poderosas para contener un ataque hasta que llegase ayuda de Occidente. Los alemanes tomaron estas fortificaciones en menos de 36 horas.

Durante todo el invierno de 1939, los alemanes se dedicaron a preparar ingeniosamente el ataque. Merced a los detallados informes facilitados por los espías, construyeron un modelo de Eben Emael a la misma escala de las auténticas fortificaciones. Un grupo especialmente adiestrado de zapadores y paracaidistas se familiarizaron con las falsas fortificaciones, que llegaron a conocer palmo a palmo, mediante los ejercicios muy realistas que realizaron ininterrumpidamente. Cuando llegó el momento del ataque, los asaltantes, perfectamente adiestrados, pusieron en práctica el plan que habían estado repitiendo un día tras otro. Fue un magnífico ejemplo de la *Gründlichkeit* (meticulosidad) alemana.

La madrugada del 10 de mayo, todavía sin amanecer, doce planeadores de la *Luftwaffe*, transportando cada uno de ellos una docena de soldados armados con explosivos, armas de fuego y municiones, aterrizaron sobre la techumbre plana de la gran fortaleza. Como *robots* perfectamente adiestrados, los comandos nazis pusieron manos a la obra. Protegidos por cortinas de humo, introdujeron cargas explosivas en las bocas de las grandes piezas de artillería, dinamitaron puestos de observación, salidas y tubos de ventilación, y destruyeron los ascensores para municiones con bombas de mano. En pequeños grupos se arrastraron de blocao en blocao, lanzaron sus cargas explosivas y luego corrieron a ponerse a cubierto.

Fue una operación sobrecogedora por lo fantástica. La guarnición, formada por 1.200 soldados belgas, que no se hallaban preparados para este ataque de nuevo estilo, que los dejó confundidos, no tardó en hallarse atrapada dentro de sus propias fortificaciones. El comandante de la fortaleza pidió ayuda a los fuertes próximos de Pontise y Neuchâteau, que respondieron bombardeando Eben Emael con granadas de artillería. Aunque esto acaso podía tener cierta justificación militar (a decir verdad, no era la primera vez que ocurría), hizo exclamar a un sorprendido corresponsal de guerra, que apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos: «¡El espectáculo de una fortaleza belga cañoneando la fortaleza vecina, era la última de las sátiras contra la defensa inmóvil!»

A las 12'30 del 11 de mayo, la guarnición de la fortaleza más poderosa del mundo se rindió. Las bajas fueron muy escasas: los belgas sólo tuvieron 60 muertos y 40 heridos; las bajas alemanas aún fueron más escasas.

Tan pronto como los alemanes cruzaron la frontera, el rey Leopoldo pidió ayuda a los Aliados. Todas las fuerzas británicas que se hallaban en el Continente, más una porción del ejército francés, se dirigieron hacia Bélgica a marchas forzadas. El mismo día en que se rindió Eben Emael, los belgas evacuaron sus posiciones del canal Alberto, retirándose a una línea que iba de Amberes a las cercanías de Lovaina. Los ingleses defendían la línea de Lovaina a Wavre, donde enlazaban con las tropas francesas.

Dos días después, el 13 de mayo, el teniente general Ewald von Kleist desbarató el plan de defensa aliado. Efectuó una memorable infiltración abriéndose paso a través de las Ardenas, que se consideraban inexpugnables. Los alemanes cruzaron la barrera del Mosa, abriendo una brecha de 80 kilómetros entre Namur y Sedán.

Los belgas, apoyados por tropas francesas e inglesas, combatieron hasta el agotamiento. Pero la situación no tardó en empeorar aún más. En menos de siete días, los tanques alemanes llegaron al canal por Abbeville, cortando las fuerzas aliadas en dos. El Cuerpo Expedicionario Británico y los restos del I, VII y IX ejércitos franceses, fueron empujados hacia el canal de la Mancha. Cuando los alemanes tomaron Calais y Boulogne, sólo quedó el puerto de Dunquerque como posible ruta de escape.

Entre tanto, varios miembros del gobierno belga visitaron al rey Leopoldo, que se encontraba en el castillo de Wynendael, en medio de los bosques que se extienden al sur de Brujas. Después de largas e inútiles discusiones, durante las cuales insistieron para que el monarca abandonase Bélgica y estable-



ciere un gobierno en el exilio, Leopoldo contestó con una negativa tajante, arguyendo que era el ejército belga quien tenía que soportar todo el peso del ataque alemán. Añadió que con ningún pretexto abandonaría el suelo patrio. Era mejor rendirse que sostener otra batalla que provocaría la destrucción de Bélgica sin causar ningún beneficio a los Aliados.

«Me quedaré en Bélgica para compartir la suerte de mi pueblo.»

Leopoldo difundió la siguiente orden del día entre sus tropas: «Ocurra lo que ocurra, yo compartiré vuestra suerte.»

A las cinco de la tarde del 27 de mayo, Leopoldo inició las negociaciones de armisticio con los alemanes. Al día siguiente, cerca de 400.000 soldados belgas, cansados y decaídos, se rindieron incondicionalmente a las tropas nazis. Leopoldo fue internado bajo custodia protectora en un castillo próximo a Bruselas. Su gabinete huyó a Londres.

La defección de Leopoldo desató acaloradas polémicas. Desde su punto de vista, había obrado guiado por motivos de integridad y prudencia. Su ejército estaba diezmado y era necesario que él, como rey de los belgas, salvase a su pueblo de aquella inútil carnicería.

Pero los dirigentes aliados se mostraron consternados ante la acción de Leopoldo, que les dejaba en un grave aprieto. Las tropas franco-británicas enviadas en ayuda de los belgas, quedaban en situación muy comprometida a causa de la acción precipitada de Leopoldo y expuestas a la más completa destrucción. Si el rey hubiese resistido un poco más, argüían, sólo el tiempo justo para permitir que sus aliados huyesen del implacable acoso alemán, la situación no sería tan crítica. En 1914, añadían los detractores del rey, su padre, Alberto I, desafió altivamente a los alemanes hasta el final, pero, a la sazón, su desgraciado hijo se había dejado dominar por el pánico en el momento crítico, dejando a los Aliados en una situación difícilísima.

El pueblo belga no olvidó la acción de su rey. La rendición de Leopoldo (a la que se añadían sus sentimientos francófilos y germanófilos, según la opinión más generalizada), le costó el trono. En 1951, después de un plebiscito que puso de manifiesto su impopularidad, Leopoldo se vio obligado a abdicar en favor de su hijo Balduino.

#### LA CAÍDA DE LUXEMBURGO

El Gran Ducado de Luxemburgo, diminuto Estado europeo de una extensión de 2.586 km<sup>2</sup>, una longitud de 88 kilómetros

y una anchura de 55, cayó en pocas horas bajo el avance arrollador de las hordas hitlerianas. La neutralidad de sus 300.000 habitantes, todos ellos gentes muy laboriosas, había sido garantizada por las grandes potencias. Mas para Hitler, el pequeño Estado, limítrofe con Alemania por el Este, con Bélgica por el Norte y el Oeste y con Francia por el Sur, poseía una gran importancia estratégica, pues se encontraba en el camino de su principal ofensiva.

La victoria sobre Luxemburgo del 10 de mayo de 1940 no tuvo apenas ninguna importancia para los ejércitos nazis. Los luxemburgueses sólo podían medirse de igual a igual con la guardia suiza del Vaticano o la guardia palaciega de Mónaco. La gran duquesa Carlota huyó en avión a Francia y de allí a los Estados Unidos. Varios millares de habitantes de la pequeña nación fueron trasladados a Alemania para engrosar las filas cada vez más numerosas de la mano de obra esclava. Y Hitler añadió otro país a su lista de conquistas.

#### ¿A QUÉ PRECIO, CHURCHILL?

Neville Chamberlain, el hombre de Munich, había intentado el apaciguamiento y la complacencia... con desastrosos resultados. El pueblo inglés estaba cansado y disgustado de su tono de dignidad herida, así como de sus afirmaciones que los hechos se encargaban de desmentir: «¡Paz para nuestra época!» e «Hitler ha perdido el autobús». Asumió la responsabilidad de dirigir a la Gran Bretaña en la guerra, y las armas británicas iban de mal en peor. Era acuciante la necesidad de una dirección más vigorosa y de más altos vuelos. Chamberlain había fracasado.

En la Cámara de los Comunes había una atmósfera tumultuosa y colérica. El debate se distinguía por su aspereza y acritud.

—Hoy luchamos por nuestra vida —dijo un miembro de la Cámara— por nuestra libertad, por todos nosotros; no podemos seguir con la dirección que hemos tenido hasta ahora. Y terminó con las resonantes palabras que dirigió Cromwell al Parlamento Largo: Lleváis ahí sentados demasiado tiempo para el bien que hacéis. Idos, os digo, y terminemos de una vez. ¡En el nombre de Dios, idos!

El primer ministro, atacado por todos lados, trató de vencer a la oposición para que participase en una coalición nacional, pero no lo consiguió. El 8 de mayo, su mayoría en la Cámara de los Comunes se redujo a 81 votos, cuando 130 con-



servadores se abstuvieron de dar al gobierno un voto de confianza.

Después de la guerra, Winston Churchill describió aquel momento crítico:

«Hacían falta el mazazo de la catástrofe y el aguijón del peligro para hacer surgir el dormido poderío de la nación británica. El toque a rebato estaba a punto de sonar.»

El 10 de mayo, cuando Hitler atacó sin advertencia previa a los países neutrales, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, un hombre pálido y angustiado salió del número 10 de Downing Street. Con la cabeza inclinada, subió a un automóvil que le llevó al palacio de Buckingham, donde se entrevistó durante veinte minutos con el rey.

Aquella misma noche se publicó la declaración oficial: «El Honorable Neville Chamberlain ha presentado esta noche la dimisión de Primer Ministro y Primer Lord del Tesoro, y el Honorable Winston Churchill ha aceptado el encargo de Su Majestad para ocupar la posición vacante. Es deseo del Primer Ministro que todos los ministros permanezcan en sus puestos y cumplan sus funciones con total libertad y plena responsabilidad mientras se realizan los pasos necesarios para la formación de un nuevo Gobierno.»

Chamberlain pronunció por radio su discurso de despedida, que fue retransmitido a todo el Imperio: «Todos debemos ayudar con todas nuestras fuerzas al nuevo gobierno... Y debemos luchar hasta que esta bestia salvaje que ha salido de su cubil para atacarnos sea por último aniquilada... No tengo la menor duda de que se adoptarán nuevas y fulminantes medidas para restablecer la confianza... Comprendí que bajo la dirección de otro primer ministro se podría alcanzar cierta unidad y coherencia... Mi deber estaba claro. Por ello me entrevisté con Su Majestad.»

De nuevo la historia de Inglaterra volvía a entrar por sus cauces. Una y otra vez, en los momentos de grave peligro, había aparecido un enérgico e inspirado John Bull para unir a todo el pueblo inglés ante el desastre. Esta vez, el timón de la maltrecha nave fue ofrecido a un hombre de aspecto bondadoso y corazón de hierro, capaz de infundir nuevas energías en el espíritu bélico de Inglaterra, en tal grado que no tiene parangón en la historia moderna.

Winston Leonard Spencer Churchill, nacido el 30 de noviembre de 1874, era hijo de lord Randolph Churchill y de una distinguida dama norteamericana, Jennie Jerome, de Nueva York. En su larga y notable carrera política, aquel tempestuoso petrel casi dio la vuelta completa al compás político, pues pasó de un partido a otro y de éste al siguiente. Fue nombrado Primer Lord

del Almirantazgo en 1911, en cuyo cargo, y en colaboración con lord Fisher, preparó a la armada para la gran prueba de la Guerra Europea.

El modo como Churchill llevó los asuntos navales durante la Gran Guerra, le hizo objeto de cierta impopularidad y vivas críticas. Su estrategia estuvo dominada por una idea fija: la de atacar a las potencias centrales por el «blando bajo vientre de Europa» (obsesión que había de acompañarle durante la segunda Guerra Mundial). El resultado de ello fue la desdichada campaña de Gallípoli de 1915. Los Aliados tuvieron que esperar casi medio siglo para saber que habían estado a dos dedos de la victoria. Churchill, como en tantas otras ocasiones, hubiera podido decir muy bien: «¡Ya os lo había dicho!»

En 1925, Churchill ingresó en el gobierno de Stanley Baldwin como canceller del Exchequer, cargo equivalente a nuestro secretario de Finanzas, y suya es la decisión que hizo adoptar de nuevo el patrón oro por parte de Inglaterra. Poco después del acceso de Hitler al poder, Churchill advirtió a sus compatriotas, en un sensacional discurso, de la creciente amenaza que representaba la Alemania nazi. Fue él quien más criticó la política de apaciguamiento de Chamberlain, insistiendo para que la Cámara de los Comunes reconociese el peligro que representaba Hitler para Europa y el mundo.

Para sus enemigos políticos, Churchill era un camorrista vocinglero. En los días que precedieron a la guerra, Londres estaba cubierto de enormes carteles en los que se preguntaba: «¿A qué precio, Churchill?»

El nuevo primer ministro actuó con rapidez y resolución. Organizó un gabinete de coalición a base de tres partidos, en el que aún se incluía a Chamberlain, en segundo plano, con varios de los que más habían criticado a éste, como Anthony Eden y Alfred Duff-Cooper, el vizconde Halifax en Asuntos Exteriores, y varios laboristas, entre los que se hallaban Clement Attlee y Ernest Bevin.

«Estaba seguro de que no fracasaría —confesó más tarde Churchill—. Dormí a pierna suelta, sin necesidad de sueños estimulantes.»

La primera medida que adoptó Churchill fue establecer un ministerio para la producción aérea, dirigido por lord Beaverbrook, el aristócrata dueño de periódicos en las Islas, para acelerar la producción de aviones. El primer ministro se dirigió a todos los ingleses para que olvidasen sus viejas rencillas: «Si nos peleamos por lo de ayer, perderemos lo de mañana.»

Este era el dirigente realista y batallador que Inglaterra necesitaba y que habían estado esperando los ingleses. Desprovisto de temor, indomeñable, enérgico, dotado de un celo



infatigable, Churchill resultó ser uno de los mayores dirigentes bélicos de toda la historia. Entre sus muchas cualidades, destacaban sus grandes dotes oratorias. El primer discurso que pronunció como primer ministro ante la Cámara de los Comunes, ya reveló el temple y la estatura del hombre:

Confío en que seré perdonado si, a causa de la crisis actual, soy breve en mi discurso a la Cámara. Confío en que todos mis colegas, o excolegas, que se vean afectados por el reajuste político, disculparán plenamente la falta de ceremonia con que hemos tenido que actuar. Es mi deseo decir a la Cámara, como ya he dicho a los que han formado este gobierno: «Sólo puedo ofrecer sangre, trabajo, sudor y lágrimas.»

Nos espera una prueba verdaderamente terrible. Se extienden ante nosotros muchos meses, meses muy largos, de lucha y sufrimiento.

Vosotros preguntaréis: ¿Cuál es nuestra política? Y yo respondo: Es hacer la guerra, por mar, tierra y aire, con todo nuestro poder y con todas las fuerzas que Dios pueda darnos; hacer la guerra contra una monstruosa tiranía, jamás superada en el tenebroso y lamentable catálogo de los crímenes humanos. Ésta es nuestra política.

También preguntaréis: ¿Cuál es nuestro objetivo? Os puedo responder con una sola palabra. Nuestro objetivo es victoria; victoria a toda costa; victoria a pesar de todo el terror; victoria por largo y por duro que sea el camino; pues sin victoria no hay supervivencia ni salvación. Que quede esto bien claro; no habrá salvación para el Imperio Británico; no habrá salvación para todo cuanto el Imperio Británico ha representado; no habrá salvación para el impulso y el anhelo de todas las épocas que han hecho avanzar a la Humanidad hacia sus más altas finalidades.

Pero asumo mi tarea con júbilo y esperanza. Estoy seguro de que nuestra causa no podrá fracasar entre los hombres. En estos momentos me siento con derecho a pedir la ayuda de todos, y digo: «Vamos, pues, avancemos juntos uniendo todas nuestras fuerzas.»

Neville Chamberlain, el primer ministro que había confiado en la palabra de Adolfo Hitler, se retiró del gabinete Churchill en octubre de 1940. Al poco tiempo fallecía.

## DUNQUERQUE, MILAGRO DE SALVAMENTO

A las 12.30 del 27 de mayo, Leopoldo III, rey de los belgas, envió un mensaje urgente al Alto Mando británico: «El ejército belga está desmoralizado. Hace cuatro días que está luchando sin interrupción bajo un continuo bombardeo que la RAF no ha conseguido evitar. Habiéndose enterado de que el grupo aliado se encuentra rodeado, y percatándose de la enorme superioridad

del enemigo, mis soldados han llegado a la conclusión de que la situación es desesperada. Se aproxima rápidamente el momento en que no podrán continuar luchando. El rey se verá obligado a capitular para evitar un colapso.»

Este momento llegó con rapidez, antes de cuatro horas. A las cinco de la tarde, Leopoldo tomó la decisión de enviar un emisario para solicitar el armisticio. Al día siguiente, 28 de mayo, el soberano belga ordenó a sus tropas que depusieran sus armas en rendición incondicional.

La derrota de Leopoldo ya se esperaba, pero su brusca decisión, aunque es posible que salvara muchas vidas belgas, puso a numerosos soldados ingleses y franceses en situación peligrosísima. Las fuerzas alemanas habían avanzado con extraordinaria celeridad por el sudeste de Bélgica para seguir después hacia Abbeville, que estaba situada a casi 25 kilómetros de las costas francesas del canal. Como resultado de ello, todo el Cuerpo Expedicionario Británico, junto con tropas francesas (todo el I ejército francés, con contingentes del VII y el IX), polacos y belgas, estaban copados.

Presintiendo la victoria, los alemanes se abalanzaron sobre las tropas acorraladas para destrozarlas. El 29 de mayo, un jubiloso parte de operaciones alemán proclamó que la suerte de los ejércitos franco-británicos estaba echada.

Los ingleses sólo podían intentar salvar sus diezmadas huestes. Éstas sólo contaban con el puerto de Dunquerque para emprender la retirada por mar. No había alternativa posible: tenían que huir del Continente, o serían destruidas. Para retrasar el avance enemigo, abrieron las compuertas de los canales que rodeaban Dunquerque. Los franceses luchaban en la retaguardia, tratando de retrasar al enemigo en Lila y Cassel. Un pequeño contingente inglés resistía el tremendo ataque alemán contra Calais. Mientras los ingleses y los franceses combatían entre el fuego y las aguas desbordadas, el grueso de los ejércitos copados se replegaba hacia Dunquerque.

Los alemanes avanzaban hacia el pequeño puerto por todos lados. Su artillería cañoneó Dunquerque, hasta que toda la población estuvo en llamas y con las conducciones de agua rotas. Los bombarderos de la *Luftwaffe* destruyeron los muelles. Lo único que quedaba era el malecón del Este, una escollera de planchas y tablones por la que apenas podían avanzar tres hombres de frente, y las playas descubiertas. Una nube de humo negro se cernía sobre el puerto.

Los ingleses ya habían previsto que la operación pudiese terminar en desastre. El 14 de mayo, un locutor de la BBC, con su acostumbrado tono tranquilo de voz, de inflexiones bien moduladas, dijo a los radioescuchas ingleses: «El Almirantazgo



go ha difundido una orden por la que se requiere a todos los propietarios de embarcaciones de recreo provistas de motor, que midan de 9 a 30 metros de eslora, que envíen toda clase de detalles sobre dichas embarcaciones al Almirantazgo, dentro de los próximos catorce días a partir de hoy.» Quince días después, Churchill advirtió a la Cámara de los Comunes «que estuviese preparada para oír noticias duras y terribles».

Del 26 de mayo al 4 de junio se desarrolló la operación «Dinamo», llamada la «Maravilla de Nueve Días» por John Masefield y «un milagro de salvamento» por el propio Winston Churchill. Desde una enorme sala excavada en los acantilados calizos sobre los que se alzaba el castillo de Dover, el vicealmirante Bertram Ramsay, con su plana mayor, formada únicamente por dieciséis hombres, dirigió las operaciones de salvamento. «Fue allí», escribió Edward R. Murrow, «encima del puerto que utilizaban las galeras de César para cruzar el canal, en una sala donde aún son visibles las palabras trazadas en las paredes por los prisioneros procedentes de los barcos napoleónicos, donde Ramsay dirigió las operaciones, demostrando de nuevo el genio inglés para la improvisación».

De Inglaterra zarpó una de las más extrañas armadas que ha visto la historia. En total la componían 887 unidades, entre embarcaciones civiles y buques de guerra. Era de lo más heterogéneo que se pueda imaginar... En ellas se mezclaban lanchas motoras, botes salvavidas, pesqueros franceses, goletas holandesas, *ferry-boats* del canal, balandros, dragaminas, remolcadores, destructores. Veíanse además barcos mercantes, vapores destinados al transporte de pasaje, yates particulares y barcas unidas en largas hileras, que seguían a los remolcadores. No faltaban tampoco enormes lanchas rápidas, barcas de los bomberos del Támesis, remolcadores de los astilleros, barcos de cabotaje, carboneros y vapores de ruedas. Había un transporte de automóviles que hacía su primer viaje por alta mar. Junto a él podía verse al viejo *Brighton Belle*, que había transportado alegres multitudes domingueras en los tiempos anteriores a la guerra de los Boers y que ahora volvía a utilizarse como dragaminas, misión que ya había asumido durante la Gran Guerra. Alrededor, y entre esta colección de curiosidades navales, corrían las rápidas unidades de la *Royal Navy*.

Dunquerque es algo único en los anales de la guerra. Hasta entonces, nunca una población *civil* había contribuido al rescate de un ejército acorralado. La operación fue realizada por la armada inglesa, con ayuda de personal civil. Lo único que admite comparación con ella, en los tiempos modernos, ocurrió durante la Gran Guerra, cuando los taxistas de París fueron

movilizados para conducir al Marne los últimos refuerzos disponibles con objeto de detener el avance alemán.

La extraña flota estaba tripulada por ingleses de todas clases, desde el marido de Mrs. Miniver hasta *boy-scouts* navales cuya única experiencia consistía en atrevidas excursiones por el Támesis. Al lado de taxistas londinenses, que creaban un nuevo y pintoresco lenguaje naval, estibadores de los muelles de Londres, oficinistas de la *City* con sombrero hongo y paraguas, pescadores y banqueros codeándose con dentistas y carniceros, jóvenes de ojos brillantes y hombres maduros y miopes, decididos a zurrar al enemigo. Todos estaban calados hasta los huesos, ateridos y hambrientos. Pero todos ellos navegaron animosamente hacia las columnas de humo y fuego que se alzaban de Dunquerque.

La navegación a través del canal era una verdadera pesadilla. Los esbeltos destructores correteaban entre las demás embarcaciones de la flota, levantando tales oleadas, que algunos barquichuelos estuvieron a punto de irse a pique. Los choques y los abordajes eran frecuentes entre las docenas de embarcaciones apiñadas. En el aire resonaban incesantemente juramentos, gritos y voces airadas.

Pero la extraordinaria y pintoresca flotilla siguió arrumbando hacia su destino: la enorme nube de humo que se cernía sobre Dunquerque. Un orden mágico parecía surgir del caos. Un semicírculo exterior de buques de guerra lanzaba andanada tras andanada de fuego antiaéreo, creando una verdadera cortina que cubría el cielo. Los pilotos de la RAF, unos juvenuelos medio muertos de sueño, hostigaban a los bombarderos alemanes con todos los aparatos disponibles, tratando de alejarlos del teatro de las operaciones.

En Dunquerque, la playa parecía un negro hormiguero formado por hilera tras hilera de soldados cansados y soñolientos. Los hombres bajaban tambaleándose de las dunas a la rompiente y se dejaban caer en los pequeños botes. Las primeras filas penetraban en el agua hasta que ésta les llegaba al hombro. Cuando los tripulantes de los botes los izaban trabajosamente a bordo, los que venían detrás ocupaban el lugar de los primeros, entrando en el agua hasta que ésta les cubría los pies, después medio cuerpo y por último sólo dejaban libre la cabeza, hasta que a su vez subían a bordo de los botecitos de remos. De éstos eran transportados a las embarcaciones mayores, por cuyos costados trepaban mediante redes de cuerda o escalerillas. Todas las embarcaciones, grandes y chicas, se balanceaban pesadamente bajo aquella carga humana. Pero los soldados seguían afluyendo a cientos y a miles.

Durante nueve días se prosiguió el embarque y la flotilla



improvisada efectuó mientras tanto incesantes viajes de ida y vuelta, hasta conseguir poner a salvo 338.226 hombres, entre los que había 139.911 franceses y belgas, siendo el resto británicos. De las embarcaciones de salvamento saltó al suelo de Inglaterra, tambaleándose de fatiga, un ejército de hombres sucios y hambrientos. Muchos estaban cubiertos de sangre o de petróleo. Un periodista observó que habían llevado consigo casi la mitad de la población canina de Bélgica y Francia. «Algunos de los perros estaban aturridos por los bombardeos y gimoteaban; pero los hombres, no.»

Los periodistas que se agolpaban en los puertos ingleses del canal, consiguieron algunos emocionantes relatos de boca de los supervivientes:

*De un sargento mayor:* «Aunque volvemos heridos, les hemos dado motivos más que suficientes para que se acuerden de nosotros. Hubo momentos en que les hicimos una carnicería. Con nuestras ametralladoras *Bren*, segamos columna tras columna de alemanes. La moral de nuestros hombres era soberbia. Mientras embarcábamos, los bombarderos atacaron los barcos y los servidores de un cañón fueron muertos; entonces, varios hombres heridos acudieron a ayudar en la carga de las piezas.»

*De un soldado raso:* «Nunca creí posible que se pudiese hacer una barrera de fuego como la que nuestros barcos crearon para proteger nuestras tropas. Las granadas caían con matemática precisión en una línea recta que corría por detrás de nuestras posiciones, mientras más allá los aviones ingleses dejaban caer las bombas como granizo. *Jerry* (1) nunca tuvo ocasión de atacarnos.»

*De otro soldado raso:* «Cuando empezaron a caer las bombas encima, nadamos hacia la playa, pero cuando vimos que el barco no se hundía, nadamos de nuevo hacia él para sacarlo del puerto. Luego se fue a pique y tuvimos que echarnos a nadar por segunda vez. Algunos estuvimos varias horas en el agua antes de que nos recogiese un buque de guerra británico.»

*De un veterano de la Gran Guerra:* «Los ingleses hicieron un fuego de barrera de casi dos kilómetros de longitud para detener el avance enemigo. Cuando combatí en la última guerra nunca vi nada parecido. Los alemanes avanzaban de frente hacia el fuego de barrera sin hacer caso del peligro. Sus bajas deben de haber sido enormes.»

*De un artillero:* «Aquello era un infierno; un infierno obra

del hombre. Los alemanes pidieron una tregua para enterrar sus muertos cuando el fuego de barrera, que duró 36 horas ininterrumpidas, les obligó a detener la ofensiva. Nosotros contestamos: "¡No hay tregua!" Y les dimos otras siete horas de fuego de barrera.»

Todo el precioso equipo que las fuerzas inglesas habían transportado al Continente para la batalla de Francia tuvo que quedarse en tierra, sobre las playas. Londres admitió la pérdida de seis destructores de la *Royal Navy* (*Basilisk, Havant, Keith, Grafton, Grenade* y *Wakeful*), 7 destructores franceses, 3 buques auxiliares y 24 embarcaciones menores. La noche del 4 de junio, el Almirantazgo dio a la prensa el siguiente comunicado:

Durante la última semana se ha llevado a cabo la más extensa y difícil operación combinada que registra la historia naval.

Se han traído sanas y salvas a Inglaterra tropas francesas, inglesas y belgas desde las costas de Bélgica y norte de Francia, en unas cantidades que, cuando los hechos puedan conocerse en toda su amplitud, llenarán de asombro al mundo.

La retirada se ha efectuado bajo un intenso y casi continuo ataque aéreo y un creciente fuego de artillería y ametralladora.

El éxito de esta operación únicamente ha sido posible merced a la estrecha cooperación existente entre los Aliados y los servicios auxiliares, y por la inquebrantable decisión y valor de todos los que han participado en ella.

La pronta concentración de más de 600 pequeñas embarcaciones de todas clases se hizo voluntariamente por los dueños de las mismas, que demostraron un espíritu abnegado e incansable. (*En Dunquerque se concentraron 222 buques de la Armada y 665 embarcaciones inglesas de diversos tipos.*)

El Almirantazgo nunca podrá elogiar suficientemente los servicios prestados por todos los que han intervenido en la operación. Fueron de una importancia decisiva para el éxito de la misma y para la salvación de millares de vidas.

La retirada se efectuó desde Dunquerque y playas vecinas. Toda la operación estuvo protegida por fuerzas navales que impidieron cualquier intento enemigo de ataque por mar.

Además del bombardeo casi incesante y del fuego de ametralladora contra Dunquerque, las playas y las embarcaciones concentradas frente a estos puntos, el propio puerto de Dunquerque y los barcos que iban y venían fueron objeto de frecuente cañoneo. Hasta cierto punto, este cañoneo fue contrarrestado por el bombardeo que efectuó nuestra armada de las posiciones artilleras enemigas. La artillería naval también protegió los flancos de la retirada. En ambos puntos, el enemigo sufrió pérdidas.

La operación se vio dificultada por la poca profundidad de las aguas, los angostos canales que había que cruzar y la fuerte marejada. La situación era tan delicada, que el menor error de navegación hubiera podido bloquear un canalizo importantísimo con un

(1) Los alemanes, en el argot militar inglés. (*N. del T.*)



barco embarrancado, o el sector del puerto de Dunquerque que aún podía utilizarse. El tiempo tampoco era muy favorable al desarrollo de la operación. Durante dos días, un viento fresco del noroeste levantó un oleaje que dificultaba y entorpecía la evacuación en las playas. Solamente una mañana la niebla de tierra obstaculizó la actividad aérea enemiga.

Una evacuación de esta naturaleza y de tal magnitud, efectuada bajo unos intensos y casi continuos ataques aéreos, constituye una operación arriesgadísima. Su éxito representa un triunfo para las fuerzas aeronavales aliadas frente a los terribles ataques aéreos lanzados por la aviación enemiga desde bases muy próximas al teatro de operaciones.

Aquel mismo día, 4º de junio, los alemanes ocuparon Dunquerque, haciendo 40.000 prisioneros. Pero el éxito de la evacuación les dejó sorprendidos y perplejos. Poco antes habían anunciado, llenos de confianza, que «el cerco en torno a los ejércitos ingleses, franceses y belgas se ha cerrado definitivamente».

Inglaterra era aún la reina de los mares y había conseguido convertir en magnífica victoria moral lo que aparecía como una estrepitosa derrota. Según dijo A. D. Divine, uno de los voluntarios de la flota de rescate: «Fue una brutal y desesperada aventura que nos fue impuesta por el más terrible de los desastres y que llevamos a término bajo la mirada de un enemigo que ya se regodeaba en su victoria y no podía ocultar el júbilo que le producía la certeza del triunfo. Efectuamos aquella memorable operación desafiando al tiempo, a las circunstancias y a la propia muerte.»

Con palabras sobrias, Churchill recordó a la nación que «las guerras no se ganan con evacuaciones». Al mismo tiempo lanzó este elocuente desafío: «Lucharemos en los mares y en los océanos, lucharemos con creciente confianza y poderío en el aire, defenderemos nuestra isla, sea cual fuere el precio que haya que pagar; lucharemos en las playas, lucharemos en los desembarcaderos, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en los montes; no nos rendiremos jamás.»

## CAPITULO

# V

### De la Sitzkrieg a la Blitzkrieg: El colapso de Francia

*No tenemos bastantes hijos, ni bastantes armas, ni bastantes aliados.*

Mariscal Henri Pétain, junio de 1940.

#### LA GUERRA DE MENTIRIJILLAS

*Sitzkrieg*, guerra sentada, guerra de aburrimiento, guerra de palabras, guerra de mentirijillas.

Mientras en el Este, Polonia era borrada del mapa por la *Blitzkrieg* de Hitler, Francia, su aliado en el Oeste, no hacía el menor intento por distraer a las legiones alemanas. Durante los primeros días de septiembre de 1939, las tropas francesas penetraron cautelosamente unos kilómetros en territorio alemán para retirarse a toda prisa cuando el grueso de las fuerzas germanas se desplazó hacia el Oeste.

En 1914, los franceses fueron a la guerra en medio de un entusiasmo patriótico inenarrable. En 1939, respondieron a la llamada a las armas como sonámbulos, sin espíritu, mostrando unanimidad tan sólo en repudiar lo que tachaban de guerra absurda y monstruosa. Sentémonos. Nada ocurrirá. Permanez-



camos sentados hasta que termine. No volverá a correr sangre francesa. Hasta el último momento subsistió la loca esperanza de que, de una manera u otra, se podría evitar el terrible choque. Bien era verdad que, en el *Mein Kampf*, Hitler había afirmado que Francia era «el enemigo irreconciliable y mortal de Alemania», pero aquel vulgar energúmeno de allende el Rin pronto dejaría de decir sandeces y cometer disparates.

¿Qué posibilidades de triunfo tenía Hitler frente al poderoso ejército francés? Con sus 800.000 combatientes, sus reservas bien adiestradas, que ascendían a 5.500.000 hombres, entre una totalidad de población masculina que alcanzaba la cifra de 20.000.000, aquel ejército era la máquina guerrera más fuerte de Europa. Esto era notorio y conocido por todos. ¿Y no había asegurado el general Maurice Gamelin, jefe del Estado Mayor francés, que sus tropas harían picadillo a los alemanes? Desde luego, había que reconocer que el *poilu*, el infante francés, aparecía algo sucio e incluso mugriento con su uniforme, pero estaba bien instruido en lo esencial y era un buen soldado, especialmente en la lucha defensiva. La artillería era anticuada, faltaban aviones y tanques, pero Gamelin conocía el arte de la guerra: lo había aprendido en Verdún y en el Somme, midiéndose con los *boches*. No le entusiasmaba en exceso, ni a él ni a sus soldados, la perspectiva del combate, pero una vez empezase el jaleo, enseñarían a aquellos malditos cabezas cuadradas a quedarse en el otro lado de la frontera.

La psicología militar francesa, puramente defensiva, descansaba en la fuerza de carácter estable y permanente. La Línea Maginot, la frontera fija de Europa número uno, el más acabado sistema de fortificaciones del mundo, había sido construido con hormigón y acero. Aunque sus planos fueron trazados algunos años antes, su construcción se inició en 1929 por obra y gracia de André Maginot, a la sazón ministro de la Guerra. Esta línea fortificada se extendía de la frontera suiza a Montmédy en una serie de gigantescos blocaos que unían las antiguas fortificaciones de Francia con dos nuevas fortalezas de dimensiones colosales, Hackenberg y Hochwald, que protegían la cuenca siderúrgica e industrial de Lorena.

En la construcción de la Línea Maginot se invirtieron quinientos millones de dólares y más tarde sirvió de sostén a un ejército de 300.000 hombres. Era una obra de fortificación verdaderamente extraordinaria, constituida por una serie de enormes fortines subterráneos de seis pisos, con cuarteles para oficiales y soldados, depósitos de municiones, almacenes de víveres y pertrechos, cisternas, cocinas, alojamientos, centrales para la ventilación y la iluminación, línea telefónica, ferrocarriles en miniatura, complicados sistemas de alcantarillado, ascensores para las

municiones, hospitales, salas de asueto, y todo ello invulnerable al fuego de la artillería y a las bombas. A nivel del suelo se encontraban las casamatas, servidas por ascensores, y que encerraban grandes piezas de artillería apuntadas hacia el Este.

Pero la Línea Maginot tenía su punto flaco. Los hombres que la planearon sólo se propusieron hacer de ella una obra de defensa parcial, pero la nación francesa exigió que se convirtiese en una obra defensiva total. Desde el Mosa a la región del paso de Calais, ruta clásica de las invasiones alemanas, el terreno estaba descubierto o muy ligeramente protegido. Aquel credo defensivo se distinguía por su sorprendente miopía. La rápida y elástica ofensiva alemana, verdadero alud de acero, no tendría ninguna dificultad para rebasar por el flanco la «inexpugnable» Línea Maginot.

Hitler respondió a la creación de esta línea con un engaño de proporciones gigantescas. La Línea Sigfrido, o Línea Limes, estaba formada por una triple línea de fortificaciones más bien ligeras proyectada para extenderse desde Suiza a Luxemburgo, con su punto clave en la fortaleza reconstruida de Listen, que se alzaba frente a la francesa de Mulhouse. Medio millón de hombres, bajo la dirección del doctor Fritz Todt, el gran constructor alemán de carreteras, fueron movilizados a toda prisa para acelerar las obras y verter hormigón en el encofrado, a fin de poner el Tercer Reich a cubierto de invasiones. Pero el esfuerzo alemán no pudo compararse en absoluto con el que hicieron los franceses. Hitler no tenía intención de librar una guerra de defensas fijas. Por lo tanto, se limitó a cubrir el terreno de defensas antitanques de hormigón para retener al enemigo el tiempo suficiente a fin de que las reservas llegasen a la zona de penetración.

Durante los primeros días, la guerra resultó muy extraña. Los artilleros de ambas líneas, la Maginot y la Sigfrido, evitaban deliberadamente causar daños al contrario. Demostraban una precisión extraordinaria para rodear de granadas las posiciones enemigas, sin dar jamás en el blanco. Los franceses, anestesiados al parecer por la guerra de nervios del Führer, incluso llegaron a desmovilizar parte de sus tropas y enviarlas a sus casas.

Los ingleses también se hallaban dominados por una excesiva confianza. El Cuerpo Expedicionario Británico atravesó Francia cantando a voz en cuello:

*Colgaremos la colada en la Línea Sigfrido...  
¡Si la Línea Sigfrido aún existe!*



## EL ATAQUE A FRANCIA

Esta luna de miel terminó al librarse la feroz batalla de Flandes, que dejó libres las manos de las tropas alemanas para lanzar una ofensiva hacia el Sur, en dirección a Francia. El Alto Mando francés comprendió que había que adoptar medidas desesperadas si quería detener la guerra relámpago.

El 18 de mayo de 1940, el presidente del Consejo, M. Paul Reynaud, reorganizó el gabinete, asumiendo la cartera de Defensa y nombrando vicepresidente al mariscal Henri Pétain, el anciano héroe de Verdún, que entonces contaba 85 años. Al día siguiente destituyó al general Maurice Gustave Gamelin del mando supremo del ejército, sustituyéndolo por el general Maxime Weygand, el antiguo jefe de Estado Mayor del mariscal Foch, que había cumplido ya su septuagésimo segundo aniversario.

Mientras aún se combatía en Dunquerque, Weygand ordenó que se estableciese una línea defensiva al sur del Somme y del Aisne, desde Abbeville a Montmédy, e inició unos febriles preparativos para resistir el ataque nazi. Se enviaron treinta y siete divisiones a la Línea Weygand, que había sido levantada a toda prisa. Pero ya era tarde, demasiado tarde.

El 3 de junio se produjo la primera incursión aérea sobre París. Dos días después, Hitler lanzó 100 divisiones en un terrible ataque por cuatro puntos: hacia la Normandía septentrional a través del Somme; al sur de Amiens, en una punta de lanza dirigida contra París; siguiendo el curso del río Oise, por medio de otra columna que apuntaba también a la capital francesa, y en torno al flanco norte de la Línea Maginot. El ataque se produjo con la fuerza de un ciclón.

La *Luftwaffe*, dueña de los cielos, donde apenas encontraba oposición, martilleaba a las tropas francesas. Los tanques alemanes, en formaciones de más de un centenar, avanzaban rugiendo por la campiña, obligando a huir a las tropas francesas desperdigadas y destruyendo todo cuanto se alzaba a su paso. El 6 de junio, el comunicado francés señalaba ataques enemigos en los que intervenían 2.000 tanques, desde el mar al Chemin des Dames.

Weygand pronto perdió el dominio del «mejor ejército de Europa». Los blindados alemanes habían hecho trizas sus primeras defensas, rebasándolas fácilmente. Trató de detener a los tanques mediante las trampas ocultas situadas más a retaguardia, pero no lo consiguió. Este fracaso se debió a que el ejército francés ya estaba derrotado, y también a que otros jefes



LA BATALLA DE FRANCIA, 1940



no utilizaron aquella misma táctica defensiva en profundidad durante los primeros momentos de la campaña.

La rapidez de la ofensiva alemana no permitía lanzar un contraataque eficaz. Los alemanes, avanzando a velocidad vertiginosa, rompieron la improvisada Línea Weygand por sus dos extremos, o sea sobre Beauvais y sobre Reims, mientras el ejército francés huía a la desbandada, tomando el camino del Sur bajo los tremendos golpes alemanes.

Toda Francia se sumió en el pánico, el terror, el histerismo y la confusión.

Comenzó la *pagaille*, el caos en las carreteras. Los alemanes victoriosos se proponían inmovilizar al enemigo en retirada y para ello provocaron deliberadamente el éxodo en masa de la población civil. Cientos de miles de refugiados, desesperados y ansiosos por huir de París, abarrotaban las carreteras del Sur hasta Burdeos, en una distancia de casi 650 kilómetros. Los fugitivos apelaban a todos los medios para poner tierra de por medio: carros, bicicletas, taxis, camiones, coches para el reparto del pan, lujosos automóviles e incluso coches funerarios. Todos estos vehículos iban abarrotados de seres humanos que gritaban, lloraban o maldecían.

La ofensiva era un verdadero paseo militar para los jóvenes superhombres de Hitler. Los pilotos germanos, al mando de veloces *Heinkels*, pasaban rugiendo con sus máquinas sobre las carreteras, rozando casi las copas de los árboles y ametrallando sin piedad a los refugiados civiles, atrapados en los embotellamientos constantes del tránsito. Las bombas y las balas llovían sobre los automóviles, los carros, las carretas y las bicicletas, destrozando seres humanos y caballos y consumiéndolos en terribles piras funerarias. En las cunetas de las carreteras que partían de París hacia el Sur quedaron centenares de cadáveres, tendidos en las actitudes grotescas en que les había sorprendido la muerte.

«Resultaba difícil de creer», escribió Virginia Cowles, testigo presencial de la *pagaille*, «que aquellos fuesen los ciudadanos de París, cuyos abuelos habían luchado como tigres por su libertad, tomando la Bastilla con las manos desnudas. Que el lector trate de imaginarse el barullo y la confusión, el nauseabundo olor de gasolina, el chirriar de las marchas de los automóviles, los gritos, los gemidos, los juramentos, los sollozos. Que trate de imaginarse después un sol abrasador y bajo sus rayos un ininterrumpido río de humanidad avanzando hacia el Sur desde París, y tendrá una idea del gigantesco éxodo de población civil que precedía el avance alemán.»

El gran periodista Quentin Reynolds tardó ocho horas en recorrer 80 kilómetros. «Millares de estos fugitivos provienen

del norte; muchos llevan quince días en las carreteras. Sólo les domina un pensamiento: avanzar hacia el sur huyendo del terror que cae de los cielos, huyendo de la servidumbre que les correspondería en suerte bajo el yugo alemán. Muy pocos llevan dinero. Muy pocos saben adónde van... Los que van montados en bicicleta consiguen ir tirando, haciendo eses y regates entre el denso tránsito; a cada momento pasamos junto a coches averiados o sin gasolina. A veces, sus dueños los empujan, confiando encontrar gasolina en la próxima población. Pero todo se ha terminado ya.»

El 11 de junio, mientras los ejércitos franceses se retiraban a través del Marne, el gobierno, comprendiendo que la defensa de París equivaldría a un suicidio y temiendo que la «Ciudad Luz» corriese la misma suerte que Varsovia y Rotterdam, abandonó la capital y huyó hacia Tours.

## EL CHACAL ATACA

### LA PUÑALADA POR LA ESPALDA DE MUSSOLINI

La víspera, o sea el 10 de junio, llegaron nuevas y terribles noticias para los franceses, que ya se tambaleaban bajo los golpes alemanes. Cuando el enemigo tradicional sólo estaba a 56 kilómetros de París, llegó la noticia de que 400.000 italianos habían invadido Francia desde la Riviera.

El Duce se fue envalentonando a cada nuevo triunfo de Hitler. Le complacían las victorias de las armas alemanas, pero temía al propio tiempo que Italia se quedase rezagada en la carrera por la gloria y el prestigio. No resultaba agradable verse relegado a un papel inferior. Los alemanes raramente consultaban a Mussolini antes de poner en práctica sus planes, que «estaban encerrados en el pecho impenetrable del Führer». El Duce se quejó: «Hitler siempre me enfrenta con hechos consumados.»

El dictador italiano era un hombre de dos caras. En septiembre de 1939 dejó entender al embajador inglés en Roma que, a pesar del Eje Roma-Berlín, Italia no entraría en la guerra, seguridad que quizá envalentonó a Londres, incitándole a desafiar a Hitler. Pero entonces, en 1940, cuando Francia parecía liquidada y la guerra europea ganada virtualmente por Alemania, Mussolini creyó llegado el momento de hacer intervenir a sus legiones fascistas para compartir los despojos de la victoria.

El camino ya estaba preparado desde el 18 de marzo de aquel mismo año, fecha en que Hitler y Mussolini se encontraron en el paso del Brennero para evacuar consultas y demos-



trarse su mutua admiración. A partir de entonces, la prensa y la radio italianas incrementaron su campaña belicista. No existía un entusiasmo excesivo entre el pueblo italiano, pero Mussolini quería la guerra.

Paul Reynaud, el presidente del Consejo francés, abrumado por mil problemas acuciantes, se esforzó desesperadamente por prevenir la inminente puñalada italiana. A última hora, ofreció diversas concesiones a Italia en África del Norte, pero Mussolini, atraído por la esperanza de una victoria incruenta, no estaba dispuesto a aceptar limosnas. Había tomado ya su decisión de efectuar una intervención armada.

A las 4'30 de la tarde del 10 de junio, el ministro italiano de Asuntos Exteriores, que era el propio yerno de Mussolini, el conde Galeazzo Ciano, convocó al embajador francés al Palacio Chigi para entregarle este lacónico mensaje para su gobierno: «Su Majestad el Rey-Emperador declara que Italia se considera en estado de guerra con Francia a partir de mañana 11 de junio.» Un cuarto de hora después fue entregada una comunicación idéntica al embajador de Su Majestad británica. Las tropas italianas ya se dirigían hacia la frontera francesa.

A las 5 de la tarde de aquel mismo día, una enorme muchedumbre se reunió en la Piazza Venezia para escuchar a Mussolini. La demostración no tenía nada de espontánea, pues había sido organizada cuidadosamente al estilo fascista. Los militantes del partido fascista romano fueron convocados en diversos puntos de la capital, desde donde se dirigieron a la plaza. Los *giovani fascisti*, muchachos comprendidos entre los 18 y los 21 años, ocuparon el centro de la manifestación para enardecerla con sus gritos. Los comercios recibieron orden de cerrar a las cinco de la tarde. Durante todo el día, los altavoces instalados en el barrio antiguo proclamaban que el Duce haría una declaración importantísima al pueblo italiano. Estos elementos eran los que formaban la popularidad del dictador...

El discurso, interrumpido por frecuentes gritos de «¡Duce, Duce, Duce!», tuvo un carácter emotivo y belicoso y constituyó una enumeración de los agravios italianos, para terminar pidiendo al pueblo que luchase hasta la victoria, sin olvidar una advertencia dirigida a los países balcánicos y a las demás naciones mediterráneas, en el sentido de que cualquier transgresión de la neutralidad tendría fatales consecuencias:

¡Combatientes de tierra, mar y aire, camisetas negras de la revolución y de las legiones, hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del reino de Albania, escuchad!

La hora del destino ha sonado. Ha llegado la hora de la decisión irrevocable. Ha sido entregada ya una declaración de guerra a los embajadores de la Gran Bretaña y Francia.

Iniciamos la lucha contra las democracias plutocráticas y reaccionarias que siempre han obstaculizado nuestra marcha, conspirando a menudo contra la misma existencia del pueblo italiano.

Varias décadas de historia contemporánea pueden resumirse en estas palabras: frases, promesas, amenazas de chantaje y, finalmente, como cúspide para este innoble edificio, la Sociedad de las Naciones..., de 52 naciones.

Tenemos la conciencia completamente limpia.

Con vosotros, el mundo entero es testigo de que la Italia del fascismo ha hecho todo lo humanamente posible por evitar la tempestad que se abate sobre Europa, pero todo ha sido en vano...

Si hoy hemos resuelto asumir los riesgos y los sacrificios de la guerra, se debe a que el honor, los intereses y el futuro nos imponen esta obligación inalienable, puesto que un gran pueblo sólo es verdaderamente grande si considera sagradas sus obligaciones y no rehúye las pruebas supremas que deciden el curso de la Historia.

A continuación, Mussolini explicó que Italia tomaba las armas, después de resolver el problema de sus fronteras continentales, para zanjar de una vez para siempre la cuestión de sus fronteras marítimas. ¡Para romper las cadenas territoriales y militares que ataban a Italia, limitándola a su mar! ¡Una nación de 45.000.000 de almas no podía considerarse libre si no tenía acceso al océano!

El conflicto europeo, añadió el Duce, no era más que una fase del desarrollo lógico de la revolución fascista. Era una guerra de los pobres e innumerables trabajadores contra los ahitos plutócratas imperialistas que detentaban ferozmente el monopolio de todas las riquezas de la Tierra. Era un conflicto entre «pueblos útiles y fructíferos» y «pueblos en decadencia»; un conflicto entre dos épocas y dos ideologías.

El Duce recordó también a sus oyentes su lealtad hacia sus compañeros del Eje:

Italianos, durante un memorable mitin monstruo celebrado en Berlín, dije que, según las reglas de la moral fascista, cuando uno tiene un amigo debe acompañarlo hasta el fin. Esto es lo que hemos hecho y continuaremos haciendo con Alemania, su pueblo y sus victoriosas fuerzas aliadas.

Y terminó su arenga con estas grandilocuentes palabras:

Hoy, víspera de un acontecimiento que será recordado durante muchos siglos, volvemos nuestros pensamientos hacia Su Majestad, nuestro rey y emperador, que siempre ha comprendido el espíritu de nuestra patria.

Por último saludamos al Führer, el caudillo de nuestro gran aliado alemán.



Proletarios, la Italia fascista se ha alzado por tercera vez, fuerte, altiva, unida como nunca lo había estado.

Sólo hay una consigna. Es categórica y obligatoria para todos. Ya conquista e inflama los corazones desde los Alpes al océano Índico: ¡Vencer!

Y venceremos en orden, finalmente, para dar un nuevo mundo de paz con justicia a Italia, a Europa y al universo.

Pueblo italiano, empuña las armas y muestra tu tenacidad, tu valor y tu bravura.

La reacción del mundo aliado fue una mezcla de desprecio, burla e indignación. Churchill calificó desdenosamente la acción italiana con una sola palabra: «Cobardía». En un discurso pronunciado en la universidad de Virginia, el presidente Roosevelt comentó con acritud:

«Este 10 de junio de 1940, la mano que empuñaba la daga la ha clavado en la espalda de su vecino. Este 10 de junio de 1940, desde esta universidad, fundada por el gran maestro americano de la democracia, elevamos nuestras plegarias y enviamos nuestro aliento a los que, al otro lado de los mares, mantienen con magnífico tesón la lucha por la libertad.»

La entrada de Italia en la guerra enfrentó a los Aliados con un ejército de un millón de hombres, una Armada formada por más de 700.000 toneladas y unos 4.000 aviones. El efecto que esto causó sobre Francia apenas tuvo importancia, pues Hitler ya la había derrotado. Pero significaba que la lucha iba a extenderse de manera inevitable a los Balcanes, al Mediterráneo, a Suez y al norte de África.

Para Mussolini, aquello iba a significar la pérdida de su imperio, a consecuencia de un error de cálculo.

## MAGNÍFICO FRACASO

### LOS INGLESES OFRECEN UNIRSE CON FRANCIA

El 12 de junio de 1940, Winston Churchill fue en avión a Tours, en un último intento para persuadir al gabinete francés de que hiciese honor a su promesa de no pedir la paz por separado y de continuar la guerra desde el Norte de África. M. Reynaud se mostró de acuerdo, pero sus colegas ya se hallaban convencidos de que la situación no tenía remedio. El general Weygand, derrotista, le dijo que «a Inglaterra le retorcerían el cuello como a una gallina».

El 14 de junio, los victoriosos alemanes, precedidos por una vanguardia de honor austríaca, entraron en París para encontrar una ciudad desierta y fantasmal. Los pocos parisienses que no habían huido, contemplaron en silencio el desfile por las

calles de su ciudad de los jóvenes e inmaculados guerreros de Hitler, de sonrosadas mejillas. El gran aeropuerto de Le Bourget ofrecía un espectáculo dantesco. En los Campos Elíseos sólo había un café abierto. Los hoteles estaban cerrados, los taxis habían desaparecido, las calles estaban prácticamente desiertas. A las pocas horas, la cruz gamada ondeaba en todos los edificios importantes e históricos de la ciudad, desde el Quai d'Orsay, el Arco de Triunfo, la Torre Eiffel y el Palacio de Justicia, al Hotel Crillon, donde los invasores establecieron su cuartel general.

La prensa italiana prorrumpió en un coro de burlonas carcajadas cuando se supo la caída de París. En grandes titulares, *Il Lavoro Fascista* proclamó: «*C'est Paris!* Capitalistas, judíos, masones y snobs de todo el mundo, llorad.» *El Tevere* se dedicó a dar buenos consejos: «Sepan de una vez las naciones podridas y decadentes, aprendan de una vez por todas, ahora que se encuentran hundidas en la deshonra y la derrota, a respetar el honor de los demás pueblos. Que sigan de rodillas durante siglos. Y en cuanto a los ingleses, ya es hora de recordarles que a ellos también les llegará su San Martín.»

El primer desfile conmemorativo de la victoria que celebraron los vencedores se desarrolló en la espaciosa plaza de la Concordia, donde aterrizaron dos aviones alemanes, en un gesto mitad de orgullo y mitad de desprecio, para entregar la prensa matinal a la humillada capital de Francia, como arrogante demostración de la eficiencia alemana. Al día siguiente, por los bulevares de París desfilaban interminables hileras de vehículos militares germanos que transportaban tropas y pertrechos a las zonas de combate situadas fuera de la ciudad.

«¡Todo está perdido!», gemía el presidente Reynaud. Desesperado, suplicó a Roosevelt que le enviase «nubes de aeroplanos». (La primera petición de ayuda de Reynaud al presidente lleva fecha del 10 de junio, siendo dada a la publicidad el 13. El mismo día, a las 11'30 de la noche, Reynaud hizo una nueva petición, a la que el presidente americano contestó el 15 de junio.)

El 16 de junio, el frente francés se desmoronó. Los alemanes, que habían irrumpido a través de las líneas galas en la Champaña, declararon que habían roto la Línea Maginot y que empujaban a los franceses obligándoles a cruzar el Loira. La situación empeoraba a ojos vistas.

Aquel mismo día, Churchill propuso que Francia y la Gran Bretaña formasen una unión franco-británica. La proposición era extraordinaria, sobre todo teniendo en cuenta la actitud tradicional de espléndido aislamiento y no intervención en los asuntos europeos que caracterizaba a Inglaterra. Esto demues-



tra hasta qué punto Churchill consideraba grave la inminente caída de Francia.

La Declaración de Unión propuesta por el estadista británico preveía una constitución dotada de órganos conjuntos de defensa y una política extranjera, financiera y económica común. Todos los ciudadanos franceses obtendrían automáticamente la ciudadanía británica, y viceversa. Ambas naciones asumirían idénticas responsabilidades para reparar los estragos de la guerra, y destinarían a ello los recursos conjuntos de ambos países.

En cuanto a la guerra entonces en curso, la proposición inglesa indicaba la conveniencia de que se formase un solo gabinete de guerra, del que dependerían todas las fuerzas armadas de ambos países y que gobernaría desde donde pudiese. Ambos parlamentos pasarían a formar uno solo.

«La Unión pide a los Estados Unidos que fortalezca los recursos económicos de los Aliados, y que aporte su poderosa ayuda material a la causa común.

»La Unión concentrará toda su energía contra el poder del enemigo, presentándole batalla donde fuese necesario.

»Y así triunfaremos.»

Detrás de este noble gesto se ocultaban unas finalidades políticas. Churchill confiaba en que esta proposición reforzaría la posición de Paul Reynaud en el curso de una importante reunión del gobierno francés que se tenía que celebrar el 16 de junio, a las 5 de la tarde. A pesar de la desesperada situación en que se encontraba el ejército francés, varios miembros del gabinete Reynaud empezaron a preguntarse cuáles serían los motivos ocultos tras la proposición inglesa. *A quoi sert de le faire?* ¿De qué serviría eso?, se preguntaban los colegas de Reynaud. Francia estaba a punto de hundirse bajo los golpes del ariete hitleriano, y, a buen seguro, Inglaterra no tardaría en correr su misma suerte. Por todos lados se elevaban voces pidiendo la rendición. Esto era lo que pedían Pétain, Laval e incluso los amigos más íntimos de Paul Reynaud.

A consecuencia de ello, la proposición inglesa fue rechazada. El extraordinario proyecto abortó antes de nacer.

Pocas horas después, Reynaud presentó la dimisión, siendo sustituido por el mariscal Henri Pétain, quien no tardaría en llevar a Francia por el camino del fascismo.

Hitler se apuntaba un nuevo triunfo.

El 17 de junio, el Alto Mando de la *Wehrmacht* anunció la caída de Orleans y Metz y que las tropas alemanas habían alcanzado la frontera suiza, en las proximidades de Besançon. Aquel mismo día, el anciano mariscal Pétain dijo por la radio al pueblo francés que acababa de hacerse cargo del poder:

«Es inútil continuar luchando contra un enemigo muy superior en número y armamento. Con el ánimo embargado por el dolor, os digo que debemos cesar en la lucha. He preguntado a nuestro adversario si está dispuesto a firmar con nosotros, como se hace entre soldados después de la lucha y poniendo a salvo el honor, un documento que ponga fin a las hostilidades.»

El anciano mariscal olvidaba que ya no existían los antiguos escrúpulos y las reglas caballerescas que antes imperaban en la guerra. La guerra del siglo xx era mucho menos quijotesca y mucho más sangrienta y calculadora. ¡Pretender que Hitler hablase con él de soldado a soldado! Pétain se rindió antes de preguntar siquiera cuáles eran las condiciones del armisticio.

Aquel mismo día los ejércitos alemanes se habían apoderado de la cuarta parte del territorio metropolitano francés. El júbilo en las calles de Berlín era inenarrable. ¡El incomparable Führer había vuelto a conseguir otro objetivo! En diez meses, la apisonadora nazi había aplastado siete naciones, entre las que se incluía la «invencible» Francia.

Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del Reich, felicitó a las victoriosas legiones germanas: «Sólo tenéis que ganar otra batalla y después echaremos al vuelo las campanas de la paz.» Aquella paz, afirmó Goebbels, sería dictada a los Aliados en Londres.

## COMPIEGNE: UNA OBRA MAESTRA DE LA VENGANZA

A seis kilómetros y medio al norte de la localidad de Compiègne y a unos 72 km. al norte de París, se abría un claro en el bosque. Fue allí donde a las 5 de la mañana del 11 de noviembre de 1918, en su propio vagón de ferrocarril, el mariscal Ferdinand Foch impuso las condiciones para la rendición alemana, al término de la Gran Guerra.

Los franceses habían conservado cuidadosamente el histórico vagón, elevando un monumento conmemorativo a su alrededor. Al extremo de la avenida se alzaba otro monumento a Alsacia-Lorena: una gran espada, que representaba a los Aliados, atravesaba el cuerpo inerte del águila germana, sobre la inscripción siguiente: «A los heroicos soldados de Francia, defensores de nuestra patria y del derecho, gloriosos liberadores de Alsacia-Lorena.»

En el centro del claro, sobre un gran bloque de granito, podía leerse: «Aquí, el 11 de noviembre de 1918, sucumbió el orgullo criminal del Imperio Alemán, vencido por los pueblos libres que trató de esclavizar.» Una piedra más pequeña, situada a unos 50 metros, señalaba el punto donde se detuvo el vagón



ocupado por el plenipotenciario alemán. Aquella piedra, colocada entre dos raíles mohosos, sólo ostentaba estas tres palabras: «*El Plenipotenciario Alemán.*»

Para el francófono de Berchtesgaden, aquellas palabras eran un insulto. Cuando cayó Francia, el Führer, embriagado por el vino de la venganza, bailó una danza jubilosa (cuidadosamente filmada para la posteridad). Entonces se dispuso a preparar el escenario de la rendición de Francia con un teatral espíritu de venganza. Él, Adolfo Hitler, el cabo solitario de la Gran Guerra, restregaría las narices de los franceses en el polvo de Compiègne, en el mismo sitio donde tuvo lugar la humillación de Alemania en 1918. Y a causa de ello, él, Hitler el Grande, asumiría el papel de un histórico desfacedor de entuertos.

A las 3'15 de la tarde del 21 de junio, Hitler se apeó de su automóvil ante el monumento a Alsacia-Lorena. Iba de uniforme y lucía la Cruz de Hierro bajo el bolsillo izquierdo de su guerrera. Detrás de él, cubierto de medallas, seguía el mariscal Hermann Goering, empuñando su bastón constelado de pedrería y seguido por el coronel general Wilhelm Keitel, jefe del alto mando, el coronel general Walther von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército alemán, Erich Raeder, gran almirante de la armada alemana, el ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop, y Rudolf Hess, el segundo de Hitler. Los alemanes empezaron a pasear lentamente por el claro, leyendo las inscripciones.

El vagón del armisticio había sido desplazado unos 75 metros para llevarlo al interior de un museo, pero los ingenieros alemanes lo habían devuelto el día anterior a su emplazamiento original. Los altos personajes germanos penetraron entonces en el histórico vagón y Hitler pasó a ocupar el asiento donde antaño se sentara el mariscal Foch.

Pocos minutos después, apareció en el claro la delegación francesa. Estaba compuesta por el general Charles Huntziger, portavoz de los delegados; el general de aviación Jean Marie Joseph Bergeret, el contraalmirante Maurice Athanase Le Luc y Léon Noël, antiguo embajador francés en Polonia. La guardia de honor se puso en posición de firmes, pero sin presentar armas. Los oficiales alemanes y franceses cambiaron saludos, pero sin estrecharse las manos. Acto seguido, los franceses subieron al vagón.

Hitler y su séquito se levantaron de sus asientos, como indirecta a los franceses, para recordarles que ellos en 1918 no tuvieron aquel gesto de cortesía. Hitler hizo la salutación nazi y los oficiales franceses y alemanes trocaron saludos militares. Obedeciendo a una leve inclinación de cabeza de Hitler, el ge-

neral Keitel empezó a leer el preámbulo de las cláusulas del armisticio:

Confiando en las seguridades dadas al Reich alemán por el presidente norteamericano Wilson y confirmadas por las Potencias Aliadas, las fuerzas alemanas depusieron las armas en noviembre de 1918.

Con ello se puso fin a una guerra que ni el pueblo alemán ni su gobierno habían querido y en la que el enemigo, a pesar de su tremenda superioridad, no consiguió vencer de manera definitiva al ejército, la armada o la aviación de Alemania.

No obstante, en el momento en que llegó la comisión alemana para el armisticio, comenzó la violación de la promesa tan ceremoniosamente dada. El 11 de noviembre de 1918, comenzó en este vagón la época de los sufrimientos para el pueblo alemán.

¡Qué deshonra y qué humillación, qué sufrimientos humanos y materiales se iniciaron aquí! Las promesas rotas y el perjurio se unieron para conspirar contra un pueblo que, después de más de cuatro años de heroica resistencia, sólo había tenido una debilidad: la de creer en las promesas de los estadistas democráticos.

El 3 de septiembre de 1939, o sea veinticinco años después de comenzada la Gran Guerra, Inglaterra y Francia volvieron a declarar la guerra a Alemania sin ningún motivo.

Ahora la decisión ha sido zanjada por las armas. Francia ha sido conquistada. El gobierno francés ha solicitado al gobierno del Reich que le comunique las condiciones para un armisticio.

En el histórico bosque de Compiègne, lugar designado para presentar las condiciones, éstas han sido entregadas para borrar de una vez por todas, mediante este acto de justicia redentora, el recuerdo que para Francia no constituye una página gloriosa de su historia, pero que la nación alemana siempre ha considerado como la más profunda humillación de todos los tiempos.

Tras una heroica resistencia, Francia ha sido derrotada y vencida en una serie de sangrientas batallas.

Por consiguiente, Alemania no se propone infundir a las condiciones del armisticio ni a sus negociaciones el carácter de una humillación contra un enemigo tan valeroso.

El propósito de las demandas alemanas es el siguiente:

- 1.<sup>a</sup> Impedir la reanudación de las hostilidades.
- 2.<sup>a</sup> Ofrecer a Alemania todas las garantías necesarias para la continuación de la guerra contra la Gran Bretaña, que esta nación impone a Alemania, así como,
- 3.<sup>a</sup> Crear las condiciones previas a la formación de una nueva paz, cuyo contenido esencial consistirá en la reparación de los daños infligidos por la fuerza al Reich alemán.

Esto fue más que suficiente para el radiante Führer, que no deseaba perder su precioso tiempo con la nimia discusión de los detalles. Mirando de nuevo a los imperturbables franceses que tenía enfrente, se levantó de pronto, alzó el brazo en el salu-



do nazi y, seguido por su séquito, abandonó el vagón. Una banda militar atacó los compases del *Deutschland über Alles* y el *Horst Wessel Lied*. La temblorosa delegación francesa pasó entonces a una tienda próxima para iniciar una conferencia telefónica con el gobierno francés, que a la sazón se encontraba en Burdeos.

Los 27 minutos que duró esta ceremonia protocolaria fueron seguidos por 27 horas de discusiones en torno a las cláusulas del armisticio. Las condiciones de Hitler eran muy duras. Había que poner en libertad inmediatamente a todos los prisioneros alemanes. Los franceses tenían que desarmar y licenciar sus tropas. Todos los buques de guerra franceses tenían que arrumbar a puertos dominados por las potencias del Eje. Las tropas alemanas ocuparían más de la mitad de la Francia territorial, incluyendo la costa del Atlántico hasta la frontera de Hendaya. Francia afrontaría los gastos de la ocupación. La Francia no ocupada sería administrada por un régimen amigo de los alemanes.

A las 6'50 de la tarde del 22 de junio, el armisticio fue debidamente firmado por los plenipotenciarios alemanes y los enviados franceses. Estos últimos tenían lágrimas en los ojos. Hitler ordenó que el histórico vagón de ferrocarril fuese llevado a Berlín.

Así se impuso a Francia la más humillante derrota de su historia. Ninguna otra gran potencia de la época moderna se había hundido con tanta rapidez, como Francia en su inhábil lucha contra Hitler. El mundo contempló aterrorizado aquella derrota.

En Berlín, las masas cantaban a coro el *Wir fahren gegen England* («Zarpamos hacia Inglaterra»):

Nuestra bandera ondea mientras avanzamos.  
Es un símbolo del poder de nuestro Reich,  
y ya no podemos tolerar  
que los ingleses lo escarnezcan.  
¡Dame pues la mano, tu bella mano blanca,  
porque zarpamos a la conquista de In-gla-te-rra!

La prensa alemana estalló en delirantes aclamaciones. La *Frankfurter Zeitung* calificó la reunión de Compiègne de «vergonzosa mancha borrada» y de «página gloriosa de la Historia», añadiendo: «Esta vez la nación derrotada lo ha sido únicamente por las armas, en una catástrofe militar sin parangón, y el vencedor no ha contado con la ayuda de nadie. Alemania, que había carecido de fe y de esperanza en otros tiempos aciagos, hoy es más fuerte que en todos los siglos de su historia. Todas

las miradas se vuelven ahora hacia el cabo de lanceros de 1918, a quien los gases asfixiantes habían dejado ciego.»

Dos días después de Compiègne, Hitler descendió de su automóvil ante el Hotel de los Inválidos de París. Deteniéndose en la cripta central, contempló silenciosamente el bello sarcófago de pórvido rojo, que contenía los restos del gran Napoleón.

En el exterior yacía el silencioso cadáver de París.

El 19 de julio, Hitler, en la embriaguez de la victoria, creó una legión de nuevos mariscales: Von Brauchitsch, Von Rundstedt, Von Reichenau, Von Leeb, Von Bock, Von Kluge, Von Witzleben, Von Keitel y los generales de la *Luftwaffe* Kesselring, Sperrle y Milch.

El Führer se hallaba en el apogeo de su grandeza olímpica. Sus ejércitos estaban triunfalmente apostados a lo largo del frente más extenso de toda la Historia. La irresistible marea nazi había avanzado hacia el Oeste sobre toda Europa, anegando una serie de naciones: Polonia en 26 días; Noruega en 28 días; Dinamarca en 24 horas; Holanda en 5 días; Bélgica en 18 días; Francia en 35 días...

La Nueva Europa se iba esculpiendo precisamente de la manera que Hitler había vaticinado en el *Mein Kampf*.

#### POR QUÉ CAYÓ FRANCIA

No es fácil explicar la causa de la súbita y sorprendente caída de Francia. «El mayor error que podría cometer un historiador», afirmó el historiador William L. Langer, «sería el de querer edificar una construcción clara y lógica cuando en la realidad dominaban la confusión y las contradicciones.» Así era, en efecto: había que tener en cuenta docenas de factores entretreídos en la más inextricable maraña.

El mito del poderío militar francés, notoriamente exagerado, quedó hecho trizas por las *Panzerdivisionen* de Hitler, que avanzaban como un rápido monstruo de acero. En la realidad resultó que los alemanes eran superiores bajo todos los aspectos: en efectivos humanos, en dirección, en espíritu de cuerpo. El Estado Mayor francés, al suponer equivocadamente que los alemanes se desharían en infructuosos ataques contra la Línea Maginot, se vieron sorprendidos por la audacia y la celeridad de la ofensiva alemana.

Subsiste un interrogante que suscita las más variadas cábalas y conjeturas: ¿Por qué el Alto Mando francés no fortificó la región de las Ardenas?

Los franceses fueron derrotados en 1940 por un enemigo osado y hábil, que aprovechaba a fondo las menores debilidades.



Los militares galos pensaban que los alemanes no atacarían por el sector central de sus líneas defensivas, donde se hallaban las alturas de las Ardenas respaldadas por el río Mosa. Mas fue precisamente por este sector por donde Hitler realizó su penetración más eficaz. Otro factor que contribuyó a agravar la situación fue la tendencia francesa a menospreciar la importancia de las fuerzas aéreas. En 1937, cuando Alemania, entregada en cuerpo y alma a la tarea, producía un mínimo de 1.000 aviones mensuales, de las fábricas francesas sólo salían 38 aviones al mes.

El cuerpo de Francia se hallaba postrado a causa del caos político, y debilitado aún más por las tradicionales disensiones entre los diversos partidos. Año tras otro el espectáculo se repetía: gobiernos en crisis, desunión civil, corrupción política, intrigas inacabables, venganzas personales, una sorprendente variedad de facciones enzarzadas en continuas luchas egoístas. Las derechas y las izquierdas se desgarraban en enconados ataques. La burocracia se hallaba dominada por el papeleo y los trámites formularios. No había una dirección eficaz, ni un Churchill ni un Roosevelt capaces de unir a las masas en una cruzada contra el nazismo.

Esta insostenible situación política se veía aún más agravada a causa de una economía empobrecida por la corrupción y la histórica repugnancia francesa a pagar las contribuciones. El organismo industrial se hallaba debilitado por las huelgas de 1936 y por las continuas luchas entre patronos y obreros.

Bajo el punto de vista psicológico, los franceses estaban agotados, hastiados y desmoralizados; sólo querían que los dejaran en paz. Se había esfumado el ardor militar de los tiempos de la Revolución, de la Francia napoleónica o de la Francia de la Gran Guerra. Una generación de escritores franceses, había conseguido difundir entre vastos sectores de la población, la tesis de que el pacifismo era el único camino digno para una nación civilizada. Dunquerque convenció a estos derrotistas y a otros muchos de que era completamente estúpido oponer resistencia a Hitler. ¡Que otros asumiesen la tarea de enjaular al pequeño y bestial fanático de allende el Rin!

Francia fue derrotada, pero también traicionada. Antes de que estallasen las hostilidades, una quinta columna subversiva realizó una eficaz labor de zapa, allanando el camino que seguirían las divisiones acorazadas de Hitler. Su propaganda alcanzó una diabólica eficacia. Según ella, los ingleses estaban dispuestos a luchar hasta el último francés. Los agentes nazis, disfrazados de turistas y viajeros, establecieron contacto con elementos franceses derrotistas. Una vez comenzada la guerra, estos agentes ayudaron a los invasores difundiendo falsas noti-

cias, haciendo señales a los aviones alemanes, dando órdenes falsas y contradictorias, alentando el sabotaje y las desertiones. Los fascistas y los comunistas franceses, que eran enemigos irreconciliables, se unieron en aquella ocasión para minar los cimientos de la resistencia francesa.

El general De Gaulle resumió la situación con las siguientes palabras: «Francia perdió la guerra por varias razones muy concretas. Primera, nuestro sistema militar no poseía una fuerza mecanizada de aire ni de tierra; segunda, el pánico paralizó a nuestra población civil cuando se produjo el avance de las unidades mecanizadas alemanas; tercera, el efecto tangible que produjeron las actividades quintacolumnistas en el espíritu de muchos de nuestros dirigentes, y cuarta, la falta de coordinación existente entre nosotros y nuestros aliados.»

Francia, el hogar de la gloria napoleónica, la fuente de la cultura occidental, cayó como un tronco carcomido para ser pisoteada por la bota del conquistador.

Este fue el fruto de la estrechez de miras de los militares, la ambición y el egoísmo de los políticos desertores y traidores, la amarga cosecha recogida por un pueblo que había olvidado que es necesario estar siempre alerta si se quiere mantener la libertad, la igualdad y la fraternidad.

La tarea de matar el voraz dragón del nazismo quedaba reservada para los ingleses, los norteamericanos y, más adelante, los rusos.



## CAPITULO

## VI

## Su hora mejor: Inglaterra resiste sola

*Aunque esta isla o gran parte de ella fuesen subyugadas y pereciesen de hambre, lo que no creo ni por un momento, nuestro Imperio de Ultramar, armado y defendido por la escuadra británica, continuaría la lucha hasta que, cuando Dios considerase llegado el momento, el Nuevo Mundo, con todo su poder y recursos, partiese al rescate y la liberación del Viejo.*

Winston Churchill, 4 de junio de 1940.

*Desafiamos al león de Inglaterra,  
para la última y decisiva copa.  
Nosotros juzgamos y decimos  
que un Imperio se desmorona...  
Escuchad cómo canta el motor... ¡Ataquemos al enemigol  
Escuchad cómo resuena en los oídos... ¡Ataquemos al  
[enemigol  
¡BOMBAS, OH BOMBAS, OH BOMBAS SOBRE  
[INGLATERRA!*

Canción bélica alemana antibritánica, 1940.

*Lo intentó Napoleón. Los holandeses, casi;  
un normando y un danés o dos lo consiguieron;  
quizá un rey navegante los siga, un bello día,  
pero no, creo yo, un ratón de alcantarilla como tú.*

A. P. Herbert, septiembre de 1940.

## LA BATALLA DE INGLATERRA

Lo que el general Weygand había llamado la «Batalla de Francia» había terminado con la victoria nazi. Iba a empezar entonces la Batalla de Inglaterra.

Lo que más preocupaba a los ingleses después de la caída de Francia era la suerte que pudiese correr la armada francesa. Según los términos del armisticio, la escuadra sería internada y Hitler había prometido no utilizarla. Pero, ¿qué valor tenía la palabra de Hitler? Además, muchos altos oficiales de la armada francesa se distinguían por sus enconados sentimientos anglóforos y acaso se sintiesen inclinados a colaborar con el Führer. En tal caso, las escuadras alemana, italiana y francesa combinadas podrían derrotar el poderío naval británico y la guerra se perdería.

Los barcos franceses internados en los puertos británicos no ofrecían problema. Los ingleses se apoderaron de todas estas unidades el 3 de julio de 1940, sin que apenas hubiese efusión de sangre. Las dotaciones ingresaron en la *Royal Navy* o se organizaron como unidades de Franceses Libres. Algunos regresaron a Francia. Otras unidades que se hallaban en Alejandría fueron desmovilizadas por mutuo consentimiento.

Pero la mayor parte de la escuadra francesa se hallaba fondeada frente al puerto argelino de Orán. Aquel mismo 3 de julio, tres de los mayores acorazados británicos, al mando del vicealmirante sir James F. Somerville, penetraron en el puerto de Orán. Somerville envió al jefe de la escuadra francesa, vicealmirante Marcel B. Gensoul, un ultimátum en el que le daba a elegir entre tres posibles acciones: 1.ª, Gensoul podía unir sus fuerzas a las inglesas para combatir a los alemanes; 2.ª, dirigirse a un puerto inglés, donde las dotaciones serían repatriadas y los buques o sus equivalentes devueltos a Francia, al terminar la guerra, y 3.ª, dirigirse a las Indias Occidentales francesas, donde los buques serían desmilitarizados o puestos bajo la custodia norteamericana hasta el fin de las hostilidades.

Si antes de seis horas no se adoptaba una de estas tres alternativas, declaró Somerville, la escuadra francesa sería hundida para impedir que cayese en manos de los alemanes o los italianos.

Gensoul prefirió luchar. Muy a su pesar, los ingleses abrieron fuego, hundiendo o averiando a tres acorazados franceses, un portaaviones y dos destructores. Un acorazado muy maltrecho, el *Strasbourg*, y varias unidades menores, consiguieron escapar y arribar a Tolón. Otro acorazado francés que se halla-



ba surto en Dakar fue inmovilizado por un ataque relámpago.

El Almirantazgo británico experimentó un momentáneo alivio al conocer estas noticias.

De Alemania llegó la voz estridente de Adolfo Hitler: «Ya no soy el vencido que mendiga favores, sino el vencedor que habla en nombre de la razón.» Hitler dio a los ingleses la última oportunidad para rendirse antes de su completa aniquilación. En vista del carácter invencible de las armas germanas, se hallaba dispuesto a ofrecer «una paz razonable por medio de las negociaciones».

El Führer, aquel hombre bondadoso, se sentía inclinado a mostrarse magnánimo. Lo único que deseaba era que se reconociesen sus conquistas, que se devolviesen a Alemania sus antiguas colonias, que se reconociese su papel de árbitro en los asuntos europeos y, por encima de todo, que Winston Churchill fuese depuesto. Los ingleses harían muy bien en seguir sus consejos. Si bien se miraba, ¿no había rendido tributo a las cualidades bélicas de los ingleses en el *Mein Kampf*? ¿Y no eran los anglosajones miembros del mismo tronco racial que sus hermanos alemanes?

«Acaso fuese uno de los ejemplos más notables», escribió el historiador inglés J. W. Wheeler-Bennett, «de aquel complejo de amor y odio hacia Inglaterra, que tantos alemanes de todos los tiempos han compartido con Guillermo II y Adolfo Hitler».

Quizá los ingleses se hubieran mostrado más lógicos y más sensatos aceptando el ofrecimiento de Hitler, que les permitiría salir de una situación desastrosa. Habían visto cómo sus aliados caían uno tras otro bajo el avance arrollador del poderío nazi. Sus tropas habían sido expulsadas de Noruega y del continente europeo. La retirada de Dunquerque fue ciertamente gloriosa, pero las tropas inglesas habían abandonado allí todo su equipo pesado, y después de aquel revés, sólo quedaban un centenar de tanques en toda Inglaterra. Los ingleses estaban mal preparados para seguir luchando. En 1940, sólo ellos continuaban en guerra con Hitler, el conquistador de Europa, del mismo modo como en 1807 únicamente ellos se alzaban frente a Napoleón, que entonces era el amo del Continente.

Los ingleses contestaron al ofrecimiento del Führer con el más desdeñoso silencio. Pero nada podía silenciar la maravillosa oratoria de Winston Churchill que, al frente del pueblo británico, era el único que se interponía entre Hitler y la realización de sus descabelladas ambiciones.

Fue entonces cuando Churchill pronunció estas mesuradas palabras:

De esta batalla depende la salvación de la civilización cristiana. De ella depende la vida de Inglaterra y la larga continuidad de nuestras instituciones y nuestro Imperio. Toda la furia y el poder del enemigo no tardarán en dirigirse contra nosotros. Hitler sabe que tendrá que derrotarnos en esta isla o de lo contrario perderá la guerra. Si podemos resistirlo, tal vez toda Europa nos deberá la libertad y la vida del mundo avanzará hacia altas regiones amplias y soleadas. Pero si fracasamos, entonces el mundo entero, incluso los Estados Unidos, todo lo que conocemos y amamos, se hundirán en los abismos de una nueva Edad Media, aún más siniestra y acaso más prolongada porque contará con las luces pervertidas de la ciencia.

Cumplamos, pues, nuestro deber y portémonos de tal modo que, si el Imperio Británico y su *Commonwealth* subsisten mil años, los hombres aún digan: «Aquella fue su hora mejor.»

Todos los ingleses, desde los lores a los pescadores, desde las ladies a las sirvientas, desde Land's End hasta las Shetland, formaron un apretado grupo.

Hitler se detuvo tres semanas después de la caída de Francia. Hasta entonces no había hecho ningún preparativo para cruzar el canal y sus propios éxitos le pillaron desprevenido, pues sobrepasaban todas sus esperanzas. Uno de los motivos que tenía para no atacar de manera fulminante en Dunquerque, era la incertidumbre que le dominaba. Temía un ataque francés por la retaguardia, un desembarco de tropas inglesas en cualquier punto de Francia y la posibilidad de una agresión rusa.

Durante aquellas seis semanas, los ingleses iniciaron el proceso que había de transformar su pequeña isla en una tremenda fortaleza. Todos los hombres de la nación fueron puestos a la disposición del gobierno, lo mismo que todos los recursos económicos, hasta el último chelín. La acción de una posible quinta columna se hizo abortar, deteniendo y encarcelando a todos los sospechosos. Se organizaron al instante el servicio para la defensa civil, las brigadas contra incendios, de reparaciones y de demolición; se hicieron esfuerzos especiales para proteger servicios de importancia esencial como el agua, el alcantarillado, la electricidad, el gas y el teléfono; todos los ciudadanos tenían que notificar inmediatamente los incendios causados por bombas incendiarias; la guardia metropolitana (*Home Guard*), formada por varones que ya no se hallaban en disposición de prestar el servicio militar, se formó espontáneamente y terminó por comprender más de un millón de hombres. Las fábricas trabajaban durante las veinticuatro horas del día para producir aviones, cañones y proyectiles.

Entre tanto, de los depósitos de material de guerra america-



nos afluían valiosísimas armas de emergencia procedentes de la Gran Guerra, entre las que se contaban rifles *Springfield*, ametralladoras *Browning* y piezas de artillería, que tenían que bastar por el momento, hasta que la producción inglesa empezase a ser cuantiosa.

De manera muy acertada, los ingleses pensaron que la mayor carga de la defensa recaería sobre las Reales Fuerzas Aéreas. Contaban con 1.475 aviones de primera línea para presentar combate a los 2.670 aviones que Hitler había reservado para la campaña contra Inglaterra. Los ingenieros y físicos ingleses ya habían creado el radar, maravilloso instrumento de precisión que les permitiría contrarrestar los inminentes ataques aéreos. Además, perfeccionaron instrumentos de detección que desorientaban la guía por radio de los aviones, hecha desde Holanda y Francia para dirigir hacia sus objetivos a los aparatos de la *Luftwaffe* que volaban a gran altitud.

No se dejó nada al azar. Se excavaron trincheras y se levantaron columnas de hormigón en los posibles lugares de desembarco. Los objetivos militares se recubrieron con una red de globos cautivos al extremo de cables de acero, cuya finalidad era derribar a los aviones que volasen bajos. Se establecieron vigías para dar la alarma en el caso de lanzamiento de paracaidistas. Se quitaron todos los rótulos indicadores de las carreteras y los dueños de automóviles recibieron órdenes de quitar a sus coches las piezas esenciales antes de guardarlos por la noche.

El arma más importante y decisiva estaba representada por la determinación inglesa de combatir hasta la muerte.

El 6 de agosto de 1940, el mariscal Hermann Goering, que se hallaba en su residencia campestre de Karin Hall, dio la orden del primer ataque en masa contra Inglaterra. Algunos días después, la furia de la *Luftwaffe* se desató contra las ciudades costeras del sur de Inglaterra, fábricas de aviones y campos de aviación. Oleada tras oleada de aparatos, en grupos de más de un centenar en ocasiones, una imponente armada de un millar de máquinas volantes, entre las que había caza-bombarderos *Stuka* que atronaban el aire con sus rugidos, veloces *Messerschmitt* y *Focke-Wulf* y pesados *Dornier*, atacó Inglaterra en una incursión sin precedentes.

Jóvenes pilotos de la RAF, que hacían prodigios de valor y habilidad, auxiliados por algunas docenas de polacos, checos, franceses y belgas, se elevaron en rapidísimos *Spitfires* y *Hurricanes* para hacer frente a los pajarracos de Hitler, que les aportaban la muerte. Fue una batalla verdaderamente épica. Los aviones se perseguían, se acosaban, hacían increíbles acrobacias, escupiendo fuego y entremezclándose en una loca dan-

za, entre el estrépito ensordecedor de las ametralladoras. El cielo estaba moteado por millares de nubecillas causadas por las granadas antiaéreas. Enjambres de aviones alemanes se lanzaban enconadamente contra los globos de barrera; muchos conseguían pasar y lanzaban su mortífera carga sobre los objetivos fijados. Nuevos aviones alemanes surgían sin cesar de Oriente. Algunos caían envueltos en llamas trazando una estela de humo; otros entraban en barrena para caer en aguas del canal de la Mancha, levantando enormes surtidores de espuma.

Aquel primer día perecieron como mínimo 53 aviadorez nazis. Las cifras fueron aumentando día tras día durante las dos semanas que siguieron. Durante una sola semana de agosto, la *Luftwaffe* perdió 256 aviones y los ingleses 130.

Hitler había fallado en su primer intento por ahuyentar a la RAF de los cielos, como medida previa a la invasión.

Churchill rindió un magnífico tributo a aquel puñado de intrépidos pilotos, muchos de los cuales aún no habían cumplido los veinte años:

La gratitud de todos los hogares de nuestra isla, de nuestro Imperio y también de todo el mundo, a excepción de los lugares donde habitan los culpables, se dirige a los aviadores ingleses que, sin temer la adversidad, incansables en su actitud de desafío constante y en su posición de peligro mortal, están cambiando el curso de la guerra mundial merced a sus proezas y su abnegación. Nunca, en ningún momento de la historia de los conflictos humanos, tantos debieron tanto a tan pocos.

Se celebraron nuevos conciliábulos bélicos en Alemania. Al verse chasqueado, Hitler decidió utilizar un arma alemana que no era secreta: la *Schrecklichkeit*. Infundiría terror en el corazón de su tenaz enemigo, machacando Londres como había machacado Varsovia. Ya se habían realizado ataques esporádicos contra la capital inglesa, y los aviadores alemanes estaban seguros de que podrían borrar la gran ciudad de la faz de la tierra. Prueba de ello son estas engreídas palabras, que llevan la fecha del 18 de agosto de 1940 y proceden del diario de un aviador alemán llamado Gottfried Leske. Fueron publicadas en *Yo fui un aviador nazi* (1941): «Hoy he volado sobre la ciudad más grande del mundo. Comprendí con absoluta certeza, como si pudiera predecir el futuro, que todo aquello sería destruido. Sólo subsistiría unos cuantos días más, hasta el momento en que el Führer pronunciase su sentencia de muerte. Entonces sólo quedará un montón de escombros.»

¡El Führer había pronunciado ya la sentencia de muerte de Londres!

El primer ataque en masa contra la capital británica se pro-



dujo el 7 de septiembre de 1940, cuando la ciudad fue atacada por numerosas escuadrillas de aviones germanos. «Esta es la hora histórica», afirmó Goering, «en que nuestras fuerzas aéreas han asestado por primera vez el golpe en el mismísimo corazón del enemigo.»

T. H. O'Brien, un historiador oficial británico, ha resumido de la manera siguiente los resultados alcanzados por las operaciones de la *Luftwaffe* contra Inglaterra el 7 y el 8 de septiembre de 1940:

Entre las 17 y las 18 horas del sábado 6 de septiembre, unos 320 bombarderos alemanes apoyados por más de 600 cazas remontaron el Támesis y bombardearon el arsenal de Woolwich, los gasómetros de Beckton y numerosos muelles, la central de energía eléctrica de West Ham y luego la City, Westminster y Kensington. Se produjeron grandes incendios en la zona portuaria. Una extensión aproximada de unos dos kilómetros cuadrados entre la carretera de North Woolwich y el Támesis quedó destruida casi por completo. La población civil de Silvertown se encontró cercada por el fuego y fue preciso evacuarla por vía fluvial. A las 19 horas y 10 minutos, unos 250 bombarderos continuaron el ataque, que se mantuvo hasta las cuatro y media de la madrugada del domingo. Produjeron 68 grandes incendios y unos 1.000 de menor importancia. Tres estaciones ferroviarias terminales quedaron inutilizadas. Murieron 430 personas y 1.600 sufrieron graves heridas. Las brigadas de bomberos estuvieron todo el día esforzándose en apagar los incendios y privar al enemigo de una guía segura, pero a las 19 horas y 30 minutos volvieron unos 200 bombarderos para proseguir el ataque. Durante esta segunda noche perecieron 412 personas más y 747 resultaron gravemente heridas. Los daños incluyeron la paralización temporal de todas las comunicaciones ferroviarias con el Sur.

Churchill pronunció este retador juicio sobre Hitler: «Este hombre perverso..., este monstruoso engendro nacido de antiguos errores y vergüenzas, ha resuelto aniquilar nuestra famosa raza de isleños, apelando a la matanza y la destrucción sin distinciones.»

Durante los siguientes 23 días, los aviones de la *Luftwaffe* afluyeron rugiendo desde Calais, para remontar el curso del Támesis hasta la gran metrópoli. A veces llegaban en formaciones apretadas de 250 aparatos, otras en pequeñas escuadrillas de una docena de aviones, para lanzar toneladas de bombas explosivas e incendiarias que pulverizaban los muelles, las casas, las iglesias, las fábricas y los ferrocarriles.

El 13 de septiembre, cayeron varias bombas cerca del palacio de Buckingham, haciendo añicos los vidrios de varios centenares de ventanas de la residencia real y abriendo enor-

mes cráteres en el patio. Dos días después, la *Luftwaffe* lanzó otro gran ataque diurno contra el sur de Inglaterra y Londres. Al principio los ingleses aseguraron que las pérdidas de aviones alemanes en aquel día ascendían a 185 aparatos, pero más tarde redujeron esta cifra a 56.

Sin embargo, la *National Zeitung*, órgano oficioso de Goering, proclamó que «Londres corre hacia su perdición a una velocidad extraordinaria». La DNB, agencia oficial de noticias alemana, publicó este parte del alto mando germano: «A pesar de los cielos cubiertos de nubes, la aviación alemana continuó ayer y la noche pasada sus ataques de represalia contra los objetivos militares de la Inglaterra central y del sur, prestando atención especial a Londres. Las instalaciones portuarias de la capital inglesa sufrieron grandes daños. Nuestros cazas consiguieron la plena supremacía aérea en las batallas libradas sobre el cielo de Londres.»

Londres, a pesar de los golpes que la hacían tambalear, mantenía aún una actitud retadora. Los ingleses contestaban a los ataques, sus artilleros antiaéreos actuaban con destreza y eficacia y la RAF asestaba duros golpes a los invasores. Los periodistas y corresponsales extranjeros se mostraban unánimes en ensalzar la moral de los ingleses bajo aquel *Blitz* aéreo. Mollie Panter-Downes, en su «Crónica de Londres» semanal, presentaba una exacta y objetiva imagen de los hechos en el número del 8 de septiembre del *New Yorker*:

La tranquilidad y compostura que conservan todos los ciudadanos medios continúa siendo sorprendente. Los habitantes de los suburbios, que hasta ayer tuvieron que soportar peores bombardeos que los que viven en el centro de Londres, comentan tranquilamente con sus compañeros de viaje de los trenes de la mañana el tamaño de los cráteres abiertos por las bombas en sus barrios, del mismo modo como en un verano más apacible se hubieran jactado de sus rosas y calabazas. El valor, buen humor y amabilidad que demuestran las gentes del pueblo, continúa siendo algo sorprendente, en unos días que poseen todas las cualidades de las mejores pesadillas.

Desde luego, aquellas muestras de paciencia y fortaleza eran verdaderamente admirables. Pero a los que les demostraban su admiración, los londinenses contestaban: «Esto no es heroísmo ni mucho menos. ¡Lo que pasa es que los ingleses no poseemos imaginación!» Las únicas quejas que se producían encajaban perfectamente con la tradicional flema británica y el humor inconsciente. Un anciano oficial retirado, que residía en Great Snoring, escribió una carta al director de un periódico manifestando que tantos partes de guerra eran malos para los nervios.



«¿Por qué no se nos dan conferencias sobre nuestras históricas y gallardas luchas a favor de la libertad, junto con algunas tranquilizadoras charlas sobre la naturaleza?»

Muchos ingleses se sentían más afectados por la interrupción de las carreras de caballos que por la frecuencia de incursiones aéreas enemigas. El crítico deportivo del *Times* protestó débilmente contra las incursiones diurnas: «Interrupciones como las que ocurren estos días hacen de todo punto imposible que el capitán de un equipo de *cricket* declare terminado su turno, en un momento ni tan siquiera aproximado a aquel que normalmente permitiría terminar con relativa exactitud.»

Los ingleses experimentaban una natural preocupación por la población infantil, que en su mayor parte fue evacuada de Londres. Y esta preocupación también se hacía extensiva a los animales. Muchos se mostraban muy alarmados por el efecto que podía producir el estallido de las bombas en las aves que vivían en las zonas rurales. La prensa de Londres informó gravemente que la Colonia de los Monos del parque zoológico recibió un impacto directo, «pero la moral de los monos no fue afectada por ello». A pesar de la escasez de comida, los ingleses trataban por todos los medios de que sus animalillos domésticos no se muriesen de hambre. A decir verdad, Hitler conocía muy mal el temple del pueblo que quería poner de rodillas.

Helen Kirkpatrick escribió el 9 de septiembre de 1940 un artículo en el *Daily News* de Chicago, en el que decía entre otras cosas:

Londres aún seguía en pie esta mañana... Pero no todo Londres se mantenía intacto... He recorrido zonas del sudeste de Londres que estaban convertidas en montones de escombros y tan destruidas que parecía imposible que aún pudiese haber alguien vivo. Pero aún había gente viva y muy viva, sí, señores... Cerca de una de las numerosas obras maestras de sir Christopher Wren, las casas no eran más que estructuras hendidas con los marcos de las ventanas colgando, mientras que los vitrales de una iglesia estaban rotos en un millón de pedazos... Es casi increíble encontrar personas relativamente tranquilas después de una prueba tan pavorosa. Se perciben algunas muestras de terror, pero nada comparable a lo que presumían los alemanes que iba a ocurrir y, desde luego, nada que haga pensar ni por un momento a los ingleses en la posibilidad de dejar la lucha. El miedo se mezcla hasta tal punto con una profunda cólera, casi imposible de dominar, que es difícil saber dónde termina el uno y comienza la otra. Y por si aún no fuese bastante, todo Londres sonríe, incluso en los barrios donde las bajas han sido más cuantiosas.

El 1.º de octubre, Edward R. Murrow habló por la Radiodifusión de Columbia en los términos siguientes:

En una de las más famosas calles de Londres, hoy he visto trabajar a los soldados entre los escombros de casi toda una manzana de casas. Los hombres estaban casi totalmente blancos de polvo. Algunos llevaban gafas de motorista para protegerse los ojos. Creían que quizá había aún personas enterradas en los sótanos. A pesar de que sonaban las sirenas, ellos seguían tirando de las vigas y levantando los ladrillos que cubrían el lugar donde se hallaban los sótanos.

Esta noche aún siguen trabajando. Los vi poco después de comenzar el ataque aéreo. No prestan la menor atención a los estallidos del fuego antiaéreo, mientras trabajan con la espalda inclinada y se llevan los capazos llenos de argamasa y ladrillos. Unas cuantas excavadoras de vapor, por pequeñas que fuesen, les ayudarían considerablemente para remover los escombros. Pero todos los instrumentos modernos están en lo alto. Aquí, en el suelo, la gente tiene que trabajar con las manos.

Los alemanes revelaron una de sus nuevas armas: la bomba de acción retardada, que los ingleses, amigos de iniciales, pronto bautizaron con la sigla UXB (*unexploded bomb*, o bomba sin explotar). El proyectil permanecía enterrado para estallar más tarde. Los agobiados miembros de la defensa civil no contaban con ningún medio seguro para saber si el proyectil enterrado era una UXB o una bomba ordinaria que no había hecho explosión. Los oficiales y soldados del cuerpo de Ingenieros Reales, que tenían por misión desarmar las UXB, daban pruebas de un valor extraordinario al manejar aquellas máquinas infernales que podían hacerlos pedazos en cualquier momento.

El 12 de septiembre de 1940, una UXB que medía 2'50 m y pesaba una tonelada, se enterró en los cimientos exteriores de la catedral de San Pablo, cerca de la torre del sudoeste. Una brigada para remoción de bombas, trabajando flemática y silenciosamente, hizo un hoyo de casi 10 metros de profundidad alrededor de la bomba, mientras una conducción de gas ardía furiosamente en el centro mismo de la excavación. La tarea requirió casi tres días, pero finalmente la brigada consiguió extraer el diabólico artefacto y transportarlo a las ciénagas de Hackney, donde lo hicieron estallar. Así fue salvada la portada oeste de San Pablo, gracias a esta muestra de valor sobrehumano.

Sus cuantiosas pérdidas aéreas hicieron vacilar la actitud de Hitler, y el Führer, en octubre de 1940, renunció a los bombardeos diurnos para concentrarse en los ataques nocturnos, tácita admisión del fracaso de su ofensiva aérea. Pensó que quebrantaría más la moral de los ingleses interrumpiendo su



sueño, lo cual le permitía al propio tiempo reducir sus propias pérdidas. Afluyendo en enormes formaciones que volaban casi a 10.000 m de altitud, los bombarderos alemanes desplazaron sus ataques de la zona urbana de Londres para dirigirlos a las ciudades industriales de los Midlands, principalmente Birmingham y Manchester. A finales de octubre, los aterradores ataques aéreos nazis empezaron a decaer.

La primera fase de la Batalla de Inglaterra había concluido.

Pero ello no significaba en modo alguno que hubiese terminado. Las incursiones aéreas contra Inglaterra continuaron hasta bien entrado el mes de junio de 1941. Por estas fechas, el grueso de la *Luftwaffe* fue transferido al frente del Este. La noche del 14 de noviembre de 1940, los aviones de bombardeo alemanes, en un ataque que duró desde el anochecer al alba, pulverizaron Coventry, ciudad inglesa de los laboriosos Midlands, por la que lady Godiva había paseado montada a caballo casi 900 años antes para poner fin a una opresión de carácter más local. Manzanas enteras de casas fueron destruidas por las bombas incendiarias y explosivas que cayeron durante el ataque nocturno. La famosa catedral de piedra parda, que se remontaba al siglo XIV, quedó hecha un montón de escombros y argamasa, sobre el que se alzaba su campanario de 100 metros de altura, lo único que se salvó. Aquella vandálica incursión causó más de un millar de víctimas entre muertos y heridos, número en el que no se comprendían las grandes cantidades de personas que quedaron sepultadas entre los escombros, cascotes y maderos humeantes. Fue una noche de terror desencadenado y a partir de entonces las lenguas «cultas» contaron con un nuevo verbo: *coventrizar*.

La noche del 29 de diciembre, Londres tuvo que soportar el ataque más terrible de la guerra, bajo la forma de una tremenda incursión incendiaria, que originó más de 1.500 incendios en el corazón de la City, algunos en lugares tan históricos y antiguos como el Guildhall y ocho iglesias construidas por el arquitecto Wren.

En la primavera de 1941, la *Luftwaffe* concentró sus principales ataques contra los puertos de Hull, Plymouth y Bristol, pero también continuó machacando Liverpool, Manchester y Birmingham. Después de ocho ataques sucesivos, Plymouth quedó convertida en una ruina humeante, aún más destruida que Coventry. Los defensores apelaron a todas las tretas imaginables para desorientar a los alemanes, como incendios falsos, que tenían por misión desviar a los atacantes de objetivos de importancia.

Durante los tres primeros meses del *Blitz* aéreo, 12.696 londinenses perdieron la vida. Se calcula que durante toda la gue-

rra los alemanes dejaron caer 12.222 toneladas de bombas sobre Londres, matando un total de 29.890 personas e hiriendo a más de 120.000. Los alemanes causaron enormes daños materiales, pero nunca consiguieron interrumpir la producción industrial inglesa ni detener la afluencia de barcos procedentes de ultramar. Las pérdidas que se produjeron en la fabricación de material de guerra fueron más que compensadas por la importación de aviones, municiones, pertrechos y vituallas de los Estados Unidos y el Canadá.

Un factor decisivo para ganar la Batalla de Inglaterra frente a la *Luftwaffe*, que era numéricamente superior, estuvo representado por la creación, llevada a término por un equipo de físicos ingleses de la universidad de Birmingham, del magnetron de cavidad resonante, un nuevo y poderoso aparato que se convirtió en el corazón de todo el equipo de radar. James Phinney Baxter III, rector del Colegio Williams, describió más tarde el importantísimo papel que desempeñó este ingenio: «Permitió el desarrollo de las microondas del radar y constituyó el factor más importante para amortizar el Préstamo y Arriendo.» El radar contribuyó no sólo a ganar la batalla de Inglaterra sino también la del Atlántico, los desembarcos en las playas de Normandía y el bombardeo de precisión, que redujo más tarde los objetivos alemanes a cenizas.

La *Luftwaffe* pagó muy caro su exceso de confianza. En *Su hora mejor* (1949), Churchill enumeró las pérdidas de aviones que tuvieron lugar en la batalla de Inglaterra, entre el 10 de julio y el 31 de octubre de 1940:

Cazas perdidos por la RAF (dados de baja o desaparecidos) 915.  
Aviones enemigos destruidos (según informes alemanes) 1.733.  
Aviones enemigos destruidos, según cifras inglesas (mando de los cazas, baterías antiaéreas, globos, etc.) 2.698.

Hitler perdió la Batalla de Inglaterra porque, al pasar de un objetivo a otro, cometió el error elemental de repartir la fuerza de sus ataques en demasiados lugares distintos en lugar de concentrarse cada vez en un solo objetivo. Con gran consternación por su parte, comprobó que la *Luftwaffe* no podía hacer frente simultáneamente a la RAF y al indomable espíritu de resistencia inglés, que en lugar de ablandarse bajo sus tremendos golpes, cada vez se endurecía más.

Los ingleses no desfallecieron jamás. Cuando en diciembre de 1940 se presentó una moción en el Parlamento en favor de la paz, fue inmediatamente rechazada por 341 votos en contra y sólo 4 a favor. Por último el Führer había tropezado con un pueblo que no se doblegaba ante su histórica oratoria ni



ante sus terribles bombardeos, y que podía y quería devolver los golpes.

### EL FRACASO DE LA OPERACIÓN «LEÓN MARINO»

—Ya no existen islas —dijo Adolfo Hitler.

Inmediatamente después de la firma del armisticio con Francia, que tuvo lugar el 22 de junio de 1940, los alemanes iniciaron febriles preparativos para lo que tenía que ser una aventura histórica: la invasión de la fortaleza británica por primera vez desde la conquista normanda de 1066. Felipe II la intentó con su Armada Invencible en 1588, para perder 63 de sus 128 barcos ante la adversa combinación representada por la resistencia inglesa y los temporales. Napoleón Bonaparte contempló durante largo tiempo, con mirada codiciosa, los acantilados de Dover pero, pretextando su tendencia al mareo, tuvo la prudencia suficiente para no intentar la repetición del desastre naval de Trafalgar.

Pero el señor de Berchtesgaden y sus astrólogos estaban seguros de que esta vez las cosas serían diferentes. Nada, ni siquiera la firme resistencia de Albión, podría oponerse a los designios del «más grande alemán de todos los tiempos», que era además «el genio mayor en la historia de la guerra». Aquella nación terca y obstinada tendría que ponerse de hinojos a consecuencia del bloqueo submarino y los devastadores ataques aéreos contra sus puertos, ciudades e industrias. Y entonces los ingleses sentirían el poder de la musculatura nazi sobre su pequeña y preciosa isla.

La operación recibió el nombre cifrado de «León Marino».

Los preparativos se hicieron a la vista de todos. Los puertos de las costas francesas, belgas y holandesas estaban abarrotados de embarcaciones de pequeño calado de todas las clases y condiciones, y en tierra un ejército de obreros trabajaba día y noche. Las tropas alemanas se ejercitaban con el mayor celo en prácticas simuladas de desembarco.

Los ingleses, como es de suponer, no tenían la menor intención de permanecer cruzados de brazos viendo cómo los alemanes reunían sus fuerzas para asestarles el golpe de gracia. Diariamente los pilotos de la RAF lanzaban una lluvia de bombas sobre los puertos ocupados por el enemigo. Corrían rumores de que los ingleses se proponían desbaratar la flota de invasión lanzando grandes cantidades de gasolina sobre la concentración naval para provocar un incendio devastador. Ocurriera lo que ocurriese, una cosa estaba clara: los ingleses replicarían con todos los medios disponibles.

En la orden del día número 16, cursada por Adolfo Hitler al Mando Supremo de las fuerzas armadas con fecha 16 de julio de 1940, podía leerse lo siguiente:

«Como Inglaterra, a pesar de su desesperada situación militar, se ha mostrado reacia hasta la fecha a llegar a un acuerdo con Alemania, he resuelto dar comienzo a los preparativos para invadirla si fuera necesario.

»Esta operación obedece a la necesidad de impedir que la Gran Bretaña sirva de base para atacar Alemania. Por eso, si las circunstancias lo exigen, ocuparemos la isla.

»Por consiguiente, promulgo la siguiente orden...»

La orden del día de Hitler daba a entender claramente que los preparativos para esta empresa debían estar totalmente ultimados a mediados de agosto.

Existían dudas entre los militares profesionales del ejército alemán y entre los marinos de la *Kriegsmarine* acerca de la posibilidad de llevar a término aquel proyecto. Los que se arriesgaron a suscitar otro de los tremendos arrebatos de cólera de Hitler, le indicaron que la *Royal Navy* aún era la dueña de los mares. La campaña submarina, se atrevieron a insinuar, aún no había destruido las mejores unidades navales británicas. Además, la *Luftwaffe* no poseía las potentes bombas capaces de atravesar el blindaje de los gigantes acorazados de Su Majestad. Goering, a pesar de todas sus jactanciosas promesas, no contaba con los suficientes efectivos aéreos para proporcionar una adecuada cobertura a la proyectada invasión. La escuadra y la aviación inglesas podían dar cuenta perfectamente de la flotilla invasora.

El 10 de agosto, Hitler aplazó la operación «León Marino», fijándola para finales de septiembre. El 4 de este mes declaró en un discurso: «Si el pueblo de Inglaterra se pregunta, desconcertado: "¿Por qué no viene?", yo voy a tranquilizarlo ahora mismo, diciendo: ¡Ya viene!»

El 15 de septiembre fue un día aciago para Goering y su *Luftwaffe*. Aquel día, la RAF derribó 56 aviones alemanes. Algo fallaba radicalmente en el plan para ablandar la resistencia inglesa mediante bombardeos. Dos días después, Hitler volvió a aplazar la fecha de la operación «León Marino».

El 21 de octubre, Hitler aplazó a regañadientes todos sus planes concernientes a la operación «León Marino» para el resto de aquel año. La fecha más inmediata para la misma, se fijó en la primavera de 1941. Aquella decisión tuvo una importancia capital, verdaderamente vital para el resultado definitivo de la guerra. Significaba que Inglaterra había ganado el primer



asalto y, como había de verse, aquél debía de ser el asalto decisivo.

Hasta que de pronto, el 22 de junio de 1941, Hitler concentró toda su atención en la Rusia soviética. En su celo por llevar a feliz conclusión la operación «Barbarossa» contra el Kremlin, el Führer olvidó totalmente la operación «León Marino». Hitler aún cosecharía nuevos laureles, pero estaba ya señalado por el destino para sufrir la última y definitiva derrota.

Después de la guerra, el mariscal Erich von Manstein, en su obra *Verlorene Siege* (Victorias perdidas, Bonn, 1955), reveló la importancia que los técnicos militares alemanes otorgaban a la operación «León Marino»:

La conquista de Inglaterra por Alemania hubiera privado al adversario de la base indispensable, al menos en aquellos días, para lanzar un asalto marítimo contra el continente europeo. Iniciar una invasión desde el otro lado del Atlántico sin la posibilidad de utilizar la isla como trampolín, era algo fuera de las posibilidades del enemigo en aquellos días.

Pero la operación «León Marino» no podía realizarse con una buena parte de la *Luftwaffe* caída y desparramada por los campos de Inglaterra. En un chiste del *Punch*, que lleva la fecha del 4 de septiembre de 1940, aparece un labrador que indica unas señas a un transeúnte: «¿Englantine Cottage? Vaya usted camino abajo pasando el *Messerchmitt*; luego hacia la izquierda hasta que encuentre los dos *Dorniers*; allí tuerza hacia la derecha: la casa está inmediatamente después de los primeros *Junkers*.»

## CAPITULO

## VII

### La cuerda salvavidas de Neptuno: La guerra en el mar

*La potencia naval, debidamente entendida, es algo incomparable.*

Winston Churchill: *Their Finest Hour*.

*Todo cuanto concierne al mar es profundo y definitivo.*

Hillaire Belloc: *The Cruise of the «Nona»*.

#### EL HUNDIMIENTO DEL «ATHENIA»

Corría el 3 de septiembre de 1939. Habían transcurrido doce horas exactas desde la declaración de guerra británica. El *Oberleutnant* Fritz-Julius Lemp, comandante del submarino *U-30*, una pequeña unidad de 650 toneladas, se encontraba en aquellos momentos a 250 millas de la costa noroeste de Irlanda. Si la suerte le acompañaba, a él correspondería la gloria de asestar el primer golpe contra Inglaterra.

A través del periscopio, Lemp divisó un barco en posición favorable para el ataque. Al comprobar que se trataba de un buque que navegaba bajo pabellón británico, ordenó que fuesen disparados cuatro torpedos contra el costado del barco,



cláusulas navales sólo le permitían conservar 6 acorazados, 6 cruceros ligeros y 12 lanchas torpederas. No se le permitía tener submarinos. No podía construir buques de guerra, como no fuese para reemplazar a los que ya tenía. Sus efectivos navales quedaban limitados a 15.000 hombres, entre los que se incluía un máximo de 1.500 oficiales.

Durante la época de la República de Weimar, los alemanes asombraron a los expertos navales de todo el mundo al construir tres «acorazados de bolsillo», el *Deutschland*, el *Admiral Scheer* y el *Admiral Graf Spee*. Estas maravillas de la construcción naval, tenían las dimensiones de un crucero pero poseían el poder ofensivo de un acorazado. Los alemanes consiguieron ahorrar peso soldando las planchas en lugar de remacharlas y empleando un blindaje ligero junto a cañones de un tipo nuevo, menos pesado.

El 18 de junio de 1935, Hitler firmó un acuerdo naval con la Gran Bretaña para la construcción de una nueva armada alemana que poseería el 35 por ciento del poderío de la *Royal Navy*. Se autorizó a los alemanes a construir submarinos hasta un 45 por ciento del tonelaje submarino inglés. Este porcentaje ascendió después de 1938 al cien por ciento. Hitler se apresuró a construir sus tres primeros submarinos de la postguerra y ordenó después que se acelerase todo lo posible la construcción de más unidades submarinas.

La opinión pública inglesa había olvidado la amenaza que significó la campaña submarina alemana de la Gran Guerra, pero el Almirantazgo tenía muy buena memoria. En tiempo de guerra, la existencia de Inglaterra dependía de las importaciones de víveres, materias primas y municiones. Había que defender millares de millas de rutas marítimas. Además, había surgido un grave problema muy cercano a la madre patria. Irlanda ayudó a Inglaterra durante la Gran Guerra, pero era seguro que el nuevo Estado Libre de Irlanda no permitiría que la Gran Bretaña utilizase los puertos del Eire en una nueva guerra.

Winston Churchill, que sabía algo de la guerra en el mar, alzó su voz para advertir a la nación que debía mantener su poderío naval. En un discurso pronunciado ante la Cámara de los Comunes, el 16 de marzo de 1939, manifestó su «horror» al enterarse de que se había propuesto el desguace de los acorazados armados con cañones de 38 cm, pertenecientes al tipo del *Royal Sovereign*. Estos acorazados, cinco en número, tendrían que ser desguazados a razón de uno en 1942, otro en 1943 y los restantes en 1944.

«En otros tiempos», dijo Churchill, «yo solía decir que cuando el as ya ha salido, el rey es la mejor carta. Estos viejos bar-

cos aún pueden hacer buen papel... No hay duda de que en cualquier guerra que estalle durante los años próximos, nos veremos obligados a instaurar nuevamente el sistema de los convoyes. [Los cinco *Royal Sovereign*] son precisamente los buques más adecuados para escoltar nuestros convoyes oceánicos... ¿Por qué... tenemos que reducir a chatarra estos grandes barcos?... Ayer me alegré mucho al oír cómo lord Chatfield establecía la sana doctrina de que es deber de la *Royal Navy* buscar y destruir a la escuadra enemiga.»

No hubo, por supuesto, un desarme naval aplicado igualmente a todas las potencias. Cuando estalló la guerra en 1939, los recursos navales aliados eran abrumadores:

	Gran Bretaña	Francia	Alemania
Acorazados	12	5	3
Cruceros de batalla	3	2	2
Cruceros	62	19	4
Portaaviones	7	2	—
Destruyores	178	69	21
Submarinos	56	75	57

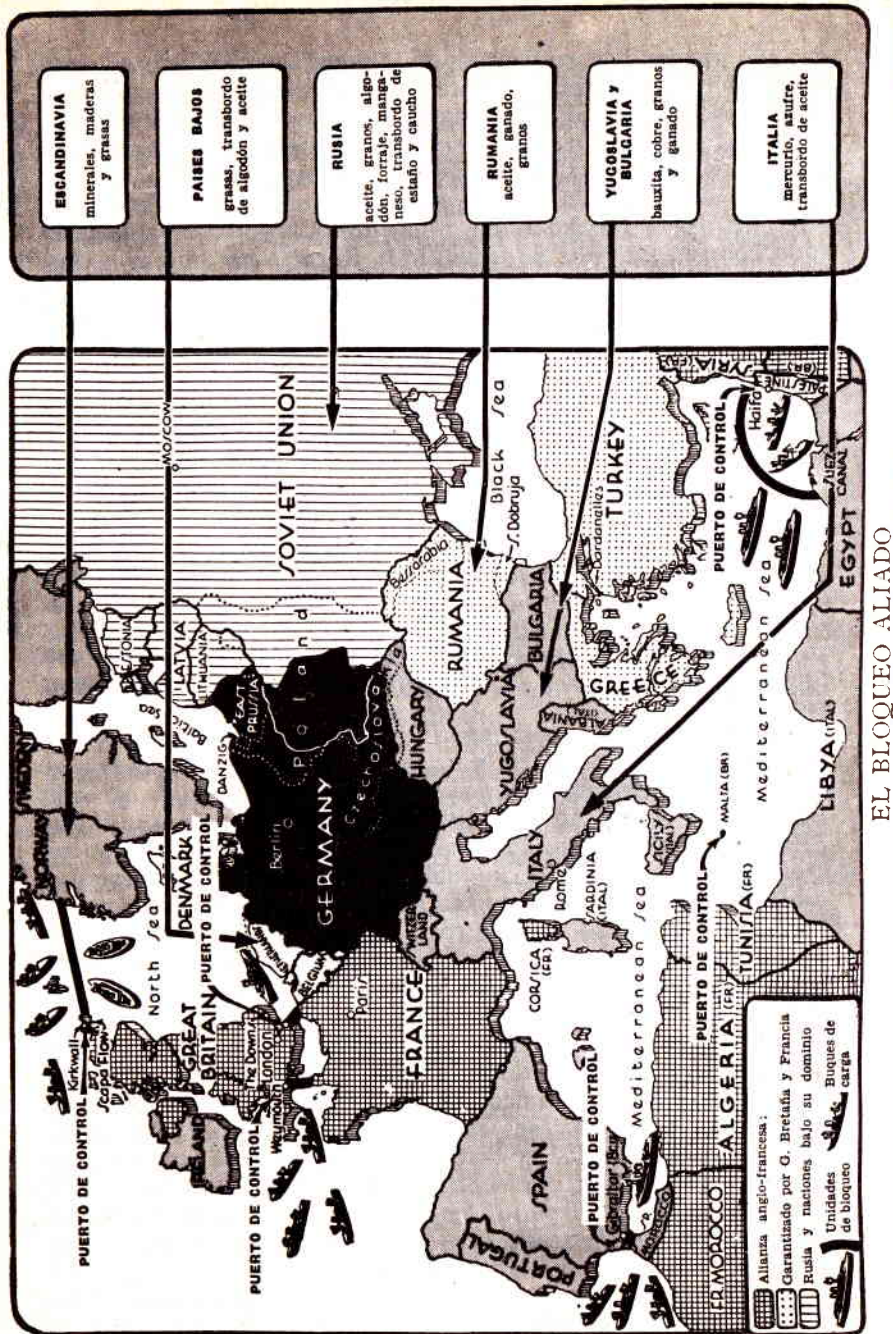
Por su tonelaje de conjunto, sólo la escuadra inglesa era nueve veces superior a la de Alemania: 2.000.000 de toneladas contra 235.000.

Hitler sabía que constituiría un suicidio pretender desafiar la supremacía británica en la superficie de los mares, sin contar con lo que representaba el poderío naval combinado de la Gran Bretaña y Francia. Ambos contendientes comprendían que tendrían que volver a la estrategia de 1914 —bloqueo y contra-bloqueo—, por medio de la cual trataban de estrangularse mutuamente y obligar al enemigo a rendirse por hambre. De nuevo sería una guerra de suministro.

Durante los primeros meses, lo que sucedió en el mar pareció ser una repetición de 1914. A los pocos días, la *Royal Navy* obligó a todos los barcos mercantes alemanes a buscar refugio en sus puertos de origen o en puertos neutrales, donde permanecieron internados durante toda la duración del conflicto. El Almirantazgo británico puso inmediatamente todos los barcos mercantes ingleses bajo sus órdenes. Ambos beligerantes se apresuraron a publicar extensas listas de artículos sujetos a confiscación por considerarlos contrabando de guerra y, como ya era de esperar, los ingleses tuvieron más éxito en impedir que sus oponentes se procurasen tales artículos prohibidos.

El 27 de noviembre de 1939, los ingleses extendieron el bloqueo al prohibir la importación de mercancías alemanas a los





EL BLOQUEO ALIADO

países neutrales y al introducir el sistema de los *navicerts*, controlado por las autoridades británicas en los puertos neutrales. (Los *navicerts* eran certificados extendidos por los cónsules británicos de las ciudades portuarias, en los que se declaraba que el barco en cuestión no transportaba mercancías prohibidas.) Durante los primeros meses de la guerra, los ingleses permitieron que algunos barcos mercantes tocasen en puertos de países neutrales, a pesar de que sabían que muchos de ellos se dirigían después a Alemania. También se permitió a los barcos mercantes que visitasen puertos italianos, pues con estas y otras concesiones, Inglaterra confiaba en mantener Italia al margen de la guerra.

Churchill consideraba la libre utilización que hacía Alemania de las aguas jurisdiccionales noruegas, como el mayor obstáculo para establecer un bloqueo eficaz del Tercer Reich. «Este camino legalmente cubierto», afirmó, «constituye la mayor ventaja con que cuenta Alemania para frustrar el bloqueo.» Los mercantes alemanes que retornaban de ultramar, utilizaban con toda seguridad aquella ruta de 800 millas. Y por si aún no fuese bastante, los barcos cargados con mineral sueco de alta calidad, seguían las aguas jurisdiccionales noruegas hasta el Skagerrak, donde contaban con la protección de la aviación y los campos de minas alemanes.

Durante la guerra de 1914-18, los Aliados convencieron a Noruega para que sembrase de minas sus propias aguas jurisdiccionales, pero a la sazón los noruegos, sin duda temerosos ante la posible reacción de Hitler, se negaron a adoptar medidas similares. Oslo llegó incluso a ordenar a su armada que proporcionase buques de escolta para los mercantes que transportaban el mineral de hierro, so pretexto de que las aguas noruegas estaban abiertas a todo el tráfico legal de los países beligerantes. No había duda de que los noruegos confiaban en el respeto que siempre habían demostrado los ingleses por el derecho internacional. Pero, ¿y los alemanes?

A la guerra naval y submarina venía a añadirse el bloqueo mediante las minas. Como sucedió durante la primera contienda mundial, los ingleses minaron las aguas desde Escocia a Noruega y también las del canal de la Mancha, con el fin de embotellar a los buques de guerra y mercantes enemigos. Los alemanes replicaron sembrando de minas magnéticas (que estallaban por la proximidad de una gran masa metálica, como el casco de un buque) las aguas que se extendían ante las bocas de los puertos ingleses. Estas minas magnéticas hundieron muchos barcos ingleses antes de que los expertos navales descubriesen el cinturón que neutralizaba el campo magnético de las embarcaciones.



Los alemanes, que tenían sus buenos motivos para recordar el lento pero mortífero bloqueo de la Guerra Europea, sólo podían hacer una cosa: construir submarinos y más submarinos para romper el cerco de hierro.

## LA GUERRA SUBMARINA

El almirante alemán Erich Raeder no quería que se repitiesen las discusiones en que se enzarzaron los dirigentes alemanes durante la guerra de 1914-18. Se iniciaría inmediatamente una guerra submarina total e ilimitada, para cortar las líneas vitales de Inglaterra.

La flota alemana de superficie era evidentemente muy inferior a la inglesa. Ello obligó a Alemania a atacar bajo la superficie o desde el aire. Los submarinos, que ya se encontraban dispuestos en diversos puntos del Atlántico, debían atacar inmediatamente con todo su vigor y proseguir el ataque sin desfallecer. Entonces Inglaterra, viendo menguar sus importaciones, cerrarse sus fábricas y morir de hambre a sus hijos, tendría que rendirse al Tercer Reich.

Pero la realidad de la guerra submarina tampoco correspondió a estas esperanzas. Al comienzo de la segunda Guerra Mundial, Alemania contaba con 57 sumergibles, de los cuales sólo 22 se hallaban equipados para operar en el Atlántico. Estos pertenecían al tipo VII, de un desplazamiento de 600 a 1.000 toneladas, velocidad en superficie de 16-17 nudos y en inmersión 8 nudos, y al tipo IX, de 740 toneladas, velocidad en superficie de 18 nudos y sumergidos 7'3-7'4 nudos. Los restantes pertenecían principalmente al tipo II, llamados «troncos ahuecados», que desplazaban un promedio de 250 toneladas, con una velocidad en superficie de 13 nudos y en inmersión de 6'9 nudos, destinados a vigilancia costera o a prácticas y ejercicios.

Con esta modesta flota submarina, los alemanes se disponían a desafiar el poderío de las armadas y flotas mercantes aliadas. Pero, obedeciendo las órdenes de Hitler, se hacían frenéticos esfuerzos para aumentar la flota submarina.

Para los marinos aliados, los submarinos alemanes eran unos monstruos traidores de las profundidades que permanecían al acecho de sus presas y vomitaban sus torpedos sin la menor advertencia previa. Mas para los alemanes, las dotaciones de los submarinos estaban formadas por heroicos hijos de la patria que arriesgaban sus vidas y su integridad física en el tipo más peligroso de guerra. Era imposible, afirmaban, que los comandantes de los submarinos alemanes previniesen a sus víctimas; esto ya había sido intentado durante la Gran Guerra con

desastrosos resultados. Los frágiles cascos de los submarinos podían ser destruidos muy fácilmente, incluso por un mercante de pequeño tonelaje. Esto les obligaba a disparar sus torpedos y huir.

Además, decían los alemanes, la vida a bordo de un submarino era cualquier cosa menos una merienda campestre. La dotación, que acostumbraba a ser de 46 hombres, tenía que dormir por turnos. Todos se hacinaban durante meses enteros en un espacio reducido, sin poder moverse apenas entre la maquinaria, los torpedos y los demás pertrechos. El aire era sofocante e irrespirable, enrarecido con los malos olores procedentes de la sentina, el aceite de los motores *diesel* y los cuerpos sin lavar. En alta mar, el pequeño buque cabeceaba, se balanceaba o daba súbitos bandazos. Y siempre le acechaba la sombra de una muerte repentina causada por las cargas de profundidad, los ataques aéreos o la afilada proa de un veloz destructor.

Los primeros ataques causaron numerosas víctimas. Durante la primera semana de la guerra, por lo menos una docena de barcos mercantes ingleses fueron echados a pique. Los submarinos destruyeron 67 buques aliados durante los dos primeros meses de la guerra. Pero los alemanes perdieron a su vez 20 unidades de su primitiva flota de submarinos de altura.

Los Aliados no tardaron en adoptar el sistema de convoyes que dio tan buenos resultados en 1917 y 1918. Un gran número de barcos mercantes navegaba en una formación cuidadosamente estudiada, vigilados en las cercanías de la costa por la aviación y en alta mar por escoltas de destructores y buques de guerra de mayor tonelaje. Los destructores navegaban describiendo círculos constantes en torno al convoy y al señalar la presencia de un submarino, lo atacaban inmediatamente, mientras las unidades que formaban el convoy se dispersaban para reunirse luego en un punto preestablecido.

Para hacer frente a esta estrategia, el gran almirante Karl Doenitz imaginó la llamada táctica de las «manadas de lobos», en junio de 1941, cuando el número de submarinos de altura ya alcanzaba la cifra de 32 unidades. Tan pronto como el comandante de un submarino alemán establecía contacto con un convoy, comunicaba sus dimensiones, posición, velocidad y rumbo a todos los submarinos germanos que navegaban por los alrededores. Al recibir esta señal, acudían todos para atacarlo. A fin de facilitar la tarea de las manadas, se mantenían en alta mar varios buques auxiliares de tipo especial para proporcionar carburante a los sumergibles y proceder a eventuales reparaciones.

En 1942 los alemanes introdujeron un perfeccionamiento en



la técnica de la «manada de lobos». Al disponer de más submarinos, distribuyeron escalonadamente las manadas a lo largo de la ruta que debería seguir el convoy, sobre centenares de millas. De esta manera, podían mantener el convoy sujeto a sus ataques día y noche, reduciendo al más extremo agotamiento a las tripulaciones de los buques de guerra y los barcos mercantes.

La situación presentaba visos más favorables para los submarinos germanos que durante los días de la Gran Guerra. Entonces, sus bases se hallaban limitadas a una estrecha extensión de costa del mar del Norte. Pero después de la caída de Francia, en 1940, los alemanes pudieron establecer bases para submarinos en todas las costas europeas, desde Noruega a España.

Durante los primeros seis meses de 1942, la flota submarina alemana alcanzó unos efectivos de 101 unidades, de las cuales sólo un promedio de 19 permanecían en sus bases. Durante este período, los alemanes hundieron 585 buques, por un total de tres millones de toneladas. Los sumergibles del Reich alemán batieron su terrible récord a principios de 1943, al hundir 96 barcos en el espacio de veinte días. Pero el colapso de la guerra submarina se inició en mayo de 1943, a consecuencia del prodigioso esfuerzo antisubmarino realizado por los Aliados, que invirtieron miles de barcos, cientos de miles de combatientes y miles de millones de dólares en la lucha contra las «manadas de lobos» que asolaban el Atlántico.

Doenitz reconoció la superioridad aliada el 14 de diciembre de 1943: «El enemigo ha hecho ineficaz la guerra submarina. Ha conseguido este objetivo no mediante una táctica o una estrategia superiores, sino merced a su superioridad en el terreno científico, que se manifiesta en la moderna arma de combate llamada detección. Gracias a ella, ha hecho trizas nuestra única arma ofensiva en esta guerra contra los anglosajones.»

La ventaja fue pasando poco a poco al lado aliado cuando los alemanes vieron que era imposible construir el suficiente número de submarinos para compensar sus pérdidas. Esto, unido a su falta de éxito para contrarrestar los nuevos medios de detección puestos en práctica por los aliados, selló la suerte de la guerra submarina para los alemanes.

Durante los seis años que duró la guerra, los alemanes calcularon haber hundido 2.700 barcos ingleses, aliados y neutrales en el Mediterráneo, el Atlántico y el Océano Índico. Esto les costó la pérdida de 783 submarinos y 32.000 hombres. Doenitz ordenó a los submarinos que continuasen sus operaciones a pesar de las fantásticas bajas sufridas. En sus memorias, *Diez años y veinte días* (1959), refiere orgullosamente cómo las do-

taciones de los submarinos germanos iban hacia la muerte sin pestañear. Entre los que así se perdieron se contaban sus dos hijos y su yerno.

Aunque los alemanes llevaron las de perder en este gigantesco juego del escondite de dimensiones oceánicas, causaron muchos meses de insomnio al Almirantazgo británico. El propio Churchill observó: «Lo único que llegó a asustarme de verdad durante la guerra, fue el peligro submarino. Era nuestro peor enemigo.»

A causa del radio de acción limitado que tenían sus submarinos, los alemanes resucitaron con todos los honores las actividades llevadas a cabo por rápidas embarcaciones de superficie, que habían hundido un tonelaje aliado muy considerable durante la Gran Guerra. El *Emden* echó a pique unas 74.000 toneladas de barcos aliados. El *Altmark*, con 300 prisioneros ingleses a bordo, fue descubierto finalmente por aviones ingleses en febrero de 1940, cuando navegaba siguiendo la costa noruega en busca de refugio. Al penetrar en un fiordo de aguas heladas, el crucero británico *Cossack* no dudó en seguirlo. El capitán del *Altmark* intentó abordar al buque de guerra británico, para hundirlo. En una acción que recordaba los tiempos de la Reina Isabel de Inglaterra, los marineros del *Cossack* se lanzaron al abordaje del barco alemán, vencieron la resistencia enemiga luchando cuerpo a cuerpo, y rescataron a sus camaradas.

El gobierno nazi protestó acaloradamente por mediación de los países neutrales ante «aquella flagrante violación de las aguas territoriales noruegas». Los funcionarios del *Foreign Office* dieron la llamada por respuesta.

#### EL TENIENTE PRIEN HUNDE EL «ROYAL OAK»

El hundimiento del transatlántico *Athenia* no aportó ningún timbre de gloria a los comandantes de los submarinos germanos, que iban en busca de presas más importantes.

El 16 de septiembre de 1939 los alemanes se enteraron de algo que les produjo más satisfacción. El *Kapitänleutnant* Schurhardt encontró al *Courageous*, un barco de 22.500 toneladas que había sido convertido en portaaviones, frente a las costas de Irlanda y lo envió al fondo del Atlántico. Aquello fue un rudo golpe para el poderío naval británico. Esto era lo único que contaba en la guerra naval.

Un mes después, el 4 de octubre, los alemanes realizaron una sensacional hazaña en el mar. El *Leutnant* Prien, que más tarde fue ascendido a *Kapitänleutnant*, y que se hallaba al man-



do del U-47, consiguió atravesar las defensas portuarias de Scapa Flow, la gran base naval escocesa de las Orcadas del Sur, para hundir el acorazado *Royal Oak*, uno de los doce acorazados que poseía Inglaterra.

Los ingleses habían establecido dos clases de defensas para proteger la abrigada dársena de Scapa Flow. La hilera exterior, formada por siete bocanas, estaba defendida por patrullas que navegaban constantemente. En el interior de las diversas rías o abras había un laberinto de redes, cadenas y barcos hundidos. La posibilidad de que un submarino atravesase estas defensas era muy pequeña. En 1918 los submarinos germanos habían intentado por dos veces forzar Scapa Flow, con desastrosos resultados.

El U-47 era un submarino pequeño del tipo VII que desplazaba 517 toneladas y poseía una velocidad limitada. El teniente Prien estudió cuidadosamente los informes del espionaje acerca de las defensas de Scapa Flow, llegando a la conclusión de que el talón de Aquiles de la base se encontraba en Kirk Sound, una de las entradas más pequeñas, protegida por dos barcos hundidos que bloqueaban el canal en su punto más estrecho. Pero si él penetraba navegando lentamente por el canal, aprovechando la fuerte corriente de la marea, que alcanzaba hasta 10 nudos, podría escurrirse junto a los barcos hundidos, para penetrar en la base, causar todo el daño que pudiese en unos minutos y escaparse. Era una misión arriesgadísima.

Prien eligió la noche del 13 de octubre, pues los servicios meteorológicos predijeron oscuridad total y mareas favorables. Resultó que la noche estuvo brillantemente iluminada por la aurora boreal, pero Prien decidió intentarlo de todos modos.

Permaneciendo en la superficie, hizo avanzar el U-47 con el mayor cuidado por el canal de Kirk Sound, en la bajamar, escurriéndose junto a los barcos hundidos. En el interior de Scapa Flow, muy claro a causa de la aurora boreal, se dirigió al fondeadero principal, quedándose sorprendido al hallarlo vacío. Él no podía saber que, mientras se encontraba en las aguas de Pentland Firth esperando que cayese la noche, habían llevado anclas un mínimo de 15 grandes unidades de la *Home Fleet*.

Pero hacia el norte reconoció la silueta del *Royal Oak*. ¡Hermosa presa, después de todo!

Sin moverse de la superficie, Prien apuntó cuidadosamente y envió toda su carga de cinco torpedos contra el blanco. Sólo uno lo alcanzó. Volvió a cargar entonces los cinco tubos vacíos y desde muy corta distancia volvió a disparar contra el *Royal Oak*, que le ofrecía su flanco.

Esta vez los cinco torpedos dieron en el blanco. Las explo-

siones levantaron literalmente al acorazado fuera del agua, en medio de un diluvio de restos, fuego y humo. Más de 800 de los 1.200 hombres que formaban la dotación murieron en su barco. A los pocos minutos, en la base naval reinaba una frenética actividad. Los destructores hendían las aguas de Scapa Flow en busca del intruso; los largos dedos de los reflectores hurgaban el cielo y el mar, y el tableteo de las ametralladoras reverberaba sobre las aguas.

Prien se enfrentó entonces con la parte más difícil de su aventura... la huida de Scapa Flow. Con gran astucia, mantuvo el U-47 cerca de la costa para que su silueta se confundiera con el negro fondo de las montañas vecinas. Después de evitar ser descubierto varias veces por el margen más insignificante, puso proa a Kirk Sound. Allí tuvo que afrontar la impetuosa corriente de la marea, especialmente en los puntos más estrechos del canal. Dio orden de poner el sumergible a toda máquina, pero incluso entonces la corriente estuvo a punto de devolverlo de nuevo a Scapa Flow. Con una tremenda lentitud, avanzando a tientas como un ciego, dejó atrás los barcos hundidos y llegó a la seguridad que le ofrecía el mar abierto. ¡Misión cumplida!

Fue una hazaña atrevida y hábil, como tuvieron que reconocer a regañadientes incluso los propios ingleses. El éxito de Prien se vio facilitado por una afortunada casualidad. Hacía tiempo que el Almirantazgo británico consideraba insuficientes los dos barcos hundidos en Kirk Sound para bloquear el canal, y la misma noche en que el U-47 realizó su atrevida incursión, un tercer barco destinado al desguace era remolcado desde Londres, para añadirlo a los dos que obstaculizaban el paso por el canal.

Los alemanes saborearon las mieles de la venganza, pues en Scapa Flow fue internada la armada germana después de la Gran Guerra, una humillación que aún no habían olvidado los marinos alemanes. Para éstos, la hazaña de Prien fue el primero de los actos de venganza por la batalla de Jutlandia (1916).

En cuanto a Prien, pudo disfrutar por muy poco tiempo de su gloria. El 17 de marzo de 1941 encontró la muerte bajo las aguas del Atlántico, mientras atacaba un convoy.

#### EL HUNDIMIENTO DEL «GRAF SPEE»

Para los Aliados iban a llegar grandes noticias de Montevideo.

El *Panzerschiff Admiral Graf Spee* era el orgullo de la Alemania nazi y el símbolo del creciente poderío naval de Hitler. Botado en Wilhelmshaven en 1934, era el tercero y último de



los acorazados de bolsillo alemanes, astutamente diseñados por los ingenieros navales germanos para rehuir las limitaciones del Tratado de Versalles. Era un milagro de la construcción naval: un acorazado veloz, ligero, provisto de un blindaje tremendo y que poseía una potencia de fuego y un andar superior a todos los buques de su tonelaje.

El *Graf Spee* era tan largo como tres manzanas de casas de Nueva York y tan ancho como una autopista de cuatro pistas. Estaba completamente blindado y contaba con dos cubiertas protectoras. Entre otras armas poseía seis cañones de 28 centímetros, 8 piezas de 15 y 8 tubos lanzatorpedos de 50 cm. Podía navegar a 26 nudos, velocidad de crucero. Se decía que era capaz de dejar atrás a cualquier barco de armamento superior al suyo.

Durante la revista naval de la Coronación, celebrada en 1937 en Inglaterra, Hanson W. Baldwin, corresponsal naval y militar del *New York Times*, describió el *Graf Spee* con estas palabras: «Era un espectáculo que alegraba el corazón de un marino: su esbelta y poderosa silueta, sus líneas elegantes y marineras y su ininterrumpida cubierta principal que se extendía a popa de la torreta posterior.»

Un bello espectáculo, ciertamente, para los marinos en tiempo de paz, mas para los marinos ingleses era una terrible máquina de destrucción y muerte en la batalla. Cuando se iniciaron las hostilidades, el *Graf Spee*, al mando del capitán Hans Langsdorff y con una dotación de 1.107 hombres, zarpó hacia los mares del Atlántico sur para atacar a los barcos mercantes en navegación. Las naciones del hemisferio occidental habían establecido un cinturón de seguridad de 300 millas en torno a sus costas, en el que ningún buque de guerra de los beligerantes podía penetrar. Los nazis, como ya es de suponer, no atendieron la prohibición. Durante dos meses el *Graf Spee* recorrió el Atlántico sur, echando a pique nueve barcos por lo menos.

Para el Almirantazgo, el asunto era grave. A principios de diciembre aconsejó a las autoridades brasileñas que permitiesen la venta de combustible inglés a los mercantes nazis que tocaban en los puertos brasileños. Esta acción no estaba dictada por el altruismo ni se trataba de una medida estúpida. Los ingleses suponían acertadamente que aquellos barcos cargados de combustible tenían por misión ir a repostar los barcos de guerra alemanes en alta mar. El plan consistía en seguirlos hasta el lugar de la cita.

La mañana del 13 de diciembre de 1939, la esbelta silueta del *Graf Spee*, que hendía las aguas del Atlántico con su tajar como un cuchillo gigantesco, surgió del horizonte a la altura

de la costa del Uruguay. Pero esta vez, en lugar de encontrarse con un adversario débil y aislado, se tropezó con tres cruceros ingleses que habían salido en su busca: el *Exeter*, de 8.390 toneladas, el *Achilles*, de 7.030 toneladas y el *Ajax*, de 6.985 toneladas, los tres, barcos de mucho andar.

Aquello era más de lo que esperaba el capitán Langsdorff, pero no obstante se lanzó al ataque. A la luz incierta del amanecer sólo distinguió al *Ajax*, pero no tardó en encontrarse rodeado por tres buques de guerra británicos.

Los tres cruceros ingleses dispararon andanada tras andanada contra el *Graf Spee*. El acorazado alemán, al comprobar que los cañones del *Exeter* le causaban grandes daños, asestó sus baterías contra éste. Al cabo de cuatro horas, el más pesado de los cruceros británicos quedaba reducido al silencio.

Bajo cubierta, encerrados en el sollado del *Graf Spee*, sesenta marineros ingleses, prisioneros procedentes de los barcos mercantes hundidos por el acorazado alemán, prorrumpían en vítores y cánticos jubilosos cuando el buque germano retemblaba bajo los golpes de la artillería inglesa.

El combate naval duró 14 horas. Aunque parecía hallarse en bastante buen estado, el *Graf Spee*, que seguía recibiendo las andanadas del *Achilles* y el *Ajax*, forzó las máquinas y puso rumbo al Sudoeste, en busca de un puerto donde refugiarse.

Los cruceros ingleses lo siguieron hasta el puerto de Montevideo, pues el *Graf Spee* pretendía refugiarse en aguas neutrales. Llevaba a bordo más de 30 hombres muertos y unos 60 heridos.

La última fase de la batalla se desarrolló a la vista de la costa uruguaya. Millares de personas escucharon la voz atrojadora de las grandes piezas de artillería y vieron las tremendas nubes de humo que brotaban de los buques trabados en mortal combate.

En Montevideo, la dotación del *Graf Spee* dio sepultura a treinta y seis de sus camaradas y hospitalizó a los heridos. Varias brigadas de trabajadores iniciaron apresuradamente diversas tareas de reparación en el maltrecho acorazado. Aunque el capitán Langsdorff pidió un mínimo de quince días para terminar las reparaciones, el gobierno uruguayo le comunicó, con fecha del 15 de diciembre, que tenía sólo dos días para abandonar el puerto, o de lo contrario sería internado con su tripulación. Protestando ante la decisión uruguaya, Langsdorff ordenó que fuesen embarcadas vituallas y pertrechos procedentes del mercante alemán *Tacoma*, que se hallaba también fondeado en el puerto.

Mientras tanto, los cruceros británicos, apostados frente al



puerto, patrullaban en espera de que saliese el acorazado. Otras unidades navales británicas se dirigían a toda máquina hacia Montevideo a pesar de hallarse a varios días de distancia. Los ingleses, actuando con su astucia acostumbrada, lanzaron y difundieron falsos mensajes por radio, en los que comunicaban la presencia de grandes fuerzas navales muy cerca del escenario de la acción. Langsdorff debió suponer que toda la *Royal Navy* se lanzaba sobre su esbelto acorazado.

Durante cinco días la situación se mantuvo indecisa. ¿Qué sería del *Graf Spee* y su dotación? El mundo entero se hallaba pendiente del desenlace que tendría aquel drama sensacional. ¿Saldría el *Graf Spee* hacia alta mar para desafiar el poderío naval británico?

La respuesta a estos interrogantes se produjo a las seis de la tarde del domingo, día 17 de diciembre de 1939. El *Graf Spee* levó anclas y empezó a maniobrar con indecisión por el Río de la Plata, observado por unas 300.000 personas desde la orilla. A la luz mortecina del crepúsculo, los millares de espectadores esperaban presenciar un combate naval.

El acorazado alemán aminoró de pronto la marcha, para detenerse finalmente. Los remolcadores que lo acompañaban se alejaron. Después se elevó hacia lo alto una columna de humo negro, que surgía del centro del barco. Brotaron lenguas de fuego. El fragor de las explosiones atronó los ámbitos. Cuando el incendio se extendió, el acorazado escoró a una banda, tembloroso. A los tres minutos su casco se posaba en el fondo.

El capitán Langsdorff y los demás miembros de su dotación se pusieron a salvo a bordo de otras embarcaciones. Antes de abandonar su barco — fue el último en hacerlo — Langsdorff envió un amargo cablegrama al gobierno uruguayo en el que decía que la negativa a permitir la estancia del *Graf Spee* en el puerto «hacía necesario hundirlo cerca de la costa y poner a salvo su dotación». Langsdorff y sus hombres fueron internados.

A primeras horas de la mañana del 20 de diciembre, el capitán Langsdorff, veterano de Jutlandia, permanecía sentado en su habitación del Arsenal Naval de Buenos Aires. Después de envolverse en la bandera de la antigua armada imperial alemana (rechazando así implícitamente a la armada nazi), se cerró un tiro en la cabeza. Había cometido el error inicial de buscar refugio en el Río de la Plata. Y después, en lugar de intentar la huida combatiendo, se sometió a las decisiones dictadas por los políticos.

El propio Hitler había ordenado que fuese hundida la obra maestra de la marina alemana antes que verla humillada en la derrota y, más probablemente, para evitar que se conociesen los detalles secretos de su armamento y construcción. El Führer

montó en uno de sus famosos arrebatos de cólera cuando le llegó la aciaga nueva de Montevideo. Ordenó entonces hundir el acorazado... como único medio de salvar el honor en la primera batalla naval de la guerra.

Fue el final espectacular y teatral de una breve pero destructora carrera. Los expertos navales y los estrategas de todo el mundo tuvieron palabras muy duras para la decisión de Hitler de destruir su acorazado. El *Graf Spee*, afirmaron, había entrado en el puerto de Montevideo a toda máquina y con sus torretas aún intactas. Si hubiese salido para medirse con las fuerzas navales inglesas, tal vez hubiera terminado también hundido, pero hubiera tenido una muerte gloriosa.

Para las naciones aliadas, el fin del *Graf Spee* significó una nota gozosa y esperanzadora en una época en que sólo llegaban malas noticias desde los frentes de batalla.

#### EL HUNDIMIENTO DEL «BISMARCK»

Los buques de guerra alemanes de superficie causaron cuantiosas pérdidas a la flota mercante británica. Pero a fines de mayo de 1941 los alemanes experimentaron un grave revés en el curso de uno de los mayores combates navales de la guerra. El superacorazado *Bismarck*, orgullo de la marina alemana, junto con el *Prinz Eugen* y otras unidades menores, abandonó su escondrijo, situado en un fiordo próximo a Bergen, para atacar los convoyes británicos.

Los aviones de reconocimiento ingleses destinados a esta misión concreta, reconocieron a los enormes buques de guerra enemigos y fueron enviadas a su encuentro varias unidades de la *Home Fleet*. El H. M. S. *Hood*, un gigantesco crucero de batalla, se hallaba en las proximidades de la ruta que seguían los convoyes del Atlántico. Recibió órdenes de cerrar el paso al enemigo.

Los grandes buques de guerra se encontraron a la altura de las costas de Groenlandia la mañana del 24 de mayo. Al poco tiempo de iniciarse el combate, el *Hood* recibió un impacto directo y se fue a pique.

J. R. N. Nixon, un corresponsal de la *Reuter*, testigo presencial del combate, lo describió en los siguientes términos:

De pie en el puente de uno de los buques de Su Majestad, vi como el *Hood* se hundía a 200 ó 300 metros de nosotros, con sus cañones sin dejar de disparar. El fin del poderoso *Hood* constituyó una pesadilla casi increíble. Poco después de iniciado el combate, varias granadas alcanzaron al crucero de batalla, que entonces acababa de cumplir sus veintiún años de servicio. Se produjo un vi-



vísimo resplandor y el barco saltó por los aires, pues sin duda tuvo la mala suerte de que una granada alcanzase la santabárbara, protegida por un blindaje relativamente débil. Varios fragmentos del casco fueron proyectados a docenas de metros de altura y a los pocos minutos sólo quedaba una mancha de humo sobre las aguas y algunos restos de naufragio. Poco después, el buque de guerra *Prince of Wales* fue alcanzado por un proyectil naval de 38 centímetros pero los daños causados fueron escasos.

El *Prince of Wales*, junto con los cruceros *Suffolk* y *Norfolk* y los destructores de escolta, continuaron martilleando al *Bismarck*, el cual, a su vez, causó daños al *Prince of Wales*.

Aprovechándose de la nieve, la bruma y de los chubascos propios de las aguas árticas, el *Bismarck* y los otros buques de guerra teutones se escabulleron, eludiendo el acoso de las unidades navales británicas.

Entonces comenzó una extraordinaria persecución a lo largo de 1.750 millas. El *Bismarck*, que desapareció durante 31 horas, se dirigió sin duda a la seguridad que le ofrecía un puerto francés, probablemente Saint-Nazaire o Brest.

En Londres reinaba una moderada excitación. El Almirantazgo británico, que había seguido el combate naval por radio, difundió órdenes a puntos tan distantes como Terranova y Gibraltar, según las cuales todos los buques de guerra disponibles debían converger hacia aquella zona para perseguir al *Bismarck*. Mientras tanto, el acorazado alemán, con su radio enmudecida, se deslizaba como un barco fantasma entre los témpanos flotantes.

Dos días después, los tripulantes de un avión «Catalina» de construcción norteamericana distinguieron el acorazado fugitivo. Aquello significó la sentencia de muerte para el barco que era honra y prez de la armada hitleriana. Aviones, destructores y unidades pesadas empezaron a estrechar el círculo.

A los pilotos del portaaviones inglés *Ark Royal*, la noticia les parecía demasiado buena para ser cierta. La prensa nazi había comunicado reiteradamente el hundimiento del *Ark Royal*; entonces se ofrecía una oportunidad providencial a sus tripulantes para demostrar que los rumores acerca de la destrucción de su barco eran algo exagerados.

El 26 de mayo, despegaron del *Ark Royal* varios aviones que transportaban torpedos con la misión de hostigar al *Bismarck* hasta que las unidades británicas pudiesen acercarse al acorazado. Los aviones soltaron su mortífera carga. Un torpedo de fabricación norteamericana alcanzó al *Bismarck* en el centro del casco y un segundo torpedo estalló en la popa del acorazado, dañando el timón y obligando al gigantesco buque a navegar en círculo, sin poder rectificar el rumbo. El acorazado alemán

también tuvo que reducir considerablemente su velocidad, al intentar en vano eludir a sus perseguidores.

A la sazón el *Bismarck* se encontraba exactamente a 400 millas de la costa francesa. Durante la noche, varias unidades navales ligeras y destructores británicos, dirigidos por el *Cosack*, alcanzaron al monstruo tullido y lo cubrieron con un diluvio de proyectiles.

A la mañana siguiente, el poderoso *King George V* y el *Rodney* aparecieron en escena. Un testigo presencial refirió que las andanadas de las piezas de 36 y 41 cm «perforaban el blindaje Krupp como si fuese queso». El *Bismarck* cabeceaba en el mar como un boxeador *groggy*, incapaz de protegerse. Tenía la cubierta abarrotada de restos. Densas nubes de humo de cordita amarillento envolvían al buque moribundo.

La mañana del 27 de mayo, el *Bismarck* era un pecio a la deriva con su obra muerta destruida y sus gigantescos cañones apuntando en las direcciones más inverosímiles. De los tremendos agujeros abiertos en sus costados surgían grandes llamaradas. Su dotación, presa del pánico, se arrojaba a las aguas del Atlántico, prefiriendo morir ahogados que quemados.

El *Dorsetshire*, el último navío británico que disponía aún de torpedos, se acercó al *Bismarck*. Otros tres torpedos hicieron explosión en las entrañas del acorazado, ya herido de muerte. Con el pabellón enarbolado, el *Bismarck* escoró lentamente a babor, dio la vuelta completa y desapareció bajo las aguas. Eran exactamente las 10'40 de la noche.

El *Dorsetshire* y el *Maori*, que recibieron la misión de recoger a los supervivientes, no pudieron echar al agua los botes salvavidas a causa del estado de la mar. Pero arrojaron cabos a los naufragos y tendieron escalerillas por los costados. Así se consiguió rescatar a un centenar de hombres. Los dos barcos ingleses se apresuraron a alejarse al saber que un submarino merodeaba por los alrededores.

La destrucción del gran acorazado alemán se produjo precisamente en el momento psicológico adecuado para levantar la moral de los ingleses, pues en aquellos mismos instantes se procedía a la evacuación de las tropas británicas de Creta. Y aún más, esto significó que la pérdida del *Hood* había sido vengada. Las bajas totales que sufrieron los ingleses en esta acción (exceptuando el H. M. S. *Hood*) ascendieron a 25 hombres muertos y 13 heridos.

El Almirantazgo británico, los ingleses en general y el mundo entero comprendieron por primera vez la importancia que tenía el arma aérea, incluso en la guerra naval.



## LA CARRERA PARA CONSEGUIR NUEVAS ARMAS

Los alemanes comenzaron a utilizar la mina magnética, que fue su primera arma secreta, inmediatamente después de iniciarse las hostilidades. Durante las primeras semanas se registraron algunos hundimientos inexplicables, sin que se hubiese señalado la presencia de submarinos en las cercanías. Sin duda los alemanes utilizaban un arma nueva que no podía rastrearse por los medios acostumbrados. En Londres existía gran preocupación. Todos los barcos que surcaban las aguas inglesas se hallaban en peligro. Los hundimientos aumentaban en unas proporciones alarmantes.

Los ingleses averiguaron, mediante un prisionero de guerra, que los alemanes habían creado un nuevo tipo de mina magnética. Pequeños submarinos costeros de 250 toneladas, que transportaban media docena de minas en lugar de su carga acostumbrada de torpedos, se dedicaban a fondearlas. Los alemanes también las lanzaban desde aviones, sujetas a paracaídas. De forma cilíndrica y de una longitud algo superior a los 2 metros, fabricadas en una aleación de aluminio, pesaban aproximadamente media tonelada y estaban cargadas con 300 kilos de T. N. T. Las minas quedaban depositadas en el fondo y, al carecer de cables, no podían rastrearse ni hacerse estallar por el medio acostumbrado. Estas minas hacían explosión cuando pasaba sobre ellas el casco metálico de un buque que creaba un campo magnético propio y actuaba sobre la aguja magnética de la mina, estableciendo un contacto eléctrico que la hacía estallar. Tales armas diabólicas fueron lanzadas en grandes cantidades en las rutas de navegación, especialmente en el canal del Norte, el canal de San Jorge, las entradas del canal de la Mancha y el estuario del Támesis.

Había que adoptar medidas inmediatas para neutralizar aquellas minas magnéticas; de lo contrario, el tráfico marítimo con Inglaterra podía quedar paralizado. Resulta casi increíble la forma en que los ingleses resolvieron el problema. Ante todo era necesario recuperar y estudiar una mina intacta. El 23 de noviembre de 1941, el Almirantazgo supo que los centinelas nocturnos apostados a orillas del estuario del Támesis, habían visto cómo un avión alemán lanzaba un objeto misterioso cerca de la playa. A la mañana siguiente se descubrió. Los expertos navales, llamados a toda prisa, examinaron cuidadosamente las dos minas después de fotografiarlas desde todos los ángulos; los técnicos, jugando con la muerte, les quitaron cuidadosamente las espoletas.

Winston Churchill les ordenó acto seguido: «Hallad la solución. ¡Trabajad noche y día, pero hallad la solución!»

Lo que sucedió entonces fue algo sencillamente fenomenal. Los técnicos desmontaron completamente las preciosas minas y antes de doce horas dieron al Almirantazgo no sólo el secreto de su construcción, sino también el medio de neutralizarlas. Con cierta ironía mezclada con un júbilo que no podían ocultar, aplicaron el principio del flujo magnético, descubierto precisamente por un sabio alemán, Karl Friedrich Gauss (1777-1855), para neutralizar la mortífera acción de la nueva arma. Sencillamente, reducirían el campo magnético propio de cada barco descargando una poderosa corriente eléctrica a intervalos periódicos a través de un cable que rodearía el casco del buque, a nivel de la cubierta superior.

No tardaron en afluir kilómetros de cable de las fábricas a los puertos, donde se instalaban en los buques de guerra y mercantes. Así, en un tiempo verdaderamente récord, los buques aliados fueron inmunizados contra la primera gran arma secreta alemana.

La batalla de la detección había empezado.

Los alemanes, en vista del fracaso de la mina magnética, utilizaron la mina acústica, en la que un hidrófono capta las ondas sonoras emitidas por la hélice del buque y las convierte en impulsiones eléctricas, que, a través de un relé, hacían estallar la mina. Los Aliados contrarrestaron la acción de esta mina remolcando cajas de resonancia emisoras de fuertes vibraciones, que hacían explotar las minas a distancia suficiente para que resultaran inofensivas.

La localización de los submarinos era una cuestión de importancia primordial. Los hombres de ciencia aliados inventaron instrumentos tan delicados, que incluso podían oírse las voces de los tripulantes de los submarinos sumergidos. El «sonar» (*Sound Navigation and Ranging*), también llamado ASDIC por los ingleses (*Anti-Submarine Detection Investigating Committee*), creado poco después de la Gran Guerra, fue considerablemente mejorado. Este instrumento, conjuntamente con los hidrófonos, revelaba la presencia de los submarinos o las minas por medio de vibraciones ultrasónicas que se reflejaban en los objetos. Los alemanes replicaron revistiendo sus sumergibles de una fina cubierta de caucho para que en ella se extinguiesen los sonidos.

Lo más importante de todo fue la carrera para mejorar el radar (*radio detection and ranging*). Los técnicos de todos los países conocían los principios en que se basaba la radiolocalización y trabajaban febrilmente para perfeccionarla. El radar era un ingenioso aparato que emitía y enfocaba un haz de



energía muy concentrada en una dirección determinada. Los impulsos emitidos, formados por corrientes de ondas ultracortas, son reflejados en parte por el blanco, siendo recogido este «eco» por la antena receptora, lo cual permite fijar la distancia y dirección de cualquier objeto con el que interfieran estas ondas. Este ojo electrónico puede ver a través de la oscuridad, la niebla, el agua o las nubes. Las instalaciones costeras, los buques de la armada y los barcos mercantes ya estaban equipados con el enorme y engorroso aparato, provisto de su gran antena parabólica. En la primavera de 1939 los ingleses ya habían establecido 18 estaciones de radar desde Dundee a Portsmouth, en las que durante seis años se montó una guardia ininterrumpida de día y de noche. Estas estaciones, con sus enormes antenas — los perros guardianes contra las incursiones aéreas — prestaron grandes servicios a Inglaterra en la guerra aérea.

¿Pero podía desempeñar el radar un papel importante en la lucha decisiva contra los submarinos?

En este terreno, a los sabios alemanes les esperaban algunas sorpresas desagradables. En sus investigaciones en el terreno de la radiolocalización se veían obstaculizados al depender de las órdenes directas de Hitler, quien, en su impaciencia, decretó que no se continuasen las investigaciones científicas incapaces de producir un resultado concluyente en menos de un año. Además, los sabios alemanes cometieron el error de concentrar sus esfuerzos en las longitudes de ondas *decimétricas* en lugar de tratar de emplear ondas cortas *centimétricas*, como hicieron los aliados. Este error había de resultar fatal para ellos.

Hasta el mes de junio de 1942, los comandantes de submarinos alemanes consideraban seguro el emerger durante la noche para recargar las baterías o atacar un convoy. Pero a partir de entonces se quedaron confundidos al ver que los aviones aliados no tenían ninguna dificultad para localizarlos, iluminándolos con sus focos y procediendo luego a atacarlos. En julio fueron hundidos una docena de submarinos alemanes y otros quince en agosto, casi siempre a consecuencia de repentinos ataques aéreos. Los alemanes no tardaron en comprobar que los aviones atacantes emitían radiaciones de ondas ultracortas mientras buscaban a sus presas. No había duda de que utilizaban el radar, pero ¿cómo era posible que pudiesen colocar en sus aviones aquellos enormes equipos con sus grandes antenas parabólicas?

Los alemanes trataron de neutralizar el radar aliado instalando en los submarinos pequeños aparatos receptores llamados «metox» nombre de la empresa que los fabricaba, junto con pequeñas antenas en forma de cruz que fueron llamadas

«cruces de Vizcaya». Este aparato funcionaba acústicamente. Tan pronto como el submarino emergía, se hacía girar la antena en todas direcciones, mientras en el interior del buque un observador permanecía sentado ante un receptor «metox», esperando oír el zumbido de los aviones que se acercaban. Así que se escuchaban los impulsos reveladores, el comandante daba la orden de soplar los tanques y el submarino se hundía como una piedra. Durante algún tiempo esto pareció dar grandes resultados.

Hasta que vino lo que los alemanes llamaron tristemente el Mayo Negro de 1943. Durante aquel mes, fueron hundidos 43 submarinos. Incluso los que estaban provistos de «metox» eran descubiertos y destruidos. Acaso los aviones enemigos interceptaban las oscilaciones del «metox» y las seguían hasta su objetivo. Desde Kiel se dieron órdenes de que se abandonasen todos los aparatos de «metox».

Pero la destrucción continuaba. Los sabios, los ingenieros y los técnicos alemanes hallaron finalmente la solución al montar lo que parecía ser un instrumento insignificante procedente de un avión inglés medio destruido. Era una maravilla mecánica, un radar en miniatura que funcionaba sobre la longitud de onda increíblemente corta de nueve centímetros.

¡De modo que era eso! Un equipo de radar centimétrico y no decimétrico... Para mayor ironía, el tubo de rayos catódicos era una versión del tubo de Braun, inventado por un sabio alemán. Con este ingenioso aparato, los ingleses habían roto el espinazo de la campaña submarina alemana.

Después de mostrar los colmillos de su arma más eficaz, los alemanes, desesperados, se esforzaban en construir sumergibles cada vez mejores. Botaron submarinos de más tonelaje, de esbeltas formas y con la torreta muy reducida, la artillería antiaérea más poderosa y los más perfectos aparatos de localización del radar. Lo más eficaz resultó ser el nuevo *Schnorkel* (una palabra de argot que significaba *nariz*), un tubo que asomaba fuera del agua formado por dos secciones, una para la ventilación y la segunda para la expulsión de los gases del escape de los motores. Este nuevo aparato permitió a los submarinos recargar sus baterías y renovar su viciada atmósfera sin necesidad de emerger a la superficie durante semanas enteras.

Pero ya era demasiado tarde. Los Aliados habían ganado la batalla de los mares.



febrero, formado cada uno de ellos por unos 35 barcos ingleses y norteamericanos. Pero antes presentó al Kremlin una lista de agravios que debían ser reparados, como, por ejemplo, que se permitiesen reforzar los efectivos navales en el Norte de Rusia, que se concediesen visados al personal que iba a ser enviado allí y que se levantasen las restricciones y la censura que pesaban sobre la correspondencia particular. Añadió que aquello no era un contrato ni un acuerdo, «sino más bien una declaración de nuestra solemne y grave resolución».

Stalin replicó tercamente que el envío de abastecimientos a Rusia constituía una «obligación» en la lucha común contra la Alemania hitleriana, pero aceptó las condiciones, si bien a regañadientes, aunque estipulando que Rusia tenía que gozar de un régimen de «reciprocidad». Después de varias discusiones muy espinosas, se acordó reanudar el envío de convoyes en noviembre de 1943.

Esto indica hasta qué punto era difícil colaborar con los rusos en una guerra contra un enemigo común. A causa de la deformación que había impreso el comunismo a todas las cosas, Stalin libraba una guerra dentro de otra. Su alianza con el Occidente era sólo temporal, porque, según la teoría marxista-leninista, no podía haber paz hasta la completa liquidación del mundo capitalista. Aceptaría la ayuda de Occidente, pero se reservaría el derecho de rebanar el gaznate a sus bienhechores llegado el día.

Los convoyes que se dirigían a Rusia iban escoltados por fuerzas navales. Además, a fin de tender una trampa a los corsarios alemanes, una flota formada por unidades pesadas de la *Royal Navy* seguía un rumbo paralelo al del convoy, pero a considerable distancia de éste. El convoy que zarpó en diciembre de 1943 había de traer suerte a los ingleses. Salió del puerto protegido por una fuerte escolta formada por tres cruceros, el *Belfast*, el *Norfolk* y el *Sheffield*, 14 destructores y un cinturón de corbetas y unidades menores. A cierta distancia hacia el Sudeste navegaban el acorazado *Duke of York*, el crucero *Jamaica* y cuatro destructores, todos bajo el mando del almirante sir Bruce Fraser, comandante supremo de la *Home Fleet*.

Los agentes secretos alemanes comunicaron inmediatamente a Kiel la partida del convoy. El gran almirante Karl Doenitz cayó incautamente en la trampa. Al atardecer del día de Navidad de 1943, envió al *Scharnhorst* con una escolta de 5 destructores — el acorazado germano se encontraba en el fiordo de Alten — a la conquista de lo que parecía una presa segura... y que, en total, representaba medio millón de toneladas. Tenía gran confianza en el *Scharnhorst*, un crucero de batalla de 26.000 toneladas armado con cañones de 28 cm. Con su andar de 29

nudos, era más rápido que cualquier acorazado británico. ¡El Führer recibiría buenas noticias!

Las formaciones enemigas se encontraron a unas 150 millas al norte del cabo Norte. De acuerdo con el plan convenido, los lentos barcos que formaban el convoy viraron a una banda, mientras los cruceros ingleses se arrojaban sobre el *Scharnhorst*, como si no supiesen que el buque alemán podía arrojar más metal en una sola andanada que los tres cruceros juntos.

En el rápido duelo artillero, tanto el *Scharnhorst* como el *Norfolk* resultaron alcanzados. El grueso de la escuadra inglesa recibió un mensaje en el que se le ordenaba dirigirse al lugar del combate.

De pronto, el *Scharnhorst* dio media vuelta y desapareció en el crepúsculo, poniendo rumbo al Sur en la mar tempestuosa. Los cruceros, partieron a toda máquina en su seguimiento, semejantes a sabuesos cuyos ojos de radar no se apartaban de su presa. Mientras tanto, la poderosa escuadra del almirante Fraser avanzaba hacia el Norte a toda máquina y en formación de combate.

A las 4'17 de la tarde, el radar del *Duke of York* localizó al *Scharnhorst* a 20 millas de distancia. Rompiendo el mutismo de la radio, Fraser ordenó al *Belfast* que «iluminase al enemigo con una granada-estrella». Cuando ésta estalló a gran altura eran las 4'50 de la tarde y en el centro de la zona iluminada se veía la tentadora silueta del buque de guerra nazi.

Tras la ordenada labor de equipo que siguió, se hallaban siglos de tradición naval inglesa. El *Duke of York* abrió el fuego desde 12.000 metros. Sus cinco cañones de 35 cm enviaron más de tres toneladas de acero ardiente a través de los aires «como un tren expreso enloquecido», según comentó un observador. Al propio tiempo, los destructores ingleses se fueron acercando más y más a su presa, dispuestos a rematarla.

Esto era más de lo que esperaban los alemanes. El *Scharnhorst* puso rumbo al Este y con sus cañones vomitando fuego, apeló a su velocidad para huir de sus enemigos. Pero el acorazado germano ya estaba mortalmente herido. A las 7 de la tarde empezó a aminorar su marcha. Todos los buques ingleses forzaron las máquinas para lanzarse sobre el *Scharnhorst* y hacerlo pedazos desde corta distancia. Los osados comandantes de los destructores colocaron sus buques de rápido andar a 2.000 metros del enemigo y enviaron torpedo tras torpedo hacia los costados del monstruo moribundo, que ya era una masa de llamas.

Por último, el *Scharnhorst* se tumbó cansadamente sobre un costado, escupiendo fuego y humo, y se hundió.

Los destructores ingleses corrieron a recoger a los supervi-



vientes. Sólo pudieron sacar de las aguas a 36 hombres de los 1.970 que formaban la dotación del buque, entre oficiales y marinería.

### EL FIN DEL «TIRPITZ»

El poderoso *Tirpitz*, un goliath de 42.000 toneladas, capaz de navegar a 31 nudos, armado con ocho cañones de 38 cm, gran número de baterías menores y tripulado por una dotación de 2.200 hombres, era el único acorazado alemán que aún subsistía. Su hermano gemelo, el *Bismarck*, había sido capturado y hundido por los ingleses en mayo de 1941. A principios de 1942 era uno de los acorazados que aún le quedaban a Alemania y fue enviado a las aguas noruegas. Era otra espina clavada en la carne del león británico.

El 6 de marzo de 1942, el *Tirpitz* salió a toda máquina de su fondeadero noruego para atacar por primera vez un convoy que se dirigía a Murmansk. Pero no consiguió encontrarlo. Tres días después, fue localizado por aviones ingleses. Los pilotos de la RAF enviaron unos 20 torpedos hacia el rápido acorazado alemán, pero ninguno de ellos dio en el blanco. Con sus baterías antiaéreas de cuatro cañones, el *Tirpitz* levantó una barrera de fuego que derribó una docena de los aviones atacantes. Después se alejó a 28 nudos, desapareciendo en dirección a Narvik.

Los servicios de información inglesa no tardaron en saber que el *Tirpitz* había regresado indemne a su fondeadero del fiordo de Alten. En septiembre de 1943, escoltado por el crucero de batalla *Scharnhorst* y diez destructores, el *Tirpitz* participó en una devastadora incursión contra las bases aliadas de Spitzberg.

La noche del 23 de septiembre, dos submarinos de bolsillo de una flotilla compuesta por seis unidades, consiguieron realizar una acción coronada por el éxito. Deslizándose a través de una triple red antisubmarina que cerraba el acceso del fiordo de Alten, consiguieron penetrar en éste sin ser observados y colocar una potente mina de contacto a la quilla del *Tirpitz*. Después de escucharse una tremenda explosión submarina, el gran casco del acorazado se alzó fuera del agua, para caer de nuevo pesadamente. Las turbinas fueron arrancadas de sus cojinetes y los motores quedaron inutilizados.

Los alemanes necesitaron seis meses para poner el *Tirpitz* en condiciones de ser enviado a unos astilleros del Báltico, donde fue debidamente reparado.

Entonces comenzó un alucinante juego del escondite. Mien-

tras los alemanes trabajaban con frenesí para poner al gigante de los mares en condiciones de navegar nuevamente, los aviones de reconocimiento ingleses no le quitaban la vista de encima. El Alto Mando británico ordenó que no se efectuasen nuevos ataques hasta que las tareas de reparación estuviesen casi ultimadas.

Hasta que, finalmente, el 3 de abril de 1944, cuando todo parecía indicar que el acorazado estaba a punto de abandonar los astilleros, bombarderos ingleses del tipo *Barracuda* procedentes de portaaviones, junto con otros que despegaron de una base situada en Arcángel, se lanzaron sobre el *Tirpitz* como un enjambre de avisas. En 11 minutos lo alcanzaron con 15 bombas, dejando 168 alemanes muertos y 320 heridos sobre la destrozada cubierta.

Los alemanes empezaban a cansarse de tan desesperante juego. Esta vez remolcaron el maltrecho acorazado al Sandesund, en el interior del fiordo de Tromsø, en primer lugar porque las fuerzas alemanas retrocedían en el norte de Noruega. Aquello constituía una invitación segura a la catástrofe, pues la nueva posición del *Tirpitz* lo colocaba unas 200 millas más cerca de Inglaterra.

En Londres existía una jubilosa expectación. Los ingleses incrementaron los ataques, en julio, en agosto y de nuevo en septiembre y octubre de 1944. El constante bombardeo destruyó la cubierta superior de proa del acorazado. Durante aquellos meses, no fue enviado un solo avión de caza en socorro del *Tirpitz*. Al parecer, la *Luftwaffe* de Goering tenía asuntos más urgentes en la metrópoli.

El 12 de noviembre, cerca de 60 aviones *Lancaster* ingleses, la mitad de los cuales transportaban bombas de seis toneladas, volaron desde Escocia al fiordo de Tromsø. Los alemanes enviaron una escuadrilla de cazas *Messerschmitt*, pilotados por aviadores veteranos, para interceptar las fuerzas aéreas enemigas.

Los ingleses realizaron entonces una hábil maniobra que consiguió burlar por completo a los alemanes. Cuando ya se hallaban muy cerca del objetivo, la mitad de los aviones ingleses —los que no llevaban bombas—, viraron bruscamente hacia Bardufoss, donde había un aeropuerto alemán. Los *Messerschmitt* se fueron obedientemente en su seguimiento.

Pero los restantes 29 aviones de bombardeo, cargados de mortíferos explosivos, continuaron volando hacia el fiordo de Tromsø. Una vez allí, los *Lancaster* arrojaron su carga de bombas sobre el *Tirpitz*, sin hallar oposición alguna.

Mortalmente herido, el gran acorazado se tumbó sobre su costado de estribor. Resultaron muertos en el bombardeo o



ahogados al hundirse el buque unos 1.400 hombres, entre oficiales y marineros. Se salvaron 397 y otros 400 hombres pertenecientes a la dotación, que se hallaban en tierra de permiso, pudieron contar la terrible historia.

El Almirantazgo británico, muy satisfecho, como no podía ser menos, ya podía trasladar sus unidades pesadas al Extremo Oriente, donde hacían una falta extraordinaria.

## CAPITULO

## VIII

### La lucha por el Mediterráneo

*Inglaterra será derrotada. Inexorablemente derrotada. Esta es una verdad que tenéis que meteros en la cabeza.*

Benito Mussolini al conde Galeazzo Ciano, 1939.

*Necesito algunos millares de muertos para justificar mi presencia en la mesa de la paz.*

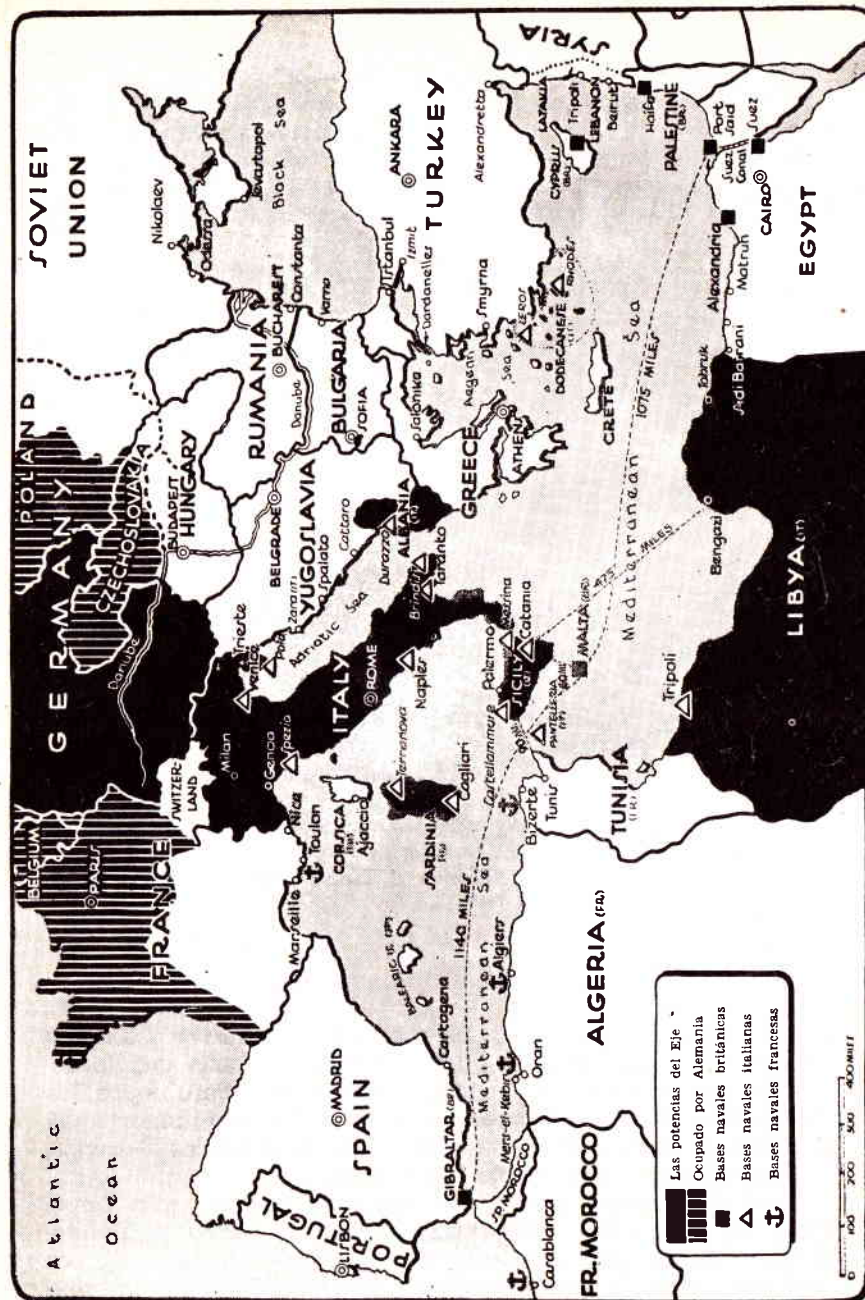
Benito Mussolini al mariscal Rodolfo Graziani, 17 de junio de 1940.

#### EXTENSIÓN DE LA GUERRA

La cuenca mediterránea fue un teatro oscuro y tranquilo durante el primer año de guerra. Apenas merecía que le dedicasen su atención las agencias informativas. Pero todos los beligerantes se daban perfecta cuenta de la vital importancia que tenía el África del Norte y el África Oriental, los Balcanes, el Oriente Medio y el propio Mediterráneo.

Para los ingleses, que tenían que velar por su vasto Imperio y sus posesiones, extendidas por todo el Globo, el Mediterráneo, con su gran arco estratégico Gibraltar-Malta-Suez, era una línea vital de comunicaciones con la India y el Extremo Oriente. En 1939, sus defensas eran ridículamente débiles: pe-





EL MEDITERRÁNEO ESTRATÉGICO

queñas guarniciones en Gibraltar y Suez, varias divisiones en Egipto, con unos 250 aviones de tipo anticuado, y dos escuadras, una en Alejandría y la otra en Malta. No pasó mucho tiempo sin que el Mediterráneo quedase cerrado a la navegación mercante inglesa, obligándole a efectuar un largo rodeo por el cabo de Buena Esperanza. La caída de Francia colocó a los ingleses en situación todavía más precaria. Fueron retiradas tropas francesas del Oriente Medio, dejando los preciosos campos petrolíferos a merced del Eje. Al no poder contar con las bases navales francesas del Mediterráneo, y con Malta aislada y víctima de incesantes bombardeos, los ingleses tuvieron que economizar sus fuerzas en espera de que se pudiesen enviar refuerzos al teatro de operaciones mediterráneo.

El general sir Archibald Wavell, jefe de las fuerzas británicas de aquel sector, disponía de 36.000 hombres en Egipto, 27.000 en Palestina, 9.000 en el Sudán, 8.500 en Kenya y 1.500 en la Somalia británica, todos ellos desprovistos de equipo pesado y con muy pocos cañones antitanques. Con estas fuerzas excesivamente menguadas, Wavell sólo podía resistir combinando el engaño con la acometividad en algunos puntos que él había elegido previamente.

En el crítico otoño de 1940, cuando los ingleses aguantaban el peso del ataque alemán en su isla, Churchill reunió todos los refuerzos disponibles y envió a Wavell tropas procedentes de Inglaterra, la India, Australia y Nueva Zelanda. Junto con ellas embarcó un número nada despreciable de tanques tipo *Matilda*, con objeto de reforzar el ejército del Nilo.

La situación en el Mediterráneo cambió bruscamente con la entrada de Italia en la guerra contra Francia. Sediento de conquistas, Mussolini, generalísimo de los ejércitos italianos de tierra, mar y aire, resolvió liberar a Italia de su encarcamiento en el Mediterráneo y edificarse un imperio africano a expensas de Inglaterra. Como Napoleón, intentaría humillar a la Gran Bretaña estrangulando su línea principal de suministros, invadiendo Egipto y el Sudán angloegipcio, como primeros pasos para resucitar las glorias pretéritas de Roma.

Para esto, el Duce contaba con medio millón de hombres en África, una escuadra compuesta por 10 acorazados y otras embarcaciones menores que operaban desde bases estratégicas, y escuadrillas de aviones que tenían su base en Libia. A diferencia de los ingleses, sus líneas de comunicaciones eran cortas.

Los pronósticos parecían favorables al Duce. Los ingleses tendrían que retirar el grueso de su escuadra del Mediterráneo y enviarla al Atlántico para participar en la batalla de Inglaterra y en la del mismo Atlántico. Mussolini lo veía todo color de rosa en sus discursos. Desencadenaría después una *Blitz*-



*krieg* en el desierto, con Egipto y el canal de Suez como objetivos. Después enviaría un ejército al mando del mariscal Rodolfo Graziani para invadir Egipto desde el Oeste, y otro al mando del duque de Aosta para atacar hacia el Norte en una ofensiva que partiría del África Oriental. Entre ambos aplastarían a los decadentes ingleses y los arrojarían fuera de África para siempre.

Vistas así las cosas, desde un balcón de Roma, parecían muy fáciles.

#### LA BATALLA DE AFRICA: PRIMER ASALTO

En Eritrea y la Somalia italiana, en África Oriental, el duque de Aosta, miembro de la familia real italiana, tenía bajo su mando 200.000 hombres, entre italianos y soldados indígenas. Este ejército se hallaba preparado para avanzar hacia el Sudán angloegipcio y Egipto desde el Sur. Muchos de aquellos hombres eran veteranos de la guerra de Abisinia.

Contra estas tremendas fuerzas, los ingleses que se hallaban en la Somalia británica, sólo podían alinear su guarnición formada por 1.500 hombres, entre soldados ingleses e indígenas.

El 4 de agosto de 1940, tres columnas italianas iniciaron el avance contra la Somalia británica y la Somalia francesa, a las puertas del mar Rojo. Al día siguiente tomaron Zeila y Hargeisa y al tercer día Oodweina. El 11 de agosto atacaron las principales posiciones inglesas de Tug Argan, situadas en la carretera de Hargeisa a Berbera, en Somalia. Durante la noche del 15 de agosto los ingleses, incapaces de resistir el ataque de fuerzas muy superiores en número y armamento, atrapados entre dos fuegos por el Norte y por el Sur, tuvieron que retirarse. Un día después empezaron a embarcar en Berbera, para completar la evacuación de Somalia la noche del 19 de agosto.

En Roma se anunció a toque de clarín que se había alcanzado una «magnífica victoria» en África Oriental.

Para Mussolini aquella noticia no podía ser mejor. La caída de Francia había hecho desaparecer la amenaza que pesaba sobre la retaguardia de sus ejércitos en Túnez, y los ingleses luchaban como un gato panza arriba en su isla. El 20 de agosto, el engreído Duce, al que estas victorias habían vuelto más audaz, anunció el «bloqueo total» de las posesiones inglesas en África y el Mediterráneo.

El paso siguiente era Egipto.

El 14 de septiembre, un segundo ejército de 250.000 hombres, al mando del mariscal Rodolfo Graziani, partió de Bardia y Forte Capuzzo, posiciones italianas de Libia, en dirección a la

frontera egipcia. Al poco tiempo, las fuerzas invasoras habían penetrado casi cien kilómetros en territorio egipcio. Temiendo avanzar por el desierto, los italianos seguían la carretera de la costa, donde tenían que soportar el cañoneo de la *Royal Navy*. Por último se detuvieron en Sidi Barrani para esperar refuerzos y pertrechos que les permitirían lanzar una ofensiva final hacia Alejandría.

Los ingleses se retiraron a Mersa Matruh, donde comenzaba el ferrocarril de Alejandría.

Entre tanto la escuadra inglesa, en lugar de retirarse a las aguas metropolitanas, como Mussolini había predicho y esperado, recorría el Mediterráneo, pulverizando las líneas de abastecimiento de Graziani y en busca de la escuadra italiana para entablar con ella un duelo a muerte. El Duce, a fin de evitar la invasión de las extensas costas italianas, mantenía al grueso de su armada en Tarento, la base naval situada en el tacón de la bota italiana. Los marinos ingleses, ansiosos de entablar combate, decidieron no esperar más.

El ataque se produjo al anochecer del 11 de noviembre. Una formación naval inglesa se colocó en semicírculo frente al golfo de Tarento.

Dos oleadas de *Swordfish*, el tipo más antiguo de avión en servicio, despegaron de la cubierta del portaaviones *Illustrious*.

Estos aparatos, en número de nueve, avanzaron a ras de agua para lanzar sus torpedos en el centro de la escuadra italiana. Fue uno de los primeros ataques aéreos con torpedos que se realizaron durante la guerra, y uno de los que alcanzaron mejor resultado. A los pocos minutos, la dársena de Tarento era un mar de llamas.

Tres de los seis acorazados italianos, dos cruceros y dos embarcaciones auxiliares fueron hundidos en aquel atrevido ataque. Las pérdidas inglesas fueron insignificantes: dos aviones abatidos, un oficial muerto y tres hombres hechos prisioneros.

El resto de la escuadra italiana huyó hacia puerto más seguro, dejando a los ingleses dueños absolutos del Mediterráneo.

«Los hemos dejado muy maltrechos», comentó Churchill al día siguiente.

#### LOS BALCANES: PRIMER ASALTO

El Eje volvió entonces sus ojos a los Balcanes, el avispéro de Europa... y de donde ésta sacaba también petróleo, trigo, mantequilla y ganado porcino. Los Balcanes en manos del Eje equivalían a la ruptura de las importantes líneas aliadas de co-



municaciones con el Oriente Medio que pasaban por aquel puente continental.

Los Balcanes eran juguete desde antiguo de una serie de intereses contradictorios y rivalidades políticas. Grecia, que no olvidaba el bombardeo de Corfú, efectuado por Mussolini en 1923, y puesta sobre aviso por la anexión de Albania, que el Duce había realizado en 1939, abrigaba sentimientos favorables a los Aliados, como ya era de suponer.

Yugoslavia también veía con buenos ojos la causa aliada, pues nunca pudo olvidar que los italianos no quisieron ayudar a los servios durante la Gran Guerra ni tampoco estaba dispuesta a pasar por alto las pretensiones mussolinianas en el Adriático.

Rumania, que deseaba ante todo que la dejaran en paz, sospechaba de todos sus vecinos: de Hungría, que deseaba anexionarse Transilvania; de Bulgaria, a la que había arrebatado algunos territorios de la Dobrudja durante la segunda guerra balcánica de 1913, y de la U. R. S. S., que tenía la vista puesta en la Besarabia, que había sido provincia rusa en 1914.

Hungría estaba demasiado cerca de Alemania para hallarse a salvo de la agresión.

Turquía, aunque era una nación germanófoba y anti-italiana, realizó toda clase de piruetas para conservar su neutralidad. En octubre de 1939 los turcos firmaron un acuerdo con las potencias aliadas, pero insistieron para que en el tratado figurase una cláusula eximiéndoles de la obligación de guerrear contra la Unión Soviética.

Era el colmo de la confusión.

Hitler y Mussolini deseaban poner fin a las interminables querellas y disensiones balcánicas como medida preliminar a la expansión del Eje. Al principio ambos dictadores intentaron realizar una ofensiva diplomática destinada a asegurarles el dominio de los Balcanes sin recurrir a la fuerza. Pusieron en práctica la fórmula cuya eficacia ya estaba comprobada: propaganda, amenazas, presiones económicas. A continuación ofrecían esta alternativa: cooperación o destrucción.

El 30 de agosto de 1940, Hitler y Mussolini «negociaron» la llamada Concesión de Viena, un acuerdo firmado entre Alemania, Italia, Hungría y Rumania, cuya finalidad consistía en suprimir las causas de fricción en los Balcanes y mantenerlos en la línea deseada. Rumania se veía obligada a ceder 7.770 kilómetros cuadrados de la Dobrudja a Bulgaria y 41.438 kilómetros cuadrados de la mitad norte de Transilvania a Hungría.

El rey Carol II de Rumania cedió para evitar nuevas demandas por parte de la Unión Soviética, que ya se había apoderado de la provincia rumana de Besarabia. Enfurecidos, los rumanos

acusaron a su rey de cobardía frente a las amenazas, y le obligaron a abdicar el 3 de septiembre. Carol entregó el trono a su hijo Miguel, quien se vio obligado a poner lo que quedaba de su patria en manos de un dictador fascista, que no otra cosa era el general Ion Antonescu. La constitución fue suspendida y el Parlamento se disolvió el 5 de septiembre.

El 7 de octubre, las tropas alemanas entraron en Rumania para reorganizar el ejército rumano, siendo seguidas por las tropas italianas el 14 de octubre, ambas «por invitación expresa del gobierno rumano». Así, la antigua Dacia de Trajano entró a formar parte del Nuevo Orden instaurado por el Eje.

La ofensiva diplomática italo-germana iba por buen camino. Hungría, amenazada con la destrucción, ingresó en el Eje unos días antes de que Antonescu firmase el documento correspondiente en Berlín. El 24 de noviembre ingresó también en el Eje, Eslovaquia, protectorado alemán desde el mes de marzo de 1939. En el interín se ejerció presión diplomática sobre Yugoslavia y Bulgaria para obligarles a unirse a las naciones del Eje.

Únicamente los altivos griegos se oponían rotundamente a las pretensiones del Eje en los Balcanes.

## DESASTRE ITALIANO EN GRECIA

15 de octubre de 1940.

En Roma se reunió un consejo de guerra. Tres destructores italianos habían sido hundidos en el Mediterráneo aquel mismo día, según anuncio hecho por el Almirantazgo británico. Pero los generales del Duce reunidos en Roma, se alzaron uno tras otro para proclamar con tono jactancioso que se hallaban listos para el combate. Las tropas, afirmó uno de ellos, «mostraban un furor incontenible para combatir y avanzar». Otro declaró que «el entusiasmo no puede ser más elevado». Más tarde, el general Quirino Armellini reveló: «¡Hablaban de tomar Grecia o Yugoslavia como si hablasen de tomar una taza de café!»

Aquello fue una exhibición de estupidez criminal. Lo que los obtusos generales italianos no dijeron a Mussolini, hubiera sido más que suficiente para reducir a la nada sus grandiosas ambiciones. En realidad, los soldados italianos no tenían ningún deseo de combatir. Estaban mal preparados y dirigidos por jefes muy mediocres. Millares de ellos estaban destinados a morir de frío en las montañas de Albania y Grecia, como víctimas ofrecidas en holocausto a las ambiciones del Duce.

Para Mussolini, el ostentoso edificio del fascismo exigía una victoria fácil. Los resonantes éxitos que se apuntaban los ejér-



citios nazis eran satisfactorios... hasta cierto punto. Las legiones de Hitler iban de triunfo en triunfo, cosechando laureles bélicos sin cesar, mientras el prestigio italiano pasaba con rapidez a segundo término, donde corría el peligro de desaparecer. La situación empezaba a ser embarazosa. El Duce debía ofrecer al mundo nuevas pruebas del poder fascista, de preferencia una victoria fulminante en el continente europeo, lo que sería un buen complemento a la campaña de África.

El engallado dictador fascista puso sus ojos en Grecia. ¡Aquella sería la víctima propiciatoria! En realidad, apenas podía hablarse de lucha... Sus 43.000.000 de italianos, dotados de un ejército moderno y mecanizado, aplastarían en un santiamén a los 9.000.000 de griegos mal armados. Así se perpetuaría la gloria fascista, mediante una sangrienta hecatombe. Y después Italia volvería a levantar nuevos arcos de triunfo.

Los preparativos se iniciaron al estilo ya clásico del Eje. A mediados de agosto de 1940, Mussolini inició negociaciones con Grecia, exigiéndole que renunciase a la garantía de preservar su independencia que le había ofrecido Inglaterra en 1939. El rey Jorge II y el presidente del Consejo Joannes Metaxas, contestaron con una indignada negativa. Entonces el Duce acusó a Grecia de falta de neutralidad, de ayudar en secreto a Inglaterra y de practicar la táctica del terror en la frontera de Albania. Empezó a concentrar tropas italianas y no tardó en preparar el consabido incidente fronterizo.

A las 3 de la madrugada del 28 de octubre, el embajador italiano en Atenas presentó un ultimátum de tres horas en el que se exponían los agravios italianos y se pedía permiso para la ocupación por Italia de algunas zonas estratégicas griegas durante el conflicto bélico. Antes de que los griegos tuvieran tiempo de replicar (en realidad, rechazaron el ultimátum), 200.000 soldados fascistas cruzaron la frontera de Albania.

Acto seguido, los italianos bombardearon Patrás. Los ingleses prometieron su ayuda. Dos días después, el Almirantazgo anunció que se habían minado las aguas griegas. El 6 de noviembre, Churchill y lord Halifax declararon que Inglaterra hacía un empréstito de 5.000.000 de libras esterlinas a Grecia. Las tropas inglesas habían desembarcado en territorio helénico.

Los italianos se hallaban convencidos de que la campaña iba a ser un simple paseo militar. Grecia sólo contaba con unos cuantos centenares de aviones anticuados y un número muy reducido de armas pesadas, y no disponían de tropas mecanizadas. Para colmo de males, la Línea Metaxas, que los griegos habían construido para proteger su patria, miraba a Bulgaria y no a Albania... que era de donde precisamente venía el ataque.

Durante varios días, los risueños soldados italianos, cantando la *Giovinezza*, el airoso himno fascista, y saboreando ya las mieles del triunfo, descendieron por los valles del norte de Grecia. Pero Mussolini se había equivocado de medio a medio al ordenar a sus tropas que avanzasen por regiones montañosas en la peor época del año.

Los *evzones* griegos, infantes escogidos reclutados entre los montañeses, no tenían intención alguna de confraternizar con el enemigo. Con sus blancos faldellines se echaron todos al monte. El general Metaxas, que era un magnífico estratega, esperó a que las columnas italianas se hallasen extendidas en los estrechos valles helénicos y lejos de sus bases de abastecimiento. Sólo entonces pasó al contraataque. Sus curtidos soldados montañeses ametrallaron a mansalva las apiñadas tropas italianas, produciendo entre ellas una verdadera carnicería. Una tras otra las columnas italianas fueron aniquiladas.

Los enfurecidos griegos cerraron entonces sus filas para aplastar al enemigo en una tremenda contraofensiva. Los italianos, desmoralizados, dificultados en su avance por las malas carreteras y las copiosas lluvias, sin valor para aquella clase de lucha, emprendieron desordenadamente la retirada.

En Roma se empezó a recibir una sucesión de malas noticias:

8-10 de noviembre: La III división alpina copada en las gargantas del Pindo; 5.000 prisioneros.

19 de noviembre: Los griegos anuncian que han hecho retroceder a los italianos, obligándoles a cruzar de nuevo el Kalamas.

21 de noviembre: Los griegos entran en Koritza, la base de abastecimientos más importante que tenían los italianos en Albania, haciendo muchos prisioneros y apoderándose de grandes cantidades de valioso equipo militar.

1 de diciembre: Pogradets cae en manos de los griegos.

6 de diciembre: Los griegos ocupan Santi Quaranta.

8 de diciembre: Los griegos ocupan Argirocastro y Delvino.

23 de diciembre: Los griegos ocupan Himarra.

Al finalizar el año, el pequeño ejército griego era dueño de una cuarta parte de Albania.

Aquello significó un rudo golpe para el pueblo italiano, que durante muchos años sólo oía pregonar la invencibilidad fascista. Mussolini, como era característico en él, trató de remediarlo con bravatas.

—¡Daremos una buena tunda a los griegos — gritó — y no necesitamos ayuda de nadie para hacerlo!

Pero tendrían que ayudarle, lo quisiera o no.

La reacción del Duce recuerda aquel pasaje del *John Brown's Body* en que aparece el pequeño buhonero que se convirtió



en un espía al ver que podía pasar libremente entre las líneas de ambos ejércitos. Cuando finalmente lo descubrieron, se incorporó en su carromato, miró a su alrededor y pensó que todos eran muy buenos chicos; les conocía personalmente a todos. «No podían ahorcarle. ¡Pero le ahorcaron!»

## LOS INGLESES ATACAN EN ÁFRICA

Aún no se habían terminado las malas noticias para los italianos.

El ejército italiano que invadió Egipto en septiembre de 1940 se había hecho fuerte en Sidi Barrani esperando que llegase el momento de iniciar la ofensiva contra Alejandría. Pero no pasó de allí. Frente a él tenía al general sir Archibald Wavell, quien había reforzado su pequeño Ejército del Nilo con tropas escogidas formadas por australianos, neozelandeses, indios, polacos y franceses libres. Wavell, que había aprendido la estrategia de la guerra en el desierto sirviendo a las órdenes del famoso lord Allenby de Meggido durante la Gran Guerra, a pesar de todas las dificultades consiguió reunir una fuerza ofensiva de 40.000 hombres, todos soberbiamente adiestrados en las operaciones de la guerra en el desierto.

El 9 de diciembre de 1940, Wavell sacó sus tanques de Mersa Matruh para lo que había proyectado como una simple incursión pero que se convirtió en algo mucho más importante. Atacando a los italianos por sorpresa, y con una fuerza tremenda, Wavell tomó Sidi Barrani en dos días e hizo prisionera toda su guarnición, compuesta de tropas blancas e indígenas.

La ofensiva británica iba adquiriendo impulso. A mediados de diciembre, los sorprendidos italianos fueron expulsados completamente de Egipto. El 23 de diciembre, Londres anunció que se habían hecho 35.949 prisioneros italianos en la campaña de África. El 5 de enero de 1941, cayó Bardia, la fortaleza italiana de Libia, junto con 30.000 soldados. El paso siguiente fue Tobruk, que se rindió a los australianos el 22 de enero después de un feroz ataque por tierra, mar y aire. El número de prisioneros hechos en esta ocasión ascendió a 25.000, y se capturaron 50 tanques.

Wavell avanzó entonces hacia el Oeste con la celeridad del rayo. El 30 de enero atacó a Derna, donde las fuerzas imperiales tuvieron la agradable sorpresa de encontrar importantes depósitos de agua potable. Una semana después, el 6 de febrero, los bizarros australianos atacaron Bengasi por la carretera de la costa, y tomaron la ciudad, que después de Trípoli era la población más importante de Libia. Los australianos comuni-

caron a Londres: «¡Bengasi está en nuestro poder!» Seis generales italianos se rindieron junto con la ciudad.

Mientras tanto, en las profundidades del desierto y al suroeste de Derna, una columna de 25 tanques ingleses e infantería motorizada recorrió 240 kilómetros de desierto casi inexplorado para copar a los italianos que se retiraban de Bengasi.

Fue una campaña deslumbradora. En dos meses, el Ejército del Nilo conquistó la costa norte de África, desde Sidi Barrani a Bengasi, haciendo 113.000 prisioneros (un número de hombres superior a los que formaban las fuerzas atacantes), 1.300 cañones y grandes cantidades de material de guerra. En aquella campaña relámpago, los ingleses pusieron fuera de combate un mínimo de 10 divisiones italianas. Por su parte tuvieron 1.774 bajas, entre las que se contaban 438 muertos.

Aquella fue la primera gran victoria terrestre inglesa de la segunda Guerra Mundial. Se había conseguido aliviar la presión sobre Suez. Esta noticia era muy satisfactoria para el pueblo británico, acostumbrado a recibir noticias de derrotas continuadas, en campos de batalla situados en puntos tan distantes entre sí.

El destino reservaba más sorpresas para Mussolini en África Oriental. Los italianos habían ganado allí las primeras batallas, pero no disfrutarían por mucho tiempo de sus triunfos.

En enero de 1941, una columna inglesa avanzó hacia el Sudeste partiendo de la ciudad sudanesa de Jartum, para dirigirse contra los ejércitos italianos. En Eritrea, la flor y nata de las tropas mussolinianas se atrincheró en las fragosas tierras, resistiendo durante varias semanas para sucumbir por último a la implacable presión inglesa.

Otra columna británica avanzó hacia el Este desde Nairobi, en Kenya, y el 29 de enero penetró en la Somalia italiana. Los invasores se vieron considerablemente ayudados por los indígenas, que se alzaron contra los italianos, hostigando sus líneas de comunicación y creando grandes dificultades a los guerreros de Mussolini. Los ingleses giraron hacia el Norte, en dirección de Addis Abeba, situada en el corazón de Abisinia.

Los italianos evacuaron la capital el 5 de abril. En la batalla final, dos columnas inglesas unieron sus fuerzas para vencer al duque de Aosta, quien capituló en Amba Alagi el 16 de mayo. Abisinia, la primera conquista de Mussolini, había sido liberada.

El dominio del Eje sobre la costa del mar Rojo había terminado. El material de guerra enviado por Norteamérica según la ley de Préstamo y Arriendo, podía llegar ya a Egipto. La situación en África empezaba a presentar mejor cariz para los Aliados.



Entre tanto, la *Royal Navy* continuaba atacando la península italiana y machacando las fuerzas navales del Duce. El 9 de febrero de 1941, a plena luz del día, una escuadra inglesa bombardeó Génova, destruyendo centrales de energía, estaciones de ferrocarril y mercancías acumuladas en los muelles y tinglados. Aquel mismo día, Churchill dirigió un mensaje por radio a los Estados Unidos: «Dadnos las herramientas y terminaremos la tarea.»

El 27 de marzo, una escuadra italiana intentó la osada maniobra de interceptar un convoy inglés que llevaba tropas y pertrechos a Grecia. Los marinos de Mussolini parecían ansiosos de encontrar la horma de su zapato, y en verdad que la encontraron. Los aviones de reconocimiento ingleses descubrieron a los italianos a la altura del cabo Matapán, la fragosa extremidad meridional de Grecia. Varias unidades de la *Royal Navy* se lanzaron al ataque.

Valiéndose del radar para dirigir el fuego de sus piezas de artillería en la oscuridad, los ingleses hundieron los cruceros italianos *Fiume*, *Pola* y *Zara*, y a tres destructores, averiando gravemente a un acorazado nuevo e infligiendo graves daños a otros buques enemigos. En esta batalla participaron aviones ingleses con base en Grecia. Las únicas pérdidas británicas fueron dos aviones.

Los marineros ingleses que abordaron al crucero italiano *Pola* antes de que el buque se hundiese, lo encontraron sumido en la confusión más increíble. Las cubiertas estaban abarrotadas de botellas y hatos de ropa preparados por los marineros que abandonaban el barco. Los italianos que no habían saltado por la borda estaban hundidos en una especie de estupor. El *Pola* no había disparado ni un cañonazo.

Con su poco belicosa escuadra paralizada en el cabo Matapán, sus ejércitos derrotados en Libia, África Oriental y Grecia, el colapso de Mussolini era inminente.

Furioso y disgustado, Hitler comprendió que tendría que intervenir en el escenario mediterráneo. Envio al general Erwin Rommel al norte de Africa para que aquel gran experto de la guerra mecanizada asumiese la dirección de las fuerzas del Eje en aquella parte del mundo.

Rommel hizo su aparición en escena con una división mecanizada y una escuadrilla de cazas y bombarderos, iniciando su ofensiva el 3 de abril de 1941. El equilibrio líbico se alteró inmediatamente a favor del Eje. En pocos días Bardia cayó en sus manos y sus fuerzas motorizadas avanzaron a toda marcha hacia Tobruk.

Wavell se retiró prontamente a sus bases de Egipto, dejando en Tobruk una fuerte guarnición de australianos, que

tuvieron que soportar un enconado asedio. Haciendo prodigios de valor, las «ratas de Tobruk», abastecidas por la *Royal Navy* y la RAF, resistieron ocho meses hasta que fueron relevadas.

El 11 de abril, los ingleses anunciaron que les habían hecho 2.000 prisioneros, entre los que se incluían tres generales, durante la retirada de Libia. En una ofensiva relámpago de 10 días, Rommel recuperó casi todo el norte de Africa. El Eje se hallaba nuevamente agazapado a las puertas de Suez. Pero Rommel también tuvo que detenerse en espera de refuerzos. Y la invasión alemana de Rusia, iniciada el 22 de junio, le privó del precioso material de guerra que necesitaba para proseguir su ofensiva.

La lucha inicial por Egipto había terminado en tablas.

## LOS BALKANES: SEGUNDO ASALTO

Antes de atacar a la Unión Soviética, Hitler quería asegurarse de que ninguna potencia hostil le amenazaría desde los Balcanes. Era importantísimo garantizar la seguridad de su flanco meridional. Por lo tanto, no sólo continuaría allí su ofensiva diplomática, sino que castigaría a los recalcitrantes invadiéndolos. Sacaría al Duce del atolladero griego (una tarea muy ingrata, pero había que hacerla), y después enlazaría con las fuerzas francesas de Vichy en Siria y con los elementos germanófilos del Irán y del Irak.

Naturalmente, la guerra de nervios continuaría. Rumania y Hungría ya eran sendos países satélites que giraban dentro de la órbita del Eje. El Führer confiaba en que los demás países balcánicos irían capitulando a su debido tiempo. El 1.º de marzo, Bulgaria firmó un pacto de alianza con el Eje (aprobado por el *Sobranje*, el Parlamento búlgaro, por 150 votos contra 20). Al día siguiente, las tropas alemanas entraban en Sofía y Varna.

Únicamente Yugoslavia y Grecia no se dejaban intimidar.

Yugoslavia era el Estado balcánico de mayor extensión, pues poseía una superficie de 257.180 km<sup>2</sup> (las tres cuartas partes de la superficie de Italia), con una población de 14.000.000 de almas. Para meter en cintura a Yugoslavia, Hitler esgrimió la amenaza de las tropas que tenía destacadas en Bulgaria y Hungría. El 25 de marzo, Yugoslavia se vio obligada a firmar el Pacto Tripartito, por el que se convertía en el miembro más flamante del Nuevo Orden hitleriano. Alemania acordó respetar la soberanía e integridad territorial yugoslava y no solicitar el paso de las tropas alemanas por aquella nación. El



pueblo yugoslavo reaccionó con consternación y cólera irreprimible. A las dos de la madrugada del 27 de marzo, o sea dos días después de la firma del pacto, se produjo un alzamiento. En un golpe de Estado, un grupo de oficiales del ejército, dirigidos por el general Dusan Simovic, detuvieron a los principales miembros del Gobierno, obligaron a abdicar al príncipe regente Pablo, proclamaron rey al príncipe Pedro, que entonces contaba dieciocho años, y organizaron un gobierno de coalición formado por todos los partidos, exceptuando aquellos que habían suscrito el pacto con Alemania.

Hitler no podía tolerar tamaña osadía. La prensa alemana, que era «la voz de su amo», vociferó que la Unión Soviética promovía las demostraciones antialemanas que se producían en Yugoslavia y que los yugoslavos maltrataban a los ciudadanos alemanes residentes en aquel país y pegaban fuego a sus casas. Era la familiar campaña nazi preliminar a la invasión.

Y ésta se produjo, con una implacable celeridad, a las 5 horas 15 minutos del 6 de abril de 1941. Un millar de aviones nazis y 20 divisiones, cuyos efectivos se aproximaban a los 650.000 hombres, atacaron campos de aviación, puentes, comunicaciones y centros vitales, en una nueva *Blitzkrieg*. En cuestión de horas Yugoslavia se quedó sin electricidad, teléfono ni radio.

Fue una campaña extraordinaria... Los alemanes avanzaban por regiones frágiles y accidentadas, que hasta entonces se consideraban inmunes al *Blitz*. Llegó la noticia desde Roma de que el gobierno italiano había decidido colaborar estrechamente con Alemania. Avanzando a través de los puertos montañosos del sudeste de Bulgaria, una columna alemana giró hacia el Sur en dirección a Grecia, mientras otras cruzaban Yugoslavia para reunirse con los italianos en la frontera albanesa. Otra columna partió de Hungría en dirección a Zagreb, y otras avanzaron hacia el Sur desde Rumania para penetrar en Belgrado, capital de Yugoslavia.

En once días todo estuvo terminado y el país quedó aniquilado y hecho pedazos. La posición de los yugoslavos era tan insostenible que no tuvieron más remedio que rendirse. El 17 de abril, los alemanes anunciaron la capitulación de todo el ejército yugoslavo. Aquel mismo día, un *Sunderland* de la RAF evacuó de Kotor al rey Pedro.

Yugoslavia fue entonces despedazada y se repartieron sus fragmentos Alemania, Italia, Hungría y Bulgaria, mientras la porción restante era convertida en un estado satélite.

Pero ocupar Yugoslavia no era lo mismo que conquistarla. Los guerrilleros se echaron al monte y continuaron resistiendo en las montañas, los bosques y las aldeas. Hostigaban a los

invasores, inmovilizaban sus convoyes y los atacaban sin piedad, especialmente a los italianos. Desde entonces hasta el fin de la guerra, las tropas de Hitler destacadas en Yugoslavia vivieron en un avispero.

## EL SEGUNDO DUNQUERQUE: GRECIA

El 6 de abril de 1941, el mismo día de la invasión de Yugoslavia, Hitler envió varias columnas a Grecia desde el Norte y el Este. Una punta de lanza alemana, después de librar un sangriento combate en el paso de Rupel, descendió por el espacioso valle del Vardar, rebasó la Línea Metaxas, destinada a proteger Grecia de un ataque desde Bulgaria, dejando aisladas tres divisiones griegas y tomó Salónica, donde el Vardar desemboca en el mar. Esta ofensiva requirió sólo dos días.

La súbita irrupción de los blindados germanos, fue un tremendo golpe para los valerosos griegos. Doce divisiones formadas por tropas griegas escogidas se apostaron en el extremo opuesto de la pequeña nación, formando una línea en media luna que penetraba en Albania y tenía por fin contener a los italianos.

Los agobiados generales griegos tuvieron que renunciar a sus planes estratégicos al saber que los alemanes habían atacado por la retaguardia. «¡Los echaremos al mar..., al mar Báltico!» ¿No había declarado el presidente Roosevelt que Yugoslavia y Grecia recibirían toda la ayuda posible? Los griegos eran valerosos..., pero los alemanes contaban con divisiones blindadas y sabían emplearlas perfectamente.

Los ingleses tenían que intervenir, si no por razones militares, por motivos políticos. Destacaron 56.657 soldados veteranos, principalmente *anzacs* (1) de Libia, y los enviaron a Grecia para oponerlos a un ejército de medio millón de alemanes. Era un gesto totalmente inútil y que además debilitó hasta tal punto las fuerzas imperiales en Libia, que éstas se vieron obligadas a retirarse.

El plan de Hitler consistía en arrollar a las fuerzas británicas por el Este mientras los italianos contraatacaban desde el Oeste. El plan dio resultado a pesar de la feroz resistencia helénica. Los blindados nazis se abrieron paso hacia el Sur por la brecha de Monastir en dirección a Florina, dividiendo a las tropas griegas y británicas. Los *anzacs* se retiraron lentamente por la llanura de Tesalónica, con sus columnas macha-

(1) Sigla de «Australian and New Zealand Army Corps». (N. del T.)





GUERRAS RELAMPAGO EN LOS BALKANES

cadass y destroazdas por la *Luftwaffe*. La RAF les prestaba muy poca cobertura aérea, pues tenía que ir abandonando un aeródromo tras otro ante el implacable avance alemán.

En las Termópilas, donde en el año 480 a. de J. C. Leónidas y sus 300 espartanos libraron una famosa batalla contra las huestes persas de Jerjes, la división motorizada de las S. S. hitlerianas fue contenida durante tres días por un pequeño grupo de *anzacs*, ingleses y griegos, dando tiempo a los aliados para replegarse hacia Atenas. Pero los alemanes se volvieron hacia el Oeste y coparon un cuerpo de ejército griego en Janina.

Era evidente que los ingleses tendrían que evacuar Grecia inmediatamente. El gobierno griego se mostró franco en el mensaje que dirigió a Inglaterra: «Habéis hecho todo cuanto habéis podido por ayudarnos. Ya no hay esperanza para nosotros. Pero la guerra aún no se ha perdido. Salvad lo que podáis de vuestras tropas para enviarlas a combatir en otros lugares.»

La evacuación ofrecía grandes dificultades, pues no se contaba con apoyo aéreo como en Dunquerque. La *Luftwaffe* señoreaba en los cielos y las divisiones *Panzer* alemanas descendían velozmente hacia el Sur por el Este y el Oeste. Dejando a varias unidades de veteranos para que cubriesen su retirada, los ingleses llegaron finalmente a las playas meridionales de Grecia el 23 de abril. Aquel mismo día, el rey Jorge de los helenos y el gobierno griego huyeron a Creta en un *Sunderland* de la RAF.

Las noches que siguieron fueron muy oscuras y sin luna, por suerte para los ingleses. Estos inutilizaron sus grandes piezas de artillería en las playas, destruyéndolas con granadas, echaron los tanques al mar e incendiaron los depósitos de gasolina. Batallones enteros permanecían ocultos durante el día para no ser vistos por la *Luftwaffe*. Por la noche, las tropas embarcaban en los buques que esperaban frente a la costa.

Unos 43.000 hombres, entre los que había ingleses, australianos y neozelandeses, consiguieron ser evacuados, la mitad a Creta y la otra mitad a Egipto, perdiéndose cuatro transportes y dos destructores en estas operaciones. Los últimos hombres salieron de la zona de Kalamata la noche del 30 de abril. En los puertos griegos y en las costas meridionales del Peloponeso, los alemanes sólo encontraron montones de chatarra y hierros retorcidos. Pero en el desastre griego se perdieron por lo menos 15.000 soldados británicos.

La aflicción griega era inmensa. La intervención alemana había arrebatado la independencia a Grecia, a pesar de la magnífica victoria alcanzada sobre los invasores italianos. Para los ingleses, aquello significó un nuevo revés en sus intentos



por mantener a los alemanes lejos de Suez. Washington anunció al poco tiempo que los capitales y depósitos griegos de los Estados Unidos, que se calculaban en unos 45.000.000 de dólares, serían congelados.

Hitler se regodeaba en su triunfo. De momento mantuvo la ficción del dominio italiano, permitiendo a Mussolini que ocupase varias porciones de Grecia. Pero esto no pasaba de ser un gesto. No tardó en extender la administración alemana a la totalidad del infortunado y valeroso país.

### EL TERCER DUNQUERQUE: CRETA

La derrota de Grecia, durísimo golpe para los Aliados, no iba a serlo todo. Noticias peores iban a seguirla. El poderío nazi, con todo su peso, había de abatirse sobre la isla de Creta, en el primer ataque aerotransportado a gran escala que registra la historia. Nunca se había visto nada parecido.

Creta, llamada Candía por los italianos, Janada por los árabes y Kirid Adasi por los turcos, es la principal de las islas que divide al archipiélago griego de la cuenca oriental del Mediterráneo. Posee una longitud de 257 km y una anchura que varía desde los 56 a los 12 km. Su abrupta costa sur es de muy difícil acceso, pero en la costa norte existen anchurosas playas.

En 1894, los arqueólogos iniciaron la exploración sistemática de la isla «de las cien ciudades», y no tardaron en descubrir el famoso palacio real de Cnossos. Refiere la leyenda que Zeus, la suprema deidad de los griegos, nació en Creta. Se dice que desde esta isla, Ícaro, hijo de Dédalo, se elevó por los aires en compañía de su padre, merced a unas alas fabricadas con cera y plumas, hasta que el sol fundió la cera e Ícaro se precipitó en el mar.

Para los ingleses modernos, Creta era algo mucho más importante que un simple paraíso arqueológico o el hogar de las mejores mulas del mundo y de las cabras monteses llamadas *agriní*, que triscaban por inverosímiles precipicios. La isla constituía un punto vital en la ruta a las Indias Orientales, pues protegía Palestina y Egipto, amenazaba las comunicaciones italianas con las islas del Dodecaneso, y en su gran puerto natural del golfo de Suda ofrecía refugio a las unidades de la *Royal Navy*.

La guarnición de Creta constaba únicamente de tres batallones de infantería, armados con algunas baterías antiaéreas pesadas y ligeras, artillería de defensa costera y reflectores. Los soldados británicos evacuados de Grecia, en número de 27.000, sólo traían consigo 9 tanques ligeros y unos 35 aviones.

El mando se hallaba en manos del general de división Bernard C. Freyberg, un fanfarrón neozelandés que había obtenido la Cruz Victoria por el valor demostrado en la Gran Guerra. Para Winston Churchill, que nunca había conseguido librarse del todo del entusiasmo que en su juventud le inspiraban los héroes, aquel neozelandés era el soldado ideal para llevar a término una misión difícil.

«Un día, allá por los felices veinte», escribió más tarde Churchill, «en que yo me encontraba en una casa de campo en compañía de Bernard Freyberg, le pedí que me mostrase sus heridas. Quitándose las ropas, las ofreció a mi atención y pude contar 27 cicatrices y señales sobre su cuerpo, a las que habría que añadir otras tres durante la segunda Guerra Mundial. Aunque él, modestamente, me explicó: "Casi siempre una bala o un trozo de metralla causa dos heridas, porque lo normal es que entren y salgan, atravesándole a uno".» Churchill sintió inflamarse su novelesca imaginación ante estas palabras.

Pero ni el valor de Freyberg ni la más encarnizada defensa podían impedir una aplastante victoria alemana en Creta.

Comprendiendo que el ataque era inminente, los ingleses trataron de reforzar las defensas de la isla. Pero ya era demasiado tarde. Durante las dos primeras semanas de mayo, sólo pudieron desembarcar algunos millares de toneladas de pertrechos, a pesar de los ataques de la *Luftwaffe*.

Hasta que por último, a las 8 de la mañana del 20 de mayo, por primera vez en la historia, unas tropas aerotransportadas y provistas de algunas armas pesadas, vencieron a unas fuerzas terrestres superiores.

Los aviones alemanes comenzaron por bombardear y ametrallar todo cuanto se movía en las carreteras y aeródromos. A los pocos instantes dejaron inutilizadas las baterías anti-aéreas.

Luego, en un sensacional ejemplo de coordinación, y con la precisión de un mecanismo de relojería, las tropas de asalto se lanzaron en paracaídas desde aviones de transporte que volaban entre los 100 y los 200 metros de altura. Los paracaidistas caían a centenares. Entre ellos se contaba Max Schmeling, que había sido campeón del mundo de boxeo de los pesos pesados. Muchos iban disfrazados con uniformes neozelandeses; otros llevaban uniformes que les permitían camuflarse perfectamente entre el follaje, y había también paracaidistas que no eran más que simples muñecos, designados a atraer el fuego enemigo, mientras los nazis vivientes caían por doquier. Fue un asalto magníficamente coordinado.

El general Henry H. Arnold, jefe de las fuerzas armadas



del ejército de los Estados Unidos, describe así la fantástica escena:

Llegaron en planeadores que transportaban de 12 a 30 soldados. Los planeadores iban remolcados por viejos y renqueantes aviones de transporte, que no eran nada adecuados para el combate aéreo, pero ideales para esta nueva misión. Cada uno de ellos remolcaba 10 u 11 planeadores. En un espacio de tiempo increíblemente corto, los alemanes, ya sea por transporte aéreo o por medio de planeadores, consiguieron desembarcar 15.000 hombres en la isla, junto con sus rifles, ametralladoras ligeras y pesadas y piezas de artillería de campaña. Incluso lanzaron puestos de socorro y aparatos de radio.

Aquello fue al principio un ejercicio de puntería para los defensores ingleses, neozelandeses y griegos, que cazaban a los paracaidistas uno a uno, antes de que cayesen a tierra. Casi todos los componentes de la primera oleada de tropas de asalto alemanas, cuyos efectivos se elevaban a 3.500 hombres, fueron muertos mientras descendían en paracaídas. Muchos cayeron al mar y se ahogaron, enredados en la tela del paracaídas. Otros quedaron colgados de los árboles, donde terminaron muertos a tiros. Los cretenses, armados de mohosas navajas, degollaron a muchos alemanes en los barrancos o en las playas.

Pero ellos seguían afluyendo, sin hacer caso de las bajas. Cuando consiguieron apoderarse de los aeródromos, ya nada pudo detener sus trenes de planeadores y aviones de transporte. Estos llegaban a un promedio de 20 por hora, efectuando aterrizajes forzosos en las pistas rodeadas de aparatos estrellados.

Al contar con el dominio absoluto de los aires (los aviones de la RAF se encontraban a 560 km hacia el Sur, demasiado lejos para intervenir), los alemanes atacaron Creta por el Oeste, mientras los italianos avanzaban desde el Este en el movimiento de pinza ya clásico y que figura en todos los tratados de estrategia militar.

Coincidiendo con la invasión aerotransportada, un convoy de transporte de tropas, torpederos y pequeños caiques griegos zarpó de los puertos helénicos en dirección a Creta, abarrotado de tropas germano-italianas.

Advertido por los Servicios de Información británicos, el almirante sir Andrew Browne Cunningham despachó unas fuerzas navales ligeras para interceptar el convoy. Los ingleses alcanzaron la flota de invasión a las 11'30 de la noche del 21 de mayo de 1941, a 18 millas al norte de La Canea, en la costa noroeste de Creta. Tres cruceros británicos y cuatro destructores atacaron a la flota de transporte, que iba sobrecargada, envian-

do a pique unos 400 hombres. Otros 5.000 soldados que iban en un segundo convoy consiguieron salir indemnes.

Pero en los dos días que siguieron, la *Royal Navy* recibió un feroz vapuleo por parte de centenares de aviones de bombardeo y torpederos que tenían sus bases en tierra. Los ingleses perdieron los cruceros *Gloucester* y *Fiji* y tres destructores, entre los que se contaba el *Kelly*, cuyo comandante, lord Louis Mountbatten, tuvo que ser rescatado del mar. La escuadra británica del Mediterráneo oriental tuvo que retirarse momentáneamente de las aguas cretenses.

A finales de mayo se perdieron las últimas esperanzas de conservar la isla. El resto de las fuerzas defensivas, cubierto por tropas de retaguardia, se retiró de Maleme, La Canea y la bahía de Suda, para cruzar toda la isla y dirigirse a Skafia, una pequeña aldea de pescadores situada al pie de unos acantilados de 150 m de altura, en la costa meridional. Los ingleses volvieron a demostrar en esta ocasión que ellos nunca abandonaban a unas fuerzas expedicionarias. Las tropas copadas se ocultaban de día en cuevas, para embarcar de noche a bordo de los destructores, que las llevaron a Egipto, recorriendo 350 millas de mar bajo un diluvio de bombas enemigas. Así se pudo salvar a la mitad de la guarnición británica. Un mínimo de otros 1.000 soldados fueron rescatados más tarde mediante incursiones de comandos.

Aquello representó otra derrota para los ingleses. Además de perder sus tropas de Creta, tuvieron cerca de 2.000 bajas en el mar y perdieron un total de 3 cruceros, 6 destructores y 29 embarcaciones menores. Por si aún no fuese bastante, un acorazado, 4 cruceros y 7 destructores recibieron daños.

Estas pérdidas eran muy graves. Además, el prestigio británico quedaba malparado. Si los ingleses no eran capaces de defender Creta contra un ataque aéreo organizado desde Grecia, que estaba a un centenar de millas, ¿qué ocurriría si Hitler desencadenaba un ataque contra Inglaterra desde Calais, que distaba sólo unas 20 millas?

Los alemanes también tuvieron cuantiosas pérdidas. La conquista de Creta les costó 17.000 bajas y la pérdida de 170 aviones de transporte. La VII División Aérea de Goering quedó tan maltrecha, que ya no pudo intervenir en nuevas campañas del Oriente Medio. Aquella fue la última operación aérea en gran escala intentada por el Alto Mando alemán.

Pero con Creta en sus manos, Hitler podía proteger Grecia, hostigar la *Royal Navy* en el Mediterráneo y amenazar nuevamente Egipto, Suez y el Oriente Medio desde el aire.



## LA GUERRA EN EL ORIENTE MEDIO

La guerra en el Oriente Medio tuvo un carácter secundario, mas no por ello dejó de ser importante. Hitler se sentía atraído por la riqueza petrolífera de aquella región y por su valor estratégico como base para atacar el canal de Suez. Como era creencia general que los árabes sentían gran respeto por la fuerza, no había duda de que a la sazón ya debían de hallarse más que convencidos de que lo más prudente era colaborar con la Alemania nazi.

Por su parte, los Aliados necesitaban el Oriente Medio no sólo por su petróleo, sino también como puente terrestre para enviar ayuda a la Unión Soviética, después de que ésta fue atacada por Alemania. Ya en la primavera de 1941, los Aliados adoptaron prontas medidas para erigir una línea de Estados-tapón amistosos en la región medio-oriental. Aunque Hitler consiguiese apoderarse de Constantinopla y de los Dardanelos, le seguiría vedado el acceso al mar Rojo y al golfo Pérsico, pues para llegar a ellos tendría que cruzar territorios amigos de la causa aliada.

Cuando Rashid Ali Beg Gailani, gobernante germanófilo del Irak, ordenó a los ingleses que evacuasen el país, éstos replicaron, en abril de 1941, derrocándolo y estableciendo un régimen aliadófilo. A principios de mayo de aquel año, los agentes nazis provocaron unos graves desórdenes que pusieron en peligro el *pipeline* que terminaba en Haifa y los pozos petrolíferos de Mosul y Kirkuk, de importancia vital para la escuadra británica del Mediterráneo. El general sir Archibald Wavell envió un grupo de coches blindados que recorrieron cerca de 650 km de desierto a marchas forzadas y aplastaron la revuelta el 1.º de junio. En ese mismo día, las tropas inglesas entraron en Bagdad. Así se consiguió salvaguardar el importantísimo suministro de petróleo del Oriente Medio.

Inmediatamente después de la caída de Francia, varios oficiales partidarios del gobierno de Vichy conspiraron para entregar al Eje los mandatos franceses de Siria y Líbano, que eran posiciones clave para la defensa de Egipto y el canal de Suez. El 8 de junio, fuerzas británicas imperiales y de franceses libres, entraron en Siria y el Líbano desde Palestina y el Irak, apoyadas por la RAF y la escuadra inglesa. No encontraron resistencia en Siria hasta alcanzar la línea Chameh-Merj-Ayun-Monte Hermón.

El 21 de junio, Damasco cayó en manos de los franceses libres, partidarios del general De Gaulle; tres semanas después,

los franceses partidarios de Vichy pidieron un armisticio. Los ingleses expulsaron a los políticos simpatizantes del Eje de ambos países y establecieron en ellos sendos regímenes amigos, asegurando así su flanco medio-oriental.

Los Aliados volvieron entonces su atención al Irán, la antigua Persia, cuyo gobernante, el sha Reza Pahlevi, mostraba simpatías por la causa del Eje.

En agosto de 1941, tras la invasión germana de la Unión Soviética, penetraron en el Irán tropas británicas y rusas para evitar que este país cayese bajo la influencia alemana. En enero de 1942, los ingleses y los rusos firmaron un tratado por el que se comprometían «a respetar la integridad territorial, la soberanía y la independencia política del Irán», prometiendo que ambos países evacuarían sus tropas de Persia en un plazo máximo de seis meses después del cese de las hostilidades. Los Estados Unidos suscribieron más tarde este acuerdo en la Conferencia de Teherán, celebrada en diciembre de 1943.

Por medio de esta serie de rápidas y perentorias maniobras, realizadas bajo las mismas narices de los alemanes, se consiguió atrancar la puerta trasera de Europa, situada en el Oriente Medio, ante los intentos de penetración del Eje. Uno de los mayores errores de Hitler después de la conquista de Creta, fue acaso no dejar sentir todo su poder en el Oriente Medio en lugar de atacar Rusia.

Turquía continuaba representando un arduo problema para los Aliados. Los turcos seguían haciendo un doble juego, vendiendo pertrechos y materiales a ambos contendientes. Impresionados por el avance de Hitler a través de los Balcanes, el 18 de junio de 1941 firmaron un tratado de «confianza mutua y sincera amistad» con Alemania, permitiendo que los buques armados del Eje cruzasen los Dardanelos.



## CAPITULO

## IX

### Una grieta: Alemania ataca a Rusia

*Al atacar a Rusia, el ejército alemán puede compararse adecuadamente a un elefante que atacase a un ejército de hormigas. El elefante matará millares de hormigas, acaso millones, mas por último la superioridad numérica de ellas le vencerá, y las hormigas le devorarán hasta no dejar de él más que los huesos.*

Coronel Berndt von Kleist, 1941.

#### UN ICARO FANTÁSTICO: RUDOLF HESS

El 10 de mayo de 1941 se produjo un hecho sensacional, de importancia menor en el curso general de los acontecimientos, pero revelador de las debilidades existentes en el seno de las altas jerarquías nazis. Rudolf Hess, el tercer hombre de la Alemania nazi después del propio Hitler y el mariscal Hermann Goering, aterrizó en Escocia después de un vuelo extraordinario, inspirado al parecer por su deseo de realizar una gestión de paz.

Hess ostentaba un número impresionante de títulos: lugarteniente del Führer, jefe del partido nazi, miembro del Gabinete Secreto de Alemania, ministro sin cartera del Reich, miembro del Consejo Ministerial para la defensa del Reich alemán, etc.

Nacido en Egipto en 1894, conoció a Hitler en los campos de batalla franceses, en 1918. Acompañaba a Hitler durante el fracasado golpe de estado de la cervecería de Munich en 1923. Encarcelado con Hitler en Landsberg, copió el *Mein Kampf*, y probablemente a él se deben algunas de las ideas expresadas en el que, según parecer general, es uno de los libros más virulentos que se han escrito. Fue Hess quien se encargó de enseñar a Hitler las teorías de Karl Haushofer, el sumo sacerdote de la geopolítica alemana.

La estrella de Hess ascendió junto con la de Hitler. El jefe nazi sentía predilección por aquel hombre alto, de ojos oscuros y torvos, cubiertos por pobladas cejas, a quien convirtió primero en árbitro de las querellas intestinas que desgarraban al partido nazi, después en miembro de su séquito personal y, por último, en uno de los seis miembros del gabinete de guerra nazi.

Por su parte, Hess sentía una fidelidad rayana en el fanatismo por su Führer. Poseía una habilidad especial para gritar con más fuerza que nadie «*Heil Hitler!*» durante los mítines del partido. «*Mein Führer*», gritaba con voz ronca, «nuestra confianza en vos es ilimitada. ¡Que Dios proteja a nuestro Führer!»

Cuando estalló la guerra, Hitler se hallaba casi constantemente acaparado por las audiencias que tenía que conceder a personajes importantes: generales, almirantes y hombres de Estado. El perro fiel que era Hess, modesto y susceptible, se encontró cada vez más relegado a un segundo término, al margen del círculo más íntimo de Hitler.

¿No sería maravilloso que él, Hess, consiguiese conquistar de nuevo el favor de su amado Führer mediante un magnífico acto de inmolación en el que se ofrendaría en sacrificio para el bien de la patria alemana? Él, Rudolf Hess, no era nadie, pero el Führer encarnaba el destino de Alemania.

Era una verdadera tragedia, en opinión de Hess, que los ingleses y los alemanes, que en resumidas cuentas pertenecían al mismo tronco teutónico, combatiesen entre sí. Había llegado el momento, decretado por el Cielo, de realizar un acto supremo de devoción. Él solo, volaría en su avión a Inglaterra para entablar negociaciones de paz, terminar la guerra en dos frentes y allanar de este modo el camino a su idolatrado Führer, a fin de que pudiese aplastar al comunismo definitivamente.

Hess estaba seguro de que su proposición hallaría eco en Inglaterra. Durante los juegos olímpicos celebrados en Berlín en 1936, conoció a un aristócrata inglés que más tarde obtuvo el título de duque de Hamilton y con el que trabó amistad. Cuando estalló la guerra, escribió al duque para sondearle res-



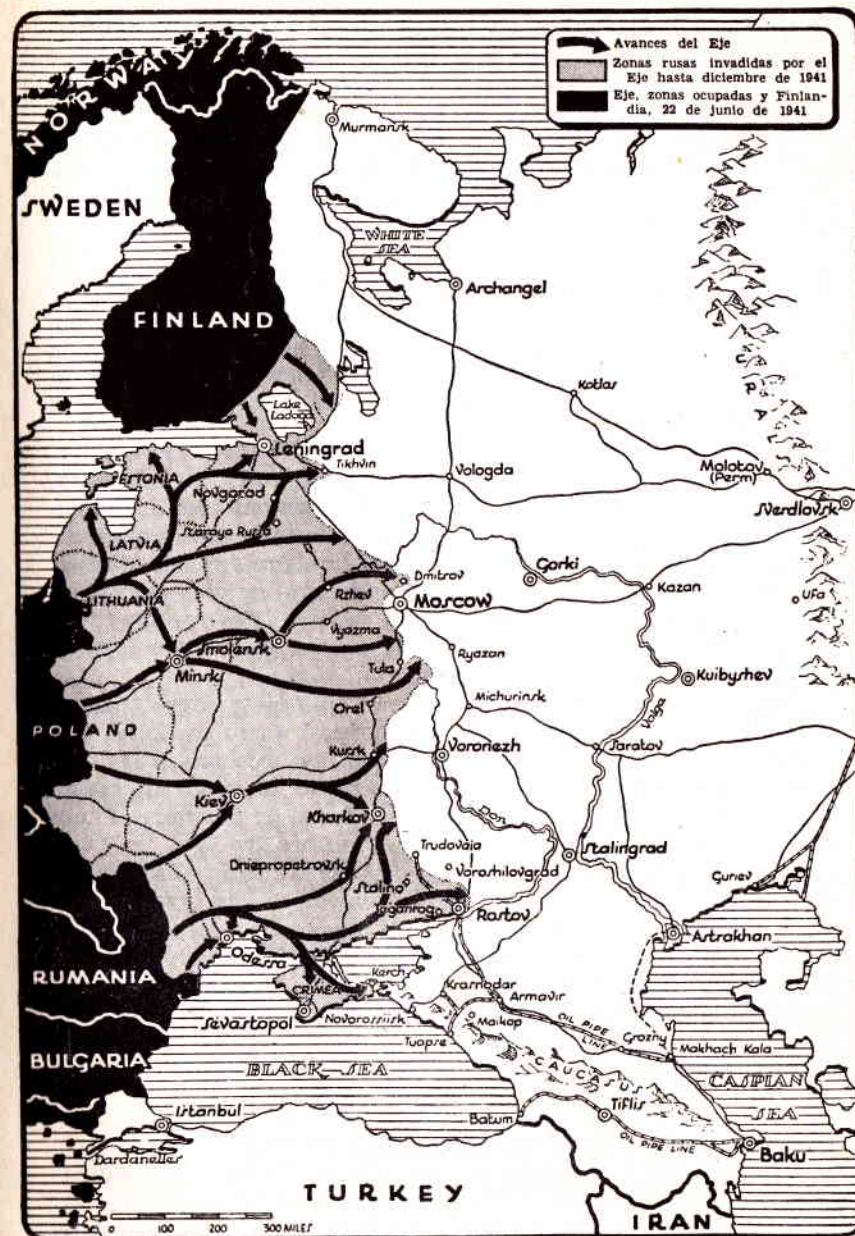
pecto a las posibilidades de paz, pero el aristócrata, aconsejado por funcionarios del gobierno, no contestó la misiva. Sin embargo, se decía Hess, si él pudiese ir a Inglaterra, el duque, en su calidad de camarero real, con acceso a las habitaciones del soberano inglés, le ayudaría sin duda en su misión de paz. Hess esperaba encontrar ayuda y apoyo por parte del duque, a quien creía simpatizante de los nazis.

Por aquella época, Hess ya se encontraba enfermo física y mentalmente. No sólo sufría tuberculosis, sino que empezaba a mostrar indicios de desequilibrio mental. Preparó su vuelo con la tradicional meticulosidad germana. Hitler le había prohibido volar, pero consiguió convencer a Willi Messerschmitt, el constructor de aviones, para que le facilitase los medios de realizar ejercicios de vuelo a larga distancia dentro de Alemania. Se dedicó entonces a estudiar los principios de la navegación, al parecer con gran provecho.

El 10 de mayo de 1941, Hess despegó de Augsburgo en un *Messerschmitt* desarmado y sin gasolina para el viaje de regreso. Vestido con el uniforme de teniente de la *Luftwaffe*, llevaba consigo un mapa en el que señaló con lápiz su rumbo. También llevó algunas fotografías para establecer su identidad. Tenía que cubrir en vuelo casi 1.300 kilómetros y Hess efectuó un vuelo notable por su regularidad y precisión. Al no poder hallar un lugar adecuado para aterrizar, paró el motor y se tiró en paracaídas. Cayó en una casa de labranza escocesa, a unos 20 kilómetros escasos de Dungavel, que era el objetivo que se había señalado, y se fracturó un tobillo. No ofreció resistencia cuando un labriego armado con una horca le intimó la rendición. Las autoridades le trasladaron a un hospital militar de Glasgow.

El ingenuo nazi se puso a charlar por los codos con sus aprehensores, diciéndoles que Alemania, por su combinación de poderío aéreo y submarino y su pueblo decidido y agrupado en torno al Führer, ganaría la guerra con toda certeza. Una vez derrotada Francia, Inglaterra estaba condenada. Hitler sentía grandes simpatías por el pueblo inglés y le apenaba profundamente tener que guerrear contra él. ¡Si los buenos ingleses supiesen cuánta era la bondad y previsión del Führer!

Pero la situación tenía remedio, aseguró Hess. Si los ingleses cesaban en las hostilidades, podrían unirse con los alemanes en una cruzada contra el comunismo, espectro que amenazaba desde hacía mucho tiempo a las «clases dirigentes» inglesas. Inglaterra tendría las manos libres en su propio Imperio, mientras Hitler sería el amo de Europa. Naturalmente, habría que cumplir antes algunas condiciones secundarias: devolución de las colonias alemanas, evacuación del Irak y armisticio con Italia. A fin de cuentas, no sería más que un precio insignifi-



EL ATAQUE NAZI A RUSIA



cante que habría que pagar para obtener la paz. Pero Hitler, añadió Hess con firmeza, no quería negociar con el actual gobierno británico. El Führer no podía soportar a Churchill. Por lo tanto, éste tendría que ser apartado del poder.

En Berlín se produjo uno de los estallidos patentados de furor nazi. La noticia de la fuga de Hess sacó a Hitler de sus casillas. El Führer convocó inmediatamente a sus íntimos e hizo publicar en la prensa la nota siguiente:

Preso al parecer de un estado alucinatorio, el miembro del Partido, Rudolf Hess, se halla convencido de que puede negociar un acuerdo entre Inglaterra y Alemania... El Partido Nacional-socialista lamenta que este hombre idealista haya sido víctima de tal alucinación que, sin embargo, no tendrá el menor efecto sobre la continuación de una guerra que le ha sido impuesta a Alemania.

Las reacciones públicas inglesas fueron muy variadas, pasando de la estupefacción a la burla. El incidente era un ejemplo más de la permanente incapacidad alemana para comprender la psicología del pueblo británico. Los nazis que rodeaban a Hitler sólo conocían a los elementos profascistas de Inglaterra, una minoría insignificante, sin saber ni por asomo cómo era el verdadero pueblo inglés. La cosa era grotesca e incluso un poco triste.

Las autoridades inglesas ordenaron que Hess fuese tratado con todo respeto, como si fuese un general enemigo hecho prisionero. No consiguió entrevistarse con las personas a las que deseaba entregar su «importante» mensaje. Después de pasar por varios lugares, fue trasladado a la Torre de Londres, donde permaneció prisionero hasta el 6 de octubre de 1945, en cuya fecha fue transferido a una celda de la prisión de Nuremberg.

«Sea cual fuere la culpabilidad moral de un alemán tan allegado a Hitler», comentó Churchill más tarde, «Hess la había expiado, en mi concepto, por su frenética acción completamente abnegada, y de una bondad demente. Vino a nosotros por su propia voluntad y, aunque no se hallaba investido de autoridad, poseía ciertas cualidades propias de un emisario. No era el suyo un caso criminal, sino médico, y como tal habría que tratarlo.»

#### HITLER EN EL PAPEL DE NAPOLEÓN: PRIMERA ETAPA-ATAQUE

Las naciones europeas fueron cayendo una tras otra. El 21 de junio de 1812, Napoleón Bonaparte dirigió una grandilocuente orden del día a sus tropas y al día siguiente les ordenó

cruzar el Niemen. Los rusos, contando con sus imponderables aliados, los generales Espacio y Tiempo, fueron atrayendo al invasor hacia las profundidades de su inmenso país. El conquistador tomó Moscú, pero al ser incendiada, la ciudad de los zares se convirtió para él en una trampa y el invierno ruso le inmovilizó. En la retirada que a continuación se produjo, entre la nieve y el hielo, la *Grande Armée* fue aniquilada.

Los paralelos históricos no significan gran cosa, pero podemos jugar con ellos. Sustituya el lector el nombre de Napoleón por el de Hitler en las frases siguientes:

...Seguro de su genio militar, Napoleón se lanzó a la aventura rusa, desoyendo los consejos de muchos de sus mariscales y generales, de cuyas prudentes palabras hizo caso omiso reiteradamente.

...Napoleón fue a la guerra insuficientemente preparado y sin haber calculado las dificultades que ofrecía el abastecimiento de unas fuerzas enormes, cuyas líneas de comunicación cada vez eran más largas.

...Napoleón menospreció excesivamente las cualidades bélicas de su adversario y no consiguió adivinar la estrategia y la táctica que éste emplearía.

...Napoleón se hallaba convencido de que podría derrotar a Rusia tan fácilmente como al resto de Europa, y después sólo le restaría esperar cruzado de brazos a que se hundiese la bloqueada Inglaterra.

22 de junio de 1941, por la mañana.

De pronto, sin la menor advertencia previa, la gigantesca máquina de guerra nazi arrolló las fronteras e inició la guerra con Rusia..., el duelo más salvaje que registran los anales de la guerra. Dos tremendas masas humanas chocaron de frente. En toda la extensión de un frente que medía 2.900 km, la lucha se convirtió en un verdadero infierno, sobre el que volaban los aviones con un espantoso rugido; silbaban las granadas de la artillería en una mortal barahúnda; los tanques gigantescos abrían tremendos boquetes en las líneas enemigas; por las inmensas llanuras rusas evolucionaban las tropas en rápidas maniobras fluidas; se luchaba a muerte en las calles y en los edificios destruidos y se realizaban constantes maniobras envolventes, de copo, de flanco y de ataque.

El plan alemán, como ya era de suponer, estaba cuidadosamente preparado y se realizó a la perfección. Por medio de la *Blitzkrieg*, que dio resultados tan espectaculares en Polonia, Noruega, Francia y los Balcanes, harían pedazos al ejército soviético, copándolo primero en un millar de bolsas para proceder luego a destruirlo metódicamente. Así inmovilizarían al gigante



de pies de barro y añadirían la cabellera roja a una colección que ya empezaba a ser impresionante.

Que les diesen sólo seis semanas y el comunismo pasaría a mejor vida.

Los alemanes dieron a esta operación el nombre clave de «Barbarossa». Consistía únicamente en un ataque frontal. El frente era tan extenso, que cualquier clase de maniobra envolvente y destinada a rebasar el flanco del enemigo, quedaba evidentemente descartada. Las gigantescas puntas de lanza atacarían tres objetivos primordiales: Leningrado en el Norte, Moscú en el centro, y Stalingrado, con el Cáucaso, en el Sur. Con un solo golpe de su gigantesco martillo, el Tercer Reich conquistaría el granero de Ucrania, la cuenca industrial del Donetz y las regiones petrolíferas del Cáucaso.

Stalin apeló a todos los medios para evitar un ataque de Hitler. Sus entregas de víveres y materias primas a Alemania, según el tratado de enero de 1941, se mantuvieron escrupulosamente durante las semanas que precedieron al ataque. La ofensiva alemana le sorprendió hasta cierto punto desprevenido, pero el zar rojo ya temía que tarde o temprano tendría que hacer frente a las hordas nazis. Sus efectivos humanos disponibles, entre las tropas regulares y las reservas, totalizaban 12.000.000 de hombres, distribuidos entre 160 divisiones de infantería, 30 divisiones de caballería y 35 brigadas motorizadas y blindadas. Pero era inútil arriesgar estas fuerzas, a pesar de que eran verdaderamente considerables, contra los maestros de la guerra mecanizada.

Los rusos habrían de confiar, como siempre, en sus antiguos aliados: el Espacio, el Tiempo y el Invierno. Pondrían en práctica la táctica de Quinto Fabio Máximo, apodado *Cunctator* (el Contemporizador), que en el año 217 a. de J. C. cortó las líneas de abastecimiento de Aníbal, hostigándolo sin cesar y haciéndolo todo excepto combatir con él. Los rusos llamaban a esta táctica «defensa en profundidad». Según ella permitirían que el enemigo cruzase la frontera, para atacar entonces sus líneas de comunicaciones, dar audaces golpes de mano contra sus flancos y sobre todo sobrellevar la derrota con paciencia. Esta táctica había obrado maravillas en la lucha de los rusos contra los suecos en el siglo XVIII y contra Napoleón en el XIX.

Una vez pasada la desmoralizadora impresión inicial, el pueblo ruso fue preparado psicológicamente para esta clase de guerra. Al vivir en contacto constante con la naturaleza, los rusos poseían una gran capacidad de resistencia, estaban acostumbrados a las penalidades y sus inmensos bosques o el clima rigurosísimo no les inspiraban temor. Consideraban con fatalismo tanto la vida como la muerte. Lucharían todos, no sólo

los hombres, sino las mujeres y los niños, pegando fuego a sus hogares y sus fábricas, volando los puentes, dinamitando las presas, destruyéndolo todo, en su táctica de tierra calcinada. Cuando se vieses copados, lucharían hasta la muerte. Los alemanes iban a llevarse bastantes sorpresas.

Era cierto, sin embargo, que los rusos habían hecho muy mal papel frente a la pequeña Finlandia. Pero aquello no fue más que una insignificante acción de policía que no podía compararse con la épica lucha contra Hitler. Además, en este caso los rusos eran los invadidos y luchaban en defensa del suelo patrio.

Desde el comienzo de las operaciones de Rusia, las legiones germanas se enfrentaron con constantes dificultades, que muchas veces no se traslucían a la superficie. Menospreciando el valor ruso y seguros de que eran invencibles, los alemanes se extendieron excesivamente en lugar de concentrar su poder en algunos puntos vitales. Además, esta vez no disponían de los servicios de una traidora quinta columna que les allanase el camino de la invasión. Tampoco hubo una guerra psicológica preliminar destinada a ablandar la resistencia enemiga, como sucedió en Noruega, Holanda y Francia, países en los que existieron querellas y disensiones internas y donde se empleó con éxito la táctica del Caballo de Troya. En lugar del largo paseo militar acostumbrado, los invasores se hallaron frente a unas retiradas fantasmas, la táctica de la tierra calcinada, la resistencia fluida y los guerrilleros. Era una guerra muy poco satisfactoria para los soldados de la *Wehrmacht*.

Y, para colmo de males, a pesar de sus primeras victorias, los alemanes se veían trabados por una jefatura que dejaba mucho que desear. Había que reconocer, ciertamente, que los efectivos germanos, encuadrados en 135 divisiones, se hallaban bajo el mando de los mejores cerebros militares del mundo: los von Brauchitsch, Halder, von Rundstedt, von Bock, Guderian, von Kleist, Kesselring, von Leeb, Hoepner, Strauss, Blumentritt y otros muchos. Pero quien llevaba la voz cantante en la dirección de las operaciones era un antiguo cabo de la Gran Guerra, que en el fondo era un analfabeto en cuestiones militares. La solución de Hitler para todas las situaciones que pudieran presentarse era la siguiente: aguantar firmes y no retroceder ni un paso. Los generales alemanes, a pesar de sus grandes dotes, terminaban por estrellarse contra aquella terca e infantil concepción del arte de la guerra. A los muchos quebraderos de cabeza que ya tenían los generales, se añadía la imposible tarea de luchar contra la monomanía del Führer: no retroceder ni un centímetro.

A las pocas semanas, la *Luftwaffe*, como ya era de esperar,



poseía la supremacía aérea en Rusia, después de destruir gran parte de la aviación soviética en el suelo. Las unidades motorizadas germanas irrumpieron a través de las defensas fronterizas y el 2 de julio de 1941 el Alto Mando alemán anunció al mundo un botín sorprendente: 150.000 prisioneros, 1.200 tanques y 600 piezas de artillería de grueso calibre. Al poco tiempo caía Minsk y los ejércitos se dirigían hacia el Dnieper y el Dvina, donde horadaron la línea defensiva que llevaba el nombre de Stalin. Quedó abierto ante ellos el camino interior de Rusia.

La resistencia soviética se endureció entonces, pero no lo bastante para reconquistar la Línea Stalin. El 10 de julio, la infantería alemana se lanzó al asalto de Smolensko, ciudad situada únicamente a 320 km de Moscú. Sólo en 18 días, las legiones nazis, en su impetuoso avance, recorrieron las dos terceras partes de la distancia que las separaba de la capital rusa, librando batalla tras batalla, todas coronadas por el éxito, y recorriendo malas carreteras, con buen y mal tiempo, que les llevaron desde la frontera hasta las cercanías de Moscú.

—¡Rusia está vencida! —gritaba Hitler para que lo oyese todo el mundo—. Ya no volverá a levantarse jamás.

Del frente ruso llegaban a Berlín noticias de arrolladoras y gloriosas victorias.

«En el breve espacio de siete días», proclamaba el Ministerio de Propaganda, «la ofensiva del Führer ha hecho pedazos al Ejército Rojo, ha alcanzado la victoria y la parte oriental del continente yace como una virgen inerte en los potentes brazos del Marte alemán.»

Los alemanes estaban radiantes de alegría. Su magnífico Führer había vuelto a tener razón. Y casi 200.000.000 de hombres, de mano de obra esclava, no tardarían en añadirse a la poderosa máquina bélica de Alemania para fabricar material de guerra. La *Wehrmacht* no tardaría en tener las manos libres para volverse hacia Occidente y aplastar a los tercios y recalci-trantes ingleses en su isla.

De aquella isla se había alzado la voz de Churchill el mismo día en que Hitler se lanzó sobre Rusia:

«Cualquier hombre o Estado que luche contra el nazismo —dijo el estadista británico hablando frente al micrófono— contarán con nuestra ayuda... Por consiguiente, prestaremos toda la ayuda posible a Rusia.»

Por supuesto, los rusos necesitaban ayuda. El 8 de julio, Máximo Litvinov dijo hablando en inglés por la emisora de Moscú:

«La Gran Bretaña y la U. R. S. S. deben combatir juntas ahora, sin tregua ni descanso.»

Litvinov había sido depuesto de su cargo de comisario soviético de Asuntos Exteriores en mayo de 1939, poco antes de la firma del Pacto germano-soviético. A la sazón gozaba de nuevo del favor de Stalin.

En el Sur, los ucranianos, de espíritu independiente y que desde hacía tiempo soportaban en silencio la férrea dictadura de Stalin, acogieron a los invasores alemanes con gritos de júbilo, rindiéndose por cientos de miles, convencidos de que Hitler llegaba en plan de libertador. Y entonces el Führer nazi cometió uno de los más colosales errores de su vida. En lugar de asegurarse la alianza de los ucranianos por el simple procedimiento de tratarlos con ecuanimidad, condenó a muchos de ellos a muerte y sojuzgó al resto. Sorprendidos y humillados, los ucranianos se unieron como un solo hombre en la defensa del suelo patrio.

#### HITLER EXPLICA SU INTERMEDIO RUSO

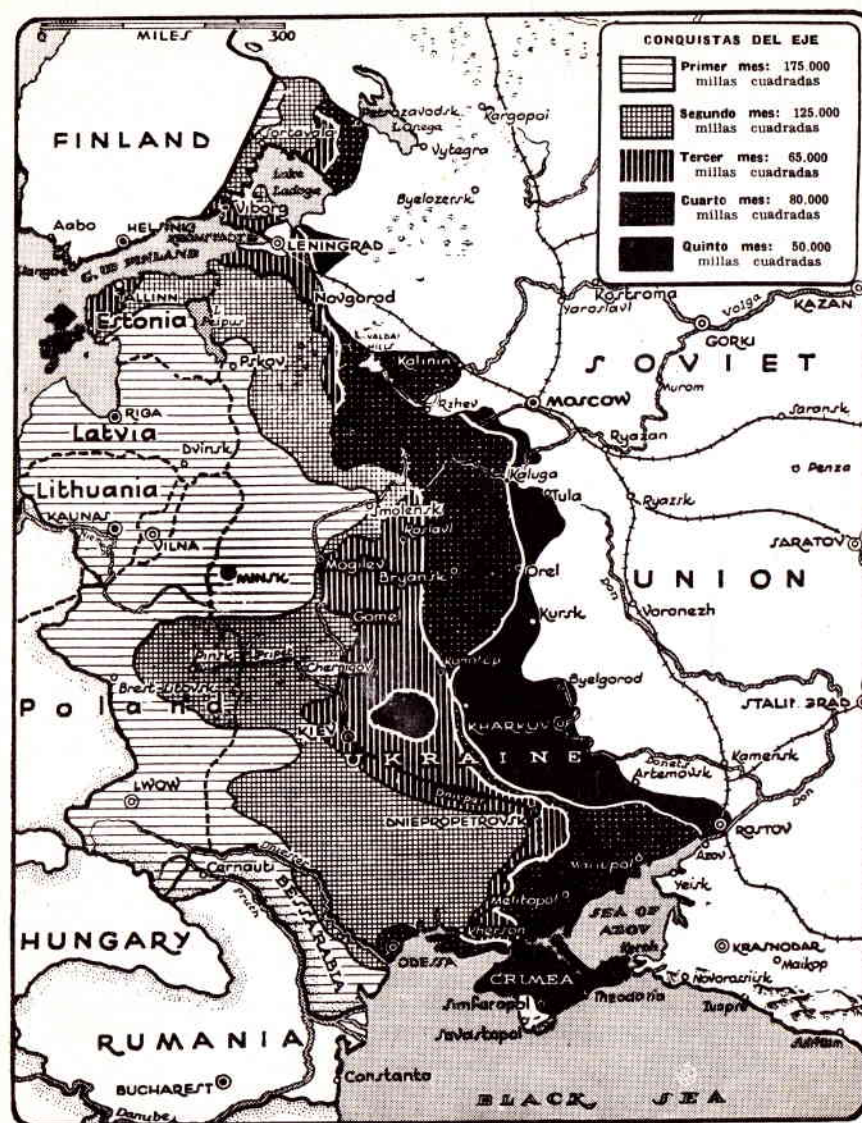
¿Por qué Hitler se lanzó de pronto sobre la Unión Soviética e intentó destruirla antes de iniciar su ofensiva final contra Inglaterra? En los archivos del Ministerio germano de Asuntos Exteriores, se encontró una extraordinaria carta, copia de la que Hitler envió a Mussolini para explicar las razones de este súbito cambio de actitud. La misma facilita algunos indicios verdaderos acerca de cómo veía Hitler las cosas. Además, resume la posición bélica alemana de aquellos días. La misiva lleva fecha de 21 de junio de 1941:

Duce:

Os escribo esta carta en unos momentos en que meses enteros de ansiosas deliberaciones y una continuada y enervante espera terminan merced a la decisión que más me ha costado adoptar en mi vida. Después de examinar el último mapa sobre la situación en Rusia y después de sopesar otros muchos informes, creo que no puedo adoptar la responsabilidad de seguir esperando y, por encima de todo, creo que no existe otro medio de evitar este peligro..., a menos que continúe esperando, lo que de todos modos terminaría por conducir al desastre, si no este año, el próximo a lo sumo.

La situación es la siguiente: Inglaterra ha perdido esta guerra. Con el derecho que asiste a los que se ahogan, se agarra a cualquier clavo ardiente que, en su fantasía, le parece una tabla de salvación. Sin embargo, algunas de sus esperanzas no dejan de hallarse asistidas por cierta lógica, como es natural. Hasta el presente, la Gran Bretaña siempre ha librado sus guerras contando con la ayuda del Continente. La destrucción de Francia —en realidad la eliminación de todas las posiciones occidentales euro-





CINCO MESES DE GUERRA EN RUSIA

peas — atrae continuamente las miradas de los belicistas ingleses al lugar por donde trataron de comenzar la guerra: la Rusia soviética.

Ambas naciones, la Rusia soviética e Inglaterra, se hallan interesadas por igual en la existencia de una Europa arruinada y postrada por una larga guerra. Detrás de estos dos países se alzan los Estados Unidos de América, que los incita mientras observa y espera los acontecimientos. Desde la liquidación de Polonia, se ha hecho evidente la existencia en la Rusia soviética de una tendencia consistente que, si bien de una manera cauta y solapada, señala no obstante un firme regreso a la antigua teoría bolchevique de expansión del Estado soviético. La prolongación de la guerra necesaria para alcanzar esta finalidad se conseguiría reteniendo las fuerzas alemanas en el Este, para que el Alto Mando alemán ya no pueda garantizar un ataque en gran escala en el Oeste, en especial por lo que se refiere a la aviación. Recordaréis que os manifesté recientemente, Duce, que fue precisamente el éxito del experimento de Creta lo que me demostró cuán necesario es utilizar hasta el último de los aviones de que disponemos para el proyecto mucho más importante contra Inglaterra. Es muy posible que el triunfo en esta batalla decisiva dependiese para nosotros de una superioridad de sólo unas cuantas escuadrillas. No vacilaré ni un momento en asumir esta responsabilidad. Dejando aparte otras consideraciones, poseo al menos la certeza única de que no seré atacado entonces súbitamente, ni siquiera amenazado desde el Este. La concentración de fuerzas rusas es tremenda. A decir verdad, todas las fuerzas rusas disponibles se hallan en nuestras fronteras. Además, a partir de la proximidad del buen tiempo, han empezado a realizarse numerosas obras de defensa. Si las circunstancias me diesen motivo para utilizar las fuerzas aéreas alemanas contra Inglaterra, existe el peligro de que Rusia comience entonces su estrategia de extorsión en el Sur y en el Norte, a la que tendría que someterme en silencio, sencillamente porque me hallaría dominado por una sensación de inferioridad aérea. Entonces no sería posible para mí, sobre todo al no contar con el adecuado soporte de las fuerzas aéreas, atacar las fortificaciones rusas con las divisiones estacionadas en el Este. Si no deseo exponerme a este peligro, sería posible que transcurriese todo el año 1941 sin que se produjeran cambios en la situación general. Por el contrario, Inglaterra cada vez estará menos dispuesta a pedir la paz, porque depositará sus esperanzas en el aliado ruso. A decir verdad, estas esperanzas irán en aumento, naturalmente, a medida que el ejército ruso vaya estando más preparado. Y detrás de todo esto se encuentra la entrega en masa de material de guerra americano, que la U. R. S. S. confía obtener en 1942.

Con esta sola excepción, Duce, ni siquiera es seguro que todo esto se produzca, porque con una concentración tan gigantesca de fuerzas por ambas partes (pues yo también me he visto obligado a situar unidades blindadas en número creciente en la frontera oriental y también a llamar la atención de Finlandia y



Rumania hacia este peligro), hay la posibilidad de que las hostilidades comiencen espontáneamente en cualquier momento. Una retirada por mi parte, empero, significaría una grave pérdida de prestigio para nosotros, que sería particularmente desagradable teniendo en cuenta sus posibles efectos sobre el Japón. Por consiguiente, después de exprimirme constantemente el cerebro, he llegado a la decisión de cortar el nudo antes de que se apriete demasiado. Creo, Duce, que con esto brindó probablemente los mejores servicios posibles a nuestra dirección conjunta de la guerra en el año en curso...

Cualquier deseo, sugerencia y ayuda de los que deseéis informarme, Duce, en la contingencia que se avecina, os suplico que me los comunicéis personalmente o los pongáis en conocimiento de nuestras autoridades militares, para que ellas se pongan de acuerdo directamente.

Para concluir, permitidme añadir una cosa, Duce. Me ha costado una gran lucha alcanzar esta decisión, pero ahora vuelvo a sentirme espiritualmente libre. La alianza con la Unión Soviética, pese a la completa sinceridad de los esfuerzos realizados para alcanzar una conciliación final, me resultó con frecuencia muy irritante, pues de una manera u otra me parecía una renuncia a mis principios, mis conceptos y mis anteriores obligaciones. Ahora me siento muy dichoso de verme liberado de estas agonías mentales.

Con toda cordialidad y camaradería,  
Vuestro,

[Adolfo Hitler]

## LA RATONERA DE MOSCÚ

—¡Hoy empieza la última y decisiva batalla del año!

Así, el 2 de octubre de 1941, Hitler arengó a sus legiones, dispuestas para iniciar una nueva ofensiva contra Rusia. La ofensiva inicial las llevó a 650 kilómetros al interior del territorio soviético. Su punto de destino se encontraba a la sazón a poco más de 300 kilómetros: Moscú, punto central del sistema de comunicaciones soviético y símbolo del poder bolchevique. Nada detendría a Hitler, ni la lluvia, ni la nieve, ni el lodo; ni el fuego, ni los ríos desbordados.

Los generales del Führer, entre los que se contaban Walther von Brauchitsch, Franz Halder y Fedor von Bock, eran partidarios de realizar una ofensiva concentrada contra Moscú, utilizando hasta el último de los efectivos alemanes que se encontraban en el territorio soviético. Pero Hitler se atenía a los tratados militares. Efectuaría una superbatalla de Cannas, un vasto movimiento envolvente que, después de tomar Leningrado por el Norte y Ucrania por el Sur, convergería hacia Moscú.

Surgieron acaloradas objeciones en el seno del O. K. W. (*Oberkommando der Wehrmacht*, Alto Mando de las Fuerzas Armadas). Hitler se salió con la suya. El mariscal Wilhelm von Leeb continuaría su ataque contra Leningrado por el Norte, mientras el mariscal Gerd von Rundstedt atacaría Odesa y Kiev por el Sur. En el centro, Von Bock avanzaría al frente de sus 17 divisiones de infantería, 2 divisiones de infantería motorizada, 1.000 tanques y 900 aviones, para romper las líneas enemigas y proseguir la ofensiva hacia Moscú. Von Bock realizaría una serie de maniobras envolventes dentro del arco principal. Una punta de lanza avanzaría hacia el Nordeste desde Smolensko en dirección a Kalinin, rebasando Moscú por el Norte; otra atacaría Orel y Tula, rebasando Moscú por el Sur; y la tercera avanzaría directamente hacia el Este, a través de Viasma, para desencadenar un ataque frontal directo contra Moscú.

Fue una decisión capital... y equivocada. Las poderosas fuerzas móviles de Von Bock quedaron escindidas hasta tal punto, que la mayor parte de su poderío se concentró en los frentes de Leningrado y de Kiev en el Norte y el Sur, respectivamente, dejándole únicamente con fuerzas de infantería para lanzar su ataque frontal contra Moscú. Clausewitz, el gran filósofo prusiano de la guerra, hubiera corregido a Hitler.

Al principio, todas las operaciones se desarrollaron conforme al plan previsto. En tres semanas, las columnas acorazadas de Von Bock redujeron la distancia que les separaba de Moscú de 300 a 100 kilómetros. Los defensores rusos, formando un trágico camino con sus cuerpos, fueron aplastados por la máquina militar nazi, que parecía irresistible.

La tierra olía a muerte por doquier. El campo ruso estaba horadado por los cráteres de las granadas, quemado por los incendios, arañado por las cadenas de los tanques. A finales de octubre, las tropas de Von Bock que atacaban en el frente de Moscú se encontraban en Viasma por el sector central, en Kalinin por el Norte y en Tula por el Sur. Gracias a su abrumadora superioridad numérica, los alemanes habían roto las líneas del frente enemigo. Moscú se hallaba amenazado de cerco. Entre tanto, los ejércitos de Von Rundstedt conquistaban Crimea con excepción de Sebastopol, a la que pusieron sitio.

La caída de la capital soviética parecía inminente. Cuando los alemanes enderezaron sus líneas en el gran saliente que amenazaba la ciudad, el gobierno soviético y el cuerpo diplomático huyeron a Kuibichev, situada a unos 800 km hacia el Este. Stalin se quedó tras las almenadas murallas del Kremlin. La estrategia rusa consistía en concentrar reservas frente a



Moscú y ante el semicírculo de tropas atacantes para desencadenar una poderosa contraofensiva.

Así llegó el mes de noviembre de 1941.

—¡Tiempo de Napoleón! —proclamó la radio moscovita.

La ofensiva alemana se detuvo. Llegó para Hitler el momento de adoptar una decisión. ¿Había que aplazar la campaña de invierno, realizando los preparativos necesarios para un gigantesco ataque en primavera? «¡No!», exclamó el Führer. La ofensiva tenía que continuar. Ambos bandos se hallaban extenuados, arguyó, y el que mostrase más tenacidad vencería. Un último y poderoso empuje, y Moscú sería suyo.

Nuevas objeciones, por parte de los generales. Pero la voluntad del Führer era ley en Alemania. El 15 de noviembre, los alemanes lanzaron la segunda gran ofensiva contra Moscú. La estrategia de Hitler consistía en rebasar la capital por el Norte y tomar los empalmes ferroviarios situados en el lado opuesto.

Cuatro días después cayó sobre los alemanes el invierno con todos sus rigores e inclemencias. El invierno, que era el más poderoso aliado de Rusia. Haciendo caso omiso de la nieve, la bruma y la lluvia, los alemanes avanzaron luchando, kilómetro a kilómetro, acercándose cada vez más a la capital. Así cayeron Dimitrou, a 65 km de la capital; Gorki, a 46, y Kabushki, a 35. El 2 de diciembre, elementos avanzados de Von Bock penetraron en los suburbios de la gran ciudad y vieron ante ellos las torres doradas del Kremlin destacándose sobre el cielo plomizo.

¡Tan cerca, pero tan lejos al propio tiempo! El termómetro descendió por debajo de cero. Todo el paisaje se cubrió de un manto blanco. La súbita llegada del frío sorprendió a los alemanes, acostumbrados a climas mucho más benignos. Con aquel tiempo, los abastecimientos no podían llegar a tiempo a las fuerzas blindadas de Hitler, lo cual creaba un peligroso vacío. El agua se helaba en las calderas de las locomotoras alemanas. El aceite y la grasa se endurecían en las piezas de artillería, ametralladoras y rifles. Los alemanes tenían que encender fuego bajo sus tanques para evitar que los motores se helasen y estallasen. A pesar de su famosa habilidad mecánica, los alemanes no disponían del motor refrigerado por aceite. Al encontrarse desprovistos de sus raciones militares, las hambrientas tropas empezaron a comerse sus caballos, que habían muerto de frío.

Para empeorar aún más las cosas, las legiones germanas no disponían de la vestimenta adecuada para hacer frente a las inclemencias del invierno ruso. Al principio, esto no preocupó mayormente a los alemanes. ¿No había prometido el Führer que el Kremlin estaría en sus manos antes de la llegada del

mal tiempo? Pero lo más espantoso había sucedido: allí estaban los alemanes vistiendo uniformes de verano, atrapados en la nieve y el hielo a las mismas puertas de Moscú. Por una terrible ironía de la suerte, el meticuloso y eficiente espíritu militar germano se volvía ahora contra los propios soldados alemanes, pues la Intendencia había entregado a cada soldado un par de botas de su medida *exacta*, que no permitían llevar más que un par de calcetines. Esto era jugar con la muerte en la inclemente Rusia. Hitler estaba librando una guerra arriesgadísima. ¿O había que achacar lo sucedido a negligencias por parte de alguien? El resultado de ello fue que los pies congelados de soldados alemanes se contaron por millares.

En Berlín se recibieron urgentes llamadas de socorro. El doctor Goebbels, ministro de Propaganda del Reich, organizó una colecta monstruo de abrigo y pieles con destino al frente ruso. La población civil alemana respondió con el mayor patriotismo. Pero aquellas ropas de abrigo tardarían meses en llegar a las tropas.

Los rusos, en cambio, vestidos con chaquetas de pieles, calzando botas forradas de fieltro, con ropa interior de lana y gorros de piel con grandes orejeras, se dedicaban a atacar concienzudamente a los congelados y temblorosos invasores alemanes. Iván sabía muy bien cómo servir a las órdenes del general Invierno.

Dentro y fuera de la Ciudad Santa de la Revolución, reinaba un movimiento constante. Las reservas marchaban hacia el Oeste para reforzar el frente. Alejándose de la zona amenazada, partían hacia el Este largas columnas de mujeres, niños y ancianos que huían del peligro alemán.

He aquí un relato debido a la pluma de Henry C. Cassidy, un corresponsal extranjero:

Miles de mujeres, movilizadas por sus comités locales y vistiendo aún sus ropas ciudadanas, aflúan en tren, autobús y camión a los fríos y embarrados suburbios del oeste de Moscú para abrir profundas trincheras y fosos antitanques, que cruzaban el campo como tremendas cicatrices. Las fortificaciones alcanzaban por la retaguardia hasta la propia ciudad, donde se levantaban barricadas de acero, sacos terreros y adoquines. El palacio de los Soviets, que entonces no pasaba de ser un esqueleto de vigas de acero, y que una vez terminado hubiera sido el edificio más alto del mundo, suministró grandes cantidades de material para la fortificación. El metro de Moscú, el ferrocarril subterráneo más moderno del mundo, se utilizó para transportar tropas y pertrechos de una parte a otra.

En todos los pequeños talleres que no fueron evacuados, se trabajaba exclusivamente en la fabricación de material de guerra.



Un tallercito de calderero, del que hasta entonces habían salido ollas y sartenes, empezó a fabricar bombas de mano. Otro que construía cajas registradoras y máquinas de sumar, empezó a producir rifles automáticos.

Berlín aún confiaba en el triunfo. El 2 de diciembre, el ministro de Propaganda avisó a todos los directores de periódico que dejaran espacio disponible en primera plana para anunciar la caída de Moscú. Esta noticia no llegó a publicarse nunca.

Cuatro días después, la víspera de Pearl Harbor, el mariscal Georgi Zhukov, que hasta entonces había economizado sus reservas, las envió de pronto en un contraataque fulminante contra las formaciones de tanques germanos, cuyas dotaciones se hallaban medio congeladas. La ofensiva se inició por el norte y por el sur de Moscú, sorprendiendo a los tanques alemanes atacados en el hielo y la nieve y con las cadenas fuera de sus ruedas.

Los jefes de sector enviaron urgentes llamadas al Cuartel General de Hitler solicitando que se les permitiera retirarse ordenadamente. El Führer rugió como un tigre furioso: «¡No hay retirada! ¡No retrocederemos ni un metro!» Luego amenazó con la degradación pública y la muerte a todos los comandantes que desobedeciesen sus órdenes.

Sin embargo, el 8 de diciembre, Berlín anunció que la ofensiva en el frente oriental se había suspendido a causa del «tiempo». La excusa que se daba era que el invierno, aquel año, se había anticipado tres semanas. Equivalía a una admisión de derrota. En seis meses, según cifras oficiales alemanas, la *Wehrmacht* había tenido 162.314 muertos, 577.767 heridos y 33.334 desaparecidos. Los alemanes habían llegado a la vista de las torres del Kremlin, pero entonces todo su frente fue obligado a retroceder en distancias que incluso alcanzaban más de 300 km. El espíritu de resistencia ruso, combinado con el invierno, había conseguido cambiar las tornas. Hitler ya no podría volver a atacar en Rusia más que por un sector a la vez.

La historia se repetía a su manera irónica y casual. Veinticinco años antes, durante la Gran Guerra, el mariscal Paul von Hindenburg se había negado a realizar una penetración profunda en Rusia, arguyendo que aquel país no tenía un corazón contra el que pudiese asestarle un golpe mortal.

Hitler tuvo que aprender esta verdad con dolor y con sangre.

#### LEVANTAMIENTO EN MASA EN LENINGRADO

Al extremo del golfo de Finlandia y junto a la desembocadura del río Neva, al noroeste de Moscú, se encuentra Leningrado,

una de las ciudades más grandes e importantes de Europa. Poco después de comenzada la Gran Guerra, se cambió el nombre de San Petersburgo por el de Petrogrado para rusificar aquel nombre de origen alemán. En marzo de 1924 la ciudad fue rebautizada con el nombre de Leningrado, en honor de Nicolás Lenin, padre de la revolución comunista de 1917.

¡Leningrado y Stalingrado! Las ciudades del fundador y de su primer discípulo rojo, respectivamente. El supersticioso Führer concedía una importancia casi mística a estos topónimos. Una vez conquistadas las dos ciudades gemelas de la Rusia revolucionaria, el régimen soviético se desmoronaría como un castillo de naipes y él, su conquistador, eclipsaría a Napoleón en las páginas del libro de la Historia.

Hitler tenía en cuenta consideraciones no sólo estratégicas sino también psicológicas. Cuando Leningrado estuviese en manos alemanas podría enlazarse desde esta ciudad con Finlandia, a la sazón aliado del Eje. Leningrado sería el pivote septentrional de un gigantesco movimiento de tenaza destinado a aplastar y triturar el comunismo.

Inmediatamente después de la invasión de la Rusia soviética, mientras otras divisiones *Panzer* atacaban por los frentes central y meridional, poderosas fuerzas nazis avanzaron hacia el Norte, en dirección a Leningrado. El ala izquierda de estas tropas penetró en Estonia, copando todas las fuerzas rusas que allí se encontraban. El ala derecha atacó en dirección de Leningrado, adonde llegó a finales de agosto de 1941.

Se repitió de nuevo la táctica familiar de la *Blitzkrieg*: martilleo aéreo, avance de fuerzas ligeras seguidas por rápidas fuerzas mecanizadas, artillería y tropas de tierra. Esta vez los alemanes contaron con la ayuda del mariscal Karl von Manstein y los finlandeses, que tenían motivos más que suficientes para odiar a los rusos, que tan mal los habían tratado. Durante los meses de septiembre y octubre, los invasores terminaron de rodear completamente la ciudad.

Pero únicamente pudieron sitiarse. A pesar de sus desesperados esfuerzos, los alemanes no pudieron tomar Leningrado. El 1.º de noviembre comenzó un asedio de dieciséis meses que había de ser uno de los más extraordinarios de la Historia. Los alemanes volvieron a cometer otro error fundamental: no habían hecho llevar artillería de sitio, pues se hallaban convencidos de que no la necesitarían.

La táctica de Hitler consistía en rendir por hambre una ciudad de tres millones de habitantes. Las tropas alemanas fueron cortando una tras otra todas las vías de acceso a la población: tres autopistas, doce líneas férreas, el sistema de canales y el puerto. Los rusos consiguieron conservar abierta la



ruta acuática del lago Ladoga. Por la superficie helada del lago aflúan los camiones cargados de municiones, pertrechos y vituallas, durante las largas noches nórdicas. Todo Leningrado se alzó frente al invasor. Tirando sus herramientas, los obreros empuñaron el rifle y se fueron a las trincheras. Sus lugares de trabajo fueron ocupados por mujeres y niños. No había carbón para cocinar. Había que ir a buscar el agua en el río o sacarla de los pozos y los canales. Los víveres empezaron a escasear, hasta ser prácticamente inexistentes.

Hitler no había contado con aquel espíritu indomeñable. Al llegar la primavera de 1942, más de 400.000 rusos, débiles y depauperados, aún tuvieron fuerzas para manejar las palas y limpiar de basuras las calles de la ciudad. Durante el invierno, los bombardeos alemanes habían inutilizado el alcantarillado público, y surgía el peligro de las epidemias. En pocos días, aquel pueblo que apenas podía con su alma, sacó fuerzas de flaqueza y todos, jóvenes y viejos, arrojaron al río y a los canales la nieve y la suciedad acumuladas que hubieran podido ocasionar una epidemia en Leningrado.

Cuando en abril comenzó el deshielo, los alemanes redoblaron sus esfuerzos. Pero todas sus armas se mellaban contra aquella férrea resistencia. La *Luftwaffe* cortó las líneas férreas que unían la ciudad con Moscú y Murmansk. Día y noche la artillería alemana cañoneaba la ciudad, haciéndola pedazos manzana por manzana.

Pero los habitantes de Leningrado no querían rendirse. Continuaban trabajando bajo las bombas y las granadas y a la salida del trabajo, a pesar del hambre que les roía las entrañas, se iban a consolidar las fortificaciones que rodeaban la ciudad. Colocaban parques de camiones en todos los lugares disponibles y, después de trabajar, se arrastraban hasta ellos de rodillas para evitar los fragmentos de metralla.

Lo más recio de la ofensiva alemana ya había pasado. Las tropas de Hitler no ocuparían Leningrado, ni entonces ni más adelante.

## CAPITULO

# X

### Los Estados Unidos, arsenal de la democracia

*Y no sólo por ventanas orientales,  
llegado el día, penetra la luz;  
enfrente el sol asciende lentamente,  
pero al oeste, mirad, la tierra resplandece.*

Winston Churchill, 1941, citando a Arthur Hugh Clough (1819-1861).

*La marcha ascendente del hitlerismo puede detenerse...  
y será detenida. Lo diré lisa y llanamente: nos comprometemos a aportar nuestro esfuerzo para la destrucción del nazismo.*

Franklin D. Roosevelt, discurso del Día de la Marina, 27 de octubre de 1941.

### PRELUDIO: EL GRAN DEBATE

El estallido de la Gran Guerra alcanzó en 1914 al pueblo norteamericano con la fuerza de un rayo. Al principio no se produjo una abrumadora mayoría de opinión a favor de ninguno de ambos bandos en pugna; en realidad, gran parte de la opinión pública norteamericana era antibritánica y germanófila. Pero a causa de una combinación de circunstancias, los Estados Unidos terminaron por participar en el conflicto, y el peso



de las armas y la productividad norteamericana hizo inclinar la balanza a favor de los aliados.

Después de 1918 se difundió el sentimiento, que casi alcanzó caracteres de neurosis nacional, de que los Estados Unidos habían sido atraídos a la guerra con engaños. Una campaña revisionista cuidó de alimentar estos sentimientos. El país se encerró en un aislacionismo que había de perdurar durante la época del largo armisticio que se extendió de 1918 a 1939. El continente europeo era un hervidero de odios irreconciliables, de luchas, disensiones y pendencias, en opinión de los norteamericanos. Si los europeos querían aniquilarse, que se destrozasen dentro de sus propias fronteras. En cuanto a los norteamericanos, era preferible permanecer en seguridad tras el foso del Atlántico, siguiendo el consejo de George Washington de no meterse en los asuntos europeos. ¡Había que terminar aquella estúpida efusión de sangre!

Pero había otros factores que venían a complicar las cosas. El rápido empeoramiento de la situación europea provocado por el acceso de Hitler al poder, obligó al pueblo norteamericano, muy contra su voluntad, a preguntarse seriamente qué haría en caso de que estallase un nuevo conflicto armado. Muchos opinaban que la única actitud juiciosa consistía en mantener una auténtica neutralidad, ocurriera lo que ocurriese. Estos sentimientos se vieron acrecentados en parte por los hechos que puso de manifiesto la actuación de una comisión senatorial presidida por Gerald P. Nye, senador por Dakota del Norte, que en 1934 empezó a revisar los datos de la industria de armamentos durante la guerra anterior.

Por una parte, los aislacionistas empezaron a pedir al Congreso que promulgase leyes tan estrictas de neutralidad que hiciesen imposible la participación de Norteamérica en otra guerra europea. Los que propugnaban la «seguridad colectiva», insistían también en sus puntos de vista, arguyendo que el mundo ya se había hecho demasiado pequeño para que una nación tan grande y poderosa como los Estados Unidos permaneciese al margen de una guerra en gran escala. Si la guerra se producía, ésta podía arrastrar a los Estados Unidos, pese a su legislación neutralista o a la voluntad de su pueblo. La única actitud prudente consistía en alinear el poderío estadounidense al lado de las naciones amantes de la paz, para intimidar a los posibles agresores. Con la neutralidad no bastaba. Había que trabajar activamente para prevenir la guerra.

Desde los primeros días de su mandato presidencial, iniciado en 1933, Roosevelt se mostró sin lugar a dudas partidario de la seguridad colectiva. Mientras Hitler avanzaba hacia la guerra a pasos agigantados, Roosevelt manifestó reiteradamen-

te que continuaba sustentando las mismas opiniones acerca de la seguridad colectiva. El 5 de octubre de 1937, pronunció en Chicago su famoso discurso acerca de la «cuarentena de los agresores»:

Por desgracia, parece ser un hecho cierto la difusión epidémica de la ilegalidad mundial. Cuando en el mundo empieza a esparcirse una epidemia, la comunidad aprueba que se imponga una cuarentena a los pacientes para proteger la salud de la colectividad ante la posible difusión de la enfermedad... La guerra es un contagio, ya sea declarada o sin declarar. Puede extenderse a Estados y pueblos situados a gran distancia del teatro primitivo de las hostilidades. Estamos decididos a mantenernos fuera de la guerra, pero no podemos inmunizarnos contra los efectos desastrosos de ella y los peligros de vernos arrastrados al conflicto... Hay que hacer esfuerzos positivos para mantener la paz. Norteamérica odia la guerra y confía en la paz. Por consiguiente, Norteamérica se compromete activamente a conseguir la paz.

Si en 1914 los norteamericanos quedaron sorprendidos por el súbito estallido de la guerra, lo que les sorprendió en 1939 fue que el conflicto hubiese tardado tanto en estallar. Esta vez, una opinión pública mejor informada, que sabía muy bien a quién cabía atribuir la responsabilidad de la agresión, mostró desde el principio unos sentimientos claramente desfavorables a Hitler. Con excepción de un reducido y poco importante grupo formado por gente mal enterada, fanáticos y chiflados, el pueblo norteamericano, en su inmensa mayoría, detestaba al Führer y todo cuanto éste representaba: su cerril fanatismo, su bestial inhumanidad, sus ansias de agresión y de poderío mundial.

Los norteamericanos se encontraron enfrentados con un desagradable dilema. En su mayoría, se hallaban esta vez decididos a evitar una guerra armada, mas al propio tiempo comprendían que una victoria alemana significaría un golpe terrible contra la forma de vida norteamericana, de la que ésta quizá no se repondría. Las preguntas que se planteaban eran concretas y de una importancia vital: ¿Era necesario que los Estados Unidos se encerrasen en el aislacionismo, limitándose a desear la victoria aliada? ¿Deberían ayudar totalmente a los aliados, «exceptuando la ayuda armada»? ¿Deberían prepararse inmediatamente para una posible participación en el conflicto?

El 5 de septiembre de 1939, pocos días después de la invasión de Polonia, el presidente Roosevelt hizo una proclamación de neutralidad que confirmaba los términos de la Ley de neutralidad de 1937. Esta proclamación ponía bajo un embargo inmediato todos los envíos de armas y municiones para los países



beligerantes. En la práctica, los más afectados por esta medida fueron los ingleses. Al dominar los mares, podían impedir a los alemanes el acceso a los materiales norteamericanos, pero al propio tiempo ellos se quedaban sin los materiales y pertrechos de guerra que necesitaban desesperadamente. La legislación neutralista norteamericana, dijeron en tono acusador, equivalía a regalar a los alemanes una escuadra en el Atlántico.

Como durante la Gran Guerra, los ingleses introdujeron el sistema de *navicerts*, para impedir que los cargamentos de guerra llegasen a manos del enemigo. Según este sistema, los buques mercantes fondeados en puertos americanos eran registrados antes de zarpar hacia Europa. Esta práctica, añadida a la detención y registro de barcos norteamericanos en alta mar, originó un agrio intercambio de notas entre Washington y Londres, como ya había sucedido en la Gran Guerra.

El presidente Roosevelt, consternado ante los actos de agresión del Eje, desde el primer momento no ocultó sus simpatías por la causa aliada. El 3 de septiembre de 1939, dos días después de comenzada la guerra, declaró: «Esta nación permanecerá neutral, pero no puedo pedir a todos los ciudadanos norteamericanos que permanezcan también neutrales en su fuero interno.» El 8 de septiembre anunció que el país quedaba sometido a un estado limitado de emergencia nacional.

Convencido de que la legislación neutralista de 1937 tenía defectos, Roosevelt solicitó del Congreso que la revisara y le diera una redacción más razonable. El Congreso respondió a esta solicitud con fecha 4 de noviembre de 1939, levantando el embargo de armas y autorizando la exportación de armas y municiones a las potencias beligerantes, a condición de que éstas las pagasen al contado y se las llevasen inmediatamente. Este proyecto de ley fue aprobado por el Senado el 27 de octubre por 63 votos a favor y 30 en contra, y por la Cámara el 2 de noviembre, por una votación de 243 a favor y 181 en contra. Se pidió al presidente que nombrase a los Estados beligerantes, y la marina mercante norteamericana recibió la prohibición de transportar pasajeros o carga a cualquier Estado considerado beligerante. Los ciudadanos norteamericanos no pudieron viajar a partir de entonces en buques de los beligerantes, sin duda para evitar que se repitiesen casos como el del *Lusitania* (o el del *Athenia*). Esta política de compras al contado, permitió que la Gran Bretaña y sus aliados adquiriesen pertrechos sin exponer a los Estados Unidos al riesgo de ver a sus ciudadanos soliviantados por los ataques submarinos alemanes. Al propio tiempo, la Administración pidió que se aplicase un «embargo moral» al Japón, por sus bombardeos de ciudades abiertas.

La súbita caída de Francia en junio de 1940 y la desesperada situación de Inglaterra provocaban grandes temores en los Estados Unidos. En aquella época, como entre 1914 y 1917, año de la intervención norteamericana en la guerra, los Estados Unidos consideraban invencible a la Armada británica. La opinión más generalizada en Norteamérica era la de que, ocurriera lo que ocurriese en el continente europeo, el dominio del Océano Atlántico, aquel inmenso foso defensivo, seguiría en las manos amigas de los ingleses. Pero entonces, cuando Hitler se adueñaba de la Europa occidental, los norteamericanos no podían desechar la posibilidad de una completa victoria alemana.

Suponiendo que el vocinglero Führer de Alemania consiguiese invadir Inglaterra y uncirla al carro de su Nuevo Orden, ¿se contentaría con quedarse en Europa, al otro lado del Atlántico? ¿Qué ocurriría con América Latina, a la que ya había bombardeado con cantidades ingentes de propaganda nazi? ¿Mostraría Hitler más respeto por la doctrina de Monroe que por otros «papeles mojados»? Aun en el caso de que Hitler decidiese no enviar sus hordas pardas al hemisferio occidental, ¿qué papel desempeñarían los Estados Unidos en un mundo dominado por truculentos dictadores? ¿Y qué decir de la posibilidad de que los Estados Unidos terminasen viéndose obligados a luchar solos contra aquellos dictadores? No podían ser estas preguntas más inquietantes y todas ellas reflejaban las ansiedades y temores que embargaban al pueblo norteamericano.

Mientras tanto, en los pasillos del Congreso, en las redacciones de los periódicos, en las emisiones radiofónicas, en las esquinas y en las tiendas de las más pequeñas aldeas, se desarrollaba el gran debate entre intervencionistas y aislacionistas. Ambas posiciones eran diametralmente opuestas.

Los intervencionistas consideraban la guerra como una lucha a vida o muerte entre dos concepciones de la vida: la autoritaria y la democrática. Acusaban al Eje de aspirar a la dominación mundial. Una vez liquidada Europa y la armada británica derrotada, la etapa siguiente de la conquista sería la América Latina. Tarde o temprano los Estados Unidos, les gustase o no, tendrían que hacer frente a la amenaza totalitaria. En el ínterin, lo mejor que podía hacerse era ayudar a la Gran Bretaña para que ésta no sucumbiese. Escandalizados por los atropechos que cometían los bandidos nazis y los militaristas japoneses, los intervencionistas pedían apoyo para la cruzada en defensa de la civilización y las instituciones libres del mundo entero.

La verdad era que entre los intervencionistas de aquel tiempo se contaban muy pocos norteamericanos que desearan inter-



venir militarmente en la guerra. Por intervención entendían prestar toda la ayuda posible a los aliados «menos por medio de las armas». Esta era su manera de manifestar el desprecio que les merecían Hitler y sus acciones. El movimiento intervencionista confiaba en mantener la guerra limitada a la otra orilla del Atlántico. El mejor tanto de que disponían los intervencionistas era la simpatía con que el presidente de los Estados Unidos veía y apoyaba su posición.

El reverso de la medalla estaba representado por los aislacionistas. Un número sorprendentemente grande de norteamericanos estaba dispuesto a correr el riesgo de una victoria nazi. Sólo querían una cosa: que los Estados Unidos permaneciesen al margen del conflicto. Afirmaban que los argumentos de los intervencionistas estaban teñidos de un altruismo ineficaz y no tenían valor alguno. ¡Mantengámonos lejos del avispero europeo! ¿No había demostrado la Gran Guerra la inutilidad de meterse en asuntos ajenos? Bien era verdad que los Estados Unidos podían perder dinero mientras durase la guerra, pero las pérdidas financieras que sufrirían en su calidad de nación neutral serían insignificantes comparadas con las cifras astronómicas a que ascenderían los gastos de guerra.

A las filas de los aislacionistas afluían pacifistas, germanófilos, «irlandeses de profesión» y otros muchos resentidos con los ingleses por un motivo u otro.

Los cabecillas del movimiento aislacionista a rajatabla eran el senador Burton K. Wheeler, de Montana; el senador Gerald P. Nye, de Dakota del Norte; los dos hermanos La Follette, de Wisconsin; el representante Hamilton Fish, de Nueva York; William Randolph Hearst y su cadena de periódicos, y el coronel Robert R. McCormick, del *Chicago Tribune*. A estos se unió Norman Thomas, el líder socialista y pacifista. Este movimiento se encontraba apoyado por una fuerte organización, muy bien financiada, que llevaba el nombre de «Primer Comité de Norteamérica», e inició una vigorosa campaña destinada a desacreditar a los intervencionistas o a los que demostrasen simpatía por los apurados ingleses.

Uno de los apóstoles del aislacionismo y del apaciguamiento sentimental, era el primer héroe nacional de Norteamérica: Charles A. Lindbergh. En 1927, el joven Lindbergh cruzó solo el Atlántico en un pequeño monomotor, que le hizo ingresar «bajo la brillante luz de la Historia, confiriéndole una fama inimaginable». No demostró tanta habilidad para capear el temporal de la admiración pública. Abrumado por la constante invasión de su intimidad, aquel joven tímido y espigado adoptó una actitud esquiva frente a la prensa y el público.

Después de haber sido tratado a cuerpo de rey por el ma-

riscal Hermann Goering en Berlín, Lindbergh quedó convencido a pies juntillas de que el potencial aéreo nazi era imbatible. Esta opinión gozaba de muy pocas simpatías entre la mayoría de norteamericanos. El aviador que había sido objeto de las mayores y más delirantes ovaciones en la historia de la nación, vio cómo su popularidad disminuía de la noche a la mañana.

El 20 de abril de 1941, Lindbergh expuso los argumentos favoritos de los aislacionistas en un discurso que pronunció en la ciudad de Nueva York, durante un acto organizado por el Primer Comité de Norteamérica:

No sólo es nuestro derecho, sino que es nuestra obligación como ciudadanos norteamericanos, contemplar la guerra objetivamente, sopesando nuestras probabilidades de triunfo caso de participar en ella. Yo he tratado de hacerlo, en especial por lo que se refiere a la aviación; y he tenido que llegar a la conclusión de que nosotros no podemos ganar esta guerra en ayuda de Inglaterra, por mucha ayuda que podamos prestarle.

Tened la bondad de contemplar el mapa de Europa y decirme si existe un medio por el que podamos ganar esta guerra, si entramos en ella. Supongamos que disponemos de un gran ejército en Norteamérica, bien instruido y pertrechado. ¿Adónde lo enviaríamos a combatir? Las campañas de esta guerra demuestran con claridad meridiana la dificultad que ofrece un desembarco o el mantenimiento de un ejército en unas costas hostiles.

Vamos a suponer que sacamos nuestra armada del Pacífico y la utilizamos para escoltar los convoyes británicos. Con esta medida, la Gran Bretaña tampoco ganaría la guerra. En el mejor de los casos, le permitiría ir subsistiendo bajo el constante bombardeo de la flota aérea alemana. Supongamos ahora que tenemos una aviación en disposición de ser enviada a Europa. ¿Dónde operaría? Algunas de nuestras escuadrillas podrían tener sus bases en las Islas Británicas; pero es físicamente imposible situar en estas islas un número de aviones que pudiese igualar el poderío aéreo que puede contener el continente europeo...

Lo que más júbilo puede causar al enemigo, es ver que la nación se halla dividida en sus pareceres acerca del resultado de una guerra extranjera. El camino más directo para la derrota consiste en lanzarse a una guerra sin contar con la preparación adecuada. Todas las naciones que han adoptado la política intervencionista, consistente en fiar en un tercero para su propia defensa, han terminado enfrentándose con la derrota y el fracaso...

La guerra no es inevitable para nuestra patria. Asegurar lo contrario es derrotismo en el verdadero sentido de la palabra. Nadie puede obligarnos a luchar en el extranjero si esto va contra nuestra voluntad. Ni nadie intentará atacarnos aquí si nos armamos, como corresponde a una gran nación. Más de cien millones de personas se oponen en los Estados Unidos a que entremos en la guerra. Si los principios de la democracia significan algo, esto es razón más que suficiente para que nos inhibamos. Si nos



obligan a participar en una guerra, yendo contra los deseos de una abrumadora mayoría de nuestro pueblo, habremos demostrado que la democracia ha resultado tan inútil en nuestra propia patria que de poco valdría salir a luchar por ella en otras tierras...

Una semana después, el 30 de abril de 1941, el *New York Times* publicó un editorial titulado *Afrontemos la verdad*, que constituía una réplica a Lindbergh y a los aislacionistas. Ofrecemos algunos extractos del mismo:

...No existe aislamiento. Sólo existen líneas defensivas. La distancia cada vez cuenta menos. La estrategia lo es todo. Y la estrategia, en este año de gracia, se ha convertido en el arte y la ciencia de la supervivencia...

Los que ahora nos dicen que el mar aún continúa siendo nuestro baluarte más seguro y que las tremendas fuerzas que barren el Viejo Mundo no significan ninguna amenaza para el Nuevo, dan un mentís a sus propias palabras con las precauciones que quieren vernos adoptar...

Los peligros que amenazan a nuestra patria como consecuencia de la victoria de Hitler son más de carácter moral y espiritual que de orden físico. Existen peligros para el corazón y el espíritu además de los que amenazan el cuerpo y la tierra.

Victorioso en Europa, dueño de África y Asia a través de sus aliados del Eje, Hitler no puede permitirse el lujo de tolerar que Estados Unidos lleven una existencia pacífica y tranquila; aunque lo deseara, esto no podría ser, pues somos el archienemigo de todo cuanto él representa, la mismísima ciudadela de aquella «democracia plutocrática» que él odia y desprecia. Mientras la libertad y la libre iniciativa subsistiesen en los Estados Unidos, existiría para Hitler el riesgo constante de que nuestras ideas y nuestro ejemplo contagiasen a los países conquistados que él se dedica a doblegar a su voluntad. En interés propio, se vería obligado a hostigarnos constantemente...

No hay escapatoria posible en el aislamiento. Sólo tenemos dos alternativas. Rendirnos, o hacer lo que esté de nuestra parte para mantener las líneas. Podemos defender, con todos los medios de que disponemos, los derechos que son moral y legalmente nuestros. Si nos decidimos por la tradición norteamericana, por la preservación de todo cuanto nos es más querido en los años venideros, asumiremos el lugar que nos corresponde y desempeñaremos nuestro papel en la defensa de la libertad.

#### EL PUNTO N.º 1 DEL PRESIDENTE ROOSEVELT: REFORZAR LAS DEFENSAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

A finales de junio de 1940, Hitler se había apuntado una serie sucesiva de victorias: la invasión de Dinamarca y Noruega, la conquista de los Países Bajos, la caída de Francia. Esta

rápida sucesión de acontecimientos, especialmente la caída de Francia, arrancó a los Estados Unidos de su marasmo. «No nos hallamos en presencia de guerras localizadas o regionales», afirmó el secretario de Estado, Mr. Cordell Hull, el 26 de octubre de 1940, «sino de un movimiento organizado y determinado de expansión y conquista continuadas. Ninguna nación ni territorio se encuentran seguros ante esta ofensiva en pos del poder, a menos que sus habitantes se proporcionen medios de defensa tan formidables que ni siquiera los conquistadores posibles se atrevan a alzar la mano contra ellas».

El presidente Roosevelt, en su mensaje presupuestario anual del 3 de enero de 1940, ya había solicitado 1.800.000.000 de dólares para la defensa nacional y nuevas asignaciones por valor de 1.182.000.000. El 16 de mayo leyó un mensaje ante el Congreso en el que pedía que se implantase un programa de producción de 50.000 aviones anuales.

Estas palabras despertaron un interés inmediato en el interior de Alemania. ¿Cincuenta mil aviones anuales? *Unglaublich!* ¡Increíble! El mariscal Hermann Goering, considerado como un gran experto en aviación, prorrumpió en carcajadas irónicas. El doctor Joseph Goebbels, experto en propaganda, denunció «el farol del presidente Roosevelt». Adolfo Hitler emitió una opinión médica: «La cosa no ofrece dudas: ¡Roosevelt es un enfermo mental!» ¡Cincuenta mil aviones anuales! Era absolutamente imposible. (Sin embargo, desde principios de 1940 hasta el final de las hostilidades, las fábricas norteamericanas produjeron 296.601 aviones militares, lo cual equivale a un promedio de casi 60.000 anuales).

El 31 de mayo de 1940, cuando la caída de Francia era inminente, Roosevelt requirió una suma adicional de 1.277.741.170 dólares para acelerar y desarrollar las instalaciones militares y navales. A la sazón empezaban a verse claras las líneas principales del programa de cuatro puntos del presidente Roosevelt: reforzar las defensas, realizar preparativos interiores, afianzar la solidaridad en el hemisferio occidental, y la ley de Préstamo y Arriendo.

Las cifras del presupuesto de defensa alcanzaron pronto cantidades astronómicas. El 20 de julio, Roosevelt aprobó una ley por la que se autorizaba la creación de una armada en ambos océanos y la construcción de 200 buques de guerra, entre los que se incluirían 7 acorazados de 55.000 toneladas. Aquello había de ser la mayor inversión naval de la historia, destinada a proporcionar a los Estados Unidos una armada igualmente poderosa en el Atlántico y en el Pacífico. Todo el programa de defensa preveía una inversión mínima de 28.000.000.000 de dó-



lares, o sea 12.000.000.000 menos que la cifra total de la deuda pública norteamericana.

El 18 de agosto, el presidente Roosevelt y el primer ministro canadiense W. L. Mackenzie King, celebraron una reunión en Ogdensburg (Nueva York), en la que acordaron establecer un comité conjunto de defensa que tendría carácter permanente. El Canadá era ya un inmenso terreno de instrucción para aviadores y soldados.

Los fondos tenían una gran importancia para la defensa, pero aún la tenían mayor los efectivos humanos. El 27 de agosto, el Congreso autorizó que la Guardia Nacional pasase a depender de las fuerzas federales, y las primeras unidades fueron llamadas a filas cuatro días después. Entonces se inició el reclutamiento. El 16 de septiembre, la ley de servicio selectivo e instrucción, conocida por el nombre de ley Burke-Wadsworth, fue aprobada por el Congreso. Era la primera ley, en la historia de Norteamérica, que establecía el servicio militar obligatorio en tiempos de paz. Requería la inscripción de todos los hombres comprendidos entre los 21 y 36 años, y la instrucción durante el período de un año de 1.200.000 soldados y 800.000 reservistas. Aquellos fueron golpes muy duros para el aislacionismo. La ley limitaba el servicio militar de los reclutas al hemisferio occidental, las posesiones territoriales norteamericanas y las Filipinas.

En la primera inscripción, que tuvo lugar el 16 de octubre de 1940, se alistaron 16.400.000 hombres y dos semanas después, el 28 de julio, se sortearon los primeros reclutas en Washington. El 18 de agosto de 1941, unos cuatro meses antes de Pearl Harbor, la duración del servicio militar se aumentó de un año a 30 meses, a consecuencia de una votación de la Cámara que casi acabó en empate, pues hubo 203 votos a favor de la ampliación del plazo y 202 en contra.

El 3 de septiembre de 1940, Roosevelt negoció un acuerdo defensivo con la Gran Bretaña que no dejaba dudas acerca de cuáles eran sus simpatías. Los ingleses se hallaban desesperadamente necesitados de destructores. Habían perdido 10 de estas unidades en Dunquerque, otras 75 habían recibido daños y la mitad de su flota de destructores había sido puesta fuera de combate. El acuerdo suscrito por ambas potencias preveía la entrega a los ingleses de 50 viejos destructores norteamericanos de cuatro chimeneas, y cubierta baja, a cambio de un arriendo por 99 años y con carácter gratuito de bases aeronavales situadas en Terranova, las Bermudas, las Bahamas, Jamaica, Santa Lucía, Trinidad, Antigua y la Guayana británica. Los destructores fueron entregados con gran prontitud a los ingleses y los Estados Unidos empezaron a fortificar las nuevas

bases con igual celeridad, enviando a ellas las correspondientes guarniciones. Esta acción del presidente, realizada por su cuenta y riesgo y sin consultar al Congreso, resultó muy atrevida, sin precedentes y harto comprometedor para la posición de Roosevelt, pero tuvo un valor inapreciable para los ingleses, que entonces libraban la Batalla del Atlántico, y sirvió también para realzar la moral británica.

Roosevelt y Churchill temían que los alemanes se apoderasen de Groenlandia, después de la ocupación nazi de Dinamarca en 1940. El 9 de abril de 1941, las fuerzas navales norteamericanas se apoderaron de Groenlandia, según acuerdo suscrito con el gobierno danés en el exilio por el que los Estados Unidos se comprometían a defender Groenlandia ante cualquier intento de invasión. A cambio, el Gobierno danés concedía a los Estados Unidos el derecho de utilizar las instalaciones aéreas, navales y puestos de radio allí establecidos que tuviesen carácter defensivo. Un pacto similar fue suscrito con Islandia el 7 de julio de 1941. Desde estas bases, así como desde el continente norteamericano, las fuerzas aéreas de los Estados Unidos podían realizar misiones de patrulla sobre la mitad occidental del Atlántico, mientras los ingleses se concentraban en la mitad oriental.

## EL SEGUNDO PUNTO: PREPARATIVOS INTERIORES

Al propio tiempo, los preparativos interiores se proseguían a un ritmo acelerado. El F.B.I. (*Federal Bureau of Investigation*) actuó contra los quintacolumnistas con tal rapidez y eficacia, que sus actividades quedaron reducidas a un mínimo. La Ley de Inscripción de Extranjeros del 28 de junio de 1940, conocida corrientemente por el nombre de Ley Smith, reforzó las leyes ya existentes que regían la admisión y deportación de extranjeros.

Como la gravedad de la situación requería una conducción bipartita de los asuntos públicos, el presidente Roosevelt dio entrada en su gabinete a dos dirigentes republicanos. Ambos eran partidarios convencidos de ayudar a Inglaterra. Henry L. Stimson, antiguo secretario de Estado, fue nombrado secretario de Guerra, y el coronel Frank Knox, editor del *Chicago Daily News* ocupó el cargo de secretario de Marina. Bajo la presidencia del doctor Vannevar Bush se creó el Comité de Investigación para la Defensa Nacional, que más tarde quedó englobado en la Oficina de Investigación y Desarrollo Científico, mucho más amplia. El 22 de junio de 1940, el Congreso adoptó medidas fiscales destinadas a que el contribuyente apor-



tase 1.000.000.000 de dólares para la defensa nacional, y la Deuda Pública vio su límite elevado de 45.000.000.000 de dólares a 49.000.000.000.

En las elecciones presidenciales del 5 de noviembre de 1940, Roosevelt fue reelegido para un tercer mandato, hecho sin precedentes en la historia norteamericana, derrotando al candidato republicano, Wendell L. Wilkie, por un voto electoral de 449 (38 Estados) a favor contra 82 (10 Estados) en contra. Con esta victoria, Roosevelt consiguió hacer pedazos uno de los prejuicios más arraigados de la historia norteamericana. En el curso de su campaña electoral, Roosevelt aseguró a los padres norteamericanos que «sus hijos no serían enviados a guerras extranjeras». Roosevelt interpretó esta victoria como una aprobación nacional de su vigorosa política exterior.

Al mes siguiente, exactamente el 20 de diciembre, Roosevelt estableció la Oficina Directora de la Producción, al frente de la cual colocó al magnate de la industria William S. Knudsen. Entre sus miembros se hallaban Sidney Hillman, como representante laboral, y los ministros Stimson y Knox como delegados del Gobierno. Este comité tenía por misión la tarea de coordinar la producción para la defensa y acelerar la ayuda, «menos la armada», a las naciones antifascistas. En una charla radiofónica (Roosevelt era muy aficionado a pronunciar esta clase de charlas, sencillas y cordiales) pronunciada el 29 de diciembre de 1940, el presidente norteamericano se refirió a la amenaza que representaba el Eje para la seguridad de los Estados Unidos, y pidió un esfuerzo nacional en favor de la producción capaz de convertir a Norteamérica en el «arsenal de la democracia» del planeta.

Los aislacionistas presentaron una feroz oposición, pero los norteamericanos, en su mayoría, no eran neutrales. Aborrecían a Hitler y todo cuanto éste representaba y deseaban el triunfo de las democracias. Una típica reacción norteamericana consistió en la formación por parte de William Allen White, un famoso periodista del *Midwest*, de un comité ciudadano para la defensa de América por medio de la ayuda a los Aliados. Muchos norteamericanos veían la situación con gran realismo: si Hitler triunfaba en Europa, los Estados Unidos no quedarían a salvo de sus ambiciones. Era indudable que así sucedería.

### PUNTO TERCERO: SOLIDARIDAD HEMISFÉRICA

El tercer punto del programa de Roosevelt, dedicado a la política de «buena vecindad», tenía por objeto unir a las naciones del hemisferio occidental en un frente común contra el

Eje. Este programa ya fue esbozado un mes después del estallido de las hostilidades, cuando el 3 de octubre de 1939 la Conferencia Interamericana, por medio de la Declaración de Panamá, proclamó la existencia de zonas marítimas neutrales al sur del Canadá, advirtiendo a todas las naciones beligerantes que no debían realizar operaciones navales en el interior de dichas zonas.

La Resolución Pittman del 16 de junio de 1940 pedía que se reforzasen las defensas militares de las repúblicas latinoamericanas, autorizando la venta de municiones a los gobiernos del hemisferio occidental. Varios días después, el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, avisó a Italia y Alemania que los Estados Unidos no reconocerían ninguna transferencia de derechos entre potencias no americanas en ninguna región del hemisferio occidental.

Esta nueva e importante interpretación de la doctrina de Monroe fue refrendada por los delegados de las 21 repúblicas que se reunieron en la Conferencia Panamericana de La Habana, celebrada el 30 de julio de 1940 en la capital cubana. Todos los delegados acordaron que, ya fuese colectiva o individualmente, las repúblicas americanas, velando por sus propios intereses, debían ocupar y administrar cualquier posesión europea del Nuevo Mundo que se viese amenazada de agresión. Adoptaron las medidas pertinentes para contrarrestar las actividades quintacolumnistas en ambas Américas, acordando también estrechar sus relaciones económicas. Estas firmes decisiones hicieron abortar el intento de Hitler de extender la parda red del nazismo entre las naciones de la América Latina.

### PUNTO CUARTO: LA LEY DE PRÉSTAMO Y ARRIENDO

Sin los Estados Unidos, la suerte de Inglaterra hubiera estado echada desde el comienzo de las hostilidades. Inmediatamente, Londres comenzó a hacer enormes pedidos a la industria norteamericana. Desde septiembre de 1939 a agosto de 1940, el *Commonwealth* británico acaparó el 95 por ciento de todas las exportaciones norteamericanas de aviones y piezas de avión, y el 90 por ciento de las armas de fuego, municiones y explosivos que producían los Estados Unidos. Entre septiembre de 1939 y finales de 1940, los Estados Unidos vendieron 132 buques mercantes a la Gran Bretaña y 43 al Canadá.

En respuesta al llamamiento de Churchill, hecho después de perderse grandes cantidades de material de guerra inglés en Dunquerque, el Departamento de la Guerra norteamericano entregó a la Gran Bretaña, en calidad de excedente de guerra



o material anticuado, 600.000 rifles, 80.000 ametralladoras, 316 morteros y 900 cañones de campaña. Durante el mes de junio de 1940 se enviaron pertrechos por un valor superior a los 43.000.000 de dólares. Norteamérica enviaba un río ininterrumpido de cañones, tanques, granadas y aviones a través del Atlántico, con destino a la Gran Bretaña, que necesitaba aquellos pertrechos desesperadamente.

Pero las insaciables fauces de la guerra se tragaban las municiones, los pertrechos, las máquinas, las herramientas, los instrumentos, el carburante y todo el material que necesita la guerra moderna, casi a partir del instante mismo en que llegaban al frente. Por si fuese poco, después de un año de lucha, los ingleses veían cómo sus reservas financieras se hallaban próximas a la extinción. Desprovistos de oro para adquirir mercancías, su situación era cada vez más apurada frente a la vigente legislación americana de «pago a tocateja». Entre tanto, los yunques de las fundiciones y fábricas que trabajaban para Hitler resonaban durante las veinticuatro horas del día desde Noruega a España. Únicamente el poderío industrial de los Estados Unidos podía evitar el colapso británico.

En esta situación tan precaria, llegaron de pronto sorprendentes noticias del Nuevo Mundo. El presidente Roosevelt, en su mensaje anual al Congreso del 6 de enero de 1941, proclamó las famosas «Cuatro Libertades»: libertad de palabra y expresión, libertad de culto, libertad de la necesidad y libertad del temor. En aquella guerra de palabras, Roosevelt apareció empuñando un rifle de dos cañones, pues no sólo en su declaración formulaba los ideales norteamericanos, sino que condenaba implícitamente a Hitler, Mussolini, Tojo y la total ideología del Eje.

Eran unas palabras magníficas, pero algo más flotaba en el ambiente. Unas semanas antes, Roosevelt había comentado en una de sus charlas que, en caso de incendio, nada más natural había, que prestar la manga de riego a un vecino, en el bien entendido de que éste la devolvería, sin tratar de venderla. Dirigiéndose al Congreso, el presidente abordó la cuestión sin ambages: «Digamos a las democracias: para nosotros, los norteamericanos, vuestra defensa de la libertad es de una importancia vital. Apelamos a todas nuestras energías, nuestros recursos y nuestras dotes organizadoras a fin de infundiros la fuerza necesaria para reconquistar y mantener un mundo libre. Os enviaremos en número creciente barcos, aviones, tanques y cañones. Éste es nuestro propósito y a ello nos comprometemos.»

Durante dos meses, el Congreso celebró acalorados debates en torno a la cuestión. Poco a poco fue abriéndose paso la idea de que Roosevelt tenía razón: los Estados Unidos debían poner

en un platillo de la balanza su propia defensa y en el otro el valor en efectivo de las armas y pertrechos enviados a los Aliados.

El resultado de ello fue la «H. R. 1776», la ley de Préstamo y Arriendo, aprobada por el Senado el 8 de marzo de 1941 y por la Cámara de Representantes tres días después. Esta ley autorizaba al Presidente a fabricar, vender, prestar, transferir, arrendar o cambiar cualquier clase de material de guerra «al gobierno de cualquier país cuya defensa el Presidente considere de interés vital para la propia defensa de los Estados Unidos». El Presidente podía actuar según su completa discreción, llegando incluso hasta no exigir ninguna forma de pago si no lo considerase necesario. Quince días después, el Congreso autorizó la concesión inicial de fondos por valor de 7.000.000.000 de dólares, con destino a la ley de Préstamo y Arriendo.

Los aislacionistas pusieron el grito en el cielo, presentando a Roosevelt como un tirano. Durante los debates en torno a la ley de Préstamo y Arriendo, grupos de «madres» aislacionistas oraban en el arroyo ante la Casa Blanca. Burton K. Wheeler, senador demócrata por Montana, afirmó que la ley de Préstamo y Arriendo «llevaría a la tumba a uno de cada cuatro jóvenes norteamericanos». La opinión pública, sin embargo, se mostraba favorable a la actitud de Roosevelt.

Para Winston Churchill, la ley de Préstamo y Arriendo fue un «acto de fe que inspiraba los más altos sentimientos», «un monumento de sabiduría política, de una generosidad que tendría incalculables consecuencias», y «el acto menos sórdido de la historia». El primer ministro de Su Majestad británica tenía buenos motivos para deshacerse en elogios. La ley de Préstamo y Arriendo representó probablemente la innovación más importante introducida en el terreno bélico, con la posible excepción de la bomba atómica. La riada de cañones, tanques, proyectiles y aviones norteamericanos que empezó a fluir con destino a los Aliados, llegó a ser tan considerable, que terminó por inclinar la balanza a su favor.

Bastará, para comprender la mentalidad provinciana de Hitler y su ignorancia, el hecho de que éste no tuviese la menor idea de la importancia o las posibilidades de la maquinaria industrial norteamericana. Sin duda prefería las lucubraciones de sus astrólogos a las escuetas cifras de los economistas, para juzgar la capacidad industrial de Norteamérica. Si en 1939 hubiese podido visitar Pittsburgh y Detroit, lo más probable es que hubiese removido cielos y tierra para no enfrentarse con los Estados Unidos. Las guerras, afirmó un sabio anónimo, no se ganan con desprecio.



## LA CARTA DEL ATLANTICO

El 25 de julio de 1941, una Antigua Personalidad Naval (nombre cifrado de Winston Churchill) cablegrafió al presidente Roosevelt para comunicarle que zarpaba de Inglaterra el 4 de agosto con destino a un punto de cita secreto. Churchill dejaba «el cuidado de la empresa» al general de división sir Hastings Ismay, jefe de Estado Mayor del Ministerio de Defensa, y al mariscal del Aire sir Charles Portal. El grupo de políticos y militares ingleses partieron a bordo del *Prince of Wales*, que iba acompañado de una escolta de destructores. Las radios guardaron silencio en todo el Atlántico para que los alemanes no se enterasen de que por sus aguas navegaba un blanco magnífico para sus submarinos.

Entre tanto, a fin de garantizar la máxima seguridad, el presidente Roosevelt, que aparentemente realizaba un crucero de descanso, transbordó en alta mar al crucero *Augusta*, dejando que su yate continuase navegando como si él se hallase aún a bordo. Ambos grupos se reunieron en Terranova en el punto fijado de antemano, que era la bahía de Placentia, el 9 de agosto de 1941.

Mientras los consejeros militares y los economistas conferenciaban sobre asuntos de interés común, ambos jefes de Estado redactaron «una somera y rápida declaración de guerra» acerca de los principios por los cuales combatían. En su mayor parte, el texto de la declaración conjunta fue redactado por Churchill, pero Roosevelt midió todas y cada una de sus palabras e indicó cambios y ampliaciones. La Carta del Atlántico, que lleva fecha del 12 de agosto de 1941, había de desempeñar un papel importante en redondear el carácter de aquella guerra. A continuación reproducimos su texto:

Reunidos el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica y el primer ministro Mr. Churchill, en representación del gobierno de Su Majestad en el Reino Unido, consideran oportuno dar a conocer ciertos principios comunes en la política nacional de sus respectivos países, en los que ponen sus esperanzas de un futuro mejor para el mundo.

*Primero.* Ambos países no buscan ningún engrandecimiento, ya sea territorial o de otra clase.

*Segundo.* No desean presenciar cambios territoriales que no estén de acuerdo con la voluntad libremente expresada de los pueblos interesados.

*Tercero.* Respetan el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual quieran vivir; y desean que los

derechos soberanos y la autonomía sean restituidos a aquellos que han sido despojados de los mismos por la fuerza.

*Cuarto.* Se esforzarán, con el respeto debido para sus actuales obligaciones, en dar acceso a todos los estados, grandes o pequeños, vencedores o vencidos, en igualdad de términos, al comercio y a las materias primas necesarias para su prosperidad económica.

*Quinto.* Desean que se produzca la más plena colaboración entre todas las naciones en el terreno económico, con objeto de conseguir para todos mejores normas de trabajo, progreso económico y seguridad social.

*Sexto.* Una vez conseguida la destrucción final de la tiranía nazi, confían en ver establecida una paz que proporcione a todas las naciones los medios de vivir en seguridad dentro de sus propias fronteras, y que permita que todos los hombres de todos los países vivan libres del miedo y la necesidad.

*Séptimo.* Esta paz ha de permitir a todos los hombres atravesar los mares y océanos sin impedimento.

*Octavo.* Creen que todas las naciones del mundo, tanto por razones realistas como espirituales, deben llegar a abandonar el uso de la fuerza. Como ninguna paz futura podrá mantenerse si los armamentos terrestres, marítimos y aéreos continúan siendo empleados por naciones que amenacen o puedan amenazar con la agresión más allá de sus fronteras, creen que, en espera de que se establezca un sistema más amplio y permanente de seguridad general, el desarme de dichas naciones es esencial. Asimismo, ayudarán y alentarán todas las medidas practicables que alivien de la carga abrumadora de los armamentos a los pueblos amantes de la paz.

La Carta del Atlántico no fue una alianza ni un pacto; se limitaba a exponer los ideales que las dos grandes democracias se proponían alcanzar. En muchos aspectos recordaba los Catorce Puntos del presidente Wilson promulgados el 8 de enero de 1918, durante el último año de la Gran Guerra. Aquel primer documento, empero, constituía una expresión de los objetivos de guerra *norteamericanos*. La Carta del Atlántico, en cambio, era una declaración conjunta hecha por *dos* grandes potencias. «Tan sólo el hecho», escribió Churchill más tarde, «de que los Estados Unidos, aún legalmente neutrales, se uniesen con una potencia beligerante para hacer semejante declaración, era algo asombroso». En el último párrafo se insinuaba claramente que los Estados Unidos se unirían con la Gran Bretaña después de la guerra para formar una especie de policía en el mundo hasta que se estableciese una comunidad mundial de naciones.

Tanto Roosevelt como Churchill eran políticos prácticos que comprendían que las posibilidades inmediatas de que el Senado norteamericano ratificase una alianza con la Gran Bretaña eran



mínimas. Lo primero que había que hacer, frente a importantes imponderables, era una declaración dramática consagrada a «la destrucción final de la tiranía nazi» y la esperanza en un mundo mejor. Profundamente preocupados por la propaganda que hacían los nazis en Europa a favor de un Nuevo Orden, deseaban proporcionar una alternativa más aceptable a los europeos educados en las tradiciones de la cultura. Nadie sabía cómo terminaría la guerra, mas para los angustiados pueblos de Europa, la Carta del Atlántico constituía el ideal por el que habían sacrificado sus bienes y las vidas de sus hijos.

La reunión de Terranova no sólo sirvió para redactar la Carta del Atlántico, sino también para tomar las oportunas medidas para la supervivencia de Rusia, que entonces soportaba desde hacía más de un mes el ataque de Hitler. Las disposiciones tomadas por Roosevelt y Churchill habían de costar a los Estados Unidos e Inglaterra muchos barcos y las vidas de centenares de marineros mercantes, perdidas en la famosa carrera de Murmansk, que contorneaba el norte de Noruega.

La Unión Soviética, que no quería quedarse en la estacada, no tardó en suscribir la Carta del Atlántico, incluyendo su cláusula a favor de «una paz que proporcione a todas las naciones los medios de vivir en seguridad dentro de sus propias fronteras, y que permita que todos los hombres de todos los países vivan libres del miedo y la necesidad». Esta cláusula llegó hasta los últimos rincones del mundo..., incluso hasta Budapest, capital de Hungría. Nueve gobiernos en el exilio se unieron a la Unión Soviética para suscribir los elevados principios de la Carta del Atlántico.

## HACIA EL PRECIPICIO

El 7 de julio de 1941, el presidente Roosevelt anunció que varias unidades de la armada norteamericana habían arribado a Islandia para reforzar y más adelante sustituir a las fuerzas británicas que ya se encontraban establecidas en aquella isla. La Batalla del Atlántico estaba a punto de hacer crisis. Muchos de los mercantes hundidos por submarinos alemanes llevaban material de guerra suministrado de acuerdo con la ley de Préstamo y Arriendo. Pero Roosevelt, comprendiendo que el pueblo norteamericano y el Congreso no estaban muy dispuestos a entrar abiertamente en la guerra, ordenó que los buques de guerra y la aviación de los Estados Unidos se limitasen a «patrullar» por las aguas del Atlántico occidental para comunicar a los ingleses la situación de los submarinos que localizasen.

La eficacia de estas patrullas enfureció a los comandantes

de los submarinos germanos, quienes contestaron atacando. El 4 de septiembre de 1941, el destructor norteamericano *Greer* fue atacado a la altura de Islandia por un submarino alemán pero consiguió escapar. Antes de una semana, el presidente Roosevelt ordenó a todos los destructores norteamericanos que atacasen a los submarinos que viesan, aunque el Gobierno alemán echó la culpa del incidente al *Greer*. El 17 de octubre el destructor *Kearny* fue torpedeado, también a la altura de Islandia. Hubo 11 bajas entre la dotación, pero el barco no se hundió. El 30 de octubre, otro destructor, el *Reuben James*, fue hundido por un torpedo en aguas islandesas. Desaparecieron 99 miembros de su dotación.

En el Congreso hubo airadas interpelaciones a causa de estos ataques. El Senado, por una mayoría de 50 votos contra 37, aprobó que se levantasen las cláusulas restrictivas de la Ley de Neutralidad de 1939, y la Cámara de Representantes ratificó esta medida por 212 votos a favor y 94 en contra. Esta decisión, que adquirió carácter de ley el 17 de noviembre de 1941, autorizaba el armamento de los barcos mercantes norteamericanos y les permitía transportar cargamentos a puertos beligerantes situados en el interior de zonas de combate.

Los Estados Unidos se hallaban al borde de su completa participación en la guerra.



TERCERA PARTE

EL PALADIN:

LOS ALIADOS A LA DEFENSIVA



## CAPITULO

## XI

### El Sol naciente del Japón

*El Japón se ha formado en las ideas alemanas y considera a la guerra como una industria, pues por la guerra ha conseguido todo su extenso Imperio... Se propone explotar China y hacerse fuerte hasta convertirse en una potencia mundial formidable... que amenazará la seguridad del mundo... Pero el país que más amenazará será el nuestro, y a menos que tengamos buen cuidado en mantener una gran superioridad naval en el Pacífico, llegará un día en que los Estados Unidos tendrán que asumir el papel de Francia en otra Gran Guerra en defensa de la civilización.*

Senador Henry Cabot Lodge, 1919.

*La violencia, la furia, la habilidad y el poder del Japón sobrepasaron todo cuanto podíamos esperar.*

Winston Churchill.

### HOLOCAUSTO EN PEARL HARBOR

Eran las 8 horas y 10 minutos de la mañana, hora de Hawái; una hora y 40 minutos de la tarde, hora de Oriente. El día era domingo, el 7 de diciembre de 1941.

Un muchacho se dirigía en bicicleta de Honolulu a Pearl



Harbor, la principal base naval de los Estados Unidos en el Pacífico septentrional. El muchacho era portador de una comunicación urgente de Washington. El general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor Norteamericano, al saber que las negociaciones con el Japón habían quedado rotas, envió un mensaje de alerta a Pearl Harbor. Cuando el intento por transmitir el mensaje a través de la radio militar falló a causa de la estática, que era muy fuerte, fue cursado por vía comercial ordinaria a Honolulu. La central de telégrafos de Honolulu lo envió a Pearl Harbor por medio del muchacho con carácter de urgencia. Cuando el chico pedaleaba por la carretera, empezaron a caer las primeras bombas. Él se arrojó de cabeza a la cuneta y permaneció tendido en ella durante varias horas mientras las bombas llovían de los cielos.

Poco antes ya habían existido indicios de que algo se tramaba. Por una combinación de desgraciadas circunstancias, los japoneses atacantes consiguieron sorprender completamente desprevenida a la guarnición norteamericana.

A las 6'45 de aquella misma mañana, el destructor norteamericano *Ward*, que efectuaba una misión de patrulla frente a la base naval, identificó y hundió a un submarino enano japonés. En el destructor, nadie podía imaginar que el pequeño sumergible de bolsillo formaba parte de una gran fuerza naval.

Durante la primera mitad del mes de septiembre de 1941, los altos oficiales de la armada japonesa se reunieron en el Colegio de la Marina de Guerra de Tokio para planear el ataque contra Hawai. Un mes después, el 5 de octubre, un grupo escogido de pilotos recibió instrucciones para este ataque. El 5 de noviembre se envió a sus destinatarios la Orden de Operaciones Secretísima n.º 1, que preveía el empleo de fuerzas combinadas y que fue seguida antes de dos días por la Orden n.º 2, en la que ya se mencionaba concretamente el ataque a Pearl Harbor.

La escuadra que tenía que efectuar esta operación comprendía 72 buques de guerra al mando del vicealmirante Chuichi Nagumo y en ella formaban los acorazados *Hiei* y *Kirishima*, los cruceros pesados *Chikuma* y *Tone*, el crucero ligero *Abukuma*, los portaaviones *Shokaku*, *Zuikaku*, *Akagi*, *Kaga*, *Soryu* y *Hiryu*, 25 submarinos y numerosos barcos auxiliares, entre los que se contaban 16 destructores. Esta poderosa escuadra zarpó de la bahía de Tankan, situada en una de las islas Kuriles, el 25 de noviembre, bajo un silencio total de la radio y con instrucciones de hundir todos los barcos que encontrase. Los buques de guerra repostaron en alta mar el 3 de diciembre y pusieron rumbo hacia el Sudeste en dirección a Pearl Harbor.

Aquel mismo día, 3 de diciembre, los agentes diplomáticos

y consulares nipones de los Estados Unidos recibieron el mensaje cifrado «Vientos del Este y lluvia», que era la señal que esperaban para destruir todos sus documentos comprometedores. El punto de cita, situado a 1.460 millas al noroeste de Pearl Harbor, fue alcanzado el 4 de diciembre. Al día siguiente la escuadra japonesa recibió un mensaje por radio: «Escalar el monte Niitaka». Era la orden irrevocable y fatídica de atacar Pearl Harbor.

La escuadra se dirigió entonces a toda máquina hacia la base americana, precedida por aviones de reconocimiento y submarinos destinados a hundir cualquier buque norteamericano que pudiese abandonar el puerto.

Mientras tanto, 13 aviones B-17 norteamericanos, que habían despegado el 6 de diciembre del aeródromo californiano de Hamilton, volaban a poco más de 300 kilómetros al noreste de Hawai. Al propio tiempo, por el Noroeste, los portaaviones japoneses empezaron a lanzar los primeros de sus 260 aviones.

Poco después de las 7 de la mañana, dos soldados norteamericanos, Joseph L. Lockard y George E. Elliott, observaban la pantalla de su equipo de radar, instalado en la ladera norte de Oahu. Una señal del osciloscopio apareció en la pantalla. En ésta se señalaba un enjambre de aviones que se aproximaban desde una distancia de 220 kilómetros. Uno de los soldados telefoneó inmediatamente al teniente Kermit Tyler, que se hallaba en el Centro de Información. La respuesta de Tyler fue fatal para muchos hombres de Pearl Harbor, que entonces aún vivían. Poco más o menos, dijo al soldado que no se preocupase. El teniente suponía que eran los B-17 cuya llegada se esperaba de un momento a otro. Fue un error humano, pero que costó muchas vidas.

Media hora después, a través de las nubes deshilachadas que cubrían Diamond Head, llegó el rugido de 189 aviones de bombardeo japoneses.

Este solapado ataque fue precedido de unas negociaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y el Japón, cada vez más agrias y tirantes. El Japón fue la primera nación desposeída que inició un programa de expansión. Al invadir Manchuria en 1931, puso en marcha la máquina de las agresiones que llevaron a la segunda Guerra Mundial. El 25 de noviembre de 1936, se adhirió al Pacto Antikomintern con Alemania e Italia, y el verano siguiente inició grandes operaciones militares en China. Aunque consiguió conquistar varias grandes ciudades chinas, el Japón terminó atascado en el inmenso lodazal, sin conseguir dominar todo el país. Era necesario hallar un medio honorable de terminar aquella guerra no declarada.



El estallido de las hostilidades europeas en 1939 proporcionó al Japón una magnífica oportunidad, no sólo de terminar el «incidente chino» sin intromisiones exteriores, sino también de extenderse hacia el Sur. Allí le esperaba un magnífico botín: la Indochina francesa con su arroz, carbón, estaño y cinc, y las Indias Orientales holandesas con su caucho, petróleo y estaño. La Gran Bretaña, tradicional policía del Extremo Oriente, ya tenía bastante trabajo tratando de defenderse de los ataques del Führer; los holandeses y los franceses, cuyos países habían sido arrollados en un santiamén por la ofensiva nazi, poco podían hacer para proteger sus intereses en Asia; y los Estados Unidos parecían interesarse principalmente por los asuntos europeos. Dijérase un momento altamente favorable para que los militaristas nipones instaurasen su «Esfera de Prosperidad Conjunta de la Gran Asia Oriental».

Los agresivos designios de los militaristas japoneses ya se pusieron de manifiesto en 1927, durante una importante conferencia celebrada en Tokio por el primer ministro Giichi Tanaka, a la que asistieron importantes personajes militares y civiles. El *Memorial Tanaka*, publicado por primera vez en 1929 por los chinos, puede haber sido una hábil falsificación (así lo aseguraron los japoneses), pero resume perfectamente la mentalidad nipona imperante a finales de la década 1920-1930, y que había de imponerse durante la década siguiente.

En el *Memorial Tanaka* podía leerse, entre otras cosas, lo siguiente:

En el Japón, las reservas alimenticias y materias primas disminuyen de una manera proporcional a su población. Si lo único que nos proponemos es desarrollar nuestro comercio, a la larga no podremos competir con Inglaterra y Norteamérica, con su insuperable poderío capitalista. Terminaremos perdiéndolo todo... Nuestra mejor política consiste en adoptar medidas positivas para asegurar nuestros derechos y privilegios en Manchuria y Mongolia...

Disponemos de todos los recursos de China, procederemos a conquistar la India, las islas del archipiélago malayo, Asia Menor, Asia Central e incluso Europa.

A decir verdad, el malestar económico en el Japón era muy grande. La sangría que representó la guerra en China y las necesidades de una población en aumento incesante únicamente podían resolverse, afirmaban los militaristas, aprovechando la situación mundial para iniciar un programa de expansión.

Los Estados Unidos no veían con buenos ojos este programa, puesto que se habían comprometido a mantener la política de puertas abiertas en China y, por el Tratado de las Nueve

Potencias de 1922, habían prometido «respaldar la soberanía, independencia e integridad territorial y administrativa de China». Además, inquietaba mucho a Norteamérica el creciente poderío naval y aéreo del Japón, así como detestaba la brutal guerra de agresión contra China.

La guerra económica entre los Estados Unidos y el Japón fue aumentando poco a poco en intensidad y acaloramiento. En 1938, a consecuencia de las presiones hechas sobre los fabricantes por el Departamento de Estado, cesó la venta de aviones norteamericanos al Japón. En julio de 1939, Washington denunció el tratado comercial niponamericano de 1911 y lo sustituyó por la fórmula del comercio al día. El 26 de julio de 1940, el presidente Roosevelt congeló todos los bienes japoneses en los Estados Unidos, y las naciones de la *Commonwealth* hicieron inmediatamente lo mismo. Una ley para el control de las exportaciones autorizaba al presidente Roosevelt a regular o prohibir la exportación al Japón de máquinas-herramienta, productos químicos y materiales de guerra. El bloqueo establecido por Norteamérica, la Gran Bretaña, China y las Indias Orientales holandesas no tardó en restringir en un 75 por ciento la entrada de importaciones en el Japón.

Los militaristas japoneses lanzaron gritos de cólera e iniciaron febriles preparativos bélicos. Todos los partidos políticos se fundieron en la única y monolítica Asociación de Asistencia al Gobierno Imperial. El presidente del Consejo, príncipe Konoye, que había intentado llegar a un acuerdo con los Estados Unidos, recibió esta advertencia por parte de su ministro de la Guerra, general Hideki Tojo: «Realizar negociaciones de las que no podremos beneficiarnos y que sólo sirven para perder el tiempo en lugar de combatir, expone a grandes responsabilidades.»

El hombre que preparó el ataque a Pearl Harbor fue el almirante Isoroku Yamamoto, que mandaba la armada imperial japonesa. Yamamoto experimentaba un intenso odio hacia Norteamérica y Occidente. Se decía que era su padre quien le inculcó, estos sentimientos, pues, cuando era niño le contaba para dormirle historias acerca de los «bárbaros que vinieron en sus negros barcos, derribando las puertas del Japón, amenazaron al Hijo del Cielo y hollaron las antiguas costumbres». Convencido de que «la serpiente más feroz puede ser vencida por una manada de ratas», preparó con todo cuidado una flota de portaaviones mucho antes del 7 de diciembre de 1941 y dirigió los ejercicios de unas fuerzas navales destinadas a aniquilar el poder norteamericano en el Pacífico. Yamamoto fue felicitado personalmente por el emperador Hiro Hito por el triunfo alcanzado en Pearl Harbor.



En septiembre de 1941, Tokio trató, sin conseguirlo, de vencer al presidente Roosevelt para asistir a una reunión que se celebraría en un punto del Pacífico con el fin de ventilar las diferencias nipo-norteamericanas. Algunas mentes novelescas sustentan la interesante teoría de que teniendo en cuenta que los militaristas japoneses se hicieron dueños del poder por esta época (y a la luz de lo que ulteriormente sucedió en Pearl Harbor), no es imposible que detrás de dicha invitación se ocultase un maquiavélico plan para capturar al presidente de los Estados Unidos.

A mediados de octubre de 1941, el príncipe Konoye dejó de luchar a favor de la moderación y dimitió, siendo sucedido por el general Tojo, el «Cerebro de Navaja», cuyo nuevo gabinete, formado por oficiales de la Armada y el Ejército, «olía a pólvora». La campaña antinorteamericana se desató entonces con más furia.

El 10 de noviembre, Winston Churchill pronunció un discurso en la Mansion House en el que prometió que «si los Estados Unidos se veían envueltos en algún conflicto con el Japón, la declaración de guerra británica no se haría esperar ni una hora». También reveló que Inglaterra se hallaba en disposición de enviar inmediatamente poderosas fuerzas navales al Extremo Oriente.

Al día siguiente, Frank Knox, secretario de Marina de los Estados Unidos, advirtió al país que no sólo le amenazaba el peligro en el Atlántico, sino que los Estados Unidos «se enfrentaban igualmente con la amenaza de una agresión en el otro extremo del mundo..., en el lado más alejado del Pacífico». El embajador norteamericano en Tokio, Joseph C. Grew, comunicó a Washington que no podía descartarse la posibilidad de un ataque japonés en zonas que no estaban inmediatamente relacionadas con la guerra chino-japonesa.

Entonces los militaristas nipones realizaron una comedia, que permitió calificarlos de farsantes consumados, y cuyo objeto era que las unidades navales japonesas tuviesen tiempo de llegar a Pearl Harbor para consumir su ataque por sorpresa. El 14 de noviembre, el enviado especial de Tojo, Saburo Kuruasu, llegó a San Francisco para dirigirse desde allí a Washington a fin de ayudar al embajador nipón, el almirante Kichisaburu Nomura, en un último esfuerzo para «preservar la paz». Kuruasu anunció a la prensa que «su viaje sería brevísimo». Es más que probable que ni él ni el almirante Nomura supiesen que se les utilizaba como simples títeres cuyos hilos movía Tojo desde Tokio.

Durante las negociaciones preliminares, celebradas el 17 de noviembre con el secretario de Estado Cordell Hull, los repre-

sentantes japoneses presentaron una lista de «demandas mínimas»: que terminase el embargo financiero y económico norteamericano; el cese de la ayuda militar y económica a China; la no intervención en este país; el reconocimiento del Manchukuo; pleno acceso a las Indias Orientales holandesas, y reconocimiento de la esfera de prosperidad común japonesa de la Gran Asia oriental. Los delegados pidieron a Hull que presentase estas demandas al presidente Roosevelt, pues ellos declinaban toda responsabilidad por la conducta de su gobierno en el caso de que la respuesta se retrasara.

La respuesta llegó el 25 de noviembre, en forma de una nota redactada en términos muy enérgicos, en la que Washington presentaba a su vez las siguientes demandas: retirada de las fuerzas japonesas de China e Indochina; una garantía conjunta sobre la integridad territorial de China; que los japoneses reconociesen al Gobierno nacionalista chino de Chiang Kai-Chek; un pacto de no agresión entre las potencias del Pacífico; que el Japón se adhiciese en lo futuro a las normas del derecho y del orden en sus relaciones con otros países, y que anulase su asociación con las potencias del Eje. En resumen, se pedía a los japoneses que efectuasen un viraje total.

Entre tanto, «Magic», el departamento militar de los Estados Unidos destinado a descifrar mensajes cifrados, y que había conseguido interpretar el código de radio japonés, interceptaba mensajes que demostraban que Tokio confiaba muy poco en las negociaciones de paz que se desarrollaban en Washington. Pero los servicios norteamericanos no consiguieron interceptar una importante comunicación. El 5 de noviembre se envió a sus destinatarios la orden secretísima n.º 1, que se refería a las operaciones combinadas de la Escuadra.

El 25 de noviembre, las fuerzas navales japonesas, mandadas por el almirante Yamamoto, zarparon hacia Hawai. Al propio tiempo, el ministro de Asuntos Exteriores nipón ordenó a Nomura, que entonces se encontraba en Washington, que evitase dar la impresión de que el Japón deseaba romper las negociaciones.

El 27 de noviembre, Henry L. Stimson, ministro de la Guerra norteamericano, comunicó al general Douglas MacArthur, comandante de las fuerzas armadas norteamericanas en Extremo Oriente, con base en las Filipinas, que las negociaciones parecían «prácticamente terminadas».

El 1.º de diciembre, se adoptó la decisión de atacar, en el curso de una conferencia imperial celebrada en Tokio. Fue enviada una escuadra compuesta de buques de guerra y transportes al golfo de Siam para desorientar a los Servicios de Información navales y militares de los Estados Unidos, lo cual se



consiguió plenamente, pues dichos servicios comunicaron que el Japón atacaría las Indias Orientales o posiblemente Singapur. Washington envió una nota a Tokio en la que pedía a los japoneses que expusiesen sus intenciones. ¡Como si Tokio pensara en revelar sus verdaderas intenciones!

El 6 de diciembre, empezaron a afluir tropas japonesas a Indochina. Simultáneamente, «Magic» interceptó la respuesta de Tokio a las contrademandas de Cordell Hull del 25 de noviembre. Era una rotunda negativa.

Aquel mismo día, mientras el general Marshall preparaba una urgente llamada de alerta a Pearl Harbor, el presidente Roosevelt envió un mensaje personal al emperador Hiro Hito:

Me dirijo a Vuestra Majestad en estos momentos, con la ferviente esperanza de que, como yo, Vuestra Majestad piense en los medios de disipar los sombríos nubarrones que se ciernen sobre nosotros en esta hora crítica. Tengo confianza en que ambos, no sólo en aras de los pueblos de nuestros dos grandes países, sino en aras de la humanidad y de los pueblos vecinos, tenemos el deber sagrado de restaurar nuestra tradicional amistad y de impedir nuevas muertes y destrucciones en el mundo.

Al día siguiente, 7 de diciembre, que era domingo, no se recibió respuesta de Tokio. A la una de la tarde, hora de Washington, los emisarios japoneses, Kurusu y Nomura, solicitaron audiencia con el secretario de Estado, quien accedió a recibirlos a las dos menos cuarto. Ellos llegaron a las 2'05, o sea con veinte minutos de retraso. Hull les hizo esperar otros diecisiete minutos en una antesala de su despacho.

Cedamos la palabra a Richard L. Turner, periodista de la *Associated Press*:

Había desaparecido el aplomo airoso y jovial que había caracterizado sus numerosas visitas anteriores al Departamento. Sonreían con los labios apretados, casi con embarazo, mirando a los periodistas y se negaban en redondo a responder nuestras preguntas. Kurusu medía con sus pasos la sala de espera; Nomura permanecía sentado como una esfinge en un butacón de cuero; sólo los golpecitos nerviosos que daba con los pies en el suelo revelaban su turbación.

En aquel preciso instante, Hull recibió la noticia aterradora del ataque japonés a Pearl Harbor. Hizo pasar inmediatamente a los delegados a su despacho. Nomura le tendió la respuesta japonesa a la fórmula norteamericana de conciliación en el Pacífico. Hull leyó con semblante grave aquel fárrago de insultos y falsedades, por los que se acusaba a los Estados Unidos, entre otras cosas, de aspirar a la extensión del conflicto. Des-

pués el secretario de Estado se volvió hacia el embajador japonés para responderle con una filípica sin precedentes en la historia de la diplomacia norteamericana.

Con una voz ahogada por la ira, Hull dijo (hemos suprimido algunas interjecciones propias de Tennessee, que acompañaron a la catilinaria): «Debo decir que en todas mis conversaciones con ustedes, celebradas durante los últimos nueve meses, no ha salido de mis labios una sola palabra que no fuese cierta. Ha quedado perfecta constancia de ello. Durante mis cincuenta años de servicio a la nación no he visto jamás un documento más repleto de falsedades, infamias y tergiversaciones... En un grado tan superlativo, que nunca hubiera imaginado que hubiese en el mundo un gobierno capaz de pronunciarlas.»

Los japoneses salieron sin pronunciar palabra.

Pearl Harbor, base situada a 3.500 millas náuticas del Japón, principal baluarte norteamericano en el Pacífico, situado en la costa sur de la isla de Oahu, estaba erizado de grandes piezas de artillería y contaba con armas modernísimas. El puerto podía albergar a toda la escuadra norteamericana. Lo que más preocupaba a los altos jefes de la Armada y el Ejército destacados en Pearl Harbor, eran los actos de sabotaje locales. Sabían que los Servicios de Información japoneses tenían agentes en Hawai que enviaban informes sobre la topografía de la isla y el número y tipo de las unidades navales surtas en la rada. La fatídica mañana del 7 de diciembre, los jefes militares de Pearl Harbor tenían su interés acaparado por una expedición naval a Wake y Midway, que por desgracia había sacado de la isla a dos portaaviones y siete cruceros pesados para llevarlos a la relativa seguridad de que disfrutaban en alta mar.

Los acorazados fondeados en la dársena de Ford Island estaban en la «Condición 3», o sea con las baterías antiaéreas provistas únicamente de parte de sus servidores y con un tercio de la dotación de permiso en tierra. Los hombres que manejaban el aparato de radar, de reciente instalación, apenas habían empezado su aprendizaje. Ninguna escuadrilla de aviones efectuaba un reconocimiento aéreo especial por los alrededores de Pearl Harbor. Y casi todos los hombres que componían las dotaciones de los barcos de guerra y los aviones, se encontraban durmiendo o de permiso.

En las hermosas mansiones situadas en las alturas que dominaban la ciudad —escribió un corresponsal—, en las casitas de la playa próximas a Waikiki, en el congestionado distrito que rodeaba el Punchbowl, una multitud compuesta de japoneses, chinos, portugueses, filipinos, hawaianos y *kamaainas* (antiguos residentes blancos), descansaba indolentemente. En las someras aguas que bañaban las murallas de Fort De Russy, por cuyo paseo de ronda



circulaban los centinelas, unos cuantos japoneses y hawaianos andaban con el agua hasta las rodillas en busca de peces para ensartar con el arpón. En los destacamentos militares de toda Oahu, los soldados holgazaneaban, como tenían por costumbre hacer todos los domingos. A bordo de los barcos de la armada surtos en Pearl Harbor, la vida se desarrollaba a ritmo retardado. En la ciudad nada se movía y sólo algún que otro autobús rompía la calma.

Entonces llegó desde el Sudeste, cruzando por encima de Diamond Head, la primera oleada de 189 aviones, con el emblema del Sol Naciente pintado en rojo sobre sus alas. Eran enormes aparatos cuatrimotores, cazabombarderos, aviones torpederos y algunos cazas. Surgiendo de la niebla matinal, avanzaron en formación sobre el mar. En el curso mismo de la ruta que seguía la poderosa formación aérea, se encontraba una diminuta avioneta particular, pilotada por un sorprendido abogado de Hawai que había salido a dar una vuelta. El joven piloto no tardó en encontrarse en medio de aquella infernal oleada. Con la avioneta hecha una criba a consecuencia de los disparos de ametralladora, aún consiguió aterrizar felizmente cuando sobre Pearl Harbor llovían ya las bombas.

Los pilotos japoneses, familiarizados con su objetivo por un largo entrenamiento, demostraron una precisión aterradora. Los torpedos lanzados desde los aviones de bombardeo hicieron explosión sobre los acorazados atracados en los muelles. Los cazabombarderos descendieron en picado sobre los aeródromos de Hickam y Wheeler, destruyendo los aviones en tierra. Fueron arrojadas toneladas de explosivos y pronto se alzaron enormes llamaradas y volutas de humo espeso y negro entenebrecieron el cielo.

Setenta buques de guerra, entre los que se incluían ocho acorazados, se hallaban fondeados en Pearl Harbor aquella hermosa mañana de domingo. Colocados en fila india, como enormes blancos fijos puestos en mitad del puerto, se hallaban el *Arizona*, *Nevada*, *Maryland*, *Tennessee* y *California*. El *Oklahoma* estaba atracado junto al *Maryland* y el *West Virginia* al costado del *Tennessee*. Entre los blancos adicionales se contaban el *Pennsylvania*, en dique seco en los astilleros de la Armada y el viejo *Utah*, empleado por los propios norteamericanos como blanco en sus ejercicios de tiro.

Los japoneses efectuaron varias pasadas devastadoras entre las nubes deshinchadas, atacando primero con torpederos aéreos y después con bombarderos pesados y cazabombarderos. Los pilotos atacantes daban la vuelta al llegar al final de la hilera de acorazados, para continuar ametrallándolos implacablemente.

A los pocos minutos se dio la alarma desde el cuartel general.

Los sorprendidos norteamericanos, defendiéndose como podían en aquel combate desigual, empezaron a disparar con los cañones antiaéreos y las ametralladoras. El tableteo y los estampidos iban acompañados de feroces maldiciones dirigidas contra «aque-llos bribones de ojos oblicuos».

Una bomba penetró por la chimenea del *Arizona* y estalló en la santabárbara de proa, produciendo efectos devastadores. Toda la sección de avance, desde la proa al trinquete, se incendió, separándose de la popa, mientras el acorazado empezaba a tumbarse de costado. Grandes columnas de humo negro se alzaron hacia el cielo. A pesar del calor y el incendio, los marineros saltaron por la borda y trataron de ganar la tierra a nado, entre las manchas de petróleo ardiendo. Más de un millar de hombres, entre los que se hallaba el contraalmirante Isaac C. Kidd, hallaron la muerte en el espantoso incendio. El *Arizona* estuvo ardiendo durante dos días consecutivos.

El *West Virginia*, alcanzado por los torpedos y con la obra muerta convertida en un mar de llamas, empezó a escorar de proa. Entre las víctimas se contaba su comandante, el capitán Mervyn S. Bennion, muerto por un casco de metralla que penetró en el puente de mando. El *Oklahoma*, con un enorme boquete en el costado, dio media vuelta y se hundió en menos de diez minutos, mostrando grotescamente la quilla sobre la superficie de las aguas. El gigantesco acorazado se convirtió en la tumba de centenares de marineros norteamericanos. El *California* quedó muy escorado a babor. El *Maryland*, el *Pennsylvania* y el *Tennessee*, alcanzados por grandes bombas que les abrieron enormes boquetes, estaban rodeados por un mar de petróleo ardiendo. El *Nevada*, a pesar de que se hundía por momentos, se dirigió hacia la costa.

Las cubiertas de los buques atacados estaban abarrotadas de hombres mutilados, abrasados y cubiertos de sangre, algunos aturdidos, silenciosos por la súbita catástrofe, mientras otros proferían gritos de dolor. Los que se habían echado al agua trataban desesperadamente de evitar el infierno llameante del petróleo. Perecieron en total 2.343 oficiales y marineros norteamericanos y 1.272 resultaron heridos. Cerca de un millar se dieron por desaparecidos.

Este terrible ataque, coronado por un éxito total, costó únicamente a los japoneses, 29 aviones, 5 submarinos enanos para dos hombres y un submarino de la armada.

«La armada norteamericana», comunicó un periodista, «fue sorprendida en calzoncillos».

A decir verdad, en menos de una hora los Estados Unidos sufrieron mayores pérdidas navales que durante toda la Gran Guerra. Entre el 6 de abril de 1917 y el 11 de noviembre de 1918,



los Estados Unidos perdieron un crucero blindado, dos destructores, un submarino, tres yates armados, un cúter guardacostas y dos escampavías, pero ni un solo acorazado. En Pearl Harbor, la mitad de la armada norteamericana quedó inutilizada y el poderío naval de los Estados Unidos en el Pacífico virtualmente paralizado.

En el Japón, el júbilo fue indescriptible. En grandes titulares, el *Japan Times and Advertiser*, portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores, proclamó: «¡LA FLOTA ESTADOUNIDENSE DEL PACÍFICO DESTRUIDA!» El periódico afirmaba luego que el Japón había reducido los Estados Unidos a una potencia de tercer orden de la noche a la mañana, como demostraban los relatos de los testigos presenciales y las fotografías tomadas por las fuerzas que realizaron los ataques.

El secretario de Marina, Frank Knox, tomó inmediatamente el avión para Honolulu, a fin de calibrar los daños e informar al pueblo norteamericano. Las noticias no pudieron ser más deprimentes. «El ataque aéreo», dijo, «nos pilló completamente por sorpresa. No se había dado la alarma aérea». Esta admisión sorprendió a toda la nación norteamericana, que había creído que todos sus hombres se hallaban en estado de alerta permanente desde Manila a Pearl Harbor.

Aquella tarde dominical, el pueblo norteamericano estaba entregado a sus ocupaciones habituales... leyendo el periódico, tomando el café o escuchando la radio. La noticia de «PEARL HARBOR BOMBARDEADO POR LOS JAPONESES» se dio a las 2 horas y 22 minutos de la tarde, hora media oriental. Al principio la noticia fue acogida con incredulidad y después con un estallido de cólera.

Fueron muchos millares, entre los 132.000.000 de habitantes de los Estados Unidos, los que reaccionaron en términos parecidos: «¡Los malditos amarillos!» Otros repitieron variaciones sobre el tema de «¡Se lo haremos pagar muy caro!»

Cuando la gravedad del desastre se fue filtrando a través de la rigurosa censura militar, la cólera de la nación fue en aumento. El estado de opinión general fue expresado perfectamente por el senador Burton K. Wheeler, que había estado al frente del bloque senatorial opuesto a la política exterior del presidente Roosevelt: «¡Ahora, lo único que cabe hacer es molerlos a palos!»

Sólo unas horas después de Pearl Harbor, el emperador Hiro Hito presentó una declaración de guerra, redactada en un estilo grandilocuente, propio de la Edad Media: «Nos, por la gracia del Cielo Emperador del Japón, sentado en el trono de una dinastía que se perpetúa desde tiempos eternos, os hacemos saber, súbditos leales y valientes, que declaramos la gue-

rra a los Estados Unidos de América y al Imperio Británico.»

Veinte minutos después de que la emisora de Tokio hubiese dado lectura a la declaración de guerra, un profesor universitario japonés se colocó ante el micrófono para leer una disertación que llevaba por título: «Buenas costumbres».

La noche del 7 de diciembre, el presidente Roosevelt convocó a los miembros del gabinete y más tarde evacuó varias consultas con dirigentes del Congreso. Las dos cámaras se reunieron en sesión conjunta a las 12 horas 30 minutos del día siguiente. El Presidente inició su discurso con estas memorables palabras: «Ayer, 7 de diciembre de 1941, fecha que perdurará en la infamia...»

No se celebró un debate como el que tuvo lugar cuando el presidente Wilson solicitó la declaración de guerra en abril de 1917. Sin que se pronunciase un solo discurso y sin perder el tiempo en palabreo, el Senado votó por unanimidad la guerra contra el Japón, mientras la Cámara aprobaba la declaración de guerra con sólo un voto en contra. La primera mujer que ocupó un escaño en la Cámara de Representantes, la pacifista republicana Jeanette Rankin, que representaba a Montana, se mostró consecuente con sus ideas; en 1917 ya había votado contra la guerra con Alemania. Muy pálida y con los dientes apretados, Jeanette Rankin expuso los motivos de su único voto en contra, diciendo que *alguien* tenía que hacerlo para demostrar que en una «auténtica democracia», no había unanimidad a favor de la guerra.

Winston Churchill, que no había olvidado el compromiso contraído el 10 de noviembre, actuó con su típica rapidez. El gabinete que presidía autorizó la inmediata declaración de guerra al Japón. A causa de la diferencia horaria, la declaración de guerra británica incluso se produjo antes que la del Congreso norteamericano.

Churchill, en medio de grandes aplausos, dijo al Parlamento:

Ahora que ha llegado el momento decisivo y de la manera más directa, lo único que pueden hacer las dos grandes democracias es afrontar su tarea con la fortaleza que Dios quiera concederles. Podemos considerarnos como muy afortunados, y creo que podemos considerar también que nuestros asuntos no se hallan del todo mal dirigidos, por no habernos visto atacados por el Japón durante nuestro período de debilidad que siguió a Dunkerque... Es de la mayor importancia que no subestimemos la gravedad de los nuevos peligros que nos esperan, ni aquí ni en los Estados Unidos...

Tenemos a nuestro lado casi a las cuatro quintas partes de la población del Globo. Somos responsables de su seguridad y su futuro. Antes tuvimos una luz vacilante, ahora tenemos una luz



que llamea y en el futuro tendremos una luz que brillará sobre la tierra y el mar.

Otras naciones no tardaron en seguir el ejemplo de la Gran Bretaña: Nueva Zelanda, el Canadá, China, los gobiernos en el exilio de Grecia, Yugoslavia y la Francia Libre. La U. R. S. S., que ya tenía bastante trabajo defendiéndose de Hitler, no participó en la guerra contra el Japón hasta agosto de 1945.

La noche del 9 de diciembre de 1941, el presidente Roosevelt se dirigió por radio a toda la nación. Después de pasar revista a los acontecimientos que condujeron a Pearl Harbor, recordó a sus conciudadanos que aquella no era sólo una guerra de supervivencia, sino para la salvación de todos aquellos valores espirituales que los norteamericanos querían y defendían desde hacía tanto tiempo.

Nuestro verdadero objetivo — dijo — se encuentra muy por encima y más allá de los tristes campos de batalla. Cuando acudimos al empleo de la fuerza, como nos hallamos obligados a hacer ahora, estamos decididos a que esta fuerza se dirija en última instancia a la consecución del bien, del mismo modo como se dirige contra el mal inmediato que nos amenaza. Nosotros, los norteamericanos, no somos destructores, sino constructores.

Nos encontramos ahora empeñados en una guerra que no tiene finalidades de conquista ni de venganza, sino que pretende crear un mundo en el que esta nación y todo lo que esta nación representa se halle en seguridad para nuestros hijos. Confiamos en eliminar el peligro del Japón, pero esto de poco nos serviría si, después, encontrásemos el resto del mundo dominado por Hitler y Mussolini.

Ganaremos esta guerra y ganaremos la paz que la seguirá.

Y en las horas difíciles de este día y durante los días sombríos que puedan venir, sabremos que la vasta mayoría de los miembros de la raza humana están a nuestro lado. Muchos de ellos luchan con nosotros. Todos ellos rezan por nosotros. Pues al representar nuestra causa, representamos también la suya..., nuestra esperanza y su esperanza de alcanzar la libertad bajo Dios.

Adolfo Hitler experimentó uno de sus raros momentos de euforia cuando se enteró del desastre de Pearl Harbor. Era un lenguaje que él entendía y aprobaba. Los japoneses habían vuelto a demostrar satisfactoriamente que eran merecedores del título de arios honorarios, que les había concedido el Führer. Los huesos del kaiser alemán, Guillermo II, que advirtió al mundo contra el «peligro amarillo» y que murió en su exilio de Holanda el 4 de junio de 1941, debieron agitarse con desazón en su reciente tumba.

Ante el Reichstag, Hitler proclamó: «El Creador nos ha con-

fiado la misión de realizar una revisión histórica de alcance sin igual.» A continuación denunció «la impía trinidad del capitalismo, el comunismo y el judaísmo internacionales». Con voz tonante, afirmó que los Estados Unidos trataban de «apoderarse del Imperio Británico». Contando ya con la firme alianza divina, Hitler y Mussolini anunciaron que el Eje se extendería hasta el Japón. Los Estados satélites del Eje, Rumania, Hungría y Bulgaria, se apresuraron a imitar a sus amos.

En Norteamérica, el Congreso manifestó que «los Estados Unidos se habían visto forzados a implantar el estado de guerra», declarando que a partir de aquel momento se encontraban en guerra con Alemania e Italia. En menos de una semana, 35 naciones que sumaban la mitad de la población del Globo, se hallaban también en guerra. El conflicto asumía proporciones universales y casi todos los pueblos del mundo se hallaban directa o indirectamente implicados en él.

La actitud de la América Latina era de importancia vital para los Estados Unidos. En el verano de 1941, durante el debate sobre la neutralidad, el presidente Roosevelt reveló que poseía pruebas documentales que demostraban que Hitler se proponía convertir a Sudamérica en cinco estados vasallo y sustituir todas las religiones existentes por un culto nazi, cuya biblia sería el *Mein Kampf*. Los pueblos latinoamericanos ya estaban preocupados por la invasión comercial que efectuaba el Eje en sus países.

El ataque japonés a Pearl Harbor fue un aldabonazo que despertó a todos los pueblos latinoamericanos, haciéndoles comprender la gravedad del peligro. Antes de cinco días, nueve naciones del Caribe (Costa Rica, la República Dominicana, Haití, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Cuba, Guatemala y Panamá) declararon la guerra al Japón, Alemania e Italia. Casi todas las restantes naciones americanas rompieron sus relaciones diplomáticas con el Eje al cabo de pocas semanas, pero Chile y la Argentina esperaron a hacerlo hasta 1943 (la Argentina declaró finalmente la guerra a las potencias del Eje en marzo de 1945). La declaración de guerra brasileña a Alemania e Italia, hecha el 22 de agosto de 1942, produjo un profundo efecto en toda América del Sur y el Caribe. Así quedó prontamente hecha pedazos la Red Parda de Sudamérica, en la que Hitler y los nazis habían invertido ingentes fondos y esfuerzos.

Los pueblos latinoamericanos aceptaban con ciertas reservas a su gigantesco vecino del Norte, pero eran lo bastante realistas para preferir los defectos de los yanquis a los de los nazis. Estos resentimientos se fundieron en el crisol de la tarea común. Más tarde, las repúblicas centroamericanas ofrecieron bases a Washington para la defensa del canal de Panamá. El



Brasil, especialmente, de gran importancia estratégica por su posición geográfica, había de prestar una extraordinaria ayuda a las fuerzas aeronavales de los Estados Unidos. Y Colombia ofreció bases a Norteamérica en todo su territorio, una medida sin precedentes por parte de una nación soberana.

La mañana del día que siguió a Pearl Harbor, todas las cajas de recluta de los Estados Unidos conocieron una afluencia indescriptible de voluntarios. El pueblo norteamericano, tanto demócratas como republicanos, intervencionistas y aislacionistas, patronos y obreros, cerró filas en una manifestación sin precedentes de unidad nacional. Herbert Hoover resumió la situación con estas palabras: «El Japón ha atacado arteramente el territorio norteamericano. Tenemos que luchar con todo cuanto poseemos.»

Incluso Charles Lindbergh, apóstol del aislacionismo, manifestó: «Ahora que esto ya no tiene remedio, debemos afrontar lo como americanos unidos, sea cual fuere la actitud que antes hubiésemos mostrado hacia la política seguida por nuestro Gobierno... Ahora debemos dedicar todos nuestros esfuerzos a crear las fuerzas armadas de tierra, mar y aire más poderosas y eficientes del mundo.»

El tremendo golpe dejó momentáneamente aturridos a los norteamericanos, pero no tardaron en reponerse de sus efectos y la impresión inicial cedió pronto el paso a una férrea resolución.

El solapado ataque a Pearl Harbor hizo muy poco populares a los japoneses en todo el mundo no sometido a las potencias del Eje. Y el júbilo manifestado por los japoneses no ayudó ciertamente a aumentar su popularidad. En la ciudad de México el embajador japonés, Yoshiaka Murua, manifestó que tenía confianza en que su patria derrotaría a los Estados Unidos «porque el Japón nunca ha perdido una guerra». Después de declarar la guerra al Japón, Nicaragua internó a todos los japoneses que habitaban en el país... y que se reducían a dos individuos llamados Gusidi Yakata y Juan Hissi. El vicecónsul chino en Nueva Orleans manifestó, según un redactor de la revista *Time*: «Por lo que se refiere al Japón, se pavonea demasiado, pero acabará mal.»

En las ciudades norteamericanas, grupos de gentes ceñudas y de talante amenazador contemplaban a los cónsules japoneses mientras éstos quemaban sus libros y documentos. Se elevaron muchas voces pidiendo que fuesen internados todos los ciudadanos de origen nipón.

Pearl Harbor fue un verdadero desastre para los Estados Unidos. Pero no significó el fin del poderío norteamericano, como esperaban los japoneses. Una parte muy importante de la

escuadra no pereció en la hecatombe. Antes de un año, todos los barcos hundidos o averiados, exceptuando el *Arizona*, habían sido reparados y estaban de nuevo listos para entrar en acción. «La verdad esencial», dijo el secretario de Marina, Frank Knox, «es que la finalidad japonesa era poner fuera de combate a los Estados Unidos antes de que empezase la guerra. Y en esto podemos decir que las previsiones japonesas han fallado».

Cuatro días después de la agresión a Pearl Harbor, Italia y Alemania declararon la guerra a los Estados Unidos. La perspectiva de una guerra con Norteamérica fue un golpe para el pueblo alemán. Durante años el doctor Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda nazi, había machacado la idea de que Alemania se protegía desde 1933 de la perversa «judería internacional» reunida alrededor del «presidente Rosenfeldt». Presentó a los Estados Unidos como una «civilización judaica y plutocrática de automóviles, radios, *jazz-band*, almacenes de "todo a noventa y cinco", etc.». A pesar de esta propaganda, eran muchos los alemanes que admiraban las magníficas realizaciones norteamericanas y el poderío industrial yanqui y consideraban que era mejor no luchar contra aquella nación. Los que así pensaban no habían echado en saco roto las lecciones de la Gran Guerra, cuando el poderío norteamericano inclinó la balanza a favor de los aliados y selló la suerte de la Alemania Imperial.

Es preciso observar otro aspecto de la tragedia de Pearl Harbor. Al terminar las hostilidades, se inició una acalorada polémica acerca de las circunstancias que rodearon aquella agresión y el comienzo de la guerra.

Poco después del cese de las hostilidades, un comité conjunto del Congreso inició una encuesta sobre el desastre de Pearl Harbor. El comité publicó 39 volúmenes de pruebas y documentación que han servido a los historiadores para sacar diversas conclusiones. El comité publicó también declaraciones de la mayoría y de la minoría, que resumen los puntos de vista contradictorios.

He aquí las principales conclusiones a que llega el informe de la mayoría parlamentaria:

1. El ataque desencadenado el 7 de diciembre de 1941 contra Pearl Harbor constituyó un acto no provocado de agresión por parte del Imperio japonés...

3. Las acciones diplomáticas y la política de los Estados Unidos no constituyeron una justificación para este ataque efectuado por el Japón contra nuestra patria...

4. El Comité no ha encontrado pruebas que permitan sustentar las acusaciones, hechas antes y después de los debates, en el sentido de que el Presidente, el secretario de Estado, el secretario



de la Guerra o el secretario de Marina engañaron, provocaron, incitaron o coaccionaron al Japón, obligándole a atacar a nuestra patria a fin de que el Congreso se mostrase más dispuesto a hacer una declaración de guerra. Por el contrario, todas las pruebas demuestran sin lugar a dudas que cumplieron su misión con distinción, capacidad y previsión, y de acuerdo con las más elevadas tradiciones de nuestra política exterior fundamental.

5. El Presidente, el secretario de Estado y otros altos funcionarios del gobierno hicieron todos los esfuerzos posibles, sin menoscabo del honor nacional y sin poner en peligro nuestra seguridad, para evitar la guerra con el Japón.

6. El desastre de Pearl Harbor puso de manifiesto el fallo... del ejército y de la armada para establecer medidas destinadas a señalar la proximidad de fuerzas hostiles, de implantar un estado de alerta de acuerdo con la idea de que la guerra era inminente, y de utilizar todos los medios disponibles para repeler la agresión japonesa...

9. Los errores cometidos por el mando en Hawai fueron errores de juicio y no cabe tacharlos de incumplimiento del deber.

El informe de la minoría expresaba una opinión contraria:

El hecho de que Pearl Harbor no estuviese plenamente alerta y preparado para la defensa es el resultado lógico de dos series de responsabilidades *interdependientes*: 1.º: la responsabilidad que incumbe a las altas autoridades de Washington, y 2.º: la responsabilidad que corresponde a los jefes locales, que mandaban la escuadra y la base naval.

Las pruebas reunidas muestran claramente que estos dos sectores de responsabilidad eran inseparables y de importancia esencial para la defensa de Hawai. Los jefes locales no podían estar preparados ni dispuestos para afrontar adecuadamente un ataque contra Hawai sin poseer informaciones indispensables, material de guerra, efectivos adiestrados y órdenes claras de Washington. Washington no podía estar seguro de que Hawai estaría preparado, sin la alerta y activa cooperación de los jefes militares y navales de la plaza.

La responsabilidad por no haber asumido las medidas indispensables y esenciales para la defensa de Pearl Harbor recae sobre las siguientes autoridades civiles y militares: Franklin D. Roosevelt, presidente de los Estados Unidos y comandante supremo del ejército y la armada; Henry L. Stimson, secretario de la Guerra; Frank Knox, secretario de Marina; George C. Marshall, general, jefe del Estado Mayor del Ejército; Harold R. Stark, almirante, jefe de Operaciones Navales; Leonard T. Gerow, general de división, segundo jefe de Estado Mayor de la sección de Planes de Guerra.

La responsabilidad por el incumplimiento de las medidas que debían adoptarse en Hawai recae sobre los siguientes jefes militares: Walter C. Short, general de División, al mando de la re-

gión militar de Hawai; Husband E. Kimmel, contraalmirante, jefe de la escuadra del Pacífico.

El secretario de Estado, Cordell Hull, que llevaba las negociaciones norteamericanas con los japoneses, tiene una grave responsabilidad por las circunstancias diplomáticas que desembocaron en el ataque a Pearl Harbor, pero no desempeñaba un papel de importancia en la cadena militar de responsabilidades que iban desde el mando supremo a los jefes de Hawai para la defensa de Pearl Harbor. Por este motivo, y porque la fase diplomática no ha sido totalmente explorada, no ofrecemos conclusiones a este respecto.

La polémica se hacía cada vez más enconada.

Los detractores de Roosevelt, o sea los revisionistas, presentaron la grave acusación de que el Presidente y sus consejeros habían llevado el país a la guerra mientras hacían pública profesión de sentimientos pacifistas y que esto lo hicieron entre bastidores y sin ponerlo en conocimiento de los representantes electos del pueblo norteamericano. Añadían que, cuando Roosevelt se vio incapaz de vencer la oposición de los aislacionistas, provocó el ataque japonés a Pearl Harbor. «Por medio de engaños, llevó al pueblo norteamericano a la guerra, porque no se sentía capaz de hacerlo abiertamente», manifestó un adversario de Roosevelt.

William Henry Chamberlin, escritor, conferenciante y editorialista del *Wall Street Journal*, escribió lo que sigue: «Como Jano, el dios de los romanos, Roosevelt tenía dos caras en el período que precedió a la guerra. Al pueblo norteamericano y a la posteridad les mostraba un rostro benévolo y tranquilo, mientras aseguraba que su mayor preocupación era mantener a su país fuera de la guerra. Pero ante sus íntimos, el primer magistrado de la nación dejaba entrever con frecuencia que Norteamérica ya estaba metida en la guerra.»

El historiador George Morgenstern saca la siguiente conclusión: «No hay excusas que puedan explicar la conducta del presidente Roosevelt y sus consejeros. Los cargos por los que deben responder no son de incapacidad en el desempeño de sus funciones, sino de su calculada negativa a hacer lo que éstas requerían de ellos. No supieron —premeditadamente— mantener a los Estados Unidos al margen del conflicto ni evitar el choque armado con el Japón.»

Otro grupo de revisionistas, entre los que se cuentan el historiador y sociólogo Harry Elmer Barnes, el publicista John T. Flynn y el historiador Charles C. Tansil, acusan a Roosevelt de haber apelado a la guerra para disimular sus fracasos en



política interior. Afirman que deseaba asegurar su reelección y además abrigaba ideas grandiosas acerca de su futura misión rectora en el mundo. Barnes llega a afirmar sin lugar a dudas: «Roosevelt y Hull sabían, por los mensajes cifrados japoneses que se habían podido interpretar, que las ofertas de paz niponas eran sinceras y razonables, pero sin embargo, ellos las rechazaron, provocando así el ataque a Pearl Harbor.»

Los defensores del Presidente que había regido los destinos de los Estados Unidos durante la guerra, se lanzaron en furioso contraataque. Los historiadores Basil Rauch, Dexter Perkins y William L. Langer aseguraron que Roosevelt hizo todo cuanto pudo para evitar que Norteamérica entrara en la guerra, con excepción de traicionar los principios democráticos de la nación y exponer a ésta a un peligro irreparable. En lugar de verse objeto de estas vergonzosas críticas revisionistas, arguyeron, habría que alabar a Roosevelt por haber sabido ganar tiempo a fin de preparar a la nación en un momento crítico de su historia.

Joseph W. Ballantine, un experto del Departamento de Estado en las cuestiones del Extremo Oriente, manifestó este parecer: «Los japoneses no se proponían negociar un acuerdo razonable por los medios normales; presentaban demandas que había que aceptar o rechazar. Los Estados Unidos sólo tenían estas dos alternativas: inclinarse ante las demandas japonesas, sacrificando los principios y la seguridad, o negarse a aceptarlas y cargar con las consecuencias.»

Un segundo grupo de defensores de Roosevelt, entre los que se contaban ilustres historiadores como Thomas A. Bailey y Arthur M. Schlesinger, Jr., y Robert E. Sherwood, comediógrafo que escribía muchos de los discursos de Roosevelt, admitieron la acusación de los revisionistas, según la cual Roosevelt había hecho asumir a los Estados Unidos la defensa de la causa de las potencias opuestas al Eje. Pero según ellos, esto estaba justificado por la oposición de los aislacionistas, dispuestos a sembrar de obstáculos el camino de las acciones necesarias para la seguridad de la nación.

«Como las masas se distinguen por su cortedad de visión», escribió Bailey, «y generalmente son incapaces de ver el peligro hasta que lo tienen encima, nuestros estadistas se ven obligados a engañarlas para hacerles ver lo que más les interesa a largo plazo. Esto es evidentemente lo que tuvo que hacer Roosevelt, y... ¿quién dice que la posteridad no le estará agra decida por ello?»

## EL PULPO EXTIENDE LOS TENTACULOS

El tremendo golpe asestado por los japoneses contra Pearl Harbor fue la primera de una serie de acciones que estallaron como una traca en todo el Extremo Oriente.

La ofensiva japonesa se inició en todas direcciones. Coincidiendo casi con el ataque a Pearl Harbor, las fuerzas aeronavales niponas atacaron a Kota Bharu, en la Malaca británica; Singora, en Tailandia; Singapur; Hong Kong; Guam; Midway; la isla de Wake, y las Filipinas. Fue un extraordinario despliegue de fuerzas de tierra, mar y aire, perfectamente coordinadas.

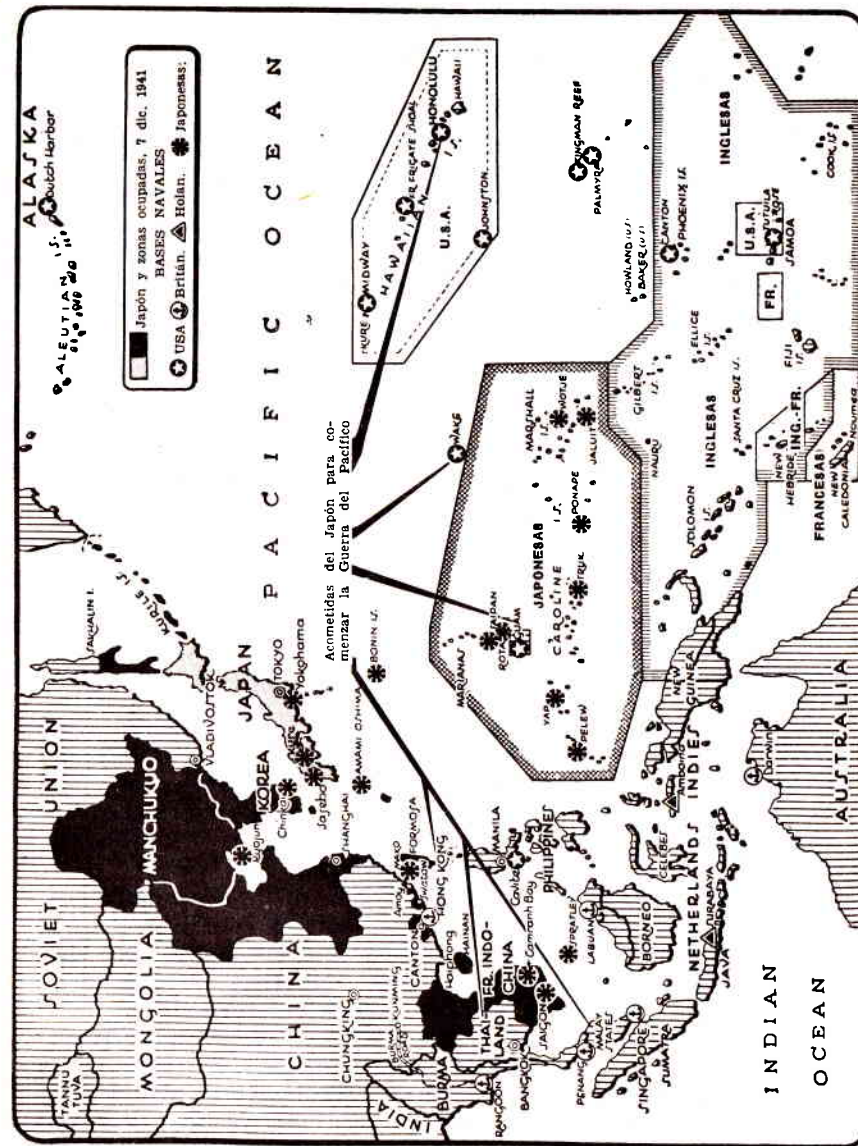
Aquellas operaciones habían sido planeadas hacía mucho tiempo. Desde sus recientes bases, los japoneses caían en enjambres sobre el enemigo, presentándose con fuerzas abrumadoras en los puntos críticos. El camino de la conquista fue allanado por la solapada acción de las quintas columnas que existían en todas las zonas escogidas para el ataque.

Los soldados nipones practicaban a la perfección la táctica de la dispersión y la infiltración. Les habían enseñado a morir antes que rendirse al enemigo. Acostumbrados a subsistir con raciones de arroz seco, soportaban perfectamente el hambre y las penalidades. Camuflados para confundirse con el follaje y profiriendo gritos de animales al llamarse entre sí, eran grandes expertos en el arte de ocultarse en la jungla para pasar inadvertidos. Atados en la copa de un árbol, podían permanecer inmóviles durante horas enteras para disparar o arrojar bombas de mano contra sus enemigos. Calzados con botas de suela de caucho, se infiltraban silenciosamente tras las líneas adversarias, surgiendo en los lugares más inesperados y sembrando la confusión entre las desprevenidas tropas.

Al principio, tanto los ingleses como los norteamericanos subestimaron las dotes militares del soldado japonés. Contribuyó a este error la aparente incapacidad del Japón para dominar China en corto plazo. Faltos de adiestramiento para la guerra en la jungla, los soldados imperiales británicos y los soldados norteamericanos se encontraron de momento en grave inferioridad ante las tropas de asalto japonesas. Pero no tardaron en descubrir que, pese a que empleaban una táctica desusada, los japoneses la repetían en todas partes y que aquella táctica era estereotipada. Acaso los triunfos iniciales que se apuntaron los japoneses se debiesen a su superior resistencia física.

El plan de conquista del Estado Mayor japonés era evidente. Entre Hawai y las islas Filipinas, a intervalos de 1.304, 1.185





y 1.508 millas, respectivamente, se encontraban las islas de Midway, Wake y Guam, de gran importancia estratégica y todas ellas en poder de los Estados Unidos. El primero de estos jaulones en el camino hacia el Este y la primera posesión norteamericana que cayó en manos de los japoneses, fue Guam. Aquella minúscula isla, situada únicamente a 1.155 millas al sur de Tokio y a pocas millas de las Marianas, que eran un mandato japonés, no había sido fortificada, como concesión hecha por el Congreso a los japoneses, en muestra de buena voluntad.

Al amanecer del 7 de diciembre de 1941, una escuadrilla de bombarderos adornados con la enseña del Sol Naciente pulverizó las defensas de la isla. Tres días después, los invasores desembarcaron en Guam. Sin cañones antiaéreos ni baterías de defensa costera, la pequeña guarnición de 555 hombres se rindió.

La isla de Wake ofreció más resistencia. Un destacamento de infantería de marina al mando del comandante James P. S. Devereux frustró el primer intento de desembarco japonés. Los invasores, rechazados por el momento, se retiraron para rehacerse. A un mensaje del Departamento de Marina en el que le preguntaban si necesitaban algo, el comandante Devereux contestó: «¡Que nos envíen más japoneses!»

Los japoneses volvieron al ataque el 23 de diciembre, esta vez con fuerzas abrumadoras en número. El último mensaje que se recibió de la agotada guarnición rezaba: «¡Urgente! Enemigo en la isla. El resultado es dudoso.»

La caída de Guam y de Wake cortó la línea de comunicaciones entre Hawai y las Filipinas, dejando a los Estados Unidos sin ninguna base en el Pacífico Central al oeste de Midway, que continuaba en manos norteamericanas. Pero aquello era un consuelo escaso, pues Midway se encontraba a 3.700 millas de San Francisco.

#### HUNDIMIENTO DEL «PRINCE OF WALES» Y EL «REPULSE»

Se confiaba en que la *Royal Navy*, que tenía su base en Singapur, contribuyese a la defensa naval inmediata del sudoeste del Pacífico. Unos meses antes del inicio de las hostilidades en Extremo Oriente, el Almirantazgo británico, en previsión de lo que pudiera suceder, había enviado dos grandes acorazados a aquella zona. Estos eran el *Prince of Wales*, acorazado nuevo de 35.000 toneladas, que los expertos navales consideraban imposible de hundir, y el crucero de batalla *Repulse*, que desplazaba 32.000 toneladas. Ambos buques de guerra habían sido



construidos de acuerdo con las últimas normas de la construcción naval y ambos se hallaban tripulados por dotaciones escogidas. A comienzos de aquel año, el *Prince of Wales* fue una de las unidades navales pesadas que participó en el hundimiento del acorazado alemán *Bismarck*.

El 8 de diciembre, poco después de recibir la noticia de los desembarcos japoneses en Malaca, el vicealmirante sir Tom Phillips, comandante de la escuadra británica de Extremo Oriente, oficial valeroso pero inexperto, se hizo a la mar con el *Prince of Wales*, el *Repulse* y los destructores *Electra*, *Express*, *Vampire* y *Tenedos*, con la misión de hundir los transportes y lanchas de desembarco de los japoneses antes de que pudiesen llevar las tropas a tierra.

La operación constituyó un craso error táctico. Al penetrar con su escuadra en aguas enemigas sin mirar a los cielos, el almirante Phillips dejó de cumplir una regla fundamental de la estrategia naval moderna: *No arriesgar jamás los acorazados en presencia del poderío aéreo enemigo sin contar con una adecuada cobertura aérea.*

La explicación que ofreció más tarde Churchill a la Cámara de los Comunes resultó muy poco convincente:

Estos buques llegaron al punto adecuado en el momento oportuno, y estaban perfectamente calificados para cumplir la misión que les había sido asignada. Al disponerse a atacar los transportes y lanchas de desembarco japoneses que llevaban a los invasores de Siam y Malaca a las costas del istmo de Kra y sus cercanías, el almirante Phillips efectuó una operación ofensiva bien meditada y completamente correcta, no exenta de riesgos, ciertamente, pero que en principio no difería de muchas operaciones similares realizadas en el mar del Norte y en el Mediterráneo.

Pero el resultado fue muy distinto. La escuadra británica hendía las aguas rumbo al Norte y a toda máquina. Cuando sólo se encontraba a 50 millas de la costa de Malaca y a 150 de Singapur, su presencia fue señalada por varios aviones de reconocimiento japoneses.

Yukio Waku, corresponsal de guerra japonés, refirió el terrible drama:

Nuestros aviones efectuaban un vuelo de reconocimiento sobre el mar, a la altura de la costa oriental de las islas Anambas, cuando distinguieron en el horizonte varias columnas de humo negro. Tras cuidadosa observación, comprendimos que la humareda era producida por la escuadra enemiga, en la que figuraban el *Prince of Wales* y el *Repulse*. El telegrafista comunicó la situación a una de nuestras bases de bombardeo. Los aparatos de las fuerzas

aéreas imperiales, al recibir este mensaje, despegaron en nutrida formación, cargados con torpedos a pesar del mal tiempo reinante. Nuestros bombarderos no tardaron en distinguir a la escuadra británica de Extremo Oriente, que parecía haberse dado cuenta de nuestra presencia, pues empezó a navegar en zigzag a su máximo andar de 30 nudos, y cubriéndose con una cortina de humo. A la caída de la noche, que impidió que continuásemos la búsqueda de la escuadra enemiga, nos vimos obligados a regresar a nuestra base, con indescriptible pesar.

A la mañana siguiente los aviones de bombardeo japoneses despegaron de nuevo, en poderosa formación. Volando a 3.000 metros, se aproximaron en una hilera que se destacaba perfectamente en el soleado cielo. Desde las 11'15 horas, y por espacio de una hora y cuarto, los pilotos nipones atacaron a las unidades navales británicas con consumada destreza y determinación, lanzando una lluvia de bombas y torpedos. Dos bombas lanzadas desde gran altura dieron en el blanco y luego tres oleadas de 9 aviones torpederos cada vez, enviaron sus torpedos contra los costados de los acorazados británicos. La escena recordaba una jauría de perros ensañándose con dos venados heridos.

Cecil Brown, que entonces era corresponsal de la C. S. B. y hoy es jefe de la sección de Extremo Oriente de la N. B. C., se encontraba a bordo del *Repulse*. Su relato, uno de los grandes reportajes periodísticos de la guerra, termina del modo siguiente:

Se vio inmediatamente que el *Repulse* estaba sentenciado a muerte. Los altavoces anunciaron: «Prepárense a abandonar el barco. ¡Que Dios nos asista!» Con el mayor orden todos empezamos a dirigirnos hacia las escalerillas para bajar por ellas, dándonos prisa pero sin empujarnos. No acababa de hacerme a la idea [de que] tenía que abandonar el barco. Parecía completamente imposible e increíble que el *Repulse* pudiera o tuviera que hundirse. Pero el magnífico barco escoraba con rapidez a babor y pronto dejó de ser un medio de locomoción. Yo me vi obligado a trepar y gatear para llegar a la borda. Vi a los servidores de los cañones muertos alrededor de sus piezas. Algunos estaban medio ocultos por vacías cajas de municiones. El buque había recibido daños considerables. Algunos hombres habían perecido como consecuencia del fuego de ametralladora. De ello no hay duda alguna.

A mi alrededor, los marineros se quitaban las ropas y los zapatos y tiraban los cascos de acero. Algunos corrían por el casco del buque, expuesto en sus tres cuartas partes, en busca de un lugar para dejarse resbalar hasta el agua sin lastimarse en el dentado borde del tremendo boquete abierto en el costado del buque. Otros corrían para alcanzar un lugar desde donde pudiesen saltar al agua...

Cuando me encaramé sobre la borda, vi al *Prince of Wales* a



media milla de nosotros. Había fuego a bordo pero sus cañones seguían disparando sin cesar. No había duda de que se había defendido, al perder el gobierno a causa de los daños sufridos...

Luego el acorazado se hundió. Phillips y Leech (el almirante Tom Phillips y el capitán Leech, que mandaba el *Prince of Wales*) fueron los últimos en saltar por la borda y ambos cayeron al agua juntos. Su desecho de ser los últimos en abandonar el buque, no haciendo hasta que todos sus hombres les hubieran precedido, fue sin duda la causa de su muerte, pues es muy probable que la succión producida por el *Prince of Wales* al hundirse de costado y luego hundirse de popa alzando la proa al aire, les arrastrase a las profundidades.

Mientras nadaba a una milla de distancia, tendido sobre un taburete, vi la proa del *Prince of Wales*... Cuando el gran acorazado se hundió, la succión ejercida fue tan grande, que arrancó el salvavidas de un oficial que se encontraba a más de 15 metros...

Como el oleaje era muy fuerte y los dos barcos, al hundirse, provocaron una succión muy poderosa, era extraordinariamente difícil alejarse del barco nadando por las aguas cubiertas de una espesa capa de petróleo. La manera suave y tranquila como aquellos dos levitantes que vomitaban fuego y acero se fueron a su tumba de las profundidades marinas sin hacer explosión, fue una forma de demostrar el cariño de los dos magníficos navíos hacia sus no menos magníficas dotaciones.

Ni el *Prince of Wales* ni el *Repulse*, en efecto, hicieron explosión, a pesar de haber resultado alcanzados en impacto directo por los torpedos aéreos. A esto se debe, probablemente, que se salvaran más de 2,000 hombres de los 3,000 que formaban las dotaciones de ambos buques. (La del *Prince of Wales* era de 1,700 y la del *Repulse* ascendía a 1,250.) El comportamiento de los marinos ingleses fue admirable y es merecedor del juicio expresado por un testigo anónimo: «Podéis creerme si os digo que de ahora en adelante únicamente volveré a descubrirme ante un marino inglés.»

Los periódicos londinenses publicaron alarmantes titulares: *H. M. S. PRINCE OF WALES Y H. M. S. REPULSE HUNDIDOS* A consecuencia de un ataque aéreo japonés, en el curso de operaciones navales frente a las costas malayas. Se han salvado 2,330 hombres de ambos buques. Hay 600 desaparecidos, entre los que se encuentran el almirante sir Tom Phillips y el capitán Leech, que mandaba el *Prince of Wales*.

Para el público inglés, la impresión de esta catástrofe casi fue similar a la causada por el desastre de Pearl Harbor en Norteamérica. Antes de la guerra, el valor de los acorazados

había sido puesto en duda por los expertos navales, que los consideraban demasiado vulnerables en la época de la aviación. Esta catástrofe avisó aquellos recelos. El hundimiento de los dos gigantes acosados obligó a revisar inmediatamente la esperanza de una fácil y rápida victoria sobre el Japón. La suerte de Singapur estaba echada.

En medio de un profundo silencio, Winston Churchill dirigió estas solemnes palabras a la Cámara de los Comunes:

No recuerdo en toda mi vida otro desastre naval tan grave y doloroso como el hundimiento del *Prince of Wales* y el *Repulse*, acaecido el lunes. Estos dos enormes y poderosos navíos eran de importancia capital en nuestros planes para hacer frente al nuevo peligro japonés, cuya amenaza se dibujaba ya en los últimos meses... Las continuadas oleadas de atacantes consiguieron sus propósitos, y ambos buques zozobraron y se fueron a pique, después de derribar 7 aviones atacantes...

Naturalmente, no estoy preparado para discutir la situación creada en Extremo Oriente y en el Pacífico ni las medidas que debemos adoptar para restablecerla. Es muy posible que aún tengamos que sufrir graves pérdidas, pero nos defendemos en todas partes con la mayor energía, en estrecha cooperación con los Estados Unidos y Holanda. El poderío naval de la Gran Bretaña y los Estados Unidos era muy superior — y aún sigue siéndolo — a las fuerzas combinadas de las tres potencias del Eje. Pero que nadie se llame a engaño y trate de rebajar la gravedad de las pérdidas que hemos sufrido en Malaca y Hawái, ni el poder del nuevo antagonista que se ha lanzado sobre nosotros, ni el tiempo que requerirá la creación, organización y preparación de las grandes fuerzas de Extremo Oriente que serán necesarias para alcanzar la victoria final.

El desastre ocurrido al sur del Mar de China cambió toda la situación de Extremo Oriente. Fue un golpe aplastante, aunque no irreparable, pero que obligó a los Aliados a hacer una profunda revisión de sus conceptos.

## EL CERCO EN TORNO A LAS FILIPINAS

Tokio abrigaba la seguridad de que los puestos avanzados norteamericanos del centro del Pacífico habían quedado fuera de combate para el resto de la guerra. El plan estratégico concebido por Yamamoto y Tojo se había realizado en su primera parte; acto seguido se tenía que iniciar una ofensiva anfibia contra las Filipinas. Para los japoneses, la posesión de las Filipinas, especialmente del puerto de Manila, uno de los mejores puertos naturales de Extremo Oriente, era esencial para



extender su dominio a China, la Indochina francesa, Birmania, Malaca y las Indias Orientales holandesas. El archipiélago filipino, formado por 7.083 islas e islotes y situado a 500 millas del sudeste asiático, se extiende sobre una superficie de 1.150 millas hacia el Norte y el Sur, desde Formosa a Borneo. Lo atraviesan las rutas comerciales que van del Japón a los ricos yacimientos petrolíferos y minerales de las Indias Orientales holandesas. Las islas principales son Luzón (106.986 km<sup>2</sup>) en el Norte y Mindanao (98.681 km<sup>2</sup>) en el Sur. Las Filipinas eran la clave estratégica de Extremo Oriente.

Los Estados Unidos se anexionaron las Filipinas durante la guerra con España, cuando el almirante George Dewey derrotó a la escuadra española en la bahía de Manila, en mayo de 1898. Esto permitió a los Estados Unidos extender sus fronteras a 7.000 millas de distancia sobre las inmensas llanuras líquidas del océano Pacífico. Para satisfacer las crecientes demandas de independencia, el 24 de marzo de 1934 el Congreso norteamericano votó la ley Tydings-McDuffie, aprobada por la legislatura filipina, que preveía la independencia de las Filipinas tras un período transitorio de diez años. Mientras tanto, los Estados Unidos podrían tener fuerzas militares en las islas.

Al día siguiente del ataque contra Pearl Harbor, los aviones japoneses bombardearon el aeródromo Clark, próximo a Manila, y al otro día la base naval de Cavite, privando de este modo a los norteamericanos de su principal apoyo aeronaval basado en la Filipinas. Antes de tres semanas, los japoneses, al mando del teniente general Masaharu Homma, efectuaron un importante ataque anfibio y siete operaciones menores de desembarco en las costas norte y sur de Luzón. Sin encontrar apenas resistencia, varias columnas de curtidas tropas de asalto japonesas avanzaron hacia Manila.

La importancia y diversidad de los ataques nipones sorprendió a los desprevenidos defensores. El general Douglas MacArthur, que mandaba las fuerzas filipinas y norteamericanas de las islas, comunicó a Washington, el 27 de diciembre: «La penetración enemiga en las Filipinas ha sido una consecuencia de nuestra debilidad marítima y aérea. Las unidades de superficie de la escuadra asiática fueron retiradas y la acción de los submarinos apenas se ha notado. La falta de aeródromos para aviones modernos impidió la dispersión definitiva y la falta de aviones de caza permitió que se nos bombardease impunemente de día. El enemigo ha gozado de una completa libertad en sus movimientos navales y aéreos.»

Con Cavite inutilizado, el almirante Thomas C. Hart, que mandaba la escuadra asiática de los Estados Unidos, ordenó que los escasos restos de su armada se dirigiesen hacia el Sur,

a una línea imaginaria que iba desde Surabaya (Java) hasta Port Darwin (Australia), a 1.500 millas de Manila. Sus destructores consiguieron escoltar a 200.000 toneladas de Marina mercante hasta el seguro refugio de las aguas australianas. Aquella retirada naval norteamericana resultó muy satisfactoria para los militares japoneses, que acababan de cortar las líneas de comunicación entre las Filipinas y Australia, quitando de en medio a las fuerzas navales de los Estados Unidos.

Acto seguido se desencadenó el ataque contra Manila, baluarte del poderío norteamericano en Oriente. La capital de las Filipinas era militarmente indefendible. El día siguiente a la Navidad de 1941, la fachada del Ayuntamiento de Manila apareció cubierta por unas enormes colgaduras en las que podía leerse: CIUDAD ABIERTA y NO TIREIS. Para evitar una matanza de población civil, las restantes fuerzas norteamericanas recibieron orden de evacuar la capital. Las carreteras estaban atestadas de gentes presas del pánico que trataban de ponerse a salvo en los montes; los trenes iban abarrotados de refugiados. La radio de Manila repetía sin cesar la declaración de que Manila era una ciudad abierta. Aquel mismo día, la radio de Tokio daba la noticia a sus oyentes.

El 27 de diciembre y durante todo el día siguiente, oleada tras oleada de aviones sembraron la destrucción sobre la indefensa urbe. Las instalaciones portuarias fueron pulverizadas y la ciudad entera se convirtió en un infierno de fuego y humo.

Durante toda la noche del 2 de enero de 1942, las tropas japonesas irrumpieron en la ciudad destruida. Encontraron la próxima base naval de Cavite arrasada por sus propias bombas y por las brigadas de demolición norteamericanas. La Intendencia abrió los almacenes, permitiendo a las multitudes que se llevasen lo que quisieran antes de destruir el resto de las vitualas.

Los japoneses publicaron un bando dirigido a los filipinos que se habían quedado en la ciudad. El código militar del *Bushido* no concedía derecho alguno a los vencidos y castigaba la desobediencia con la muerte: «Quienquiera que inflija, o trate de infligir, el menor daño a los soldados japoneses, será pasado por las armas. Si el agresor, o pretendido agresor, no puede ser hallado, retendremos a diez personas influyentes que se encuentren en las cercanías del lugar donde se haya perpetrado la agresión.» El Nuevo Orden asiático había hecho su aparición en Manila.

Por aquel entonces, el general MacArthur disponía únicamente en todas las Filipinas de 60.000 soldados indígenas muy poco adiestrados, 11.000 curtidos batidores filipinos y unos 19.000 norteamericanos, entre los que se hallaban representa-



das las diversas fuerzas armadas. Incapaz de enfrentarse directamente con el ataque japonés, ordenó a sus fuerzas que se retirasen a la península de Batán, que ofrecía buenas posibilidades de defensa y donde podría resistir hasta que le enviasen refuerzos.

Con sus 40 km de larga por 32 de ancha en su base, la península de Batán brota de Luzón como un dedo gigantesco apuntando a la base naval de Cavite, que sólo se encuentra a 12 millas. Batán se encontraba protegida de los ataques navales por la artillería pesada emplazada en la próxima isla del Corregidor. Dominada por dos volcanes extinguidos, cruzada por barrancos y torrentes, sembrada de colinas y zonas boscosas, Batán era un lugar ideal para ofrecer una resistencia encarnizada. Sus dos únicas carreteras, por las que podían avanzar fuerzas motorizadas, fueron cortadas por obstáculos antitanques y masas de alambre espinoso.

Durante la primera semana de enero de 1942, las tropas norteamericanas y filipinas se retiraron desde ambos extremos de Luzón, para reunirse en San Fernando e iniciar la última etapa de su repliegue a Batán, combatiendo incesantemente para retrasar el avance enemigo. Aquella maniobra les costó cuantiosas pérdidas. El general de división Jonathan M. Wainwright vio reducidas sus fuerzas del norte de Luzón de 28.000 a 16.000 hombres, principalmente a causa de la desertión de soldados filipinos, que se fueron a sus casas. Las fuerzas del sur de Luzón, mandadas por el brigadier Albert M. Jones, tuvieron más suerte: de los 15.000 hombres que se hallaban bajo su mando cuando comenzó la marcha, llegaron a Batán alrededor de 14.000.

Exhaustos y hambrientos, los defensores se colocaron en las posiciones ya preparadas de Batán. Los japoneses los sometieron allí a toda clase de ataques, desde ofensivas frontales y acciones de flanco a intensos cañoneos y desembarcos por mar.

El comandante japonés, teniente general Homma, envió el siguiente mensaje al general MacArthur: «Vuestro prestigio y honor están a salvo. Mas para evitar una innecesaria efusión de sangre y salvar vuestras... tropas os aconsejamos que os rindáis... En caso contrario, nuestra ofensiva continuará con fuerza inexorable.» La única respuesta que obtuvo de los norteamericanos consistió en un nutrido fuego de artillería.

Todos los esfuerzos hechos para evacuar la guarnición fueron inútiles. Los japoneses hundieron a casi todos los barcos enviados a Luzón.

Los soldados entonaban un canto desesperado:

*Somos los combatientes de Batán;  
sin papá, sin mamá, sin Tío Sam;  
sin primos, ni sobrinas y sin tía;  
sin aviones y sin artillería.  
...¡Pero esto a nadie le importa un bledo!*

Esta queja estaba más que justificada. Durante la primera semana de enero, las raciones se redujeron a la mitad y a las pocas semanas los víveres casi habían desaparecido por completo. Los hombres comían perros, iguanas, monos, mulas, carabaos y serpientes, junto con bayas y raíces que encontraban en la jungla. Bandas de soldados famélicos recorrían la península en busca de vegetación comestible.

Cuando las reservas de medicamentos disminuyeron, las tropas empezaron a sufrir terribles enfermedades tropicales, como el paludismo, el dengue, el escorbuto, el beri-beri y la disentería. Caían a millares, para ser atendidos en hospitales improvisados. Los desgarrados uniformes de los que aún podían tenerse en pie no los protegían contra las espinas de la jungla y sus miserables noches. Flacos, desnutridos y enfermos, los hombres que componían la guarnición luchaban contra toda esperanza.

¿Qué tenía que hacerse con MacArthur? ¿Tenía que rendirse con todos sus hombres o había que salvar aquel brillante general que tanto podía ayudar a la causa aliada? A Washington le era difícilísimo adoptar una decisión. Solamente después de varias semanas de negociaciones, se consiguió persuadir a MacArthur para que abandonase sus hombres a merced de los japoneses. «Allí sus servicios no son tan urgentes como en otros puntos del Extremo Oriente», le informó el general George C. Marshall.

El 22 de febrero, el presidente Roosevelt dio una orden directa a MacArthur, conminándole a abandonar Luzón, ir a Mindanao para permanecer allí unas semanas y pasar después a Australia, para asumir el mando de la contraofensiva general. Según las noticias publicadas en la prensa, este cambio de destino fue hecho a solicitud del Gobierno australiano. Más tarde, Churchill afirmó haber indicado a Roosevelt la conveniencia de que MacArthur huyera de Batán de manera muy parecida a como ordenó a lord Gort, siendo primer ministro, que abandonara Dunquerque antes de la evacuación forzosa de la plaza.

La evacuación de MacArthur, con su familia y su plana mayor, a través de un territorio que estaba en poder del enemigo, fue una verdadera hazaña. El 12 de marzo, el grupo de



personas embarcó en una lancha que los condujo a todos a Mindanao, cruzando parajes sembrados de minas. Cuatro días después, MacArthur tomó el avión para Darwin. MacArthur dejó la orden al general Wainwright, que quedó al mando de la guarnición, de «defender Batán en la mayor profundidad posible» y, si fuese necesario rendirse, «destruir todo lo que se pueda, para evitar que se emplee contra los norteamericanos cuando tratemos de reconquistar las Filipinas».

A su llegada a Australia, MacArthur declaró: «El presidente de los Estados Unidos me ordenó que pasara a través de las líneas japonesas y desde Corregidor me trasladase a Australia a fin, según creo, de organizar la ofensiva norteamericana contra el Japón, cuyo principal objetivo es la liberación de las Filipinas. Conseguí pasar y volveré.»

Durante la primera semana de abril, la guarnición norteamericana de Batán se desintegró, para rendirse el 9 de abril. Ocho días después, el Departamento de la Guerra de los Estados Unidos anunció la capitulación, dando la cifra de 35.000 hombres y afirmando que el general Wainwright había escapado a Corregidor con los restos de sus fuerzas. A los ojos del mundo ya estaba claro que los norteamericanos sufrían serios reveses en las Filipinas a manos de los japoneses.

El fin de la odisea de Batán no pudo ser más trágico.

Millares de soldados norteamericanos y filipinos de todas las graduaciones y clases fueron obligados a efectuar terribles marchas de la muerte, que comenzaron el 10 de abril. La carretera, que tenía 137 km, discurría hacia el Este atravesando el extremo sur de Batán, para ascender hacia el Norte hasta Orani y torcer después hacia el Nordeste en dirección a San Fernando, un empalme ferroviario de la provincia de Pampagna donde los prisioneros tenían que tomar el tren que les conduciría a un campo de concentración.

Aquella marcha resultó ser una especie de infierno japonés. Formados por sus aprehensores en filas de cuatro en fondo, los prisioneros avanzaban penosamente bajo el sol cegador, cuyos rayos abrasaban la tierra cubierta de polvo grisáceo. Iban cubiertos de suciedad y mugre, se sentían débiles y aturridos y medio locos de sed y agotamiento. El sadismo y estupidez de los guardianes japoneses eran casi increíbles. Mataban a palos a los desgraciados prisioneros que tenían en su poder moneda o artículos japoneses, presumiendo que los habían robado de los cadáveres de los soldados nipones. Golpeaban a los desvalidos cautivos, les quitaban el dinero, los relojes y las plumas estilográficas, pinchándolos con las bayonetas, colmándolos de maldiciones y burlándose de ellos, enseñándoles comida y agua que vertían en el suelo ante su propia cara.

El contingente principal de prisioneros iba seguido por un escuadrón que remataba a los que caían agotados, enfermos o molidos a palos. Los filipinos que trataban de prestar ayuda a los prisioneros, eran ahuyentados por los enfurecidos guardianes.

Al sexto día los cautivos, más muertos que vivos, fueron reunidos en un campo rodeado de alambradas y situado en San Fernando. Allí murieron muchos de paludismo, disentería y dengue. Los supervivientes fueron encerrados en viejos vagones donde permanecieron apretujados como ganado y sin poder apenas moverse. La única ventilación se realizaba a través de unas estrechas rendijas. Incapaces de soportar la viciada atmósfera, cargada de hedores pestilenciales, muchos se desvanecieron y cayeron de bruces sobre las tablas, hundiendo la cara en la inmundicia. Después de un viaje de tres horas y otra caminata de 11 km, los restantes prisioneros fueron internados finalmente en el campo de concentración de O'Donnell, en las junglas de la provincia de Arlac.

Tanto los combatientes norteamericanos como la opinión pública de los Estados Unidos, encontraban muy difícil equiparar los bestiales carceleros de Batán con las imágenes estereotipadas que circulaban del Japón, en las que aparecían verdaderos dechados de cortesía, cerezos en flor, bellas *geishas* y justas poéticas. Abrumados por las noticias de la marcha de la muerte, muchos se dijeron que había que hacer pagar muy caro a los japoneses la humillación deliberada que habían infligido a los soldados de los Estados Unidos.

La caída de Batán significó el fin de la resistencia organizada en Luzón, pero mientras Corregidor y los otros fuertes del lado opuesto de la bahía permanecieron en manos norteamericanas, los japoneses no pudieron utilizar la bahía de Manila. En el complicado sistema de galerías subterráneas de Corregidor, protegidas de los ataques aéreos y artilleros, estaban albergados el mando norteamericano, el cuartel general de las tropas filipinas, un hospital con mil camas y una enorme cantidad de pertrechos y abastecimientos. En aquella madriguera, viviendo como topes, se apretujaban oficiales norteamericanos y filipinos, empleados civiles, soldados, enfermeras, obreros, heridos y convalecientes.

Todas las esperanzas de conservar Batán se habían esfumado. Durante el mes de abril y los primeros días de mayo, los japoneses lanzaron sobre Corregidor muchas toneladas de granadas y bombas. Ningún ser humano podía resistir por mucho tiempo aquel implacable martilleo, que desmenuzaba las defensas de hormigón y acero. Uno a uno los emplazamientos artilleros y los blocaos fueron siendo reducidos al silencio.



Entonces la guarnición sitiada inició la triste tarea de destruir todo cuanto pudiera ser de valor para el enemigo. El dique flotante Dewey, que se encontraba en la bahía de Mariveles y había servido a la escuadra asiática de los Estados Unidos durante muchos años, fue volado. Los buques de la armada que también se encontraban allí fueron hundidos. La guarnición destruyó todas sus armas y quemó los códigos cifrados y otros documentos.

El 6 de mayo de 1942, Corregidor se rindió, después de cinco meses de resistencia.

La pérdida de las Filipinas sumió al mundo aliado en una profunda pesadumbre. Era cierto que la resistencia heroica de Batán y Corregidor había retrasado los planes de los japoneses, obligándoles a invertir más hombres y pertrechos de los que se proponían emplear allí y forzándoles a aplazar sus planes en unos seis meses. Pero ello no evitaba que fuese una derrota completa y devastadora para los Aliados.

Los japoneses habían puesto fuera de combate un ejército cuyos efectivos se aproximaban a los 100.000 hombres y habían hecho retroceder las fuerzas aeronavales de los Estados Unidos a la barrera malaya. Disponían a la sazón de uno de los mejores puertos de Oriente, desde el que podrían abastecer bases situadas al Sur y al Sudeste y atacar a las opulentas Indias Orientales holandesas. Y lo que también era importante, presentaban un obstáculo formidable a cualquier intento aliado de cortar las comunicaciones entre Tokio y las Indias Orientales, con su petróleo y su estaño.

#### MALACA Y SINGAPUR

Manila en las islas Filipinas, con Hong-Kong y Singapur en el continente y la península de Malaca, constituían respectivamente los vértices de un triángulo que representaba el poderío anglosajón en Extremo Oriente. La ocupación japonesa de Cantón en 1940 imposibilitó la defensa de este triángulo. El primero de los grandes baluartes occidentales que cayó fue Hong-Kong. El mismo día en que Pearl Harbor fue atacado, los aviones japoneses iniciaron el bombardeo de la ciudad, que duró dos semanas. Los defensores de la misma se negaron a rendirse y entonces los japoneses desembarcaron, a cubierto de la oscuridad, para volar los depósitos de agua que abastecían Hong-Kong. Al encontrarse sin agua, la guarnición inglesa, compuesta por 10.947 hombres, se rindió el día de Navidad de 1941, tras un asedio de 17 días.

En los clubs de Singapur, ciudad situada al extremo de la

península de Malaca, los oficiales de los más famosos regimientos lucían sus immaculados uniformes, consumiendo bebidas propias de los trópicos y viviendo libres de cuidados, según el espíritu decimonónico presidido por la sombra de Rudyard Kipling.

Los ingleses habían construido en esta isla la que se consideraba como la más poderosa base naval del mundo: el Gibraltar del Pacífico. En teoría, Singapur era inexpugnable. Es posible que así fuese desde el mar, pero la fortaleza era vulnerable desde la península de Malaca, de donde recibía el agua potable. Además, los ingleses no podían contar con la ayuda indígena, pues no habían concedido a los malayos el rango de ciudadanos de la *Commonwealth* ni poseían fuerzas armadas malayas que pudieran compararse siquiera con los batidores filipinos.

Y lo que aún era peor, las tropas británicas estacionadas en Singapur y en la península de Malaca no habían sido instruidas para la guerra en la jungla, un inexplicable descuido por parte de un mando militar al que se suponía preparado para todas las eventualidades.

¡Bastaba con el poderío naval, la ginebra con agua tónica, el *cricket* y el *golf*, las plazas espaciosas! Pero los japoneses desde hacía tiempo no quitaban ojo de la península de Malaca. Aquella lengua de tierra encerraba la mayor fuente de caucho natural del mundo, junto con enormes yacimientos de estaño. La península surgía del istmo de Kra, de casi 50 km de ancho, para penetrar en la porción meridional del Mar de China como una prolongación meridional de Tailandia, la antigua Siam. A su extremo se alzaba Singapur. Su porción oriental está recubierta de jungla y marismas; la occidental, separada de la anterior por una enorme cadena montañosa, cuenta con carreteras en el Norte y en el Sur amén de un ferrocarril.

Los japoneses disponían de un ejército de 200.000 soldados especialmente adiestrados para combatir en la jungla y que esperaban en Tailandia e Indochina. Su plan consistía en hacer descender estas tropas por la península de Malaca para sorprender a Singapur por la espalda.

La mañana de Pearl Harbor, los japoneses bombardearon Kota Bharu, en la costa nordeste de la península, para desembarcar después en las playas. Aquel mismo día, el grueso de las fuerzas del general Tomoyuki Yamashita, que mandaba el 25º Ejército, conquistaron la cabeza de playa. Se registraron otros desembarcos por el Norte, en Singora, desde donde las tropas descendieron por la costa este del istmo, mientras otra división cruzaba la frontera de Tailandia y avanzaba por la



costa oeste. Durante las tres semanas siguientes, aquellas columnas continuaron regularmente su avance hacia el Sur.

Se suponía que las junglas eran intransitables, pero los japoneses se abrieron paso por ellas en una maniobra modelo de infiltración. Avanzando a marchas forzadas por los arrozales, las marismas, los cauchales y las junglas, utilizando pontones para pasar los ríos, los invasores derrotaron a los ingleses en una serie de escaramuzas. Las tropas japonesas se infiltraron constantemente entre las líneas enemigas para surgir de improviso en su retaguardia. Los ingleses empleaban tanques de 1918 para afrontar un adversario que conocía al dedillo la guerra de emboscadas propia de la jungla.

A mediados de enero de 1942, los ingleses, desbordados, desconcertados y desmoralizados, iniciaron la retirada a lo largo de toda la península, cruzaron el puente que conducía a Singapur, después lo volaron y se dispusieron a esperar ayuda o el ataque definitivo del enemigo. En Singapur no había galerías subterráneas como en Corregidor ni cuevas como en Malta, así como tampoco la posibilidad de efectuar una evacuación del tipo Dunquerque. Los ingleses enviaron a la plaza sitiada algunos refuerzos, que llegaron a tiempo de compartir la derrota con su guarnición.

Durante un mes, los japoneses atacaron la isla desde tierra y desde el aire. El 11 de febrero de 1942, Yamashita intimó la rendición a los defensores. No obtuvo respuesta. Tres días después, los atacantes se apoderaron de los depósitos de agua. El 15 de febrero, el teniente general sir Arthur Ernest Percival se rindió con todos sus efectivos, que oscilaban entre 55.000 y 60.000 hombres.

Los periódicos londinenses salieron nuevamente con sombríos titulares:

#### SINGAPUR HA CAÍDO

##### LA RENDICIÓN FIRMADA A LAS 7 HORA LOCAL, 12'30 HORA DE INGLATERRA.

La causa, según el general Percival: escasez de agua, víveres, petróleo y municiones.

Se calcula que se han hecho entre 55.000 y 60.000 prisioneros a las tropas británicas e imperiales.

Aquella fue una de las derrotas más humillantes que habían sufrido las armas británicas. Winston Churchill, entristecido pero retador, se dirigió a la Cámara de los Comunes en estos términos:

«Os hablo bajo la sombra de una abrumadora e importantí-

sima derrota militar. Ha sido un duro revés para Inglaterra y el Imperio. Singapur ha caído. Toda la península de Malaca ha sido conquistada... Este... es uno de aquellos momentos en que la raza y la nación británicas pueden demostrar su temple y su genio... Debemos recordar que ya no estamos solos. Nos encontramos muy bien acompañados. Las tres cuartas partes de la especie humana avanzan con nosotros. Todo el futuro de la humanidad puede depender de nuestra acción y de nuestra conducta. Hasta ahora no hemos fallado. No fallaremos en estos momentos. Avancemos juntos con paso firme hacia la tormenta, hasta atravesarla.»

#### LA RETIRADA DE BIRMANIA

El país que figuraba a continuación en la agenda japonesa era la Birmania británica, la tierra de los templos budistas, las campanas tintineantes, los afanosos *coolies* y las piedras preciosas.

Birmania, que durante cientos de años había sido campo de batalla de príncipes y reyezuelos, durante la segunda Guerra Mundial adquirió una primerísima importancia, debida principalmente a la famosa carretera de Birmania que, con sus 1.300 kilómetros de longitud, constituía una vital ruta de comunicaciones con la China. La carretera rodeaba las regiones ocupadas por los japoneses y permitía enviar abastecimientos a China por la puerta posterior del inmenso país.

Birmania tiene una superficie algo más extensa que Texas. Este país montañoso, cerrado en tres de sus lados por fragosas cordilleras, se asoma a las orillas orientales del golfo de Bengala. Baluarte menospreciado del Imperio Británico, Birmania no tenía comunicaciones terrestres con la India a causa de la oposición de las compañías navieras monopolistas. El gran puerto de Rangún, cantado por Kipling en su poema *Mandalay*, se hallaba a merced de la potencia que dominase los mares vecinos. Los birmanos tenían muy poca fe en los ingleses y en el lema de éstos: «Vosotros tranquilos y confiad en nosotros.» En el interior de Birmania, una quinta columna amiga de los japoneses preparaba en secreto la invasión.

El ataque japonés a Birmania coincidió con el de Malaca, pero requirió algo más de tiempo porque el país era más extenso. Dos días después de Pearl Harbor, las unidades de vanguardia niponas penetraron en el istmo de Kra para cruzar la frontera de Birmania. La ofensiva principal comenzó el 15 de enero, cuando poderosas fuerzas de asalto se infiltraron por la jungla para capturar Moulmein en dos semanas y situarse



frente a Rangún, en la orilla opuesta del golfo de Martabán.

Entre tanto, una segunda columna japonesa avanzaba por el norte de Birmania, procedente de los Estados Shan, en dirección a Moulmein y Rangún, para seguir después al Norte hacia Lashio, estación terminal de la carretera de Birmania. La movilidad japonesa y su gran habilidad para la lucha en la jungla obligaron de nuevo a pagar elevados dividendos.

Después de atravesar el ancho río Saluén, los japoneses describieron un círculo al norte de Rangún, mientras otras unidades se deslizaban por las orillas del golfo de Martabán para atacar la ciudad por el Sur y el Oeste. El 6 de marzo, los ingleses evacuaron el gran puerto. Todas las obras principales de demolición fueron terminadas antes de que los japoneses entrasen en Rangún al día siguiente.

Durante los dos meses que siguieron, la lucha se convirtió en un desesperado juego del escondite. Los japoneses avanzaban con tenacidad por el río Irawadi, por el Sittang y el Saluén, empujando a los ingleses hacia las fronteras de la India y China y las estribaciones del Himalaya. Dos divisiones de tropas angloindias, precedidas por una horda de refugiados, huían por oscuros senderos selváticos en dirección a Bengala. Trabados por fuerzas blindadas y mecanizadas, inadecuadas para luchar en la jungla, incapaces de maniobrar con celeridad, desmoralizados y exhaustos, los soldados imperiales británicos no podían competir con los japoneses. Se repetía el desastre de Malaca.

Llegó entonces una ayuda inesperada representada por el teniente general norteamericano Joseph W. Stilwell, alias *Joe Vinagre*, que el 10 de marzo acababa de ser nombrado jefe de Estado Mayor del generalísimo Chiang Kai-Chek y bajó del Norte para asumir el mando del V y VI Ejércitos chinos en Birmania. Stilwell cometió el error de demorarse demasiado en el Sur, donde quedó aislado de la carretera de Birmania por las columnas japonesas que penetraron en este país procedentes de Tailandia. La cuestión consistía entonces en avanzar hacia el Norte más de prisa que los japoneses que intentaban coparlo.

En mayo de 1942 tuvo lugar la épica retirada de 21 días. Con su avance obstaculizado por la densa e impenetrable jungla, teniendo que soportar lluvias torrenciales, las picaduras de cobras y víboras, chapoteando por ríos y arroyos, escalando abruptas montañas, las harapientas huestes de Stilwell consiguieron penetrar en Assam. Pero muchos se quedaron para siempre en la jungla. Fue una de las retiradas más duras de los tiempos modernos — comparable con la Larga Marcha de los comunistas chinos — por las penalidades y esfuerzos inimaginables a que se vieron sometidos los fugitivos. Cuando el ge-

neral Stilwell salió de la jungla con sus escuálidas tropas, hizo esta franca declaración: «Los japoneses nos han echado de Birmania. ¡Vaya paliza que nos han dado!»

A mediados de mayo, casi toda Birmania se hallaba en poder de los japoneses. Pudieron ser evacuadas unas cuatro quintas partes de las tropas imperiales británicas, pero éstas tuvieron que abandonar todo su equipo pesado. Y lo que aún era peor, la carretera de Birmania quedó cerrada al tránsito. En agosto los japoneses instalaron un gobierno títere en el país.

Una vez cerrada la carretera de Birmania, el problema presentado por el envío de pertrechos a Chiang Kai-Chek se agudizó. La solución consistió en un espectacular puente aéreo sobre la imponente cordillera del Himalaya, que separa India y China. Los aviones aterrizaban en Kunming, desde donde los abastecimientos seguían por tierra hasta Chungking. Había que dar una larga vuelta hacia el Norte para evitar que los aviones fuesen interceptados por los *Zeros* con base en Birmania. Los atrevidos pilotos norteamericanos, al mando de aviones de transporte C-47 desarmados, efectuaban el peligroso vuelo de cinco horas sobre el «techo del mundo», pasando por encima de cumbres del Himalaya que se alzaban hasta más de 7.000 metros. En mayo de 1942, sólo se pudieron enviar por este medio 80 toneladas de abastecimientos; en febrero de 1943, unas 3.200 toneladas cruzaron el Himalaya. Pero aún era muy poco.

El decepcionado mundo aliado hallaba cierto consuelo en estas hazañas de sus aviadores, débil indicio de lo que más tarde se podía realizar.

En 1937, durante los primeros días de la lucha contra el Japón, Chiang Kai-Chek había contratado los servicios de un oficial norteamericano, Claire L. Chennault, hombre duro de oído, de carácter franco y temple recio, del que hizo su consejero civil para el adiestramiento de la aviación. Chennault acababa de obtener el retiro del Ejército por motivos de salud, a pesar de que sólo contaba 47 años. Su misión consistía en convertir la desorganizada aviación china en una fuerza de combate. Sustentaba ciertas ideas poco ortodoxas acerca de la lucha en los aires, en defensa de las cuales se había enzarzado en acres polémicas con sus compañeros de Washington, de espíritu más conservador.

En 1941, Chennault volvió a los Estados Unidos con la misión de reclutar voluntarios que desearan luchar en China. Así reunió y adiestró un grupo de pilotos que fueron oficialmente conocidos con el nombre de Grupo de Voluntarios Americanos. Mas para los encantados chinos, aquellos despreocupados y temerarios pilotos se convirtieron en los *Tigres voladores*, nombre



que subsistió. En cuanto a Chennault, sus amigos chinos le pusieron el apodo de *Viejo Cara de Cuero*.

Chennault estableció su cuartel general a 240 km de Rangún. Nunca pudo alinear en combate a más de 49 aviones anticuados y el número de pilotos que se hallaban bajo su mando no rebasó la cifra de setenta (su paga era de 600 dólares mensuales y recibían una prima de 500 dólares por cada avión enemigo abatido). Los *Tigres voladores* se convirtieron en una espina clavada en el flanco de los japoneses. Durante 65 preciosos días, operaron en escuadrillas de dos aparatos y defendieron tenazmente la carretera de Birmania, mientras por ella se precipitaban cientos de toneladas de pertrechos en dirección a China.

Aquellas minúsculas pero aguerridas fuerzas aéreas hicieron pedazos el mito de que los japoneses eran invencibles en los aires. Durante los siete meses que siguieron a Pearl Harbor, desde el 19 de diciembre de 1941 al 4 de julio de 1942, según cifras oficiales, los *Tigres voladores* destruyeron 297 aviones japoneses, derribaron probablemente a otros 300 y causaron a los japoneses 1.500 bajas. Y, lo que no es menos importante, mantuvieron en vilo a los nerviosos japoneses, desbaratando el programa previsto por Tokio para la dominación de China.

Los *Tigres voladores* terminaron siendo incorporados a la XIV Fuerza Aérea de los Estados Unidos, mandada por Chennault, el cual pasó a depender entonces del teniente general Joseph W. Stilwell, que entonces estaba al mando de todas las fuerzas aliadas que actuaban en China, Birmania y la India. Inmediatamente surgieron disensiones entre ambos hombres, que terminaron con el traslado de Chennault. *Joe Vinagre*, que era un gran soldado de infantería, consideraba al avión como un simple medio de transporte. («Métete esto en la cabeza, hombre», gritaba Stilwell a Chennault; «es el soldado de tierra, el que chapotea entre el fango y lucha en las trincheras, quien ganará la guerra». «¡Pero por Dios, Stilwell!», respondía Chennault, «si no hay ni un solo hombre en las trincheras!»)

Al encontrarse copado en Birmania, Stilwell se negó a huir en avión. «La aviación no me trajo aquí y por lo tanto tampoco tiene que sacarme. Me iré a pie.» Stilwell comenzó entonces su épica retirada por la jungla, aquel heroico pero penoso viaje que la aviación consideraba completamente innecesario.

## JAVA Y AUSTRALIA

El pulpo japonés extendió entonces sus tentáculos hacia Australia y sus 7.000.000 de habitantes. Pero antes tenía que

apoderarse de la isla de Java, situada entre el mar de Java por el Norte y el océano Indico por el Sur. Java era la isla más importante y populosa de las Indias Orientales holandesas y en ella abundaban el arroz, la quinina, el petróleo y el manganeso. Se hallaba defendida por tropas indígenas en número de 100.000 hombres, que no merecían confianza alguna, junto con algunos aviones anticuados, varios destructores y submarinos holandeses, restos de la escuadra norteamericana que había conseguido escapar de las Filipinas y algunos buques de guerra ingleses y australianos. El intento realizado por los Estados Unidos para reforzar las defensas de Java mediante el envío a la isla del tender *Langley*, que transportaba aviones de caza, terminó desastrosamente cuando este barco fue hundido por los aviones japoneses.

Las fuerzas niponas procedían con cautela. El 24 de diciembre de 1941, un pequeño grupo desembarcó en Luching y una semana después otra partida armada desembarcó en Bruney, también al norte del Borneo británico, y se apoderó de los campos petrolíferos. Al propio tiempo, a causa de la resistencia inglesa en Singapur, los japoneses volvieron su atención más hacia el Este, desembarcando en la costa norte de Nueva Guinea y también en Rabaul, localidad de Nueva Bretaña.

El primer ataque japonés contra Java se efectuó a través de los estrechos de Macasar. Del 23 al 28 de enero de 1942, cuatro destructores norteamericanos, apoyados por unidades de la flota holandesa, infligieron graves pérdidas a un convoy enemigo. Los daños causados se calcularon en 15 transportes hundidos y 22 averiados.

Pero aquella victoria sólo fue momentánea. A fines de febrero, una heterogénea flota aliada, formada por cinco cruceros y nueve destructores, al mando del almirante holandés Helfrich, salió al encuentro de dos formaciones navales japonesas, cada una de las cuales le era superior en número y potencia de fuego. La batalla del mar de Java, el último intento que hicieron los Aliados para salvar a la opulenta isla, terminó en la más completa catástrofe. Toda la escuadra sucumbió ante la abrumadora superioridad japonesa. La batalla comenzó el 27 de febrero, a últimas horas de la tarde y duró tres días, hasta que la totalidad de las fuerzas aliadas fue destruida.

Un comunicado difundido por el Almirantazgo el 14 de marzo, daba las pérdidas siguientes: 5 cruceros, H. M. S. *Exeter*, H. M. A. S. *Perth*, U. S. *Houston*, y los holandeses *Java* y *De Ruyter*; 6 destructores, H. M. S. *Electra*, *Júpiter*, *Encounter*, *Stronghold*, U. S. *Pope*, el holandés *Kortenaer*; y una chalupa, H. M. A. S. *Yarra*. Las pérdidas japonesas se ignoran.

Un día después de la batalla del mar de Java, los japoneses



desembarcaron en tres puntos de la isla: en Bantam, cerca de Batavia; en Indramayu, en el centro de Java, y en Rembang, a 177 km de Surabaya, el último centro petrolífero importante de las Indias Orientales holandesas. Nada podía impedir ya la conquista de toda Java.

Poco después de la caída de Singapur, los japoneses terminaron de dominar Sumatra, aislando así a Java por el Oeste. Fue entonces cuando se produjo la conquista de la isla. Una vez más, como en Batán, Singapur y Rangún, los japoneses avanzaron inexorablemente, ayudados en esta ocasión por numerosas y excelentes carreteras, que recorrieron con increíble celeridad. El 9 de marzo, todas las Indias Orientales holandesas se rindieron. Cayeron 98.000 prisioneros en manos de los triunfadores japoneses. El doctor Van Mook, gobernador general de las Indias Orientales holandesas, huyó a Australia, donde comunicó a la prensa: «Estamos aquí para reunir todas las fuerzas posibles... Tienen que terminar de una vez tantas retiradas y destrucciones.»

Australia era una rica presa que atraía a los japoneses. La posesión de aquella gran isla-continente cuya superficie era de 7.703.286 km<sup>2</sup>, redondearía el Nuevo Orden japonés en el Pacífico. En febrero de 1942, las alas niponas bombardearon Port Darwin, la única base naval de importancia que había en el norte de Australia. Durante los dos meses siguientes, los japoneses intentaron sistemáticamente aislar el pequeño continente por el Norte, ocupando Nueva Bretaña, Nueva Irlanda, las islas del Almirantazgo, las islas Gilbert y algunas zonas de Nueva Guinea.

Australia no podía resistir por sí sola el ímpetu japonés. El general MacArthur, que había llegado allí el 17 de marzo, organizó inmediatamente un sistema defensivo. Los Estados Unidos empezaron a enviar grandes refuerzos militares y navales.

Entre tanto, varios estrategas japoneses preconizaban que se desistiese del intento de invadir el Norte de Australia y que en cambio se atacasen Sydney y Melbourne, que se hallaban en la costa sudeste. Una vez en su poder estas grandes ciudades, los japoneses podían esperar sin prisas a que cayese el resto de Australia. El próximo paso consistiría en seccionar el cordón umbilical americano-australiano en Nueva Caledonia y Nueva Zelanda.

Durante medio año, los victoriosos japoneses habían ido barriendo las defensas aliadas en el Pacífico. Ya había más que bastante. Tanto los ingleses como los norteamericanos estaban cansados y asqueados de tener que retroceder constantemente en la forma más ignominiosa.

Durante la primera semana de mayo de 1941, varios aviones

de observación norteamericanos descubrieron una tremenda concentración naval enemiga en el mar del Coral, que separaba Australia de las islas Salomón. Había comenzado ya la batalla aeronaval a la altura de las islas Salomón, cuando parte de la flota de invasión nipona fue interceptada por fuerzas navales y aéreas de los Estados Unidos. La batalla fue reanudada el 7 y el 8 de mayo en el mar del Coral.

La gran batalla del mar del Coral fue el primer encuentro naval de importancia que registra la Historia en el que los buques contendientes no cambiaron ni un cañonazo. El 9 de mayo, la flota japonesa se retiró hacia el Norte, sin duda para reunirse con el grueso de las fuerzas navales niponas. Pero antes, los aviones norteamericanos del *Lexington* y el *Yorktown* hundieron a siete grandes buques de guerra enemigos: el portaaviones *Ryukyu*, cuatro cruceros y dos destructores, causando graves daños a otro portaaviones, tres cruceros y tres destructores.

Las pérdidas norteamericanas también fueron elevadas y comprendieron al portaaviones *Lexington*, un destructor y un buque cisterna. Aunque ambas fuerzas se retiraron simultáneamente, aquello señaló el inicio de la contraofensiva norteamericana.

## EL JAPÓN EN SU APOGEO

La batalla del mar del Coral señaló el apogeo del poderío nipón.

De momento los belicosos gobernantes de Tokio tenían que contentarse con digerir su colosal botín. Habían alcanzado un éxito tras otro; en seis meses adquirieron un enorme imperio extendido sobre más de 3.000 millas de océano, con millones de kilómetros cuadrados de territorios poblados por millones de habitantes. Era una inmensa zona que se extendía de Oeste a Este entre la India y Hawai y de Norte a Sur desde Siberia a Australia. Además, en una atrevida acción, habían ocupado Attu y Kiska, las dos islas más occidentales del archipiélago de las Aleutianas, desde donde podían amenazar Alaska e incluso la Norteamérica continental.

Aquel plan magistral parecía desarrollarse con precisión matemática. Los japoneses se presentaban siempre en los puntos decisivos respaldados por una abrumadora superioridad numérica, partiendo desde bases que sólo estaban a unos cientos de millas de Tokio, mientras que los norteamericanos tenían que trasladar sus fuerzas desde miles de millas de distancia. Era en verdad una expansión fenomenal... cuyo fin nadie podía predecir.



La caída de las Filipinas, Malaca, Birmania y las Indias Orientales holandesas colocó al rojo sol del Japón en una peligrosa proximidad de la India. Las islas de Andamán, situadas en el golfo de Bengala, ya estaban en manos de los japoneses.

¿Qué ocurría entre tanto en la India? En Londres causaba gran preocupación la posibilidad de que se produjese un empeoramiento en las relaciones angloindias y que el subcontinente indio fuese la próxima región apuntada en la agenda de las conquistas japonesas. El Ejército y la industria indios habían contribuido al esfuerzo de guerra británico, pero ello no impedía que todo el inmenso país se hallase dominado por sentimientos derrotistas y una gran desilusión. Los agitadores afirmaban que los ingleses se aprovechaban de la guerra para aplazar indefinidamente la concesión de la independencia india. En Londres causó un gran disgusto la noticia de que los japoneses habían recibido una sustanciosa ayuda india en Birmania.

En marzo de 1942, el Gobierno de Su Majestad británica envió a sir Stafford Cripps a Delhi para consolidar la posición inglesa en la India. El político inglés se hallaba autorizado para indicar a los dirigentes indios que en cuanto la guerra terminase se crearía una Unión India autónoma, que gozaría del estatuto de Dominio, tendría el derecho a separarse de la *Commonwealth* y poseería una Constitución cuyo borrador redactarían los propios indios. Pero Cripps dejó bien sentado que mientras la guerra durase, el Gobierno británico de la India, el virrey y sus funcionarios, asumirían toda la responsabilidad de la defensa del subcontinente.

Las discusiones fueron largas y agotadoras. Mohamed Ali Jinnah y la Liga Musulmana se mostraron al principio favorablemente dispuestos a considerar esta oferta. Pero los nacionalistas indios, agrupados en el partido del Congreso, exigieron la independencia inmediata. El Mahatma Gandhi, que constituía desde hacía mucho tiempo una espina clavada en el flanco del león británico, rechazó la oferta, tildándola de «cheque caducado librado contra un banco que está en quiebra», y pidió a la población que se entregase a una nueva campaña de no cooperación con Inglaterra y de resistencia pasiva frente al Japón. Se registraron tumultuosos desórdenes, que sólo terminaron cuando Gandhi y otros dirigentes indios fueron detenidos y encarcelados.

La misión Cripps no consiguió despertar la animosidad pública contra el Japón en la India. Este país continuó combatiendo en el bando aliado sin mucho entusiasmo, pero en la creencia de que al término de la guerra las potencias aliadas victoriosas accederían a concederle la independencia.

## CAPITULO

## XII

### Los Estados Unidos en guerra

*...¡Navega, oh nave del Estado!  
¡Navega, oh Unión, grande y poderosa!  
¡La Humanidad con todos sus temores,  
con todas las esperanzas de años venideros,  
está pendiente, sin aliento, de tu suerte!*

Henry Wadsworth Longfellow, «The Building of the Ship».

#### FORJANDO LAS ARMAS DE LA VICTORIA

Pearl Harbor motivó la participación plena y total de los Estados Unidos en la guerra. Hasta aquel momento el programa de defensa se había limitado a la zona continental de los Estados Unidos y a puntos estratégicos del hemisferio occidental. En mayo de 1940, los Estados Unidos únicamente disponían de un pequeño ejército regular, una armada concentrada en un solo océano y unas modestas fuerzas aéreas. Pero entonces, con la guerra desatada en una docena de frentes distintos, se hacía necesario consolidar la economía propia de los tiempos de paz. El presidente Roosevelt puso inmediatamente en acción su programa de cuatro puntos: consolidación de las defensas, preparativos interiores, solidaridad hemisférica y ley de Préstamo y Arriendo.



Se adoptaron prontas medidas para disponer de los efectivos humanos necesarios. Éstos fueron puestos, por orden de la presidencia, a disposición de una comisión de movilización, formada por nueve miembros y establecida por decreto de abril de 1942. La edad mínima para comenzar el servicio militar obligatorio se fijó en los 18 años, y todos los mozos comprendidos entre esta edad y los 38 años se vieron sujetos a servicio selectivo, del que sólo podían eximirse si trabajaban en industrias de guerra y en la agricultura. El clero y los casos comprobados de extrema necesidad también quedaban exentos de prestar el servicio militar. Así se organizó, equipó e instruyó un ejército compuesto de 12.000.000 de hombres y 200.000 mujeres. La expansión de la construcción naval y el poderío aéreo fue igualmente extraordinaria. De la noche a la mañana, los Estados Unidos se convirtieron en una gran potencia que podía competir con cualquier nación en tierra, mar o aire.

Su inmediata y más grave preocupación fue el dominio de los mares. «Únicamente por vía marítima», dijo Churchill en una sesión secreta del Parlamento británico celebrada en 1942, «los Estados Unidos o nosotros podemos intervenir en los teatros de la guerra de Oriente o de Occidente.» En poco tiempo se creó un imponente puente naval, sin el cual los Aliados no hubieran podido continuar la lucha ni subsistir. Los Estados Unidos se convirtieron en la primera nación naviera del mundo, y construyó 28.000.000 de toneladas desde el 1.º de enero de 1942 hasta el final de la guerra, lo que le permitió reemplazar fácilmente los 21.000.000 de toneladas hundidas por acción del enemigo. En 1945, Estados Unidos y Gran Bretaña, a pesar de sus pérdidas, disponían de un tonelaje mercante superior al que existía en todo el mundo en 1939. Los norteamericanos consiguieron reducir el período de construcción de 30 a 7 semanas al fabricar los barcos *Liberty* por secciones, que luego montaban como si fuesen automóviles, mediante cadenas de montaje.

Este puente de barcos sirvió para enviar millones de toneladas de material de guerra a la Gran Bretaña. El sistema de convoyes conoció tal éxito, que de los 17.000 buques que navegaron bajo protección naval norteamericana, sólo 17 fueron hundidos por los submarinos alemanes. Los transatlánticos gigantes como el *Queen Elizabeth*, el *Queen Mary* y otros, transportaron más de 200.000 combatientes en cinco años, sin ver un solo submarino.

El frente interior se hallaba protegido por rígidas medidas de seguridad. Los grupos políticos disidentes causaron pocas preocupaciones. Durante el período de neutralidad, los comunistas norteamericanos desencadenaron una violenta campaña antibelicista. Pero cuando Hitler invadió Rusia, se convirtieron

en celosos defensores de la causa aliada y apoyaron sin discusión todas las medidas bélicas adoptadas por el Gobierno.

El problema de los A. J. A. (*Americans of Japanese Ancestry*, Americanos de Ascendencia Japonesa) tanto en Hawai como en California, fue abordado con muy poco tacto y de manera harto equivocada, especialmente en la Norteamérica continental. Los A. J. A. fueron divididos en *Issei*, o sea los nacidos en el Japón, que no podían aspirar a la ciudadanía norteamericana, y los *Nisei*, los de segunda generación, nacidos en Norteamérica y ciudadanos de los Estados Unidos por virtud de la decimocuarta enmienda. Además de éstos, había algunos de tercera generación, que recibían el nombre de *Sansei*.

En Hawai los A. J. A. representaban más de una tercera parte de la población. Su posible actitud en el caso de una invasión japonesa suscitaba graves temores. Se exigió su internamiento o su envío al continente americano, pero Hawai no podía prescindir de aquella mano de obra y se les permitió quedarse en sus casas. No tardó en verse que los japoneses hawaianos tenían intención de continuar trabajando lealmente. Participaron en todas las tareas de la defensa civil y trabajaron de nodadamente para demostrar su patriotismo.

En California, los norteamericanos de ascendencia japonesa sólo constituían una pequeña parte de la población, que no alcanzaba el dos por ciento. Pero a consecuencia del clamor público, que veía por todas partes actos de espionaje y sabotaje, todos los japoneses californianos, tanto los extranjeros como los naturalizados en los Estados Unidos, fueron expulsados de la costa occidental. Obediencia órdenes militares, fueron enviados a «campos de reserva», apresuradamente construidos en el interior y donde los japoneses vivieron en condiciones que distaban mucho de ser satisfactorias. Esta medida estuvo mal aconsejada, fue poco razonable, injusta e innecesaria. Los internados japoneses, con muy pocas excepciones, se comportaron con la mayor dignidad. Los A. J. A. que combatieron en las filas del ejército norteamericano terminaron la contienda con brillantes hojas de servicio, a pesar de la mezquina persecución de que fueron objeto sus familiares.

En junio de 1942, los agentes del F.B.I. detuvieron a ocho saboteadores nazis que habían desembarcado de un submarino en Long Island y la costa de Florida. Los ocho fueron condenados por un tribunal militar secreto; seis de ellos fueron electrocutados y los otros dos recibieron largas penas de prisión. El 23 de julio de 1942, veintiocho individuos, entre los que no contaban William Dudley Pelley y Gerald Winrod, fueron acusados de sedición (estas acusaciones fueron retiradas en 1946 y el Departamento de Justicia fue reprendido por el tribunal



por «falta de diligencia» en la acusación). Pero tan eficaz fue la acción emprendida contra los saboteadores y quintacolumnistas, que los enemigos internos no crearon prácticamente ninguna dificultad, a diferencia de lo ocurrido en otros países.

La economía industrial se vio reforzada merced a la atención especial que se prestó al racionamiento y al control de precios. El racionamiento se implantó el 27 de diciembre de 1941. Se aplicó primeramente a los neumáticos de automóvil y luego se extendió al azúcar, el café, la gasolina, la carne, las grasas y los aceites, la mantequilla, el queso, las conservas y el calzado. La Oficina Administrativa de Precios, creada el 30 de enero de 1942, fijó los precios tope para todos los artículos con excepción de los agrícolas, estableciendo controles sobre la renta en las zonas estratégicas.

Para afrontar la escasez de mano de obra, el presidente Roosevelt, el 9 de febrero de 1943, estableció la semana mínima de 48 horas, pagando una vez y media más las ocho horas extras. El 8 de abril de 1942, la Comisión de Movilización decretó que 27.000.000 de obreros eran imprescindibles en sus puestos, y el presidente promulgó una orden para evitar la subida de precios, sueldos y salarios. La ley Smith-Connally contra la huelga del 25 de junio de 1943, declaraba ilegal la huelga en las empresas intervenidas por el Gobierno, y los sindicatos se harían responsables de los daños causados a la economía en caso de no advertir con 30 días de antelación su intención de ir a la huelga en las industrias de guerra.

Se concedió la máxima prioridad a la tarea de estrangular la industria enemiga. Una serie de entidades especialmente designadas, trabajando bajo secreto militar, repartieron los cupos de materiales de importancia para la producción de guerra. El comité angloamericano para el bloqueo trató de rendir por hambre a la economía alemana, privándola de los productos básicos. Los alemanes, desesperados, ofrecían precios fabulosos por artículos industriales insustituibles, como diamantes para industria, tungsteno, platino y rodamientos de bolas. Mediante compras preventivas, hechas sin mirar el precio, los Aliados impidieron que el enemigo obtuviese estos materiales de importancia vital. Se amenazó con poner en la lista negra a los países que podían proporcionar aquellos materiales, como España, Portugal, Turquía, Suiza y Suecia.

La producción norteamericana se multiplicó en cifras astronómicas. Ya gozaba fama de ser una de las maravillas del mundo moderno, pero aquel «milagro de productividad» podía atribuirse a los tres elementos fundamentales que entraron en juego, a saber: precios más elevados, aumento de la mano de obra y más horas de trabajo. El 13 de enero de 1942, el presi-

dente Roosevelt nombró a Donald M. Nelson presidente del Consejo de Producción de Guerra, destinado a movilizar los recursos de la nación para el esfuerzo de guerra total. De millares de fábricas que trabajaban ininterrumpidamente noche y día salían las herramientas bélicas y una cantidad de material de guerra mayor que el producido por el mundo entero. Aquello fue un tremendo ejemplo de audacia en la planificación, de actividad colectiva y de energía prodigiosa. Los dirigentes industriales y millones de obreros trabajaron en armonía para llevar adelante el más gigantesco programa de producción que conoce la historia de la humanidad. El ritmo de trabajo no podía disminuir cuando los hijos de los ricos combatían codo con codo con los hijos de los pobres en los frentes de batalla.

Los días en que podía trabajarse sin prisas habían pasado. Menos de un año después de Pearl Harbor, la producción de los Estados Unidos igualaba a toda la producción bélica del Eje, aunque éste llevaba una década de ventaja. En 1943 Norteamérica ya había tomado una gran delantera. Al terminar la guerra, los Estados Unidos habían producido 296.601 aviones, 87.000 tanques, 2.434.553 camiones, 17.400.000 rifles, 315.000 piezas de artillería de campaña y 4.200.000 toneladas de proyectiles para la artillería. Estas cifras significaron la destrucción del poderío del Eje.

Fue una empresa costosísima, que supuso un tremendo peso para el capital norteamericano. Al terminar la guerra, la deuda pública había ascendido de cincuenta mil millones a más de doscientos cincuenta mil millones de dólares y el presupuesto anual de diez mil millones a cien mil millones. Antes de que los Estados Unidos participasen en la guerra, el 90 por ciento de las rentas públicas se destinaban a atender necesidades civiles; al terminar la guerra, con un presupuesto que se había decuplicado, estas cifras se invirtieron y el 90 por ciento de la ingente producción norteamericana se consagró a las necesidades bélicas. Los impuestos ascendieron vertiginosamente para hacer frente a estos enormes gastos; el pueblo norteamericano apeló a los anticipos sobre sus futuros ingresos para pagar el costo de la guerra.

Se adoptaron nuevas medidas para reforzar la solidaridad hemisférica. En la Conferencia de Río de Janeiro, celebrada del 15 al 28 de enero de 1942, los representantes de 21 repúblicas americanas acordaron solicitar a sus respectivos gobiernos que rompiesen sus relaciones diplomáticas con el Eje. Sólo hubo una nota discordante... El 16 de agosto de 1944, los Estados Unidos congelaron los créditos en oro que tenía la Argentina en aquel país, pues esta nación se negaba a prestar su plena cooperación en la lucha contra el Eje. En marzo de 1942



se establecieron bases aéreas en Guatemala, destinadas a la defensa de la zona del canal de Panamá. Se celebraron cordiales entrevistas entre el presidente Roosevelt y el presidente del Brasil, Getulio Vargas (28 de enero de 1942), y entre aquél y el presidente Avila Camacho, de México (21 de abril de 1942).

La ley de Préstamo y Arriendo funcionaba a un ritmo creciente. Las cifras son impresionantes. En abril de 1944 se había efectuado una inversión de treinta mil millones de dólares, veinte mil de los cuales fueron para la Gran Bretaña, cuatro mil para la Rusia soviética, dos mil para la América Latina y quinientos para China. Por esta época, 14 centavos de cada dólar que gastaban los Estados Unidos en su lucha contra el Eje se destinaban a Préstamo y Arriendo. Al finalizar la guerra, la suma total invertida en Préstamo y Arriendo ascendía a la cifra verdaderamente astronómica de 50.226.845.387 dólares.

Se enviaron a la Gran Bretaña más de 25.000.000 de toneladas en material para la construcción; 1.000.000.000 de dólares en cañones y municiones de artillería; tanques y vehículos militares por el mismo valor, junto con 5.750.000 toneladas de acero 500.000 toneladas de otros metales y explosivos de gran potencia en número de varios cientos de miles de toneladas.

A la U. R. S. S., por peligrosas rutas marítimas y terrestres, se le envió material de guerra por un total de 4.750.000.000 de dólares. Sin esta riada de abastecimientos, la Rusia soviética no hubiera sobrevivido a los ataques de Hitler.

Los efectos de la ley de Préstamo y Arriendo se dejaron sentir en todos los teatros de la guerra: Rusia, Oriente Medio, China, India, el sur del Pacífico. El Eje fue literalmente arrollado bajo una marea de producción bélica norteamericana. Igualmente importantes fueron los envíos de alimentos hechos a los Aliados en cantidades ingentes. En la primavera de 1941, cuando los ingleses sólo hubieran podido subsistir unas semanas más merced al racionamiento, el primer barco de Préstamo y Arriendo cargado de queso, leche en polvo y huevos arribó a Inglaterra en el momento oportuno.

Pero la ley de Préstamo y Arriendo no funcionó sólo en una dirección única. A medida que la guerra proseguía, también fue aumentando la corriente en sentido inverso. Los Aliados proporcionaron a los Estados Unidos artículos y servicios cuyo valor se cifra en unos 8.000.000.000 de dólares. A mediados de 1944, los ingleses habían amortizado más de 2.000.000.000 de dólares en pertrechos facilitados a las tropas norteamericanas de ultramar. Para pagar la ayuda norteamericana, los rusos se limitaron a señalar silenciosamente los montones de cadáveres nazis que cubrían el territorio soviético.

## CAPITULO

## XIII

### El nuevo Mundo del Eje victorioso

*Esta mano, siempre enemiga jurada del tirano,  
sólo asesta el mortífero golpe por la Libertad;  
para envainar después en tranquilo reposo la hoja ven-  
[gadora,  
y gozar de la dulce paz a la sagrada sombra de la Libertad.*

John Quincy Adams, *Nota de Album*, 1842.

*Francia ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra.*

General Charles de Gaulle, hablando desde Londres el 18 de junio de 1940.

### EL NUEVO ORDEN DE HITLER EN EUROPA

Para los Aliados, 1942 fue un año tétrico. Hitler se hallaba en camino de encerrar en unas enormes tenazas todo el Mediterráneo y el Próximo Oriente. Después, avanzando hacia el Este, establecería contacto con los japoneses, que ya se habían hecho los amos de un enorme imperio en el Pacífico.

Eran muy pocos los que entonces sabían, escribió más tarde el general George C. Marshall, «lo cerca que estuvieron Alemania y el Japón de la completa dominación mundial» y «hasta



qué punto la supervivencia de los Aliados estuvo pendiente de un hilo».

Existía aún una tenue esperanza. En 1942 fueron 28 las naciones que representaban a Europa, Asia y ambas Américas, que se unieron a las democracias occidentales y a los Soviets para luchar contra el Eje. Todas estas naciones se comprometieron a luchar hasta el fin contra las potencias totalitarias y a no firmar bajo ningún motivo una paz por separado. El presidente Roosevelt dio el nombre de Naciones Unidas a esta gran coalición. Antes de que terminase la guerra, otras 21 naciones se unieron a ella.

Alemania aún era muy poderosa. En abril de 1942, la *Wehrmacht* contaba de 260 a 300 divisiones (25 divisiones blindadas o de tanques, 35 divisiones motorizadas, un mínimo de 200 divisiones de infantería y de 4 a 8 divisiones aerotransportadas), que totalizaban entre 7.000.000 y 10.000.000 de combatientes. La armada alemana disponía de media docena de acorazados, un mínimo de 12 cruceros, 2 portaaviones, entre 30 y 40 destructores y de 125 a 175 submarinos. La *Luftwaffe* estaba formada por 5 ó 7 flotas aéreas que comprendían más de 5.000 aparatos. Pero lo más importante, en opinión de Hitler, era el magnífico adiestramiento, la eficacia y la alta moral de sus soldados. El sueño increíble expuesto por Hitler en el *Mein Kampf*, y que hasta entonces se había considerado como el delirio de un megalómano, parecía hallarse en vías de realización. En otoño de 1942, cuando la guerra entró en su cuarto año, el hombrecillo de Berchtesgaden estaba más satisfecho que nunca con el sesgo que tomaban los acontecimientos.

Poseído de un júbilo inenarrable, el Führer exponía a los miembros de su camarilla la estructura del Nuevo Orden implantado por el gran Reich alemán. Daba a entender que él, que era el más grande alemán de todos los tiempos, se hallaba en camino de convertirse en el señor indiscutible de Europa, que sería un continente autárquico que se bastaría a sí mismo, inexpugnable ante todos los ataques exteriores, seguro bajo su tiranía interna, fortaleza erizada de cañones que duraría mil años. Y ante él, para los años venideros, se alzaba la deleitosa perspectiva del poder mundial. Los alemanes ya no serían un *Volk ohne Raum* (un pueblo sin espacio vital).

Únicamente mandaría el soberbio *Herrenvolk* germánico, una clase dirigente monolítica formada por los señores de la Tierra. Únicamente ellos serían los amos de la industria europea, poseerían las grandes propiedades, las poderosas fortalezas, las nuevas *Autobahnen*, las gigantescas autopistas tendidas como una telaraña de un extremo a otro de Europa.

Bajo el yugo de los señores germánicos, de pura ascenden-

cia aria y nórdica, se encontrarían dos docenas de naciones ocupadas, organizadas todas ellas como feudos medievales en exclusivo beneficio de la raza dominante. Estos *Hilfsvolk*, «pueblos ayudantes» inferiores, formados por 250.000.000 de siervos, realizarían las tareas más bajas para sus altivos señores y amos. Famélicos y sumisos, estos seres humanos inferiores recibirían la instrucción indispensable para leer las órdenes que se les diesen. Privados de asistencia médica, terminarían por extinguirse, con lo cual el mundo no perdería nada.

A la Alemania nazi afluirían ingentes cantidades de mano de obra, materiales y riquezas: obreros de Francia y Bélgica, artículos alimenticios de Dinamarca, petróleo de Rumania, trigo y carbón de Polonia. Los europeos contemplaban impotentes cómo la flor de su juventud, su maquinaria, sus caballos, su ganado y su trigo eran objeto de sistemática expoliación, amontonados en trenes interminables y enviados al corazón de la Alemania aria. En un año solo, las confiscaciones alemanas por medio de requisas, multas y reparaciones, ascendieron a la suma global de 36.000.000.000 de dólares. Era el saqueo en una escala sin precedentes. Los saqueadores históricos, hunos, vándalos y godos, no pasaban de ser unos simples aficionados.

El astrólogo personal del Führer veía en los cielos muchos signos favorables. Al parecer, Hitler había conseguido suprimir el movimiento de resistencia, haciéndolo clandestino. Había fortificado tan poderosamente toda la costa atlántica, desde Noruega a los Pirineos, que era casi seguro que cualquier intento de invasión estaría abocado al desastre. Sus tiburones devoraban el tonelaje enemigo a un ritmo altamente satisfactorio. No se vislumbraba la posibilidad de un segundo frente aliado en el Oeste. Había asestado un revés tras otro a sus enemigos. En el norte de Africa, sus tropas del desierto estaban sólo a unos cuantos kilómetros de Alejandría, y la conquista de Egipto parecía inevitable.

Bien era verdad que Hitler no había podido conquistar Leningrado y Moscú en el Este. Era una lástima. Pero tenía un pie en Stalingrado y pronto avanzaría por el Volga para lanzar una ofensiva contra Moscú desde el Este. ¡Cualquiera que estuviese en sus cabales podía ver que sólo era cuestión de tiempo! Sus ejércitos ya habían penetrado profundamente en el Cáucaso, rico en petróleo; había conquistado los campos petrolíferos de Maikop; cortaría la ruta americana de abastecimientos del Oriente Medio, por la que se enviaban pertrechos a Rusia, y después enlazaría con sus honorables aliados los japoneses, arios honorarios.

La oleada de la conquista alemana no iba seguida por reformas liberalizadoras, como las que introdujeron la Revolu-



ción Francesa y Napoleón. ¡Divide y vencerás! Hitler sabía muy bien cómo dividir a las naciones ocupadas para gobernarlas por la fuerza.

El Führer resucitó los antagonismos nacionales que separaban a checos y eslovacos, flamencos y valones, servios y croatas, y se dedicó a azuzarlos. Trató a cada nación de acuerdo con el valor que representaba para su máquina bélica, sus características «raciales» y el grado de resistencia que le opuso en el pasado. Implantó una rigurosa pero ordenada administración en las naciones que producían alimentos y material de guerra para Alemania. Así, los daneses, considerados como buenos nórdicos, gozaron prácticamente de los mismos derechos que los alemanes y fueron distinguidos con la admisión en el pacto Antikomintern. Pero los que incurrieron en sus iras fueron tratados con inimaginable brutalidad.

Hitler dividió a su Nuevo Orden en varias categorías de regiones diversamente gobernadas. Primero venían los territorios anexionados e incorporados al Tercer Reich. Sujetos a la *Gleichschaltung* (coordinación) nazi se hallaban Austria, el país de los Sudetes, Alsacia-Lorena, Memel, Danzig, Teschen, Eupen, Malmédy, Luxemburgo, algunas partes de Eslovaquia y varias regiones de la Prusia oriental y occidental.

Después venían los dos territorios, Checoslovaquia y Polonia, que no se hallaban incorporados al Reich pero se consideraban como partes integrantes de la Gran Alemania. Hitler sentía desprecio por los checos, cuya patria había desmembrado antes de la guerra. La porción central de Checoslovaquia se convirtió en una región autónoma conocida con el nombre de Protectorado de Bohemia y Moravia, administrada por un protector nombrado por el Reich y destinada a futura colonización.

La Gestapo inició en Checoslovaquia una política de terror contra la población civil, en una campaña que alcanzó terribles proporciones. En 1941, Hitler reemplazó al varón Konstantin von Neurath por Reinhard Heydrich en el cargo de protector de Bohemia y Moravia. Heydrich, que entonces frisaba en los cuarenta años, era un ex oficial de Marina expulsado del cuerpo por «conducta impropia de un oficial y un caballero», a causa de un escándalo en el que estaba mezclada una menor. Era un sádico refinado que llegó a extremos increíbles de ferocidad para someter a los checos.

Dominados por la desesperación, el 17 de mayo de 1942 los patriotas checos hicieron objeto de un atentado a Heydrich. Los atacantes consiguieron huir y los alemanes declararon estado de guerra en el protectorado. El 4 de junio, Heydrich falleció a causa de sus heridas. Seis días después, las autoridades alemanas, sospechando que los autores del atentado se

escondían en Lidice, detuvieron a todos los habitantes de la población. Todos los varones adultos fueron ejecutados y las mujeres y niños dispersados por la Europa Central.

Los nazis reconocieron esta matanza, una de las más despiadadas represalias de la historia. Nunca se les permitiría olvidarla.

Hitler reservaba su trato más brutal para los polacos. Afirmaba que éstos eran una subespecie de la humanidad, la hez de la Tierra, dignos únicamente de ser pisoteados por la bota del conquistador. Incorporó las regiones occidentales de Polonia a la Gran Alemania y organizó las provincias centrales bajo el Gobierno General de Polonia, al frente del cual, con el látigo en la mano, puso a Hans Frank. Luego se ocupó de exterminar sistemáticamente a todos los políticos y la *intelligentsia* de Polonia.

Al grupo siguiente de países, que se consideraban de importancia estratégica, Hitler envió sus sátrapas de mayor confianza. La Francia ocupada y las islas inglesas del canal de la Mancha (ocupadas por los alemanes el 30 de junio y el 1.º de julio de 1940) fueron puestas bajo la administración del general Otto von Stuepnagel (1940-1942) y después pasaron a depender del general Karl Friedrich von Falkenhausen (1944-1945). El general *Freiherr* Alexander von Falkenhausen fue enviado a gobernar Bélgica y una zona del norte de Francia.

En otro grupo estaban comprendidos aquellos países que «gozaban» de un gobierno en parte civil y que en teoría era autónomo. Noruega se hallaba regida por el comisario del Reich Joseph Terboven, asistido por el obeso colaboracionista Vidkun Quisling; Holanda dependía del comisario del Reich Arturo von Seyss-Inquart.

Al Ostland y Ucrania fueron enviados comisarios alemanes que dependían de Alfredo Rosenberg, filósofo nazi y ministro especial del Reich para los territorios ocupados del Este. Dinamarca pudo conservar su soberano y su régimen parlamentario.

Los caracteres típicos de la ocupación nazi se repitieron en los Balcanes. Un rígido régimen germanófilo se estableció en 1941 en Yugoslavia, después de que grandes porciones de este país fueron repartidas entre sus vecinos Italia, Hungría y Bulgaria. Hungría recibió la mitad de Transilvania; Bulgaria obtuvo partes de Servia, la Tracia y la Dobruja; y Rumania recibió la Transnistria. Albania fue gobernada por un virrey italiano.

Por todo este mosaico de países anexionados, ocupados y satélites, Hitler envió escuadrones de esbirros para reclutar mano de obra destinada a la industria de guerra alemana. Allorando los hogares, apareciendo de repente en las esquinas y en las estaciones de ferrocarril, los hombres de las S. S. (las esca-



dras *Schutz-Staffeln*, la flor y nata de los camisas pardas nazis, disciplinados matones destinados a realizar misiones especiales), efectuaban redadas de millares de personas, que conducían en rebaño a los puntos de concentración para enviarlas en vagones de carga, desprovistos de las más elementales comodidades, con destino al Reich.

Una vez en Alemania, sometidos al látigo de sus amos, los cautivos tenían que fabricar municiones, reparar las carreteras, trabajar en las minas de carbón o en el campo. Cerca de 5.000.000 de estos infelices, de los que aproximadamente 1.000.000 eran polacos, fueron importados a Alemania para ser alojados en campamentos rudimentarios, donde se les daba la alimentación mínima para subsistir y se les obligaba a soportar indecibles torturas. Azotados con regularidad, estos trabajadores esclavos eran objeto de los más variados insultos y malos tratos por parte de sus sádicos guardianes.

Para los judíos europeos, el Nuevo Orden equivalía a la implantación del infierno sobre la faz de la Tierra. Al asumir el papel de conquistador de Europa, Hitler convirtió su odio patológico a los judíos en un inmenso y terrible *progrom* (1). Para él, como para su maestro intelectual y sentimental, Ricardo Wagner, los judíos eran «los demonios plásticos de la decadencia de la humanidad». Primero en Polonia y después en Alemania, los judíos fueron sometidos a una táctica de envilecimiento, tortura y aniquilación, sin paralelo en la historia de la civilización humana. Más de 400.000 judíos murieron a consecuencia de malos tratos, balas, enfermedades o hambre en Varsovia y sus alrededores durante la ocupación nazi. De febrero de 1940 a junio de 1942, toda la comunidad judía del *ghetto* de Varsovia fue sometida a continuadas humillaciones y por último exterminada.

En el diario de una de las víctimas figura este párrafo: «Un niño de ocho años enloqueció. De pronto se puso a chillar: ¡Quiero robar, quiero saquear, quiero comer, quiero ser alemán!» En el angustioso grito de este niño, en esta horrible perversión del instinto de conservación, se resume todo cuanto tenía de grotesco, de atrofia moral y de vil el Nuevo Orden hitleriano. Esto era la existencia humana en su nadir.

El genocidio, los intentos de aniquilar grupos étnicos en su totalidad, fue uno de los pecados capitales que cometieron los nazis contra la humanidad. Una generación que se había acostumbrado a poner en tela de juicio las «atrocidades» de la

(1) Término ruso que significa asesinato y pillaje de los judíos por multitudes desenfrenadas. (N. del T.)

Gran Guerra, que muchas veces no pasaban de ser simples patrañas, fue comprendiendo poco a poco que esta vez los horrores que se contaban de los alemanes eran verdad. Pero hubo que esperar a que terminase la guerra para que se supiese en toda su magnitud la espantosa historia de las exterminaciones en masa.

## PILLOS Y TRUHANES: LOS COLABORACIONISTAS

Hubo hombres ambiciosos a los que los triunfos de las armas alemanas se les subieron a la cabeza y corrieron a alistarse bajo las banderas de la cruz gamada.

Así se formó un grupo heterogéneo de sinvergüenzas y aventureros. En Holanda, Anton Adrian Mussert, jefe de los fascistas holandeses, asistido por Rost van Tonningen; en Bélgica, León Degrelle, fundador del partido rexista; en Dinamarca, el jefe de la quinta columna nazi se llamaba Fritz Clausen; en Finlandia, el propio presidente Rysto Ryti era partidario de los nazis, secundado en estos sentimientos por un ilustre extranjero, residente en el país: el novelista noruego Knut Hamsun, famoso en todo el mundo por sus cuadros de la vida campesina.

Para los patriotas noruegos, empero, el traidor más despreciable de todos era el comandante Vidkun Quisling, cuyo nombre se convirtió en sinónimo de traidor y quintacolumnista. Jefe de los nazis noruegos, Quisling fue ministro de la Guerra durante un breve período en 1932-1933. En aquel cargo nombró a numerosos comandantes de guarnición partidarios de los nazis, que no ofrecieron resistencia a los alemanes cuando éstos invadieron Noruega en abril de 1940. Hitler recompensó su celo haciendo de Quisling el dirigente títere de Noruega. En su calidad de procónsul totalitario, Quisling gobernó Noruega durante más de cuatro años, siendo ejecutado después de la guerra por sus compatriotas (véase cap. IV).

¿Quién sabrá jamás cuáles eran los motivos que impulsaban a la caterva de «quislings» que, a diferencia de la mayoría de sus compatriotas, aceptaron la perversa ideología del nazismo? Probablemente, su defección se debió a diversas razones. Algunos de estos tráfugas eran fascistas convencidos, que creyeron más prudente ponerse a tono con los nuevos tiempos. Otros eran hombres ambiciosos que consideraban a Hitler invencible y creían aconsejable y beneficioso uncirse al carro de los victoriosos nazis. Hubo algunos que pensaron que la mejor manera en que su país podía capear el temporal hitleriano consistía en llegar a un compromiso con los invasores y aceptar una



situación de dependencia en espera de que llegase la ayuda de las democracias. Otros vieron en la colaboración con los alemanes el medio más eficaz de combatir al comunismo. Por último hubo los confusos y desorientados, obligados a servir contra su voluntad a sus amos nazis.

La Francia de Vichy fue el exponente clásico del colaboracionismo en gran escala. El 14 de junio de 1940, el gabinete de Paul Reynaud dimitió a consecuencia de la derrota militar y entonces los colaboracionistas pasaron a hacerse cargo del poder. El mariscal Henri Pétain, ilustre héroe de Verdún, ocupó la presidencia del Gobierno, con Pierre Laval como ministro de Asuntos Exteriores y el almirante Jean François Darlan en Marina. Este Gobierno solicitó el armisticio con Alemania, que fue firmado el 22 de junio de 1940 y a consecuencia del cual Francia quedó dividida en una zona septentrional, ocupada por los alemanes, y una zona meridional, regida por el Gobierno francés con sede en Vichy.

El 10 de julio, la Cámara de Diputados y el Senado, reunidos conjuntamente en la Asamblea Nacional, otorgaron poderes ilimitados al mariscal Pétain por 569 votos a favor y 80 en contra. En su calidad de jefe del Estado, Pétain abolió la presidencia, licenció indefinidamente a la Cámara y el Senado (no podía disolverlos sin más) y organizó la Francia de Vichy como un Estado corporativo.

La «revolución nacional» del mariscal Pétain arrinconó las viejas consignas de «Libertad, Igualdad y Fraternidad», substituyéndolas por el nuevo lema totalitario de «Trabajo, Familia y Patria». La Francia de Vichy, al tomar el camino de la colaboración con la Alemania nazi, se convirtió en un Estado policiaco inconfundible, con su policía secreta, encarcelamientos sin juicio previo, deportaciones y ejecuciones, rasgos acostumbrados de estos regímenes. El país se organizó de acuerdo con el patrón ya conocido: la prensa fue amordazada; se implantaron la censura y otras restricciones; las huelgas y el cierre de las fábricas fueron puestos fuera de la ley; se crearon organizaciones juveniles dependientes del Estado, como en Alemania y en Austria; se promulgaron leyes antisemiticas.

Pisando los talones a las divisiones blindadas alemanas vinieron los técnicos de las «Unidades Móviles Económicas», con la orden de expoliar la industria francesa en beneficio del Tercer Reich. El pensamiento nazi era de una lógica aterradora: puesto que Francia estaba destinada a poseer una economía agrícola que haría de ella un granero en el nuevo orden hitleriano, no necesitaba en modo alguno la maquinaria para fabricar artículos de lujo que el país exportaba a todo el mundo.

Pero los alemanes dejaron intactas las fábricas que podían utilizar para sus propios fines.

«Francia», proclamó uno de los economistas de Hitler, «debe ser un país agrícola. Trasladaremos su industria al Ruhr, aliviándola del peso que representa la mecanización. El Nuevo Orden no puede tolerar a los inadaptados».

¿Cómo era posible que Francia, patria de la Cultura, la democracia, el liberalismo, la igualdad, el constitucionalismo, la tolerancia y la decencia, descendiese a la rastrera situación de lacayo de Hitler? La derrota sufrida por sus ejércitos había sembrado la confusión, el asombro y la estupefacción en el ánimo de los franceses. Muchos volvieron sus ojos a Vichy, pues la situación no parecía ofrecer otra alternativa. Hitler tenía en su poder a 2.000.000 de prisioneros de guerra, que utilizaba como rehenes para doblegar a su voluntad al pueblo francés. Éste deseaba salvar a aquellos hombres, así como París y otras ciudades francesas, de las represalias alemanas.

Existe otra explicación, acaso de carácter más útil. Siempre había perdurado en Francia una fuerte minoría que continuaba teniendo fe en los principios de autoridad y disciplina, que parecían encarnarse en el Antiguo Régimen y hallaban su más alta representación en la leyenda napoleónica. La ideología liberal y democrática de 1789, 1848 y 1875 había chocado repetidamente con la tradición autoritaria de Napoleón Bonaparte y Luis Napoleón. Esta minoría de franceses veía en Pétain y en Vichy la personificación de aquellos principios de autoridad que habían sido conculcados. Los miembros de esta minoría se decían que Francia no permanecería siempre dentro de la órbita de Alemania; tarde o temprano seguiría su propio camino, basándose en aquellos principios autoritarios. Por lo tanto, prestarían su apoyo a Vichy hasta que terminase aquella desdichada época y los franceses pudiesen sacudirse el yugo alemán. Aceptarían aquel poderío provisional y esperarían a que amaneciesen días mejores.

Para los airados combatientes del movimiento de resistencia clandestino, esto se llamaba traición y no querían tratos con los que vendían su patria al enemigo.

#### LA RESISTENCIA: LA EUROPA OCUPADA CONTRAATAACA

Con todo el continente europeo en sus manos, Hitler se encontró con una ocasión casi única en la Historia.

Pero el Führer alemán cometió un error fundamental. Si hubiese ofrecido a las naciones conquistadas la posibilidad de que desempeñasen un papel digno en una Europa reorganizada,



acaso hubiera podido consolidar sus conquistas. Incluso hubiera podido obtener una sustancial y valiosa ayuda en su guerra contra la Unión Soviética. Pero en lugar de ello, con una obtusa falta de previsión, declaró que su nuevo orden representaba el gobierno de la raza alemana superior y dominadora sobre los pueblos inferiores. Y para consolidar su férreo dominio sobre los países ocupados, utilizó los servicios de los «quislings» locales.

Por desgracia para Hitler, los colaboracionistas nunca pasaron de constituir una pequeña úlcera en el cuerpo de la Europa ocupada. Una vez pasado el primer efecto desmoralizador de la ocupación, la resistencia surgió por todas partes. Hitler abrigaba la esperanza de convertir a sus víctimas en dóciles esclavos. Pero, en cambio, tuvo que enfrentarse con turbulentas y rebeldes bandas de vengativos enemigos. En Francia, el *maquis* (palabra francesa que se aplica al terreno cubierto de maleza); en Polonia, los guerrilleros; en Yugoslavia, los *chetniks* y los partisanos, y en Grecia los *andartes*. Estos grupos de resistentes causaban grandes sinsabores a la «raza superior» del uno al otro confin del continente europeo.

El movimiento de resistencia se extendió a toda Europa. Las bandas armadas de guerrilleros tiroteaban a los alemanes desde los bosques y por las noches efectuaban audaces golpes de mano para hacer descarrilar a los trenes, volar puentes, poner obstáculos en las carreteras y hacer estallar los depósitos de municiones. Los guerrilleros caían sobre los centinelas aislados y los pasaban a cuchillo; apuñalaban o estrangulaban a los oficiales alemanes que se aventuraban por la oscuridad y tiraban sus cadáveres a las aguas de ríos y canales. En las fábricas en que se producía material de guerra, los miembros del movimiento de resistencia hacían circular consignas para retrasar el trabajo, arrojaban arena o vidrio en polvo entre los engranajes de la maquinaria, preparaban proyectiles que luego fallaban o envenenaban subrepticamente las conservas destinadas a la intendencia alemana. Caso de ser descubiertos, pagaban estos actos con la tortura o la muerte, pero pese a las terribles represalias, los actos de sabotaje continuaban.

El movimiento clandestino de resistencia estaba bien informado. Se hallaba al corriente del curso de las hostilidades gracias a los boletines de la BBC, que eran difundidos entre el pueblo. A cambio de esto, el movimiento de resistencia proporcionaba a Londres informaciones de gran valor y en número realmente fantástico. Por rutas secretas (similares a las que se emplearon en los Estados Unidos durante la guerra de Secesión para facilitar la huida de los esclavos) centenares de aviadores y prisioneros de guerra aliados huyeron del enemigo. Se

publicaban periódicos clandestinos con regularidad, algunos en multicopista, otros impresos, en los que se denunciaba la actividad de los colaboracionistas y se fomentaba el espíritu de resistencia entre la población civil.

Con el tiempo, el movimiento de resistencia adquirió caracteres de auténtica campaña militar. Desde aviones aliados se lanzaban en paracaídas saboteadores adiestrados en Inglaterra que pasaban a engrosar las filas de los patriotas que luchaban en los países ocupados. En Noruega, Holanda y Francia, los grupos de la Resistencia estaban perfectamente coordinados, pero en Yugoslavia y Grecia los diversos grupos luchaban entre sí casi con tanta ferocidad como la que desplegaban en su lucha contra los alemanes.

Para estos últimos, la tarea de descubrir y eliminar estos brotes de resistencia era tan difícil como tratar de sujetar una gota de mercurio. Apelaron a todos los medios clásicos para terminar con los atentados y los sabotajes. Ejecutaron millones de rehenes... De nada sirvió; siempre había otros dispuestos a reemplazar a los que habían sido torturados y muertos por los agentes de la Gestapo.

Todo esto desconcertaba a Hitler. Como apenas sabía nada acerca de lo que sucedía allende las fronteras de Alemania y de Austria, suponía que los demás pueblos europeos reaccionarían del mismo modo que su dócil, disciplinado y obediente pueblo alemán. Nunca comprendió la fuerza que proporciona el odio a la tiranía, el amor patrio y el anhelo de libertad. Su propagandística cruzada contra el comunismo tampoco le atrajo muchos partidarios.

Los tenaces combatientes de la Resistencia no querían cruzados alemanes en el suelo de su patria, aunque viniesen en son de libertadores. Esto explica el heroísmo, los sacrificios, la guerra sorda y la sombría negativa a colaborar.

Desde los fiordos de Noruega y los canales de Amsterdam a las playas de Niza, la consigna era la misma: muerte silenciosa al invasor o, por lo menos, hostigarlo y obstaculizarlo. Se confiaba en que Dinamarca fuese un Estado satélite dichoso y contento, modelo de nazismo. Pero los daneses no respondieron como esperaba Hitler. Aunque se mostraban exteriormente sumisos, desde el rey al último campesino, hacían objeto a los alemanes de un silencioso desdén. Más de 10.000 daneses huyeron a alistarse en el Ejército británico. Otros 40.000, que se daban el nombre de «topos», ingresaron en las filas del movimiento de resistencia.

Cuando se ordenó que los judíos daneses fuesen transportados a Alemania para ser ejecutados en las cámaras de gas, los campesinos daneses, que habían sido advertidos previamente



de lo que se proponían los alemanes, ayudaron a millares de ellos a huir a Suecia (1). Cuando Hitler ordenó la expropiación de cantidades crecientes de alimentos en Dinamarca, la población civil respondió comiendo hasta atiborrarse a fin de que llegase la cantidad mínima de comida a los estómagos de los odiados alemanes. La Gestapo trabajaba día y noche, enviando millares de personas a los campos de concentración y ejecutando a más de 1.000 patriotas daneses. Pero el fuego de la resistencia nunca se apagó en el pequeño país.

Otro tanto ocurrió en Noruega, sistemáticamente saqueada en su marina mercante, su industria y su comercio. El procónsul nazi, Vidkun Quisling, se esforzaba en servir a sus amos alemanes, pero los 3.000.000 de noruegos jamás capitularon. Más de 50.000 huyeron, algunos a Suecia y la mayoría a Inglaterra y el Canadá, donde se alistaron en las fuerzas armadas aliadas y en la Marina mercante.

Durante la ocupación, el movimiento de resistencia noruego facilitó la huida diaria de unas veinte personas a Suecia. Dirigidos por Paul Berg y el obispo Eivind Berggrav, muchos maestros, sacerdotes, obreros y campesinos se mofaron de Quisling, trataron a los alemanes con muestras de desprecio y lucharon contra los invasores. La extensión alcanzada por los sabotajes en Noruega fue tan grande, que Hitler se vio obligado a mantener allí un ejército de 300.000 hombres, que hubiera podido utilizar en otras partes. La Gestapo, actuando con su ferocidad acostumbrada, hizo pasar a unos 50.000 noruegos por las cámaras de tortura.

Los belgas, que eran unos veteranos de la resistencia, hostigaron terriblemente a los alemanes. Casi inmediatamente después de la rendición del Ejército belga, los oficiales alemanes encontraron a las puertas de sus casas ejemplares del más antiguo periódico clandestino del mundo, la *Libre Belgique*, «Volumen 1, Segunda Época». El primer editorial comenzaba así: «¡No olvidéis que los alemanes son unos criminales, bárbaros y asesinos! ¡No os traguéis sus embustes!» Esto enfureció a los alemanes, cuya cólera redobló al no poder descubrir la imprenta donde se tiraba el periódico clandestino. Éste se imprimía corriendo un gran riesgo; los ejemplares se hacían circular en bastones huecos, dentro de paraguas y en carteras con doble fondo. La publicación aparecía regularmente, a pesar de que

(1) Cuando se ordenó que los judíos llevasen una gran estrella amarilla en la espalda para distinguirlos, el Rey apareció al día siguiente luciendo la estrella, siendo imitado inmediatamente por millares de sus súbditos, lo que inutilizó la acción alemana. (N. del T.)

centenares de agentes alemanes trataban de descubrir a sus redactores y el lugar donde se imprimía.

En Holanda, Arturo von Seyss-Inquart, el comisario del Reich, sólo consiguió la colaboración activa de un cinco por ciento de la población. Los holandeses arrojaban a sus canales a los soldados enemigos degollados en la oscuridad. Unos 180.000 holandeses pasaron por los campos de concentración alemanes y un número superior a 10.000 judíos holandeses fueron transportados a Alemania y acabaron sus días en las cámaras de gas.

Amsterdam fue el escenario de uno de los episodios más conmovedores de la guerra. A principios de agosto de 1944, después de dos años de zozobra y terror, durante los cuales permanecieron ocultos en la buhardilla secreta de una fábrica de especias, una joven de quince años llamada Ana Frank, su hermana, sus padres y otras cuatro personas, fueron descubiertos y detenidos por los nazis. Ana, a la que sólo podía imputársele el crimen de ser judía, murió en el campo de concentración de Bergen-Belsen.

Al principio de su cautiverio, Ana empezó a escribir sus impresiones en un diario que le habían regalado en su cumpleaños. Algunas semanas antes de su muerte escribió esta frase: «A pesar de todo, creo que los hombres, en el fondo, son buenos. Me es imposible edificar mis esperanzas sobre unos cimientos formados por una amalgama de confusión, miseria y muerte.»

Y más adelante: «Seguramente llegará un tiempo en que volveremos a ser personas, y no sólo judíos.» «No creo que me sea fácil inclinarme ante los golpes que todos reciben inevitablemente.»

El diario de Ana Frank fue encontrado y publicado en Holanda en 1947, siendo después traducido a 21 idiomas, con lo que alcanzó difusión mundial. Ha sido llevado a las tablas con el título de *El diario de Ana Frank*. Esta obra se ha representado en los escenarios de treinta países, entre los que se cuenta la Alemania Occidental, llenando de lágrimas los ojos del público que seguía la historia de la infortunada adolescente.

La sensitiva muchacha judía de Amsterdam que, a pesar de la pesadilla que le cupo en suerte vivir, aún creía en la bondad fundamental de los hombres, se convirtió para muchos en una figura legendaria comparable a la mártir Juana de Arco. No hay duda de que aquella serena criatura, que no quiso doblegarse ante el dolor, terminó por triunfar sobre la maldad encarnada por Adolfo Hitler.

El terror nazi alcanzó proporciones monstruosas en Polonia, donde la resistencia supo ponerse a la altura de la ferocidad



desplegada por el invasor. Polonia no tuvo jamás un Quisling ni una quinta columna. Los polacos huyeron a millares de su patria para formar uno de los más nutridos grupos de combatientes en el exilio y luchar con los Aliados en una docena de frentes. En Polonia, los agentes de la Gestapo tropezaron con un sistema de espionaje tan hábil como el suyo.

Los infortunados polacos se encontraron atrapados entre los alemanes y los rusos. En abril de 1943, los alemanes anunciaron el descubrimiento de los cadáveres de 10.000 oficiales polacos enterrados en una fosa común del bosque de Katyn, cerca de Smolensko, y se apresuraron a acusar a los rusos de aquel «acto de atrocidad inhumana». El Gobierno polaco en el exilio solicitó de la Cruz Roja Internacional que realizase una encuesta, petición que indignó sobremanera a los rusos. El incidente de Katyn nunca fue satisfactoriamente aclarado. Únicamente se sabe que la flor y nata de la oficialidad polaca fue aniquilada en una de las matanzas más bárbaras de todos los tiempos..., ya fuese ejecutada por los alemanes o por los rusos.

Aunque los franceses quedaron anonadados por el repentino hundimiento de su ejército, pronto se endureció su espíritu de resistencia. En su mayoría, los franceses no aceptaban a Pétain, Laval y el odiado Gobierno de Vichy. Más de 100.000 franceses huyeron a Inglaterra, donde se unieron a los Aliados en la lucha contra el Eje. A la intensa campaña de propaganda hecha por Laval para inducir a los franceses a que sirviesen como voluntarios a las órdenes de los alemanes, la juventud francesa replicó pasando a través de las líneas enemigas para ir a alistarse bajo las banderas de De Gaulle.

La resistencia se centuplicó cuando Hitler trató de efectuar levallas de hombres útiles en Francia. Los agentes alemanes, en una de las mayores cazas humanas que registra la historia, trataron de conseguir 40.000 franceses para emplearlos en la construcción de las fortificaciones que habían de defender la Europa de Hitler. Todos los franceses útiles desaparecían, escondiéndose en las ciudades o huyendo al campo para unirse al *maquis*.

La energía de la resistencia francesa se intensificó en 1941. Se organizaron grupos de choque, de espionaje y de sabotaje que encuadraban a viejos *poilus*, paisanos, obreros, estudiantes, oficinistas y mujeres. Se publicaban numerosos periódicos clandestinos, entre los que cabe mencionar *Combat*, *Franc-Tireur* y *Libération*. Al principio estos periódicos salían en hojas ciclostiladas pero después se imprimieron, alcanzando una circulación de medio millón de ejemplares diarios. Las líneas de montaje de las fábricas se interrumpían de manera misteriosa; los trenes descarrilaban; los puentes se hundían; los auto-

móviles se incendiaban; las líneas de comunicación se cortaban. Los desprevenidos alemanes caían acuchillados, atacados con bombas de mano o a causa de la explosión de artefactos de fabricación casera.

Las autoridades germanas empezaron a fusilar a los rehenes, dando muerte a cincuenta franceses por cada alemán asesinado, en una versión moderna y más brutal de la antigua *Wergeld* de los francos. Pero de nada servía. Cuando los Aliados desembarcaron en las playas de Normandía, la Resistencia francesa se había convertido en un ejército de medio millón de hombres, que era indispensable para el éxito de la invasión. Su espíritu era indomeñable. Durante los últimos meses de la guerra, la Resistencia empezó a pegar carteles concebidos en estos términos: «Caza a un boche ahora; pronto no van a quedar muchos.»

A la cabeza de la Resistencia francesa se alzaba la alta figura del general Charles de Gaulle. Desprovisto de tacto y de diplomacia, con una lengua acerada, pero atrevido y valiente, De Gaulle encarnaba el espíritu francés de resistencia. A la caída de París ocupaba la subsecretaría de Defensa. Huyó a Londres, desde donde exhortó a sus compatriotas a que se le uniesen para resistir al invasor. Trató de rehacer a su alrededor la unidad de la Francia lacerada.

La Francia Libre de De Gaulle pronto se convirtió en un movimiento de vastas proporciones. Simultáneamente, otro grupo de resistencia, el Consejo Imperial, presidido por el general Henri Giraud, se constituyó en Argel. Ambos movimientos se fundieron en 1943. El África Ecuatorial francesa, el Camerún francés, las posesiones francesas de la India, Oceanía y Nueva Caledonia se pusieron al lado de la Francia Libre.

Sin contar con el consentimiento de los gobiernos anglosajones, el movimiento de resistencia francés se hizo cargo de los mandatos franceses de Siria y el Líbano, apoderándose asimismo de las islas de Saint Pierre y Miquelon. Aunque el altanero comportamiento de De Gaulle no era del agrado de Churchill y de Roosevelt, éstos terminaron por reconocerle como jefe de la Resistencia francesa. (Roosevelt no lo hizo hasta octubre de 1944.)

En Yugoslavia y Grecia los alemanes encontraron feroz oposición, pero ya hemos dicho que en estos dos países los grupos de resistencia se enzarzaron en luchas intestinas, que terminaron por sumir ambas naciones en el caos.

En Grecia, E. A. M. (Movimiento de Liberación Nacional), que comprendía a los luchadores más cortados y mejor organizados, era más filocomunista que antinazi. Sus efectivos ascendían a unos 30.000 hombres, que luchaban ferozmente con-



tra el E. D. E. S. (Ejército Democrático Griego de Liberación). Este último grupo contaba con el apoyo del Gobierno griego en el exilio y de la Gran Bretaña. En octubre de 1944, los ingleses enviaron un contingente de 3.000 soldados para defender al Gobierno griego de los elementos que se proponían derribarlo. El E. A. M. fue obligado a refugiarse en las montañas. Después de la guerra y de las elecciones que se celebraron en marzo de 1946, la familia real volvió a Grecia.

En Yugoslavia existía también una guerra interior. Los *chetniks*, que en su mayoría eran serbios, agrupados en torno al general Draja Mihailovich, que simpatizaba con la monarquía, luchaban indistintamente contra los alemanes, los croatas hostiles y los comunistas. Surgió un nuevo jefe en el seno del movimiento de Resistencia yugoslavo en la persona de Josip Broz, más tarde llamado «Tito», croata de nacimiento y agitador comunista de profesión. Los 100.000 partidarios de Tito alcanzaron tales victorias en su guerra de guerrillas contra los alemanes, que a finales de 1943 retenían 20 divisiones nazis en Yugoslavia. Las seis ofensivas contra Tito desencadenadas por los alemanes y los italianos, no consiguieron yugular su movimiento. La divisa de Tito era: «¡Muerte al fascismo, libertad al pueblo!»

Al propio tiempo, Tito comenzó una guerra declarada contra su rival Mihailovich. A finales de 1943, Churchill intervino en esta lucha, inclinando la balanza de la ayuda angloamericana a favor de Tito, al que los soviets veían con muy buenos ojos. Esta acción se debió al superior poderío de Tito y también a que Churchill estaba molesto a causa de la pretendida inactividad de Mihailovich. Esta inesperada maniobra de Churchill fue objeto de acerbos críticas después de la guerra.

Sólidamente asentado en el Poder, Tito ejecutó a su rival en 1946 por «alta traición y actividades fascistas». Durante un tiempo, Tito fue el niño mimado de la Rusia Soviética, pero los rusos pronto comprendieron que se habían equivocado. Esta luna de miel duró hasta 1948, en que Tito fue denunciado por el Kremlin de «desviacionismo» y de «traidor a la solidaridad comunista».

Tito se limitó a afirmar que sólo pretendía hacer en Yugoslavia lo que Stalin había hecho en Rusia, consiguiendo mantener la independencia yugoslava. Esto le valió la excomunión de Moscú. El titismo se convirtió en algo nefasto... sólo comparable al trotskismo.

## HEBRAS DE ESPERANZA: LOS GOBIERNOS EN EL EXILIO

Uno tras otro, los gobiernos en el exilio se fueron organizando a fin de mantener una estructura mínima que contribuyese a restablecer su anterior autoridad después de la derrota de Hitler. Casi todos establecieron su sede en Londres, siendo reconocidos como miembros de la coalición de las Naciones Unidas. Organizaron grupos de combatientes y flotas de barcos mercantes que agregaron a las unidades aliadas. Efectuaron emisiones radiofónicas dirigidas a los países ocupados para mantener ante sus respectivos pueblos la esperanza de que tarde o temprano serían liberados. Permanecieron en contacto con las fuerzas de resistencia interiores a las que enviaban agentes, comandos y abastecimientos.

En 1941, los gobiernos en el exilio radicados en Londres eran los de Bélgica, Holanda, Noruega, Luxemburgo, Checoslovaquia y Polonia. Casi todos ellos funcionaron perfectamente durante los peores días de la ocupación, pero los de los países de la Europa Oriental se enzarzaron en disputas entre los elementos «liberales» (revolucionarios) y reaccionarios. En Dinamarca, el rey Cristián X seguía gobernando como antes de la ocupación, pero un Consejo Danés que se organizó en Londres a finales de 1940, cooperaba plenamente con los Aliados.

El rey Leopoldo III de Bélgica se negó a huir con sus ministros. Durante el resto del conflicto vivió en Bélgica y Alemania, convertido virtualmente en prisionero de guerra. Durante su ausencia, su hermano Carlos fue elegido regente, ocupando este puesto hasta que Leopoldo fue restaurado en el trono en julio de 1950. Pero su pueblo, decepcionado y disgustado por su actuación, le obligó a abdicar antes de un mes en la persona de su hijo, que entonces contaba 19 años y ascendió al trono con el nombre de Balduino I.

La reina Guillermina de Holanda, junto con la familia real y sus ministros, consiguió llegar a Londres tras una fuga dramática. Cuando Holanda fue liberada, volvió a su patria, donde fue objeto de un recibimiento apoteósico.

La gran duquesa Carlota de Luxemburgo huyó también a Londres, lo mismo que el rey Haakon VII de Noruega.

Poco después del comienzo de las hostilidades, Eduardo Benes, antiguo presidente de Checoslovaquia, y Jan Masaryk, hijo del padre de la patria checa, Thomas Masaryk, organizaron un Comité Checoslovaco, con sede en Londres, que fue reconocido por los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética (esta última sólo lo hizo después de la invasión alemana de Rusia) como Gobierno legítimo de Checoslovaquia.



Los gobiernos en el exilio de Grecia, Polonia y Yugoslavia actuaban desde Londres pero con grandes dificultades, debidas principalmente a su carácter más o menos autoritario y a las dificultades internas que les planteaba el comunismo.

Cuando Grecia cayó, en abril de 1941, el rey Jorge II y sus ministros huyeron en avión de Atenas a Creta, de allí a El Cairo y por último a Londres. Las luchas entre derechas e izquierdas originaron una enconada guerra civil en Grecia que duró del 4 de diciembre de 1944 al 11 de enero del año siguiente. Por último triunfaron las fuerzas liberales.

El rey Pedro de Yugoslavia y su gobierno se enfrentaron con una situación semejante. La lucha fratricida entre el general Draja Mihailovich, monárquico, y el mariscal Tito, de orientación comunista, culminó con el triunfo de este último y de su movimiento «comunista nacional».

Más complicado aún fue lo ocurrido en Polonia, que adquirió caracteres de verdadera tragedia cuando el infortunado país se vio sometido a finales de 1939 a su cuarta partición. Se estableció un gobierno polaco en el exilio, primero en París y después en Londres, bajo la presidencia del general Wladislaw Sikorski. De 1940 a 1942 el gobierno Sikorski tuvo una actuación libre de obstáculos. Los soldados, los pilotos y los marinos polacos combatían en los frentes más importantes. Luego se produjo un paulatino empeoramiento en las relaciones entre el gobierno exiliado y la U. R. S. S., cuyos ejércitos se aproximaban a la antigua frontera polaca, sin la menor intención de detenerse en ella. A consecuencia del descubrimiento de la matanza de Katyn, las relaciones entre ambos gobiernos se rompieron. Cuando la crisis alcanzaba su punto culminante, el general Sikorski pereció en un accidente de aviación, siendo sucedido por Stanislaw Mikolajczyk, jefe del partido campesino, que era la facción política más fuerte de Polonia.

La escisión creada entre la Unión Soviética y Polonia fue causa de gran preocupación para Inglaterra y los Estados Unidos, que no veían posible zanjar aquellas graves diferencias. Fue aquel el primer signo de ruptura entre el Este y el Oeste, que más tarde debería convertirse en la guerra fría.

Moscú, sin consultar con sus aliados occidentales, prestó su apoyo a los elementos comunistas del Gobierno de Lublin. Durante la Conferencia de Teherán, celebrada en noviembre de 1943, Stalin convenció a Roosevelt y a Churchill para que accediesen a las pretensiones soviéticas en favor de una frontera polaca oriental que siguiese el trazado de la anterior Línea Curzon.

Alentado por la Unión Soviética, el movimiento de resistencia polaco, dirigido por el general Tadeusz Bor-Komorowski, se

alzó en Varsovia contra los opresores alemanes, con el resultado de que fueron ametrallados a mansalva, mientras los rusos, que se hallaban a muy corta distancia, no hacían nada por ayudarles. Los polacos de Londres se enfurecieron ante lo que denominaron una ignominiosa traición.

En diciembre de 1944, los polacos de Lublin se proclamaron el único gobierno provisional de Polonia, siendo prontamente reconocidos por Moscú. Washington y Londres no los reconocieron hasta la Conferencia de Yalta, celebrada en febrero de 1945.

A la sazón ya estaba claro que la Unión Soviética se hallaba decidida a dictar su propia política no sólo en Polonia, sino en toda la Europa Oriental. Stalin, con sus tropas ya firmemente asentadas en aquella zona, se había quitado la careta en la carrera por el Poder de la postguerra.

## LOS NEUTRALES

Sólo unas cuantas naciones de Europa disfrutaron de las bendiciones y beneficios de la neutralidad. Se trataba de países que poseían una favorable posición geográfica, se hallaban dominados por un vivo deseo de no verse arrastrados al conflicto o, como en el caso de la España de Franco, tuvieron la habilidad suficiente para nadar y guardar la ropa.

Suiza, prototipo de las naciones neutrales, próspera y recogida en su fortaleza alpina, no participó en ninguna de las dos guerras mundiales. Los suizos mantenían sobre las armas un ejército de medio millón de hombres, en estado de movilización permanente. Minaron las carreteras y los túneles correspondientes a todas las rutas de invasión. Ni siquiera Hitler se atrevió a atacar al pequeño pero inexpugnable reducto montañoso. Además, esto no era necesario, pues los suizos trabajaban ininterrumpidamente, fabricando instrumentos de precisión, municiones, espoletas, productos textiles y calzado para la voraz máquina de guerra alemana.

Sin embargo, las simpatías de los suizos se inclinaban hacia el otro lado. Se decía que los suizos trabajaban para los nazis seis días a la semana y rezaban por los Aliados al llegar el séptimo. A aquel islote que se alzaba en el mar del nazismo, afluyeron cientos de miles de refugiados. También se produjo una gran evasión de capitales en dirección a Suiza. Los bancos de la Confederación Helvética guardaban en sus arcas el dinero de ambos bandos, sin hacer distinciones.

En Irlanda, todos los partidos preconizaban la más rigurosa neutralidad, a diferencia de lo sucedido durante la Gran Gue-



rra. Londres se quejaba de que Irlanda era un campo abonado para el espionaje nazi, de que los irlandeses concedían mayores libertades a los representantes del Eje acreditados en Dublín que las que de ordinario se conceden a los embajadores de las naciones beligerantes, y que los pilotos de la *Luftwaffe* utilizaban las luces de las ciudades irlandesas como puntos de referencia en sus incursiones contra Inglaterra. A esto los irlandeses replicaban que, si bien ellos no participaban en la guerra, contribuían a ella con cientos de millares de sus hijos que combatían en unidades británicas y trabajaban en fábricas del Reino Unido. ¡Menguado consuelo para la apurada Inglaterra!

Suecia, situada en la periferia septentrional de la fortaleza europea de Hitler, se hizo indispensable para ambos bandos, gracias a lo cual consiguió conservar su neutralidad, que había preservado ininterrumpidamente desde hacía más de un siglo. Inmediatamente después del estallido de hostilidades, los suecos advirtieron al mundo en general y a Hitler en particular, que a la menor violación de sus fronteras, destruirían todas las fábricas, minas y ferrocarriles de su territorio, sin perdonar a la industria siderúrgica ni a la que producía los famosos rodamientos a bolas suecos. Hitler entendía perfectamente esta clase de lenguaje y renunció a atacar Suecia.

Al propio tiempo, los suecos favorecían a las potencias occidentales, tanto en su lucha contra Alemania como contra los soviets. Efectuaron generosas aportaciones de alimentos en favor de los holandeses, polacos, noruegos, daneses y checos; admitieron a niños refugiados en sus hogares; concedieron asilo a varios cientos de miles de fugitivos del terror nazi, y facilitaror a los Aliados informes sobre las actividades de los alemanes.

Los otros dos países escandinavos, Dinamarca y Noruega se mostraban muy resentidos ante la neutralidad sueca. Pero en las circunstancias entonces imperantes, nada podía hacerse para convencer a los suecos de que se colocasen voluntariamente bajo el yugo alemán.

Turquía, que se hallaba en una situación muy expuesta en el flanco meridional de la lucha entre Rusia y Alemania, se encontró en la comprometida posición de tener que ayudar a los Aliados, resistiendo al propio tiempo las amenazas de las potencias del Eje. A pesar de las presiones que se le hacían por ambas partes, consiguió conservar su neutralidad hasta el 23 de febrero de 1945, en cuya fecha declaró la guerra a Alemania y el Japón. Esta decisión fue indudablemente muy calculada, pues Ankara se vio espoleada a dar este paso por la decisión aliada de no invitar a la inminente Conferencia de San Francisco, destinada a organizar las Naciones Unidas, a ningún pa-

que no hubiese declarado la guerra al Eje antes del 1.º de marzo de 1945.

Portugal, bajo la dictadura de Antonio Oliveira Salazar, decano de los autócratas europeos y «caballero fascista», permaneció neutral durante toda la guerra. Aunque Portugal era un país tradicionalmente amigo de Inglaterra, vendió a ambos bandos estaño y wolframio (mineral del que se obtiene el tungsteno, empleado en siderurgia). Junto con Suiza, fue un lugar favorito para la guarda de los capitales evadidos de los países beligerantes. Portugal salió de la guerra con un excedente de capital, una sólida moneda y una deuda pública muy reducida.

España también permaneció al margen del conflicto durante los seis años que éste duró. Franco firmó el Pacto Antikomintern en 1939, pero cuando estalló la guerra evitó convertirse en beligerante. Comprendiendo la ventaja que la neutralidad representaba para su país, devastado por la guerra civil, adoptó una política de «no beligerancia» durante los tres primeros años del conflicto. Sus simpatías se inclinaban hacia el lado del Eje y ayudó a Alemania e Italia de diversas maneras, ofreciendo refugio a sus escuadras, atendiendo a sus aviones, proporcionándoles materiales estratégicos como el wolframio y permitiendo que los sistemas de espionaje del Eje actuaran en territorio español. Llegó incluso a enviar la «División Azul», compuesta por 18.000 hombres, para luchar contra los rusos.

Durante este período, los Aliados se vieron obligados a situar fuerzas considerables frente a Gibraltar para impedir que el Eje asaltase aquella fortaleza.

Cuando en 1943 el creciente poder aliado empezó a dejar sentir sus efectos, Franco cambió su posición de no beligerancia por la de una benévola neutralidad, mediante negociaciones con ambos bandos por separado o con los dos a la vez. No intentó obstaculizar los desembarcos aliados del Norte de África. A partir de entonces permitió que los agentes secretos aliados actuaran también en España, que los aviadores aliados que se encontraban internados saliesen del país y terminó por interrumpir las exportaciones de wolframio a Alemania. Salió de la guerra con su posición interior muy reforzada.

## LA GUERRA DE PALABRAS

El doctor Joseph Goebbels, aquel hombrecillo fanático propagandista y apóstol de la violencia, alcanzó grandes éxitos en su intento de intoxicar al pueblo alemán con la filosofía nazi. Hitler se alzó hacia el Poder sobre un pavés de consignas goebbelsianas:



«¡Los alemanes son una raza superior destinada a gobernar el mundo!»

«¡Adolfo Hitler es el más grande alemán de todos los tiempos!»

«¡No hay más alto honor que morir por el Führer!»

«¡Abajo el *Diktat* de Versalles!»

«¡Hoy Alemania, mañana el mundo!»

En la gran lucha de la guerra psicológica, Goebbels fracasó estrepitosamente. La historia se repetía. En la Gran Guerra los torpes expertos en propaganda alemana sufrieron ignominiosas derrotas en la lucha verbal. En la nueva guerra había de ocurrir lo mismo.

Goebbels planeó sus actos de sabotaje psicológico tan cuidadosamente como si de una campaña militar se tratase. Desde su cuartel general, situado en el número 58 de la Lehrterstrasse berlinesa, envió ríos de propaganda nazi a todos los extremos del mundo. Su objeto era el de socavar y desunir a los pueblos alimentando sus odios raciales y religiosos y minando la confianza en sus propios gobiernos. Afirmó repetidamente que los alemanes combatían en defensa de la cultura europea. Cuando la Alemania nazi atacó Rusia, Goebbels empezó a presentar a los ingleses y a los norteamericanos como unos incautos que se habían dejado engañar por Stalin, clamando que únicamente Alemania soportaba el peso de la cruzada contra el bolchevismo eslavo.

Goebbels empezó por tratar la guerra como si se tratase de una simple campaña electoral. Permitió que las masas interiores compartiesen hasta cierto punto los éxitos alcanzados por los ejércitos alemanes. De momento publicó cifras de bajas extremadamente reducidas. Pero cuando vio que los triunfos nazis se esfumaban, que el botín desaparecía y la guerra relámpago se convertía en una guerra de desgaste, tuvo que apelar a métodos diferentes e inició una campaña de pesimismo y lamentaciones públicas. Advirtió al pueblo alemán que si no combatía hasta el fin, le amenazaba el hambre, el desmembramiento nacional y la esclavitud bajo los judíos. Acusó de nuevo a los judíos de haber «construido una potencia militar terrorista llamada comunista» y de «enmascararse bajo los nombres de plutocracia y capitalismo en Inglaterra y Norteamérica». El fin que se proponía era estimular al pueblo alemán para obtener de él nuevos esfuerzos y sacrificios.

En el exterior, Goebbels dedicaba su atención preferente a Sudamérica. Millones de alemanes habían emigrado a aquella región del Globo en la que el capital germano había invertido sumas fabulosas.

Goebbels también invirtió enormes sumas para minar el es-

fuerzo bélico de los Estados Unidos. Con la ayuda de los bundistas y falsas organizaciones paramilitares, trató de sembrar la confusión y la discordia y dividir a la nación en dos enormes facciones opuestas. El éxito no le acompañó en estos intentos. La Biblioteca Alemana de Información de Nueva York publicaba toneladas de propaganda en inglés que apenas hacían mella en el público. Para los norteamericanos y la mayoría de pueblos de la tierra, Hitler, en lugar de aparecer como un caballero teutónico revestido de brillante armadura, no pasaba de ser un histrión o un loco sediento de sangre. Su camarilla de adulones, en lugar de hacerse acreedora al respeto fuera de Alemania, era considerada una banda de hombrecillos egoístas que habían usurpado el puesto de los poderosos. No había palabras que pudiesen borrar la difundida y arraigada opinión de que Alemania había perdido el juicio.

En cambio, la propaganda inglesa se basaba en la esperanza de una acción nueva y vigorosa, en la lucha en aras de un ideal que no era ninguna quimera. Los famosos discursos de Churchill de mayo, junio y julio de 1940, sirvieron para aclarar las cosas, iluminar a la gente, indicar normas de conducta futuras e infundir actividad a todos. La claridad era la muerte del nazismo.

Por ambas partes se utilizaron todos los medios propagandísticos imaginables, entre los que se contaban la radio, los folletos, las fotografías, las publicaciones especiales y los sistemas de altavoces móviles. La propaganda radiofónica alemana dividía los hechos del día en dos clases: buenos y malos. Hitler, el orador e histrión más importante, no hacía charlas radiofónicas como las de Roosevelt. En cambio, el Führer alemán tenía la costumbre de arengar a las masas. En esta actividad, le imitaba un coro de lacayos y adulones, entre los que se contaban Axis Sally y los traidores «Lord Haw Haw», Jane Anderson, Fred Kaltenbach y Otto Koischwitz.

Las ondas radiofónicas repetían hasta la saciedad los principios fundamentales del mito nazi: Hitler, el dios de la luz, luchaba contra los judíos, en los que se encarnaba el poder de las tinieblas; Alemania, nación de pensadores y hombres enérgicos, era un paraíso wagneriano («¡Nadie», tronaba Goebbels, «tiene más derecho que nosotros a poseer un imperio mundial!»); la jerarquía del partido nazi reflejaba la grandeza del Führer; sus enemigos eran los hipócritas ingleses, los jactanciosos americanos, los bestiales rusos; las naciones de la Europa Occidental eran enemigos mortales pero honorables, mientras que judíos, rusos y polacos eran una ralea infrahumana destinada al exterminio.

Lo que tuvo mayor eficacia fueron las «balas de papel», unos



folletos destinados a desmoralizar las tropas enemigas, que primero se disparaban en el interior de granadas de artillería y más tarde fueron lanzados a millones desde aviones sobre las líneas enemigas. Estos folletos alemanes, redactados en un lenguaje claro y sencillo que podía entender cualquier soldado, daban instrucciones concretas acerca del modo de fingir una docena por lo menos de enfermedades; cómo contraer la malaria o enfermedades venéreas («se recomienda la "gonorrea de Nápoles" porque no responde fácilmente a los tratamientos corrientes»). El folleto alemán que alcanzó mayor éxito era uno en forma de hoja verde, que fue arrojado sobre Francia en cantidades inmensas: «Si sostenéis las batallas de Inglaterra, vuestros soldados caerán como las hojas del otoño.»

Pocos folletos alemanes de propaganda fueron tan eficaces como las hojas verdes. Los miembros de la camarilla de Hitler no pudieron resistir la tentación de echar también su cuarto a espadas. Heinrich Himmler, el jefe de la Gestapo, trazó un plan para inundar de propaganda el África del Sur, atando folletos a las patas de las cigüeñas migratorias. Pero un ornitólogo alemán llamado a consulta, hizo ver la imposibilidad del plan, pues la cigüeñas resultarían muertas por la explosión que debería hacer caer los folletos. El resultado, afirmó, sería que el tiro saldría por la culata, pues si bien los boers sudafricanos no querían a los ingleses, en cambio, al ser de ascendencia holandesa, sentían gran cariño por las cigüeñas. Disgustado, Himmler volvió a dedicarse a su especialidad, consistente en dar garrote vil a judíos y polacos en las negras mazmorras de la Gestapo.

Un típico folleto alemán de propaganda estaba ilustrado por un dibujo que representaba un alborozado grupo de emboscados que abrazaban a mujeres muy desvestidas. En otro dibujo, que acompañaba al primero, se veía a un soldado norteamericano en el campo de batalla, con sus ensangrentados intestinos colgando. Debajo podía leerse:

LOS EMBOSCADOS EN EL FRENTE INTERIOR ESPERAN QUE CADA SOLDADO CUMPLA CON SU DEBER.  
¿TE HAS HECHO ALGUNA VEZ ESTAS PREGUNTAS, SOLDADO?

De cada cien hombres norteamericanos, 70 disfrutan de la paz en la vida civil; 22 están haciendo la instrucción y tienen destinos en la metrópoli;

8 están sirviendo en ultramar;

CUATRO HOMBRES DE CADA CIENTO PARTICIPAN EN LOS COMBATES.

Han llegado al frente unas 60 divisiones, formadas por tropas de combate y servicios auxiliares, totalizando más de 2.155.000

hombres, entre oficiales y soldados, que fueron a ultramar con estas divisiones.

Si a ellos sumamos un millón de hombres de la aviación, obtenemos un TOTAL DE 3.055.000 soldados norteamericanos en los frentes de batalla mundiales (*Stars and Stripes*, 20 de septiembre, pág. 4).

Y sólo la mitad de ellos, aproximadamente, realizan la triste y desagradable misión de combatir.

Casi todos los días los soldados de primera línea se enteran de casos de amigos y conocidos que se han quedado en casa y que dejan los empleos de guerra por algo más seguro que les permita desenvolverse durante el período de la postguerra.

¿Sabéis lo que os aconsejan estos individuos?: MANTENED A LOS SOLDADOS EN FILAS DESPUÉS DE LA GUERRA HASTA QUE PODAMOS ENCONTRARLES TRABAJO.

¡LOS EMBOSCADOS QUE SE HAN QUEDADO EN CASA ESPERAN QUE CADA SOLDADO CUMPLA CON SU DEBER!

Otro folleto alemán tirado sobre las líneas americanas representaba a la muerte abrazando a un soldado norteamericano. El dibujo iba acompañado de esta leyenda:

TU PRIMER INVIERNO EN EUROPA.

¡SE HAN ACABADO LOS PASEOS MILITARES!

Quizá ya lo habrás advertido: cuanto más os acercáis a la frontera alemana, mayores son vuestras pérdidas.

Naturalmente. Los alemanes defienden sus hogares.

El invierno está a punto de llegar..., lo cual disminuirá la actividad aérea.

Mayor carga sobre los hombros de la infantería, lo cual representará más bajas.

¿QUIÉN SE EMBOLSA LOS ENORMES BENEFICIOS QUE PRODUCE LA GUERRA EN LOS ESTADOS UNIDOS, MIENTRAS LOS AMERICANOS DERRAMAN SU SANGRE AQUÍ?

Los expertos en propaganda del mundo anglosajón se basaban en el principio de que la propaganda, para ser eficaz, no sólo tiene que basarse en hechos ciertos, sino que tiene que ser verosímil. Así, descubrieron que el arma más eficaz, en la guerra de palabras, consistía sencillamente en decir la verdad. Una de las armas propagandísticas aliadas que tuvo más éxito se llamaba *Frontpost*, «Publicación para las tropas alemanas», un semanario que publicaba el XII Cuerpo de Ejército y se distribuía por medio de aviones de bombardeo de la IX Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Los alemanes no tardaron en descubrir que en las columnas de este periódico se publicaba invariablemente la situación militar exacta, y se fiaron más de



sus informaciones que de las que aparecían en su propio campo. Era frecuente que los soldados alemanes capturados pidiesen números atrasados del mismo para ponerse al corriente sobre la situación.

Por medio de folletos, la aviación norteamericana advertía a la población civil de la inminencia de un bombardeo: «Os advertimos que a partir de ahora, ningún refugio situado en el interior de los distritos antes citados puede considerarse seguro. Vuestra vida depende de la inmediata ejecución de estas órdenes. ¡Actuad inmediatamente! ¡Alejaos de las zonas de combate! ¡Huid de la guerra!»

Pero la mayor eficacia la alcanzaron los *Passierscheine* (salvoconductos) aliados, que indujeron a millares de alemanes a rendirse:

El soldado alemán portador de este salvoconducto lo emplea como señal de su auténtico deseo de entregarse. Será desarmado, bien atendido, recibiendo comida y cuidados médicos, si su estado lo exige, para ser apartado de las zonas de peligro lo antes posible.

(Firmado): DWIGHT D. EISENHOWER

Comandante Supremo de las  
Fuerzas Expedicionarias Aliadas

En África del Norte, los muchachos árabes buscaban estos *Passierscheine* y los vendían a las tropas germanoitalianas a muy buen precio. Cuando sus hijos eran destinados a las zonas de combate de África del Norte, los padres italianos compraban estos salvoconductos en el mercado negro y se los daban como regalo de despedida, aconsejándoles que los utilizasen lo antes posible. En un período posterior de la guerra, estos pases aún se hicieron más atractivos, pues estaban tan bien presentados que tenían el aspecto de un diploma universitario, con sus filetes dorados y una bella escritura caligráfica.

La propaganda aliada tiraba lápices, pastillas de jabón, semillas, fósforos, agujas e hilo, en todos los cuales figuraban frases propagandísticas. Estos artículos caían a millones sobre las líneas enemigas. El jabón y las cerillas, especialmente, se recibían como verdaderos regalos del cielo.

La propaganda japonesa dirigida a sus propias tropas ponía de relieve la idea de que la más alta recompensa que podía alcanzarse en este mundo consistía en morir por el Dios-Emperador. *Hakki Ichiu*, la filosofía de la predestinación, pondría «las ocho esquinas del mundo bajo un solo techo». «¡Aplastad a los bárbaros pelirrojos de Occidente!» «Para nosotros», decían los expertos nipones en la guerra propagandística, «los hechos no tienen ninguna importancia. ¡Lo que es importante es la intuición!» Las emisiones radiofónicas destinadas al uso

interno repetían fantásticas historias de triunfos nipones y derrotas enemigas.

La propaganda japonesa dirigida a las tropas enemigas era tan burda e inhábil como la alemana. La Rosa de Tokio cantaba con voz melosa melodías populares que alternaba con unos comentarios picantes que hacían desternillarse de risa a los soldados norteamericanos: «Ahora mismo, la novia que has dejado en los Estados Unidos debe de estar bebiendo en compañía de un emboscado que nada en la opulencia. Acaso después se irán a cenar juntos. Hum... ¿no te gustaría tomar ahora un jugoso bisté bien grueso, sentado en un café? Pero mientras estés aquí, ya puedes despedirte de todo esto, por mucho tiempo. Y ahora, otra canción...»

Los folletos japoneses eran poco más o menos del mismo tenor. Ejemplo de ellos era el que mostraba una atractiva joven acompañada del texto siguiente: «*No esperes a morir*. Antes de que caigan las bombas déjame tomar tu mano, besarte las suaves mejillas y hablarte. Antes de que venga el terror, déjame acercarme a ti en el jardín donde duermes con sueño profundo, rodeado de pétalos. Déjame hacerlo, mientras sea tiempo. Apóyate en mí y descansa..., deja descansar tu mano cálida sobre mi pecho...»

## LA GRAN ESFERA DE PROSPERIDAD COMÚN DE LA GRAN ASIA ORIENTAL

A mediados de 1942, mientras Hitler intentaba coordinar una Europa hostil, los japoneses efectuaron avances asombrosos en el Extremo Oriente. Abriéndose paso por junglas que se suponían infranqueables, desembarcando en una isla tras otra, los guerreros del Sol Naciente edificaron un enorme imperio en el Pacífico Occidental que iba de la India a Hawai y de Siberia a Australia, extendiéndose sobre una superficie de casi 8.000.000 de km<sup>2</sup>. Y, lo que aún era más importante desde el punto de vista militar, se habían adueñado del 95 por ciento del caucho natural del planeta y del 70 por ciento del estaño mundial. Ambos eran materiales de importancia capital, tanto en la paz como en la guerra.

¿Cómo había que organizar y administrar aquel enorme imperio colonial? Los privilegiados cerebros de Tokio lo dividieron en una zona interior y otra exterior. La exterior, que comprendía las Indias Orientales holandesas, Tailandia, Birmania, Indochina, Borneo y las Filipinas, tenía que defenderse todo el tiempo posible, mientras se sacaban de ella materias primas y productos vitales para la defensa de la zona interior. Ésta, formada por



el Japón propiamente dicho, el Manchukuo, Corea y Formosa, tenía que mantenerse a toda costa, aunque la zona vecina cayese en poder del enemigo. De la zona exterior, en efecto, podía prescindirse en caso necesario; la interior tenía que defenderse hasta la muerte.

En noviembre de 1943, cuando la contraofensiva norteamericana se desarrollaba a ritmo creciente por el Pacífico, en Tokio se reunió la Conferencia de la Gran Asia Oriental con objeto de consolidar los territorios recientemente adquiridos en los días críticos que se avecinaban. A esta reunión asistieron todos los títeres, colaboracionistas y el renegado Subhas Chandra Bose, jefe del «Gobierno Provisional de la India Libre». Tras largos debates los delegados reafirmaron la doctrina fundamental de «Asia para los asiáticos», declarando la guerra al imperialismo occidental. También fueron sugeridas una serie de concesiones políticas a todos los países miembros para conservar su lealtad y cooperación. Para granjearse la amistad de China, Birmania, Indonesia y las Filipinas, se les hicieron promesas de igualdad, independencia y autonomía.

Era tarea sencilla encontrar elementos dispuestos a colaborar en el inmenso ámbito asiático. El canijo Henry Pu-yi, heredero de la dinastía manchú, que había perdido el trono en 1911, fue instalado de nuevo en el Manchukuo; el renegado Wang Ching-Wei, desertor del Gobierno nacionalista chino en 1938, se convirtió en el gobernante títere de la China ocupada, en cuyo cargo se limitaba a ejecutar dócilmente las órdenes que le daba el embajador japonés, general Nobuyuki Abe. Surgieron como por ensalmo otros paniaguados sometidos a la voluntad de los japoneses... Ba Maw en Birmania, Emilio Aguinaldo en las Filipinas, Luang Pibul Songgram en Tailandia, Achmed Soekarno en Indonesia.

Se enviaron gobernadores militares japoneses a todas estas partes con la misión de «aconsejar y ayudar». Los agentes que trabajaban para las organizaciones industriales niponas reajustaban la moneda de los países conquistados, establecían el Bloque del Yen, controlado por el Banco del Japón, y preparaban «pactos culturales» destinados a absorber a los nuevos países en el sistema de vida japonés. Era una tarea gigantesca, que hubiera puesto a prueba la capacidad y la imaginación de naciones mucho más preparadas y experimentadas en la expansión imperial. A la larga, resultó excesiva para los militaristas de Tokio. Al principio, los conquistadores japoneses mantenían la ficción de que habían llegado como asiáticos amigos, iguales, aliados y libertadores de los pueblos sojuzgados por los imperialistas occidentales, a los que aportarían prosperidad y estabilidad, haciendo añicos todos los restos que aún subsistían del imperialis-

mo blanco cantado por Kipling. Eliminarían la influencia decadente y extranjera de Occidente y restablecerían la pureza de la civilización asiática. Tokio sería entonces el eje, el centro de la enorme rueda de la Gran Asia.

Pero pronto se produjeron brotes de resistencia. Bastó una breve experiencia de gobierno japonés, para convencer a los pueblos de Asia de que el imperialismo del Sol Naciente aún era más absorbente que el imperialismo occidental. Junto con las bellas promesas hechas por los japoneses vinieron bárbaros administradores, empleados del fisco que eran verdaderas sanguijuelas, un aumento en el tráfico de opio y una creciente escasez alimenticia. ¿Eran estos los frutos de la común ciudadanía asiática?

En Malaca, Indochina, Birmania, Tailandia y las Filipinas, los movimientos de resistencia, animados por diversos motivos, empezaron a hostigar a los japoneses. En Asia ocurrió lo mismo que en la Europa ocupada: ruptura de líneas de comunicaciones, guarniciones hostilizadas, cooperación secreta con los Aliados. Los japoneses replicaron con creciente brutalidad, sólo para conseguir que la resistencia se hiciese más enconada y pagase atrocidad por atrocidad, salvajismo por salvajismo. Los japoneses sometían a bárbaras y estúpidas crueldades a los elementos civiles blancos y a los prisioneros de guerra. De ellas tuvieron que responder más tarde, ante los tribunales que se crearon después de la guerra para juzgar tales delitos.



CUARTA PARTE

EL FENIX:

LA SITUACION CAMBIA



## CAPITULO

## XIV

### Los Estados Unidos detienen al Japón

*Nada os digo para consolaros,  
no, nada de lo que deseadis,  
salvo que el cielo aún se entenebrece  
y el oleaje arrecia.*

G. K. Chesterton, «The Ballad of the White Horse».

#### DESQUITE — PRIMER PLAZO: LA INCURSIÓN DE DOOLITTLE

Con excepción de la caída de la isla<sup>t</sup> de Wake, en el Pacífico Central reinó la calma durante muchos meses después de Pearl Harbor. Hasta que llegó una noticia que puso en vilo a toda Norteamérica: ¡la aviación de los Estados Unidos había bombardeado Tokio! Aunque la noticia era magnífica, dejó perplejos a los norteamericanos, pues la capital japonesa se encontraba a miles de millas de cualquier base aérea estadounidense. La verdad era, por otra parte, que pese a su carácter espectacular, la hazaña apenas tuvo efectos prácticos sobre el curso general de la guerra. Se realizó en pequeña escala, sin comparación posible con el ataque enemigo a Pearl Harbor, pero fue un trabajo «realmente americano», una muestra de lo que vendría más adelante. Provocó una de las frases más célebres de la guerra por su modesta ironía. El artículo publi-



cado por un periodista norteamericano, en efecto, comenzaba así: «La incursión de Doolittle, aunque no fue muy decisiva...»

Las primeras noticias fueron difundidas por la radio de Tokio:

Por primera vez en la guerra actual, los aviones de bombardeo enemigos han hecho aparición en el cielo de Tokio, causando daños en escuelas y hospitales. La incursión tuvo lugar poco después del mediodía del sábado (hora de Tokio, 18 de abril de 1942). Los aviones atacantes no consiguieron causar daños en las instalaciones militares, aunque se ignoran aún las bajas producidas en las escuelas y hospitales. Este salvaje ataque ha despertado gran indignación entre el pueblo.

Por su auténtica doblez, esta noticia radiofónica merecía ser premiada con un pastel de arroz amargo. Los aviadores nipones habían bombardeado implacablemente Pearl Harbor, así como una serie de objetivos que se extendían desde Corea hasta Birmania. Pero entonces, de la noche a la mañana, las incursiones aéreas se convertían en actos «salvajes». Aunque la verdad era que los aviones incursores, en lugar de atacar «escuelas y hospitales», se limitaron a bombardear fábricas de armamento, muelles, depósitos ferroviarios, fábricas de aviones y la antigua base naval de Yokosuka... Únicamente objetivos militares previamente designados por el mando. Los atacantes podían haber hecho saltar fácilmente por los aires el palacio imperial, pero se atuvieron escrupulosamente a las órdenes de no causar daño en aquel blanco tan tentador.

Los planes para esta incursión empezaron a trazarse unas semanas después de Pearl Harbor. El teniente coronel James H. Doolittle, que entonces contaba 45 años y hasta que estalló la guerra se había dedicado al vuelo acrobático y a recorrer el país haciendo bolos teatrales, pidió permiso a la superioridad para realizar un bombardeo aéreo de Tokio. Al principio esta idea se consideró descabellada. Pero aquel aviador enérgico y de habla fácil lo decía muy en serio.

Cuando le dieron vía libre, Doolittle se preparó para la empresa con el mayor sigilo y meticulosidad. Respondiendo a su petición de voluntarios para una misión secreta, acudió un número de pilotos y tripulantes varias veces superior al necesario. El avión que eligió era el B-25, un bombardero medio, de excelente velocidad, consumo de gasolina no excesivo, gran capacidad para transportar bombas y dispuesto para soportar un trato muy duro.

Se pasaron tres meses en los preparativos, durante los cuales se trató de no olvidar nada. Guiándose por líneas blancas trazadas en el suelo, los aviadores efectuaron cientos de des-

pegues en las menores distancia posibles. Los aviadores estudiaron mapas, fotografías y siluetas para reconocer al instante su rumbo y objetivos. La mira Norden para el lanzamiento de bombas, que era de un carácter secretísimo, fue sustituida por una simple mira de 20 centavos, que no significaría ninguna pérdida si cayese en manos del enemigo.

Los aviadores y sus aparatos fueron embarcados en el portaaviones *Hornet*, mandado por el almirante William F. («Bull») Halsey, Jr. El adiestramiento continuó en la pista de despegue del portaaviones, alternando con conferencias sobre navegación, meteorología y topografía del Japón; entre tanto, los artilleros hacían prácticas de tiro eligiendo como blanco las cometas que se hacían volar por encima del *Hornet*.

El plan original consistía en alcanzar un punto situado a menos de 400 millas de Tokio, lanzar los aviones poco antes de anochecer, para efectuar la incursión de noche, y aterrizar en aeródromos chinos a primeras horas de la mañana. Pero encontrándose a 800 millas de Tokio, el portaaviones se cruzó con una pequeña embarcación japonesa, a la que hundió, pero se temió que sus tripulantes hubiesen avisado por radio a Tokio. (Más tarde se comprobó que este temor era infundado.) La hora de despegue se adelantó diez horas, lo cual aumentó considerablemente el riesgo de la misión.

A las 8 horas y 20 minutos del 18 de abril de 1942, con mar picada, los B-25 despegaron de la cubierta del portaaviones, que cabeceaba y se inclinaba peligrosamente. Con Doolittle en los mandos del avión que iba en cabeza, los 16 aparatos pusieron rumbo al Japón, avanzando en vuelo oscilante para eludir el radar enemigo.

Los japoneses, pillados completamente por sorpresa, no localizaron a los aparatos invasores hasta que éstos casi se hallaban sobre sus objetivos. Volando a ras de los árboles, los atacantes dejaron caer casi todas sus bombas sobre los objetivos propuestos. Los aviones japoneses de un campo de adiestramiento próximo se elevaron para interceptar a los invasores, sin conseguirlo. Se les hizo un furioso fuego antiaéreo, que también fue completamente ineficaz. Lo único que consiguieron abatir los japoneses fue uno de sus propios globos de barrera.

He aquí cómo Doolittle describió esta incursión:

Nos aproximamos a nuestros objetivos rozando los tejados de las casas, pero nos elevamos a 450 metros para soltar las bombas. El objetivo designado para uno de nuestros aviones era una parte de los astilleros navales del sur de Tokio. Para llegar al mismo, pasamos sobre lo que parecía ser una escuela de aviación, pues había algunos aparatos en el aire. Una de nuestras andanadas de



bombas alcanzó directamente a un crucero o acorazado en construcción, que quedó envuelto en llamas.

Después de soltar nuestras bombas, continuamos volando en vuelo rasante, acercándonos a la costa a dicha altura para evitar el fuego antiaéreo. En la costa observamos varias flotillas de destructores junto con algunos cruceros y acorazados. A unas 25 ó 30 millas mar adentro, los artilleros de popa comunicaron haber visto columnas de humo levantándose a miles de metros de altura.

Uno de nuestros bombarderos sembró de bombas una fábrica de aviones próxima a Nagoya, en una extensión de medio kilómetro. Otro incendió un depósito de tanques. No obstante, al volar a tan baja altitud resultaba muy difícil observar los resultados producidos por los impactos de nuestras bombas. Veíamos la explosión, pero nuestro campo visual quedaba muy limitado por la velocidad del aparato y la baja altura a que volábamos. Aún así, uno de nuestros hombres pudo observar perfectamente un partido de fútbol. Los jugadores y los espectadores sólo echaron a correr para ocultarse cuando nosotros hubimos pasado.

Pilotos, bombarderos y todos los miembros de la dotación cumplieron su deber con gran calma y notable precisión y exactitud. Nos pareció que todas las bombas alcanzaban los objetivos propuestos. Nos hubiera gustado demorarnos para observar los efectos de las explosiones e incendios subsiguientes, pero, de todos modos, tuvimos la suerte de que los excitados locutores japoneses nos informasen detalladamente de lo ocurrido. Tardaron varias horas en calmarse y pasar a la decepción y los reproches.

La parte más peligrosa de la aventura consistía en alejarse del Japón. Todos los aviones consiguieron escapar felizmente, pero al desperdigarse, se metieron en una tempestad. Sin gasolina en los depósitos y con el viento de proa, volando a oscuras sobre territorios desconocidos, la mayoría de los aviadores se tiraron en paracaídas.

Ocho que cayeron en regiones ocupadas por los japoneses, fueron hechos prisioneros. Los demás descendieron en China, donde recibieron ayuda para llegar a Chungking. De los 80 hombres que formaban la expedición 71 consiguieron regresar a los Estados Unidos.

El pueblo de Tokio quedó aturdido y desconcertado por este golpe asestado a través de las defensas japonesas, que se suponían inexpugnables. Al no contar con refugios antiaéreos, el populacho fue presa del pánico y echó a correr en todas direcciones, empujándose, atropellándose y lanzando alaridos. Los altos funcionarios japoneses se presentaron ante el emperador para excusarse por su negligencia. El oficial que mandaba las defensas antiaéreas de Tokio se hizo el *harakiri*. Tres días después se celebró el entierro de los marinos japoneses muertos

en Yokosuka, que constituyó una imponente manifestación de duelo.

Lo que no acababan de entender los japoneses era cómo habían conseguido los aviones incursos llegar a Tokio. Su incapacidad para averiguar la base de donde había partido el ataque les sumía en un desconcierto tan grande como el producido por el ataque mismo. ¿Vinieron de las islas Hawai, que estaban a 3.850 millas? ¿O de las Aleutianas, a 2.850 millas; o de las Filipinas, a 2.300 millas; o de la costa de China, a 1.350 millas; o de Vladivostok, que sólo estaba a 50 millas?

Como es de suponer, Washington no les proporcionó ninguna indicación al respecto. Dos días después, el departamento de la Guerra publicó un comunicado en el que describía la incursión y sus efectos, sin revelar su punto de origen. En una conferencia de prensa, el presidente Roosevelt observó irónicamente que los aviones habían despegado de Shangri-La, el ficticio retiro tibetano descrito por James Hilton en su novela *Horizontes perdidos*. Los japoneses se tomaron la broma en serio y la radio de Berlín informó a sus oyentes: «Doolittle efectuó su ataque aéreo partiendo de la base de Shangri-La, cuya situación no facilitó Roosevelt.»

Los japoneses se hallaban dominados por un talante muy sombrío. Poco después del comunicado hecho por el departamento de Guerra norteamericano, la radio de Tokio, en una emisión en lengua inglesa, anunció la ejecución sumarísima de «varios compañeros de Doolittle», agregando: «Esta misma política seguirá aplicándose en lo sucesivo. Y a propósito: no olvides, América, que cada aviador que envíes aquí estará provisto de un pase especial para el infierno, y puedes tener la seguridad de que el billete será únicamente de ida.»

La suerte que corrieron los compañeros de Doolittle capturados no se supo hasta el 12 de marzo de 1943. El presidente Roosevelt comentó: «Dominado por el más profundo horror, que estoy seguro compartirán conmigo todos los pueblos civilizados, tengo que anunciar la bárbara ejecución por el Gobierno japonés de varios miembros de las fuerzas armadas nacionales que cayeron en manos de los japoneses a consecuencia de los azares de la guerra.»

Tokio no quiso facilitar los nombres de los aviadores ejecutados ni de los que fueron indultados.

#### SANGRIENTO CHASCO EN MIDWAY

—¡El Japón pierde los pantalones tratando de salvar la cara! Éste fue el comentario hecho por un marino durante la



batalla de Midway, que representó el momento decisivo de la guerra naval en el Pacífico. Por primera vez en más de tres siglos, la armada japonesa probaba el amargo sabor de la derrota. Para los Estados Unidos, aquella batalla significó el restablecimiento del equilibrio naval, alterado en Pearl Harbor. De entonces en adelante, las defensas del Imperio Japonés fueron cayendo en una serie de acciones sucesivas, que terminaron por llevar a la escuadra de los Estados Unidos a la bahía de Tokio.

Era evidente para todos cuantos conocían la estrategia nipona que los japoneses harían algo para vengar la humillación que para ellos significó el ataque de Doolittle contra Tokio. Desde el incidente de Manchuria hasta los primeros días de enero de 1942, los militares japoneses habían ido de victoria en victoria. Todos sus objetivos iniciales fueron alcanzados. Empezó entonces el gran debate en Tokio. ¿Qué tenía que hacer el Japón victorioso? ¿Ponerse a la defensiva y conservar todo cuanto había conquistado, o proseguir el ataque para romper el espinazo del enemigo?

Se eligió el ataque. ¿En qué dirección? Había tres alternativas: Australia, la India o Hawai. El almirante Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de la flota combinada, exigió que se atacase Midway.

La isla de Midway, situada únicamente a 1.135 millas al oeste-noroeste de Pearl Harbor, era el puesto avanzado extremo de la cadena hawaiana, con la sola excepción del pequeño atolón de Kure, situado 60 millas más allá. Todo el atolón de Midway tenía apenas 10 km de diámetro y únicamente una parte muy pequeña del mismo era tierra firme. Pero como centinela avanzado de Hawai, era un punto clave en el nuevo perímetro exterior defensivo del Japón, formado por Kiska, Midway, Wake, Marshall, Gilbert, Guadalcanal y Port Moresby.

Al propio tiempo, argüía Yamamoto, Midway proporcionaría al Japón una base avanzada para sus operaciones anfibias. Y lo que era más importante, sería el señuelo que atraería a toda la escuadra norteamericana para destruirla en una batalla decisiva y poner así pronto fin a la guerra. El apergaminado Yamamoto se salió con la suya. Pero los elementos de su flota combinada empezaron a discutir violentamente con el Estado Mayor de la Marina sobre los detalles de la proyectada operación contra Midway. El ataque aéreo de Doolittle puso un rápido punto final al debate. A partir de entonces, se convirtió en cuestión de honor. La operación no podía retrasarse más.

El 5 de mayo de 1942, el cuartel general imperial dio esta orden: «El comandante en jefe de la flota combinada, en cooperación con el Ejército, invadirá y ocupará puntos estratégicos

de las Aleutianas y la isla de Midway.» Se fijó la fecha de 7 de junio de aquel mismo año.

El ataque contra Midway había de ser la operación más gigantesca que desarrollara jamás la armada japonesa. Para conquistar el minúsculo atolón se reunieron más de 200 barcos, entre los que se contaban 11 acorazados, 8 portaaviones, 22 cruceros, 65 destructores y 21 submarinos, junto con más de 700 aviones. Estas gigantescas fuerzas se dividían en cinco principales grupos tácticos (Fuerza Expedicionaria Avanzada; Grupo de Asalto de los Portaaviones; Fuerzas de Ocupación de Midway; Cuerpo Principal, y Fuerzas de la Región Norte), todos bajo el mando supremo del almirante Yamamoto.

El domingo sería asestado el primer golpe por la primera fuerza de asalto, compuesta de portaaviones y mandada por el vicealmirante Chuichi Nagumo. Componían estas fuerzas cuatro grandes portaaviones apoyados por dos acorazados, dos cruceros pesados, un crucero ligero y una docena de submarinos. Nagumo machacaría Midway con sus aviones asestando el primer golpe a la escuadra norteamericana del Pacífico si se presentaba ocasión y, entre tanto, el cuerpo principal de las fuerzas, con sus enormes acorazados, intervendría para dar el golpe de gracia. Por último, los transportes desembarcarían 5.000 soldados de las fuerzas de tierra, que se apoderarían de Midway y convertirían la isla en una enorme base aérea.

Este plan parecía perfecto y las posibilidades de éxito innegables. Pero poseía un defecto primordial: los japoneses confiaban que los norteamericanos harían exactamente lo que ellos habían supuesto. En su exceso de confianza, los almirantes del Tenno suponían que la operación constituiría una sorpresa y que la escuadra norteamericana reaccionaría tarde, y cuando el asalto de Midway ya fuese imposible de detener. Esto resultó ser un grave error de cálculo.

Los Servicios de Información de los Estados Unidos habían conseguido descifrar el principal código diplomático japonés, y Washington se enteró de lo referente a la operación Midway casi en el mismo momento en que se decidió ejecutarla. El almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de la escuadra americana del Pacífico, hizo llegar del sur del Pacífico al grupo de combate 16, mandado por el contraalmirante Raymond A. Spruance, y al grupo de combate 17, que se hallaba al mando del contraalmirante Frank J. Fletcher, y los desplegó al nordeste de Midway. Desde allí podrían, en caso necesario, lanzar ataques por sorpresa contra el flanco del enemigo e «infligirle los máximos daños mediante fuertes tácticas de desgaste» (así denominaba la armada a los ataques aéreos). Los norteamericanos disponían de tres portaaviones, siete cruceros pesados, un cru-



cero ligero, catorce destructores y dos docenas de submarinos, aproximadamente.

Nimitz calculó correctamente que las penetraciones enemigas en el mar de Java y en Dutch Harbor eran movimientos de diversión destinados a ocultar el verdadero punto del ataque, que se hallaba en el centro y era Midway, como ya sabían los norteamericanos. Actuó exactamente igual que un medio centro prevenido que no se deja engañar por las carreras que da el contrario hacia el extremo derecho o el extremo izquierda, concentrando su atención hacia el ataque que vendrá por el centro.

La tarde del 3 de junio, un avión «Catalina» en misión de patrulla distinguió una poderosa formación enemiga que se aproximaba a Midway por el Sudoeste. Resultó ser parte de una escuadra que convergía hacia la isla desde siete puntos distintos de la rosa de los vientos. A la mañana siguiente, un centenar de bombarderos y cazas japoneses se elevaron desde sus portaaviones, que navegaban al noroeste de Midway, y pusieron rumbo hacia el atolón.

La escuadra norteamericana, que aún se encontraba varios cientos de millas al Este, no podía proporcionar protección aérea con sus cazas, pero los aviones y bombarderos en picado pertenecientes al XXVI Ejército, a la Armada y a la Infantería de Marina, despegaron de Midway cargados de torpedos y bombas para hacer frente a los invasores.

Avanzando en formaciones horizontales para el ataque inicial, los japoneses, de acuerdo con el plan previsto, lanzaron sus cargas de bombas en la isla del Este y en Sand Island, dieron media vuelta y prosiguieron el bombardeo en picado. Luego se fueron volando a baja altura para reunirse en el Sudoeste y regresar desde allí a los portaaviones. Pero 40 aviones japoneses, aproximadamente, no regresaron.

La escuadra norteamericana, que aún se encontraba varios cientos de millas directos en un acorazado y un portaaviones. El ataque se hizo contra un fuego antiaéreo tan nutrido, que sólo nueve de los 26 aviones norteamericanos regresaron a Midway.

Hasta entonces, los japoneses parecían llevar las de ganar. Un ataque más y Midway sería suyo. Pero el hado no se mostró propicio al Sol Naciente: no se produjo ningún ataque más contra Midway. Los sorprendidos japoneses se encontraron metidos en una tempestad de fuego, muerte y destrucción. Como en el mar del Coral, en esta batalla los aviones llevaron la voz cantante. Los grandes buques de guerra no cambiaron ni un cañonazo.

El ataque norteamericano fue impetuoso y muy eficaz. Las bombas y las balas de ametralladora llovían sobre la obra muer-

ta de los buques, que navegaban en zigzag; se alzaban tremendos incendios a bordo de las unidades niponas; grandes columnas de humo se elevaban al cielo, mientras las explosiones internas convertían los barcos en volcanes que vomitaban humo y fuego. En lo alto, los aviones japoneses volaban en círculos desesperados, pues sus desconcertados pilotos no podían aterrizar en las destruidas pistas de los portaaviones. Los destructores japoneses navegaban a toda máquina en torno a las grandes unidades, tratando de salvar a los hombres que se debatían en el agua o que iban a ser pasto de las llamas a bordo de los buques en peligro.

Los aviones torpederos del *Hornet*, *Yorktown* y *Enterprise*, seguidos por cazabombarderos, consiguieron alcanzar con sus torpedos a portaaviones, acorazados y cruceros enemigos. Nagumo fue sorprendido con todos sus aviones en cubierta. Durante el segundo día de la batalla, fortalezas volantes procedentes de Hawai se unieron a la aviación naval y de Midway para machacar la escuadra japonesa.

A bordo del acorazado *Yamato*, el almirante Yamamoto perdió el apetito. Al enterarse de que le habían hundido sus cuatro portaaviones, anuló sus planes de invasión y tocó retirada hacia el Oeste. Para proteger su escuadra del ataque de los aviones norteamericanos procedentes de tierra, ordenó que cuatro cruceros pesados cañoneasen los aeródromos de Midway. Pero los submarinos de los Estados Unidos los estaban acechando.

Lo que había comenzado como una ofensiva japonesa, se convirtió al poco tiempo en un «sálvese quien pueda». La escuadra enemiga, caída en la trampa, hostigada y desmantelada, cumplió las órdenes de Yamamoto y, aprovechándose de la mar gruesa, rehuyó el combate, se dispersó y, después de abandonar a los buques incendiados, trató de regresar a sus bases a toda máquina.

Toda la escuadra norteamericana lanzó sus fuerzas de superficie en persecución del derrotado enemigo que huía hacia el Oeste, hasta que la escasez de combustible obligó a interrumpir la persecución. Hubo otra razón importante que obligó a los norteamericanos a interrumpir el acoso: en aquellas circunstancias, acaso era más prudente alejarse de los poderosos acorazados de Yamamoto.

En cuatro días tan sólo, la armada japonesa que había zarpado tan confiada a la conquista de Midway, tuvo un mínimo de 5.000 bajas. Cuatro portaaviones (*Akagi*, *Kaga*, *Soryu* e *Hiryu*) y un crucero pesado (*Mikuma*) eran montones de ruinas o se habían ido a pique; el crucero pesado *Mogami* había recibido graves daños; dos destructores estaban muy malparados; otro



destructor recibió ligeros daños, lo mismo que un petrolero y el acorazado *Haruna*. Los japoneses perdieron 322 aviones, 280 de los cuales se hundieron con los portaaviones que los transportaban.

Las pérdidas norteamericanas también fueron muy elevadas. Perdieron el portaaviones *Yorktown*, abandonado y hundido por un submarino enemigo, el destructor *Hammann* y un total de 147 aviones (109 procedentes de portaaviones y 38 de tierra). El *Enterprise* sólo perdió 14 de sus 37 cazabombarderos, 10 de sus 14 aviones torpederos y 1 *Wildcat*.

Pero lo importante es que Midway siguió en manos de los americanos. La escuadra japonesa, a pesar de ser mucho más poderosa, fue burlada y derrotada. El mérito principal de la victoria corresponde a los Servicios de Información norteamericanos, que sabían cuándo y dónde se produciría el ataque, lo que permitió asestar un golpe terrible al enemigo en el momento preciso. «Si no hubiésemos poseído información a tiempo sobre los movimientos japoneses», dijo el almirante Nimitz, «y el enemigo nos hubiese sorprendido con nuestros portaaviones dispersados, la batalla de Midway hubiera terminado de manera muy diferente».

En segundo lugar, mientras los americanos combatían con todas sus fuerzas muy concentradas, los japoneses cometieron el fatal error de dividir sus enormes fuerzas en grupos demasiado separados para poder ayudarse mutuamente. (El cuerpo principal de las fuerzas de Yamamoto se encontraba retrasado unas 300 millas; los portaaviones de Nagumo estaban al noroeste de Midway; las principales fuerzas de ocupación, mandadas por Kindo, más al Sur; y el grupo de apoyo de Kurita, con sus transportes de tropas para la invasión, navegaba por el Sudoeste.)

Lo que más perjudicó a los japoneses fue su infatuamiento ingenuo, que adquiría caracteres de verdadera infección patológica al hacerles creer a pies juntillas en su invencibilidad y en la idea errónea de que los norteamericanos no les presentarían batalla. La verdad era todo lo contrario: las fuerzas navales de los Estados Unidos deseaban ardientemente enfrentarse con el enemigo. Los japoneses habían de aprender la amarga lección de que existe una enorme diferencia entre atacar blancos fijos, como los de Pearl Harbor, e intentar medir sus fuerzas con un enemigo dispuesto a trabar combate y a devolver golpe por golpe.

Las esperanzas norteamericanas se habían cumplido plenamente: los japoneses habían elegido el teatro de una gran batalla naval en aguas americanas. Aquello recordaba a Tsushima (la gran batalla naval librada los días 27 y 28 de mayo de 1905,

en la cual los japoneses derrotaron a los rusos), pues una de las escuadras contendientes había recorrido una distancia inmensa antes de entrar en combate. Pero había una diferencia: la batalla de Tsushima se sostuvo en aguas japonesas y fueron los rusos los que acudieron a ellas. Midway se halla en aguas americanas; cuando la batalla terminó, los restos de la maltrecha escuadra nipona se encontraron a inmensa distancia de sus bases.

Yamamoto, consternado y sorprendido, puso proa a Tokio para informar de la catástrofe al emperador y a sus antepasados. «Me siento amargado —comentó el jefe del Estado Mayor de Nagumo—; tengo ganas de blasfemar.»

Midway fue la primera derrota decisiva infligida a la escuadra japonesa en tiempos modernos. El poderío norteamericano obligó a Yamamoto a desistir de su plan, a pesar de su cuidadosa preparación y de que disponía de un poder artillero superior. Aquel golpe les obligó a dar media vuelta y asumir un papel defensivo al que no estaban acostumbrados. El grandioso plan de conquistar Fiji, Nueva Caledonia y Nueva Zelanda quedó aplazado *ad calendas graecas*.

Para Norteamérica fue una brillante victoria, una valerosa lucha, un triunfo altamente satisfactorio, que puso fin a las amenazas que pesaban sobre Hawai y la costa occidental de los Estados Unidos. A partir de entonces los japoneses quedaron confinados en sus aguas territoriales del sur del Pacífico, exceptuando una breve estancia en las Aleutianas.

Midway también puso fin a la antigua estrategia según la cual las unidades de superficie eran las que llevaban todo el peso de las operaciones. De entonces en adelante, ambos contendientes utilizaron fuerzas de asalto agrupadas en torno a uno o más portaaviones.

—Pearl Harbor ha sido vengado en parte —comentó el almirante Nimitz.

## ACCIÓN EN LAS ALEUTIANAS

Por el flanco septentrional se produjo un ataque nipón contra Dutch Harbor, la base naval norteamericana del archipiélago de las Aleutianas, unas 2.000 millas al norte de Hawai. Este desolado rosario de islillas se extiende como una gigantesca calzada que cubre un millar de millas a través del Pacífico norte, avanzando desde Alaska hacia el Oeste hasta tocar casi la península de Kamchatka, que surge de Siberia. Era el reino de la niebla, el hielo y el barro.

En 1930, los Estados Unidos renovaron su compromiso, he-



cho por primera vez en el Tratado Naval de Washington de 1922, de no construir ni ampliar fortificaciones navales en Guam ni en las islas Aleutianas. Pearl Harbor obligó a revisar esta actitud. En Fairbanks y Anchorage (Alaska) ya existían bases aéreas y se aceleraron los planes para la construcción de una cadena de bases en las Aleutianas. Dutch Harbor, situado hacia el extremo oriental del archipiélago, todavía no estaba completamente fortificado; únicamente lo defendían fuerzas muy modestas.

El 3 de junio de 1942, el mismo día en que otra formación enemiga fue señalada a la altura de Midway, unas fuerzas de asalto japonesas, compuesta de dos portaaviones, dos cruceros y tres destructores, convergieron hacia Dutch Harbor. Los invasores esperaban encontrar muy poca resistencia, por no decir ninguna. De pronto, surgiendo de la niebla y precisamente por el Oeste, cosa sorprendente por demás, apareció una escuadrilla de aviones norteamericanos, que atacaron a los aparatos nipones y se lanzaron sobre las fuerzas invasoras. Los japoneses, totalmente desconcertados y temiendo haber caído en una trampa, rompieron su formación y emprendieron la huida.

Ignoraban que los norteamericanos habían construido dos bases aéreas secretas, con pistas de aterrizaje hechas de planchas de acero ensambladas, en Cold Harbor, al este de Dutch Harbor, y en la isla de Umnak, situada cerca de 100 millas más al Oeste.

No puede hablarse de completa victoria norteamericana porque el enemigo interrumpió su retirada para ocupar Kiska, Attu y Agattu, aproximadamente a 850 millas al oeste de Dutch Harbor. Aquello significaba que los japoneses pisaban ya suelo norteamericano, aunque éste consistiese en unos puestos avanzados situados en remotas islas.

Esta ocupación aportó grandes ventajas a los japoneses: las islas eran jalones en el camino que conducía al continente norteamericano; desde ellas podían interceptar la navegación entre los Estados Unidos y Rusia; y a partir de entonces podían esperar que el cielo del archipiélago nipón se viese libre de la presencia de los bombarderos norteamericanos.

A finales de agosto de 1942, un grupo de asalto norteamericano desembarcó tropas en las islas Andreanof, situadas a 125 millas al oeste de Kiska. Desde esta nueva base, los aviones norteamericanos bombardearon las posiciones japonesas de las Aleutianas, hundiendo numerosos barcos.

En octubre de 1942, los japoneses se retiraron de Attu y Agattu y empezaron a reforzar sus instalaciones en Kiska.

## RETROCESO EN EL PACÍFICO: GUADALCANAL

No podía hablarse de un verdadero frente, en la auténtica acepción de la palabra, en aquellas inmensas extensiones oceánicas. Todo el Pacífico occidental, desde Alaska a Australia, comprendía una serie de zonas donde las fuerzas japonesas y norteamericanas se entremezclaban y se entrecruzaban. La expansión nipona se dirigió hacia el Sur a partir de las islas japonesas, palpando en todas direcciones para descubrir los puntos débiles del enemigo. Las islas más importantes del Pacífico se hallaban en su mayoría en manos japonesas, con guarniciones adiestradas y dispuestas a luchar hasta el último hombre.

Los reveses sufridos en el mar del Coral y en Midway, en mayo y junio de 1942, obligaron a la armada imperial japonesa a revisar a fondo su estrategia. La batalla del mar del Coral desbarató la primera finta japonesa hecha en dirección de Australia a través de Port Moresby, en la costa sudeste de Nueva Guinea. La batalla de Midway constituyó una resonante victoria en el Pacífico central, imposibilitando la expansión japonesa en dirección al Este.

Entonces, los estrategas japoneses decidieron que era preferible no intervenir en el Pacífico central, pues el águila americana aguzaba sus garras en Pearl Harbor. El plan consistía en volverse de nuevo hacia el Sudoeste para asestar desde allí dos golpes separados a Australia. El primero consistiría en una ofensiva, a través de los montes Owen Stanley, para apoderarse de toda Nueva Guinea. El segundo, en la captura simultánea de todas las islas Salomón. Las dos fuerzas de asalto tendrían sus bases en Port Moresby, situado en el extremo sudeste de Nueva Guinea, y en Guadalcanal, también en la extremidad sudoriental de las Salomón, respectivamente. Los japoneses ya contaban con una poderosa base aérea en Rabaul (Nueva Bretaña), entre Nueva Guinea y las Salomón. También tenían otra base en la pequeña isla de Tulagi, de aquel último archipiélago. Desde estos puntos podía montarse una ofensiva total contra Australia.

Las islas Salomón tenían una importancia vital en el nuevo plan japonés. Este archipiélago volcánico, cuya superficie era de 44.000 km<sup>2</sup> y se extendía sobre 1.126 km de longitud, del Noroeste al Sudoeste, contaba con una población indígena de 200.000 papúes y polinesios, que se hallaban administrados por Australia desde que terminó la última guerra mundial. El clima de estas islas volcánicas era caluroso y húmedo; las nieblas nocturnas estaban cargadas de miasmas procedentes de las



aguas estancadas de las ciénagas; abundaban los insectos molestos y peligrosos y el paludismo hacía estragos en todo el archipiélago. La posesión de Guadalcanal, una de las islas Salomón, permitiría cortar la línea de comunicaciones norteamericanas con Nueva Caledonia y Australia.

Para la gran batalla que se avecinaba, y que daría al vencedor el dominio del Pacífico, la dirección de las fuerzas norteamericanas se dividió entre los jefes de la Armada y del Ejército. El almirante Chester W. Nimitz, desde su cuartel general instalado en Pearl Harbor, mandaba las fuerzas del norte, el centro y el sur del Pacífico. El general Douglas MacArthur, que había sido enviado de las Filipinas a Australia en 1942, como sabe el lector, asumió el mando de las fuerzas del sudoeste del Pacífico, desde la costa de China hasta las islas Salomón por el Este.

La estrategia norteamericana, como la del Japón, se basaba en el ataque, aunque algunos historiadores militares consideran el ataque de Guadalcanal como una maniobra fundamental defensiva destinada a proteger las líneas de abastecimiento norteamericanas. La pérdida de Singapur vedó a los Estados Unidos el acceso directo al océano Índico. En opinión del Alto Mando aliado, había que cortar los tentáculos del pulpo nipón uno a uno, hasta poder atacar el cuerpo de la bestia. Tendría que haber un largo período de preparación, durante el cual los americanos tenían que dejar el dominio del Pacífico a los japoneses. Las pérdidas sufridas en combate desde Pearl Harbor habían reducido la flota de portaaviones norteamericanos de siete unidades a tres. Y poco podía hacerse sin contar con aquellos enormes aeródromos flotantes, como quedó demostrado en el mar del Coral y en Midway.

La producción norteamericana aceptó el desafío. Antes de dos años, medio centenar de portaaviones de todos los tamaños, algunos nuevos, otros antiguos buques de guerra reformados, hicieron su aparición en el Pacífico. El poderío aéreo de la Armada se decuplicó. Norteamérica hacía acopio de fuerzas para el gran ataque.

El avance se efectuaría por medio de saltos de rana, como una versión naval de la *Blitzkrieg*. Una fuerza de asalto de tremendo poderío capturaría una isla de gran importancia estratégica. Machacada por la artillería pesada, los acorazados y por los bombarderos en picado, la isla sería invadida, conquistada e inmediatamente se procedería a construir en ella una base aérea. Luego se repetiría esta maniobra en otra isla más cercana al archipiélago japonés. No era necesario tomar todas y cada una de las islas ocupadas por el enemigo. Muchas quedarían rebasadas y la guarnición japonesa permanecería aislada

de sus bases. Luego, cuando los tentáculos del pulpo estuviesen cortados o paralizados, se proseguiría el avance irresistible hacia las islas del archipiélago nipón.

El 4 de julio de 1942, el piloto de un avión de reconocimiento dio la mala noticia de que los japoneses estaban construyendo una pista de aterrizaje en Guadalcanal. ¡Había llegado el momento! Inmediatamente se adoptó la decisión de atacar lo antes posible.

El 7 de agosto, una poderosa formación naval norteamericana, mandada por el vicealmirante Robert L. Ghormley, surgió a la altura de las islas Salomón más australes. El bombardeo previo al desembarco, destinado a suavizar las defensas fue breve, pues sólo duró tres horas. Entonces, desembarcaron en Guadalcanal y sus islas satélites de Florida, Tulagi y Gavatu, la primera división de infantería de Marina reforzada con elementos de la segunda división.

En las tres islas adyacentes, los infantes de Marina norteamericanos hallaron una violentísima oposición. En Gavatu, los *marines* se encontraron en un verdadero avispero. Los japoneses, luchando desesperadamente en cavernas y pasadizos subterráneos, murieron hasta el último hombre. En cambio, el desembarco en Guadalcanal no encontró oposición. Los infantes de Marina capturaron el aeródromo inacabado, rebautizándolo con el nombre de campo Henderson.

Entonces comenzó una batalla que había de durar seis meses, y cuyo conjunto supuso espantosos combates terrestres y una serie de seis encuentros navales.

Al amanecer del 9 de agosto, dos días después de los desembarcos, una formación japonesa compuesta de cruceros y destructores protegidos por aviones de Rabaul, se lanzó sobre las fuerzas navales aliadas apostadas frente a las playas de Guadalcanal. Ayudados por la intensa lluvia, los japoneses hundieron en menos de una hora a tres cruceros pesados norteamericanos y el crucero australiano *Camberra*. Sus barcos apenas si sufrieron daños. Hacia el Este, a poca distancia de Guadalcanal, como otros tantos blancos perfectamente preparados para hacer ejercicios de tiro, se encontraban transportes norteamericanos cargados de tropas que esperaban ser desembarcadas. Pero, por una razón incomprensible, que se repitió muchas veces durante la guerra del Pacífico, los japoneses se retiraron de pronto, sin aprovechar la magnífica oportunidad que se les ofrecía de hundir a los transportes.

La lucha de Guadalcanal se convirtió en una horrible pesadilla que fue el primer atisbo para los infantes de Marina norteamericanos de lo que era la lucha en la jungla, tipo especial de guerra que había de repetirse en docenas de islas del Pacífico.



La jungla oponía a los combatientes un obstáculo formidable. Enormes árboles de teca, sostenidos por raíces gigantescas que parecían arbotantes, extendían sus membrudas ramas hacia el cielo. Sus copas, al unirse en una inextricable maraña de enredaderas y de arbustos, formaban una muralla casi impenetrable. Del suelo húmedo ascendía el hedor de la vegetación putrefacta, de la descomposición y la muerte. Todo estaba recubierto de una capa de moho y humedad.

Los *marines* se abrían paso a machetazos por este terreno cávido y sofocante, vadeando marismas o avanzando en canoas por los ríos. Había que estar siempre ojo avizor y con el rifle preparado ante la posible presencia de los francotiradores japoneses, ocultos entre la espesura o atados en la copa de las palmeras. Los japoneses resultaron ser unos maestros en el arte del «camuflaje». A aquel astuto enemigo había que añadir millones de insectos, entre los que se contaban los mosquitos portadores de las fiebres palúdicas, sin olvidar una gran variedad de ratas, escorpiones y enormes boas. Por la noche los norteamericanos no podían distinguir los ruidos de los animales de las llamadas y gritos japoneses.

Samuel Eliot Morison, testigo presencial, describe esta lucha con las siguientes palabras: «Guadalcanal no es un nombre sino una emoción que evoca en nuestro ánimo desesperados combates aéreos, furiosas batallas navales nocturnas, un frenético afanarse en las tareas de construcción y abastecimiento, una lucha salvaje en la jungla empapada, noches interrumpidas por el silbido de las bombas y las ensordecedoras explosiones de las granadas navales.»

Durante agosto y septiembre, 17.000 infantes de Marina, sin cobertura aérea y expuestos a los ataques terrestres, sostuvieron una estrecha faja de 11 km de largo por algo más de 6 de fondo en las playas de Guadalcanal. Tenían órdenes de resistir y de conservar especialmente el importantísimo aeródromo, en espera de que pudiesen enviarles refuerzos.

Ambos bandos enviaban hombres y pertrechos a la isla. Poco a poco, la infantería de Marina, asistida finalmente por fuerzas de infantería, empezó a desplegarse en abanico por la isla. Sacaban a los japoneses de sus escondrijos, avanzaban a machetazos por la jungla, se agazapaban en agujeros abiertos en la tierra, perseguían a los defensores japoneses escondidos en cuevas y trincheras, cazaban a los «pacos» sujetos a las ramas de los árboles.

He aquí cómo el teniente general Alexander A. Vandegrift relató más tarde aquella terrible lucha (*The New York Times*, 5 de agosto de 1945):

A mediados de octubre, cuando se nos unieron algunos aviones, nuestras reservas de aviación se hicieron desesperadamente escasas. Las municiones valían su peso en oro. La escasez de víveres nos obligó a conformarnos con dos comidas al día. Poco antes de que estallase un ataque enemigo más importante, la armada hacía esfuerzos heroicos para ayudarnos y hacer posible que pudiésemos contarlos.

El hecho de que los japoneses pudiesen traer refuerzos y machacar nuestras posiciones del aeropuerto por aire y mar, dio por resultado una serie de situaciones graves en tierra, que terminaron por hacerse crónicas. Durante los primeros cuatro meses, la lucha se convirtió cada mes en un esfuerzo desesperado hecho por tropas enemigas de refresco, que hacían lo imposible por arrojar al mar a nuestras tropas de tierra. Castigado y escarmentado, el enemigo se retiraba cada vez para preparar otro asalto con más hombres y más pertrechos.

Mientras tanto, nosotros no podíamos desencadenar una ofensiva total porque nos faltaban suficientes tropas de combate para avanzar tierra adentro en número considerable y conservar al propio tiempo las posiciones que defendían el aeropuerto.

La derrota naval norteamericana del 9 de agosto fue seguida en los meses siguientes por una serie de reñidos encuentros navales en las aguas que separaban Guadalcanal de las islas adyacentes, que no tardaron en conocerse con el nombre de «la rendija». Las fuerzas norteamericanas recibieron la misión de interceptar el «expreso de Tokio», que llevaba refuerzos de Bougainville, la isla mayor de las Salomón, a Guadalcanal. A finales de octubre, los aviones del *Enterprise* y el *Hornet* hundieron dos destructores japoneses y causaron graves daños a dos acorazados, dos portaaviones y varios cruceros, a la altura de la isla de Santa Cruz.

La noche del 13 de noviembre se libró la quinta batalla de las Salomón, que fue la decisiva y tuvo efecto a la altura de Guadalcanal. El almirante Ernest J. King, jefe de las fuerzas norteamericanas, la calificó de «una de las más furiosas batallas navales de la historia».

Una formación japonesa que reunía a las más poderosas fuerzas navales que hasta entonces habían intervenido en la guerra, entre las que había por lo menos un acorazado de la clase *Kongo*, se presentó frente a Guadalcanal para proteger un nuevo desembarco. La flota nipona se dispuso en un enorme semicírculo para proteger la operación.

Fuerzas de asalto norteamericanas, formadas por ocho destructores, dos cruceros pesados y tres cruceros ligeros, se lanzaron al ataque. Era la lucha de David contra Goliath, el peso mosca contra el pesado. La discreción aconsejaba una rápida retirada. Pero en cambio, la flotilla norteamericana se lanzó



en derechura hacia el enemigo, que estaba a 3.000 metros en línea recta, penetrando a toda máquina en el gigantesco círculo, que se abrió por uno de sus lados como unas fauces dispuestas a tragársela.

Los veloces buques norteamericanos empezaron a zigzaguear de un barco enemigo al otro cuando estuvieron dentro del círculo. Los japoneses, sorprendidos por esta táctica, que tenía cierta similitud con las maniobras muy poco reglamentarias hechas por el almirante Nelson durante la batalla de Trafalgar, en 1820, empezaron a disparar sobre las aguas vacías hacia sus propios barcos. Esta acción, breve pero mortífera, se desarrolló en las tinieblas, rasgadas por la luz oscilante de los reflectores, los fogonazos de las grandes piezas de artillería, las hileras de balas trazadoras y las tremendas llamaradas rojizas de los buques que hacían explosión.

Los norteamericanos sólo necesitaron media hora para completar desde el interior del círculo su mortífero ataque, que produjo efectos devastadores. Si la escuadra japonesa hubiera permanecido fuera del radio de acción de la artillería yanqui, sus piezas de grueso calibre hubieran hecho pedazos los pequeños y ligeros buques de guerra norteamericanos. Pero los artilleros no podían bajar lo bastante sus enormes cañones para disparar contra los pequeños y veloces buques norteamericanos. Con su atrevido ataque a corta distancia, éstos descubrieron el punto flaco del enemigo.

A la mañana siguiente los japoneses volvieron. Un testigo presencial, el corresponsal de guerra Ira Wolfert, escribió que el enemigo «continuaba avanzando monstruosamente hacia nosotros, como un torso amputado que arrojase sangre por doquier, haciendo un último y desesperado esfuerzo para tomar Guadalcanal».

Esta vez la escuadra norteamericana, dotada de una potencia artillera muy superior, esperaba. Con la mayor astucia, dejó que los japoneses rodeasen el lado norte de la isla Savo, y entonces, surgiendo de improviso por el lado sur, los sorprendieron en la clásica maniobra de la «T cruzada». Durante media hora, aquello volvió a ser el infierno. Casi una docena de unidades japonesas ardieron e hicieron explosión. El resto de la escuadra nipona se alejó como pudo hacia el Oeste para escapar del desastre.

La armada imperial japonesa había recibido un tremendo castigo. Sus pérdidas ascendían a 2 acorazados, 1 crucero, 3 destructores y 10 transportes de tropas, hundidos; 3 cruceros, 6 destructores y 2 transportes, con graves daños. Varios millares de japoneses resultaron muertos por el fuego de la artillería o ahogados. Las fuerzas atacantes no pudieron dis-

parar un solo obús contra Guadalcanal, aunque, aprovechando la confusión de la batalla, pudieron enviar un pequeño número de lanchas de desembarco con refuerzos.

Los norteamericanos perdieron los cruceros *Atlanta* y *Juneau* y 4 destructores. Dos cruceros y 2 destructores sufrieron asimismo daños.

La sexta y última batalla naval se desarrolló en Tassafaronga el 30 de noviembre de 1942. Un convoy japonés de transportes de tropas, escoltado por unidades de combate, que se dirigían a reforzar Guadalcanal, fue atacado por una formación naval de los Estados Unidos. Los japoneses perdieron un destructor y los atacantes el crucero *Northampton*. Los japoneses se retiraron, aunque en este encuentro fueron los americanos los que llevaron la peor parte.

Pero las fuerzas navales del Mikado habían quedado muy maltrechas. La resistencia organizada en Guadalcanal y las islas satélites cesó a principios de febrero de 1943. Así terminaron seis meses de combate por la posesión de aquellas islas estratégicas.

Viendo las cosas desde su debida perspectiva, se aprecian perfectamente los fallos de la estrategia japonesa. Nueva Guinea y Guadalcanal se encontraban a 3.000 millas de Tokio. Sobre esta línea tan extensa, los japoneses intentaron conquistar ambas zonas, dividiendo sus fuerzas, lo que les impidió apoderarse de ninguna de ellas. Fue un error fatal.

En Guadalcanal, los norteamericanos hicieron una magnífica demostración de valor y destreza en circunstancias muy adversas. El triunfo se debió a la perfecta coordinación existente entre las fuerzas de mar, aire y tierra en la lucha anfibia. Desde Pearl Harbor Norteamérica esperó que llegase el día en que pudiese medir su potencia con las fuerzas terrestres y navales japonesas. Guadalcanal se convirtió en una ratonera no sólo para los veteranos del ejército imperial sino también para las fuerzas navales y aéreas japonesas.

A partir de entonces y hasta los combates por la posesión de Iwo Jima y Okinawa, en el umbral de las islas metropolitanas, los japoneses se mostraron más cautos, sin lanzar el grueso de sus fuerzas contra las operaciones anfibias aliadas.



## CAPITULO

## XV

## Burlando al zorro del desierto

*Aquella noche me quedé con algunos de mis colegas en la carretera de la costa, cerca del antiguo cuartel general. Desde este punto distinguía los continuados fogonazos y las granadas que estallaban en la oscuridad. También llegaba a mí el fragor de la batalla. Las formaciones de bombarderos nocturnos ingleses venían en incesantes oleadas, arrojando su mortífera carga sobre nuestras tropas e iluminando toda la zona de combate con sus bengalas lanzadas en paracaídas, que permitían ver como si fuese de día. Nadie podrá imaginarse jamás la angustia que entonces nos agobiaba. Aquella noche apenas dormí. La pasé levantado, paseando nerviosamente y preguntándome cómo iría la batalla y qué decisiones debería adoptar. Me parecía dudoso que pudiésemos continuar resistiendo por mucho tiempo unos ataques de tal violencia, que yo sabía que los ingleses aún intensificarían más. Me hallaba plenamente convencido de que no debía esperar la rotura del frente, sino evitarla retirándome hacia el Oeste. En caso de retirada teníamos que hacer lo posible para salvar el mayor número de tanques y cañones y llevarlos con nosotros. Bajo ningún pretexto debíamos esperar a que se produjese la destrucción completa del frente de El Alamein. A la mañana siguiente decidí que, en el caso de que Montgomery ejerciese una fuerte presión, yo no esperaba a que la batalla llegase a su punto culminante, sino que me retiraría a la posición Fuqa, 80 kilómetros más al Oeste.*

General Erwin Rommel, *Krieg ohne Hass* (Guerra sin odio).

## EL DESASTRE DEL EJE EN EL ALAMEIN

«Tenemos la puerta de Egipto y estamos plenamente decididos a actuar. No hemos llegado hasta aquí con el pensamiento de que tarde o temprano nos obliguen a retroceder.»

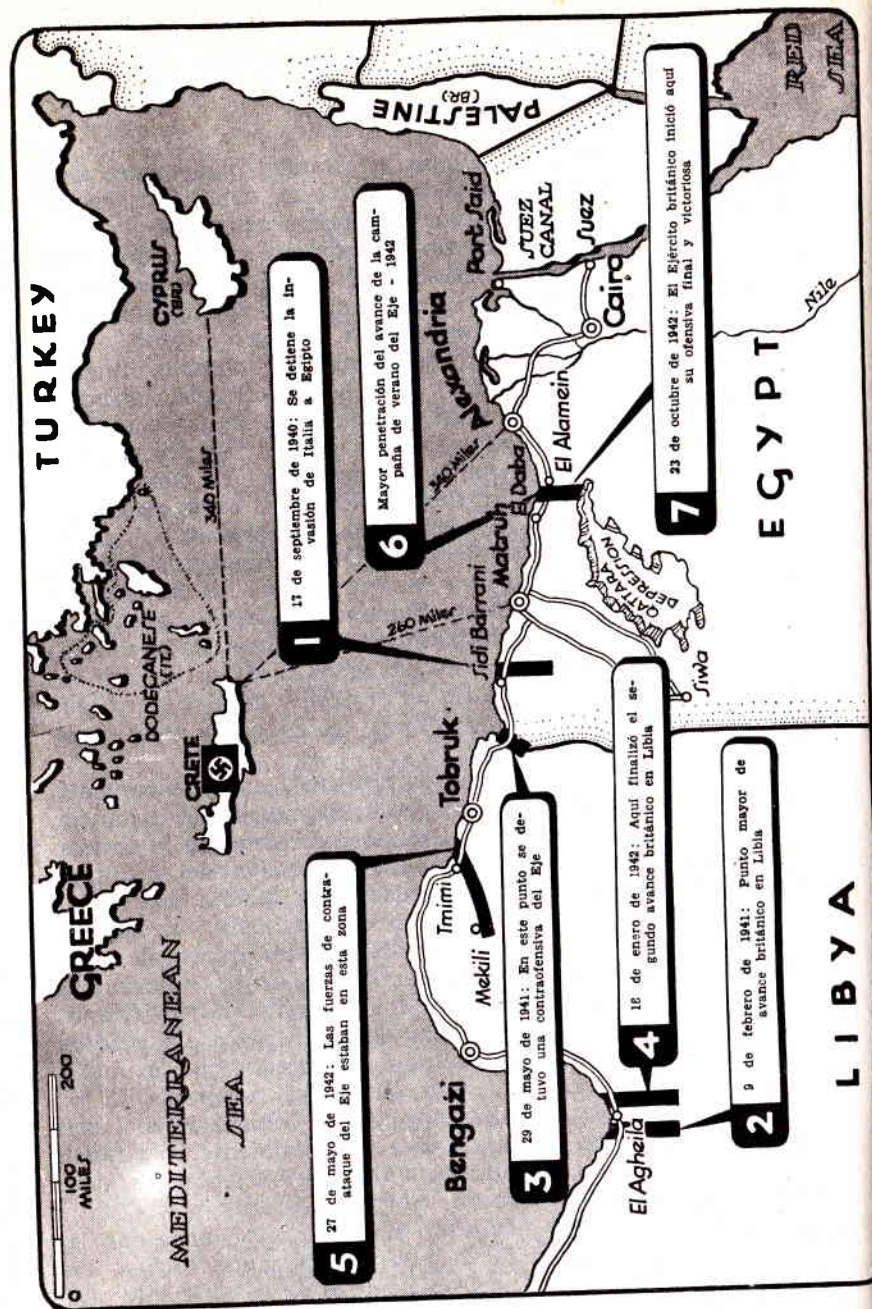
Así hablaba el general Erwin Rommel en los primeros días de la batalla de El Alamein. Estas palabras estaban destinadas al gran público, pero el «Zorro del desierto», inteligente y realista, ya abrigaba bastantes reservas en su fuero interno.

Al Duce italiano y al Führer alemán, en cambio, ninguna duda venía a turbarles el sueño. Ellos se consideraban al borde de una gigantesca victoria y estaban absolutamente seguros de alcanzar un triunfo resonante. La ofensiva del Eje por el norte de Africa había estado jalonada por monumentos conmemorativos de la derrota aliada. En Berlín y Roma, la radio pregonaba ya la inminente victoria. Los periódicos preparaban editoriales ultrarámbicos. Se habían acuñado medallas conmemorativas de las hazañas del *Afrika Korps* y los granaderos de Cerdeña. La moneda de ocupación, nueva y flamante, ya estaba preparada para ser distribuida. Mussolini, sediento de gloria, no se dormía sobre sus laureles y había hecho enviar ya al Africa su famoso caballo blanco, el cual montaría en el desfile de la victoria que se celebraría en El Cairo. La victoria del Eje sería total y significaría el fin de los Aliados.

Desde su *Wolfsschanze* (guarida de lobo), que se encontraba en la Prusia Oriental, a más de 3.000 kilómetros de distancia, Hitler contemplaba los enormes mapas murales que le servían para «dirigir personalmente la batalla decisiva del norte de Africa». Estudió con renovada intensidad, asimismo, sus mapas geográficos. Estaba a punto de realizarse su sueño: un enorme movimiento de tenaza en el curso del cual una punta de lanza germana avanzaría por Ucrania hasta el Cáucaso, mientras la otra avanzaría hacia el Este por los desiertos norteafricanos hasta el canal de Suez, la yugular de los Aliados. La pérdida de Suez sería un golpe más fatal para los Aliados que la propia caída de Londres. A continuación, Hitler se apoderaría de los yacimientos petrolíferos del Oriente Medio, aplastaría el flanco indefenso de la Unión Soviética, metería finalmente en cintura a los tercios ingleses y por último, unidos a los japoneses, pondrían de rodillas a los bárbaros norteamericanos.

Entonces, el nombre de Adolfo Hitler se inscribiría con letras de oro en los anales de la guerra, eclipsando incluso los de Alejandro y Napoleón, pues un hombre de su talla sólo aparece una vez cada mil años.





Este era su sueño grandioso..., que terminó convirtiéndose en una pesadilla. El Alamein fue ciertamente un punto decisivo y en él se libró una tremenda batalla... pero resuelta a favor de los Aliados. Estos vencieron en El Alamein porque poseían la mejor combinación de poderío aéreo, naval y terrestre, y los abastecimientos más eficaces, contando además con los imponderables representados por una magnífica dirección y en sus tropas una moral a toda prueba. El curso ulterior del mundo occidental se decidió en aquellos desolados arenales del norte de Africa.

Los dos ejércitos rivales se enfrentaban en El Alamein, localidad situada tan sólo a 96 kilómetros al oeste de Alejandría, sobre una línea que iba de Tel el Eisa, en la costa mediterránea, y la colina piramidal de 182 metros de altura llamada Qyaret el Hemeimat, cerca del borde de la impracticable depresión de Kattara. El Alamein era la única posición de todo el frente norteafricano que no podía ser rebasada por el flanco; el vencedor tenía que romper las líneas enemigas si quería pasar. Era un territorio de una desolación infinita, un campo de batalla desolado y sobrecogedor, formado por extensiones arenosas que alternaban con innumerables cerros de árida roca. Incapaces de cavar trincheras en aquel suelo pedregoso, ambos bandos se vieron obligados a construir pequeños parapetos con piedras sueltas.

En la batalla de desgaste que se avecinaba, el problema de los abastecimientos era de capital importancia, pues el apetito de las máquinas de guerra era insaciable. Una sola división blindada del octavo ejército británico requería *diariamente* 320.000 litros de gasolina, 350 toneladas de munición y 50 toneladas de piezas de recambio. El bando que pudiese abastecer debidamente a sus guerreros del desierto contaría con la ventaja en la lucha.

Los ingleses se encontraban únicamente a 320 km de Suez, pero sus tanques, vehículos motorizados, carburante, pertrechos y municiones tenían que llegar a Port Said, Suez y Alejandría rodeando el cabo de Buena Esperanza. La acumulación de material de guerra fue lenta pero segura. A comienzos de octubre de 1942, un convoy formado por 18 barcos aliados arribó a Egipto para desembarcar nuevos tanques *Sherman* americanos, miles de camiones y *jeeps*, docenas de cañones autopropulsados y centenares de aviones. Los Aliados pronto contarían con más fuerzas blindadas que el Eje. Los ingleses contaban con otra ventaja de importancia vital: los únicos manantiales de agua dulce, situados en las cercanías de El Alamein, se encontraban en su poder.

La geografía parecía favorecer al Eje en la batalla de los



abastecimientos, pero la geografía puede ser engañosa. Las tropas del Eje que defendían El Alamein se encontraban a 480 kilómetros al este de Tobruk, cuyo puerto era de muy reducida capacidad y por lo tanto inadecuado; casi todos los pertrechos destinados a las fuerzas germanoitalianas tenían que desembarcarse en Bengasi, que estaba a casi 1.000 km al oeste de El Alamein. Tres cuartas partes de los transportes del Eje que zarparon de Italia rumbo a Bengasi fueron hundidos por la RAF o por la escuadra británica. El agua representaba otro problema crítico para el Eje. Teniendo en cuenta que los ingleses habían tenido la precaución de echar sal o petróleo o incluso destruir la mayoría de los pozos que rodeaban El Alamein, los alemanes e italianos tenían que traer hasta la última gota de agua por carretera.

La clave para el problema de los abastecimientos estaba constituida por la isla de Malta, la inestimable base aeronaval defendida tenazmente por los ingleses. Hitler creía que podía abastecer a sus tropas a través de Creta, mientras «inmovilizaba a Malta» mediante bombardeos aéreos. En esto también se equivocó. Los buques de guerra que tenían su base en Malta desbarataban las líneas de abastecimiento del Eje en el Mediterráneo, e impidieron que Rommel acumulase el material necesario para la ofensiva.

Por si aún no fuese bastante, la RAF era dueña de los cielos y se dedicaba a hostigar los convoyes enemigos, las caravanas de camiones que avanzaban por las carreteras y las tropas de tierra. Hitler, que tenía hasta el último de sus aviones en el frente ruso, no podía prestar a sus tropas africanas la cobertura aérea que éstas necesitaban desesperadamente. Como ya era de esperar, el mariscal Hermann Goering, jefe de la *Luftwaffe*, trató de echar la culpa a otro para salir de aquella situación tan embarazosa. Durante una conferencia celebrada en el cuartel general de Hitler de la Prusia Oriental, a primeros de septiembre de 1942, Goering trató de poner en ridículo a Rommel, quien aseguraba que los cazabombarderos ingleses habían destruido tanques alemanes con granadas de 40 mm de fabricación norteamericana.

—Esto es completamente imposible —dijo Goering—. No pasa de ser un rumor salido de las letrinas. Lo único que los americanos son capaces de fabricar son hojas de afeitar y neveras.

Rommel, que había tomado la precaución de llevar consigo algunas muestras de aquellas granadas, replicó:

—¡Ojalá nos diesen hojas de afeitar como éstas *Herr Reichsmarschall!*

En agosto de 1942, Churchill, en ocasión de su primera reunión

con Stalin, celebrada en Moscú, se detuvo en El Cairo para apreciar la situación en el norte de África y el Oriente Medio. Aprovechó esta visita para reorganizar los mandos ingleses y afrontar la crisis creada por el avance del Eje hacia las puertas de Egipto. A consecuencia de esta reorganización, el general sir Harold Alexander fue nombrado comandante de las fuerzas británicas del Oriente Medio. El mando del Octavo Ejército constituía un verdadero problema. El teniente general W. H. E. («Strafer») Gott, destinado a ocupar este puesto, pereció en un accidente de aviación. Tras maduras reflexiones, Churchill eligió al teniente general Bernard L. Montgomery.

Resultó una decisión acertadísima. La batalla final para el dominio del norte de África fue sostenida así por dos genios militares, ambos capaces de prever y adivinar las decisiones enemigas e improvisar en lo más reñido de la batalla. Fue ciertamente una lucha de titanes.

Bernard Law Montgomery, como los generales Harold Alexander, Alan Brooke (más tarde lord Alanbrooke) y John Dill, era oriundo de Irlanda del Norte, por su familia. Sin embargo, Montgomery nació en Londres el 17 de noviembre de 1887, asistió a las clases de Sandhurst, la famosa academia militar inglesa, ingresando en el Ejército en 1908. Participó en la Gran Guerra, en la que fue herido y condecorado, siendo destinado más tarde a Palestina, Transjordania y la India. Cuando estalló la segunda Guerra Mundial, era un oscuro general de división que acababa de recibir el mando de una división en Inglaterra.

De pequeña estatura, delgado pero de complexión férrea, de ojos azules y penetrantes, a sus 55 años, Montgomery daba la impresión de un gavián. Era un hombre de una personalidad extraordinaria, que no se basaba en un complejo de inferioridad sino en todo lo contrario: en una completa confianza en sí mismo. «Dadme quince días», dijo, «y resistiré el ataque alemán. Dadme tres semanas y derrotaré a los "boches". Dadme un mes y los expulsaré de África.» Cuando la batalla de El Alamein empezó a presentar mal cariz, Montgomery declaró, sin inmutarse: «Es matemáticamente seguro que terminaré por aniquilar a Rommel.» Parecía un inofensivo maestro de escuela, pero poseía una belicosidad innata: «Mañana le pondremos al enemigo la nariz como un pimiento morrón.»

Montgomery era un hombre imperioso, enigmático, muy dispuesto a criticar a los demás e incluso insolente en su trato con superiores e inferiores. Antes de ascender al generalato, uno de sus superiores observó en un informe sobre sus aptitudes que «Montgomery es merecedor de un ascenso...», pero que debería demostrar más tacto, tolerancia y discreción». Estas



palabras no podían ser más exactas. Tenía grandes dotes para enajenarse las simpatías de sus superiores, pero al propio tiempo, como Rommel, poseía una habilidad extraordinaria para conquistar la fidelidad de los hombres que combatían a sus órdenes. Para el último de sus soldados no era más que «Monty», quien sólo se distinguía de sus hombres por las dos tiretas que adornaban su boina.

Aunque fuese difícil tratar con Montgomery, no hay duda de que era uno de los jefes más capacitados de que dispusieron los ingleses durante la última conflagración mundial. Era un hombre que no se andaba con rodeos, pero también era un estratega de primer orden que conocía al dedillo el carácter y los problemas de la guerra motorizada. Sirvan para demostrarlo estas palabras de elogio del general Eisenhower: «El general Montgomery no tiene rival en dos importantes características. Sabe crear rápidamente una intensa devoción y admiración por su persona entre la tropa..., el bien más inestimable que puede poseer un jefe. La otra característica principal de Montgomery es su habilidad táctica en lo que pudiéramos llamar la "preparación" de la batalla... Es un hombre cuidadoso, metódico y seguro.»

El oponente de Montgomery en El Alamein era el mariscal Erwin Rommel, cuya aptitud para la lucha en el desierto ya le había ganado el apodo de «Zorro del desierto». Rommel combatió como teniente en el Arbonne durante la Gran Guerra, y fue ascendiendo gradualmente hasta las más altas cumbres de la oficialidad alemana. Enérgico, incansable, era un maestro en la resolución de los problemas técnicos que planteaba la guerra. Dotado de un certero instinto militar y una extraordinaria clarividencia, raramente seguía un plan preconcebido; en cambio, capaz de abarcar todo un campo de batalla de una ojeada, improvisaba y hacía reajustes de acuerdo con la situación. Sincero, franco, abierto, dominaba el arte de manejar a los hombres. Tampoco se hallaba exento de magnetismo personal. Sus tropas le idolatraban y decían: «¡El frente está allí donde está Rommel!» Para la camarilla militar prusiana, no era más que un advenedizo. Para Hitler, pese a la envidia que le inspiraba la popularidad de su general, Rommel era un jefe militar indispensable.

El teniente general Hans Speidel dijo de Rommel que era «un soldado dotado de *valor cívico*, cuyo patriotismo se fundaba en la verdad y estaba arraigado en su suelo natal, que vivía fuera del tiempo. Honrado con amigos y enemigos, era un hombre interiormente libre... Era la personificación de todo cuanto hay de bueno y de decente en el soldado alemán».

Rommel se granjeó el respeto de sus enemigos. «Durante

toda la campaña de Africa», escribió Churchill, «Rommel demostró ser un maestro en el arte de dirigir las formaciones móviles, especialmente al reagruparlas rápidamente después de una operación para aprovechar el éxito inicial. Era un espléndido estratega, que dominaba los problemas del abastecimiento y se reía de la oposición. Al principio, el Alto Mando alemán, que le dejó en libertad de actuar a su antojo, quedó tan sorprendido ante sus victorias, que se sintió inclinado a refrenar sus ímpetus. Su ardor y su osadía nos acarrearón graves reveses... [Fue] un gran general. También es acreedor a nuestro respeto porque, si bien fue un soldado leal, llegó a odiar a Hitler y todas sus obras...»

El plan de acción de Rommel en El Alamein se proponía principalmente pasar a la ofensiva, cuidando al propio tiempo de la defensiva. Construyó un laberinto de alambradas y estableció una serie de campos minados dispuestos en una «defensa escalonada», formando una sucesión de hileras paralelas detrás de las líneas del frente. Dio a este dispositivo el nombre de «jardines del diablo», y en ellos los atacantes se encontrarían rodeados por un fuego mortífero. Pero Rommel sólo se proponía apelar a este plan defensivo en caso de apuro. Justamente famoso por sus fulminantes operaciones, no tenía intención de librar una batalla puramente defensiva. Le bastaban 4.000 litros de gasolina para ponerse en marcha. Era verdad que sus tropas se caían de cansancio, pero su moral era elevada. Sorprendería de improviso al enemigo, irrumpiendo de pronto a través de sus líneas en El Alamein, para avanzar después en una ofensiva relámpago hasta el canal de Suez.

El plan de Montgomery estaba también cuidadosamente preparado. La muletilla favorita del pintoresco general inglés era que había que tener una clara superioridad de material antes de iniciar un movimiento, actitud que había de hacerle objeto de muchas críticas cuando más tarde se libró la batalla del Saliente. «Rommel podía hacer lo que quisiera», dijo Montgomery más tarde. «Yo no tenía la menor intención de iniciar *nuestro* ataque antes de que estuviésemos preparados. Cuando llegase ese momento, atacaríamos a Rommel... y lo expulsaríamos de Africa.»

Así que asumió el mando del Octavo Ejército, Montgomery hizo correr a todo el mundo. Reorganizó totalmente el Ejército casi de la noche a la mañana. Apartó de su lado a los oficiales incompetentes, sin hacer distinciones entre ellos, ya fuesen tenientes o generales. Visitó las líneas del frente, adoptó rápidas decisiones sobre el terreno, cambiando lo que había que cambiar y habló con sus hombres, inspirándoles la sincera confianza que en él rebotaba. A los pocos días, todos los soldados



aliados de El Alamein comprendían que un nuevo factor acababa de añadirse a la guerra del desierto que se libraba en el norte de África: un jefe militar que podía medirse dignamente con el legendario «Zorro del desierto».

Montgomery hizo pedazos todas las órdenes y planes prece-dentes para una retirada del Octavo Ejército a Egipto y el Oriente Medio. Prohibió que se continuasen enviando unidades aisladas contra el enemigo, como hasta entonces se había venido haciendo, para tratar de descubrir sus puntos débiles. A partir de aquel momento, afirmó, hasta el último gramo del poderío aliado se concentraría en formaciones compactas de una fuerza arrolladora. Más tarde, comentó: «Me pareció que lo que Rommel quería era que nuestros blindados le atacasen. Yo decidí que esto no volvería a ocurrir. Serían sus tanques los que atacaran a los nuestros, enterrados en posiciones de las que sólo asomaba la torreta.»

Lo que el inglés se proponía era ser más zorro que el mismísimo «Zorro del desierto». Montgomery imaginó una serie de ingeniosas tretas para engañar a Rommel y hacerle creer que los Aliados iban por un sitio cuando en realidad avanzarían siguiendo otra ruta. El ataque principal se produciría por el Norte, pero Montgomery dio la impresión de que estaba concentrando todas sus fuerzas en el Sur, para lanzar desde allí un ataque en masa.

Empezó una especie de juego del escondite en la región situada al norte de El Alamein. Montgomery ocultó en ella a centenares de sus mejores tanques *Sherman* y, a cubierto de las tinieblas, emplazó pesadas piezas de artillería. Ordenó que se borrasen cuidadosamente las huellas que dejaban los tanques en la arena. Recomendó a sus soldados que demostrasen hallarse entregados a muy escasa actividad. Ésta era su verdadera fuerza.

En el sector del Sur amontonó profusión de depósitos falsos de combustible. Toda la región quedó cubierta de tanques y aviones de mentirijillas. Millares de hombres parecían trabajar descargando pertrechos (en realidad inexistentes), borrando las huellas de los tanques, corriendo de una parte a otra. Los soldados, encantados de su nuevo papel de comediantes, descubrieron que poseían un talento ignorado en el arte del simulacro. Así se montó una obra maestra de la comedia militar, obra de un director de escena que era un genio. La estratagema dio el resultado apetecido: los pilotos alemanes que efectuaban vuelos de reconocimiento descubrieron la tremenda barahúnda en el Sur... la polvareda que parecía preludiar una ofensiva y, como era su deber, comunicaron la presencia de una enorme concentración enemiga en el Sur.

El último día de agosto de 1942, después de recibir la seguridad, por parte del mariscal Albert Kesselring y del mariscal italiano Ugo Cavallero, de que 6.000 toneladas de carburante estaban en camino (nunca llegaron a su destino), Rommel atacó. Después de hacer varias fintas por el norte y el centro, lanzó sus fuerzas contra lo que consideraba la principal concentración enemiga en el Sur. Su plan consistía en romper las líneas de Montgomery siguiendo el borde de la depresión de Kattara, girar entonces al Norte para dirigirse a la costa y de allí seguir hacia Suez.

Los combatientes aliados, entre los que se encontraba la famosa VII División Blindada, conocida por el nombre de *Ratas del desierto*, contraatacaron. Los aviones de la RAF, volando en apretadas formaciones sin encontrar oposición, machacaron las líneas de Rommel.

Los tanques del Eje avanzaban hacia la zona situada al sur de Alam el Halfa, metiéndose de cabeza en la boca del lobo, o sea en la celada que les había tendido Montgomery. El astuto inglés incluso se las había arreglado para hacer que cayese en manos de Rommel un mapa amañado según el cual el terreno de Alam el Halfa era perfecto para los tanques. Cuando los monstruos mecánicos de Rommel llegaron allí, se vieron obligados a detenerse, atascados en la arena. Rommel terminó por olfatear la trampa. Al comprender que su ataque no había sorprendido al enemigo, interrumpió la ofensiva a los tres días y regresó a sus posiciones originales.

Llegaron órdenes de Hitler: Rommel regresaría a Alemania para ingresar en un sanatorio de los montes Semmering, donde se sometería a un tratamiento médico que necesitaba desde hacía mucho tiempo. Para relevar a Rommel durante su ausencia, el Führer envió al general Georg von Stumme.

Montgomery esperó pacientemente durante cerca de siete semanas, preparándolo todo entre tanto para asestar el golpe.

El 23 de octubre, Montgomery arengó a sus tropas:

—Cuando asumí el mando del Octavo Ejército, dije que la orden era destruir a Rommel y sus fuerzas, y que la ejecutaríamos tan pronto como estuviésemos preparados. ¡Ya estamos preparados!

Aquella noche, a las 9 horas y 40 minutos, bajo un radiante claro de luna, Montgomery dirigió su ofensiva, la tercera y última de la campaña de Libia, que había de conocerse por el nombre de Batalla de El Alamein.

La orden era vencer o morir.

Un millar de piezas de artillería de grueso calibre abrieron el fuego contra las posiciones germanas. Los cegadores fogonazos rasgaron sucesivamente el cielo nocturno, a medida que



las baterías fueron entrando en acción. Luego resonaron los ensordecedores estampidos de los cañonazos. «Durante veinte minutos», refirió un testigo presencial, «la poderosa concentración artillera rugió y escupió acero, formando un coro ensordecedor. El fragor de los obuses que caían sobre el enemigo podía compararse al que produciría una granizada sobre una ciudad de plancha de hierro ondulada y en la que además redoblasen diez mil tambores. Era algo espantoso.»

Entonces los morteros añadieron sus agudos silbidos y sus destellos al creciente pandemónium. Casi al mismo instante, las ametralladoras iniciaron su áspero tableteo. Las bocas de las armas de fuego estaban al rojo, mientras una granizada de metralla volaba hacia el enemigo, rasgando las tinieblas nocturnas. Las posiciones avanzadas de Rommel, defendidas por la infantería, fueron completamente pulverizadas.

Cuatro horas después cesó la preparación artillera. Durante unos minutos reinó un extraño silencio, que ofreció un contraste amedrentador con el fragor espantoso de la artillería. De pronto parecieron brotar del desierto unos gritos espeluznantes, débiles al principio pero que pronto fueron haciéndose más fuertes. Eran los gritos de guerra de la infantería, que atacaba a la bayoneta, aquellos gritos inhumanos que han resonado en un millar de campos de batalla.

Luego se iniciaron los primeros ataques en masa de sondeo por parte de los blindados ingleses ligeros. A la mañana siguiente, dos amplios corredores limpios de minas atravesaban las líneas del Eje.

Montgomery lanzó entonces el grueso de sus divisiones de asalto en un ataque en masa: unidades blindadas, brigadas blindadas independientes y una buena porción de sus tanques, mientras mantenía un número suficiente de ellos en reserva para utilizarlos más tarde si fuese necesario. Era una fuerza abrumadora que se abalanzaba sobre 270 tanques alemanes y unos 300 tanques italianos de tipo anticuado (algunos de ellos cayeron en pedazos cuando dispararon sus propias piezas de artillería).

En la acción intervenían soldados veteranos de la *Commonwealth*: ingleses, escoceses, australianos, neozelandeses, tropas indias y sudafricanos. Se combatió encarnizadamente, pero la balanza de la victoria se fue inclinando poco a poco a favor de los Aliados. El general von Stumme, que había relevado a Rommel, murió víctima de un ataque cardíaco en pleno campo de batalla.

La noticia de la catástrofe, junto con peticiones de carburante y pertrechos, fue telegrafiada a Hitler, que se encontraba en su guarida de lobo. El 24 de octubre de 1942 al mediodía,

el Führer telefoneó a Rommel en el sanatorio en que se encontraba, para preguntarle si se consideraba capaz de asumir nuevamente el mando en El Alamein. Aunque todavía no estaba repuesto del todo, Rommel accedió inmediatamente, y, pasando por Creta, se dirigió por vía aérea a su cuartel general, donde llegó la noche del 25 de octubre.

Era demasiado tarde. La artillería inglesa machacaba ininterrumpidamente todo el frente. El desierto estaba sembrado de tanques alemanes destruidos e incendiados. A intervalos de una hora, la RAF se lanzaba al ataque de los blindados del Eje que habían quedado inmovilizados por falta de gasolina. Los aviones italianos, de vuelo muy lento, se veían acosados por los veloces cazas británicos y, en su turbación, descargaban las bombas sobre sus propias tropas. Las tropas italianas de tierra, por su parte, no podían huir porque los alemanes habían acaparado todos los medios de transporte.

El 31 de octubre, Rommel lanzó un contraataque que apenas produjo efectos apreciables. Cometió la equivocación de lanzar sus reservas paulatinamente, mientras Montgomery desencadenó un ataque concentrado con todas sus tropas en un frente estrecho.

Mussolini envió a Rommel un mensaje en el que le manifestaba «su profundo aprecio por el victorioso contraataque que había dirigido personalmente».

Hitler le envió un cablegrama en el que casi le suplicaba que alcanzase la victoria:

Yo y el pueblo alemán contemplamos la heroica batalla defensiva que se está librando en Egipto. Tenemos plena confianza en vuestras facultades de mando, así como en el valor de las tropas alemanas e italianas que combaten a vuestras órdenes. En la situación en que ahora os encontráis, la única alternativa posible consiste en resistir, sin retirarse jamás y empeñando hasta el último cañón y el último hombre en la batalla. Durante los próximos días llegarán importantes refuerzos aéreos, para ponerse a las órdenes del comandante en jefe del Sur. El Duce y el Mando Supremo italiano harán también todo lo posible para que se os faciliten los medios necesarios para continuar la batalla. El enemigo cuenta con superioridad numérica, pero él también terminará por encontrarse sin recursos. No será la primera vez en la Historia en que la fuerza de la voluntad prevalece ante los batallones más fuertes del enemigo. El único camino que podéis mostrar a vuestras tropas es el que conduce a la victoria o a la muerte.

O sea que el Führer aconsejaba a Rommel que utilizase su fuerza de voluntad para oponerla a los veloces blindados británicos. Pero la píldora que tenía que tragarse el «Zorro del desierto» era muy amarga.



He aquí algunos titulares publicados por la prensa londinense el 4 de noviembre:

En Egipto, las fuerzas del Eje inician su retirada hacia el Oeste.

Las columnas que retroceden en desorden por la carretera de la costa tienen que soportar ataques aéreos día y noche.

Se han capturado y destruido 260 tanques y 270 cañones.

Se llevan contados hasta ahora 9.000 prisioneros.

Las fuerzas del Eje se hallaban ya en plena retirada y los Aliados irrumpían por su retaguardia. Entre los prisioneros se encontraba el general Ritter von Thoma, comandante del *Afrika Korps*, que tachó de «locura sin igual» la orden de Hitler de resistir a toda costa. Cuando fue capturado, Von Thoma, lucía su uniforme de general y sobre su pecho brillaban todas sus condecoraciones. El general alemán, que llevaba un saco de lona y vagaba como aturrido por el campo de batalla, fue apresado por unos sorprendidos soldados ingleses.

En este momento, cuando ya era demasiado tarde, Hitler hizo saber a Rommel que accedía a la retirada. El «Zorro del desierto» y los restos de su altivo ejército se retiraron hacia el Oeste, perseguidos tenazmente por los ingleses y hostigados por bombardeos aéreos y navales, mientras retrocedían por la carretera costera para volver a Libia. Los vehículos alemanes tuvieron que detenerse, a consecuencia de un tremento embottellamiento. Cuando por último los alemanes consiguieron llegar a Marsa Matruk, una lluvia providencial les salvó de la aniquilación. El Eje había perdido 60.000 hombres, 1.000 cañones y 500 tanques en la retirada.

El 8 de noviembre, el mundo se enteró de otro gigantesco movimiento de tenaza, realizado esta vez por los Aliados. La Operación Antorcha comenzó cuando el general Eisenhower desembarcó con sus fuerzas en numerosos puntos de la costa del África del Norte francesa. Rommel se encontró entonces atrapado entre dos fuegos.

Para Hitler, aquello era un desastre completo e irreparable, el fin de sus sueños grandiosos de conquistar Egipto. Terminaría perdiendo todas las tropas, pertrechos, depósitos de municiones y equipo pesado que tenía en el norte de África.

Para los Aliados fue una victoria sensacional, que coincidió con la victoria soviética en Stalingrado y el triunfo norteamericano en Guadalcanal.

La opinión pública inglesa no cabía en sí de gozo al enterarse de aquella noticia. Seis semanas antes de El Alamein, un periódico inglés había efectuado una encuesta entre sus lectores

bajo el título de: «¿Quién es el mejor general del mundo?» El director del periódico se sintió en posición algo incómoda cuando sus lectores contestaron, por una inmensa mayoría, que éste era Rommel. Cuando después de El Alamein se celebró otra encuesta similar, quien se llevó la palma fue Montgomery.

«La batalla de El Alamein», comentó Churchill, «fue el punto decisivo para las armas británicas durante esta guerra mundial. Hasta El Alamein sobrevivimos. Después de El Alamein, conquistamos.»

De entonces en adelante, el artífice de la victoria en el desierto llevaría el nombre de Montgomery de El Alamein.

#### OPERACIÓN «ANTORCHA»:

#### EL DESEMBARCO ALIADO EN EL NORTE DE ÁFRICA

En junio de 1942, el presidente Roosevelt y el primer ministro Churchill se reunieron en Washington para estudiar los próximos pasos que habían de darse en la guerra contra el Eje.

La situación no era muy alentadora. En las aguas costeras americanas, los barcos se perdían en una proporción alarmante. En el Norte de África, Rommel el peripatético y sus veloces tanques se hallaban apostados en El Alamein, reuniendo fuerzas para lanzarse hacia el canal de Suez. Y el mariscal Stalin, que aún sospechaba de sus aliados, pedía a voces un segundo frente, acusando otra vez a los ingleses de cobardía y advirtiéndoles que Rusia no podría continuar la guerra si no se aliviaba un tanto la presión que pesaba sobre sus ejércitos.

En Washington se adoptó una decisión de alto nivel: la operación «Overlord» (al principio llamada *Roundup*), la tan ansiada invasión en masa de la *Festung Europa* de Hitler a través del canal de la Mancha, tendría que esperar hasta el verano de 1943, o tal vez más tarde. Si en septiembre de 1942, Rusia pareciese hallarse al borde del colapso, entonces se produciría una limitada operación «Sledgehammer». El «tío Pepe» tendría que esperar. La operación «Overlord» debería aplazarse hasta que la concentración de fuerzas hiciese imposible un nuevo Dunquerque.

Roosevelt y Churchill se mostraron de acuerdo en que el teatro europeo de la guerra era de una importancia decisiva. Churchill volvió a mencionar el «blando bajo vientre de Europa». Roosevelt, que en enero de 1942 ya había propuesto un desembarco norteamericano en Casablanca, que recibiría el nombre de operación «Gymnast», resucitó entonces su plan primitivo. Había que hacer algo, dijo el presidente de los Estados



Unidos, para «agarrar a Rommel por el rabo». Churchill se mostró de acuerdo.

La operación «Antorcha» sería una invasión simultánea angloamericana del noroeste de África, que tendría lugar todo lo más tarde el 30 de octubre de 1942. Sus objetivos eran los siguientes:

1. Atrapar a Rommel en el África del Norte entre el VIII Ejército británico y las fuerzas invasoras por el Oeste.
2. Proporcionar una excelente base de invasión para iniciar las operaciones contra el sur de Europa.
3. Reforzar el bloqueo del Eje y la alianza con Rusia.
4. Proporcionar nuevas bases que permitiesen asegurar la defensa de las rutas marítimas del Mediterráneo y el sur del Atlántico.
5. En el caso de que se viese coronada por el éxito, confirmaría la neutralidad española y evitaría que Franco entrase en la guerra al lado del Eje.
6. Evitaría y se anticiparía a cualquier acción militar que pudiesen planear los alemanes e italianos.

Cuando la noticia de la operación «Antorcha» fue comunicada a Stalin, éste la aprobó con entusiasmo. Para ser fiel a sus principios continuó haciendo a los ingleses objeto de sus mordaces sátiras por lo que consideraba sus pocas ganas de luchar contra los alemanes, pero se alegró de saber que existía ya un plan concreto destinado a aliviar la presión que pesaba sobre sus propios ejércitos.

La gran estrategia de la operación «Antorcha» fue elaborada en Londres por los jefes de Estado Mayor conjuntos. A consecuencia de una súbita decisión, que no dejó de ser sorprendente, el teniente general norteamericano Dwight D. Eisenhower fue puesto al mando de la operación. Al comienzo de las hostilidades, Eisenhower era tan poco conocido incluso en su propio país, que en una fotografía publicada en la prensa se le dio el nombre de «teniente coronel D. D. Ersenbeing».

Dwight D. Eisenhower nació el 14 de octubre de 1890 en Denison (Texas). Descendía de menonitas alemanes de la región del Rin, que se establecieron en Pensilvania en la década comprendida entre 1730 y 1740, para colonizar después Kansas y Texas. Se graduó como segundo teniente en West Point en 1916. Durante la Gran Guerra estuvo destinado en el XIX de Infantería en Fort Sam Houston (Texas). En 1918 lucía los galones de teniente coronel y mandaba una formación de tanques en Camp Colt (Gettysburg, Pensilvania).

Un artículo que Eisenhower había escrito alrededor de 1930 llamó la atención del general Douglas MacArthur, que entonces era jefe de Estado Mayor, quien solicitó que aquel prometedor

oficial fuese destinado a sus oficinas. Cuando MacArthur fue enviado a las Filipinas en 1935 como jefe de la Misión Militar americana, llevó consigo a Eisenhower. Éste permaneció con MacArthur hasta 1939. Luego fue nombrado jefe de Estado Mayor de la III división (1940-41), y en 1941 del Tercer Ejército. Después de las maniobras efectuadas en Luisiana, fue nombrado jefe de la sección de Planes de Guerra, del Estado Mayor General del departamento de Guerra y por último se convirtió en jefe auxiliar de Estado Mayor, en la sección de Operaciones, con el rango de teniente general. El 8 de noviembre de 1942 fue nombrado comandante de las fuerzas aliadas que iban a desembarcar en el norte de África, después comandante en jefe de las fuerzas aliadas en aquella región, ascendiendo al generalato en febrero de 1943.

El mando de las fuerzas navales que participarían en la invasión del norte de África fue confiado al almirante sir Andrew Browne Cunningham, un oficial de la marina británica famoso por su combatividad.

Los preparativos comenzaron inmediatamente en Inglaterra y los Estados Unidos, donde las tropas fueron adiestradas en los secretos de la guerra en el desierto y en las regiones montañosas. Al propio tiempo la maquinaria industrial de ambas potencias empezó a fabricar las ingentes cantidades de material y pertrechos que se necesitaban.

Todas y cada una de las fases de la operación «Antorcha» tuvieron que prepararse teniendo en cuenta la complicadísima situación política entonces existente. Los dirigentes anglosajones acordaron que, para no herir susceptibilidades francesas, la operación tenía que hallarse dirigida en apariencia por los Estados Unidos. Fue por esto, en parte, por lo que el mando de la operación se confió a un general norteamericano. Las autoridades militares y civiles francesas del norte de África, pese a cuál pudiese ser su opinión particular sobre los alemanes, habían jurado fidelidad al mariscal Pétain y al gobierno de Vichy. Solamente si los norteamericanos se presentaban con fuerzas abrumadoras, aquellos franceses podrían pretexto la imposibilidad de toda defensa ante fuerzas tan superiores en número, al gobierno de Vichy y a sus amos nazis.

Desde el punto de vista norteamericano, la operación «Antorcha» era lamentable pero absolutamente necesaria. Aquella era la primera vez en la historia que los Estados Unidos habían planeado lo que podía calificarse de ataque no provocado contra un país supuestamente neutral. Pero Vichy había colaborado con Hitler y, como país satélite del Eje no podía confiar en su neutralidad para mantenerse al margen de aquella guerra total.

No realizaron negociaciones diplomáticas secretas a fin de



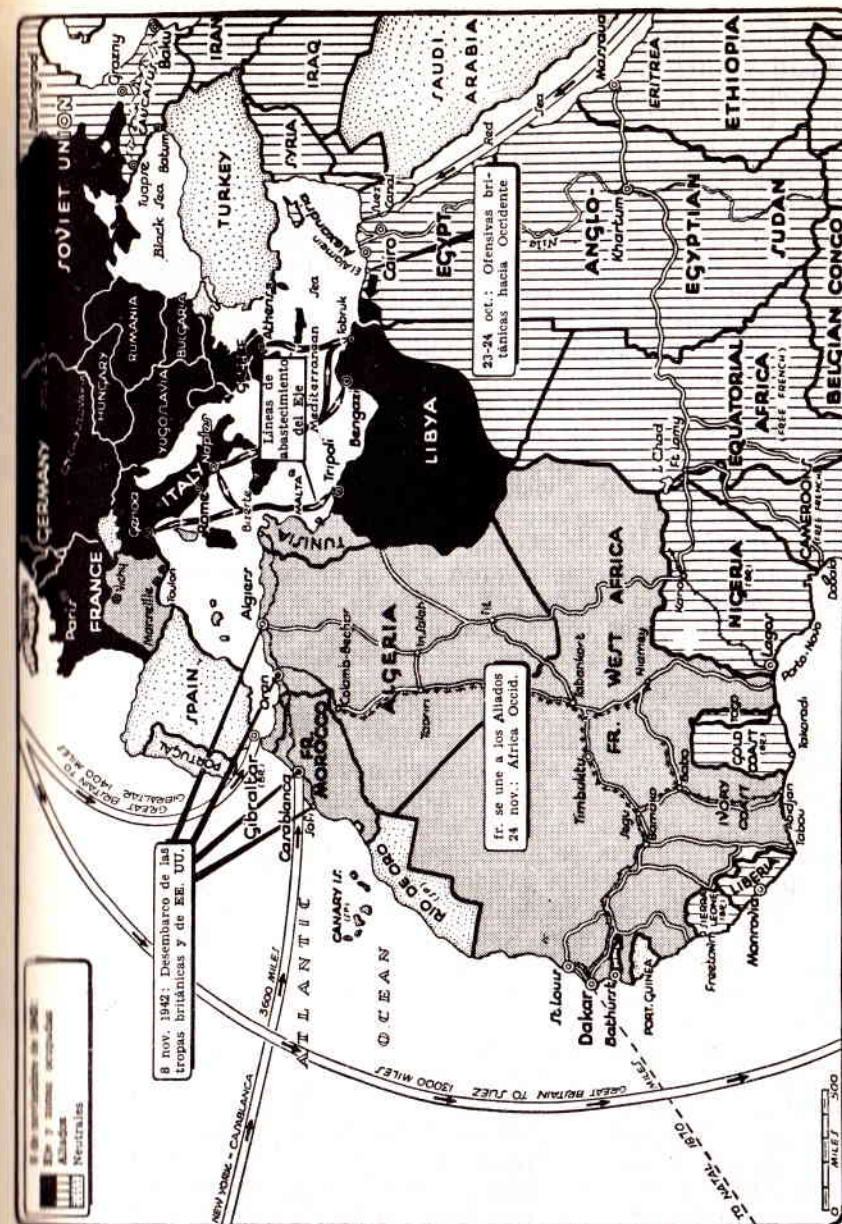
allanar el camino de la operación. Robert D. Murphy, el funcionario de mayor categoría que tenía el departamento de Estado en el Norte de África, y que estaba acreditado cerca de Vichy desde 1940, tenía por misión ganarse la ayuda de los franceses libres del Norte de África. Murphy envió a los dirigentes aliados de Washington y Londres una gran cantidad de valiosos informes sobre la actitud de la población militar y civil, los nombres de los oficiales que simpatizaban con los Aliados y los detalles de las defensas militares y navales francesas de aquella zona.

Esta labor tenía una valor inmenso. Pero en una cosa se equivocó, según refiere Eisenhower. Los generales franceses Charles Emmanuel Mast, jefe de Estado Mayor en Argelia, y Marie Émile Bethouart, que mandaba la región militar de Casablanca, le convencieron de que los franceses del Norte de África estaban dispuestos a agruparse en torno a un dirigente que encarnase su afán de libertad. Dieron entonces el nombre del general Henri Giraud, que había escapado de una prisión alemana durante la Gran Guerra, repitiendo esta hazaña a principios de 1942. Con esta hoja de servicios y su antigüedad en las filas del ejército francés, afirmaron los generales Mast y Bethouart, Giraud sería la figura ideal en torno a la cual se unirían los franceses del Norte de África para inclinarse hacia el campo aliado. Como demostraron los hechos posteriores, este consejo resultó erróneo.

A fin de comprobar, probablemente, la reacción francesa ante la invasión, se envió una misión militar norteamericana a Argel para establecer contacto con el general Mast y otros militares. El general de división Mark W. Clark y una reducida plana mayor fueron transportados en avión, del que pasaron a un submarino británico y una lancha de desembarco, que les dejó en la costa de Argelia. La expedición llegó al punto designado, pero al entrar la policía en sospechas, los negociadores franceses tuvieron que marcharse precipitadamente.

El general Clark y su pequeño grupo consiguieron escapar indemnes de aquellas aguas traidoras, perdiendo únicamente una suma muy importante que habían llevado consigo para allanar posibles dificultades. Esta melodramática operación tuvo todo el «suspense» de una película de espionaje, pues se hicieron señales mediante destellos desde la orilla, se acercaron botes de caucho remando silenciosamente para recoger a los emisarios, la policía secreta apareció de improviso y todos tuvieron que correr a ocultarse en un cuartel general subterráneo instalado en una bodega.

El general Charles de Gaulle, jefe de la Francia Libre, quedó totalmente excluido de la operación «Antorcha» en los primeros



DESEMBARCO DEL NORTE DE ÁFRICA



momentos. Aunque la figura de De Gaulle contaba con muchas simpatías entre la población civil francesa del Norte de África, los militares le consideraban como un renegado que había faltado a su juramento. Si él tenía razón al suponer que su actitud era la correcta, entonces tachaba implícitamente a los otros de cobardes. En opinión de los Aliados, la ayuda de De Gaulle no hubiera hecho más que complicar aún más las cosas, ya de por sí bastante complicadas. Además, en el desastre de Dakar, donde las fuerzas aliadas atacantes se retiraron desordenadamente ante la decidida resistencia francesa, participaron unidades degaullistas. El *Intelligence Service* suponía que esto se debió a una indiscreción cometida por el cuartel general de De Gaulle en Londres.

El 24 de octubre de 1942, cuando Montgomery se abrió paso entre las líneas del Eje en El Alamein, zarpó de los Estados Unidos un gigantesco convoy, mandado por el pintoresco y fanfarrón general de división George S. Patton, Jr., conocido familiarmente por el apodo de *Sangre y Tripas*, y el contraalmirante Henry K. Hewitt. Al día siguiente, dos grandes fuerzas navales angloamericanas levaron anclas de sendos puertos ingleses. Su destino era un punto situado a la altura del Norte de África, donde las tres formaciones se darían cita.

A las tres de la madrugada del 8 de noviembre, exactamente once meses después de Pearl Harbor, una armada formada por 500 buques de guerra y 350 transportes y barcos mercantes se reunió frente a las costas norteafricanas y, bajo la protección aérea con base en Gibraltar, empezó a desembarcar tropas en Casablanca (Marruecos), Orán y Argel (Argelia).

Argel, el centro de la actividad militar, política y económica francesa en el Norte de África, que era el más oriental de los tres principales objetivos aliados, se rindió en el curso del primer día. Las Fuerzas de Asalto Orientales, al mando del general de división Charles W. Ryder, consistían en la XXXIV División de los Estados Unidos, que había permanecido estacionada en Irlanda del Norte, un regimiento de la IX División y un batallón de batidores.

En Orán, ciudad situada 210 km al oeste de Argel, la resistencia fue mayor. Las Fuerzas de Asalto Centrales, mandadas por el general de división Lloyd R. Fredenall, que atacaban por este punto, estaban compuestas de la Primera División de Infantería de los Estados Unidos y elementos de la Primera División Blindada; ambas habían permanecido estacionadas en Inglaterra. En menos de dos días, las fuerzas atacantes se habían apoderado de Orán y de la importante base naval contigua de Mers el Kebir.

Los desembarcos que ofrecieron mayor dificultad fueron los

de Casablanca, ciudad situada en la costa atlántica de Marruecos. Casablanca era la estación terminal de un largo y anticuado ferrocarril que, avanzando en dirección Este por las estribaciones del Atlas, comunicaba aquella ciudad con Orán, Argel y Túnez. Por consiguiente, dicha línea férrea tenía una importancia vital para el abastecimiento por tierra de todas las tropas desembarcadas en el Norte de África. Las baterías costeras de Casablanca abrieron fuego contra las lanchas de desembarco. Pese a hallarse inmovilizado, el acorazado francés *Jean Bart* cañoneó con sus granadas de 38 cm la flota congregada frente a la costa, hasta que su artillería fue silenciada por los bombarderos, que lo atacaron en picado. Los asaltantes desembarcaron tanques al este y al oeste de la ciudad, en previsión de un asedio.

Pero toda resistencia cesó el 11 de noviembre.

La operación «Antorcha», que fue una jugada arriesgadísima, pilló al enemigo por sorpresa. Constituyó un éxito estratégico y táctico sin precedentes. En menos de tres semanas, fueron desembarcados en Casablanca, Orán y Argel, sin incidentes dignos de mención, 185.000 hombres, 20.000 vehículos y 200.000 toneladas de pertrechos.

Fue un triunfo de primer orden... pero, ¿qué ocurriría con la vidriosa situación política? Afortunadamente para los Aliados, el desembarco no provocó repercusiones en la España de Franco. Como ya era de esperar, el mariscal Pétain ordenó inmediatamente la resistencia y rompió sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Más importante aún era la actitud de los franceses en la región norteafricana. Desde la caída de Francia en 1940, muchos no sabían a qué carta quedarse. Así, la recepción que se tributó a las tropas aliadas fue ambigua: algunos franceses vitorearon a los invasores, otros les manifestaron abiertamente su oposición. Las autoridades locales, comerciantes y terratenientes, que en su mayoría eran partidarios de Vichy, deploraron el desembarco, pero no tardaron en ponerse del lado de los Aliados cuando se vio que la invasión había tenido pleno éxito.

Pero lo que tenía más importancia era la actitud que adoptarían las 14 divisiones francesas estacionadas en África del Norte. Aunque mal armadas y con una moral muy baja, podían causar una confusión indecible si reaccionaban de manera adversa al desembarco angloamericano. El problema inmediato consistía en entablar negociaciones directas con las autoridades francesas y convencerlas de que diesen a las tropas galas la orden de no resistir.

Fue entonces cuando los Aliados se sacaron de la bocamanga el que consideraban su mayor triunfo. Poco antes de que se iniciase la invasión, el general Giraud fue llevado al cuartel



general aliado, situado en Gibraltar, para que se entrevistase con Eisenhower. Giraud exigió de repente que le diesen el mando de toda la expedición aliada. Aunque en el Alto Mando aliado no figuraba entonces ni un solo francés y aunque el enemigo, en cambio, era francés, Giraud insistió en su descabellada petición de que le concediesen el mando supremo.

Eisenhower no tardó en desilusionarle. Cuando el 9 de noviembre Giraud fue enviado en avión a Argel para que llegase a un acuerdo con las autoridades francesas, éstas le hicieron caso omiso. En realidad, aquel triunfo era una carta sin valor alguno.

Pero no habían de tardar en llegar buenas noticias. El almirante Jean François Darlan estaba en Argel. En febrero de 1941, el anglófobo Darlan había sido designado sucesor de Pétain en el caso de incapacidad de este último... y Pétain a la sazón ya era un venerable anciano. Por una jugarreta del destino, Darlan se encontraba en Argel cuando comenzó la invasión. Había ido allí para visitar a su hijo, que se hallaba enfermo y por el que sentía el natural afecto. Su presencia en Argel resultó providencial. Aquel almirante de aires misteriosos era el único hombre que podía ganar para la causa aliada a los elementos disidentes partidarios de Vichy. Era cierto también que cualquier trato con él despertaría indignadas protestas en Inglaterra y los Estados Unidos. Eisenhower no ignoraba este particular pero, en su calidad de jefe supremo aliado, argüía que se encontraba en África para ganarse amigos y aliados y no para matar franceses. Además, tenía que procurar también que sus propias bajas fuesen mínimas.

Churchill también deseaba contar con la cooperación de Darlan. «Si pudiese ver a Darlan», observó Churchill a Eisenhower, «a pesar de lo que aborrezco a este hombre, me arrastraría de buena gana a sus pies si gracias a ello pudiese conseguir que pusiera su escuadra al lado de las fuerzas aliadas».

Darlan se dejó convencer. Cuando supo que los alemanes se había apresurado a ocupar toda Francia en respuesta al desembarco norteafricano, declaró que Hitler había infringido el armisticio de 1940 y que él se hallaba a partir de entonces dispuesto a colaborar con los norteamericanos.

Esta decisión fue de importancia vital. El 10 de noviembre de 1942, Darlan ordenó a todos los jefes militares franceses que cesasen inmediatamente en su resistencia. Los oficiales franceses, amparados por una orden válida procedente de un superior, obedecieron puntualmente. Los gobernadores de Marruecos, Argelia y Dakar brindaron su cooperación inmediata.

Eisenhower estableció a Darlan como jefe político francés en el Norte de África y designó a Giraud como jefe militar.

Durante todos estos avatares, Darlan repitió una y otra vez que actuaba de acuerdo con los deseos de su superior, Pétain, quien a la sazón se encontraba inermemente bajo la custodia de los alemanes. Al acceder a la petición de Eisenhower, afirmó, no hacía más que cumplir los deseos más íntimos del mariscal Pétain.

Pero unas semanas más tarde, la víspera de Navidad, Darlan fue asesinado en su despacho de Argel por un joven patriota opuesto a Vichy. ¡Terrible fin para un hombre tan infortunado! Los Aliados designaron inmediatamente a Giraud como su sucesor. En Francia aún se discute acaloradamente acerca de si Darlan fue un gran patriota o un tráfugo y un colaboracionista. Sea como fuere, fue un infortunado juguete de unos trágicos e históricos acontecimientos.

En cuatro días un vasto territorio de casi 2.500 km<sup>2</sup> de extensión y que ocupaba gran parte del Norte de África, se había incorporado a la causa aliada. Su conquista costó únicamente 860 bajas entre muertos y desaparecidos y 1.050 heridos. La mandíbula occidental de la tenaza que tenía que encerrar a Rommel en una trampa mortal estaba dispuesta. Y lo que aún era más importante, el Norte de África se convirtió en otra base, además de las islas Británicas, para lanzar el asalto final contra la Europa de Hitler.

«Esto no es el fin», anunció Churchill. «Tampoco es el comienzo del fin. Acaso sea el final del comienzo.»

#### PLANES EN CASABLANCA: «RENDICIÓN INCONDICIONAL»

Había llegado el momento de trazar el plan definitivo para aplastar al Eje. La defensa soviética de Stalingrado reveló graves debilidades en la poderosa máquina bélica alemana. Lo que entonces hacía falta era una reunión en la cumbre de los jefes aliados para pasar revista a todo el teatro de la guerra mundial y sentar las bases de la futura estrategia.

A principios de diciembre de 1942, el presidente Roosevelt declinó la invitación que le había hecho Churchill para reunirse en Islandia, agregando que se reuniría gustoso con el dirigente inglés y sus consejeros en un lugar seguro del Imperio francés, recientemente liberado. El 22 de diciembre se decidió efectuar la reunión en la ciudad marroquí de Casablanca. Stalin fue invitado pero arguyó que no podía dejar Moscú a causa de la gran ofensiva rusa cuya dirección había asumido personalmente.

Desde el 14 al 24 de enero de 1943, Roosevelt, Churchill y



sus respectivos jefes de Estado Mayor conferenciaron en el Hotel Anfa, situado a unos 8 km de Casablanca, sobre una loma que dominaba el mar. Las amplias galerías del hotel permitían disfrutar de una magnífica vista formada por las centelleantes aguas azules, la tierra roja sembrada de verdes palmeras y los deslumbradores edificios blancos de Casablanca.

En aquel bello escenario se reunieron los más altos jefes militares norteamericanos e ingleses. Entre los primeros figuraban el general George C. Marshall, el teniente general Dwight D. Eisenhower, el almirante William D. Leahy, el almirante Ernest J. King, el teniente general Henry H. «Hap» Arnold, el teniente general Brehon B. Somervell y dos consejeros del presidente Roosevelt: Harry Hopkins y W. Averell Harriman.

Entre los ingleses figuraban el almirante de la armada sir Dudley Pound, el mariscal sir John Dill, el general sir Alan Brooke, el mariscal del aire sir Charles Portal, el vicealmirante lord Louis Mountbatten y el general de división sir Hastings Ismay.

Los ingleses enviaron a esta conferencia, en un paquebote de 6.000 toneladas, los elementos de una complicada organización estratégica, de códigos y planificación con sus planes y estadísticas preparados hasta el menor detalle. El plan inglés era el siguiente: durante el verano de 1943, cuando las restantes fuerzas del Eje en el Norte de África hubiesen sido aniquiladas y el Mediterráneo hubiese quedado abierto a la navegación aliada, las fuerzas combinadas de tierra, mar y aire inglesas y norteamericanas atacarían desde el trampolín norteafricano al punto más vulnerable de la Europa hitleriana...; desde el Sur, naturalmente.

Este ataque, argüían los ingleses, terminaría de desmoronar la moral italiana, ya muy maltrecha, pondría en ebullición los Balcanes y probablemente provocaría la entrada en la guerra de Turquía. La Rusia soviética recibiría toda la ayuda posible, a fin de retener importantes fuerzas germanas en el Este. Entre tanto, Alemania sería bombardeada implacablemente desde el aire. Al propio tiempo, se iría formando en Inglaterra un enorme ejército terrestre y aéreo angloamericano, destinado a cruzar el canal en 1944. En el Extremo Oriente se intentaría a toda costa abrir de nuevo al tráfico la carretera de Birmania para abastecer a China, mientras el ejército japonés sería contenido con las fuerzas mínimas indispensables.

Los oficiales de la sección de Planes del departamento de Guerra norteamericano, en cambio, se presentaron a la conferencia sin unos planes tan precisos como los que habían preparado los ingleses. Al parecer, los norteamericanos preferían improvisar durante la propia conferencia. Se mostraban es-

cépticos acerca de las posibilidades logísticas que encerraba una operación en gran escala para cruzar el canal en un futuro inmediato.

Mientras los dos dirigentes máximos, Roosevelt y Churchill, que se manifestaban afecto y respeto mutuos, trabajaban en estrecha armonía para adoptar las decisiones finales, los expertos y técnicos de Inglaterra y los Estados Unidos, que sentaban los cimientos de las futuras operaciones, se enzarzaban a veces en largas y acres discusiones. El mariscal lord Alanbrooke (general sir Alan Brooke), jefe del Estado Mayor Imperial británico, comentó en *The Turn of the Tide* (1957) la laboriosa tarea que representó llegar a un acuerdo aceptable para todos en Casablanca:

Cuando una operación ha quedado finalmente ultimada, todo parece muy fácil, pero muy pocos son capaces de comprender las infinitas dificultades que representa el mantenimiento de un objetivo o de un plan y cuán difícil es también atenerse a él y no abandonarlo, pese a los millares de argumentos aparentemente sólidos que esgrimen otras personas. Un buen plan aceptado y puesto en práctica vale más que muchos planes ideales que cambian continuamente. Es fácil dar consejos cuando quien los da se halla desprovisto de responsabilidades. Una de las tareas más extenuantes que existen es la de mantener el buque de la guerra navegando en línea recta, a pesar de todos los vientos contrarios que soplen.

Una de las manzanas de la discordia, consistía en la insistencia inglesa para que se diese prioridad al teatro europeo de la guerra. El almirante King, un lobo de mar siempre alerta y seguro de sus fuerzas (Roosevelt solía decir bromeando que King era tan duro que se afeitaba con un soplete), insistía en que se desencadenase una guerra total contra el Japón en lugar de aplazar las operaciones contra este país, como pretendían los ingleses. King proponía que el 30 por ciento del esfuerzo de guerra se consagrara al Pacífico y el 70 por ciento restante a los demás teatros de operaciones.

Los ingleses, de ordinario tan comedidos y flemáticos, montaron en cólera al oír estas palabras. ¡Vaya un modo tan poco científico de enfocar la estrategia de guerra!, dijeron. Lo primero era lo primero. Ante todo había que terminar con Mussolini, después con Hitler y finalmente con Tojo. Los ingleses olvidaban que para el almirante King la guerra europea no era más que «algo muy molesto que le impedía sostener su guerra particular en el Pacífico de la manera que él quería». El mariscal británico del aire sir Charles Portal llegó a la conclusión de que era imposible convencer al testarudo almirante



King: «Nos hallamos en la situación de un testador que desea dejar el grueso de su fortuna a su amante. Sin embargo, debe legar también algo a su legítima esposa, y el problema consiste en saber qué cantidad decente puede dejarle.»

Otro tema objeto de discusión fue el siguiente: ¿había que atacar Italia a través de Sicilia o de Cerdeña? En este caso, las diferencias no tenían carácter nacional, sino que surgían principalmente entre los jefes de Estado Mayor y los oficiales que se encargaban de trazar los planes conjuntos. Aquéllos abogaban por Sicilia como primer paso para la invasión; éstos, en cambio, recomendaban que se atacase Cerdeña por considerar que esta operación podía iniciarse con tres meses de antelación. Churchill y Roosevelt se mostraron favorables al desembarco en Sicilia, y así quedó decidido.

De todos modos, estas disensiones no pasaban de ser querellas entre hermanos. Todos comprendían la necesidad de llegar a un acuerdo. Así, poco a poco, se fueron limando diferencias y asperezas.

El 20 de enero de 1943, se adoptó una feliz y afortunada decisión al crear el Alto Mando del Norte de África. Era evidente que se necesitaba una dirección centralizada para coordinar las actividades de las fuerzas inglesas, norteamericanas y francesas. El mando de esta importante organización, de tan gran responsabilidad, fue confiado al general Dwight D. Eisenhower, quien causó gran impresión tanto a Roosevelt como a Churchill por sus dotes diplomáticas, que le permitieron poner de acuerdo a altos oficiales ingleses y norteamericanos que sustentaban opiniones distintas. El general sir Harold Alexander, un veterano y experimentado militar inglés, que entonces se encontraba en el Oriente Medio, fue nombrado ayudante de Eisenhower, quien hasta entonces había tenido muy poca experiencia directa de la guerra. Estos nombramientos les parecieron a los norteamericanos un gesto extremadamente amable y deferente, a pesar de sus posibles implicaciones políticas.

El 22 de enero de 1943, el general Charles de Gaulle, jefe de la Francia Libre, llegó a Casablanca de muy mal talante. El general Henri Giraud ya se hallaba presente en la conferencia y, después del asesinato del almirante Darlan, acababa de asumir el mando supremo de las fuerzas francesas de África del Norte. Entre ambos jefes militares — De Gaulle y Giraud — existía una intensa rivalidad. Las fuerzas degaullistas de Londres y el África Ecuatorial Francesa hacían objeto de sus más enconados ataques a todos los militares y civiles franceses de África y éstos replicaban en términos igualmente violentos. Estas disputas y disensiones públicas resultaban muy embarazosas para la causa aliada. Era necesario reconciliar a los dos

apasionados franceses para contar con un núcleo francés sólido y unido con el que se pudiese trabajar.

«Mi tarea», dijo el presidente Roosevelt, «consistía en traer de la mano a la novia, personificada por el general Giraud, mientras Churchill daría el brazo al general De Gaulle, quien desempeñaría el papel de novio en una boda en la que ambos contrayentes pasarían bajo las espadas desenvainadas».

Churchill y Roosevelt tuvieron grandes dificultades en su trato con el irascible, intransigente y apasionado De Gaulle. Churchill consideraba que el dirigente francés debía su situación actual a los ingleses y por lo tanto debiera haberse mostrado más amable, agradecido y sumiso: «Allí lo teníamos... como refugiado, exiliado de su propia patria, donde estaba sentenciado a muerte, en una situación de completa y total dependencia de la buena voluntad del gobierno británico, y últimamente también del gobierno de los Estados Unidos. Los alemanes habían conquistado su patria. No podía sentar pie en ninguna parte. A pesar de esto, él se mostraba altivo y retador.»

—¡Usted pretende ser Francia! — gritó Churchill en una de las tempestuosas entrevistas que sostuvieron —. Yo no le reconozco como Francia...

—¿Entonces — le interrumpió De Gaulle —, por qué y con qué derecho trata usted conmigo acerca de los intereses mundiales de Francia?

Para Roosevelt, De Gaulle era un egoísta que se consideraba la encarnación de la mismísima Juana de Arco, «con la que se dice que uno de sus antepasados combatió como fiel servidor».

—Sí — se dice que replicó Churchill —, pero mis obispos no me permitirán que lo queme...

Todo el mundo se mostraba irritable y susceptible durante aquellos días de tensión. De Gaulle explicó su posición durante los tranquilos días de la postguerra:

Yo empezaba partiendo de cero. En Francia no tenía seguidores ni reputación. En el extranjero, ni crédito ni solvencia. Pero esta misma falta de medios me indicó cuál debía de ser mi línea de conducta. Sólo si adoptaba a ultranza la causa de la liberación nacional, podría investirme de autoridad. En aquel momento, el peor de su historia, yo tenía que asumir todo el peso de Francia. Esta era la actitud que tenía que dictar mi conducta e imponer a mi personalidad un punto de vista que ya no podría cambiar.

Roosevelt y Churchill no pudieron resistir a la tentación de inyectar una nota festiva en la cargada atmósfera de la conferencia de Casablanca. La mañana del 24 de enero de 1943, cuando tuvo lugar la conferencia de prensa final, los dos diri-



gentes aliados, como si fuesen traviesos colegiales, hicieron sentar a De Gaulle y a Giraud juntos, entre ellos dos.

Más tarde, Churchill refirió, muy risueño: «Les obligamos a estrecharse la mano en público ante todos los periodistas y fotógrafos. Así lo hicieron, e incluso teniendo en cuenta lo trágico de aquellos días estas fotografías no pueden contemplarse sin reír.»

Pero había otras cosas más graves e importantes que resolver. La conferencia terminó con un acuerdo que en sus líneas generales se ajustaba a los planes cuidadosamente preparados que los expertos ingleses habían presentado en Casablanca. Los puntos principales eran los siguientes:

1. Iniciar una acción ofensiva en el Mediterráneo, desencadenando un ataque contra Sicilia en el transcurso del verano. Esto aseguraría la defensa de las líneas de comunicación mediterráneas, aliviaría la presión alemana en el frente ruso y significaría el comienzo de la campaña para apartar a Italia de la guerra. Si esta operación se veía acompañada por el éxito, Turquía entraría probablemente en la guerra al lado de los Aliados.

2. Reunir en Inglaterra las fuerzas necesarias para invadir el Continente a través del canal de la Mancha, tan pronto como la resistencia alemana quedase debilitada para permitirlo.

3. Continuar la ofensiva aérea contra Alemania con la mayor intensidad, como preparación para la invasión de Europa.

4. Intensificar la campaña antisubmarina como «primera utilización de los recursos de las Naciones Unidas».

5. Continuar apoyando a la Unión Soviética con el mayor número posible de abastecimientos.

6. Continuar las operaciones contra el Japón, pero manteniéndolas dentro de límites prudentes, que no menoscabasen la capacidad de los Aliados para aprovechar la primera oportunidad favorable a fin de infligir la derrota decisiva a Alemania. Iniciar una ofensiva en gran escala contra el Japón, así que Alemania hubiese sido derrotada.

7. Trazar planes para la reconquista de Birmania y para iniciar operaciones contra las Carolinas y las Marshall.

Durante la conferencia de prensa final se produjo un hecho sorprendente. El presidente Roosevelt dijo con franqueza lo que pensaba:

«Otra cosa en la que creo que todos hemos pensado y que hemos tenido también en nuestro corazón, pero que ni el Primer Ministro ni yo hemos expuesto aún por escrito, es la siguiente: no podrá haber paz en el mundo sin la eliminación completa del poderío bélico alemán y japonés.

»Algunos de vosotros, ingleses, ya conocéis esta vieja anéc-

dota... Nosotros tuvimos un general llamado Ulises S. Grant... En mi juventud, que es también la del primer ministro, utilizábamos sus iniciales para llamarle «Unconditional Surrender» Grant... «Rendición sin Condiciones». La eliminación del poderío bélico alemán, japonés e italiano, sólo se conseguirá mediante la rendición sin condiciones de Alemania, Italia y el Japón. Después de esto, podremos confiar de manera razonable en que la paz se mantendrá en el mundo. Ello no significa la destrucción de los pueblos alemán, italiano y japonés, pero sí la de aquellas filosofías imperantes en dichos países, que se basan en la conquista y dominación de otros pueblos.»

Esta fue la primera referencia oficial al objetivo final aliado en aquella guerra. ¡Rendición incondicional! Esta frase descartaba automáticamente la posibilidad de que se produjesen negociaciones con Alemania, Italia o el Japón a través de las vías diplomáticas acostumbradas. Aquella expresión no había sido elaborada durante la conferencia y, al parecer, el presidente norteamericano la improvisó en su conversación con los periodistas. Aunque sorprendido de momento, Churchill asintió al instante arguyendo, como dijo más tarde, que cualquier divergencia manifestada públicamente hubiera sido perjudicial para la causa aliada.

Esta expresión «rendición incondicional», fue objeto inmediatamente de acerbos críticas y hubo quien la presentó como uno de los mayores errores políticos cometidos por los Aliados durante la guerra. Esta frase, dijeron en tono acusatorio, convenció al pueblo alemán de que proponían borrarlo del concierto de las naciones europeas; como resultado de ello, los alemanes lucharían hasta el fin. Estos censores añadieron que la acción de Roosevelt alargó la guerra y que millares de vidas fueron sacrificadas en el campo aliado a consecuencia de un error político de primera magnitud. Según estos mismos censores, una expresión menos dura, como por ejemplo «capitulación honorable», tal vez hubiera obligado a los alemanes a rendirse mucho antes.

Roosevelt, indudablemente, se proponía evitar que se reprodujese la situación que siguió a la Gran Guerra, durante la cual los alemanes arguyeron haberse rendido confiados en los Catorce Puntos de Wilson. Con su célebre frase, él no quería dar a entender que el pueblo alemán debiese ser esclavizado o destruido. Pero quería dejar bien sentado que no aceptaría tratos con los nazis.

Ciertamente, fue una frase desafortunada, aunque pronunciada de buena fe. Una afirmación de este calibre presentaba tantas facetas y tenía tantas derivaciones, que la conveniencia de pronunciarla debiera haberse debatido a fondo antes de la



conferencia de prensa final. Más tarde, Roosevelt explicó a Harry Hopkins que lo que había sucedido era lo siguiente: «Nos costó tanto poner de acuerdo a aquellos dos generales franceses, que yo pensé que era algo tan difícil como la preparación de la entrevista de Grant y Lee... Y de pronto se nos echó encima la conferencia de prensa sin que Winston y yo hubiésemos tenido tiempo de prepararla y recordé que habían llamado a Grant "Viejo Rendición Incondicional". Y sin darme cuenta, lo solté.»

Para los defensores de Roosevelt bastó con este franco reconocimiento de su indiscreción. Además, agregaron, esta fórmula representaba el único lenguaje que entendían los alemanes. Mas para sus detractores, que fueron legión, representó un desliz imperdonable, una prueba más de lo que ellos llamaban la capacidad de Roosevelt para cometer pifias y meter la pata.

#### DERROTA DEL EJE EN TÚNEZ

La operación «Antorcha» puso a los Aliados no sólo en Marruecos y Argelia, sino también en toda la costa del África Occidental Francesa, con su valioso puerto de Dakar, que era utilizado por el Eje como base para atacar la navegación aliada por el Atlántico. La respuesta de Hitler consistió en la ocupación de toda la Francia de Vichy. Las 60 unidades de la escuadra francesa surtas en la dársena de Tolón, fueron hundidas por su propia oficialidad para que no cayesen en manos del enemigo.

Hitler actuó con celeridad para contener el progreso aliado en el Norte de África. Se hallaba determinado a conservar a toda costa en su poder los puertos tunecinos de Bizerta y Túnez. Fueron enviadas tropas alemanas a través del Mediterráneo, en barco y avión, desde el sur de Francia, Italia y Sicilia. A los pocos días, estos refuerzos llegaban a Túnez en la proporción de 1.500 hombres diarios. Así, con cuatro divisiones, se formó el núcleo del Quinto Ejército *Panzer*. Hitler confiaba en contener a las fuerzas angloamericanas desde los dos magníficos puertos citados, que contaban con poderosas defensas y aeródromos próximos que podían utilizarse con cualquier clase de tiempo. Así podría contener a las fuerzas angloamericanas hasta que Rommel pudiese rehacerse y lanzar un contraataque en masa.

Aunque la operación «Antorcha» constituyó un éxito sin precedentes, los invasores empezaron a tropezar con crecientes dificultades. La mayoría de puertos africanos, especialmente el de Argel, tenían que limpiarse de los restos de la guerra

para ser de alguna utilidad. El problema de los abastecimientos continuaba siendo agudo. Sólo había unas cuantas carreteras en buen estado y era necesario reparar el desvencijado ferrocarril costero, que tenía un recorrido de algo más de 1.000 kilómetros desde Argel a Túnez. También había que impedir que lo hiciesen objeto de sabotajes.

Los Aliados efectuaron desembarcos de tropas aerotransportadas en diversos puntos situados al este de Argel, durante los días que siguieron a la invasión inicial: el 11 de noviembre de 1942 en Bujía, el 12 de noviembre en Bona y el 13 del mismo mes en Djidelli. Unas reducidas fuerzas británicas, compuestas por tres brigadas de infantería y una brigada de anticuadas tanquetas, bajo el mando del teniente general sir Kenneth A. N. S. Anderson, avanzaron por las carreteras de la costa en dirección a la frontera de Túnez. Antes de una semana, Anderson se situó a menos de 100 kilómetros de Túnez y el 28 de noviembre estaba a menos de 20 km de la capital, en un otero desde el que podía contemplar la plaza.

Pero el avance se hacía cada vez más difícil, incluso para un jefe tan combativo y curtido como Anderson. Eisenhower describió más tarde estas operaciones: «Cada día había mayor cantidad de barro, lo cual limitaba todas las operaciones a las carreteras, que en tramos muy considerables se desintegraban materialmente. El frío invierno ya se abatía sobre las regiones altas de Túnez. El transporte de pertrechos y municiones constituía una tarea digna de Hércules.»

Los alemanes contraatacaban encarnizadamente. Eisenhower ordenó a Anderson que estabilizase sus líneas en un punto situado entre Medjez el Bab y el Mediterráneo.

Los Aliados empezaron a hacer acopio de refuerzos para lanzar una ofensiva final en las proximidades de Navidad. Los alemanes también hacían acopio de refuerzos y constantemente llegaban tropas de refresco y pertrechos desde sus bases de Sicilia. La llegada de Rommel y sus agotadas y derrotadas tropas de Libia equilibró casi la balanza de las fuerzas que se enfrentaban. Así las cosas, Rommel tomó el avión para Alemania, donde se presentó ante el Führer sin aviso previo, tratando de convencerlo de que sería más conveniente evacuar el Norte de África. Pero el Führer, furioso, le ordenó que volviese a su puesto de mando.

Entre el 12 y el 24 de enero de 1943 se celebró, como el lector sabe, la conferencia de Casablanca. Rommel, dándose cuenta de que el tiempo jugaba a favor de los Aliados en la batalla de los abastecimientos, decidió atacar antes de que el enemigo contase con una superioridad abrumadora.

Se produjo de nuevo una poderosa pero desesperada ofen-



siva de los blindados nazis contra las líneas aliadas. Los alemanes atacaron hacia el Oeste, desde el paso de Faid en dirección a Sbeitla. Pillados por sorpresa, los norteamericanos libraron una serie de escaramuzas destinadas a ganar tiempo, mientras se replegaban hacia el paso de Kasserine. Las fuerzas de Rommel, en un avance arrollador, atravesaron las defensas construidas a toda prisa en aquel paso y giraron hacia el Norte, en dirección a Tebessa y Thala, amenazando con escindir a los ejércitos aliados.

El extraordinario Rommel había sembrado nuevamente la consternación en el campo aliado. Las pérdidas norteamericanas en los diez días transcurridos desde el 14 al 23 de febrero de 1943, ascendieron a 192 muertos, 2.624 heridos y 2.459 prisioneros y desaparecidos. Una escuadrilla de fortalezas volantes despegó con tiempo brumoso para bombardear el paso de Kasserine, pero los aviones se equivocaron y lanzaron sus bombas en Souk el Arba, que se encontraba a 160 km de distancia, en el interior de las líneas aliadas, matando e hiriendo gran número de árabes. Eisenhower atribuyó el revés de Kasserine a diversas causas: imposibilidad de tomar Túnez durante el desembarco inicial; labor deficiente de los servicios de información; incapacidad de comprender claramente las dotes combativas del enemigo, e inexperiencia de las tropas norteamericanas, que habían recibido una instrucción insuficiente. Pero los combates del paso de Kasserine hicieron unos veteranos de los bisños soldados de los Estados Unidos.

Para taponar la brecha de Kasserine, dos divisiones norteamericanas avanzaban hacia el Este desde Orán a marchas forzadas. La llegada de millares de camiones yanquis constituyó un factor importante para cambiar las tornas. Entre tanto, la aviación aliada efectuaba millares de salidas contra las líneas del Eje, frenando su impetuoso avance y deteniendo sus veloces tanques.

La lucha por la posesión del paso de Kasserine no fue más que una fase de la campaña tunecina. Mientras los generales Patton, norteamericano, y el inglés Anderson, avanzaban desde el Noroeste, Montgomery y su Octavo Ejército hacían lo propio desde el Sudeste. Precisamente allí, en la costa y al sudeste de Gabès, los alemanes habían construido la Línea Mareth, una línea defensiva que ellos consideraban inexpugnable.

El Octavo Ejército de Montgomery era un extraordinario conglomerado formado por ingleses, escoceses, anzacs, sudafricanos, gurras, indios, polacos, checos y franceses libres. Desde octubre de 1942, en que participó en la batalla de El Alamein, hasta el 23 de enero de 1943, fecha en que tomó Trípoli, aquel heterogéneo ejército había perseguido al *Afrika Korps* de

Rommel por espacio de 2.250 km, recorriendo a veces en un solo día hasta 65 km. En los lugares donde no existían líneas férreas, este ejército se hallaba atendido por más de 100.000 camiones para el transporte de pertrechos y vituallas.

Los veteranos del Octavo Ejército llegaron ante la Línea Mareth a fines de enero de 1943. Montgomery esperó hasta el 21 de marzo y entonces envió una parte de sus fuerzas en un ataque frontal contra la Línea Mareth y otra parte de ella en un amplio movimiento envolvente por su flanco meridional. Las tropas avanzaban tenazmente contra el *khamisin*, el ardiente viento africano que llenaba el aire de arena en remolino. Fue una brillante maniobra coronada por el éxito y que obligó a Rommel a retirarse a la península del cabo Bon.

Pero la campaña aún no había terminado. Se continuó combatiendo tenazmente por el fragoso y accidentado país. Mientras Montgomery avanzaba por el Sur, los norteamericanos y los ingleses se lanzaban ferozmente en el Norte contra las posiciones del Eje, defendidas con un tesón increíble. El Segundo Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos conquistó la loma 609, que dominaba Mateur, en el sector de Bizerta. El Primer Ejército Británico se lanzó al asalto de Longstop, posición que cambió de manos repetidamente y costó innúmeras bajas por ambas partes. Pero la loma 609 y Longstop fueron la clave de la victoria.

El fin, se produjo con sorprendente celeridad el 7 de mayo. Aquel mismo día, el Primer Ejército de Anderson avanzó impetuosamente hacia Túnez, escindiendo a las fuerzas del Eje. Eran exactamente las 3 horas y 40 minutos de la tarde.

A las 4 horas y 15 minutos de aquel mismo día, el Segundo Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos, reforzado por varios destacamentos franceses, avanzó hacia Bizerta.

Rommel consiguió escapar al desastre final. Las tropas germanoitalianas, en lugar de seguir la orden de Hitler de luchar hasta el final, tiraron sus armas y se entregaron. Un cuarto de millón de curtidos veteranos del desierto fueron encerrados en jaulas que hacían las veces de prisión. Entre ellos se incluían los restos del famoso *Afrika Korps* y las «invencibles» legiones de Mussolini.

Mas tarde, Montgomery escribió este comentario en sus *Memorias*:

«Desde el punto de vista puramente militar, la defensa de Africa del Norte, una vez rota la Línea Mareth, no tenía justificación alguna. Creo que Hitler la ordenó por motivos políticos. Es peligroso emprender acciones militarmente desaconsejables sólo por motivos políticos; aunque esto a veces puede ser necesario, por lo general termina en desastre.»



Fue, efectivamente, un desastre para Hitler. Para Mussolini, significó el fin de sus sueños de resucitar el Imperio Romano. Puede hablarse de ironía histórica en el hecho de que las últimas tropas africanas del Duce se rindieron cerca del emplazamiento de la antigua Cartago, que fue destruida por los romanos en el año 146 a. de J. C. En menos de tres años, los italianos habían perdido todas sus colonias africanas, que ocupaban una superficie diez veces mayor que la de Italia y albergaban una población de 15.000.000 de almas. Y lo que aún era peor, más de 250.000 alemanes e italianos habían sido hechos prisioneros en Túnez.

Las bajas aliadas en la campaña tunecina no alcanzaron la cifra de 70.000. De éstas 20.000 correspondieron a los norteamericanos. El 20 de mayo de 1943, se celebró un gigantesco desfile de la victoria en las calles de Túnez.

Por último, los Aliados habían tomado la iniciativa. Contaban ya con bases para los inminentes desembarcos en Italia y los Balcanes. A partir de entonces, el Mediterráneo podía utilizarse en toda su longitud para la navegación aliada, en lugar de dar el largo rodeo por el cabo de Buena Esperanza.

La alianza angloamericana fue sellada con sangre en los campos de batalla. Era una alianza eficaz. «Las tropas que salgan de esta campaña», dijo Eisenhower, «serán duchas en el combate y muy eficaces para las maniobras tácticas».

## CAPITULO

## XVI

### Movimiento de péndulo en Rusia

*¡No pienso abandonar el Volga! Cuando se lucha contra los rusos, no se puede hablar de rendición.*

Adolfo Hitler, enero de 1943.

*La ofensiva para liberar la Unión Soviética ha comenzado.*

José Stalin, febrero de 1943.

#### HITLER COMO NAPOLEÓN:

#### SEGUNDA PARTE: «TÊTE DE COCHON»

El pueblo alemán no estaba contento. Habían pasado los días de exaltación. Se había esfumado la seguridad de que la guerra iba a ser breve y sencilla. La prensa controlada por Goebbels hablaba reiteradamente de magníficas victorias en el frente ruso, pero en las cartas que enviaban a sus casas los soldados que combatían en primera línea, se traslucía una verdad muy diferente. La guerra continuaba extendiéndose a todo el mundo y el dominio de los acontecimientos parecía haberse escapado de las manos del Führer.

Entre los alemanes, los más atrevidos manifestaban la opi-



nión general con estas palabras: «*Wir siegen uns zu Tode!*» («¡Nuestras victorias nos destruyen!»)

La inicial *Blitz* nazi que asombró al mundo durante el verano y el otoño de 1941, se había convertido en un avance a paso de tortuga por las estepas rusas. Durante aquel fatídico invierno, en que hizo el tiempo más crudo que se había conocido durante medio siglo, la *Wehrmacht* tuvo que ponerse a la defensiva.

Hitler trató de explicar aquel aparente fracaso:

—Los rusos —vociferó— son un adversario cruel, bestial..., con atributos más propios de animales que de personas.

Incluso admitió un error de cálculo al iniciar la campaña de Rusia:

—Nos equivocamos en una cosa: no sabíamos hasta qué punto eran gigantescos los preparativos realizados por este adversario de Alemania, y qué peligro tan espantoso amenazaba con la destrucción no sólo a nuestra patria, sino a Europa entera.

Los atascados ejércitos alemanes, a los que el Führer había prohibido terminantemente ceder un palmo de aquella tierra calcinada a los rusos, hostilizados por incansables contraataques soviéticos y la acción de los guerrilleros, tuvieron que hacer algo mientras esperaban la llegada de la estación cálida. La necesidad es la madre de la improvisación. Los soldados construyeron centenares de blocaos defensivos, generalmente en los nudos de comunicación, a cuyo interior podían retirarse con relativa seguridad. Desde estos refugios, que los alemanes llamaban *Igels* o erizos, los soldados que se hallaban en posiciones avanzadas situadas en territorio enemigo, podían defenderse o efectuar incursiones ofensivas. Como las líneas de comunicaciones con la patria estaban cortadas, sólo podían llegarles abastecimientos por vía aérea, mediante aviones de transporte *Junker-52*, que los agradecidos soldados llamaban familiarmente *Frau Ju*, «Señora Ju».

Por su parte, los rojos tanteaban las defensas, efectuaban breves incursiones y ataques contra los erizos, tratando incensantemente de atraer al enemigo con engaños fuera de sus improvisadas fortalezas. Era un mortífero juego del escondite. Mientras los alemanes trataban de ganar tiempo, los rusos se afanaban en la tarea de destruir todo cuanto pudiese ser de utilidad para el enemigo. Así, volaban sistemáticamente los puentes ferroviarios, minaban las carreteras y destruían todo cuanto tuviese algún valor estratégico. Sembraban de minas los campos, poniéndolas en todos los lugares donde pudiera conectarse un hilo conductor: teléfonos, tendidos de energía eléctrica, tuberías del agua, estufas, armarios, camas. Incluso crearon

bombas colocadas en un aparato receptor de radio, sincronizado a una determinada longitud de onda, y que hacían explotar a distancia mandando una señal determinada. Los guerrilleros efectuaban súbitas incursiones para destruir depósitos de municiones y de víveres, descarrilar trenes e incendiar tanques. Miles de soldados alemanes perecieron a consecuencia de estos ataques solapados. Los alemanes se encontraban desconcertados ante esta especie de resistencia organizada, sobre la que nada les habían enseñado en sus academias militares. Por encima de todo, les inspiraba un terror indecible el frío acero de las larguísimas bayonetas rusas.

Los invasores se encontraron con otra sorpresa muy desagradable. El Alto Mando alemán suponía que, una vez conquistadas las regiones industriales soviéticas, la producción disminuiría y la economía rusa quedaría paralizada. Pero en lugar de eso, la producción rusa pareció aumentar.

A decir verdad, los rusos realizaron un milagro sin precedentes de retirada industrial. Tan pronto como las legiones nazis irrumpieron por sus fronteras, los rusos trasladaron fábricas enteras del Oeste a los Urales, Siberia y Asia Central. Allí, lejos de las zonas de combate, grandes masas de hombres se dedicaron a construir nuevas y enormes fábricas de material de guerra: de artillería, tanques y municiones en Omsk y Sverdlovsk; fábricas de ladrillos en Omsk, industria siderúrgica en Magnitogorsk. Se construyeron fábricas de aviones en cuestión de meses. Los obreros sufrían grandes penalidades en aquel clima frío e inclemente, pero trabajaban con entusiasmo en las condiciones más primitivas de alojamiento. Sólo tenían un objetivo: contribuir, con su esfuerzo, a la expulsión del odiado alemán.

La inferioridad rusa en la producción de tanques ya era cosa del pasado. Desde las distantes fábricas aflúan los nuevos tanques de 52 toneladas, llamados «mamuts blancos» por los alemanes. Los temerarios tanquistas rusos conducían aquellos monstruos de acero a través de gigantescos taludes de nieve y les hacían franquear ríos y lagos helados. Los ingenieros rusos colocaban troncos sobre el hielo, recubriéndolos de agua que se helaba al instante y así los tanquistas disponían de puentes helados altamente satisfactorios. Los gigantescos tanques rusos aparecían reiteradamente tras las líneas alemanas para sembrar la confusión entre los sorprendidos enemigos.

Los alemanes, ocultos en sus blocaos erizados de defensas, sufrían horriblemente. Pero gracias a los víveres que les llegaron por vía aérea, consiguieron sobrevivir al espantoso invierno de 1941. Aún se hallaban en situación de infligir serios



reveses a los rusos. Desde luego, habían menospreciado excesivamente al enemigo, pero ya no volverían a cometer los mismos errores. Evitarían extender demasiado las líneas del frente. En cambio, concentrarían sus fuerzas en un objetivo limitado, situado al Sur.

### SEBASTOPOL, VORONEZ, ROSTOV

Durante la segunda mitad de 1941, Hitler no consiguió tomar Leningrado en el frente del Norte ni Moscú en el frente central. Antes de que el invierno obligase a suspender las operaciones, informó al Alto Mando acerca de la nueva ofensiva que empezaría así que el tiempo lo permitiese.

Esta vez su objetivo era limitado, pero muy importante. Concentraría grandes fuerzas en el Sur. Su ataque partiría de Ucrania, donde sus tropas habían conseguido victorias espectaculares en el verano de 1941. Obtendría la gasolina necesaria para sus aviones, tanques y camiones de los ricos campos petrolíferos del Cáucaso. Al propio tiempo, dejaría a los rojos sin sus preciosas reservas de carburante.

No eran éstas las únicas ventajas que la operación presentaba. La ofensiva de Hitler en dirección al Volga, después de rebasar Stalingrado, junto con el ataque contra el Cáucaso, dividiría a los rusos con una cuña que separaría sus ejércitos del Norte de los del Sur, privando al propio tiempo al Kremlin de una cuenca industrial de primer orden. Y cuando dominase el mar Negro, se hallaría en posición de atacar Egipto por el extremo oriental del Mediterráneo.

En este nuevo campo de batalla que Hitler había elegido en el Sur, había varios puntos clave: Sebastopol en el sector extremo meridional; Voronez en el Norte y Rostov en el centro. Una vez estas tres ciudades en su poder, se iniciaría el ataque en masa contra Stalingrado, situada al Este. He aquí el plan grandioso destinado a convertir el desastre en una esplendorosa victoria. Sobre el papel y en los mapas del frente que consultaba el Führer, la estrategia parecía perfecta.

El sitio de Sebastopol empezó en diciembre de 1941. Durante los seis meses siguientes, los rusos asediados en aquel puerto y base naval de la península de Crimea resistieron los frenéticos ataques alemanes. Se repitió la heroica defensa de Leningrado... Sobre la ciudad llovieron bombas, granadas de artillería y ataques aéreos, que la convirtieron en un infierno de humo y fuego. Se luchaba en las casas, las bodegas y las trincheras; el hambre cundía entre la población, mientras las epidemias hacían estragos.

La lucha alcanzó su apogeo en junio de 1942, cuando los alemanes lanzaron todas sus fuerzas al asalto de la ciudad, que ardía por los cuatro costados. Los defensores capitularon finalmente el 3 de julio, después de que algunos de ellos se hicieron saltar en pedazos con sus propias municiones, que eran las últimas que les quedaban. Todo cuanto pudiese ser de valor militar para el enemigo, fue destruido.

El acto siguiente del drama se representó en el frente septentrional. Allí, apostado al este del río Don, se encontraba un imponente ejército alemán formado por 60 divisiones, 1.000 tanques y 3.000 aviones de primera línea. Su objetivo inmediato era Voronez, una ciudad industrial de 325.000 habitantes.

La ofensiva empezó con un terrible bombardeo de Kursk, situado al Este, a cargo de la *Luftwaffe*. El 7 de julio, poderosas puntas de lanza *Panzer* avanzaron más de 150 km en dirección al Don, para cruzar este río y converger sobre Voronez.

El contraataque ruso obligó a los alemanes a repasar el Don en varios puntos. Tan furiosa fue la presión ejercida por los rojos, que los alemanes decidieron rebasar Voronez y atacar Stalingrado, que se hallaba hacia el Sudeste. De nuevo un plan cuidadosamente calculado había fallado en la práctica.

Las noticias que llegaron a Hitler desde el sector central eran más alentadoras. Apoyados por refuerzos entre los que se contaban varias divisiones rumanas que habían sido transferidas allí después de la caída de Sebastopol, los alemanes empezaron a ejercer una terrible presión sobre Rostov.

En aquel momento los rojos hicieron intervenir en la acción a sus gigantescos y flamantes tanques de 52 toneladas, conocidos por las iniciales KV, que correspondían a las del mariscal Klementi Vorochilov. Estos tanques, provistos de un potente blindaje y armados con cañones de 7 cm, además de varias ametralladoras, resultaron muy eficaces contra los tanques alemanes, más pequeños. Pero su número no era suficiente y el 27 de julio las tropas rusas evacuaron Rostov.

Hitler dividió entonces sus fuerzas victoriosas en dos grupos principales. Envío el primero a la costa del mar Negro y al Cáucaso, con la misión de efectuar operaciones de limpieza en aquella zona y seguir avanzando hasta los campos petrolíferos de Bakú. Esta punta de lanza capturó el puerto de Novorossisk, situado al este de Sebastopol, el 10 de septiembre, aunque la caída de la ciudad ya se había anunciado cinco días antes. Estas fuerzas se dirigieron entonces hacia el Sudeste, en dirección a las montañas del Cáucaso y los campos petrolíferos. Conquistaron Maikop, pero se detuvieron a gran distancia



de los campos petrolíferos de Grozny, mucho más importantes, y no consiguieron llegar nunca a Bakú, a orillas del Mar Caspio.

El segundo grupo de fuerzas avanzó hacia Stalingrado y el Volga.

### LA EPOPEYA DE STALINGRADO

En septiembre de 1918, la ciudad ucraniana de Tsaritzin fue escenario de una importante victoria, alcanzada por un ejército rojo mandado por Stalin, sobre las fuerzas blancas que dirigía el general Denikin. En conmemoración de este acontecimiento, la ciudad fue rebautizada con el nombre de Stalingrado.

Stalingrado era la salida de la región inferior del Volga. A diferencia de Sebastopol, no poseía defensas naturales, extendiéndose junto a la orilla occidental del Volga, el río mayor de Rusia, que tiene allí kilómetro y medio de anchura. La ciudad, que albergaba grandes fábricas de tractores y armamentos, constituía el orgulloso símbolo de la nueva economía rusa. Entre aquella típica ciudad industrial soviética y las fuerzas alemanas que avanzaban hacia ella, se extendía únicamente la estepa, interrumpida por algunas lomas de poca altura.

Hitler deseaba conquistar Stalingrado a toda costa. Su captura significaría un terrible golpe psicológico para los rusos y pondría al propio tiempo a los ejércitos alemanes en una fuerte posición estratégica. Con la ciudad clave del Volga en su poder, Hitler no sólo aislaría Moscú y Leningrado, sino que además cortaría los últimos abastecimientos importantes de petróleo que llegaban a la Unión Soviética por la ruta del Mar Caspio. Haría del Volga la frontera oriental de su Tercer Reich. Hitler encomendó esta misión al general Friedrich von Paulus y a 330.000 soldados escogidos.

Había que reconocer que los alemanes apostados frente a Stalingrado tenían ante sí una tarea erizada de dificultades. Aunque la *Wehrmacht* había sufrido severos reveses en Moscú, Leningrado y Voronez, aún poseía un tremendo poder ofensivo. Hitler había conquistado ya, una tercera parte de la inmensa nación rusa, junto con un tercio de sus industrias químicas y otro tercio de su energía hullera y eléctrica. Contaba con una incuestionable superioridad en aviación, tanques y artillería. Otro empujón gigantesco y el colosal Estado bolchevique se desmoronaría como un castillo de naipes. Tan seguro estaba Hitler de que su buena estrella le concedería la victoria en Stalingrado en cuestión de semanas, que trasladó su cuartel general supremo y el Alto Mando del Ejército, de la Prusia

Oriental a un lugar situado en Ucrania, en las proximidades de Vinnitsa.

La épica batalla por Stalingrado empezó el 22 de agosto de 1942.

—Atacamos Stalingrado — anunció el Führer en el palacio de los deportes berlineses — y tomaremos la ciudad.

El bombardeo alemán inicial, uno de los más concentrados que se han efectuado jamás, redujo a escombros tres cuartas partes de la ciudad en un solo día. Pero cuando los alemanes penetraron en la plaza, pudieron comprobar que sus defensores no tenían la menor intención de rendirse.

Durante los dos meses siguientes, septiembre y octubre de 1942, se libró ininterrumpidamente una de las más sorprendentes batallas de aquella o de cualquier otra guerra. El ataque alemán redujo Stalingrado a un montón de edificios en ruinas, de paredes que se desmoronaban y de cadáveres insepultos que se descomponían. Mas, por una terrible ironía de la suerte, aquella espantosa destrucción resultó favorable para los rusos, pues hizo las calles impracticables. Los tanques alemanes, atacados en las montañas de cascotes y escombros, eran destruidos por los rusos. Los soldados soviéticos, armados de fusiles ametralladoras, bayonetas y machetes, se arrastraban por las habitaciones destruidas de las viviendas, por las fábricas en ruinas, las callejuelas y los patios, para caer sobre los alemanes por el flanco y la retaguardia. Entre las ruinas de Stalingrado se mantuvieron algunas de las más espantosas luchas cuerpo a cuerpo que recuerda la historia. Se luchaba encarnizadamente no sólo casa por casa, sino habitación por habitación. Los avances se medían por metros. Después de esfuerzos desesperados, los alemanes tomaban toda una manzana de casas para tener que cederla nuevamente a las pocas horas.

Era una verdadera carnicería. Las bajas diarias ascendían a millares. Resultaba imposible contar los muertos y mucho más enterrarlos. El general ruso Geórgi Zhukov lo describió de manera perfecta: «Yo no hubiera podido creer jamás que en la tierra pudiese llegar a crearse semejante infierno. Los hombres morían, pero no retrocedían.»

Para el nervioso Führer, que esperaba ansiosamente las noticias de Stalingrado, sólo llegaron partes de guerra extraños y desalentadores. A primeros de noviembre de 1942, pronunció un discurso político en el que dijo, entre otras cosas:

Mi objetivo era llegar al Volga, a un lugar definido, a una ciudad concreta. Resulta que esa ciudad lleva el nombre del propio Stalin... Mi deseo era tomarla. Nosotros no hacemos afirmaciones exageradas: puedo deciros ahora que ya la hemos tomado. Sólo unos pequeños sectores no se encuentran aún en nuestras



manos. Habrá quien pregunte acaso: «¿Por qué el ejército no avanza más deprisa?» A esto responderé diciendo que no deseo ver un segundo Verdún. Prefiero alcanzar mis objetivos por medio de ataques limitados. El tiempo no tiene importancia.

La dificultad consistía, afirmó Hitler, en que los rusos no querían combatir como soldados que hubiesen sido adiestrados de acuerdo con los principios normales de la estrategia y la práctica militares. Luchaban como «animales de los pantanos». ¿Y quién era capaz de predecir lo que haría un animal de los pantanos? Esto recuerda la queja del general Braddock, quien quería que los indios «saliesen de los bosques para luchar como ingleses».

¡Cuán curiosa resultaba aquella combinación hitleriana de hechos, excusas y mentiras! La verdad era muy sencilla: el ariete nazi que golpeaba las puertas del Volga se había roto. De nuevo era esencial que Hitler se retirase para reagrupar sus maltrechas fuerzas, sacando del frente al Sexto Ejército, consolidando su nueva retaguardia y esperando una oportunidad mejor. Desde el frente, los generales le suplicaban que les enviase refuerzos o accediese a efectuar una retirada de algunos centenares de kilómetros, hasta Rostov o incluso más hacia el Oeste. Si no se efectuaba esta retirada, volverían a verse sorprendidos, como en 1941, por el terrible invierno ruso.

Hitler contestó con otro estallido de cólera:

—¡Quedaos ahí y luchad! ¡No pienso dejar el Volga!

Volvió nuevamente por sus fueros la demencia militar del Führer.

El 19 de noviembre, Zhukov desencadenó una contraofensiva en dos puntas de lanza, una desde el Norte y el Nordeste y la otra desde el Sudeste, partiendo de las áridas estepas de los Calmucos. Ambos ejércitos rusos avanzaron hacia el Oeste, para cerrarse después en un movimiento de tenaza. La *Blitz* roja se hacía principalmente a punta de bayoneta, arma que producía un verdadero terror a los soldados alemanes, de espíritu mecanizado.

En menos de cuatro días, los rusos tomaron Kalach, en la orilla oriental del Don, y muchas otras plazas. En el sector de Serafimovitch, sobre un frente de 32 km y a 24 km al sur de Stalingrado, la penetración en las líneas alemanas alcanzó una profundidad de 65 a 80 km. El anillo ruso no tardó en cerrarse en torno a 14 divisiones del Sexto Ejército de Von Paulus.

La operación estuvo perfectamente calculada. El cerco de las divisiones alemanas coincidió con el terrible invierno ruso. Las tropas del Führer quedaron atrapadas en una de las regiones más inclementes de la Tierra. Stalingrado se encuentra en

la encrucijada meteorológica formada por los vientos siberianos helados, que descienden de las estepas del Norte, y las cálidas corrientes del Caspio, procedentes del Sur. Los vientos fríos y calientes chocan impetuosamente en esta región. Desde finales de octubre a comienzos de mayo hay lluvias diluviales, espesas nevadas y violentas tempestades en esta atormentada zona. De nuevo el General Invierno volvió por sus fueros: la aviación nazi tuvo que quedarse en tierra, los vehículos blindados quedaron inutilizados, los hombres murieron como moscas.

Atrapados en la bolsa de Stalingrado, que tenía 40 km de anchura de Este a Oeste y 19 km de profundidad de Norte a Sur, se encontraban casi todos los efectivos de 20 divisiones alemanas y dos rumanas, así como diversos elementos heterogéneos entre los que se contaban el cuartel general del Sexto Ejército de Von Paulus, las planas mayores de la artillería y la *Luftwaffe*..., en total, entre 225.000 y 300.000 hombres. Bajo la presión rusa, estas grandes fuerzas se veían comprimidas en un área cada vez más pequeña. Con las líneas de abastecimientos cortadas, los pertrechos y municiones terminaron por desaparecer prácticamente. Cuando el rancho empezó a escasear los soldados comieron caballos, perros y gatos.

Se produjeron de nuevo desesperadas peticiones de socorro al Führer. Pero Hitler permanecía inmovible.

«He considerado la situación cuidadosamente. Mis conclusiones no han variado. El Sexto Ejército no se retirará... El Sexto Ejército se quedará donde está. Goering ha dicho que puede abastecer al Ejército por el aire. ¡No pienso abandonar el Volga!»

Las reacciones de Hitler al recibir nuevas noticias de Stalingrado fueron histéricas:

—¡Que me traigan al comandante de ese cuerpo de ejército! ¡Que lo degraden! ¡Que lo metan en la cárcel! ¡Todo es culpa suya!

Nombró a Paulus mariscal de campo. Dio una nueva orden:

«A partir de ahora, las fuerzas del Sexto Ejército asediadas en Stalingrado se conocerán por el nombre de las tropas de la Fortaleza Stalingrado.»

Así trató Hitler de engañarse, haciéndose creer que la bolsa de Stalingrado era una «fortaleza».

Las agotadas tropas alemanas tendrían que resistir, imaginándose que se encontraban dentro de una fortaleza inexpugnable que sería salvada por el genio de Hitler.

«Stalingrado es la guarnición de una fortaleza, y el deber de las tropas que guarnecen una fortaleza es resistir al asedio. Si es necesario, resistirán todo el invierno y yo los liberaré mediante una ofensiva de primavera.»



¿Dónde estaba la *Luftwaffe*? Por doquier se elevaba este grito desesperado. Las alas de Goering no podían ayudar a la Fortaleza Stalingrado, sobre todo después de que los rusos capturaron los restantes aeródromos en la bolsa de Stalingrado.

El 12 de diciembre de 1942, una nueva división *panzer* trató de socorrer al Sexto Ejército, horadando el anillo de hierro que lo rodeaba por la estación ferroviaria de Katelnikovo, sólo a 80 kilómetros de Stalingrado. Las tropas rojas al mando del general Rodion Malinovsky atacaron a estas fuerzas de socorro, destruyendo en poco tiempo la mitad de sus efectivos blindados. Los restantes se retiraron. El 8 de enero de 1943, los rusos enviaron un ultimátum al general Von Paulus, intimidándole la rendición en un plazo de 48 horas. Obedeciendo órdenes de Hitler, Paulus rechazó el ultimátum.

Una semana después la bolsa de Stalingrado sólo tenía 24 kilómetros de largo por 14 de profundidad y los efectivos alemanes estaban reducidos a menos de 80.000 hombres.

19 de enero de 1943. Un típico parte de operaciones del frente ruso:

En el sector de Voronez, las tropas rusas han tomado Valuiki y Urazavo y la estación ferroviaria de Belaya-Kalitva y Ortsogorsk. El número total de prisioneros hechos en la ofensiva de Voronez es de 52.000, de los cuales 2.500 son alemanes y el resto italianos y húngaros. En el frente del Cáucaso se ha tomado Petrovskoie.

El Sexto Ejército estaba en situación desesperada. He aquí la versión alemana de los hechos, debida al general Kurt Zeitzler:

Para el soldado ordinario que combatía [en Stalingrado] cada nuevo día traía únicamente una dosis renovada de hambre, necesidades, privaciones y penalidades de todas clases... Un frío rigurosísimo, soledad y desamparo del alma, desesperanza, miedo de morir congelado o perecer de hambre, temor de sufrir heridas que en aquellas circunstancias no podrían verse curadas... Era una pesadilla interminable...

Los abastecimientos habían dejado de recibirse casi por completo. Los soldados se hallaban faltos de comida, municiones, combustible, equipo... Formaciones enteras desaparecían. El VI Ejército se consumió como en un incendio, hasta que sólo quedaron escorias.

Esta situación continuó un día y otro, empeorando cada vez más. Sólo permanecía en pie un interrogante: ¿por cuánto tiempo podría continuar la batalla?

A finales de enero de 1943, el poderoso Sexto Ejército de Hitler, el mismo que había arrollado Holanda y Bélgica en

el verano de 1940, estaba hecho pedazos. Durante los últimos veinte días de enero, más de 100.000 oficiales y soldados alemanes fueron aniquilados en Stalingrado o cerca de aquella ciudad, dentro de un mortífero anillo de hierro. De los sótanos y los subterráneos salieron los últimos 12.000 soldados alemanes, andrajosos, demacrados y medio muertos de frío. Von Paulus y su Estado Mayor se rindieron en los sótanos de unos grandes almacenes a un teniente ruso de 27 años. Con él fueron hechos prisioneros 15 generales, entre los que se incluían dos rumanos.

—¡El camino de la humillación alemana! —comentó un fatigado oficial germano.

Stalin describió estos hechos más tarde: «La batalla de Stalingrado terminó encerrando en una bolsa a un ejército alemán de 300.000 hombres, que finalmente fue capturado y desbaratado... Sobre el terreno se recogieron los cadáveres de 146.700 alemanes, que fueron quemados.»

La fórmula mágica de Hitler: «¡No retirarse!», había fallado estrepitosamente. El Führer estaba furioso con Von Paulus. Que aquel pusilánime se hubiese rendido sin intentar al menos el suicidio, era inconcebible. *Unvergleichliche Unverschämtheit!* ¡Una desvergüenza sin precedentes! «No siento respeto por un hombre que teme al suicidio y en cambio acepta el cautiverio.» En cuanto a los otros generales, dijo: «Este es el último mariscal que nombro en esta guerra.» ¿Y los soldados del Sexto Ejército? Hitler afirmó que debieran haber cerrado filas para matarse con sus últimas balas.

El histerismo hacía presa entre los rufianes nazis. Todos recordaban las palabras de Goering al comienzo de las hostilidades: «*Wenn wir diesen Krieg verlieren, dann möge uns der Himmel gnädig sein!*» («¡Si perdemos esta guerra, que el Cielo nos asista!»)

Para los alemanes, aquella fue la derrota más espantosa de la guerra, la tumba donde quedaron enterradas las ambiciones de Hitler. El historiador inglés J. W. Wheeler-Bennett dijo: «Fue acaso el ejemplo más monumental que presenta la historia militar de un sacrificio deliberado e innecesario de vidas humanas.»

La historia militar germana no registraba un solo caso en que un contingente tan numeroso de tropas hubiese tenido un fin tan humillante. Hitler no quiso un segundo Verdún, pero bajo muchos aspectos Stalingrado representó la misma furia elemental, el mismo conflicto ciego de voluntades de aquel baño de sangre. Una oleada de carne alemana se aplastó contra un muro de acero ruso para hacerse pedazos contra él y retroceder, dejando el suelo ruso cubierto por los cuerpos de la



flor y nata de la *Wehrmacht*, convertidos en inmóviles y grotescos cadáveres. Fue un colapso tan terrible como el de la *Grande Armée* napoleónica en 1812.

Los rusos también pagaron su victoria con tremendas bajas. Perdieron más hombres en Stalingrado que los Estados Unidos en todos los teatros de la guerra durante el curso total de las hostilidades.

Stalingrado fue uno de los grandes momentos decisivos, no sólo de la guerra sino de la historia mundial. De entonces en adelante, Hitler pasó a la defensiva en la Europa oriental. Ordenó cuatro días de luto nacional por sus legiones perdidas.

#### DIVERSION: EL ATAQUE A DIEPPE

Así las cosas, de la Rusia soviética llegaron llamadas de auxilio. Los rusos ansiaban desesperadamente que se crease un segundo frente en el Oeste para aliviar la presión ejercida sobre sus propias tropas.

Las exigencias de Stalin aumentaron. Era una equivocación, bajo el punto de vista militar, afirmó, atacar únicamente los objetivos industriales germanos desde el aire. Las guerras tenían que sostenerse y ganarse en tierra. Rusia hacía más de lo que le correspondía. Zahirió a Churchill, aludiendo a las pocas ganas que tenían los ingleses de luchar contra los alemanes. Los comunistas británicos se desgañaban en Hyde Park y Union Square.

El 19 de agosto de 1942, tres días después de las sarcásticas palabras de Stalin, Occidente hizo un movimiento destinado a aplacar al Kremlin. Un nutrido contingente de tropas anglo-nadienses desembarcó en Dieppe, ciudad de la costa francesa del canal. Las defensas alemanas aún eran más formidables de lo que se esperaba. Durante varias horas los comandos sostuvieron una cabeza de puente en la playa para ser finalmente arrojados de ella. Más de la mitad de los invasores fueron muertos y heridos; los restantes consiguieron llegar a las embarcaciones situadas a cierta distancia de la costa.

*Festung Europa*, la Fortaleza Europa, era fuerte. Churchill se apresuró a tomar el avión para Moscú, a fin de explicar personalmente a Stalin que era imposible crear un segundo frente en 1942, sin aterradoras pérdidas en vidas humanas. Dieppe, dijo, resultó un experimento muy costoso, pero del que se sacaron valiosas enseñanzas para el futuro. Le prometió que Inglaterra y los Estados Unidos atacarían a su debido tiempo con fuerzas abrumadoras, pero declaró que ni él ni Roosevelt querían arriesgar vidas aliadas en un asalto temerario y prematuro. Luego le instó a tener paciencia.

Stalin, disgustado, no ocultó su incredulidad. Protestó de nuevo, diciendo que los combatientes de la Unión Soviética eran los que cargaban con todo el peso de la guerra. Solamente cuando la invasión de Normandía de 1944 hubo comenzado, tuvo que reconocer que Churchill y Roosevelt se hallaban tan decididos como él a acabar con la monstruosa tiranía nazi.

#### DE LA DEFENSIVA A LA OFENSIVA

Moscú, Leningrado, Stalingrado..., tres lápidas en el cementerio donde yacían las aspiraciones nazis.

Aún tenían que venir más castigos y reveses, igualmente ofensivos para la sensibilidad alemana. ¿Cómo era posible que los rusos resistiesen el ataque de las legiones de Hitler para obligarlas después a retroceder inexorablemente hacia Berlín?

En esto no había ningún secreto. Era algo evidente para todo el mundo.

En primer lugar, la cantidad inagotable de potencial humano. La población rusa casi duplicaba la del enemigo. A pesar de que perecieron cientos de miles en la lucha, de todo el inmenso país, desde Leningrado a Crimea, de Siberia y de la Rusia asiática, llegaban constantemente tropas de refresco para llenar los huecos.

El Alto Mando alemán no podía disponer de reservas tan numerosas. En 1943, apenas podía mantener ya los efectivos normales de las divisiones. A las diezmadas filas de la *Wehrmacht* afluían reclutas extranjeros, «voluntarios ideológicos» que se comprometían a luchar contra el comunismo, muchos de ellos a regañadientes, así como personal alemán de baja calidad. Como en la Gran Guerra, incluso mozalbetes fueron llamados a filas para luchar contra curtidors veteranos.

Lo que aún tenía mayor importancia para el resultado de esta lucha eran las cualidades castrenses de Iván, el soldado ruso. Resistente, temerario, valeroso, era un adversario formidable. Fuese cual fuese la situación, él siempre se lanzaba al ataque. Vivo y mañoso, sobresalía en la improvisación. Así, por ejemplo, tomaba una botella de vodka vacía, la llenaba de gasolina que aspiraba con una goma de un vehículo averiado, construía luego una mecha con algodón que arrancaba del forro de su uniforme, y arrojaba este «cóctel Molotov» bajo la panza de un tanque alemán.

La nieve, tan temida por la *Wehrmacht*, era el aliado natural de Iván. Camuflados con blancas vestiduras, con su fusil envuelto en tela blanca, borrando cuidadosamente sus huellas, se confundía de noche con el paisaje nevado, para surgir de



pronto en un audaz golpe de mano contra los flancos y la retaguardia del enemigo.

Se burlaba de los obtusos alemanes de mil maneras distintas. Iván no era siquiera un ser humano, sino una especie de animal insensible al frío y que no experimentaba dolores ni sufrimientos. Los manuales militares alemanes eran muy explícitos al respecto:

El ruso se aprovecha plenamente de su extraordinario sentido de orientación, su dominio en el arte del «camuflaje» y su deseo de luchar cuerpo a cuerpo. No se rinde jamás, ni siquiera cuando el bosque en que se oculta está rodeado y él se halla sometido a un intenso fuego. Con frecuencia deja observadores hábilmente instalados en árboles, para dirigir el fuego de artillería por radio, aunque ellos mismos sean las primeras víctimas de aquel fuego.

Asimismo, los rusos también sobresalían con frecuencia por lo que respecta a su oficialidad. Los mandos militares rojos eran soberbios, tanto por lo que toca a la estrategia como a la táctica y la flexibilidad. Mientras los generales alemanes tenían que actuar trabados por la «intuición del cabo Hitler», como dijo Churchill, los mariscales y generales soviéticos tenían carta blanca para adoptar las decisiones que quisieran en el campo de batalla. Así lo había decidido el generalísimo Stalin. Los jóvenes oficiales del Ejército Rojo que se distinguían en acción ascendían con rapidez, llegando con frecuencia a lucir las estrellas de general cuando apenas acababan de cumplir los 30 años.

Para explicar el creciente poderío ruso hay que tener también en cuenta el factor representado por la ayuda inglesa y la ley de Préstamo y Arriendo norteamericana. Cuando Hitler invadió la Unión Soviética, los ingleses, a pesar del aprieto en que se encontraban, empezaron a enviar a Rusia una ayuda de un valor inestimable; después de Pearl Harbor, la ayuda americana adquirió muy pronto las proporciones de una inmensa riada de material.

Había tres rutas principales para la Unión Soviética: la más importante era la que partiendo de puertos británicos llegaba a Murmansk y Arcángel, en el norte de Rusia; otra rodeaba el continente africano y llegaba al Mar Caspio a través del golfo Pérsico, y la tercera iba a Siberia a través del Pacífico. La carretera de Murmansk era una peligrosa travesía de 1.500 millas, durante la cual los barcos mercantes aliados, escoltados por la *Royal Navy*, tenían que defenderse de los ataques de los aviones, submarinos y buques de guerra enemigos que operaban frente a las costas de Noruega. El frío constituía una amenaza

casi tan grave como la acción del enemigo. Muchos marinos anglosajones perdieron la vida en estas temerarias y suicidas misiones.

Menos peligrosa era la larga ruta por el Irán (llamado Persia antes de 1935), región situada a casi 20.000 km de Nueva York. Se enviaron gran número de locomotoras y vagones de mercancías al ferrocarril Transiraniano, que había sido reparado y conducía del golfo Pérsico al Mar Caspio. La ruta de abastecimientos de Siberia, situada en el Extremo Oriente, resultó menos eficaz que las otras dos rutas principales.

Hitler cometió un burdo error al menospreciar la capacidad productora de los Estados Unidos. Según estadísticas norteamericanas, en enero de 1944 los Estados Unidos habían enviado a Rusia un mínimo de 7.800 aviones, 4.700 tanques y antitanques, 170.000 camiones, junto con millones de toneladas de acero y víveres. Los alemanes publicaron más tarde las cifras siguientes sobre la ayuda norteamericana a la Unión Soviética: 17.000 aviones, 51.000 *jeeps*, 400.000 camiones, 12.000 carros blindados, 8.000 cañones antiaéreos, 105 submarinos, 197 lanchas torpederas, 50.000 toneladas de cuero, 15.000.000 de pares de botas, 3.700.000 neumáticos, 2.800.000 toneladas de acero, 800.000 toneladas de productos químicos, 340.000 toneladas de explosivos, 2.600.000 toneladas de productos del petróleo, 4.700.000 toneladas de alimentos y 81.000 toneladas de caucho.

Admitiendo que estas cifras hubiesen podido ser exageradas por los Servicios de Información alemanes para explicar la derrota sufrida en Rusia, aún existen motivos más que suficientes para creer que sin la ingente ayuda norteamericana y el sustancial apoyo inglés, Rusia no hubiera podido emprender la ofensiva en 1943.

Los comunistas de los Estados Unidos, que demostraron su obediencia a Stalin haciéndose eco de sus demandas para la apertura de un segundo frente en la Europa Occidental, negaron acaloradamente que Norteamérica enviase cualquier clase de ayuda a la afligida patria del proletariado mundial. La Rusia soviética, dijeron en son de queja, estaba siendo sacrificada deliberadamente al bárbaro Führer nazi. La prometida ayuda a Rusia, agregaron en tono acusador, nunca se materializó. Esto es buena prueba de la ceguera voluntaria que podían asumir los comunistas en su política.

La «invencible *Wehrmacht*» fue obligada a retroceder desde Stalingrado a las antiguas fronteras de Polonia, en una serie de gigantescos golpes de ariete. Todas las fases de esta espantosa epopeya se desarrollaron a escala grandiosa: ejércitos de millones de hombres luchando en extensiones inmensas, matanzas



colosales y destrucción ingente de bienes, aplastante victoria de las armas rojas, humillantes retiradas alemanas.

Para citar las palabras del historiador Walter Phelps Hall:

Los invencibles conquistadores alemanes... se hallaban en plena retirada. De río a río, de ciudad en ciudad, se veían inexorablemente empujados hacia su patria. Se habían perdido las ganancias de dos años sobrehumanos; las fanfarronadas de Hitler y de Goebbels parecían entonces una macabra burla entre los montones de muertos alemanes, la flor y nata de la *Wehrmacht* abrasada bajo las humeantes ruinas de una docena de ciudades rusas, ahogada en ciénagas, presa de la muerte indiferente en los bosques o en las estepas barridas por el viento.

#### HITLER COMO NAPOLEÓN:

##### TERCERA ETAPA: RETIRADA IGNOMINIOSA

El año 1943, que fue el del desquite, se inauguró con la victoria de Stalingrado, seguida por el levantamiento del bloqueo, aunque no del asedio, de Leningrado.

Durante todo el resto de aquel año, los rusos, que calculaban astutamente sus ataques, actuando en estrecha coordinación y manteniendo ingeniosamente sus líneas de abastecimientos paralelas a los pocos ferrocarriles existentes, avanzaron de manera implacable hacia el Oeste para reconquistar unas dos terceras partes de la tierra que les había arrebatado el invasor.

El plan de Hitler para la conquista de Rusia fue modificado totalmente. Durante la invasión inicial del 22 de junio de 1941, atacó en una enorme línea, excesivamente larga, que formaba un frente de 2.900 km que iba desde Leningrado por el Norte hasta Crimea. En 1942 atacó en un sector más limitado, pues sólo tenía 770 km. Los combates principales de 1943 se libraron en un frente de 400 km, situado en el Sur, que iba de Orel a Jarkov pasando por Kursk y Bielgorod y descendiendo después a Rostov.

El apetito del Führer disminuía de manera perceptible.

El mes de febrero de 1943 se caracterizó por los triunfos de las armas soviéticas. Bastará con reproducir algunos titulares de la prensa mundial:

3 de febrero:

LOS RUSOS TOMAN KUPIANSK EN EL SECTOR DE JARKOV; EN EL SECTOR DE VORONEZ CORTAN LA LÍNEA KURSK-OREL; EN EL CÁUCASO CAPTURAN KUSCHEVKA

4 de febrero:

LOS RUSOS TOMAN TIM Y SCHIGRY, ENTRE 50 Y 65 KILÓMETROS DE KURSK; AL SUR DE ROSTOV TOMAN MINSKAYA Y KANEVSKAYA

8 de febrero:

LOS RUSOS HAN TOMADO KURSK

14 de febrero:

LOS RUSOS HAN TOMADO ROSTOV, VOROCHILOVGRADO Y KRASNÝ SULIN.

16 de febrero:

LOS RUSOS HAN TOMADO JARKOV

23 de febrero:

LOS RUSOS HAN TOMADO SUMY Y LEBEDIN, EN EL SECTOR DE JARKOV.

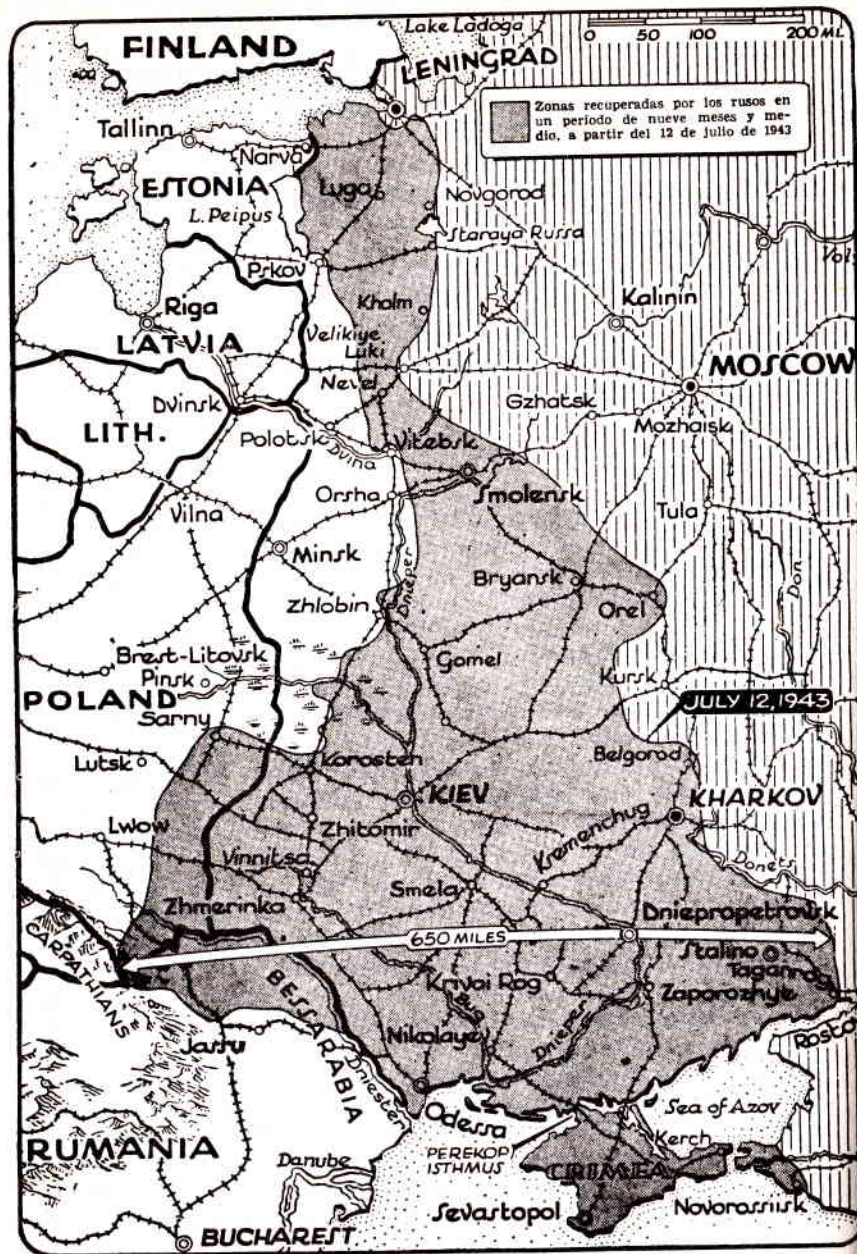
Rostov era el punto clave más meridional de todo el frente del Sur. Kursk era el principal bastión invernal de los alemanes en el flanco norte del sector meridional de Ucrania. Jarkov, en el centro, fue defendida por los alemanes durante más de un año. Antes de retirarse, la *Wehrmacht* y la *Luftwaffe* destruyeron sistemáticamente Jarkov, dejando la ciudad convertida en un montón de humeantes ruinas.

La impetuosa ofensiva rusa continuó durante el mes de marzo. Durante la primera semana de este mes los rusos, concentrados en el frente central, reconquistaron Rzhev, localidad situada 210 km al oeste de Moscú, y una semana después, el 12 de marzo, atacaron Viasma, una importantísima estación ferroviaria terminal situada entre Moscú y Smolensko. Tres días después, el 15 de marzo, los rusos evacuaron Jarkov. Habían avanzado con excesiva celeridad y tenían que detenerse para reagruparse. Pero hasta entonces, la ofensiva de invierno rusa había reconquistado 470.000 km<sup>2</sup> de territorio nacional.

El 5 de julio se produjo la esperada ofensiva alemana, la tercera desde el comienzo de la invasión. Cuarenta divisiones alemanas, al mando del mariscal Gunther von Kluge, atacaron con enorme fuerza en Kursk. Dos poderosas máquinas de guerra chocaron de frente. Los nazis intentaron sendas ofensivas en los sectores de Orel, Kursk y Bielgorod. Pero los días de la *Blitzkrieg* habían pasado a la Historia; se habían terminado los ataques fulminantes, los grandes movimientos envolventes. En cuestión de pocos días los alemanes perdieron 70.000 hombres, la mitad de sus fuerzas blindadas y un millar de aviones.

La contraofensiva rusa se produjo una semana después contra el fortificado saliente alemán de Orel. Los alemanes, ante la





AVANCES RUSOS, 1943-1944

amenaza de quedar copados, se retiraron, destruyéndolo todo y sembrando de minas hectáreas enteras de terreno.

El 4 de agosto de 1943, los tanques soviéticos entraron rugiendo en Orel. Aquel mismo día cayó Bielgorod, situado 200 kilómetros más al Sur. Al día siguiente Stalin, en una orden del día especial, felicitó a las tropas rojas por las victorias de Orel y Bielgorod.

Tres semanas después, el Ejército Rojo reconquistó Jarkov. Era la cuarta vez que aquella ciudad rusa cambiaba de manos desde 1941. En seis semanas, los rusos se apoderaron de tres importantísimas bases que los alemanes pensaban utilizar para lanzar un nuevo ataque contra Moscú.

La oleada roja avanzó de manera irresistible durante el resto de aquel año. Los puntos de mayor importancia estratégica iban cayendo uno tras otro: Briansk, un importantísimo empalme ferroviario de Ucrania; Smolensko, donde estuvieron los cuarteles generales de las fuerzas alemanas orientales en 1941 y 1942; Dniepropetrovsk, donde se encuentra la mayor presa de Europa, que los rusos destruyeron parcialmente en 1941 («Volamos esta presa para no permitir que este primer resultado de los planes quinquenales soviéticos cayese en manos de los bandidos de Hitler»); y Kiev, junto al Dnieper, donde los alemanes, antes de retirarse de la ciudad, asesinaron a toda la población judía. Después de la caída de Kiev, en octubre, los rusos avanzaron hacia el Oeste hasta alcanzar Zhitomir, ciudad situada únicamente a 107 km de la antigua frontera polaca.

Varios datos tomados a la agenda rusa de 1943:

362.000 km<sup>2</sup> reconquistados, con lo que el total de territorio liberado se eleva a 830.000 km<sup>2</sup> desde Stalingrado.

Más de 38.000 ciudades y aldeas liberadas.

Un millón de muertos entre las «bestias de Hitler».

En total más de 6.000.000 de bajas alemanas, entre muertos y heridos.



QUINTA PARTE

LA CRUZADA PARA APLASTAR AL EJE



## CAPITULO

## XVII

### La coalición: Preparativos para la victoria

*El poder de Alemania tiene que ser aniquilado en los campos de batalla de Europa.*

Franklin D. Roosevelt.

#### LA GUERRA ECONÓMICA DENTRO DE LA GUERRA GENERAL: LA BATALLA POR EL PETRÓLEO

Impresionados por los grandes titulares, los lectores de periódicos de todo el mundo se sentían sobrecogidos por los dramáticos relatos de los combates a muerte que se libraban en los campos de batalla, de los buques que desaparecían bajo las aguas del mar, de los aviones que caían envueltos en llamas. Pero muy pocos se percataban de la existencia de una guerra sorda y silenciosa: la implacable guerra económica, que tuvo una influencia enorme en el resultado del conflicto bélico. La victoria o la derrota dependían de la solución que se diese a los problemas planteados por las diversas cuestiones agrícolas, petrolíferas y financieras, la producción de municiones, la construcción naval, la fabricación de aviones, el transporte y la ingeniería, así como el papel desempeñado por el capital y el trabajo.



Todas las potencias beligerantes se enfrentaban con problemas económicos que requerían la adopción de medidas fundamentalmente idénticas. La vida comercial en tiempos de guerra se veía sujeta a escaseces y restricciones. El contribuyente tenía que pagar los enormes impuestos indispensables para afrontar los tremendos gastos. El racionamiento, en especial el de la gasolina, la carne y la mantequilla, fue introducido muy pronto, siendo seguido por otras restricciones en el carbón y los artículos de vestir. Los artículos de lujo desaparecieron. Los que andaban escasos se encontraban a veces en el mercado negro. La construcción de nuevas casas cesó. El transporte sufrió interrupciones en tiempo de guerra y sus usuarios se vieron afectados por grandes incomodidades. La obtención de alimentos para el ejército y la población civil adquirió una importancia capital. Se produjo un retorno en masa a la tierra, que en muchas regiones había sido abandonada después de un siglo de expansión industrial y comercial. No sólo se hizo necesario sino bien visto cultivar huertos en los espacios urbanos abiertos y en las zonas arrasadas por los bombardeos.

En esta guerra económica que se libraba dentro de la guerra general, las ventajas estaban del lado de los Aliados, en particular de los Estados Unidos. Los más importantes recursos económicos estaban en 1942 en manos de los Aliados. Su producción de guerra era el 60 por ciento de la mundial. Disponían del 86 por ciento del petróleo mundial, del 69 por ciento del trigo, del 67 por ciento del carbón, del 64 por ciento del hierro y del 50 por ciento del azúcar que se producía en el mundo. La mitad de la producción mundial de tungsteno, esencial para endurecer el acero, se encontraba en regiones del Extremo Oriente que se hallaban en poder de los Aliados; otro 20 por ciento procedía del Nuevo Mundo. Todo esto era de importancia vital... Los Aliados contaban con el poderío económico.

La fase europea de la segunda Guerra Mundial demostró ser un campo de prueba entre la producción industrial hitleriana y la norteamericana. (Por producción hitleriana, el Führer no entendía solamente la producción de la industria alemana, sino también el gigantesco poderío industrial de todo el continente europeo bajo el dominio nazi.) Antes de la guerra, Hitler observó que una Europa nazificada sería un productor de material de guerra más eficiente que los Estados Unidos. El poderío industrial germano, representado por los grandes *cartels*, triunfaría sobre el capitalismo norteamericano del tipo del *laissez faire*. De ello estaba seguro. El era la autoridad totalitaria que, actuando con celeridad y diligencia, hundiría a la industria americana sin darle ocasión para ponerse en marcha.

La economía hitleriana funcionaba en dos niveles. El prime-

ro estaba representado por la política inmediata de expoliación: expropiaciones y saqueos. Cuando los ejércitos nazis penetraban en un país, se dedicaban a despojarlo sistemáticamente no sólo del material de interés militar sino también de la maquinaria industrial, las materias primas, el material rodante e incluso los artículos de lujo; en una palabra, todo cuanto podía enviarse a Alemania. Un río de riqueza fluía al Tercer Reich. Muy pocos alemanes querían preguntarse cómo se las arreglaba el ingenioso Führer para obtener aquellas inmensas riquezas.

En el segundo nivel, Hitler se proponía crear una nueva y poderosa unidad económica en Europa, con la Alemania nazi como su centro industrial, financiero y administrativo. Los Estados vasallos se transformarían en regiones ganaderas y agrícolas destinadas a proporcionar alimentos y materias primas a los señores nazis. Hitler introdujo sus propias técnicas financieras en los países ocupados apoderándose de sus reservas oro, estableciendo compensaciones de pagos para abonar las requisas y los gastos de la ocupación, colocando a los elementos pronazis al frente de la industria, el comercio y la banca locales. Berlín sería el nuevo eje de una gigantesca rueda nazi que impulsaría la vida económica europea. Hitler estaba seguro de que la industria norteamericana nunca podría competir con aquel gigantesco combinado industrial.

Hitler se equivocaba de medio a medio al juzgar la capacidad industrial norteamericana. El sistema económico norteamericano demostró que poseía la capacidad y el poder para expansionarse a compás de las nuevas necesidades. Nacieron nuevas ideas, nuevos conceptos, nuevos métodos, sin necesidad de ser impuestos por una autoridad despótica y totalitaria. La maravillosa eficiencia del sistema económico norteamericano fue uno de los milagros de la guerra. Surgieron graves problemas laborales, sociales y financieros, como la necesidad de estabilizar los precios y los salarios, pero fueron resueltos. El esfuerzo industrial norteamericano, en conjunción con el de sus aliados, aseguró la superioridad logística aliada sobre el Eje.

Además, los Aliados ganaron la gran guerra económica en lo que respecta a los neutrales mediante el exclusivo programa de compras, gracias al cual Norteamérica y la Gran Bretaña pudieron adquirir materiales escasos y muy necesarios en todo el mundo, evitando al propio tiempo que cayesen en manos del enemigo.

Los japoneses también fueron derrotados en la guerra económica. La súbita expansión desde el archipiélago japonés hacia el Sur, hasta las mismas fronteras de Australia, encontró a Tokio impreparado para realizar la absorción económica de sus conquistas. Un decreto de 1941 ponía las materias primas, la mano de obra y el capital de las industrias clave en manos



del *Zaibatsu*, el pequeño grupo de grandes familias que habían amasado ingentes riquezas en el comercio y la industria. El *Zaibatsu* actuó de una manera lenta, egoísta y falta de visión; utilizó su nuevo poder para la eliminación o la absorción de las pequeñas industrias. No era así como había que acometer una importante guerra económica. El resultado de ello fue que la producción japonesa no alcanzó el nivel necesario para oponerse a una contraofensiva norteamericana que crecía de manera inevitable. Hubo que esperar al mes de marzo de 1943 para que Tojo pudiera hacerse con el control de las industrias clave, e incluso entonces tuvo que aceptar a varios consejeros procedentes del *Zaibatsu*, que se resistía a desaparecer.

También se vieron condenados al fracaso los intentos japoneses por establecer una «Esfera de Prosperidad Común de la Gran Asia Oriental». No había ningún plan económico cuidadosamente preparado para las nuevas posesiones del Pacífico. Dominaba la tendencia a improvisar, pero con esto no había bastante. Unicamente cuando Hitler empezó a construir su Nueva Europa, sus imitadores japoneses trazaron un plan para convertir las islas del archipiélago nipón en un gran taller centralizado, al que afluirían los productos de las islas ocupadas, dedicadas principalmente a la agricultura y la ganadería.

Con la sola excepción del Manchukuo, apenas hubo expansión de la economía japonesa en el enorme racimo de territorios ocupados. Tokio estaba demasiado atareado tratando de hacer frente a la contraofensiva aliada. Solamente en una zona se produjo un caso evidente de planificación: la moneda de todos los países ocupados se unificó oficialmente con el yen japonés, formándose así el Bloque del Yen bajo el riguroso control del Banco del Japón. Pero en la práctica, el Bloque del Yen nunca tuvo eficacia alguna fuera del Manchukuo y de las regiones septentrionales de China. En el resto de los territorios ocupados reinó el acostumbrado caos monetario típico del Extremo Oriente.

En la silenciosa guerra económica que libraban los Aliados y el Eje, el petróleo resultó ser el verdadero fluido vital para ambos contendientes. Sin petróleo, los armamentos modernos se convertían en un montón de chatarra. Todas y cada una de las fases de la lucha dependían del petróleo y sus derivados... Sin ellos los cañones no disparaban, los tanques no avanzaban, los aviones no volaban y los barcos no navegaban.

El petróleo era el motor de todas las ofensivas e invasiones. Calentaba las tiendas de campaña y los acantonamientos; hacía funcionar los lavaderos móviles; se empleaba para purificar el agua; intervenía en la preparación de medicamentos e insecticidas; bajo la forma de *napalm*, alimentaba los mortíferos

lanzallamas. Se necesitaba un mínimo de 230.000 litros de gasolina diarios para mantener una división acorazada en disposición de combatir.

Sin petróleo, un junco chino valía más que el más potente acorazado. El petróleo movía los talleres, accionaba los motores, lubricaba las turbinas, hacía funcionar las torretas hidráulicas y los montacargas que subían municiones a las casamatas. Los aceites pesados permitían que funcionasen los motores «diesel» de los temibles submarinos.

El petróleo era igualmente indispensable para la guerra aérea. Impulsaba a los aviones, intervenía en la confección de la textura de plástico de los bombarderos y cazas, en los paracaídas de rayón, servía para asfaltar la superficie de las pistas de aterrizaje.

El petróleo también se utilizaba en el frente interior. Hacía funcionar los tractores y camiones; era un ingrediente esencial de los neumáticos; calentaba los hogares y movía las fábricas; trasladaba a su trabajo a los obreros que intervenían en la producción de material de guerra. Gracias al petróleo, el gigantesco arsenal bélico no se paralizaba.

Por lo tanto, estaba claro que quien ganara la batalla del petróleo, ganaría la guerra. Cuando ésta comenzó, el almirante Chester W. Nimitz afirmó que la victoria dependía de «judías, balas y petróleo». En 1945 cambió el orden de estos productos en «petróleo, balas y judías».

En diciembre de 1941, cuando la guerra ya adquiría caracteres mundiales, existían en el mundo tres grandes zonas que producían anualmente 2.149.000.000 de barriles (1.700.000.000 en ambas Américas, 320.000.000 en el Cáucaso y Oriente Medio, 60.800.000 en las Indias Orientales y 68.000.000 en otras regiones del Globo). Los Aliados tenían acceso al 86 por ciento de todo este petróleo, lo cual les reportaba una tremenda ventaja en la guerra.

Para los Aliados, el gran problema consistía en llevar el petróleo y el gas a los lugares donde hacían más falta. En los Estados Unidos, el oleoducto conocido por Big Inch transportaba diariamente, en volumen que crecía sin cesar, verdaderos ríos de petróleo. Desde el *Midwest* y el sudoeste de los Estados Unidos, el petróleo fluía a las estaciones de carga, donde pasaba a las barcazas, camiones o petroleros. Enormes cantidades de petróleo en barricas se desembarcaban en las cabezas de playa, donde las barricas vacías señalaban el paso de la invasión. Los buques cisterna navegaban por los siete mares para llevar el precioso fluido a los frentes de combate. Muchos petroleros fueron hundidos por los submarinos, pero los astilleros norteamericanos, poniendo en práctica los métodos de la



producción en serie, construyeron petroleros con tanta rapidez, que la producción sobrepasó las pérdidas causadas por los submarinos nazis.

Los Aliados concedieron carácter de prioridad absoluta a las conducciones petrolíferas de todo el mundo. Los ingenieros norteamericanos tendieron un *pipeline* de 2.900 km que, después de atravesar la India y Birmania, alcanzaba la China. Mil quinientos kilómetros de oleoducto siguieron a las tropas que avanzaban por el Norte de África y, después del desembarco de Normandía en 1944, se instalaron en unos días, tuberías móviles al ritmo de 80 km diarios, para abastecer a las tropas aliadas que avanzaban hacia Alemania.

El Eje, en su sed de petróleo, confiaba en las reservas acumuladas en tiempo de paz, en el petróleo confiscado en los países ocupados, pero principalmente en los productos sintéticos. Hitler no tardó en darse cuenta de que la guerra podía ser muy larga. «Para mantenerla tenemos que asegurarnos el petróleo necesario para nuestra máquina.» Por consiguiente, el acceso a las grandes regiones petrolíferas se convirtió en cuestión de vida o muerte para Alemania. Cuando el Führer atacó Rusia en junio de 1941, uno de sus principales objetivos era el petróleo del Cáucaso, que servía para abastecer al Ejército Rojo.

Hitler ordenó a sus submarinos que patrullasen por las vías de navegación, atacando a los buques cisternas que transportaban el petróleo de Venezuela o Texas a Inglaterra. Los Aliados replicaron bombardeando intensamente las fábricas de petróleo sintético de Alemania, así como las fuentes principales del petróleo natural. En la primavera de 1942, una pequeña escuadrilla de gigantescos aviones norteamericanos despegó de sus bases en el Próximo Oriente para realizar un ataque por sorpresa contra los campos petrolíferos rumanos de Ploesti, la más importante fuente productora de petróleo natural con que contaba el Eje. Esta primera incursión no alcanzó resultados apreciables. Los norteamericanos lanzaron un nuevo ataque el 1.º de agosto de 1943, esta vez después de minuciosísimos preparativos. El ataque, que se realizó en vuelo rasante sobre las copas de los árboles, fue «bastante satisfactorio», según manifestó el general Eisenhower. Pero más tarde se supo que las verdaderas causas de la escasez de petróleo que sufría la Alemania nazi se debían a la falta de elementos de producción y distribución.

Los ataques contra las fábricas de petróleo sintético alemanas fueron devastadores. Citamos el informe oficial de la Misión de Bombardeo Estratégico del gobierno de los Estados Unidos, presentado poco después de la capitulación de Alema-

nia: «Los ataques de nuestros bombarderos contra las fábricas de productos sintéticos... desempeñaron una parte decisiva en el hundimiento de Alemania... Fue la... falta de gasolina que sufrían los nazis, no la baja en la producción de aviones, lo que nos confirió superioridad aérea.»

Por otra parte, afirmó el general George C. Marshall: «Ningún avión [aliado] ha dejado de volar, ningún barco de navegar, por falta de petróleo.»

## DECISIONES POLITICAS: DE QUEBEC A TEHERAN

Para el soldado que combatía en la segunda Guerra Mundial, el mundo entero, la vida y la muerte giraban alrededor de su limitado sector del frente. Rodeado por la sangre y la suciedad del campo de batalla, él no se preguntaba la razón de todo aquello. Su destino se decidía muy lejos de allí, mediante decisiones de las que él ni siquiera se enteraba.

La estrategia aliada se elaboraba en la cumbre por los Tres Grandes: Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y José Stalin. En el mejor de los casos, aquella alianza podía tacharse de precaria. El Occidente democrático se había unido para sobrevivir a la Rusia totalitaria, pero ambos bandos tenían sus motivos para recelar del otro. Los Tres Grandes se mostraron de acuerdo en que había que aniquilar a Alemania y el Japón por la fuerza de las armas, pero al lado de las cuestiones militares, existían profundas divergencias políticas que amenazaban por dar al traste con la precaria unidad aliada.

Roosevelt, abundando en el parecer de los generales Marshall y Eisenhower, creía que lo primero era lo primero: había que imponer al enemigo una rendición incondicional. Y cuanto antes mejor. Estaba en juego la vida de millones de norteamericanos. Sus detractores clamaban que al dar más importancia a las finalidades militares, el presidente norteamericano había caído en la trampa política de Stalin. Además, decían estos detractores, Roosevelt confiaba ingenuamente que, gracias a su influencia personal, conseguiría hacer entrar en razón al dictador ruso. En toda la historia de las alianzas, aseguraban estos críticos mordaces, nunca se vio a un estadista tan grande engañado hasta tal punto por un aliado tan poco de fiar.

Para Churchill la guerra era una mortífera partida de ajedrez en la que el mejor jugador tenía que anticiparse siempre a las jugadas de su adversario. Durante la guerra de 1914-18 intentó atacar Alemania por lo que él llamaba el blando bajo vientre de Europa, y así llevó a Inglaterra a la desastrosa campaña en los Dardanelos de 1915. En el nuevo conflicto mundial,



volvió a su idea fija, insistiendo en que la situación requería un ataque desde el Sudeste a través de los Balcanes, *antes* de que se efectuase el desembarco en las costas francesas del canal de la Mancha. Había que mantener a los rusos fuera de los Balcanes, porque una vez estuviesen allí, aseguraba, habría que apelar a la fuerza para echarlos. Para Roosevelt, esto era anteponer las cuestiones políticas a las puramente militares. Churchill, que se sentía obligado a agradecer la poderosa ayuda norteamericana, tuvo que ceder en contra de sus convicciones.

La suspicacia con que Stalin miraba a sus aliados, llegó a lindar con la paranoia. Así que Hitler inició la invasión de la U. R. S. S., Stalin empezó a pedir un segundo frente en el Oeste para aliviar la presión que pesaba sobre sus propias tropas. Dos operaciones propuestas por los angloamericanos, «Sledgehammer» en 1942 y «Roundup» en 1943, no llegaron a materializarse, pese a que ambas habían sido planeadas para atacar en las costas de Francia. Churchill, sin dejarse impresionar por las exigencias de Stalin, que no cesaba de pedir un segundo frente en el Oeste, recordó que en la primavera de 1940, «sin prever cuál sería su propio futuro, el gobierno soviético contemplaba la destrucción de aquel "segundo frente" en el Oeste, que luego había de pedir con tanta vehemencia, y cuya creación había de esperar durante tanto tiempo en medio de una verdadera agonía».

En la Conferencia de Casablanca, celebrada en enero de 1943, a la que Stalin no pudo asistir a causa de la crítica situación existente en el frente ruso, Roosevelt y Churchill pusieron en sordina el tema de un segundo frente, pese a reconocer su necesidad más tarde o más temprano. Su decisión era meditada, pues los Aliados no disponían de suficientes barcos. La mayoría del tonelaje aliado se necesitaba urgentemente en el Extremo Oriente. Además, ambos estadistas llegaron a la conclusión de que era preferible enviar el material de guerra a Rusia, vía Murmansk, y el Irán en vez de amontonarlo en Inglaterra, en espera de la invasión de Europa. En mayo de 1943, cuando ambos dirigentes volvieron a reunirse en Washington, en el curso de una conferencia que recibió el nombre de «Tridente», continuaron trazando los planes de la operación «Overlord», fijada entonces para finales de la primavera de 1944.

Mientras tanto, los gritos que se elevaban en Moscú pidiendo un segundo frente se hicieron más estridentes e imperiosos. Durante la segunda mitad de 1943 se celebraron una serie de conferencias de alto nivel para discutir no sólo la posibilidad del segundo frente, sino también la coordinación militar para el resto de la guerra, junto con el esquema de la paz futura.

Entre el 17 y el 23 de agosto de 1943, Roosevelt, Churchill

y sus consejeros se reunieron en la primera Conferencia de Quebec (su nombre cifrado era «Quadrant»), para planear la estrategia en Europa y Asia. De nuevo se dejó sentir de manera notoria la ausencia de Stalin. El pretexto técnico fue que la Unión Soviética no se encontraba oficialmente en guerra con el Japón. Se celebraron prolongadas discusiones en torno a la operación «Overlord», fijada para el 1.º de mayo de 1944. Los recursos disponibles en el Mediterráneo serían distribuidos de manera que asegurasen el éxito de la invasión de Europa a través del canal de la Mancha. En el Extremo Oriente, el Japón sería aplastado principalmente por el poderío aeronaval norteamericano. Los Estados Unidos se proponían alcanzar las Filipinas y aislar a las guarniciones enemigas esparcidas por las islas, privándolas de sus principales puentes de abastecimiento.

La conferencia de Moscú, que comenzó el 18 de octubre de 1943 y duró doce días, no fue una reunión de los Tres Grandes. Por primera vez, puso en contacto a sus consejeros más allegados en política exterior: el secretario del *Foreign Office* británico, Anthony Eden, el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Vyacheslav Molotov. A petición de Cordell Hull, el embajador chino acreditado en la Unión Soviética fue invitado a estampar su firma bajo el protocolo final.

«Stalin», refirió Eden, «parecía hallarse de excelente humor, y en ningún momento de la velada hizo recriminaciones por el pasado... Al parecer... ya no considera una operación de desembarco en el Continente como una cuestión sencilla. No obstante, está claro que espera que hagamos todos los esfuerzos posibles para iniciar la "Overlord" en cuanto la operación sea factible. Resulta sorprendente ver la confianza que deposita en nuestra palabra.»

La reunión terminó con uno de aquellos faustos banquetes que han dado fama a los rusos.

El Pacto de Moscú tenía cuatro secciones. La primera se ocupaba de los principios generales de la acción coordinada en la guerra y en la paz. Las tres naciones signatarias acordaron actuar conjuntamente para provocar la rendición alemana, el desarme de aquella nación y su ulterior vigilancia. La Unión Soviética no sólo prometió su colaboración para destruir al fascismo sino que afirmó que, mientras no se estableciese una organización mundial, consultaría con sus aliados siempre que fuese necesario.

En segundo lugar, las tres potencias acordaron que el fascismo, en todas sus manifestaciones, tenía que ser extirpado de Italia, y que este país sería posteriormente ayudado a elegir su propia forma de gobierno por medios democráticos.



En tercer lugar, se convino que la anexión de Austria, efectuada por Alemania en marzo de 1938, era completamente nula y carecía de valor. Las potencias signatarias manifestaron su deseo de ver restablecerse una Austria libre e independiente, «abriendo así el camino que conduzca al pueblo austríaco como a los Estados vecinos que se enfrenten con problemas similares, a encontrar la seguridad política y económica que constituye la única base de una paz duradera».

Finalmente, Roosevelt, Churchill y Stalin suscribieron una «Declaración sobre las atrocidades alemanas», destinada evidentemente a salvar de la venganza nazi el mayor número posible de infortunados.

El Reino Unido, los Estados Unidos y la Unión Soviética han recibido pruebas de muy distintas procedencias sobre las atrocidades, matanzas y ejecuciones realizadas a sangre fría que están siendo perpetradas por las fuerzas hitlerianas... En su desesperación, los hunos hitlerianos, que retroceden por todas partes, redoblan sus despiadadas crueldades... Las tres potencias aliadas... declaran solemnemente... [que los alemanes culpables] serán trasladados nuevamente, sin reparar en gastos, al teatro de sus crímenes, para ser juzgados allí mismo por las personas que han ultrajado. Que aquellos que aún no han teñido sus manos de sangre inocente tengan cuidado y procuren no unirse a las filas de los culpables, pues pueden tener la seguridad de que las tres potencias aliadas los perseguirán hasta el último confín de la Tierra y los entregarán a sus acusadores, a fin de que se les haga justicia.

En la Conferencia de El Cairo, iniciada el 22 de noviembre de 1943, Roosevelt y Churchill hicieron intervenir por primera vez en sus planes al generalísimo chino Chiang Kai-Chek. Aquella reunión fue el secreto peor guardado de la guerra, pues por todo el mundo se esparcieron rumores acerca del lugar donde iba a celebrarse. La agenda se limitó a las cuestiones relacionadas con la guerra contra el Japón y los comunicados dados a la prensa, con palabras cuidadosamente medidas, no mencionaban para nada a la Unión Soviética, que aún no se encontraba en guerra con el Japón.

El comunicado difundido desde El Cairo declaraba: «Los tres grandes aliados sostienen esta guerra para contener y castigar la agresión del Japón.» Dicho en otras palabras, afirmaba de nuevo que Inglaterra continuaría luchando contra el Japón después de la derrota de Alemania, cuestión que preocupaba bastante a muchos norteamericanos. Además, China, a pesar de su apurada situación, mantendría la guerra de guerrillas en espera de recibir ayuda en gran escala.

En segundo lugar, el comunicado afirmaba que los tres alia-

dos, «en armonía con las Naciones Unidas que se hallan en guerra con el Japón, perseverarán en las graves y prolongadas operaciones para alcanzar la rendición incondicional del Japón». De nuevo salía a relucir aquel término tan sujeto a discusiones. No habría paz negociada en el Extremo Oriente.

Además, se acordó en El Cairo que el Japón sería despojado de todas las conquistas que había realizado desde 1894. La China recibiría Manchuria y Formosa y, «a su debido tiempo», Corea reconquistaría su independencia. Se insinuó que la Unión Soviética obtendría las islas Kuriles y la mitad meridional de Sajalin, mientras los Estados Unidos adquirirían los mandatos japoneses de varias islas del Pacífico Central.

La tan esperada reunión entre Roosevelt, Churchill y Stalin, la conferencia verdaderamente cumbre, que marcaba el apogeo de las reuniones interaliadas, tuvo lugar del 28 de noviembre al 1.º de diciembre de 1943 en Teherán, capital del Irán. Churchill y Roosevelt acudieron con 60 consejeros cada uno, que constituían una brillante cohorte de personalidades del mundo militar y diplomático. El séquito de Stalin era mucho más reducido y de él formaban parte su ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, y su jefe militar, el mariscal Vorochilov. Por fin era posible a los jefes de Estado occidentales hablar cara a cara con el máximo dirigente soviético.

Reinó una atmósfera de extremada cordialidad mientras los Tres Grandes planeaban las operaciones militares de largo alcance contra Alemania. Para celebrar su sexagesimonono cumpleaños, Churchill invitó a todos los delegados a la Embajada británica, donde les ofreció un banquete. Se hicieron unos cincuenta brindis. Los tres que pronunció Stalin fueron memorables. «Por mi camarada de armas Roosevelt», fue el primero. Luego levantó otra vez su copa por «mi camarada de armas Churchill». Y por último pidió a los comensales que alzaran sus copas para acompañarle en este brindis: «Sin la producción norteamericana, las Naciones Unidas nunca hubieran ganado la guerra.»

En Teherán apenas se añadió nada a los acuerdos alcanzados por los ministros de Asuntos Exteriores en Moscú. El comunicado estaba redactado en términos generales: «Buscaremos la cooperación y la participación activa de todas las naciones, grandes y pequeñas, cuyos respectivos pueblos estén consagrados en cuerpo y alma, como nuestros propios pueblos, a la eliminación de la tiranía y la esclavitud, la opresión y la intolerancia. Les daremos la bienvenida, cuando decidan ingresar en la familia de las naciones democráticas.» El mundo fue informado nuevamente de que las grandes potencias se hallaban decididas a establecer una organización mundial.



Con cara muy seria, Stalin estampó su firma al pie del comunicado, que también afirmaba: «Esperamos con confianza que llegará un día en que todos los pueblos de la Tierra podrán vivir libremente, sin sufrir la tiranía y de acuerdo con sus diversos deseos y sus propias conciencias.»

El párrafo final rezaba: «Hemos venido aquí con esperanza y determinación. Nos vamos como amigos de hecho, animados por el mismo espíritu y las mismas finalidades.»

### DUMBARTON OAKS

¿Cuál sería la naturaleza de la organización de seguridad conjunta cuya existencia se decidió en principio en Moscú en 1943?

Para hallar una respuesta a esta pregunta vital, varios representantes de los Estados Unidos, la Gran Bretaña, la Unión Soviética y la China —entre los que sobresalían Edward R. Stettinius, Jr., sir Alexander Cadogan y el vizconde Halifax, Andrei Gromyko y Wellington Koo—, se reunieron en la mansión de Dumbarton Oaks, en Washington, del 21 de agosto al 28 de septiembre de 1944, a fin de presentar «propuestas provisionales» para crear una futura organización mundial.

Las negociaciones se vieron obstaculizadas desde el comienzo. Como la Unión Soviética no estaba en guerra con el Japón, el representante ruso rehuyó encontrarse con el representante chino. Inmediatamente surgieron grandes diferencias acerca del procedimiento de votación que habría que adoptar en el futuro Consejo de Seguridad.

De estas deliberaciones surgieron las proposiciones de Dumbarton Oaks:

1. Mantener la paz y la seguridad internacionales, adoptar eficaces medidas colectivas para la prevención y supresión de amenazas a la paz y la evitación de actos de agresión y otras transgresiones de la paz, y procurar resolver o zanjar por medios pacíficos las disputas internacionales que pudiesen conducir a la alteración de la paz.

2. Desarrollar las amistosas relaciones entre las naciones y adoptar otras medidas apropiadas para reforzar la paz universal.

3. Alcanzar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico social y humanitario.

4. Crear un centro destinado a armonizar las acciones de las naciones para la consecución de estos fines comunes.

## CAPITULO

## XVIII

### Las campañas de Sicilia e Italia

*Abajo, abajo, abajo. ¿No terminará nunca esta caída?*

Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*.

#### OPERACIÓN HUSKY: LOS 39 DÍAS DE SICILIA

La etapa siguiente era Sicilia.

Una gigantesca isla rocosa triangular (llamada por los antiguos *Trinacria* por su forma) de una superficie de 25.900 km<sup>2</sup>, con casi 1.000 km de costas, Sicilia está situada al sudoeste de Italia, a modo de puente entre África y la península italiana. En el norte de Sicilia se encuentran los montes Nebrodi y Madonie y en el nordeste se alza el Etna, el gran volcán que alcanza 3.618 m de altitud. Los breves cursos de agua de la isla no sirven para la navegación. Sicilia tiene varios puertos excelentes: Palermo, la capital, situada en la costa norte, junto con Siracusa, Catania y Mesina en la costa oriental, esta última tan sólo a algo más de 3 km de la punta de la bota italiana, de la que se halla separada por el estrecho de Mesina.

Sicilia constituía en manos del enemigo un obstáculo para las rutas aliadas que cruzaban el Mediterráneo vertical y horizontalmente. El Eje había destinado 13 divisiones para su defensa: 9 italianas y 4 alemanas, o sea 315.000 italianos y 90.000



alemanes, lo que totalizaba 405.000 hombres, todos ellos al mando del mariscal Albert Kesselring. La isla estaba cubierta de un dédalo de blocaos de hormigón, fortificaciones y alambradas.

Para los Aliados, el desembarco en Sicilia era la etapa lógica que debía seguir al desembarco en el Norte de África, así como la primera acción de una gran ofensiva hacia el Norte, dirigida al corazón del Eje. En la Conferencia de Casablanca, Eisenhower no ocultó a los reunidos que él hubiera preferido Córcega y Cerdeña como objetivos iniciales si lo que se proponían los militares era invadir Italia, ya que dichas islas «se encuentran junto al flanco de la bota italiana y su conquista obligaría a una mayor dispersión de los efectivos enemigos por Italia que la simple ocupación de Sicilia». Pero añadió que si el propósito principal consistía en dejar libre el Mediterráneo para la navegación aliada, en tal caso Sicilia era el objetivo indicado. Aceptó finalmente la campaña de Sicilia, subrayando que no quería aceptar ningún compromiso para sostener «objetivos estratégicos indefinidos en aquella zona».

Aquello reflejaba una diferencia de opinión entre los estrategas norteamericanos y británicos, que había de subsistir durante el resto de las hostilidades. Los generales Marshall y Eisenhower creían que lo que más importaban eran las consideraciones tácticas; el objetivo primordial era aplastar *militarmente* al Eje. Cualquier acción que se emprendiese en el Mediterráneo, argüían, debería ser subsidiaria del principal ataque contra la fortaleza europea, que se lanzaría a través del canal de la Mancha. Todo cuanto no se ajustase a esa fórmula era «política».

Churchill y sus consejeros militares presentaron vivas objeciones, afirmando que el ataque se tenía que producir en Sicilia o en cualquier otro punto. Tacharon de estrechez de miras y de peligrosa la actitud norteamericana. Vistas las cosas con la suficiente perspectiva, una acción militar que no se hallase respaldada por una conveniencia *política* podía acarrear trágicos resultados, convirtiéndose en una victoria pírrica. La cuestión se agudizó en las últimas etapas de la guerra, en opinión inglesa, cuando la terquedad de Marshall y Eisenhower permitió que los rusos ocupasen grandes porciones de la Europa Oriental, trágica consecuencia en previsión de la cual Churchill y los ingleses habían alzado voces de advertencia.

El desembarco en Sicilia tenía que ser una operación extraordinaria, la primera gran operación anfibia que se realizaría en el territorio del Eje. Los aviones de caza y bombardeo necesarios, así como las lanchas de desembarco, salían ya de las cadenas de montaje en número suficiente. Cerca de 3.000 embarcaciones de todas clases, desde buques de guerra a pequeñas

lanchas de desembarco, se reunieron en bases dispersas por el Mediterráneo, Inglaterra y los Estados Unidos, con la misión de encontrarse en el sur de Sicilia en un día previamente convenido, para proceder a la descarga de hombres y materiales. Participarían en esta operación 160.000 soldados perfectamente instruidos y equipados, 14.000 vehículos, 600 tanques y 1.800 piezas de artillería de grueso calibre. Las fuerzas invasoras estarían formadas por el Séptimo Ejército de los Estados Unidos, compuesto por seis divisiones, incluyendo una aerotransportada, y el Octavo Ejército británico, con siete divisiones, entre las que se incluían varias canadienses y una división aerotransportada. Washington proporcionaría el 55 por ciento del potencial aéreo y los ingleses el 45 por ciento. En cuanto a la protección naval, Londres proporcionaría el 80 por ciento de los gastos.

El comandante supremo, Dwight D. Eisenhower, tenía la tarea de coordinar y sincronizar estas distintas fuerzas, convirtiéndolas en una máquina bélica perfectamente engrasada. Bajo su mando se hallaban cinco distintas y separadas unidades de combate: el ejército norteamericano, que comprendía a la aviación del Ejército, la armada norteamericana, la armada británica, la RAF y la *Royal Navy*. El XV Grupo de Ejércitos, mandado por el general sir Harold Alexander, comprendía el Octavo Ejército británico mandado por el general Bernard L. Montgomery, y el Séptimo Ejército norteamericano, mandado por el teniente general George S. Patton, Jr. El mariscal del Aire sir Arthur Tedder, fue puesto al mando de las fuerzas aéreas aliadas; el almirante sir Andrew Browne Cunningham, de las fuerzas navales aliadas.

Las posibilidades de éxito existían, ciertamente. Se esperaba una decidida resistencia por parte de la nutrida guarnición alemana de Sicilia y de las tropas italianas. Un factor especial, favorable a los Aliados, era el estado de ánimo del pueblo siciliano, que sólo sentía desprecio por los alemanes. «¡Se comen todas nuestras gallinas!» «Cuando vengan los americanos y los ingleses», decían muchos campesinos sicilianos, «todas nuestras dificultades terminarán».

El primer objetivo de la operación «Husky» era el Heligoland italiano del Mediterráneo central: la pequeña isla de Pantelaria, estratégicamente situada en el estrecho que separaba Sicilia y Túnez, a 70 km de la costa africana y a 96 de Sicilia. Anteriormente, Italia apenas si se había preocupado de aquel islote de 762 m de altura, que pasó a su poder al incorporarse el reino de Nápoles en 1860, pero en 1935, Mussolini lo convirtió en una base aérea y naval. Por su topografía, la diminuta isla era casi inexpugnable, pues su costa y superficie eran tan



abruptas y escarpadas que las tropas de asalto sólo podían desembarcar por la bocana del único puerto que poseía, de dimensiones muy reducidas. Su solitario aeródromo era de un valor inapreciable para el Eje.

«Nosotros creíamos», dijo Eisenhower, «que [la isla] podría tomarse sin muchas dificultades..., suponiendo que la mayoría de italianos estuviesen hartos de guerra y quisieran aprovechar la primera excusa válida para dejar de combatir.» Tenía razón. A principios de junio de 1943, durante seis días con sus noches, los Aliados lanzaron 5.000 toneladas de explosivos de gran potencia en una zona limitada situada al este de la isla. Al propio tiempo se produjo un concentrado cañoneo naval. Estos argumentos resultaron muy persuasivos.

El 11 de junio, cuando las tropas invasoras se disponían a abandonar los buques de transporte para embarcar en las lanchas de desembarco, la guarnición de Pantelaria capituló. La rendición estuvo acompañada de una tremenda andanada de quejas. Las tropas de desembarco no sufrieron bajas a excepción de un infortunado soldado aliado que fue mordido por una mula. Se hicieron 11.000 prisioneros. Churchill, en cumplimiento de una apuesta hecha con Eisenhower, pagó sonriendo cinco céntimos por cada prisionero que rebasó la cifra de 3.000.

Durante los dos días siguientes, las dos islas más pequeñas de Lampedusa y Linosa, ambas situadas al este de Malta, se rindieron a los Aliados. La primera, según un rumor que circuló entre los soldados norteamericanos, se entregó al piloto de un avión que se vio obligado a aterrizar en ella por falta de gasolina. Ya no quedaba ningún baluarte enemigo al sur de Sicilia y podía iniciarse el ataque a la gran isla mediterránea.

Para desconcertar al enemigo, lo cual fue siempre un factor importante de la estrategia aliada durante la segunda Guerra Mundial, los Aliados efectuaron ataques aéreos preliminares contra Sicilia y Cerdeña, mientras sus movimientos navales hacían pensar en la posibilidad de un desembarco en Grecia. En Sicilia, las comunicaciones enemigas fueron muy dañadas; cuatro de los cinco *ferry-boats* que cruzaban el estrecho de Mesina fueron hundidos. Los Aliados obtuvieron la supremacía aérea cuando un gran número de aviones alemanes e italianos se retiraron a la península. El 9 de julio de 1943, la gran armada, con su prodigiosa variedad de combatientes de tipo militar, se presentó puntualmente a la cita, en un punto situado al sur de Malta.

Ya se habían dado órdenes para los desembarcos del día siguiente, cuando el tiempo empeoró, con fuertes vientos del Noroeste y mar gruesa. Pero se confiaba en que el buen tiempo no se haría esperar. Durante la noche el viento amainó, dejan-

do mar rizada y oleaje en las playas occidentales de Sicilia. Aunque la guarnición que defendía la isla no esperaba un ataque, la operación seguía siendo arriesgada.

«El factor tiempo, que parecía desfavorable», dijo el almirante Cunningham, «tuvo por efecto que los cansados italianos, que habían permanecido en estado de alerta durante muchas noches, se acostasen satisfechos, diciendo: "Por lo menos, esta noche no vendrán." ¡PUES VINIERON!»

Durante la noche, fueron arrojados paracaidistas al interior de la isla para desarticular las comunicaciones y ocupar los aeropuertos. A la mañana siguiente, cuando el sol iluminó las olas coronadas de blanca espuma, una sorprendente variedad de lanchas de desembarco, que cabeceaban, se balanceaban y saltaban sobre las aguas rompientes y movidas, se dirigió hacia las playas. Los norteamericanos empleaban nuevos tipos de lanchas de desembarco: las DUKW, un transporte anfibio, y la LST (*landing ship, tanks*); ambos tipos fueron empleados después en gran escala en el Pacífico. Una tercera parte de los planeadores de la Primera Brigada Aérea de desembarco británica tuvieron mala suerte al ser soltados demasiado pronto por los aviones que los remolcaban, con el resultado de que se ahogaran muchos soldados.

Antes de que el sol se hubiese remontado en el cielo, Eisenhower comunicó que «el éxito de los desembarcos iniciales estaba asegurado».

Al principio apenas se encontró oposición. Los invasores hallaron desiertas muchas de las playas y vacíos los blocaos. Los jefes militares del Eje, desorientados acerca del punto donde se produciría el ataque, concentraron sus fuerzas en el extremo occidental de la isla, el más próximo a los puertos norteafricanos que se hallaban en poder de los Aliados. Pero la invasión se produjo en las costas del Sur y del Este.

Los sicilianos recibieron a los soldados aliados con aclamaciones de júbilo, frutos, flores y vino. Las tropas italianas sólo ofrecieron una resistencia simbólica, rindiéndose a centenares, mientras muchos se vestían de paisano y desaparecían. La falta de combatividad de los italianos tiene cierta justificación. Muchos estaban disgustados por la mala calidad de su equipo y la desorganización reinante. Los observadores aliados se quedaron sorprendidos ante la lamentable calidad del equipo que llevaban los soldados italianos. Las cajas que contenían las raciones de campaña de éstos, aparecían a veces con sólo una delgada capa de provisiones en la parte superior, que ocultaba una capa más gruesa de grava o arena. Algunos aviones italianos no volaban ni a la de tres. Los anticuados tanques se incendiaban al recibir el primer impacto. No era de extrañar que



muchos italianos estuviesen hartos del fascismo mussoliniano, con todas sus pretendidas «maravillas» y sus realizaciones de oropel.

En cambio, la guarnición alemana, entre la que se incluía la magnífica división «Hermann Goering», no tenía la menor intención de capitular. Desde las alturas del monte Etna, los alemanes observaban los movimientos de los Aliados en la llanura de Catania. Aquellas tierras eran palúdicas, y un gran número de combatientes de ambos bandos contrajeron las temidas fiebres.

Una vez en tierra, los invasores encontraron un terreno frágil hendido por torrentes tan profundos, que el avance de los tanques era prácticamente imposible. Los movimientos a lo largo de las estrechas carreteras resultaban lentos y laboriosos. La lucha degeneró pronto en una serie interminable de pequeñas escaramuzas, sostenidas principalmente por fuerzas de artillería e infantería.

El Octavo Ejército de Montgomery, que incluía un cuerpo de tropas canadienses desembarcado al oeste del cuerpo principal, conquistó rápidamente las playas orientales de la isla, tomando el puerto de Siracusa. Para seguir avanzando desde allí, tuvo que pasar por una estrecha y escarpada carretera que contorneaba la ladera del monte Etna que miraba al mar en dirección a Mesina. Montgomery continuó avanzando, pero el 27 de julio se vio obligado a hacer alto en la llanura de Catania, para esperar refuerzos.

Montgomery volvió a ser objeto de acerbos críticas por parte de los expertos militares y de los estrategas de salón. Le acusaron de excesiva timidez, de ser demasiado prudente. Sólo había que ver el ritmo a que había llevado su campaña contra Rommel en el Norte de África. Otros salieron en defensa del pequeño y férreo inglés. ¿Qué derrota importante podían echarle en cara sus enemigos?

El Séptimo Ejército de Patton, que desembarcó en la costa Sur por Gela y Licata, se dividió en dos columnas principales: un grupo de tanques se dirigió con rapidez hacia el Oeste para tomar los puertos de Marsala y Palermo, que cayeron en su poder antes de quince días, y la otra columna avanzó en derecha hacia el centro de la isla. El 31 de julio, los norteamericanos y los ingleses unieron sus fuerzas respectivas para formar una línea que atravesaba la isla al sur del monte Etna, al que se habían retirado los alemanes con sus tres divisiones y media, después de librar una enconada batalla con objeto de retrasar el avance aliado.

Pero las tropas aliadas presionaban implacablemente a los alemanes, desde una altura estratégica a otra. Las fronteras

quedaron pulverizadas a los pocos días. El tránsito era lentísimo; una aglomeración espantosa de vehículos, entre los que había tanques, camiones, excavadoras, motocicletas y *jeeps*, avanzaba en una riada rechinante, ruidosa y estremecida. En su retirada, los alemanes destruían puentes y acueductos en las estrechas carreteras que serpenteaban al borde de los precipicios de la costa. Los ingenieros norteamericanos e ingleses hicieron milagros para reparar estas carreteras, de una importancia vital. Eisenhower refirió haber visto una hazaña, que resultaba casi increíble, efectuada por tropas de ingenieros en los acantilados marinos que se alzaban al este del Etna. La carretera había sido completamente volada en una extensión de 200 m y sólo quedaban las paredes desnudas del acantilado, que caían sobre el mar desde una altura de muchísimos metros. Las tropas de ingenieros, trabajando como arañas humanas, construyeron un andamiaje de vigas capaz de sostener el peso de los más grandes camiones del ejército. La campaña de Sicilia terminó el 17 de agosto de 1943, exactamente a los 39 días de los primeros desembarcos. El general George C. Marshall calculó que el enemigo había tenido 167.000 bajas, 37.000 de las cuales correspondían a los alemanes. Los Aliados tuvieron 31.158 entre muertos, heridos y desaparecidos.

Los derrotados alemanes consiguieron evacuar en avión y pequeñas embarcaciones alrededor de 60.000 hombres, o sea las dos terceras partes de sus efectivos, entre los que se incluía la división «Hermann Goering», a través del estrecho de Mesina en uno de los Dunquerque mejor organizados de la guerra. La retirada se realizó hábilmente a cubierto de la oscuridad. Por esta vez, la aviación aliada falló en uno de sus objetivos importantes. Pero los Aliados capturaron enormes cantidades de material de guerra intacto, en especial tanques alemanes e italianos. Nutridos contingentes de funcionarios ingleses y norteamericanos, adiestrados especialmente para la administración civil, atendieron inmediatamente a la población siciliana.

Según palabras del presidente Roosevelt, aquello fue «el principio del fin».

La conquista de Sicilia demostró que los Aliados podían atacar con tremenda eficiencia y poder en cualquier frente, lección que para los observadores japoneses no cayó en saco roto. Mas al propio tiempo, los jefes militares norteamericanos y británicos fueron objeto de vivas críticas por lo que se tildaba de falta de imaginación en sus acciones. Sus acusadores decían que los Aliados, pese a su evidente superioridad en tierra, mar y aire, dejaron escapar al núcleo selecto de las tropas alemanas, que pasaron a la península italiana sin experimentar apenas pérdidas.



Sicilia fue el escenario del incidente llamado «de la bofetada», que recibió amplia publicidad y estuvo a punto de terminar la brillante carrera del teniente general George S. Patton. Éste era uno de los jefes militares norteamericanos más capaces que actuaron en la segunda Guerra Mundial y todos le consideraban como un magnífico soldado, adornado de las mejores virtudes castrenses. Era, además, el mejor experto en tanques del ejército norteamericano y sus estudios de la guerra moderna le habían hecho comprender la ventaja de la velocidad para alcanzar la victoria con un mínimo de bajas.

Pero Patton poseía un carácter excéntrico, casi infantil, que empañaba el brillo de sus extraordinarias cualidades militares. Por ejemplo, tenía la costumbre de llevar pistolas con cachas de nácar en un par de pistoleras, a la manera típica del Oeste. Completaba este atuendo con un casco de acero que siempre lucía brillante como un espejo, unas botas igualmente lustrosas y una serie de cintas sobre el pecho, que recordaban a los presentes sus muchas condecoraciones ganadas en campaña. Era un hombre atildado y meticuloso hasta la exageración. Con excesiva frecuencia, se enzarzaba en discursos políticos e históricos sobre temas acerca de los cuales, como otros muchos generales, apenas si sabía nada. En el Congreso norteamericano, alguien comentó que debían someterlo a «un repaso general».

El paciente Eisenhower se veía obligado constantemente a sacar a su impetuoso general de un lío tras otro. «Yo sabía muy bien», explicó Eisenhower, «que a Patton le encantaba sorprender a sus oyentes con afirmaciones fantásticas. Muchos que creían conocerlo, jamás consiguieron atravesar el jactancioso disfraz tras el que se ocultaba cuidadosamente y de manera constante. Pero en el fondo era un jefe sagaz y ladino, que siempre se conquistó el afecto de sus subordinados.»

Durante la campaña de Sicilia, Patton efectuó una visita a los hospitales donde se encontraban acogidos los soldados heridos. Al encontrarse con un paciente ambulatorio, el general preguntó al soldado por qué se encontraba en el hospital. El soldado replicó: «Mi general, son los nervios, creo.» Patton montó en cólera y colmó de improperios al sorprendido soldado, acusándolo de falso enfermo y de cobarde, y añadiendo que no era digno de estar en un mismo hospital con heridos de verdad. Los médicos y las enfermeras, sorprendidos ante aquella filípica, no se atrevían a intervenir.

Pocos minutos después, Patton se tropezó con otro soldado. Esta vez las consecuencias aún fueron peores. El general perdió por completo los estribos y dio una tremenda bofetada al soldado, haciéndole caer el casco. Los escandalizados médicos y enfermeras se interpusieron entonces entre ambos. Patton

salió hecho una furia del hospital, deshaciéndose en imprecaciones contra los neuróticos y los cobardes.

Aquello constituyó una acción brutal, sorprendente y estúpida. Los médicos atestiguaron más tarde que uno de los soldados estaba gravemente enfermo, con 39° de fiebre.

La anécdota se difundió con la rapidez del rayo por todas las unidades de combate, no tardando en llegar a los Estados Unidos. La indignación que produjo fue profunda y general. Cuando unos meses después, un comentarista radiofónico difundió el incidente por las ondas, se elevó un gran clamor público pidiendo la destitución de Patton.

Eisenhower se encontró colocado en una posición muy incómoda. Desde luego, Patton no era indispensable, pero era un jefe demasiado valioso para prescindir de sus servicios. Acaso su incalificable conducta se debiese a su extrema tensión y a los dolores y sufrimientos que presenció entre los heridos del hospital. Eisenhower le reprendió severamente ordenándole que fuese a presentar excusas a los soldados y a los facultativos y enfermeras que asistieron al desagradable incidente. Además, le ordenó que se presentase ante los oficiales y soldados de las divisiones bajo su mando, «para asegurarles que se dejó llevar por un momentáneo impulso y que respetaba su situación de combatientes de una nación democrática».

Afligido, penitente y humilde, Patton obedeció puntualmente estas órdenes. Luego escribió esta carta a su superior inmediato: «No encuentro palabras para expresar hasta qué punto lamento haberle dado a usted, a quien lo debo todo y por quien daría gustoso mi vida, un motivo de descontento.» Todo este incidente hace pensar de manera simultánea en un niño travieso y en un padre severo, ambos de una pieza.

Salvado al parecer de la destitución, Patton pasó a mandar el Tercer Ejército de los Estados Unidos que, después de embarcar en las playas de Normandía, atravesó Francia y Alemania para penetrar en Checoslovaquia en una de las más deslumbrantes campañas de la guerra. Pero Patton nunca consiguió reprimirse a tiempo para no pronunciar despropósitos y frases fuera de lugar. Eisenhower volvió a encontrarse en una situación muy embarazosa a consecuencia de unas declaraciones de Patton en las que éste se refirió «a la necesidad de que la Gran Bretaña y Norteamérica se unan para gobernar el mundo después de alcanzar la victoria». En una charla de la postguerra el bullicioso general dijo que el partido nazi alemán era «como nuestro partido democrático republicano». Después de cada uno de estos incidentes, Patton demostró la debida contrición.

El 21 de diciembre de 1945, el curtido soldado, que enton-



ces contaba sesenta años, falleció en la ciudad alemana de Heidelberg, doce días después de haberse fracturado la base del cráneo en un choque de su automóvil con un camión del ejército. Se le dio sepultura en un cementerio militar de los Estados Unidos, entre los restos de hombres muertos en acción a los que él había mandado. Su tumba está señalada democráticamente por una sencilla cruz, que en nada se distingue de la de sus soldados.

### LA CAIDA DE MUSSOLINI

El 17 de julio de 1943, los aviones aliados sobrevolaron Roma y otras importantes ciudades italianas, arrojando proclamas que contenían un mensaje del presidente de los Estados Unidos y del primer ministro de la Gran Bretaña:

En estos momentos las fuerzas armadas combinadas de los Estados Unidos y la Gran Bretaña, bajo el mando del general Eisenhower y su ayudante el general Alexander, avanzan profundamente en el territorio de vuestra patria. Esto es el resultado directo del vergonzoso gobierno a que os han sometido Mussolini y su régimen fascista.

Mussolini os hizo participar en esta guerra como estado satélite de un brutal destructor de pueblos y libertades. Mussolini os metió en una guerra que consideraba ya ganada por Hitler. A pesar de la extrema vulnerabilidad de Italia, expuesta a los ataques por mar y aire, vuestros dirigentes fascistas enviaron a vuestros hijos, a vuestros barcos y vuestros aviones, a distantes campos de batalla, para ayudar a Alemania en sus intentos de conquistar Inglaterra, Rusia y el mundo...

Cada instante que resistáis a las fuerzas combinadas de las Naciones Unidas, cada gota de sangre que sacrificéis sólo servirá para una finalidad: dar a los dirigentes fascistas y nazis un poco más de tiempo para escapar a las inevitables consecuencias de sus propios crímenes. Todos vuestros intereses, todas vuestras tradiciones han sido traicionados por Alemania y por vuestros falsos y corrompidos dirigentes; solamente renegando de ambos, una Italia reconstituida puede confiar en ocupar un lugar respetable en la familia de las naciones europeas.

Ha llegado el momento, pueblo italiano, de que tengáis en cuenta vuestra dignidad y vuestros propios intereses, junto con vuestros deseos de ver restablecida la dignidad nacional, la seguridad y la paz. Ha llegado el momento de que decidáis si los italianos tienen que morir por Mussolini e Hitler... o vivir por Italia y para la civilización.

ROOSEVELT  
CHURCHILL

Este mensaje, cuya redacción fue cuidadosamente preparada, causó una profunda impresión en el desesperado pueblo italiano. ¿Dónde estaba, efectivamente, la gloria que les había prometido su dictador de opereta? ¿Por qué no había resucitado el brillo y el esplendor del antiguo Imperio Romano? En lugar de ello, los italianos habían visto morir a sus hijos en el campo de batalla, su escuadra reducida a la impotencia, sus ciudades devastadas, su economía arruinada, sus colonias perdidas. Desilusionados, disgustados, con la moral deshecha, con sus ya menguadas libertades aún más reducidas por la Gestapo, estaban más que hartos.

Durante más de dos décadas, el mundo había escuchado relatos acerca de las gigantescas realizaciones de la Italia fascista. Mussolini había saneado Italia. Había hecho que los trenes se atuviesen puntualmente al horario. Había limpiado las calles de mendigos. Había agarrado un pueblo blando e indolente por el cogote, convirtiéndole en una nación disciplinada y activa.

Todo eran exageraciones y mentiras (1). El pueblo italiano sabía mejor que nadie cuál era la verdadera naturaleza de la monstruosidad política engendrada por Mussolini.

A pesar de su rutilante exterior, el llamativo Estado fascista había construido sus cimientos sobre la arena. En el seno de su rígida estructura corporativa, cada hombre era el esclavo de su inmediato superior y el pequeño dictador de sus subordinados. El resultado de ello era que cada italiano pensaba únicamente en sí mismo, con exclusión de todos los demás. Pues no existía un espíritu de cooperación nacional ni de equipo para trabajar todos juntos en aras del bien común. Los oportunistas aprovechados se quedaban con el botín y los rezagados no despertaban la compasión de nadie, siendo únicamente objeto de oprobio. El régimen fascista estaba tan corrompido por el nepotismo, los enchufes y la ineficiencia, que ni siquiera era capaz de proporcionar víveres a sus tropas de campaña.

El fascismo mussoliniano necesitaba una serie continuada de victorias para sostenerse. Las derrotas del Norte de África y de Sicilia fueron el golpe de gracia. Cuando el fin se produjo, llegó con una súbita convulsión, como la que experimentaría un perro consumido por la enfermedad. El Duce, que aún se aferraba a la ilusión de un poder ya inexistente, cayó de su pedestal, y su innoble experimento se desvaneció en el aire, como una burbuja que se deshace.

(1) Hay que reconocer, sin embargo, que a Mussolini se deben dos obras importantes, como son la desecación de las Lagunas Pontinas y el Concordato con la Santa Sede, que ningún régimen anterior consiguió realizar. (N. del T.)



La vulnerable Italia veía sus ciudades convertidas en ruinas por la aviación aliada. El tráfico ferroviario quedó desarticulado. La desmoralización cundió a medida que la situación alimenticia se hacía cada vez peor. En las ciudades industriales del norte de Italia estallaron algaradas y se produjeron huelgas.

En febrero de 1943 hubo indicios de una inminente crisis política cuando, dos semanas después de que el Octavo Ejército Británico hubiese capturado Trípoli, Mussolini efectuó un reajuste ministerial, destituyendo a su yerno, el conde Galeazzo Ciano, del puesto de ministro de Asuntos Exteriores. Para terminar de humillarlo, le nombró representante de Italia cerca de la Santa Sede. El furioso Duce podía leer muy bien lo que estaba escrito sobre las paredes del fascismo. Ya no tenía la menor duda de que no sólo su pusilánime yerno, sino otras muchas personas de su séquito eran culpables de deslealtad y traición. Los obsequiosos lacayos que antes se desgañitaban pronunciando su nombre a los cuatro vientos y presentándolo como el hombre enviado por la providencia para salvar a Italia, empezaban a abandonar el barco que se hundía, como una bandada de ratas desagradecidas. Lo señalaban entonces con dedo acusador, censurándole por haber alineado a Italia en el bando que perdía la guerra.

Lo peor de todo era que se trataba de hombres a los que el propio Duce había concedido poder y honores: Dino Grandi, presidente de la Cámara de Fascios y Corporaciones, antiguo ministro de Asuntos Exteriores y que había sido embajador en Inglaterra; el mariscal Pietro Badoglio, vencedor de Abisinia; el general Vittorio Ambrosio, jefe del Estado Mayor general italiano; el duque de Acquarone, ministro de la Casa Real. Todos eran unos ingratos, unos locos, unos traidores.

Los conjurados contra Mussolini realizaron un juego muy peligroso. Existía el peligro de la confidencia, de la indiscreción, de la denuncia y el arresto. La cuestión primordial, como señaló Churchill, era ésta: «¿Quién le pondrá el cascabel al gato?»

El Duce efectuó un último intento para salvarse. El 19 de julio de 1943, acompañado por el general Ambrosio, del que entonces aún no sospechaba, Mussolini realizó una última peregrinación para ver a Hitler. La entrevista se desarrolló esta vez en Villa Feltre, cerca de Rímini. Había desaparecido el teatral escenario de los tiempos del esplendor nazi y fascista, los firmes apretones de manos, las posiciones erguidas, las sonrisas victoriosas. En cambio, en la helada atmósfera flotaba una sensación de urgencia desesperada.

Mussolini solicitó más ayuda. El Führer respondió maquinalmente con una arenga más bien propia de un fantasma:

—Tenemos que hacer un esfuerzo supremo... Sicilia se tiene que convertir en un nuevo Stalingrado... Hay que resistir hasta el invierno, en que dispondremos de nuevas armas secretas para emplearlas contra Inglaterra...

En lo tocante a refuerzos y equipo adicional, ni podía pensarse en ello. Todo cuanto tenía Alemania se necesitaba urgentemente en el frente del Este.

Esta reunión se vio amenizada por graves noticias. Roma había sido bombardeada por primera vez por 700 aviones aliados. Las muchedumbres, presas del pánico, afluyeron a la Ciudad del Vaticano y la plaza de San Pedro se vio abarrotada de millares de asustados ciudadanos. Hitler, que se había propuesto permanecer dos días en Feltre, abandonó de pronto la villa.

Desalentado y amargado, el Duce tomó el avión para regresar a Roma. Cuando el aparato se disponía a aterrizar, tuvo que atravesar una enorme humareda que se alzaba de los incendios producidos en la estación ferroviaria de Littorio.

Cinco días después, el volcán político entró en erupción en el curso de la reunión celebrada por el Gran Consejo Fascista, la primera desde 1939. El Duce repitió cansadamente su viejo disco para intimidar otra vez a sus oyentes y hacer que éstos le obedeciesen. El mismo empuñaría las riendas del poder y asumiría sus graves responsabilidades. Echaría de su lado a los bribones y a los traidores. Impondría rigurosas medidas. Emplearía fuerzas aún intactas. En incontables ocasiones anteriores, él lo había resuelto todo. Pero esta vez, los oyentes de Mussolini se hallaban dominados por la desesperación. Dino Grandi presentó una moción en la que pedía que el Duce cediese inmediatamente el mando de las fuerzas armadas al rey. Ciano apoyó la moción de Grandi. Todos los intentos de Mussolini por aplazar la decisión fueron inútiles.

Después de un debate que duró diez horas, se efectuó el recuento de votos a las dos de la madrugada. El resultado fue decisivo. La moción de Grandi tuvo diecinueve votos a favor, siete en contra y dos abstenciones.

«La posición de cada uno de los miembros del Gran Consejo», escribió el propio Mussolini, «ya podía adivinarse incluso antes de la votación. Había un grupo de traidores que ya habían entablado negociaciones con la Corona; un grupo de cómplices y un grupo de inocentes que votaron sin darse cuenta, probablemente, de la gravedad de la votación.»

Al día siguiente, domingo, 25 de julio de 1943, confiando en obtener el apoyo del soberano, el enfurecido Duce acudió a



visitar a Víctor Manuel III. Fue una entrevista muy violenta. El rey dijo a Mussolini sin ambages que ya no lo consideraba primer ministro.

—Todo es inútil ya —dijo el monarca—. Italia está hecha pedazos. El ejército está hundido moralmente. Los soldados ya no quieren luchar. En estos momentos es usted el hombre más odiado de Italia.

A la salida de palacio, Mussolini fue rodeado por varios *carabinieri*, que lo metieron en una ambulancia y se lo llevaron detenido, siendo posteriormente internado en la isla de Ponza. Aquella misma tarde, el rey difundió una proclama en la que comunicaba la dimisión de Mussolini y decía que él, el rey, había asumido el mando de las fuerzas armadas, añadiendo que el mariscal Badoglio formaría un nuevo gabinete.

¡El Duce ha caído!

La noticia se difundió por el pueblo italiano como un reguero de pólvora. Las emociones tanto tiempo contenidas estallaron. Se produjeron indescriptibles manifestaciones de júbilo, el pueblo se echó a la calle para organizar manifestaciones, insultando al dictador depuesto, arrancando los emblemas fascistas de los edificios y manchando con pintura negra las innumerables imágenes del «Gran Hermano» que durante tanto tiempo había contemplado el pueblo italiano en todas las esquinas.

Los jerarcas fascistas y los miembros de la policía secreta que consiguieron evitar la detención, se apresuraron a ocultarse, mientras muchos militantes del partido quemaban sus camisas negras y desaparecían bajo el sol de la libertad italiana. Los olvidados dirigentes democráticos surgieron de sus escondrijos para hablar libremente por primera vez desde hacía más de dos décadas.

El Alto Mando aliado, sorprendido por la súbita deposición de Mussolini, no supo actuar con la prontitud y decisión que la ocasión requería. El 29 de julio de 1943, Eisenhower publicó una declaración en la que elogiaba a los italianos por haber sabido librarse de su dictador, dando a entender que se hallaba dispuesto a entablar negociaciones con el nuevo Gobierno. Pero precisamente entonces los dirigentes aliados se hallaban enzarzados en una controversia acerca de la interpretación que había que dar al término «rendición incondicional», acuñado por el presidente Roosevelt en Casablanca en enero de aquel año. Si la situación se hubiese afrontado con más severidad y rapidez, toda Italia se hubiese pasado al bando aliado, evitándose los terribles meses de lucha sobre el suelo de la península que habían de sucederse. En cambio, las cinco semanas que duraron las negociaciones para la rendición, dieron a los alemanes

una ocasión caída del cielo para consolidar sus defensas en Italia.

Badoglio vino a complicar las cosas. Era un hombre incapaz de actuar de una manera sencilla y clara; prefería la acción tortuosa y secreta, incluso el juego doble y el maquiavelismo. Hay que reconocer que pesaba sobre sus hombros una carga abrumadora. En Italia pululaban los agentes alemanes, dispuestos a estrangular cualquier señal de desfallecimiento o defecación. Badoglio se encontraba atrapado entre dos fuegos: los desconfiados alemanes, el apasionado populacho italiano y los implacables Aliados. Era imposible dar satisfacción a los tres.

Ocultándose bajo una serie de nombres falsos, Badoglio efectuó viajes clandestinos a Madrid, Lisboa y Sicilia, para entrevistarse en secreto con agentes aliados, a los que presentó planes fantásticos e hizo demandas, sometiéndoles al propio tiempo contraproposiciones. Deseaba vivamente capitular, pero sólo cuando contase con la promesa de que Italia se libraría de la temida rendición incondicional. Además, quería que los Aliados le diesen seguridades de que unas poderosas fuerzas invasoras desembarcarían en la península italiana así que se firmase la rendición. Para que no hubiese dudas al respecto, quería que Eisenhower le comunicase detalladamente el plan de invasión.

Fue un drama increíble que a veces tuvo ribetes de opereta. Al principio, Eisenhower trató de dar facilidades a Badoglio y envió a varios oficiales de alta graduación a Lisboa para que se entrevistasen con el italiano. Permitió que el brigadier Maxwell D. Taylor y otro alto oficial efectuasen un viaje secreto a Roma, donde corrieron aventuras dignas de las mejores novelas de intriga. Cuando las negociaciones amenazaron con hacerse interminables, Eisenhower puso fin a aquel juego ordenando que se efectuasen nuevos y más violentos ataques aéreos a Roma y otras ciudades italianas.

El efecto fue instantáneo y saludable. El 3 de septiembre de 1943, Badoglio capituló y firmó el documento de rendición incondicional. Ésta fue anunciada por Eisenhower una semana después.

Los detalles no fueron divulgados. Las condiciones principales parece ser que fueron muy duras, pero los desdichados italianos ya tenían muy poco que perder. Todos los soldados italianos de la Península y los Balcanes tenían que deponer las armas. Casi todo cuanto quedaba de la armada italiana, la marina mercante y las fuerzas aéreas fue entregado a los Aliados. Córcega y todos los aeródromos y bases navales de la Península y las islas serían asimismo entregados. Italia sería desar-



mada, desmilitarizada y las tropas desmovilizadas. Todas las instituciones fascistas serían eliminadas y el partido fascista quedaría fuera de la ley. Se convino que, en tanto que los Aliados no tomaran Roma, un gobierno antifascista se ocuparía de administrar Italia bajo la supervisión aliada.

Un informe oficial norteamericano describió la rendición de la escuadra italiana:

La tarde del 9 de septiembre [1943] el acorazado *Howe*, escoltado por cuatro cruceros que transportaban elementos de la Primera División Británica Aerotransportada, embocó el canal limpio de minas poniendo proa a Tarento. Poco antes, la sección de la escuadra italiana surta en el puerto había salido de Tarento. Cuando ambas formaciones se cruzaron, hubo un momento de tensión. Nada garantizaba que la escuadra italiana observaría los términos de la capitulación y no se decidiría a luchar por último. Pero el desafío final lanzado por el almirante Cunningham, pronunciado con la misma fría serenidad que caracterizaba todos los actos de aquel gran marino, no obtuvo respuesta. La escuadra italiana pasó junto a nosotros y se perdió de vista. Iba a rendirse...

Aquel mismo día, el acorazado *Roma* fue hundido por aviones de bombardeo alemanes al norte de Cerdeña. Al día siguiente, 10 de septiembre, la escuadra italiana, con la inclusión de cuatro acorazados, arribó a Malta.

Una semana después, el 16 de septiembre, Badoglio se dirigió por radio al pueblo italiano, pidiéndole que «luchase contra los alemanes por todos los medios, en todos los lugares y en todo momento». Y añadió: «Resistir es existir». Con esta proclama, que equivalía virtualmente a una declaración de guerra, Italia se convirtió en cobeligerante en la guerra contra Hitler. La declaración oficial de guerra italiana a Alemania se produjo un mes después, el 13 de octubre de 1943.

«El principal diablo fascista», dijo el presidente Roosevelt, «juntamente con sus principales asociados en el crimen, han abandonado la guerra».

Pero siete semanas después de su caída, Mussolini fue rescatado por los alemanes mediante un audaz golpe de mano de caracteres cinematográficos. El 26 de julio de 1943, Mussolini fue internado en la isla de Ponza, para ser llevado más tarde a la Maddalena, islote situado frente a la costa de Cerdeña. A finales de agosto fue trasladado nuevamente, esta vez a una pequeña estación de montaña situada en los Abruzzos, región del centro de Italia. A mediados de septiembre, cerca de un centenar de paracaidistas alemanes, dirigidos por un osado coronel de las S.S., Otto Skorzeny, aterrizaron allí en un planea-

dor. Sin hallar apenas oposición, los alemanes se llevaron al ex dictador de Italia en un ligero avión italiano (1).

Convertido ya totalmente en títere del Führer alemán, Mussolini estableció una República fascista en el norte de Italia, proclamando que continuaría la guerra hasta su victoriosa conclusión. Resonaron de nuevo las antiguas frases huecas y grandilocuentes. La organización del partido volvería a funcionar. Se restableció el Eje. «Yo, Mussolini, vuelvo a asumir el mando supremo del fascismo en Italia.»

Pero el disco estaba ya tan gastado que apenas se oía.

## AVANCE LENTO EN ITALIA

Entre los Aliados reinaba un gran entusiasmo. El pueblo italiano se había desembarazado del pomposo Duce y de sus rufianes «camisas negras»; el nuevo gobierno de Badoglio había aceptado la rendición incondicional y el fascismo, con toda su fanfarronería y brutalidad, había recibido el golpe de gracia. Una nueva manifestación de fuerza concentrada e Italia caería como un fruto maduro.

Pero el fin no tenía que llegar con tanta facilidad. La batalla por la posesión de Italia se convirtió en una lucha enconada y sangrienta, en un lentísimo avance que duró desde septiembre de 1943 a mayo de 1945. La resistencia alemana únicamente cesó en Italia después del hundimiento del Tercer Reich hitleriano.

En este caso, la lucha fue diferente de la que se sostenía en los demás frentes de combate. No había grandes masas de tropas que se lanzasen al asalto del enemigo en «ofensivas incontenibles», «movimientos de penetración» o «maniobras envolventes» de las líneas enemigas. Las tropas que se enfrentaban en combate raramente se veían. En grupos pequeños y aislados, que avanzaban metódicamente de una posición a otra, los soldados subían y bajaban por el fragoso y accidentado paisaje.

Según informó el corresponsal de guerra Eric Sevareid: «Nunca se veían masas de hombres con uniformes verde oliva enzarzadas en fotogénico combate con masas de hombres de

(1) El lugar donde fue internado Mussolini era una villa que se alzaba en las laderas del Gran Sasso d'Italia, la cumbre más elevada de los Apeninos. En cuanto al avión empleado por Skorzeny para trasladar a Mussolini, era un *Storch* (Cigüeña) alemán, pequeño y lento aparato de reconocimiento, que despegó de un prado contiguo al hotel. (N. del T.)



uniforme caqui. Era un lento y espasmódico avance de una zona de silencio a la siguiente.»

El pueblo italiano, desilusionado, disgustado, desesperanzado, acogió a los Aliados como libertadores. Pero también estaba alicaído y apático, y al principio hizo muy poco por ayudar a sus conquistadores. Estaba harto de guerra. Entonces se encontró atrapado entre dos regímenes: su nuevo gobierno dominado por los Aliados y un gobierno mandado por Berlín, en el que el fascismo daba sus últimos coletazos.

«Si los alemanes penetran en Italia», dijo Mussolini en 1940, «ya no saldrán de ella». Por una vez, el Duce dijo la verdad. Inmediatamente después de su caída, los alemanes acumularon refuerzos en Italia, desarmaron a los italianos y se hicieron los amos del país. Hitler no se hallaba dispuesto a dar a Italia por perdida; permanecería en ella y vendería muy caro cada centímetro de su territorio (norma acostumbrada en la estrategia hitleriana). Designó al mariscal Erwin Rommel para mandar a los alemanes en el norte de Italia.

Cuando pusieron pie en Italia, las tropas norteamericanas, británicas, francesas, polacas y brasileñas tropezaron con un verdadero avispero en el que los alemanes resistían tenazmente. Fue imposible realizar una campaña rápida; la lucha se convirtió en una serie de detenciones, ataques, retiradas y nuevos ataques. Los veteranos alemanes, que podían escoger sus posiciones, se retiraban lentamente por la península desde una línea defensiva a la siguiente, obligando a los Aliados a pagar muy caro cada palmo de territorio conquistado.

La península italiana no tenía rival para esta clase de guerra defensiva. Por el Norte se alzaban los Alpes, que describían un inmenso arco desde Niza a Trieste. A sus pies se extendía la gran llanura aluvial de Lombardía y Venecia, con sus fértiles campos, cruzados por numerosos ríos que nacían en los lagos alpinos. Extendiéndose por el centro de la Península, discurría la cordillera de los Apeninos, como un espinazo dividido en varias secciones. Al sudoeste de la Spezia se alzaban los contrafuertes calizos de los Alpes Apuanos, y más allá comenzaban las alturas de la Toscana. La cuenca contigua del Tíber, flanqueada al Este por los Apeninos romanos, divididos en una cordillera oriental y otra occidental. Venía después un cinturón volcánico que rodeaba los llanos de la Campania clásica, que se extendía por el Sur. Desde allí, la cordillera montañosa continuaba hasta alcanzar el extremo de la península de Calabria.

Era un terreno que ofrecía formidables posibilidades de defensa y los alemanes las aprovecharon a fondo. Para cubrir su retirada, volaron todos los puentes, viaductos, estaciones ferroviarias y carreteras de montaña, dejando a su paso un ver-

dadero laberinto de minas y trampas. Aquel avance era una pesadilla para los soldados aliados. ¡Y precisamente por la soleada y risueña Italia! Subían y bajaban por los breñales medio ahogados por el polvo, las lluvias torrenciales y el fango, en el que se atascaban los vehículos. Y los sinuosos ríos y torrentes aún empeoraban más las cosas: el Sangro, el Volturno, el Garigliano, el Rápido, el Arno. «¡Todos los ríos de este condenado país se llaman Volturno!», comentó un fatigado soldado norteamericano, al que aquel río parecía perseguirle.

El proceso de reblandecimiento comenzó el 19 de agosto de 1943 con un tremendo ataque aéreo aliado contra los aeródromos y nudos de comunicaciones enemigos.

El 3 de septiembre, dos divisiones formadas por veteranos del Octavo Ejército de Montgomery, tropas anglocanadienses curtidas en muchos combates, cruzaron el estrecho de Mesina para desembarcar bajo nutrida protección artillera y aérea, estableciendo varias cabezas de playa en Reggio di Calabria, en la punta de la bota italiana. Iniciaron entonces el avance hacia el Norte, en dirección a Calabria, frente a una gran resistencia enemiga. Al anochecer ocuparon Reggio, Catona y San Giovanni. Los comandos tomaron Bagnara y Melito.

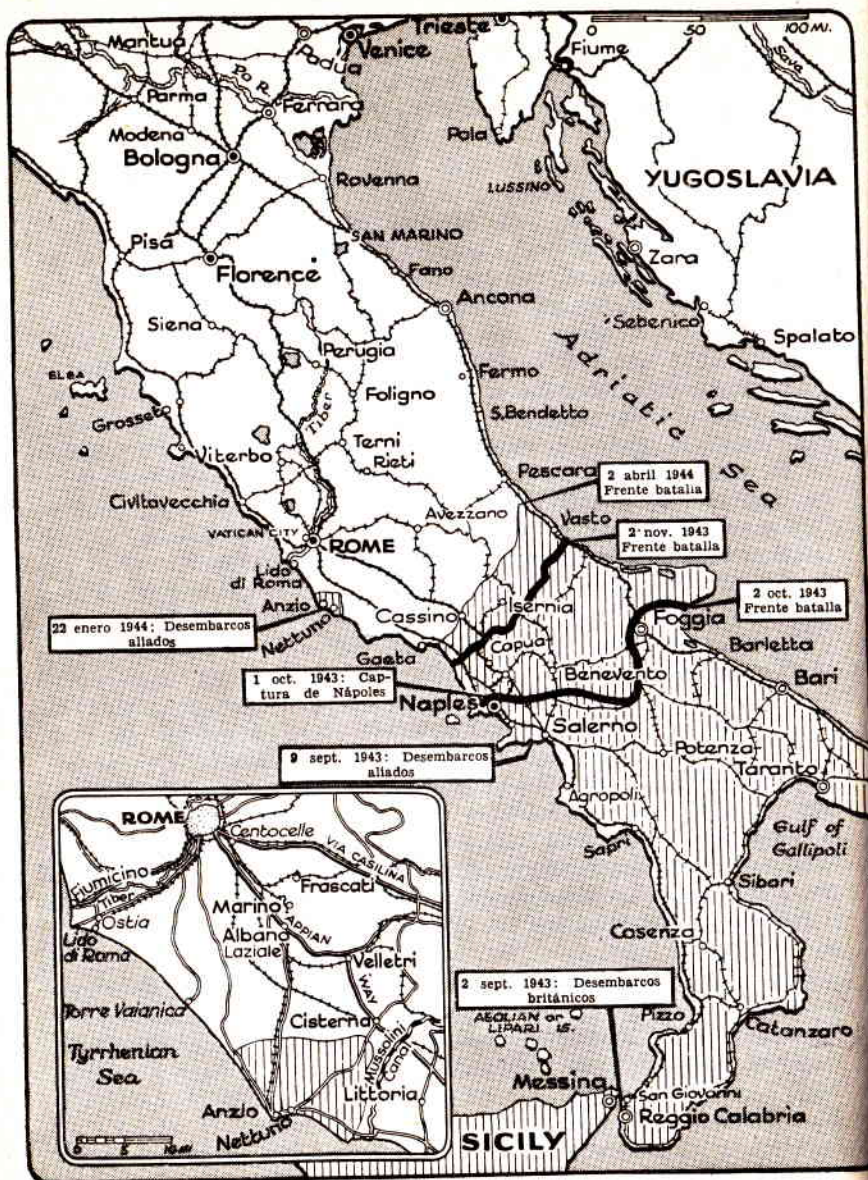
Seis días después, el 9 de septiembre, los norteamericanos iniciaron la operación «Avalancha», un ataque anfibio cuya finalidad era la captura de Nápoles.

El nuevo Quinto Ejército de los Estados Unidos, cuyos efectivos eran norteamericanos y británicos por partes iguales, al mando del teniente general Mark W. Clark, apoyado por una cobertura aérea y la artillería naval, desembarcó en las proximidades de Salerno, 72 km al sudeste del golfo de Nápoles. Desde la gran concentración naval aliada partió una nube de lanchas de desembarco hacia las playas; una bandada de ballenas mecánicas que escupían combatientes. Durante el primer mes, las fuerzas angloamericanas desembarcaron 135.000 soldados, 100.000 toneladas de pertrechos y 30.000 vehículos de motor.

Un día después de los desembarcos de Salerno, los alemanes ocuparon Roma y colocaron la Ciudad del Vaticano bajo su custodia. Las unidades italianas del norte de Italia, el sur de Francia y los Balcanes se apresuraron a capitular y los alemanes ocuparon Pavia, Parma, Cremona y Bérgamo, en la Italia septentrional.

Pero esto aún no era todo: los alemanes esperaban a las tropas aliadas en Salerno. Apostados en las alturas del Norte, Este y Sur, desencadenaron un intensísimo cañoneo sobre las abarrotadas playas. Los soldados norteamericanos trataron de ocultarse entre los guijarros y los bancos de arena.





INVASIÓN DE ITALIA

Cuatro días después de los desembarcos, los alemanes contraatacaron en Salerno, reconquistando parte del terreno ocupado por el Quinto Ejército.

«¡Es otro Dunquerque!», vociferó la radio de Berlín.

Los Aliados contestaron con intensos ataques aéreos desde sus bases de Sicilia y el Norte de África, machacando a los alemanes apostados en las alturas próximas a Salerno y bombardeando los aeródromos enemigos, situados más al Este, en Foggia. Al propio tiempo, Montgomery inició el avance desde el Norte hacia Reggio, recorriendo 240 km en una marcha lenta obstaculizada por el terreno quebrado y la resistencia alemana. Pese a la lentitud del avance, la presencia del Octavo Ejército obligó a los alemanes a replegarse hacia Nápoles, el 15 de septiembre.

Poco antes, el 9 del mismo mes, día en que se efectuaron los desembarcos de Salerno, 6.000 hombres escogidos de la Primera División Aerotransportada Británica capturaron la base naval de Tarento, situada al Este, en el interior del golfo del mismo nombre. Desde allí avanzaron hacia el Norte, en dirección a Bari, consiguiendo así cerrar el acceso del Adriático.

El mes de septiembre de 1943 fue de signo favorable para los Aliados. La parte meridional de la península italiana estaba en su poder. Los alemanes abandonaron la isla de Cerdeña y Córcega fue conquistada por tropas de la Francia Libre, ayudadas por guerrilleros corsos. La mayor parte de la escuadra italiana estaba internada en Malta y el poderío naval aliado podía concentrarse a partir de entonces en el Pacífico.

El 1.º de octubre, el general Clark entró en Nápoles al frente de varias unidades de su Quinto Ejército, después de rechazar a los alemanes que montaban la guardia al pie del Vesubio y dejar atrás las ruinas de Pompeya y Herculano. Encontraron la ciudad convertida en una ruina humeante, el puerto bloqueado por los barcos hundidos, la población famélica y diezmada por el tifus. Antes de retirarse, los alemanes efectuaron terribles represalias en la ciudad. El Gobierno Militar Aliado acusó a los alemanes de 13 atrocidades distintas:

Volar el acueducto principal por siete lugares distintos y vaciar los depósitos de agua.

Dstrucción de las bombas de agua y del sistema de alcantarillado.

Dstrucción de los generadores, transformadores y todas las partes esenciales del sistema de suministro eléctrico.

Dstrucción del sistema de transportes y requisas de todo el material rodante, desde autobuses a vehículos de tracción animal pasando por caballos.



Destrucción del sistema de comunicaciones mediante la voladura de las centrales telefónicas y las centrales de energía.

Demolición de los principales hoteles.

Voladura de los túneles que atravesaban las colinas.

Colocación de bombas de acción retardada y de minas que causaron bajas entre la población civil y no solamente entre los militares.

Apertura de las puertas de trece prisiones para dar libertad a criminales y rufianes, que camparon por sus respetos en una población ya asolada por las bombas.

Destrucción de los molinos harineros, privando así a los napolitanos de pan y macarrones.

Incendio deliberado, mediante gasolina y bombas de mano, de la universidad de Nápoles, la tercera del mundo por su antigüedad, pues fue fundada en 1224 por el emperador Federico II, y uno de los más grandes centros docentes del mundo, lo cual constituyó una de las peores muestras del vandalismo alemán desde el incendio de la Biblioteca de Lovaina durante la Gran Guerra.

Saqueo de los hospitales para llevarse vendajes, instrumental y medicamentos.

Deportación de numerosos rehenes, entre los que se contaban el obispo de Cava Dei Terrini y el prior de la abadía de Corpo di Cava.

Estas destrucciones en gran escala se efectuaron de acuerdo con un plan cuidadosamente preparado. Los documentos militares alemanes que cayeron en manos del Octavo Ejército Británico, revelaban que las tropas alemanas habían recibido órdenes de aplicar una táctica de tierra calcinada hasta el límite de sus posibilidades.

La destrucción de la universidad de Nápoles constituyó un acto de estúpida crueldad. Herbert L. Matthews escribió en el *New York Times*:

Los alemanes irrumpieron en la universidad después de haberlo preparado todo cuidadosamente, provistos de varias docenas de bidones de gasolina de 20 litros y numerosas bombas de mano. Así pasaron de sala en sala, rociando de gasolina las paredes, los techos y el mobiliario, sin olvidar unos archivos que contenían material de muchos siglos de antigüedad. A continuación arrojaron las bombas de mano. Aquel acto de barbarie no dejaba de tener cierto simbolismo. A los alemanes no les importaba destruir el saber acumulado de varios siglos de pensamiento científico y filosófico.

Las fuerzas de ingenieros aliados, ayudados por el pueblo de Nápoles, trabajaron noche y día para reparar las instalaciones portuarias. La armada italiana proporcionó cuatro submarinos, gracias a cuyas baterías se pudo disponer de la electri-

dad necesaria para los trabajos de limpieza. En menos de un mes, más de 50 barcos hundidos fueron extraídos del puerto y llegaron a la ciudad abastecimientos en número superior a las 5.000 toneladas diarias. Varios campos de aviación próximos a la ciudad del Vesubio pronto estuvieron en situación de ser utilizados.

Al propio tiempo, en la costa del Este, y poco más o menos a la misma latitud que Nápoles, el Octavo Ejército británico penetró en Foggia para apoderarse del gran sistema de aeródromos allí existentes. A los pocos días Foggia disponía de nuevas pistas de plancha de acero, bombas para la gasolina, oleoductos, hangares, talleres y almacenes. Y los primeros de 35.000 aviones aliados empezaron a concentrarse en aquella zona.

Foggia fue una conquista importantísima. Con anterioridad, los cazas que proporcionaban cobertura aérea a las tropas tenían que llegar de Sicilia y sólo podían permanecer 15 minutos sobre la cabeza de puente de Salerno. A partir de entonces, los bombarderos pesados y los cazas con base en Foggia podían atacar distantes objetivos de toda Italia e incluso bombardear Austria y los nudos de comunicaciones de los Balcanes.

El mariscal Albert Kesselring, sometido a creciente presión aliada, se retiró a fuertes posiciones defensivas situadas en la ribera norte del río Volturno, escenario del triunfo de Garibaldi sobre los napolitanos en 1860.

Para los Aliados sólo había dos posibles rutas de acceso a Roma: podían seguir la Vía Apia, avanzando por la costa, o podían abrirse paso por la Vía Latina, que seguía las montañas del interior y rodeaba la posición clave de Cassino. Por ambos caminos el avance sería muy difícil. Durante lo que restaba del año 1943 trataron de avanzar por el barro, el fango y el cieno..., siempre adelante. Los vehículos se averiaban y los puentes eran arrastrados por las aguas torrenciales, crecidas con las últimas lluvias. Desde los altos contrafuertes rocosos, los alemanes acribillaban a los angloamericanos que avanzaban entre las rocas, por el fondo de los barrancos, o trataban de escalar los riscos. «Vivían como hombres prehistóricos», observó un periodista, «y una maza les hubiera sido más útil que una ametralladora. No comprendemos cómo consiguieron sobrevivir aquel espantoso invierno.»

El mando aliado fue reorganizado. Eisenhower fue llamado a Inglaterra para planear la operación «Overlord» y se llevó consigo a los generales Montgomery, Bradley y Patton. El general sir Harold Alexander quedó al mando de las fuerzas aliadas en Italia, con el teniente general Mark W. Clark al frente del Quinto Ejército de los Estados Unidos y el teniente general sir Oliver Leese al mando del Octavo Ejército británico.



Los alemanes también efectuaron algunos cambios importantes. Rommel fue transferido al frente francés, mientras Kesselring recibía el mando de todas las fuerzas alemanas en Italia. Para defender Roma, los alemanes consolidaron en enero de 1944 una serie de posiciones defensivas, llamadas Línea Gustav, que se apoyaba en Cassino por el centro. «La Línea Gustav», dijo Hitler, «tiene que defenderse a toda costa para aprovechar los resultados políticos que se derivarían de un éxito alemán. El Führer confía que estas posiciones serán defendidas palmo a palmo con el mayor encarnizamiento.»

La contestación aliada consistió en la operación «Shingle», destinada a terminar con aquel compás de espera invernal.

El 22 de enero de 1944, bajo una cobertura aérea formada por aviones de bombardeo, los Aliados efectuaron otro asalto espectacular hasta las playas de Anzio, una aldea situada 53 kilómetros al sur de Roma, a orillas del mar Tirreno. Su objetivo consistía en rebasar el flanco de la Línea Gustav. La Primera División desembarcó al norte de Anzio y la Tercera División norteamericana un poco más al sur, después de Nettuno. A los pocos días, los Aliados habían desembarcado ya 70.000 hombres y 18.000 vehículos.

Aunque el ataque cogió por sorpresa a los alemanes, Kesselring no tardó en colocar tres divisiones en las alturas que dominaban la cabeza de puente aliada. Las playas abiertas y pedregosas de Anzio, que no ofrecían ningún abrigo, significaron el terror y la muerte para los Aliados. Las piezas alemanas del 88 vomitaban masas de acero sobre las tropas inmovilizadas. Las risueñas esperanzas de una rápida penetración se trocaron en el temor de que aquello fuese un nuevo Dunquerque. Pero las tropas aliadas resistieron. Hitler consideró el fracaso de su Decimocuarto Ejército en la misión que se le había encomendado de arrojar a los Aliados al mar en Anzio, como un desastre sin paliativos.

En el bando aliado tampoco reinaba mucho júbilo. Eric Sevareid calificó el desembarco de «estúpida equivocación». «El desembarco de Anzio», dijo Churchill con su jovialidad acostumbrada, «habla de una gran ocasión y de unas esperanzas hechas trizas, de un magnífico comienzo por nuestra parte y de una rápida reacción enemiga, de valor compartido indistintamente por ambos contendientes». Eisenhower se mostró más optimista: «En último término, la operación de Anzio pagó muy buenos dividendos... La acción convenció sin duda a Hitler de que nosotros considerábamos la campaña de Italia como una operación de importancia capital, que llevaríamos hasta el fin.»

Para los infelices soldados manchados de barro que queda-

ron atrapados en Anzio, para el Willy y el Joe que Bill Mauldin caricaturizaba en sus historietas, aquello fue un infierno concentrado. Las listas de bajas fueron aterradoras. Hicieron falta cuatro meses, más de seis divisiones y mares de sangre y sudor, para salir de Anzio.

Detenidos así en la costa, los Aliados tuvieron que concentrarse de nuevo en el centro de la Línea Gustav. Ochenta kilómetros al sudeste de Anzio se hallaba la población de Cassino, la antigua *Casinum* donde Marco Antonio, con sus romanos, acostumbraba a celebrar sus orgías en el 44 a. de J. C. En una colina que domina la población, a una altitud de 355 m, se alzaban las antiguas fortificaciones romanas sobre las que San Benito alzó en el año 529 el monasterio de Monte Cassino. Este monasterio, saqueado por los lombardos entre 580 y 590, reconstruido en el 720, destruido por los sarracenos en 884, y reconstruido de nuevo en 914, era el faro de la vida monástica occidental.

Pese a su gran importancia religiosa, Monte Cassino no era más que la loma 516 en los mapas de la sección cartográfica aliada. El enemigo dominaba la rocosa y zigzagueante carretera que ascendía por una de las laderas de la colina hasta el pétreo monasterio que se alzaba en la cumbre. Esta edificación, de unos 200 metros de larga, no estaba ocupada por los alemanes, pero los Aliados ignoraban este particular. Desde el punto de vista aliado, aquella zona montañosa fortificada y el monasterio formaban un solo conjunto militar desde el que podía llover un mortífero fuego sobre las regiones adyacentes.

Los primeros ataques contra las posiciones alemanas de Cassino, y en torno a esta población, se produjeron en enero, como un intento para distraer la atención enemiga de los desembarcos de Anzio. Después de que las tropas norteamericanas fueron rechazadas con grandes bajas en el río Rapido, las tropas neozelandesas e indias, mandadas por el general Bernard C. Freyberg, se lanzaron al ataque en febrero, consiguiendo tomar varias alturas al norte y al nordeste de la loma 516, así como una tercera parte de Cassino, pero sin pasar de ahí.

Era evidente que las posibilidades de tomar Monte Cassino mediante un ataque frontal eran muy remotas, pero también era evidente que había que conquistar aquella posición. ¿Qué había que hacer con aquel famoso santuario de la Cristiandad? ¿Había que reducirlo a ruinas mediante ataques aéreos, exponiéndose a la condena moral de todo el orbe católico? El mando aliado, perplejo, decidió finalmente lo que había que hacer.

El 14 de febrero de 1944, los aviones norteamericanos arrojaron proclamas dirigidas a los «Amigos Italianos» y firmadas por «El Quinto Ejército»:



Hasta ahora hemos tenido gran cuidado en no bombardear Monte Cassino. Los alemanes se han aprovechado de esto. La batalla se acerca cada vez más a estos sagrados lugares. Muy contra nuestra voluntad, nos vemos obligados a dirigir nuestras armas contra el propio monasterio. Os lo advertimos para que podáis ponerlos a salvo. Abandonad el monasterio inmediatamente. Hacedlo con la máxima urgencia. Os lo decimos por vuestro bien.

Los alemanes apenas prestaron atención a esta advertencia. En el monasterio, el abad Gregorio Diamare, que tenía ochenta años, los monjes, los hermanos legos y los refugiados que se habían reunido en el monasterio, no podían hacer nada para huir del inminente bombardeo.

El ataque comenzó al día siguiente. En esta incursión, las fortalezas volantes B-17 en número de 142 y los bombarderos medios tipo *Mitchell*, en número de 112, dejaron caer 576 toneladas de explosivos sobre Monte Cassino. El interior de la catedral y los cinco claustros fueron reducidos a ruinas. «Brillantes llamaradas», refirió un corresponsal de guerra británico, «como las que hubiera podido producir un gigante encendiendo titánicas cerillas en las laderas del monte, se alzaron con rapidez en media docena de puntos. Después, una columna de humo de 150 metros de altura se elevó hacia el cielo azul.»

A pesar de este terrible bombardeo del monasterio, los alemanes continuaron resistiendo en las alturas.

Para los fieles, ocurrieron dos hechos rayanos en el milagro: los dos únicos lugares que resultaron indemnes fueron la celda donde se albergó San Benito y la tumba que encerraba sus restos desde hacía 1.400 años.

A comienzos de marzo de 1944, ambos contendientes quedaron atascados en el fango y el cieno. El 15 de marzo se efectuó otro bombardeo aéreo de la ciudad de Cassino y del monasterio, esta vez a cargo de 500 aviones que lanzaron 1.400 toneladas de bombas. Se causaron también grandes daños, pero los alemanes seguían luchando entre los escombros y las ruinas. Tres cuartas partes de la población estaban ocupadas por los Aliados, pero sus tanques no podían atravesar las calles bloqueadas por los escombros y sembradas de cráteres de granadas.

La lucha tuvo su lado irónico: en aquella guerra, la más mecanizada de la historia, las máquinas apenas tenían utilidad alguna. Las batallas se sostenían entre pequeños destacamentos de infantes armados de rifles, bombas de mano y ametralladoras. Los tanques, la artillería, los aviones y los vehículos de todas clases y tamaños tuvieron que batirse en retirada ante la humilde recua de acémilas. Una mula italiana tenía más valor, en las laderas de Monte Cassino, que una docena de gigantescos monstruos mecánicos.

Como ya era de suponer, el bombardeo de Monte Cassino originó acaloradas polémicas, durante la guerra y después de ella. El general Mark W. Clark escribió en sus memorias:

Afirmo que el bombardeo de la abadía... fue una equivocación, y lo afirmo con pleno conocimiento de la controversia que ha suscitado este episodio... No sólo el bombardeo de la abadía constituyó un error psicológico innecesario en el terreno de la propaganda, sino que fue también un error táctico de primera magnitud en el terreno militar. Sólo sirvió para hacer las operaciones más difíciles, más costosas en hombres, máquinas y tiempo.

Al propio tiempo, el general Clark declinó toda responsabilidad por el bombardeo, indicando que fue su subordinado, el general Freyberg, quien le obligó a ejecutar aquella acción. Los comentaristas británicos, furiosos por la actitud de Clark, lo acusaron acaloradamente por lo que consideraron un intento poco elegante de rehuir sus responsabilidades ante un acto de guerra necesario.



## CAPITULO

## XIX

## El Sol Poniente del Japón

*A mediados del siglo XX, el Japón y Europa se encontrarán en las llanuras de Asia, para luchar por el dominio del mundo.*

Shigenobu Okuma, primer ministro japonés durante la guerra de 1914-1918.

*La guerra aumenta en ferocidad día a día y ahora nos hallamos ante una situación que decidirá la suerte de la esfera de la Gran Asia Oriental y el encumbramiento o la caída del Japón imperial.*

Hideki Tojo, primer ministro japonés, después de los desembarcos norteamericanos en Kuajalein (islas Marshall), febrero de 1944.

## ESTRATEGIA EN EL PACIFICO

La reducción del poderío japonés en el Pacífico fue una empresa que puso a prueba la habilidad y la resistencia de los norteamericanos. En los dos años transcurridos desde Pearl Harbor, los nipones se habían apoderado de inmensas regiones, que poseían enormes reservas y grandes cantidades de productos naturales, y que se extendían desde las Aleutianas por el

Norte hasta las islas Salomón, próximas a Australia. Dueños absolutos de aquellas regiones, rodearon sus partes vitales, desde el punto de vista militar, con lo que ellos consideraban como invulnerables defensas, a la manera de capas concéntricas de grasa.

En toda esta «Esfera de Prosperidad Común de la Gran Asia Oriental», Hideki Tojo, primer ministro del Japón, había establecido gobiernos nacionales, en apariencia independientes pero en realidad de inspiración nipona. Estos gobiernos títeres, como es natural, se comprometieron a luchar contra las potencias aliadas. Los objetivos de Tokio consistían en robustecer el dominio japonés y asimilar los inmensos territorios adquiridos después de Pearl Harbor.

La tarea que correspondía a los Aliados, consistente en penetrar las defensas concéntricas de los japoneses, fue emprendida por los Estados Unidos. Esta tarea requería largos y costosos contraataques anfibios. Las naciones aliadas convinieron en dar prioridad al teatro europeo de la guerra. Sin embargo, había que seguir enviando al mismo tiempo hombres y pertrechos al Extremo Oriente. Durante dos años, el mando norteamericano del Pacífico tuvo que actuar con medios limitados para realizar unas operaciones de defensa estratégica y ofensiva táctica mediante las cuales se intentaría gradualmente ir adquiriendo bases. El potencial norteamericano iniciaría su penetración por las capas exteriores de la defensa para avanzar después hacia el corazón del Imperio.

La estrategia general fue cuidadosamente trazada en Washington por los jefes conjuntos de Estado Mayor. El general Douglas MacArthur recibió el mando del teatro de operaciones del Pacífico sudoccidental, formado por Australia, Nueva Guinea, las Indias Orientales Holandesas y las Filipinas. El almirante Chester W. Nimitz fue puesto al mando de la zona mayor del Pacífico, en la que se incluían todas las islas comprendidas desde las Salomón, por el Sur, hasta las Aleutianas en el Norte, o sea las Gilbert, las Marshall, las Carolinas y las Marianas. El campo de operaciones de China, Birmania y la India, situado en el continente asiático, fue puesto primero bajo la dirección del teniente general Joseph W. Stilwell y más tarde, en agosto de 1943, quedó constituido en el mando independiente del Sudeste de Asia, bajo la dirección del vicealmirante Louis Mountbatten, con Stilwell como su ayudante.

El plan general consistía en acercarse al Japón mediante una serie de saltos de una isla a otra, gracias a ataques coordinados de aire, mar y tierra. Cada nueva conquista proporcionaría puertos y aeródromos desde los que se podría atacar a los próximos objetivos. No se haría ningún intento para apoderar-



se de los puntos fortificados enemigos; muchos de ellos se rebasarían, mientras los atacantes cortaban las líneas de comunicaciones japonesas. Las bases que poseían importantes defensas, como Rabaul o Truk, serían bombardeadas con frecuencia desde el aire, sin intentar desembarcar en ellas. El objetivo consistía en ahorrar el mayor número posible de vidas, bloqueando ciertos puntos escogidos, en lugar de lanzarse sobre ellos en asalto directo.

Con esta finalidad, los Estados Unidos reunieron en el Pacífico la armada más poderosa y heterogénea que recuerda la historia naval. En 1944, el poderío marítimo norteamericano triplicaba el de la Gran Bretaña y era muy superior al del Japón. En poco más de tres años pasó de 1.076 a 4.167 barcos, de 383 a 613 buques de guerra, de 1.744 a 18.269 aviones, y de medio millón a tres millones los hombres que tripulaban estos barcos y aviones.

Este aumento en el poderío naval requería urgentemente la presencia en el Pacífico de gran número de portaaviones. En agosto de 1944, cerca de un centenar de portaaviones de todos los tamaños, entre los que se incluían una docena de gigantescos buques de este género, surcaban las aguas del Pacífico. De este modo, el almirante Nimitz pudo situar sus propias bases en las inmensidades del Pacífico. Cada buque de guerra, fuera cual fuese su tamaño y clase, iba escoltado por un barco de tipo especial destinado a abastecerlo y a reparar sus averías, con lo que ya no era necesario que los buques regresaran a sus lejanas bases para repostar o efectuar reparaciones. Aquella gigantesca armada efectuaría operaciones de limpieza en las rutas marítimas o enviaría aviones para bombardear objetivos concretos, transportaría las tropas de asalto y les enviaría abastecimientos.

Los norteamericanos crearon un tipo totalmente nuevo de guerra anfibia. A todo lo largo y lo ancho del Pacífico se encuentran centenares de atolones, islas consistentes en un anillo madrepórico que rodea una laguna central. Se fabricaron cantidades ingentes, 80.000 en total, de lanchas de desembarco de un tipo nuevo, destinadas especialmente a navegar por las aguas someras de los atolones. Se las conocía por las iniciales LCRS (*landing craft, rubber small*), o sea pequeñas lanchas de desembarco de caucho, con capacidad para seis hombres. Se disponía también de las LCVP (*landing craft, vehicles and personnel*); de las LCM (*landing craft, medium*), con capacidad para unos 60 hombres o 30 toneladas de pertrechos; de las LST (*landig ship, tank*), para 132 hombres y pequeños vehículos de desembarco; de las LCIL (*landing craft, infantry, large*), con capacidad para 200 hombres; de las LCT (*landing craft, tank*);

de las LSD (*landing ship, dock*), un enorme dique seco lleno de vehículos a motor, y de muchos otros tipos. Uno de los vehículos más eficaces fue el tractor anfibia, que podía botarse fuera del alcance de las baterías costeras para avanzar en formación de desembarco normal y pasar sobre los arrecifes para llegar a las playas.

La táctica fue estudiada meticulosamente. Después de un bombardeo aeronaval de la isla escogida, se enviaba oleada tras oleada de lanchas de desembarco cargadas de hombres y material y que eran seguidas por tropas de ingenieros, los *Seabees* (abejas marítimas), que construían muelles, aeródromos, carreteras y puentes con la mayor celeridad.

Esta tarea no tenía nada de fácil, porque las defensas japonesas eran formidables. Las guarniciones defensoras se hallaban siempre concentradas en zonas enormemente fortificadas desde las que se podía lanzar un intenso fuego cruzado sobre las tropas atacantes. En todas las islas, los soldados de ingenieros nipones habían construido un verdadero laberinto de blocaos formados por duros troncos de cocotero consistentes como piedra, raíles de acero y hormigón. El conjunto se recubría de una gruesa capa de arena. Estos puestos defensivos, increíblemente fuertes, estaban dispuestos de tal manera, que cuando uno era conquistado, caía bajo el fuego cruzado de otros varios. En su mayoría sólo podían ser destruidos mediante terribles bombardeos o por lucha cuerpo a cuerpo a cargo de la infantería. Todo ello resultaba muy costoso.

#### LA EXTRAÑA MUERTE DE YAMAMOTO

El 17 de abril de 1943 fue enviado desde Washington un mensaje secretísimo firmado por Frank Knox, secretario de Marina, y dirigido al Campo Hendersón, en Guadalcanal. La información que contenía era detallada: el almirante Isoroku Yamamoto, que mandaba la principal escuadra japonesa, partía de Rabaul, la posición fortificada nipona, a la mañana siguiente, para efectuar una serie de visitas de inspección a las bases del Pacífico sudoccidental. Efectuaría el viaje a bordo de un *Mitsubishi*, un bombardero bimotor. En otro aparato idéntico le acompañaría casi toda su plana mayor, y ambos aviones irían escoltados por seis cazas *Zero*. Los ocho aparatos tenían que aterrizar a las 9 horas 45 minutos de la mañana en Kahili, un aeródromo situado en el extremo sudeste de Bougainville, a 300 millas de Rabaul.

El mensaje terminaba con la orden de realizar los «máxi-



mos esfuerzos» para destruir a Yamamoto. Dicho en términos más sencillos, la orden era: «¡Matar a Yamamoto!»

En Guadalcanal reinaba una gran excitación ante aquel objetivo tan especial y providencial, representado por un hombre al que todos los norteamericanos odiaban y despreciaban. Yamamoto fue quien planeó el ataque a Pearl Harbor así como el golpe contra Midway. Además, se le acusaba de haber asegurado con tono jactancioso que dictaría las condiciones de paz en la mismísima Casa Blanca, aunque justo es reconocer que esta acusación era infundada.

La misión de interceptar a Yamamoto fue asignada a una escuadrilla formada por 18 aviones P-38 de la armada, conocidos por el apelativo de *Lightnings* (relámpagos). A causa de la cantidad limitada de gasolina que podían transportar, estos aviones tendrían que operar cerca de Kahili. Cuatro *Lightnings* efectuarían el ataque y los 14 restantes se cuidarían de protegerlos, entablando combate con los numerosos cazas enemigos que sin duda despegarían de Kahili para recibir y escoltar al almirante.

Cuando a la mañana siguiente los *Lightnings* despegaron de Henderson Field, uno de ellos sufrió el reventón de un neumático y otro tuvo que quedarse en tierra por una avería en el motor. Inmediatamente fueron asignados dos aviones de reserva al grupo atacante, dejando únicamente una docena para protegerlo. A fin de evitar ser descubiertos, los P-38 volaban casi a ras de agua y así se acercaron a Bougainville. Pocos minutos antes de la hora fijada para el ataque, los cuatro aviones que tenían que ejecutarlo ascendieron a 3.000 metros y el grupo de escolta a una altitud doble.

Entonces se produjo uno de los más curiosos incidentes de la guerra. El éxito de la misión norteamericana dependía totalmente de una cronométrica precisión y de la involuntaria colaboración japonesa. Yamamoto, que era un rígido ordenancista que siempre estaba predicando puntualidad, llegó exactamente a la hora fijada, tal como habían predicho los servicios de información norteamericanos.

Los cazas estadounidenses distinguieron a los dos *Mitsubishi* y a los seis *Zero* diez minutos antes de la hora fijada para el aterrizaje. Pero, cosa extraña, ningún caza se elevó de Kahili para dar la bienvenida al almirante. A los pocos minutos todo había terminado. Los 24 aviones se enzarzaron en una lucha a muerte. Los bombarderos que transportaban a Yamamoto y a su plana mayor trataron de descender a ras de suelo para protegerse del ataque. Pero ya era demasiado tarde. Los norteamericanos derribaron ambos aparatos, que cayeron en la jungla envueltos en llamas. Más tarde, Yamamoto fue encontra-

do muerto en su asiento, con su espada de samurai sobre las rodillas.

Consternados por la muerte de su héroe naval, los japoneses la atribuyeron a una increíble mala suerte. Ignoraban que los Servicios de Información de la armada de los Estados Unidos habían conseguido descifrar el código naval japonés. Gracias a esto, Washington conocía hasta el último detalle del proyectado viaje de inspección de Yamamoto.

#### EL SUDOESTE DEL PACÍFICO: ASCENDIENDO DE LAS SALOMÓN A NUEVA GUINEA

La principal base japonesa del sudoeste del Pacífico era Rabaul, en la isla de Nueva Bretaña, protegida por numerosas bases menores situadas en el archipiélago de Bismarck (al nordeste de Nueva Guinea), las islas Salomón, las islas del Almirantazgo y Nueva Irlanda. Los norteamericanos decidieron evitar un ataque directo a Rabaul, inutilizándola en cambio mediante ataques aéreos para rebasarla después en una ofensiva doble hacia las Salomón y Nueva Guinea.

Las tropas norteamericanas, apoyadas por la escuadra del Pacífico sur, al mando del almirante William F. Halsey, avanzarían por el lado de las Salomón hacia el Norte, saltando de una isla estratégica a otra. Por el frente de Nueva Guinea, las tropas norteamericanas y australianas, mandadas por el general Douglas MacArthur, avanzarían por la costa oriental. Ambas puntas de lanza contarían con una poderosa cobertura aérea, facilitada por la Quinta Fuerza Aérea de los Estados Unidos, con base en Australia, y la Decimotercera Fuerza Aérea, de Nueva Caledonia y Guadalcanal. Las tropas atacarían al enemigo por sus puntos más vulnerables, encerrando a los núcleos de resistencia más fuertes en bolsas de las que no podrían escapar. Entre tanto, la aviación pulverizaría Rabaul. Así, cuando hubiese quedado aislada, la guarnición japonesa dejaría de constituir una amenaza. Este ambicioso programa fue puesto en práctica con toda iniciativa y poder.

El avance por las Salomón empezó en Guadalcanal, de donde se había retirado la última guarnición japonesa de la isla en febrero de 1943. El 21 de febrero, unas poderosas fuerzas anfibia tomaron las islas Russell, situadas 60 millas al noroeste de Guadalcanal, después de una terrible lucha. En estas islas construyeron una base aérea desde la que fueron bombardeados los aeródromos enemigos de Munda, en la isla de Nueva



Georgia, y Kolombangara, en el centro del archipiélago de las Salomón.

Los japoneses se enfurecieron ante aquellos osados ataques de los diablos blancos. Desde las grandes bases aéreas niponas situadas al norte de las Salomón, se elevaron nubes de aviones para poner coto a la inminente invasión de Nueva Georgia. Ambas aviaciones rivales chocaron sobre Guadalcanal el 16 de junio de 1943. Los pilotos del ejército, la armada y la infantería de marina de los Estados Unidos abatieron 96 aparatos japoneses. Las pérdidas norteamericanas fueron sólo de 6 aviones. (Aquel mismo día, Washington anunció que desde el 31 de julio de 1942, habían destruido 1.337 aviones japoneses en la zona sur del Pacífico.)

Dos semanas después, las tropas norteamericanas desembarcaron en la isla de Rendova, perteneciente al grupo de Nueva Georgia, del archipiélago de las Salomón. Fueron derribados 121 aviones japoneses durante los continuos ataques aéreos lanzados por los nipones contra las fuerzas de desembarco y los buques que las protegían. El transporte *McCawley* fue hundido.

Acto seguido, Munda fue objeto de un cañoneo por las baterías costeras de Rendova, una vez terminada la ocupación de esta isla. Se sostuvieron nuevos combates aéreos, que duraron seis semanas, durante los cuales los japoneses perdieron 350 aparatos y los norteamericanos menos de 100. El resultado fue la toma de Munda. Después de rebasar Kolombangara, las tropas norteamericanas desembarcaron en la isla de Vella Lavella el 15 de agosto de 1943.

Mientras tenían lugar estas operaciones, en el mar también reinaba gran actividad. Los japoneses intentaron primero reforzar Nueva Georgia y Kolombangara, lo cual constituía un claro reto para el poderío naval norteamericano. Durante las batallas navales del golfo de Kula, libradas el 12 y el 13 de julio de 1943, y la del golfo de Vella, que tuvo lugar el 6 de agosto, los buques de guerra norteamericanos hundieron un crucero enemigo y tres destructores, pero sufrieron la pérdida de un destructor y un crucero propios, padeciendo daños otros tres cruceros. No hubo una clara victoria para ninguna de ambas partes en estas acciones navales.

Pero los japoneses comprendieron que toda resistencia sería ya inútil y empezaron a evacuar ambas islas.

La batalla por la posesión de la parte norte del archipiélago de las Salomón se centró en torno a la isla de Bougainville, el último reducto japonés que quedaba en el archipiélago, donde desembarcó un destacamento norteamericano para apoderarse tan sólo de una pequeña parte de la isla. Mas en lugar de

lanzarse en un ataque frontal, los norteamericanos neutralizaron la isla someténdola a intensos bombardeos aéreos y cortando sus líneas de abastecimientos con Rabaul mediante la captura de las islas Verdes, situadas en la extremidad noroeste de las Salomón. Los japoneses continuaron defendiéndose en Bougainville y en otras islas más pequeñas de las Salomón. Pero su presencia allí ya no resultaba dañosa. Nimitz había conseguido establecer sus bases en la gran ruta del Pacífico que conducía a Tokio.

En el lado opuesto de esta gran escala, los norteamericanos y anzacs de MacArthur avanzaban hacia el Norte por Nueva Guinea, con la misión de rebasar y aislar Rabaul por el Este. Su progresión era lenta, pues se efectuaba por las marismas costeras y las fragosas montañas de la isla, terreno muy adecuado para que los japoneses opusiesen una encarnizada resistencia. Las guarniciones niponas situadas al Sur, que eran las de Buna y Sanananda, cayeron el 19 de enero de 1943. Tokio reaccionó de la misma manera como lo había hecho en las Salomón: envió cuantiosos refuerzos a Lae y Salamaua, situadas en la costa oriental de Nueva Guinea, frente a Port Moresby. Zarpó un convoy japonés fuertemente escoltado y que transportaba más de 20.000 soldados, destinados a defender aquellas posiciones.

Los aviadores norteamericanos señalaron la presencia de esta formación naval en el mar de Bismarck el 1.º de marzo de 1943. Durante dos días, las fortalezas volantes y los *Liberators* la hostigaron y machacaron. La mayoría de las 22 unidades que formaban el convoy, compuesto de 10 buques de guerra y de 12 transportes, se perdieron, con casi todas las tropas que transportaban. De los 150 aviones que enviaron los japoneses, 102 fueron puestos fuera de combate. Las pérdidas aliadas ascendían a tres cazas y un bombardero. La batalla del mar de Bismarck, dijo el general MacArthur, fue una de las más decisivas de la guerra. Señaló el fin del poderío japonés en el sudoeste del Pacífico.

Pero los japoneses no se daban por vencidos. Furiosos por la catástrofe naval que habían sufrido, atacaron las bases aliadas de Port Moresby, en Nueva Guinea, y Port Darwin, en Australia, con oleadas formadas por 100 bombarderos. Los Aliados contestaron a estos ataques con acciones aéreas, navales y terrestres.

Las tropas norteamericanas y australianas, tomaron Salamaua el 14 de septiembre de 1943, capturando Lae dos días después. Ambas islas fueron convertidas inmediatamente en bases aéreas y navales avanzadas. Después los australianos tomaron Finschhafen el 2 de octubre. Los Aliados consideraron sus



posiciones el 12 de febrero del año siguiente, ocupando la isla Rooke, situada entre la península de Huon y Nueva Bretaña.

Mientras los norteamericanos se abrían camino combatiendo a partir de Nueva Bretaña en dirección a Rabaul, otras unidades efectuaban operaciones anfibias partiendo desde la parte central de Nueva Guinea hasta 250 millas más al Norte, donde se encontraban las islas del Almirantazgo, neutralizando así a Rabaul al cortar sus comunicaciones con Truk, la principal base naval japonesa, situada 800 millas más al Norte, en el Pacífico Central. Se calcula que quedaron aislados unos 50.000 soldados enemigos en Rabaul y Nueva Bretaña.

Los Aliados realizaron excelentes progresos en sus operaciones contra los japoneses. En algo más de un año habían avanzado en una longitud superior a las 3.000 millas en el sudoeste del Pacífico, dejando completamente aislados a 135.000 japoneses.

Pero esto no era más que el principio.

#### EL FLANCO NORTE: LAS ALEUTIANAS

¡Atención al Norte!

Cundió la alarma en California, Oregón y Washington cuando, a principios de junio de 1942, precisamente cuando iba a empezar la batalla de Midway, unas fuerzas de asalto japonesas bombardearon Dutch Harbor, en el extremo oriental del archipiélago de las Aleutianas, un lugar desde el cual se podía atacar a los Estados Unidos pasando por Alaska. Al ser rechazados, los invasores ocuparon Kiska y Attu, las más occidentales de aquella cadena de islas envueltas perpetuamente por la niebla. La operación no dejó de reportar ciertas ventajas a los japoneses. Los Estados Unidos se encontrarían con grandes dificultades si pretendían establecer en ellas bases para atacar Tokio. Los norteamericanos no podían hacer nada de momento para reconquistar las amenazadas Aleutianas, porque necesitaban hasta el último gramo de potencial naval, aéreo y terrestre en el sur del Pacífico.

Transcurrió cerca de un año antes de que se produjese el contraataque en las Aleutianas. El 11 de mayo de 1943 se produjo una demostración del creciente poderío norteamericano. En aquel día, dos formaciones norteamericanas, las más poderosas desde Guadalcanal, rebasaron la principal base japonesa de Kiska y desembarcaron en Attu, la isla más occidental. Un contingente puso pie en tierra más al Norte, en la bahía de Holtz, y otro al Sur, en la bahía de Massacre.

Las tres semanas siguientes presenciaron una durísima lu-

cha. El terreno ofrecía grandes dificultades; entre ambas formaciones enemigas se alzaban montañas de 600 m de altura. Ninguno de ambos contendientes podía utilizar la aviación a causa del tiempo abominable, más complicado aún por el barro en el que todos se hundían, un agua fría como el hielo, la nieve medio derretida, la tundra encharcada y la niebla y la bruma eternas. Los japoneses que defendían la islas estaban atrincherados en las laderas de las montañas y en valles, en fuertes posiciones recubiertas de hierba y nieve, protegidas por campos de minas y otras mortíferas trampas. Sólo podía llegarse a sus últimas defensas siguiendo una traicionera cresta cortada casi a pico por ambos lados y que se alzaba a varios cientos de metros. Desde aquellas alturas, los japoneses sometían a los norteamericanos a un terrible fuego graneado. Cada blocao, cada trinchera y cada reducto tenían que tomarse mediante el asalto directo.

Las dos columnas norteamericanas que avanzaban por profundos barrancos, subiendo y bajando por las estribaciones de los montes, se unieron para dirigirse después hacia Chichagof Harbor, la base enemiga de Attu. Aunque sufrieron grandes bajas, el 2 de junio de 1943 los norteamericanos ya habían conseguido exterminar a casi toda la guarnición japonesa.

La toma de Attu culminó en uno de los más terribles ataques *Banzai* de toda la guerra. Fue una escena grotesca y terrible a la vez. Las desesperadas tropas del coronel Yasuyo Yamasaki, copadas en una cresta rocosa entre Chichagof Harbor y la bahía de Sarana, decidieron reunirse con sus antepasados en una carga suicida, realizada en medio de tremendos alaridos. Un millar de soldados nipones, con la bayoneta calada, se abalanzaron sobre las líneas norteamericanas, gritando: «¡Los japoneses beben la sangre como si fuese vino!» Los norteamericanos contraatacaron con tremendo vigor y entonces centenares de japoneses se destriparon con sus propias bombas de mano, sin contar los que perecieron en aquel furioso y desesperado ataque. Solamente unos cuantos «pacos» consiguieron escapar al monte. Se hicieron tan sólo once prisioneros. Los norteamericanos dieron sepultura a los restos de 2.000 japoneses.

El relato de la gran carga suicida de Attu fue publicado con grandes titulares en Tokio, donde fue comparada con admiración a la famosa carga de la Brigada Ligera, en que 600 soldados ingleses de caballería hallaron la muerte ante Sebastopol, el 25 de octubre de 1854.

Los soldados norteamericanos, estupefactos ante aquella prueba de salvaje fanatismo, encontraron muchas «cartas de despedida» japonesas con párrafos como los siguientes:



«¿Es así la guerra? Así que cesa el fuego, los pájaros cantan y vuelan sobre la tierra silenciosa y helada.»

«Los gritos de *Banzai* provocarían el llanto de un dios silvestre.»

«Me quiero convertir en una divinidad sonriente en esta espesa niebla. ¡Únicamente espero el día de la muerte!»

Attu ya estaba para siempre en manos de los norteamericanos. Su captura dejó aislada a Kiska, la principal base japonesa, situada 170 millas más al Este. En un ataque preliminar de reblandecimiento, los buques de guerra y los aviones norteamericanos arrojaron toneladas de bombas y granadas sobre Kiska.

El 15 de agosto de 1943, la formación norteamericano-canadiense más fuerte que hasta entonces se había reunido en el norte del Pacífico, invadió Kiska, para encontrarse con que el enemigo había huido, a cubierto de las nieblas veraniegas. Esto significó una nueva lección para los Aliados. Los invasores encontraron las montañas sembradas de cuevas bien abastecidas y blocaos, desde los que los japoneses hubieran podido ofrecer una última y desesperada resistencia. Más tarde se supo que las tropas niponas habían evacuado Kiska el 28 de julio. La retirada por mar constituyó una operación impecable, magníficamente realizada por el contraalmirante Shofuku Kumura, que mandaba una formación compuesta de 16 unidades. Burlando a los aviones de observación norteamericanos y el bloqueo establecido por los destructores, los barcos de Kimura echaron el ancla en el puerto protegido por la niebla y en el espacio increíblemente corto de 55 minutos, embarcaron a 5.183 personas entre oficiales, soldados y elementos civiles de Kiska. Aquella operación, que aparentemente se había realizado por arte de magia, fue el resultado de una combinación formada por la osadía japonesa, la chapucería norteamericana y la niebla aleutiana.

Kiska fue la primera base conquistada por los japoneses que éstos abandonaron sin luchar. Con todas las Aleutianas en poder de Norteamérica, desapareció la amenaza que pesaba sobre Alaska y la costa occidental de los Estados Unidos. Desde las flamantes bases aéreas norteamericanas, los bombarderos ya se hallaban en disposición de atacar las vecinas islas Kuriles, situadas al norte del Japón.

Les llegó la vez entonces a los habitantes de Tokio, situada únicamente a 2.174 millas de las Aleutianas, de observar los cielos con alarma. El imperio japonés del Pacífico se encontraba a partir de entonces rodeado por las bases aéreas de las Aleutianas, las Salomón, Nueva Guinea, India y China.

## EL PACÍFICO CENTRAL: TARAWA LA TERRIBLE

El éxito de las operaciones aliadas en el Pacífico del Sudoeste y del Norte abrió la puerta para nuevos ataques en el Pacífico Central. En estas regiones, los objetivos de la ofensiva consistían en alcanzar las defensas exteriores del Imperio japonés a través de las islas Gilbert, Marshall, Carolinas y Marianas, en una operación combinada de tierra, mar y aire de proporciones gigantescas.

La primera etapa consistió en la operación «Galvanic», formada por una serie de acciones de represalia en el centro. Su objetivo era la reconquista de las Gilbert. Estas 16 pequeñas islas de coral, algún tiempo llamadas islas Kingsmill, cuya superficie es de 430 km<sup>2</sup>, se encuentran cerca del ecuador, a 2.500 millas al sudoeste de Pearl Harbor, en la gran ruta circular que va de las Hawai a Port Moresby, en Nueva Guinea. Habían sido capturadas por los japoneses en diciembre de 1941.

Los objetivos aliados iniciales en las Gilbert eran Makin y Tarawa. Después de varios ataques previos contra las islas próximas, efectuados por los aparatos lanzados por los portaaviones, la isla de Makin, situada al norte de las Gilbert, fue invadida el 20 de noviembre de 1943. Su pequeña guarnición fue reducida al silencio en pocos días. Sus defensores, después de emborracharse con *sake*, una cerveza de arroz, buscaron la muerte en un frenético ataque *banzai*. Todo hacía prever que las Gilbert caerían tan fácilmente como las Aleutianas.

Pero no había de ser así. En Tokio, los militaristas japoneses dijeron con petulancia que ni un millón de hombres podría tomar Tarawa. Esta pretensión era exagerada, desde luego, pero la isla resultó ser un verdadero infierno. Este típico atolón del Pacífico está formado por dos docenas de islotes reunidos por arrecifes madreporicos que rodean una laguna que sólo tiene unos cuantos palmos de profundidad. El punto fortificado era Betio, que tenía casi 5 km de longitud por poco más de kilómetro y medio de ancho, y se hallaba defendido por 3.000 soldados pertenecientes a la infantería de marina imperial japonesa. Esta guarnición estaba enterrada en centenares de reductos con bóvedas de hormigón de metro y medio de espesor y paredes de tres metros de arena y roca madreporica. La techumbre estaba reforzada por raíles de acero que descansaban sobre troncos de cocotero. La aviación y la armada norteamericanas arrojaron toneladas de bombas sobre estos blocaos, de una resistencia increíble. La isla fue arrasada, convirtiéndose en un infierno de humo y llamas.







Se cometieron algunos errores graves en los desembarcos anfibios de Tarawa. El cañoneo naval fue demasiado breve, débil e incierto. Los ataques aéreos no se produjeron en el momento adecuado. Gran parte del material de guerra empleado dejaba mucho que desear o resultó totalmente inútil. Algunos corresponsales de guerra hablaron con indignación de «Tarawa la trágica», «Tarawa la sangrienta» o «Tarawa la terrible». Otros manifestaron su pesar por el hecho de que se hubiese vertido tanta generosa sangre norteamericana en la conquista de unas cuantas hectáreas de estéril roca madreporica.

Las lecciones que se aprendieron en Tarawa resultaron de un valor inapreciable para abrir la senda que conducía a Tokio. Si bien es cierto que la isla costó un millar de vidas, es más que probable que aquel sacrificio ahorrara muchas más.

Pisando los talones a los *marines* llegaron los *seabees*, las tropas de ingenieros, que convirtieron rápidamente a Tarawa en una importante base para el inminente ataque contra las islas Marshall.

#### SALTANDO DE ISLA EN ISLA: LAS MARSHALL Y LAS CAROLINAS

La fase siguiente fue la operación «Flintlock».

Al noroeste de las Gilbert, a través de la vital línea de abastecimientos japonesa que unía las Gilbert con Tokio, se extendía el gran archipiélago de las Marshall. El historiador naval Samuel Eliot Morison lo describió en estos atractivos términos: «Si tomamos veinte collares de diferentes tamaños, compuestos de cuentas de diferentes formas y medidas, los arrojamus al fondo de un depósito y en él ponemos el agua necesaria para cubrir tan sólo las cuentas más pequeñas, tendremos un mapa bastante aproximado de las Marshall.» Adquiridas por Alemania en 1885, estas islas fueron administradas por los japoneses después de la Gran Guerra, en calidad de mandato o protectorado. La mayoría de las islas poseen una espaciosa laguna interior. Sus habitantes pertenecen principalmente a la variedad micronesia.

Los norteamericanos rebasaron las islas de Jaluit y Wotje, dirigiéndose en derechura a Kuajalein, el mayor atolón del mundo, pues mide 106 km de longitud por 29 de anchura. Los bombarderos norteamericanos empezaron por inutilizar los aeródromos. La armada norteamericana había aprendido en Tarawa que cuatro horas de intenso cañoneo y 3.000 toneladas de bombas y granadas de artillería no bastaban para destruir las fortificaciones enemigas, hechas de troncos de cocoteros,

raíles de acero y hormigón. Por lo tanto, se empezaron a machacar las defensas de Kuajalein dos meses antes del ataque. Antes de que las tropas de asalto desembarcasen en Kuajalein y las islas vecinas de Roi y Namur, los buques de guerra machacaron las tres islas con la cantidad sin precedentes de 15.000 toneladas de explosivos de gran potencia, convirtiéndolas en una masa de cráteres y embudos.

Las tropas norteamericanas pusieron por primera vez su planta en un territorio que ya era japonés desde antes de Pearl Harbor. A continuación desembarcaron los mortíferos tanques. La destrucción más completa se abatió sobre Kuajalein. No quedó una casa en pie; la isla se convirtió en un montón de escombros. Pero la historia habitual se repitió: los japoneses, que estaban vivitos y coleando, ofrecieron una encarnizada resistencia con fuego de ametralladora y rifle, atrincherándose entre los montones de ruinas y cascotes.

Tuvo que realizarse otra vez, como en Tarawa, el avance metro a metro, la captura de los blocaos mediante lanzallamas, *bazookas* y bombas de mano, las lentas operaciones de limpieza y las últimas cargas suicidas del enemigo. Un testigo presencial dijo: «Ninguno de los que hemos estado allí olvidaremos jamás el hedor de los cadáveres en putrefacción mezclado con el de la madera quemada de los cocoteros.»

Los norteamericanos se vieron de nuevo confundidos por la inesperada táctica del enemigo. En más de una ocasión, un soldado japonés se aproximó a un tanque, sujetando una bomba de mano con el brazo extendido, hasta que hacía explosión, arrancándole el miembro pero sin causar el menor daño al tanque. Los oficiales japoneses se lanzaban contra los monstruos de acero blandiendo sus espadas, con las que golpeaban frenéticamente las gruesas planchas del blindaje sin conseguir otra cosa que convertirse en un blanco perfecto para los norteamericanos.

Al parecer, éstos no habían echado las lecciones anteriores en saco roto. Esta vez sólo perdieron 356 hombres, mientras que las bajas japonesas ascendieron a 8.122 muertos. El número de prisioneros fue de 264, cifra relativamente grande.

Varias semanas después, del 17 al 22 de febrero de 1944, el almirante Chester W. Nimitz envió una formación de combate a 340 millas en dirección Oeste, para apoderarse de la base aérea enemiga de Engebi, situada en el atolón de Eniwetok. Las operaciones revistieron el mismo signo, desde el desembarco a los ataques desesperados profiriendo gritos de *Banzai*. «Acorralamos a unos 50 japoneses», escribió el teniente Cord Meyer, «en el extremo de la isla y ellos intentaron un ataque *Banzai*. Pero nosotros los segamos como un trigo maduro y allí



quedaron todos tendidos, como niños cansados, con la cara oculta en la arena.»

La macabra cuenta fue esta vez de 3.434 japoneses y 339 norteamericanos muertos.

Mil millas al oeste de Kuajalein se encontraba la base naval de Truk, la famosa fortaleza japonesa, el nuevo Gibraltar que se alzaba en el centro del archipiélago de las Carolinas. La isla no era un atolón ordinario, sino una gran base aeronaval desde la cual los nipones enviaban refuerzos a Nueva Bretaña, Nueva Guinea y las Salomón.

El 16 de febrero de 1944, el almirante Raymond A. Spruance, se presentó con una poderosa formación naval en las Carolinas. Los japoneses, cuya flota ya se había retirado, fueron pillados de improviso. De los portaaviones norteamericanos se elevaron nubes de aparatos que desencadenaron un ataque asolador contra Truk. Pocos días después, Washington anunció que 201 aviones japoneses habían sido destruidos en Truk y que 2 cruceros ligeros, 2 destructores, 1 barco polvorín, 1 transporte de hidroaviones, 2 petroleros, 2 cañoneros y 8 mercantes fueron hundidos. Las fuerzas estadounidenses perdieron 17 aviones. No se hizo el menor intento por desembarcar en Truk y atacar su guarnición de 50.000 hombres. La base ya no servía para nada, pues había quedado inmovilizada y apartada de la guerra.

Las victorias norteamericanas en las Marshall y las Carolinas significaban para el perímetro exterior del Imperio japonés una brecha importante. Las fuerzas defensivas enemigas fueron capturadas, como en Kuajalein, tuvieron que rendirse por hambre, como en Jaluit y Wotje, o fueron anuladas, como en Truk. Con la neutralización de la gran base de Truk, la armada de los Estados Unidos ya podía navegar a sus anchas por todo lo largo y lo ancho del Pacífico Occidental.

## SEXTA PARTE

FEU DE JOIE:

## EL TRIUNFO DE LAS NACIONES UNIDAS



## CAPITULO

## XX

### El asalto a la Fortaleza Europea

*Impediremos cualquier intento enemigo de irrupción resistiendo tenazmente. Está prohibido acortar el frente. No está permitido maniobrar libremente.*

Adolfo Hitler, 2 de julio de 1944.

#### PREPARACIÓN: EL RESORTE TENSO

*Orden de los jefes combinados de Estado Mayor de los Estados Unidos y la Gran Bretaña al comandante supremo, Dwight D. Eisenhower: «Penetrará usted en el Continente europeo y, conjuntamente con las otras fuerzas de las Naciones Unidas, realizará operaciones cuyo objetivo será la penetración hasta el corazón de Alemania y la destrucción de sus fuerzas armadas.»*

El sur de Inglaterra se convirtió en un inmenso campamento militar. En sus puertos estaba reunida la mayor flota de invasión de todos los tiempos. En aquellos fondeaderos históricos se hallaban, estrechamente apretujados, acorazados, transportes, lanchas de desembarco, destructores, dragaminas y todos los tipos imaginables de buques de guerra y transporte. Los muelles estaban abarrotados de material de guerra. Reinaba



por doquier una intensa actividad, rodeada de una atmósfera de expectación. Millares de soldados vivaqueaban en el campo, efectuaban marchas por las carreteras, practicaban ejercicios de desembarco o de tiro. Los aviones cruzaban rugiendo los cielos, dirigiéndose a efectuar vuelos preliminares sobre el Continente.

«Aquel poderoso ejército», afirmó el general Eisenhower, «estaba tenso como un resorte apretado, y esto es exactamente lo que era: un gran resorte humano, tenso a la espera de que llegase el momento de liberar su energía y saltar el canal de la Mancha en el mayor ataque anfibio intentado hasta entonces». Después de una última gira de inspección de sus tropas, Eisenhower comentó, satisfecho: «¡Si su combatividad es tan buena como su adiestramiento, que Dios asista a los nazis!»

Las cifras solas ya son harto elocuentes. Se hallaban concentrados en el sur de Inglaterra, para participar en la operación «Overlord», unos efectivos que se cifraban en 150.000 hombres, 1.500 tanques, 5.300 embarcaciones diversas y 12.000 aviones. Estos tenían que transportar tres divisiones a Normandía, machacar las defensas alemanas, cortar las rutas de acceso a la región normanda bombardeando las vías férreas y los puentes y aislar así las defensas costeras. Acto seguido, cinco divisiones (dos norteamericanas, dos británicas y una canadiense) desembarcarían de los buques de transporte en un trozo de costa de 100 km de largo que se extendía entre Caen y la península de Cherburgo. Durante las primeras 48 horas había que desembarcar en las playas normandas 107.000 soldados, 14.000 vehículos y 14.500 toneladas de pertrechos diversos.

Con estos gigantescos preparativos, corrió parejas una solapada acción diversiva, destinada a engañar al enemigo. Al sud-este de Inglaterra, en las proximidades de Dover, los Aliados establecieron un fantasmal «Grupo del Primer Ejército» que aparentemente consistía en una enorme concentración de tropas y material de guerra. Reinaba una inusitada actividad en aquella zona e incluso una red especial de emisoras se afanaban cursando órdenes completamente falsas. Este ejército fantasma consiguió también una gran victoria al retener 19 divisiones nazis durante seis semanas, después del «Día D».

Se habían prohibido los viajes entre Inglaterra e Irlanda para impedir que se filtrasen informaciones militares de gran valor a los agentes enemigos. Durante la última semana de mayo de 1944, el Alto Mando aliado cerró todas las salidas de Inglaterra, declarando zona militar una faja de 16 km que se extendía junto a las costas del sur de Inglaterra. En ella sólo se podía penetrar mediante un pase especial. El correo enviado

por los soldados norteamericanos a los Estados Unidos fue retenido durante 10 días.

Únicamente Eisenhower y su Estado Mayor sabían cuándo se cursaría el mensaje cifrado: «La flecha perfora el acero», al movimiento de Resistencia francés.

Se presentaban varios problemas graves. El canal de la Mancha constituía una formidable barrera a causa de los peligros que ofrecía para la navegación, las fuertes mareas y sus variables condiciones atmosféricas. Los autores del plan de desembarco se hallaban preocupados por la falta de puertos adecuados en las costas francesas del Norte. Pero estaban seguros de que si podían poner la planta en el Continente, en un lugar cualquiera de la extensa costa que iba de los Países Bajos a España, tendrían las manos libres para lanzar la ofensiva final contra el *Herzland* alemán, el corazón del territorio enemigo.

Tras un detallado estudio de las defensas costeras y la disposición de las divisiones germanas, Eisenhower decidió invadir una faja de la costa de Calvados que iba desde Caen, por el Este, hasta el gran puerto de Cherburgo, atravesando la península de Cotentin. En estos parajes las playas poseían la suficiente anchura para permitir el desembarco de un mínimo de cinco divisiones en la primera oleada.

Hitler se tambaleaba. La aviación aliada hacía trizas sus ciudades; había perdido el Norte de Africa y se había esfumado la oportunidad de tomar Suez; en Italia, sus tropas se habían visto obligadas a retroceder hasta Roma. Pero aún contaba con 60 divisiones en Francia y los Países Bajos, ocho de las cuales tenían por misión la defensa de las playas y de las posiciones de tierra adentro. Su Séptimo Ejército defendía las costas de Normandía, Cotentin y Bretaña. Consideraba atinadamente que Normandía sería el probable *Schwerpunkt* o centro de gravedad de los Aliados, y concentró allí fuertes divisiones y reservas blindadas, a pesar de los informes de los Servicios de Información navales del Reich, según los cuales la costa que se extendía entre el Sena y la península de Cotentin no reunía condiciones para un desembarco, teniendo en cuenta, especialmente, que se hallaba defendida por la poderosa fortaleza de Cherburgo. Pero el desconfiado Hitler apostó defensas aún más poderosas en la región del paso de Calais, directamente frente a Dover.

El plan defensivo del Führer era rígido, lineal. Sencillamente, se proponían aniquilar al enemigo en las playas y arrojarlo de cabeza al canal.

El aparato propagandístico de Goebbels había presentado la «Muralla del Atlántico» como una línea costera fortificada que describía un gran arco desde Holanda a los Pirineos, si-



guiendo las costas del canal y del golfo de Vizcaya, y extendiéndose por el Mediterráneo hasta Tolón. Mas la verdad era que los alemanes no disponían de suficientes efectivos humanos para sostener una línea continua de fortificaciones. En lugar de eso, Hitler concentró poderosos efectivos en todos los puertos importantes y entre ellos estableció un sistema de puntos fortificados, separados a veces por varios kilómetros. Federico el Grande, no hubiera aprobado esta estrategia, pues afirmaba que «el que quiere defenderlo todo, no defiende nada».

El ejército germano ya no era el mismo que el de los años de triunfo, de la época de continuas y aplastantes victorias. Había sufrido pérdidas tremendas y no era fácil encontrar tropas de refresco. La gran *Wehrmacht* ya no era una soberbia máquina de guerra, sino unas huestes heterogéneas formadas por húngaros, polacos, rusos, franceses y hasta negros e indios. Las divisiones que defendían la «muralla del Atlántico» estaban compuestas en gran parte de hombres muy mayores, de soldados jovencísimos y de extranjeros obligados a combatir por el Reich. Pero la segunda línea estaba formada por muchas unidades de curtidos veteranos.

Para hacer frente a la inminente invasión, Hitler llamó al más móvil de sus generales, el mariscal Erwin Rommel, el antiguo comandante del *Afrika Korps*, para ponerlo al mando del Grupo de Ejército B, formado por el LXXXVIII Cuerpo de Holanda, el poderoso XV Ejército que guarnecía las costas del canal y el VII Ejército, distribuido por Normandía y Bretaña, medio millón de hombres para defender cerca de 1.300 kilómetros de costa.

En la retaguardia, a bastante distancia, se hallaba situado el mariscal Gerd von Rundstedt, comandante supremo alemán en Francia y los Países Bajos, con sus reservas móviles. El plan germano consistía en agrupar estas reservas así que hubiese tenido lugar el principal desembarco aliado.

Durante toda la primavera de 1944, Rommel trabajó energicamente en consolidar la «Muralla del Atlántico». Bajo su dirección, las brigadas de obreros y soldados vertieron hormigón en el encofrado, emplazaron piezas de artillería, minaron las aguas poco profundas de las playas y recubrieron los campos que se extendían detrás de éstas con gigantescas estacas que fueron llamadas *Rommelspangel* (espárragos de Rommel) y que tenían por fin impedir el aterrizaje de aviones de transporte y planeadores. Las obras avanzaban lentamente debido a la escasez de acero y cemento. Pero Rommel convirtió las defensas alemanas que guarnecían las playas de Normandía en algo verdaderamente formidable. Instaló obstáculos submarinos para desfondar las lanchas de desembarco. Minó profusamente

las playas y las hizo cubrir de alambre espinoso. Desde los blocaos de hormigón y los nidos de ametralladoras, los alemanes podían hacer un mortífero fuego cruzado. Las carreteras y caminos que conducían al interior fueron obstruidas por zanjás, defensas antitanques y campos de minas. Más al interior se emplazaron piezas de artillería que podían hacer un mortífero fuego de barrera contra todo cuanto se moviese en las playas.

«Esta guerra se ganará o se perderá en las playas», dijo Rommel. «Las primeras 24 horas serán las decisivas.»

Los alemanes, como los Aliados, trataron de burlar al adversario. También establecieron un cuartel general falso, fingiendo una gran actividad, enviaron columnas de tanques en misiones ficticias y lanzaron falsas órdenes por radio. Un ejército invisible de agentes francobritánicos informaba a Londres de todos los movimientos enemigos.

El tiempo era el factor clave. La armada aliada tenía que levar anclas el 5 de junio a las 4 de la madrugada. Pero a primeras horas del día anterior, el tiempo empeoró. El parte meteorológico era desalentador: nubes bajas, vientos fuertes y racheados, mar gruesa.

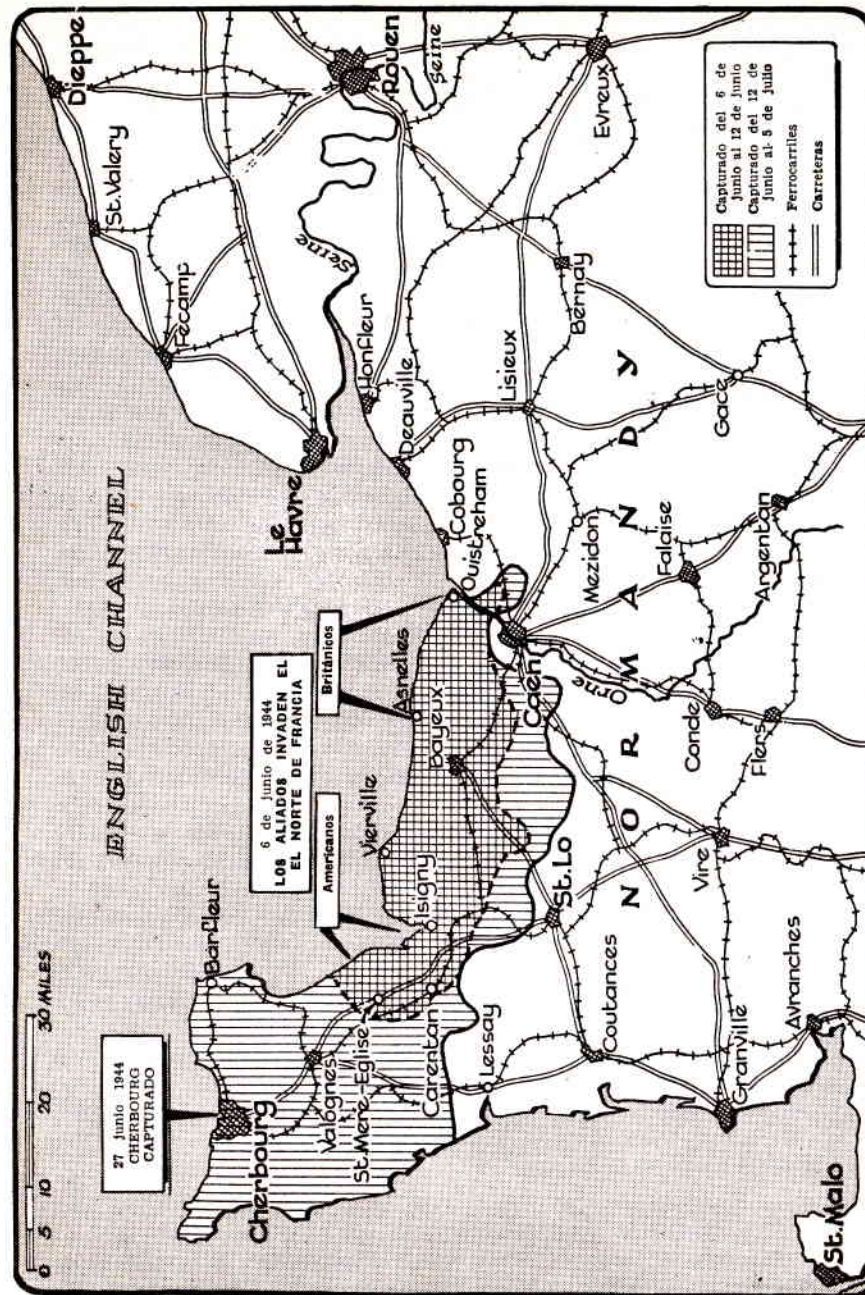
Eisenhower se encontró ante un dilema. Era imposible prestar ayuda aérea; el fuego de la artillería naval no podía ser preciso en aquellas condiciones; las pequeñas lanchas de desembarco corrían el riesgo de zozobrar en las rompientes. Después de sopesar todos estos factores, Eisenhower, muy a pesar suyo, ordenó un aplazamiento de 24 horas y mandó regresar a los barcos que ya surcaban las espumeantes aguas del canal de la Mancha.

A las 3'30 de la madrugada siguiente, 5 de junio, un viento huracanado empezó a silbar en torno al puesto de mando de Eisenhower. El comandante supremo convocó una nueva conferencia meteorológica. El capitán J. M. Stagg, un escocés, director del Servicio Meteorológico, presentó este informe: «Creo que hay ciertas esperanzas, mi general. El frente nuboso procedente del Atlántico avanza con mayor rapidez de la que suponíamos. Ello nos permite predecir una mejora del tiempo que se iniciará en las últimas horas del 5 de junio y que durará hasta la mañana del día siguiente, acompañado de una disminución en la velocidad del viento y algunos claros en las nubes.»

El general de brigada Walter Bedell Smith refiere la dramática escena:

El silencio duró cinco minutos completos, mientras el general Eisenhower permanecía sentado en un sofá, ante la librería que ocupaba el fondo de la sala. Hasta entonces yo nunca había comprendido cabalmente la soledad y el aislamiento que puede experimentar un jefe en el momento de adoptar una decisión tan





trascendental... Permanecía sentado, en silencio... tenso y pensativo, pesando los pros y los contras... Finalmente, levantó la mirada y la tensión desapareció de su rostro cuando dijo animosamente: «¡Muy bien, iremos!»

### EL DÍA D: LA FORJA DE LA VICTORIA

El martes 6 de junio de 1944, a las 3'32 de la madrugada, hora de Nueva York, del cuartel general del Mando Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en Europa, surgió la voz de un oficial de relaciones públicas, que difundía esta noticia por radio:

Al mando del general Eisenhower, las fuerzas navales aliadas, apoyadas por poderosas fuerzas aéreas, han comenzado esta mañana a desembarcar los ejércitos aliados en la costa norte de Francia.

Menos de un minuto después, el mismo locutor leía la orden del día del general Eisenhower:

Soldados, marineros y aviadores de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas: Os disponéis a participar en una gran cruzada, cuyos preparativos nos han ocupado durante muchos meses. Las esperanzas y las oraciones de los pueblos amantes de la libertad de todo el mundo os acompañan. Junto con nuestros valerosos aliados y hermanos de armas de los otros frentes, conseguiréis la destrucción de la máquina de guerra alemana, la eliminación de la tiranía nazi que pesa sobre los pueblos oprimidos de Europa y la seguridad para vosotros en un mundo libre.

Vuestra tarea no será fácil. El enemigo está bien adiestrado, perfectamente equipado y endurecido por cien batallas. Combatirá y luchará ferozmente. Pero en este año de 1944 han pasado muchas cosas desde los triunfos nazis de 1940 y 1941...

La marea retrocede. Los hombres libres del mundo avanzan juntos hacia la victoria. Tengo plena confianza en vuestro valor, vuestra devoción por el deber y vuestras dotes combatives. Únicamente nos conformaremos con la victoria total.

Buena suerte y pidamos todos al Todopoderoso que otorgue sus bendiciones a esta empresa grande y noble.

A las 10 de la mañana, el presidente Roosevelt habló desde la Casa Blanca al pueblo americano:

Mis conciudadanos americanos:

En esta hora crucial os pido que unáis vuestras oraciones a las mías:

Dios Todopoderoso: Nuestros hijos, honra y prez de nuestra nación, han emprendido hoy una abrumadora tarea, una lucha



para salvar a nuestra república, nuestra religión y nuestra civilización y libertar a una humanidad doliente. Condúcelos en derecho y verdad; da fortaleza a sus brazos, firmeza a sus corazonas, perseverancia a su fe.

Necesitarán Tus bendiciones. Tienen que recorrer un camino largo y duro, pues el enemigo es fuerte y acaso hará retroceder a nuestras fuerzas. La victoria tal vez no surja de manera fulminante, pero nosotros insistiremos una y otra vez y sabemos que, asistidos por Tu gracia y por la justicia de nuestra causa, nuestros hijos vencerán...

Y ahora esto, Señor: Ayúdanos a dominar a los apóstoles de la codicia y de la arrogancia racial. Permite que salvemos a nuestra patria para que, con nuestras naciones hermanas, creemos una unidad mundial que signifique una paz segura, una paz invulnerable ante las maquinaciones de los hombres indignos. Y una paz que permita a todos los hombres vivir en libertad, recogiendo las justas recompensas de su trabajo honrado.

Hágase Tu voluntad, Dios Todopoderoso. Amén.

Poco después de la medianoche de la víspera del «Día D», mientras la heterogénea flotilla de unidades de desembarco avanzaba hacia la costa francesa, un millar de aviones de bombardeo de la RAF empezó a soltar sus cargas sobre las defensas costeras alemanas. Cuando apuntó el día, esta oleada fue seguida por otros mil bombarderos norteamericanos. Millares de aviones de todos los tipos, procedentes de la costa de Inglaterra, penetraban profundamente en el interior de Francia para formar una gran cobertura aérea destinada a proteger los desembarcos. Los veloces aviones de caza ametrallaban las playas de Normandía. Era una terrible demostración de poderío aéreo coordinado.

Incapaz de medirse con los Aliados, con los que se hallaba en una proporción de 1 a 50 (en el frente del canal los alemanes sólo tenían 119 cazas para repeler el ataque de los 5.000 cazas aliados), la maltrecha *Luftwaffe* ya se había retirado a sus bases aéreas, situadas en la región de París. Durante meses, la aviación aliada había atacado las redes ferroviarias de Francia y Bélgica, destruyendo los depósitos y apartaderos, inutilizando las locomotoras, borrando las instalaciones aéreas enemigas, hundiendo todos los puentes sobre el Sena y el Loira. Incapaces de transportar sus tropas por ferrocarril, los alemanes tuvieron que utilizar las carreteras, donde fueron implacablemente castigados desde el aire.

Los Aliados esperaron el mismo «Día D» para efectuar un bombardeo concentrado sobre la costa de Normandía. Esto constituyó una sorpresa táctica de primer orden.

Las primeras tropas que desembarcaron en Normandía eran paracaidistas procedentes de transportes de tropas y planeado-

res de la 9.<sup>a</sup> Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Después de cruzar la costa enemiga poco después de medianoche, aterrizaron en Sainte-Mère-L'Église, población situada tras las zonas inundadas que se extendían después de la playa Utah, que, junto con la playa Omaha, había sido el sector asignado a las tropas norteamericanas para consolidar el flanco Oeste.

Numerosos paracaidistas cayeron en la zona ocupada por un ejército alemán que no esperaba que se produjese el «Día D». Pero otros no tuvieron tanta suerte. A causa del fuerte viento reinante y la niebla, muchos hombres cayeron a más de 50 kilómetros de los objetivos que les habían sido asignados. Algunos quedaron colgados en los árboles, otros se hundieron en las ciénagas y hubo algunos que, embarazados por el peso de su equipo o la tela de su paracaídas, se ahogaron en menos de un metro de agua.

Pero a pesar de este tremendo caos, un mínimo de 13.000 soldados aerotransportados había conseguido tomar tierra en menos de cuatro horas. Los paracaidistas norteamericanos llevaban 10 dólares en moneda francesa recién acuñada, una brújula de bronce y una pequeña bandera norteamericana. Para darse a conocer, cada soldado llevaba un grillo de metal como el que emplean los niños para jugar: la llamada consistía en un *clic-clac* al que había que responder con dos: *clic-clac, clic-clac*.

Más hacia el Este, la VI División Aerotransportada británica consiguió alcanzar una total sorpresa al colocar 5.300 paracaidistas e infantes a más de 14 km hacia el interior, cerca de Caen y detrás de las playas Gold, Juno y Sword, asignadas a los británicos, a fin de consolidar el flanco oriental.

La unidad aerotransportada norteamericana pronto capturó las compuertas que regulaban el caudal de agua al norte de Carentan por el flanco oeste, mientras los ingleses, por el este, caían sobre ambas orillas del río Orne. Las divisiones aliadas no tardaron en formar un perímetro alrededor de las playas, aislando la zona de combate del resto de Francia. Mientras tanto, las fuerzas aéreas aliadas paralizaban todos los movimientos diurnos alemanes, desde Normandía a París. Era un asalto coordinado que además representaba una venganza.

Cuando el sol se alzó sobre la costa francesa, comenzó el cañoneo naval. Fue el mayor duelo entre mar y tierra que registra la historia. Los destructores y cruceros, acercándose mucho a tierra, ametrallaban las playas. En alta mar las unidades pesadas, que comprendían seis acorazados, los ingleses *Rodney*, *Nelson* y *Warspite* y los norteamericanos *Nevada*, *Texas* y *Arkansas*, arrojaban tremendas andanadas hacia el in-



Protegidos por aquella lluvia de fuego aeronaval, los dragaminas se acercaron para limpiar las aguas costeras y señalar canales con boyas para las unidades de desembarco. Un grupo de voluntarios especialmente adiestrados entró entonces en acción. Eran hombres-rana, cubiertos de un ajustado traje de goma verde, que saltaron al agua para destruir los obstáculos submarinos. La primera línea de hombres se colocó a unos 15 metros de la orilla y la otra a 250 m de ella.

Más de 150 km de costa francesa iban a quedar herméticamente aislados por esta gran manifestación de poderío aéreo y naval.

En el Oeste, inmovilizadas en el golfo de Vizcaya, se hallaban docenas de submarinos alemanes y varias flotillas de lanchas torpederas tipo «E». Cuando apuntó el día, 3 lanchas «E» de El Havre efectuaron una salida para atravesar la cortina de humo que protegía la formación de asalto del Este, apostadas frente a las playas Gold, Juno y Sword y dispararon 18 torpedos, sin alcanzar a los acorazados británicos pero hundiendo un destructor noruego. Fue el único golpe certero asediado aquel día por la armada alemana.

Extendiéndose sobre las aguas del canal, hasta donde la vista alcanzaba, se encontraba una masa heterogénea formada por 5.300 barcos de todos los tonelajes.

Los invasores desembarcaron en cinco playas que se extendían en una línea de 100 km a lo largo de la península de Cotentin, desde Montebourg, en el Oeste, a Caen, en el Este. Entre el grueso oleaje, empezó a surgir una continua riada de hombres de las lanchas de desembarco. Muchos apenas se tenían en pie, pues se hallaban muy decaídos por los efectos del prolongado mareo. Fueron recibidos por un denso fuego muy bien dirigido. Las balas rebotaban en las rampas de acero de desembarco. Las tripulaciones de algunas lanchas fueron totalmente aniquiladas, hasta el último hombre. Cuando las rampas de las pesadas lanchas de desembarco fueron bajadas, las tropas saltaron al agua, hundiéndose en ella hasta la cintura. Unos resbalaron, cayeron y se ahogaron, y otros se hundieron, heridos por el mortífero fuego enemigo. Pero otros muchos consiguieron llegar tambaleándose a las playas.

Los norteamericanos proferían agudos gritos indios de guerra y exclamaban, asombrados: «¡Vaya, pues estamos en suelo francés!»; y seguían afluyendo, acompañados por máquinas, cañones, municiones y camiones, llevando consigo desde raciones alimenticias a puentes de acero prefabricados y cientos de miles de bidones de agua potable. Las tropas de zapadores limpiaron el camino. Durante todo aquel día los Aliados acumularon refuerzos en las playas: 36.250 hombres en la playa Utah;

34.250 en la playa Omaha; 83.115 en los sectores anglocanadienses.

La penetración mayor se alcanzó en el flanco derecho, que correspondía a la playa Utah. En este sector, las divisiones aerotransportadas vencieron a tres divisiones alemanas, pero sufrieron 2.500 bajas. Al propio tiempo, la IV División de Infantería norteamericana puso pie en tierra, tomando las defensas alemanas a costa de 197 bajas únicamente.

Pero en la segunda playa americana de Omaha y en las tres playas anglocanadienses llamadas Gold, Juno y Sword —las cuatro playas estaban situadas entre los ríos Orne y Vire— la lucha fue encarnizada y salvaje. El lugar escogido para el desembarco en la playa Omaha ofrecía muy poca protección. La faja cóncava de arena, de 50 a 300 m de anchura, terminaba en una abrupta escarpadura, poderosamente fortificada por los alemanes. Todas las salidas de la playa estaban minadas y fuertemente defendidas; todo el sector estaba protegido por minas y alambradas.

Varias unidades de la I y la XXIX divisiones norteamericanas, con un total de unos 1.450 hombres, se lanzaron al asalto de aquellos repechos fortificados. Los soldados se pegaban a la arena y trataban de ocultarse en ella para escapar al mortífero fuego de fusilería. Otros fueron rechazados y obligados a penetrar de nuevo en las aguas del canal. Y algunos se acurrucaron desvalidos bajo los acantilados marinos. Casi todos los tanques que avanzaban por este sector fueron inutilizados o estallaron a consecuencia del nutrido fuego alemán. Muchos ni siquiera llegaron a desembarcar.

Hacia el Este, en las playas Sword, Juno y Gold, los anglocanadienses enviaron a tierra unas poderosas fuerzas blindadas compuestas por tanques de todas clases, que tenían por misión limpiar el sector de minas, volar los blocaos e incendiar las defensas. La infantería alemana, parapetada en los hoteles de la costa, ofreció una tenaz resistencia, causando 4.000 bajas a los asaltantes. Aquí la lucha también fue caótica y sangrienta.

En su reconstrucción de *El día más largo* (1959), Cornelius Ryan refirió algunas soberbias anécdotas que ponen de relieve el tradicional valor de los ingleses. Frente a la playa Juno, una lancha perteneciente al XLVIII de Comandos de la Real Infantería de Marina cayó bajo un nutrido fuego de ametralladora y sus hombres trataron de protegerse tras la obra muerta. Pero el ayudante, capitán Daniel Flunder, se puso la fusta bajo el brazo y empezó a pasear tranquilamente por la cubierta. Más tarde dijo: «Creí que eso era lo que había que hacer.» En una lancha de desembarco que se dirigía hacia la playa Sword, el comandante C. K. King leía flemáticamente el *Enri-*



que V, de Shakespeare. En medio del rugido de la batalla, se oyó la voz de King por el altavoz: «Y los caballeros que ahora estén en Inglaterra en la cama / se creerán maldecidos por no haber estado aquí...»

Era difícil avanzar en medio de aquella tremenda confusión y las bajas fueron muy cuantiosas: 10.724, de las que 2.132 fueron muertos. Pero los Aliados ya estaban en el Continente y se quedarían en él.

Los alemanes tuvieron una increíble mala suerte. Los oficiales de los Servicios de Información germanos, con base en Calais, conocían el mensaje cifrado que los Aliados emplearían para comunicar la invasión a los movimientos de resistencia europeos. Estaba formado por los dos primeros versos del poema *Chanson d'Automne*, del poeta francés Paul Verlaine. El primer aviso radiofónico sería:

«*Les sanglots longs des violons de l'automne*  
(Los largos sollozos de los violines otoñales)»

El segundo verso significaría que la invasión comenzaba:

«*Blessent mon coeur d'une langueur monotone*  
(Hieren mi corazón con monótona languidez)»

El primer verso fue captado el 1.º de junio por una estación de escucha alemana, que pasó inmediatamente aviso al mariscal Rommel, al mariscal Von Rundstedt, comandante supremo del Oeste, y al general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor de Hitler en Berchtesgaden. Entonces comenzó una amarga comedia de equivocaciones cuyas consecuencias habría de pagar el alto mando alemán. Jodl, convencido de que Von Rundstedt había puesto a sus tropas en estado de alerta, no hizo nada. Von Rundstedt, creyendo que la alerta la había dado Rommel, también se inhibió.

Así las cosas, Rommel cometió el más tremendo error de su carrera militar. A causa del mal tiempo reinante (y de que todos los anteriores intentos aliados de invasión se habían efectuado con buen tiempo), el 4 de junio decidió regresar en automóvil a Alemania para celebrar el cumpleaños de su esposa y visitar también a Hitler, a fin de pedirle refuerzos. Cuando recibió la noticia de la invasión, regresó precipitadamente a su cuartel general, pero llegó con 24 horas de retraso para llevar a término los planes defensivos que había preparado.

Además de Rommel, otra media docena de generales alemanes se hallaban ausentes de sus mandos costeros. Por una ironía del destino, algunos de ellos participaban en las *Kriegs-*

*spiel*, unas maniobras bélicas que versaban sobre un desembarco simulado de los Aliados en Francia. Dos poderosas divisiones *Panzer*, que hubieran podido contener la invasión en sus primeros momentos, no podían desplazarse sin permiso personal de Hitler.

Cuando se produjo el ataque, Hitler dormía, convencido de que ninguna fuerza de invasión podría permanecer más de nueve horas sobre el suelo de Francia. Nadie, ni siquiera Jodl, se atrevió a despertarlo de su sueño drogado. Von Rundstedt, estupefacto ante la enormidad del poderío aliado desplegado en la invasión, telefoneó al Führer para conocer sus órdenes. Pero Hitler no convocó su conferencia acostumbrada hasta las dos de aquella misma tarde. Confiando en que se trataba de otra incursión como la de Dieppe, ordenó a Von Rundstedt que arrojase a los invasores al mar.

Pero ya era demasiado tarde. El grueso de las tropas alemanas de retaguardia, duramente castigadas por el ataque aéreo aliado, no entró en acción hasta el día siguiente. Esta vez, Hitler había perdido verdaderamente el autobús.

#### CABEZA DE PUENTE EN LA «FESTUNG» EUROPA DE HITLER

La lucha aún había de ser terrible. Los cinco primeros días fueron espantosos.

En el sector oriental, los canadienses efectuaron una penetración de 11 km y sus patrullas cortaron la carretera Bayeux-Caen. El Segundo Ejército británico, cuyo objetivo era Caen, chocó con la XXI División *Panzer* de Rommel, que intentó sin conseguirlo arrojar a los ingleses al mar. En este momento el mando alemán cometió un error fundamental: en lugar de contraatacar con todas sus fuerzas, envió parsimoniosamente sus tropas para la defensa de Caen. A los tres días, las tres cabezas de playa anglocanadienses estaban unidas.

Al propio tiempo el Primer Ejército de los Estados Unidos avanzaba hacia el interior desde la playa Utah, al oeste del Vire, y desde la playa Omaha, por el este de dicho río. En esta segunda playa, las baterías germanas, que habían sometido a un mortífero fuego a los soldados norteamericanos atrapados en las playas, fueron finalmente acalladas por los bombarderos y por la artillería de los buques de guerra.

Transcurridos cinco días, las potentes defensas alemanas habían sido rotas. Las fuerzas angloamericanas tenían ya en su poder una faja continua de 130 km de longitud en la costa de Normandía y habían penetrado unos 30 km al interior. Dieciséis divisiones aliadas habían conseguido desembarcar.



El teniente general Hans Speidel pasó revista más tarde a estos primeros días:

La primera fase de la invasión terminó con una evidente victoria militar, política y psicológica para los Aliados. Vencieron las dificultades de los primeros días, verdaderamente críticos, sin sufrir grandes reveses, a causa de la perfecta cooperación entre las tres armas y la gran eficacia de su nuevo equipo técnico. Así consiguieron consolidar su posición. Nosotros comprendimos que únicamente podríamos expulsarlos o contenerlos en sus cabezas de puente, en plazo más o menos próximo, si podíamos concentrar en el teatro de operaciones potentes fuerzas aeronavales alemanas... A partir del 9 de junio, la iniciativa estaba en manos de los Aliados.

Para el general Omar N. Bradley, la explicación era mucho más sencilla: «Convertimos el desembarco en una victoria sólo por nuestro coraje, valor y extremada bravura.»

Once días después del «Día D», exactamente 587.653 hombres y 89.728 vehículos habían sido desembarcados por los Aliados.

Aquel mismo día, 17 de junio de 1944, Hitler convocó una conferencia en Margival, al norte de Soissons, localidad situada a 225 km del frente. Durante esta reunión, que duró desde las 9 de la mañana a las 4 de la tarde, siendo interrumpida tan sólo por un breve pisolabis, el Führer, en tono brusco, pidió explicaciones de lo sucedido a los mariscales Von Rundstedt y Rommel. Éste le ofreció un sorprendente pero verídico informe sobre el poder destructor de las armas aliadas, declarando que la situación alemana era crítica.

Furioso, Hitler atajó las palabras de Rommel:

—No se preocupe por el curso futuro de las hostilidades. Límitese a su propio frente de invasión.

Ordenó a Rommel que no se metiese en cuestiones políticas, ocupándose únicamente de las militares. La ruptura entre ambos iba en aumento y pronto se convertiría en odio mutuo.

A los 20 días del desembarco, un millón de hombres se hallaban en suelo francés, enfrentándose con 14 divisiones alemanas.

Los ingeniosos técnicos aliados hallaron dos soluciones para el problema representado por la falta de instalaciones portuarias en las costas hostiles de la *Festung Europa*. En primer lugar, bajo el nombre cifrado de «Gooseberry», se inició la construcción de un fondeadero, hundiendo viejos barcos mercantes en línea, con lo que se pudo disponer de una zona para desembarcar pertrechos en unas aguas relativamente abrigadas. Este abrigado fondeadero, en realidad, no tenía nada de nuevo..., a no ser sus proporciones.

Pero los «Mulberries» eran algo totalmente nuevo y constituían el plan más fantástico que hasta entonces se había puesto en práctica durante unas operaciones bélicas. Mucho antes del «Día D», alrededor de 19.000 obreros ingleses se consagraron a la tarea de construir enormes estructuras de hormigón reforzado, parecidas a casas de seis pisos tumbadas de costado. No tenían la menor idea de cuál sería su finalidad; tal vez montacargas flotantes de cereales destinados a alimentar a la población civil del Continente. Los agentes alemanes comunicaron a Berlín que los ingleses construían enormes malecones con una finalidad especial pero desconocida.

Ni los obreros ingleses ni los agentes alemanes sabían que los «Mulberries» eran en realidad puertos artificiales completos. Tres semanas después del «Día D», las gigantescas secciones que formaban los dos «Mulberries» fueron remolcadas a piezas por las encrespadas aguas del canal. Docenas de humeantes remolcadores participaron en la tarea. Después, las grandes torres de hormigón fueron empalmadas, una frente a las cabezas de playas norteamericanas y la otra frente al sector anglo-canadiense.

El «Mulberry» fondeado frente a las playas norteamericanas próximas a Saint-Laurent-sur-Mer no pudo ser utilizado, pues lo destruyó la borrasca que duró tres días seguidos, del 19 al 22 de junio. Fue la peor galerna que se había visto en aquellas aguas desde hacía veinte años. Pero el segundo «Mulberry», colocado cerca de la cabeza de playa inglesa de Arromanches, era una maravilla mecánica, un milagro de la construcción, que proporcionó un muelle al que podían atracar buques de gran calado y un fondeadero interior, protegido por bloques de hormigón, que formaba una escollera fija. Entre los bloques y la costa se extendían 16 km de muelles de acero, sobre los que se concentraban hombres y pertrechos para el asalto final. Un millón de soldados desembarcaron en este sorprendente puerto artificial, o en las playas, antes de que terminase aquel mes. «Aquel *Mulberry*», dijo el general Speidel, «fue de importancia decisiva».

Uno de los principales objetivos de los Aliados era el gran puerto de Cherburgo, situado al norte de las playas de desembarco.

Cuando las tropas norteamericanas avanzaron hacia la ciudad, los alemanes se retiraron a sus fortificaciones. La plaza era casi inexpugnable a los ataques por mar, pero —como los norteamericanos en Manila y los ingleses en Singapur— no habían contado con la posibilidad de un asalto por el lado de tierra. Así, el acceso a la plaza por este lado estaba apenas



protegido por un semicírculo de fortificaciones de madera y fortines subterráneos.

—Si tenemos suerte, tomaremos Cherburgo en 10 días —dijo el general Bradley—, y en 30 si no tenemos suerte.

En realidad, se requirieron exactamente 20 días, a partir del «Día D».

Tres divisiones de infantería, al mando del general de división J. Lawton Collins, apodado *Joe Relámpago*, iniciaron el ataque directo contra Cherburgo el 22 de junio. Primero se efectuó un ataque a cargo de un millar de bombarderos y un mortífero y preciso fuego naval, desde los buques de guerra que navegaban por el canal de la Mancha. La infantería avanzó, a cubierto de esta protección, capturando algunas fortificaciones, rebasando otras y penetrando en la ciudad bajo un fuego intensísimo.

La guarnición alemana de Cherburgo se rindió cuatro días después, aunque las últimas bolsas de resistencia no fueron liquidadas hasta fines de mes. El puerto de Cherburgo, como el de Nápoles, era un mudo testigo de la metódica y concienzuda labor de destrucción efectuada por los alemanes. Los malecones estaban destruidos, las grúas derribadas, los muelles sembrados de minas y de explosivos. Las tropas de zapadores norteamericanas pusieron inmediatamente manos a la obra, a fin de reparar el puerto destruido, como habían hecho en tantas ocasiones anteriores. Pero las instalaciones portuarias no pudieron utilizarse plenamente hasta agosto de 1944. Entre tanto, los pertrechos afluían por las playas y por el puerto «Mulberry» de Arromanches, que estaba intacto.

#### ENTREACTO: LAS BOMBAS «ROBOT»

El doctor Joseph Goebbels, nunca parco ni remiso en dar explicaciones, lo hizo también esta vez, tratando de paliar los crecientes desastres que afligían a Alemania. «¡Alemanes! ¡Resistid! Confiad en el Führer. ¿No os ha prometido que el enemigo pagará muy cara su osadía, con la sangre y la vida de sus soldados? Hitler, maestro en el arte de la guerra, no tardará en mostrar sus *Wunderwaffen* secretos, sus «armas maravillosas», de un poder tan terrorífico y tan espantosa capacidad destructora que Roosevelt y Churchill se postrarán de hinojos y suplicarán clemencia.»

Los agentes secretos ya habían informado al mando supremo Aliado acerca de los intentos que hacían los alemanes por descubrir el «arma definitiva». Se había iniciado la carrera para conseguir la bomba atómica. Los sabios alemanes se pro-

ponían descubrir los secretos de la energía atómica, pero sus investigaciones se veían limitadas por la escasez de personal y de materiales, así como por la falta de fe que demostraba Hitler en los proyectos a largo plazo. Además, la investigación nuclear alemana sufrió un duro revés cuando a comienzos de 1943 los comandos aliados destruyeron las instalaciones productoras de agua pesada que los alemanes tenían en Noruega.

También se sabía que los alemanes trabajaban en otras armas secretas, aún no identificadas. En mayo de 1942, las fotografías tomadas por los aviones de reconocimiento aliados revelaron que en Peenemünde, localidad situada en una boscosa isla del Báltico, y en otros lugares, se efectuaban investigaciones de importancia relacionadas con los cohetes. Se dio prioridad a Peenemünde como objetivo de guerra. En agosto de 1943, una poderosa formación de bombarderos de la RAF la sometió a un terrible bombardeo. A partir de entonces, se prosiguieron los ataques en toda la costa francesa, entre Calais y Cherburgo, contra lo que se consideraba rampas de lanzamiento de cohetes.

Siete días después del «Día D», o sea el 13 de junio de 1944, el secreto estalló en el sorprendido Londres, la primera *Vergeltungswaffe*, el arma de la venganza de Hitler, conocida abreviadamente por V-1, era un pequeño avión a reacción sin piloto, que volaba a una velocidad de 560 km por hora, siguiendo un rumbo fijado de antemano y transportando una tonelada de explosivos, que estallaban al establecer contacto con su objetivo. Era, en realidad, una bomba volante más o menos dirigida.

Los ingleses no tardaron en adoptar medidas defensivas contra las bombas volantes. Establecieron una espesa barrera de globos cautivos y reforzaron las baterías antiaéreas de Kent y Sussex. Muchas bombas volantes fueron destruidas en vuelo por los pilotos de la RAF, pero las que consiguieron llegar a Londres, causaron tremendos daños en vidas y bienes, sin hablar de su efecto desmoralizador. Del 12 al 20 de junio de 1944, alrededor de 8.000 bombas V-1 fueron lanzadas contra la capital británica. De éstas, alrededor de 2.300, o sea algo más de una cuarta parte, alcanzaron su objetivo. En Londres hubo 5.479 muertos, 15.934 heridos, 25.000 viviendas destruidas y varios millares con importantes daños.

¿Por qué Hitler no empleó la V-1 contra la zona de Portsmouth-Southampton, a fin de desbaratar los preparativos de la operación «Overlord»? Este es, y seguirá siendo uno de los grandes misterios de la última conflagración. En cambio, prefirió utilizarla como arma para sembrar el terror entre la población civil.

La nueva arma, como es de suponer, produjo gran consternación.



nación en Inglaterra. Poco después de iniciado el desembarco de Normandía, Churchill pidió a Eisenhower que atacase lo antes posible las rampas de lanzamiento, que formaban verdaderos enjambres en el sector del paso de Calais. Eisenhower le prometió hacerlo.

Por una ironía de la suerte, el propio Hitler estuvo a punto de convertirse en víctima de su primera arma secreta. El 17 de junio, durante la conferencia de Margival, manifestó que deseaba visitar Cherburgo a la mañana siguiente. Aquel mismo día, el mecanismo de una V-1 que se dirigía a Londres se volvió loco; el robot volante dio media vuelta y se dirigió en derechura hacia el puesto de mando del Führer haciendo explosión muy cerca del mismo. Hitler anuló inmediatamente su proyectada visita a Cherburgo, tomó un avión y regresó a Berchtesgaden.

A principios de agosto de aquel mismo año, el Führer se sacó de la manga la V-2, una bomba cohete que volaba a una altitud comprendida entre 100 y 112 km, a una velocidad supersónica de 4.800 km por hora. Con una tonelada de explosivos en la punta, la V-2 descendía hacia su objetivo para enterrarse profundamente antes de hacer explosión. A diferencia de la V-1, la V-2 no podía ser vista, oída ni interceptada en vuelo; el primer aviso de su presencia consistía en la explosión. Esta implacable arma segó 8.000 vidas, casi tantas como las víctimas producidas por el gran *Blitz* aéreo de 1940. Cuando fueron capturadas casi todas las rampas de lanzamiento, a finales de agosto de 1944, en el invierno siguiente, los alemanes lanzaron sus V-1 y V-2 restantes contra el puerto de Amberes y las instalaciones militares que tenían los norteamericanos en Lieja.

Eran unas armas verdaderamente terroríficas pero también llegaron demasiado tarde y en número demasiado escaso. Si Hitler las hubiese utilizado al principio de la guerra, la victoria aliada tal vez se hubiera retrasado o impedido. Pero entonces no eran más que los últimos estertores del Führer, derrotado y agonizante.

El 2 de agosto de 1944, Churchill pasó revista a los últimos acontecimientos en la Cámara de los Comunes.

—Ahora ya no puedo negar que la victoria nos sonreirá, tal vez muy pronto —dijo.

## 20 DE JULIO DE 1944: LA CONJURA PARA ASESINAR A HITLER

Escenario: una *Gästebarracke* (barraca para invitados) de madera, en el cuartel general de Hitler de la Prusia Oriental. El Führer había convocado una conferencia para estudiar la

posibilidad de crear nuevas divisiones de primera línea, con efectivos de las fuerzas metropolitanas, a fin de contener a los rusos, que a la sazón se encontraban únicamente a 80 km de distancia.

El teniente general Adolf Heusinger, director de la sección de Operaciones Militares y jefe adjunto del Estado Mayor, estaba leyendo el párrafo final de su desalentador informe: «*Der Russe dreht mit starken Kräften westlich der Duna nach Norden ein. Seine Spitz steht bereits südwestlich Dunaburg. Wenn jetzt nicht endlich die Heeresgruppe von Peipussee zurückgenommen wird, dann werden wir eine Katastrophe...*» («Los rusos se trasladan con grandes fuerzas al oeste del Duna, en dirección a Norden. Sus vanguardias ya se encuentran al sudoeste de Dunaburg. Si no se retira finalmente el grupo de ejército de Peipussee, entonces ocurrirá una catástrofe...»)

En aquel momento se produjo efectivamente la catástrofe. Una terrible explosión hizo retemblar la sala.

A las 12 horas y 37 minutos de aquella tarde del 20 de julio, el coronel conde Claus Schenck von Stauffenberg, un oficial de 37 años que ocupaba el puesto de jefe de Estado Mayor del ejército de reserva, entró en la sala de conferencias. Después de saludar militarmente se disculpó por su retraso, mientras dejaba una cartera de mano bajo la mesa ante la que se sentaba el Führer.

El conde Von Stauffenberg oriundo de Suabia y descendiente del conde August von Gneisenau, uno de los fundadores del Estado Mayor prusiano, era un joven oficial dotado de un gran atractivo personal. Quince meses antes recibió graves heridas en Túnez a consecuencia de las cuales perdió el ojo izquierdo, la mano derecha y dos dedos de la mano izquierda, además de graves heridas en las piernas. Durante su convalecencia, llegó a la conclusión de que el loco desprecio que manifestaba Hitler por las más elementales normas de la decencia humana había empañado hasta tal punto el nombre de Alemania, que esta nación se había convertido en el oprobio de todos los pueblos civilizados. Entonces concibió el proyecto de asesinar a aquel demente y poner fin a su insensata guerra.

La cartera de Von Stauffenberg contenía una bomba de fabricación inglesa, un artefacto de plástico que contenía un potente explosivo llamado hexita. Antes de entrar en la *Gästebarracke*, abrió con una herramienta el cuello de la espoleta, una pequeña ampolla de cristal que contenía un ácido corrosivo. La acción de este ácido se ejercía sobre un muelle de resorte. El artefacto tenía que hacer explosión al cabo de diez minutos.

Murmurando una excusa, Von Stauffenberg salió sigilosamente de la sala. Otro oficial, al tropezar con la cartera, que no



le permitía extender las piernas, la colocó junto al extremo opuesto del pie de la mesa, que de este modo se interpuso entre la bomba e Hitler.

El artefacto hizo explosión a las 12 horas y 42 minutos. Las ventanas de la sala fueron arrancadas de cuajo, el techo se hundió y se abrió un tremendo agujero en el suelo. Se percibieron tres detonaciones distintas, seguidas por espesas nubes de humo y llamas amarillentas.

Resonaron gritos de alarma: «*Attentat! Attentat!*» Alguien preguntó: «*Wo ist der Führer?*» Por un verdadero milagro Hitler aún vivía.

Cuatro hombres murieron instantáneamente y otros veinte resultaron heridos. Hitler se salvó de la muerte gracias a la parte superior de la mesa y al robusto pie de la misma, que era de roble. Resultó con el brazo derecho paralizado temporalmente, quedó sordo para siempre del oído derecho y sufrió quemaduras en las piernas. Una viga desprendida del techo cayó sobre su espalda y le derribó, impidiéndole levantarse.

Este atentado era obra de un grupo de conspiradores, todos ellos oficiales de alta graduación, entre los que se encontraban el coronel Ludwig Beck, de 64 años, que había sido jefe del Estado Mayor General; el mariscal Erwin von Witzleben; el conde Hemulth von Moltke, sobrino del vencedor de 1871, y el doctor Karl Goerdeler, que había sido *Oberbürgermeister* de Leipzig. Unos meses antes, los conjurados habían conseguido la poderosa adhesión del mariscal Erwin Rommel, a quien casi todos los alemanes consideraban como el ideal de un general nazi. Sin embargo, no pudo demostrarse que se hallase al corriente de los planes para eliminar a Hitler por medio de aquel atentado.

Presas de un ataque de histerismo, Hitler acusó a los conspiradores de constituir «una pequeña camarilla de oficiales criminales, estúpidos y ambiciosos, unos hombres sin entrañas y sin conciencia». Eran unos *Schweinehunde*, unos asquerosos cerdos de sangre azul, unos prusianos que nunca comprendieron la nobleza del nazismo.

Así que se difundió la noticia de que Hitler estaba vivo, la Gestapo inició la operación «Tormenta», en el curso de la cual se practicaron 33.000 detenciones de alemanes sospechosos.

La venganza del Führer fue enorme. Hizo ejecutar a casi todos los miembros de la familia Von Stauffenberg y repartió a sus hijos entre desconocidos, bajo nombres supuestos. Ordenó que los restantes conspiradores fuesen ejecutados después de someterlos a tortura. «Es mi deseo que los cuelguen como si fuesen reses.»

La palabra de Hitler aún era ley en el enloquecido Tercer

Reich. Ocho de los condenados fueron ahorcados en una celda de la prisión de Plötzensee, en circunstancias especialmente repugnantes. Varios operadores cinematográficos filmaron la ejecución. Fueron colocados en el techo ocho ganchos como los que utilizan los carniceros para colgar las reses descuartizadas. Los prisioneros fueron introducidos uno a uno en la celda. Primero les quitaron las esposas y los desnudaron de medio cuerpo para arriba. Después les colocaron una cuerda fina alrededor del cuello, haciendo pasar el otro extremo por un gancho y asegurándolo fuertemente. Acto seguido las víctimas fueron levantadas del suelo. En este momento los verdugos les quitaron los pantalones. De este modo los infelices permanecieron colgando desnudos, retorciéndose en su agonía mientras el lazo corredizo los estrangulaba lentamente. Solían tardar unos cinco minutos en morir. Entre tanto, las cámaras cinematográficas funcionaban ininterrumpidamente. Aquella misma noche, en la Cancillería del Reich, Hitler se hizo pasar la película una y otra vez para disfrutar con detalles de aquel macabro espectáculo. Más tarde, la película fue proyectada en una escuela de cadetes berlinesa, sin duda para mostrar a qué peligros exponía la deslealtad. Pero la horrible escena causó tal repugnancia entre los oficiales en ciernes, que aquella película «educativa» nazi acabó por ser retirada de la circulación.

El atentado del 20 de julio de 1944 no sólo dejó a Hitler gravemente herido, sino sumido en un estado de histeria compasión por sí mismo. «El pueblo alemán», vociferó, «es indigno de mi grandeza. Nadie es capaz de apreciar lo que he hecho por Alemania.»

Los que resultaron heridos a consecuencia de la explosión recibieron una condecoración especial que el propio Führer prendió en su pecho y que ostentaba la inscripción siguiente: «*Hitler - 20 Juli, 1944*».

## VALOR Y SANGRE: LA BATALLA DE NORMANDIA

La ocupación de Cherburgo echó por tierra la esperanza que aún tenía Hitler de arrojar a los Aliados al mar.

La etapa siguiente fue la conquista de toda Normandía. Esta se presentaba bajo una perspectiva excelente. Las cabezas de playa británicas y norteamericanas estaban consolidadas y los refuerzos afluían al Continente. Ya se había disipado el temor de un nuevo Dunquerque.

En el extremo oriental de la cabeza de playa aliada se encontraba el Segundo Ejército Británico, al mando del teniente general sir Miles C. Dempsey, el cual comprendía varias divi-



siones canadienses. En el extremo occidental se hallaba el Primer Ejército de los Estados Unidos, al mando del teniente general Omar N. Bradley. Estos dos ejércitos juntos formaron temporalmente el XXI Grupo de Ejércitos, mandado por el general sir Bernard L. Montgomery, bajo cuyo mando estaban todas las fuerzas invasoras. El 23 de julio fue creado el Primer Ejército Canadiense, al mando del teniente general H. D. G. Crerar, que pasó a depender también de Montgomery. El 1.º de agosto entró en servicio el Tercer Ejército de los Estados Unidos, mandado por el teniente general George S. Patton, que agrupado con el Primer Ejército pasó a formar el XII Grupo de Ejércitos, que dependía del general Bradley. El Primer Ejército fue puesto entonces bajo el mando del teniente general Courtney H. Hodges.

Esta sería la organización de los ejércitos aliados para el resto de la campaña de Normandía.

Teniendo en cuenta que los ingleses situados en el Oeste se enfrentaban con una región bastante descubierta y favorable para los tanques, los alemanes concentraron el grueso de sus fuerzas blindadas alrededor de Caen.

El 25 de junio, antes de la caída de Cherburgo, las formaciones inglesas avanzaron hacia Caen desde el Sur para encontrar violenta resistencia por parte de las unidades de tanques enemigos. El contraataque alemán consiguió detener a los ingleses pero no tuvo la fuerza suficiente para infligirles una derrota decisiva. Los refuerzos alemanes no llegaban con la prontitud debida a causa de los continuos ataques aéreos aliados contra las carreteras y ferrocarriles que conducían a la región normanda.

La RAF lanzó un verdadero diluvio de bombas sobre Caen. A principios de julio, las tropas inglesas hicieron otro intento por tomar la ciudad, pero sólo consiguieron adueñarse de la mitad de su objetivo. El 18 de julio, después de un bombardeo asolador de la aviación aliada, atacaron nuevamente, consiguiendo esta vez capturar el resto de la ciudad. Pero las tropas quedaron atascadas allí, al convertir las copiosas lluvias las calles y los caminos en un verdadero lodazal.

Los Aliados desplazaron entonces el centro de su ofensiva al sector norteamericano, situado cerca de Saint-Lô, más al Oeste.

En aquel sector, los norteamericanos habían combatido durante casi todo el mes de julio, tratando de conquistar la ciudad de Saint-Lô, capital de la provincia y nudo estratégico de comunicaciones. La lucha era muy encarnizada y se combatía desesperadamente, con más ferocidad incluso que en el propio «Día D». Los avances se medían por metros. Había que expul-

sar al enemigo alquería por alquería y éste sólo las desalojaba después de reñidos combates. En la región de Bocage, que rodeaba Saint-Lô, los tanques y la infantería norteamericanos veían frenado su avance por los centenares de setos vivos, de gruesos taludes de tierra coronados de zarzales, que se extendían junto a las carreteras y los caminos de Normandía. Estos setos vivos, que formaban unas defensas naturales, obligaban a los tanques pesados a avanzar por las carreteras. Solamente cuando los tanques fueron provistos de nuevos aparatos cortadores, se pudieron realizar progresos por aquel pésimo terreno.

Tras la captura de Saint-Lô, el general Bradley se proponía desencadenar una potente ofensiva por la carretera de Saint-Lô a Periers, al oeste de aquella población, precedido, como en el caso del anterior ataque británico a Caen, por oleadas de enormes bombarderos que tenderían una mortífera alfombra de bombas frente a los tanques y la infantería. Iniciada el 26 de julio por el Primer Ejército de Hodges, la ofensiva no tardó en convertirse en una operación de ruptura.

Bradley se apresuró a ordenar al nuevo Tercer Ejército, mandado por Patton, que rebasara Avranches, ciudad situada en la base de la península de Cotentin, para lanzarse por campo descubierto.

Por fin estaba abierta la puerta que conducía al Sur y al Este. Las fuerzas norteamericanas podían salir de Normandía, copar al enemigo en Bretaña y extenderse hacia el Este y el Nordeste por la cintura de Francia. Dirigiendo un cuerpo de ejército hacia Bretaña, Patton envió el grueso de sus tanques al Este, junto con los blindados del Primer Ejército de Hodges.

Cuando los pesados tanques irrumpieron a través de Avranches, la batalla de Normandía se convirtió en la batalla de Francia. Avanzando a través de los campos a un promedio de 65 kilómetros diarios, las columnas de tanques norteamericanos se dirigieron hacia el Sur y penetraron en Rennes, capital de Bretaña. Tres columnas giraron entonces hacia el Oeste y abrieron un amplio corredor hasta la costa. Saint-Malo, ciudad situada en la costa norte, capituló el 17 de agosto, pero las guarniciones de Brest, Lorient y Saint Nazaire, situadas al Oeste y Sudoeste, no se rindieron. Exceptuando Brest, fueron abandonadas a su suerte, copadas e incomunicadas, mientras el fragor de la batalla se alejaba hacia el Este.

Cualquier espíritu militar medianamente lúcido hubiera comprendido que se imponía una pronta evacuación de Normandía. Pero el tozudo y cabezota Hitler ordenó que cuatro divisiones *Panzer*, pertenecientes al Séptimo Ejército alemán, contraatacasen en dirección Oeste. Les ordenó que avanzasen hacia el Oeste, a través de Mortain, hasta Avranches, cortando



así en dos el corredor abierto por las tropas estadounidenses y llegando al mar después de atravesarlo. Siempre el mar, el mar efímero, donde Hitler se había propuesto sepultar el poderío aliado.

El 7 de agosto, los alemanes desencadenaron su gran contraofensiva en dirección a Avranches. Combatieron furiosamente, con una desesperación que Hitler se encargaba de estimular. Así consiguieron efectuar una penetración de varios kilómetros a través de las líneas norteamericanas. Mantuvieron estas posiciones durante cinco días.

Pero en torno al saliente alemán se empezó a disponer una tenaza de cuatro puntas. El grueso del Primer Ejército norteamericano fue el que aguantó la principal embestida germana en Mortain, mientras una porción de aquel mismo ejército se unía con algunos efectivos del Tercer Ejército de Patton para girar hacia el Norte y atacar el saliente enemigo por su flanco izquierdo, en dirección de Argentan. Al propio tiempo, el Segundo Ejército británico resistía firmemente en el Oeste, mientras el Primer Ejército canadiense avanzaba hacia el Sudoeste desde Caen, en dirección de Falaise, para atacar el flanco derecho germano. Esta bolsa de Falaise-Argentan fue el resultado de un perfecto movimiento de tenaza, clásico en su sencillez y de efectos devastadores. Así fue copado el grueso de dos ejércitos alemanes: el Quinto, blindado, y el Séptimo.

Del 16 al 21 de agosto, los Aliados fueron estrechando implacablemente el cerco, estrangulando la bolsa de resistencia alemana. Miles de soldados nazis fueron muertos o heridos y se hicieron 50.000 prisioneros, entre los que figuraban los maltrechos supervivientes del altivo Séptimo Ejército. Los restantes, duramente vapuleados desde el aire, se retiraron en desorden hacia el Sena.

La batalla de Normandía había terminado con el más aplastante triunfo aliado.

### EL SUICIDIO POR «HONOR» DEL MARISCAL ROMMEL

A mediados de julio de 1944, los ejércitos aliados se disponían a avanzar hacia París. La posición de las tropas alemanas era crítica, pues sus líneas de abastecimientos y de refuerzos estaban desarticuladas por los terribles bombardeos aéreos. Mientras tanto, los Aliados desembarcaban diariamente tropas de refresco y grandes masas de material de guerra.

La mañana del 17 de julio, el mariscal Erwin Rommel partió hacia el frente en un coche oficial descubierto para intentar hacer lo posible a fin de restablecer el orden entre sus exhaus-

tas y desmoralizadas tropas, animándolas para que continuasen resistiendo. Después de visitar los puestos de mando de primera línea, subió nuevamente en el automóvil para efectuar el viaje de regreso. Cuando el vehículo se encontraba en la carretera, entre Livarot y Vimoutiers, unos cazas aliados descubrieron el solitario coche. Tres de ellos descendieron en vuelo rasante para ametrallarlo, antes de que pudiese ocultarse en una alameda próxima.

Los pilotos no suponían a quien estaban atacando. El chófer resultó muerto y Rommel sufrió gravísimas heridas: fracturas en el cráneo, los pómulos y las sienes, y el ojo izquierdo casi perdido. Más muerto que vivo fue llevado a un hospital de la *Luftwaffe*, donde no recuperó el conocimiento hasta el 24 de julio.

En la primavera de aquel año Hitler había trasladado a Rommel a Europa para que reforzase las defensas costeras con vistas a la inminente invasión aliada de Francia. Pero Rommel ya había llegado a la conclusión de que el caudillo que él había venerado como el unificador de la nación y el «libertador de Versalles» era un ídolo que tenía los pies de barro. Hombre fundamentalmente honrado y decente, Rommel ya estaba harto de soportar a aquel aventurero de pensamientos dementes y palabrería soez que empañaba el honor de Alemania.

Tras un amargo examen de conciencia, pues él también había prestado juramento de fidelidad a Hitler, Rommel decidió unirse al grupo de generales, encabezados por el general Ludwig Beck, que conspiraban para derribar a Hitler. Pero el Führer se salvó del atentado del 20 de julio, que tuvo lugar mientras Rommel aún seguía en estado de coma a causa de sus gravísimas heridas. Por una ironía del destino Rommel nunca supo que los conspiradores le habían elegido para ser el nuevo jefe de Estado tras la muerte de Hitler.

Si desean mantenerse en el poder, los dictadores deben vigilar con cuidado a los aduladores que les rodean. Nicolás Maquiavelo ya advirtió en su *Príncipe*, publicado en 1527, que si el príncipe desea conservar su poder, debe «precaerse ante sus generales victoriosos y brillantes, suprimiéndolos o despojándolos de su fama». El astuto Hitler intuía estas verdades, aunque en su incultura no las hubiese aprendido en los libros. Así, tuvo buen cuidado de fomentar las disensiones entre Goering, Goebbels, Himmler y otros figurones de su séquito, asegurándose de que ninguno de ellos alcanzase una popularidad excesiva. Rommel, el incomparable general, el ídolo de los combatientes alemanes, el popular «Zorro del desierto», le resultaba bastante molesto. En la jerarquía nazi no podía haber más héroe nacional que Hitler. Además, en opinión del Führer, el



responsable del desastre de Normandía era el propio Rommel.

El 21 de julio, un día después del fracasado atentado, uno de los conspiradores mencionó a Rommel, que se vio envuelto así en el infame proceso. ¡Qué suerte tan aciaga la del gran militar! El general Karl Heinrich von Stuepnagel trató de matarse, pero al recuperar el conocimiento tras la operación a que fue sometido, pronunció el nombre de Rommel. Esto fue bastante para Hitler, quien así encontró la excusa perfecta para librarse de un rival en ciernes.

Durante la convalecencia de sus terribles heridas, Rommel no quiso ocultar lo que pensaba, rasgo muy característico del gran militar germano:

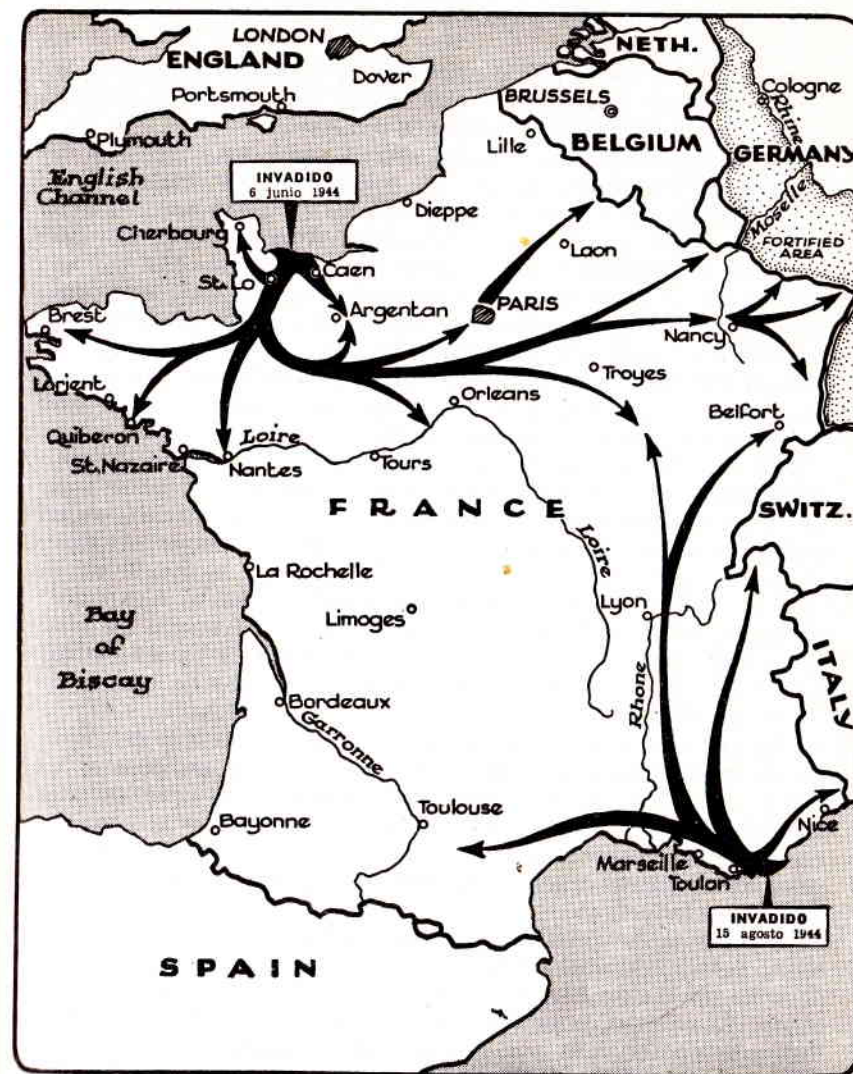
—Hitler —dijo—, ese embustero patológico, se ha vuelto completamente loco. Da rienda suelta a su sadismo en los conspiradores del 20 de julio, pero no acabará ahí ni mucho menos. —Y agregó, dirigiéndose al estupefacto médico—: Temo que este irresponsable sacrificará hasta el último alemán antes de que alguien lo mate:

Es más que probable que Rommel ya supiese entonces que él sería la próxima víctima.

El 14 de octubre, el general Wilhelm Burgdorf y el teniente general Ernst Maisel, fieles esbirros del Führer, fueron a visitar a Rommel, que había sido trasladado a su casa de las afueras de Ulm para reponerse de sus heridas. Los emisarios le dijeron de pronto que las declaraciones de los conspiradores demostraban que él estaba complicado en la conjura contra Hitler. Pero existía una escapatoria «honorable» para un oficial alemán objeto de tal acusación. Podía elegir entre envenenarse o comparecer ante el Tribunal Popular para asumir su propia defensa. Acto seguido le indicaron que la casa y sus alrededores estaban tomados por hombres de las S.S., armados de metrallas.

A los 15 minutos, Rommel había fallecido.

Se prohibió efectuar la autopsia. El cadáver fue entregado a Frau Rommel, comunicándosele que su esposo había fallecido víctima de una embolia. La prensa alemana anunció que el mariscal Rommel había muerto a consecuencia del «accidente de automóvil». Se publicaron largas y elogiosas notas necrológicas que ensalzaban la figura de aquel gran hijo de la patria. Hitler ordenó que se le tributasen solemnes exequias en el ayuntamiento de Ulm, las cuales se celebraron cuatro días después. Con semblante lívido, el mariscal Gerd von Rundstedt, en representación de Hitler, dio lectura al discurso necrológico, en el que se incluía una frase que pudiera haber sido pronunciada por el oráculo de Delfos: «¡Su corazón pertenecía al Führer!»



LA BATALLA DE FRANCIA



Cedamos la palabra a un testigo presencial de esta trágica epopeya:

Duró nueve días con sus noches y durante todo este tiempo los *Diablos Rojos* fueron siendo reducidos a grupos cada vez más pequeños, en bolsas sobre las que silbaban las granadas, sobre las que los tanques vomitaban fuego y los aviones metralla... Fueron noches de insomnio y días sin comida. La ración se redujo a una sexta parte. Las municiones también fueron racionadas. Los hombres no tenían ya armas para luchar. Terminaron disparando sus pistolas contra los tanques alemanes.

Después de una heroica resistencia en su bolsa aislada, los escuálidos restos de los *Diablos Rojos*, alrededor de 1.000 hombres, fueron evacuados a las líneas británicas.

La operación terminó en desastre: el lanzamiento de paracaidistas y planeadores no salió como se esperaba, las comunicaciones se interrumpieron, faltó la cobertura aérea a causa de la bruma y, lo que aún fue peor, los alemanes capturaron el plan de batalla completo de los Aliados poco después de los primeros aterrizajes.

Este revés causó gran desaliento en las naciones aliadas, que en su optimismo ya imaginaban poco menos que una marcha militar hasta Berlín. Era evidente que la impetuosa ofensiva aliada había agotado de momento sus posibilidades y que el frente fluido se había consolidado finalmente. Era necesario detenerse para descansar, reforzar las tropas y reagruparlas. Esto significaba otro duro invierno de lucha para los ejércitos aliados extendidos frente a la frontera alemana, en una línea que iba desde la desembocadura del río Maas, en Holanda, hasta Suiza. Una de las operaciones más urgentes consistía en acabar con la tenaz resistencia alemana centrada en las orillas del estuario del Schelde, en una extensión de 100 km desde Amberes al mar.

## CAPITULO

## XXI

### La trampa se cierra en torno a Hitler

*Proclama al pueblo alemán: «Venimos como conquistadores y no como opresores... Derribaremos al gobierno nazi, disolveremos al partido nazi y aboliremos las leyes e instituciones creadas por el partido. Arrancaremos de raíz el militarismo alemán, que con tanta frecuencia ha alterado la paz del mundo.»*

General Dwight D. Eisenhower, 28 de septiembre de 1944.

### OFENSIVA FINAL EN ITALIA

Los combates que se sostuvieron en Italia en el invierno de 1943 fueron tan reñidos como los que tenían lugar en cualquier otro frente de aquella guerra mundial. Los Aliados avanzaban lentamente, pero a costa de grandes dificultades. Las unidades aliadas fueron contenidas en Anzio y el ataque concentrado contra Monte Cassino fracasó.

Después de reagrupar sus fuerzas, el Alto Mando aliado transfirió el Quinto Ejército de los Estados Unidos a la costa occidental, bañada por el mar Tirreno, reforzó la cabeza de puente de Anzio y colocó al Octavo Ejército británico en torno a Cassino, en sustitución del Quinto Ejército norteamericano.



### OPERACIÓN «YUNQUE-DRAGÓN»

Mientras los alemanes copados en la bolsa de Falaise eran triturados, otro movimiento envolvente aliado, de proporciones mucho más vastas, empezaba a dibujarse.

La operación «Yunque», que más tarde fue rebautizada con el nombre de «Dragón», o sea, la invasión de Francia desde el Sur, tenía por objetivo hacer caer a los tambaleantes alemanes en otra gigantesca trampa. Los Aliados se proponían atacar al débil XIX Ejército alemán, que defendía 150 km de costa entre Tolón y Niza, para avanzar después hacia el Norte a fin de unirse con las fuerzas procedentes de Normandía. El desembarco había sido preparado por 15 días de continuados bombardeos aeronavales. Los aviones de bombardeo procedentes de Italia y Córcega, machacaban los ferrocarriles y los objetivos militares de la Costa Azul.

Por fin llegó el día. El 15 de agosto de 1944, con un tiempo ideal, una poderosa armada compuesta por más de 1.500 barcos, entre los que había 7 portaaviones británicos y 2 norteamericanos, apareció ante la costa, entre Tolón y Cannes. El desembarco corrió a cargo del Séptimo Ejército de los Estados Unidos, mandado a la sazón por el teniente general Alexander M. Patch; varias unidades del Primer Ejército francés, mandadas por el general Jean de Lattre de Tassigny, y paracaidistas norteamericanos. Eran tropas veteranas con mucha experiencia de combate.

Así que desembarcaron, los invasores contaron con el apoyo de las fuerzas francesas del interior, que ardían en deseos de luchar contra los odiados alemanes. Aunque mal armados, los combatientes del *maquis* eran buenos conocedores de la región y prestaron una ayuda valiosísima a los Aliados, persiguiendo a los colaboracionistas franceses y combatiendo al lado de su libertadores.

Los primeros objetivos eran los puertos mediterráneos de Niza, Tolón y Marsella, que fueron tomados en menos de 15 días. La operación constituyó un éxito total. Como observó un oficial aliado: «Comparado con Salerno, el desembarco en Provenza no fue más que una guerra de guerrillas.» Las pérdidas ascendieron a 1.500 hombres entre muertos y heridos, después de dos días de combate.

Los alemanes, que esperaban otro ataque brusco en Italia, cerca de Génova, volvieron a verse sorprendidos por el momento y el lugar elegidos para el ataque inesperado. Aunque Hitler hubiese podido resistir en Normandía y Bretaña, las

fuerzas alemanas de Francia hubieran terminado viéndose expuestas a un poderoso movimiento envolvente por el Sur.

Con los importantísimos puertos y cabezas de puente del mediodía de Francia en su poder, las tropas francoamericanas avanzaron con rapidez hacia el Norte siguiendo el valle del Durance. A los 10 días alcanzaron Aviñón, y al poco tiempo el valle del Ródano, después de rebasar Montélimar, a 160 km del Mediterráneo. Las pequeñas partidas de alemanes que trataron de retrasar su avance fueron aniquiladas. Prosiguiendo su impetuosa ofensiva, los Aliados avanzaron en derecha hacia el Norte, para tomar Lyon y Dijon.

Más hacia el Este, otras unidades avanzaban en la misma dirección, siguiendo la ruta principal que conducía a Grenoble. Allí también tropezaron con escasa resistencia; las veloces fuerzas atacantes hicieron millares de prisioneros. Esta columna derecha aliada rebasó Besançon el 7 de septiembre y cuatro días después la columna izquierda, que avanzaba hacia el Norte desde Lyon, llegó a Dijon. Ambas columnas giraron entonces hacia el Este, dejando a su derecha la frontera suiza, para reunirse en Épinal con el Tercer Ejército de Patton, que había efectuado un avance arrollador desde el Norte.

Todos los ejércitos aliados formaban ya un frente continuo desde Suiza al mar.

### LA LIBERACIÓN DE PARÍS

¿Que sucedería con París?

El Alto Mando aliado había evitado cuidadosamente bombardear la capital francesa, concentrando su ataque en los empalmes ferroviarios situados en sus alrededores en vez de hacerlo en las estaciones terminales «En estos momentos», dijo Eisenhower, «nuestro mayor deseo es ahorrar hasta el último gramo de carburante y municiones para las operaciones de combate, a fin de extender nuestras líneas hasta la máxima distancia. Confío en evitar la toma de la ciudad, a menos que me aseguren que sus habitantes sufren hambre u otras penalidades».

Eisenhower se vio obligado a adoptar una decisión a causa de los sucesos que tuvieron lugar en la capital francesa. Durante las críticas tres primeras semanas de agosto de 1944, los alemanes que guarnecían París empezaron a abandonar la ciudad. Muchos vadearon los ríos, cuyos puentes habían sido volados, y fueron ametrallados en las carreteras por la aviación aliada. Las fuerzas de la Resistencia parisense resolvieron no esperar más. El 19 de agosto, más de 20.000 miembros de la



Resistencia se alzaron contra la guarnición alemana de retaguardia. Eisenhower decidió avanzar entonces rápidamente para prestarles ayuda.

Se dibujó un nuevo movimiento de tenaza. Los tanques americanos *Sherman*, avanzando a toda velocidad, se dirigieron hacia París en dos puntas de lanza: una pasaba por Chartres y Orleans, hacia el Sur, y otra avanzaba al propio tiempo al norte del Sena. Al llegar a las afueras de la ciudad, los tanques se detuvieron de pronto. El general Bradley dejó el honor de efectuar la entrada en la *Ville lumière* al general de brigada Jacques Philippe Leclerc, que mandaba la Segunda División blindada francesa, la cual, tres años antes, en las últimas fases de la campaña de África, había realizado una extraordinaria marcha por el desierto del Sahara para reunirse con el Octavo Ejército británico. Antes de que el orden se restableciese totalmente en París, las tropas norteamericanas tuvieron que intervenir en varias ocasiones en ayuda de las francesas.

A las dos de la tarde del 25 de agosto, el general Leclerc, hablando desde una sala de equipajes de la estación de Montparnasse, anunció la rendición de la guarnición alemana, compuesta de 10.000 hombres.

Al día siguiente, el general De Gaulle se paseó muy erguido por los bulevares entre inenarrables manifestaciones de júbilo de los parisienses. «Fui a pie», explicó De Gaulle, «porque la ocasión no era apropiada para desfilar en formación, con armas centelleantes y a son de trompeta... Como todos los que se hallaban presentes habían elegido a Charles De Gaulle en su corazón como refugio contra su agonía y símbolo de sus esperanzas, debíamos permitir que lo viesen familiar y fraternalmente para que ante este espectáculo la unidad nacional resplandeciese.»

París era libre finalmente después de cuatro años de cautividad. Era la primera capital del mundo aliado que había sido reconquistada a los alemanes. Los festejos adquirieron carácter delirante y duraron tres días seguidos, alcanzando su apogeo cuando las tropas francesas y norteamericanas desfilaron bajo el Arco de Triunfo y los Campos Eliseos ante el general Eisenhower.

Pero esto no era más que un temporal descanso para las curtidas tropas aliadas. Las columnas motorizadas no tardaron en cruzar el Sena y dirigirse hacia Alemania en persecución del enemigo.

#### AVANCE ARROLLADOR HACIA ALEMANIA

La segunda batalla de Francia resultó muy costosa para Adolfo Hitler. Desde que empezó la invasión de Normandía, sus ejér-

citos habían sufrido 500.000 bajas, entre las que se incluían 200.000 hombres copados en diversas ciudades portuarias. Fueron destruidas totalmente unas veinte divisiones de infantería y cinco divisiones *Panzer*. Otras doce divisiones de infantería y seis *Panzer* habían quedado muy maltrechas. Las derrotadas legiones del Führer, mandadas entonces por el mariscal Walther Model, se retiraban hacia el Este en dirección a la Línea Sigfrido, la última barrera defensiva del Tercer Reich.

Para los Aliados las cosas presentaban muy buen cariz. El 5 de septiembre, noventa días después del «Día D», ya habían desembarcado más de 2.000.000 de hombres y 3.500.000 toneladas de pertrechos. A partir de las cabezas de puente de Normandía, se organizó el famoso *Red Ball Express*, formado por caravanas motorizadas que atravesaban Francia transportando cantidades ingentes de carburante y municiones para las tropas que avanzaban. Los Aliados también sufrieron cuantiosas pérdidas: 224.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, pero les consolaba la idea de que por último obligaban al enemigo a retroceder en toda la línea.

Después de la liberación de París, cuatro grandes columnas blindadas aliadas, en una *blitzkrieg* que podía compararse con ventaja a la invasión alemana de Francia efectuada cuatro años antes, avanzaron por una docena de rutas distintas, atravesando las regiones orientales de Francia y el territorio belga, a un promedio de 30 a 80 km diarios.

En el extremo norte, donde se hallaba el flanco izquierdo, el Primer Ejército canadiense efectuó una operación de copo el 22 de agosto, dejando encerrados a los alemanes en una bolsa situada al sur de El Havre y Rouen, dejando incomunicada a la guarnición alemana de Dieppe y prosiguiendo su avance a través de la frontera belga.

Paralelamente al avance canadiense, el Segundo Ejército de Montgomery avanzaba hacia el Nordeste después de franquear el Sena entre Rouen y París, cubriendo 100 kilómetros en dos días y entrando en Amiens el 31 de agosto. El comandante del Séptimo Ejército alemán fue hecho prisionero mientras estaba desayunando. Después de cruzar el Somme, los ingleses tomaron Arras y prosiguieron su ofensiva hasta Lille, junto a la frontera belga.

Al propio tiempo, el Primer Ejército de Hodges, situado en el centro del frente aliado, avanzaba con rapidez a través del Sena para dirigirse al Este franqueando el Marne y el Aisne y capturando Laon. Después de rebasar Sedan, llegó a la frontera belga el 31 de agosto. Durante este avance, el Primer Ejército copó a cinco divisiones germanas en retirada e hizo 22.000 prisioneros. Penetrando en Bélgica, tomó Lieja el 2 de septiem-



Cedamos la palabra a un testigo presencial de esta trágica epopeya:

Duró nueve días con sus noches y durante todo este tiempo los *Diablos Rojos* fueron siendo reducidos a grupos cada vez más pequeños, en bolsas sobre las que silbaban las granadas, sobre las que los tanques vomitaban fuego y los aviones metralla... Fueron noches de insomnio y días sin comida. La ración se redujo a una sexta parte. Las municiones también fueron racionadas. Los hombres no tenían ya armas para luchar. Terminaron disparando sus pistolas contra los tanques alemanes.

Después de una heroica resistencia en su bolsa aislada, los escuálidos restos de los *Diablos Rojos*, alrededor de 1.000 hombres, fueron evacuados a las líneas británicas.

La operación terminó en desastre: el lanzamiento de paracaidistas y planeadores no salió como se esperaba, las comunicaciones se interrumpieron, faltó la cobertura aérea a causa de la bruma y, lo que aún fue peor, los alemanes capturaron el plan de batalla completo de los Aliados poco después de los primeros aterrizajes.

Este revés causó gran desaliento en las naciones aliadas, que en su optimismo ya imaginaban poco menos que una marcha militar hasta Berlín. Era evidente que la impetuosa ofensiva aliada había agotado de momento sus posibilidades y que el frente fluido se había consolidado finalmente. Era necesario detenerse para descansar, reforzar las tropas y reagruparlas. Esto significaba otro duro invierno de lucha para los ejércitos aliados extendidos frente a la frontera alemana, en una línea que iba desde la desembocadura del río Maas, en Holanda, hasta Suiza. Una de las operaciones más urgentes consistía en acabar con la tenaz resistencia alemana centrada en las orillas del estuario del Schelde, en una extensión de 100 km desde Amberes al mar.

## CAPITULO

## XXI

### La trampa se cierra en torno a Hitler

*Proclama al pueblo alemán: «Venimos como conquistadores y no como opresores... Derribaremos al gobierno nazi, disolveremos al partido nazi y aboliremos las leyes e instituciones creadas por el partido. Arrancaremos de raíz el militarismo alemán, que con tanta frecuencia ha alterado la paz del mundo.»*

General Dwight D. Eisenhower, 28 de septiembre de 1944.

### OFENSIVA FINAL EN ITALIA

Los combates que se sostuvieron en Italia en el invierno de 1943 fueron tan reñidos como los que tenían lugar en cualquier otro frente de aquella guerra mundial. Los Aliados avanzaban lentamente, pero a costa de grandes dificultades. Las unidades aliadas fueron contenidas en Anzio y el ataque concentrado contra Monte Cassino fracasó.

Después de reagrupar sus fuerzas, el Alto Mando aliado transfirió el Quinto Ejército de los Estados Unidos a la costa occidental, bañada por el mar Tirreno, reforzó la cabeza de puente de Anzio y colocó al Octavo Ejército británico en torno a Cassino, en sustitución del Quinto Ejército norteamericano.



El plan del alto mando consistía en concentrar fuerzas abrumadoras para atacar Roma.

Como preparación, la aviación aliada inició la operación «Strangle» destinada a cortar las tres principales líneas ferroviarias y las carreteras hacia el Sur desde la Italia septentrional. Volando en poderosas formaciones, los aviones aliados efectuaron una concienzuda destrucción de estaciones ferroviarias, puentes y viaductos. Solamente en el mes de abril de 1944, realizaron 21.000 vuelos. Para evitar esta lluvia de fuego, los alemanes se vieron obligados a enviar sus abastecimientos por vía marítima. Pero allí se hallaba al acecho la escuadra británica. Hitler se encontró entonces entre la roca de Escila y el remolino de Caribdis.

El mariscal Albert Kesselring se apoyaba en dos barreras montañosas poderosamente fortificadas para hacer frente a la inminente ofensiva: la Línea Gustav, centrada en Cassino, que corría junto a los ríos Garigliano y Rápido, y la Línea Adolfo Hitler, situada detrás de la anterior, que formaba un triángulo cuyos vértices eran Pontecorvo, Aquino y Piedemonte. A principios de mayo de 1944 ordenó que fuesen inundadas las lagunas Pontinas, que se extendían entre el frente de Cassino y el de Anzio.

El 11 de mayo, el Quinto y el Octavo Ejércitos avanzaron simultáneamente para cruzar al día siguiente los ríos Garigliano y Rápido en penetraciones de varios kilómetros. Al cabo de una semana de feroces combates, los Aliados rompieron la Línea Gustav. Las tropas polacas rodearon Monte Cassino y se reunieron con las tropas inglesas para cercar y capturar la población y la abadía; los británicos tomaron aquella y los polacos ésta. Los victoriosos polacos, que se distinguían por sus acendrados sentimientos católicos, enarbolaron su bandera en Monte Cassino. Los Aliados hicieron 1.500 prisioneros.

Mientras el Octavo Ejército avanzaba hacia el Norte a través de la Línea Hitler y con Roma como objetivo, el Quinto Ejército ascendía lentamente por la Vía Apia para socorrer a las tropas de Anzio.

El 23 de mayo fue un día memorable. Las tropas angloamericanas, apoyadas por una formidable cobertura aérea, desencadenaron una ofensiva desde la cabeza de puente de Anzio. Los curtidos veteranos rebasaron el perímetro de la playa, y los franceses, que combatían en el Quinto Ejército de Clark, rompieron las líneas alemanas al oeste del valle Liri, permitiendo así avanzar a los norteamericanos, ingleses y canadienses.

El martilleo prosiguió ininterrumpidamente. Al siguiente día los cazabombarderos atacaron en picado a los convoyes alemanes que avanzaban por las carreteras, destruyendo o averiando

más de 600 vehículos. Mil piezas de artillería de campaña norteamericanas concentraron un mortífero fuego sobre Cassino, donde los alemanes habían reunido el grueso de sus fuerzas. Las tropas nazis lanzaron una docena de contraataques apoyados por formaciones de tanques, siendo rechazados una y otra vez. El 25 de mayo fueron destruidos o averiados en las carreteras otros 1.171 vehículos alemanes.

Los soldados del Reich tuvieron que retirarse de nuevo hacia el Norte, cubiertos por dos plazas fortificadas, Velletri y Valmontone, situadas unos 30 km al sudeste de Roma. Luchando encarnizadamente en aquel accidentado terreno sembrado de volcanes extintos, los norteamericanos terminaron por tomar ambas plazas. Aunque los alemanes no habían sido aniquilados por completo, habían dejado abierto el acceso a Roma.

El 4 de junio, a las 19 horas 30 minutos, exactamente nueve meses después de haber desembarcado en el extremo de la península italiana, la LXXXVIII División del Quinto Ejército norteamericano, al mando del teniente general Mark W. Clark, desfiló por la Piazza Venezia, corazón de la Ciudad Eterna. Los tanquistas aliados fueron recibidos con vítores, flores, frutos, Chianti y besos por el agradecido pueblo romano, que hasta el último momento había temido que su ciudad fuese arrasada. A primeras horas de aquel día se anunció desde el cuartel general de Hitler que las tropas alemanas habían recibido orden de retirarse al noroeste de Roma y Kesselring propuso a los Aliados, por mediación del Vaticano, que Roma fuese declarada ciudad abierta.

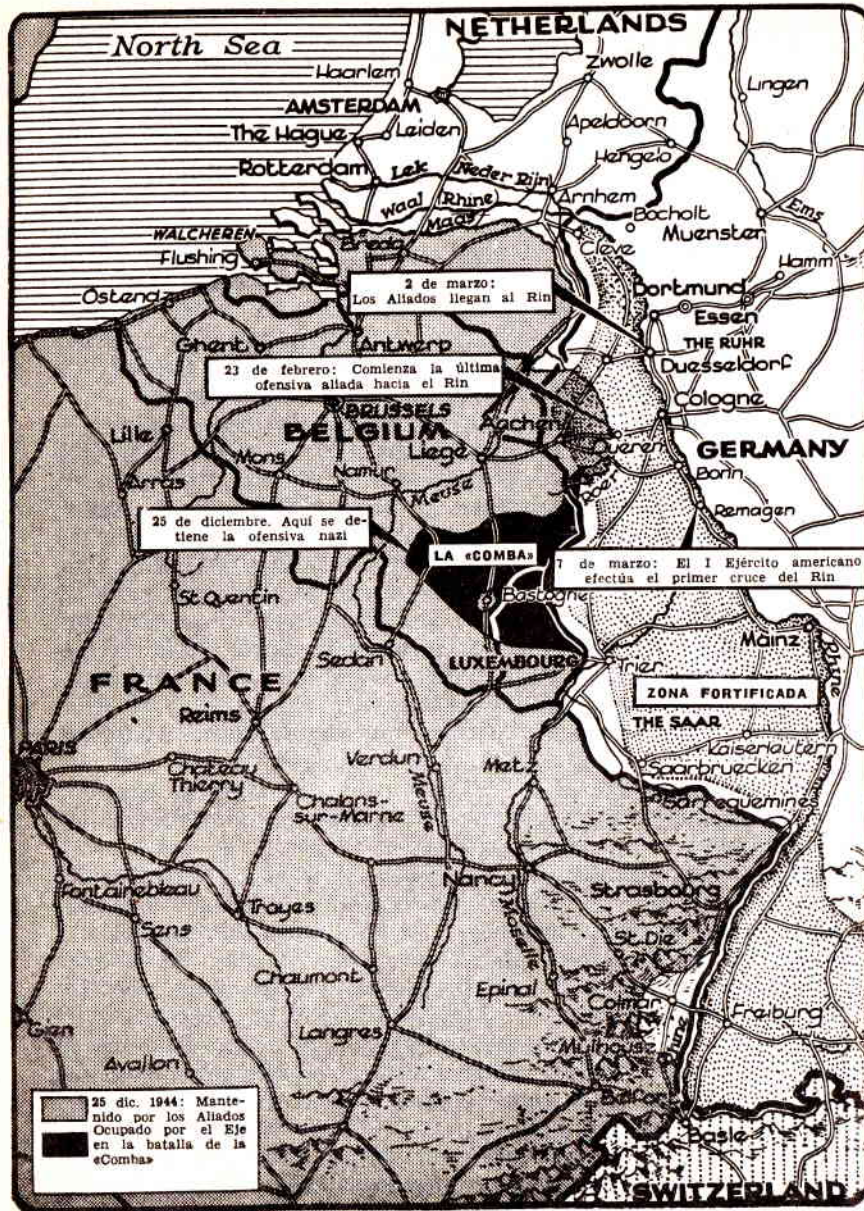
«La primera capital del Eje ha caído en nuestras manos», comentó el presidente Roosevelt. «Ya tenemos una. Ahora nos quedan dos.»

Kesselring, efectuando una hábil y ordenada retirada, colocó sus tropas en las posiciones que guarnecían la Línea Gótica, una barrera defensiva natural que atravesaba Italia desde Pisa hasta Rimini, población situada sobre las alturas que dominan el río Arno, a 240 km de Roma por el Norte. Sin detenerse para celebrar su victoria en Roma, los Aliados, empujados en una vigorosa persecución del enemigo, cruzaron el Tíber y prosiguieron su avance hacia el Norte, por carreteras sembradas de minas y demoliciones.

El 17 de junio, el Quinto Ejército, que había avanzado a un promedio de 11 km diarios, penetró en Liorna, encontrando los muelles destruidos y el puerto obstruido por una docena de barcos hundidos. Como ya había sucedido en Nápoles, las tropas norteamericanas de ingenieros no tardaron en poner el puerto nuevamente en servicio.

Mientras el Quinto Ejército avanzaba por la costa del mar





LA BATALLA DEL RIN

Tirreno, las tropas polacas que luchaban en la costa del Adriático reforzaron las líneas aliadas apoderándose de Ancona, mientras el Octavo Ejército británico, que avanzaba por el centro frente a una resistencia fanática, alcanzaba Perugia el 20 de junio.

Las patrullas de reconocimiento inglesas que recorrían la Toscana, llegaron a las afueras de Florencia el 4 de agosto de 1944, para encontrar la bella ciudad italiana muy destruida. A semejanza de lo que hicieron en Nápoles, los alemanes, antes de retirarse, se entregaron a una estúpida obra de destrucción, volando todos los puentes sobre el Arno, a excepción del famoso Ponte Vecchio.

El 6 de enero de 1945, el presidente Roosevelt, hablando ante el Congreso de su nación, dijo:

«Pese a las dificultades del terreno y las adversas condiciones meteorológicas, nuestro Quinto Ejército y el Octavo Ejército británico... avanzaron hacia el Norte el año pasado, dejando atrás las ensangrentadas laderas de Monte Cassino y la cabeza de puente de Anzio, para proseguir su ofensiva por Italia, la que les ha llevado actualmente a ocupar las alturas que dominan el valle del Po.»

Pero la lucha aún no había terminado. El 9 de abril de aquel mismo año, el Quinto Ejército del general Clark iniciaba la operación «Grapefruit». Tres días después, los Aliados iniciaron una ofensiva final desde sus posiciones de los Apeninos. Después de una semana de duros combates, irrumpieron en el valle del Po y entraron en Bolonia por el Oeste y el Sur.

Durante las últimas semanas, el Octavo Ejército británico avanzó por la llanura adriática del Nordeste, liberando a Padua, Venecia y Mestre. Al propio tiempo, el Quinto Ejército norteamericano penetró en las estribaciones de los Alpes por la ruta del Brennero, ascendiendo velozmente por el valle del Po hasta alcanzar Milán el 29 de abril de 1945. Entretanto, el Octavo Ejército avanzaba hacia Trieste para establecer contacto con los guerrilleros yugoslavos en Monfalcone, al norte de aquella población. El 1.º de mayo, el Alto Mando alemán de Italia aceptó la rendición incondicional.

Desde Salerno hasta el valle del Po, la conquista de la península italiana costó mucha sangre, sudor y lágrimas. La lucha principal contra Hitler se libraba en el frente del Este y en el occidental, pero Italia fue algo más que un movimiento diversivo. La campaña italiana había retenido catorce de las mejores divisiones alemanas, lo cual significó un importante factor para el hundimiento final de Hitler.



## LA CONTRAOFENSIVA Y EL SALIENTE

El Tercer Reich de Adolfo Hitler, que tenía que durar «mil años», era cada vez más reducido y sangraba por innumerables heridas. Por todos los frentes — por el Oeste, por el Sur y por el Este — las fuerzas aliadas iban cerrando el cerco de Alemania. El ejército germano caía deshecho en pedazos. En el Oeste, los Aliados se hallaban agazapados ante la Línea Sigfrido, dispuestos a lanzarse hacia el corazón de Alemania. En el Sur, los ejércitos proseguían su marcha arrolladora desde Italia hacia el Norte. Y en el Este, las tropas soviéticas, que se hallaban en la Prusia Oriental, ya pisaban suelo germano y proseguían su avance hacia Alemania por Varsovia y Budapest.

Alemania veía estrecharse a su alrededor una férrea y desastrosa cadena. Pero los colmillos del lobo aún eran peligrosos.

Con el mayor secreto, Hitler inició los preparativos de su última y desesperada maniobra, que llevaba el nombre cifrado de operación «Herbstnebel» (Niebla de Otoño). Se proponía enviar a todos los hombres y material de guerra disponibles a la Muralla del Oeste para atacar en las Ardenas, aquel terreno de caza favorito de los estrategas alemanes. Allí, en el sector de Monschau-Echternach, las fuerzas aliadas no eran muy compactas y sería posible abrirse paso. Sorprendería a los Aliados, que no esperaban un ataque por ninguna parte, atacándolos con mal tiempo, cuando tuviesen todos sus aviones en tierra. Después, una vez hubiese conseguido romper el frente, sus tropas se lanzarían a la carrera por aquellas regiones llanas, apoderándose de las cabezas de puente sobre el Mosa, entre Namur y Lieja, rebasando Bruselas y avanzando hacia Amberes, en una ofensiva irresistible que cambiaría todo el curso de la guerra. El éxito, afirmó Hitler, «estaba garantizado».

Los planes se empezaron a trazar en septiembre de 1944, a los tres meses del desembarco angloamericano de Normandía. El 11 y el 12 de diciembre, Hitler convocó una conferencia en su nido de águila de Baviera, a la que asistieron todos los comandantes que tenían que participar en la contraofensiva. A un lado de la sala se hallaban los más expertos generales de Alemania, unos militares profesionales que conocían a la perfección el arte de la guerra. Frente a ellos se alzaba el supremo aficionado, el Napoleón teutónico, que consideraba a sus expertos como un hatajo de ignorante titeres.

Pero el confiado y arrogante Führer de los primeros días victoriosos, que sólo necesitaba consultar a su astrólogo antes de arrojar sus tropas a la batalla, ya era cosa del pasado. El

intento de asesinato del 20 de julio había dejado en él señales visibles. Uno de sus oficiales lo describió como «una figura inclinada de facciones pálidas y abotargadas, hundido en su butaca, con manos temblorosas y el brazo izquierdo presa de violentos espasmos que él se esforzaba por ocultar. Era un enfermo que parecía aniquilado por la inmensa responsabilidad que pesaba sobre sus hombros. Andaba arrastrando una pierna».

Hitler habló durante una hora y media con voz baja y vacilante. Dijo que estaba preparando «nuevas formaciones muy agueridas para la ofensiva». Esta se presentaba bajo luces completamente favorables. Confiaba en que todos los oficiales presentes avanzarían sin preocuparse de lo que ocurriese a sus flancos. Llegado el caso, debían hallarse dispuestos a morir.

El plan de Hitler consistía en asestar su golpe más fuerte en el centro y el norte, mientras unas formaciones menos poderosas establecieran una línea a través del norte de Luxemburgo y el sudeste de Bélgica, para proteger a las fuerzas que mantenían la ofensiva principal. El plan final consistía en un ataque por sorpresa en el que participarían veinte divisiones (número que después aumentó a 25) del Quinto y Sexto ejércitos *Panzer* y el Séptimo Ejército, constituido principalmente por infantería. El mariscal Gerd von Rundstedt conduciría sus divisiones, diez de ellas blindadas, a través de los campos de batalla de las Ardenas, que conocía perfectamente por haberlos atravesado en 1940.

—Estoy decidido —agregó Hitler— a llevar a cabo esta operación, pese a todos los riesgos que entraña. Aunque los inminentes ataques aliados por ambos lados de Metz y en dirección al Ruhr diesen por resultado grandes pérdidas de territorio y de posiciones fortificadas, estoy resuelto a desencadenar este ataque.

Von Rundstedt tenía poca fe en la operación y se la desaconsejó a Hitler. Pero el Führer había hablado. El 15 de diciembre, Von Rundstedt difundió la siguiente orden del día: «Soldados del frente occidental, vuestra gran hora ha sonado. ¡Todo está en juego ahora!»

Solamente Pearl Harbor admite comparación con el ataque por sorpresa desencadenado el 16 de diciembre de 1944 al amanecer, en el que participó un cuarto de millón de los mejores soldados de Alemania. El ataque germano empezó con una devastadora preparación artillera contra los norteamericanos (compuestos principalmente por el Quinto y Octavo Cuerpos del XII Grupo de Ejércitos de Bradley) en su frente de 112 km que se extendía por las Ardenas entre Monschau y Echternach. Dos de las divisiones norteamericanas estaban formadas por bisoños, mientras otras dos se hallaban compuestas de los can-



sados restos de las unidades que habían combatido recientemente en el bosque de Huertgen.

Hitler ordenó que todos los aviones que aún quedaban en la *Lufwaffe* fuesen puestos a disposición de Von Rundstedt.

—Goering— dijo a uno de sus generales— informa que dispone de 3.000 aviones para esta operación. Ya conocéis los informes de Goering. Restemos un millar a esta cifra, y aún nos quedarán mil para usted y otros mil para Sepp Dietrich.

El coronel de las S. S. Otto Skorzeny, que al frente de un grupo de comandos libertó a Mussolini en el Gran Sasso, estaba encargado de realizar la operación «Greif». Esta operación consistía en penetrar tras las líneas norteamericanas con soldados alemanes disfrazados de norteamericanos, a fin de capturar los puentes sobre el Mosa antes de que los Aliados pudiesen volarlos. Durante varias semanas Skorzeny dirigió una «escuela de americanos», en la que enseñó a sus hombres que los norteamericanos sujetaban el pitillo con los labios secos, a diferencia de los alemanes, que se los humedecían, que encendían los fósforos rascándolos hacia adentro y no hacia afuera, etc. Importantísimo: aquellos falsos norteamericanos tenían que hallarse perfectamente al corriente de los últimos campeonatos de pelota base y saber quién era Betty Grable.

La operación «Greif» terminó en fracaso, aunque los comandos consiguieron hacer pasar media docena de *jeeps*. El plan se descubrió cuando los norteamericanos de verdad hicieron prisionero a un oficial alemán que llevaba los planes de la operación. Para hacer frente a la amenaza, los norteamericanos, además del santo y seña, hicieron preguntas intencionadas a los sospechosos. El propio general Bradley fue sometido a prueba cuando un soldado le preguntó cuál era la capital de Illinois y el último marido de Betty Grable. Los soldados norteamericanos, muy divertidos, refirieron que no supo contestar la última pregunta. Un centinela lo dejó pasar después de darle la respuesta sonriente:

—Es Harry James, mi general.

A pesar del mal tiempo y el mal estado de las carreteras, la ofensiva de Von Rundstedt no tardó en adquirir impulso por el centro, consiguiendo una penetración de 20 km el primer día. La *Blitzkrieg* volvía por sus fueros en una ofensiva que recordaba la de los primeros días de la guerra. La infantería británica y norteamericana, tratando desesperadamente de contener el asalto, tendió árboles atravesados en las carreteras para obstaculizar el avance alemán. Pero el alud nazi pasó sobre esos obstáculos y por su lado. A la confusión reinante vinieron a añadirse la bruma, la nieve y unas temperaturas crudísimas. En ocasiones no podía hablarse de frente ni de retaguardia en

aquel desbarajuste. Sin embargo, se consiguió abrir una gran brecha de más de 70 km de anchura por 105 de profundidad en las líneas aliadas. Von Rundstedt estaba a punto de conseguir su objetivo.

Pero en el centro esperaban insólitas complicaciones a los alemanes. La ciudad de Bastogne, clave estratégica para el sur de las Ardenas, era un nudo de comunicaciones que se extendían en posición radial. Si aquella plaza permaneciera en poder de los Aliados, éstos podrían trasladar fuerzas adonde conviniese para desbaratar la ofensiva germana. En Bastogne, pues, las tropas de Von Rundstedt chocaron de frente con varios contingentes de la X División blindada y sus enormes tanques *Sherman*. Los monstruos de acero cruzaron las calles adoquinadas de Bastogne sin detenerse y avanzaron hacia el Este para recibir a las tres columnas alemanas. Los tanques combatieron en las carreteras, en los campos y en los bosques que rodeaban la plaza. Durante 36 horas, los soldados de la X División detuvieron el avance a costa de sus propias vidas.

Al verse frustrado en su intento de tomar Bastogne por asalto directo, Von Rundstedt envió poderosas columnas de sus tropas escogidas al norte y el sur de la ciudad para rodearla en un movimiento envolvente. La victoria aún era incierta.

Las devastadoras consecuencias de aquel ataque por sorpresa se debieron más a la eficacia alemana que a la negligencia norteamericana. El mal tiempo limitó los reconocimientos aéreos aliados. Pero cuando las intenciones de Hitler fueron evidentes, Eisenhower actuó con celeridad y decisión. El 19 de diciembre, tres días después de comenzada la contraofensiva de las Ardenas, el comandante supremo aliado puso al mariscal Bernard L. Montgomery al frente de las fuerzas que combatían al norte del saliente de las Ardenas (entre las que figuraban el Primero y Noveno ejércitos de los Estados Unidos), poniendo al teniente general Omar N. Bradley al mando de todas las fuerzas del Sur.

—Tú siempre has querido un contraataque alemán, Brad— dijo Eisenhower a Bradley—. Pues ahí lo tienes.

Acto seguido, Eisenhower envió al teniente general George S. Patton, con su terrible ariete de tanques e infantería, al flanco sur del saliente alemán, ordenándole que avanzase a través de Luxemburgo y Arlon para aliviar la presión que pesaba sobre Bastogne. Ya había enviado a la CI División Aerotransportada, que estaba descansando en la retaguardia, para reforzar a la X División blindada en Bastogne.

A partir de aquel momento, la batalla por la posesión de Bastogne se hizo furiosa y encarnizada. Desde las posiciones que rodeaban casi por completo la plaza, los alemanes caño-



neaban a los norteamericanos con terrible precisión. Los soldados yanquis lucharon valerosamente en medio de la nieve y el frío, haciendo pagar muy cara a los alemanes la posesión de cada loma y repecho. Tenían que resistir o de lo contrario toda la región de las Ardenas quedaría abierta a la penetración enemiga.

El 21 de diciembre, dos oficiales de la división de demostración *Panzer* fueron enviados a Bastogne como parlamentarios, para intimar la rendición de la plaza. Eran portadores de un mensaje en el que se afirmaba que los norteamericanos se hallaban en una situación desesperada, cogidos en una trampa en la cual serían despedazados. Exigían una respuesta inmediata.

El general Anthony McAuliffe replicó con un monosílabo: —*Nuts!*

Esta lacónica respuesta fue transmitida a uno de los oficiales alemanes por el coronel Joseph H. Harper. Los alemanes, un comandante y un capitán, se quedaron desconcertados y preguntaron qué significaba la palabra *nuts*. El coronel Harper contestó:

—¿No comprenden ustedes qué significa *nuts*? Pues voy a decírselo. En inglés corriente, viene a ser como si le dijeran a uno: «¡Vete al cuerno!» Y les diré algo más: si continúan atacando, mataremos a todos los condenados alemanes que traten de penetrar en esta ciudad.

Los dos oficiales germanos dieron un taconazo y se llevaron la mano a la gorra.

—Mataremos a muchos americanos —dijo el capitán—. Es la guerra.

—Andando, amigo —gruñó el coronel Harper.

Los historiadores militares alemanes han dejado constancia de la respuesta en términos más correctos: «Nuestra demanda de rendición fue rechazada.»

Hoy día en la plaza mayor de Bastogne, puede verse un rótulo que reza: «Al Museo Nuts». Bajo el rótulo hay una flecha que señala el edificio donde se guardan recuerdos del asedio.

Cuando Von Rundstedt se disponía a estrangular Bastogne, descubrió que los flancos de su saliente empezaban a ceder bajo la presión de las poderosas divisiones norteamericanas. Cuando el tiempo mejoró, más de 5.000 aviones aliados tendieron una alfombra de bombas sobre las carreteras y líneas férreas de la retaguardia alemana, desarticulando sus comunicaciones y abastecimientos. Los alemanes también fueron objeto de un intensísimo cañoneo que les machacaba con granadas provistas de las mortíferas espoletas de proximidad.

Pero Hitler no se daba por vencido y continuaba arrojando

divisiones a la batalla. Hubo que apelar a las reservas y éstas, como ya era de suponer, eran de muy mala calidad, pues se hallaban formadas principalmente por viejos o jóvenes sin instrucción militar. El día de Navidad Von Rundstedt comprendió que había perdido la batalla, pero Hitler seguía exigiéndole que ampliase el saliente.

A mediados de enero de 1945, el saliente de las Ardenas había sido reducido casi totalmente. Cuando llegó la noticia de que los rusos habían iniciado una gigantesca ofensiva desde la cabeza de puente del Baranov, Hitler ordenó finalmente que se retirasen todas las tropas y el equipo del sector de Bastogne para enviarlos al frente del Este con toda la rapidez posible. A finales de mes, todo el terreno ganado por los alemanes, a costa de la ofensiva de las Ardenas, se había vuelto a perder.

Aquella fue la última y desesperada convulsión de la *Wehrmacht* en el Oeste. Únicamente consiguió aplazar el fin de la guerra. Costó a los alemanes 120.000 bajas entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos, un mínimo de 500 tanques y 1.600 aviones. Y el único resultado práctico, para ellos, de la Batalla del Saliente, fue retrasar el avance anglosajón durante un mes. Nadie se aprovechó de aquella victoria, a excepción de los rusos, pues Hitler había lanzado a las Ardenas unas reservas que necesitaba urgentemente para una última y desesperada defensa en el Este. Y aún peor fue el efecto catastrófico que produjo en la maltrecha moral alemana. Era evidente que la amenaza aliada contra el Sarre, el Palatinado y el Ruhr era una tremenda realidad.

Los norteamericanos tuvieron 76.890 bajas entre muertos, heridos o desaparecidos. Fueron pérdidas muy amargas, pero los norteamericanos habían demostrado su moral y su superioridad material sobre los guerreros de Hitler. Gracias a su coraje y a su sangre, las unidades de combate de los Estados Unidos habían grabado su nombre en la historia con letras de fuego.

—La batalla del saliente de las Ardenas —dijo Winston Churchill— fue la más grande que libraron los norteamericanos en la guerra.

#### CONDENACIÓN AÉREA PARA UNA NACIÓN CONDENADA

—¡Si cae una sola bomba en Berlín, es que me llamo Meyer!

Así, mediante esta expresión de argot alemán, el mariscal Hermann Goering, jefe de la *Luftwaffe*, se jactaba en los primeros días de la guerra de su abrumador poderío aéreo ante los alemanes y el mundo entero. La Madre Patria estaba protegida y segura; a las ciudades alemanas no las amenazaba la aniqui-



lación que se había abatido sobre Varsovia, Rotterdam, Coventry y otras ciudades mártires.

Pero poco antes de terminar la guerra, muchos berlineses, a los que las desventuras de su patria no habían embotado su amargo sentido del humor, se preguntaron burlonamente:

—¿Por dónde andará Meyer?

Era una pregunta que los alemanes se repetían con insistencia. ¿Qué se había hecho de la *Luftwaffe*? ¿Dónde se había metido?

Hay que creer que la aviación de Goering había sido concebida primitivamente para una breve guerra ofensiva. Su empleo era el de una punta de lanza que precedía a la *Blitzkrieg* y el de un arma para aterrorizar al enemigo. Para conseguir una producción en serie, Hitler congeló los tipos de sus aviones al comienzo mismo de las hostilidades. Poseía dos soberbios aviones de caza: el *Focke-Wulf* y el *Messerschmitt*. El resto se hallaba formado por bombarderos de radio y acción medio o corto, con carga de bombas limitada y provistos de armamento defensivo: los *Heinkel*, *Dornier* y *Junker*. No disponía de bombarderos de gran radio de acción comparables a los *Lancaster* ingleses y las fortalezas volantes norteamericanas. Además, la batalla de Inglaterra demostró que, aunque la *Luftwaffe* pareciese invencible, no estaba organizada para misiones estratégicas. Esto fue un error fundamental que acarreó su pérdida.

La noche del 20 de mayo de 1942, un estremecimiento de terror recorrió el espinazo del Tercer Reich. Más de un millar de aviones de bombardeo de las Reales Fuerzas Aéreas lanzaron 2.000 toneladas de bombas durante una incursión de 20 minutos sobre Colonia. Tres días después, Essen, donde se hallaban las fábricas de municiones Krupp, fue objeto de un ataque similar.

Incluso Hitler comprendió aquella lección. A diferencia de lo que hacía la *Luftwaffe* en sus incursiones sobre Londres, la RAF desencadenaba súbitos ataques en masa. Los bombarderos británicos calculaban cuidadosamente la hora del ataque, apareciendo desde distintas direcciones sobre su objetivo de manera casi simultánea. Entre tanto, mediante hábiles tácticas dilatorias, los aviones de caza ingleses desviaban la atención de las escuadrillas enemigas hacia otros puntos.

Los ataques aéreos de 1942 quedaron empujados al lado de los que se produjeron en 1943. Los ingleses ya habían conseguido producir bombarderos capaces de transportar ocho toneladas de bombas en lugar de las dos que antes transportaban. Además, el poderío aéreo aliado se vio incrementado por la Octava Fuerza Aérea de los Estados Unidos, que tenía sus bases en Inglaterra. Los norteamericanos, a diferencia de los ingleses, que concentraban sus ataques de saturación por la noche, pre-

ferían bombardear de día objetivos determinados. Las fortalezas volantes, dotadas de fuerte blindaje y de una mira de precisión Norden para el lanzamiento de bombas, atravesaban las cortinas de fuego antiaéreo enemigo para atacar las fábricas de rodamientos a bolas y de goma sintética, los centros de investigación, las instalaciones siderúrgicas, las centrales de energía eléctrica, los ferrocarriles, las presas y los diques, para atacar últimamente las rampas de lanzamiento de las mortíferas V-1 y V-2.

Se introdujeron mejoras verdaderamente revolucionarias en la técnica. El invento del radar permitió a los aviones aliados volar con cualquier clase de tiempo y alcanzar sus objetivos a pesar de las tinieblas y las malas condiciones meteorológicas. La conquista del Norte de África fue seguida por un sistema de bombardeo en lanzadera entre Inglaterra y la región norteafricana, que redujo las pérdidas en aviones. Las distancias que éstos tenían que recorrer se acortaron a medida que los Aliados fueron avanzando por Italia. Se proyectaron vuelos en lanzadera similares entre Italia y la Unión Soviética, pero el proyecto naufragó ante el escollo de la desconfianza rusa.

En enero de 1943, mientras se hacían los preparativos para la operación «Overlord», las fuerzas aéreas combinadas con bases en Inglaterra iniciaron unos ininterrumpidos bombardeos de Alemania durante varios días seguidos. El buen tiempo llenaba de terror el ánimo de los alemanes. Los objetivos principales se encontraban en la importantísima región industrial de la cuenca del Ruhr, donde estaban emplazadas las ciudades de Essen, Düsseldorf, Solingen, Dortmund, Duisburgo y Mülheim. En mayo de 1943 fueron destruidas las presas del Eder y el Moehne, causando inundaciones que inmovilizaron muchas empresas industriales. Se efectuaron docenas de incursiones contra Colonia, ciudad que poseía fábricas de equipo para los submarinos; la ciudad quedó reducida a un montón de escombros, pero ninguna bomba cayó en su magnífica catedral gótica.

Las incursiones no se limitaron a la cuenca del Ruhr. Los aviones aliados de bombardeo llevaron la muerte y la destrucción a todas las regiones de la fortaleza europea de Hitler. He aquí algunos de sus objetivos preferentes: la fábrica de rodamientos a bolas de Schweinfurt; las bases de submarinos de Saint-Nazaire y Lorient; las grandes refinerías petrolíferas rumanas de Ploesti; las fábricas Diesel de Nuremberg; las fábricas de armamentos Skoda, en Checoslovaquia; la fábrica de instrumentos de óptica Zeiss, de Jena, y la fábrica de locomotoras de Kassel.

La producción de guerra germana quedó muy dañada a con-



secuencia de estas incursiones, pero no por ello se detuvo. Las fábricas de material de guerra se recuperaron rápidamente y algunas de ellas incluso aumentaron su producción pese a los repetidos ataques. Se intentó continuar la producción de guerra en fábricas subterráneas.

Los ataques contra la industria alemana se efectuaban simultáneamente mediante incursiones sobre las vías de comunicación, los empalmes ferroviarios, los canales y los puentes. En el mes de mayo de 1944 fueron destruidas más de 900 locomotoras y 16.000 vagones de carga en la Europa Occidental por los bombardeos aliados.

Los ingleses llevaban un cuidadoso registro de sus operaciones aéreas. El resumen de las operaciones efectuadas durante varios meses constituye una preciosa indicación sobre la magnitud y el alcance de estas incursiones:

Agosto de 1944: Durante el mes de agosto, los bombarderos de la RAF han volado durante 30 días y 26 noches, efectuando 10.000 salidas diarias, en el curso de las cuales han arrojado 40.000 toneladas de bombas. El número de bombas arrojado durante las incursiones nocturnas es de 25.000 toneladas. Las operaciones se dividen en 4 grupos: a) bombardeo estratégico de Alemania (en el que se incluyen objetivos de ayuda a las tropas rusas); b) la producción alemana de petróleo y los depósitos de este material; c) apoyo directo a los ejércitos que combaten en Francia; d) ataques contra la rampa de lanzamiento de las armas V y almacenes de las mismas...

Septiembre de 1944: Los bombarderos de la RAF han efectuado operaciones todos los días de este mes y 24 noches, arrojando un total de 52.400 toneladas de bombas, 37.400 toneladas de día y 15.000 de noche; 21.000 toneladas han sido arrojadas sobre Alemania, y algunas ciudades alemanas de importancia estratégica que ya habían sido bombardeadas, se han convertido actualmente en centros de abastecimiento y comunicaciones para los ejércitos alemanes, lo que las convierte de nuevo en objetivos...

Octubre de 1944: Los bombarderos de la RAF han lanzado 50.000 toneladas de bombas sobre Alemania durante este mes, y 10.000 toneladas sobre los territorios ocupados; se han efectuado importantes ataques contra 15 poblaciones alemanas.

Los efectos de los bombardeos en la industria y los transportes alemanes pueden apreciarse también en el siguiente informe norteamericano:

Con anterioridad al verano de 1943, las incursiones aéreas no produjeron efectos apreciables sobre la producción alemana de municiones o la producción nacional en general... Los efectos... se hicieron más visibles a partir del verano de 1943... Durante los primeros cuatro meses de 1944 las fuerzas aéreas norteamericanas

pudieron efectuar por primera vez reiterados ataques en el corazón de Alemania, concentrando sus bombardeos sobre las fábricas de aviones y de rodamientos a bolas. Durante los ataques, que comenzaron en febrero, se efectuaron incursiones contra el 90 por ciento de las fábricas alemanas de aviones de caza, el 70 por ciento de las cuales resultaron destruidas...

El ataque contra los transportes, iniciado en septiembre de 1944, fue una de las causas más importantes del colapso definitivo de Alemania. Entre agosto y diciembre, los transportes efectuados por ferrocarril disminuyeron aproximadamente en un 50 por ciento... De diciembre de 1944 en adelante, todos los sectores de la economía alemana acusaron una rápida decadencia. «La economía alemana, dijo [Albert] Speer en su informe del 15 de marzo de 1945, se hundirá definitivamente dentro de cuatro u ocho semanas.» Los ejércitos alemanes (estaban) completamente desprovistos de municiones y fuerza motriz.

Los alemanes comenzaron el bombardeo de ciudades haciendo caso omiso de su carácter de «ciudades abiertas». Los Aliados no se andaron remisos en pagarles con la misma moneda. Hitler tuvo que pagar mil veces sus ataques contra Rotterdam y Coventry. El 24 de julio de 1943 y durante un período de seis días a partir de dicha fecha, Hamburgo, la mayor ciudad portuaria de Alemania, recibió 8.000 toneladas de explosivos en la mayor incursión aérea anterior a Hiroshima. Hubo millares de víctimas y la ciudad quedó destruida en sus tres cuartas partes.

Una tras otra, las grandes ciudades de Alemania: Francfort, Hannover, Munich, Stuttgart, Nuremberg, Berlín, hasta el número de cincuenta, fueron destruidas entre un 30 y un 80 por ciento. Una superficie de más de 25 km<sup>2</sup> situada en el corazón de Berlín se vio reducida a escombros. Esta superficie, que equivalía a unas 3.000 hectáreas, era 10 veces superior a las 300 hectáreas de suelo londinense borradas de la existencia por la *Luftwaffe*.

Se trataba de una metódica campaña de destrucción, una terrible y convincente respuesta a la afirmación de Hitler de que todo era válido en la guerra. Más de 300.000 alemanes perecieron a consecuencia de las gigantescas incursiones aéreas, 780.000 resultaron heridos y cerca de 8.000.000 perdieron sus hogares. Fue necesario destinar un millón de obreros a las tareas de limpieza y demolición. En las carreteras, ferrocarriles y canales bombardeados se originaron terribles embotellamientos.

El efecto que esto produjo sobre la moral alemana fue realmente catastrófico. Para los amargados alemanes, la frase propagandística de Goebbels: «Esto se lo debemos al Führer»,



adquirió un nuevo significado. El pequeño jefe del ministerio de Propaganda trató de levantar al principio la moral pública refiriendo fantásticas historias acerca de bombardeos igualmente devastadores contra Nueva York, pero más tarde tuvo que admitir la extensión de los daños causados en Alemania. Según aquel *experto*, el odio y el espíritu vengativo harían que el pueblo alemán se uniese como un solo hombre para realizar aún mayores esfuerzos.

Los restos de la *Luftwaffe* contraatacaron ferozmente, pero sin apuntarse grandes éxitos. El momento culminante de la guerra aérea se alcanzó en febrero de 1944, cuando la aviación alemana hizo un último esfuerzo por arrojar del cielo a los aviones aliados. La batalla duró una semana sobre Regensburg, Merseburgo y otras ciudades industriales. A partir de entonces, el arma de Goering, arrollada por una abrumadora superioridad numérica, fue debilitándose cada vez más.

Los Aliados también tuvieron que pagar un elevado precio por estas destrucciones. Los ingleses perdieron un total de 22.000 aviones y 79.281 aviadores; los norteamericanos 18.000 aviones y 79.625 aviadores. Tan sólo la incursión sobre Schweinfurt, que disminuyó a la mitad la producción alemana de rodamientos a bolas, costó 60 aviones y 593 hombres.

«El poderío aéreo», dijo el general Eisenhower, «mermó considerablemente la utilidad de los objetivos atacados y, reunido en grandes concentraciones, su eficacia casi alcanzó la de un cien por ciento». «Esta poderosa arma», comentó el general Montgomery, «nos permitió alcanzar una gran victoria con rapidez y, en segundo lugar, conseguirla con menos bajas».

El enemigo se mostró de acuerdo con estas afirmaciones. Después de la guerra, el mariscal Von Rundstedt admitió que una de las causas del colapso militar de Alemania, acaso la decisiva, fue el poderío aéreo aliado. La tremenda superioridad aérea aliada, dijo, obstaculizó los movimientos de tropas alemanas; la ofensiva aérea mermó la producción de las refineries de petróleo de Alemania y destruyó los campos petrolíferos rumanos; los incasantes bombardeos desarticulaban completamente las comunicaciones ferroviarias germanas y paralizaron los centros industriales. Aunque a regañadientes, el militar alemán tuvo que reconocerlo así.

## LA CONFERENCIA DE YALTA

A comienzos de 1945 los Aliados cosecharon grandes y magníficas victorias: el desembarco de Normandía, la caída de París, Bruselas y Roma, seguidas por el avance de los ejércitos

angloamericanos hacia el Rin. La guerra en Europa tocaba a su fin. La derrota del Japón significaría el final del conflicto que ensombrecía al mundo.

Este panorama tan favorable para los Aliados fue el telón de fondo de la conferencia cumbre celebrada del 4 al 12 de febrero de 1945 en Yalta, localidad de la provincia rusa de Crimea, recientemente liberada, a orillas del mar Negro. En esta conferencia internacional se reunieron el presidente Roosevelt, el primer ministro Churchill y el generalísimo Stalin, con el propósito de sentar las bases para un acuerdo en la postguerra.

En apariencia, reinaba una atmósfera de gran cordialidad, dominada por la absoluta certeza de haber ganado la primera gran victoria de la paz. «Los rusos demostraron», escribió Robert E. Sherwood, «que podían mostrarse razonables y previsores y ni el Presidente ni ninguno de nosotros dudábamos de que podríamos convivir con ellos y entendernos pacíficamente, por todo el tiempo que deseáramos».

Este espíritu de optimismo se puso de manifiesto en los brindis pronunciados durante un banquete ofrecido por Stalin el 8 de febrero de 1945. Stalin brindó por Churchill, «el estadista más valeroso del mundo». Agregó que se debía en gran parte al valor y firmeza de Churchill que Inglaterra, sola ante sus enemigos, hubiese conseguido dividir el poderío de Alemania en una época en que el resto del mundo se postraba de hinojos ante Hitler. Había pocos ejemplos en la historia, afirmó Stalin para concluir, de que el valor de un solo hombre hubiese resultado tan importante para el curso futuro del mundo.

En su respuesta, Churchill brindó por el mariscal Stalin, «el poderoso jefe de un país poderoso, que había aguantado el embate frontal de la máquina de guerra alemana para romperle el espinazo y expulsar a los tiranos de su suelo». Estaba seguro de que, tanto en la paz como lo había hecho en la guerra, Stalin continuaría dirigiendo a su pueblo de éxito en éxito.

Se levantó entonces Stalin para brindar a la salud del presidente de los Estados Unidos. Aunque su país no se vio directamente envuelto en la guerra, el presidente Roosevelt «forjó los principales instrumentos que condujeron a la movilización del mundo contra Hitler». La Ley de Préstamo y Arriendo, continuó Stalin, fue una de las obras más notables e importantes realizadas por el Presidente para la creación de la coalición mundial contra Hitler.

Respondiendo a este brindis, Roosevelt dijo que la atmósfera que reinaba en aquel banquete era la propia de una familia, y con estas palabras le agradaba describir las relaciones exis-



tentes entre los tres países. El objetivo de los reunidos en Yalta era «ofrecer a todos los hombres, mujeres y niños del planeta la posibilidad de alcanzar la seguridad y el bienestar».

Y acto seguido prosiguieron las sonrisas, las muestras de alegría y amistad, prodigadas con palmadas mutuas en la espalda..., todo lo cual, probablemente, reflejaba más lo fuerte del vodka ruso que la situación real. Durante la guerra habían surgido muchos signos de que no todo iba bien entre las «naciones amigas» y la «familia feliz» coaligada contra el Eje. Los dirigentes occidentales abrigaban la esperanza de que una Europa liberal, parecida a la de los «felices veinte», surgiría de las cenizas y la destrucción. Pero no habían contado con la inflexible voluntad de Stalin. Para el dictador ruso, en 1945 las democracias occidentales seguían representando, como en 1939, una amenaza contra la Unión Soviética que sólo cedía en importancia ante el fascismo. Como fiel discípulo de Lenin, Stalin se proponía enterrar al mundo capitalista. Para el zar rojo, la seguridad de la U. R. S. S. equivalía, además, a reconquistar la posición de influencia en la Europa Oriental, en el Próximo Oriente y en el Extremo Oriente, que Rusia había perdido en su época de debilidad, que coincidió con el comienzo del siglo. Había que llenar varios vacíos y Stalin se proponía extender su influencia política a numerosas regiones, y más teniendo en cuenta que no era probable que tropezase con una fuerte oposición.

Sin embargo, en Yalta se adoptaron importantes decisiones:

*Futura Organización Mundial:* Se acordó crear una futura organización mundial destinada a mantener la paz del mundo y celebrar una conferencia en San Francisco, el 25 de abril de 1945, para preparar una carta basada en las proposiciones hechas en Dumbarton Oaks.

*Ocupación y control de Alemania:* Habría una política y unos planes comunes destinados a hacer cumplir las condiciones impuestas a la Alemania nazi. Se crearían tres zonas separadas de ocupación. Una Comisión de Control central coordinaría la administración de las tres zonas. Francia sería invitada a asumir el control de una zona de ocupación y a participar en la Comisión de Control interaliada, como cuarto miembro de la misma. Pero Stalin manifestó claramente que esta cuarta zona tendría que crearse a expensas de los territorios asignados a la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Hubo una cláusula muy dura acerca del futuro trato que se daría a Alemania:

Nos anima el propósito inflexible de destruir el militarismo alemán y el nazismo, asegurándonos al propio tiempo de que

Alemania ya no significará nuevamente un peligro para la paz del mundo. Estamos decididos a desarmar y desmovilizar todas las fuerzas armadas alemanas; disolver definitivamente el Estado Mayor alemán, causa repetida del resurgimiento del militarismo alemán; desplazar o destruir todo el equipo militar; eliminar o regular todas las industrias alemanas susceptibles de aplicación bélica; dar un castigo rápido y ejemplar a todos los criminales de guerra y conceder una justa indemnización a los afectados por las destrucciones causadas por los alemanes; extirpar el partido, las leyes, las organizaciones y las instituciones nazis y apartar a todos los nazis y militaristas de los cargos públicos y de la vida cultural y económica del pueblo alemán, y adoptar en armonía todas aquellas otras medidas, en Alemania, que pudieren ser necesarias para la paz y seguridad futuras del mundo. No nos proponemos destruir al pueblo alemán, pero únicamente cuando el nazismo y el militarismo hayan sido extirpados, los alemanes podrán aspirar a una vida decente y a un lugar en el concierto de las naciones.

*Acuerdos concernientes al Extremo Oriente:* Las condiciones mediante las cuales la U. R. S. S. entraría en la guerra contra el Japón se pactaron en secreto y sin conocimiento de Chiang Kai-Chek, a quien la cuestión concernía directamente. Los Tres Grandes acordaron que en el plazo de dos o tres meses después de la rendición de Alemania y el fin de las hostilidades en Europa, la Unión Soviética declarararía la guerra al Japón.

Pero los rusos impusieron duras condiciones. La provincia china de Mongolia Exterior, que conocía una existencia separada bajo el nombre de República Popular de Mongolia desde la década iniciada en 1920, obtendría un estatuto de autonomía permanente. Los antiguos derechos de Rusia, «violados por el traidor ataque japonés de 1904», serían restablecidos, a saber:

- a) La parte sur de Sajalin junto con todas las islas adyacentes, sería devuelta a la Unión Soviética.
- b) El puerto comercial de Dairen sería internacionalizado, salvaguardando los derechos preeminentes que tenía la Unión Soviética en este puerto y devolviendo en arriendo la base naval de Port Arthur a la U. R. S. S.
- c) El ferrocarril oriental de China y el del sur de Manchuria, que proporciona acceso a Dairen, pasaría a depender de una compañía chinosoviética conjunta, en el bien entendido de que los intereses preeminentes de Rusia serían salvaguardados y que China conservaría una plena soberanía sobre la Manchuria.

Además, las islas Kuriles tenían que ser cedidas a la Unión Soviética. Se sobreentendía que los acuerdos concernientes a la Mongolia Exterior y los puertos y ferrocarriles citados tendrían que contar con el beneplácito de Chiang Kai-Chek. El pre-



sidente Roosevelt adoptaría las medidas pertinentes para recabar su concurso.

Para asegurarse de que estas condiciones serían puestas en práctica:

...Los dirigentes de las tres grandes potencias acordaron que las condiciones exigidas por la Unión Soviética serían escrupulosamente cumplidas tras la derrota del Japón. [Y finalmente], por su parte, la Unión Soviética manifiesta hallarse dispuesta a concluir con el Gobierno Nacionalista de China un pacto de amistad y alianza entre la U. R. S. S. y China, a fin de ayudar a ésta, con sus fuerzas armadas, a liberar China del yugo japonés.

*Organización de la Europa Oriental en la postguerra:* Cuando la guerra tocaba a su fin, Rusia ya había alcanzado importantes triunfos políticos en la Europa Oriental. La acción de los Aliados se basaba en el principio de que mientras la guerra no hubiese terminado, las grandes potencias tenían derecho a dirigir la vida política de los países ocupados por sus ejércitos en el curso de las acciones militares contra el Eje. Para la Unión Soviética, esta fórmula se aplicaba a todos los territorios de la Europa Oriental que se extendían al norte de Grecia. Finlandia, Bulgaria, Hungría y Rumania ya habían firmado sendos armisticios con la U. R. S. S., que conferían a esta potencia el virtual dominio político y económico de estas naciones. En Grecia, Yugoslavia y Albania, los guerrilleros comunistas, que contaban con el apoyo de la Unión Soviética, se habían alzado contra sus respectivos gobiernos en el exilio. El gobierno checo en el exilio concluyó en 1943 un tratado bilateral de alianza por veinte años con la Unión Soviética. Sin embargo, el gobierno polaco en el exilio, que había roto sus relaciones diplomáticas con la Rusia comunista, aún seguía existiendo. Mas en general, Stalin sojuzgaba con puño de hierro a toda la Europa Oriental.

Los Tres Grandes reunidos en Yalta acordaron que la frontera oriental de Polonia seguiría la Línea Curzon, fijada por el Mando Supremo aliado en diciembre de 1919, con rectificaciones en algunas partes de cinco a ocho kilómetros a favor de Polonia. Reconocieron al propio tiempo que Polonia tenía que recibir sustanciales compensaciones territoriales en el Norte y el Oeste a expensas de la Alemania Oriental. Stalin se mostró de acuerdo en ampliar la base de los regímenes comunistas establecidos en Polonia y Yugoslavia por los soviets, mediante la inclusión de representantes de los gobiernos en el exilio.

Este gobierno provisional polaco de unidad nacional se compromete a celebrar elecciones libres y sin coacciones tan pronto como sea posible, sobre la base del sufragio universal y el voto

secreto. En estas elecciones, podrán participar y presentar candidaturas todos los partidos democráticos y antifascistas.

*Declaración de la Europa liberada:* Los Tres Grandes acordaron que el restablecimiento del orden en Europa y la reconstrucción de la vida económica nacional debían alcanzarse mediante procedimientos que permitiesen a los pueblos liberados destruir los últimos vestigios del nazismo y el fascismo y crear instituciones democráticas propias. A este respecto, se incluía la siguiente declaración, de gran importancia:

A fin de fomentar las condiciones propias para el ejercicio de estos derechos por parte de los pueblos liberados, los tres gobiernos ayudarán conjuntamente a los pueblos de los Estados europeos liberados o de los antiguos Estados satélites del Eje en Europa, en los que a su juicio las condiciones existentes requieran: a) el establecimiento de las condiciones que permitan alcanzar la paz interior; b) la adopción de medidas de emergencia destinadas a ayudar a los pueblos afligidos; c) la formación de gobiernos provisionales ampliamente representativos de todos los elementos democráticos de la población y que se comprometan a establecer lo antes posible, mediante elecciones libres, unos gobiernos que respondan a la voluntad popular, y d) facilitar la celebración de dichas elecciones, donde y cuando fuere necesario.

Este fue el famoso acuerdo de Yalta, que se vería tiznado por el humo de las controversias y la polémica. Pero en el momento de ser suscrito, fue recibido jubilosamente. Buena prueba de ello es este comentario de Robert E. Sherwood:

El estado de ánimo de los delegados norteamericanos, incluyendo a Roosevelt y Hopkins, era de extraordinario júbilo cuando abandonaron Yalta. Confiaban en que sus colegas británicos estarían de acuerdo con ellos en considerar aquella conferencia como la más alentadora de todas las celebradas, y la reacción inmediata de los principales portavoces de la opinión pública inglesa y norteamericana no hizo más que aumentar de manera ilimitada la satisfacción que experimentaban por la labor realizada.

El corresponsal de prensa Raymond Gram Swing aún se mostró más tajante en sus afirmaciones: «No podía imaginarse noticia más apropiada para conmemorar el nacimiento de Abraham Lincoln.» El *Record* de Filadelfia presentó la conferencia como «la mayor victoria alcanzada por las Naciones Unidas en la guerra». El *New York Herald Tribune* comentó que aquella conferencia «representaba otra gran prueba de la unidad, poderío y decisión de los Aliados».

Después de la guerra, empero, la conferencia de Yalta fue objeto de acerbos críticas, presentándose como «un nuevo



Munich» y «la mayor victoria de Stalin». Los ataques llovieron de todos lados y se le hicieron las siguientes acusaciones:

*Acusación primera:* En Yalta, el presidente Roosevelt se hallaba física y mentalmente incapacitado para adoptar decisiones políticas de importancia. Se aferraba al poder con unas manos demasiado débiles para utilizarlo con eficacia, con el resultado de que Stalin lo engañó por completo. «Entre los síntomas del mal estado del Presidente», escribió William Henry Chamberlain, «podemos citar su propensión a padecer graves y debilitadores resfriados, un extremado desaliño en su apariencia, amnesias ocasionales y una incapacidad creciente para concentrarse mentalmente».

*Acusación segunda:* Por lo que respecta a Polonia, el acuerdo de Yalta significó una vergonzosa capitulación ante Stalin, el golpe de gracia para los anhelos de independencia polacos y el deseo de esta nación de alcanzar una forma democrática de gobierno. Se hallaba en directa oposición con el espíritu de la Carta del Atlántico, que se proponía restablecer la soberanía en los países despojados de ella por la guerra. A la vista de lo que antecede, la altisonante «Declaración sobre la Europa Liberada» se hallaba totalmente desprovista de significado. Peor aún, el trato infligido a Polonia desarticulaba la oposición al comunismo en todos los países dominados o a punto de ser sojuzgados por la Unión Soviética.

*Acusación tercera:* Según Patrick J. Hurley, embajador norteamericano en China cuando los acuerdos de Yalta fueron suscritos, las cláusulas relativas al Extremo Oriente «eran inmorales y cobardes» y desempeñaron parte principal en la victoria definitiva de los comunistas chinos sobre Chiang Kai-Chek. «Los diplomáticos norteamericanos», escribió Hurley, «renunciaron a la integridad territorial y a la independencia política de China, conculcando los principios de la Carta del Atlántico y sentando las bases para la conquista comunista de China en una cláusula secreta suscrita en Yalta». Al igual que la cláusula sobre Polonia, representó un acuerdo perjudicial para una nación más débil, efectuado sin su consentimiento.

*Acusación cuarta:* El presidente Roosevelt se excedió en sus deseos de obtener la ayuda soviética en la guerra contra el Japón. El general MacArthur y el almirante Nimitz, los dos jefes que dirigían las operaciones en aquella zona, dijeron al Presidente en Pearl Harbor, durante el mes de julio de 1944, que «el Japón podía verse obligado a aceptar las condiciones de la rendición mediante el empleo de las fuerzas de mar y aire, sin tener que apelar a la invasión del territorio japonés». La intervención soviética no reportó ningún beneficio militar a los

Estados Unidos, puesto que tuvo lugar unos cuantos días antes de que el Japón se rindiese.

*Acusación quinta:* El ex embajador William C. Bullitt opinaba que el acuerdo de Yalta era «el documento más innecesario, desgraciado y preñado de desastres que había firmado jamás un presidente de los Estados Unidos». Un historiador inglés, Chester Wilmot, sacó la conclusión de que: «Lo que está en juego para el mundo y para su futuro no es lo que Stalin pudiera o no pudiera haber obtenido, sino lo que tuvo derecho a obtener. Este acuerdo proporcionó a Stalin un pretexto moral para ocultar sus designios agresivos.» y G. F. Hudson echó sin rodeos la culpa de ello sobre el presidente Roosevelt: «La causa principal de la tragedia de Yalta fue la obsesión de Roosevelt por la idea de la unión que debía existir entre los Tres Grandes, combinada con un creciente desprecio por los derechos de las naciones más débiles... Es posible que esta actitud se debiese en parte a una sutil embriaguez provocada por el poder personal, pues el escenario internacional le permitía satisfacer su latente espíritu autoritario, que no podía manifestar en la política interior norteamericana.»

Estos comentaristas sustentaban la opinión de que muchos de los males que afligieron al mundo de la postguerra se debían a las numerosas concesiones hechas a los rusos por Roosevelt y Churchill en Yalta.

Pero otros defendieron acaloradamente los acuerdos de Yalta, presentándolos como lo mejor que podía obtenerse en aquellas circunstancias, declarando que en lugar de ser una «capitulación» fueron precisamente todo lo contrario. Así, contestaron uno por uno a los anteriores argumentos:

*Contestación primera:* Las actas de la Conferencia, afirmaron los apologistas, no permiten sostener ni por un momento la teoría de que Roosevelt fue engañado porque ya era un «moribundo». Robert E. Sherwood afirma todo lo contrario: «Roosevelt parece hallarse en pleno uso de todas sus facultades. Solamente al término de siete días de largas deliberaciones en las que se abordó una gran variedad de temas importantísimos, hizo una concesión que, a mi juicio, no hubiera hecho de no haberse encontrado fatigado y deseoso de terminar las negociaciones relativas a la participación de Rusia en la guerra contra el Japón.»

*Contestación segunda:* Por lo que respecta a Polonia, los apologistas señalaron que la Unión Soviética ya ejercía una tremenda influencia en la Europa Oriental y el hecho de que se consiguiese llegar a un acuerdo acerca de Polonia, constituye en realidad un éxito. James F. Byrnes, miembro de la delega-



ción norteamericana que asistió a Yalta y que al poco tiempo fue nombrado secretario de Estado, hizo un importantísimo comentario: «No se trataba de lo que *permitiríamos* hacer a los rusos, sino de lo que *conseguiríamos* que éstos hiciesen.» Abundó también en este parecer Charles E. Bohlen, intérprete y consejero de Roosevelt durante la Conferencia: «No creo que se hubiese podido hacer más en beneficio de Polonia y del pueblo polaco.» Los defensores afirmaron además que en Yalta, Stalin accedió a que se celebrasen elecciones libres con sufragio secreto en Polonia y otros países. Si hubiese cumplido escrupulosamente esta parte del acuerdo, no hubieran surgido dificultades posteriormente.

*Contestación tercera:* Por lo que concierne a las decisiones relativas al Extremo Oriente, fueron muchos los que estuvieron de acuerdo en que fue un gran error prometer a la Unión Soviética la concesión de unos derechos pertenecientes al Gobierno chino nacionalista. Pero los defensores dijeron con insistencia que ninguno de los acuerdos adoptados en Yalta contribuyeron a que Chiang Kai-Chek fuese expulsado de China. El hecho de que el Gobierno nacionalista chino no pudiese mantener su dominio sobre China continental, se debió al incumplimiento por parte de Stalin de los acuerdos chinosoviéticos. ¿Quién podía prever la doblez de Stalin?

*Contestación cuarta:* Contestando a la acusación de que la intervención soviética contra el Japón no suponía ningún beneficio militar, los defensores de los acuerdos de Yalta arguyeron que la bomba atómica no pasaba entonces de ser una remota posibilidad. Por otra parte, los Aliados no habían olvidado el revés que les fue inflingido durante la ofensiva alemana del saliente de las Ardenas, ni habían cruzado aún el Rin. Era imposible predecir la duración de la guerra en Europa y el número de bajas que la misma costaría. Los jefes del Estado Mayor norteamericano advirtieron a Roosevelt que, sin la ayuda de Rusia, los Estados Unidos tendrían que sacrificar tal vez un millón de hombres para la tarea de reducir al Japón en sus propios reductos insulares.

*Contestación quinta:* Los defensores afirmaron que Yalta allanó el camino para la creación de la Organización de las Naciones Unidas. Por otra parte, el objetivo primordial de Roosevelt y Churchill consistió en mantener a Rusia a su lado, como eficaz aliado de la lucha, objetivo alcanzado plenamente. W. Averell Harriman, embajador norteamericano en Rusia, que asistía a las conversaciones, resumió así lo conseguido: «El único logro importante alcanzado por nuestros esfuerzos constantes en la guerra y después de ella, destinados a conseguir un acuerdo

con la Unión Soviética, consiste en haber dejado firmemente establecida nuestra posición moral a los ojos del mundo. Si estos esfuerzos no se hubiesen realizado, en el mundo libre aún serían muchos los que seguirían preguntándose si somos nosotros o el Kremlin los responsables de las tensiones que han surgido. El hecho de que la Unión Soviética no cumpliera los acuerdos contraídos, pone de manifiesto la doblez y los designios agresivos del Kremlin. Esto ha significado un toque de alerta para el mundo libre, haciéndole reunir sus fuerzas para incrementar sus defensas y unirse contra la agresión.»

Y los defensores, finalmente, si bien se mostraron de acuerdo en afirmar que fue un error mantener en secreto varias cláusulas de los acuerdos suscritos, sostuvieron que no podía hacerse otra cosa, en vista de la intransigencia de Stalin y la necesidad de llegar a un acuerdo con él. Esta actitud se debió en gran parte a los temores que suscitaban las cuestiones relativas a la seguridad. En Yalta, Stalin informó a Roosevelt de que daría órdenes para que 25 divisiones rusas empezasen a atravesar Siberia para dirigirse al Extremo Oriente, mas la operación tenía que realizarse con el mayor sigilo. Por lo tanto, resultaría peligroso informar al mundo de los planes rusos para la guerra contra el Japón. Roosevelt accedió a mantener en secreto esta parte del acuerdo, pero afirmó sin ambages que, una vez terminados estos movimientos de tropas rusas, a los que cabía atribuir una duración de dos o tres meses, enviaría un representante suyo a Chungking para informar a Chiang-Kai-Chek. Este proyecto, por desgracia, no llegó a realizarse, porque el presidente Roosevelt falleció el 12 de abril de 1945.

Esta polémica en torno a una de las cuestiones más discutidas del siglo aún sigue en pie. Unos presentan a Yalta como una vergonzosa capitulación responsable de muchos de los males que después afligieron al mundo, mientras otros pretenden que las potencias occidentales no concedieron nada a Stalin que éste ya no tuviese o hubiese podido conseguir, de habérselo propuesto... sin olvidar que es muy fácil enjuiciar los hechos, una vez éstos han sucedido.

La gran polémica en torno a Yalta continúa..., sin olvidar a Munich y Pearl Harbor.

## LA BATALLA DE ALEMANIA

Adolfo Hitler pronunció dos últimos discursos por radio, dirigidos al pueblo alemán, al principio y al final del mes de enero de 1945. Entre estos dos discursos tuvieron lugar gigantescas operaciones militares en los frentes del Este y del Oeste, que culminaron con la derrota del Tercer Reich.



En su discurso de Año Nuevo, Hitler advirtió que los derrotistas resultarían aniquilados en la implacable lucha por la existencia. «El final de la guerra no se producirá antes de 1946 y consistirá en una victoria alemana, porque Alemania no capitulará jamás.» Y el Führer volvió a pronunciar las frases de rigor, que ya sonaban a hueco: «Sabemos que los estadistas democráticos, los comunistas y los judíos quieren reducir a Alemania a la esclavitud, despojándola de la flor de su juventud y haciendo morir de hambre a millones de alemanes. Como sabemos cuáles son los objetivos de nuestros enemigos y la suerte que nos aguarda si perdemos esta guerra, combatiremos por nuestra patria, por la salvación del pueblo alemán, por nuestra cultura y por nuestra prosperidad.»

En su segundo discurso, pronunciado el 20 de enero en conmemoración del decimotercer aniversario de su ascenso al poder, Hitler invocó una ayuda que, a decir verdad, no se hallaba muy acostumbrado a invocar: «Dios Todopoderoso no abandonará al hombre cuyo constante deseo ha sido salvar a su pueblo de una suerte que no merecía.» Dejando estas pías y humildes exhortaciones, pasó a proferir amenazas: «Espero que todos los alemanes cumplan con su deber hasta el fin. Confío en que todas las jóvenes y mujeres ayudarán a sostener esta guerra con su más profundo fanatismo. Quien nos apuñale por la espalda sufrirá una muerte ignominiosa.»

Entre estos dos discursos, la causa de los nazis se convirtió de crítica en desesperada.

Los ejércitos aliados y soviéticos, cuyos efectivos totales ascendían a 10 millones de hombres, atacaban a las tropas alemanas por el Este y el Oeste, en una serie de poderosas ofensivas que hicieron añicos al Tercer Reich. El Führer sufría los efectos de dos de sus tácticas favoritas: la guerra relámpago y la estrategia consistente en dividir, copar y aniquilar al enemigo. La fortaleza alemana veía reducirse su superficie con mayor rapidez aún que la fortaleza europea.

En una de las mayores contraofensivas de la historia, los rusos recorrieron más de 1.600 km hacia el Oeste desde Stalingrado. En el mes de enero de 1945, tres gigantescas columnas soviéticas avanzaban por suelo alemán en dirección a Berlín. Al propio tiempo, el Ejército Rojo penetraba en Checoslovaquia, dejando aislada Prusia Oriental y arrasando las industrias de guerra de Silesia. En febrero de 1945, prosiguieron la ofensiva desde la Prusia Oriental al bajo Vístula y desde el alto Vístula al Oder. En marzo de 1945, el mariscal Georgi Zhukov tomó Königsberg por su ala derecha y Breslau por el ala izquierda, asegurando así sus flancos para la ofensiva final hacia Berlín.

Después de la guerra, el general Hasso von Manteuffel escribió el siguiente comentario:

Entre el 12 y el 13 de enero (1945), los rusos iniciaron su gran ofensiva desde la cabeza de puente del Baranov. Sus efectos se dejaron sentir inmediatamente en el frente occidental. Con toda la serenidad posible, empezaron a enviar refuerzos al Este... Esta retirada colosal de tropas y equipo produjo el efecto que puede imaginarse sobre nuestra escasez crónica de carburante, que revestía ya caracteres verdaderamente críticos... El estado de agotamiento en que se hallaban nuestras tropas fue subestimado por el Mando Supremo... Los refuerzos que se recibieron en enero resultaron inadecuados, tanto en calidad como en cantidad... La industria alemana de armamentos se hundía bajo los golpes cada vez más abrumadores que le asestaba la aviación aliada. Los soldados del frente occidental perdieron la fe en la victoria alemana.

No puede darse apreciación más exacta de la situación. No había descanso para los alemanes, ni de día ni de noche. Al igual que en los últimos meses de la Gran Guerra, fueron movilizados nuevamente muchachos adolescentes, junto a hombres ancianos e inútiles para el servicio, para ser conducidos al frente. Los refugiados que afluían hacia el Oeste desde la Prusia Oriental obstruían las carreteras. En Berlín, cuyos habitantes apenas tenían nada que llevarse a la boca, cada vez eran más frecuentes los tumultos populares.

La situación en el Oeste era igualmente sombría para los alemanes. Desplegados a lo largo de la frontera occidental de Alemania, en una serie de puntos fortificados, se hallaban poderosos ejércitos aliados dispuestos para la invasión. Así formaban como una larga espoleta que, en el momento preciso, lanzarían una serie de ofensivas a través del suelo alemán.

Como decía la canción alemana: «*Fest steht und treu, die Wacht am Rhein*», de acuerdo con la leyenda, el poderoso foso defensivo de Alemania por el Oeste permanecería en manos germanas y los invasores serían rechazados. Pero la rapidez y destreza de las tropas aliadas frustraron de nuevo las esperanzas alemanas.

El Mando Supremo aliado planeó tres campañas coordinadas destinadas a alcanzar el Rin. Por el Norte se efectuarían dos operaciones a cargo del Primer Ejército canadiense, el Segundo británico y el Noveno de los Estados Unidos, agrupados bajo el mando del mariscal Bernard L. Montgomery. En el curso de la operación «Veritable», el Primer Ejército canadiense y el Segundo británico, que ocupaban ambas orillas del bajo Rin, en Holanda, avanzarían hacia el Sudeste entre los ríos Maas y Rin, hasta alcanzar la línea Xanten-Geldern.



El Noveno Ejército norteamericano, situado al sur de los anteriores, efectuaría la operación «Grenade», destinada a lanzar una ofensiva hacia el noreste en dirección al Rin, con el flanco derecho apoyado en la línea Jülich-Neuss. Ambas fuerzas — los anglocanadienses y los norteamericanos — tenían que estrangular entre dos potentes tenazas a los alemanes que ocupaban el triángulo formado por el Maas y el Rin, limpiando después la orilla occidental del Rin que miraba al Ruhr.

En el centro, el XII Grupo de Ejércitos norteamericano, formado por el Primer y el Tercer ejércitos, dependientes ambos del general Omar N. Bradley, tenía que ejecutar la operación «Lumberjack». En el curso de la misma, tenía que avanzar al norte del Mosela entre Colonia, Bonn y Coblenza, para efectuar operaciones de limpieza en aquel sector.

Por el Sur, el Sexto Grupo de Ejércitos, formado por el Séptimo Ejército norteamericano y el Primer Ejército francés, ambos al mando del teniente general Jacob L. Devers, tenía que realizar la operación «Undertone», convergiendo al sur del Mosela para acercarse al Rin por el sur de Maguncia, proseguir hacia Friburgo y reunirse con el flanco sur del Tercer Ejército norteamericano, al sur de Coblenza.

Estas ofensivas limpiarían de enemigos toda la orilla occidental del Rin. El plan se realizó escrupulosamente, casi hasta su menor detalle, y basta con el enunciado del mismo para referir el desarrollo de las operaciones. Al fracasar la ofensiva de las Ardenas, los alemanes ya no podían contener una irrupción aliada a través del Rin.

A principios de febrero de 1945, el factor meteorológico seguía siendo favorable a los alemanes. El deshielo había fundido la espesa capa de nieve, convirtiendo los ríos en torrentes y los campos en lodazales. Sin embargo, el 8 de febrero el Primer Ejército canadiense y el Segundo Ejército británico, que guarnecían la extremidad norte de las líneas aliadas, iniciaron de pronto la operación «Veritable». Tras una intensísima preparación aérea, se inició la ofensiva al sudeste de Nimega. Esta no tardó en convertirse en una de las más sangrientas batallas de la guerra. Las pésimas condiciones meteorológicas impidieron una rápida acción de los blindados, las fuerzas atacantes quedaron encalladas momentáneamente en un terreno cenagoso e inundado. Pero los alemanes pudieron ser rechazados. El 21 de febrero, los anglocanadienses llegaron al Rin. Los alemanes volvieron los puentes y se retiraron al otro lado del río.

Así las cosas, en las últimas semanas de febrero, los Aliados movilizaron todo su poderío — la XII y XV fuerzas aéreas de los Estados Unidos, con base en Italia, la IX y la VIII, situadas en el frente occidental, y todos los efectivos de las Reales Fuer-

zas Aéreas, para lanzar un asalto total contra las comunicaciones alemanas. En sólo dos días, el 22 y el 23 de febrero, se efectuaron más de 16.000 misiones y se arrojaron 20.000 toneladas de bombas. La maltrecha *Luftwaffe* no pudo hacer prácticamente nada. Toda Alemania quedó abierta a la devastación más completa y total.

Mientras tanto, el Noveno Ejército de los Estados Unidos se hallaba apostado junto al río Roer, en el ala sur del flanco septentrional, en cuya región los alemanes intentaban ofrecer una resistencia desesperada en las dos presas que regulaban el caudal del río. A fin de hacer frente al ataque norteamericano, el 7 de febrero los alemanes volaron las compuertas del embalse de Schwammanuel, impidiendo el tendido de puentes de pontones sobre el Roer e inundando una extensa zona en Düren y Jülich. Las aguas del Roer pronto alcanzaron un nivel superior en un metro al normal. Los norteamericanos tuvieron que esperar quince días hasta que la crecida disminuyó y entonces cruzaron el Roer en botes de asalto. El 13 de marzo, toda la porción septentrional de la orilla oeste del Rin se hallaba en poder de los Aliados.

La historia se repitió en el centro, donde las barreras fluviales alemanas también se hundieron. El Primer y el Tercer Ejércitos de los Estados Unidos atacaron simultáneamente, en el curso de la operación «Lumberjack». El Primer Ejército tomó Colonia el 7 de marzo, después de un fortísimo bombardeo aéreo y artillero. Los alemanes se retiraron por el puente de Hohenzollern a la otra orilla del Rin, y después volaron el puente.

El Tercer Ejército de los Estados Unidos alcanzó al propio tiempo el Rin en las inmediaciones de Coblenza. La Cuarta División Blindada del general Patton recorrió más de 100 km en 58 horas. El Primer Ejército se volvió entonces hacia el Sur para unirse con el Tercero.

## EL PUENTE DE REMAGEN

El 7 de marzo de 1945 se produjo uno de aquellos increíbles golpes de suerte, una de las operaciones más afortunadas que registran los anales militares.

Ni el Alto Mando aliado ni el alemán esperaban que resultase fácil la empresa de cruzar las traicioneras aguas del Rin. Ningún conquistador había conseguido cruzar aquel río, desde que lo hiciera Napoleón en 1805. La barrera del Rin presentaba su mayor fortaleza en el centro, donde se alzaban abruptas montañas en la orilla oriental del río, que ofrecían a los alema-



nes unas magníficas posiciones defensivas naturales. Sin embargo, Eisenhower había ordenado a todas sus unidades que intentasen por todos los medios cruzar el río.

En aquel día señalado por el destino, el sargento Alexander A. Drabik, carnicer o en la vida civil y natural de Holland (Ohio), alistado en la Novena División Blindada de los Estados Unidos, condujo a su pelotón, pese al nutrido fuego enemigo, hasta su objetivo, que era la población de Remagen, situada entre Bonn y Coblenza. Una vez allí, recibió orden de tomar y mantener unas posiciones definitivas, mientras las tropas concentradas al Norte se disponían a cruzar el río en un formidable ataque.

Los puentes que cruzaban el Rin habían sido destruidos uno tras otro por los alemanes en retirada. El capitán germano Willi Bratge recibió la orden de volar el puente de Ludendorff, que cruzaba el Rin por Remagen, exactamente a las 4 de la tarde. A las tres y media estalló una primera carga explosiva, abriendo un cráter en el piso del puente y en su parte occidental. Pero la carga no era muy potente y apenas causó daños en la estructura metálica.

Exactamente a las 3 horas y 50 minutos de la tarde, Drabik y su pelotón llegaron frente al extremo occidental del puente. Sin detenerse, empezaron a cruzarlo en fila india, pese al fuego graneado que se les hacía. Precisamente entonces hizo explosión la segunda carga preliminar, que derribó uno de los soportes principales. Pero la carga principal, consistente en 225 kilos de T. N. T., no estalló. (Más tarde, tratando de explicar este extraño fallo, se apuntó la posibilidad de que un tanque norteamericano hubiese podido romper el cable conectado a la carga explosiva, que era del grosor de una muñeca.)

El sargento de 34 años que mandaba el pelotón refiere así lo sucedido: «Corríamos por la mitad del puente sin dejar de gritar ni detenernos, porque sabíamos que mientras corriésemos no podríamos alcanzarnos. Mis hombres avanzaban en columna de escuadrón y ninguno de ellos resultó herido. Nos refugiábamos en algunos embudos de bombas, esperando que los otros viniesen. Así fue como sucedió todo.»

¡Así fue, en efecto! A las 4 de la tarde, más de cien hombres habían cruzado el puente. No tardaron en acudir los soldados de ingenieros. Trabajando rápida y eficazmente, colocaron de nuevo las gruesas planchas del piso y las vigas sustentadoras, para permitir el paso de camiones, tanques y trenes. Antes de que transcurriesen 24 horas, más de 8.000 soldados habían cruzado el Rin. Al propio tiempo se construyeron otros dos puentes provisionales en las proximidades. El primero, hecho por los pontoneros en menos de 30 horas. El segundo,

un puente flotante *Treadway*, que se tendió en menos de 40 horas.

La *Luftwaffe* envió 21 de sus nuevos cazabombarderos a reacción para atacar los tres puentes. Todos estos aviones cayeron o fueron derribados, con excepción de cinco. Once cohetes V-2 estallaron cerca de los dos puentes, sin causar daño.

La osada captura del puente de Remagen se produjo exactamente nueve años después del día en que las tropas alemanas penetraron en la zona desmilitarizada del Rin creada por el Tratado de Versalles. Fue una de esas raras oportunidades que surgen a veces durante el combate y que si se aprovechan pueden ofrecer incalculables resultados. Alemania quedó abierta como si un cirujano le hubiese practicado una incisión con su escalpelo.

«Este fue uno de los instantes más jubilosos, para mí, de toda la guerra», dijo el general Eisenhower. «Aquella acción fue completamente imprevista. Conseguimos cruzar el Rin por un puente permanente; habíamos perforado la tradicional barrera defensiva que cubría el corazón de Alemania.»

«Mientras aquel puente permaneció en pie», comentó el teniente general Walter Bedell Smith, «valió su peso en oro».

Para el general George C. Marshall, Remagen fue una ganga en la que todos soñaban, sin confiar demasiado en ella:

«La rápida captura y el éxito inmediato alcanzado, del que se supo sacar partido al instante, fue una magnífica muestra de la iniciativa y la fértil adaptabilidad norteamericana, desde el atrevido pelotón y su jefe hasta el comandante del ejército que cambió inmediatamente la dirección de sus columnas en marcha, en una brillante demostración de sus excelentes dotes de mando... Aquella cabeza de puente se convirtió en una gravísima amenaza contra el corazón de Alemania..., un trampolín para la ofensiva final.»

Los militares alemanes, sorprendidos de improviso, se sumieron en honda consternación al conocer el desastre de Remagen. Más tarde, Hitler tuvo que admitir que el desembarco de Normandía y la cabeza de puente de Remagen sellaron la suerte de Alemania. Los cuatro oficiales considerados responsables del desastre fueron sometidos a consejo de guerra sumarísimo y fusilados. El capitán Bratge, a quien se atribuía la colocación defectuosa de los cables conectados con las cargas explosivas, consiguió salvarse al caer prisionero de los norteamericanos.

Hitler, que a la sazón sufría un arrebatado de cólera diario, separó al mariscal Gerd von Rundstedt del mando de los ejércitos alemanes del Oeste, colocando en su lugar al mariscal Albert Kesselring, que entonces se encontraba en Italia.

Después de la guerra, Hermann Goering declaró:



«La captura del puente de Remagen imposibilitó una larga defensa del Rin, desbaratando todo nuestro dispositivo de defensa a orillas de dicho río. Tuvimos que concentrar nuestras reservas en la cabeza de puente de Remagen, como resultado de lo cual el Rin quedó prácticamente desguarnecido entre Maguncia y Mannheim.»

Diez días después de la captura del puente de Remagen, su sección central, objeto de repetidos ataques por parte de la aviación alemana y la artillería de grueso calibre, terminó por hundirse. Murieron 27 soldados e ingenieros norteamericanos y 63 resultaron heridos cuando el puente se hundió. Pero los Aliados ya tenían varias divisiones al otro lado del Rin y al cabo de quince días la cabeza de puente alcanzaba una profundidad superior a los 12 km por una extensión de 40.

Entonces se produjo otra acción espectacular, que dejó aterrados a los incrédulos alemanes. En unos cuantos días, los soldados de ingenieros norteamericanos, cuyo número ascendía a 75.000, construyeron 62 puentes, entre los que había 46 de barcazas, 11 para el tráfico rodado y 5 para el tráfico ferroviario. Los nuevos puentes flotantes *Treadways*, muy fáciles de instalar, podían soportar cargas considerables. Uno de estos puentes, que medía 330 metros de largo, fue tendido en el tiempo récord de 10 horas y 11 minutos.

Apoyándose en el puente de Remagen, siete ejércitos, que de Norte a Sur cubrían toda la longitud del río, cruzaron casi simultáneamente el Rin. Los soldados efectuaron esta operación utilizando todos los medios imaginables: puentes *Treadway* y *Bailey*, pontones y barcazas. La armada colaboró proporcionando lanchas de desembarco, *Sea Mules* y embarcaciones *DUKW* para este asalto coordinado, que dio pasto a las historias de combates navales en el corazón del continente europeo, que más tarde se dedicaron a propalar algunos marinos norteamericanos.

El 25 de marzo de 1945, los siete ejércitos habían cruzado el Rin con la mayor concentración de tanques hasta entonces conocida, dispuestos a reunirse con las tropas aerotransportadas que ya habían sido lanzadas en la retaguardia de las líneas alemanas. Para hacerles frente, los alemanes contaban con unas 70 divisiones debilitadas y desmoralizadas.

#### CERRANDO LA TRAMPA DEL RUHR

Después de efectuar operaciones de limpieza en el Sarre y el Palatinado y de cruzar la barrera del Rin, los Aliados se dedicaron a rodear y reducir el Ruhr. La cuenca industrial del

Ruhr era el corazón industrial de Alemania, donde estaban los enormes altos hornos de las fábricas Krupp en Essen, las empresas Thyssen en Mühlheim y una legión de ciudades menores importantes, que constituían la clave de la industria alemana: Dortmund, Duisburgo, Wuppertal, Ruhrort, Hagen, Solingen, Wesel, Hamm y Lippstadt. Sin el acero y los cañones del Ruhr, las legiones hitlerianas hubiesen quedado paralizadas.

Los bombardeos aéreos destinados a aislar el Ruhr del resto de Alemania ya habían comenzado. Durante la tercera semana de marzo de 1945 se efectuaron 42.000 incursiones sobre aquella región, que causaron daños en los 18 puentes y viaductos ferroviarios de mayor importancia, destruyendo gran parte de la industria siderúrgica y sembrando de cráteres los aeródromos.

Hitler optó nuevamente por la resistencia a ultranza, ordenando que el Ruhr se convirtiese en otra «fortaleza». Se produjo de nuevo la reacción automática del Führer. Cuando sus tropas recibían un buen vapuleo, escogía inmediatamente el nombre de una fortaleza, como si este nombre pudiera cambiar por arte de magia la naturaleza de las cosas. Para la defensa del Ruhr puso en acción a todos los hombres mayores que pudo movilizar y las brigadas formadas por inútiles y enfermos.

La estrategia aliada apeló de nuevo al clásico doble movimiento envolvente, ejecutado esta vez de forma magistral. El 24 de marzo, el Noveno Ejército norteamericano del teniente general William H. Simpson atacó en un arco que se extendía por la frontera norte del Ruhr, más allá de Essen y Dortmund, en dirección a Lippstadt. Los alemanes resistieron ferozmente. Al propio tiempo, el Primer Ejército norteamericano del teniente general Courtney H. Hodges, avanzando desde el sector de Remagen, giró alrededor del flanco oriental del Ruhr.

El 3 de marzo, Eisenhower difundió otra proclama dirigida a las tropas y al pueblo alemanes, instando a las primeras a que se rindiesen y a éste que empezase a sembrar las tierras de labor. Señaló que su situación era desesperada y que cualquier nuevo intento de resistencia no haría más que agravar sus males. «Mi propósito», escribió Eisenhower más tarde, «era acabar de una vez con aquella carnicería. Pero Hitler y su camarilla aún ejercían un gran poder sobre el pueblo alemán y lo aplicaban con tanta eficacia mediante la Gestapo y las S.S., que la nación continuó luchando.»

Poco después, el 1.º de abril, las dos grandes alas que formaban el Noveno y el Primer ejércitos de los Estados Unidos se unieron en Lippstadt, cerca de Paderborn, cerrando así su movimiento envolvente sobre el Ruhr. Las tropas del mariscal Walter Model quedaron así copadas en el interior de un círculo de 130 km de diámetro aproximadamente. Durante los siguientes



tes quince días, del 2 al 18 de abril, la gran cuenca industrial del Ruhr quedó dividida en dos partes y sus defensores fueron sistemáticamente aniquilados. Más de 400.000 alemanes cayeron en poder de los Aliados.

El 21 de abril, en un bosque próximo a Duisburgo, Model, víctima de una gran depresión, causada por su incapacidad para cumplir las órdenes del Führer, se quitó la vida. Aquello no era más que el prólogo de la inminente *Götterdämmerung*, el crepúsculo de los dioses.

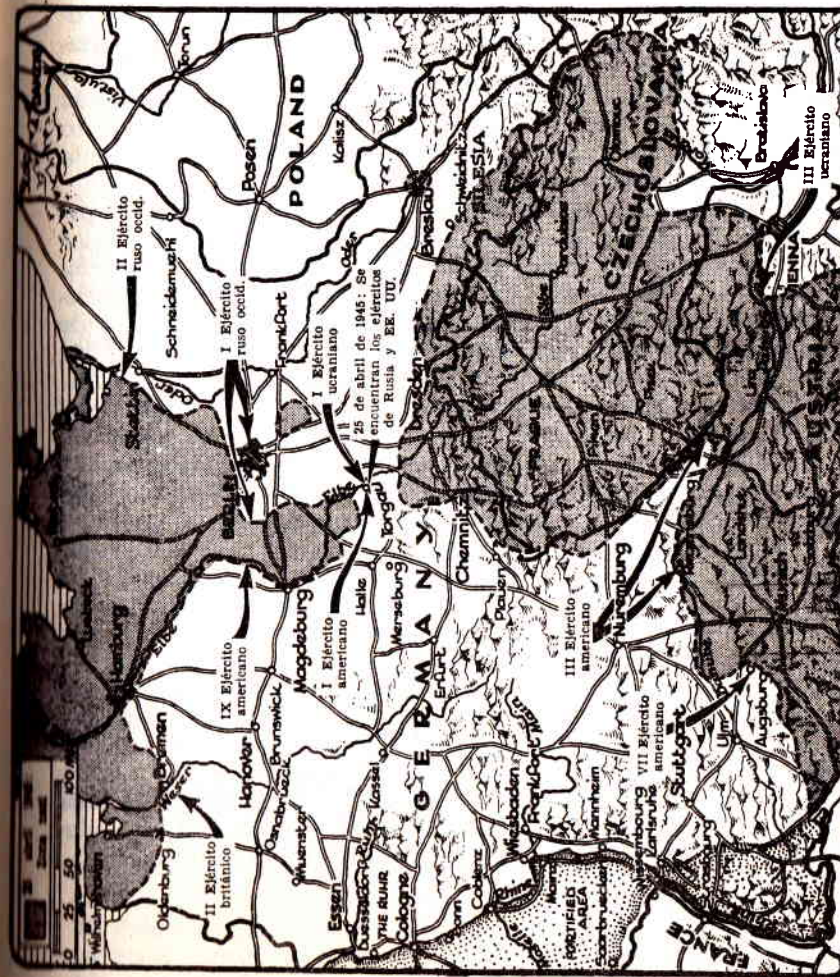
### HACIA EL «HERZLAND»

Era insensato prolongar aquella lucha. Los ejércitos aliados avanzaban sin encontrar resistencia por el tambaleante Tercer Reich, que se desmoronaba y deshacía a ojos vistas. Veintiuna divisiones alemanas habían sido hechas pedazos. ¡Pero Hitler ordenó a sus tropas copadas del Ruhr que atacasen a los Aliados por la retaguardia!

Mientras la trampa del Ruhr se iba estrechando, el Sexto Grupo de Ejércitos, del teniente general Jacob. L. Devers, avanzó hacia el interior de Alemania por el flanco sur. El Séptimo Ejército norteamericano tomó Mannheim el 29 de marzo, prosiguiendo hasta Würzburg y Schweinfurt, cercando y tomando Nuremberg, santuario del nazismo, el 20 de abril y Munich el 30. El Primer Ejército francés giró hacia el Sur para capturar Karlsruhe el 9 de abril, Stuttgart el 21 y llegar al día siguiente a la frontera suiza. Las tropas francesas no tardaron en capturar Friedrichshafen y cruzar la frontera austríaca el 30 de abril.

Por el centro, el XII Grupo de Ejércitos de Bradley también avanzaba hacia el Este. Después de rodear el Ruhr, el Noveno y el Primer ejércitos norteamericanos giraron hacia el Este, tomando Kassel el 4 de abril y Hannover el 10. El 15 de abril, el Primer Ejército norteamericano llegaba frente al río Mulde, situado al sur de Dessau, y en menos de una semana tomaba Halle y Leipzig. La Segunda División Blindada del Noveno Ejército recorrió 80 km en un solo día, y el 15 de abril tendió una cabeza de puente sobre el Elba, cerca de Magdeburgo.

Pero quien se llevó la palma en cuanto a celeridad fue el Tercer Ejército de Patton. Avanzando con la velocidad del rayo por las autopistas de Hitler, sus tanques cruzaron el río Salle en las proximidades de Jena, mientras otras unidades se dirigían hacia el Sur para tomar Bayreuth y aproximarse a Chemnitz, avanzando hacia las montañas del Harz y alcanzando la frontera checoslovaca el 23 de abril.



EL COLAPSO DE ALEMANIA



Los pueblos y ciudades alemanes iban cayendo uno tras otro bajo la impetuosa ofensiva de Patton. Ésta se realizaba con una coordinación perfecta: iban primero las tropas de zapadores e ingenieros, que limpiaban el terreno de minas y quitaban los obstáculos de las carreteras; luego venían los rápidos tanques y la infantería, protegidos por un intenso fuego artillero; los mecánicos sustitúan o reparaban los tanques averiados; las tropas de transmisiones mantenían las líneas de comunicación y el arma aérea actuaba estrechamente coordinada con las tropas de tierra. A pesar de su severo adiestramiento y su veteranía, las tropas alemanas no podían resistir aquella impetuosa ofensiva de acero.

Por el Norte, el XII Grupo de Ejércitos de Montgomery penetró en Holanda y las regiones costeras alemanas. El Primer Ejército canadiense irrumpió en un amplio arco en Holanda, tomando el 18 de abril IJsselmeer, localidad próxima a Amsterdam. El Segundo Ejército británico llegó a Bremen el 8 de abril para encontrar una feroz resistencia alemana. Parte de este ejército se volvió hacia el Norte en dirección a Dinamarca, mientras otra parte ocupaba Lübeck el 2 de mayo, víspera del día en que los alemanes iniciaron las negociaciones de rendición.

A todo lo largo de aquel enorme frente, los ejércitos aliados empezaron a detenerse al llegar a la línea convenida con los rusos en Yalta. Las tropas alemanas se rendían en tal cantidad que ya no cabían en los campos de prisioneros. Los soldados germanos corrían a rendirse por millares a los occidentales para no caer en manos de los terribles rusos. Algunos de ellos, prefiriendo la muerte al cautiverio, pusieron fin a sus vidas con el veneno, la pistola o la horca.

Por pura casualidad, las tropas de Patton descubrieron un tesoro nazi en las galerías inferiores de una mina de sal gema. Este tesoro, valorado en unos 250.000.000 de dólares, se hallaba formado por oro en barras y acuñado, planchas de plata y de oro procedentes del saqueo de moradas particulares de toda Europa, y preciosas pinturas al óleo. ¿Cabe muestra más elocuente de la codicia que caracterizaba a la barbarie nazi?

## EL CAMINO DE VARSOVIA

El año 1944 fue un año de gran actividad para el cañón ceremonial de Moscú. Fue el año de la invasión aliada por el Oeste, pero también presencié sorprendentes victorias rusas en el frente del Este. Según dijo Churchill, los rusos «estaban destripando al ejército alemán».

Sobre la *Wehrmacht* caía un golpe tras otro: en el Norte,

en el Centro y en el Sur, mientras el rodillo ruso avanzaba hacia el Oeste, dejando muy atrás la frontera soviética de 1939. La situación de Hitler no podía ser más desesperada. El potencial ruso era abrumador a la sazón y se cifraba en 5.000.000 de hombres, repartidos en 300 divisiones, a los que los alemanes sólo podían oponer 2.000.000 de hombres repartidos en 200 divisiones.

Los alemanes recibieron entonces una serie de diez golpes consecutivos:

*Primero, Leningrado:* En los sectores de Leningrado y Novgorod, situados al Norte, los alemanes habían establecido «defensas permanentes» formadas por *bunkers*, blocaos y campos minados. La orden de Hitler era de resistir, teniendo en cuenta especialmente que una retirada hubiera equivalido a abandonar al aliado finlandés. En enero de 1944, los rusos atacaron las treinta divisiones de Hitler con un tremendo fuego de artillería que redujo a pavesas las defensas germanas e hizo arrojar espumarajos de rabia al Führer. A finales de mes, las tropas soviéticas se dirigían hacia el Báltico.

*Segundo, Ucrania Occidental:* En la Ucrania Occidental, al sudeste de Kiev, entre el alto Dnieper y el Bug, los alemanes defendían un frente de 80 km de extensión. A principios de febrero de 1944, los tanques rusos atacaron por este sector, avanzando en una serie de grandes arcos que denominaron «ratoneras soviéticas». Los alemanes se vieron obligados a retroceder hasta el Dniester, desde el cual habían iniciado su ofensiva en 1940.

En el transcurso de mil días, las legiones hitlerianas habían efectuado el viaje de ida y vuelta a Stalingrado y el Volga para quedar de nuevo en su punto de partida.

*Tercero, Crimea:* Para desarticular las defensas enemigas, los rusos trasladaban sus ataques de un frente a otro. En abril y mayo de 1944 se produjo una gigantesca ofensiva por el Sur. Sebastopol, el mayor puerto del mar Negro, llamado el Gibraltar ruso, aún estaba en manos alemanas, aunque las tropas que tenían encomendada su defensa eran principalmente rumanas. El 9 de mayo, los rusos efectuaron un ataque irresistible contra la plaza, desalojaron de ella al enemigo y a los pocos días se hicieron dueños de toda la península de Crimea. Así quedó liberada la Rusia meridional en su totalidad.

*Cuarto, Finlandia:* En junio de 1944, el mayor peso del ataque volvió a desplazarse hacia el Norte. La antigua Línea Mannerheim fue rota y los rusos penetraron en Viipuri el 30 de junio. Esta vez, los finlandeses fueron completamente derrotados.



*Quinto, Rusia Blanca:* Los alemanes habían establecido al oeste de Smolensko lo que ellos denominaban la Línea «Vaterland», línea de la Patria, que descendía hacia el Sur por el frente central, de Vitebsk a Bobruisk, pasando por Orsha y Mogilev. En los meses de junio y julio de 1944, los rusos golpearon con tal fuerza este centro vital de las defensas alemanas que en menos de una semana habían avanzado hacia el Oeste después de franquear el Beresina en dirección a la región de Minsk. Al poco tiempo alcanzaban el río Niemen por Polonia y Lituania, para amenazar las fronteras de la Prusia Oriental.

*Sexto, Polonia:* En julio y agosto de 1944 los rusos tomaron Lwow, en la Galitzia, y enviaron una punta de lanza hacia la antigua Cracovia, mientras otra cruzaba el Vístula en dirección a las afueras de Varsovia. Al propio tiempo, otras fuerzas rojas alcanzaron los Cárpatos por el Sur.

*Séptimo, Rumania y Bulgaria:* En agosto de 1944, los rusos cruzaron el Dniester para iniciar una terrible ofensiva contra Rumania, país satélite de Hitler. En una gran batalla cerca de Kishinev, los alemanes perdieron 12 divisiones y los rumanos prácticamente todo su ejército. Con sus fuerzas armadas fuera de combate, Rumania se apresuró a firmar un armisticio con la U. R. S. S., cediéndole la Besarabia y la Bucovina y accediendo a pagar 300.000.000 de dólares como reparaciones de guerra en el plazo de seis años.

La eliminación de Rumania dejó el camino libre para atacar a Bulgaria, país que nunca fue plenamente beligerante y que ni siquiera había declarado la guerra a la Unión Soviética. En agosto de 1944 se celebró una reunión secreta en El Cairo entre unos plenipotenciarios búlgaros y agentes aliados y, a comienzos del mes siguiente, Bulgaria formó un gobierno aliadófilo. Cuando las fuerzas soviéticas comenzaron a penetrar en el país, Bulgaria declaró la guerra a Alemania con fecha 8 de octubre y se apresuró a firmar un armisticio en Moscú el 28 del mismo mes.

*Octavo, el Báltico:* Con objeto de limpiar su flanco norte para la proyectada ofensiva hacia Varsovia y Berlín, los rusos penetraron por las regiones bálticas. En septiembre de 1944, los derrotados finlandeses signaron un armisticio según el cual sus fronteras quedaban como estaban al término de la guerra ruso-finlandesa de 1940, con la excepción de la región de Petsamo, cedida a la U. R. S. S. Los alemanes que aún resistían en los Estados bálticos fueron copados y destruidos. El 25 de agosto y el 22 de septiembre, cayeron las ciudades estonianas de Tartu y Tallinn, respectivamente, y el 10 de octubre la ciudad letona de Riga.

*Noveno, Hungría y Yugoslavia:* El siguiente país que cayó bajo los zarpazos del oso ruso fue Hungría, el último aliado que le quedaba a Hitler en Europa. En octubre de 1944, el almirante Nicolás Horthy de Nagybanya, regente de Hungría, denunció a los alemanes, acusándoles de haber violado la soberanía húngara, dando a entender que se hallaba dispuesto a concertar un armisticio con los rusos. No tardó en ser depuesto, siendo sustituido por un régimen de tendencias fascistas. Pero en noviembre y diciembre, los invasores rusos fueron acogidos con frenéticas demostraciones de entusiasmo como liberadores de la tiranía nazi. Los húngaros firmaron el armisticio el 20 de enero de 1945.

Mientras tanto, los guerrilleros yugoslavos causaban grandes daños a los alemanes con sus acciones de guerrillas. El ejército de Tito avanzó hacia el Norte para reunirse con las columnas rusas procedentes del Este. El 20 de octubre de 1944, las tropas rusas y yugoslavas liberaron Belgrado, capital de Yugoslavia, y la ciudad de Dubrovnik.

*Décimo, Polonia:* El ataque ruso contra la ciudadela de Varsovia se efectuó durante la segunda mitad de 1944. A finales de julio, el mariscal Konstantin Rokossovsky, jefe de uno de los ejércitos centrales soviéticos, se aproximó a Varsovia con el propósito de cruzar el Vístula y apoderarse de la capital polaca antes de que los aliados occidentales pudiesen franquear el Rin. Al mismo tiempo, en el interior de Varsovia el general polaco Tadeusz Bor-Komorowski, el famoso «General Bor», comandante en jefe del ejército clandestino polaco, en respuesta a una solicitud de la radio de Moscú, salió con sus fuerzas de la clandestinidad para luchar en campo descubierto. Los miembros de la Resistencia polaca no tardaron en adueñarse de varios distritos de la ciudad. Pero Rokossovsky detuvo de pronto su avance en las afueras de Varsovia, permitiendo que los alemanes efectuasen una carnicería entre los patriotas que se habían alzado contra ellos.

Entonces se produjo una horrible matanza. Los alemanes, utilizando la artillería pesada y los tanques, aniquilaron a un cuarto de millón de combatientes polacos y destruyeron grandes zonas de Varsovia. Durante sesenta días, los guerrilleros polacos resistieron, luchando desesperadamente en las calles, los sótanos y las alcantarillas, para terminar siendo aniquilados por los enfurecidos alemanes.

Muchos se hallaban convencidos de que este trágico episodio de Varsovia fue instigado deliberadamente por los rusos. Se decía que el Alto Mando soviético retrasó la entrada de sus tropas en Varsovia, en espera de que el poderoso movimiento polaco de resistencia, fiel al Gobierno polaco exiliado en Lon-



dres, hubiese sido destruido. Otra acusación que se hacía al Alto Mando soviético, era la de haber negado a sus aliados occidentales la utilización de los aeródromos situados tras de las líneas rusas para crear un puente aéreo de ayuda a los patriotas polacos.

Los rusos replicaron acusando a la Resistencia polaca de haber actuado prematuramente, permitiendo con su acción que grandes cantidades de pertrechos cayesen en manos de los alemanes.

Tratando de que su acción coincidiese con los contraataques aliados por el Oeste, durante el mes de enero de 1945 los alemanes contraatacaron en Varsovia y Budapest, destruyendo casi por completo ambas ciudades. Pero los ejércitos rusos al mando de Zhukov, Rokossovsky y Koniev resistieron el ataque y devolvieron el golpe con fuerza irresistible a lo largo de una línea que iba desde la Prusia Oriental, por el Norte, hasta Varsovia y Budapest. Como en el Oeste, los alemanes se esforzaron desesperadamente por conservar los puertos marítimos, pero el 27 de enero cayó Memel. Lituania quedó así completamente libre de alemanes.

A primeros de febrero de 1945, los rusos llegaron a Francfort, junto al Oder. Entonces decidieron no atacar directamente a Berlín, pues habían dejado a sus espaldas numerosas bolsas de resistencia alemana en su rápido avance por Polonia, y no querían un Stalingrado al revés. Así, pues, iniciaron un gigantesco movimiento envolvente, que apuntaba a Königsberg por el Norte y a Viena por el Sur.

Budapest cayó el 13 de febrero, Königsberg el 9 de abril y Viena el 13. El camino hacia Berlín estaba abierto.

#### LOS NORTEAMERICANOS Y LOS RUSOS SE ENCUENTRAN EN TORGAU EL 25 DE ABRIL DE 1945

La fortaleza alemana se encontró atrapada dentro de un gigantesco cascanueces que apretaba por el Este y el Oeste.

Las tropas rusas y norteamericanas se encontraron el 25 de abril de 1945 en Torgau, población situada a orillas del Elba, 120 kilómetros al sur de Berlín. Unas patrullas de la LXIX División del Quinto Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos se estrecharon las manos con elementos pertenecientes a la LVIII División de Guardias rusos al mando del mariscal soviético Ivan Koniev.

Al día siguiente, mientras las alicaídas columnas alemanas se dirigían hacia el Oeste para huir de la venganza rusa, los norteamericanos y los soviéticos organizaron unos tumultuosos

festos. «Parecía el final de una función de circo», dijo un testigo presencial. Los hombres se saludaban y abrazaban sin tener en cuenta el rango ni la graduación, brindaban con champaña y coñac alemanes, gritaban, vociferaban y se daban amistosas palmadas.

En su discurso de bienvenida, un comandante ruso dijo, entre otras cosas:

«Hoy es el día más feliz de nuestras vidas. Los días peores para nosotros fueron los que vieron a los alemanes en Stalingrado. Ahora nos hemos encontrado y esto significa el fin de nuestro enemigo. ¡Viva nuestro gran presidente! ¡Viva nuestro gran jefe!»

Después, durante muchas horas, las tropas cantaron, comieron, bebieron y bailaron.

Moscú celebró el encuentro de Torgau con 24 salvas disparadas por 324 cañones. Las muchedumbres jubilosas se reunieron en el Times Square neoyorquino, para dar rienda suelta a su alborozo.

El fin se aproximaba. Los dos grandes ejércitos aliados, el del Oeste y el del Este, se habían encontrado y se hallaban frente a frente a ambas orillas de los ríos Elba y Mulde, en una longitud de varios centenares de kilómetros. Pero aún no podían descansar.

La situación en Europa el 6 de mayo de 1945, poco antes de la rendición alemana, aparecía expuesta como sigue en un mapa de las operaciones militares que publicó el *New York Times*: Las tropas británicas penetraban en Copenhague. En Holanda luchaban los nazis y los patriotas. Las tropas soviéticas habían tomado las islas de Usedom y Wollin, junto con el puerto de Swinemünde. Las fuerzas alemanas situadas al oeste de Berlín caían bajo el empuje ruso. Los soviéticos también atacaban al sur de Moravska Ostrava y al este de Brno reducían el extremo de la bolsa checoslovaca. El Tercer Ejército norteamericano había efectuado una penetración en dicha bolsa para capturar Lohm St. Brunst y efectuaron una penetración de 8 km a través de la frontera al este de Regen. Patton acababa de capturar Linz y avanzaba hacia Ried. En Austria occidental y Alemania del sudoeste, el Séptimo Ejército norteamericano y el Primer Ejército francés aceptaban la rendición del Grupo de ejércitos alemanes G.

El 16 de abril de 1945, poco antes del encuentro ruso-norteamericano, Hitler difundió una orden general por la que se dividía a Alemania en dos zonas defensivas. El permanecería en Berlín para asumir el mando de la zona defensiva del Norte. Heinrich Himmler, jefe de las S. S. y ministro del Interior, asumiría el mando de la zona defensiva del Sur; el «Reducto Na-



cional» de las montañas bávaras, fragosa región donde se esperaba poder presentar una última resistencia desesperada.

Pero el nazismo conservaba su carácter fraudulento, incluso en sus últimos días. El Reducto Nacional resultó ser un nuevo y gigantesco fraude. En lugar de combatir hasta la muerte, Himmler trató de salvar el pellejo entablando negociaciones de paz con los Aliados.

## CAPITULO

## XXII

### Finis Germaniae: Victoria en el Oeste

*La lección que nos enseñó la guerra de 1914-1918 se repitió un cuarto de siglo más tarde: a saber, que Alemania no se encuentra en situación de sostener una guerra en más de un frente y ganarla. Hoy día, gracias a Dios, hemos aprendido aún más. Hemos comprendido verdades más profundas. El pueblo alemán se halla sinceramente deseoso de efectuar una profunda y final reconciliación con sus antiguos enemigos. Sustentamos una creencia fundamental: la de que no debemos cruzar nunca más los aceros con nuestros vecinos.*

Teniente general Siegfried Westphal, jefe de Estado Mayor del Comandante Supremo del Oeste (1944-1945), 1956.

### EL INFIERNO DE HITLER

Buchenwald, Bergen-Belsen, Dachau, Lublin-Maidanek, Auschwitz, Gotha, Erla, Nordhausen, Ohrdruff, Luckenwalde, Ganow, Oberusel. Estos fueron algunos de los peores campos de concentración nazis, cuyos nombres están escritos con sangre en las páginas más sombrías de la historia.

Los rumores acerca de los horrores indecibles que encerraban los campos nazis de exterminio ya se habían filtrado fuera



de Alemania antes del fin de la guerra. Pero eran muy pocos los que los creían. Muchos se acordaban aún de la exagerada propaganda aliada hecha durante la Gran Guerra acerca de las atrocidades alemanas; por ejemplo, de que los alemanes cortaban los brazos y las piernas de sus víctimas y freían a los niños en aceite a fin de conseguir lubricante para la máquina de guerra del Kaiser. Nadie estaba dispuesto a dejarse engañar de nuevo.

Pero cuando se conocieron las espantosas y casi increíbles pruebas de la bestialidad nazi, oleada tras oleada de indignación recorrió el mundo. Esta vez no se trataba de burdas patrañas, sino de diabólicas atrocidades irrefutablemente demostradas por películas y escritos. La humanidad, abrumada, fue comprendiendo poco a poco que Hitler y los nazis habían iniciado con toda deliberación, para llevarlo a efecto sistemáticamente, un vasto programa de guerra biológica contra personas civiles y prisioneros de guerra, que se convirtió en la más espantosa matanza de la historia. Eran hechos increíbles pero irrefutables. Su finalidad consistía en debilitar a los pueblos de Europa que Hitler había catalogado como «inferiores» y «destructores de la cultura», o sea judíos, polacos, checos, franceses y rusos, para allanar el camino a la «raza nórdica y aria, de pura sangre», que debía dominar el mundo.

Más de 10.000.000 de seres humanos fueron exterminados en los campos de concentración nazis para alcanzar este objetivo. Los judíos europeos fueron quienes llevaron la peor parte. De los 9.600.000 judíos que vivían en la Europa dominada por los nazis, desaparecieron como mínimo 5.700.000. La mayoría fueron muertos en las cámaras de gas. Existía una terrible variedad en los métodos de ejecución: la gasificación, el fusilamiento, la horca, el hambre, la marca con hierros al rojo vivo, el destripamiento, la inhumación en vida, las inyecciones de veneno, la cirugía «experimental», la muerte por congelación.

La verdad se reveló cuando los ejércitos aliados, en su rápida penetración hacia el corazón de Alemania, liberaron un campo de concentración tras otro. Los curtidos veteranos, acostumbrados a la vista y el olor de la muerte, sentían náuseas ante lo que contemplaban sus ojos en aquellas «gehennas». Apenas podían dar crédito a lo que veían. Pero allí estaban las pruebas: hileras de hornos crematorios, cámaras de gas camufladas como salas de duchas, miles de cadáveres amontonados como troncos, otros arrojados en fosas comunes y zanjás. Y a su encuentro salían tambaleándose unos esqueletos ambulantes, unos seres humanos demacrados, famélicos, que les contemplaban con incredulidad, que emitían estertores y cuyas mentes estaban enturbiadas por el hambre, la enferme-

dad y los sufrimientos. Muchos soldados no podían contener el llanto en presencia de aquel ejército de míseros e infortunados.

El general Eisenhower, que vio por primera vez uno de estos campos del horror cerca de la ciudad de Gotha, manifestó que «nunca había experimentado una impresión semejante». Visitó detenidamente el campo, hasta sus últimos rincones, para poder atestiguar con informes de primera mano «en el caso de que en los Estados Unidos creyesen que las historias acerca de la brutalidad nazi eran simple propaganda». Aquella misma noche cablegrafió a Washington y a Londres pidiendo a los dos gobiernos que enviaran inmediatamente un grupo de directores de periódico y jurisconsultos a Alemania para que viesan y palpasen aquellas pruebas indiscutibles. No estaba dispuesto a admitir «cínicas dudas».

La enormidad de estos crímenes se puso de manifiesto más tarde durante el juicio de Nuremberg, como se desprende de los siguientes cargos:

*Otrosí:* Se efectuaron ejecuciones en masa, con acompañamiento de música interpretada por los propios reclusos.

*Otrosí:* Los funcionarios y guardianes de los campos de concentración disecaban cráneos humanos para guardarlos como recuerdo y fabricaban pantallas para lámparas, bolsos de mano y guantes con la piel de los prisioneros.

*Otrosí:* En las carretas cargadas con los muertos destinados a los crematorios, se metía también a prisioneros aún vivos.

*Otrosí:* Los cadáveres eran enviados a los barberos, que les quitaban el pelo, y a los dentistas del campo, que les arrancaban los dientes de oro antes de la cremación.

*Otrosí:* Los prisioneros que se negaban a hablar eran metidos en celdas revestidas de asbesto, donde se les sometía a altísimas temperaturas, hasta cocerlos vivos en la práctica.

Ni siquiera los niños se libraban del infierno alemán. Lo que sigue está tomado del sumario del proceso de Nuremberg:

Juntamente con los adultos, los conspiradores nazis llegaron también a aniquilar despiadadamente a los niños. Les mataban con sus padres, por grupos y solos. Les mataban en las guarderías infantiles y en los hospitales, enterrándoles vivos, arrojándoles a las llamas, pinchándoles con bayonetas, envenenándoles, realizando experimentos con ellos, extrayéndoles la sangre para efectuar transfusiones a los heridos de guerra alemanes, encarcelándoles y metiéndoles en las cámaras de tortura de la Gestapo y campos de concentración, donde los niños morían a causa del hambre, las torturas y las enfermedades epidémicas.

El sadismo llegó al colmo en los experimentos médicos. Los prisioneros servían de conejillos de Indias y en ellos se



practicaba la vivisección. Servían para probar nuevas toxinas y antitoxinas. Doscientos médicos alemanes participaron en experimentos consistentes en amputar miembros para realizar pruebas de injerto; en inyectar gasolina para conseguir la eutanasia o muerte rápida; en sumergir durante largo rato a sus víctimas en agua helada para anotar sus reacciones; en colocar a seres humanos en cámaras de descompresión donde se reproducían las condiciones existentes a 20.000 metros de altitud; en introducir pedazos de vidrio, trapos sucios y tierra en las heridas para reproducir las condiciones aproximadas de las heridas causadas en el campo de batalla. Los prisioneros que se ofrecían voluntarios para estos experimentos conseguían mejores alojamientos y más comida. Todo esto se hacía en nombre de la ciencia del Nuevo Orden.

Una de las peores «fábricas de la muerte» era Buchenwald, a poco más de 6 km de Weimar, famoso foco cultural de Alemania, que evocaba el recuerdo de ilustres figuras literarias: Goethe, Schiller, Wieland y otros grandes escritores. El 10 de abril de 1945, Buchenwald fue liberado por unidades de la LXXX División norteamericana. Los soldados estadounidenses encontraron unas obras construidas al parecer con carácter permanente. Había un pequeño campo para la recepción de los prisioneros, hileras de barracones, un hospital, un centro de experimentación médica, un departamento para la eliminación de los cadáveres y una fábrica de armamentos. Esta última, donde se manufacturaban ametralladoras, armas cortas y municiones, funcionaba durante las 24 horas del día, con dos turnos de prisioneros, que trabajaban 12 horas cada uno.

Una comisión investigadora del Congreso presentó un informe sobre las condiciones reinantes en Buchenwald:

En el Campo Pequeño, donde los prisioneros dormían en grupos de 16 sobre una tarima, cualquier infracción de la disciplina, en especial los intentos de fuga, solía ser castigada con la ejecución del grupo entero de 16 personas, que eran conducidas inmediatamente hacia una puertecita abierta en la cerca del patio posterior y que daba a un punto contiguo al edificio donde estaban los hornos crematorios...

Los condenados eran empujados para que pasasen por la puertecita y entonces caían por un pozo de 4 metros de profundidad y con el piso de cemento. Era la cámara de estrangulación. Así que caían al fondo del pozo, los guardias de las S.S. les echaban al cuello una corta soga doble y después los colgaban en ganchos de las paredes, a unos 2 metros de altura. En las paredes había una hilera de unos 45 ó 50 de estos ganchos.

Edward R. Murrow, de la «Columbia Broadcasting System», fue otro testigo presencial:

Surgió a mi alrededor una muchedumbre maloliente; los hombres y los muchachos tendían las manos hacia mí para tocarme. Iban cubiertos de harapos y uniformes hechos jirones. La muerte se pintaba ya en la cara de muchos de ellos...

Cuando entré en uno de los barracones, sus ocupantes se agruparon a mi alrededor, tratando de levantarme en hombros, pero se hallaban demasiado débiles para hacerlo. En su mayoría, no podían ni alzarse del camastro. Me dijeron que aquel edificio era un antiguo establo donde antes se habían albergado hasta 80 caballos. Pero a la sazón había allí 1.200 hombres, con una sola litera para cinco. El hedor era absolutamente indescriptible...

Os ruego que creáis lo que os cuento sobre Buchenwald. Me limito a referir lo que he visto y oído, pero sólo en parte, pues para muchas cosas no existen palabras capaces de describirlas.

Los muertos abundan en la guerra, pero allí vi muertos vivientes — más de 20.000 en un solo campo — y la campiña vecina era bella y bucólica, y los alemanes que vivían en la región estaban bien alimentados y bien vestidos...

Seis días después de la liberación de Buchenwald, alrededor de 1.200 personas «bien alimentadas y bien vestidas», procedentes de la vecina población de Weimar, fueron obligadas a visitar el campo de concentración para que viesen por sí mismas que aquellos horrores y atrocidades no eran un engendro de la imaginación aliada. Lo visitaron todo: los patíbulos, las cámaras de tortura, las salas de disección, los hornos crematorios. Contemplaron colecciones de objetos hechos de «pergamino», que era en realidad piel humana, esqueletos vivientes amontonados en tres pisos de literas, hombres ancianos y moribundos. Y a su alrededor, millares de esclavos liberados los contemplaban en silencio.

La reacción de los paisanos alemanes fue la siguiente, según Gene Currihan, del *New York Times*:

Los alemanes que aquel día visitaron estos lugares, no pudieron contener el llanto. Los que no lloraban se sentían avergonzados, afirmando que ignoraban totalmente aquellos horrores...

Algunos alemanes se mostraron escépticos al principio, como si se tratase únicamente de un espectáculo preparado para impresionarlos, pero no tardaron en convencerse... los hombres palidecían y las mujeres tenían que marcharse al no poder resistirlo. Era demasiado para ellos.

Aquellas gentes, imbuidas de la propaganda nazi desde 1933, empezaban a ver claro. Ninguna propaganda norteamericana hubiera podido convencerles más de lo que veían con sus propios ojos. ¡Aquello era lo que había perpetrado su propio gobierno!



Patrick Gordon-Walker, un historiador inglés, refirió la pesadilla de Belsen:

Fui a Belsen. Era un vasto recinto rodeado de alambradas... En el exterior del campo, situado entre arbustos, pinos y brezos recientemente plantados, se alzaban grandes cartelones donde en letras rojas se leía: *Peligro - Tifus...*

Al día siguiente llegaron algunas tropas del cuerpo de alabarderos reales. Los reclusos se agruparon a su alrededor, besándose las manos y los pies..., sin poder sostenerse de debilidad. A nuestro alrededor veíamos cadáveres en diversos grados de putrefacción, amontonados sin orden ni concierto...

Se contaron alrededor de 35.000 cadáveres, número superior al de los vivos, pues de éstos sólo había unos 30.000...

Los hombres de las S. S. fueron obligados a entrar, empujándolos rudamente, y se les hizo subir sobre los montones de cadáveres para proceder a arrojarlos a las grandes fosas comunes. Estaban tan agotados que se dejaban caer entre los muertos. Una sardónica muchedumbre contemplaba su macabro trabajo, que realizaban fuertemente protegidos, para evitar que los linchasen...

A la mañana siguiente me marché de aquel infierno. Al irme, lo vi todo muy claro... Contra esto luchamos. No es propaganda. Es la verdad pura y simple.

Quizá el lugar donde se cometieron las peores atrocidades fue Dachau, campo próximo a Munich, donde 32.000 personas fueron liberadas el 29 de abril de 1945. El método de ejecución que aquí se aplicaba era verdaderamente diabólico. Los guardianes proporcionaban a sus víctimas una toalla y una pastilla de jabón, ordenándoles que penetrasen en la *Brausebad*, la sala de duchas. Se les hacía formar en el exterior para penetrar en una sala donde se desnudaban. Los infelices suponían que de las duchas instaladas en el techo caería agua, pero lo que salía por ellas era gas. Los cadáveres de las víctimas eran sacados después por una puerta trasera y conducidos al crematorio adjunto, donde cinco hornos, con capacidad para varios cuerpos cada uno, funcionaban ininterrumpidamente. ¡Qué modelo de la eficiencia nazi!

Un abogado y estudioso polaco, el Dr. Rafael Lemkin, acuñó el neologismo «genocidio», derivado del griego *geno* (tribu, raza) y el latín *cida* (matar o exterminar), para denominar estas terribles matanzas colectivas. El profesor Lemkin citó la frase de Hitler que figura en el *Mein Kampf*: «El espíritu más grande puede liquidarse si el hombre en quien se encarna es golpeado con una cachiporra de goma.»

Los dirigentes nazis tuvieron que responder ante el tribunal de Nuremberg de sus múltiples fechorías y atrocidades, entre las que se contaban el asesinato y el pillaje. Con ellos

fueron juzgados varios de sus esbirros, que trataban de excusarse diciendo que ellos no eran responsables, pues se limitaron a cumplir las órdenes recibidas. Entre éstos figuraban Josef Kramer, de brutales facciones, llamado la «Bestia de Belsen», y la glacial Ilse Koch, conocida por el nombre de «Arpia de Buchenwald».

## LA MUERTE DE FRANKLIN D. ROOSEVELT

Franklin Delano Roosevelt, trigésimo segundo presidente de los Estados Unidos, puntal de la causa aliada y forjador de la victoria, no vivió hasta poder presenciar el triunfo final. Durante meses, el presidente, que entonces contaba 63 años, luchó contra los avances de la enfermedad que le minaba. Los visitantes de la Casa Blanca observaron su palidez y se hicieron muchas cábalas y conjeturas acerca de la pretendida gravedad de su estado, rumoreándose que iba a someterse a una operación.

En el tercer mes de su cuarto mandato presidencial, Roosevelt fue a tomarse un merecido descanso a su segunda residencia, la Pequeña Casa Blanca, que se alzaba en la cumbre de Pine Mountain, cerca de Warm Springs (Georgia). Poco después del mediodía del 12 de abril de 1945, mientras el Presidente permanecía tranquilamente sentado junto a la chimenea, posando para un artista que le hacía un retrato, dijo de pronto: «Tengo un dolor de cabeza espantoso.» Éstas fueron sus últimas palabras. A los pocos minutos había perdido el conocimiento y falleció dos horas después a causa de una profusa hemorragia cerebral.

La noticia de la muerte del Presidente se esparció como un reguero de pólvora hasta el último confín del mundo, sufriendo en el desconsuelo a millones de personas. Al principio se negaban a creerla, pero por último tuvieron que rendirse a la evidencia. Las gentes susurraban por doquier, con voz ahogada por la emoción: «¡Roosevelt ha muerto! ¡Roosevelt ha muerto!» Todos daban rienda suelta a un llanto incontenible.

«Aquello finalmente lo aplastó», dijo Robert E. Sherwood. «No pudo continuar soportando la carga.» Con «aquello», Sherwood se refería a la tremenda responsabilidad que había pesado sobre sus hombros durante tantos años.

Éstos fueron algunos de los comentarios del pueblo:

Un modesto dueño de una empresa de pompas fúnebres, de origen italiano y que vivía en la neoyorquina Mulberry Street: «Es lamentable..., verdaderamente lamentable que este gran hombre no haya podido sobrellevar su fardo algún tiem-



po más para disfrutar de la paz que consiguió para todos.»

Un apenado negro, que tenía su pequeño puesto frente a unos almacenes de la Avenida Lenox, dijo: «No os preocupéis. Era un gran hombre de grandes ideales y no se dormía sobre sus laureles. Ha dejado sus planes trazados para que los demás los realicen.»

Millares de personas reaccionaron de la misma manera: «Yo nunca lo había visto..., pero lo conocía, sí, lo conocía.»

La Sociedad Filarmónica de Nueva York suspendió inmediatamente el concierto que debía celebrar en Carnegie Hall, al conocerse la noticia del fallecimiento. Aquella entidad, que contaba 103 años de vida, únicamente había suspendido un concierto en otra ocasión: en abril de 1865, cuando Lincoln fue asesinado.

Los poderosos y los humildes se volcaron igualmente en sus expresiones de condolencia. Para Churchill, la muerte de Roosevelt fue «una pérdida para la nación británica y para la causa de la libertad en todos los países». Su Santidad el Papa Pío XII recibió la noticia con visible pesar. El generalísimo Chiang Kai-Chek, anonadado, no pudo probar bocado durante mucho tiempo y se sumió en una triste meditación.

Roosevelt había conquistado el corazón del pueblo norteamericano, que conocía muy bien su naturaleza humana y bondadosa. Sus sencillas charlas radiofónicas y su valor sin desfallecimientos, que le permitía «remontarse sobre circunstancias que hubieran abrumado a otros hombres con su peso». Todos conocían la terrible lucha que libraba contra la poliomielitis. En lugar de entregarse a la desesperación, reaccionó contra la terrible enfermedad hasta conseguir andar con ayuda de muletas y bastones, pese a los constantes dolores que sufría.

La revolucionaria carrera política de Roosevelt abarcó los años críticos comprendidos entre 1933 y 1945. Fue el primer presidente norteamericano reelegido para un tercer mandato y después para un cuarto. Durante los años de paz, luchó de nodadamente por arrancar a la nación de su terrible marasmo financiero. «Lo único que hemos de temer —dijo— es el temor.» Con mano suave pero firme sacó a los norteamericanos de su apatía, «para enfrentarlos con el mal y hacer que se levantasen para destruirlo». Fue el principal artífice del prodigioso programa de producción de guerra y, en gran parte, de los planes que dieron la victoria a los Aliados.

Hubo, por supuesto, quien manifestó una opinión radicalmente distinta. Algunos consideraban a Roosevelt como un peligroso demagogo con aspiraciones dictatoriales. Muchos individuos pertenecientes a las clases adineradas, cuya fortuna

salvó gracias a la decisión con que actuó en 1933, lo acusaron de haberse convertido en un «traidor a su propia clase», sin ocultar su resentimiento hacia aquel aristócrata de sangre azul que mostraba un interés excesivo por los pobres y los desheredados de este mundo. Muy pocos presidentes norteamericanos, exceptuando tal vez a Washington y Lincoln, fueron objeto de tantos y tan violentos ataques. Desde luego, no era un hombre perfecto. Entre sus defectos se contaban quizá la terquedad y el instinto de venganza; era humano, en una palabra.

Pero la mayoría se inclinaba a mostrarse de acuerdo con el juicio emitido por Winston Churchill: «Concebí una gran admiración por él en su calidad de estadista doblado de hombre de negocios y de caudillo militar. Sentía la más ilimitada confianza en su carácter entero y recto y en sus altas miras, y una consideración personal —más bien debiera decir afecto— por su persona, que hoy me siento incapaz de explicar plenamente... Ha sido en verdad una gran pérdida para la humanidad la de este hombre cuyo corazón ha dejado de latir para siempre.»

La prensa anunció el fallecimiento en una forma verdaderamente desusada, que constituía un auténtico tributo de admiración:

#### LISTA DE BAJAS DEL EJÉRCITO Y LA ARMADA

Washington, 13 de abril. — Damos a continuación las últimas bajas sufridas por las fuerzas armadas, con inclusión de los parientes.

#### *Muertos del Ejército y la Armada*

ROOSEVELT, Franklin D., Comandante en Jefe, su viuda, Mrs. Anna Eleanor Roosevelt, la Casa Blanca.

Al difunto F. D. R. le hubiera agradado esta esquela.

Una de las mayores muchedumbres que registra la historia de Washington asistió al entierro del Presidente. La comitiva fúnebre desfiló por la Avenida de Pensilvania. Los restos mortales de Roosevelt eran transportados en un armón negro del Ejército. Muchos, entre la silenciosa multitud, no podían contener el llanto. La capilla ardiente se instaló en la Sala Este de la Casa Blanca. Junto al féretro se había colocado una silla de ruedas que simbolizaba la enfermedad que hizo presa en el presidente en la flor de la vida.

En todos los países del mundo se celebraron honras fúne-



bres por el presidente norteamericano. En la catedral parisiense de Nôtre Dame se celebró una misa con asistencia del general De Gaulle. La colonia judía de París celebró funerales en la Gran Sinagoga, donde muchos miembros de la comunidad israelita vertieron lágrimas por el gran norteamericano que les había salvado de las cámaras de gas hitlerianas.

La elección del nuevo presidente, Harry S. Truman, antiguo juez del condado de Missouri, senador y vicepresidente, resultó afortunada para la nación. Le correspondió la tarea de terminar la guerra y bosquejar la paz. Truman, que era un hombre modesto, explicó su estado de ánimo a la prensa con estas palabras: «No sé si alguna vez os ha caído encima una carga de heno o un buey, muchachos, pero anoche me pareció que me caía encima todo el peso de la luna y las estrellas juntas. Comprendo que asumo una responsabilidad tremenda. ¡Rogad todos por mí, por favor!»

En un breve discurso, que duró únicamente 20 minutos, el presidente Truman expuso las principales líneas de su política. El Eje tendría que aceptar los términos de la «rendición incondicional» proclamada por el presidente Roosevelt en Casablanca en 1943. Era imposible aplicarle otras condiciones más favorables. Los criminales de guerra serían castigados. Las operaciones militares continuarían bajo el mando de los mismos almirantes y generales designados por Roosevelt. Se haría realidad una organización mundial destinada a evitar guerras futuras. Las grandes naciones del mundo debían demostrar que se hallaban dispuestas a «servir» y no a «dominar» a la comunidad mundial.

#### FIN IGNOMINIOSO DEL CÉSAR DE GUARDARROPIA

Benito Mussolini, ególatra y demagogo, fue el primer dictador totalitario que se hizo con el poder, y también el primero en perderlo. Su muerte, según dijo Milton Bracker, corresponsal del *New York Times*, fue «el más horrible final para una tiranía que jamás sufriera tirano alguno».

El 25 de abril de 1945, los ejércitos aliados convergían hacia Milán. Junto con su joven amante, Clara Petacci, y una docena de jerarcas fascistas, Mussolini se dirigía en una caravana hacia el Norte, tratando de huir a Suiza. Llevaba consigo una importante cantidad de oro.

El Duce aún se hallaba bajo la protección de los alemanes. No era más que una sombra del arrogante dictador que había entrado en la guerra para conquistar un imperio, exhortando a los italianos a «¡Creer, Obedecer, Luchar!» Ya no existía

el jactancioso y fanfarrón maestro de la invectiva, que levantaba en vilo a las vociferantes multitudes fascistas con su hipnótica elocuencia. Objeto a la sazón del desprecio de su propio pueblo, temblando de miedo, era como un animal caído en la trampa. El hombre a quien Churchill había tildado de «chacal y lacayo harapiento», había llegado al fin de su ruta.

El verdugo de Mussolini fue el «Coronel Valerio», miembro del Partido Comunista y antiguo obrero metalúrgico, que organizó una expedición «para hacer cumplir el decreto del Comité de Liberación Nacional del norte de Italia contra los responsables de la catástrofe en que se hundió Italia». «Valerio» y sus guerrilleros encontraron por casualidad a Mussolini y a su amante en una casa de campo cercana al pueblo de Giulano di Mezzegere, próximo al lago de Como. Era el 28 de abril. La Petacci, que vestía una arrugada blusa blanca, descansaba tendida en la cama. Mussolini paseaba por la estancia vistiendo un capote pardo, una gorra de la Guardia Republicana y calzando botas negras.

Mussolini manifestó su disgusto por aquella intrusión.

«Valerio» dijo con voz calmada:

—Vengo a libertaros.

Los dos prisioneros fueron obligados a salir de la habitación. Mussolini comprendió de pronto que aquellos hombres no eran amigos. Entonces se produjo un intento de soborno único en la historia del crimen:

—Si me sueltas —suplicó el Duce a su captor— te daré un imperio.

«Valerio» no pronunció palabra. Los prisioneros fueron obligados a subir en un automóvil. Pretextando haber oído algo, «Valerio» paró el coche y se apeó.

—Salid en seguida, vosotros dos. Poneos frente a esa pared. La Petacci lanzó un grito histérico:

—¡No puede usted hacer eso!

Acto seguido, «Valerio» disparó contra Mussolini y su amante.

—Cumpla la voluntad del pueblo italiano —dijo.

Los cadáveres, junto con los de una docena de jerarcas fascistas, fueron conducidos a Milán para ser exhibidos públicamente en el Piazzale Loreto, una plaza donde el año anterior los fascistas habían ejecutado a 15 patriotas italianos. Una vez allí, los cadáveres de Mussolini y sus adláteres, cubiertos de sangre y de barro, fueron arrojados al suelo como reses sacrificadas, para ser golpeados, escupidos, pisoteados y recibir todas las iras e insultos del populacho.

Una gran muchedumbre se congregó para presenciar el macabro espectáculo. Una mujer histérica vació todo el cargador de una pistola en el cuerpo del Duce, mientras chillaba: «¡Cinco



A finales de abril de 1945, las tropas soviéticas penetraron en los suburbios y empezaron a dirigirse hacia la famosa Unter den Linden, la avenida que discurría por el centro de la ciudad. Los pesados tanques rusos y los camiones portadores de cohetes avanzaban por las calles colmadas de escombros, arrollando las barricadas. Desde sus escondrijos, los últimos y desesperados defensores suicidas se arrojaban contra los tanques para hacer estallar botellas de gasolina bajo sus cadenas. Luchaban con metralletas, rifles y pistolas, saltando de los tejados a los callejones, las trincheras, los sótanos, los túneles y las galerías del «metro».

Pero la oleada rusa era incontenible y conquistaba sector tras sector, una manzana de casas tras otra. Por fin se había producido lo que tanto temían los alemanes: ¡un Stalingrado al revés!

El 23 de abril, el Primer Ejército de la Rusia Blanca irrumpió a través de las defensas del norte y el este de Berlín, alcanzando los refugios contra bombardeos aéreos. Dos días después, dos columnas soviéticas se reunieron en el centro de la ciudad, ocupando los edificios oficiales.

El 2 de mayo, Berlín se rindió al Primer Ejército de la Rusia Blanca y al Primer Ejército ucraniano. El espectáculo que se ofreció a los ojos de los rusos era dantesco. La gran ciudad se hallaba reducida a un esqueleto calcinado. Gigantescos montones de escombros hacían intransitables las calles. Kilómetro tras kilómetro, los grotescos armazones de los edificios se mantenían precariamente en pie. Parecía como si una gigantesca catástrofe natural hubiese arrasado la urbe. En el aire flotaba el hedor de los cadáveres insepultos que yacían entre las ruinas y de los animales muertos en las calles. Los vivos se limitaban a vegetar, en una existencia desprovista de significado y pensamiento, puramente animal.

Los estrategas de salón han criticado mucho al general Eisenhower. ¿Por qué permitió que los rusos tomaran Berlín? Los observadores británicos en particular acusaron al comandante supremo aliado de haber cometido un «estúpido error» al no haber hecho girar a sus ejércitos hacia el Norte, en dirección a Berlín, después de la victoriosa ofensiva a través del Rin. Consideraban hija de un «patriotismo americano» la acusación de que «el Imperio Británico quería tener sus tropas en Berlín antes de que los rusos llegasen a la capital». Continuando en sus acusaciones, argüían que Berlín se hubiera rendido antes a los aliados occidentales que a los temibles rojos. Si los norteamericanos y los ingleses hubiesen ocupado la capital germana, añadían, se hubieran evitado muchas de las posteriores dificultades surgidas con los rusos.

La cuestión tiene diversos aspectos políticos y militares. Por sus acuerdos políticos, los Aliados ya habían dividido Alemania en zonas de ocupación. La línea norte-sur, que era el límite de la zona concedida a los angloamericanos, iba desde Lübeck hasta Eisenach y la frontera austriaca. De ella quedaba excluida la capital, Berlín. El presidente Roosevelt fue objeto de duras críticas por su «increíble error», al dejar que fuese el general Eisenhower quien adoptase todas las decisiones durante las últimas semanas de la guerra.

Eisenhower informó a los jefes combinados de Estado Mayor: «Estoy convencido ahora de que Berlín ya no representaba un objetivo militar de importancia... Los factores militares, cuando el enemigo se hallaba al borde de la derrota final, tenían mayor importancia a mis ojos que las consideraciones políticas que pudiese acarrear la toma de la capital por los Aliados.»

Más tarde, en su libro *Cruzada en Europa*, Eisenhower señaló que cuando los americanos se hallaban en el Rin durante la última semana de marzo de 1945, se encontraban a 480 kilómetros de Berlín, mientras que los rusos sólo se hallaban a 50 kilómetros de la capital germana. Aunque hubiese intentado cruzar el Elba con sus fuerzas para dirigirse a Berlín, los rusos hubiesen estado en la ciudad mucho antes de que él mismo pudiese llegar a ella. Se atuvo a la conclusión de que era preferible avanzar rápidamente a través de Alemania para juntarse con las tropas rojas y dividir el país.

En la primera semana de abril de 1945, Eisenhower aún se mostraba dudoso de una pronta victoria y creía que la guerra podía durar muy bien todo el verano. Parecía como si los alemanes intentasen replegarse a su Reducto Nacional del sur de Baviera, Austria occidental y norte de Italia, donde tratarían de resistir indefinidamente. Los Servicios de Información norteamericanos habían comunicado además la existencia de un ejército clandestino de «lobos humanos», formado por jóvenes de ambos sexos y algunos adultos, que confiaban en continuar la lucha sembrando el terror por el país y creando tales dificultades a los ocupantes que éstos sólo pensarían en marcharse. La manera de evitar que esto sucediese, en opinión de Eisenhower, consistía en no pensar de momento en Berlín y dominar en cambio toda la nación.

Pero en realidad no resultó necesario penetrar en el tan careado Reducto Nacional para destruirlo. Los «hombres lobos» no llegaron a adquirir cuerpo ni consistencia. La rapidez con que avanzaban las columnas blindadas norteamericanas, que penetraron en Bohemia y alcanzaron el paso del Brennero, hizo abortar el plan de aquellos fanáticos, dispuestos a librar una



guerra de guerrillas. Las tropas alemanas se rendían en masa, rivalizando entre sí por alcanzar el privilegio de entregarse a un adversario que no fuesen los rusos.

Las críticas, no obstante, continuaban. Un comentarista británico, H. V. O'Neill, que firmaba con el seudónimo de «Strategicus», sacó la conclusión de que «Roosevelt, al que sólo le quedaban una o dos semanas de vida, fue el responsable de una orden política verdaderamente increíble, que Eisenhower tuvo que poner en práctica, traduciendo a términos militares. Hubiéramos preferido que aquel gran hombre hubiese vuelto la última página de su vida con una decisión más acorde con su carácter y con las causas que defendía».

Los críticos ladraban, pero lo importante era que la demencial estructura de Hitler caía piedra por piedra en un completo *Zusammenbruch* (colapso). El sorprendente relato de los últimos días del Tercer Reich fue revelado por un archivero norteamericano, el doctor Gerhard Weinberg, que reprodujo en microfilm 11.000.000 de páginas pertenecientes a los archivos militares alemanes y del partido nazi, caídos en poder de las fuerzas norteamericanas. Aunque pueda parecer sorprendente, esta documentación, en lugar de constituir una muestra de la tradicional eficiencia alemana, únicamente revelaba un increíble papeleo y unas interminables formalidades burocráticas en el Tercer Reich hitleriano. Un documento demostraba que «en abril de 1945, con los tanques aliados cruzando frente a las desportilladas ventanas de la sede del partido, los fieles seguidores del Führer extendían solicitudes para obtener sujetapapeles destinados a atender sus necesidades durante el cuarto trimestre de 1945».

La Alemania meticulosa y organizada se había sumido en una despótica anarquía. En opinión del doctor Weinberg: «El *Pilzfachberater*, o sea el consejero en asuntos relacionados con las setas, podía considerarse afortunado. Sabía que tenía que ser un ciudadano de indiscutible experiencia en setas y que su deber consistía en aconsejar al *Kreisleiter*, jefe local del partido, en todas las cuestiones relacionadas con las setas. La inmensa mayoría de funcionarios no podían decir otro tanto, pues no tenían sus méritos y deberes precisados con tanta exactitud.»

#### «GÖTTERDÄMMERUNG»:

#### LOS ÚLTIMOS DÍAS DE ADOLFO HITLER

El feroz fanatismo de los últimos días se puso de manifiesto en el incidente del *Leibstandarte Adolf Hitler*. Esta unidad, formada por fidelísimos seguidores del Führer, combatía en el

alto Danubio, donde Hitler le dio orden de atacar, pese a la abrumadora superioridad del enemigo. Para empeorar aún más las cosas hacía un tiempo pésimo, pero las tropas, considerando sagrada la orden de Hitler, avanzaron como un solo hombre, en realidad como reses llevadas al matadero, pues el ataque se convirtió en una carnicería y una espantosa derrota.

La noticia del desastre provocó en Hitler un verdadero paroxismo de ira. Para castigar y degradar a aquellos soldados, ordenó que todos los supervivientes del L. A. H. se quitasen sus brazales. Furiosos, los miembros de aquella unidad de choque se arrancaron sus condecoraciones y se las enviaron a Hitler en un orinal de latón. Junto con el orinal, le enviaron también el brazo, del que no habían quitado el brazal, de uno de sus camaradas muertos. Esto demuestra la vesanía que hacía estragos en los días postreros del Tercer Reich.

En los 10 días que faltaban para el quincuagésimo sexto cumpleaños de Hitler, que se cumplía en el 20 de abril de 1945, un desastre seguía a otro. La contraofensiva de las Ardenas, el canto del cisne de los ejércitos alemanes en el Oeste, no consiguió detener la oleada angloamericana, que ya había traspuesto el Rin. Las divisiones nazis concentradas en el Este no podían contener a los rusos. El Tercer Reich estaba casi partido en dos: sólo quedaba un pequeño corredor que separaba a los norteamericanos, que ya habían cruzado el Elba, de los rusos, que habían cruzado el Oder y el Neisse y golpeaban con su ariete las puertas de Berlín. En el Norte, los ingleses avanzaban hacia Bremen y Hamburgo. Eisenhower, Montgomery y Zhukov estaban haciendo pedazos al Tercer Reich.

Uno tras otro, los jerarcas nazis, comprendiendo que el fin estaba próximo y medio muertos de terror ante la perspectiva de caer en manos de los rusos, abandonaron Berlín para buscar refugio en otros lugares. ¿Pero, qué haría Adolfo Hitler? ¿No se retiraría a una apartada caverna de los montes, como dice la leyenda que hizo Federico Barbarroja, para salir de ella algún día y dirigir de nuevo al pueblo alemán en una victoriosa lucha contra sus enemigos?

Era imposible adivinar los designios del Führer. Desoyendo todas las súplicas que se le hacían para que se retirase al reducto bávaro, decidió permanecer en Berlín. Había resuelto quedarse allí, rodeado de su camarilla de adulones, curanderos y astrólogos, para perecer en un atronador final wagneriano.

La Cancillería del Reich, vasto monumento a la egolatría hitleriana, mausoleo de grandes sillares de mármol, puertas imponentes y deslumbradoras arañas, todo ello de pésimo gusto, ya había sido bombardeada por la aviación aliada y la artillería roja, que ennegrecieron sus blancas paredes. A gran profundidad



bajo la Cancillería se construyó durante la guerra un verdadero laberinto de refugios y *bunkers*. La residencia de Hitler consistía en 18 habitaciones pequeñas e incómodas. Allí se representó el último acto de aquel drama de pacotilla que era el nazismo y que tuvo lugar, según el historiador inglés H. R. Trevor-Roper, en «un país del cuco, situado en las nubes».

Hitler, rodeado de sus últimos seguidores, continuó representando su papel de genio de la guerra. Convocaba a sus esbirros a conferencias diarias, estudiaba los gigantescos mapas de operaciones, daba órdenes de ataque a unidades ya inexistentes y llamaba a su fenecida aviación para que machacase al enemigo. Sufría tremendas pataletas cuando se enteraba de nuevas traiciones y en una ocasión se puso a chillar que no le quedaba otro recurso que morirse.

Al principio se aferró al espejismo de un milagro imposible que terminase con el asedio de Berlín. «Se empeñaba en seguir considerándose jefe de un gran ejército», escribió Arthur Bryant; «hablaba de formaciones esqueléticas de supervivientes desorganizados, como si fuesen cuerpos de ejército aún poderosos, y abroncaba a sus mariscales... No quería oír hablar de paz; únicamente deseaba recuperar su antiguo imperio.» Estas locas esperanzas pronto se convirtieron en humo.

Los que aún le rodeaban fueron testigos de un espectáculo espeluznante y fantástico. Un día Hitler se sentía en el colmo de la euforia para hundirse al siguiente en la más negra desesperación. La agonía definitiva de «aquel hombre perverso, aquel monstruoso engendro del odio y el orgullo», como lo denominó Churchill, era un espectáculo que no tenía nada de agradable...

La guerra había minado profundamente la salud de Hitler. En 1942, Goebbels ya difundió por radio un patético retrato del «Führer con el semblante demacrado y lleno de arrugas, con la expresión de un Atlas que sostuviese al mundo sobre sus hombros». Al año siguiente, Goebbels anotó en su diario: «El Führer parece haber envejecido quince años durante estos tres años y medio de guerra.»

En abril de 1945, cuando todo su mundo se hundía a su alrededor, Hitler era una sombra de sí mismo. Tenía la cara y las manos tan pálidas que dijérase que por ellas no circulaba la sangre; sus extremidades temblaban; arrastraba la pierna izquierda al andar y caminaba encorvado e inclinado. Su lamentable estado físico se debía al desarrollo progresivo de la enfermedad de Parkinson o, como parece más probable, a un creciente histerismo. Privado de aire, de ejercicio y comida, durmiendo apenas tres horas diarias, permanecía en el oscuro e insalubre *bunker*, quejándose de continuadas jaquecas y dolores de estómago. El atentado del 20 de julio le dejó tullido

físicamente y lesionado en lo moral. En noviembre de 1944 sufrió una operación en el oído para aliviar la opresión que sufría a consecuencia de la conmoción.

Hitler estaba siendo envenenado lentamente por las píldoras que le administraba el doctor Theodor Morell, su médico personal de 1939 a 1945. Este antiguo médico naval había hecho después prácticas entre las damas de vida fácil de Berlín convirtiéndose más adelante en fabricante de chocolates vitaminados, de estimulantes, afrodisíacos y un insecticida que bautizó con el nombre de «Polvos Rusos para los piojos». Pretendía ser el verdadero descubridor de la penicilina, cuyo secreto, según aseguraba, le había sido robado por el *Intelligence Service*. Este engreído curandero gozaba de la confianza de Hitler. Según reconoció más tarde, administraba 28 mezclas diferentes de drogas a su neurasténico paciente, sin contar la morfina y los sedantes. Durante los dos últimos años de su vida, Morell puso inyecciones diarias a Hitler y le hizo ingerir, también diariamente, una gran variedad de píldoras y grageas.

Aunque Hitler no sufría ninguna enfermedad orgánica, se convirtió en una ruina física. Trevor-Roper lo explica así: «El trabajo incesante, la pérdida de toda libertad, la frustración de sus últimas esperanzas, las drogas de Morell y, tal vez aún más que todos estos factores juntos, la violencia de su temperamento al hallarse rodeado de amargura y derrota, redujeron a quien había sido poderoso conquistador al estado de tembloroso espectro.»

Hitler no sólo recordaba las antiguas traiciones, sino que constantemente descubría otras nuevas. «Todos me engañan —gemía—. ¡Nadie me ha dicho nunca la verdad!»

Aún se esforzaba por mostrarse retador frente a sus enemigos: «Jamás capitularemos... jamás. Podremos ser destruidos, pero en este caso arrastraremos a un mundo en llamas con nosotros.» A su ministro de armamentos, Albert Speer, le habló en los siguientes términos: «Si perdemos la guerra, la nación también perecerá... Ni siquiera habrá necesidad de llevar la más primitiva de las existencias. Por el contrario, valdrá más destruirla, y somos nosotros quienes debemos hacerlo. La nación ha demostrado ser débil y el futuro pertenece a las naciones orientales, más fuertes. Además, los que quedan con vida después de la batalla son de poco valor; todos los buenos han caído.»

El 12 de abril se supo que Roosevelt había muerto. Goebbels se sintió extasiado. ¿No cabía atribuir aquella muerte a la buena estrella de Hitler? Era un nuevo ejemplo de aquella necesidad histórica, de aquel milagro que ocasionó la muerte de la zarina Isabel, la peor enemiga de Federico el Grande, en 1762, en el



instante preciso en que la suerte le era más adversa al rey de Prusia. Goebbels se apresuró a telefonear a Hitler: «¡Mi Führer, os felicito! ¡Roosevelt ha muerto! Está escrito en las estrellas que la segunda mitad de abril será un momento decisivo para nosotros. Hoy es viernes, 13 de abril... ¡Ahora se inicia el cambio de suerte!»

Tres días después, Hitler redactó la siguiente orden del día: «Coincidiendo con la desaparición, decretada por el Hado, del mayor criminal de guerra de todos los tiempos, las hostilidades tomarán un sesgo decisivo.»

El 19 de abril, víspera del cumpleaños de Hitler, Goebbels se dirigió por radio a los alemanes para pedirles que no olvidasen jamás a su caudillo. «Vivimos los últimos actos de una tremenda tragedia. El desenlace es inminente. Confíemos en nuestra buena estrella.»

Hitler aún demostró cierta confianza durante la fiesta íntima con que se celebró su cumpleaños: «Comenzamos ahora una batalla tan fanática como la que tuvimos que librar para ascender al poder hace unos años.» Al día siguiente, el Führer aún ordenó otro «ataque final».

Adolfo Hitler celebró su última conferencia de guerra el 22 de abril de 1945. Presa de un berrinche se puso a gritar que lo habían abandonado, que por doquier veía muestras de inepticia, corrupción, mentiras y traiciones. Acusó al ejército y a sus jefes, afirmando que había que ahorcar a toda la *Luftwaffe*. Todo había terminado. El Tercer Reich había sido un fracaso. No le quedaba otro recurso que quitarse la vida. Bajo ningún pretexto se dirigiría al Sur. Se quedaría en Berlín para morir allí.

Al día siguiente recibió un telegrama de Goering:

Mi Führer: En vista de vuestra decisión de permanecer en vuestro puesto al frente de la fortaleza de Berlín, ¿estáis de acuerdo en que asuma inmediatamente la dirección total del Reich, con plena libertad de acción en el interior y el exterior, en calidad de delegado vuestro, de acuerdo con vuestro decreto del 29 de junio de 1941? Si no recibo respuesta antes de las 10 de esta noche, entenderé que habéis perdido vuestra libertad de acción, considerando como cumplidas las condiciones de vuestro decreto y actuando en consecuencia para el bien de nuestra patria y de nuestro pueblo. Podéis suponer cuáles son mis sentimientos hacia vos en la hora más grave de mi vida. Me faltan palabras para expresarlos. Que Dios os proteja y os haga venir aquí con rapidez, a pesar de todo. Vuestro leal,

HERMANN GOERING.

Hitler estalló en una ira incontenible e impotente. Fue uno de sus últimos arrebatos de cólera. ¡Aquel abyecto traidor,

aquel maldito morfinómano, aquel *Schweinehund*... cochino perro! ¡Era otra *Dolchstoss*, una nueva puñalada por la espalda! El Führer respondió por cable. Goering era culpable de alta traición al Führer y al nacionalismo. Esto se castigaba con la muerte pero, teniendo en cuenta los anteriores servicios de Goering al partido, se le conmutaría esta pena por la de degradación. Además, debería dimitir inmediatamente todos sus cargos.

Las traiciones se sucedían, Heinrich Himmler, jefe de las S. S. y de la Gestapo, también decidió de pronto hacer algo por su cuenta para sacar a Alemania de su apuradísima situación. Sin el conocimiento de Hitler, inició negociaciones de rendición con los Aliados occidentales, utilizando como intermediario al conde sueco Folke Bernadotte. Los Aliados rechazaron desdenosamente estas proposiciones. Hitler se enteró por radio del intento de Himmler. Esto le produjo otro acceso de rabia. «¡No falta nada más!», vociferó. «¡Nada se me ha evitado! ¡Nadie tiene fidelidad ni honor! No hay amargura ni traición de que yo no haya sido víctima.»

En el exterior, los rusos se iban acercando a la Cancillería. Ya estallaban en el patio las granadas de la artillería.

El 29 de abril, convencido de la inminencia del fin, Hitler dictó dos documentos: su testamento personal y su testamento político.

En el primero, Hitler legaba todos sus bienes al partido. «En el caso de que éste ya no existiera, mis bienes revertirán al Estado; si el Estado también fuere destruido, ya no es necesaria ninguna nueva cláusula.» Legó sus colecciones de arte a Linz, la población austríaca en la que naciera. Designó como albacea suyo a «mi fidelísimo camarada del partido, Martín Bormann». «En cuanto a mí y a mi esposa preferimos la muerte para evitar la afrenta de la destitución o la capitulación.»

Hitler no pudo resistir la tentación de redactar un testamento político en dos partes, en el que empleó sus tópicos acostumbrados. Durante tres décadas, afirmó, únicamente le habían impulsado los sentimientos de amor y fidelidad hacia su pueblo, al adoptar «las más difíciles decisiones con que nunca tuvo que enfrentarse hombre viviente». No era cierto que él hubiese querido la guerra en 1939. «La guerra la deseaban y la instigaron exclusivamente los estadistas internacionales de ascendencia judía o que actuaban al dictado del judaísmo.» Él no podía abandonar Berlín. «Muero con el corazón contento, pues sé cuáles han sido las magníficas hazañas y proezas de nuestros soldados en el frente, de nuestras mujeres en la retaguardia, de nuestros campesinos y nuestros obreros en su trabajo, y el



extraordinario patriotismo de los jóvenes que llevan mi nombre.»

En la segunda parte de su testamento político, Hitler decretó la expulsión de Goering y Himmler del partido y la supresión de todos sus derechos. Como su heredero político no designó a uno de sus esbirros nazis sino a un envarado marino prusiano, el almirante Karl Doenitz, que fue presidente del Reich y Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas durante veinte días. Acto seguido pedía a Bormann, Goebbels y los otros jerarcas que se mostraban dispuestos a perecer con él, que antepusieran los intereses de la nación a sus sentimientos personales y huyeran para reconstruir el Estado Nacional-socialista. Y finalmente, Hitler volvió a su obsesión, el objeto fijo de su odio: «Y por encima de todo, pido a los dirigentes de la nación y a los que se hallen bajo su mando que observen escrupulosamente las leyes raciales y se opongan con rigor implacable al judaísmo internacional, toxina de todos los pueblos del Globo.»

Goebbels, que actuó como testigo durante la firma de ambos documentos, deseó participar en el acto final, en un gesto que le era muy característico: «Por primera vez en mi vida me niego categóricamente a obedecer una orden del Führer... Si lo hiciera, dejando aparte el hecho de que los sentimientos de humanidad y lealtad nos prohíben abandonar al Führer en su hora suprema, aparecería durante el resto de mi vida como un abyecto traidor y un delincuente común... Así, al lado del Führer terminaré una vida que ya no tendría valor para mí si no pudiera consagrarla a su servicio.»

En sus últimas horas, Hitler adoptó una decisión que había rehuido durante toda su vida. No se recataba en ocultar el temor que le inspiraban las mujeres, a causa de las dificultades que podían crearle en su vida política. Pero Eva Braun, su amiga secreta desde hacía una docena de años, era distinta. Aquella mujer atractiva, discreta, deseosa de agradar, poco exigente, proporcionaba al agobiado Führer el ambiente doméstico que su pequeña alma burguesa ansiaba. Sus relaciones se mantenían en secreto; sólo un reducido grupo de íntimos de Hitler se hallaba enterado del afecto que éste sentía por «E. B.».

El 15 de abril, Eva Braun se presentó en el refugio de la Cancillería. El Führer intentó convencerla para que se fuese, pero todo fue en vano. Hitler se conmovió profundamente. Como ya no tenía nada que perder, pues lo había perdido todo, concedería a Eva aquella situación respetable que ella deseaba desde hacía tanto tiempo y le permitiría que compartiese con él la ceremonia de su muerte.

El 29 de abril, en aquel manicomio subterráneo y teniendo por única música el fragor de las bombas y las granadas, Hitler

tomó a Eva Braun por esposa legítima. En el curso de las breves formalidades, ambos contrayentes declararon ser de ascendencia aria y hallarse libres de taras hereditarias. Luego recibieron las felicitaciones de diversos generales y secretarios. Los recién casados se retiraron a sus habitaciones particulares para desayunar. Luego Hitler se dirigió a redactar su testamento.

El 30 de abril, después de la merienda, Hitler hizo dar muerte a *Blondi*, su perro alsaciano favorito. Después, con el semblante pálido y los miembros temblorosos, recorrió en silencio todo el refugio estrechando las manos de los que encontraba en los corredores. Por último se retiró a su habitación. A las 3 horas y 15 minutos de la tarde se oyó un disparo. Los que acudieron inmediatamente, encontraron a Hitler tendido en un sofá empapado de sangre. Se había disparado un tiro en la boca. A su lado yacía Eva Braun, que se había envenenado.

Ésta fue la muerte ignominiosa de aquel monstruo rebo-sante de odio que no creó ni resolvió nada, pero que causó mayores destrucciones que ningún otro hombre de los que aparecen en las páginas de la historia. Ambos cadáveres fueron quemados en el patio. No se consiguió encontrar el menor rastro de ellos.

Casi inmediatamente surgió la leyenda según la cual Hitler aún vivía y los suicidios del *bunker* no fueron más que una farsa. Los rumores aseguraban que Hitler había huido en un submarino o en un avión. Se aseguraba que estaba en la Argentina, en una isla del Pacífico o en el Polo Norte. Pero las pruebas indican que Hitler murió en Berlín.

Hitler se quitó la vida convencido de que la historia consideraría gloriosas todas sus acciones con la sola excepción de su incapacidad para castigar a los traidores que le hicieron perder la guerra. «Un día», afirmó en el colmo de su demencia, «se celebrarán ceremonias de acción de gracias al fascismo y al nacionalsocialismo». De su frenético estado nazi apenas queda nada, como no sea el recuerdo de los grandes festivales en los que millones de hipnotizados alemanes se reunían para alcanzar la fraternidad tribal con su Führer. Más de 30.000.000 de seres humanos fueron sacrificados en el altar de este abominable tirano. Comparado con él, Genghis Khan, el conquistador mogol, era un estadista suave y benévolo.

Después de esperar «un tiempo decente» como tributo a su señor, Goebbels envenenó a sus seis hijos, pues no quería que viviesen en un mundo que no estuviese dominado por el nacionalsocialismo. Acto seguido, él y su esposa se suicidaron. Sus cadáveres, destruidos a medias por la gasolina ardiente,



fueron encontrados por los rusos. Bormann consiguió escapar y nunca más volvió a saberse de él. Mientras tanto, el general Robert von Greim, que había sido nombrado jefe de la *Luftwaffe* en sustitución del «traidor» Goering, abandonó Berlín en el último avión que salió de la capital, para dirigirse al cuartel general de Doenitz con instrucciones para proceder a una última defensa.

El 1.º de mayo, la emisora de Hamburgo comunicó que «nuestro Führer, Adolfo Hitler, luchando hasta su último aliento contra el comunismo, ha caído por Alemania esta tarde, en su Cuartel General de la Cancillería del Reich».

Acto seguido el almirante Doenitz tomó la palabra: «Hombres y mujeres alemanes, soldados de las fuerzas armadas: nuestro Führer, Adolfo Hitler, ha caído. El pueblo alemán se inclina ante él con el pesar y respeto más profundos... El Führer me ha designado como su sucesor. Plenamente consciente de mi grave responsabilidad, asumo la dirección del pueblo alemán en esta hora sombría.» Después se difundieron por las ondas los acordes del *Crepúsculo de los Dioses* de Wagner. *Lord Haw Haw*, un inglés renegado, tradujo aquellas palabras en inglés.

Aquel mismo día, Doenitz difundió la siguiente orden del día:

Camaradas de las Fuerzas Armadas alemanas:

El Führer ha caído. Fiel a su gran ideal, consistente en salvar a las naciones europeas del comunismo, ha ofrendado su vida en una muerte de héroe. En él se encarnaba uno de los más grandes héroes de la historia alemana. Con orgulloso respeto y pesar inclinamos nuestros estandartes.

El Führer me ha designado como jefe del Estado y comandante supremo... Estoy resuelto a continuar la lucha contra el comunismo... Continuaré combatiendo contra los ingleses y los norteamericanos. Mientras éstos me impidan luchar contra los comunistas... El juramento de fidelidad al Führer que todos habéis prestado queda transferido directamente a mi persona en calidad de sucesor del Führer.

¡Soldados alemanes! ¡Cumplid con vuestro deber! La existencia de nuestro pueblo está en juego.

Pero aquello era predicar en el desierto. Doenitz formó un nuevo gobierno, confiando la cartera de Asuntos Exteriores al conde Lutz Schwerin von Krosigk, antiguo ministro de Finanzas. Ribbentrop no tuvo ningún puesto en el nuevo gobierno. Luego nombró comandante supremo de la Armada alemana al almirante Hans Georg von Friedeburg.

El 2 de mayo de 1945, Doenitz trasladó su Cuartel General de Plön a Flensburg, antigua población de Schleswig, en-

viando al almirante Friedeburg a entrevistarse con el mariscal Montgomery, para proponerle la capitulación en el Oeste a fin de continuar luchando en el Este.

Montgomery rechazó con brusquedad esta petición y exigió la rendición incondicional en todos los frentes.

#### LA RENDICIÓN INCONDICIONAL DE ALEMANIA, 7 DE MAYO DE 1945

Los términos de la rendición que puso fin a la segunda Guerra Mundial en Europa fueron signados por los delegados alemanes a las dos horas y 41 minutos de la madrugada del 7 de mayo de 1945. Este dramático acontecimiento puso finalmente término a las hostilidades.

La escena se desarrolló en un tétrica escuela de ladrillo, el Colegio Moderno y Técnico de Reims, que durante algún tiempo sirvió de Cuartel General a Eisenhower. Las paredes de la pequeña aula estaban cubiertas de mapas en rojo y verde, partes de operaciones, gráficos sobre los sistemas de comunicaciones y líneas de abastecimientos, junto con listas de bajas. En el fondo había una larga y desvencijada mesa de madera pintada de negro.

A un lado de la mesa tomaron asiento tres emisarios alemanes de uniforme imaculado y semblante inexpresivo: el almirante Hans Georg von Friedeburg, comandante en jefe de la Armada alemana; el mariscal Alfred Gustav Jodl, jefe del Estado Mayor alemán, y el ayudante de este último, general de división Wilhelm Oxenius. El almirante Friedeburg parecía tranquilo, pero su calma era engañosa. La cara de Jodl parecía una máscara funeraria. Había sido consejero militar e íntimo de Hitler y terminaría sus días en el patíbulo.

Frente a ellos se sentaron varios oficiales aliados de igual graduación, todos ellos silenciosos, pero tensos y expectantes: el teniente general británico sir Frederick Morgan, por el Estado Mayor; el general francés François Sevez; el almirante sir H. M. Burrough, comandante de las fuerzas navales aliadas; el teniente general Walter Bedell Smith, jefe del Estado Mayor de Eisenhower; el teniente general Ivan Chermiaev y el general Ivan Suslaparov, por la Unión Soviética, y el general Carl A. Spaatz, comandante de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos.

El comandante supremo, general Dwight D. Eisenhower y su delegado, el mariscal del Aire sir Arthur Tedder, se hallaban ostensiblemente ausentes, esperando en un despacho próximo.



La sala se hallaba ocupada por una nube de fotógrafos que trataban de colocarse en posiciones ventajosas. Todos parecían fascinados por el intérprete del general Suslparov, un ruso de cuello corto y robusto, cabeza completamente calva «y unos ojos rutilantes, que mantenía fijos en los alemanes como si fuesen la mirada del destino».

Los cuatro instrumentos de la rendición, extendidos por cuadruplicado para los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia y Rusia, fueron firmados rápidamente, en menos de cuatro minutos. Las cláusulas eran sencillas y claras: «Nosotros, los abajo firmantes, investidos por la autoridad que nos ha sido confiada por el Alto Mando alemán, rendimos incondicionalmente al Comandante Supremo de las Fuerzas Expedicionarias aliadas, y al propio tiempo al Alto Mando soviético, todas las fuerzas de Tierra, Mar y Aire que hasta la fecha se encuentran bajo mando alemán.» Los vencedores no contraían ninguna obligación ni quedaban cabos sueltos. La Gran Guerra había enseñado una amarga lección a los Aliados, pues después de ella los alemanes pretendieron no haber sido derrotados nunca en el campo de batalla.

Jodl, con su calva brillando bajo la luz de las bombillas, pidió al general Smith permiso para hablar. Smith asintió. Jodl se levantó, muy rígido, y, mirando directamente frente a sí, habló con voz ahogada, casi sollozante:

—Tras la firma de este documento, el pueblo y las fuerzas armadas de Alemania, se ponen a la merced del vencedor, para bien o para mal. En esta guerra, que ha durado más de cinco años, ambos han sufrido y soportado mayores males que ningún otro pueblo del Globo. En esta hora, únicamente puedo expresar mis esperanzas de que el vencedor los tratará generosamente.

Los representantes aliados guardaron un hosco silencio. Casi todos ellos acababan de ver los espantosos horrores de los campos de concentración nazis y no se hallaban de humor para contestar a esta petición de clemencia. Algunos de ellos recordaron sin duda la afirmación de Churchill, quien dijo que los alemanes tratan de estrangular al enemigo o bien se arrastran a sus pies si no lo consiguen.

Los alemanes fueron conducidos después al despacho del general Eisenhower. Con una mirada dura en sus ojos azules y con voz glacial, Eisenhower, en tono seco e incisivo, preguntó a través de un intérprete si Jodl comprendía plenamente todas las cláusulas del documento que acababa de firmar. Jodl se limitó a responder con un breve «Ja».

Eisenhower agregó entonces:

—Le hago a usted responsable, oficial y personalmente,

de cualquier transgresión de los términos de este documento de rendición, incluso de las cláusulas que estipulan la presencia de comandantes alemanes en Berlín en el momento fijado por el Alto Mando ruso para efectuar la rendición ante aquel gobierno. Esto es todo.

Jodl saludó y en compañía de sus abatidos compañeros abandonó el edificio.

Aquel mismo día, el conde Lutz Schwerin von Krosigk, hombre estudioso que nunca había participado activamente en la política nazi y al que Doenitz había nombrado Ministro de Asuntos Exteriores en sustitución de Von Ribbentrop, lanzó una proclama desde Flensburg, localidad próxima a la frontera danesa y sede del nuevo gobierno alemán: «El Alto Mando de las Fuerzas Armadas ha declarado hoy, por orden del gran almirante Doenitz, que todas las tropas alemanas que aún combaten se sometan a la rendición incondicional.»

Según los términos de la rendición firmada en Reims, los jefes de las fuerzas armadas alemanas tenían que presentarse en Berlín, para ratificar la rendición en el Cuartel General soviético. Esta segunda ceremonia tenía por objeto simbolizar la unidad existente entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética, y hacer ver a los alemanes y al mundo entero que la rendición se hacía extensiva a todos y no sólo a los Aliados occidentales.

Por consiguiente, media hora antes de la medianoche del 8 de mayo, el instrumento de rendición incondicional fue ratificado en Berlín, siendo aceptado y firmado por el mariscal Wilhelm Keitel en representación del ejército alemán, el almirante Hans Georg von Friedeburg por la armada alemana, y el coronel general Hans von Stumpf por la *Luftwaffe*. El mariscal Georgi Zhukov firmó el documento por la Unión Soviética, el general Carl A. Spaatz por los Estados Unidos y el teniente general Jean de Lattre de Tassigny por Francia. El mariscal del Aire sir Arthur Tedder, en nombre del general Eisenhower, también firmó los últimos protocolos de la capitulación.

Keitel, arrogante y furioso, firmó los artículos del documento para quejarse después de que no lo había leído e insistir que tenían que concederle 24 horas más para informar a sus tropas de que no sólo tenían que rendirse, sino entregar también sus armas. A través de un intérprete pidió a Zhukov un plazo de 24 horas. El ruso, con semblante inexpresivo, mantenía la vista fija en el espacio, guardando completo silencio. Keitel cerró de un golpe su cartera, saludó militarmente y abandonó la estancia.

Por primera vez en la historia moderna, todas las fuerzas



armadas de una nación, tanto oficiales como soldados, se convirtieron en prisioneros de guerra.

Los rusos hicieron una película muy detallada de esta ceremonia para proyectarla en la U. R. S. S. Eisenhower, que unos meses más tarde vio la película en Moscú, observó que sólo aparecía en ella el cuartel general de Zhukov, sin mencionarse para nada la anterior rendición, efectuada en Reims.

Las circunstancias que rodearon a esta rendición desencadenaron una violenta polémica periodística. Dieciséis reporteros elegidos para presenciar el acto de la firma en Reims, se comprometieron por su honor en no comunicar la noticia ni sus resultados hasta que el director de Relaciones Públicas del Mando Supremo de las Fuerzas Expedicionarias aliadas autorizase su publicación. Con esto se quería evitar que se difundiese la noticia de la primera firma antes de que ésta se ratificase al día siguiente en Berlín. Así la noticia podría aparecer simultáneamente en Washington, Londres y Moscú.

Después de efectuarse la rendición en Reims, un corresponsal de la *Associated Press*, Edward Kennedy, consiguió comunicar la noticia por teléfono a Londres. A los pocos minutos la noticia se difundió como un reguero de pólvora por el mundo aliado, provocando locas manifestaciones de júbilo. Kennedy fue duramente criticado por sus enfurecidos colegas, quienes lo acusaron de haber cometido «el más desgraciado, deliberado e inmoral acto que registra la historia del periodismo» al pisarles de aquel modo la información. En cambio, otros lo alabaron por apuntarse uno de los mayores éxitos periodísticos que registra la historia.

Kennedy trató de defenderse: «Yo únicamente me había comprometido a no comunicar la noticia antes de que se hubiese efectuado la firma de la rendición. No se trataba de ningún secreto militar. Yo me limité a cumplir con mi deber informativo y no pensaba en pisar el terreno a nadie.» La *Associated Press* no le prestó su apoyo y le retiró su nombramiento de corresponsal de guerra, pero el general Eisenhower le devolvió sus credenciales, pues no veía que lo sucedido hubiese causado daño a nadie, «exceptuando a otras publicaciones».

Al término de la Gran Guerra ocurrió otro incidente similar cuando Roy W. Howard, de la *United Press*, informó que se había firmado el armisticio cuatro días antes de que éste tuviese lugar. Ambos casos eran casi idénticos, con la sola excepción de que la noticia de Howard era falsa y la de Kennedy auténtica.

Al fin, la brutal máquina militar de Hitler yacía por los suelos, aplastada y humeante. La derrota era completa, defini-

tiva, la más devastadora infligida a una nación en los tiempos modernos.

Muchos y muy diversos fueron los factores que contribuyeron a ella: la indómita y resuelta resistencia del pueblo inglés cuando se encontró solo en 1940; el abrumador poderío de la industria norteamericana; la limpieza de las rutas marítimas, que permitió que los recursos norteamericanos afluyesen en cantidades ingentes para combatir al enemigo; los inventos realizados por los sabios aliados en la batalla de los laboratorios; los crecientes movimientos de resistencia en los países ocupados; los efectos acumulados del potencial aéreo aliado, que expulsó a la *Luftwaffe* de los cielos y fue despojando rápidamente a Alemania de los medios y la voluntad de resistir; la eficacia de los dirigentes aliados, que trabajaron conjuntamente para alcanzar un objetivo común; la pericia, valor y espíritu de improvisación de los ejércitos aliados, que en cien campos de batalla, desde el Norte de África hasta más allá del Rin, superaron a los «robots» de Hitler en el propio tipo de guerra motorizada que ellos habían creado.

A estos golpes contundentes hay que añadir los errores que cometieron los alemanes. El principal error de Hitler desde el punto de vista militar fue un exceso de confianza. El pequeño austríaco, de mentalidad provinciana, menospreciaba el poderío y la resistencia de sus adversarios. Se equivocó en sus cálculos sobre la capacidad de producción aliada, sobre la combatividad de su enemigo y sobre las dotes de mando de sus dirigentes. No comprendió el alcance incalculable del potencial aéreo aliado y no se hallaba preparado para los colosales golpes que tuvieron que soportar sus fábricas, ciudades y líneas de comunicaciones.

El Führer de Alemania, embriagado por sus primeras victorias, no supo adoptar una estrategia clara y definida. No sabía cómo explotar sus grandes conquistas. Su política de conservarlo todo costase lo que costase era grotesca e ingenua, militarmente hablando. A pesar de su fanfarronería, no se atrevió a realizar la única empresa — la invasión de Inglaterra — que hubiera podido terminar victoriosamente la guerra para Alemania. Y cometió otras equivocaciones muy costosas, en particular la que representó no abandonar a tiempo la trampa rusa y su terca obstinación en «conservar los puertos» del Oeste a toda costa.

Aún resulta más significativo el hecho de que la Alemania nazi, a pesar de su tan cacareada eficiencia, nunca se movilizó realmente para una guerra total. Hitler no supo ampliar su capacidad productora de acero y petróleo. Despilfarró dinero en inútiles exhibiciones de los triunfos nazis. No utilizó con efica-



cia la mano de obra. Se negó a organizar adecuadamente a las mujeres para el esfuerzo de guerra. En lugar de imponer impuestos sobre los artículos de consumo para restringir su uso entre la población civil, aquel economista aficionado se concentró en la financiación deficitaria. Y lo que fue aún peor, toda su estrategia se basó en una serie de campañas relámpago, prestando muy poca atención a la preparación y la centralización de sus fuerzas para una guerra sostenida. El gobierno nazi y su administración del país no fueron más que la ineficacia organizada.

El hundimiento de la moral alemana fue fatal para la causa de Hitler; ni éste ni sus generales, ni las fuerzas armadas ni el pueblo alemán se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo. Todo el poder de una humanidad ultrajada se alzaba contra el bestial régimen nazi, que de tal modo pisoteaba y despreciaba las normas más elementales de convivencia civilizada, cometiendo brutalidades sin paralelo, espantosas atrocidades y actos de estúpida crueldad. En la base de la personalidad de Hitler, personaje incompetente y trapacero, se hallaba una falta de comprensión de las más elementales normas éticas y ello fue lo que acarrió su destrucción. Los pueblos de los países aliados no tenían la menor intención de terminar sus vidas en un mundo nazi. Así se alzaron airados y lo destruyeron con todas sus fuerzas.

Se repitió la tragedia sempiterna de la historia alemana. Herbert Butterfield, profesor de Historia Moderna en la universidad de Cambridge, afirma que la culpa de la tragedia de los alemanes consiste en jugárselo siempre todo en una política que podría tener brillantes resultados pero que no puede anteponerse a Dios, la suerte y el azar, y que por consiguiente termina siempre provocando indecibles tragedias.

Poco después de la guerra de 1914-1918, un autor alemán escribió estas palabras: «Apenas existe un pueblo que se interese más por la historia que los alemanes, pero tampoco hay un pueblo que aplique peor las lecciones de la historia.»

Este autor se llamaba Adolfo Hitler. Y la cita está tomada del *Mein Kampf*.

#### EL DÍA DE LA VICTORIA, 8 DE MAYO DE 1945

Después de cinco años, ocho meses y siete días de guerra, la fase europea del conflicto mundial llegó a su fin. El Día de la Victoria, 8 de mayo de 1945, en todo el mundo se desarrollaron históricas manifestaciones de alegría cuando millones de personas se echaron a la calle para gritar: «¡La guerra ha ter-

minado, la guerra ha terminado!» Las gentes enloquecidas cantaban y alborotaban, se abrazaban y se besaban entre sí, realizaban manifestaciones improvisadas. En todo el mundo se desarrollaban escenas parecidas, entre risas, alborozo, clamores y sonar de bocinas: en Times Square, Piccadilly Circus, la Plaza de la Concordia, la Perspectiva Nevsky, Coventry, Kiev, Indianapolis, Rotterdam. El energúmeno nazi y sus sicarios habían sido arrollados. Sólo faltaban ya los japoneses... ¡y después, las bendiciones de la paz!

El general Eisenhower difundió la siguiente orden del Día de la Victoria:

Es mi privilegio especial, en nombre de todas las naciones representadas en el teatro de la guerra, elogiaros a todos y a cada uno de vosotros por la forma magnífica como habéis cumplido con vuestro deber... Las hazañas que habéis realizado, en tierra, mar y aire, así como en fábricas y talleres, han puesto fuera de combate de manera permanente a 5.000.000 de nuestros enemigos. Habéis abordado empresas militares tan difíciles que muchos dudaban que pudiesen realizarse. Habéis confundido, derrotado y destruido a vuestro enemigo, que combatía salvajemente...

La ruta que habéis recorrido durante centenares de kilómetros está señalada por las tumbas de vuestros antiguos camaradas. Todos murieron como miembros del equipo al que pertenecéis y se hallaban unidos con vosotros por un común amor a la libertad y por la negativa a someterse a la esclavitud. Nuestros problemas comunes del futuro inmediato y del más distante podrán resolverse mejor si mantenemos el mismo concepto de cooperación y devoción a la causa de la libertad humana, que ha convertido a esta Fuerza Expedicionaria en una poderosa máquina de justa destrucción.

No nos inmiscuyamos en las estériles luchas en que se enzarzarán inevitablemente otros hombres acerca de qué país o qué arma han ganado la guerra europea. Todos los hombres y mujeres de todas las naciones aquí representadas han servido según su capacidad y sus esfuerzos y han contribuido al resultado. No lo olvidemos... Porque si no lo olvidamos rendiremos un justo tributo a los muertos honrosos y confortaremos a los seres queridos de aquellos camaradas nuestros que no viven para presenciar este día.

El presidente Truman se dirigió por radio al pueblo norteamericano:

Ésta es una hora solemne pero gloriosa... Yo sólo hubiese deseado que Franklin D. Roosevelt hubiese vivido para presenciar este día.

Nos reunimos todos para dar gracias a la Providencia por esta victoria, pues fue ella quien nos guió y nos sostuvo durante los negros días de la adversidad.



Nuestro júbilo se ve refrenado y templado por el pensamiento supremo del terrible precio que hemos tenido que pagar para librar al mundo de Hitler y sus perversos seguidores...

Debemos trabajar para terminar la guerra. Sólo hemos alcanzado la mitad de la victoria. El Occidente está libre, pero el Oriente aún gime bajo el yugo de la solapada tiranía japonesa. Cuando la última división japonesa se haya rendido incondicionalmente, sólo entonces habrá terminado nuestra tarea de combatientes.

Debemos trabajar para curar las heridas de un mundo doliente y construir una paz duradera, una paz cimentada en la justicia y la ley. Solamente podremos edificar esta paz mediante una labor dura, fatigosa y abrumadora..., colaborando y trabajando con nuestros aliados en la paz tal como hemos hecho en la guerra.

A la medianoche y un minuto del 9 de mayo, los cañones enmudecieron. Mientras los jubilosos clamores de la victoria resonaban en todo el mundo aliado, en Berlín, Francfort, Hamburgo y Berchtesgaden sólo reinaba el fúnebre silencio de la tumba.

#### LA CAPTURA DE LOS COYOTES

Los hombres que formaban la flor y nata del Tercer Reich hitleriano iban siendo capturados y encarcelados uno tras otro. Algunos prefirieron la muerte a la captura. El almirante Hans Georg von Friedeburg, enviado por Doenitz a Montgomery en un fracasado intento de rendición, se encerró en un cuarto de baño y partió con los dientes una ampolla de cianuro potásico. Otros se dedicaron a cubrir de oprobios al Führer difunto, aunque ya era demasiado tarde para arrepentimientos. El coronel general Nikolaus, que mandaba las fuerzas alemanas en Noruega, comentó: «Alemania ha librado la guerra más vesánica que registra la historia.»

Se hizo un número impresionante de prisioneros de calidad. Entre éstos se contaban el gran almirante Karl Doenitz, designado por Hitler para sucederle, y una pléyade de mariscales: Wilhelm Keitel, el más fiel de los lacayos militares de Hitler; Ewald von Kleist, que participó en la conquista de Francia en 1940; Albert Kesselring, el último jefe en el Oeste; Ferdinand von Schoerner, destinado al frente ruso; Siegmund Wilhelm List y otros. También estaba entre ellos un general de las S. S., Karl Oberg, el «Carnicero de París». E importantes políticos nazis: el doctor Robert Ley, jefe del Frente del Trabajo alemán; Julius Streicher, notable por su antisemitismo; Hans Frank, gobernador de Polonia; Alfred Rosenberg, filósofo del nazismo; Franz von Papen, maquiavélico «diablo de chistera», y una

legión de peces menores. También dio con sus huesos en la cárcel William Joyce, el *Lord Haw Haw* de la radio nazi, junto con gran variedad de traidores y renegados.

Goering se entregó el 8 de mayo, en las proximidades de la ciudad austriaca de Kitzbühel. El jefe de la *Luftwaffe* fue el primer pez gordo nazi que cayó en manos de los norteamericanos. El obeso mariscal pidió inmediatamente comida y un trato deferente, pasando acto seguido a acusar a Hitler de «ignorantón de cerebro embrionario» y a Ribbentrop de «bribón de siete suelas». Tratando de despertar simpatías, se quejó de que el Führer le había condenado a muerte sólo porque había tratado de hacerse con las riendas del poder para rendirse a los Aliados. Fue encarcelado para que esperase entre rejas el juicio de Nuremberg.

El 20 de mayo, el miembro más siniestro de la camarilla nazi cayó en manos de los Aliados. Heinrich Himmler, pese a su aspecto de inofensivo maestro de escuela, era uno de los más refinados asesinos de todos los tiempos. Jefe de la Gestapo, contaba en su haber con la destrucción de Lidice y el exterminio de los judíos. Previsor, Himmler guardaba a buen recaudo un millón de dólares, suma que fue descubierta por los soldados aliados en un granero próximo a Berchtesgaden. Después de afeitarse el bigotillo y taparse el ojo derecho con un trapo negro, se disfrazó con ropas de paisano, pero las tropas inglesas lo detuvieron cuando intentaba cruzar un puente en Bremer-voerde, cerca de Hamburgo. Trató de hacer valer ante sus captores unos documentos falsos de identidad a nombre de un tal Nitzinger, antiguo miembro de la policía de seguridad alemana.

Cuando un médico militar ordenó a Himmler que abriese la boca, el jefe de la Gestapo rompió entre sus dientes una ampollita azul que contenía un activísimo veneno. A los pocos minutos había fallecido. Fue el único acto decente que cometió en su vida aquel asesino de millones de personas.

Su cadáver fue arrojado a una foja abierta en un pinar. Las únicas palabras pronunciadas en este entierro sin ceremonias salieron de boca de un *tommy* británico:

—¡Que el gusano vuelva con los gusanos!

#### POTSDAM. LA ÚLTIMA CONFERENCIA DE LA GUERRA

Del 17 de julio al 2 de agosto de 1945 se celebró la Conferencia de Potsdam, llamada oficialmente Conferencia de Berlín, en el Cecilienhof de Potsdam, antigua sede de los emperadores alemanes. Los Estados Unidos se hallaban representados por el presidente Harry S. Truman y el secretario de Estado James



F. Byrnes; la Gran Bretaña por el primer ministro Winston Churchill y el ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden, y la Unión Soviética por José Stalin y su ministro de Asuntos Exteriores, Vyacheslav Molotov.

Las deliberaciones sufrieron una breve interrupción el 26 de julio para permitir que Churchill regresara a Inglaterra a fin de conocer los resultados finales de las elecciones generales del 5 de julio. Los socialistas ganaron por una mayoría de dos a uno en una sorprendente victoria que dejó tan estupefacto a Churchill como al resto del mundo. A consecuencia de esto, el nuevo primer ministro británico, Clement R. Attlee, que había figurado en el Gabinete de Guerra, acudió a Potsdam en sustitución de Churchill.

Los miembros de la Conferencia pusieron inmediatamente en vigor los acuerdos suscritos en Yalta. Alemania fue dividida en cuatro zonas administrativas que iban a ser ocupadas por los norteamericanos en el Sur, los franceses en el Sudeste, los ingleses en el Noroeste y los rusos en el Este y el centro. Pero quedó estipulado que, durante el tiempo que durase la ocupación, Alemania se consideraría como un solo país. Era un intento, sin precedentes en la historia, de cuatro potencias de ideologías políticas distintas, para gobernar cada una a su manera a una nación muy homogénea.

El 1.º de agosto de 1945 se publicó un comunicado de 6.000 palabras que versaba sobre la desnazificación, la desmilitarización y la descentralización de la Alemania derrotada:

No es intención de los Aliados destruir o esclavizar al pueblo alemán. Los Aliados se proponen que el pueblo alemán tenga la oportunidad de prepararse para la reconstrucción de su vida, que tarde o temprano se efectuará sobre bases democráticas y pacíficas. Si perseveran firmemente en este intento, los alemanes podrán figurar a su debido tiempo entre los pueblos libres y pacíficos del mundo.

Las tres potencias fijaron a continuación las condiciones a que debería ajustarse la Alemania sometida. En primer lugar, habría un completo desarme y desmilitarización de Alemania y sería eliminada o controlada toda la industria alemana que pudiese utilizarse para fines bélicos. Todas las fuerzas alemanas de tierra, mar y aire, así como los centros y asociaciones destinados a mantener vivas las tradiciones militares germanas, «serán completa y totalmente abolidos a fin de evitar de manera permanente la resurrección o reorganización del militarismo alemán y el nazismo». Además, todas las armas, municiones y pertrechos de guerra, junto con todas las instalaciones dedicadas especialmente a su producción, se pondrían a dispo-

sición de los Aliados o serían destruidas. El mantenimiento y la producción de aviones, armas, municiones y pertrechos bélicos quedaban rigurosamente prohibidos.

Los reunidos acordaron que era esencial convencer al pueblo alemán de que había sufrido una derrota militar completa y que no podría rehuir la responsabilidad que le correspondía por la catástrofe que él mismo había hecho caer sobre su cabeza, «puesto que su forma despiadada de hacer la guerra y la fanática resistencia nazi destruyeron la economía alemana, haciendo inevitables la aparición del caos y del sufrimiento». A causa de ello se había decidido disolver el partido Nacional-socialista y sus organizaciones filiales y dependientes, disolver todas las instituciones nazis y evitar su resurrección bajo cualquier forma. La vida política alemana sería reconstruida sobre una base democrática y preparada para la cooperación pacífica en la vida internacional. Todas las leyes nazis que establecían la discriminación por motivos de raza, creencias u opiniones políticas, quedaban abolidas.

¿Y qué se haría con la legión de criminales de guerra? Los reunidos en Potsdam decretaron que «los que participaron en la preparación o ejecución de empresas nazis que dieron por resultado la comisión de atrocidades o crímenes de guerra, serían arrestados y juzgados». Esto incluía a los dirigentes nazis, a los partidarios influyentes del nazismo y a los altos funcionarios de las organizaciones hitlerianas. Así, de una manera discreta pero implacable, se preparó el escenario donde se representaría el drama de Nuremberg.

Para facilitar el progreso de la democracia en Alemania y eliminar las doctrinas nazis y militaristas de la vida germana, se acordó organizar y fiscalizar el sistema educativo alemán. El sistema judicial también sería reorganizado de acuerdo con los principios de la democracia, de la justicia dentro de la ley y de la igualdad de derechos para todos los ciudadanos sin distinción de raza, nacionalidad o religión. La vida pública alemana tendría por objetivo la descentralización del organismo político y el fomento de la responsabilidad local.

En la nueva Alemania habría libertad de palabra, de prensa y de culto, «siempre que dicha libertad no interfiriese el mantenimiento de la seguridad militar». También se autorizó la formación de sindicatos libres.

Las cláusulas económicas de la declaración tenían por fin evitar el desarrollo de un futuro potencial bélico alemán. «A fin de eliminar el poderío bélico de Alemania, la producción de armas, municiones y pertrechos de guerra, junto con la de todos los tipos de aviones y embarcaciones de altura, será prohibida y evitada. La producción de metales, productos químicos, ma-



quinaria y otros artículos directamente necesarios para una economía de guerra, será objeto de un rígido control y se limitará a las necesidades alemanas de la postguerra que hayan sido aprobadas.» La economía sería descentralizada para eliminar la excesiva concentración existente hasta entonces en cártels, sindicatos, trusts y otros monopolios, que acaparaban todo el potencial económico. Los Aliados fiscalizarían la aplicación de los programas de desarme industrial, comprobarían los gastos de ocupación y asegurarían la existencia de una economía equilibrada entre las cuatro zonas de ocupación. A los Aliados correspondería también la realización de todas las transacciones financieras internacionales y la fiscalización de las corporaciones alemanas públicas o particulares, que realizasen investigaciones científicas conectadas con actividades económicas.

Alemania tendría que pagar reparaciones «para compensar en el mayor grado posible las pérdidas y sufrimientos que causó a las Naciones Unidas y cuya responsabilidad revierte en parte sobre el pueblo alemán». La Unión Soviética se llevó la parte del león en estas reparaciones arguyendo que era la U. R. S. S. la nación que mayores pérdidas económicas había sufrido.

En primer lugar, la U. R. S. S. se llevó en concepto de reparaciones todo el equipo industrial germano y otros bienes existentes en su zona de ocupación. Además de las reparaciones procedentes de su propia zona de ocupación, la Unión Soviética había de recibir de las zonas occidentales el 25 por ciento de la producción metalúrgica, química e industrial que no fuese necesaria para la economía de paz alemana. La Unión Soviética pagaría por el 15 por ciento de este equipo «un valor equivalente en alimentos, carbón, potasa, cinc, madera, arcilla, productos petrolíferos y otros artículos que pudieran estipularse». El 10 por ciento restante sería entregado al Gobierno soviético en concepto de reparaciones, «sin pago ni cambio de ninguna clase». La Unión Soviética también se convirtió de hecho en el único dueño de los bienes alemanes existentes en la zona oriental de Alemania, así como de los que tenían los alemanes en Bulgaria, Finlandia, Rumania y Austria Oriental. La U. R. S. S. propuso pagar las reparaciones de Polonia con parte de las que ella percibía.

Las reparaciones que debían abonarse a los Estados Unidos, la Gran Bretaña y otros países con derecho a ellas, procederían de las zonas de ocupación occidentales y de la confiscación de los bienes alemanes en el extranjero.

Fueron hechas muchas otras concesiones a los rusos. Se convino en que la porción norte de la Prusia Oriental, que comprendía el gran puerto de Königsberg, sería cedida «de momento» a Rusia. Además, como una concesión a los senti-

mientos rusos, Polonia recibiría la porción restante de la Prusia Oriental, que incluía el puerto de Dantzig, así como la región de la Alemania Oriental que alcanzaba hasta los ríos Oder y Neisse y la frontera checa, en espera de que se celebrase la conferencia final de la paz. Se acordó que se realizaría una «ordenada transferencia» de la población alemana expulsada por los polacos (la misma fórmula que se aplicó a los alemanes que abandonaron Hungría y Checoslovaquia).

Estas decisiones costaron a Alemania la pérdida de una cuarta parte del territorio que tenía en 1937 y aseguró la prosperidad material de la población de la Alemania Occidental, a causa de la afluencia de refugiados del Este.

La Conferencia también suscribió varios acuerdos de principio para el empleo y destino de los barcos pertenecientes a la armada y la flota mercante alemanas. Se decidió que las tres potencias designarían un cuerpo de expertos que trazaría planes detallados para poner en práctica los principios acordados.

Por último, se acordó efectuar los preparativos pertinentes para firmar tratados de paz con Italia y los antiguos satélites del Eje. Para ello debían reunirse más adelante en Londres y Moscú los ministros de Asuntos Exteriores de las cinco grandes potencias, con el fin de decidir las líneas principales de estos acuerdos a la espera de que las Naciones Unidas pudiesen ocuparse detenidamente de los problemas de la postguerra.

El comunicado del 1.º de agosto de 1945 se proponía dar una impresión de unidad entre los Aliados tras la derrota de la Alemania nazi. Apenas se dio publicidad entonces a las vivas disensiones surgidas entre la Unión Soviética y los Aliados anglosajones. Pero eran ya los primeros signos de la terca intransigencia rusa que habría de desembocar en la guerra fría.

El grave problema polaco no fue resuelto en Potsdam y tampoco se llegó a un acuerdo real acerca de la situación futura de la Europa Oriental y de los Balcanes. Se sostuvieron reñidas batallas para la formación del gobierno provisional polaco de unidad nacional. Aunque el comunicado también daba la impresión de que existía unidad en lo tocante a las reparaciones alemanas, se produjeron vivas disensiones entre bastidores a causa de las exigencias soviéticas.

La guerra con el Japón aún continuaba. En Potsdam, Truman informó a Stalin de que los Estados Unidos poseían una nueva arma secreta de extraordinaria potencia, pero el dictador soviético demostró poco interés por ello. Seguía mostrándose vacilante en lo que se refería a declarar inmediatamente la guerra al Japón.

El 26 de julio, Truman, Attlee y Chiang Kai-Chek dirigieron



un ultimátum al Japón, advirtiéndole que si no aceptaba una rendición incondicional inmediata, se exponía a la «destrucción más completa y total». Los militaristas japoneses desoyeron el aviso, hasta que las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki demostraron claramente que el ultimátum se hallaba respaldado por una fuerza inconmensurable.

## CAPITULO

## XXIII

## El asalto a las defensas interiores del Japón

*¡Las hierbas del estío!  
He aquí todo cuanto queda  
del sueño del guerrero.*

Basho (1644-1694)

## OPERACIÓN «FORAGER»: LAS MARIANAS

La gran contraofensiva contra el Japón seguía su curso.

A principios del verano de 1944, en algo más de 12 meses, las fuerzas norteamericanas que operaban en el sudoeste del Pacífico, reforzadas por unidades australianas, habían avanzado más de 1.000 millas en dirección a Tokio, dejando copados a 135.000 soldados japoneses que ya no podrían ser rescatados. Las fuerzas de choque norteamericanas se preparaban para la batalla y, con un poder ofensivo muy superior al del enemigo, recorrían a sus anchas el inmenso Pacífico occidental.

Los japoneses, consternados por la ruptura de su perímetro defensivo, enviaron una escuadra al encuentro de los buques de guerra yanquis.

El 19 de junio de 1944 fue un día cálido y radiante, con techo ilimitado y visibilidad perfecta. Las nubes que podían ocultar



a los aviones al acecho de sus presas, eran muy escasas. En la clara atmósfera, flotaban largas estelas de vapor blanco desde el extremo de las alas de los aviones. En aquel día, ideal para un combate aéreo, tuvo lugar la mayor batalla de portaaviones de la guerra, que después los pilotos norteamericanos bautizaron con el nombre del «Gran tiro al blanco de las Marianas». Las fuerzas enzarzadas en combate eran casi cuatro veces superiores a las que lucharon en Midway. Durante más de ocho horas, desde media mañana hasta el anochecer, se mantuvo una continua y desesperada batalla aérea sobre Guam y su alrededor. Cuando la lucha terminó, la derrota fue tan decisiva que el Japón ya no pudo desafiar nunca más el poderío aéreo norteamericano.

Durante la primera incursión japonesa fueron lanzados dieciséis cazas *Ceke*, 45 aviones *Ceke* de bombardeo y ocho aviones *Jill* cargados con torpedos. Estos aparatos despegaron de los portaaviones a las 8 horas y treinta minutos de la mañana. La formación no tardó en ser señalada por el radar y entonces el vicealmirante Marc A. Mitscher ordenó a la fuerza de asalto 58 que lanzase todos sus cazas disponibles al ataque. Inmediatamente los *Hellcats* norteamericanos se remontaron.

Por lo visto, los japoneses no tenían ningún plan de defensa establecido. Sus bombarderos se desperdigaron inmediatamente, con lo que se hicieron más vulnerables, y los cazas, en lugar de cubrir a los bombarderos, empezaron a hacer piruetas y acrobacias para escapar de los aviones norteamericanos. De los 69 aviones japoneses que participaron en aquella incursión inicial, 42 no regresaron.

La lucha continuó bajo este signo durante todo aquel día infernal. En la segunda incursión participaron 128 aparatos japoneses, 47 en la tercera y 82 en la cuarta. Los japoneses procuraron que la batalla no decreciera ni un momento. El resultado fue una espantosa *melée* en la cual los veloces aviones efectuaban toda clase de acrobacias y virajes, rizaban el rizo y hacían «toneles». Los pilotos de ambos bandos maniobraban a tremenda velocidad para colocarse en la cola de los aviones enemigos y abatirlos con un mortífero fuego de ametralladora. Algunos aviones caían en barrena, de la que ya no podrían recuperarse; otros se incendiaban y estallaban en pleno aire, y algunos caían perpendicularmente al océano para producir una tremenda y flamígera explosión. Los norteamericanos, más hábiles y mejor adiestrados, llevaron las de ganar.

Cuando las tinieblas cayeron sobre Guam, los aviones japoneses se esfumaron. El «Gran tiro al blanco de las Marianas» había terminado. La cifra de bajas era harto elocuente. Los norteamericanos sólo perdieron 23 de sus 300 aviones *Hellcats*.

Los japoneses habían lanzado al combate 373 aviones de diversos tipos, de los que sólo 130 regresaron a sus bases. Además, perdieron un mínimo de 50 aviones procedentes de la base de Guam, sin contar con los que se hundieron en los portaaviones echados a pique o que chocaron en el aire. Las pérdidas totales sufridas por los japoneses en aquel día fueron de 315 aviones, pilotados por sus mejores aviadores. Aquello significó el golpe de gracia para el poderío aéreo nipón.

Los portaaviones japoneses, desprovistos de sus aviones, fueron obligados a huir casi hasta las Filipinas. Los pilotos norteamericanos, en vuelo rasante, les causaron grandes daños, hundiendo un portaaviones y dos petroleros. Los submarinos norteamericanos, por su parte, hundieron a otros dos portaaviones. Los cruceros y destructores enemigos también sufrieron daños.

Esta fue la batalla del mar de las Filipinas. Como en el mar del Coral y en Midway, los buques de guerra no cambiaron un solo cañonazo. La batalla corrió totalmente a cargo de los aviones. Fue una derrota abrumadora para el Japón, que aseguró la ocupación y la conquista de las Marianas por parte de las fuerzas norteamericanas.

El primer objetivo de la operación «Forager» en las Marianas fue Saipán. Esta isla, de casi 20 km de longitud y recorrida por un curvo espinazo montañoso, era un objetivo clave en aquel archipiélago. Se encontraba 3.800 millas al oeste de Pearl Harbor, a 1.585 millas al sur de Tokio y a 100 millas al norte de Guam, que aún continuaba en manos del enemigo pero ya había sido rebasada. Atrincherados en Saipán, en un verdadero dédalo de blocaos y subterráneos, se hallaban unos 30.000 soldados japoneses pertenecientes a las tropas de asalto.

Los ataques iniciales contra Saipán se produjeron entre el 15 y el 19 de junio de 1944. La resistencia nipona fue tan encarnizada como de costumbre, más aún que en Tarawa y más prolongada que en Kuajalein. Durante tres semanas los japoneses combatieron desesperadamente hasta que se vieron obligados a replegarse en una bolsa al norte de la isla, desde donde lanzaron de nuevo los acostumbrados contraataques *banzai* y se produjeron los suicidios en masa.

La noche del 6 de julio presenció el más tremendo ataque *banzai* de la guerra. El suicidio colectivo fue ordenado por el teniente general Yoshitsugu Saito, comandante militar de Saipán, y el vicealmirante Chuichi Nagumo, que había sido apartado del mando de su rápido portaaviones para dirigir una pequeña escuadra que tenía el cuartel general en Saipán. El plan de este ataque era muy sencillo: cada japonés de los que aún seguían con vida tenía que matar un mínimo de diez norteamericanos.



ricanos antes de perecer. El objetivo de este ataque sería la XXVII División de los Estados Unidos.

Aquel día memorable, más de 3.000 japoneses irrumpieron por una brecha de 300 metros de ancho que separaba a dos batallones de la XXVII División. Algunos iban armados de rifles, otros sólo blandían bayonetas; los había incluso que iban desarmados. Pero todos gritaban: «¡Banzai!» Arrollando los puestos de mando, causaron numerosas bajas a los norteamericanos. Era un salvaje ataque producido por la desesperación, pero desde el punto de vista occidental era una acción inútil, e incluso estúpida, en la que perecieron todos los atacantes.

Mientras tanto, los dos comandantes japoneses, al comprender que su situación era desesperada, se dispusieron también a quitarse la vida. El general Saito arengó por última vez a sus tropas, afirmando que moriría con ellas «para demostrar el auténtico valor de los viriles japoneses». Luego se sentó en una roca de la cueva donde tenía su cuartel general, vuelto hacia Tokio, y gritó: «*Tenno Haika! Banzai!*» («¡Viva el Emperador!»). Después se abrió cuidadosamente una arteria con la espada. Acto seguido hizo un gesto a su almirante, quien se apresuró a descerrajarle un tiro en la cabeza. Casi todos los miembros de su plana mayor fueron a reunirse con sus antepasados de manera semejante. En otra cueva, el almirante Nagumo se pegó un tiro de pistola. Así el arrogante jefe de las fuerzas que atacaron Pearl Harbor llegó al fin de sus días en una remota y pequeña isla, muy lejos de los vítores y aclamaciones de los muchedumbres de Tokio.

Después de la toma de Saipán se produjo otro espeluznante episodio: el suicidio de centenares de paisanos japoneses refugiados en los acantilados del norte de la isla. Negándose a creer que recibirían un trato honorable, como se les decía en las proclamas de rendición, se suicidaron en una terrible manifestación de histerismo colectivo. Los padres despeñaban a sus hijos por los riscos para arrojarse después tras ellos, profiriendo terribles alaridos. Los soldados norteamericanos, boquiabiertos de asombro, vieron cómo aquellos infelices, enloquecidos de espanto, se degollaban entre sí. Algunos se arrojaron al mar para perecer ahogados y unos cuantos se suicidaron con bombas de mano. Otros se refugiaron en cuevas y barrancos, de los que hubo que sacarlos con lanzallamas.

Cuando la batalla hubo terminado, se hizo el recuento de las víctimas. En Saipán habían encontrado la muerte 23.811 japoneses. Pero cosa extraña: fueron hechos prisioneros casi dos mil, el número más elevado hasta entonces. Las pérdidas norteamericanas también fueron cuantiosas, pues comprendían 3.426 entre muertos y desaparecidos y 13.099 heridos.

Saipán constituyó un rudo golpe para el orgullo de los militaristas japoneses. El primer ministro Hideki Tojo, consternado, dimitió con todo su gabinete el 18 de julio de 1944, día en que fue anunciada públicamente la pérdida de Saipán. El general Kuniaki Koiso formó un nuevo gobierno, prometiendo continuar la guerra con más vigor y tenacidad si cabe. Pero los conocedores del alma japonesa comprendieron que aquella reorganización ministerial significaba en realidad la admisión de la derrota y el deseo de firmar la paz. Aunque nadie se atreviese a manifestar estos deseos en voz alta. El resultado de ello fue que la guerra del Pacífico aún se arrastró durante otros doce meses.

Los implacables norteamericanos continuaban presionando en las Marianas. El 23 de julio de 1944, conquistaron la pequeña isla de Tinian en una acción que el teniente general Holland M. Smith describió como «la más perfecta operación anfibia de la guerra del Pacífico». El sangriento marcador señaló esta vez las cifras siguientes: «Muertos: 5.745 japoneses y 195 norteamericanos.»

Después de 17 días de bombardeo aeronaval, las fuerzas de desembarco norteamericanas se lanzaron sobre Guam el 20 de julio. Los japoneses habían conquistado aquella isla al día siguiente de su ataque a Pearl Harbor. «Esta campaña», escribió el contraalmirante W. L. Ainsworth en su parte de operaciones, «fue brillantemente concebida, espléndidamente planeada y ejecutada con precisión.» Requirió tres semanas de lucha, pero la isla volvió a manos americanas. El balance de las operaciones fue de 10.693 japoneses muertos contra 1.200 bajas norteamericanas.

De este modo la operación «Forager» quedó completada exactamente en dos meses. Requirió la mayor intervención de portaaviones de toda la guerra y tres campañas terrestres. A mediados de agosto, el mar de Filipinas y el espacio aéreo que sobre él se extendía, así como las tres islas de Saipán, Tinian y Guam, estaban en poder de las fuerzas norteamericanas.

Las defensas interiores del Japón habían sido de nuevo rotas. El gobierno de Tojo ya no tenía las riendas del poder en Tokio. Se vislumbraba el final.

#### OBJETIVO: LAS FILIPINAS

La captura de Saipán, Tinian y Guam puso en poder de los norteamericanos el bastión de las Marianas. Los valiosos aeródromos de aquellas islas no sólo se podían utilizar para atacar las Filipinas, sino también para efectuar desmoralizadoras incursiones contra el propio archipiélago japonés.



La escuadra del Mikado, implacablemente vapuleada, había vuelto renqueando a Okinawa, como un dragón herido con la cola entre piernas. De allí emprendió fatigosamente el regreso a su base, situada en el mar interior del Japón. Pero no podía permanecer en aquellas aguas. Tenía que recuperar sus fuerzas para afrontar su nueva y vital misión: la operación «Sho-Go» o sea la defensa de las Filipinas.

Mientras las fuerzas anfibias del almirante Chester W. Nimitz tomaban una isla tras otra en el Pacífico Central, se continuaba ejerciendo presión sobre el enemigo por el Sudoeste. En la primavera de 1944, varios gigantescos ejércitos japoneses fueron cercados y copados en Bougainville, isla situada en la parte norte del archipiélago de las Salomón, y en Nueva Irlanda y Nueva Bretaña, ambas situadas entre las Salomón y Nueva Guinea.

En la costa norte de Nueva Guinea, entre Madang y las Molucas, se hallaba inmovilizado otro ejército japonés de 60.000 hombres. Desde finales de abril a principios de agosto, las tropas americanas y australianas del general Douglas MacArthur efectuaron un avance de casi 1.300 km por la costa, en una serie de brillantes operaciones combinadas. Dividieron a las fuerzas japonesas en bolsas aisladas, las rodearon y dieron buena cuenta de ellas. Hicieron muy pocos prisioneros.

El 24 de noviembre, desde los aeródromos construidos a toda prisa en Saipán, Tinian y Guam, así como desde bases chinas, empezaron a elevarse las nuevas y enormes superfortalezas volantes americanas para efectuar incursiones contra las frágiles ciudades de madera del Japón. Los B-29, que entonces ya se fabricaban en serie, doblaban en tamaño a los antiguos B-17 (fortalezas volantes); su envergadura era igual a la mitad de una manzana de casas de Nueva York; su velocidad de 480 km por hora, y tenían capacidad para transportar 10 toneladas de bombas. Sus primeros objetivos fueron las instalaciones siderúrgicas de Yawata y la base naval de Sasebo, así como diversas zonas industriales. La ofensiva aérea iba *in crescendo* a cada nuevo día que pasaba.

Al propio tiempo, los submarinos norteamericanos fueron reduciendo metódicamente el tonelaje mercante enemigo. En verano de 1944 habían hundido cerca de 700 barcos mercantes nipones, causando daños a más de 100. Las guarniciones japonesas desperdigadas por todo el Pacífico quedaron aisladas de la madre patria.

La estrategia total del Alto Mando norteamericano funcionaba a la perfección. Cayeron las Gilbert, las Marshall, las Marianas. MacArthur proseguía su implacable ofensiva por la

costa de Nueva Guinea. Truk y Rabaul, dos importantes fortalezas japonesas, quedaron inmovilizadas y rebasadas. Las líneas de comunicaciones y abastecimiento del enemigo recibían duros golpes. La escuadra nipona quedó reducida al tamaño que se deseaba. Quedó abierto el camino para lanzar el asalto directo contra las Filipinas. El único obstáculo de importancia que se oponía era la guarnición nipona de las Palau, islas situadas exactamente al este de las Filipinas. Había que eliminar aquel obstáculo para que el flanco derecho de MacArthur pudiese atacar con seguridad las Filipinas.

El 15 de septiembre de 1944 se produjeron los primeros desembarcos en la isla de Peleliu, precedidos de bombardeo aéreo y cañoneo naval. Atrincherados en blocaos y cuevas que se extendían en torno a la Cresta de la Nariz Sangrienta, los japoneses resistieron con ferocidad. Después de un mes de terrible lucha, la isla de Peleliu pasó a manos norteamericanas. En su inútil defensa habían perecido cerca de 12.000 japoneses.

El Japón perdía la guerra a ojos vistas, pero los fanáticos del archipiélago conservaban aún un optimismo sin ningún fundamento razonable. En una acción naval mantenida en aguas de Formosa, sólo resultaron con daños dos cruceros norteamericanos, el *Camberra* y el *Houston*, y se perdieron menos de 100 aviones. Pero pocos días después se presentó un avión japonés sobre la isla capturada para lanzar sobre ella unas proclamas donde se hacían estas absurdas afirmaciones:

#### PARA EL TEMERARIO YANKEE DOODLE

¿Ya estás enterado de la batalla naval librada por la 58.ª (sic) escuadra americana en aguas de Taiwan (Formosa) y las Filipinas? La poderosa Aviación japonesa hundió sus 19 portaaviones, 4 acorazados, 10 cruceros y destructores, después de enviar al fondo del mar 1.261 aviones procedentes de aquellos barcos...

Entonces empezaron a producirse ataques aéreos que preludivan la invasión de las Filipinas. La aviación de los Estados Unidos atacó desde Mindanao, por el Sur, hasta Luzón, por el Norte, destrozando al enemigo en el aire y en tierra, dejando envueltos en llamas cerca de 3.000 aviones japoneses esparcidos por todas las islas del archipiélago. Los aparatos de la Formación de Combate 58 del almirante Marc A. Mitscher, causaron grandes daños a los aeródromos japoneses, incluso a los situados en Formosa, hundiendo todos los barcos enemigos que pudieron encontrar y expulsando a otros del campo de operaciones.

El desaliento empezaba a cundir en Tokio. Para levantar la maltrecha moral de la población, los periódicos japoneses del 18 de octubre de 1944 repitieron el exagerado relato de un falso



combate naval sostenido en aguas de Formosa y en el cual fue «aniquilada» la Formación de Combate 58. Aquello no era nada nuevo. Durante años, los periodistas japoneses se habían dedicado a hundir una unidad tras otra de la escuadra americana en un mar de tinta, bombardeándola con su elocuencia.

El 21 de octubre los norteamericanos rebasaron la gran isla de Mindanao, situada al Sur, para desembarcar en Leyte, isla emplazada en el propio corazón del archipiélago filipino. En la invasión participaban fuerzas muy respetables: 600 buques de guerra, 250.000 hombres, la Séptima y la Tercera Flota de los Estados Unidos y el Sexto Ejército norteamericano. Los americanos demostraban de nuevo que habían aprendido a saltar de isla en isla como una rana.

Desde uno de los barcos «aniquilados» por los periodistas japoneses, el general MacArthur puso pie en tierra filipina exactamente dos años y medio después de haber abandonado Corregidor. El coronel Carlos Rómulo, dirigente filipino, dio más tarde esta versión del desembarco: «Primero venía el altísimo MacArthur, con el agua hasta las rodillas, seguido por el pequeño Rómulo, que trataba de mantener la cabeza fuera del agua.»

«¡Pueblo de las Filipinas!», dijo MacArthur. «He regresado. Por la gracia de Dios Todopoderoso, nuestras fuerzas vuelven a pisar suelo filipino..., suelo consagrado por la sangre de nuestros dos pueblos... Uníos a mí. Que el indomable espíritu de Batán y Corregidor nos conduzca a la victoria.»

El general MacArthur atribuyó su victoria a la Divinidad, pero más tarde, en las aulas de la Academia Naval de Annapolis, el triunfo también se atribuyó en gran parte, y con cierta justificación, a la armada de los Estados Unidos.

En menos de cuatro días, las dos cabezas de playa norteamericanas se unieron y las tropas avanzaron hacia el interior. Al principio parecía que la campaña iba a ser fácil. Mas para los japoneses era cuestión de vida o muerte. Si las Filipinas caían en poder de los norteamericanos, quedarían cortadas las comunicaciones japonesas con Indochina, Malaca y las Indias Orientales holandesas; sin el petróleo de las Indias, la suerte del Japón estaría echada. La Armada Imperial aún podía atacar a los norteamericanos desde Singapur, a través de la región meridional del mar de China o, cruzando el mar de Joló, por el estrecho de San Bernardino, al norte de Leyte.

No podía hacerse caso omiso del reto americano. La consigna era: vencer o morir.

## LEYTE: «LA BATALLA DECISIVA»

—¿Adónde iremos ahora, Douglas? —preguntó el presidente Roosevelt.

—A Leyte, señor presidente, y después a Luzón —contestó el general MacArthur.

Esta breve conversación, desarrollada a bordo del crucero *Baltimore*, que se hallaba fondeado en Pearl Harbor en julio de 1944, originó la campaña que había de conducir a la reconquista de las Filipinas.

El nombre «Leyte» estaba destinado a brillar con gloria inmarcesible en los anales de la Marina norteamericana. Durante la última semana de octubre de 1944, se libró la batalla del golfo de Leyte, el mayor combate naval que había conocido hasta entonces la historia. En él participaron 166 buques de guerra norteamericanos y aproximadamente 70 unidades japonesas, junto con 1.280 aviones de los Estados Unidos y 716 japoneses.

Los desembarcos norteamericanos en Leyte ya habían comenzado. Para contrarrestar esta acción, los japoneses pusieron en marcha la operación «Ta», consistente en desembarcar grandes cantidades de tropas y pertrechos en la isla por su puerta posterior, situada en Ormoc. Sus aviones suicidas, los famosos *kamikazes*, atacaban a los barcos norteamericanos en el golfo. Los japoneses iban a lanzar todas sus fuerzas navales en un último y desesperado intento por alcanzar la victoria.

El plan japonés consistía en un triple ataque simultáneo. El grueso de las fuerzas navales japonesas se dividió en tres grupos. La formación del sur penetraría en el estrecho de Surigao, que separa Mindanao de Leyte. La principal formación naval, situada en el centro, bajo el mando del vicealmirante Takeo Kurita, penetraría en el estrecho de San Bernardino, situado al norte de Leyte, entre Samar y Luzón. Estas dos flotas se reunirían en el golfo de Leyte para aniquilar a los buques enemigos que allí se encontrasen y dejar aislados a los norteamericanos que ya hubiesen desembarcado. La tercera formación, mandada por el vicealmirante Jisaburo Ozawa, tendría por misión actuar como cebo y sacrificarse si fuese preciso para atraer la Tercera Flota norteamericana hacia el Norte. Era posible que sufriese graves daños, pero alejaría grandes efectivos enemigos de las dos principales formaciones, que así podrían atacar a fondo. Además, ¿a quién no le complacería morir por el Emperador?

Los norteamericanos esperaban este encuentro desde hacía



muchos días. En la zona de Leyte tenían a la Séptima Flota, al mando del vicealmirante Thomas C. Kinkaid, y a la Tercera Flota, mandada por el almirante William S. Halsey, Jr., conocido por *El Toro*, que tenía por misión apoyar directamente a la primera. Ambas flotas tenían que defender la cabeza de playa de Leyte, que ya tenía cinco días, enfrentarse con las formaciones navales japonesas, aniquilarlas y abrir así la puerta trasera de Tokio.

Se libraron tres acciones separadas pero simultáneas en la batalla del golfo de Leyte. Cada una de ellas tuvo sus características especiales.

La formación japonesa del Sur, mandada por el vicealmirante S. Nishimura, se dividió en dos secciones. La primera avanzó serenamente por la noche en dirección a Leyte, cruzando el estrecho de Surigao. En densa formación de combate la esperaba la Séptima Flota de los Estados Unidos, bajo el mando táctico del contraalmirante Gesse B. Oldendorf. Los barcos norteamericanos estaban desplegados de tal forma que el enemigo tenía que pasar a través de una barrera de lanchas torpederas, luego de destructores y finalmente de cruceros pesados y acorazados, apostados en la extremidad septentrional del estrecho.

La batalla fue una verdadera carnicería. Antes de que amaneciese, Nishimura había perdido sus dos acorazados, tres de sus cuatro destructores y su propia vida. Aquel mismo día, el único crucero que figuraba en la formación de Nishimura fue echado a pique por aviones norteamericanos.

Oldendorf había realizado el sueño de todos los oficiales de Marina: la clásica maniobra consistente en cruzar la T del enemigo. Destruyó prácticamente la totalidad de la formación enemiga del Sur; sólo se escapó un destructor. «Mi teoría», comentó más tarde Oldendorf, «era la misma del antiguo tahir: *No dar ninguna oportunidad a un novato*. Si mi adversario es tan estúpido que me ataca con fuerzas inferiores, desde luego que no voy a permitirle luchar en igualdad de condiciones.»

La segunda sección japonesa del Sur dio media vuelta y huyó. El único daño que sufrieron los norteamericanos en la batalla del estrecho de Surigao estuvo causado por fuego de artillería en el destructor *Albert W. Grant*. La flota del Pacífico se apuntó una nueva victoria.

La formación central japonesa, mandada por el almirante Kurita, avanzó hacia Leyte por el Oeste. Señalada su presencia por dos submarinos norteamericanos, Kurita no tardó en perder a consecuencia de ataques aéreos, dos cruceros pesados y después un acorazado. Pero siguió navegando a todo vapor por el estrecho de Mindoro, con unas fuerzas aún poderosas, com-

puestas por cinco acorazados, seis cruceros pesados y dos ligeros y una docena de destructores. No podía esperar ayuda de Nishimura, cuya formación naval había sido hecha trizas en el Sur.

Pero la suerte acompañaba a Kurita. La maniobra destinada a engañar a los norteamericanos por el Norte se desarrollaba a las mil maravillas. Halsey, al enterarse de que la flota enemiga del Norte comprendía varios portaaviones, metió inmediatamente la caña a una banda y arrumbó en su dirección, sin dejar nada detrás suyo para proteger a la expuesta cabeza de playa. Ni siquiera dejó un destructor patrullando ante ella.

A la altura de Samar, el contraalmirante C. A. F. Sprague cayó en la trampa con una pequeña escolta de seis portaaviones de bolsillo, tres destructores y cuatro destructores de escolta. Los marinos que formaban esta minúscula escuadra, se encontraron contemplando la boca de los tremendos cañones de Kurita. «Fue lo mismo que ocurre cuando un camión atropella a un cachorro», dijo uno de los oficiales norteamericanos. «Los pequeños portaaviones de Sprague tenían un blindaje tan ligero que las granadas enemigas los atravesaban sin hacer explosión. Pero a pesar de todo se lanzaron al ataque.»

«En ningún combate de toda su historia», escribió Samuel Eliot Morison, «la Armada de los Estados Unidos demostró más gallardía, valor e inteligencia».

Los aviones de Sprague hundieron un crucero pesado y un destructor enemigos. Pero en el combate naval que se libró a continuación, las grandes piezas de artillería de Kurita causaron estragos en la diminuta flota norteamericana, hundiendo al portaaviones *Gambier Bay*, a los destructores *Johnston* y *Hoel* y al destructor de escolta *Roberts*, y causando daños a otros cuatro portaaviones de escolta. Los pilotos *kamikaze* echaron a pique al portaaviones *Saint Lô*.

El almirante Halsey, *el Toro*, reaccionó exactamente como su apodo permitía suponer, al señalarle sus aviones de reconocimiento la presencia de la formación de Ozawa, que navegaba por el Norte. Se dirigió a toda máquina en aquella dirección para enzarzarse en aguas del cabo Engaño en una contraofensiva naval de primera magnitud. Su acción aún sigue siendo objeto de comentarios y explicaciones desde Annápolis a San Diego.

Pero antes de que pudiese asestar el golpe de gracia a la flota japonesa del Norte, Halsey tuvo que volver al Sur, para atender la urgente petición de ayuda de Kinkaid. Cuando llegó al teatro central de operaciones, el grueso de la escuadra enemiga había desaparecido. Pero existía cierto consuelo para el



chasqueado almirante; no venía de cabo Engaño con las manos vacías. Sus aviadores habían hundido cuatro de los portaaviones de Ozawa, junto con un crucero ligero y dos destructores.

Muchos barcos japoneses consiguieron escapar a la destrucción, pero la Armada Imperial japonesa perdió en total 4 portaaviones, (1 grande y 3 ligeros), 3, acorazados, 10 cruceros, 12 destructores y 4 submarinos. Los Estados Unidos perdieron un portaaviones ligero, el *Princeton*, 2 portaaviones de escolta, el *Saint Lô* y el *Gambier Bay*, junto con varios destructores y unidades menores.

El marcador señalaba, pues, una resonante victoria americana. En realidad, más que una batalla fue una guerra en miniatura que duró cuatro días y se mantuvo en las tres dimensiones del espacio. Una complicada epopeya en la que intervinieron la artillería naval, las cortinas de humo, los ataques con torpedos, las idas y venidas en zigzag de los buques de guerra, mientras de los cielos caían bombas y metralla y los norteamericanos causaban grandes daños al enemigo.

La balanza de la fortuna se inclinó decisivamente en Leyte del lado norteamericano. El Japón perdió irremisiblemente la última oportunidad de ganar la guerra en el Pacífico. Desde entonces la Armada Imperial ya no se atrevería nunca más a oponerse a un desembarco norteamericano, con la sola excepción de Okinawa, donde su atrevimiento le costó la pérdida de un nuevo y gigantesco acorazado, el *Yamamoto*.

En Leyte los japoneses cometieron un error irreparable cuando, después de atraer a Halsey hacia el Norte en un movimiento de diversión, dejando abierto el estrecho de San Bernardino al grueso de las fuerzas navales japonesas, abandonaron de pronto la operación, cuando ya tenían la victoria al alcance de la mano. Si hubiesen continuado, hubieran podido penetrar en el golfo de Leyte para hundir una formación naval norteamericana que en conjunto sobrepasaba el millón de toneladas. «Aquello demostró una vez más», dijo el general de división George C. Kenney, «que, en primer lugar, los japoneses se equivocaron al declarar la guerra a los Estados Unidos. No tenían suficiente categoría para participar en la división de honor de la liga.»

La gran batalla naval dejó a los japoneses de las Filipinas en una situación muy crítica. El general MacArthur ya contaba con una cuña terrestre plantada firmemente en el flanco vulnerable del enemigo. Con su poderío naval debilitado, los japoneses ya no podían seguir enviando refuerzos ni pertrechos a los millares de soldados escogidos que tenían esparcidos en bolsas aisladas por todas las Filipinas. «En su mayoría», comentó el general Marshall, «era como si se hallasen en el otro lado del mundo,

en lo que se refería a la posibilidad que tenía el enemigo de desplazarlos para hacer frente a los ataques norteamericanos». Estas tropas perdidas recibieron una orden perentoria del Emperador: «Las fuerzas de tierra enemigas serán destruidas.»

El plan *Sho*, concebido por Tokio para el golfo de Leyte, terminó en desastre, pero la victoria norteamericana era incompleta..., a pesar de lo que señalaba el marcador. Las formaciones navales japonesas escaparon a la destrucción completa; Kurita pudo huir con cuatro acorazados y Ozawa con diez de las unidades a su mando.

La batalla del golfo de Leyte, probablemente el último gran combate naval de la historia, no tardó en pasar a las aulas y academias, donde fue a hacer compañía a la controversia entablada por Jellicoe y Beatty acerca de la batalla de Jutlandia y otras controversias navales en torno a lo que hubiera debido hacerse. Los almirantes Kinkaid y Halsey se acusaron mutuamente de haber descuidado la protección del estrecho de San Bernardino.

Los argumentos esgrimidos por Kinkaid eran los siguientes:

1. Halsey confió demasiado en las exageradas aseveraciones de sus pilotos.
2. Halsey cometió un error crítico de apreciación al recorrer a toda prisa 300 millas hacia el Norte con sus seis acorazados, dejando unas fuerzas demasiado débiles para asegurar la destrucción de la escuadra de Kurita. Entonces, cuando estaba a punto de liquidar a toda la flota de Ozawa, remachó su error dando media vuelta y regresando a toda máquina hacia el Sur.
3. La Séptima Flota de Kinkaid, con sus viejos y lentos acorazados, de muy mediana potencia de fuego, sólo se destinaba a proporcionar apoyo para el desembarco y no a entablar combate con las formaciones enemigas.
4. Halsey se llevó al Norte la totalidad de sus seis acorazados, a pesar de que sólo se necesitaban dos. Debería haber dejado cuatro en el estrecho de San Bernardino, impidiendo así que Kurita lo cruzase. Cuando Halsey regresó al Sur a toda máquina, volvió a llevar consigo los seis acorazados, privando entonces al vicealmirante Marc A. Mitscher, que mandaba un grupo de asalto, de los dos acorazados que necesitaba perentoriamente.
5. En una palabra, según Kinkaid, Halsey hizo exactamente lo que el enemigo esperaba que hiciese. En términos corteses, Kinkaid acusaba a Halsey de haberse tragado el cebo que astutamente le tendieron los japoneses.

Halsey negó enérgicamente estas acusaciones. Su respuesta fue la siguiente:

1. Su decisión de ir hacia el Norte no estuvo basada únicamente en los informes de los pilotos. Corrió un riesgo calculado, plenamente justificado.



2. Halsey creía que la Séptima Flota que mandaba Kinkaid podía y debía ocuparse de las «maltruchas fuerzas» de Kurita. «Yo supe en todo momento lo que hacía y asumí deliberadamente ese riesgo, para desembarazarme de los portaaviones japoneses.»

3. Halsey reconoció haber cometido un error al «ceder ante la presión y volverse hacia el Sur». «Considero que ésta es la mayor equivocación que cometí durante la batalla del golfo de Leyte.»

4. La mayor dificultad residía en la división del mando y en lo poco satisfactorio de las comunicaciones. «Si el almirante Kinkaid o yo hubiésemos tenido el mando supremo, la batalla hubiera tomado un sesgo muy distinto.» Para añadir: «Sólo hay una palabra para describir las comunicaciones del lado norteamericano durante la batalla: fueron un asco.»

5. Halsey no se hallaba convencido de que las fuerzas de Ozawa apostadas en el Norte constituyesen únicamente un cebo. «Los japoneses mintieron continuamente durante la guerra, incluso entre sí. ¿Por qué habíamos de creerlos a pies juntillas, así que terminó la guerra?»

En su autobiografía, *Admiral Halsey's Story*, publicada en 1947, Halsey afirmó que, dadas las mismas circunstancias y la misma información de que entonces dispuso, su decisión hubiera sido la misma en cualquier otro momento. Tenía razón al creer que Kinkaid se ocupaba eficazmente de las fuerzas enemigas que irrumpieron por el sector central y por el Sur. La formación del Norte estaba «fresca e intacta». Después de escoger a su antagonista, sólo le quedaba por elegir la mejor manera de atacarlo. Halsey enumeró tres alternativas:

1. Podía defender San Bernardino con toda su escuadra, esperando que la formación del Norte lo atacase. Plan rechazado. Esto permitiría que los japoneses utilizasen sus aeródromos de Luzón y sus portaaviones.

2. Podía defender San Bernardino con la formación de combate 34, mientras atacaba a la formación del Norte con sus portaaviones. Plan rechazado. La flota tenía que permanecer intacta, acumulando su poder ofensivo y defensivo.

3. Podía dejar San Bernardino sin defender para atacar la formación del Norte con toda su escuadra. Plan aceptado. Esto preservaría la integridad de su flota, dejándole la iniciativa y prometiendo las mayores posibilidades de sorpresa.

Halsey puso rumbo hacia el enemigo, que estaba 300 millas al Norte. Mientras se acercaba para iniciar el ataque, recibió una serie de mensajes de Kinkaid, en los que éste le pedía ayuda con creciente apremio.

Por último, según refiere Halsey, montó en cólera al recibir un despacho que al parecer procedía del comandante supremo de la escuadra del Pacífico, Chester W. Nimitz:

DE: COMANDANTE SUPREMO PACÍFICO

A: COMANDANTE TERCERA FLOTA

EL MUNDO ENTERO DESEA SABER DÓNDE ESTÁ

LA FORMACIÓN DE COMBATE 34 (Según la versión de Halsey).

Halsey recuerda que se quedó tan sorprendido como si acabase de recibir un puñetazo en pleno rostro. Se enfadó tanto que no pudo pronunciar palabra, pues le era imposible creer que aquel telegrama insultante procediese del almirante Nimitz. El mensaje, en efecto, constituía un error. Para aumentar la dificultad de descifrar los códigos, casi todos los mensajes navales estaban repletos de palabras ininteligibles y sin sentido, que los oficiales de transmisiones descubrían e interpretaban fácilmente. Mas por una casualidad, esta vez aquel mensaje les había parecido plausible y le habían dado curso.

Halsey, enfurecido, ordenó a sus fuerzas que se dividiesen. «En aquel momento la formación del Norte, con sus dos restantes portaaviones averiados y flotando a la deriva, estaba exactamente a 42 millas de las bocas de mis cañones de 38 cm» Halsey afirmaba que había dejado escapar la oportunidad en que había estado soñando desde sus días de cadete.

Por último, Halsey señalaba los daños que había causado al enemigo en el Norte: 4 portaaviones, un crucero ligero y 2 destructores, hundidos; 2 acorazados, 2 cruceros ligeros y 4 destructores, averiados.

Y así ha quedado la cuestión, con argumentos más que suficientes para sostener un millar de acaloradas discusiones, mientras los expertos profesionales y aficionados vuelven a mantener, en seco, la mayor batalla naval de la historia. Esta polémica no tiene importancia. La verdad es que la batalla del golfo de Leyte, a pesar de la escapada de Halsey hacia el Norte, fue tan decisiva como la batalla de Salamina, donde la escuadra griega derrotó a la escuadra de Jerjes en el 480 a. de J. C.

Hubo un almirante japonés que tampoco se libró de las críticas suscitadas en la postguerra acerca de su actuación en Leyte. El 25 de octubre, que era el segundo día de la batalla, el vicealmirante Kiyohide Shima puso rumbo al Norte, en dirección al estrecho de Surigao, con dos cruceros pesados, un crucero ligero y cuatro destructores, para reunirse con el grueso de las fuerzas atacantes japonesas, que convergían hacia el golfo de Leyte. Al ver brillar los fogonazos del fuego de artillería en el horizonte, Shima decidió desobedecer las órdenes recibidas y desviarse de su rumbo. Toda su contribución a la batalla, como observó Samuel Eliot Morison, consistió en abordar con su acorazado a un crucero pesado de otra formación



japonesa que había recibido daños, después de disparar 16 torpedos contra dos islas que tomó por barcos americanos.

Durante años el almirante Shima, objeto de burlas y cuchufletas que lo presentaron como «el bufón de la tragedia japonesa», mantuvo un digno silencio. Hasta que finalmente, en enero de 1959, en respuesta a un estudiante californiano que le escribió para pedirle datos con destino al trabajo de historia que debía presentar en los exámenes, Shima explicó que se había dirigido hacia el exterior de las fuerzas navales que se enfrentaban en Leyte, después de que otras unidades japonesas llegaron allí. La necesidad de mantener su radio en silencio le impidió coordinar su estrategia o su táctica con la de aquellas unidades. Acosado por la mala suerte, por el desorden reinante en las comunicaciones y la prueba evidente de que el grueso de la armada japonesa corría hacia su destrucción, no le quedó otro partido que retirarse.

«Estaba clarísimo», escribió Shima, «que hubiéramos caído en una trampa preparada. Yo consideré todas las posibilidades y luego adopté la decisión de que lo mejor era esperar una oportunidad para saber cómo iba todo.»

Fue una decisión muy prudente y acertada. El historiador Morison sacó la conclusión de que «la acción más inteligente realizada por los marinos japoneses en la batalla del golfo de Leyte fue la retirada del almirante Shima».

## LA RECONQUISTA DE LAS FILIPINAS

A finales de octubre de 1944 los japoneses habían sido expulsados del sur y el nordeste de Leyte. Pero, reforzados a través del puerto de Ormoc con nuevas divisiones mandadas por el general Tomoyuki Yamashita, se hicieron fuertes con el propósito de defender el resto de la isla.

Los sanguinarios combates que se desarrollaron durante los dos meses siguientes reprodujeron a escala gigantesca las primeras batallas terrestres reñidas en las islas del Pacífico. Los japoneses defendían el terreno palmo a palmo, pero los norteamericanos avanzaban inexorablemente con tanques, artillería, lanzallamas, *bazookas* y bombas de mano.

La noche del 6 de diciembre fueron hundidos por barcos de guerra americanos seis buques japoneses cargados de tropas y material de guerra que se dirigían a Leyte. Una semana después, otros tres transportes fueron interceptados y hundidos al noroeste de la isla. Los G. I. norteamericanos tomaron el importantísimo puerto de Ormoc el 16 de diciembre. A fines

de mes cesó la resistencia enemiga organizada, aunque algunas unidades aisladas continuaron la lucha.

La situación en que se encontraban los japoneses en Leyte era desesperada. Habían pasado los días de las grandes victorias. Con las líneas de abastecimiento cortadas, atrapadas en medio de una población hostil, hostigadas sin piedad por un enemigo implacable, las tropas niponas sufrían una terrible sangría.

Los soldados de la XXXII División de los Estados Unidos encontraron esta carta, escrita por un soldado japonés desconocido el 21 de diciembre de 1944:

Estoy exhausto. No tenemos comida. El enemigo está a menos de 500 metros de nosotros. Madre, esposa querida e hijo, os escribo esta carta a la débil luz de una vela. Nuestro fin está próximo. ¿Cuál será el futuro del Japón si esta isla cae en manos del enemigo? Nuestros aviones no han llegado. El general Yamashita no ha llegado. Centenares de pálidos soldados del Japón esperan un glorioso final y nada más. Ésta es una repetición de lo que ocurrió en las Salomón, Nueva Georgia y otras islas. ¿Está preparado el pueblo del Japón para librar la batalla decisiva con la voluntad de vencer?

Los japoneses perdieron en Leyte millares de hombres. El número total de sus bajas fue de 56.263 muertos y 389 prisioneros. Las bajas norteamericanas fueron 2.888 muertos, 8.422 heridos y 161 desaparecidos.

Mientras en Leyte se combatía encarnizadamente, el general MacArthur, rebasando Mindanao, Negros y Panay, envió unas fuerzas de asalto a la costa sudoeste de Mindoro. Después de desembarcar allí el 15 de diciembre, los norteamericanos avanzaron frente a débil resistencia, capturaron una pista de aterrizaje para aviones, la repararon y empezaron a utilizarla para la invasión de Luzón. Manila sólo estaba a 250 kilómetros.

A primeros de enero de 1945, el Sexto Ejército de los Estados Unidos, mandado por el teniente general Walter Krueger, se reunió al este de Leyte, cruzó el estrecho de Surigao, pasando sobre los buques de guerra japoneses hundidos y penetró en los mares de Mindanao y Joló. Su objetivo era Luzón, la isla más septentrional del archipiélago filipino, sede de la capital, Manila, y de los históricos Batán y el Corregidor. Los invasores utilizaron la misma ruta que habían seguido los japoneses en 1941-1942: el golfo de Lingayen, que constituía el punto más vulnerable.

El 9 de enero, después de tres días de una concentrada preparación artillera y aérea, los infantes norteamericanos desembarcaron en Lingayen. La primera baja que tuvieron en tierra



fue un pobre soldado norteamericano que resultó embestido por un enfurecido carabao, que no perdonaba a los invasores que le hubiesen interrumpido la siesta. A la caída de la noche ya había 68.000 soldados en tierra, ocupando una cabeza de playa de 25 kilómetros de largo por 6 de profundidad.

Los titulares de la prensa de Tokio pregonaban que los invasores americanos habían sido rechazados con grandes pérdidas. La verdad era exactamente lo contrario. Los 175.000 soldados que aún quedaban en la isla ya estaban sentenciados.

La campaña de Luzón se hizo según todas las reglas del arte militar, pero fue una de las más imperfectas de toda la campaña del Pacífico. Al verse atacados por el aire, derrotados en tierra y hostigados por los guerrilleros, los japoneses decidieron retirarse a las montañas del norte y el este en lugar de defender el llano central de la isla.

La ofensiva inicial llevó a los norteamericanos a la otra orilla del río Agno. Después de avanzar por un terreno sembrado de suaves colinas, desembocaron en la gran llanura que conducía a Manila, situada 177 km al Sudeste. Aquel terreno despejado, cruzado por buenas carreteras, se prestaba a las mil maravillas para la ofensiva final en dirección a la capital de la isla.

Casi inmediatamente los invasores tuvieron terribles pruebas de la brutalidad japonesa. De las prisiones filipinas acabadas de liberar surgió una riada de presos militares y civiles de aspecto desencajado y famélico. Era un espectáculo nauseabundo. Los batidores norteamericanos y los exploradores filipinos, enfurecidos por las escenas que habían contemplado en las prisiones recién liberadas, efectuaron el 30 de enero una incursión tras las líneas japonesas, para libertar a 500 infelices prisioneros que se encontraban en el campo de concentración de Kabanatuan. En el curso de esta acción, dieron muerte a un número igual de enemigos. Las tropas aerotransportadas de infantería de los Estados Unidos, ayudadas por guerrilleros filipinos, pusieron en libertad a varios millares de prisioneros el 23 de febrero, después de dar muerte a varios centenares de guardianes japoneses del campo de Los Baños, al sur de Manila, que era un verdadero infierno. Los oficiales japoneses responsables de aquellas atrocidades fueron más tarde ejecutados.

A principios de 1945 los norteamericanos efectuaron otros nuevos desembarcos al oeste y al sur de Luzón. Todas las columnas invasoras convergían ya hacia Manila. Veintiséis días después de los desembarcos iniciales en Luzón, tres años y seis semanas después de que las fuerzas americanas y filipinas tuvieran que abandonar la capital, los soldados de los Estados Unidos volvían a Manila.

La ciudad estaba en ruinas. El barrio comercial ardía por los cuatro costados; los depósitos de agua estaban vacíos; los bomberos nada podían hacer en las calles cubiertas de escombros. Toda la ciudad estaba despanzurrada, aplastada, vacía. Entre las ruinas, en las puertas defendidas por barricadas y desde los tejados, los japoneses que aún quedaban con vida luchaban con la rabia de animales acorralados.

Los paracaidistas norteamericanos se lanzaron sobre la pétre fortaleza de Corregidor, donde el teniente general Jonathan M. Wainwright había ofrecido su última y desesperada defensa en 1942. Los defensores japoneses se retiraron a las galerías construidas por los norteamericanos. Después de una semana de furiosa lucha, los atacantes escucharon una serie de tremendas explosiones. El enemigo había volado todo el sistema de galerías, prefiriendo perecer sepultados entre sus escombros. Las restantes cuevas fueron tapiadas por los asaltantes. El 22 de febrero de 1945, la guarnición japonesa de Corregidor se dio oficialmente por «prácticamente destruida».

Quince días después, el general MacArthur llegó a Corregidor. «Izad la bandera», ordenó, «y no permitáis que el enemigo la arríe jamás».

Los últimos fanáticos japoneses se retiraron a los riscos, infestados por el paludismo, de la Sierra Madre, que se alzaba al este de la isla. No representaban ningún problema para el vencedor.

Mindanao, la segunda en superficie de las islas Filipinas, fue invadida el 10 de marzo. Los japoneses volvieron a oponer una resistencia desesperada, que únicamente sirvió para acelerar su destrucción. Davao, la capital, fue ocupada el 4 de mayo. A principios de julio, todas las fuerzas enemigas de la isla estaban aisladas en bolsas.

El 5 de julio de 1945, MacArthur anunció que todas las islas Filipinas estaban liberadas y que la campaña podía darse por terminada. Calculaba que veintitrés divisiones japonesas habían sido aniquiladas casi totalmente por diecisiete divisiones norteamericanas y las guerrillas filipinas. El Ejército Imperial japonés había perdido más de 400.000 de sus mejores soldados en las Filipinas.

Las zonas estratégicas del Pacífico Occidental ya estaban en manos americanas y listas para servir como base para la ofensiva final.

## LAS OPERACIONES EN BIRMANIA

Los japoneses penetraron en 1942 en Birmania y se apoderaron de la famosa carretera del norte del país, por donde se



enviaban grandes cantidades de abastecimientos y pertrechos a China. Su plan consistía en continuar su ofensiva hasta la India. Este plan grandioso acaso hubiera dado resultado de no haber sido por la resistencia inesperada con que tropezaron los japoneses.

Para los jefes de Estado Mayor aliados, el teatro de operaciones de China, Birmania y la India, era por el momento la zona menos importante de todo el Pacífico. Tuvieron que transcurrir casi dos años después de la caída de Birmania para que los Aliados pudieran emprender allí una gran ofensiva. Era muy difícil enviar refuerzos y pertrechos a aquellas zonas; además, las operaciones de tierra quedaban limitadas de mayo a octubre por la estación de los monzones. Los Aliados tenían que contentarse con medidas sumarias y perentorias para contener al enemigo en espera de que pudiese organizarse un ataque en gran escala.

En primer lugar, había que cerrar la puerta de entrada a la India. En el interior del inmenso país existían graves problemas. El mariscal de campo sir Archibald Wavell, virrey de la India, inquieto por la inminencia de una rebelión, encarceló al Mahatma Gandhi, a Jawaharlal Nehru y a otros miembros del Partido nacionalista indio del Congreso, como medida de seguridad. Acto seguido reorganizó las fuerzas angloindias.

En marzo de 1943, el general de brigada Orde C. Wingate, que se había ganado una gran reputación de soldado temerario e impetuoso en Palestina y Etiopía, y que había organizado las tropas británicas y los reclutas indios hasta convertirlos en combatientes duros y resistentes, inició una guerra de guerrillas detrás de las líneas japonesas en Birmania. Sus «grupos de penetración a largo alcance», llamados *Chindits* (corrupción del birmano *Chinthé*, el león), abastecidos totalmente por aire, atacaron las comunicaciones japonesas en el curso superior del río Iraudi, destruyendo puentes y depósitos de municiones y hostigando sin cesar al enemigo.

Los guerrilleros de Wingate fueron ayudados más tarde por un grupo norteamericano que había recibido un adiestramiento similar. Alrededor de 3.000 oficiales y soldados se presentaron voluntarios para formar la 5.307ª Unidad Compuesta (Provisional) bajo el mando del general de brigada Frank D. Merrill, para luchar en la retaguardia de las líneas japonesas de Birmania. Un conglomerado compuesto por curtidos combatientes de la jungla y fuerzas irregulares de Merrill (este grupo recibió a veces el nombre de formación Galahad) recibió una misión específica. Mientras las tropas chinas de Stilwell contenían a los japoneses en las montañas del norte y el oeste de Myitkyina, los merodeadores se deslizaron por los flancos del enemigo

para cortar las carreteras por la retaguardia y librar una serie de pequeñas pero encarnizadas acciones. Se pasaban el día tendiendo emboscadas y realizando marchas forzadas. El tifus, la malaria y la disentería causaron más estragos en sus filas que las balas japonesas.

Durante todo el año 1943, las guerrillas mandadas por Wingate y Merrill penetraron profundamente tras las líneas enemigas en una lucha a pequeña escala pero eficaz, pues desarticulaba los movimientos japoneses e impedía que las tropas del Tenno penetrasen en la India. Operando en unidades de un millar de hombres y abastecidos por vía aérea, los atrevidos guerrilleros cruzaban cordilleras, se adentraban en profundos valles y esquivaban la persecución de las fuerzas enemigas. Cortaban sus comunicaciones, que iban de Norte a Sur por la cuenca del Iraudi, el Chindwin y el Saluén, así como el ferrocarril en dirección Norte-Sur, de Myitkyina a Mandalay. Pero lo que tenía más importancia era que aquellos guerrilleros demostraron que un pequeño ejército podía mantenerse en una guerra moderna y luchar siendo abastecido exclusivamente por el aire. El éxito alcanzado desde el primer momento por estas operaciones, que consiguieron sembrar la confusión en la retaguardia enemiga, convenció a los dirigentes aliados reunidos en la Conferencia de Quebec, que aquella era la táctica que debía emplearse en Birmania.

Estaba decretado que Wingate no vería los resultados de su obra. El 24 de marzo de 1944 pereció al estrellarse su avión en Birmania. Contaba sólo 41 años. En una conmovedora nota necrológica, Winston Churchill saludó a Wingate como «un hombre de genio que acaso hubiera podido convertirse también en un hombre predestinado».

El problema de abastecer China, cuyo extenso litoral se hallaba bajo el dominio japonés, era muy arduo. De momento el material de guerra se enviaba mediante un puente aéreo que cruzaba la «Joroba», una cordillera con cumbres de más de 5.000 metros que se extendía entre las bases aliadas del nordeste de la India y Kunming. Para remediar esta deficiencia, las fuerzas de ingenieros del general Joseph W. Stilwell empezaron a construir la carretera de Ledo, que iba desde la India al norte de Birmania, con la intención de enlazarla más tarde con la de Birmania.

La carretera de Ledo, que muchos tildaron como una locura propia del chiflado de Stilwell, resultó ser una de las realizaciones más extraordinarias de la guerra. Se construyó mientras la guerra de Birmania ardía con toda su fuerza. Las inmensas cantidades de material que se necesitaban para la gigantesca empresa tuvieron que recorrer centenares de kiló-



metros por un desvencijado ferrocarril de vía estrecha hasta Ledo, localidad situada en el extremo nordeste de la India, antes de que pudiese empezar a construirse siquiera un metro de la dichosa carretera. Entonces, bajo la dirección de ingenieros norteamericanos, un ejército de hormigas humanas excavó casi con sus propias manos la carretera, que así se fue abriendo paso entre junglas y montañas. Los *coolies* chinos trabajaban como lo hicieron sus antepasados dos mil años antes, cuando contruyeron la Gran Muralla de China. Escarbaban la tierra con las manos y se la llevaban en capazos. Con infinita paciencia, propia de chinos, luchaban contra los vertiginosos precipicios, los desprendimientos de tierras, el polvo, la lluvia y los mortíferos mosquitos, que se abatían sobre ellos en enjambres. Así, centímetro a centímetro, palmo a palmo, kilómetro a kilómetro, abrían aquella nueva arteria vital para China entre riscos y montañas.

Las obras empezaron en diciembre de 1942 al promedio de 1.200 m diarios. En mayo de 1943 sólo se habían construido 75 km de carretera. Faltaban aún 693. Durante los tres meses siguientes, la construcción de la carretera sólo se incrementó en 16 km. Vinieron entonces los terribles monzones, que convirtieron al país en un lodazal. Había que quitar el barro de la carretera antes de poder reanudar el trabajo. La agotadora empresa continuó, luchando contra los elementos desencadenados.

El 7 de enero de 1945, después de dos años y veintitrés días de labor continuada, la extraordinaria carretera de Ledo, de 769 km de longitud, verdadera obra maestra de ingeniería y monumento al ingenio y al tesón humanos, quedó terminada. En su mayor parte avanzaba en vertiginosos semicírculos, trazando apretados zigzags y curvas a través de gigantescas montañas y junto a profundas gargantas. A principios de febrero, después de un viaje de 28 días, el primer convoy llegó a su destino. Por aquel entonces, el puente aéreo sobre la Joroba, transportaba 45.000 toneladas mensuales a la agobiada China.

A los problemas de logística, terreno y condiciones meteorológicas que surgían en la campaña de Birmania, vinieron a añadirse complicaciones de otro tipo. Lord Louis Mountbatten, comandante supremo de las fuerzas aliadas del sudeste de Asia, sentía mayor interés por la conquista inmediata del centro y sur de Birmania. Rangún, Mandalay y también Singapur, le atraían más que los remotos valles de la alta Birmania y la ruta a China. Al principio se opuso en redondo al proyecto de la carretera de Ledo, por el que Stilwell sentía tanto cariño. ¿A quién se le ocurría construir una carretera imposible sobre

montañas impracticables? ¡Qué tontería! Surgieron graves fricciones entre Mountbatten y Stilwell, quien en realidad estaba a las órdenes del primero. Pero Mountbatten cedió finalmente a los deseos de su enérgico subordinado y prestó su apoyo al proyecto de Ledo.

El objetivo principal de las fuerzas aliadas que guerreaban en Birmania fue entonces Myitkyina, la estación terminal por el norte de la carretera de Ledo. A comienzos de 1944, antes de la estación de los monzones, Stilwell condujo a sus tropas chinas hacia Myitkyina desde el Nordeste y el Sudeste. Asistido por tropas mandadas por Merrill, los soldados de Stilwell avanzaban por el valle del Hukwang, avanzando por la jungla a razón de kilómetro y medio diario durante cuarenta días. Su objetivo era proteger la construcción de la carretera de Ledo.

El 4 de febrero del mismo año, los japoneses desencadenaron una ofensiva táctica en la región de Araken, situada en la frontera de la India con Birmania, al sur de la posición de Stilwell. Su objetivo consistía en aislar a las fuerzas chinas, americanas y británicas en el norte de Birmania, rendirlas por hambre y después avanzar hacia Bengala, con Calcuta como objetivo final. Pero los japoneses no contaban con la superioridad aérea aliada. Desde los cielos caían víveres y municiones sobre las tropas copadas, junto con toda clase de armamentos y artículos, desde cañones a cerveza. Los japoneses sólo contaban con raciones para diez días. Los contraataques aliados les obligaron a retroceder hacia el Este, dejando millares de muertos en las selvas de Birmania. Los Aliados capturaron finalmente Myitkvina, la importantísima posición terminal, el 3 de agosto de 1944.

Más hacia el Sur, los japoneses volvieron a la carga, lanzando esta vez 80.000 soldados escogidos a la batalla, que se sostuvo en Imphal. El ataque japonés produjo graves pérdidas a los Aliados. Pero éstos, descendiendo desde el Norte en una ofensiva arrolladora, aniquilaron 50.000 japoneses y dispersaron a los restantes.

Aquel triunfo fue muy brillante, pero también muy costoso. el XIV Ejército Británico, que llevó el peso de la lucha en Birmania, sufrió más de 40.000 bajas en el primer semestre de 1944. Hubo 237.000 bajas por enfermedad en aquel clima abominable.

De momento habían terminado las grandiosas operaciones. La carretera de Ledo fue abierta al tránsito. En la primera mitad de 1945, toda Birmania fue liberada. Los japoneses fueron expulsados de Mandalay y Rangún y tuvieron que emprender la retirada hacia la frontera de Tailandia. Después de tres



años de guerra en la jungla, los japoneses fueron expulsados de toda Birmania, nación que tiene una superficie superior a la de Francia.

Aquello representó una victoria no sólo sobre un enemigo fanático y que resistía con denuedo, sino sobre un terreno accidentado, unas condiciones meteorológicas pésimas, el paludismo, la ictericia, la disentería, el polvo sofocante y la jungla avasalladora. Fue una gran victoria, cuando todo parecía coaligarse contra los Aliados: el tiempo, el país y los hombres.

### LA LARGA CARRETERA DE CHINA

El único teatro de la guerra en Extremo Oriente donde los japoneses continuaban cosechando victorias era China. Bajo el punto de vista defensivo, querían proteger su navegación y los *Nansei Shotos* de los bombarderos norteamericanos. Bajo el punto de vista ofensivo se proponían dejar aislada la llanura costera de la China oriental de Chungking y utilizarla como nudo de abastecimiento interior a sus bases de Indochina, la península de Malaca y Birmania.

En 1938 el *Kuomintang*, o Gobierno nacionalista chino de Chiang Kai-Chek, se había retirado a Chungking, ciudad situada en la provincia de Sechuan. Su esfuerzo de guerra se veía obstaculizado por una legión de problemas: prevaricación, indolencia, corrupción administrativa, lentitud... A consecuencia de una inflación que ascendía vertiginosamente, los precios subieron el 500 por ciento entre 1937 y 1944. Después de la ocupación japonesa de Indochina y Birmania, en 1940-41, el contacto de China con el mundo exterior quedó prácticamente cortado, con excepción de las operaciones de contrabando y los abastecimientos llevados de la India por los aviadores norteamericanos que volaban sobre la región sur del Himalaya.

En China había abundancia de mano de obra. Pero el soldado chino, de extracción campesina, cubierto con un raído uniforme, calzado con zapatos de paja y alimentándose con un puñado de arroz, no podía luchar con las tropas de asalto japonesas, bien adiestradas y equipadas. Valor no le faltaba, pero nada podía hacer apenas con su viejo mosquetón contra las ametralladoras japonesas.

Para empeorar aún más las cosas, no se veía fin a la interminable pugna entablada entre el Gobierno nacionalista y los comunistas chinos. Aquella escisión creaba una guerra dentro de la guerra, a pesar de que de 1937 a 1941 las dos facciones, unidas en su odio contra Tokio, lucharon juntas contra el invasor.

Pero en enero de 1941, incapaces de soportar por más tiempo lo que consideraban traición y sabotaje, los nacionalistas se abalanzaron sobre 5.000 comunistas, que se retiraban a través del Yangtsé-kiang, y prácticamente los aniquilaron. A partir de aquel momento la guerra de China se convirtió en una terrible y calamitosa lucha triangular entre nacionalistas, comunistas y japoneses. Los comunistas chinos, cuyo número ascendía a 80.000.000, se concentraron en las provincias del noroeste, con su capital en Yenán. Acuñaban su propia moneda y recaudaban impuestos, luchando contra los japoneses a su manera.

Las cosas no podían presentarse mejor para los japoneses. En la primavera de 1944 desencadenaron una gigantesca ofensiva para apoderarse de la única línea de ferrocarril que aún estaba abierta hacia el Sur e iba de Hankow a Cantón. Al propio tiempo enviaron poderosas columnas motorizadas hacia Hunan, Kuangsi, Kuantung y Kiangsi, desde cuyas provincias podrían atacar las bases adelantadas de las XIV Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Medio millón de soldados chinos retrocedieron ante estos ataques. Los norteamericanos se vieron obligados a evacuar sus bases aéreas de vanguardia. Los japoneses tomaron uno tras otro todos los puertos costeros que se extendían entre Cantón y Shanghai. Antes de seis meses cortaron a China en dos mitades, dominando las comunicaciones por tierra desde la península de Corea hasta la de Malaca. La situación de los Aliados parecía desastrosa.

El general Joseph W. Stilwell, jefe de Estado Mayor y consejero terco y obstinado de Chiang Kai-Chek, recomendó con urgencia a su susceptible jefe que dejase de emplear a sus tropas en el exterminio de los comunistas y se uniese con ellos para atacar a los japoneses. El generalísimo chino rechazó indignado esta sugerencia. Stilwell propuso entonces que le diese el mando directo de las fuerzas nacionalistas. Pero ni Chiang Kai-Chek ni los generales de las provincias se hallaron dispuestos a aceptar que les «dominase» un extranjero. La situación aún se complicó más cuando Stilwell manifestó abiertamente que Chiang Kai-Chek le desagradaba.

El combate iniciado entre *Joe Vinagre* y el *Dragón Parsimonioso*, terminó con la dimisión de Stilwell en octubre de 1944, por propia petición de Chiang Kai-Chek. El general de división Albert C. Wedemeyer, sucesor de Stilwell, experimentaba una profunda admiración, llena de simpatía, por el agobiado dirigente nacionalista chino. En consecuencia, se esforzó por reforzar el tambaleante ejército de Chiang Kai-Chek y su maltrecho gobierno. Pero sus laudables esfuerzos tuvieron poco éxito.

Aunque muy afligidos por las terribles pérdidas que habían



experimentado en 1944, los nacionalistas chinos, instruidos, dirigidos y estimulados por consejeros norteamericanos, consiguieron montar finalmente una ofensiva en la primavera y el verano de 1945. Los japoneses ya se hallaban entonces tan debilitados que se vieron obligados a abandonar incluso sus conquistas de China. Los Aliados fueron reconquistando lentamente la cadena de aeródromos que había en las ciudades costeras. Cuando el corredor japonés que comunicaba con la península de Malaca se redujo hasta tal punto que resultaba insostenible, las fuerzas niponas se retiraron para no caer en manos del enemigo.

China continuó siendo un teatro secundario dentro del teatro general de la guerra del Pacífico. Cuando el Japón fue inclinándose poco a poco la cerviz, los nacionalistas y los comunistas chinos continuaron sus luchas militares y políticas. Cada facción en pugna deseaba contar con las mayores ventajas posibles para presentarse con ellas a la mesa de la paz.

La estrategia aliada en China fue objeto de acerbos críticas después de la guerra. Algunos observadores acusaron a Washington de haber retirado su apoyo a Chiang Kai-Chek en un momento crucial, lo cual, en su opinión, dio el triunfo al comunismo en Extremo Oriente.

## CAPITULO

## XXIV

### Victoria en Oriente

«¡Dios mío!»

Miembros de la tripulación del *Enola Gay*, volando sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945.

*Sed como pinos,  
cuyo color no cambia  
aunque soporten el peso  
de la nieve que cae sin cesar.*

Emperador Hiro-Hito, 1946.

### LA AGONIA DEL JAPÓN

En las primeras páginas de los periódicos de Tokio figuraban, bajo grandes titulares, historias de heroísmo, gloria y victoria. Pero el hombre de la calle sabía que la situación era desesperada. Si ganaban la guerra, ¿por qué tanto horror y destrucción? ¿Cuál era la causa de la confusión y del caos? Los aviones de los diablos blancos reducían a pavesas las frágiles ciudades del Japón. Millones de personas huían al campo. Las escuelas cerraban sus puertas. Los transportes públicos experimentaban un colapso bajo el peso de aquel éxodo en masa. Pero lo que les resultaba más desmoralizador era que los cam-



pesinos acapararon las existencias de arroz, condenando al hambre a los habitantes de las ciudades.

La verdad era, que al inicio del año 1945, el Japón ya no era capaz de continuar la guerra. El bloqueo aliado lo había dejado sin petróleo, carbón, pirita de hierro, bauxita y otros productos absolutamente esenciales para la precaria economía japonesa. Apenas quedaba nada de la red de transportes imperiales que se había extendido sobre todo el Pacífico. Los convoyes con destino al Japón ya no surcaban las aguas meridionales del mar de China. Singapur, la antigua estación terminal de la gran línea de comunicaciones que iba de Indonesia a Tokio, había perdido todo su valor estratégico.

Aunque por otra parte, justo es reconocerlo, los efectivos militares, cuyo número ascendía a 6.000.000 de hombres, estaban casi intactos. En su mayoría se encontraban de guarnición en las islas de la metrópoli. Pero en toda la inmensa extensión del Pacífico, grupos de tropas imperiales copados esperaban sombríamente la evacuación: 100.000 hombres en las Salomón y Nueva Guinea; 83.000 en las Carolinas (50.000 tan sólo en Truk); 30.000 en las Palau; 15.000 en las Marshall; 10.000 en las islas de Marcus y Wake; 4.000 en las islas Ocean y Nauru, y un número indeterminado en las Indias Orientales holandesas. Todos estos hombres escrutaban ansiosamente el horizonte tratando de distinguir los barcos que irían a rescatarlos y que no habrían de aparecer nunca.

Casi todo había terminado en el mar y en el aire. En el cubo de la basura de la historia yacían hechos pedazos 12 acorazados, 19 portaaviones, 34 cruceros y 125 submarinos de la Armada Imperial. La Marina ya no podía ofrecer protección alguna. Por primera vez en la historia, las islas que componían el sagrado archipiélago nipón se presentaban inermes ante los invasores.

La flota mercante japonesa había corrido una suerte igualmente desastrosa. Los hundimientos y los daños causados por ataques aéreos y submarinos habían reducido su tonelaje de 10.000.000 a 1.000.000 apenas. Desde la barrera malaya hasta el archipiélago nipón, en el fondo del mar yacían centenares de barcos japoneses hundidos.

El almirante Kichisaburo, que había evaluado las pérdidas japonesas desde los días de Pearl Harbor, las describió en estos términos: «Al principio los submarinos causaron grandes daños a nuestra navegación y después, combinados con la aviación enemiga, redujeron enormemente nuestro tonelaje. Nuestras líneas de abastecimientos fueron cortadas y no pudimos seguir manteniéndolas. Nuestros expertos sabían que necesitábamos únicamente 3.000.000 de toneladas para abastecer a la población civil del propio Japón.»

Aún fue más difícil de resistir el creciente castigo aéreo. Desde sus nuevas bases, los norteamericanos organizaban incursiones de superfortalezas, haciéndolas coincidir con ataques de la aviación de caza. En 1945, cerca de 100.000 toneladas de bombas habían caído sobre los aeródromos, los objetivos industriales, las instalaciones navales, las ciudades, los pueblos y las aldeas del Japón. Casi la mitad de Yokohama fue borrada del mapa en una hora. Tokio fue arrasado casi por completo.

El general de división George C. Kenney, que mandaba las fuerzas aéreas de los Estados Unidos en el Extremo Oriente, lanzó este ultimátum a los japoneses: «Rendíos, o atacaré al Japón con 5.000 aviones diarios hasta transformarlo en una nación de nómadas.»

Pero los militaristas nipones aún seguían pronunciando encendidas arengas y tratando de ganar tiempo. Se habían equivocado de medio a medio en sus cálculos. Sus conquistas fueron excesivas y prematuras y tuvieron que comprobar a su costa que eran incapaces de defender aquel perímetro de 6.500 kilómetros. Pero de nuevo acordaron continuar la lucha a ultranza aunque aquella resistencia equivaliese a un suicidio. «¡Cien millones morirán juntos!» Millares de japoneses, norteamericanos y británicos habían de perder sus vidas en los meses subsiguientes, porque los militaristas japoneses se empeñaban en salvar su maltrecho prestigio.

A comienzos de 1943, surgió un movimiento pacifista apoyado por estadistas japoneses de la talla del príncipe Fumimaro Konoye, Reijiro Wakasuki, el barón Kiichiro Hiranuma y el almirante Keisuke Okada. En febrero de 1945 el propio emperador, gravemente preocupado por el giro que tomaban las hostilidades, sostuvo varias conferencias privadas con antiguos primeros ministros. El príncipe Konoye, que había dimitido el 16 de octubre de 1941, después de echar la culpa de la guerra a Hideki Tojo, principal cabecilla del ejército, habló sin ambages en su audiencia con el emperador.

«Por triste que resulte decirlo — éstas fueron las palabras de Konoye — creo que el Japón ya ha perdido la guerra... Creo también que por último está claro que el incidente de Manchuria, como el de China y la guerra en pro de la Gran Asia Oriental, fueron otras tantas acciones que hay que achacar a la facción militarista que propugna una renovación nacional. Estos actos de agresión formaron parte de un plan deliberado... En mi deseo por alcanzar la unidad nacional, no supe percatarme del verdadero propósito que ocultaban los alegatos de los extremistas. Como esta falta de previsión mía no admite ninguna clase de excusas, lo único que puedo decir es que asumo toda la responsabilidad de mi fracaso a este respecto...»



La Armada Imperial ya no existía, la máquina de guerra se había quedado sin combustible, la nación estaba en plena bancarrota, pero los militaristas aún no aconsejaban la capitulación. Se produjeron de nuevo interminables debates, explicaciones para salvar el prestigio, discusiones acerca de la política nacional, exhortaciones en favor de una defensa suicida, profecías de milagros.

El Japón se hallaba al borde del colapso definitivo. Pero la guerra continuaba.

#### LA ISLA CONVULSIONADA: LAS CENIZAS DE IWO JIMA

Iwo Jima no era más que una fea y pequeña isla de poco más de 20 kilómetros cuadrados situada en el umbral del Japón. No tenía vegetación de ninguna clase. Sus playas estaban cubiertas de blanda y traidora ceniza volcánica. El extremo norte era un caos de rocas, peñascos, barrancos como un laberinto de grietas volcánicas, cornisas de lava y humeantes solfataras. En el extremo sur de la isla se alzaban las laderas del monte Suribachi, un pedregoso volcán extinguido al que los norteamericanos habían bautizado con el nombre de *Hot Rocks*, Rocas Calientes, que parecía una fúnebre profecía.

Pero aquella desolada roca volcánica constituía uno de los puntos de mayor importancia estratégica para el Japón y los Estados Unidos en todo el teatro de la guerra de Extremo Oriente. Situada a 750 millas de Tokio (1.207 km), Iwo Jima era una isla indispensable tanto para las operaciones defensivas como para las ofensivas.

En Iwo Jima se encontraba el «ojo» que advertía a Tokio cuando se acercaban bombarderos enemigos. Con la meticulosidad propia de su raza, los japoneses transformaron la isla en una tremenda fortaleza, una especie de Línea Maginot concentrada en miniatura. Mezclaron las cenizas volcánicas con cemento para fabricar un hormigón de extraordinaria calidad, y emplearon esta argamasa para reforzar los muros y darles un espesor de 2'40 m. Después recubrieron toda la isla de blocaos subterráneos que se comunicaban entre sí, construyeron millares de casamatas y nidos de ametralladoras con hormigón armado y fortificaron las cuevas naturales, camuflando hábilmente este conjunto. Los emplazamientos de ametralladoras y de piezas de artillería dominaban hasta el último centímetro cuadrado de la isla. Sembraron las playas y el interior con pesadas minas terrestres. Disponían de tres aeródromos, desde los que sus cazas podían elevarse para atacar a aviones enemigos procedentes de las Marianas. Y los japoneses encomendaron

la defensa de esta isla a lo más escogido de sus tropas: unos 23.000 hombres bajo el mando del teniente general Tadamichi Kuribayashi.

Para los norteamericanos, aquel diminuto trozo de tierra era igualmente apetecible. Las bases norteamericanas en las islas Marianas (Saipán, Tinian y Guam) se encontraban a 1.300 millas de Tokio. Un viaje de ida y vuelta requería 16 horas para los enormes B-29, lo que era casi su radio de acción máximo, y sólo les quedaba una pequeña reserva de combustible. Cuando hacía mal tiempo, los gigantescos aviones se veían condenados muchas veces a caer en el Pacífico. Por consiguiente, la posesión de Iwo Jima sería de un valor inapreciable para los norteamericanos. Era uno de los últimos puestos avanzados insulares que se extendían desde Nueva Guinea al Japón. Constituía una perfecta base intermedia para que repostasen los B-29 que volvían del Japón, un refugio para los aviones averiados y una base para los cazas que debían acompañar a los bombarderos.

Mientras el general MacArthur avanzaba en las Filipinas y el teniente general británico sir William J. Slim expulsaba a los japoneses de Birmania, los Estados Unidos concentraron su poderío naval, aéreo y terrestre en Iwo Jima. En primer lugar la isla fue sometida a 74 días consecutivos de bombardeo aeronaval. El 1.º de febrero de 1945, todos los aviones norteamericanos que se encontraban en el Pacífico fueron destinados a la acción contra Iwo Jima. Quince días después, una fuerza de asalto formada por seis acorazados y una cortina de cruceros y destructores, empezó a rondar la isla para machacarla con toneladas de granadas de artillería de grueso calibre.

Mientras tanto, los defensores japoneses, que se encontraban en seguridad dentro de sus cuevas y blocaos, emplazaron más piezas de artillería para cubrir las playas.

Al amanecer del 19 de febrero de 1945, una enorme flota de transportes se unió a los buques de guerra que cañoneaban la isla. Estos buques transportaban 30.000 infantes de Marina bajo el mando del general de división Harry Schmidt. El espectáculo era extraordinario. La flota de invasión formaba un enorme semicírculo a unas siete millas de tierra; en el interior del inmenso arco, las lanchas anfibia de desembarco avanzaban trazando espumeantes estelas. Los *marines* descendían por las redes tendidas a los costados de los buques para ocupar sus puestos en las lanchas de desembarco. Las pequeñas embarcaciones avanzaban hasta las boyas coronadas por banderas, en torno a las cuales empezaban a describir círculos, esperando la señal de dirigirse a tierra. Al recibir la señal, cada unidad avanzaba en seguimiento de su jefe, quien al llegar cerca de



tierra situaba su embarcación paralelamente a la playa. Cuando toda la línea de embarcaciones estuvo paralela, las lanchas viraron y se precipitaron hacia la playa, en la que se levantaban columnas de humo producidas por el intenso fuego de barrera.

Los invasores, entre los que se contaban veteranos que habían participado en todos los desembarcos desde Guadalcanal, se enfrentaron a una de las más sangrientas operaciones que se habían visto hasta entonces. No sólo se encontraron hundidos hasta el tobillo en la blanda ceniza volcánica, sino que también se convirtieron en blanco de un fuego envolvente que parecía surgir de la nada. Las armas automáticas escupían fuego desde estrechas aberturas que se encontraban únicamente a pocos centímetros sobre el nivel del suelo. La Infantería de Marina tuvo que pagar con su sangre cada metro de avance. Sin embargo, a las pocas horas habían establecido una cabeza de playa en la costa sudeste que medía 4.500 metros de longitud por 500 de profundidad.

La etapa siguiente consistía en ascender por las rocosas laderas hasta la meseta. Durante 48 horas las tropas de asalto no durmieron, mientras luchaban denodadamente bajo una copiosa lluvia. En los dos primeros días de combate resultaron muertos o heridos 3.650 infantes de Marina. Pero al cabo de tres días, los norteamericanos eran dueños de una tercera parte de la humeante isla.

La Infantería de Marina inició entonces un movimiento envolvente dirigido contra el segundo aeródromo, conocido por el nombre de Motoyama n.º 2. No existía protección alguna en las inmediaciones del aeródromo. El asalto fue precedido por la acción de los lanzallamas y los expertos en demoliciones.

Un corresponsal de la Marina describió así aquella lucha infernal:

Los japoneses eran duros de pelar. Sólo después de lanzar gran cantidad de explosivos contra los blocaos cúbicos de hormigón, se conseguía reducir al silencio a los hombres del interior. Los japoneses, aturridos y heridos, continuaban luchando, con frecuencia entre las ruinas, tratando aún de contestar a nuestro fuego. Un sargento tuvo que disparar veintidós tiros a un japonés medio oculto antes de matarlo. Otro infante de Marina que asaltaba una casamata, encontró a un japonés gravemente herido que trataba aún de accionar una ametralladora pesada. Vacío todo su peine de balas sobre el hombre, pero éste persistía en sus intentos por alcanzar la ametralladora. Finalmente, al encontrarse sin municiones, el *marine* lo mató de una cuchillada.

La Infantería de Marina necesitó más de tres días para recorrer 700 metros, ascendiendo por las laderas del monte en

medio de una terrible lucha. Así fueron reduciendo al silencio una por una a las defensas del extremo sur del aeródromo. Con lanzallamas y *bazookas*, con bombas de mano y pistolas, asaltaron las fortificaciones japonesas. Sólo en un sector de 1.000 metros de largo por 200 de profundidad, destruyeron uno a uno cerca de 800 blocaos pequeños de cemento. Al llegar a lo alto de la ladera, los infantes de Marina se lanzaron a un ataque a la bayoneta contra los japoneses. Las bajas americanas sobrepasaban ya las 5.000.

Morrie Landberg, corresponsal de la *Associated Press* informó por radio:

La totalidad de esta pequeña isla en forma de calabaza es zona de combate y en ella se lucha bajo la niebla gris del día y durante la fría negrura de la noche. La línea del frente puede situarse tal vez en el borde norte del aeródromo del Sur, tomado por los *marines*. Quizá se encuentre al pie del Suribachi Yama, sufriendo el asalto de otros valientes. O acaso esté en cualquier lugar de la cabeza de playa, sobre la que llueven bombas y granadas.

Al terminar el cuarto día, los *marines* consiguieron abrirse camino hasta el pie del monte Suribachi, que era la principal posición defensiva desde la que los japoneses lanzaban un diluvio de granadas sobre las playas sembradas de lanchas desfondadas, tanques y pertrechos. Reinaba una congestión tan grande en las playas, que casi todas las balas japonesas daban en el blanco.

Había ya tres divisiones de Infantería de Marina en la pequeña isla. Las tropas se hallaban tan apretujadas que apenas podían moverse. La Quinta División se abrió camino hacia la costa del Oeste partiendo la isla en dos, mientras la Cuarta División, que se hallaba en el Norte, avanzaba también hacia el Oeste. Luego ambas divisiones se volvieron hacia el Norte para avanzar por la isla.

Al propio tiempo se abatió sobre el monte Suribachi un intensísimo fuego de barrera, procedente de los buques de guerra y de los aviones de bombardeo y lanza-cohetes. El bombardeo no dio el resultado que se esperaba, pues las defensas japonesas ya habían sido planeadas para resistirlo. Los soldados del XXVIII Regimiento ascendieron por las laderas del volcán apagado, evitando las numerosas minas japonesas y volando sistemáticamente todas las trincheras, casamatas, blocaos y cuevas.

En la mañana del 23 de febrero, una patrulla coronó la cumbre del monte y a los pocos minutos clavaba un mástil con la bandera norteamericana en la eminencia. Por un insólito azar.



este fugaz instante fue eternizado por un fotógrafo de la *Associated Press*, Joe Rosenthal. Esta instantánea se convirtió en la más famosa fotografía de la segunda Guerra Mundial. Rosenthal fue objeto de plácemes y felicitaciones de todo el mundo y la fotografía le valió el premio «Pulitzer». Fue reproducida millones de veces en carteles, en periódicos, revistas, libros e incluso en un sello conmemorativo. Se convirtió en el nuevo «Espíritu del 45». Después de la guerra, por primera vez en la historia del arte civil o militar, la fotografía fue reproducida en un grupo escultórico fundido en bronce.

Así fue tomado el monte Suribachi. Pero su conquista requirió 26 días. La bandera estrellada no ondeó sobre toda Iwo Jima hasta el 15 de marzo. Aquella victoria se pagó a un precio muy elevado. La Tercera, Cuarta y Quinta Divisiones de Infantería de Marina sufrieron 20.196 bajas, entre las que se contaban 4.189 muertos.

Elogiando esta acción, el teniente general Holland M. Smith, jefe de las fuerzas de Infantería de Marina en el Pacífico, comentó: «Ha sido la batalla más dura que han librado los *marines* en 168 años.»

El almirante Chester W. Nimitz envió este mensaje de felicitación a la Infantería de Marina:

Al tomar Iwo Jima, posición tan importante como difícil de conquistar, habéis vencido las defensas más duras que la destreza y la inventiva humanas podían construir en una pequeña isla que la propia naturaleza ya había fortificado, convirtiéndola en una posición casi inexpugnable. Vuestra victoria, que estaba asegurada a partir del primer desembarco, esclarecerá las páginas de la historia norteamericana. Todos vuestros compatriotas entonan hoy vuestra alabanza con humildad y orgullo.

Para los japoneses, la caída de Iwo Jima constituyó una catástrofe irreparable. La isla formaba parte de la prefectura de Tokio, era un trozo del suelo patrio. Los soldados que guarnecían la posición lucharon casi hasta el último hombre. Mas de 21.000 fueron muertos y el número de heridos fue también elevadísimo. Sólo se hicieron poco más de 200 prisioneros.

Pocas semanas después, en la isla próxima de Ie Shima, el pueblo norteamericano experimentó una pérdida irreparable cuando un retraído y diminuto corresponsal de guerra fue muerto por una bala de ametralladora japonesa. A pesar de que Ernie Pyle detestaba la guerra y todo cuanto ésta representaba, creía que su lugar estaba junto a los hombres que luchaban en el frente. Sus despachos abundaban en bellos detalles acerca de actos de bondad y abnegación, de la soledad de los hombres obligados a permanecer en la retaguardia, del ex-

traordinario valor desplegado por simples muchachos, que en el combate se crecían hasta hacerse hombres. Hablaba de los soldados cansados y mugrientos que no querían morir, de heroísmo y de cobardía, de flores y de tumbas. «Creo que la humanidad me inspira una nueva resignación, que antes no tenía... No comprendo cómo los que sobreviven a la guerra pueden volver a mostrarse crueles con nada.»

Los combatientes sentían un profundo afecto por el pequeño reportero calvo de Indiana que expresaba con tanta perfección la visión que ellos tenían de la guerra, desde su humilde estatura de soldados. Llenos de desconsuelo, colocaron esta inscripción en el sencillo monumento erigido en el mismo lugar donde él cayó para no levantarse más:

EN ESTE LUGAR  
LA 77ª DIVISIÓN DE INFANTERÍA  
PERDIÓ A UN CAMARADA  
ERNIE PYLE

18 DE ABRIL DE 1945

#### OPERACIÓN SUICIDIO: LOS «KAMIKAZES»

Por primera vez en la historia, una nación en guerra utilizó el suicidio como arma reglamentaria y exhortó a sus guerreros para que fuesen al combate animados por la perspectiva de una muerte cierta. Pero ni siquiera esto podía salvar ya al Japón.

La víspera de Okinawa, el primer ministro japonés Kuniaki Koiso, abrumado por la perspectiva de la derrota, pronunció esta solemne advertencia: «¡Me dirijo a cien millones de japoneses! Tenemos el enemigo a nuestras puertas. Es el momento más grave de nuestra historia.»

El gabinete Koiso presentó la dimisión el 5 de abril de 1945 cuando Moscú denunció su pacto de no agresión por diez años con el Japón. Los asustados sucesores de Koiso resolvieron jugárselo todo a una desesperada carta. Reunirían los restos de la Armada Imperial para lanzarlos en un ataque furibundo contra los norteamericanos que invadían Okinawa. El plan fue puesto en práctica inmediatamente. Una formación de combate, en la que se incluía el *Yamato*, último acorazado que le quedaba al Japón, y una nube de cruceros y destructores, abandonó las aguas metropolitanas y puso rumbo a Okinawa. La flota no llegó jamás a su objetivo.

Los informes facilitados por el espionaje acerca del plan



bre, Bruselas el 3 y Amberes el 4; tres importantes ciudades belgas en tres días consecutivos.

En el flanco sur del frente aliado, el Tercer Ejército de Patton avanzaba con igual celeridad. Rebasando París por el Sur, sus columnas blindadas llegaron al Marne el 27 de agosto, atravesaron Chateau-Thierry, plaza famosa durante la Gran Guerra, y rebasaron Reims y Châlons. Patton no se detenía ante nada; prosiguió su avance a través del bosque de Argonne y Verdún, por el camino del Mosela, desde Nancy a Metz.

Unos 20.000 alemanes que habían quedado atrapados detrás de los ejércitos aliados, trataron de llegar al norte de Francia desde el golfo de Vizcaya, en un intento desesperado por cortar las líneas aliadas y regresar a Alemania. La maniobra fracasó y todos los alemanes fueron capturados.

El 16 de septiembre, el Séptimo Ejército de Patch, que avanzaba desde el Sur después de la operación «Yunque-Dragón», se reunió con el Tercer Ejército de los Estados Unidos en Dijon. El sorprendido enemigo se vio así amenazado por una nueva operación de cerco.

Mientras tenían lugar estas ofensivas, el poderío aliado se concentró en los puertos franceses y belgas del canal. Estas difíciles operaciones corrieron principalmente a cargo de los canadienses, que tomaron Dieppe el 1.º de septiembre, Ostende el 8, Boulogne el 18 y Calais el 30 del mismo mes.

Los puertos atlánticos franceses de Burdeos, Saint-Nazaire y Lorient fueron defendidos tenazmente por las tropas alemanas que habían quedado aisladas en aquellas poblaciones y que eran abastecidas por aviones y submarinos. El Alto Mando aliado, seguro de que aquellos puertos se hallaban condenados a caer, decidió no arriesgar más vidas en su captura y los dejó entregados a su suerte. Pero el 18 de septiembre, el Noveno Ejército de los Estados Unidos tomó Brest, en el extremo noroeste de la península, haciendo 36.000 prisioneros. Sin embargo, las instalaciones portuarias se hallaban tan destruidas que los barcos aliados de abastecimiento no pudieron utilizarlas.

A mediados de septiembre, los Aliados decidieron arriesgarlo todo en una jugada espectacular que, de tener éxito, podía significar el fin inmediato de la guerra. ¿Por qué lanzar un sangriento ataque frontal contra la Línea Sigfrido, defendida por un ejército tan numeroso como el de los Aliados? ¿Por qué no rebasarla por el flanco? Esta maniobra podía efectuarse por Cleve, su pivote septentrional, del mismo modo como los alemanes habían rebasado la Línea Maginot en 1940. Se confió esta misión a las tropas aerotransportadas y a los paracaidistas del Primer Ejército Aerotransportado aliado, al

mando del teniente general Lewis H. Brereton, que constaba de la Primera División Aerotransportada británica y de las LXXXII y CI divisiones norteamericanas, igualmente transportadas por vía aérea.

Este plan, que recibió el nombre de operación «Mercado-Jardín», era muy sencillo. Los norteamericanos tomarían Eindhoven y Nimega y los puentes clave que cruzaban los ríos Maas y Waal. Los ingleses aterrizarían más al Norte, por Arnheim. Entonces, el Segundo Ejército británico, mandado por el teniente general sir Miles C. Dempsey, avanzaría desde el Sur, uniéndose con aquellas fuerzas y abriendo la marcha hacia Alemania.

El 17 de septiembre de 1944 las unidades aerotransportadas, formadas por 20.000 hombres, que volaban en 1.500 aviones de transporte y 425 planeadores, despegaron de sus bases inglesas para descender sobre Holanda. A los pocos días se había convertido en la mayor operación aerotransportada de todos los tiempos. Los norteamericanos aterrizaron alrededor de Eindhoven, se apoderaron de los principales centros de comunicaciones y se reunieron con los elementos del Segundo Ejército británico que habían atravesado la frontera holandesa.

Los norteamericanos también aterrizaron en Nimega, donde el Waal, que allí era anchuroso y rápido, estaba cruzado por un enorme puente de acero y hormigón. Cuando los alemanes ofrecieron una tenaz resistencia en el extremo sur del puente, los paracaidistas norteamericanos, en una rápida e improvisada operación, cruzaron el Waal en frágiles botes de lona para efectuar un heroico ataque contra el extremo norte del enorme puente. Cuando los paracaidistas llegaron a su objetivo, los tanques británicos consiguieron finalmente romper las líneas enemigas por el sur. Ya era demasiado tarde para que los alemanes volasen el puente, pues habían evitado hacerlo hasta entonces pensado utilizarlo para lanzar un contraataque hacia Nimega.

Hasta aquí todo salía a pedir de boca. Pero en Arnheim, localidad del bajo Rin situada 16 km al Norte, la operación adquirió caracteres de verdadera pesadilla para los 8.000 *Diablos Rojos* de la Primera División aerotransportada británica. Estos valientes soldados, tocados con boinas de un rojo vivo, tenían que esperar que las tropas de tierra se reuniesen con ellos en aquel punto.

La reacción alemana fue violentísima. El Segundo Ejército de Dempsey tuvo que aguantar unos ataques tan encarnizados que sólo pudo enviar a dos de sus regimientos al otro lado del Bajo Rin.



japonés, produjeron un júbilo inenarrable al mando norteamericano del Pacífico. ¡Por último se presentaba aquel momento que tanto había esperado la armada de los Estados Unidos!

La formación de combate 58 interceptó a la escuadra japonesa unas 50 millas al sudoeste de Kiu Siu, en las aguas orientales del mar de China. Cuatrocientos cazas y bombarderos lanzados por los portaaviones se abatieron sobre el enemigo, hundiendo al *Yamato*, dos cruceros ligeros y tres destructores, y dejando incendiados a otros tres. Así, la armada que Tokio había considerado invencible, daba sus últimas boqueadas.

Cinco meses antes, o sea en octubre de 1944, los marinos norteamericanos que participaron en los encarnizados combates navales que se sostuvieron en aguas de las Filipinas, comunicaron que los pilotos japoneses intentaban estrellar sus aparatos contra los buques de guerra de los Estados Unidos. ¿Se trataba de decisiones desesperadas tomadas en el último momento por los propios pilotos? Entonces nadie lo sabía aún. Pero cuando numerosos buques de guerra, entre los que se contaba el crucero *Nashville*, recibieron impactos directos de aviones que se lanzaban sobre ellos en picado, resultó claro que se trataba de una ofensiva suicida iniciada y organizada por el enemigo.

La publicación de documentos japoneses después de la guerra reveló que durante la gran batalla del golfo de Leyte, el vicealmirante Takijiro Onishi, jefe de la aviación nipona de las Filipinas, impuso una medida temporal para enfrentarse con la crítica situación. Tenía que efectuar sus últimos ataques en masa contra el enemigo, pero teniendo en cuenta que la aviación naval ya no podía proporcionarle una adecuada cobertura aérea, llegó a la conclusión de que se hacía necesario inmovilizar a los portaaviones americanos antes de que sus aviones pudiesen despegar de ellos.

¿Cómo conseguirlo? Onishi decidió enviar a sus pilotos en aviones de caza tipo *Zero* cargados de bombas para que los estrellasen en las pistas de despegue de los portaaviones enemigos. La posibilidad de que los enormes buques enemigos fuesen hundidos a consecuencia de esta acción era muy remota, ciertamente, pero podrían quedar inutilizados durante los momentos decisivos en que la Armada Imperial haría su postrer esfuerzo para destruir a la escuadra enemiga. Los pilotos de Onishi fracasaron en su fatal misión. Los norteamericanos pudieron elevar una nube de aviones, que causaron tremendos daños en los grandes buques de guerra japoneses, que se hallaban sin protección aérea.

Después de la batalla del golfo de Leyte, Onishi decidió llevar adelante la nueva táctica suicida. El poderío aéreo nipón

se hallaba ya demasiado debilitado para permitirse lanzar ataques de tipo normal contra el enemigo. Reuniendo a sus restantes pilotos, les dijo: «La salvación de nuestra patria depende únicamente de jóvenes valerosos como vosotros.» Acto seguido les expuso su teoría de una muerte gloriosa por el emperador y la patria, y recitó a sus oyentes este conmovedor poema:

*Hoy en capullo, mañana con los pétalos esparcidos,  
la vida es como una flor delicada.  
¿Cómo podemos esperar que su fragancia  
perdure siempre?*

Observe el lector que, en el fondo, este poema no difiere mucho de la frase pronunciada por aquel legendario sargento norteamericano que, saltando fuera de las trincheras durante la Gran Guerra, gritó a sus hombres: «¡Vamos, granujas! ¿Es que queréis vivir eternamente?»

La única diferencia estriba en que los soldados yanquis, a diferencia de los pilotos de Onishi, tenían una posibilidad de salvación. Pero los aviadores nipones acogieron la proposición con entusiasmo. Aquel día nació la *Kamikaze Tokubetsu Kogekitai* (Escuadrilla Especial de Ataque *Kamikaze*). Tuvo todos los voluntarios que hicieron falta.

Esta táctica ocultaba una curiosa combinación de teología y psicología japonesas que desconcertó a los norteamericanos. El código militar *samurai* no admitía ni siquiera la posibilidad de una derrota. Desde su infancia, tanto en la familia como en la escuela, se enseñaba a los niños japoneses que la única alternativa que había para la victoria era la muerte, y que la rendición era la peor de las desgracias, algo tan aciago que resultaba inconcebible. De manera similar, se esperaba de los soldados japoneses que se hallaban al borde de la derrota, que se lanzasen contra el enemigo sin reparar en las pérdidas.

La táctica *Kamikaze*, nacida de la desesperación en los últimos días de la guerra, no era, en efecto, más que una aplicación aérea y enaltecida de la carga *banzai*. Se hallaba imbuida por la obediencia ritual a los superiores, la veneración que inspiraba el Emperador, la fidelidad a la familia y a la patria y la creencia en la vida después de la muerte.

Una leyenda favorita de los japoneses refería la historia de un *kamikaze* (viento divino, tempestad divina, tifón divino), enviado providencialmente por la diosa del sol para desbaratar la ingente armada del conquistador mongol Kublai Khan en 1281. A la sazón iban a lanzarse golpes similares, obra esta vez del hombre, contra los invasores de la lejana América. Así,



éstos serían destruidos y las costas de la madre patria permanecerían invioladas. Aquella era el arma secreta que arrebatría la victoria de las propias fauces de la derrota.

Existían dos tipos de *kamikazes*. El más perfeccionado era una versión japonesa pilotada del reactor V-1 alemán. Un modelo del mismo, la bomba volante *Maraudi*, pilotada y con una carga explosiva de 1.197 kilos era lanzado desde un bombardero corriente y dirigido a 965 km por hora hacia su objetivo por un piloto suicida. El modelo *Oka* (Flor de Cereza), bautizado con el nombre de *baka* (estúpido) por los norteamericanos, fue empleado por primera vez el 21 de marzo de 1945 frente a las costas occidentales del Japón. En Okinawa se utilizó nuevamente. Pero el número de estas bombas volantes pilotadas era demasiado reducido para hacer variar el sesgo de la batalla. De las 800 que se construyeron, fueron lanzadas tan sólo 59, y de éstas solamente 3 dieron en el blanco.

El segundo tipo de *kamikaze*, más numeroso, era un avión de tipo sencillísimo y anticuado en cinco años respecto a los aparatos de la época, desprovisto de blindaje pero que en la punta transportaba una carga de TNT, de un peso de 115 a 250 kilos, que estallaba por contacto.

Casi todos los pilotos eran jovencitos que sólo poseían el adiestramiento mínimo necesario para la única misión que realizarían. A éstos había que añadir algunos curtidos veteranos, supervivientes de la aviación japonesa. Antes de encerrarse en la carlinga para realizar el único vuelo de su vida, los pilotos celebraban graves ceremonias en las salas de oficiales, durante las cuales recibían cinturones rituales en los que estaba inscrito el código de honor del *Bushido*. Brindaban por última vez por el Emperador, por el Imperio japonés y por una muerte gloriosa. Sería algo agri dulce morir por la patria, conforme al código de sus antepasados, que se enorgullecerían de aquel último y noble acto, como sería glorioso doblegar la moral de aquellos débiles americanos que consideraban la vida humana tan preciosa que equipaban sus aviones con ridículos aparatos defensivos. Los valientes aviadores nipones aplastarían al enemigo con aquella arma definitiva.

Entonces, algunos entonaban espontáneamente las estrofas de la *Canción del Guerrero Kamikaze*:

*Al servir en el mar, ser un cadáver  
saturado de agua.*

*Al servir en la tierra, ser un cadáver  
cubierto de hierba.*

*Al servir en el cielo, ser un cadáver  
que desafía a las nubes.*

*Muramos todos juntos al lado  
de nuestro soberano.*

Después, los pilotos escribían sus últimas cartas a la familia:

«Nos lanzaremos contra los buques enemigos convencidos de que el Japón ha sido y será la única tierra donde pueden existir bellos hogares, mujeres valerosas y una amistad perfecta.»

«Que nuestra muerte sea tan súbita y limpia como un cristal que se quiebra... caigamos limpios y radiantes, como flores de cerezo en primavera.»

El alférez de la reserva Susumu Kaijitsu escribió: «Mis actividades son completamente ordinarias. Lo que más me preocupa no es la muerte, sino cómo podré estar seguro de que he hundido un portaaviones enemigo... Os ruego que observéis los resultados de mi modesto esfuerzo. Si son buenos, pensad en mí con benevolencia y considerad que he tenido suerte... Pero sobre todo, no me llores.»

A varias millas de las costas de Okinawa se extendía una poderosa armada formada por 1.500 barcos aliados, principalmente norteamericanos, que constituían un blanco perfecto para las escuadrillas suicidas. Los blancos más tentadores eran los portaaviones, con sus enormes cubiertas planas e ingentes cantidades de gasolina inflamable. Casi tan vulnerables como éstos eran los destructores, de delgado blindaje.

Fue el espectáculo más espeluznante y gallardo a la vez de toda la guerra. Como un enjambre de avispas furiosas, los *kamikazes* se lanzaron sobre la flota, buscando principalmente los valiosos portaaviones. Acudieron a centenares, primero durante el día y después de noche. Cada piloto esperaba el momento oportuno de sacrificar su vida envuelto en llamas.

«¡Babe Ruth (1), vete al infierno!» Éstas fueron las últimas palabras que vociferaron muchos pilotos *kamikazes*, que perecieron profiriendo el que consideraban insulto supremo.

De los buques de guerra norteamericanos surgió una cascada invertida de proyectiles antiaéreos, que apuntaban a los blancos volantes de aquella fantástica galería de tiro. A lo lejos volaban los cazas *kamikaze*: unos aviones que tenían por misión atraer a los ingenuos pilotos norteamericanos y entablar combate con ellos mientras sus camaradas se dirigían hacia la flota. De la cubierta de los portaaviones despegaron los cazas para abatir a los atacantes antes de que pudiesen lanzarse en picado contra los buques.

(1) Campeón de béisbol americano, ídolo de la juventud de los EE. UU. (N. del T.)



éstos serían destruidos y las costas de la madre patria permanecerían invioladas. Aquella era el arma secreta que arrebataría la victoria de las propias fauces de la derrota.

Existían dos tipos de *kamikazes*. El más perfeccionado era una versión japonesa pilotada del reactor V-1 alemán. Un modelo del mismo, la bomba volante *Maraudi*, pilotada y con una carga explosiva de 1.197 kilos era lanzado desde un bombardero corriente y dirigido a 965 km por hora hacia su objetivo por un piloto suicida. El modelo *Oka* (Flor de Cereza), bautizado con el nombre de *baka* (estúpido) por los norteamericanos, fue empleado por primera vez el 21 de marzo de 1945 frente a las costas occidentales del Japón. En Okinawa se utilizó nuevamente. Pero el número de estas bombas volantes pilotadas era demasiado reducido para hacer variar el sesgo de la batalla. De las 800 que se construyeron, fueron lanzadas tan sólo 59, y de éstas solamente 3 dieron en el blanco.

El segundo tipo de *kamikaze*, más numeroso, era un avión de tipo sencillísimo y anticuado en cinco años respecto a los aparatos de la época, desprovisto de blindaje pero que en la punta transportaba una carga de TNT, de un peso de 115 a 250 kilos, que estallaba por contacto.

Casi todos los pilotos eran jovencuelos que sólo poseían el adiestramiento mínimo necesario para la única misión que realizarían. A éstos había que añadir algunos curtidos veteranos, supervivientes de la aviación japonesa. Antes de encerrarse en la carlinga para realizar el único vuelo de su vida, los pilotos celebraban graves ceremonias en las salas de oficiales, durante las cuales recibían cinturones rituales en los que estaba inscrito el código de honor del *Bushido*. Brindaban por última vez por el Emperador, por el Imperio japonés y por una muerte gloriosa. Sería algo agri dulce morir por la patria, conforme al código de sus antepasados, que se enorgullecerían de aquel último y noble acto, como sería glorioso doblegar la moral de aquellos débiles americanos que consideraban la vida humana tan preciosa que equipaban sus aviones con ridículos aparatos defensivos. Los valientes aviadores nipones aplastarían al enemigo con aquella arma definitiva.

Entonces, algunos entonaban espontáneamente las estrofas de la *Canción del Guerrero Kamikaze*:

*Al servir en el mar, ser un cadáver  
saturado de agua.*

*Al servir en la tierra, ser un cadáver  
cubierto de hierba.*

*Al servir en el cielo, ser un cadáver  
que desafía a las nubes.*

*Muramos todos juntos al lado  
de nuestro soberano.*

Después, los pilotos escribían sus últimas cartas a la familia:

«Nos lanzaremos contra los buques enemigos convencidos de que el Japón ha sido y será la única tierra donde pueden existir bellos hogares, mujeres valerosas y una amistad perfecta.»

«Que nuestra muerte sea tan súbita y limpia como un cristal que se quiebra... caigamos limpios y radiantes, como flores de cerezo en primavera.»

El alférez de la reserva Susumu Kaijitsu escribió: «Mis actividades son completamente ordinarias. Lo que más me preocupa no es la muerte, sino cómo podré estar seguro de que he hundido un portaaviones enemigo... Os ruego que observéis los resultados de mi modesto esfuerzo. Si son buenos, pensad en mí con benevolencia y considerad que he tenido suerte... Pero sobre todo, no me lloréis.»

A varias millas de las costas de Okinawa se extendía una poderosa armada formada por 1.500 barcos aliados, principalmente norteamericanos, que constituían un blanco perfecto para las escuadrillas suicidas. Los blancos más tentadores eran los portaaviones, con sus enormes cubiertas planas e ingentes cantidades de gasolina inflamable. Casi tan vulnerables como éstos eran los destructores, de delgado blindaje.

Fue el espectáculo más espeluznante y gallardo a la vez de toda la guerra. Como un enjambre de avispas furiosas, los *kamikazes* se lanzaron sobre la flota, buscando principalmente los valiosos portaaviones. Acudieron a centenares, primero durante el día y después de noche. Cada piloto esperaba el momento oportuno de sacrificar su vida envuelto en llamas.

«¡Babe Ruth (1), vete al infierno!» Éstas fueron las últimas palabras que vociferaron muchos pilotos *kamikazes*, que perecieron profiriendo el que consideraban insulto supremo.

De los buques de guerra norteamericanos surgió una cascada invertida de proyectiles antiaéreos, que apuntaban a los blancos volantes de aquella fantástica galería de tiro. A lo lejos volaban los cazas *kamikaze*: unos aviones que tenían por misión atraer a los ingenuos pilotos norteamericanos y entablar combate con ellos mientras sus camaradas se dirigían hacia la flota. De la cubierta de los portaaviones despegaron los cazas para abatir a los atacantes antes de que pudiesen lanzarse en picado contra los buques.

(1) Campeón de béisbol americano, ídolo de la juventud de los EE. UU. (N. del T.)



Durante los 82 días con sus noches que duró el ataque, los pilotos suicidas no consiguieron hundir ninguna unidad importante. Pero estuvieron a punto de eliminar a uno de los grandes buques de guerra norteamericanos, el gigantesco portaaviones *Enterprise*. Llamado también el *Gran E*, el *Afortunado E*, la *Vieja Dama* y el *Fantasma Galopante de la Costa de Oahu*, el *Enterprise* participó en todas las batallas navales importantes desde el comienzo de las hostilidades en el mar. Hundió más de 70 buques de guerra enemigos y abatió casi un millar de aviones. El portaaviones fantasma se había dado seis veces por perdido, pero a pesar de los exagerados relatos que publicaba la prensa japonesa, había seguido surcando los mares para ser el terror de sus enemigos.

El 1 de mayo de 1945, los aviones del *Enterprise* despegaron con la misión de atacar los aeródromos del sur del Japón. A la mañana siguiente, dos docenas de *kamikazes* surgieron rugiendo por el Sudoeste para lanzarse en derechura hacia el portaaviones. Uno tras otro fueron abatidos y erraron el blanco, precipitándose en el mar.

Hubo un piloto, empero, que volaba en un caza *Zeke* monomotor cargado con una bomba de 276 kg, que jugó hábilmente al escondite con el enemigo. Entrando y saliendo de una nube baja, esperó el tiempo oportuno y de pronto se lanzó como una bala hacia la enorme masa del *Enterprise*. El avión, avanzando en vuelo invertido, chocó contra el centro del portaaviones y atravesó tres cubiertas. Resultaron muertos 14 marineros norteamericanos. La explosión lanzó a gran altura un montacargas que pesaba 30 toneladas. Los rápidos trabajos de reparación efectuados consiguieron salvar la vida del venerable navío.

Si consultamos las estadísticas, veremos que los *kamikazes* consiguieron un resultado nada despreciable: 34 barcos norteamericanos hundidos y 288 averiados, en los que se contaban 36 portaaviones, 15 acorazados y 87 destructores. Durante las operaciones de Luzón, perecieron casi 2.000 marineros norteamericanos y australianos a consecuencia de los ataques de los pilotos suicidas. Durante la campaña de las Filipinas, uno de cada cuatro *kamikazes* alcanzó su objetivo, causando daños. En lo más reñido de la batalla del archipiélago japonés, los *kamikazes* causaron tantos daños que los astilleros navales de California estaban abarrotados de buques de guerra enviados a la metrópoli para reparaciones, mientras otros tuvieron que ser enviados a la costa atlántica. Una evaluación de la situación hecha por el mando de bombardeo estratégico norteamericano, sacaba la conclusión de que los *kamikazes* causaron tales daños que si sus ataques hubiesen podido sostenerse «con más

fuerzas y mayor concentración, acaso nos hubieran obligado a retirarnos o a revisar nuestros planes estratégicos».

Los japoneses pagaron por su «Vendaval Divino» de venganza unas pérdidas que se calculan entre 1.228 y 4.000 aviones con sus pilotos. Pero de nada valían ya el patriotismo o la estupidez, el fanatismo o el infantilismo: el Japón estaba condenado.

### LA INCREIBLE OKINAWA

Okinawa era el objetivo siguiente en la serie final de saltos de isla en isla.

Los japoneses ya lo esperaban. La radio de Tokio hablaba de ello desde hacía días. Cuando se produjo la invasión, la emisora informó solemnemente a sus oyentes de que «falta muy poco para que se decida el triunfo o la derrota de nuestro pueblo».

La isla principal del archipiélago de Riu Kiu estaba situada al sur del mismo, 362 millas al sudoeste de la gran isla de Kiu Siu. Por lo tanto, Okinawa se consideraba como parte integrante del archipiélago japonés. El comodoro Matthew Calbraith Perry la visitó en 1853, cuando se la conocía por el nombre de la gran *Leu Cheu*. Su importancia estratégica era grandísima. En la isla existía mucho espacio para acantonar tropas y poseía aeródromos dispuestos para albergar 5.000 aviones.

Además, Okinawa se hallaba mucho más cerca del Japón que Iwo Jima (aproximadamente a la mitad de distancia), y dominaba la parte oriental del mar de China y la costa china desde Fuchou a Corea. Estaba en el centro de las rutas marítimas japonesas que unían la metrópoli con las riquísimas Indias Orientales. Esta ruta ya se hallaba amenazada por la ocupación norteamericana de las Filipinas. Desde Okinawa, los B-29 podían efectuar incursiones sobre el mar Amarillo y los estrechos de Shimonoseki, para regresar sin haber consumido todo su combustible.

Okinawa era una fortaleza natural. La isla tenía 107 km de largo y de 5 a 30 de ancho, y su superficie estaba surcada por un dédalo de barrancos, acantilados y cuevas calizas y madreporicas. Los japoneses construyeron un ingenioso sistema de fortificaciones formado por galerías que se cruzaban y se comunicaban entre sí, blocaos de hormigón, casamatas y cavernas. Atrincherados en su isla, estaban seguros de que podrían ofrecer una larga resistencia. De la defensa de la isla, infestada por el paludismo, se encargaba una guarnición de



70.000 hombres, a la que más tarde se añadieron tropas de refresco y 500 piezas de artillería. Los japoneses no se hacían ilusiones: si no eran capaces de resistir allí podían dar la guerra por perdida. Okinawa era tan importante para los japoneses, que su guarnición lucharía hasta la muerte para defenderla.

Los Aliados prepararon la invasión con minuciosidad. A causa de la gran superficie de la isla, las operaciones de desembarco no se tenían que limitar a una o dos playas fuertemente defendidas, como en Iwo Jima. Pero la experiencia de lo sucedido hasta entonces hacía prever una feroz resistencia.

El 22 de marzo de 1945, y durante diez días consecutivos, el almirante Raymond A. Spruance, que mandaba la Quinta Flota, sometió a un terrible bombardeo naval Okinawa y las Riu Kiu, mientras los B-29 que entonces ya tenían su base en Iwo Jima, atacaban las bases enemigas de Kiu Siu. Durante los cuatro días que precedieron a los desembarcos, a las fuerzas norteamericanas se unieron elementos de la *Royal Navy*, que cañonearon las islas Sakisima, las más meridionales de las Riu Kiu. Bajo la protección de este cañoneo naval, se efectuó un desembarco preliminar en Kerama Retto, al oeste de Okinawa, a cargo de la LXXVII División del Décimo Ejército, al mando del teniente general Simón Bolívar Buckner III. A los pocos días, las grandes piezas de artillería de estas tropas apuntaban a Okinawa.

Frente a la costa esperaba la mayor flota de invasión que se había visto operar hasta entonces en aguas del Pacífico: 1.300 buques de guerra de todas clases y tamaños, en los que se encontraban 100.000 hombres, entre soldados e infantes de Marina. Ésta fue la armada atacada por los pilotos suicidas japoneses.

Por último llegó el gran instante. El 1.º de abril de 1945, después de sembrar la confusión entre los japoneses a consecuencia de una serie de ataques fingidos contra el extremo sur y la costa oriental de Okinawa, el Tercer Cuerpo Anfibio y el XXIV Cuerpo, ambos pertenecientes al Décimo Ejército de los Estados Unidos, desembarcaron en la costa oeste, en una repetición del desembarco de Iwo Jima. Los atacantes esperaban encontrar una desesperada y terrible resistencia.

Entonces, se produjo una sorpresa en una guerra llena de sorpresas extrañas: los japoneses apenas ofrecían resistencia. El desembarco parecía fácil. Las tropas afluyeron a tierra y se apresuraron a fortificar las playas frente a un fuego de artillería, mortero y ametralladora, débil y esporádico. A continuación desembarcaron los pertrechos, en una riada ininterrumpida.

Los invasores ascendieron por la costa hacia el interior, pasando rápidamente de las playas de coral a las elevadas terrazas que las dominaban. La infantería de Marina se dirigió hacia el Norte, terreno abrupto y montañoso, encontrando sólo débil resistencia, mientras la infantería atravesaba la estrecha isla hacia la bahía de Nakagusuku, situada en la costa este. Al segundo día los atacantes ya habían efectuado una penetración de 5 km sobre un frente de 13 km, capturando dos importantes aeródromos. A finales de Semana Santa, la isla había sido escindida en dos y la tercera parte de la misma, situada en el centro, se hallaba firmemente en poder de los norteamericanos. Por el Norte, los *marines* efectuaron un avance de 8 kilómetros, mientras el XXIV Cuerpo de Ejército se dirigía hacia el Sur.

Fue allí, en la parte sur de la isla, donde los japoneses decidieron resistir. Concentraron el grueso de sus fuerzas en una pequeña «Línea Sigfrido» protegida por blocaos, casamatas y nidos de ametralladora. Aquella porción de la isla, de 220 km<sup>2</sup>, estaba erizada como un puercoespín.

Al finalizar la tercera semana, la infantería de Marina había limpiado de enemigos el norte de la isla. Los norteamericanos tenían ya en su poder cuatro quintas partes de Okinawa, que habían caído en sus manos como una fruta madura. Afluyeron refuerzos para lanzar un asalto final contra el bastión japonés del sur. La VII, XXVII y XCVI Divisiones fueron reforzadas con dos divisiones de infantería de Marina y la LXXVII División de infantería, que fueron traídas de Kerama Retto. Los veteranos de Tarawa y Saipán estaban listos para el combate.

El gran empujón se inició el 19 de abril, después de 13 días de calma. Tres divisiones norteamericanas se lanzaron sobre las defensas enemigas del Sur. El ataque estuvo precedido por un intensísimo bombardeo en el que participaron la artillería de campaña, los acorazados y cruceros, mientras una enorme sombrilla de aviones procedentes de los portaaviones protegía a las fuerzas de tierra.

Durante los días iniciales de la invasión, los japoneses se habían hecho el muerto, pero entonces comenzaron dos meses de lucha furiosa y encarnizada. Luchaban desde las cuevas, los blocaos e incluso los panteones. Había que sacarlos de los barrancos fortificados con lanzallamas de explosivos. Los avances se medían por metros.

A mediados de mayo los *marines* penetraron en los suburbios de Naha, el pivote occidental de las defensas japonesas, y en Suri, punto de igual importancia estratégica. La lucha se caracterizaba por su intensidad alrededor de la loma del Pílon



de Azúcar, cerca de Naha, y de la loma Cónica, que dominaba Suri. Ambas posiciones cambiaron de manos una y otra vez. El 21 de mayo, la loma del Pilón de Azúcar cayó finalmente en poder de la infantería de Marina y casi al mismo tiempo la XCVI División capturó la loma Cónica. El 30 de mayo el Primero de Infantería de Marina tomó Suri. Quince días después cayeron Naha y su aeródromo. Los defensores japoneses se hallaban reducidos a 15.000 fanáticos que aún resistían en las cuevas y las colinas.

El 11 de junio de 1945, el general Buckner intimó la rendición a los japoneses. El ultimátum no tuvo respuesta. La resistencia de los defensores, aislados en pequeñas bolsas, continuó. El mando dio la orden de: «Hay que hacerlos pedazos.»

El 18 de junio, en vísperas de la victoria, el general Buckner, jefe animoso, que a sus 58 años tenía los cabellos totalmente blancos, oriundo de Kentucky, se hallaba sentado en una roca madreporica de primera línea, observando a los marines en acción, cuando le alcanzó el estallido de una granada, que le mató instantáneamente. «El general sonreía cuando fue herido», refirió un ayudante, «y la sonrisa permaneció en su rostro, incluso después de muerto. No supo lo que sucedió.» Buckner fue sucedido en el mando por el célebre general Joseph W. Stilwell, héroe de la campaña en el continente asiático.

Cuatro días después, el 22 de junio por la madrugada, el teniente general Mitsuru Ushijima, que mandaba las fuerzas japonesas de Okinawa, y el teniente general Isama Cho, vestidos ambos con uniforme de gala y luciendo en la guerrera todas sus condecoraciones y las insignias de su rango, se dirigieron a una estrecha explanada situada frente a la cueva donde tenían su cuartel general. Les acompañaban algunos ayudantes y miembros de su plana mayor. Eran las 3 horas y 40 minutos de la madrugada. Los ayudantes de ambos generales desplegaron un grueso cobertor sobre el rugoso suelo y tendieron sobre él una sábana blanca, símbolo de muerte. Ushijima se postró de hinojos en la sábana. Cho se arrodilló a su izquierda. Según el código *samurai*, para cometer el *harakiri* había que colocarse con la cara vuelta hacia el imperial palacio japonés, pero los dos jefes se vieron obligados a colocarse vueltos hacia el Oeste, o sea hacia el Pacífico, a causa de la estrechez suma de la repisa sobre la que se hallaban. Entonces hicieron el *seppuku*, suicidio honorable. Ambos generales se destriparon y al propio tiempo un teniente los decapitó con su espada. A 100 m de distancia se encontraban las primeras avanzadillas norteamericanas.

Acto seguido se inició una trágica oleada de suicidios. Muchos japoneses se despeñaron por los acantilados. Un teniente de los *marines* refirió una extraordinaria historia a un

corresponsal de la *Associated Press*. Junto con otros cuatro infantes de Marina, se hallaba persiguiendo al enemigo cuando llegaron a un claro para encontrarse rodeados por unos 350 japoneses que empuñaban espadas, pistolas y granadas. El teniente, dando pruebas de una extraordinaria presencia de ánimo, sonrió y les ofreció cigarrillos. Varios japoneses tiraron las armas y aceptaron la invitación. Los oficiales, que estaban acompañados por sus mujeres, rechazaron los cigarrillos del americano. De pronto, uno de ellos ensartó con su espada a su mujer, luego tendió el arma y su reloj de pulsera al estupefacto teniente, dio un paso atrás y se saltó la tapa de los sesos con una bomba de mano. El suicidio resultó contagioso. Los japoneses fueron presa de un verdadero paroxismo y empezaron a matar a sus mujeres y a suicidarse, a razón de uno por minuto. Durante dos horas, los atónitos norteamericanos contemplaron aquella matanza. Cuando ya se les acababan los cigarrillos llegaron refuerzos. Entonces los que aún quedaban con vida se rindieron.

Las tropas japonesas acorraladas cometían acciones inexplicables y extrañas. De pronto brotaban hombres desnudos de las cuevas para arrojar tierra a la cara de los norteamericanos, y regresar corriendo a su refugio rocoso para rebanarse el gáznate o matarse con bombas de mano. Un soldado enloquecido disparó contra un infante de Marina, erró el tiro y esto le enfureció de tal modo que arrojó lejos de sí el fusil, disgustado consigo mismo. Otros buscaron la muerte en frenéticas cargas *banzai*. Más de un aturullado infante de Marina contempló boquiabierto y asombrado estas locas acciones.

Las bajas japonesas en la sangrienta Okinawa ascendieron a 109.629 muertos y 7.871 prisioneros. En Tokio cundió la desesperación. La pérdida de Iwo Jima ya fue una calamidad, pero aquella isla minúscula no era más que un punto en el océano y sólo tenía tres aeródromos. Okinawa era diferente. El enemigo estaba a las puertas del Japón y todo hacía prever que no se apartaría de ellas.

Para los Estados Unidos, Okinawa fue la conquista más costosa de toda la campaña del Pacífico: 12.520 muertos y desaparecidos, 36.631 heridos. Un número de bajas casi doble de las sufridas en Iwo Jima. Pero hablando en términos de estrategia militar, aquella victoria valía la pena. Para citar las palabras del almirante Chester W. Nimitz: «El establecimiento de nuestras fuerzas en Okinawa ha dejado prácticamente aisladas todas las posiciones japonesas situadas más al Sur, por lo que se refiere a las comunicaciones marítimas. Ha hecho insostenible la situación japonesa en China, Birmania y las Indias Orien-



tales holandesas, obligándoles a efectuar retiradas que ahora explotan nuestras fuerzas de China.»

Okinawa se convirtió en la base final para las operaciones «Olympic» y «Coronet», o sea la invasión del archipiélago japonés. La fecha fijada por el mando fue el mes de noviembre de 1945.

Este proyecto doble, que posiblemente hubiera costado muchas vidas, nunca llegó a realizarse. Había algo mucho más definitivo en preparación.

## EL HOLOCAUSTO ATÓMICO: HIROSHIMA Y NAGASAKI

24 de julio de 1945.

Al General Carl Spaatz.

Mando General de la Aviación Estratégica de los Estados Unidos.

1. El Grupo Compuesto 509 de la 20ª Fuerza Aérea lanzará su primera bomba especial tan pronto como el tiempo permita bombardeo visual, después del 3 de agosto de 1945, sobre uno de estos objetivos: Hiroshima, Kokura, Niigata y Nagasaki.

A fin de transportar personal científico militar y civil del Departamento de Guerra, que observará y registrará los efectos de la explosión de la bomba, otros aviones acompañarán al aeroplano que transporte la bomba. Estos aviones de observación permanecerán a una distancia de varias millas del punto de impacto de la bomba.

2. Otras bombas adicionales serán lanzadas sobre los objetivos citados tan pronto como se hallen dispuestas...

(Firmado)

THOS. T. HANDY

General, GSC

Jefe de Estado Mayor interino

Esta orden militar, una de las más fatales pronunciadas en la larga historia de la humanidad, puso en movimiento los engranajes de una empresa altamente secreta y atrevida. Las increíbles explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki pusieron fin a la guerra con el Japón. Tan enorme fue la impresión que esto causó en todo el mundo, que incluso el fin de la guerra en Europa adquirió una importancia secundaria.

La bomba atómica era el resultado de una extraordinaria aventura emprendida por los hombres de ciencia para arrancar a la naturaleza los secretos de las fuerzas colosales que ésta albergaba en su seno. A finales del siglo XIX surgió la duda acerca

de la indivisibilidad del átomo (la palabra *átomo* es de origen griego y significa etimológicamente «indivisible»). Los motivos en que se fundamentaba esta duda eran unas observaciones efectuadas por un físico francés, Antoine Henri Becquerel, quien descubrió que un fragmento de uranio que guardaba en un escritorio había provocado el ennegrecimiento de unas placas fotográficas próximas. Esta peculiar propiedad del uranio, consistente en emitir radiaciones, recibió el nombre de radiactividad.

Los esposos Pierre y Marie Curie no tardaron en descubrir dos nuevos elementos: el polonio y, algo más tarde, el radio. Se observó que si el radio se conservaba en un lugar cerrado, producía un gas que parecía ser helio. Esto demostró que los átomos pesados se desintegraban en lugar de permanecer invariables.

En sostén de las pruebas experimentales vinieron la teoría de los cuanta de Max Planck (1900) y la teoría especial de la relatividad de Alberto Einstein (1905), que proporcionaron las fórmulas necesarias para determinar la cantidad de energía liberada por el átomo. El matemático francés Jules Henri Poincaré indicó al joven físico Einstein, entonces aún desconocido, que había que aceptar la velocidad de la luz como el «límite» en el estudio de las relaciones existentes entre la masa y la energía. Einstein aceptó esta sugerencia y como resultado formuló su famosa ecuación  $E = mc^2$ , en la cual  $E$  es la energía,  $m$  la masa en gramos y  $c$  la velocidad de la luz en centímetros por segundo. O sea: la energía es igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz.

Los físicos de todo el mundo consagraron entonces sus energías a la tarea de escindir el átomo y liberar la energía que encerraba su núcleo, que ellos consideraban inestable. El danés Niels Bohr, recientemente fallecido, sentó los cimientos de los estudios posteriores con sus publicaciones acerca de la estructura atómica. Mientras tanto, en Inglaterra, lord Ernest Rutherford, efectuando experimentos con el radio, descubrió tres clases distintas de rayos, a los que denominó *alfa*, *beta* y *gamma*, que surgían del radio como disparados por el cañón de una pistola. El año decisivo fue 1932. Durante el mismo, dos colaboradores de Rutherford, llamados C. D. Cockcroft y E. T. S. Walton, construyeron un «acelerador de partículas» en el laboratorio de física de la Universidad de Cambridge (Inglaterra), en el cual consiguieron transformar el litio y el hidrógeno en helio, confirmando así la fórmula de Einstein.

En aquel mismo año de 1932 se efectuaron otros notables descubrimientos. Sir James Chadwick comprendió que algunos de los experimentos efectuados con el átomo producían unos re-



sidad de Chicago. Mientras tanto, se construían dos gigantes instalaciones destinadas a la producción de la bomba, una en Oak Ridge (Tennessee) y la otra en la Hanford Engineer Works, en la población de Richland, fabricada por el gobierno en una región solitaria situada a 25 km al noroeste de Pasco (Washington). Estas dos instalaciones eran propiedad del gobierno y funcionaban a cargo del mismo. En Los Alamos, una desértica meseta próxima a Santa Fe (Nuevo México), se creó un laboratorio especial, bajo la dirección del doctor Oppenheimer, encargado de resolver los problemas técnicos que planteaba la producción de la bomba.

Fue una empresa gigantesca, sin precedentes en la historia. Hicieron falta 125.000 obreros para construir las enormes instalaciones y se requirieron 65.000 para trabajar en ellas. El trabajo se hallaba rigurosamente dividido en compartimientos estancos, de modo que ningún obrero u operario sabía más de lo que necesitaba para la labor concreta que tenía encomendada. Fue el secreto mejor guardado de la guerra. Solamente unos cuantos ciudadanos de los Estados Unidos conocían la verdadera naturaleza del proyecto. El secreto era tan grande que ni siquiera los más altos funcionarios de Washington, incluso el propio Harry S. Truman, que más tarde sería presidente, tenían el menor atisbo de lo que se estaba tramando.

Cuando se lanzó la primera bomba sobre el Japón, los técnicos de Oak Ridge fueron los primeros sorprendidos. Un emprendedor vendedor de periódicos de Oak Ridge vendió 1.600 números de una publicación local, a un dólar cada uno, en 35 minutos, a los sorprendidos técnicos que habían colaborado sin enterarse de ello en la producción de aquella bomba.

16 de julio de 1945. Una gran nube de fuego cósmico y humo, la versión propia de la era atómica del antiguo cuento árabe del pobre pescador y el genio encerrado en una botella, se elevó a una altura superior a los 12 km hasta la propia estratosfera, sobre el desierto de Nuevo México y en las proximidades de Alamogordo. En el curso de esta prueba secreta, una torre de acero que sustentaba la bomba experimental quedó reducida a vapor cuando el artefacto explotó. El duro y sólido suelo del desierto quedó excavado hasta una profundidad de 7'50 m, formando un enorme cráter en forma de platillo. Las ventanas temblaron hasta una distancia de 400 km. Personas situadas a centenares de kilómetros del lugar de la explosión se quedaron atónitas al ver brillar una luz cegadora que iluminó todo el paisaje.

El espectáculo fue descrito por el brigadier Thomas F. Farrell, ayudante del general encargado de dirigir el proyecto:

Podemos calificar muy bien los efectos, como algo sin precedentes, magnífico, hermoso, estupendo y terrorífico. Nunca se había producido un fenómeno de un poderío tan espantoso que fuese obra del hombre. Los efectos luminosos escapaban a toda descripción. Todo el paisaje quedó iluminado por una luz cegadora de una intensidad muchas veces superior a la del sol al mediodía. Era una luz dorada, violácea, purpúrea, gris y azul al propio tiempo. Iluminó todas las cumbres, grietas y anfractuosidades de la próxima cordillera con una claridad y belleza que no pueden describirse.

Treinta segundos después de la explosión vino la onda expansiva, que oprimió fuertemente a las personas y cosas... seguida casi inmediatamente por un bramido fuerte, sostenido y amedrentador, que parecía más propio del Día del Juicio. ¿Cómo osábamos nosotros, en nuestras pequeñez e insignificancia, utilizar fuerzas que hasta entonces estaban reservadas para el Todopoderoso?

En resumen, el arma secreta que había de dar un pronto final a la guerra había sido descubierta. A pesar de su pequeñez de pigmeo, el hombre había penetrado en los sagrados recintos del Cosmos.

El arma quedó ultimada demasiado tarde para emplearla en el teatro europeo de la guerra. «Si hubiésemos tenido la bomba atómica en Europa», dijo el general Carl A. Spaatz, «la guerra se hubiera abreviado entre seis y ocho meses».

¿Pero, y en el Japón? Ya estaban trazados los planes para efectuar desembarcos anfibios en otoño de 1945 en Kiu Siu, la isla más meridional del archipiélago nipón. Pero en vista de la fanática resistencia japonesa, se consideraba que el Japón no podría ser derrotado por las armas hasta otoño de 1946. El general Marshall calculaba que costaría un mínimo de medio millón de vidas norteamericanas obligar a rendirse a los japoneses.

Bien era verdad que el Japón era objeto de continuados y terribles bombardeos. Enjambres de bombarderos y cazas norteamericanos de gran radio de acción atacaban diariamente las islas del archipiélago, sin encontrar apenas oposición nipona. Las dos ciudades bombardeadas con más frecuencia eran Nagoya, donde había fábricas de aviones, y Tokio, centro militar y político de la nación. Nagoya quedó casi totalmente destruida. Se efectuaron intentos para dispersar la maquinaria y las cadenas de montaje de Nagoya, pero los B-29 seguían implacablemente todos los movimientos y machacaban las nuevas instalaciones así que éstas empezaban a funcionar.

Se efectuaron ataques igualmente devastadores contra otras ciudades. A finales de julio de 1945 casi un centenar de ciudades japonesas estaban destruidas, quemadas y achicharradas.



Sólo cuatro grandes ciudades permanecían intactas: Kioto, Sapporo, Hiroshima y Nagasaki.

Muchos japoneses se preguntaban la razón de ello.

El secretario de la Guerra, Henry L. Stimson, directamente responsable ante el presidente Truman del programa para la producción de la bomba atómica, creía que a pesar de los tremendos daños causados por las armas de tipo corriente, los Estados Unidos tenían que apelar a todos los medios posibles para obligar al Japón a rendirse. Argüía que esto sólo se lograría mediante la bomba atómica. Desde luego, millares de personas pertenecientes a la población civil perecerían en aquel holocausto, pero en último término, el empleo a tiempo del arma ahorraría muchas vidas americanas y japonesas. Además, la explosión daría a los tercios dirigentes japoneses un medio de «salvar la paz», que les permitiría suscribir las condiciones de la capitulación. Los argumentos de Stimson eran convincentes.

El empleo de la bomba atómica se debió a la decisión de ahorrar medio millón de vidas americanas. La comisión de sabios que creó la bomba recomendó que se utilizase inmediatamente contra el enemigo en un objetivo que demostrase su poder devastador. Los sabios rechazaron la sugerencia de que se diese una advertencia previa, mediante una demostración de la eficacia de la bomba en una isla desierta. «No podemos proponer demostraciones técnicas susceptibles de poner fin a la guerra; no vemos otra alternativa aceptable, fuera de su utilización militar directa.»

La decisión final acerca del momento y el lugar para el lanzamiento de la bomba atómica se dejó al presidente Truman.

Deseo dejar bien sentado (escribió más tarde) que yo consideraba la bomba como un arma militar y nunca abrigué la menor duda acerca de la necesidad de emplearla. Los principales consejeros militares de la Presidencia recomendaban su empleo y cuando hablé con Churchill, él me dijo sin vacilar que apoyaba el empleo de la bomba atómica, si ésta podía contribuir a poner fin a la guerra.

El Alto Mando norteamericano decidió lanzar la bomba lo más cerca posible de un centro donde se produjese material de guerra de gran importancia militar. El general Henry H. Arnold, perteneciente a la aviación, apuntó la conveniencia de lanzarla sobre Kioto, pues esta ciudad era un centro de actividad militar, pero este plan fue rechazado cuando Stimson señaló que dicha ciudad era el centro cultural y religioso del Japón. Se estableció una lista de los posibles objetivos por este orden: Hiroshima, Kokura, Niigata y Nagasaki.

El 24 de julio de 1945, en la Conferencia de Potsdam, el presidente Truman dijo a Stalin que Norteamérica disponía de una nueva y poderosa arma que para los japoneses podía significar «una lluvia de destrucción desde el aire, y que nada igual se había visto en la Tierra». El dictador ruso no demostró un interés especial por ello y se limitó a decir que se alegraba de oír aquella noticia y que confiaba en que los norteamericanos «harían buen uso de ella contra el Japón». Es posible que Stalin ya conociese detalles fundamentales de la bomba atómica merced a los informes de los agentes comunistas Julius y Ethel Rosenberg, que más tarde fueron ejecutados por sus actividades de espionaje.

El ultimátum al Japón, firmado en Potsdam el 26 de julio de 1945 por los Estados Unidos, la Gran Bretaña y China, no obtuvo respuesta, pero el 28 de julio, radio Tokio declaró que los japoneses seguirían luchando. Entonces se tomó la decisión de lanzar la bomba alrededor del 3 de agosto si los japoneses no se rendían antes de esta fecha.

Una unidad especializada formada por siete B-29 superfortalezas, conocidas por el nombre de Grupo Compuesto 509, con sus pilotos y tripulaciones dispuestos, esperaba en Tinian, base de las islas Marianas. El avión escogido para transportar la mortífera carga estaba pilotado por el coronel Paul W. Tibbets, Jr., quien cuando ostentaba los galones de comandante fue enviado a Inglaterra para incorporarse a la recién formada Octava Fuerza Aérea. Entonces pilotó el primer B-17 que cruzó el canal de la Mancha para bombardear la Francia ocupada por los alemanes. Luego efectuó nueve incursiones sobre Alemania y mandó la primera formación que bombardeó el norte de África. El B-29 que pilotó sobre Hiroshima ostentaba el nombre de *Enola Gay*.

Sólo tres hombres a bordo del *Enola Gay* estaban enterados del verdadero carácter de su misión: Tibbets, el capitán de la armada, William S. Parsons, de Santa Fe (Nuevo México), experto en artillería, y el comandante Thomas W. Ferebee, de Mocksville (Nueva Caledonia), que era el bombardero. El resto de la tripulación apenas sabía nada, exceptuando el hecho de que se trataba de una misión altamente secreta e importante.

Todo parecía normal en Hiroshima, ciudad de 343.000 habitantes, aquella mañana del lunes 6 de agosto de 1945. Hasta que se dio la alarma aérea cuando dos B-29 volaron sobre la ciudad. Como de costumbre, las personas que iban al trabajo corrieron hacia los refugios para salir de ellos cuando cesó la alarma. Entonces apareció una sola superfortaleza volando sobre la ciudad. Esta vez no sonaron las sirenas ni nadie corrió hacia los refugios. Después de todo, se trataba de un solo avión.



Del *Enola Gay* un gran objeto negro cayó hacia la Tierra.

Súbitamente una luz penetrante y cegadora, más brillante que mil soles, estalló sobre la ciudad. Reinó un mortal silencio por un instante. Luego una terrorífica explosión hizo retumbar la tierra en el centro de la ciudad, haciendo derrumbarse todo cuanto se hallaba en su radio de acción, convirtiéndolo en escombros y polvo.

Tibbets, el piloto, describió lo que sucedió inmediatamente después del impacto:

Cuando tiramos la bomba, viramos en redondo para apartarnos de la onda expansiva.

Cuando la onda expansiva nos alcanzó, el avión estaba inclinado transversalmente. El aparato retumbó como un tejado de cinc, pero fue mayor el ruido que la sacudida...

Efectuamos dos veces estas maniobras en zigzag, sin dejar de tomar fotografías con nuestras dos cámaras, una situada delante y la otra en la cola. Nunca estuvimos a menos de kilómetro y medio de la nube, pero estábamos a suficiente distancia para verla hervir. Pasó por distintas coloraciones: anaranjada, azul y gris. Me parecía contemplar un barril de alquitrán hirviendo. Esta ilusión estaba producida por grandes cantidades de humo negro, polvo y escombros. No podíamos ver la ciudad a través de la espesa capa de polvo ni los incendios que ésta ocultaba. Un círculo de polvo delimitaba la zona de la destrucción.

En pocos momentos casi toda Hiroshima quedó arrasada y todos los seres vivos que habitaban en el centro perecieron abrasados.

He aquí cómo lo refiere el capitán Parsons:

Eran las 9 horas y 15 minutos cuando lanzamos la bomba y volvimos el avión de costado para verlo mejor. Luego interpusimos la mayor distancia posible entre la bola de fuego y nosotros.

Nos debíamos de encontrar a 15 kilómetros de distancia, pero aún notábamos el impacto visual, a pesar de que todos llevábamos gafas de color para protegernos. Cuando cayó la bomba, nos dispusimos a aguantar el choque y Tibbets dijo: «Fuego antiaéreo cerca»; así fue, en efecto... como si el fuego antiaéreo estallase cerca de nosotros.

Los tripulantes exclamaron: «¡Dios mío!», sin creer lo que había sucedido. Les parecía imposible.

Se elevaba una montaña de humo en forma de seta, con el tallo hacia abajo. En lo alto había humo blanco, pero hasta unos 300 m de altura sobre el suelo se alzaban remolinos de polvo hirviente. Poco después surgieron pequeños incendios en los extremos de la población, pero la ciudad estaba totalmente oculta a nuestra vista. La contemplamos aún durante dos o tres minutos y entre tanto el humo había alcanzado una altura de 12.000 m. Mien-

tras virábamos, la parte superior de la nube blanca se disgregó y pronto se formó otra.

Esta única bomba, que encerraba en sus entrañas una energía destructora equivalente a 20.000 toneladas de TNT, descendió ocho kilómetros en paracaídas, estallando antes de aterrizar sin dejar cráter.

La violenta onda expansiva producida por la explosión derribó árboles y postes telefónicos como si fueran mondadientes, arrancó las planchas metálicas de los edificios, derribó construcciones y levantó a los tranvías de sus vías. Cuando la inmensa nube de humo y polvo, que ascendía en espiral formando una gigantesca seta, se disipó, un 60 por ciento de Hiroshima había desaparecido... Alrededor de 11 kilómetros cuadrados de una ciudad cuya superficie era algo superior a los 18 kilómetros cuadrados. Hiroshima se había convertido en un montón de escombros. Cinco importantes objetivos industriales quedaron arrasados. Miles de personas perecieron sin tener tiempo de saber lo que ocurría. Un mínimo de 78.000 personas murieron instantáneamente, más de 10.000 desaparecieron y 37.000 recibieron heridas, sin contar los que más tarde experimentaron las consecuencias secundarias de la exposición a los mortíferos rayos gamma.

Empezaron a caer grandes gotas de agua de un centímetro de diámetro... procedentes de la humedad condensada en la nube de polvo, calor y fragmentos de la fisión. Las calles quedaron sembradas con los ennegrecidos restos de las casas destruidas. Las llamas corrían por la ciudad. Las gentes, presa del pánico, huían en todas direcciones. Muchos resultaron con las cejas quemadas y la piel les colgaba de la cara y manos. Otros, dominados por un dolor insoportable, tendían los brazos hacia adelante, como si sostuviesen algo. Algunos caminaban tambaleándose y vomitando. En toda la zona del impacto se percibía un fuerte olor de ionización, un olor eléctrico producido por la fisión nuclear.

El periodista y novelista John Hersey, que más tarde estudió lo ocurrido en Hiroshima, dio detalles de lo ocurrido en un sensacional artículo de 30.000 palabras, al que la revista *New Yorker* dedicó todo su número del 31 de agosto de 1946. Se basaba en los relatos de seis testigos presenciales, que sobrevivieron a la explosión de la bomba. El reverendo Kiyoshi Tanimoto, un pastor metodista, aunque se hallaba a poco más de 3 kilómetros del centro de la explosión quedó rodeado por casas que se derrumbaban. La señora Hatsuyo Nakamura, viuda de un sastre, que se hallaba a unos 1.500 metros del centro de la explosión, «pareció volar a la habitación contigua sobre



la elevada plataforma donde dormía, acompañada de otras partes de la casa». La señorita Toshi Sasaki, que trabajaba en una fábrica de estaño situada a 1.700 m, vio caerle encima la habitación y le quedó la pierna izquierda sujeta bajo una librería. «Allí, en aquella fábrica, al comenzar la era atómica, un ser humano estuvo a punto de quedar aplastado bajo los libros.» En la entrada delantera de su clínica particular, el doctor Masakayu Fujii quedó atrapado por dos largos maderos que formaron una V sobre su pecho, «como un bocado suspendido entre dos enormes palillos». El reverendo padre Wilhelm Kleinsorge, S. I., aturdido por la explosión, se encontró vagando por el huerto de su misión en paños menores, mientras su ama de llaves, que estaba cerca, gritaba en japonés: «¡Nuestro Señor Jesucristo, ten piedad de nosotros!» El doctor Terufumi Sasaki, el único cirujano del hospital de la Cruz Roja que quedó ileso, estuvo tan ocupado atendiendo ciudadanos heridos y moribundos, que gracias a ello «el doctor Sasaki pudo olvidar aquella pesadilla durante mucho, muchísimo tiempo».

Aquel mismo día, el presidente Truman, se encontraba a bordo del crucero *Augusta*, en el cuarto día de su viaje de regreso de Potsdam. Le entregaron este mensaje urgente:

AL PRESIDENTE,  
DEL SECRETARIO DE LA GUERRA

La gran bomba fue lanzada sobre Hiroshima el 5 de agosto, a las 7 horas 15 minutos de la tarde, hora de Washington. Los primeros informes hablan de un completo éxito, más notable aún que la prueba anterior.

A los pocos minutos se recibió un segundo radiograma:

Recibido el informe siguiente sobre Manhattan. Hiroshima bombardeada visualmente con el cielo cubierto sólo un décimo a 052315A. No hubo oposición de cazas ni antiaérea. Parsons informa quince minutos después lanzamiento como sigue: «Resultados claramente satisfactorios en todos aspectos. Efectivos visibles mayores que en cualquier prueba. Condiciones normales en el avión después del lanzamiento.»

El Presidente, acompañado por el secretario de Estado, James F. Byrnes, se dirigió a la cámara del *Augusta*, donde los oficiales del buque estaban almorzando.

Con voz tensa a causa de la emoción que lo embargaba, les dijo:

Por favor, permanezcan sentados, caballeros. Tengo que anunciarles algo. Acabamos de lanzar una bomba sobre el Japón, que es más potente que 20.000 toneladas de TNT. Ha sido un éxito extraordinario.

El Presidente repitió después la noticia a los tripulantes que encontró en diversas partes del barco. Luego entregó una declaración a los corresponsales de prensa que se hallaban a bordo, que dice resumida:

Lo que resulta más maravilloso no son las dimensiones de la empresa, ni su secreto ni su costo, sino la hazaña realizada por los cerebros de los científicos al coordinar conocimientos complicadísimos distribuidos entre muchos hombres que practican disciplinas distintas, y con ellos trazar un plan factible... Dudo de que en el mundo hubiese podido crearse otra combinación semejante. Podemos considerar lo que se ha hecho como el mayor logro conseguido por la ciencia organizada en la historia. Se hizo con una gran urgencia y sin el menor fallo.

Nos hallamos dispuestos ahora a destruir con mayor rapidez y de manera aún más completa todos los centros de producción que los japoneses posean sobre el terreno de cualquiera de sus ciudades. Destruiremos sus muelles, sus fábricas y sus comunicaciones. Que nadie se llame a engaño: destruiremos completamente el poderío bélico japonés.

Winston Churchill publicó una declaración en la que afirmaba que, «gracias a Dios», eran los norteamericanos y los ingleses y no los alemanes quienes habían descubierto el secreto de la energía atómica.

La anonadada prensa japonesa denunció el ataque, tildándolo de «inhumano», «bárbaro» y «bestial». «Esta arma diabólica señalará a los Estados Unidos durante los siglos venideros como el destructor de la justicia y de la humanidad.» Radio Tokio informó a sus oyentes:

El impacto de la bomba fue tan terrorífico, que prácticamente todos los seres vivientes, tanto humanos como animales, quedaron achicharrados por el tremendo calor y la presión generados por la explosión. Todos los muertos y heridos presentaban horribles quemaduras, que impedían identificarlos. Con las casas y edificaciones convertidas en escombros, incluso los hospitales y dispensarios, las autoridades hacen lo que pueden para prestar la mayor ayuda posible en tales circunstancias. Los efectos de la bomba se han dejado sentir a gran distancia. Los que estaban en la calle murieron quemados, mientras los que estaban dentro de las casas perecieron a causa de la espantosa presión y del calor.

El Alto Mando japonés hizo caso omiso del ultimátum en el que se le intimaba la rendición. Tres días después de Hiroshima, una segunda bomba atómica, tan perfeccionada que dejaba ya anticuada a la primera, fue lanzada sobre el Japón, con resultados aún más devastadores.

Esta vez se eligió como objetivo Nagasaki, ciudad situada



en la isla de Kiu Siu y línea terminal del ferrocarril. Aunque su población de 250.000 almas era menor que la de Hiroshima, Nagasaki era un importante puerto que abastecía a las fuerzas militares y navales japonesas que operaban en todo el Pacífico. Existían además en la ciudad importantes astilleros donde se construían y reparaban buques de guerra y mercantes. Su superficie conjunta era casi doble que la de Hiroshima.

Un testigo presencial, William L. Laurence, del *New York Times*, que participó en la incursión, refirió que una gigantesca bola de fuego se alzó sobre Nagasaki como si surgiera de las entrañas de la tierra, despidiendo enormes anillos blancos. «La bola asumió luego la forma de un gigantesco mástil totémico cuadrado, con una base de 5 kilómetros de largo, que en la cumbre se estrechaba hasta kilómetro y medio. La parte inferior era parda, el centro ambarino y la parte superior blanca. Pero era un totem viviente con muchas máscaras grotescas esculpidas, que hacían muecas a la tierra.»

En Nagasaki reinaba el caos. Ni siquiera las gargantas y colinas protectoras que rodeaban la ciudad pudieron salvarla de la onda expansiva y destructora de la energía atómica. La bomba cayó entre la mayor fábrica de torpedos del Japón y unos grandes altos hornos, reduciendo la moderna empresa siderúrgica a un amasijo de vigas retorcidas. En la zona urbana, de 5 km de largo por 3 de ancho, todo quedó reducido a escombros. Miles de personas perecieron en aquel holocausto atómico.

Aquel argumento resultó convincente... incluso para los militaristas más obtusos de Tokio. Ya era evidente que nada, ni siquiera un millón de *kamikazes* fanáticos podían contrarrestar aquel «viento divino» procedente de los laboratorios norteamericanos. Si continuaban aquellos ataques, el Japón sería borrado de la faz de la Tierra.

En los países aliados, fueron muchos los que experimentaron un júbilo inenarrable ante el final casi seguro de la guerra. Pero otros muchos se sentían abrumados y entristecidos por haber tenido que recurrir al empleo de aquellos medios sobrehumanos de destrucción.

## LA RENDICIÓN JAPONESA

Era domingo, 2 de septiembre de 1945. Habían transcurrido exactamente tres años, ocho meses y veinticinco días desde el ataque a Pearl Harbor. Mientras un río ininterrumpido de gigantescos aviones de transporte aliados desembarcaban tropas aerotransportadas en los aeródromos japoneses y mientras

los buques de guerra desembarcaban grandes contingentes militares, la ceremonia de la rendición tuvo lugar a bordo del acorazado norteamericano *Missouri*, fondeado en la bahía de Tokio. El escenario para la impresionante ceremonia estaba preparado.

El *Missouri*, acorazado de 45.000 toneladas y buque insignia de la flota del Pacífico, que sólo unas cuantas semanas antes había estado cañoneando las islas japonesas con sus piezas de 40 cm, se hallaba entonces anclado pacíficamente a la vista del Fujiyama. Su proa apuntaba al corazón del Japón y sus grandes cañones se enfocaban hacia el cielo a fin de dejar espacio libre para la ceremonia que se iba a desarrollar. En su trinquete ondeaba la misma bandera que había ondeado sobre el Capitolio de Washington el 7 de diciembre de 1941, fecha que perduraría en los anales de la infamia. También ondeaba al viento la histórica bandera del comodoro Perry, con sus 31 estrellas, el primer pabellón norteamericano desplegado en suelo japonés hacía 92 años. En torno al *Missouri* se exhibía un gigantesco despliegue de fuerzas navales norteamericanas y británicas.

Subieron a bordo nueve miembros de la delegación japonesa. Tres de ellos vestían trajes de etiqueta y chistera y seis iban de uniforme. Todos mostraban una gran tensión en sus semblantes. Encabezados por el ministro de Asuntos Exteriores Mamoru Shigemitsu, que cojeaba a causa de su pierna ortopédica, fueron acompañados hasta una mesa colocada en la cubierta, sobre la cual se encontraban por duplicado los documentos de la rendición. Una serie estaba encuadrada en oro y la otra en negro. La cubierta del buque estaba abarrotada de combatientes aliados.

Cuando la delegación japonesa compareció ante él, el general Douglas MacArthur se volvió a los micrófonos y tomó la palabra:

Estamos aquí reunidos, como representantes de las principales potencias beligerantes, para concluir un acuerdo solemne mediante el cual la paz podrá ser restablecida. El resultado de la lucha, en la que se enfrentaban ideales e ideologías divergentes, ha quedado decidido en los campos de batalla de todo el mundo y por lo tanto ahora no vamos a discutirlo ni comentarlo. Ni tampoco nos hemos reunido aquí, como representantes de la mayoría de los pueblos de la Tierra, animados por un espíritu de desconfianza, malicia u odio. Por el contrario todos nosotros, tanto vencedores como vencidos, debemos esforzarnos por alcanzar aquella elevada dignidad que es la única que puede beneficiar los sagrados fines que nos disponemos a cumplir, comprometiéndonos todos sin reservas a cumplir fielmente los compromisos que nos proponemos asumir.



Es mi más fervorosa esperanza y ciertamente la esperanza de toda la humanidad, que de esta solemne ocasión un mundo mejor nazca de la sangre y las matanzas del pasado; un mundo fundado sobre la fe y la comprensión; un mundo consagrado a la dignidad del hombre y al cumplimiento de sus más profundos anhelos: la libertad, la tolerancia y la justicia.

Los términos y condiciones mediante los cuales se efectuará y aceptará la rendición de las fuerzas imperiales japonesas, están contenidos en los instrumentos de rendición que están ante nosotros.

En mi calidad de Comandante Supremo de las potencias aliadas, declaro que tengo el firme propósito, según la tradición de los países que represento, de proceder con justicia y tolerancia en el cumplimiento de mis atribuciones, adoptando al propio tiempo todas las disposiciones necesarias para asegurar el pleno, inmediato y fiel cumplimiento de las cláusulas de la rendición.

Invito ahora a los representantes del emperador del Japón, del Gobierno japonés y del Cuartel General Imperial japonés, a que firmen el instrumento de la rendición en los lugares indicados.

Shigemitsu dio un paso al frente, se quitó la chistera, se despojó de sus largos guantes amarillos, consultó dos relojes, sacó la pluma y firmó las dos copias, escribiendo su nombre en inglés en una de ellas. Después el general Yoshijiro Umezu, que representaba al Estado Mayor general, con movimientos nerviosos y rápidos estampó su firma en nombre del ejército japonés y de todas las fuerzas armadas japonesas, y como representante personal del emperador del Japón.

El general MacArthur pidió entonces a dos de sus colegas que se acercasen para acompañarle mientras firmaba. Eran éstos el teniente general Jonathan M. Wainwright, comandante de Batán y Corregidor, y el teniente general Arthur Percival, comandante británico de Singapur, los cuales habían sido rescatados de un campo japonés de prisioneros pocos días antes. Ambos generales, demacrados pero sonrientes, se cuadraron militarmente. El general MacArthur empleó cinco plumas para firmar los documentos y regaló las dos primeras, de plata, a los dos comandantes que se vieron obligados a entregar Corregidor y Singapur a los japoneses.

A continuación signaron el documento otros jefes militares: el almirante Chester W. Nimitz, por los Estados Unidos; el joven general Hsu Yung Chang, por la República china; sir Bruce Fraser, por la Gran Bretaña, y el teniente general K. Derevianko, flanqueado por una guardia de honor de tres oficiales rusos (uno de la armada, otro de la aviación y el tercero del ejército), en nombre de la Unión Soviética. Se produjo una momentánea interrupción cuando sir Thomas Blamey, representante de Australia, se equivocó y firmó primero el documento japonés.

A medida que al pie de los documentos se iban estampando nuevas firmas de diversos representantes de las naciones aliadas, el sol, que había estado oculto por las nubes durante la primera parte de la ceremonia, comenzó a lucir con todo su fulgor.

Dijo entonces el general MacArthur:

—Roguemos todos por la paz... y que Dios la preserve para siempre. La ceremonia ha terminado.

Así terminó también el largo y trágico sendero iniciado en Batán y Corregidor y que, pasando por Nueva Guinea, las Marianas y las Filipinas, había conducido hasta el Japón. Por último habían enmudecido los cañones.

Concluida la ceremonia, 436 superfortalezas volaron sobre Tokio en una demostración del poderío aéreo norteamericano ante el pueblo japonés. Al propio tiempo penetró en la bahía de Tokio un convoy formado por 42 unidades y al anochecer desembarcaron 13.000 soldados, para añadirse a los primeros 20.000 que ya se encontraban en tierra.

Desde la Casa Blanca, el presidente Truman informó por radio al pueblo norteamericano acerca de la rendición incondicional. Declaró el domingo 2 de septiembre de 1945 como el Día V-J, fecha de la rendición incondicional del Japón.

Dos días después, el emperador Hiro Hito, después de una ceremonia religiosa en el templo sintoísta de los jardines del Palacio Imperial, pidió a su pueblo que tratase de «ganarse la confianza del mundo» cumpliendo los compromisos adquiridos por la nación (tuvo buen cuidado en evitar la palabra «rendición»). Acto seguido ordenó a todos los jefes militares japoneses «que cesasen inmediatamente las hostilidades y depusiesen las armas».

El 8 de septiembre, se izó una bandera norteamericana sobre Tokio. Era la misma bandera que había ondeado sobre la cúpula del Capitolio de Washington, el día aciago de Pearl Harbor, para ondear después sobre Casablanca, Roma y Berlín, y en el mástil del *Missouri* el Día V-J.

Era una derrota total y abrumadora, la primera en la historia japonesa, y significaba el fin de los sueños de dominio mundial de la belicosa nación. Durante los primeros seis meses que siguieron a Pearl Harbor, los dirigentes militares nipones, lo mismo que el pueblo, preparados por siglos de mitos y tradición, se consideraron invencibles. Pero en poco más de un año la balanza, tanto en cantidad como en calidad, se inclinó del lado aliado. En 1945, el archipiélago japonés era objeto de implacables bombardeos y el Japón se hallaba al borde del colapso total cuando se rindió.

¿Por qué perdieron la guerra los japoneses? Una de las



principales razones reside en el hecho de que sus estrategias jamás comprendieron lo que significaba una guerra total ni supieron cómo disputarla. La guerra moderna es un esfuerzo colectivo que hace entrar en juego todos los elementos que forman el organismo nacional. Los japoneses cometieron el error de desafiar a un país cuya capacidad de producción era diez veces superior a la suya. Sus dirigentes, hombres de miras estrechas, poco realistas, fueron incapaces de comprender que los métodos estratégicos y tácticos del pasado eran totalmente anticuados en una guerra del siglo xx. Desprovistos de los conocimientos científicos que les hubieran permitido enfrentarse con los norteamericanos en igualdad de condiciones, los japoneses no comprendieron que no bastaba con una perfecta imitación de las armas producidas el año anterior. Faltos de imaginación, espíritu creador y originalidad, fueron incapaces de contrarrestar la serie de armas nuevas como las espoletas de contacto, el radar, las minas aéreas, los cohetes terrestres y aéreos, y toda la constelación de armas nuevas que los Aliados les arrojaron a la cabeza.

Mas, por encima de todo, los japoneses menospreciaron la importancia del arma aérea. Al terminar la guerra, aproximadamente la mitad de los aviones de caza japoneses eran los mismos Zero que se emplearon en China unos años antes. Los dirigentes de Tokio se hallaban dominados por la idea fantástica de que aquel tipo de avión les haría ganar la guerra. El Zero era efectivamente un avión de ataque muy hermoso, que ascendía con rapidez y muy maniobrero, pero pronto quedó anticuado como arma de combate. Además, los japoneses nunca supieron crear una técnica de bombardeo en masa ni pudieron sostener una ofensiva aérea potente y continuada. Sus planes fallaron, el enemigo mostró mayor perspicacia que ellos y los derrotó en el campo de batalla.

De manera similar, el soldado de infantería japonés, al que habían imbuido el principio del ataque, apenas sabía actuar en situaciones que requiriesen iniciativa y decisión propias. Era indiscutiblemente valeroso, como había demostrado en cien batallas, pero apenas le habían enseñado a hacer un uso inteligente de este valor. Cuando el soldado norteamericano caía en una trampa, procuraba salir de ella y salvar el pellejo; el soldado japonés, cuando se encontraba a la defensiva, daba suelta a su energía contenida en ataques frustrados y suicidas, totalmente inútiles, del tipo *banzai*. Bajo su limitado punto de vista, aquello constituía una muerte esplendorosa que aportaba honor y gloria a su familia y a él mismo, pero bajo el punto de vista militar y práctico, era una acción disparatada.

A estos factores cabe añadir el gran éxito alcanzado por la estrategia norteamericana en el Pacífico. El plan era muy sencillo y consistía en ir cortando uno a uno los tentáculos del pulpo japonés y situar las bases aéreas en los puntos desde los cuales pudieran lanzarse ataques desoladores contra las cuatro principales islas del archipiélago nipón. El vasto Imperio japonés de nada servía si no se le podía mantener abastecido ni se podían importar las materias primas que harían marchar las fábricas. Y esto resultaba imposible cuando los norteamericanos destruían cantidades ingentes de tonelaje japonés y aplastaban el poderío industrial de la metrópoli.

La labor de equipo desarrollada por las fuerzas de tierra, mar y aire de los Estados Unidos alcanzó un éxito resonante. Los submarinos norteamericanos fueron liquidando gradualmente la flota mercante japonesa; el poderío aeronaval estadounidense redujo la escuadra enemiga a la impotencia; las fuerzas de tierra norteamericanas derrotaron a los japoneses en docenas de islas; el poderío aéreo de los Estados Unidos convirtió a la industria de guerra japonesa en un montón de ruinas y destruyó las ciudades niponas. Los japoneses sucumbieron bajo el impacto de esta concentración de fuerzas.



SEPTIMA PARTE

EPÍLOGO



## CAPITULO

## XXV

### Resultados

*Dadme diez años y no podréis reconocer a Alemania.*

Adolfo Hitler, 1933.

*Veo cómo el mundo se convierte poco a poco en un páramo, oigo cómo se aproxima el trueno sin cesar, que también nos destruirá a nosotros. Puedo sentir el sufrimiento de millones, pero si miro a los cielos, pienso que... esta crueldad terminará también.*

Ana Frank (muerta en Bergen-Belsen)

### BALANCE DE MUERTE Y DESTRUCCIÓN

Dos mil ciento noventa y un días de conquista, matanzas, miseria, hambre y muerte. Lo repito: 2.191 días.

El conflicto más devastador de toda la sangrienta historia humana había terminado por fin. En la guerra había intervenido el número más elevado de combatientes de todas las épocas: 70.000.000 de hombres en total, con un número ingente de máquinas y sobre la extensión mayor de todos los tiempos.

Los pueblos de las Naciones Unidas, liberados súbitamente de la agonía, la angustia y el terror, saludaron aquella victo-



ria que no llegaba nunca. En los países del Eje, las gentes lloraron a sus hijos perdidos y a sus sueños esfumados.

Los escépticos fueron la nota agria y discordante. La guerra, afirmaron, constituyó una tragedia innecesaria. No había arreglado nada. Los hombres murieron en vano. Pero otros vieron en ella la culminación de una noble empresa: el triunvirato Hitler-Mussolini-Tojo, que utilizó las armas del odio, el cinismo, el terror y la crueldad, estuvo a punto de destruir las bases de la civilización occidental e implantar un mundo de esclavos. Esta calamidad se había evitado.

Las pérdidas de vidas humanas alcanzaron cifras astronómicas. En los campos de batalla perecieron un mínimo de 17.000.000 de hombres, o sea uno de cada 22 rusos, de cada 25 alemanes, de cada 46 japoneses, de cada 150 italianos, de cada 150 ingleses, de cada 200 franceses y de cada 500 norteamericanos. Más de 18.000.000 de personas civiles perdieron la vida por diversas causas. Las bajas fueron el doble de las que se produjeron en la guerra de 1914-18. Y la lista hubiese sido extraordinariamente más elevada, de no haber sido porque uno de cada dos soldados heridos había sido salvado por las sulfamidas, acabadas de descubrir, y por las transfusiones de plasma sanguíneo.

Las pérdidas materiales fueron asimismo abrumadoras. Los gastos militares ascendieron a un billón de dólares; las pérdidas en bienes y haciendas arrojan una cifra por lo menos doble de aquélla. Europa fue barrida por una gigantesca oleada de destrucción. Del Sena al Volga, del Oder al Tíber, la guadaña de la muerte y la destrucción lo segó todo en Europa. Grandes ciudades fueron reducidas a un montón de ruinas. Kilómetros cuadrados de instalaciones industriales fueron borrados. El transporte se sumió en el caos. En el campo, grandes extensiones de tierras de cultivo quedaron yermas y arrasadas durante años enteros a causa de la táctica de tierra calcinada practicada por los ejércitos contendientes; la productividad del terreno se redujo a consecuencia de la inadecuada fertilización; los rebaños quedaron diezmados. La estructura de la sociedad europea pareció tambalearse hasta sus cimientos.

Harían falta décadas para compensar el enorme déficit en comida, ropas y alojamiento. Casi todos los países europeos y asiáticos afrontaron graves crisis económicas y se hallaron bajo la amenaza del espectro de la inflación. Grandes masas de población se desplazaron. Los prisioneros de guerra aflúan a millares a sus patrias. Millones de refugiados vagaban por Europa o eran expulsados de un país a otro sin hallar en ninguna parte alojamiento y seguridad.

La miseria humana, los sufrimientos, la agonía espiritual no

pueden medirse en cifras. La contextura moral de la humanidad había sufrido daños casi irreparables. Los años de odio, de tormentos emocionales y de hambre habían dejado una huella que ni siquiera el tiempo podría borrar.

El pueblo alemán pagó muy caro su intento de dominar Europa. Alrededor de 20.000.000 de alemanes participaron en las guerras hitlerianas; 3.250.000 murieron en el campo de batalla, 3.350.000 perecieron por otras causas. 7.250.000 resultaron heridos, y 1.300.000 se dieron como desaparecidos. A esta melancólica lista hay que sumar las terribles mutilaciones físicas. Según los cálculos más prudentes, se cree que la aventura hitleriana costó a los alemanes 272.000.000.000 de dólares, como mínimo.

La guerra de 1914-18 terminó con las tropas alemanas esparcidas por los territorios enemigos y con su patria prácticamente intacta. Pero en 1945, el Tercer Reich fue invadido por las tropas aliadas y sometido a una terrible devastación. De un total de 20.000.000 de edificios que había en Alemania, se calcula que 7.000.000 fueron completamente destruidos y sufrieron grandes daños. Más de 2.000 puentes fueron volados; casi 5.000 kilómetros de tendido ferroviario quedó convertido en un grotesco revoltijo de metal. Las calles de casi todas las ciudades principales quedaron obstruidas por gigantescos montones de escombros. Berlín se convirtió en una ciudad fantasma, con sus edificios públicos y particulares en ruina, sus medios de transporte y los demás servicios públicos destruidos. Sobre la capital flotaba el olor de la muerte. Los abatidos supervivientes escarbaban las ruinas buscando familiares o amigos o disputándose con las ratas los desperdicios de comida.

Los alemanes habían anhelado por encima de todo la victoria en aquella guerra; pero sólo habían conseguido la derrota total, casi tan completa como la de la antigua Cartago. Al no hallarse preparados psicológicamente para la catástrofe, acostumbrados tradicionalmente a la obediencia y la disciplina, se sentían tan desvalidos como peces fuera del agua. No existió en Alemania un movimiento organizado de resistencia a la bestial dictadura nazi, a pesar de que los publicistas de la postguerra se inventaron una serie de movimientos antihitlerianos. La camisa de fuerza nazi tuvo que ser quitada al pueblo alemán con la ayuda procedente del exterior.

Para el Japón, el sabor de la derrota fue igualmente amargo. De sus 9.700.000 hombres bajo las armas, 1.270.000 murieron en combate, 620.000 por otras causas, 140.000 resultaron heridos y 85.000 desaparecieron. Su poderío naval quedó totalmente aniquilado y su flota mercante perdió el 45 por ciento de sus efectivos. Se habían esfumado simultáneamente el gran Imperio



y los sueños de expansión. De un extremo a otro del archipiélago, las ciudades japonesas estaban reducidas a ruinas.

Los japoneses tenían motivos para «recordar Pearl Harbor» en un sentido diferente. Los militaristas de Tokio supusieron que un golpe poderoso y repentino dejaría a los norteamericanos confusos, irresolutos y divididos. No podían haber cometido equivocación mayor. Pearl Harbor, en realidad, galvanizó al pueblo norteamericano y lo convirtió en una nación unida, determinada e invencible. El Japón tuvo que pagar muy caro su error.

Terribles fueron las cicatrices que quedaron en Italia, la tercera en importancia de las potencias del Eje. De su ejército de 3.100.000 hombres, 144.496 murieron en combate, 66.716 fueron heridos y 135.070 se dieron por desaparecidos. Fueron destruidos 208 buques de guerra italianos y 49 se rindieron. Italia perdió el 90 por ciento de su marina mercante. El coste total de la guerra fue enorme y como resultado del mismo la deuda interior se incrementó seis veces más y la lira perdió el 90 por ciento de su poder adquisitivo. ¡Esto es lo que costaron a los italianos veintitrés años de gloria fascista, de oropel y guardarropa! En lugar de un nuevo Imperio Romano que hubiera deslumbrado al mundo, probaron el amargo sabor de la derrota, la frustración y la miseria. Habían desaparecido las cacareadas bayonetas de Mussolini, había esfumado también el grandilocuente Duce. La Italia de la postguerra era un inmenso asilo, repleto de corazones rotos y espíritus sumidos en la apatía, con hambre en las calles y escasez en los mercados. De Norte a Sur, a lo largo de toda la península italiana, casi todas las estaciones ferroviarias estaban destruidas por los bombardeos aliados. Un pueblo que ya se hallaba tradicionalmente dominado por la miseria, se enfrentaba con el hambre y vagaba por los campos en busca de comida. Para muchos, el mercado negro significaba la única esperanza de salvación.

La coalición victoriosa también sufrió terribles pérdidas. Incluso la Inglaterra triunfadora salió gravemente debilitada del conflicto. La Gran Bretaña había movilizado 5.896.000 hombres, de los que murieron 357.116, resultaron heridos 369.267 y desaparecieron 46.079. Su gran marina mercante, a pesar del incremento representado por el tonelaje construido durante la guerra, disminuyó de 23.000.000 a 16.000.000 de toneladas. La metrópoli sufrió los efectos de graves destrucciones. Medio millón de casas quedaron reducidas a ruinas y 4.000.000 sufrieron daños. La deuda interior ascendió de 40.000.000.000 de dólares a más de 100.000.000.000, mientras la deuda exterior se sextuplicaba, pasando de 2.000.000.000 de dólares a 13.000.000.000. Las grandes empresas de propiedad británica o que tenían ca-

pital inglés existente en Ultramar, que siempre le habían permitido mantener una favorable balanza comercial, se esfumaron completamente. Inglaterra quedó eclipsada en cuanto a poder y prestigio por su poderoso compañero americano.

La aportación británica a la victoria fue verdaderamente magnífica. Dando pruebas de un valor extraordinario, los ingleses aguantaron ellos solos la embestida del Eje en los primeros días de la guerra y resistieron sin desfallecer hasta el final. «¡Siempre habrá una Inglaterra!», rezaba la canción popular. Y en aquellas graves horas, muchos recordaron las palabras de Shakespeare:

*Esta Inglaterra nunca se postró ni se postrará,  
a los altivos pies de un conquistador.*

Los efectos de la conflagración mundial en Francia no fueron tan catastróficos como los de la guerra de 1914-18, pero no por ello fueron menos severos. La lista de bajas que sufrieron sus fuerzas armadas se descompone como sigue: 201.568 muertos, 261.577 muertos por otras causas, 400.000 heridos y 140.000 desaparecidos. Treinta mil franceses murieron ante los pelotones de ejecución, 188.000 miembros de la población civil perdieron la vida, 150.000 fueron deportados y 38.000 prisioneros de guerra murieron en el cautiverio.

A las pérdidas humanas sufridas por Francia hay que añadir las pérdidas materiales. Medio millón de casas fueron totalmente destruidas y un millón y medio recibieron graves daños. El país quedó sembrado de puentes hundidos, fábricas voladas y granjas arrasadas. De su parque de 17.000 locomotoras sólo subsistieron 3.000 al final de la guerra; el 10 por ciento del tendido ferroviario nacional fue destruido. Más de la mitad de la marina mercante francesa se perdió y resultaron dañadas casi las tres cuartas partes de las instalaciones portuarias. El campo quedó sembrado de millares de minas abandonadas por los alemanes en retirada.

La inesperada derrota que le infligió Alemania y los cinco años de ocupación asestaron un terrible golpe a la moral francesa. El tradicional aplomo galo y la confianza en sí mismos que experimentaban los franceses habían quedado resentidos. Incluso la voluntad de vivir parecía haber sido afectada. El Gobierno francés, preocupado por la disminución alarmante de la natalidad, se apresuró a proporcionar testosterona (hormonas masculinas) a los demacrados prisioneros que volvían del cautiverio o a quienquiera que lo solicitase.

Las pérdidas experimentadas por la Unión Soviética fueron las más elevadas: 6.115.000 muertos de las fuerzas armadas, que



perecieron por diversas causas. A éstos hay que añadir 14.012.000 heridos. Únicamente en la defensa de Stalingrado, los rusos tuvieron más bajas que los norteamericanos en todas sus campañas de la segunda Guerra Mundial. Perecieron más de 10.000.000 de rusos pertenecientes a la población civil y un mínimo de 25.000.000 quedaron sin hogar. Se dice que el mariscal Stalin afirmó que, para la victoria aliada, los rusos dieron sangre, los ingleses contribuyeron con tiempo y los americanos proporcionaron productos. Aunque esta afirmación peque de inexacta, sin embargo pone de relieve los tremendos sacrificios humanos que costó a Rusia la expedición del invasor alemán.

Las hordas nazis sembraron la muerte y la destrucción a su paso por Rusia. 2.192.000 km cuadrados de la Rusia europea fueron asolados. Ciudades, aldeas, fábricas y ferrocarriles fueron borrados de la superficie de la tierra. La destrucción alcanzó cifras increíbles: 13.000 puentes, 4.100 estaciones de ferrocarril, 482.000 vagones de carga, 15.800 locomotoras. Podía hablarse con toda justicia del azote nazi.

Las pérdidas rusas en vidas y bienes, con todo y ser enormes, se vieron compensadas en parte por importantes ganancias. La U. R. S. S. salió de la guerra habiendo adquirido aproximadamente 700.000 km cuadrados de nuevos territorios habitados por 22.162.000 personas. En la Europa Oriental, donde después de la guerra de 1914-18 se creó una serie de Estados-tapón, la Unión Soviética estableció varios países satélites que giraban en la órbita de Moscú: Polonia, Alemania Oriental, Lituania, Letonia, Estonia, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia y Albania, cuya superficie totalizaba 1.120.000 km cuadrados, y cuya población ascendía a 90.874.358 almas. Por primera vez en casi un siglo, desde la humillante guerra de Crimea, los rusos habían conseguido alcanzar una victoria decisiva y resonante. La U. R. S. S. ocupó entonces el nivel más alto entre las naciones del mundo. Los Estados Unidos y la Unión Soviética se convirtieron en los dos nuevos titanes del planeta.

Los Estados Unidos también pagaron la victoria a un precio muy elevado. La segunda Guerra Mundial fue el conflicto más costoso en vidas norteamericanas, desde la guerra de la Independencia, librada entre 1775 y 1783. Del total de 16.112.566 norteamericanos alistados en todos los servicios de las fuerzas armadas, las bajas ascendieron a 1.078.674, que se descomponían de la forma siguiente: 293.986 muertos en combate, 113.842 muertos por otras causas, 670.846 heridos. Los americanos que murieron desde el 7 de diciembre de 1941 en adelante sumaron un número más elevado que el de las bajas sufridas por las fuerzas de la Unión y los Confederados durante la guerra de Secesión. En 1943, los norteamericanos sufrían unas 5.000 bajas mensuales;

en los primeros meses de 1944, cuando la lucha se incrementó en el Mediterráneo, este promedio ascendió a 13.700 mensuales; después del desembarco de Normandía, saltó a 59.000 y después a 81.000 en diciembre de 1944. Los soldados norteamericanos muertos en acción de guerra están enterrados en todo el mundo, desde Bastogne a Iwo Jima.

«La nación», dijo el general George C. Marshall, «no puede pagar de ninguna manera los servicios de un combatiente. Ninguna tarifa es suficientemente elevada para pagar los servicios de un soldado: sean sólo unos minutos de agonía en el combate, los sufrimientos físicos de la campaña o lo que representa abandonar su hogar para ir a los lugares más desagradables y peligrosos de la Tierra a fin de servir a su patria.»

Las pérdidas de bienes militares y civiles norteamericanos se calculan en 350.000.000.000 de dólares. Pero restaba el consuelo de pensar que los Estados Unidos habían efectuado su aportación para destruir la tiranía del Eje. Fue un costoso pero necesario sacrificio sobre el altar de la libertad. En resumen: los norteamericanos nunca tuvieron la menor intención de vivir como esclavos de Hitler, Mussolini o Tojo.

## LOS INFORMES DEL GENERAL MARSHALL

Las hazañas de los jefes militares de la talla de un Eisenhower, un MacArthur, un Montgomery y un Rommel aparecieron en grandes titulares en todo el mundo. Pero detrás de estos hombres, inclinados sobre las mesas de trabajo, estaban los grandes estrategas, los jefes acostumbrados a trazar planes grandiosos, que conocían a la perfección el arte de dirigir una guerra tecnocrática. Entre estos grandes hombres descollaba el general George C. Marshall, jefe de Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos y uno de los representantes norteamericanos en el Estado Mayor conjunto.

En su informe final al secretario de la Guerra, el general Marshall pasó revista a los acontecimientos bélicos. Así, escribió: «Por primera vez desde que ocupé este cargo hace seis años, me resulta posible comunicar que la seguridad de los Estados Unidos en América descansa totalmente en nuestras manos.» A fin de esclarecer las causas del fracaso alemán y japonés, y dejar constancia de las mismas en las páginas del libro de la historia, el general Marshall solicitó del general Eisenhower que ordenase a sus oficiales del Servicio de Información que interrogasen lo antes posible a los miembros más destacados del Alto Mando alemán, que a la sazón eran prisioneros de guerra.

Los resultados de estos interrogatorios ofrecen un gran in-



terés. He aquí un resumen de las secciones del Informe Marshall relativas a las revelaciones de los alemanes capturados:

Hitler se proponía crear un Gran Reich que dominaría a Europa. Pero aún no se poseen pruebas que demuestren que el Alto Mando alemán hubiese trazado planes estratégicos totales para alcanzar este objetivo de Hitler. El Alto Mando aprobaba en principio la política de Hitler, pero la impetuosa estrategia del Führer desbordó la capacidad bélica alemana y acarreó finalmente la destrucción de la propia Alemania.

Durante las primeras campañas de Polonia, Noruega, Francia y los Países Bajos, surgieron graves disensiones entre Hitler y su Estado Mayor acerca de los detalles de ejecución de los planes estratégicos. En cada uno de los casos, el Estado Mayor se mostraba partidario de una ofensiva clásica y Hitler defendía un ataque fuera de todas las reglas del arte militar y cuyos objetivos se hallaban a gran profundidad dentro del territorio enemigo. En cada caso Hitler impuso su opinión y, al verse confirmada por el éxito, su prestigio se alzó hasta tal punto que nadie se atrevía a contradecirle. Por lo tanto, el Estado Mayor no presentó objeción alguna cuando Hitler tomó la decisión final de atacar la Rusia soviética.

La entrada de Italia en la guerra, contrariamente a lo pactado con Alemania, no fue bien vista por esta potencia, pues significaba una nueva carga sobre el potencial bélico alemán. La acción unilateral de Mussolini al atacar Grecia y Egipto, obligó a Hitler a intervenir en las campañas de los Balcanes y de África. Esto dio por resultado una dispersión excesiva de los ejércitos alemanes, lo cual, a su vez, fue uno de los principales factores en la derrota de Alemania.

Tampoco existían pruebas de una estrecha coordinación estratégica entre Alemania y el Japón. Al parecer, Tokio actuaba por su cuenta, sin someter sus acciones a un plan estratégico de conjunto.

Y el general Marshall escribió: «Allí estaban tres naciones criminales, ávidas de botín, llenas de codicia y tratando de alcanzar sus propios fines por medio de la guerra, pero incapaces de trazar un plan estratégico de conjunto para la consecución de un objetivo común.»

Las etapas de la derrota alemana, de acuerdo con las declaraciones de los miembros del Alto Mando germano que estaban prisioneros, se resumen de la manera siguiente en el Informe Marshall:

1. *Fracaso de la invasión de Inglaterra.* — El primer revés militar de Hitler tuvo lugar cuando, después de la caída de Francia, Inglaterra no capituló. El Alto Mando alemán no creía

que Inglaterra continuase luchando, y por lo tanto no se hallaba preparado para efectuar la invasión de Inglaterra. El mariscal de campo Wilhelm Keitel afirmó que la escuadra británica se consideraba como el principal obstáculo. El ejército alemán estaba preparado, la marina dudaba y la aviación veía sus actividades limitadas por el factor meteorológico. Mientras tanto, la *Luftwaffe* sufría irreparables pérdidas en la Batalla de Inglaterra, de las que nunca se repuso.

2. *La campaña de 1941 en la Unión Soviética.* — En otoño de 1941 los alemanes se hallaban apostados a las puertas de Moscú, exhaustos pero en apariencia victoriosos. Pero un súbito cambio climático acarreó el desastre. Fue el momento decisivo de la guerra.

3. *Stalingrado.* — A pesar del revés sufrido ante Moscú en 1941 Alemania podría haber evitado la derrota si no hubiese sido por la campaña de 1942, que culminó en el desastre de Stalingrado. Causa del mismo fueron la magnífica defensa rusa de la ciudad y el hecho de que en las estribaciones septentrionales del Cáucaso fueran cortadas las líneas de comunicaciones alemanas, lo cual dejó encallados a los blindados alemanes durante tres semanas críticas del verano de 1942. Los alemanes fueron completamente incapaces de calcular adecuadamente las reservas de poderío industrial ruso que existían al este de los Urales.

4. *La invasión del Norte de Africa.* — Los desembarcos aliados del Norte de Africa cayeron como una bomba en el Alto Mando alemán. El contraespionaje aliado y las medidas adoptadas para ocultar la operación fueron de una eficacia total. Los alemanes no habían efectuado preparativos para repeler una invasión aliada en el Norte de Africa; a causa de ello, todos los esfuerzos posteriores que hicieron para oponerse a los Aliados, fueron precipitados e improvisados. Como la evacuación era imposible, los alemanes se enfrentaron con el dilema de resistir o rendirse.

5. *La invasión de Francia.* — Todos los mandos alemanes esperaban que se produjese un desembarco aliado en Francia. Además, la orientación general y el poderío del desembarco inicial de Normandía se calcularon correctamente. Pero los alemanes no sabían con exactitud por dónde atacarían los Aliados y consideraban más probable que lo hiciesen por Bretaña, a causa de las tres grandes bases de submarinos allí existentes.

Antes de la invasión, surgieron divergencias de criterio entre el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, comandante supremo del Oeste, y el mariscal Erwin Rommel, comandante del



amenazado Grupo de Ejércitos. Von Rundstedt quería mantener sus reservas blindadas agrupadas alrededor de París y en el este de Francia; Rommel quería avanzar con ellas hacia la costa. Se impuso la opinión de Rommel.

Poco después de la caída de Cherburgo en manos aliadas, surgieron nuevas disensiones en el Alto Mando de la *Wehrmacht*. Von Kluge y Rommel deseaban evacuar todo el sudoeste de Francia y retirarse de Normandía antes de que comenzase la desintegración. Hitler se negó a hacerlo y ordenó a Von Rundstedt que continuase la batalla de Normandía hasta su desenlace final.

6. *La contraofensiva de las Ardenas.* — La ofensiva alemana de diciembre de 1944 fue una idea personal de Hitler. El objetivo de ataque era Amberes. Hitler abrigaba la esperanza de que la cerrazón atmosférica neutralizaría la superioridad aérea aliada y de que así podría introducir rápidamente una cuña entre las líneas enemigas. Muchos oficiales alemanes consideraron la operación temeraria en extremo, porque comprometía irreparablemente las reservas estratégicas alemanas, en unos momentos en que todas las reservas disponibles se necesitaban para repeler el inminente ataque soviético por el Este.

7. *El paso del Rin.* — Incluso tras el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, los alemanes creían que la línea del Rin aún podía defenderse, pero la pérdida del puente de Remagen echó por tierra tales esperanzas. Toda la línea defensiva del Rin quedó debilitada a consecuencia del envío de fuerzas destinadas a taponar la peligrosa cabeza de puente. La desordenada retirada alemana por el Sarre y el Palatinado abrieron el camino del Este a los Aliados, que se lanzaron en dirección de Hamburgo, Leipzig y Munich.

Entre tanto, el asociado oriental del Eje, o sea el Japón, actuaba con un desacuerdo aún mayor. En realidad, el Eje únicamente existía sobre el papel. Ansioso por sacar partido de las preocupaciones europeas de los Aliados occidentales, el Japón se lanzó con tanta codicia a realizar sus propias conquistas inmediatas, que trazó sus planes no con el fin de ayudar a Hitler a derrotar a la Gran Bretaña y la Rusia soviética sino para acumular territorios en su propio beneficio. Si el camino hubiese estado abierto, las fuerzas alemanas y japonesas se hubiesen reunido indudablemente en el Asia Central. Mas para Tokio este objetivo era secundario. Lo que en realidad le importaba era saquear las regiones del Extremo Oriente mientras nadie pudiese impedirsele.

La estrategia japonesa falló inicialmente al perder la oportunidad de desembarcar tropas en Hawái, capturando Oahu y

las importantes bases de aquella isla, con lo que hubiera despojado a los Estados Unidos del punto central necesario para organizar las operaciones en el Pacífico occidental.

En opinión del general Marshall, no había ninguna duda de que la codicia y los errores cometidos por las naciones agresoras, junto con la heroica resistencia de los pueblos británico y soviético, evitaron que la guerra se propagase al propio territorio norteamericano. Las crisis de Stalingrado y El Alamein ya se habían producido y habían pasado antes de que los Estados Unidos se hallasen en disposición de participar en la lucha de forma decisiva. Si los alemanes hubiesen alcanzado la victoria en los dos puntos citados — como pudiera haber sucedido si Alemania, Italia y el Japón hubiesen coordinado mejor sus planes, recursos y operaciones militares —, entonces los Estados Unidos hubieran quedado aislados en el hemisferio occidental, enfrentados a unos enemigos que hubieran dominado casi toda la superficie del Globo.

#### LA IGNOMINIOSA SECUELA:

#### EL CASTIGO DE LOS RENEGADOS

La Francia de la postguerra estaba hundida en un caos moral.

Cinco años de ocupación nazi, colmados de incesante propaganda, traición y terror, dejaron profundas cicatrices en el alma del pueblo francés. Los héroes de la Resistencia descubrieron que aquellas mismas cualidades que antaño despertaron la admiración de sus conciudadanos, se consideraban a la sazón antisociales y opuestas a la ley y el orden. No era fácil desechar los hábitos aprendidos durante la época de la ocupación: el estraperlo, el hurto, la falsificación de los documentos de identidad y los cupones de racionamiento, la mentira, el fraude, la traición. Sólo en una cosa se mostraban unánimes los franceses: en castigar a los renegados que bajo la bota nazi habían arrastrado por el fango el honor de Francia.

En la primera embriaguez de la victoria, el populacho francés se tomó la justicia por su mano, buscando y dando muerte a los colaboracionistas más notorios. Las mujeres que habían confraternizado con los alemanes eran castigadas del modo siguiente: después de cortarles el pelo al cero, las obligaban a recorrer las calles con carteles en los que constaban sus malas acciones, mientras los furiosos franceses les escupían el rostro y las apostrofaban. Por toda la nación se elevó un clamor que pedía la destitución inmediata de los funcionarios del Gobierno de Vichy que aún seguían en sus puestos. Los tribunales sen-



tenciaron a cien mil colaboracionistas. En julio y agosto de 1945 más de 500 traidores fueron condenados a muerte.

La actitud a adoptar con el anciano mariscal Henri Pétain, que frisaba en los 90 años, constituía un arduo problema. No solamente el glorioso héroe de Verdún había aceptado las condiciones del armisticio alemán el 22 de junio de 1940, sino que se había colocado a la cabeza del gobierno títere de Vichy, danzando al son de la música que tocaban los alemanes. Algunos franceses atribuían la defección de Pétain a un reblandecimiento senil de sus facultades. Pero fue acusado de alta traición y en consecuencia condenado a muerte. El general Charles de Gaulle, presidente provisional de la República no quiso permitir que su antiguo jefe muriese como un traidor y le conmutó la pena por la de prisión perpetua.

Hubo clemencia para Pétain, pero no la hubo para el verdadero dueño de la Francia de Vichy: Pierre Laval. El nombre de Laval tanto tiempo odiado, fue entonces anatema para los furiosos franceses. Aquel hombre de 61 años, bajito, cetrino como un gitano y de tupidas cejas, cabeza visible de los colaboracionistas, había tenido una carrera política tortuosa, solapada y abundante en defecciones. «¿Qué otra cosa se puede esperar?», dijo un enemigo político. «¿Qué se puede esperar de un hombre, Laval, cuyo nombre puede pronunciarse indistintamente hacia atrás y hacia adelante?»

Aquel antiguo conductor de un camión de reparto había alcanzado el éxito financiero como editor de un periódico. Durante la Gran Guerra se las dio de pacifista, pero hay motivos para creer que incluso entonces ayudó ya a los alemanes mediante una sutil propaganda derrotista. Gran orador y político sin escrúpulos, no tardó en abrirse paso hasta las más altas esferas de la vida política francesa, siendo nombrado presidente del Consejo en 1931 y reelegido para este cargo en 1935. Su corbata blanca, que lucía en todas las ocasiones, apareció en millares de caricaturas en todo el mundo.

Admirador de Mussolini desde los primeros tiempos del Duce, Laval fraguó el notorio acuerdo Hoare-Laval de diciembre de 1935, por el que se invitaba a Italia a cesar en su guerra contra Abisinia, ofreciéndole a cambio la propiedad de los extensos territorios que había conquistado y una eficiente autoridad sobre el resto de aquel reino. La revelación de este «plan para la paz», tan poco escrupuloso, despertó la indignación pública en Inglaterra y Francia.

Cuando Francia fue derrotada por Alemania en 1940, el mariscal Pétain, el nuevo jefe del Estado francés, designó a Laval como su lugarteniente y sucesor. En diciembre de 1940 Pétain destituyó a su lugarteniente cuando le llegaron rumores de

que Laval, contando con la ayuda nazi, se proponía ejecutar un golpe de Estado el 15 de diciembre, durante las ceremonias celebradas con motivo del traslado de los restos del hijo de Napoleón, el duque de Reichstadt, de Viena a París. Laval fue confinado, pero puesto en libertad por intervención alemana.

El 27 de agosto de 1941, un joven llamado Paul Colette, como protesta ante el rumor de que Laval intentaba reunir un ejército de voluntarios franceses para luchar en el frente ruso al lado de los alemanes, atentó contra la vida del colaboracionista. El joven francés fue detenido cuando aún empuñaba una pistola humeante. Laval resultó gravemente herido pero se repuso rápidamente.

En abril de 1942, los alemanes, que se daban perfecta cuenta de la utilidad que les reportaba Laval, convencieron al anciano mariscal para que lo reintegrara al poder. Esta vez Laval ocupó el puesto de jefe del Gobierno, dejando a Pétain el título huero y altisonante de jefe del Estado. Amó entonces de la política interior y exterior, Laval se convirtió virtualmente en el dictador de la Francia de Vichy. Colaboraba estrechamente con los alemanes, ayudando a la temible Gestapo a descubrir a los grupos de resistentes y enviar a los sospechosos a los campos de concentración alemanes. En octubre de 1942 anunció que se proponía enviar a Alemania a los obreros fabriles comprendidos entre los 18 y los 50 años; a cambio de esto, los nazis devolverían un prisionero de guerra francés por cada tres obreros especializados que recibiesen. Así funcionaban las matemáticas nazis.

Antes de que este plan pudiera ser puesto en práctica, Hitler ocupó toda Francia a renglón seguido del desembarco de fuerzas aliadas en el Norte de África, efectuado en noviembre de 1942. En 1943 Laval anunció al mundo entero que «la victoria alemana salvaría la civilización». Los patriotas franceses tenían pues sus buenas razones para odiar apasionadamente al hombre de la corbata blanca.

El juicio de Laval se celebró en París. El reo se mostró turbulento en extremo. Lanzó acusaciones contra sus acusadores, quienes a su vez lo denostaron públicamente en la sala. El juicio duró cuatro días, pero durante los dos últimos el acusado boicoteó al tribunal, quedándose en su celda sin asumir su defensa. El jurado sólo necesitó una hora para pronunciar el veredicto de culpabilidad.

En la madrugada del 15 de octubre de 1945, fecha fijada para su ejecución, Laval intentó en vano quitarse la vida con un veneno en su celda de la prisión de Fresnes. Más tarde, en circunstancias similares, Hermann Goering, el nº 2 del régimen nazi, consiguió escapar así a la acción de la justicia. En el caso



de Laval, los médicos consiguieron reanimarle para que pudiese ir por su propio pie al patio de la prisión. No permitió que le vendasen los ojos y su última petición, que le fue denegada, consistió en pedir permiso para dar él mismo la orden de fuego al pelotón.

Sus últimas palabras fueron: «No es culpa de los soldados. Ellos no saben lo que hacen. *Vive la France!*»

Sonó una descarga cerrada. Laval, aún vivo, cayó de rodillas. Un oficial corrió a su lado, le puso la boca de su pistola en el oído y oprimió el gatillo. El cadáver fue arrojado sin ceremonia alguna sobre un coche fúnebre y llevado al cementerio de Thais, donde fue depositado en una fosa que se cubrió de tierra. Un periodista anotó el epitafio que figuraba sobre una tumba contigua: «Aquí yace un colaboracionista desconocido.»

Nueve días después, el 24 de octubre de 1945, al amanecer, en los fosos de la antigua fortaleza de Akershus, en Oslo, Vidkun Quisling pagaba con su vida el castigo impuesto por la justicia noruega. Durante cinco años después de la conquista de Noruega, aquel vocinglero mequetrefe reinó en el país como sátrapa de Hitler. Sus intentos por convencer a sus compatriotas de que existía unidad de destino en lo universal entre Noruega y Alemania, fracasaron estrepitosamente. Los noruegos, que no le perdonaban, realizaron una continuada campaña de huelgas y sabotajes. El régimen de Quisling sólo podía existir apoyado por las bayonetas nazis.

Con el mayor secreto, Quisling fue conducido apresuradamente bajo la llovizna al lugar de la ejecución. Él sostuvo hasta el fin que era un patriota incomprendido por sus connacionales. Un pelotón de ejecución formado por diez miembros de la policía militar noruega, todos los cuales se habían visto obligados a abandonar el país en un momento u otro de la ocupación, segó la vida de aquel miserable títere.

Por doquier, los traidores fueron ajusticiados.

El 12 de diciembre de 1945, un tribunal especial holandés reunido en La Haya, condenó a muerte a Anton Adrian Mussert, jefe del partido nazi holandés. Mussert había colaborado estrechamente con los invasores alemanes.

Los ingleses también tuvieron su parte de renegados. El 17 de septiembre de 1945, William Joyce, conocido por «Lord Haw Haw», que había colmado de insultos y ridículo a Inglaterra desde los micrófonos alemanes, fue juzgado como reo de alta traición. Trató en vano de evadir el castigo impuesto por las leyes inglesas, invocando su ciudadanía norteamericana. Una vez sentenciado, apeló a la cámara de los Lores, Tribunal Supremo de Inglaterra, pero su apelación fue denegada, siendo ejecutado más tarde.

El 19 de diciembre de 1945, John Amery, de 33 años de edad e hijo de L. S. Amery, que había sido secretario de Estado para la India, fue declarado culpable de traición, siendo ahorcado en la prisión de Wandsworth. El joven Amery había lanzado por la radio nazi la estúpida noticia de que la *Werhmacht* defendía la civilización europea.

Entre los colaboracionistas norteamericanos, el más destacado fue Ezra Pound, oriundo de Idaho, poeta, publicista y crítico literario, el más famoso de todos los escritores norteamericanos expatriados del período de entreguerras y cabecilla de la «Generación Perdida», caracterizada especialmente por su desilusión. Fascinado por la grandilocuente escenografía de la Italia fascista, y acaso espoleado por un antiguo antisemitismo que se remontaba a su infancia en Idaho, Ezra Pound tomó el micrófono durante la segunda Guerra Mundial para lanzar a las ondas propaganda a favor del Eje, en la cual ensalzaba a los dictadores y hacía objeto de violentos ataques al judaísmo y la democracia. En 1945 fue acusado de traición, trasladado en un avión de transporte militar de Roma a Washington y entregado al departamento de Justicia. El 21 de diciembre, un grupo de cuatro psiquiatras dictaminó que el excéntrico poeta no se hallaba en pleno uso de sus facultades mentales y que por lo tanto no estaba en disposición de ser juzgado. Fue confinado entonces en el hospital de St. Elizabeth, de Washington, donde permaneció trece años.

Ezra Pound fue puesto finalmente en libertad a comienzos del verano de 1958, bajo el diagnóstico de alienado inofensivo. El poeta, que actualmente cuenta 73 años, todavía amargado y sin haberse reconciliado con sus compatriotas, se dirigió a Italia, donde saludó a sus antiguos amigos con el saludo fascista, volvió a acusar a los judíos de haber minado los cimientos de la civilización y de ser la causa de sus propias penalidades y declaró que se alegraba de dejar Norteamérica, «aquel enorme manicomio».

#### EL JUICIO DE NUREMBERG: ¿JUSTICIA O VENGANZA?

Los victoriosos Aliados saborearon las mieles del triunfo al terminar la contienda, pero salieron de ellas divididos sobre muchas cuestiones excepto una: los criminales de guerra de los países totalitarios tenían que ser castigados.

Esta vez los asesinatos en masa, los crímenes múltiples, las atrocidades cometidas contra millones de personas y docenas de naciones fueron tan flagrantes y terribles, que no podía tolerarse que los culpables rehuyesen el castigo. Según un acuer-



do concertado el 8 de agosto de 1945 entre los Estados Unidos, la Gran Bretaña y la Unión Soviética, se decidió juzgar a los dirigentes nazis. Esta decisión fue posteriormente suscrita por 19 Estados miembros de las Naciones Unidas.

Se nombraron cuatro jueces para presidir aquel tribunal militar internacional. El británico lord Geoffrey Lawrence fue designado presidente. Los Estados Unidos se hallaban representados por Francis Biddle, ex fiscal del Tribunal Supremo; Francia por Henri Donnedieu de Vabres, y la Unión Soviética por el general de División Iván T. Nokitchenko. El estrado del fiscal se hallaba ocupado por el juez Robert H. Jackson, del Tribunal Supremo de los Estados Unidos; sir David Maxwell-Fyfe, jefe de la delegación británica; Charles Dubost, en representación de Francia, y el coronel Yuri Pokrovsky, por la Unión Soviética.

El 18 de octubre de 1945, los cuatro representantes del ministerio fiscal presentaron una acusación de 24.000 palabras contra seis organizaciones alemanas y 24 jerarcas nazis y jefes militares y navales alemanes. Las organizaciones encausadas eran las siguientes:

1. El Estado Mayor general alemán y el Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas.

2. El Gabinete del Reich, que comprendía al Consejo secreto del Gabinete, los miembros del Consejo de Defensa, ministros de Estado, ministros sin cartera y jefes de los departamentos gubernamentales.

3. Las altas jerarquías del partido nazi, «el núcleo de la conspiración», entre las que se incluían todos los funcionarios del partido, los *Gauleiter* y otros semejantes.

4. Las S. S. (*Schutz-Staffeln*), o guardia escogida, creadas al principio como guardia personal de Hitler y otros dirigentes nazis y que más tarde se convirtieron en fuerzas policíacas represivas y en auxiliares del ejército alemán.

5. Las S. A. (*Sturm-Abteilung*), la organización nazi de tropas de choque, formada por el grueso de los primeros partidarios de Hitler.

6. La *Gestapo*, o policía secreta, acusada de las torturas más horribles.

Fueron encausados también los 24 individuos siguientes:

*Hermann Wilhelm Goering*, el nazi n.º 2, jefe de la *Luftwaffe* durante toda la guerra, creador de los primeros campos de concentración y uno de los principales cabecillas nazis.

*Joachim von Ribbentrop*, ministro de Asuntos Exteriores nazi, antiguo embajador en Inglaterra, inductor del pacto germanosoviético de 1939 e instigador de la represión antisemítica.

*Alfred Rosenberg*, íntimo amigo de Hitler, filósofo del nacionalismo, que dirigía la «formación espiritual del partido nazi».

*Wilhelm Frick*, funcionario público de Turingia, uno de los primeros dirigentes nazis del *Reichstag*, nombrado más tarde «Protector» de Bohemia y Moravia.

*Julius Streicher*, fanático nazi que publicaba el malsonante libelo pornográfico *Der Stürmer*, cuyo chabacano antisemitismo tuvo gran influencia entre los elementos más bajos del pueblo alemán. «El judío es el diablo con figura humana.» *Gauleiter* de Franconia.

*Walther Funk*, ex ministro de Economía, presidente del *Reichsbank*, activo intermediario entre los nazis y la alta finanza.

*Rudolf Hess*, lugarteniente del Führer, n.º 3 dentro de la jerarquía nazi, árbitro y moderador en las rencillas y disensiones internas del Partido.

*Hans Frank*, abogado bávaro que había armonizado el nacionalsocialismo con la ley. «Hitler es el mayor legislador de la historia.» «La voluntad del Führer es ley.» Gobernador general nazi de Polonia.

*Konstantin von Neurath*, antiguo ministro de Asuntos Exteriores nazi y posteriormente «Protector» de Bohemia y Moravia.

*Franz von Papen*, elegante aventurero político en las dos guerras mundiales, intrigante entre bastidores, diplomático nazi y embajador en Turquía durante la guerra.

*Ernst Kaltenbrunner*, jefe de la policía de seguridad nazi, ejecutor de las órdenes de Hitler e Himmler para la exterminación de los judíos, general de la S. S., miembro del *Reichstag*, secretario de Estado responsable del orden público en Austria, jefe de policía de Viena.

*Hjalmar Horace Greeley Schacht*, llamado el «mago de las finanzas», antiguo ministro de economía nazi, presidente del *Reichsbank*, técnico en finanzas que impulsó el gran programa de rearme alemán.

*Fritz Sauckel*, general de las S. S. y las S. A.

*Baldur von Schirach*, jefe de las Juventudes Hitlerianas. «Leí el libro de Henry Ford *El Judío Internacional...* y me convertí al antisemitismo.»

*Artur von Seyss-Inquart*, canciller nazi de Austria, más tarde comisario para Holanda.

*Albert Speer*, genio técnico responsable de la creación de la máquina de guerra nazi.

*Hans Fritzsche*, destacado editorialista y propagandista nazi.



*General Wilhelm Keitel*, mariscal de campo y jefe del Alto Mando alemán.

*General Alfred Jodl*, jefe del Estado Mayor del ejército alemán.

*Almirante Erich Raeder*, gran almirante y antiguo jefe de la armada.

*Almirante Karl Doenitz*, gran almirante y jefe supremo de la armada alemana.

*Robert Ley*, jefe de la organización laboral nazi.

*Gustav Krupp von Bohlen und Halbach*, industrial alemán y director de las famosas empresas siderúrgicas y fábricas de armamento Krupp.

*Martin Bormann*, jefe de las S. A., del *Volksturm* (Ejército Popular) e instigador de los asesinatos en masa de sacerdotes alemanes.

Veintiuno de los 24 acusados tuvieron treinta días para preparar su defensa. Martin Bormann, que murió en las ruinas de Berlín o consiguió huir, fue juzgado en rebeldía. Robert Ley, sin duda abrumado por los remordimientos de conciencia, se suicidó antes de que comenzara el juicio. Y Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, que no era miembro del partido nazi, fue declarado demasiado enfermo para ser juzgado.

Entre los acusados, los dos generales Keitel y Jodl y los dos almirantes Doenitz y Raeder, además de Krupp, no pertenecían al partido nazi. Los nombres de estos cuatro jefes militares y navales fueron incluidos en el sumario a petición del juez Jackson, de los Estados Unidos. Los representantes de Inglaterra, Francia y Rusia se opusieron a esta petición, arguyendo que aquellos hombres eran simples soldados que se limitaban a cumplir las órdenes emanadas de un superior, Adolfo Hitler, el cual se había suicidado. Mas la posición norteamericana era la de que aquellos oficiales podían haber «hecho cesar lo que se convirtió en una norma fomentada o confirmada por el Alto Mando» y que, por consiguiente, el Alto Mando, personificado por su comandante, era directamente responsable. Así, los jefes militares y navales fueron igualmente encausados.

Todos los encartados tuvieron que responder de estas cuatro acusaciones: conspiración para cometer crímenes contra la paz; crímenes contra la paz; crímenes de guerra, y crímenes contra la humanidad.

Los términos de la acusación eran fríamente jurídicos: «Los acusados, junto con otras diversas personas, son culpables de un plan común o conspiración para la ejecución de crímenes contra la paz; de una conspiración para la comisión de crímenes contra la humanidad durante los preparativos

para la guerra y en el transcurso de la misma, y de una conspiración para la comisión de crímenes de guerra no sólo contra las fuerzas armadas de sus enemigos, sino también contra poblaciones no beligerantes.»

He aquí la lista de crímenes: asesinatos, deportación para procurarse mano de obra esclava, malos tratos a los prisioneros, piratería en alta mar, aprehensión y ejecución de rehenes, saqueo de bienes públicos y particulares, injustificable destrucción de ciudades, pueblos y aldeas, y devastaciones no justificadas por las necesidades militares.

Se señalaron transgresiones de las leyes aprobadas en La Haya en 1907, de las leyes y costumbres de la guerra, de los principios generales del derecho criminal y de los códigos penales de diversos países.

Era una fantástica historia de conspiración, agresión y brutalidad que no tenía parangón en la historia... La muerte de más de 10.000.000 de personas de la población civil y prisioneros de guerra; la matanza de 5.700.000 judíos; la gasificación sistemática, palizas, hambre, torturas, experimentos médicos; saqueo en los países conquistados de millones de toneladas de materias primas, equipo industrial y productos agrícolas; prisioneros de guerra enterrados vivos, arrojados a las llamas, muertos a bayonetazos; desplazamiento de millones de ciudadanos en los países ocupados para utilizarlos como mano de obra esclava.

Reproducimos un párrafo típico de este pliego de cargos: «En el campo de Ganow fueron exterminados 200.000 pacíficos ciudadanos. Se emplearon los métodos más refinados y crueles para proceder a esta exterminación, como el destripamiento y la congelación de seres humanos en tinas llenas de agua; los fusilamientos en masa se realizaban con acompañamiento de orquesta, interpretando la música los propios reclusos.»

Para dar más peso a su acusación, el ministerio fiscal presentó gran variedad de documentos ante el tribunal de Nuremberg. Únicamente el ejército de los Estados Unidos envió veinte vagones de material capturado a los alemanes en los últimos días de la guerra. Entre este material y el que fue facilitado por Inglaterra, Francia y Rusia, se seleccionaron finalmente unos 3.000 documentos que se utilizarían como pruebas acusatorias.

El tribunal de Nuremberg permaneció reunido en sesión permanente desde el 20 de noviembre de 1945 al 1.º de octubre de 1946. Durante este largo período el presidente del tribunal dio pruebas de una ecuanimidad ejemplar y de grandes cono-



cimientos jurídicos. Las actas del proceso ocuparon 42 gruesos volúmenes.

El escenario montado en Nuremberg resultaba espantoso y repelente. El mundo entero se sentía impresionado ante aquel desfile continuo de perversión y maldades humanas. Veintiún hombres abatidos, casi todos con semblante ceniciento y ojos abotargados, embrutecidos, más muertos que vivos, se sentaban en dos bancos de la sala donde se celebraba el juicio. Habíase esfumado su arrogancia, habían perdido el tono dominante que habían exhibido en sus tiempos de poder y de gloria en el demente mundo nazi. No brillaban ya las condecoraciones sobre sus rutilantes uniformes. Un día tras otro aquellos hombres empujados y temblorosos tenían que escuchar los repugnantes detalles de crímenes que escapaban a toda comprensión.

Rebecca West, distinguida periodista británica, los describió así:

Hacen constantemente gestos que no son propios de su idiosincrasia, con los que pretenden expresar su inocencia y su ultrajado sentido común, y en los intervalos se levantan para charlar entre ellos, formando pequeños grupos de protesta que, si aparecieran pintados en un mural, permitirían reconocer a los hombres que pretendían salvar al mundo si se les hubiese dejado. Pero cada día que pasa, se muestran más alicaídos. Se les ve cómo van abandonando el campo de la existencia... Con los nervios en tensión, todos elevan esta plegaria: «Que este juicio no termine nunca, que continúe por siempre jamás, indefinidamente.»

La acostumbrada monotonía y aburrimiento del proceso se veía alterada a veces por súbitas conmociones. Un día, Kaltenbrunner se derrumbó víctima de una hemorragia cerebral y estuvo ausente algún tiempo del estrado de los acusados. Hess, que se pasaba casi todas las sesiones del proceso leyendo novelas románticas y riendo por lo bajo, confesó de pronto que había simulado un ataque de amnesia. Cuando entre otras pruebas se presentaron una cabeza humana empujada y pantallas de lámparas hechas con piel humana, los abrumados acusados inclinaron la cabeza flácidamente. Cuando se proyectaron películas acusatorias, Schacht, que se consideraba objeto de una injusticia, se volvió deliberadamente de espaldas a la pantalla. Un periodista que se hallaba presente dijo que el acusado daba la impresión de ser «un cadáver congelado por el *rigor mortis*».

Y así continuó aquel desfile, al parecer interminable, de horrores cometidos en los campos de concentración; un peso abrumador de pruebas, según las propias palabras de los pri-

sioneros. Goering retrocedió al ver aquellas películas. «Es cierto», reconoció, «que los campos de concentración son obra mía. Pero yo lo único que me proponía era reeducar a los prisioneros políticos. De 1934 en adelante, fue Himmler quien dirigió los campos. Yo no tenía la menor idea de que en ellos se cometiesen estas atrocidades.» En el mundo nunca se había celebrado a buen seguro un juicio como aquél.

El tribunal hizo preceder su enumeración de los crímenes de guerra de esta introducción general:

Las pruebas relativas a los crímenes de guerra han sido abrumadoras por su volumen y su detalle. En nuestro fallo nos resulta imposible revisarlas de nuevo adecuadamente o dejar constancia de la masa de pruebas documentales y orales que han sido aducidas. La verdad es que se cometieron crímenes de guerra en gran escala, sin precedentes en la historia de los conflictos armados. Fueron perpetrados en todos los países ocupados por Alemania y en alta mar, y fueron acompañados por todas las circunstancias imaginables de crueldad y horror. No puede haber duda alguna de que en su mayoría fueron consecuencia de la concepción nazi de la «guerra total» que presidió las guerras de agresión. En esta concepción de la «guerra total», las ideas morales sobre las que descansan los acuerdos que tratan de humanizar la guerra, dejan de tener fuerza o validez. Todo se subordina a los omnipotentes dictados de la guerra. Leyes, reglamentos, seguridades y tratados dejan de tener valor; y así, libres de la influencia coercitiva del derecho internacional, los dirigentes nazis realizaron la guerra de agresión por los medios más bárbaros. Por consiguiente, se cometieron crímenes de guerra siempre y cuando el Führer y sus colaboradores íntimos los consideraron convenientes. En su mayor parte, fueron el resultado de un cálculo frío y criminal.

*Tod durch den Strang!* («¡Muerte por la cuerda!»)

La tarde del 1.º de octubre de 1946, once de los acusados escucharon estas fatales palabras por sus auriculares. Fueron éstos: Goering (de 52 años), Von Ribbentrop (de 53 años), Kaltenbrunner (de 43), Rosenberg (de 53), Frank (de 46), Streicher (de 61), Frick (de 69), Sauckel (de 48), Seyss-Inquart (de 54), Keitel (de 63) y Jodl (de 56). Bormann fue también condenado a muerte en rebeldía.

Otros tres acusados fueron declarados culpables y condenados a cadena perpetua: Hess (de 52), Funk (de 56) y Raeder (de 70).

Otros cuatro fueron condenados a diversas penas de cárcel: Doenitz (de 55), a diez años; Von Schirach (de 39), a veinte años; Von Neurath (de 72) a quince años, y Speer (de 40), a veinte años.

Fritzsche (de 46), Von Papen (de 66) y Schacht (de 69),



fueron absueltos. Desde que comenzó el juicio, Schacht estuvo seguro de que no le considerarían culpable. El tribunal declaró, en efecto, que si bien había sido la figura central del programa de rearme alemán, el rearme en sí no era un crimen. Además, el tribunal señaló como circunstancia atenuante que Schacht hubiese participado en el complot para asesinar a Hitler. Los rusos protestaron contra la sentencia absolutoria, arguyendo que Schacht había ayudado activamente a Hitler a hacerse con el poder, que había colaborado íntimamente con él durante más de una década y que había preparado la economía alemana para sostener una guerra de agresión. Pero el «mago de las finanzas» del Tercer Reich quedó en libertad.

De acuerdo con el espíritu que presidió el juicio, los fallos del Tribunal se caracterizaron por su precisión y meticulosidad. Ofrecemos al lector algunos extractos de los mismos:

**GOERING:** Desde el momento en que ingresó en el partido en 1922 y asumió el mando de la organización de lucha en las calles, las S. A., Goering fue el consejero y el agente activo de Hitler y uno de los primeros jefes del movimiento nazi. Como brazo derecho político de Hitler, a él se debe en gran parte el advenimiento de los nacionalsocialistas al poder en 1933, y recibió el encargo de consolidar este poder y ampliar el poderío alemán. Creó la Gestapo y organizó los primeros campos de concentración, cuya dirección confió a Himmler en 1934; aquel mismo año realizó la purga contra Roehm y tramó las oscuras maquinaciones que dieron por resultado la expulsión de Von Blomberg y Von Fritsch del Ejército...

Goering dirigió la *Luftwaffe* durante el ataque a Polonia y todas las siguientes guerras de agresión... El acusado reconoce su complicidad en el empleo de mano de obra esclava...

No existe ninguna circunstancia atenuante... Su culpabilidad adquiere caracteres únicos y monstruosos. No se ha aducido ninguna prueba en su descargo.

**VEREDICTO:** CULPABLE de las cuatro acusaciones.

**SENTENCIA:** Muerte en la horca.

**RIBBENTROP:** Ribbentrop no asistió a la Conferencia de Hossbach celebrada el 5 de noviembre de 1937, pero el 2 de enero de 1938, cuando era embajador en Inglaterra, envió un memorándum a Hitler en el que le manifestaba su opinión de que un cambio en el *statu quo* en el Este, de acuerdo con las conveniencias alemanas, sólo podría efectuarse por la fuerza, y señalaba varios métodos para impedir que Inglaterra y Francia interviniesen en una guerra europea desencadenada para provocar dichos cambios...

Desempeñó una parte importante en la «solución final» que dio Hitler a la cuestión judía. En septiembre de 1942 ordenó a los representantes diplomáticos alemanes acreditados en varios países

satélites que acelerasen la deportación de judíos al Este... Si Ribbentrop sirvió a Hitler con tanta diligencia hasta el fin, ello se debió a que la política y los planes del Führer coincidían totalmente con sus propias ideas.

**VEREDICTO:** CULPABLE de las cuatro acusaciones.

**SENTENCIA:** Muerte en la horca.

**ROSENBERG:** Rosenberg fue considerado como el ideólogo del partido. Desarrolló y difundió las doctrinas nazis en las publicaciones *Völkischer Beobachter* y *N. S. Monatshefte*, que él dirigía, y en los numerosos libros que escribió...

**VEREDICTO:** CULPABLE de las cuatro acusaciones.

**SENTENCIA:** Muerte en la horca.

**HESS:** ...En su calidad de lugarteniente del Führer, Hess era la figura principal del partido nazi y se hallaba investido de autoridad para resolver todas las cuestiones del partido y adoptar decisiones en nombre de Hitler acerca de todo lo tocante a la dirección del partido... Hess se hallaba informado de la agresión alemana contra Austria, Checoslovaquia y Polonia, y participó voluntariamente en ellas...

Cuando efectuó su vuelo a Inglaterra, Hess llevaba consigo ciertas proposiciones de paz que, según alegó, Hitler se hallaba dispuesto a aceptar. Resulta muy significativo observar que este vuelo tuvo lugar tan sólo diez días después de la fecha fijada por Hitler para atacar a la Unión Soviética...

**VEREDICTO:** CULPABLE de las acusaciones 1 y 2.

**SENTENCIA:** Prisión a perpetuidad.

Fueron considerados igualmente culpables los dirigentes del partido nazi, de las S. S., de las S. A. y de la Gestapo.

El 16 de octubre de 1946, a primeras horas de la madrugada y cuando aún faltaba una hora para que encabezase a los demás condenados al patíbulo, Hermann Goering, para burlar la muerte infamante, mordió una cápsula que contenía cianuro potásico. Ribbentrop fue el primero de los diez restantes condenados en ser ahorcado en el tético y desnudo interior de un pequeño gimnasio situado en uno de los patios carcelarios de la prisión municipal de Nuremberg. Estas ejecuciones duraron únicamente una hora y media. En aquel macabro escenario, fueron muriendo sucesivamente aquellos monstruos.

Kingsbury Smith, director general en Europa del *International News Service*, fue elegido por sorteo para representar a la prensa combinada de los Estados Unidos durante las ejecuciones. He aquí un extracto del reportaje donde refiere la espeluznante ejecución de Julius Streicher:

Como ocurrió con todos los condenados, una llamada de advertencia de un guardián, hecha con los nudillos en la puerta, precedió a la entrada de Streicher en el vestíbulo.



Entró primero un teniente coronel norteamericano, enviado a buscar al reo, que se hallaba en la hilera de celdas de los condenados a muerte, situada en un ala de la prisión contigua. Le seguía Streicher, a quien detuvieron inmediatamente dos sargentos norteamericanos apostados a ambos lados de la puerta. Se colocaron a derecha e izquierda del condenado, sujetándole los brazos mientras otro sargento le quitaba las esposas y las reemplazaba por una correa de cuero...

Aquel feo hombrecillo, parecido a un enano, que vestía un traje raído y una camisa azulada, muy usada y abrochada hasta el cuello, pero sin corbata, miró a los tres patibulos de madera que se alzaban amenazadores frente a él.

Dos de los patibulos se utilizaban alternativamente para ejecutar a los condenados y el tercero se guardaba en reserva.

Después de lanzar una rápida mirada a la horca, Streicher miró furtivamente a su alrededor. Su mirada se posó por un momento sobre el pequeño grupo de oficiales norteamericanos, británicos, franceses y rusos que asistían a la ejecución.

Entre tanto, los soldados ataron fuertemente las manos de Streicher a su espalda. Dos guardias, uno a cada lado, lo llevaron a la primera horca, situada a la izquierda de la entrada. Él recorrió con paso firme los dos metros que los separaban del primer peldaños de madera, pero su rostro mostraba un tic nervioso. Cuando los guardias le hicieron detener al pie de la escalera para proceder a su identificación oficial, él lanzó un grito penetrante:

—*Heil Hitler!*...

Cuando el eco del grito se apagó, otro coronel norteamericano, que estaba de pie junto a los peldaños, dijo con aspereza:

—Pregúntele su nombre.

En respuesta a la pregunta del intérprete, Streicher vociferó:

—¡Sabéis muy bien cómo me llamo!

El intérprete repitió la pregunta, y el condenado gritó:

—¡Julius Streicher!

Cuando subió a la plataforma, Streicher dijo con voz estentórea:

—¡Ahora es Dios quien ha de juzgar!

Después de subir los trece escalones que conducían a la plataforma de madera pintada de negro, de 2'40 metros de altura y 2'40 de ancho, Streicher fue empujado, haciéndole dar dos pasos en dirección al punto fatídico, situado bajo el lazo corredizo.

Éste se hallaba suspendido de un anillo de hierro sujeto a una viga horizontal apoyada sobre dos postes. El verdugo, que era un sargento del ejército norteamericano, sostenía la cuerda apoyada en un listón de madera.

Sus guardianes hicieron girar a Streicher para que mirase hacia adelante.

Contempló de nuevo a los oficiales aliados y a los ocho corresponsales que representaban a la prensa mundial, que estaban alineados frente a una pared y ante unas mesitas, vueltos de cara al patíbulo.

Los ojos de Streicher echaban llamaradas de odio. Mirando a los testigos, vociferó:

*Purim Fest, 1946!* (El Purim o Fiesta de Esther es una festividad judía que se celebra en primavera y conmemora la muerte en la horca de Amán, opresor bíblico de los judíos.)

El oficial norteamericano situado junto al patíbulo dijo:

—Pregunte a este hombre si quiere pronunciar unas últimas palabras.

Cuando el intérprete le hubo traducido la pregunta, Streicher gritó:

—Los comunistas te colgarán algún día.

Cuando le ajustaron la caperuza negra sobre la cabeza, pudo oírse que Streicher decía:

—Adela, mi querida esposa.

En aquel momento el escotillón se abrió con un fuerte golpe. La cuerda quedó inmediatamente tensa y el cuerpo se balanceó locamente. Todos pudieron oír con claridad un gemido procedente del oscuro interior del patíbulo, seguido de un estertor ahogado.

Más tarde, Kingsbury Smith refirió que, mientras todos oían cómo Streicher se estaba ahogando, el verdugo desapareció en el oscuro interior del patíbulo. El estertor de Streicher cesó inmediatamente. «Cuando la ejecución hubo terminado», escribió Smith, «yo no estaba de humor para preguntarle qué hizo, pero supongo que se colgó del cuerpo oscilante para tirar de él hacia abajo».

Al día siguiente, 17 de octubre, el *New York Times* comentó en su editorial que los condenados de Nuremberg habían rendido al menos un servicio con su muerte: su ejecución había sido una «terrible advertencia para quienes pensaran imitarles en el futuro, de que la Humanidad ha entrado en una nueva era de moralidad internacional y que las coléricas fuerzas de la Humanidad siempre triunfan al fin sobre los que pretenden ultrajarla».

En diciembre de 1945, el Consejo de Control Aliado estableció tribunales militares en cada una de las zonas de ocupación para juzgar a personajes y organizaciones de menor importancia. El tribunal de los Estados Unidos efectuó doce juicios entre abril de 1947 y abril de 1949. Comparecieron ante el tribunal, altos empleados de la I. G. Farben y la empresa Krupp, médicos, ministros y jefes de los campos de concentración. Entre los 185 encausados, más de la mitad fueron condenados a diversas penas de prisión, y 24 a la horca. Entre los condenados a muerte se hallaban Josef Kramer, la famosa *Bestia de Belsen*, y la rubia Irma Grese, la «reina» del mismo campo de concentración, donde cometieron innumerables atrocidades.



La legalidad de los juicios de Nuremberg y posteriores despertó dudas en muchos juristas del mundo entero. ¿No existían consecuencias *ex post facto* de dichos juicios? ¿Podía aceptarse la validez del tribunal de Nuremberg, teniendo en cuenta que aún no existía un Estado mundial? ¿No fueron sencillamente estos juicios unos actos políticos cometidos por los vencedores contra los vencidos? Algunos de los que manifestaron su disconformidad argüían que al menos una de las potencias representadas en el tribunal debía haberse sentado también en el banquillo de los acusados para responder de los mismos cargos de conspiración, agresión y crímenes contra la Humanidad.

Otros estimaban los juicios como jurídicamente correctos y válidos. Aunque en otras épocas, afirmaban, se habían establecido tribunales especiales investidos de autoridad extraordinaria para juzgar crímenes políticos, ningún tribunal de los citados obtuvo el reconocimiento universal del de Nuremberg. A pesar de todos sus defectos y contradicciones, argüían, pese a todas las cínicas dudas que pudieran justificar la presencia en el tribunal de jueces soviéticos, el juicio de Nuremberg «perdurará como uno de los actos realmente grandes y constructivos de la era que siguió a la gran contienda mundial». Además, agregaban, hay un hecho que se destaca sobre los demás que forman este triste episodio: por primera vez en la historia, la Humanidad no sólo atacó con palabras, sino que supo actuar contra los malvados que maquinaron la guerra y la agresión.

En su recapitulación y veredicto final, el propio tribunal de Nuremberg salió al paso del argumento de *ex post facto* con estas palabras:

En favor de los acusados se ha esgrimido el argumento de que existe un principio fundamental de todo derecho — internacional y consuetudinario — según el cual no puede existir castigo de un crimen sin la existencia previa de una ley. *Nullum crimen sine lege, nulla poena sine lege*. Se arguyó que el castigo *ex post facto* es contrario a las leyes de todas las naciones civilizadas, que ninguna nación soberana había hecho de la guerra de agresión un crimen en el momento en que los pretendidos actos criminales fueron cometidos, que ningún estatuto define lo que es la guerra de agresión, que ninguna pena había sido establecida para la comisión de la misma y que ningún tribunal había sido creado para juzgar y castigar a los transgresores.

En primer lugar, hay que observar que la máxima *nullum crimen sine lege* no representa una limitación de la soberanía, sino que en general se trata de un principio de justicia. Afirmar que es injusto castigar a aquellos que, haciendo caso omiso de tratados y seguridades, atacaron a los Estados vecinos sin advertencia, es evidentemente falso, pues en tales circunstancias el atacan-

te debe saber que obra mal y que, en lugar de ser injusto castigarle, sería injusto dejar pasar su delito sin castigo. Al ocupar la posición que ocupaban en el gobierno de Alemania, los acusados, o al menos algunos de ellos, debían tener conocimiento de los tratados firmados por Alemania y que ponían la guerra fuera de la ley como medio de zanjar las disputas internacionales; debían haber sabido que transgredían todas las leyes internacionales al llevar a cabo sus designios de invasión y agresión, de manera completamente deliberada. Viendo el caso bajo esta luz, está claro que la máxima citada no tiene aplicación a los hechos presentes.

Esta opinión se ve muy reforzada si pasamos revista a la situación del derecho internacional en 1939, en lo que concierne a las guerras de agresión. El Tratado General para la Renuncia de la Guerra del 27 de agosto de 1928, más comúnmente conocido por los nombres de Pacto de París o Pacto Kellogg-Briand, era obligatorio para 63 naciones, entre las que se incluían Alemania, Italia y el Japón, cuando se iniciaron las hostilidades en 1939.

La cuestión es saber cuál era el efecto jurídico de este aspecto. Las naciones signatarias del mismo o que se adhirieron a él incondicionalmente, condenaron la guerra como instrumento de su política futura, y expresamente renunciaron a ella. Tras la firma del pacto, cualquier nación que recurriese a la guerra como instrumento de su política nacional podía considerarse transgresora de aquél. En opinión de este Tribunal, la renuncia solemne a la guerra como instrumento de política nacional, trae necesariamente aparejada la proposición de que dicha guerra es ilegal a la luz del derecho internacional; y que aquellos que planean y desencadenan una guerra de este tipo, con sus inevitables y terribles consecuencias, se hacen reos de un crimen. La guerra para solucionar las controversias internacionales, emprendida como instrumento de la política nacional, comprende ciertamente la guerra de agresión, la cual fue puesta fuera de la ley por las cláusulas del aludido pacto.

Las ejecuciones de los vesánicos criminales juzgados en Nuremberg no pudieron deshacer los males que éstos habían causado ni volver a la vida a uno solo de los millones de seres humanos por ellos asesinados. Estos espantosos hechos continuaban proyectando su trágica sombra sobre el mundo civilizado.

#### AJUSTE FINAL DE CUENTAS CON EL JAPÓN

El Japón también presenció una versión oriental del juicio de Nuremberg. La oligarquía que centró las ansias de dominio mundial, los insaciables militaristas, los dirigentes de las grandes dinastías industriales del Zaibatsu, los Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda, y una legión de japoneses menos conocidos, fueron detenidos y sometidos a juicio acusados de



conspiración, crímenes de guerra y crímenes contra la Humanidad.

El 19 de noviembre de 1945, el general Douglas MacArthur ordenó el arresto de once militaristas japoneses que deberían responder ante el tribunal no sólo de las acciones cometidas durante la guerra sino de otras que se remontaban a la violación de Nankín, el incidente de Mukden y el bombardeo del cañonero norteamericano *Panay*. Entre los detenidos figuraban el barón general Sadao Araki, notorio militarista considerado como el cerebro director de Tojo; Yoshihisa Kuzu, que mandaba a los terroristas del «Dragón Negro»; el marqués Koichi Kido, hombre de confianza del emperador durante la guerra; dos antiguos presidentes del Consejo, el barón Kiichiro Hiranuma y Koki Hirota; el príncipe Morimasa Nashimoto, de 71 años, y varios industriales, banqueros y directores de periódicos.

Dos de los encausados se suicidaron: el barón general Shigeru Honjo, un jefe militar, y el príncipe Fumimaro Konoye, que fue tres veces presidente del Consejo japonés. Antes de morir, Konoye reveló que el emperador Hiro Hito había asistido a importantísimas reuniones de los jefes militares en las que se habían trazado los planes para la guerra en el Pacífico. Asimismo estaba enterado de las intenciones que abrigan los ministros de su gabinete. Pero como, según las normas adoptadas por los Estados Unidos para su política de ocupación, el Emperador tenía que ser conservado en su puesto para ganarse la ayuda pública de los japoneses, Hiro Hito no compareció nunca ante el tribunal.

El caso del general Hideki Tojo, que había sido el principal inductor de la guerra de agresión, y que tenía 61 años, fue seguido con el mayor interés en todo el mundo. Del mismo modo que Hitler y Goebbels se suicidaron en un holocausto de proporciones wagnerianas, también trató Tojo de quitarse la vida por medio del *harakiri*, pero como explicó más tarde, no disponía de ayudante que le cortase la cabeza después del destripamiento ceremonial.

La tarde del 11 de septiembre de 1945, un grupo de oficiales norteamericanos y corresponsales de guerra se presentaron en la residencia del antiguo jefe del gobierno para proceder a su detención. Tojo abrió una gran ventana corredera, atisbó a los americanos y dijo: «Soy Tojo». Cuando el grupo se dirigía a la puerta delantera oyeron un disparo. Después de trasponer varias puertas, encontraron a Tojo en el piso de su estudio, con el pecho bañado en sangre. Se había pegado un tiro con una pistola automática del calibre 32, con el cañón apuntando al pecho. Explicó que no deseaba desfigurarse el rostro porque no deseaba que hubiese la menor duda acerca de su muerte.

Vestía uniforme completo, con seis hileras de condecoraciones en la guerrera. Los visitantes llamaron un médico a toda prisa, pero éste se negó a asistir al político herido, que entonces se encontraba ya bajo los efectos del *shock*. Se le hizo una transfusión de sangre norteamericana y lo llevaron a un hospital de Yokohama, donde los médicos norteamericanos consiguieron salvarle la vida.

Durante su convalecencia, Tojo informó a un periodista japonés: «Estoy apenado por los pueblos de la Gran Asia Oriental. Asumiré toda la responsabilidad. Confío en que sabrán enfrentarse con la situación. La guerra por la Gran Asia Oriental fue una guerra justa, pero al hallarnos sin fuerzas, terminamos por sucumbir. Yo no deseo comparecer ante el vencedor para ser juzgado como vencido. Esto es únicamente cuenta mía. Quise matarme de una vez. Primero pensé en emplear la espada para quitarme la vida, pero acudí al revólver por temor a no conseguir mi propósito y sobrevivir.»

A sus captores, Tojo dijo estas palabras: «Vosotros sois los vencedores y ahora os halláis en disposición de señalar los responsables de la guerra. Pero dentro de quinientos o dentro de mil años, los historiadores acaso tendrán una opinión diferente.»

El 7 de octubre, Tojo fue trasladado al desolado campo de prisioneros de Omoro para esperar el juicio.

En Manila, el 29 de octubre, comenzó el juicio del general Tomoyuki Yamashita, llamado *el Tigre de las Filipinas*. Innúmeros testigos presentaron pruebas acusatorias: Yamashita, lleno de furor, se negó a revocar la orden de «matar a todos los filipinos y destruir todas sus ciudades»; sus hombres se habían lanzado a una desenfrenada orgía de asesinatos, torturas y violaciones; habían rociado con gasolina las cabezas de las mujeres para pegarles fuego; habían encerrado a los prisioneros en patios amurallados, incendiando las entradas y arrojando bombas de mano contra los inermes cautivos; habían vendido los ojos a otros prisioneros para precipitarlos al interior de un pozo, al que después arrojaban bombas de mano; habían clavado sus bayonetas a dos aviadores norteamericanos prisioneros para rociarlos después con gasolina y quemarlos vivos; habían incendiado aldeas enteras.

Yamashita protestó acaloradamente, afirmando que se limitaba a cumplir las órdenes de su superior, el mariscal de campo conde Juichi Terauchi, comandante supremo japonés en el sudoeste del Pacífico. Él nunca había oído hablar de aquellas atrocidades, él nunca ordenó que se cometiesen. «Es la primera vez que oigo hablar de estas cosas», dijo Yamashita en son de queja. «Si mis subordinados cometieron semejantes actos,



lo hicieron en completo desacuerdo con mis ideas. Yo nunca ordené semejantes acciones.»

Su defensa no convenció a nadie. El 7 de diciembre de 1945, aniversario de Pearl Harbor, Yamashita fue declarado culpable de haber autorizado tácitamente la comisión de aquellas atrocidades y condenado a muerte en la horca.

El 22 de diciembre de 1948, Tojo y seis de sus colegas, después de haber sido rechazadas sus apelaciones, subieron los trece peldaños del patíbulo en la silenciosa prisión de Sugamo, en Tokio, para ser ahorcados. El hombre que había regido los destinos del Japón durante la guerra con poder absoluto, que había conducido a su pueblo por la senda del desastre, escribió este poema antes de morir:

*Es el adiós.*

*Hoy parto más allá de las montañas  
al seno de Buda.*

*Soy feliz, pues.*

De acuerdo con las costumbres funerarias japonesas, Tojo envió a su viuda como último recuerdo una serie de prendas personales entre las que figuraban un mechón de cabellos, el extremo cortado de una uña, sus gafas y su dentadura postiza. La reacción de los japoneses ante estas ejecuciones consistió en clamar: *Kinodoku, kinodoku!* (¡Piedad, piedad!)

## CINCO TRATADOS DE PAZ

En 1919, terminada la Gran Guerra, los delegados de las potencias victoriosas acudieron a la conferencia de la paz convocada en Versalles animados de un espíritu de odio y de venganza. La conferencia se convirtió en una riña de gallos. Y de ella surgieron varios acuerdos inestables, que sembraron las semillas de los conflictos futuros. Esta vez todos estaban de acuerdo en que tenía que ser diferente. Los tratados se elaborarían entre las grandes potencias, sin prisas, con todo cuidado y con la mayor meticulosidad.

Pero pronto se vio claramente que la coalición aliada únicamente se había mantenido durante los años de la guerra a causa de los peligros inmediatos y comunes. La armonía se desvaneció a poco de la capitulación del Eje. La intransigencia rusa creó graves dificultades desde el primer momento. Los rusos habían tenido que soportar terribles golpes durante el conflicto, sus efectivos humanos habían sido diezmados y sus ciudades y pueblos entregados a la devastación. Pero los Aliados

occidentales también habían sufrido a causa de la vesania de Hitler. La victoria sobre Alemania se debió a una acción conjunta, pero la obtenida sobre el Japón fue obra principalmente del poderío norteamericano. Los rusos, sin embargo, se portaban como si ambas victorias se debiesen exclusivamente a su propio esfuerzo.

Los dirigentes occidentales, reconociendo la gravedad de los daños sufridos por Rusia, se hallaban dispuestos a ofrecerle su colaboración e incluso a hacerle concesiones muy liberales. Pero según el código político de los Soviets esto era una muestra de debilidad. Ante las mesas de las conferencias internacionales, los rusos se mostraban fríos, duros, inflexibles, implacables, exigiendo cada vez más y empleando todas las armas, desde el sarcasmo y el vituperio a las amenazas.

Habíase esfumado la comunidad de esfuerzo, el deseo de hallar soluciones de compromiso en aras del bien común, incluso las mínimas consideraciones en aras de los principios esenciales del trato honesto. Para las mentes monolíticas del Kremlin, las negociaciones tenían que llevarse totalmente según sus dictados. Por ejemplo, haciendo caso omiso de los acuerdos previos, los rusos iniciaron las negociaciones dando por supuesto que ellos se quedarían en la Europa central y oriental. ¡A partir de este punto, no había base de entendimiento posible!

El Consejo de ministros de Asuntos Exteriores, reunido en Potsdam en julio de 1945, y que representaba a las cuatro principales potencias victoriosas, quedó encargado de redactar los borradores de los tratados de paz con Italia y las pequeñas naciones de la Europa oriental. El Consejo celebró su primera reunión en Londres en septiembre de 1945. El delegado ruso, Vyacheslav Molotov, empezó arrojando una bomba sobre la mesa del Consejo al pedir que la antigua colonia italiana de Libia fuese puesta bajo la tutela soviética. Era evidente que la posibilidad de alcanzar un acuerdo con los desconfiados dirigentes soviéticos sería una empresa tan difícil como lo había sido ganar la guerra.

Los ministros de Asuntos Exteriores volvieron a reunirse en Moscú en diciembre del mismo año. Esta vez se alcanzó un acuerdo, pero sólo en cuestiones de procedimiento. Las tropas de ocupación aliadas abandonarían los países derrotados después de la firma de los tratados respectivos. Pero los rusos insistieron en conservar sus tropas en Rumania y Hungría para salvaguardar sus líneas de comunicación con las tropas soviéticas de ocupación en Austria. La estrategia era evidente incluso para la mente más obtusa: el Kremlin retrasaba la conclusión de un tratado de paz con Austria un año tras otro, para mantener la ficción de una ocupación legal de Rumania y Hungría.



Después, los ministros de Asuntos Exteriores se reunieron en París, donde celebraron dos conferencias entre abril y julio de 1946. Prepararon los borradores de cinco tratados y convocaron una conferencia de todos los países miembros de las Naciones Unidas que habían combatido contra el Eje.

Los delegados de los Cuatro Grandes, que dominaban la conferencia, y de los Diecisiete Pequeños, que sólo tenían poder para recomendar, se reunieron en la Cámara del Senado francés el 29 de julio de 1946. La conferencia se arrastró durante once semanas, mientras los delegados se debatían en un mar de debates tormentosos y desorganizados. Los delegados soviéticos se enzarzaban en interminables disquisiciones acerca de problemas de procedimiento y utilizaban la tribuna para hacer propaganda política principalmente. Los plenipotenciarios de las potencias occidentales se mostraban cada vez más disgustados por aquella inútil pérdida de tiempo. Un observador comentó: «La verdadera paz que ahora necesitamos debe establecerse entre el Este y el Oeste.»

En noviembre de 1946, el Consejo de ministros de Asuntos Exteriores volvió a reunirse, esta vez en Nueva York. Por último se redactaron definitivamente los cinco primeros tratados, con Italia, Rumania, Bulgaria, Hungría y Finlandia. El acto de la signatura, en el que participaron 21 miembros de las Naciones Unidas y delegados de los cinco países derrotados, tuvo lugar el 10 de febrero de 1947 en la Sala del Reloj del Quai d'Orsay, la gran sala del ministerio de Asuntos Exteriores francés. La mesa utilizada para esta ceremonia fue la misma sobre la que estuvo tendido Robespierre, herido, antes de ser guillotinado.

Los cinco países derrotados, con excepción de Bulgaria, sufrieron pérdidas territoriales. Cada nación tuvo que pagar reparaciones calculadas sobre la base del dólar americano de acuerdo con la cotización del dólar oro, vigente en el 1.º de julio de 1946, o sea 35\$ por una onza de oro. Cada uno de dichos países tenía que ser desmilitarizado. Todos tenían que devolver los derechos legales y los bienes arrebatados a los Estados victoriosos, y garantizar «el disfrute de los derechos humanos y las libertades fundamentales» de todos sus ciudadanos, incluyendo las minorías.

El primer tratado que se firmó fue el de Italia. Esta nación perdía todo su imperio africano, renunciaba a todos sus derechos sobre Libia, Eritrea, la Somalia italiana y Abisinia, un área cuya superficie era superior a 2.500.000 km<sup>2</sup>, así como a sus intereses especiales en China. En Europa, cedía a Francia las regiones alpinas del paso del Pequeño San Bernardo, la meseta del monte Cenís y las regiones del monte Thabor, Cha-

berton, Briga y Tenda. Grecia se anexionaba las islas del Dodecaneso, Rodas y Castellorizo, y la nueva república de Albania la isla de Saseno. Yugoslavia recibiría las dos terceras partes de la Venecia oriental y algunas islas del Adriático, pero Trieste, cuya propiedad Yugoslavia también reivindicaba, fue convertido en territorio libre. El sur del Tirol quedaría en poder de Italia, pero la población de habla alemana que allí habitaba gozaría de iguales derechos y de una autonomía parcial.

Las reparaciones que tuvo que pagar Italia ascendieron a la suma de 360.000.000 de dólares, pagaderos con productos o mercancías, en vez de dinero, durante un período de siete años. De esta cantidad, 125.000.000 de dólares correspondían a Yugoslavia, 105.000.000 a Grecia, 100.000.000 a la Unión Soviética, 25.000.000 a Abisinia y 5.000.000 a Albania. Además, Italia tenía que abonar las dos terceras partes del valor total de los bienes aliados destruidos en Italia durante la guerra. El ejército italiano quedaría limitado a unos efectivos de 250.000 hombres, la escuadra a 25.000 y la aviación a otros 25.000 hombres. Las fortificaciones que bordeaban las fronteras francesa y yugoslava y las que defendían las islas de Cerdeña y Sicilia, habrían de ser destruidas.

El tratado con Rumania confirmaba la cesión de la Besarabia y la Bucovina del Norte a la Unión Soviética, y de la Dobrudja meridional a Bulgaria. Rumania recuperaría el territorio de la Transilvania, que Hitler le había obligado a ceder a Hungría en 1940. Estaba obligada a pagar 300.000.000 de dólares en concepto de reparaciones a la Unión Soviética. El ejército rumano quedó limitado a unos efectivos de 120.000 hombres, la armada a 5.000 y la aviación a 8.000.

Bulgaria fue la única de estas cinco naciones que no experimentó pérdidas territoriales. Recibió en cambio la Dobrudja meridional, que antes fuera asignada a Rumania. La suma total que tenía que pagar en concepto de reparaciones ascendía a 70.000.000 de dólares, 45.000.000 de los cuales irían a Grecia y otros 25.000.000 a Yugoslavia, pagaderos en ocho años. El ejército búlgaro fue limitado a 55.000 hombres, la armada a 3.500 y la aviación a 5.200.

Hungría tuvo que devolver a Rumania la parte de Transilvania que Hitler le dio en 1940 y entregar a Checoslovaquia las ciudades eslovacas que había recibido en 1938. En concepto de reparaciones debía abonar 200.000.000 de dólares a la Unión Soviética, 50.000.000 a Yugoslavia y otros 50.000.000 a Checoslovaquia. El ejército húngaro fue reducido a 65.000 hombres y la aviación a 5.200.

El tratado con Finlandia confirmó en sus líneas generales las ganancias territoriales que había conseguido la Unión So-



viética mediante el tratado de Moscú de 1940 y el armisticio de septiembre de 1944. La Unión Soviética ocupaba el istmo de Carelia y el puerto libre de hielos de Pétsamo; además, tenía una concesión de 50 años para establecer una base naval en Porkkala-Udd, al oeste de Helsinki. Los finlandeses se obligaban a pagar a la Unión Soviética 300.000.000 de dólares en concepto de reparaciones y bajo la forma de productos y mercancías, en el plazo de ocho años. Los efectivos del ejército fueron reducidos a 34.400 hombres, las fuerzas navales a 4.500 y la aviación a 3.000.

Así, 21 meses después del día de la victoria en Europa, se firmaba la paz con cinco de las naciones derrotadas. Cuatro de estas cinco naciones elevaron inmediatamente voces de protesta, con la sola abstención de Finlandia.

Los italianos se lanzaron a impulsivas manifestaciones callejeras, reuniéndose ante las legaciones aliadas para insultarlas haciendo pedazos una bandera norteamericana. ¿Esta era la recompensa por el movimiento de resistencia italiano que había actuado durante los últimos meses de la guerra? ¿A qué se debía aquel eterno resentimiento contra Italia? Los periódicos se publicaron con gruesos filetes negros enmarcando sus páginas; las banderas se arriaron a media asta; se pusieron colgaduras negras en los balcones. Y en señal de protesta, se guardaron diez minutos de silencio en el momento de la firma del tratado. Los norteamericanos de ascendencia italiana también se manifestaron contra el tratado.

De nada valieron estas demostraciones. Alguien tenía que pagar por los grandiosos errores de Mussolini y era preferible que lo hiciesen los propios italianos. Había entre ellos un número demasiado elevado que habían apoyado al Duce y todas las brutalidades que éste cometió contra sus súbditos, yugoslavos, árabes y etíopes en los años de triunfo.

## ATASCO EN LAS DOS ALEMANIAS

Se había firmado la paz con las naciones derrotadas menos importantes. ¿Pero qué ocurría con Alemania, la nación clave de la Europa central? Aquí era donde todos tropezaban.

No se hizo ningún progreso a favor del tratado con Alemania durante las primeras reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores. Surgió de nuevo el interminable chalaneo, las disputas con unos interlocutores de semblante pétreo. Cuando los ministros de Asuntos Exteriores se reunieron en Moscú en marzo de 1947, Molotov afirmó de pronto que la Unión Soviética tenía que recibir 10.000.000.000 de dólares en concepto de reparacio-

nes de Alemania, según la cláusula secreta establecida durante la conferencia de Yalta. Exigió que esta suma fuese pagada totalmente en artículos producidos por Alemania. Teniendo en cuenta que los Estados Unidos e Inglaterra ayudaban entonces económicamente en sus respectivas zonas de ocupación de la Alemania occidental, aquello significaría que, en último término, el capital norteamericano y británico se habría transferido a la Unión Soviética a través de la Alemania Occidental. «Las reparaciones efectuadas por artículos actualmente producidos en Alemania», comentó el secretario de Estado George C. Marshall, «es decir, las exportaciones diarias de la producción alemana sin compensación, únicamente serían viables si los países que en la actualidad ayudan a Alemania, en especial los Estados Unidos, estuviesen dispuestos a sufragar los gastos. Según esta fórmula, nosotros invertiríamos dinero y los rusos se llevarían la producción.»

A pesar de los brindis y de los melosos discursos pronunciados en los banquetes, la labor realizada en Moscú fue mínima. Los Aliados occidentales y la Unión Soviética se hallaban más distanciados que nunca. No hubo acuerdo acerca de la cantidad total de las reparaciones, ni tampoco sobre el problema de la reunificación económica de las zonas ocupadas de Alemania, la cuestión de las fronteras definitivas de Alemania por el Este, o el futuro del Ruhr y del Sarre.

En noviembre de 1947, se realizó un nuevo intento en Londres. La partida, después de dos años de iniciada, terminó nuevamente en tablas. Los cuatro hombres se limitaron a dar vueltas y más vueltas al mismo asunto sin llegar a resolverlo. Un nuevo intento efectuado en diciembre dio los mismo desalentadores resultados. Los rusos utilizaron la conferencia para denunciar a las potencias occidentales, acusándolas de los pecados que la Unión Soviética había cometido. «Muy a pesar mío», manifestó el secretario de Estado Marshall, «me veo obligado a reconocer que será completamente inútil continuar discutiendo los demás asuntos que figuran en nuestra agenda». Entonces propuso un aplazamiento de la conferencia. No se fijó nueva fecha ni lugar para seguir ocupándose de Alemania.

La cuestión del tratado con Alemania se esfumó bajo los apremios de la guerra fría, que no tardó en iniciarse.

## EL TRATADO CON AUSTRIA

Inmediatamente después de terminada la guerra, Austria fue dividida en cuatro zonas de ocupación. Viena, como Berlín, fue también dividida en cuatro sectores. Las potencias ocupan-



tes (los Estados Unidos, la Unión Soviética, Inglaterra y Francia) ejercían su control a través del Consejo de Aliados para Austria.

En su zona de ocupación, las autoridades soviéticas se apresuraron a requisar fábricas, maquinaria agrícola, ganado e incluso alimentos y ropas. Ejerciendo una acción unilateral, se apoderaron de los antiguos bienes alemanes en Austria, como refinerías de petróleo y transportes fluviales, a pretexto de que los bienes alemanes radicados en Austria se hallaban sujetos a reparaciones.

Al propio tiempo que esto sucedía, la situación se veía complicada aún más por interminables discusiones y tercias negativas rusas para avenirse a razones. En una serie de conferencias, el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores no consiguió redactar un borrador para el tratado de paz con Austria, acordándose únicamente la cesión a Italia del sur del Tirol.

El tratado de paz con Austria se firmó por último diez años después de la terminación de la guerra. El 5 de mayo de 1955, las cuatro potencias ocupantes firmaron un acuerdo en virtud del cual se otorgaba la independencia a Austria. Las condiciones soviéticas eran muy duras. Como precio por su consentimiento, el Kremlin exigía la entrega de 10.000.000 de toneladas de petróleo en un plazo de 10 años y 150.000.000 de dólares pagaderos en mercancías en un periodo de seis años.

Austria había conseguido finalmente liberarse de sus liberadores.

## EL TRATADO DE PAZ CON EL JAPÓN

A fin de preservar nuestra seguridad nacional y acelerar el fin de la guerra, la Unión Soviética declaró la guerra a los japoneses. El 2 de septiembre de 1945, bajo los terribles golpes que le fueron asestados por el Ejército soviético, el Japón admitió su derrota y depuso las armas.

Esta explicación está tomada de un libro de texto ruso para alumnos de tercer grado. En las negociaciones para firmar la paz con el Japón, los delegados rusos actuaron precisamente como si este pasaje fuese el evangelio leninista. Poco debe extrañar pues que la paz con el Japón se demorase siete años. Los rusos presentaban objeciones a la forma y al fondo de los procedimientos. Los Estados Unidos deseaban convocar una conferencia de los once países miembros de la Comisión del Extremo Oriente, en la cual las decisiones se adoptarían por una mayoría de los dos tercios, sin derecho de veto. Los rusos insistían en una conferencia de los Cuatro Grandes, o sea los

Estados Unidos, la Gran Bretaña, la Unión Soviética y China, cada uno de los cuales dispondría del derecho de veto. Los norteamericanos, que conocían ya muy bien las tácticas soviéticas, esta vez no tragarón el anzuelo. Por último, tras mucho esperar, decidieron obrar por su cuenta, sin la «cooperación» soviética.

Tras unos preparativos que duraron un año, se ultimó el borrador del tratado y 50 naciones fueron invitadas a San Francisco, no para negociar sino para firmar el tratado de paz con el Japón. La Unión Soviética y sus satélites, Polonia y Checoslovaquia, se negaron a firmarlo. La China Nacionalista y la India firmaron sendos tratados separados por los cuales iniciaban oficialmente sus relaciones diplomáticas con el Japón.

El tratado, que entró en vigor el 28 de abril de 1952, puso fin al estado de guerra con el Japón y reconoció su plena soberanía. En él se estipulaba una pronta retirada de las tropas de ocupación. El territorio japonés quedaba limitado a las cuatro islas del archipiélago, pero el tratado no reconocía la ocupación soviética de las islas Kuriles y el sur de Sajalin (o Karafuto). El Japón renunciaba expresamente a todos sus derechos en China. No se imponían restricciones sobre sus instituciones políticas o su economía, pero el Japón aceptaba las obligaciones contenidas en la Carta de las Naciones Unidas de «evitar acudir a las amenazas o el empleo de la fuerza en sus relaciones internacionales». El asunto de las reparaciones tenía que resolverse por separado con las potencias vencedoras. Tokio manifestó que aceptaba el veredicto de los tribunales aliados en los juicios celebrados contra los criminales de guerra.

Los Estados Unidos y el Japón firmaron al propio tiempo un pacto de seguridad según el cual la primera de ambas potencias mantendría fuerzas armadas en el Japón para disuadir a la China Roja o a la U. R. S. S. de un ataque armado. Este pacto finalizaría cuando ambas naciones signatarias acordasen que la paz y la seguridad internacionales podían mantenerse en las islas sin ayuda exterior.

El presidente del Consejo, Shigeru Yoshida, dio oficialmente las gracias a los Aliados por aquella «paz magnánima, sin precedentes en la historia», que permitía a los japoneses avanzar por el amplio sendero de la paz y la democracia. El presidente Harry S. Truman observó que «la sinceridad y formalidad japonesas habían conquistado el respeto de todo el mundo». El Kremlin manifestó su disconformidad.

Mientras tanto, toda la estructura de la sociedad japonesa experimentaba una pacífica revolución bajo el mando de MacArthur. El emperador Hiro Hito conservó su posición como cabeza visible de un pueblo que avanzaba a pasos agigantados



por el camino de la democracia. El poderío de los militaristas fue triturado, las grandes propiedades divididas, se implantó el reparto de tierras a los campesinos, el taoísmo no fue visto con buenos ojos y la educación se reformó según principios democráticos.

«El Japón de hoy», dijo Yoshida, «no es una prolongación del Japón de ayer. No defraudaremos las esperanzas que ven en nosotros una nación nueva, dedicada a la paz, la democracia y la libertad».

### AUTOPSIAS, APOLOGIAS Y LADRILLAZOS

Apenas habían callado los cañones cuando empezó a surgir la riada de libros encomiásticos, adulatorios o críticos, escritos por los dirigentes que participaron en la segunda Guerra Mundial, o acerca de los mismos.

El tenor de estas obras era desigual, e iba desde el tono comedido empleado por Winston Churchill y la modestia de Dwight D. Eisenhower al tono pomposo de Montgomery, vizconde de El Alamein, que hablaba como un oráculo de infalibilidad marcial. Grandes y pequeños fueron objeto de ataques, acusándoles de cometer errores de estrategia y de juicio. Había relatos para todos los gustos, desde los que hacían gala de un escepticismo a toda prueba hasta los que se enarzaban en críticas de poca monta. Cualquier estrategia de café sabía exactamente la táctica que se hubiera debido emplear para triunfar en esta situación o en aquella.

De la Alemania derrotada surgió un torrente de libros de memorias escritos por personas que trataban de sincerarse. Casi sin excepción, los autores de estas obras defendían la tesis de que ellos eran «buenos alemanes», víctimas de una parálisis política, y que, en lugar de esforzarse por huir de aquel peligroso escenario, trataron de contribuir a alcanzar una paz justa.

En su libro *Moscú, Tokio, Berlín* (1949), el diplomático Herberg von Dirksen reconoció: «Por aquel tiempo no comprendía que resultase honorable negarse a servir al régimen de Hitler.» El funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores, Erich Kordt, en su obra *Nicht aus den Akten* («No de los documentos»), ofreció una notable imagen testimonial de los caprichosos personajes que formaban la camarilla de Hitler, así como un fantástico relato de las maldades nazis. En sus *Memoirs* (1951), el barón Ernst von Weizsäcker, que ocupaba numerosos cargos y prebendas bajo el régimen nazi, reveló que para él era de una claridad meridiana que Hitler y su insoponible lacayo y adulón Joachim von Ribbentrop, se hallaban de-

terminados a hacer la guerra en 1939. En su libro *Intérprete de Hitler* (1951), Paul Schmidt describió a su jefe como un hombre de expresión ausente y preocupada, pálido de insomnio que, sin la menor advertencia previa, montaba en arrebatos de cólera. «Hitler tenía una extraordinaria capacidad para engañarse a sí mismo.»

De manera parecida, los generales de Hitler, entre los que citaremos a Hasso von Manteuffel, Guenther Blumentritt, Fritz Bayerlein, Werner Kreipe y Kurt Zeitzler, denunciaron al Führer, presentándolo como incompetente y chapucero en las cuestiones militares. Rivalizaban entre ellos para colmar de oprobio y desprecio al hombre cuyo cadáver yacía entre las ruinas de Berlín. La cantinela era siempre la misma: los militares profesionales eran maestros infalibles en el arte de la guerra, pero fueron derrotados a causa de la estúpida intromisión de Hitler en cuestiones en las que no entendía palabra. Eran impotentes ante Hitler, quien sólo se fiaba de sus disparatadas intuiciones. Pero en lugar de rechazar de plano toda participación en los crímenes hitlerianos, casi todos ellos siguieron un camino tortuoso y procuraron conservar sus puestos.

Los victoriosos aliados tampoco se libraron de aquel sarampión de libros acusatorios o condenatorios. Ejemplo típico de ello fue el *Informe Wedemeyer* (1958) escrito por el general Albert C. Wedemeyer, quien en 1944 fue enviado para reemplazar al general Stilwell como comandante de las fuerzas norteamericanas en el teatro de la guerra china. Wedemeyer atacaba indistintamente a Roosevelt y a Churchill. A causa del apoyo que éstos prestaron a Stalin, afirmaba en tono acusatorio, y de la dureza con que trataron a Alemania y pidieron que ésta fuese borrada del mapa, ambos eran los responsables de «haber arrancado la derrota de las fauces de la victoria». Además, añadió, ambos eran culpables de haber permitido que los rusos penetrasen profundamente en la Europa central.

Roosevelt, afirmaba Wedemeyer, se hallaba poseído por una «imaginación febril» y sentía «una cínica despreocupación por la voluntad del pueblo». «Roosevelt nos arrastró a la guerra a causa de sus acciones contra Alemania, que distaban mucho de ser neutrales, y del ultimátum final al Japón.» Cuando en 1941 el presidente norteamericano lanzó su advertencia sobre las intenciones que abrigaba Hitler contra el continente americano, tal acción, en opinión de Wedemeyer, sólo podía tildarse como una «estrategia del miedo y del fraude». Además, la exigencia con que Roosevelt pidió la incondicional rendición de Alemania no hizo más que endurecer la resistencia germana y unir todos los elementos del país detrás de Hitler, prolongando así la guerra. «Después de dar muerte a un dragón, nos



hallamos enfrentados con otro mucho más grande y peligroso.»

Wedemeyer se refirió en términos igualmente duros a Churchill: un «seudoestratega», culpable de «locura y dotado de una insensata sed de sangre». Argüía que la estrategia mediterránea de Churchill, la puñalada al bajo vientre de Europa, había costado un año más de guerra, así como la pérdida de una gran parte del continente europeo.

Los ataques de Wedemeyer no fueron los únicos ni mucho menos. Una nueva campaña revisionista comenzó en 1948 con la publicación de la obra de Charles A. Beard, *El presidente Roosevelt y el advenimiento de la guerra*. Éste acusaba a Roosevelt de ser el verdadero instigador de la guerra con el Japón. Los revisionistas acusaban al presidente norteamericano de haberse propuesto participar en el conflicto desde el principio y de declarar que había emprendido de manera fría y calculadora la doble tarea de instigar a los japoneses para que atacasen a los Estados Unidos y de preparar, al propio tiempo y por medios sutiles, a la opinión pública norteamericana para la guerra. Según este razonamiento, Pearl Harbor era el resultado de las maquinaciones rooseveltianas.

Los defensores de Roosevelt, entre los que se contaban Robert E. Sherwood, Harry S. Truman y James F. Byrnes, tacharon estas acusaciones de fantásticas y descabelladas.

Que no todo el monte era orégano entre las altas jerarquías aliadas, se puso de manifiesto a través de las candentes memorias publicadas en 1958 por el mariscal Montgomery, vizconde de El Alamein. El quisquilloso general irlandés ponía en entredicho la reputación de los principales jefes aliados y desencadenaba nuevos combates sobre los campos de batalla de la Europa Occidental.

Montgomery elogiaba a Eisenhower como ser humano y amigo bondadoso («la maravillosa humanidad de este hombre... un sujeto honrado a carta cabal... una persona encantadora y digna de afecto»). Pero después condenaba al comandante supremo aliado, tachándolo de jefe militar vacilante, indeciso y versátil, falto de dureza y de capacidad de mando, con una filosofía de la guerra consistente en sacrificar vidas, y una estrategia a base de avances frontales que prolongó innecesariamente la guerra hasta 1945.

«Faltaba dirección», escribió Montgomery. «A decir verdad, nuestras operaciones estaban cada vez más desorganizadas e inconexas y terminamos por meternos en un verdadero atolladero.» Y más adelante: «Ike y yo éramos dos polos opuestos en lo concerniente a la dirección de la guerra. Mi doctrina militar se basaba en hacer perder el equilibrio al enemigo, sin que yo lo perdiese en ningún momento. Yo siempre me proponía

obligar al enemigo a lanzar sus reservas en un amplio frente para perforar así sus defensas; después de haberle obligado a hacer esto, entonces lanzaba mis reservas en un frente estrecho para asestar un golpe terrorífico... La táctica favorita de Eisenhower, según a mí me pareció..., consistía en lanzar todas sus tropas al ataque al propio tiempo.»

Así, en opinión de Montgomery, Eisenhower no era un gran soldado. El mariscal británico citó la descripción de Eisenhower, hecha por el teniente general Walter Bendell Smith: «Era como el entrenador de un equipo de fútbol: corría constantemente por el campo, animando a todos sus hombres para que siguiesen jugando.»

Las diferencias que separaban a ambos jefes se basaban principalmente en dos puntos principales. Uno de ellos era la organización del mando: Montgomery deseaba que hubiese un solo comandante de las fuerzas de tierra... y que éste fuese él mismo. La otra diferencia que los separaba era la concepción estratégica de Eisenhower, que consistía en hacer avanzar por un amplio frente; los ingleses hacia el Ruhr y los americanos hacia el Sarre. Esto se oponía a la idea favorita de Montgomery: una poderosa punta de lanza que se clavaría hasta el corazón de Alemania.

La guerra hubiera podido terminar, según Montgomery, después de la caída de París. «Pero lo que entonces se necesitaban eran decisiones rápidas y, sobre todo, un plan... Yo tenía un plan dispuesto.» Este plan consistía en una ofensiva relámpago a cargo de 40 divisiones bajo su mando, que atravesaría los Países Bajos desde las regiones costeras hasta el Ruhr y Berlín. Montgomery se presentó ante el general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor conjunto, con quejas acerca de Eisenhower y también de dos de sus generales subordinados, Bradley y Patton. «Marshall me escuchó, pero apenas pronunció palabra. Era evidente que estaba totalmente en desacuerdo conmigo.»

La tesis de Montgomery encontró un inesperado apoyo en el interior de la Alemania derrotada cuando el general Guenther Blumentritt, jefe de Estado Mayor de los ejércitos alemanes del Oeste, comentó: «Estoy absolutamente convencido de que la guerra habría estado terminada en la Navidad de 1944, que se hubieran ahorrado muchas vidas aliadas y que los Aliados hubieran llegado a Berlín antes que los rusos, si el plan de Montgomery se hubiese llevado a efecto.»

Estas acusaciones eran graves. Eisenhower se mostró muy dolido por la acusación de que su estrategia había costado muchas vidas humanas. De todos modos, no quiso meterse en agrias polémicas... No era hombre para eso. Poco después de



la publicación de las memorias de Montgomery, el presidente Eisenhower se expresó en los siguientes términos en una conferencia de prensa: «Ganamos la guerra en once meses a contar del día en que desembarcamos, y entonces nadie me predijo, antes de tomar aquella decisión, que la guerra terminaría antes de dos años. A decir verdad, Winston Churchill me dijo que si estábamos en París y tomábamos la capital francesa en Navidad, él se vería obligado a reconocer que era la mayor operación militar de todos los tiempos. Creo que he sido objeto de críticas por parte de todos los que son capaces de escribir un libro, y seguiré siéndolo en el futuro.»

En su *Cruzada en Europa* (1948), Eisenhower ya se había referido a sus diferencias con Montgomery, tanto en cuestiones de mando como de estrategia:

(Sobre el mando:) [En agosto de 1944] Montgomery me propuso de repente que le concediese el mando de coordinación táctica de todas las fuerzas de tierra durante toda la duración de la campaña... La proposición era fantástica... El único resultado de semejante plan hubiera sido colocar a Montgomery en una situación que le hubiera permitido utilizar a su antojo y en apoyo de sus propias ideas los efectivos de todo el mando.

(Sobre la estrategia:) Yo sabía que una lanzada al corazón de Alemania como la que él proponía, sólo terminaría en desastre... No quise tomarla en consideración... El general Montgomery sólo conocía la situación de su propio sector... No comprendía la situación caótica que se hubiera creado en todo el resto de nuestro gran frente cuando él, habiendo llegado al límite de su penetración, se viese obligado a detenerse o retirarse.

Estas fricciones angloamericanas eran debidas en parte a la creencia norteamericana de que los ingleses no eran lo bastante agresivos. «Pedí repetidamente a Montgomery», escribió Eisenhower, «que imprimiese más celeridad a sus fuerzas e intensificase sus esfuerzos hasta el máximo».

El teniente general Omar N. Bradley, comentando en sus memorias los problemas que presentaba el cierre de la trampa de Argentan-Falaise, abundó en este parecer:

[El plan era el siguiente:] mientras las fuerzas norteamericanas avanzaban desde el Sur, Montgomery avanzaría desde el Norte a través de Falaise para dividir las fuerzas enemigas... Mientras esperábamos pacientemente a Montgomery en Argentan, el enemigo reforzó la brecha (de Falaise)... Pero en lugar de redoblar su empuje para cerrar aquella brecha, Montgomery desvió el grueso de sus fuerzas hacia la bolsa situada más hacia el Oeste... Debo reconocer que si la táctica de Monty me dejó perplejo, a Eisenhower le dejó consternado.

El teniente general George S. Patton, aún más sorprendido, tuvo que contemplar impotente cómo el enemigo escapaba de la trampa. Cuando se reunió con Bradley en Argentan, Patton echaba espumarajos de cólera: «¡Dejadme ir a Falaise, y echaremos de nuevo a los ingleses al mar, en otro Dunquerque!»

Estas eran las fraternales querellas que dividían a los grandes jefes aliados.

Montgomery se enfureció al saber que Eisenhower se había quejado a Churchill de que los ingleses no mostraban mucho espíritu ofensivo, insinuando que dejaban a los norteamericanos que les sacasen las castañas del fuego. «Precisamente cuando ya se vislumbraba la victoria final», escribió Montgomery, «circuló entre las fuerzas británicas el rumor de que el comandante supremo se había quejado de que nosotros rehuíamos la parte que nos correspondía en la lucha. No creo que aquel hombre bueno y generoso, que hoy es uno de mis mejores amigos, tuviese la menor idea de la que había armado. A partir de entonces, siempre hubo "cosas" entre los soldados ingleses y americanos.»

Esta batalla póstuma se centró principalmente en la personalidad de Montgomery. Bajo el austero exterior, casi eclesiástico, del vencedor de El Alamein, se oculta una egolatría sin límites, una confianza en sí mismo que raya en lo sublime, una jactancia de proporciones desmesuradas. Incluso el propio Churchill consideraba a Montgomery «indomable en la derrota, invencible en la retirada, insoportable en la victoria».

¿Qué había en realidad detrás de todos aquellos dimes y dires? Lo más probable es que a Montgomery le disgustase verse obligado a permanecer a las órdenes de un comandante supremo al que consideraba inferior a sí mismo, tanto en capacidad como en experiencia. Para aquel hombre tan sensible, esto era demasiado. Sin embargo, parece fuera de toda duda que si le hubiesen permitido asestar su «lanzada» al corazón del Reich, le hubieran dado un escarmiento mucho peor que el que recibió en Arnheim.

En noviembre de 1959, Montgomery se vio reforzado en sus intentos de menoscabar la figura del general Eisenhower, tarea que se había puesto de moda en la postguerra, por el mariscal vizconde Alanbrooke, jefe del Estado Mayor Imperial británico durante casi toda la guerra. En la obra de Arthur Bryant, *Triunfo en el Oeste* (1959), el segundo volumen, basado en los diarios de lord Alanbrooke (antes Alan Brooke), describía a su antiguo camarada como «una personalidad encantadora... pero no como un verdadero comandante». Según la versión de los hechos que ofrece Alanbrooke, cuando era inminente la batalla del Saliente, existía «una situación muy poco satisfactoria en Francia, pues



nadie dirigía las acciones de tierra. Aunque esta misión correspondía a Eisenhower, según opinión general, éste se encontraba en el campo de golf de Reims... completamente abstraído y sin participar en absoluto en la dirección de la guerra». Alanbrooke vuelve de nuevo al tema de que la deficiente dirección americana prolongó el conflicto: «La principal impresión que saqué fue la de que Eisenhower no era un verdadero director de los planes, dotado de pensamiento propio, energía o espíritu de mando. No era más que un coordinador, un buen preparador, un campeón de la cooperación interaliada.»

Eisenhower se encerró en un digno silencio, pero James Haggerty, secretario de prensa de la Casa Blanca, negó que en aquella ocasión su jefe hubiese estado jugando al golf. En medio de la tempestad de imprecaciones que se levantó, un lector cuidadoso hizo esta observación: cuando iba a empezar la batalla del Saliente, no era Eisenhower sino Montgomery quien estaba jugando al golf. En la página 307 de sus memorias, en efecto, Montgomery decía textualmente: «La mañana del 16 de diciembre (de 1944)... yo decidí... jugar un poco al golf... Pero nuestro juego fue pronto interrumpido por un mensaje en el que nos comunicaban que los alemanes habían iniciado una tremenda ofensiva aquella mañana.»

Alanbrooke se apresuró a retirar su afirmación de que Eisenhower había estado jugando al golf, dando a entender que se trataba de una simple metáfora. Pero la acusación no dejó de producir su efecto entre los que no dejaban de conocer que el presidente Eisenhower era muy acusado por sus adversarios políticos de dedicar demasiado tiempo al golf.

Todo ello no pasó de ser una tempestad en un vaso de agua, pero dejó mal sabor de boca a muchos. El general Carl Spaatz, que durante la guerra fue jefe de la flota de bombardeo estratégico de los Estados Unidos, afirmó que para él era un misterio cómo los Aliados habían podido ganar la segunda Guerra Mundial a pesar de hallarse trabados por los generales americanos. «¿Es posible», se preguntó, «que la guerra se ganase gracias a una sucesión de errores estratégicos o tácticos cometidos por Churchill, Marshall y Eisenhower, y que se hubiese podido perder si se hubiesen aplicado los magníficos planes que actualmente nos revelan Montgomery y Alanbrooke?»

Un observador hizo esta pregunta definitiva: «¿Por qué no se retiran los viejos soldados, en lugar de dedicarse a criticar a sus antiguos compañeros de armas?»

## MIRANDO AL PASADO Y AL PORVENIR

A principios del siglo xx, todo parecía indicar que se estaba formando una sociedad sólida y honorable en todo el mundo. Se efectuaban progresos fenomenales en la ciencia, la industria y las comunicaciones. Todos los hombres de buena voluntad confiaban en que, por fin, los seres humanos rechazarían el culto de la fuerza como totalmente inadecuado para una sociedad civilizada.

Henry Adams había predicho que en 1938 (exactamente a los cien años de su nacimiento) el mundo empezaría a estar civilizado. Otros también creían que la guerra, reliquia de los tiempos bárbaros, ocuparía el lugar que le correspondía: entre los caníbales.

Sin embargo, por dos veces durante la primera mitad del siglo xx, se produjeron grandes guerras, causantes de ruinas y desórdenes. En 1914, las luchas nacionalistas, el choque de las ambiciones imperialistas, las rivalidades comerciales y el militarismo provocaron una conflagración mundial. Alemania fracasó en su primer intento por «hallar un lugar bajo el sol». Los trágicos resultados de la guerra se tradujeron en grandes pérdidas humanas y materiales, el hundimiento de la economía mundial y un residuo de odios irreconciliables. La crisis económica fue seguida por la aparición de los movimientos totalitarios: el comunismo en Rusia, el fascismo en Italia y el nacionalismo en Alemania. Las ideas e instituciones democráticas tuvieron que luchar por su propia existencia.

De la guerra de 1914-1918 surgió una nueva Europa de acentuadas nacionalidades. Los Estados nacionales confiaban cada vez más en su propio poder y en el que les aportaban las alianzas militares. Las rivalidades existentes entre las naciones se fueron ahondando.

En 1939, la insana ambición de Hitler, que pretendía hacerse dueño del mundo, fue la causa inmediata que sumió a los países de la Tierra en otra guerra de exterminio. Muchas de las causas generales que motivaron la Gran Guerra fueron las que originaron el nuevo conflicto.

Hitler y las potencias del Eje fueron aplastados.

Pero la paz inquieta que siguió acarreó nuevos problemas. Esta vez las pérdidas humanas y materiales habían sido incalculablemente mayores que en la guerra anterior. Vencedores y vencidos se enfrentaban de nuevo con una secuela de abrumadoras tareas. Había que convertir las espadas en arados; reedificar las ciudades; restablecer las comunicaciones y la vida co-



mercial; terminar con el hambre, la miseria y las enfermedades. Los ingresos procedentes de las exportaciones disminuyeron al mínimo y los capitales se utilizaron para pagar el material de guerra imprescindible. Cuando las hostilidades terminaron, las reservas en oro y en divisas de muchas naciones se habían esfumado. Y lo peor de todo era el problema psicológico consistente en vencer el cansancio, la inercia y la cínica indiferencia.

Se restableció la soberanía del Estado nacional. La fuerza disgregadora del nacionalismo, en lugar de quedar debilitada por el conflicto, resurgió con mayor fuerza, extendiéndose al África y al Cercano y Extremo Oriente. Se incrementaron la xenofobia, el odio contra los extranjeros y el temor que éstos inspiraban.

Fundamentalmente, este fenómeno no era nuevo. En uno de sus *Diálogos*, Platón refiere la historia de un visitante que llegó a Atenas procedente de una de las colonias griegas de la Magna Grecia (sur de Italia), el cual se quejó acerca de la inclinación helénica a dividir todos los habitantes del mundo en dos clases, a saber: griegos y bárbaros. El disgustado visitante hizo entonces este sarcástico comentario: «Algún ser prudente y sabio, como se dice que son las grullas, podría en imitación de vuestro proceder hacer una división similar, separando a las grullas de todos los restantes animales, a fin de enaltecerse, e incluyendo a todos los demás, sin olvidar al hombre, bajo el común apelativo de brutos.»

Esta misma clasificación arbitraria e irracional, que chocaba con la realidad de las cosas, fue aplicada a la humanidad en su conjunto por los nacionalistas a ultranza. El fenómeno es comprensible; el hombre siente un apego natural por su patria, a la que desea defender contra todos los peligros. Este afecto se extiende a la nación — ampliación de la familia y de la tribu — porque ésta parece prometerle salvación y seguridad.

Pero esto encierra un peligro: el ultranacionalismo, de tendencias belicosas y agresivas.

¿Y qué nos reserva el futuro?

Como de costumbre, hay una divergencia fundamental de opiniones. Mientras unos opinan que nos precipitamos sin remedio hacia el caos, otros enarbolan firmemente la bandera del progreso humano.

Los pesimistas nos ponen en guardia contra el monstruo de la técnica, creado por el hombre y que puede llegar a destruir la humanidad. Los signos son claros. La bomba lanzada en 1945 sobre Hiroshima, tenía el poder explosivo de 20.000 toneladas de TNT. La bomba más perfeccionada creada en 1948, equivalía a 120.000 toneladas de TNT, pero ésta fue seguida en

1952 por otra equivalente a 3.000.000 de toneladas, que abrió en el mar un cráter de kilómetro y medio de anchura. En 1954 se probó una bomba de un poder equivalente a 20.000.000 de toneladas de TNT. Los indígenas de las islas Marshall, que fueron evacuados a varios cientos de millas del lugar de la explosión, y unos pescadores japoneses que se hallaban a gran distancia, se vieron afectados por los efectos de la lluvia radiactiva.

Este es el camino del futuro, aseguran los pesimistas. Hasta que un loco o un grupo de monstruos desencadenen la explosión que acabe con la vida en este planeta.

Contrastando con estas voces agoreras, otros señalan la tremenda recuperación realizada por la humanidad después de la segunda Guerra Mundial. Se ha producido una expansión rapidísima en el terreno económico, en el número de nacimientos y en la técnica. Los optimistas señalan también los primeros balbuceos de un gobierno mundial, los primeros pasos en firme de la soberanía nacional a la soberanía mundial, representados primero por la Sociedad de Naciones y después por la Organización de las Naciones Unidas. Hay que confiar, afirman, en que el antiguo concepto del nacionalismo integral dará paso al del nacionalismo cultural. Se incrementarán la tolerancia y la comprensión entre todas las naciones, y todos los pueblos del mundo acabarán por comprender la necesidad de posponer sus sentimientos egoístas a los intereses comunes de la humanidad.

«Grandes sectores de la humanidad», escribe Hans Kohn, «parecen impacientarse al tener que someterse a la dura disciplina del pensamiento individual, y se muestran deseosos de integrarse en la masa, de sentir la camaradería de la masa, a fin de vencer la soledad y el temor que les produce la creciente complejidad de la situación humana... El hombre del siglo xx no es tan confiado como su antecesor del siglo xix. En el curso de su vida ha visto en acción los negros poderes de la historia. Cosas que ya parecían pertenecer al pasado han reaparecido: una fe fanática, caudillos infalibles, la esclavitud y las matanzas, el éxodo de poblaciones enteras, la crueldad y la barbarie. Pero contra lo que esperaban los totalitarios, la civilización occidental de mediados del siglo xx ha demostrado su capacidad de resistencia ante las ideologías más fanáticas.»

Todos cuantos aún creen en el progreso humano, abrigan la esperanza de que, a pesar del temor y la inseguridad del presente, habrá un mañana mejor. Es posible, afirman, que una nueva era de civilización se inicie una vez superada la etapa del nacionalismo xenófobo. La intensa fe del hombre en la libertad podrá sobrevivir a los sinsabores del presente.



En palabras de Winston Churchill: «Es muy posible que el vivo sentido de la fraternidad universal y la luminosa esperanza en el futuro despierte en la humanidad aquellas cualidades que le permitan sobrevivir, pese a los terribles medios destructivos que han caído en sus manos aún inexpertas.»

## APENDICES



## APÉNDICE A

### BIBLIOGRAFIA

- Alsop, J. y Kintner, R., *American White Paper* (1940).  
 Arnold, H. H., *Global Mission* (1949).  
 Baldwin, H. W., *Great Mistakes of the War* (1950).  
 Bekker, C. D., *Defeat at Sea: The Struggle and Eventual Destruction of the German Navy, 1939-1945* (1955).  
 Bolitho, H., *Combat Report: The Story of a Fighter Pilot* (1943).  
 Bor-Komorowski, T., *The Secret Army* (1951).  
 Bradley, O. N., *A Soldier's Story* (1951).  
 Brereton Diaries: *The War in the Air in the Pacific, Middle East, and Europe, 3 Oct. 1941-8 May 1945* (1946).  
 Bryan, J., *Aircraft Carrier* (1954).  
 Bullock, A. C. L., *Hitler: A Study in Tyranny* (1952).  
 Busch, H., *U-Boats at War* (1955).  
 Butcher, H. C., *My Three Years with Eisenhower, 1942-1945* (1946).  
 Byrnes, J. F., *Speaking Frankly* (1947).  
 Cant, G., *The Great Pacific Victory: From the Solomons to Tokyo* (1946).  
 Clark, M. W., *Calculated Risk* (1951).  
 Clay, L. D., *Decision in Germany* (1950).  
 Clostermann, P., *The Big Show* (1951).  
 —, *Collected Wartime Messages of Generalissimo Chiang Kai-shek* (2 vols., 1946).  
 Congdon, D., ed., *Combat: European Theatre* (1958).  
 —, *Combat: Pacific Theatre* (1958).  
 Craven, W. F. y Cate, J. L., eds., *The Army Air Forces in World War II* (9 vols., 1948-1949).  
 Churchill, W., *History of the Second World War* (6 vols., 1948-1953).  
 Davies, J. E., *Mission to Moscow* (1941).  
 Davis, F. y Lindley, E. K., *How War Came* (1942).  
 Deane, J. R., *The Strange Alliance: The Story of Our Efforts at Wartime Cooperation with Russia* (1947).  
 De Weerd, H. A., *Great Soldiers of World War II* (1944).  
 Divine, A. D., *Dunkirk* (1945).  
 Doenitz, K., *Memoirs: Ten Years and Twenty Days* (1959).



- Eisenhower, D. D., *Crusade in Europe* (1948).  
 Fitzgibbon, C., *Officers' Plot to Kill Hitler* (1956).  
 Fleming, P., *Operation Sea Lion* (1957).  
 Frank, W. y Rogge, B., *The German Raider Atlantis* (1956).  
 Freiden, S. y Richardson, W., eds., *The Fatal Decisions* (1956).  
 Fuller, J. F. C., *The Second World War, 1939-1945: A Strategic and Tactical History* (1949).  
 Galland, A., *The First and the Last: The Rise and Fall of the German Fighter Forces, 1938-1945* (1954).  
 Gantenbein, J. W., ed., *Documentary Background of World War II, 1931-1941* (1948).  
 Gibson, H. A., ed., *The Ciano Diaries, 1939-1943* (1946).  
 Gilbert, F., *Hitler Directs the War: The Secret Records of His Daily Military Conferences* (1950).  
 Gilbert, G. M., *Nuremberg Diary* (1947).  
 Grew, J. C., *Turbulent Era* (2 vols., 1952).  
 Guderian, H., *Panzer Leader* (1952).  
 Gunther, J., *D-Day* (1944).  
 Halsey, W. F., *Admiral Halsey's Story* (1947).  
 Hall, W. P., *Iron Out of Calvary* (1946).  
 Hambro, C. J., *I Saw It Happen in Norway* (1940).  
 Hassel, U. von, *Von Hassel Diaries, 1938-1944* (1947).  
 Hayes, C. J. H., *Wartime Mission to Spain, 1942-1945* (1945).  
 Henderson, H., *Failure of a Mission* (1940).  
 Hersey, J., *Men on Bataan* (1943).  
 Hinsley, F. H., *Hitler's Strategy* (1951).  
 Ickes, H. L., *The Secret Diary of Harold L. Ickes* (3 vols., 1953-1954).  
 Kato, M., *The Lost War* (1946).  
 Kenney, G. C., *General Kenney Reports* (1949).  
 Kimmel, H. E., *Admiral Kimmel's Story* (1955).  
 King, E. J., *The U.S. Navy at War, 1941-1945* (1946).  
 Kohn, H., *Revolution and Dictatorships: Essays in Contemporary History* (1939).  
 Langer, W. L., *Our Vichy Gamble* (1947).  
 Langsam, W., *Historic Documents of World War II* (1958).  
 Lawson, T. W., *Thirty Seconds over Tokyo* (1943).  
 Lee, A., *The German Air Force* (1946).  
 Lemkin, R., *Axis Rule over Occupied Europe* (1944).  
 Liddel Hart, B. H., *The Rommel Papers* (1953).  
 Lochner, L., ed., *The Goebbels Diaries, 1942-1943* (1948).  
 Manstein, E., *Lost Victories* (1958).  
 Maurois, A., *Why France Fell* (1941).  
 McInnis, E., *The War* (6 vols., 1940-1946).  
*Memoirs of Cordell Hull* (2 vols., 1948).  
 Mendelssohn, P. de, *Design for Aggression: The Inside Story of Hitler's War Plans* (1946).  
 Miller, F. T., *Eisenhower, Man and Soldier* (1944).

- Millis, W., *This is Pearl! The United States and Japan* (1947).  
 — *Why Europe Fights* (1940).  
 Montgomery, B. L., *El Alamein to the River Sangro* (1949).  
 — *Memoirs* (1958).  
 — *Normandy to the Baltic* (1948).  
 Morison, S. E., *History of U.S. Naval Operations in World War II* (14 vols., 1947-1960).  
 — *Strategy and Compromise* (1958).  
*Nazi Conspiracy and Aggression, Official Records of the International Military Tribunal at Nuremberg* (8 vols., 1946).  
 Puleston, W. D., *The Influence of Sea Power in World War II* (1947).  
 Riess, C., *Total Espionage* (1941).  
 Romulo, C. P., *I Saw the Fall of the Philippines* (1942).  
 Ryan, C., *The Longest Day: June 6, 1944* (1959).  
 Schaeffer, H., *U-Boat 977* (1952).  
 Sherwood, R. E., *Roosevelt and Hopkins* (1948).  
 Shirer, W. L., *Berlin Diary, 1934-1941* (1942).  
 Singer, K. D., *Spies and Traitors of World War II* (1945).  
 Smith, H. K., *The Last Train from Berlin* (1942).  
 Speidel, H., *Invasion 1944* (1949).  
 Stettinius, E. R., Jr., *Lend-Lease: Weapon for Victory* (1944).  
 Stilwell, J. W., *The Stilwell Papers*, ed. by T. H. White (1948).  
 Stimson, H. L., *On Active Service in Peace and War, 1940-1945* (1948).  
 Straubel, J. H., ed., *Air Force Diary* (1947).  
 Sykes, C., *Orde Wingate* (1959).  
 Toland, J., *Battle: The Story of the Bulge* (1959).  
 Tolischus, O. D., *Tokyo Record* (1943).  
 Tregaskis, R., *Guadalcanal Story* (1943).  
 Trevor-Roper, H. R., *The Last Days of Hitler* (1947).  
 Truman, H. S., *Years of Decision* (1955).  
 U.S. Congress, *Hearings Before Joint Committee to Investigate the Pearl Harbor Attack* (38 Parts, 1946).  
 U.S. Strategic Bombing Survey (1946 ff.).  
 Wainwright, J. M., *General Wainwright's Story* (1946).  
 Wedemeyer, A. C., *Wedemeyer Reports* (1958).  
 Welles, S., *The Time for Decision* (1944).  
 Werth, A., *Moscow War Diary* (1942).  
 — *The Year of Stalingrad* (1947).  
 Wheeler-Bennett, J. W., *Munich: Prologue to Tragedy* (1948).  
 — *The Nemesis of Power* (1952).  
 White, W. L., *They Were Expendable* (1942).  
 Wilmot, C., *The Struggle for Europe* (1952).  
 Wolff, L., *Low Level Mission* (1957).  
 Young, D., *Rommel* (1951).



Han sido utilizadas muy especialmente las siguientes publicaciones de la Oficina Principal de Historia Militar del Departamento del Ejército.

Cannon, M. H., *Leyte: The Return to the Philippines* (1954).

Cline, R. S., *Washington Command Post* (1951).

Harrison, G. A., *Cross-Channel Attack* (1951).

MacDonal, C. B., y Mathews, S. T., *Three Battles, Arnaville, Aluzzo, and Schmidt* (1952).

Miller, J., Jr., *Guadalcanal: The First Offensive* (1949).

Morton, L., *The Fall of the Philippines* (1953).

## APÉNDICE B

# PRINCIPALES EFEMÉRIDES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

## 1939

1 septiembre	Alemania invade Polonia. Ultimátum franco-británico.
3 septiembre	Declaración de guerra de Inglaterra y Francia.
17 septiembre	Las tropas soviéticas entran en Polonia oriental.
27 septiembre	Rendición de Varsovia.
28 septiembre	Partición de Polonia entre Alemania y Rusia.
30 noviembre	Invasión soviética de Finlandia.
17 diciembre	Hundimiento del <i>Graf Spee</i> en Montevideo.

## 1940

12 marzo	Firma en Moscú de la paz entre la U. R. S. S. y Finlandia.
9 abril	Los nazis invaden Dinamarca y Noruega.
10 mayo	Los nazis invaden Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Chamberlain presenta la dimisión de primer ministro. Churchill jura el cargo.
12 mayo	Los alemanes cruzan la frontera francesa.
15 mayo	Capitulación del ejército holandés.
16 mayo	Las líneas francesas rotas en Sedán.
28 mayo	El rey Leopoldo de Bélgica capitula.
26 mayo - 4 junio	Evacuación de Dunquerque.
10 junio	Italia declara la guerra a Inglaterra y Francia, e invade Francia.



14 junio	Los alemanes entran en el París indefenso.
15-16 junio	Los rusos ocupan Lituania, Letonia y Estonia.
22 junio	Francia y Alemania firman el armisticio en Compiègne.
27 junio	Rumania cede la Besarabia y el norte de la Bucovina a la Unión Soviética.
3 julio	Los ingleses atacan los buques de guerra franceses en Orán.
10 julio	Comienza la Batalla de Inglaterra.
3 septiembre	Cambio de bases y destructores entre EE. UU. e Inglaterra.
	Abdicación del rey Carol de Rumania.
7 septiembre	Comienza el <i>Blitz</i> contra Londres.
16 septiembre	Ley de Servicio Selectivo en EE. UU.
27 septiembre	Pacto Tripartito entre Alemania, Italia y el Japón por diez años, signado en Berlín (Pacto de Berlín).
28 octubre	Invasión italiana de Grecia.
11-12 noviembre	La RAF ataca Tarento.
14-16 noviembre	Incursión aérea alemana contra Coventry.
20-25 noviembre	Hungría, Rumania y Eslovaquia se adhieren al Pacto Tripartito.

## 1941

6 enero	El presidente Roosevelt proclama las Cuatro Libertades.
10 enero	Se presenta al Congreso la Ley de Préstamo y Arriendo.
	Pacto comercial germanosoviético.
1 marzo	Bulgaria se adhiere al Pacto Tripartito.
11 marzo	El presidente de EE. UU. firma la ley de Préstamo y Arriendo.
27 marzo	Revolución en Yugoslavia.
28 marzo	Batalla del cabo Matapán.
30 marzo	Contraofensiva alemana en el Norte de África.
6 abril	Los alemanes invaden Grecia y Yugoslavia.
11 abril	Tratado de neutralidad rusojaponés.
2-31 mayo	Revolución en el Irak sofocada por los ingleses.
10-11 mayo	Vuelo de Rudolf Hess a Escocia.
20 mayo	Invasión alemana de Creta.
27 mayo	Hundimiento del acorazado alemán <i>Bismarck</i> .

1 junio	Los ingleses se retiran de Creta.
8 junio	Los Aliados entran en Siria.
14 junio	Roosevelt congela los fondos del Eje en EE. UU.
18 junio	Alemania y Turquía firman un tratado de amistad.
22 junio	Hitler ataca a la Unión Soviética.
12 julio	Pacto de ayuda mutua entre Inglaterra y la U. R. S. S.
14 agosto	Carta del Atlántico. Encuentro en alta mar de Roosevelt y Churchill. Ambos estadistas se muestran de acuerdo sobre sus objetivos bélicos.
25 agosto	Tropas británicas y rusas penetran en el Irán.
19 septiembre	Los alemanes ocupan Kiev.
11 octubre	El general Hideki Tojo, presidente del Consejo japonés.
18 noviembre	Ofensiva del Octavo Ejército en el desierto líbico.
26 noviembre	Enérgica nota norteamericana al Japón.
28 noviembre	Los rusos reconquistan Rostov.
1 diciembre	Contraataque ruso en Tula.
7 diciembre	El Japón ataca Pearl Harbor, causando grandes daños a la flota norteamericana del Pacífico.
	El Japón declara la guerra a Inglaterra y EE. UU.
8 diciembre	Desembarcos japoneses en Tailandia y Malaca.
	La Gran Bretaña y los EE. UU. declaran la guerra al Japón.
9 diciembre	La aviación japonesa hunde al <i>Prince of Wales</i> y al <i>Repulse</i> frente a la costa de Malaca.
10-11 diciembre	Alemania e Italia declaran la guerra a EE. UU.
	Esta nación declara la guerra a aquéllas.
13 diciembre	Hungría y Bulgaria declaran la guerra a EE. UU.
22 diciembre	Comienza un gran ataque japonés en las Filipinas.
	Primera Conferencia de Washington.
25 diciembre	Churchill en Washington.
	Rendición de Hong Kong.

## 1942

1 enero	Veintiséis naciones firman la Declaración de las Naciones Unidas.
10-11 enero	Los japoneses invaden las Indias Orientales holandesas.
21 enero	Contraofensiva alemana en el Norte de África.



12 febrero	El <i>Scharnhorst</i> , el <i>Gneisenau</i> y el <i>Prinz Eugen</i> escapan de Brest.
15 febrero	Los ingleses se rinden en Singapur.
7 marzo	Evacuación de Rangún.
17 marzo	MacArthur llega a Australia.
9 abril	Las fuerzas norteamericanas de Batán se rinden.
18 abril	Bombardeo de Tokio por aviones del Ejército norteamericano.
4-9 mayo	Batalla del mar de Coral.
26 mayo	Contraofensiva alemana en el Norte de África. Tratado anglosoviético por veinte años firmado en Londres.
30-31 mayo	Primera incursión sobre Polonia de mil bombarderos de la RAF.
4 junio	Batalla de la isla de Midway.
21 junio	Los alemanes toman Tobruk.
25-27 junio	Segunda Conferencia de Washington entre Roosevelt y Churchill.
7 agosto	La Infantería de Marina americana desembarca en Guadalcanal.
12 agosto	Primera Conferencia de Moscú.
19 agosto	Incursión contra Dieppe.
23 octubre	Montgomery ataca en El Alamein.
7-8 noviembre	Desembarco angloamericano en el Norte de África.
11 noviembre	Las tropas alemanas penetran en la Francia no ocupada.
19-22 noviembre	Contraofensiva de Stalingrado.
24 diciembre	Asesinato del almirante Darlan, jefe del Estado en el Norte de África.

## 1943

14-24 enero	Conferencia de Casablanca.
23 enero	El Octavo Ejército entra en Trípoli.
2 febrero	Las fuerzas alemanas se rinden en Stalingrado. Punto decisivo de la guerra en Rusia.
2 marzo	Batalla del mar de Bismarck
11-27 mayo	Tercera Conferencia de Washington entre Roosevelt y Churchill.
12 mayo	Fin de la resistencia organizada del Eje en Túnez.
15 mayo	Disolución en Moscú de la Tercera Internacional (Komintern) (anunciada el 22 de mayo).

18 mayo	Conferencia sobre la Alimentación de las Naciones Unidas en Hot Springs (Virginia).
20 mayo	Desfile de la Victoria en Túnez.
9-10 julio	Desembarco aliado en Sicilia.
19 julio	Bombardeo de Roma.
25 julio	Mussolini es sustituido por Badoglio como presidente del Consejo.
17-24 agosto	Primera Conferencia de Quebec.
28 agosto	Muerte del rey Boris III de Bulgaria. Sucedido por su hijo Simeón II, de seis años.
3 septiembre	Invasión aliada en el Sur de Italia.
8 septiembre	Rendición de Italia.
9 septiembre	Desembarco aliado en Salerno.
10 septiembre	Los alemanes ocupan Roma.
13 octubre	Italia declara la guerra a Alemania.
18 octubre-1 noviembre	Conferencia de Moscú con los ministros de Asuntos Exteriores (Hull, Eden, Molotov).
6 noviembre	Reconquista de Kiev por los rusos.
9 noviembre	Creación de la Administración de Ayuda y Rehabilitación de las Naciones Unidas (U.N.R.R.A.).
22-26 noviembre	Primera Conferencia de El Cairo (Roosevelt, Churchill, Chang Kai-Chek)
28 nov.-1 diciembre	Conferencia de Teherán (Roosevelt, Churchill, Stalin).
4-6 diciembre	Segunda Conferencia de El Cairo (Roosevelt, Churchill, Inonu).
12 diciembre	Alianza checosoviética de ayuda mutua.
26 diciembre	El acorazado nazi <i>Scharnhorst</i> hundido frente al cabo Norte.

## 1944

22 enero	Tropas aliadas desembarcan en Anzio, detrás de las líneas alemanas.
8 marzo	Finlandia rechaza las condiciones de armisticio soviético.
19 marzo	Las tropas alemanas cruzan la frontera húngara.
10 abril	Los rusos reconquistan Odessa.
23 mayo	Ofensiva aliada desde la cabeza de playa de Anzio.
4 junio	Roma capturada por tropas angloamericanas.
6 junio	Día D. Desembarco aliado en Normandía.
13-14 junio	Las primeras bombas volantes caen en Inglaterra.



- 15 junio Primer ataque de superfortalezas sobre el Japón.  
1-15 julio Conferencia Monetaria Internacional en Bretton Woods.
- 3 julio Los rusos reconquistan Minsk.  
20 julio Hitler herido en un atentado.  
27 julio Tropas norteamericanas irrumpen al oeste de Saint-Lô.
- 11 agosto Los norteamericanos completan la conquista de Guam.
- 15 agosto Desembarco aliado en el Sur de Francia.  
21 agosto-29 sept. Conferencia de Dumbarton Oaks, Washington.  
23 agosto Rumania firma el armisticio con Rusia.  
25 agosto Liberación de París.  
3 septiembre Los ingleses liberan Bruselas.  
4 septiembre Cesa la lucha entre rusos y finlandeses.  
5 septiembre La Unión Soviética declara la guerra a Bulgaria.  
8 septiembre Las primeras V-2 caen en Londres.  
9 septiembre Armisticio con Bulgaria.  
10 septiembre Segunda Conferencia de Quebec (Churchill y Roosevelt).  
Firma del armisticio finlandés.
- 17 septiembre Fuerzas aliadas aerotransportadas descienden en territorio de Holanda.
- 9 octubre Tercera Conferencia de Moscú (Churchill, Eden, Stalin).
- 14 octubre Los Aliados entran en Atenas.  
20 octubre Los rusos y yugoslavos ocupan Belgrado.  
Fuerzas norteamericanas desembarcan en Filipinas.  
21-22 octubre Batalla del golfo de Leyte.  
12 noviembre Aviones británicos hunden en el fiordo de Tromsø al acorazado *Tirpitz*.  
16 diciembre Los alemanes inician una contraofensiva. Batalla del Saliente.

## 1945

- 9 enero MacArthur desembarca al frente de sus tropas en la isla de Luzón.  
11 enero Los rusos toman Varsovia.  
20 enero Se firma un armisticio entre el gobierno provisional de Hungría y las Naciones Unidas.  
27 enero Ocupación de Memel por los rusos.  
31 enero Churchill y Roosevelt se reúnen en Malta.  
3 febrero Las tropas norteamericanas entran en Manila.

- 4-12 febrero Conferencia de Yalta (Roosevelt, Churchill, Stalin).
- 19 febrero Fuerzas de Infantería de Marina de los EE. UU. desembarcan en Iwo Jima.
- 4 marzo Finlandia declara la guerra a Alemania desde el 15 de septiembre de 1944.
- 7 marzo Unidades del I Ejército estadounidense cruzan el Rin por el puente de Remagen.
- 1 abril Fuerzas de los EE. UU. desembarcan en Okinawa.
- 12 abril Fallecimiento del presidente Roosevelt.  
Truman ocupa la Presidencia.
- 13 abril Los rusos entran en Viena.
- 25 abril Comienzan las sesiones de la Conferencia de San Francisco.  
Las vanguardias rusas y norteamericanas se unen en Torgau a orillas del Elba.
- 28 abril Mussolini es fusilado por los antifascistas italianos.
- 30 abril Suicidio de Hitler en el *bunker* de la Cancillería berlinesa.  
Las fuerzas norteamericanas liberan 33.000 reclusos del campo de concentración de Dachau.  
La bandera soviética es izada sobre el *Reichstag* de Berlín.
- 1 mayo El almirante Doenitz asume el poder en Alemania.
- 2 mayo Berlín es ocupado por las fuerzas rusas atacantes.  
Las tropas alemanas destacadas en Italia depositan las armas.
- 3 mayo Fuerzas inglesas entran en Rangún.
- 7 mayo Rendición total de Alemania a los Aliados occidentales y Rusia.
- 8 mayo Día de la Victoria en Europa.
- 26 junio Firma en San Francisco de la Carta mundial, por la que se crea la ONU.
- 17 julio-2 agosto Conferencia de Potsdam (Truman, Stalin, Churchill y más tarde Attlee).
- 6 agosto Lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima.
- 8 agosto La U. R. S. S. declara la guerra al Japón.
- 9 agosto Es arrojada una segunda bomba atómica sobre Nagasaki.
- 14 agosto Rendición incondicional del Japón.
- 2 septiembre Los delegados japoneses firman los documentos de rendición a bordo del acorazado *Missouri*, en la bahía de Tokio.



# APÉNDICE C

## Lista resumida de nombres cifrados militares empleados en la Segunda Guerra Mundial

ANVIL	Desembarco aliado en el Sur de Francia, iniciado el 15 de agosto de 1944. Este nombre cifrado se cambió por el de <i>Dragoon</i> .
APOSTLE I	Plan aliado para regresar a Noruega después de la liberación de Francia. La operación tuvo lugar el 10 de mayo de 1945.
AVALANCHE	Desembarco anfibio aliado en Salerno, iniciado el 9 de septiembre de 1943.
BARBAROSSA	Nombre cifrado alemán para la invasión de la U. R. S. S. el 22 de junio de 1941.
BOLERO	El transporte de tropas de los Estados Unidos a Inglaterra.
CORKSCREW	Ocupación por los Aliados de la isla italiana de Pantelaria el 11 de junio de 1943.
CORONET	La operación planeada contra Hondo, la principal isla japonesa. Las dos bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki anulaban esta operación.
CROSSBOW	Ataque aéreo aliado contra las rampas de lanzamiento de las bombas volantes alemanas.
DYNAMO	Evacuación británica de Dunquerque, del 26 de mayo al 4 de junio de 1940.
FANFARE	Denominación genérica de todas las operaciones aliadas en el Mediterráneo.
FELIX	Operación que planeaban los alemanes para tomar Gibraltar, enviando tropas a través de España.
FLINTLOCK	Ataque aliado a las islas Marshall a principios de 1944.

FORAGER	Operaciones aliadas en las Marianas a mediados de junio de 1944.
FORMER NAVAL PERSON	El Primer Ministro de S. M. Winston Churchill.
FRANTIC	Puente aéreo aliado entre Berlín y Rusia.
GALVANIC	Ataque aliado para reconquistar las islas Gilbert en noviembre de 1943.
GOOSEBERRY	Uno de los puertos artificiales construidos y fondeados frente a las costas de Francia por los Aliados durante la Operación Overlord.
GRAPEFRUIT	Ofensiva en el norte de Italia a cargo del V Ejército de los EE. UU. a comienzos de abril de 1945.
GREIF	Operación alemana que se valió de tropas especiales vestidas con uniformes americanos para tomar los puentes del Mosa durante la batalla de las Ardenas, en diciembre de 1944.
GRENADE	Operación ofensiva del IX Ejército de los Estados Unidos en dirección al Rin, 23 de febrero de 1945.
GYMNAST	Ataque propuesto por el presidente Roosevelt contra el noroeste de África, fuera del Mediterráneo. Plan revisado más tarde para incluir el desembarco anglonorteamericano en el Mediterráneo.
HERBSTNEBEL	«Niebla de Otoño». Nombre cifrado de la contraofensiva alemana de las Ardenas realizada en diciembre de 1944.
HUSKY	Desembarco aliado en Sicilia, comenzado el 9-10 de julio de 1943.
JUBILEE	Incursión aliada contra Dieppe, el 19 de agosto de 1942.
LUMBERJACK	Ataque aliado al norte del Mosela entre Coblenza, Bonn y Colonia, efectuado a finales de febrero de 1945.
MARKET	Plan aliado para apoderarse de los puentes de Nimega y Arnheim el 17 de septiembre de 1944. Las operaciones de tierra realizadas conjuntamente con MARKET recibieron el nombre cifrado de GARDEN.
MULBERRY	El principal puerto artificial instalado frente a las costas de Francia para la Operación Overlord.
OVERLORD	Desembarco aliado en Normandía, iniciado el 6 de junio de 1944.



PLUNDER	Plan aliado para cruzar el Rin al norte del Ruhr, el 23 de marzo de 1945.
ROUNDUP	Operación original planeada para el desembarco en Francia. Reemplazada por Overlord.
SEA LION	«Operación León Marino.» Proyecto de invasión de Inglaterra preparado por Hitler para 1940. Plan abandonado.
SHINGLE	Operación aliada efectuada a principios de 1944 para rebasar la Línea Gustav en Italia.
SHO-GO	Plan japonés para la defensa de las Filipinas en 1944.
SLEDGEHAMMER	Plan limitado de acción para invadir el continente europeo que hubiera sido utilizado por los Aliados si, en septiembre de 1942, Rusia hubiese estado a punto de hundirse.
SOAPSUDS	Bombardeo aéreo aliado de los campos petrolíferos rumanos de Ploesti, el 1.º de agosto de 1943.
STRANGLE	Ataque aéreo aliado para copar a los alemanes en el norte de Italia, efectuado en la primavera de 1944.
SUPERCHARGE	Plan del general Montgomery para aniquilar las fuerzas alemanas en El Alamein, en octubre de 1942.
TA	Programa para el envío de refuerzos japoneses a las Filipinas a finales de 1944.
TORCH	Desembarcos aliados en las costas del Norte de África, iniciados el 8 de noviembre de 1942.
UNDERTONE	Operación francoamericana al sur del Mosela, efectuada el 15 de marzo de 1945.
VERITABLE	Operación anglocanadiense efectuada entre el Rin y el Mosa, el 8 de febrero de 1945.
WHITE	Ofensiva de Hitler contra Polonia en septiembre de 1939.
YELLOW	Ofensiva alemana contra el flanco septentrional del frente del Oeste, a través de Luxemburgo, Bélgica y Holanda. Esta operación ya estaba preparada desde octubre de 1939, pero se realizó en mayo de 1940.

## APÉNDICE D

## Glosario de las principales conferencias celebradas durante la Segunda Guerra Mundial



<i>Lugar</i>	<i>Fecha</i>	<i>Nombre cifrado</i>	<i>Principales participantes</i>	<i>Decisiones adoptadas</i>
BAHIA DE ARGENTIA	14 agosto 1941	.....	Roosevelt, Churchill	Acuerdo sobre fines bélicos. Carta del Atlántico.
WASHINGTON (Primera)	22 dic. 1941 1 enero 1942	ARCADIA	Roosevelt, Churchill	El Consejo de Guerra angloamericano da prioridad a la guerra en el Atlántico. 26 naciones firman la Declaración de las N. U.
WASHINGTON (Segunda)	25-27 junio 1942	.....	Roosevelt, Churchill	Temas discutidos: producción de guerra; navegación; ayuda a China; alivio del frente del Este; invasión nor-occidental.
CASABLANCA	14-23 enero 1943	SYMBOL	Roosevelt, Churchill	Planes para la invasión de Sicilia. Decisión de desembarcar en Europa, a través del Canal, en 1944. Incremento de la batalla del Atlántico. «Rendición incondicional», propuesta por Roosevelt.
WASHINGTON (Tercera)	11-27 mayo 1943	TRIDENT	Roosevelt, Churchill	Planes para mayor presión en Italia. Aumento de los ataques aéreos contra Alemania y de la guerra en el Pacífico. Invasión de Francia.

<i>Lugar</i>	<i>Fecha</i>	<i>Nombre cifrado</i>	<i>Principales participantes</i>	<i>Decisiones adoptadas</i>
QUEBEC (Primera)	17-24 agosto 1943	QUADRANT	Roosevelt, Churchill	Decisión «final» de desembarcar en Francia. Reorganización del mando del sudeste de Asia.
MOSCÚ	18 oct.-1 nov. 1943	.....	Ministros A. Exteriores: Hull, Eden, Molotov	Declaración conjunta con China sobre seguridad y cooperación en la post-guerra. Creación del Consejo Asesor Europeo. Consejo Asesor para Italia. Régimen democrático para Austria. Castigo de los criminales de guerra.
EL CAIRO	22-26 nov. 1943	SEXTANT	Roosevelt, Churchill, Chiang Kai-Shek	Acuerdo sobre la lucha contra los japoneses en China. Manchuria prometida a China. Corea libre.
TEHERAN	28 nov.-1 dic. 1943	EUREKA	Roosevelt, Churchill, Stalin	Acuerdo sobre fecha de invasión de Europa. Declaración sobre el Irán. Ayuda a Tito y los guerrilleros yugoslavos.
BRETTON WOODS	1-15 julio 1944	.....	Representantes de 44 naciones	Acuerdo sobre el Fondo Monetario Internacional. Creación del Banco Internacional para Reconstrucción y Desarrollo.



<i>Lugar</i>	<i>Fecha</i>	<i>Nombre cifrado</i>	<i>Principales participantes</i>	<i>Decisiones adoptadas</i>
DUMBARTON OAKS	21 agosto 29 septiembre 1944	.....	Representantes de EE. UU., Reino Unido y la U.R.S.S.	Acuerdo sobre una organización internacional.
QUEBEC (Segunda)	10 septiembre 1944	OCTAGON	Roosevelt, Churchill	Planes para terminar la guerra europea. Planes para la guerra en el Pacífico.
YALTA	4-12 febrero 1945	ARGONAUT	Roosevelt, Churchill, Stalin	Planes relacionados con la derrota de Alemania. Declaración sobre la política a seguir con la Europa liberada. Recomendación para la creación de un nuevo gobierno provisional polaco. Formación de un nuevo gobierno yugoslavo. Consultas permanentes entre los ministros de Asuntos Exteriores. Decisión de convocar una Conferencia de las N. U. en San Francisco, el 25 de abril, para preparar la Carta fundacional de la ONU. Entrega de las islas Kuriles y el sur de Sajalin a la U. R. S. S. por su ayuda en la guerra contra el Japón (pacto secreto).

<i>Lugar</i>	<i>Fecha</i>	<i>Nombre cifrado</i>	<i>Principales participantes</i>	<i>Decisiones adoptadas</i>
SAN FRANCISCO	25 abril 1945 26 junio.	.....	Representantes de 50 naciones	Firma de la Carta de seguridad mundial. Aprobación del estatuto de Justicia Internacional. Creación de la Comisión Preparatoria de la ONU.
POTSDAM	17 julio 2 agosto 1945	TERMINAL	Truman, Churchill y Attlee, Stalin	Declaración de Potsdam. Acuerdo sobre el Consejo de Ministros. Acuerdo sobre la administración de Alemania durante el período de ocupación. Acuerdo sobre las reparaciones. Declaración sobre Polonia. Declaraciones sobre la paz con los países satélites.



## INDICE DE NOMBRES

### A

Aaiand, islas, 31.  
 Abbeville, Bélgica, 115, 121, 131.  
 Abd-el-Krim, 50, 52.  
 Abe, general Nobuyuki, 332.  
 «Abraham Lincoln», Brigada de, 53.  
 Abisinia, 44, 60. Véase también Etiopía.  
 Abruzzos, Italia, 438.  
 Acquarone, duque de, 434.  
 Adams, Henry, 693.  
 Addis Abeba, Etiopía, 48, 201.  
*Admiral Halsey's Story*, 596.  
 Adolfo Hitler, línea, 504.  
 Adriático, mar, 196, 507, 681.  
 Adua, Etiopía, 44, 47, 48.  
 África, 28, 44-45, 191, 193-195, 200-203, 680.  
 África del Norte, 134, 136, 202, 325, 330, 357-388, 416, 443, 657.  
 África Ecuatorial francesa, 319.  
 África Oriental, 194, 201.  
 África Oriental italiana, 48.  
 Agattu, 348.  
 Agno, río, 600.  
 Aguilinaldo, Emilio, 332.  
 Ainsworth, contraalmirante W. L., 587.  
 Aino, río, 131, 499.  
 Alam el Halfa, 365.  
 Alamogordo, Nuevo México, 632.  
 Alanbrooke, lord. Véase Brooke, general Alan.  
 Alaska, 348, 347-348, 458, 460.  
 Albania, 46, 196, 197-199, 309, 522, 654, 681.  
 Alberto I, 116.  
 Alberto, canal, 114.  
 Alejandría, Egipto, 147, 193, 195, 359.

Alemania, 13, 17, 19, 21-22; progreso económico, 24-26; crecimiento del ultranacionalismo, 27; 33-37, 40, 46; envía tropas a España, 53-55; 59; en Austria, 66; responsabilidades en la segunda Guerra Mundial, 69-75; en Checoslovaquia, 85; firma el pacto de no agresión con Rusia, 83-86; en guerra contra Inglaterra y Francia, 89; 96; conquista Dinamarca, 99; Noruega, 99-107; Países Bajos, 108-117; en Dunquerque, 120-126; en Francia, 128-133, 135-143; ataque aéreo a Inglaterra, 149-158; prepara la invasión de Inglaterra, 158-160; guerra naval, 163-190; en Rumania, 197; en Grecia, 205-208; en Creta, 208-211; 215-218; en guerra contra Rusia, 218-232, 389-407; 237, 241, 250; en guerra contra EE. UU., 268-269, 271; actitud con la América Latina, 269, 302, 308, 309, 310; la resistencia, 314-320; 324; la propaganda, 325-329; en El Alamein, 357-369; 383; en Túnez, 384-388; 413, 416, 417, 420; en Italia, 436, 438-449, 503-507; la batalla del Saliente, 508-513; bombardeo y ocupación de Alemania, 514-518; decisiones en Yalta, 519-521; batalla de Alemania y ocupación de su territorio, 527-544, 557-569; campos de concentración, 545-551; últimos días con Hitler, 560-564; rendición incondicional, 568-572; 573-577; decisiones en Potsdam, 578-582; 630; después de la segunda Guerra Mundial, 650-651, 654; causas de la derrota, 655-659; Nuremberg,



crímenes de guerra, 633-675; 682, 683, 686, 687, 689. Véase también Hitler, Adolfo.

Alemania Oriental, 654, 682, 683.

Aleutianas, archipiélago, 297, 343, 347-348, 451, 458, 460.

Alexander, general sir Harold, 361, 380, 425, 445.

Alfonso XIII, 50.

Ali Beg Gailani, Rashid, 212.

Allenby, lord, 200.

Almirantazgo, islas, 296, 455, 458.

Alpes, 400, 507.

Alsacia-Lorena, 33, 139.

Alten, fiordo, 186, 188.

Amarillo, mar, 623.

Amberes, Bélgica, 115, 486, 500, 502.

Ambrosio, general Vittorio, 434.

América Central, 269.

América del Sur, 269.

América Latina, 237, 245, 269, 304.

Amery, John, 663.

Amery, L. S., 663.

Amlens, Francia, 131, 499.

Amsterdam, Holanda, 317, 538.

Amoy, 58.

Anambas, islas, 278.

Anchorage, Alaska, 348.

Ancona, Italia, 507.

Andalsnes, Noruega, 104.

Andamán, islas, 298.

Andartes, los, 314.

Anderson, Jane, 327.

Anderson, teniente general Kenneth A. N. S., 385, 387.

Andreanof, islas, 348.

Anfa, Hotel, 378.

Angell, Norman, 21, 26.

Anibal, 15, 220.

Ankara, Turquía, 324.

Anschluss, 59, 67.

Anti-Komintern, Pacto, 54, 325.

Antigua, 242.

Antonescu, general Ion, 197.

«Antorcha», operación, 369-377, 384.

Anvers, Francia, 17.

Anzio, Italia, 446, 447, 503, 504.

Aosta, duque de, 194, 201.

Apeninos, 440, 507.

Aquino, Italia, 504.

Araken, región, 605.

Araki, barón general Sadao, 55, 676.

Arcángel, 402.

Ardenas, 114, 115, 143, 144, 509, 511, 513, 530.

Argelia, 372, 376-377, 284-385.

Argentan, Francia, 492, 690, 691.

Argentina, 269, 303.

Argonne, bosque de, 500.

Argyrocastro, Albania, 199.

Arlac, provincia, 287.

Armagedón, 34.

Armellini, general Quirino, 197.

Arnhem, Holanda, 501.

Arno, río, 441, 507.

Arnold, general Henry H., 209, 378, 634.

Arras, Francia, 499.

Arromanches, Francia, 483.

Ashangi, batalla del lago de, 48.

Asia, 28, 258, 333, 391.

Asia Oriental, 451, 605.

Assab, Eritrea, 47.

Assam, 292.

Associated Press, 262, 572, 615, 627.

Atenas, Grecia, 198.

Athenia, S. S., 161, 163.

Atlántica, muralla, 471, 472.

Atlántico, océano, 162, 168, 171, 177, 179, 184, 185, 242, 243, 248.

Atlas, montañas, 375.

Atómica, bomba, 484-485, 582, 628, 640, 694-695.

Attlee, Clement R., 119, 578, 581.

Attu, 297, 348, 458, 459, 460.

Augsburgo, 216.

Auschwitz, campo de concentración, 545.

Australia, 21, 193, 283, 285, 294-297, 349, 451, 455, 457, 583, 622, 642.

Austria, 20, 46, 59-60, 63-67, 76, 420, 445, 536, 543, 580, 679, 683-684.

«Avalancha», operación, 441.

Aviñón, Francia, 497.

Avranches, Francia, 491.

Axis Sally, 327.

Azaña, gobierno, 51.

## B

Ba Maw, 332.

Badoglio, mariscal Pietro, 47, 48, 434, 436, 437, 438, 439.

Bagdad, 212.

Bagnara, Italia, 441.

Bahamas, 242.

Bailey, Thomas A., 274.

Bakú, pozos petrolíferos, 393.

Balduino, rey, 116, 321.

Baldwin, Hanson W., 174.

Baldwin, Stanley, 119.

Balcánes, 195-200, 203-208, 309, 418, 437, 441, 445.

Ballantine, Joseph W., 274.

Báltico, mar, 205.

Bálticos, Estados, 91, 134, 485, 540.

Bangalore, India, 462.

Bantam, Java, 296.

Banzai, 24, 459, 461, 465, 586, 619, 627.

Baranov, puente, 513, 529.

«Barbarossa», operación, 160, 220.

Barcelona, España, 52.

Bardía, Libia, 194, 200, 202.

Bari, Italia, 443.

Barnes, Harry Elmer, 273, 274.

Bastogne, 511, 512.

Batán, península, 284-288.

Batavia, 296.

Baviera, 544, 559.

Baxter, James Phinney, III, 157.

Bayerlein, general Fritz, 687.

Bayeux, Francia, 480.

Bayreuth, Alemania, 536.

Beard, Charles A., 688.

Beauvais, Francia, 132.

Beaverbrook, lord, 119.

Beck, coronel Joseph, 17.

Beck, general Ludwig, 75, 488, 493.

Becquerel, Antoine Henri, 629.

Belfast, Irlanda, 162.

Bélgica, 12, 21, 33, 34, 40, 73, 108, 110, 113-116, 120-126, 307, 309, 316, 476, 499.

Belgrado, Yugoslavia, 204, 541.

Benes, Eduardo, 76, 79, 80, 321.

Bengala, 292, 605.

Bengala, golfo de, 291.

Bengasi, Libia, 201, 360.

Benito, San, 447, 448.

Bennion, capitán Mervyn S., 265.

Berbera, 194.

Berchtesgaden, 63, 70, 79, 86, 106, 480, 486, 577.

Berchtold, Leopold von, 69.

Beresina, río, 540.

Berg, Paul, 316.

Bérgamo, Italia, 441.

Bergen, Noruega, 101.

Bergen-Belsen, campo de concentración, 317, 545, 550-551, 673.

Bergeret, general Jean Marie Joseph, 140.

Berggrant, obispo Elvind, 316.

Berlin, Conferencia, 577-581.

Berlín, Alemania, 51, 80, 89, 98, 142, 163, 222, 229, 230, 326, 483, 489, 517, 528, 529, 542, 543, 557, 558, 559, 561, 562, 571, 630, 643, 651, 689.

Bermudas, 242.

Bernadotte, conde Folke, 565.

Besançon, Francia, 138, 497.

Besarabia, 196, 540, 681.

Bethouart, general Marie Emile, 372.

Béthune, Maximiliano de, 29.

Betio, Tarawa, 461.

Bevin, Ernest, 119.

Bielgorod, U.R.S.S., 404, 405, 407.

Biddle, Francis, 664.

Birmanía, 282, 291-294, 331, 332, 333, 416, 601-606, 613.

Birmanía, carretera de, 291-294, 603.

Birmingham, Inglaterra, 156-157.

Birmingham, Universidad de, 157.

Bismarck, el hundimiento del, 177-179.

Bismarck, archipiélago, 455.

Bismarck, canceller, 24.

Bismarck, mar, 457.

Bizerta, Túnez, 284, 387.

Blamey, sir Thomas, 642.

Blitzkrieg, 3-7; fórmula de la, 12, 107, 110, 114, 127, 193, 204, 219, 510.

Blomberg, mariscal Werner de, 62, 73, 670.

Blum, León, 54, 66.

Blumentritt, general Guenther, 221, 684, 689.

Bobruisk, U.R.S.S., 540.

Bock, general Fedor von, 13, 108, 143, 221, 226-228.

Bogart, E. L., 20, 21.

Bohemia, 76, 81, 559.

Bohemia-Moravia, 308.

Bohlen, Charles E., 526.

Bohlen y Halbach, Gustav Krupp de, 666.

Bohr, Niels, 629, 630.

Bolonia; Italia, 507.

Bonaparte, Napoleón, 158, 218, 219, 220.

Bona, Argel, 385.

Bon, península del cabo, 387.

Bonn, Alemania, 530, 532.

Bonnet, Georges, 79.

Bor-Komorowski, general Tadeusz, 322, 541.

Bormann, Martin, 565, 566, 568, 666, 669.

Borneo, 282, 295, 331.

Bose, Subhas Chandra, 332.

Bougainville, 353, 453, 454, 456-457, 588.

Boulogne, Francia, 115, 500.

Bracker, Milton, 554, 556.



Bradley, general Omar N., 445, 482, 490, 498, 509-510, 511, 530, 536, 689, 690, 691.  
 Bratge, capitán Willi, 532, 533.  
 Brauchitsch, general Walther de, 13, 140, 143, 221, 226.  
 Braun, Eva, 566, 567.  
 Braunau an Inn, Austria, 59.  
 Brasil, 46, 270, 304.  
 Bremen, Alemania, 24, 538.  
 Bremervoerde, Alemania, 577.  
 Brennero, paso del, 133, 559.  
 Brereton, general Lewis H., 501.  
 Brest, Francia, 184, 491, 500.  
 Brest-Litovsk, Polonia, 15.  
 Bretaña, 471, 472, 491, 657.  
 Briand, Aristide, 34.  
 Briansk, U.R.S.S., 407.  
 Briga, 681.  
 Bristol, Inglaterra, 156.  
 Brno, Checoslovaquia, 543.  
 Brooke, general Alan, 361, 378, 379, 691, 692.  
 Brown, Cecil, 279.  
 Broz, Josip, 320. Véase también Tito.  
 Brujas, Bélgica, 115.  
 Bruney, Borneo, 295.  
 Bruselas, Bélgica, 116, 500.  
 Bryant, Arthur, 562, 691.  
 Buchenwald, campo de concentración, 545, 548, 549.  
 Buckner, teniente general Simón Bolívar III, 624, 626.  
 Bucovina, U.R.S.S., 540, 681.  
 Budapest, Hungría, 250, 542.  
 Buena Esperanza, cabo de, 359, 388.  
 Bug, río, 14, 539.  
 Bujía, Argel, 385.  
 Bulgaria, 196 ss., 203-204, 269, 309, 540, 580, 654, 680, 681.  
 Bullitt, William, C., 525.  
 Buna, 457.  
 Burdeos, Francia, 132, 142, 500.  
 Burgdorf, general Wilhelm, 494.  
 Burke-Wadsworth, ley, 242.  
 Burrough, almirante sir H. M., 569.  
 Bush, Dr. Vannevar, 243, 631.  
 Butterfield, Herbert, 574.  
 Byrnes, James F., 525-526, 578, 638, 688.

## C

Cadogan, sir Alexander, 422.  
 Caen, Francia, 471, 477, 478, 581, 490, 491, 492.  
 Calabria, Italia, 441.

Calais, Francia, 115, 121, 152, 480, 486, 500.  
 Calais, paso de, Francia, 129, 471, 485.  
 Calcuta, India, 605.  
 California, 301, 458, 622.  
 Camacho, Avila, 304.  
 Cambridge, Universidad, 629.  
 Camerún francés, 319.  
 Campania, 440.  
 Canadá, 21, 162, 242, 268, 425, 441, 470, 479, 490, 492, 499, 504, 529, 530, 538.  
 Canarias, islas, 52.  
 Canea, Creta, 219.  
 Cannas, batalla de, 15, 126.  
 Cannes, Francia, 496.  
 Cantón, China, 42, 58, 288, 607.  
 Capri, 62.  
 Capuzzo, fuerte, 194.  
 Carelia, istmo de, 91, 96, 682.  
 Carentan, Francia, 477.  
 Caribe, mar, 269.  
 Carlota, Gran Duquesa, 177, 321.  
 Carlyle, 72.  
 Carol II, rey de Rumania, 196.  
 Carolinas, islas, 451, 466, 610.  
 Cárpatos, montes, 540.  
 Carta del Atlántico, 248-250, 524.  
 Casablanca, 369, 374, 375, 377, 378, 379, 380, 418, 424, 643.  
 Casino, Italia, 445-449, 503, 504.  
 Casino, monte, 447-449, 504.  
 Caspio, Mar, 394, 397, 402, 403.  
 Cassel, Bélgica, 121.  
 Cassidy, Henry C., 229.  
 Castellorizo, 681.  
 Catania, Sicilia, 423, 428.  
 Catona, Italia, 441.  
 Cáucaso, 22, 307, 392, 393.  
 Cava Del Terrini, obispo de, 444.  
 Cavallero, mariscal Ugo, 365.  
 Cavite, 282-284.  
 Cenis, meseta del monte, 680.  
 Cerdeña, 424, 426, 438, 442, 681.  
 Chaberton, 680.  
 Chadwick, sir James, 629.  
 Châlons, Francia, 500.  
 Chamberlain, Austen, 33.  
 Chamberlain, Houston Stewart, 72.  
 Chamberlain, Neville, 66, 79-82, 86, 89, 117-120.  
 Chamberlain, William Henry, 273, 524.  
 Chang, general Hsu Yung, 642.  
 Chanson d'Automne, 480.  
 Chartres, Francia, 498.

Château-Thierry, Francia, 500.  
 Chatfield, lord, 165.  
 Chautemps, Camille, 66.  
 Checoslovaquia, 14, 33, 59, 73, 75-81, 308, 321, 515, 522, 528, 543, 654, 681, 685.  
 Chemin des Dames, Francia, 131.  
 Chemnitz, Alemania, 536.  
 Chennault, Claire L., 293-294.  
 Cherburgo, Francia, 470, 483, 484, 485.  
 Chermiaev, teniente general Iván, 569.  
 Chetniks, 314, 320.  
 Chiang Kai-Shek, 57, 261, 292, 293, 420, 521, 524, 526, 552, 606, 607, 608.  
 Chicago Daily News, 104, 154, 243.  
 Chicago, Illinois, 235.  
 Chicago Tribune, 238.  
 Chicago, Universidad de, 632.  
 Chichagof Harbor, 459.  
 Chile, 269.  
 China, 32, 40-43, 56-59, 257-261, 281, 291-294, 304, 332, 340, 416, 420, 421, 451, 521, 522, 588, 602-608, 642, 644.  
 China, mar de, 281, 289, 590, 610.  
 China, mar oriental de, 618, 623.  
 China Roja, 685.  
 Chindwin, río, 603.  
 Ching-Wei, Wang, 332.  
 Cho, teniente general Isama, 626.  
 Chungking, 293, 340, 527, 606.  
 Churchill, lord Randolph, 118.  
 Churchill, Winston, 31, 44, 66, 82, 106; nombrado Primer Ministro, 118; biografía, 118-119; Primer Ministro, 118-119, 126; propone la unión franco-británica, 136-139; 148, 151-152, 157, 163, 167, 171, 185, 193, 209, 218, 222, 243; firma de la Carta del Atlántico, 248-250; 267, 278, 281, 285, 290, 300, 319, 320, 322, 327, 360, 361, 369, 376; en Casablanca, 377-384; 400, 401; reunión de los Tres Grandes, 417-422; 424, 426, 432, 446, 484, 486, 513; en Yalta, 518-527; 552, 553; en Potsdam, 577-582, 631, 634, 639, 686, 687, 688, 690, 691, 699. Véase también Inglaterra.  
 Clano, conde Galeazzo, 134, 434, 435.  
 Claterna, Italia, 505.  
 Clark, aeródromo, 282.  
 Clark, general de división Mark W., 372, 441, 443, 445, 449, 504, 505.  
 Clausen, Fritz, 311.

Clausewitz, 227.  
 Clemenceau, Georges, 30.  
 Cleve, Alemania, 530, 531, 532.  
 Coblentz, Alemania, 530, 531, 532.  
 Cockcroft, C. D., 629.  
 Colette, Paul, 661.  
 Colombia, 270.  
 Colonia, Alemania, 514, 530, 531.  
 Colonias de los Estrechos, 56.  
 Como, lago de, 555.  
 Compiègne, Francia, 139-143.  
 Compton, Dr. Arthur H., 631.  
 Conant, Dr. James B., 631.  
 Conferencia Mundial del Desarme, 35-36.  
 Conferencia Naval de Ginebra, 35.  
 Conferencia Naval de Washington, 35.  
 Cónica, loma, 626.  
 Constantinopla, Turquía, 212.  
 Conversaciones Secretas, 70.  
 Cook, capitán James, 162.  
 Copenhague, Dinamarca, 101, 543.  
 Coral, batalla del mar del, 397.  
 Córcega, 424, 437, 443, 496.  
 Corea, 332, 421, 607, 623.  
 Corfú, 196.  
 «Coronet», operación, 628.  
 Corpo di Cava, 444.  
 Corregidor, 284, 286-288, 601.  
 Costa Rica, 269.  
 Cotentin, península, 471, 478.  
 Coventry, Inglaterra, 156.  
 Cowles, Virginia, 132.  
 Cracovia, Polonia, 15, 19, 540.  
 Cremona, Italia, 441.  
 Creta, 11, 207-211.  
 Crimea, 227, 519, 539.  
 Cripps, sir Stafford, 298.  
 Cristián X, 101.  
 Cuba, 269.  
 Cunningham, almirante sir Andrew Browne, 210, 371, 425, 427.  
 Curie, Marie, 629.  
 Curie, Pierre, 629.  
 Curriuan, Gene, 549.  
 Curzon, línea, 17, 322, 522.

## D

Dachau, campo de concentración, 545, 550.  
 Daily Worker, Nueva York, 92.  
 Dairén, 521.  
 Dakar, 148, 374, 376, 384.  
 Dakota del Norte, 234, 238.  
 Daladier, Edouard, 79.



Damasco, 212.  
 Danubio, río, 561.  
 Dantzig, 581.  
 Dardanelos, 212, 417.  
 Darlan, almirante Jean François, 312, 376, 377.  
 Davao, Mindanao, 601.  
 Davis, Richard Harding, 12.  
 Dawes, plan, 25.  
 De Russy, Fort, 263.  
 Degrelle, Léon, 311.  
 Delhi, India, 298.  
 Delvino, Albania, 199.  
 Dempsey, teniente general sir Miles C., 489.  
 Derevlanko, teniente general K., 642.  
 Derna, Libia, 200.  
 Dessau, Alemania, 536.  
 Detroit, Michigan, 247.  
 Devereux, comandante James S., 277.  
 Devers, teniente general Jacob, L., 530, 536.  
 Dewey, almirante George, 282.  
 Día-D, 470, 475-481.  
 Día V-E (día de la Victoria), 574-576.  
 Día V-J, 643.  
 Diamond Head, 257, 264.  
 Diario de Ana Frank, 317.  
 Dickinson, G. Lowes, 29.  
 Dieppe, Francia, 400, 499, 500.  
 Dijon, Francia, 500.  
 Dill, mariscal sir John, 361, 378.  
 Dimitrou, U.R.S.S., 228.  
 «Dinamo», operación, 122-126.  
 Dinamarca, 20, 99, 107, 243, 307, 308, 315, 321, 324, 538, 629, 630.  
 Dirksen, Herbert von, 686.  
 Djibuti, Somalia francesa, 48.  
 Djidelli, 385.  
 D. N. B., 153.  
 Dnepropetrovsk, U.R.S.S., 407.  
 Dniéper, río, 222, 407, 539.  
 Dniéster, río, 16, 539, 540.  
 Dobrudja, 196, 309, 681.  
 Dodecaneso, islas, 208, 681.  
 Doenitz, almirante Karl, 163, 169, 170, 186, 566, 568, 571, 676, 666, 669.  
 Dollfuss, Engelberto, 60, 67.  
 Dominicana, República, 269.  
 Don, río, 393.  
 «Donaldson Atlantic Line», 162.  
 Donetz, 220.  
 Doolittle, teniente coronel James H., 338-341.  
 Dortmund, Alemania, 515, 535.  
 Dover, Inglaterra, 158, 470, 471.

Drabik, sargento Alexander, 532.  
 Dublín, Irlanda, 324.  
 Dubost, Charles, 664.  
 Dubrovnik, Yugoslavia, 641.  
 Duce, véase Mussolini, Benito.  
 Duff-Cooper, Alfred, 119.  
 Duisburgo, Alemania, 515, 535, 536.  
 Dumbarton Oaks, 422.  
 Dundee, Escocia, 182.  
 Dungavel, Escocia, 216.  
 Dunquerque, 115, 121-126, 148, 285, 489.  
 Durance, valle, 497.  
 Düren, Alemania, 531.  
 Düseldorf, Alemania, 515.  
 Dutch Harbor, 344, 346, 347, 458.  
 Dvina, río, 222.  
 Dvine, A. D., 126.

## E

E. A. M., 319, 320.  
 Eben Emael, fuerte de, 114-115.  
 Eden, Anthony, 47, 65, 119, 419, 578.  
 Eder, presas del, 515.  
 E. D. E. S., 320.  
 Eem, río, 111.  
 Egipto, 193-195, 200, 202, 203, 208, 357-368, 392.  
 Eindhoven, Holanda, 501.  
 Einstein, Albert, 629, 630, 631.  
 Eire, 90.  
 Eisenhower, Dwight D., 330, 362, 368, 370-371, 372, 376-378, 380, 385, 386, 388, 416, 424, 431, 436-437, 445, 446, 469-471, 473, 475, 486, 497, 498, 511, 518, 532, 533, 535, 547, 558, 559, 569-574, 655, 686, 688-692.  
 Eje, 23, 36, 54, 55, 66, 142, 193, 195-197, 201-203, 213, 231, 236, 244-247, 269, 303, 305, 306, 324, 325, 359, 360, 365, 368, 384, 387, 414, 416, 424, 522, 523, 581, 650, 658, 663.  
 Véase también Alemania, Italia, Japón.  
 El Alamein, Egipto, 359-369.  
 El Cairo, Egipto, 357, 420, 421, 540.  
 El Havre, Francia, 478, 499.  
 Elba, río, 86, 536.  
 Elliott, George E., 257.  
 Engaño, cabo, 593, 594.  
 Engebi, 465.  
 Eniwetok, atolón, 465.  
 Enola Gay, 635.  
 Enrique IV, 29.  
 Epinal, Francia, 497.  
 Eritrea, 44-48, 194, 201, 680.

Erla, campo de concentración, 545.  
 Escandinavia, véase Dinamarca, Noruega y Suecia.  
 Escocia, 167, 184, 189, 214.  
 Eslovaquia, 11, 197, 681.  
 España, 37, 42-55, 282, 302, 323, 325, 370, 471.  
 Essen, Alemania, 515, 535.  
 Estados Unidos, 20; en la Sociedad de Naciones, 30-32; 34; en la Conferencia Naval, 35; firma el Tratado de las Nueve Potencias, 40-41; 46, 53; es neutral en España, 54; ayuda a China, 56; la indemnización del Japón, 57-58; 90, 96, 117, 201; congela los depósitos griegos, 208; 210, 213; actitud en relación a la segunda Guerra Mundial y a Europa, 234-240; pone en práctica los cuatro puntos de Roosevelt, 240-247; revisión de la ley de neutralidad, 251; rompe las relaciones con Japón, 256, 257-263; en guerra contra el Japón, 266-267, 274-288, 291-297; en guerra contra Alemania e Italia, 269; se convierte en gran potencia, 299-304; 321, 322, 329; bombardea Japón, 337-341; en Midway, 341-347; en las Aleutianas, 347-348; en Guadalcanal, 351-355; operación «Antorcha», 369-377; en Casablanca, 377-384; en Túnez, 384-388; 414, 415, 420, 421, 422; en Sicilia e Italia, 424-449, 503-507; contra el Japón, 450-466; en Francia, 469-484; la batalla de Bélgica, 509-513; ataque a Alemania, 514-518, 529-538, 542-544, 557-560; muerte de Roosevelt, 551-554; 557, 569-572; Día de la Victoria, 574-576; en Potsdam, 577-582; contra el Japón y las islas ocupadas, 583-628, 633-640; la bomba atómica, 628-634; rendición del Japón, 640-644; 650; impacto de la segunda Guerra Mundial, 654-655; proceso de Nuremberg 663-675; procesos en el Japón, 675-678; 683, 684, 685.  
 Este, isla de, 344.  
 Estonia, 91, 231, 540.  
 Etiopía, 44-49, 201, 680.  
 Etna, monte, 423, 428.  
 Europa, 20-21, 24-33, 65, 70, 74, 79-81, 84, 96, 119, 195, 234, 310, 313, 321, 323, 412, 424, 469, 522, 523, 524, 569, 650, 651, 679, 682.

Extremo Oriente, 23, 191, 261-262, 273-298, 331-333, 423, 451, 520, 524, 527, 606, 608.

## F

Fairbanks, Alaska, 348.  
 Falaise, Francia, 492, 690, 691.  
 Falkenhausen, general Alexander von, 309.  
 Faroë, islas, 107.  
 Farrell, Thomas F., 632.  
 F. B. I., 243, 301.  
 Federico II, 444.  
 Federico el Grande, 72, 472.  
 Ferebee, mayor Thomas W., 635.  
 Fermi, profesor Enrico, 630.  
 Fiji, 347.  
 Filadelfia, Record, 523.  
 Finlandia, 31, 91-97, 230, 311, 522, 539, 540, 580, 680, 681, 682.  
 Finlandia, golfo de, 31, 92, 96, 230.  
 Fino-Carelia, República Socialista Soviética, 97.  
 Finschhafen, 457.  
 Fish, Hamilton, 238.  
 Fisher, lord, 119.  
 Flanders, 131.  
 Flensburg, Alemania, 568, 571.  
 Fletcher, contraalmirante Frank J., 343.  
 «Flintlock», operación, 464.  
 Felipe II, 158.  
 Filipinas, 242, 261, 275, 276, 277, 281-289, 332, 333, 419, 451, 585, 587-591, 618, 623, 677.  
 Filipinas, archipiélago de, 277, 281, 282, 283.  
 Filipinas, mar de, 585, 587.  
 Floréncia, Italia, 507.  
 Florida, 301.  
 Florida, isla, 351.  
 Florina, Grecia, 205.  
 Flunder, capitán Daniel, 479.  
 Flynn, John T., 273.  
 Foch, mariscal Ferdinand, 131, 139.  
 Foggia, Italia, 445.  
 «Forager», operación, 583-587.  
 Ford, Henry, 655.  
 Ford, Island, 263.  
 Formosa, 282, 332, 421, 589.  
 Fornebo, 101.  
 Francia, 11, 17, 20, 21, 25, 27; firma de alianzas, 33; en la Conferencia Naval, 35-37; firma el Tratado de las Nueve Potencias, 40; 44-47;



es neutral en la guerra civil española, 54-55; 59, 60, 66, 73, 78; apacigua a Hitler en Checoslovaquia, 79-82, 83-84; envía una comisión militar a Moscú, 84; en guerra contra Alemania, 90, 127-133, 136-145, 158; 108, 110, 113; envía tropas a Bélgica, 116, 121; es invadida por Italia, 133; propone la unión franco-británica, 136-139; su flota es atacada por Inglaterra, 147; 193, 194, 212, 307, 308, 309; Vichy, 312-313, 318, 319, 371, 569-661; 400; invasión de los Aliados, 470-486, 489-500; 504, 520, 536, 543, 569, 570, 571, 578; impacto de la segunda Guerra Mundial, 653; 656, 657, 658, 659-662, 664, 680, 684.

Francia Libre, 268, 319, 372-374, 281-382, 443, 530. Véase también Francia.

Franco, Francisco, 52-54, 325, 370, 375.

François-Poncet, André, 70.

Frank, Ana, 317.

Frank, Hans, 19, 309, 576, 665, 669.

Frankfort, Alemania, 517, 542.

Frankfurter Zeitung, 142.

Fraser, almirante sir Bruce, 186-187, 642.

Fredenall, general Lloyd R., 374.

Frente Popular Español, 51.

Freyberg, general Bernard C., 209, 447, 449.

Friburgo, Alemania, 530.

Frick, Wilhelm, 665, 669.

Friedeburg, Hans Georg von, 569, 571, 576.

Friedrichshafen, Alemania, 536.

Fritsch, coronel general Freiherr Werner von, 62, 73, 670.

Fritzsche, Hans, 665, 669.

Frontpost, 329.

Fuchou, China, 623.

Führer, véase Hitler, Adolfo.

Fujii, Dr. Masakayu, 638.

Fujiyama, monte, 641.

Funk, Walther, 665, 669.

## G

Gabés, Túnez, 386.

Galitzia, 15, 540.

Gallipoli, campaña de, 119.

«Galvanic», operación, 461.

Gamelin, general Maurice Gustave, 128.

Gandhi, Mahatma, 298, 602.

Ganow, campo de concentración, 545, 667.

Garigliano, río, 441, 504.

Gaulle, general Charles de, 145, 212, 318-319, 372, 374, 380-382, 498, 554, 660.

Gauss, Karl Friedrich, 181.

Gavatu, 351.

Gdynia, Polonia, 15.

Gela, Sicilia, 428.

Gelder, valle, 111.

Génova, Italia, 202, 496.

Gensoul, vicealmirante Marcel B., 147.

George, David Lloyd, 30, 69.

Gerow, general Leonard T., 272.

Gestapo, 66-67, 308, 315-316, 318, 328, 433, 488, 547, 565, 577, 661, 664, 670, 671.

Geyde, G. E. R., 65.

Ghormley, vicealmirante Robert L., 351.

Gibraltar, 178, 193, 374.

Gibraltar del Pacífico, 289.

Gilbert, islas, 296, 451, 461.

«Gimnast», operación, 369.

Ginebra, Suiza, 33, 35, 46, 48.

Giraud, general Henri, 319, 372, 375-377, 380-382.

Giulano di Mezzegere, 555.

Glasgow, Escocia, 162, 216.

Gneisenau, August conde de, 587.

Gobineau, Arthur de, 72.

Godesberg, 79.

Goebbels, Joseph, 139, 163, 229, 241, 271, 325-326, 389, 471, 484, 493, 557, 562, 563, 564, 566, 567.

Goerdeler, Dr. Karl, 488.

Goering, Hermann, 13, 62, 99, 140, 150, 152, 153, 159, 214, 239, 241, 360, 399, 493, 510, 513, 514, 533, 564, 565, 566, 568, 577, 661, 664, 669, 670, 671.

Goethe, 548.

Gold, playas, 477-479.

«Gooseberry», 482.

Gordon-Walker, Patrick, 550.

Gorki, U.R.S.S., 228.

Gort, lord, 285.

Gotha, campo de concentración, 545, 547.

Gótica, línea, 505.

Gott, teniente general W. H. E., 361.

Grable, Betty, 510.

Graf Spee, 173-177.

Gran Guerra, véase primera Guerra Mundial.

Grandi, Dino, 434-435.

Grant, general Ulises S., 383-384.

«Grapefruit», operación, 507.

Graziani, mariscal Rodolfo, 48, 149, 195.

Great Illusion, The, 21.

Grecia, 37, 196-200, 203-208, 268, 314, 315, 319-320, 322, 426, 522, 681.

Gregorio Diamare, abad, 448.

«Greif», operación, 510.

Greim, general Robert von, 568.

«Grenade», operación, 530, 711.

Grenoble, Francia, 497.

Grese, Irma, 673.

Grew, Joseph C., 56-57, 260.

Grift, río, 111.

Groenlandia, 107, 177, 243.

Gromyko, Andrei, 422.

Grocio, Hugo, 29.

Groves, general de división Leslie R., 631.

Grozny, U.R.S.S., 394.

Gruhn, Erna, 62.

Guadalcanal, 349-355, 453-456, 458, 614.

Guam, 275-277, 348, 584, 585, 587, 588, 613.

Guatemala, 269, 304.

Guayana británica, 242.

Guerra de Secesión, 20, 654.

Guillermina, reina, 111, 321.

Guillermo II, 24, 69, 148, 268.

Gustav, línea, 446, 504.

## H

Haakón VII, 103, 321.

Habsburgo, los, 33.

Hacha, Emil, 81.

Hagen, Alemania, 535.

Hagerty, James, 692.

Hahn, Dr. Otto, 630.

Haihi, 212.

Hallé Selassié, emperador, 44-45, 48-40.

Hainán, isla, 58.

Haití, 269.

Halder, general Franz, 12, 221, 226.

Halifax, lord, 66, 119, 198, 422.

Hall, Walter Phelps, 404.

Halle, Alemania, 536.

Malsey, almirante William F., 339, 455, 592, 593, 594, 595, 596, 597.

Hamaguchi, Yuko, 41.

Hamar, Noruega, 103.

Hamburgo, Alemania, 24, 517.

Hamilton, duque de, 215.

Hamilton, California, aeródromo, 257.

Hamm, Alemania, 535.

Hamsun, Knut, 311.

Handy, general Thomas T., 628.

«Hanford Engineer Works», 632.

Hangö, Finlandia, 92, 97.

Hankow, China, 58, 607.

Hanover, Alemania, 517, 536.

Harding, Warren G., 35.

Hargeisa, Somalia británica, 194.

Harper, coronel Joseph, 512.

Harriman, W. Averell, 378, 526.

Hart, almirante Thomas C., 282.

Harz, montes, 536.

Haushofer, Karl, 72, 215.

Haw Haw, lord, 327, 568, 577, 662.

Hawai, 255, 256, 257, 261, 272-273, 277, 301, 342, 345, 347, 658.

Hearst, William Randolph, 238.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 75.

Heidelberg, Alemania, 432.

Helfrich, almirante, 295.

Helgoland Bight, 102, 184.

Helsinki, Finlandia, 92.

Henderson, Campo, 51, 453-454.

Henlein, Konrad, 77-78.

Herald Tribune, Nueva York, 523.

«Herbstnebel», operación, 508, 711.

Hersey, John, 637.

Hess, Rudolf, 67, 140, 214-216, 665, 668, 669, 671.

Heusinger, teniente general Adolf, 487.

Hewitt, contraalmirante Henry K., 374.

Heydrich, Reinhard, 308.

Hickam, aeródromo de, 264.

Hillman, Sidney, 244.

Hilton, James, 341.

Himalaya, el, 292-293.

Himarra, Albania, 199.

Himmeler, Heinrich, 19, 62, 67, 328, 493, 543, 544, 565, 669, 670.

Hindenburg, general Paul von, 230.

Hiranuma, barón Kichiro, 611, 676.

Hiro Hito, emperador, 259, 262, 643, 676, 685.

Hiroshima, Japón, 43, 628, 634-640.

Hitler, Adolfo, 16, 17, 26, 27, 35, 36, 37, 51; ayuda a Franco, 54; forma el Eje, 54-55; 59; causa de la disensión en Austria 59-60; desprestia los tratados, 61; se apodera



del mando supremo, 61-63; en Austria, 64-67; responsable de la segunda Guerra Mundial, 69-70; su carácter, 70-72; sus propósitos, 72-74; conquista Checoslovaquia, 76-82; firma el pacto de no agresión con Rusia, 83-86; en guerra contra Inglaterra y Francia, 89-90; conquista Dinamarca, 99; conquista Noruega, 99-107; conquista los Países Bajos, 108-116; conquista Francia, 127-133, 136-143; ofrece la paz a Inglaterra, 147-148; 150, 151; prepara la invasión de Inglaterra, 158-160; 164, 168, 176, 182, 184; envía a Rommel a África, 202; en los países balcánicos, 154-205; en Grecia, 205-208; 211, 212, 214, 215, 216; en guerra contra Rusia, 218-232; 235-238, 240, 241, 247, 268, 269; declara la guerra a EE. UU., 268-269; 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 313; resistencia contra Hitler, 313-320; 323, 324, 327, 328, 357, 360, 365, 366, 367, 368, 371, 384, 385, 387, 388, 389, 390, 394, 395, 396, 397, 399, 403, 412, 413, 416, 434, 435, 440, 446, 471, 472, 480, 481, 485; conjura para asesinar a Hitler, 486-489; 492-493, 494, 498, 504, 507, 508, 509, 512, 513, 527, 528, 533, 535, 557; últimos días, 560-568; 572, 573, 574, 650, 655, 656, 658, 664, 665, 681, 687. Véase también Alemania.

Hoare, sir Samuel, 46.

Hodges, teniente general Courtney H., 490, 499, 535.

Hoepner, general, 221.

Hohenzollern, puente, 531.

Holanda, 73, 108-113, 295, 309, 315, 317, 321, 471, 472, 501, 502, 529, 538, 543, 662.

Holtz, bahía de, 458.

Homma, teniente general Masaharu, 282.

Honduras, 269.

Hong Kong, 275, 288.

Honjo, barón general Shigeru, 676.

Honolulu, Hawai, 255-256, 266.

Hook de Holanda, 111.

Hoover, presidente Herbert, 35, 270.

Hopkins, Harry, 378, 384.

Horthy, almirante Nicolás, 541.

Hossbach, coronel, 72.

Hot Rocks, véase Rocas Calientes.

Howard, Roy W., 572.

Hudson, G. F., 525.

Huertgen, bosque de, 510.

Hukawng, valle del, 605.

Hull, Cordell, 58, 241, 245, 260-263, 273, 419.

Hull, Inglaterra, 156.

Hunan, provincia china, 607.

Hungría, 37, 46, 73, 81, 196-197, 203-204, 269, 522, 541, 679, 680, 681.

Huntziger, general Charles, 140.

Huon, península, 548.

Hurley, Patrick J., 524.

«Husky», operación, 423-429.

Ibérica, península, 49. Véase también España.

Icaro, 208.

Idaho, 663.

Ie Shima, 616.

Ijsselmeer, Holanda, 538.

Illinois, 510.

Imphal, Birmania, 605.

India, 191, 193, 291, 294, 299, 331, 332, 416, 447, 602, 603, 604, 605, 685.

Indias Orientales, 262.

Indias Orientales holandesas, 56, 258, 261, 282, 295, 296, 331, 451, 610.

Indico, océano, 295, 350.

Indochina, 58, 258, 261, 282, 331, 590.

Indonesia, 332, 610.

Indramayu, Java, 296.

Inglaterra, 17-25, 32-35; firma el Tratado de las Nueve Potencias, 40; 43-46; es neutral en España, 54; 60, 69, 73; apacigua a Hitler en Checoslovaquia, 78-80; 84, 86; en guerra contra Alemania, 89-90, 95-99, 103-106, 108-111; envía tropas a Bélgica, 115-120; Dunquerque, 120-126; en guerra contra Italia, 134; propone la unión franco-británica, 136-139; propuesta de paz de Hitler, 147-149; la batalla de Inglaterra, 149-158; la batalla naval, 163-190; en África, 193-195, 200-201; ayuda a Grecia, 198, 205-208; en Italia, 201-203; derrota en Creta, 208-211; 212, 215-218, 222, 235-237, 242; ley de Préstamos y Arriendos de EE. UU., 244-248; bloqueo del Japón, 259; en guerra contra el Japón, 275-281, 288-297; 298, 304, 315, 321-323; El

Alamein, 259-369; operación «An-torcha», 370-377; en Casablanca, 377-384; en Túnez, 385-388; en Dieppe, 400; 417, 422; en Sicilia e Italia, 424-449, 503-507; en Francia, 469-486, 489-492, 496-502, 509-513; en Alemania, 514, 518, 529-538, 557-560, 570; en el día de la victoria, 575, en Potsdam, 577-582, 679; en Birmania, 601-606; 624, 631, 642; después de la guerra, 652-653; 656, 658, 662, 664, 685. Véase también Churchill, Winston.

Inukal, Tsuyoshi, 57.

Irak, 203, 212.

Irán, 203, 212, 403, 418, 421.

Inauadi, río, 292, 602, 603.

Irlanda, 171, 323, 470.

Islandia, 107, 243, 251.

Ismay, general sir Hastings, 248, 378.

Italia, después de la primera Guerra Mundial, 22-23; desarrollo del ultranacionalismo, 27; firma alianzas, 33; 35-37; firma el Tratado de las Nueve Potencias, 40; subida de Mussolini al poder, 43-44; en Etiopía, 44-49; 53, 54, 59, 64, 66, 80, 95; invade Francia, 133; declara la guerra a Inglaterra, 134-137; en África, 193-195, 200-201; en Rumania, 197; en Grecia, 197-200; 201-203; en guerra contra EE. UU., 269, 271; en guerra contra las naciones sudamericanas, 269; 325, 330, 357; en El Alamein, 359-369; 383; en Túnez, 284-388; 419; en Sicilia, 425-427; ataque Aliado, 432-438; declara la guerra a Alemania, 438-449; 496, 503-507, 530, 533; muerte de Mussolini, 554-557; 581; impacto de la segunda Guerra Mundial, 650-652; 656, 663; tratado de paz con los Aliados, 679-682. Véase también Mussolini, Benito.

Iwo Jima, 355, 612-616, 623, 624, 627.

## J

Jackson, Robert H., 664, 666.

Jaluit, isla de, 464, 466.

Jaumala, 242.

James, Harry, 510.

Janina, Grecia, 257.

Japan Times and Advertiser, 266.

Japón, después de la primera Gue-

rra Mundial, 22-24; desarrollo del nacionalismo, 27; en la Conferencia Naval, 35; 40; en China, 40-43, 57-59; 46; se une al Eje, 55; conflictos internos, 55-57; ataca en Pearl Harbor, 256-258; relaciones con EE. UU., 258-262; declara la guerra a EE. UU. y a Inglaterra, 266-267; declara la guerra a los países sudamericanos, 269; ofensiva en Extremo Oriente, 275-298; propaganda, 330-331; gran esfera de prosperidad, 331-333; bombardeado por EE. UU., 337-341; en Midway, 341-347; en las Aleutianas, 347-348; en Guadalcanal, 351-355; 382, 383, 413, 414, 419, 420, 421; ataque a las islas conquistadas por los japoneses, 451-466; decisiones en Yalta relativas al Japón, 521-522, 524-525; 581, 582; contraofensiva contra el Japón, 583-628, 633-640; rendición, 640-645; después de la segunda Guerra Mundial, 650-652; causas de la derrota, 656-659; castigo de los crímenes de guerra, 675-678; tratado de paz, 684-686; 687, 688.

Jarkov, U.R.S.S., 404, 405, 407.

Jartum, 201.

Java, 294-296.

Java, mar de, 295, 344.

Jena, Alemania, 515.

Jerome, Jennie, 118.

Jiropa, Koki, 676.

Jodi, coronel general Alfred, 63, 480.

Joliot, Irène Curie, 630.

Joliot, J. Frédéric, 630.

Joló, mar, 590, 599.

Jones, brigadier Albert M., 284.

Jorge II, rey de Grecia, 198, 207, 322.

Joyce, William,

Judíos, 17, 67, 72, 269, 271, 310, 315, 317, 326, 327, 407.

Jülich, Alemania,

Juno, playa, 477, 478, 479.

Jüterbog, 78.

Jutlandia, batalla de, 173.

## K

Kabanatúan, campo de concentración, 600.

Kabushki, U.R.S.S., 228.

Kahili, 453, 454.

Kajitsu, Susumu, 621.



Kalach, U.R.S.S., 396.  
 Kalinin, U.R.S.S., 227.  
 Kaltenbach, Fred, 327.  
 Kaltenbrunner, Ernst, 665, 668, 669.  
 Kamchatka, península, 347.  
 Kamikazes, 591, 593, 617-623, 624.  
 Kang Teh, emperador, 42.  
 Kansas, 370.  
 Karlsruhe, Alemania, 536.  
 Kassel, Alemania, 536.  
 Kasserine, paso, 386.  
 Katelnikovo, U.R.S.S., 398.  
 Kattara, Egipto, depresión de, 359, 365.  
 Kattegat, 101.  
 Katyn, bosque de, 318, 322.  
 Keitel, mariscal Wilhelm, 61, 63, 140-141, 571, 576, 657, 666, 669.  
 Kellog-Briand, pacto, 34, 675.  
 Kemijärvi, Finlandia, 92.  
 Kemp, P. K., 81.  
 Kennedy, Edward, 572.  
 Kenney, general George C., 594, 611.  
 Kent, Inglaterra, 485.  
 Kenia, 44, 193-201.  
 Kerama Retto, 624.  
 Kesselring, mariscal Albert, 143-221, 365, 424, 445, 446, 504, 505, 533, 575.  
 Kiangsi, provincia china, 607.  
 Kiau Chou, China, 40.  
 Kichisaburo, almirante, 610.  
 Kidd, contraalmirante Isaac C., 265.  
 Kido, marqués Koichi, 676.  
 Kiel, Alemania, 183, 186.  
 Kiessling, 17.  
 Kiev, U.R.S.S., 227, 407, 539, 575.  
 Kimmel, contraalmirante Husband E., 273.  
 Kimura, almirante Shofuku, 460.  
 King, almirante Ernest J., 353, 378, 379, 380.  
 King, mayor C. K., 479, 480.  
 King, W. L. Mackenzie, 242.  
 Kingsmill, islas. Véase Gilbert, islas.  
 Kinkaid, vicealmirante Thomas C., 592, 593.  
 Kioto, Japón, 634.  
 Kipling, Rudyard, 289, 291.  
 Kirk Sound, 172-173.  
 Kirkpatrick, Helen, 154.  
 Kirkuk, pozos de petróleo de, 212.  
 Kishinev, U.R.S.S., 540.  
 Kiska, 297, 348, 458, 460.  
 Kitzbühel, Austria, 577.  
 Kiu Siu, islas, 618, 623, 624, 633, 640.  
 Kleinsorge, padre Wilhelm, 638.

Kleist, coronel general Ewald von, 115, 221, 576.  
 Kluge, mariscal Gunther von, 143, 405, 658.  
 Knossos, Creta, 208.  
 Knox, Frank, 243, 260, 266, 272, 453.  
 Knudsen, William, 244.  
 Koch, Ilse, 551.  
 Kodo, 55-56.  
 Koenigsberg, 13, 528, 542, 580.  
 Kohn, Hans, 695.  
 Koht, doctor, 101.  
 Kolschitz, Otto, 327.  
 Koiso, general Kuniaki, 41, 587, 617.  
 Kokura, Japón, 628, 634.  
 Kolombangara, 456.  
 Koniev, mariscal Iván, 542.  
 Konoye, príncipe Fumimaro, 58, 259-260, 611, 676.  
 Koo, Wellington, 422.  
 Kordt, Erich, 686.  
 Koritza, Albania, 199.  
 Kota Bharu, 275, 289.  
 Kotor, Yugoslavia, 204.  
 Kra, istmo de, 278, 289, 291.  
 Kramer, Josef, 551, 673.  
 Kreipe, general Werner, 687.  
 Kremlin, véase Rusia Soviética.  
 Kristiansand, Noruega, 104.  
 Krosigk, conde Lutz Schwerin von, 568, 571.  
 Krueger, general Walter, 599.  
 Krupp, Gustav, 666.  
 Krupp, fábricas de armas, 666, 673.  
 Kuajalein, 464, 465, 466, 585.  
 Kuangsi, provincia china, 607.  
 Kuantung, provincia china, 57, 607.  
 Kulbyshev, U.R.S.S., 227.  
 Kula, golfo, 456.  
 Kunming, China, 293, 603.  
 Kupiansk, U.R.S.S., 404.  
 Kure, atolón, 342.  
 Kuribayashi, general Tadamichi, 613.  
 Kuriles, islas, 256, 421, 460, 521, 685.  
 Kurita, vealmirante Takeo, 591, 592, 593.  
 Kursk, U.R.S.S., 404, 405.  
 Kurusu, Saburo, 260-262.  
 Kutno, Polonia, 15.  
 Kuusinen, Otto, 93, 97.  
 Kuzuu, Yoshihisa, 676.

## L

Lae, 457.  
 Ladoga, lago, 92, 96, 232.

La Follette, senador Robert M., 238.  
 La Habana, Cuba, 245.  
 La Haya, 30, 110, 111, 662.  
 La Maddalena, islote, 438.  
 Lampedusa, isla, 426.  
 Landberg, Morrie, 615.  
 Land's End, 149.  
 Langer, William L., 143, 274.  
 Langsdorff, capitán Hans, 174-176.  
 Laon, Francia, 499.  
 Lashio, 292.  
 Laurence, William L., 640.  
 Laval, Pierre, 46-47, 138, 312, 318, 660-662.  
 Lawrence, doctor Ernest O., 631.  
 Lawrence, lord Geoffrey, 664.  
 Leach, capitán, 280.  
 Leahy, almirante William D., 378.  
 Lebensraum (espacio vital), 23, 45.  
 Le Bourget, aeropuerto, 137.  
 Leclerc, general Jacques Philippe, 498.  
 Ledo, 603, 604, 605.  
 Leeb, mariscal Ritter Wilhelm von, 108, 143, 221, 227.  
 Leese, teniente general sir Oliver, 445.  
 Leipzig, Alemania, 536.  
 Le Luc, almirante Maurice Althanase, 140.  
 Lemkin, doctor Raphael, 550.  
 Lemp, Fritz-Julius, 161-162.  
 Lenin, Nicolás, 231.  
 Leningrado, U.R.S.S., 91, 97, 220, 227, 230-232, 307, 392, 394, 539.  
 «León Marino», operación, 158-160.  
 Leopoldo III, 113-116, 120-121, 321.  
 Leske, Gottfried, 151.  
 Letonia, 91, 540, 654.  
 Ley, doctor Robert, 17, 576, 666.  
 Leyte, isla, 590-599.  
 Leyte, batalla del golfo de, 590-598.  
 Líbano, 212, 319.  
 Libia, 193, 194, 200, 202, 205, 368, 385, 679, 680.  
 Licata, Sicilia, 428.  
 Lidice, 309, 577.  
 Lieja, Bélgica, 486, 499.  
 Liga de los Hermanos de la Sangre, 56.  
 Lille, Francia, 121, 499.  
 Limes, línea, 129.  
 Lindberg, Charles A., Jr., 238-240, 270.  
 Lingayen, 599.  
 Lingayen, golfo, 599.  
 Línosa, 426.

Linz, Austria, 543, 565.  
 Liorna, Italia, 505.  
 Lippstadt, Alemania, 535.  
 Liri, valle, Italia, 504.  
 Lisboa, Portugal, 52, 437.  
 List, Siegmund Wilhelm, 576.  
 Lituania, 91, 540, 542, 654.  
 Litvinov, Máximo, 85, 222.  
 Livarot, Francia, 493.  
 Liverpool, Inglaterra, 162.  
 Locarno, Suiza, 33, 61, 113.  
 Lockard, Joseph L., 257.  
 Lodz, Polonia, 15.  
 Lohm, Checoslovaquia, 543.  
 Lohr, río, 137, 476.  
 Lokuchau, China, 57.  
 Lombardia-Venecia, llanura, 440.  
 Londres, Inglaterra, 59, 79, 86, 89, 87, 103, 105, 113, 116, 125, 133, 151-157, 178-179, 236, 298, 314, 321, 322, 323, 324, 425, 485, 547, 572, 679, 683.  
 Long Island, 301.  
 Longstop, 387.  
 Lorient, Francia, 491, 500, 515.  
 Lorena, 25.  
 Los Álamos, Nuevo México, 632.  
 Los Baños, campo de concentración, 600.  
 Lovaina, Bélgica, 115.  
 Lovaina, biblioteca, 444.  
 Lübeck, Alemania, 538, 559.  
 Lublin-Maidanek, campo de concentración, 545.  
 Lublin, Polonia, 16, 322.  
 Luching, Borneo, 295.  
 Luckenwalde, campo de concentración, 545.  
 Ludendorff, puente, 532.  
 Luftwaffe, 13, 61, 101, 114, 121, 131, 150-160, 189, 207-211, 221, 232, 324, 393, 397, 398, 405, 476, 510, 513, 514, 517, 518, 531, 533, 568, 571, 573.  
 «Lumberjack», operación, 530, 531.  
 Luxemburgo Gran Ducado de, 108, 116-129, 321, 511.  
 Luzón, 282, 284, 589, 591, 599, 600, 622.  
 Lwow, Polonia, 15, 16, 540.  
 Lyon, Francia, 497.  
 Lytton, comisión, 42.

## M

Maas, río, 501, 502, 530.  
 Maestricht, puente, 114.



Mac Arthur, general Douglas, 261, 282, 283, 284, 285, 286, 296, 350, 370, 371, 451, 455, 457, 524, 588, 589, 590, 594, 599, 601, 613, 641, 642, 643, 676, 685.  
 Macassar, estrecho, 295.  
 Madang, Nueva Guinea, 588.  
 Madariaga, Salvador de, 51.  
 Madonie, montes, 423.  
 Madrid, 51, 52, 103.  
 Magdeburgo, Alemania, 536.  
 Magic, 261-262.  
 Maginot, André, 128.  
 Maginot, línea, 108-109, 128-129, 137, 148.  
 Magnitogorsk, U.R.S.S., 391.  
 Maguncia, Alemania, 530, 534.  
 Maikop, 307, 393.  
 Maisel, general Ernst, 494.  
 Makin, 461.  
 Malaca, 275, 278, 281, 289, 291, 333, 590, 607.  
 Maleme, Creta, 211.  
 Malinovsky, general Rodion, 398.  
 Malta, 193, 290, 426, 438, 443.  
 Manchester, Inglaterra, 156.  
 Manchukuo, 42, 261, 332.  
 Manchuria, 40-43, 56, 421, 521.  
 Manchuria, ferrocarril del sur de, 41, 521.  
 Mandalay, 291.  
 Mandalay, Birmania, 603, 604, 605.  
 Manhattan, proyecto, 631-638.  
 Manila, 281, 282, 283, 288, 500, 599, 677.  
 Manila, bahía de, 281, 288.  
 Mannheim, Alemania, 534, 536.  
 Mannerheim, mariscal Karl von, 91.  
 Mannerheim, línea, 91-92, 95-96, 539.  
 Manstein, mariscal Erich von, 160.  
 Manteuffel, general Hasso von, 529, 687.  
 Maquavelo, Nicolás, 493.  
 Maquis, los, 314, 318, 496.  
 Marco Polo, puente, 57.  
 Marcus, isla, 610.  
 Mareth, línea, 386, 387.  
 Margival, Francia, 482, 486.  
 Marianas, islas, 277, 451, 461, 583-587, 588, 612, 613, 635.  
 Mariveles, bahía, 288.  
 Marne, río, 123, 133, 499, 500.  
 Marruecos, 50, 52, 53, 374, 375, 376, 384.  
 Marsala, Sicilia, 428.  
 Marsella, Francia, 496.  
 Marshall, general George C., 256, 272, 285, 305, 379, 417, 424, 429, 533, 594, 631, 633, 655, 656, 659, 683, 687.  
 Marshall, islas, 451, 461, 464, 466, 588, 610, 695.  
 Martabán, golfo de, 292.  
 Marx, Carlos, 26.  
 Masaryk, Jan, 321.  
 Masarik, Thomas, 76, 321.  
 Masefield, John, 122.  
 Massacre, bahía, 458.  
 Mast, general Charles Emmanuel, 372.  
 Matapán, cabo, 202.  
 Mateur, 387.  
 Matthews, Herbert L., 444.  
 Maxwell-Fyfe, sir David, 664.  
 Mc Auliffe, general de brigada Anthony, 512.  
 McCormick, coronel Robert R., 238.  
 Mediterráneo, mar, 43, 52, 191-195, 197, 208, 305, 360, 382, 385, 392, 419, 424, 425, 472, 496.  
 Mein Kampf, 59, 72, 90, 128, 143, 148, 215, 269, 306, 550, 574.  
 Meitner, Dr. Lise, 630.  
 Melbourne, Australia, 296.  
 Melito, Italia, 441.  
 Memel, Lituania, 542.  
 Memorias (del mariscal Montgomery), 686-692.  
 Menelik II, 44.  
 «Mercado Jardín», operación, 501.  
 Mers el Kebir, 374.  
 Mersa Matruh, Egipto, 195, 200, 368.  
 Merseburgo, Alemania, 518.  
 Merrill, general de Brigada Frank D., 602, 603, 605.  
 Mesina, Sicilia, 423, 428.  
 Mesina, estrecho de, 423, 426, 441.  
 Messerschmitt, Willi, 216.  
 Mestre, Italia, 507.  
 Metaxas, línea, 198, 205.  
 Metaxas, Johannes, 198-199.  
 Metz, Francia, 138, 500, 509.  
 México, 270, 304.  
 México, ciudad, 270.  
 Meyer, teniente Cord, 465.  
 Miguel, rey, 197.  
 Midway, isla, 263, 275, 277, 341-347, 454, 458.  
 Mihalovich, general Draja, 320, 322.  
 Miklas, Wilhelm, 64-65.  
 Mikolajczyk, Stanislaw, 322.  
 Milán, Italia, 554, 555.  
 Milch, mariscal Erhard, 143.  
 Mindanao, 285, 589, 599, 601.

Mindanao, mar, 599.  
 Mindoro, 599.  
 Mindoro, estrecho, 592.  
 Minsk, U.R.S.S., 222, 540.  
 Miquelón, isla, 319.  
 Missouri, 641, 643.  
 Mitscher, vicealmirante Marc A., 584, 589.  
 Mitsubishi, 23, 675.  
 Mitsui, 23, 56, 675.  
 Mocksville, Carolina del Norte, 635.  
 Model, mariscal Walther, 499, 535.  
 Modlin, Polonia, 15, 16.  
 Moehne, presa, 515.  
 Mogilev, U.R.S.S., 540.  
 Mohammed Ali Jinnah, 298.  
 Mola, general Emilio, 103.  
 Molotov, Viacheslav, 16, 85, 91, 419, 421, 578, 679, 682.  
 Moltke, conde Helmuth von, 488.  
 Molucas, 588.  
 Monastir, 205.  
 Monfalcone, Italia, 507.  
 Mongolia Exterior, 521.  
 Monschau, Francia, 509.  
 Montana, 238, 267.  
 Montebourg, Francia, 478.  
 Montellmar, Francia, 497.  
 Montevideo, 173, 175-177.  
 Montgomery, mariscal Bernard L., 356, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 369, 386, 387, 425, 428, 441, 443, 445, 490, 499, 511, 518, 529, 538, 569, 686, 688-692.  
 Montmédy, Francia, 128, 131.  
 Montreal, Canadá, 162.  
 Moravia, 76, 81.  
 Moravská Ostrava, Checoslovaquia, 543.  
 Morell, Dr. Theodor, 563.  
 Morgan, general sir Frederick, 569.  
 Morgenstern, George, 273.  
 Morison, Samuel Eliot, 352, 464, 593, 598.  
 Mortain, Francia, 491.  
 Mosa, río, 114, 115, 129, 144, 510, 530.  
 Moscicki, Ignacio, 17.  
 Moscú, 15, 53, 82, 85-86, 92, 96, 219, 222, 226-232, 320, 322, 392, 394, 400, 405, 407, 418, 419, 572, 617, 679, 682.  
 Moscú, pacto de, 15, 17, 91, 419.  
 Mosela, río, 114, 530.  
 Moss, Noruega, 102.  
 Mosul, pozos petrolíferos de, 212.  
 Moulmein, 291 292.

Mountbatten, lord Louis, 211, 378, 451, 604.  
 Mühlheim, Alemania, 515, 585.  
 Muiden, Holanda, 111.  
 Mukden, 42, 43, 45.  
 «Mulberries», 483.  
 Mulde, río 536, 543.  
 Mulhouse, Francia, 129.  
 Munda, 455, 456.  
 Munich, Alemania, 36, 80, 517, 536, 550.  
 Murmansk, U.R.S.S., 185, 188, 232, 250, 402, 418.  
 Murphy, Robert D., 372.  
 Murrow, Edward, 122, 155, 549.  
 Murua, Yoshiaki, 270.  
 Mussert, Anton Adrian, 109, 311, 662.  
 Mussolini, Benito, 23, 27, 43-51; ayuda a Franco, 53; forma el Eje, 54; 59, 64, 66, 79, 133-136; en África, 193-195, 200-203; 196; derrota en Grecia, 197-200; 202, 208, 223; declara la guerra a EE. UU., 268-269; 357, 367, 387, 388, 425; es depuesto, 432-436; rescatado por Hitler, 438-439; muerte, 554-557, 656. Véase también Italia.  
 Mussolini, Vittorio, 48.  
 Myitkyina, Birmania, 604.

## N

Naciones Unidas, 306, 321, 324, 421, 469, 526, 649, 664, 680, 695.  
 Nagasaki, Japón, 628, 634.  
 Nagoya, Japón, 340, 633.  
 Nagumo, vicealmirante Chuichi, 256, 343, 345, 346, 347, 585.  
 Naha, Okinawa, 625, 626.  
 Nairobi, Kenia, 201.  
 Nakagusuku, bahía de, 625.  
 Nakamura, Hatsuyo, 637.  
 Namsos, Noruega, 104.  
 Namur, Bélgica, 115, 465.  
 Nancy, Francia, 500.  
 Nankin, China, 42, 58.  
 Nápoles, bahía de, 441.  
 Nápoles, Italia, 441, 443, 444, 445.  
 Nápoles, Universidad de, 444, 445.  
 Napoleón, 158, 218-219.  
 Narew, río, 14.  
 Narvik, Noruega, 98, 101, 103, 104, 188.  
 Nash, Ogden, 40.  
 National Zeitung, 153.  
 Nauru, islas, 610.



Nebrodi, montes, 423.  
 Negro, mar, 392, 539.  
 Negros, 599.  
 Nehru, Jawaharlal, 602.  
 Neisse, río, 581.  
 Nelson, Donald M., 303.  
 Nettuno, Italia, 446.  
 Neuchâteau, fortaleza de, 115.  
 Neurath, Konstantin von, 107, 308, 665, 669.  
 Neva, río, 230.  
 New York Times, 19, 80, 174, 240, 352, 444, 543, 549, 554, 640, 673.  
 New Yorker, The, 153, 637.  
 Nicaragua, 269, 270.  
 Nicolás II, zar de Rusia, 30.  
 Niemen, río, 540.  
 Nietzsche, 72.  
 Nilgata, Japón, 628, 634.  
 Nikolaus, teniente general, 576.  
 Nimega, Holanda, 501, 530.  
 Nimitz, almirante Chester W., 343, 344, 346, 347, 350, 415, 452, 457, 465, 524, 588, 596, 597, 627, 642.  
 Nipón, véase Japón.  
 Nishimura, vicealmirante S., 592.  
 Nixon, J. R. N., 177-178.  
 Niza, Francia, 440, 496.  
 Noël, Léon, 140.  
 Nokitchenko, general mayor Johann T., 664.  
 Nomura, almirante Kichisaburo, 260-263.  
 Nordhausen, campo de concentración, 545.  
 Normandía, 131, 431, 471-480, 489-492, 493, 494, 658.  
 Norteamérica, 247.  
 Norte, cabo, 187.  
 Norte, canal, 180.  
 Norte, mar, 11, 113.  
 Noruega, 167, 170-171, 184, 188-189, 250, 311, 315, 321, 324, 485, 631, 662.  
 Novgorod, U.R.S.S., 539.  
 Novorossisk, U.R.S.S., 393.  
 Nueva Bretaña, 295, 296, 349, 458, 466, 588.  
 Nueva Caledonia, 296, 347, 350, 455.  
 Nueva Georgia, 456.  
 Nueva Guinea, 295, 296, 349, 455, 457, 458, 466, 588, 589, 610, 613.  
 Nueva Irlanda, 296, 455.  
 Nueva Orleans, Louisiana, 270.  
 Nueva York, ciudad de, 239, 327, 680.  
 Nueva York, Estado, 238, 242.

Nueva Zelanda, 193, 268, 296, 247, 447.  
 Nuevo México, 632, 635.  
 Nuremberg, Alemania, 63, 515, 517, 536.  
 Nuremberg, proceso, 73, 546-551, 663-675.  
 Nye, senador Gerald P., 234, 238.  
 Nygaarsvold, Johan, 103.

## O

Oahu, 257, 263, 658.  
 Oak Ridge, Tennessee, 632.  
 Oberg, general Karl, 576.  
 Oberusel, campo de concentración, 545.  
 O'Brien, T. H., 152.  
 Ocean, islas, 610.  
 Oceanía, 319.  
 Oder, río, 528, 581.  
 Odesa, U.R.S.S., 227.  
 O'Donnell, campo de concentración, 287.  
 Ogdensburg, Nueva York, 242.  
 Ohrdruff, campo de concentración, 545.  
 Olse, río, 131.  
 Okada, almirante Ketsuke, 57, 612.  
 Okinawa, 355, 588, 594, 617, 623-628.  
 O.K.W., 63, 227.  
 Oldendorf, contraalmirante Jesse B., 592.  
 «Olympic», operación, 628.  
 Omaha, costa de, 477, 479, 481.  
 Omsk, U.R.S.S., 391.  
 O'Neill, H. V., 560.  
 Onishi, vicealmirante Takijiro, 618, 619.  
 Oodweina, 194.  
 Oppenheimer, Dr. J. Robert, 631.  
 Orán, Argelia, 147, 374, 375, 386.  
 Oraní, 286.  
 Oregón, 458.  
 Orel, U.R.S.S., 227, 404, 405, 407.  
 Oriente, 288.  
 Oriente Medio, 28, 191, 196, 211-213, 361.  
 Orcadas, Escocia, 172.  
 Orleans, Francia, 138, 498.  
 Ormoc, 598.  
 Orne, río, 479.  
 Orsha, U.R.S.S., 540.  
 Orwell, George, 53.  
 Oscarsborg, Noruega, 102-103.  
 Oslo, fiordo, 101, 102, 103.

## P

Oslo, Noruega, 101, 102, 103, 662.  
 Ostende, Bélgica, 500.  
 Ostland, 309.  
 «Overlord», operación, 369, 418, 419, 445, 470, 485, 515.  
 Owen Stanley, montes, 349.  
 Oxenius, general Wilhelm, 569.  
 Ozawa, vicealmirante Jisaburo, 591, 593, 594, 595.  
 Pablo, príncipe de Yugoslavia, 204.  
 Pacífico Central, 337-347, 349, 458, 461-464, 488.  
 Pacífico del Norte, 347-348, 458-460.  
 Pacífico, océano, 241, 256, 259, 262, 266, 277, 281, 296, 331, 337, 342, 402, 421, 427, 450-466, 583-601, 608, 610.  
 Pacífico sudoccidental, teatro de operaciones, 349, 451, 452-458, 583.  
 Pacto Tripartito, 203.  
 Paderborn, Alemania, 535.  
 Padua, Italia, 507.  
 Países Bajos, 11, 106, 108-117, 471, 689.  
 Palatinado, río, 534.  
 Palau, islas, 589, 610.  
 Palermo, Sicilia, 423, 428.  
 Palestina, 193, 208, 212.  
 Pampagna, 286.  
 Panamá, canal de, 28, 269, 304.  
 Panay, 599.  
 Panay, lancha cañonera, 58.  
 Pantellaria, 426.  
 Panter-Downes, Mollie, 153.  
 Papen, Franz von, 63, 576, 665, 669.  
 París, Francia, 37, 86, 108, 131-133, 136-137, 422, 476, 497, 554, 576, 680, 689.  
 Parma, Italia, 441.  
 Parsons, capitán William S., 635, 636, 638.  
 Pasco, Washington, 632.  
 Patch, teniente general Alexander M., 496, 500.  
 Patrás, Grecia, 198.  
 Patton, general de división George S., Jr., 374, 386, 425, 428, 430-431, 445, 490, 491, 497, 500, 511, 536-538, 543, 689, 691.  
 Paulus, general Friedrich von, 394, 396, 397, 398, 399.  
 Pavia, Italia, 441.  
 Pearl Harbor, 230, 242, 255-257, 259-

266, 270-273, 349, 350, 450, 451, 454, 586, 643.  
 Pedro, rey de Yugoslavia, 204, 322.  
 Peenemünde, 485.  
 Peiping, China, 42.  
 Peleliu, islas, 589.  
 Pelley, William Dudley, 301.  
 Pentland, fiordo, 172.  
 Pequeño S. Bernardo, paso, 680.  
 Percival, teniente general sir Arthur Ernest, 290, 642.  
 Perkins, Dexter, 274.  
 Perry, comodoro Matthew Calbraith, 623, 641.  
 Pérsico, golfo, 212, 402.  
 Perugia, Italia, 507.  
 Petacci, Clara, 554, 555.  
 Pétain, mariscal Henri, 52, 131, 138, 312, 375, 376, 660, 661.  
 Petsamo, Finlandia, 92, 96, 540.  
 Phillips, vicealmirante sir Tom, 278, 280.  
 Piamonte, Italia, 504.  
 Pilón del Azúcar, 625-626.  
 Pio XII, 552.  
 Pirineos, 471.  
 Pisa, Italia, 505.  
 Pittsburgh, Pensilvania, 247.  
 Placencia, bahía Terranova, 248.  
 Planck, Max, 629.  
 Planetta, Otto, 67.  
 Platón, 29, 38, 694.  
 Ploesti, campos petrolíferos, 416, 515.  
 Plön, Alemania, 568.  
 Plötzensee, prisión de, 489.  
 Plymouth, Inglaterra, 156.  
 Po, valle del, Italia, 507.  
 Pogradets, Albania, 199.  
 Poincaré, Jules Henri, 629.  
 Pokrovsky, coronel Yuri, 664.  
 Polonia, 14-19, 28, 33, 37, 73, 81, 83-89, 97, 307, 308, 309, 314, 317, 318, 322, 323, 440, 522, 524, 525, 526, 540, 541, 542, 580, 581, 654, 685.  
 Pomerania, 11.  
 Pontecorvo, Italia, 504.  
 Pontinas, lagunas, 504.  
 Pontise, fuerte de, 115.  
 Ponzá, isla de, 538.  
 Portkala-Udd, 682.  
 Port Arthur, 521.  
 Port Darwin, Australia, 283, 286, 396, 457.  
 Port Moresby, Australia, 349, 457.  
 Port Said, Egipto, 359.  
 Portal, mariscal sir Charles, 248, 378, 379.



Portsmouth, Inglaterra, 182.  
 Portugal, 40, 52, 302, 325.  
 Potsdam, Conferencia de, 577-582, 635, 679.  
 Pound, almirante sir Dudley, 378.  
 Pound, Ezra, 663.  
 Praga, Checoslovaquia, 78, 79, 81.  
 Pravda, 92.  
 Prien, teniente, 171-173.  
 Primera Guerra Mundial, 11-12, 17-19, 30-37, 60, 76, 102, 109, 119, 122, 127, 128, 139-140, 163-168, 173, 196, 200, 230, 265, 349, 383, 444, 572, 678, 693.  
 Primo de Rivera, capitán general, 50.  
 Primo de Rivera, José Antonio, 50.  
 Prince of Wales, 178, 248, 277, 278, 279, 280, 281.  
 Protocolos de los Ancianos de Sión, 72.  
 Provenza, Francia, 496.  
 Prusia Oriental, 11, 357, 394, 508, 528, 529, 540, 542, 580, 581.  
 Pueblo, Colorado, 31.  
 Pulitzer, premio, 96.  
 Pu-yl, Henry, 42, 332.  
 Pyle, Ernie, 616-617.

## Q

«Quadrant», 418.  
 Quebec, Canadá, 162, 419, 603.  
 Quinto Fabio Máximo, 220.  
 Quisling, comandante Vidkun, 103, 104, 309, 311, 316, 662.  
 Qyaret el Hemelmat, 359.

## R

Rabaul, Nueva Bretaña, 295, 349, 351, 452, 453, 455, 457, 458, 589.  
 Raczkiewicz, Wladislaw, 17.  
 Raeder, almirante Erich, 140, 168, 666, 669.  
 Ramsay, vicealmirante Bertram, 122.  
 Rangún, Birmania, 291, 292, 604, 605.  
 Rankin, Jeanette, 267.  
 Rápido, río, 441, 504.  
 Rauch, Basil, 274.  
 Red Ball Express, 499.  
 Regen, 543.  
 Regensburg, Alemania, 518.  
 Reggio di Calabria, Italia, 441.  
 Reichenau, mariscal Von, 143.  
 Reichstadt, duque de, 661.  
 Reichstag, 77, 268. Véase también Alemania.

Reichswehr, 62, 63. Véase también Alemania.  
 Reijiro Wakasuki, Gabinete, 42.  
 Reims, Francia, 132, 500, 569, 571, 572, 692.  
 Remagen, Alemania, 531, 532, 533, 534.  
 Rembang, 296.  
 Rendova, isla, 456.  
 Rennes, Francia, 491.  
 Repulse, crucero de batalla, 277, 278, 279, 280, 281.  
 Revolución Francesa, 28, 50.  
 Reynaud, presidente del Consejo M. Paul, 131, 134, 136-138.  
 Reynolds, Quentin, 132.  
 Reza Pahlevi, sha, 213.  
 Ribbentrop, Joachim von, 16, 140, 568, 571, 664, 669, 670-671, 686.  
 Richland, Washington, 632.  
 Ried, Austria, 543.  
 Riga, Letonia, 540.  
 Rimini, Italia, 434, 505.  
 Rin, río, 33, 34, 501, 529-534, 658.  
 Río de Janeiro, conferencia, 303.  
 Rlu Kiu, archipiélago, 623, 624.  
 Riviera, la, 133, 496.  
 Ródano, valle del, 497.  
 Rodas, isla de, 681.  
 Roer, río, 531.  
 Roi, isla, 465.  
 Rojo, mar, 194, 201, 212.  
 Rokossovsky, mariscal Constantino, 541, 542.  
 Roma, Italia, 43, 51, 60, 133, 194, 197, 432, 435, 437, 441, 445, 446, 504, 505, 643.  
 Rommel, general Erwin, 202, 357-369, 385-387, 440, 472, 473, 480, 481, 482, 488, 492-494, 657, 658.  
 Rómulo, coronel Carlos, 590.  
 Rooke, islas, 458.  
 Roosevelt, Franklin D., 46, 54, 90, 96, 136, 137, 205; proclama su neutralidad, 135-136; el programa de cuatro puntos, 241-247; firma la Carta del Atlántico, 248-250; congela los bienes japoneses, 259; 260, 262, 266, 272-274, 285, 299, 302, 303, 306, 319, 322, 341, 369; en Casablanca, 377-384; en la reunión de los Tres Grandes, 417-422; 429, 432, 438, 475, 507; en Yalta, 518-527; muerte, 551-554; 559, 631, 687, 688. Véase también Estados Unidos.

Rosenberg, Alfred, 309, 576, 665, 669, 671.  
 Rosenberg, Ethel, 635.  
 Rosenberg, Julius, 635.  
 Rosenthal, Joe, 616.  
 Rostov, U.R.S.S., 392-393, 404.  
 Rotterdam, Holanda, 111.  
 Rouen, Francia, 499.  
 «Roundup», operación, 418.  
 Royal Air Force (R.A.F.), 120-123, 150-153, 157-159, 204, 212, 360, 365, 367, 425, 476, 485, 490, 514-518, 530, 557.  
 Royal Oak, 172.  
 Ruhr, valle del, 515, 530, 534-536.  
 Ruhrort, Alemania, 535.  
 Rumania, 15, 16, 17, 196-197, 204, 269, 307, 309, 416, 515, 522, 540, 580, 654, 679, 680, 681.  
 Runciman, lord, 78.  
 Runstedt, mariscal Gerd von, 11, 15, 143, 221, 227, 472, 480, 481, 482, 494, 509, 510, 511, 512, 518, 533, 657, 658.  
 Rupel, paso del, 205.  
 Rusia Soviética, en Polonia, 15-17; 21, 32; firma alianzas, 33-41; en España, 53; 66, 78, 83; pacto de no agresión con Alemania, 83-86; tratados militares con los países Bálticos, 91; en Finlandia, 91-97; expulsada de la Sociedad de Naciones, 93; 160; pacta con los Aliados, 185-186; 196, 203, 212-213; en guerra contra Alemania, 218-232, 389-407; firma la Carta del Atlántico, 250; 268, 304, 307, 318, 347, 348, 368, 377, 382, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422; en Yalta, 518-527; en Alemania y territorios ocupados, 528, 538-544, 557-560, 569-572; en Potsdam, 577-582; 617, 635, 650; impacto de la segunda Guerra Mundial, 653-654; 657, 664, 672, 679-686, 687.  
 Russell, islas, 455.  
 Rutenia, 78, 81.  
 Rutherford, lord, 629.  
 Ryan, Cornelius, 479.  
 Rybach, península, 96.  
 Ryder, general de división Charles W., 374.  
 Rytli, Rysto, 311.  
 Rzhev, U.R.S.S., 405.

## S

S. A., las, 664, 665.

Sahara, desierto de, 498.  
 Saint Germain, Tratado de, 59.  
 Saint Laurent-sur-Mer, Francia, 483.  
 Saint Ló, Francia, 490, 491.  
 Saint Malo, Francia, 491.  
 Saint Nazaire, Francia, 500, 515.  
 Saint Pierre, 319.  
 Sainte Mère Église, Francia, 477.  
 Sajalin, 421, 521, 685.  
 San Jorge, canal de, 180.  
 Saipán, 585, 586, 587, 588, 613.  
 Saito, almirante Makoto, 57.  
 Saito, teniente general Yoshitsugu, 585.  
 Salamaua, 457.  
 Salazar, Antonio de Oliveira, 325.  
 Salerno, 441.  
 Sallente, batalla del, 510-513.  
 Salla, región, 96.  
 Salle, río, 536.  
 Salomón, islas, 297, 349, 351, 353, 455-457, 466, 588, 610.  
 Salónica, Grecia, 205.  
 Saluén, río, 292, 603.  
 Salvador, El, 269.  
 Samar, 591.  
 Samurai, 24, 40, 619, 626.  
 San Bernardino, estrecho de, 590, 591, 595, 596.  
 San Fernando, 284, 286.  
 San Francisco, California, 260, 324, 520.  
 San Giovanni, Italia, 441.  
 San, río, 14.  
 Sanananda, 457.  
 Sand, isla, 344.  
 Sangro, río, 441.  
 Sanjurjo, general José, 51, 52.  
 Santa Cruz, isla, 363.  
 Santa Fe, Nuevo México, 635.  
 Santa Ilucia, 242.  
 Santi Quaranta, Albania, 199.  
 Sapporo, Japón, 634.  
 Sarana, bahía de, 459.  
 Sarre, 60.  
 Sarre, río, 534.  
 Sasaki, Dr. Terufumi, 638.  
 Sasaki, Toshi, 638.  
 Sasebo, Japón, 588.  
 Saseno, isla de, 681.  
 Sauckel, Fritz, 665, 669.  
 Savo, isla, 354.  
 Sbeitla, 386.  
 Scapa Flow, 172-173.  
 Schacht, Hjalmar, 665, 669-670.  
 Scharnhorst, el, 184-185.  
 Schiller, 548.



- Schirach, Baldur von, 665, 669.  
 Schlesinger, Arthur M., Jr., 274.  
 Schmeling, Max, 209.  
 Schmidt, general Harry, 613.  
 Schmidt, Paul, 61, 687.  
*Schnorkel*, el, 183.  
 Schoerner, Ferdinand von, 576.  
*Scholastic*, 21.  
 Schopenhauer, 72.  
 Schuschnigg, Kurt von, 63-64, 65.  
 Schwammanuel Dam, 531.  
 Schweinfurt, Alemania, 536.  
*Seabees*, 453, 464.  
 Sebastopol, 227, 392-393, 539.  
 Sechuan, provincia de China, 606.  
 Sedán, Francia, 115, 499.  
 Sede, Santa, 434.  
 Semmering, montes, 365.  
 Sena, río, 471, 476, 492, 498, 499.  
 Serafimovitch, U.R.S.S., 396.  
 Servia, 309.  
 Severeid, Eric, 439, 446.  
 Sevez, general François, 569.  
 Sevilla, España, 52.  
 Seyss-Inquart, Arturo von, 63, 64, 65, 309, 317, 665, 669.  
 Shakespeare, William, 653.  
 Shan, Estados, 292.  
 Shanghai, 58, 607.  
 Sangri-La, 341.  
 Sherwood, Robert E., 96, 274, 519, 523, 525, 551, 688.  
 Shigemitsu, Mamoru, 641, 642.  
 Shima, vicealmirante Kiyohide, 597, 598.  
 Shimonoseki, estrecho de, 623.  
 «Shingle», operación, 446.  
 Shirer, William L., 98.  
 «Sho-Gow», operación, 588, 595.  
 Short, general Walter C., 272.  
 Shoup, coronel David Monroe, 462.  
 Siam, 56, 278. Véase también Tailandia.  
 Siam, golfo de, 261.  
 Siberia, 347, 391, 402, 403, 527.  
 Sicilia, 380, 384, 385, 423-430, 442, 445, 681.  
 Sidi Barrani, Egipto, 195, 200-201.  
 Sierra Madre, montañas, 601.  
 Sigfrido, línea, 129, 499, 500.  
 Silesia, 11, 76, 528.  
 Simovic, general Dusan, 204.  
 Simpson, teniente general William H., 535.  
 Singapur, 275, 277, 278, 281, 288-290, 291, 296, 350, 590, 604, 610.  
 Singora, Tailandia, 275, 289.  
 Siracusa, Sicilia, 423, 428.  
 Siria, 203, 212, 319.  
 Sittang, río, 292.  
 Skafia, Creta, 211.  
 Skagerrak, 98, 101, 167.  
 Skorzeny, coronel Otto, 438, 439, 510.  
 «Sledgehammer», operación, 369, 418.  
 Slim, teniente general sir William J., 613.  
 Smigly-Rydz, mariscal Edward, 17.  
 Smith-Connally, ley contra la huelga, 302.  
 Smith, general Walter Bedell, 473, 533, 570, 689.  
 Smith, Kingsbury, 671, 673.  
 Smith, ley, 243.  
 Smith, teniente general Holland M., 587.  
 Smolensko, U.R.S.S., 227, 318, 405, 407, 540.  
 Smuts, Jan, 30.  
 Sociedad de Naciones, 30-36, 42-46, 48-49, 55, 60-61, 65, 93.  
 Soekarno, Achmed, 332.  
 Sofia, Bulgaria, 203.  
 Solssons, Francia, 482.  
 Sokorski, general Wladislaw, 17, 322.  
 Solingen, Alemania, 535.  
 Somalia británica, 44-45, 194.  
 Somalia francesa, 44, 194.  
 Somalia italiana, 44-48, 194, 201, 680.  
 Somervell, teniente general Brehon B., 378.  
 Somerville, vicealmirante sir James F., 147.  
 Somme, río, 128, 131, 499.  
 Songgram, Luang Pibul, 332.  
 Souk el Arba, 386.  
 Spaatz, general Carl A., 569, 571, 628, 633, 692.  
 Speer, Albert, 563, 665, 669.  
 Speidel, teniente general Hans, 362, 482, 483.  
 Sperrle, mariscal Hugo, 143.  
 Spitzbergen, 188.  
 Sprague, contraalmirante C. A. F., 593.  
 Spruance, contraalmirante Raymond A., 343, 466, 624.  
 S.S., las, 309, 494, 565, 664, 671.  
 St. Brunst, Checoslovaquia, 543.  
 Stagg, capitán J. M., 473.  
 Stalin, José, 15, 53; firma el pacto de no agresión con Hitler, 83-86; firma tratados militares con los países bálticos, 91, 95-97, 185-186, 220, 223; 320, 322, 369, 399; pide

- un segundo frente, 400-401; 407; en la reunión de los Tres Grandes, 417-422; en Yalta, 518-527; en Potsdam, 577-582; 635, 654, 687. Véase también Rusia soviética.  
 Stalingrado, U.R.S.S., 220, 231, 368, 377, 392, 393, 394-400, 528, 539, 654, 657.  
 Stark, almirante Harold R., 272.  
 Starzynski, comandante Stefan, 15.  
 Stauffenberg, coronel conde Claus Schenck von, 487, 488.  
 Stauning, Thorvald, 101.  
 Stavanger, Noruega, 101.  
 Stern, general Grigori, 95.  
 Stettinius, Edward R., Jr., 422.  
 Stilwell, teniente general Joseph W., 292, 294, 451, 602, 603, 604, 605, 607, 626, 687.  
 Stimson, Henry L., 43, 243-244, 261, 272, 631, 634.  
 Stowe, Leland, 104.  
 «Strangle», operación, 504.  
 Strassmann, Dr. Fritz, 630.  
 Strauss, general, 221.  
 Streicher, Julius, 576, 665, 669, 671-673.  
 Stresa, conferencia de, 60.  
 Stuepnagel, general Karl Heinrich von, 494.  
 Stuepnagel, general Otto von, 309.  
 Stumme, general Georg von, 365, 366.  
 Stumpf, general Hans von, 571.  
 Stuttgart, Alemania, 517, 536.  
 Suda, golfo de, 208, 211.  
 Sudán, 44, 193, 201.  
 Sudetes, país de los, 76-80.  
 Suecia, 31, 70, 96, 302, 316, 324.  
 Suez, 191, 193, 201, 203, 211, 212, 359, 365.  
 Suez, canal de, 194, 212, 363.  
 Suiza, 28, 67, 70, 99, 113, 129, 302, 323, 324, 497, 536.  
 Sumatra, 296.  
 Sumitoma, corporación, 675.  
 Suomalaimi, Finlandia, 92.  
 Surabaya, Java, 283, 296.  
 Suri, Okinawa, 625.  
 Suribachi, monte, 612, 615.  
 Surigao, estrecho de, 591, 592, 597, 599.  
 Suslaparov, general Iván, 569.  
 Sussex, Inglaterra, 485.  
 Sverdlovsk, U.R.S.S., 391.  
 Swinemünde, 543.  
 Swing, Raymond Gram, 523.  
 Sword, playas de, 477, 478, 479.

- Sydney, Australia, 296.  
 Szilard, León, 630.

## T

- «Ta», operación, 591.  
 Tabor, monte, 680.  
 Tailandia, 275, 289, 292, 331, 333, 605. Véase también Siam.  
 Takahashi, Korekiyo, 57.  
 Takuma, barón Dan, 66.  
 Tallinn, Estonia, 540.  
 Támesis, río, 152, 180.  
 Tanaka, Gichi, 258.  
 Tanaka, Memorial, 258.  
 Tangku, armisticio de, 42.  
 Tanimoto, Rev. Kiyoshi, 637.  
 Takan, bahía de, 256.  
 Tansill, Charles C., 273.  
 Tarento, Italia, 195, 438, 441.  
 Tarawa, 461-464, 465, 585.  
 Tartu, Estonia, 540.  
 Tassafaronga, 355.  
 Tassigny, general Jean de Lattre de, 496, 571.  
 Taylor, general Maxwell D., 437.  
 Tebessa, 386.  
 Tedder, mariscal sir Arthur, 425, 569, 571.  
 Teherán, conferencia, 213, 322, 421.  
 Tel el Eisa, 359.  
 Tenda, 681.  
 Tennessee, 632.  
 Terauchi, mariscal conde Juichi, 677.  
 Terboven, Joseph, 103, 309.  
 Tercer Reich, 17, 65, 75, 79, 90, 97, 99, 129, 220, 308, 413, 439, 488, 499, 508, 514, 527, 528, 536, 560, 564, 576, 651. Véase también Alemania.  
 Termópilas, Grecia, 207.  
 Terranova, 178, 242, 248.  
 Tesalónica, llanura, 205.  
 Texas, 370, 416.  
 Thala, 386.  
 Thoma, general Ritter von, 368.  
 Thomas, Norman, 238.  
 Tibbets, coronel Paul W., Jr., 635, 636.  
 Tíber, río, 440, 505.  
 Tientsin, China, 42, 58.  
 Time, 12.  
 Times de Londres, 154.  
 Tinian, 587, 588, 613, 635.  
 Tirol, 59, 681, 684.



Tirpitz, el hundimiento del, 188-190.  
 Tirreno, mar, 446, 503, 507.  
 Tito, mariscal, 53, 320, 322, 541.  
 Tobruk, 200, 202, 203, 360.  
 Todt, Dr. Fritz, 129.  
 Tojo, general Hideki, 27, 57, 259, 414, 451, 587, 611, 676-678.  
 Tokio, bahía de, 342, 641, 643.  
 Tokio, Japón, 40, 41, 42, 56, 57, 256, 258, 260-262, 281, 283, 294, 297, 331, 332, 337-341, 347, 355, 413, 458, 459, 583, 600, 606, 609, 612, 618, 627, 633, 640, 643.  
 Tokio, Rosa de, 331.  
 Toledo, España, 52.  
 Tolón, Francia, 147, 384, 472, 496.  
 Tonningen, Rost de, 109, 311.  
 Torgau, Alemania, 542.  
 «Tormenta», operación, 488.  
 Tornea, Finlandia, 92.  
 Toscana, 440, 507.  
 Tours, Francia, 133, 136.  
 Tracia, 309.  
 Transiraniaco, ferrocarril, 403.  
 Transnistria, 309.  
 Transilvania, 196, 681.  
 Tratado de Garantía Anglo-Americana, 33.  
 Trevor-Roper, H. R., 70, 562, 563.  
 Trianon, teatro del, 33.  
 Trieste, 440, 507, 681.  
 Trinidad, 242.  
 Trípoli, 200, 386, 434.  
 Tromsø, fiordo, 198.  
 Trondheim, Noruega, 101, 104, 105.  
 Truk, isla, 452, 458.  
 Truman, presidente Harry S., 554, 557, 577-582, 632, 634, 635, 638, 639, 643, 685, 688.  
 Tsushima, batalla de, 346-347.  
 Tug Argan, Somalia británica, 194.  
 Tula, U.R.S.S., 227.  
 Tulagi, 349, 351.  
 Túnez (ciudad), 375, 284-388.  
 Túnez, 194, 375, 384-388.  
 Turquía, 196, 213, 302, 324.  
 Turner, Richard L., 262.  
 Tydings-McDuffie, ley, 282.  
 Tyler, teniente Kermit, 257.

## U

Ucrania, 15, 220, 223, 226, 392, 395, 405, 539.  
 Umezú, general Yoshijiro, 642.  
 Umnak, isla, 348.

«Undertones», operación, 530.  
 Unión soviética, véase Rusia soviética.  
 United Press, 572.  
 Urales, los, 391.  
 Urey, profesor Harold C., 630.  
 U.R.S.S., véase Rusia soviética.  
 Uruguay, 175.  
 Usedom, isla de, 543.  
 Ushijima, teniente general Mitsuru, 626.  
 Utah, costa, 477, 478, 479, 481.  
 Utrecht, Holanda, 111.  
 UXB, 155.

## V

V-1, cohete, 485, 486, 515, 620.  
 V-2, cohete, 486, 515, 533.  
 Vabres, Henri Donnedieu de, 664.  
 Valencia, España, 52.  
 Valerio, teniente coronel, 555.  
 Valmontone, Italia, 505.  
 Van Mook, Dr., 396.  
 Vandegrift, teniente general, 352.  
 Vardar, río, 205.  
 Vargas, Getulio, 304.  
 Varna, Bulgaria, 203.  
 Varsovia, Polonia, 11, 15, 16, 97, 310, 540, 541, 542.  
 «Vaterland», línea, 540.  
 Vaticano, Ciudad del, 435, 441, 505.  
 Vella, golfo, 456.  
 Vella Lavella, isla, 456.  
 Velletri, Italia, 505.  
 Venetia, 581.  
 Venezuela, 416.  
 Venecia, Italia, 507.  
 «Verde», operación, 78.  
 Verdes, islas, 457.  
 Verdún, Francia, 11, 128, 500.  
 «Veritable», operación, 529, 530.  
 Verlaine, Paul, 480.  
 Versailles, Tratado de, 22, 23, 26, 30, 33, 61, 72, 74, 163, 174, 678.  
 Vesubio, monte, 443, 445.  
 Vichy, Francia, 312, 313, 318, 371, 384, 659, 660, 661.  
 Victor Manuel III, 48, 436.  
 Viena, Austria, 13, 59, 63-67, 542, 683.  
 Viena, concesión, 196.  
 Viipuri, Finlandia, 92, 96, 539.  
 Vilna, 91.  
 Vimoutiers, Francia, 493.  
 Vinnitsa, U.R.S.S., 395.

Vire, río, 479, 481.  
 Vistula, río, 14, 15, 528, 540.  
 Vitebsk, U.R.S.S., 540.  
 Vizcaya, golfo de, 478, 500.  
 Vladivostok, U.R.S.S., 56.  
 Volga, río, 392, 394, 539.  
 Volturmo, río, 441, 445.  
 Von Schlieffen, plan de 1914, 108.  
 Voronez, U.R.S.S., 392-393, 398.  
 Voroshilov, mariscal Klementi, 393, 421.  
 Vyazma, U.R.S.S., 227, 405.

## W

Waal, río, 501.  
 Wagner, Richard, 71, 310.  
 Wainwright, teniente general Jonathan M., 284, 286, 601, 642.  
 Wakasuki, Reijiro, 611.  
 Wake, isla, 263, 275, 277, 377, 610.  
 Wallace, Henry A., 631.  
 Walton, E. T. S., 629.  
 Walwal, oasis, 45.  
 Warm Springs, Georgia, 551.  
 Washington, 458, 632.  
 Washington, conferencia de 1921 y 1922, 40-41.  
 Washington, D. C., 208, 236, 242, 256, 260-262, 269, 282, 285, 293, 343, 369, 372, 425, 451, 453, 466, 547, 553, 632, 641, 643.  
 Washington, George, 234.  
 Watanabe, general, 57.  
 Wavell, general sir Archibald, 193, 200, 212, 602.  
 Wedemeyer, general de división Albert C., 607, 686, 687.  
 Wedemeyer, informe, 687-688.  
 Wehrmacht 13, 15, 221, 222, 227, 230, 306, 390, 401, 403, 404, 405, 472, 513, 663.  
 Weimar, Alemania, 548, 549.  
 Weimar, República, 26, 72, 164.  
 Weinberg, Dr. Gerhard, 560.  
 Weizsäcker, barón Ernest von, 686.  
 Wesel, Alemania, 535.  
 West, Rebeca, 668.  
 Weygand, general Máximo, 131, 136.  
 Weygand, línea, 131, 132.  
 Wheeler-Bennett, J. W., 148, 399.  
 Wheeler, aeródromo, 264.  
 Wheeler, senador Burton K., 238, 247, 266.  
 White, William Allen, 244.  
 Wieland, 548.  
 Wilhelmshaven, Alemania, 173.  
 Wilkie, Wendell L., 244.

Williams, colegio, 157.  
 Wilmot, Chester, 525.  
 Wilson, Woodrow, 30, 31.  
 Wingate, general Orde C., 602, 603.  
 Winkelman, general Henrik, 113.  
 Winrod, Gerald, 301.  
 Wisconsin, 238.  
 Witzleben, mariscal Erwin von, 143, 488.  
 Wolfert, Ira, 354.  
 Wollin, isla, 543.  
 Wotje, isla, 464, 466.  
 Wuppertal, Alemania, 535.  
 Würzburg, Alemania, 536.

## Y

Yalta, conferencia de, 323, 518-527, 683.  
 Yamamoto, almirante Isoroku, 259, 261, 343, 345, 347, 453-455.  
 Yamasaki, coronel Yasuyo, 459.  
 Yamashita, general Tomoyuki, 289, 698, 677.  
 Yang-Tzú, río, 58, 607.  
 Yasuda, corporación, 675.  
 Yawata, Japón, 588.  
 Yenán, China, 607.  
 Yokohama, Japón, 611, 677.  
 Yokosuka, 338, 341.  
 Yoshida, Shigeru, 685.  
 Young, plan, 25.  
 Yuan, 40.  
 Yugoslavia, 33, 53, 59, 196-197, 203-205, 309, 315, 320, 322, 522, 541, 681.  
 Yukio Waku, 278.  
 «Yunque-Dragón», operación, 496-497.

## Z

Zagreb, 204.  
 Zaibatsu, corporación, 675.  
 Zamora, presidente Niceto Alcalá, 50.  
 Zauditu, emperatriz, 45.  
 Zella, 194.  
 Zeitzler, general Kurt, 398, 687.  
 Zelanda, Holanda, 113.  
 Zeus, 208.  
 Zhitomir U.R.S.S., 407.  
 Zhukov, mariscal Georgi, 230, 395, 396, 528, 542, 561, 571, 573.  
 Zorro del Desierto, véase Rommel, general Erwin.







2024  
5. 11. 26  
25. 175